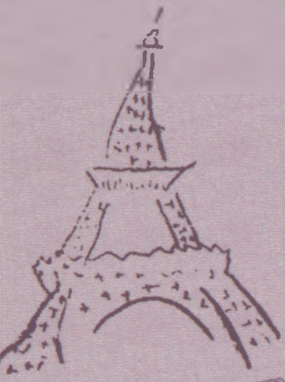
# ALFONSO REYES Y FRANCIA

Paulette Patout





EL COLEGIO DE MÉXICO
GOBIERNO DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

# ALFONSO REYES Y FRANCIA

*Paulette Patout*

# ALFONSO REYES Y FRANCIA

EL COLEGIO DE MÉXICO

GOBIERNO DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

92
R456pa
2009

Patout, Paulette
Alfonso Reyes y Francia / Paulette Patout ; [traducción de Isabel Vericat].– México, D.F. : El Colegio de México, 2009, c1990.
761 p. ; 22 cm.

ISBN 968-12-0464-6

1. Reyes, Alfonso, 1889-1959 Biografías.

Título original: *Alfonso Reyes et la France*
Traducción de Isabel Vericat

Primera reimpresión, 2009
Primera edición en español, 1990
Primera edición en francés, 1978

D.R. ©1978, Klincksieck, París

D.R. © El Colegio de México, A.C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

D.R. © Gobierno del Estado de Nuevo León
Secretaría de Educación y Cultura
Matamoros Oriente 520
Monterrey, Nuevo León

ISBN 968-12-0464-6

Impreso en México

# PRÓLOGO

Sobre la vida y la obra de Alfonso Reyes (1889-1959) se ha escrito una bibliografía impresionante que reúne estudios, ensayos, crónicas, reseñas, anecdotarios, ediciones de homenaje y textos diversos que sumaban ya en 1976 más de 3000 fichas.* Esta bibliografía ha ido creciendo con los años y en éste del centenario del nacimiento del escritor, los trabajos y estudios dedicados a desentrañar, interpretar o valorar algún aspecto de su vasta obra, o de su vida, se han multiplicado en forma acelerada. Sin embargo, faltaba en lengua española un estudio biográfico amplio, en el que se ofreciera la visión de conjunto de esta vida dedicada a las letras, en la que más de medio siglo estuvo consagrado a traducir el mundo en escritura, con una fidelidad a la vocación que hizo de Alfonso Reyes un caso ejemplar en la literatura hispanoamericana. Este libro de la doctora Paulette Patout, escrito como tesis para la obtención del doctorado en la Universidad de Toulouse-Le Mirail y editado en París hace más de diez años, se publica ahora traducido al español, incorporándose así a los homenajes rendidos a Alfonso Reyes en el centenario de su nacimiento y ofreciéndolo a los lectores de lengua española como un estudio biográfico del mexicano universal.

Es evidente que estas páginas ofrecen una visión de la vida y la obra de Alfonso Reyes, enfocadas desde el mirador de la cultura, las letras y la lengua de Francia, como se indica en el título mismo. Sin embargo, y quizá por la condición universal de las letras y la cultura de ese país, así como de la obra del escritor estudiado, no sería exagerado afirmar que este trabajo ofrece una imagen íntegra de la vida de Alfonso Reyes y de su dedicación a la literatura.

Desde edad temprana Alfonso Reyes conoció y estudió la literatura francesa, como ocurrió con todos los miembros del Ateneo de la Juventud, y su primer libro, *Cuestiones estéticas* (1911), donde se reúnen textos escritos entre 1908 y 1910, es testimonio de estas lecturas y las de lengua inglesa. Después, su viaje a Europa en 1913 le permitirá acercarse a otros

* Exactamente 3 150, según el trabajo minucioso y exhaustivo de James Willis Robb. Véase su *Repertorio bibliográfico de Alfonso Reyes*, UNAM, México, 1974, y el *Suplemento en el Boletín de Investigaciones Bibliográficas*, UNAM, México, núm. 13, enero-diciembre de 1976, pp. 195-217.

autores y textos, iniciando su largo periplo de 26 años, que culminará en 1939, al regresar definitivamente a su país al concluir su trabajo en el servicio exterior.

En estas páginas se puede seguir paso a paso el derrotero de Alfonso Reyes, su producción literaria, sus amistades y correspondencia, su consolidación en los ámbitos culturales de París y Madrid, y más tarde de Buenos Aires y Río de Janeiro. La autora, manejando con acuciosidad una extensa bibliografía y una amplia información documental, va desenvolviendo el hilo de esta vida singular que se movió entre libros y escritores, dedicada íntegramente a la creación literaria y al cumplimiento, cuando así lo requirió su responsabilidad en el servicio exterior, de un trabajo diplomático realizado con inteligencia, sensibilidad y perseverancia.

Si bien Alfonso Reyes vivió en París una primera etapa de un año en 1913-1914, previa a su larga estancia de once años en Madrid, no será sino hasta 1924, al llegar a la capital francesa como ministro al frente de la legación mexicana, cuando desplegará toda su capacidad de relación, compenetrándose del espíritu y el ambiente de esta ciudad, y relacionándose con los más significados personajes de la cultura, la política y las letras francesas. Este periodo de un poco menos de tres años mereció el análisis más extenso de la autora, pues además de caracterizarse por esa riqueza de situaciones, relaciones, encuentros y experiencias que influyen de muchas maneras en la vida de Alfonso Reyes, es al mismo tiempo una etapa complicada en la situación política de México, que exigió de su representante diplomático una gran capacidad de conciliación y de convencimiento, para llevar con éxito su delicada misión. El lector encontrará aquí muchas referencias, citas y comentarios derivados de la prensa francesa, que tratan sobre el problema y la circunstancia de México en el periodo presidencial del general Calles.

La amistad de Alfonso Reyes con escritores y críticos franceses, especialmente Valery Larbaud, Mathilde Pomès, Adrienne Monnier, Jean Prevost, Paul Morand, Marcelle Auclair, Jules Romains y tantos más, está presente en la extensa parte dedicada a su estancia en París como ministro, que ofrece, además, una visión de las circunstancias y el ambiente de la Ciudad Luz en los años veinte (Montparnasse, "La maison des amis des livres", los movimientos literarios, *La Nouvelle Revue Française*, etcétera). Además, se integran a este trabajo importantes estudios de literatura comparada, entre obras de Alfonso Reyes y las de Saint-John Perse, Romains, Claudel y otros. Este libro, si bien en algunas de sus partes puede considerarse muy especializado, en general es útil e interesante para el lector que intenta conocer la personalidad de Alfonso Reyes, y que puede encontrar en sus páginas información extensa y ordenada sobre las diferentes etapas de su vida, desde sus años iniciales en su natal Monterrey, hasta la etapa final de su vida. *Alfonso Reyes y Fran-*

*cia*, en este sentido, es también un testimonio de cómo la biografía de un escritor puede iluminar importantes aspectos de su obra, y contra quienes piensan que la creación literaria debe juzgarse por sí misma, al margen de circunstancias y anecdotarios biográficos, un trabajo como éste de la doctora Paulette Patout permitirá la interpretación y el análisis de algunas obras de Alfonso Reyes considerando la circunstancia o la condición en que fueron escritas, sus antecedentes y las posibles influencias de algunos autores y la cercanía con otros. En última instancia, todo trabajo crítico, sea histórico, biográfico o puramente estilístico, queda atrás de la lectura como contacto directo del lector con la obra, pero aporta sin duda una mayor capacidad de comprensión o de interpretación de la literatura. Como afirmó el propio Alfonso Reyes: "La literatura, en cuanto a su destino, acude precisamente en busca del hombre total, del hombre en cuanto no es especialista. Pero este hombre total resulta favorecido a la postre con la lectura sometida a los métodos del especialista."

Por la circunstancia de que este libro se publica en español después de más de diez años de su aparición en lengua francesa, y tomando en cuenta que originalmente estuvo dirigido a lectores franceses, se contempló la posibilidad de preparar una edición abreviada, reducida en aquellas partes que se refieren con cierta extensión a aspectos de política o cultura de Francia, o especialmente a escritores o autores de ese país. La dificultad de realizar este trabajo de selección llevó a la conclusión de que era más conveniente la presentación íntegra de todo el texto, pues en última instancia el centro de todo el libro es la figura de Alfonso Reyes y su obra. La Introducción, texto explicativo dirigido en su mayor parte a lectores de lengua francesa, se incluye íntegra por las mismas razones. Por otra parte, también se optó por publicar sin modificación las palabras de agradecimiento que van al frente del libro, aun cuando algunas personas ahí mencionadas ya fallecieron y se han modificado las circunstancias y ubicación de otras.

ALFONSO RANGEL GUERRA
*Octubre de 1989*

*En memoria de una amistad ejemplar,*
*Alfonso Reyes-Marcel Bataillon.*

. . la siempre amable y amada Francia. . .''

ALFONSO REYES, *Pasado inmediato.*
*Obras Completas*, t. XII, p. 211.

# AGRADECIMIENTOS

Queremos hacer llegar nuestro agradecimiento al señor Robert Escarpit, profesor de la Universidad de Burdeos III, quien sugirió el tema de este estudio y no ha dejado de manifestarnos su benevolencia, permitiéndonos siempre la libertad que deseásemos. En toda ocasión hemos encontrado en el señor Bataillon, del Instituto, el mismo estímulo. La amistad y admiración que Marcel Bataillon experimentaba por Alfonso Reyes fueron sentimientos que iluminaron la segunda mitad de su vida. Don Alfonso era "el responsable número uno de su vocación americanista", y la culminación de una tesis sobre "Alfonso Reyes y Francia" fue, con plena seguridad, una satisfacción para la figura principal del hispanismo francés. Nadie hubiera puesto en duda, desde la disertación a la que honró con su presencia, que este maestro generoso y ferviente, este sabio probo y riguroso, estaba tan próximo a extinguirse. Evocamos igualmente con emoción la memoria del profesor Noël Salomon quien, interesado en esta investigación, aceptó formar parte del jurado sinodal. Su rectitud, su bondad, su experiencia fueron valiosísimas para mí. Antes de desaparecer, también él prematuramente, el profesor André Lebois puso a nuestra disposición sus recuerdos y su rica documentación sobre el París en el que Reyes vivió. Le debemos mucho a su crítica meticulosa, que supo mantener con una sonrisa. Expresamos nuestro reconocimiento a los profesores Simon Jeune y Joseph Perez por todos sus sensatos consejos. El profesor Etiemble nos confió un manuscrito inédito de Alfonso Reyes que tenía para él un valor personal y se lo agradecemos calurosamente.

En el transcurso de nuestras estancias en México, recibimos la cálida hospitalidad de la familia del escritor. Alicia Reyes —Tikis, en poesía— se unió a nuestro trabajo y nos facilitó la búsqueda a través de los inmensos archivos de la Capilla, haciéndonos llegar inmediatamente, con una paciencia infinita, los documentos que nuestro importuno celo anhelaba. Es justo rendir homenaje a esta abnegación y a la competencia de Tikis, gracias a las cuales la Capilla Alfonsina y su rica biblioteca se han convertido en un centro activo, un lugar privilegiado de reunión para los eruditos y uno de los focos de las relaciones francomexicanas. ¿Cómo dejar de evocar la memoria del hermano de don Alfonso, Alejandro Reyes, y la del doctor Alfonso Reyes Mota, hijo del escritor, que conocía tan a fondo nuestra lengua y nuestras costumbres? Él respondió con la mayor cordialidad a nuestras preguntas sobre su familia y acerca de la

vida de su padre. La lealtad de nuestro afecto para con Celia Reyes, ahora en París, quien se desprendió espontáneamente en nuestro favor de volúmenes que ya eran inencontrables.

En el curso de las ceremonias organizadas en la Capilla, la solicitud de la familia de Alfonso Reyes nos permitió conocer a numerosas personalidades de las letras mexicanas que nos comunicaron su veneración por el escritor. Nos excusamos de no poder mencionarlas a todas aquí. Jaime Torres Bodet, sutil conocedor de nuestra literatura, nos concedió varias entrevistas. Nos hizo partícipes de sus impresiones siempre matizadas de la poesía de Reyes. Evocamos con congoja esos momentos de comunión con ese espíritu tan refinado, de trágica desaparición. Recibimos una inmejorable acogida de los embajadores de México en Francia, el doctor Luis Morones y después el señor Silvio Zavala, que nos guió. Carlos Fuentes, tan buen retratista y caricaturista como genial novelista, nos permitió con toda amabilidad la reproducción de sus dibujos llenos de ingenio y de los que Alfonso Reyes era con frecuencia el blanco. Le manifestamos toda nuestra gratitud.

Manuel Azaña, también él especialista en Alfonso Reyes, desde la época en que representaba a su país en la UNESCO nos manifestó su simpatía.

La obra de Alfonso Reyes tal vez no tenga en el México actual todos los lectores que merecería. Pero la noción del gran valor que posee se ha conservado en un determinado número de discípulos, entre los que se cuentan el presidente Luis Echeverría y José Luis Martínez, director del Fondo de Cultura Económica. Ambos hicieron mucho por mantener la memoria del escritor, por continuar la publicación de sus *Obras Completas*, por garantizar la existencia de la Capilla Alfonsina. Estas personalidades mexicanas nos comunicaron su fervor y dieron muestras de aprobación, lo cual les agradecemos con todo respeto. Los intelectuales que trabajan en México sobre la obra de Reyes se contagiaron de esa admirable generosidad: Joaquín Díez-Canedo, Ernesto Mejía Sánchez, el padre Raúl Mora, gracias al cual pudimos reunir documentos inaccesibles y cuya tesis nos fue de gran auxilio.

Los investigadores que por todo el mundo se asoman a los escritos del "mexicano universal" forman una vasta familia. Tuvimos relaciones de amistad en especial con Hugo Rodríguez Urruty, Alberto Blasi, excelente especialista en Ricardo Güiraldes, y Georges Roeders, de São Paulo. El profesor James Willis Robb nos hizo llegar, años antes de su publicación, el manuscrito de su *Repertorio bibliográfico de Reyes*, que nos permitió un rápido punto de partida. La señora E. Noulet-Carner, de Bruselas, ha sido para con nosotros sumamente amable. S.E. el señor León Pacheco, de Costa Rica, ha leído completo nuestro manuscrito y, gran amigo de Reyes y notable escritor él mismo, recordó para nosotros su estancia común en París. Desde el fondo de su verde paraíso salvadoreño, Toño Salazar accedió a describirnos detenidamente su vida al lado de Re-

yes y autorizó la reproducción de sus insustituibles caricaturas. El gran escritor argentino Jorge Luis Borges se interesó en nuestro libro y, de viva voz, nos confirmó su admiración por Reyes, indicándonos el lugar escogido que ocupaba don Alfonso entre los prosistas del siglo XX.

René Huyghe, de la Academia Francesa, se mostró sorprendido, al igual que nosotros, por la similitud de algunas de sus páginas y las de Reyes. Al contacto con las letras y las artes francesas, la sensibilidad del escritor mexicano coincide a veces con las que ilustran nuestra cultura. En París, la sola evocación de Alfonso Reyes hace que se abran todas las puertas. Roger Caillois, también de la Academia Francesa, nos evocó sus encuentros con Reyes y sus esfuerzos para que fuera publicado en Francia. Mathilde Pomès, fallecida en 1977, nos honró con su amistad y sus confidencias en ese pequeño departamento de la rue de Grenelle en el que don Alfonso conoció a Paul Valéry y a tantos otros representantes de las letras parisinas. Jules Romains, director de la Academia Francesa, supo ser con los amigos de Alfonso Reyes amable y sonriente. Nos habló con afecto de su viejo amigo de los tiempos madrileños y de la ayuda que recibió de él a lo largo de su estancia en México. Nuestro caluroso agradecimiento también a Lise Romains por su gran gentileza. Pilar Supervielle y después su hija, Denise Bertaut-Supervielle, manifestaron su simpatía por mi exploración de la amistad Reyes-Supervielle. Paule Jean-Aubry, con gracia encantadora, nos transmitió la correspondencia de Jean Aubry con Reyes y con Valery Larbaud. Jean Cassou, gracias a su memoria prodigiosa, nos hizo llegar innumerables precisiones sobre la vida del escritor en Francia, y fundados y originales juicios sobre su obra. Marcelle Auclair nos contó anécdotas que no se encuentran en los libros sobre los meses dichosos que vivió Reyes en Francia.

Numerosos universitarios franceses arrojaron luz sobre cuestiones de su especialidad: la señorita Gallut-Frizeau, los señores Georges Baudot, Henri Dumazeau, Jean Meyer, Louis Panabière, Pierre Rivas; a todos nuestro agradecimiento. El señor decano Paul Mérimée contribuyó a nuestra incorporación bastante tardía a la enseñanza superior. Vaya nuestro agradecimiento a la señora Mérimée y la expresión muy particular de nuestro reconocimiento.

Monique Küntz nos acogió amistosamente con frecuencia en la Biblioteca Municipal de Vichy, depositaria de los fondos Larbaud. El señor Martial de la Fournière, director de Archivos en el Ministerio de Asuntos Exteriores, tuvo a bien autorizarnos el acceso a documentos diplomáticos relativos a la época en que Reyes fue embajador en Francia.

Hélène Mirimaniantz —memoria, competencia, sonrisa— se encargó de la farragosa tarea de pasar en limpio el manuscrito y una gran parte del índice. Nuestra amiga Madeleine Capelier aplicó su vasta cultura a la revisión general de pruebas. Es placentero dedicar un pensamiento afectuoso a todos aquellos —padres, marido, hijos, amigos cercanos y

colaboradores— que nos rodearon de comprensión y de indulgencia y que, con su presencia y cooperación, hicieron posible la realización de este libro, expresión del interés que tenemos por América Latina, contribución a la historia de la amistad francomexicana.

[1978]

# INTRODUCCIÓN

Las relaciones entre Francia y las regiones que hoy constituyen México fueron sumamente reducidas durante el primer siglo de la colonización. La metrópoli se dedicaba a organizar "la Nueva España", su colonia preferida. Trasladó a ella su administración, permitió la instalación temprana de la imprenta y, en 1553, fundó en México la primera universidad de América..., pero a cambio tenía la intención de aislar a la Nueva España del resto del mundo. Tentativa un poco vana: a pesar de las prohibiciones hubo extranjeros —y entre ellos cierto número de franceses— que se introdujeron en las filas de los conquistadores, los primeros colonos y los comerciantes atraídos por la aventura lejana y el afán de lucro.[1] Alfonso Reyes, siempre atento a destacar la influencia francesa cuando estudia a una gran figura de su país o una época de su literatura, cita a algunos religiosos franceses, españoles o flamencos, formados en la Sorbona, entre los evangelizadores de México. Uno de los mejores especialistas en lenguas prehispánicas, fray Maturini Gilberti, procedía de Toulouse. Sin embargo, es muy difícil precisar en qué influyó en mis clases que él fuera de cultura francesa.[2] En ese país con productos ricos y variados, que se bastaba a sí mismo, el comercio era poco activo, las armas se apaciguaron y los indios eran los encargados de las labores agrícolas o mecánicas. Las clases acomodadas orientaban a sus jóvenes hacia las letras o la teología. De este modo, pudo desarrollarse una sociedad especialmente cultivada y delicada que produjo, entre otros espíritus ilustres, a Ruiz de Alarcón.[3] Este dramaturgo, "que llevaba en él a todo México", llegó a Madrid a solicitar al rey un empleo, una pensión; una de sus obras, la más aplaudida, *La verdad sospechosa*, franqueó la frontera francoespañola y fue dada a conocer en París, donde ejerció una gran influencia en la literatura clásica. Inspiró, en efecto, a Corneille, quien la parafrasea en *El mentiroso*, y después, a través de Corneille, llega a Molière y a otros franceses como Desmarets y Montfleury, para no hablar

[1] Véase Auguste Génin, *Les Français au Mexique du XVI^e siècle à nos jours*, París, Nouvelles Éditions Argo, 1933.

[2] Reyes, "La hispanización", en *Letras de la Nueva España*, *Obras Completas* [en adelante *O.C.*], t. XII, p. 301. Véase también Robert Ricard, *La "Conquête spirituelle" du Mexique*, París, 1933, y Georges Baudot, *Utopie et histoire du Mexique*, Toulouse, Privat, 1977.

[3] *Cf.* Reyes, "Primavera colonial", en *Letras de la Nueva España*, *op. cit.*, p. 337.

más que del siglo XVII.[4] Don Alfonso, y antes que él su gran amigo Pedro Henríquez Ureña, se dedicó a menudo a demostrar que, si esta influencia fue posible en la literatura francesa, fue porque el carácter mexicano de Ruiz de Alarcón poseía profundas afinidades con el temperamento francés. El ambiente de los teatros madrileños era plebeyo e incluso grosero, pero don Juan se destacaba por su nobleza y distinción. Su poesía cantaba en sordina y, como dijo Reyes, en un tono menor. No tenía la inventiva abundante ni la fuerza lírica de Lope de Vega, pero estudiaba los verdaderos motivos de la conducta de sus personajes y, adelantándose mucho a su época, creó así la comedia de costumbres. Esta propensión al análisis, a una claridad deliciosa, esta dulzura y esta armonía en los diálogos, esta exigencia de perfección en el fondo y en la forma son características tan mexicanas que parecería que, al describirlas, Alfonso Reyes se proyectara en el personaje del dramaturgo y se entregara a un autorretrato. Los protagonistas de *La verdad sospechosa* son de una extrema cortesía. Tienen el pensamiento claro, la voluntad alerta y sólo confían en su razón para orientar su vida.[5] El arte de Ruiz de Alarcón —más tarde el de Reyes— es sobrio como el alto valle de México, exento de toda exuberancia tropical. Su teatro está organizado como ese paisaje, transparente al igual que dicha región, "en que los colores mismos se ahogan —compensándolo la armonía general del dibujo".[6] Además por esas cualidades de ponderación Alarcón pudo tener el influjo que hemos mencionado sobre el teatro francés, mientras que en el mundo bullicioso de la comedia española su obra apenas dejó huella.

A partir de la llegada de los Borbones, se perciben profundos cambios. La influencia francesa, que reinaba en España, pasa a América. La Nueva España se muestra ávida de ideas nuevas. Algunos de sus sabios, como Benito Díaz de Gamarra, en la segunda mitad del siglo XVIII, reaccionan contra la escolástica y exponen por primera vez en el nuevo continente las teorías de Descartes. Aparecen en las gacetas algunos ecos de la literatura francesa. Algunos jesuitas, junto a Horacio y a Virgilio, traducen a Boileau.[7] Las obras de Molière y de La Fontaine se conocen a través de Moratín y Samaniego. Más tarde, con los libros de Cadalso, llegan a la Nueva España las ideas de los filósofos. Encuentran una aco-

[4] *Ibid.*, p. 344.

[5] Reyes, "Tres siluetas de Ruiz de Alarcón", en *Capítulos de literatura española, O.C.*, t. I, p. 16.

[6] "Lo nuestro, lo de Anáhuac, es cosa... más tónica. Al menos, para los que gusten de tener a toda hora alerta la voluntad y el pensamiento claro. La visión más propia de nuestra naturaleza está en las regiones de la mesa central: allí la vegetación arisca y heráldica, el paisaje organizado, la atmósfera de extremada nitidez, en que los colores mismos se ahogan —compensándolo la armonía general del dibujo." Reyes, *Visión de Anáhuac, O.C.*, t. I, p. 16.

[7] Reyes, "La era crítica", en *Letras de la Nueva España, op. cit.*, p. 379.

gida extraordinaria. Se elude con ardides la censura, los libros prohibidos penetran en gran número y muy pronto se difunden por todas partes las ideas de la Revolución francesa. Los hijos de las clases medias, una vez terminados sus estudios en el marco rígido de la educación tradicional, reaccionan y tratan de escapar de la rutina y los prejuicios. Se asoman al ateísmo y al espíritu volteriano. La religión de la patria tiende a remplazar la religión romana. Los criollos que viajan a Europa, donde terminan generalmente sus estudios, regresan impregnados de las ideas francesas. Poco a poco España va siendo remplazada. En su lugar, Francia es la que inspirará a los hispanoamericanos, ante todo en el plano político y durante todo el periodo que precedió a la independencia. Esos pueblos sienten la Revolución francesa como un antecedente de su emancipación. El cura Hidalgo, precursor de este movimiento, leía a Rousseau, había traducido a Racine e instaurado clases de francés en su parroquia... Mientras tanto se van estableciendo contactos diversos entre el país y Francia por intermedio de las colonias francesas en las Antillas, Martinica y Guadalupe, a las que se trató de mejorar aclimatando cultivos mexicanos y hasta algunos insectos, pues la cochinilla que vive en el nopal mexicano tenía fama de dar el rojo más bello en tintorería, el carmín. Reyes relató cómo el bretón Thierry de Menonville, estudiante de botánica en París y más tarde botánico del rey de Francia, se introdujo en México para apoderarse de este hemíptero. En un viaje pirata, desafiando calor, distancias y peligros, "logró hacer salir de México una cantidad considerable de ramas de nopal, cargadas de sus preciosos insectos".[8] La cochinilla prosperó en Martinica y fue con esta magnífica tintura de origen mexicano como se obtuvo el color rojo que la Convención agregó a la bandera francesa... Otros vínculos más sutiles se tejían entre la Nueva España y las familias francesas instaladas en las Antillas. Por el testimonio de Saint-John Perse, que descendía de una de ellas, conocemos las relaciones de amistad e incluso de parentesco que las vinculaban con frecuencia a los colonos españoles. Las visitas y los matrimonios entre criollos de ambas nacionalidades no eran poco frecuentes. Esas familias francesas hablaban el castellano y muy pronto se lo enseñaron a sus hijos. Les daban a leer, junto con los clásicos franceses, los relatos de los cronistas españoles en los que se contaba la exploración del Nuevo Mundo. Recíprocamente, en México se pusieron muy en boga todas las novelas inspiradas por las posesiones exóticas de Francia. Se reprodujeron las desdichas de *Pablo y Virginia* en un sinnúmero de acuarelas y porcelanas. Reyes cuenta que, incluso en las cárceles, el libro de Bernardin de Saint-Pierre era el más leído de todos.

Napoleón se muestra interesado por América y decide intervenir en

[8] Reyes, *Simples remarques sur le Mexique*, París, 1926, p. 15.

ella a partir del momento en que sus ejércitos cruzan los Pirineos. A José le propone, junto con la corona de España, la de las Indias. A cambio de una constitución liberal y más favorable a los criollos, prevé para el comercio francés medidas preferenciales que facilitarán las exportaciones francesas a esas regiones. Pero esta esperanza se frustra ante la fidelidad de las colonias españolas a Fernando VII y, a partir de entonces, cambiando de parecer, Napoleón se convierte en el campeón de la independencia de México. Estudios recientes han demostrado el papel nada despreciable que desempeñaron los agentes clandestinos que envió Francia para que contribuyeran a la emancipación de la Nueva España. Napoleón era el apoyo máximo con el que contaban los insurgentes. Pero las iniciativas del emperador y sus envíos de armas fueron interrumpiéndose a medida que el imperio decae y muy pronto se limitan a declaraciones de simpatía.[9] No obstante, antiguos revolucionarios como Billaud-Varenne, y después generales caídos en desgracia ante Napoleón —Humbert— y refugiados en Estados Unidos, descubren en la independencia de México una causa que defender. En el gobierno revolucionario mexicano formado en 1814 al estilo Nueva Orleáns, casi la mitad de los nombres son franceses. Cuando cae el imperio, la importante emigración de bonapartistas refuerza a las clases ilustradas, e individuos franceses aislados parten de Francia por ideales políticos o por espíritu de aventura a seguir luchando al lado de los insurgentes. Los corsarios franceses —el famoso Lafitte— llevan a cabo una activa guerra contra los navíos españoles, ofrecen sus servicios a los pueblos sublevados y contribuyen de manera determinante a su éxito. Después de la independencia, se abren salidas nada desdeñables a los negocios franceses en México. En pocos meses Francia se convierte en su segundo abastecedor, después de Inglaterra. A pesar de sus exorbitantes precios y los altos impuestos que los gravan, los productos franceses gustan de manera especial; los vendedores franceses, por su idioma y sus modales, atraen mucha más clientela que los procedentes de Estados Unidos, además para entonces ya se había difundido la opinión de que los franceses y los mexicanos tenían algunas similitudes de carácter. No obstante, vinculado mediante una alianza a España, el gobierno francés no reconoció la independencia de México ni inició ninguna relación diplomática con este país. En el terreno comercial, Francia se limita a dar salida a sus productos. Tarda en invertir sus capitales en las minas o en las empresas mexicanas, como lo hicieron Alemania y sobre todo Inglaterra, cuyos ingenieros, obreros, agentes comerciales y especialistas agrícolas desembarcan en gran número en Veracruz. Las mercancías francesas llegan en buques extranjeros y los pagos se efectúan por intermedio de los bancos londinenses. Sin embargo,

[9] Véase la tesis especialmente notable de Jacques Penot, *Les relations entre la France et le Mexique de 1808 à 1840*, París, Champion, 1976.

en 1831, México es el cuarto cliente de Francia; consume por sí solo más productos franceses que todos los demás países independientes de América Latina. Hay comercios al por menor llevados por franceses esparcidos por todo el país. Se calcula en 6 000 el número de compatriotas franceses que se habían establecido en los negocios, artesanado, industrias, banca, así como médicos, restauradores, peluqueros, modistos, directores de teatro. Desde 1821, el valle de Barcelonnette, en los Alpes Bajos, empezó a enviar a sus hijos a México, donde se dedicaban al comercio de telas y a la tintorería. El gobierno de Luis Felipe deja de estar vinculado a España por el Pacto de Familia. Su primer deseo consistió en favorecer a la burguesía comercial y, en interés del comercio francés, el rey acepta reconocer los nuevos Estados americanos. Es evidente que Francia espera firmar pronto con ellos ventajosos tratados de amistad, pero México a su vez contemporiza, tanto más cuanto que sopla un viento de xenofobia violento ante la afluencia excesiva de vendedores extranjeros. Los pillajes a las tiendas se multiplican y los comerciantes franceses no cesan de reclamar indemnizaciones para compensar los daños sufridos. Después de diez años, hostigada por sus quejas, Francia decide bloquear los puertos mexicanos. En 1838-1839 estalla un conflicto entre los dos países y los soldados franceses bombardean y ocupan Veracruz. Es la guerra llamada "de los pasteles", por alusión a algún escaparate de pastelería que fue desvalijado en la ciudad de México. Pero bajo esta denominación ligera se disimulan los sufrimientos de marinos franceses retenidos por mucho tiempo en regiones malsanas y la firme intención del gobierno francés de obtener garantías definitivas para proteger su comercio. Extraña manera de solicitar un "tratado de amistad". La influencia de las artes y las letras francesas acompaña el auge comercial y se empieza a desarrollar el romanticismo. Las obras de Chateaubriand pudieron penetrar en México gracias a fray Servando Teresa de Mier, quien a lo largo de su aventurera vida había traducido *Atala*. Reyes, en el prefacio que escribió para sus obras, indica cómo el romanticismo se introdujo en las costumbres, en las modas de América Latina y, en especial, prosperó en México, en estrecho acuerdo con la capacidad emocional de ese pueblo. Un gran poeta cubano, proscrito de su país, José María de Heredia, se instaló en México y difundió a Chateaubriand y Lamartine. Los escritores mexicanos los imitan, pero con demasiada frecuencia la interpretación de la doctrina romántica no pasa de ser pueril, los versos no están lo suficientemente cuidados y la prosa carece de grandeza.[10]

Entre 1850 y 1860, México vive la época de la Reforma, movimiento social y sobre todo anticlerical; la Constitución de 1857 es "un poema jacobino", alimentado en la filosofía de los Derechos del Hombre, obra

[10] Pedro Henríquez Ureña, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, 1952, p. 139.

de una generación que ha leído mucho la Enciclopedia, a Voltaire y D'Alembert. La separación de la Iglesia y el Estado, la situación de los religiosos expoliados o perseguidos, ensombrecida una vez más por los conservadores emigrados que Napoleón III recibe en su corte, los sueños de una emperatriz, impulsaron al soberano francés a emprender la loca aventura de la instalación de un emperador extranjero en suelo tan lejano. Los liberales mexicanos están desconcertados y tienen conciencia de que se adhieren más estrechamente que nunca a la ideología de la Revolución francesa cuando se oponen y combaten la intervención.[11] Todo será decididamente ambiguo en este nuevo imperio, pues el príncipe escogido por los conservadores es un liberal convencido que trata de orientar su gobierno de acuerdo con esta línea. A pesar de las dificultades políticas que surgen inmediatamente después de la caída de Maximiliano y de un estado social deplorable, las formas francesas ocupan más que nunca un puesto de honor entre la juventud dorada que se pasea por la Alameda. Las obras de Offenbach tienen un éxito inaudito. El positivismo se impone como doctrina oficial, aun cuando el materialismo choca con las tendencias profundas del carácter mexicano, con su gusto poético, con la atracción que siente por la religión, el misterio o lo desconocido. Gabino Barreda, quien reorganizará en 1868 la enseñanza superior, era discípulo de Auguste Comte. El prestigio de Renan era inmenso y los viajeros de paso por París no dejaban de asistir a alguno de sus cursos en El Colegio de Francia. Se leía sobre todo a Hugo, Dumas, Eugène Sue. Altamirano, verdadero guía de esta generación mexicana, era de cultura alemana, inglesa, pero sobre todo francesa, gran admirador de la lengua de este país, cuya ligereza y transparencia le parecían sin igual para traducir su inquietud. Vicente Riva Palacio, otra gran figura, poseía una importante biblioteca francesa, cuyos numerosos y preciosos ejemplares llegan a manos de Alfonso Reyes.[12]

Poco después de 1880 se abre, para cerrarse en 1910, una "edad de oro" de las letras mexicanas, al menos de su poesía. La ilustran los nombres de Manuel Gutiérrez Nájera, Justo Sierra, Salvador Díaz Mirón, Manuel José Othón y Amado Nervo, y corresponde a una brillante expansión de las letras en toda la América española, de la que Rubén Darío y José Enrique Rodó fueron las figuras centrales. Es el "modernismo", fruto de la influencia insistente y directa de la literatura francesa en la

[11] Las relaciones políticas y literarias que se establecieron entonces entre México y Francia aparecen en filigrana a lo largo del hermoso estudio de Claude Dumas, *Justo Sierra et le Mexique de son temps, 1848-1912*, tesis presentada en la Universidad de París IV en 1975. Servicio de reproducción de tesis. Universidad de Lille III, 1975. [Hay edición en español: *Justo Sierra y el México de su tiempo* (trad. de Carlos Ortega), México, UNAM, 2 vols., 1986.]

[12] Reyes, "Vicente Riva Palacio", en *Capítulos de literatura mexicana, O.C.*, t. I, página 253.

poesía americana. Se lee a los poetas franceses de todas las épocas, sobre todo a los parnasianos, e incluso a veces a los decadentistas. La fama de Anatole France es inmensa. Las revistas francesas *Revue des Deux-Mondes*, *Revue Blanche*, *Mercure de France* y varias artísticas... o espiritistas llegan con regularidad. La literatura mexicana supo separarse de los modelos castellanos y adquirir una originalidad nacional gracias, en gran parte, a los modelos franceses.

Pero el campo de las letras no era el único en el que predominaba la influencia francesa en la época en la que Alfonso Reyes crecería. Los mexicanos recuerdan la época porfiriana como sinónimo de época *afrancesada*. "México en 1900 era un pequeño París."[13] Densos volúmenes consagrados a la historia moderna de su país, elaborados por Daniel Cosío Villegas y un equipo de eruditos, destacan notoriamente que la influencia francesa reinaba en todos los órdenes del pensamiento, la política y hasta la vida cotidiana.[14] "Los *científicos*, dijo Alfonso Reyes, eran, sin saberlo, sansimonianos convertidos a la aristocracia del dinero."[15] "La dictadura del general Díaz, al reducir la actividad política al mínimo, había hecho que los escritores dispusiesen de mucho tiempo para cultivarse y escribir..." El descontento ruge en las masas, pero el régimen de Porfirio Díaz, al prolongarse, hace que nazca en las clases beneficiadas una indiferencia muy egoísta, una complacencia alimentada por el bienestar económico. El desarrollo de la enseñanza del francés era extraordinario en la época, con alumnos hasta en las provincias más lejanas, pues su enseñanza era obligatoria en las escuelas normales, comerciales, de sordomudos y técnicas, en las que no siempre era secundada por el alemán o el inglés. El Liceo Francés de México era frecuentado por la mejor sociedad. Todos los estudios de medicina, sin excepción, se llevan a cabo con manuales franceses, así como varias clases científicas. Reyes estudió física en la Escuela Preparatoria y, más tarde, derecho en textos franceses.[16] El francés era la lengua elegante. El padre y la madre de Alfonso Reyes lo habían aprendido en su infancia leyendo "el ameno" *Telémaco* de Fénelon, de acuerdo con los métodos de la época.[17] Se hablaba francés en las tertulias o en las reuniones mundanas. Desde hacía ya años, se había adoptado la costumbre de recibir en francés a los huéspedes distinguidos a los que se quería honrar. Los menús de los banque-

[13] Entrevista de la autora con Alejandro Reyes, hermano de Alfonso, en julio de 1968 en México. Alejandro Reyes murió en diciembre de 1969.

[14] Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México*, México, Hermes, 1955-1965, 8 vols.

[15] Reyes, *Crónica de Francia*, t. II, p. 8.

[16] Reyes, "No hay tal lugar", *O.C.*, t. XI, p. 357.

[17] Reyes, *Las burlas veras 2º ciento*, p. 109: "Yo por ejemplo, estudiaba física en el texto francés de Chassagny y derecho civil (a pesar de las diferencias entre nuestras respectivas legislaciones), en el texto francés de Planiol".

tes y de las cenas elegantes estaban siempre redactados en lengua francesa. Numerosas palabras francesas habían pasado al vocabulario cotidiano; algunas, intraducibles: *le chic*, *la parvenue*; otras, del campo de la moda, *toilette*, *frac*, *pardessus*, *bas à jour*...''; juegos, *le palet*; labores de damas, *le crochet*, o espectáculos, *le cancan*, por no mencionar mil expresiones que se beneficiaban de una traducción aproximada: la *griseta*, el *surtu*, el *vodevil*... con un efecto a veces chusco: la *marchanta*, la *ópera bufa*, los *espectáculos cancaneros*. Algunos compañeros de Alfonso, como Julio Torri, se divertían traduciendo literalmente los modismos franceses: ''a discreción'', ''se acabó'', ''una mano de maestro'', ''una mujer de nada'', ''un pensamiento detrás de la cabeza''... Algunos periódicos tenían títulos en francés, *Le Trait d'Union*, *El Radical*.

El positivismo comtiano —a veces muy deformado— era la filosofía oficial, pero los ''espíritus avanzados'', como el general Reyes, padre del escritor, recurrían al socialismo francés y a las doctrinas de Fourier, de Louis Blanc y de Proudhon, de las que extraían su fe en el progreso de la humanidad y su moral laica. El título del periódico que difundía estas ideas, *La Comuna*, es significativo. La francmasonería, sumamente importante entonces en México, en estrecha relación con la francmasonería francesa, contribuyó a tejer nuevos lazos. El gobierno mismo, y el secretario de Educación Pública en particular, imitaba a la Francia de la III República, y las escuelas normales, por ejemplo, tenían la misma organización que las francesas. El ejército lo mismo, pues en su estructura recordaba al ejército francés, y muy a menudo los uniformes —y los chacós—, los trajes de gala bordados de los oficiales mayores, de los prelados, de los diplomáticos, se encargaban a Francia. En cuanto a libros extranjeros, los franceses eran con mucho los que tenían mayor demanda. Había varias librerías especializadas. Las traducciones se habían multiplicado manifiestamente y, de calidad desigual, llegaban a un público muy vasto; a través de las traducciones francesas publicadas en la editorial Hachette, con mucha frecuencia se dieron a conocer las obras griegas, latinas, rusas o alemanas. Era de mejor tono publicar en París cuando se quería sacar a la luz una obra, y no solamente porque por aquel entonces en la capital mexicana escaseaban todavía las buenas imprentas. El propio Reyes buscó el padrinazgo de Francia cuando en 1910 mandó publicar su primer libro, *Cuestiones estéticas*, en París en la librería Ollendorf.[18] Los viajes a París —en barcos franceses que hacían la ruta Veracruz-Saint-Nazaire vía La Habana— eran emprendidos por la buena sociedad, sin mencionar a los exiliados políticos que tradicionalmente se

[18] Acerca de estas ediciones en lengua española hechas en París a principios del siglo XX, véase el estudio de Jean-François Botrel, *La ''sociedad de ediciones literarias y artísticas''*, librería Paul Ollendorf, Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos de la Universidad de Burdeos, 1970.

refugiaban en la capital: el general Reyes se trasladó a París cuando sintió que era indeseable ante el general Díaz y éste se acercaba al fin de su vida. Pero los jóvenes, los médicos, los artistas partían a Francia —y todavía lo hacen— a fin de completar sus estudios, beneficiándose a veces de becas. Algunos dejaban de lado los libros para apreciar en París "la capital del placer". A su regreso, se integraban a la bohemia literaria mexicana, muy celebrada, adulada y festejada por todas partes, o bien se ponían a pintar como Courbet o "a la Corot". Las jóvenes parejas, después de unos cuantos meses en París, habían adquirido "modales distinguidos" y conocían las reglas del famoso "buen gusto" y del "saber vivir". De regreso a México, conservaban sus nuevas costumbres, comían a la francesa y a las horas francesas... Habían adquirido ideas más justas sobre las convenciones sociales y concepciones diferentes sobre todo en lo que respecta a la educación de las hijas, hasta entonces muy desatendida en México. Esta estancia "obligatoria", verdadera estancia en La Meca, confería una aureola de prestigio a los que habían podido llevarla a cabo. Los meses pasados en París quedaban en la imaginación de esos dichosos mexicanos como una época excepcional. Evocaban con nostalgia "la Torre Eiffel" o "el Arco de la Estrella", provocando infinitos pesares y "el mito de París" en los que no habían podido partir.[19] Trataban de reavivar el recuerdo adquiriendo cuadros franceses o esculturas francesas, muy en boga. Los primeros poemas que publicó Alfonso Reyes fueron tres sonetos inspirados en una obra de Henri Cordier (1827-1905), alumno de Rude.

Cuando esos viajeros eran verdaderamente ricos, se volvían poseedores de bonitos muebles franceses. Las señoras llevaban también muchos adornos (pero en México se acicalaban con joyas y diamantes sin proporción alguna con lo que se solía lucir en París) y buena ropa interior. Además, encargaban sus vestidos de muselina bordada y sus "sombreros de París" a caras costureras francesas instaladas en México: la señorita Gautier o Celina, con las que empezaban a competir las firmas norteamericanas. Las joyas, las "labores de dama", bordados con festones bajo los que desaparecían literalmente los muebles de la casa, los juegos, seguían muy de cerca la moda francesa. Los cuellos *a la Sansón*, extravagantes, recordaban el nombre del verdugo francés... Se llevaba ropa interior de lencería y vestidos *de forma princesa*.

Las importaciones francesas eran muchas y consistían, además de "los artículos de París", en telas y sedas, perfumes (de Lubin), marroquinería fina: estuches de tocador de viaje o costureros. Las porcelanas de Li-

[19] Reyes evoca esta "sed de París" en uno de los cuentos de *El plano oblicuo*, que escribió antes de conocer Francia, "La cena"; *O.C.*, t. III, p. 16: "¡Ay! Entonces, y sólo entonces, fue llevado a París. ¡A París, que había sido todo su anhelo! Figúrese usted que pasó bajo el Arco de la Estrella..."

moges blanco y dorado eran las más apreciadas y el orgullo de las grandes recepciones, junto a la vajilla simple mexicana. México compraba además cristales, vidriería; vinos de Burdeos, del Rin, los mejores champañas; aguardientes: coñac y armañac; especialidades regionales: las "fruslerías de Cambrai" (caramelos de menta) eran muy conocidas; muebles, fusiles de caza, automóviles (en fuerte competencia con los automóviles ingleses)... Los industriales encargaban a Francia la maquinaria, para la industria textil en especial, o bien depositaban su dinero en los bancos franceses para que sus capitales rindieran. Como en el París de la *Belle Époque*, la vida de café estaba muy difundida. En algunos cafés había espectáculos; el *café cantante* trataba de imitar al *café concert* parisiense. En Robinson se bailaban valses y "contradanzas francesas".

Los espectáculos franceses eran muy concurridos y algunos se mantenían en cartel dos y tres meses. Pero las compañías eran de valor desigual. Ponían sobre todo óperas y hasta en el Teatro Nacional montaron espectáculos de cancán francés, considerados con mucha frecuencia escandalosos. En los escenarios mexicanos, se habían vuelto populares algunos tipos parisienses, como el "bombero de París", "el agente de policía", "la modistilla", "el león". El aspecto de los teatros era francés, con sus dorados, sus antesalas y sus sillones de terciopelo rojo. ¿Cuál no sería nuestro asombro cuando, al visitar la curiosa ciudad de Guanajuato, entramos en un teatro que era fiel reproducción de un buen teatro de provincia en Francia? Actores mexicanos representaban, traducidas al español, las obras más en boga en París: comedias de bulevar con mayor frecuencia, pero también obras de tesis; el teatro vagamente "socializante" de Eugène Sue era muy apreciado.[20] En los conciertos que se ofrecían en los quioscos "a la francesa", instalados entre suntuosos laureles de Indias en las plazas de ciudades y pueblos, se tocaba siempre una o varias tonadas de Auber o de Gounod. Había unos cuantos grandes franceses que eran conocidos y respetados por unanimidad: Claude Bernard, Littré, George Sand, convertida en el símbolo del saber femenino. Napoleón gozaba de un prestigio inaudito hasta en las clases populares.

Sin embargo, pocos franceses viajaban a México con fines turísticos o científicos y, pese a brillantes excepciones —las veladas en la embajada francesa, en esa encantadora villa de época, amueblada a la parisiense, que eran evidentemente las ocasiones más buscadas—, Francia estaba bastante mal representada en México. Es cierto que el número de comerciantes franceses era sorprendente: farmacéuticos, sastres, zapateros, modistas, costureras, peluqueros para señores, peluqueros para damas... Eran hasta más numerosos que los españoles, y con más razón aún, más que los alemanes o los ingleses. Pero estas personas distaban mucho de

[20] Reyes, "El método histórico en la crítica literaria", en *Tres puntos de exegética literaria*, *O.C.*, t. XIV, p. 244.

tener en todos los casos una buena reputación. Eran "lo que el dulce país de Francia puede producir de peor". Los mexicanos sentían que esos franceses sólo venían a su país para enriquecerse. Los de Barcelonnette, una vez hecha fortuna, regresaban a su tierra natal. Las costureras y los cocineros exigían precios exorbitantes. Ya desde siempre, cocineras y recamareras francesas tenían fama de mentirosas, y las amas de llaves y los preceptores pensaban más en sus salarios que en sus alumnos. Los médicos franceses eran bastante numerosos y apreciados, pero sus honorarios estaban a la altura de su fama... Finalmente, en el otro extremo de la escala social, algunas señoritas no muy virtuosas no contribuían para nada a mejorar esa mala fama.

No obstante, la presencia de esos franceses resultaba indispensable. Era un privilegio encontrar en las carreteras mexicanas una de esas posadas regenteadas por hosteleros franceses, y poder degustar platillos deliciosos aunque se tuvieran que pagar a precio de oro. Algunos artesanos franceses, además, poseían cualidades poco comunes en México: entregaban un trabajo bien acabado, el día fijado, y producían así en sus homólogos mexicanos un loable estímulo. Es igualmente justo decir que algunas familias francesas habían experimentado un ascenso social en su honra. Algunas tiendas de barcelonetas habían progresado hasta convertirse en los más bellos y grandes almacenes de México, los cuales, aun hoy en día, figuran entre los mejores centros del comercio mexicano. En México todavía se pueden encontrar colonos franceses instalados en los campos, entregados a experimentos, a introducir nuevas industrias, como la de la seda por ejemplo, en la bella región de Morelia, y a mejorar cultivos, como el de la vainilla.

Pero la exageración, el despotismo incluso de esta preponderancia francesa perjudicaba. La originalidad mexicana podía sentirse amenazada. Se denunciaba el "galicismo mental" y algunos se burlaban de los afrancesados. Carecían, así decían, de naturalidad y de sencillez. A las mujeres francesas, más cultivadas, les estaba permitido preferir a los mexicanos, más sentimentales. A otros les irritaba ser considerados "como salvajes" por estos amantes tan civilizados de Francia. Despuntaba, finalmente, otro complejo: México les parecía un vasto campo de riquezas a los especuladores y un mercado comercial a los industriales franceses. Los periodistas reprochaban al gobierno de Díaz el que hubiera adoptado en política interior medidas "de buen tono", que más podrían complacer a los espíritus franceses que ser fieles al interés nacional. En suma, en la época en que Reyes crecía, los franceses tenían todavía un inmenso auditorio en México, aunque algunos ya empezaban a poner en ridículo las modas francesas y a experimentar un cierto desafío o irritación ante Francia y sus imitadores. Las relaciones comerciales entre los dos países tendieron a disminuir. Francia no hace el esfuerzo suficiente para adaptarse al mercado mexicano y no lucha lo necesario contra la com-

petencia inglesa, norteamericana o alemana. Se mira cada vez más hacia América y hay un aspecto de la política exterior de Porfirio Díaz, el lugar preponderante que le concede a Estados Unidos en los acuerdos comerciales, que alienta esta tendencia. El interés intelectual por Inglaterra se aúna al estrechamiento de vínculos económicos con el mundo anglosajón. La lengua y la literatura inglesas entran en boga. La idea de la superioridad anglosajona está en el aire. Al mismo tiempo, una corriente artística y literaria muy reciente conduce a México hacia España. Alemania es la que sobre todo trata de aprovechar este fastidio que se percibe respecto a los productos franceses. Se beneficia en toda América Latina, después de la derrota francesa de 1870, del prestigio de sus armas y de su técnica militar, y más aún en México, país que se considera el otro vencedor de Napoleón III. En la primera década de nuestro siglo, Alemania, pletórica de hombres y productos industriales, sintiéndose limitada en su territorio, busca salidas por todos los medios para sus productos tanto en África como en América. Hizo un intento especial en Guatemala enviando a numerosos colonos que, desde allí, pasarían al México vecino. Sus viajantes de comercio, extraordinariamente organizados, se expanden por todo el territorio mexicano tratando de sustituir con los suyos los artículos franceses. Es, pues, en el momento en que parece que se inicia la decadencia de la influencia francesa en México cuando aparece Alfonso Reyes. Sin dejar de lado las nuevas tendencias que conducen a los jóvenes de su edad hacia otros países, ya que era ferviente amante de España y notable anglicista, se declara desde el comienzo francófilo resuelto, lector de los mejores libros franceses, comentarista de los escritores más difíciles de Francia y fervoroso amante de su lengua, cuando no de su espíritu. Armado de una nueva lucidez, a nuestro parecer, hará de la consolidación de la amistad francomexicana una de las finalidades de su vida. Históricamente, su postura es por tanto algo paradójica. ¿Qué sentido sutil del equilibrio mantuvo al autor de *El plano oblicuo* a lo largo de sesenta años tan cargados de acontecimientos?

# PRIMERA PARTE

# LA INFANCIA Y LOS AÑOS DE FORMACIÓN (1899-1913)

Nadie ha concedido tanta importancia a la infancia como Alfonso Reyes. Cada vez que escribía la biografía de un poeta —Ruiz de Alarcón, Amado Nervo, entre otros—, estudiaba cuidadosamente el marco de sus primeros años, el ambiente de su adolescencia. Para él mismo, esta influencia es todavía mayor que para cualquier otro. Él estaba perfectamente consciente de ello cuando confesaba su gusto apasionado por los recuerdos; cuando interrogaba a su madre, a sus hermanos, a sus amigos en el momento en que le fallaba la memoria. A través de una evolución especialmente rica y una doble carrera de escritor y de diplomático plena, supo permanecer extraordinariamente fiel a sí mismo. A los sesenta años, se negaba a retocar sus primeros escritos. "Al niño se le debe un gran respeto."

Todo este periodo está dominado por la gran estatura de su padre, dios de su infancia, héroe de su adolescencia, desesperación de sus veinticuatro años. El fin trágico del general Reyes y la dificultad que experimentará su hijo para enfrentar este drama serán los impulsos secretos y dolorosos de toda la psicología de Alfonso.

La amistad fue el otro sentimiento importante de sus veinte años, pues logró transformar a un adolescente demasiado sensible y enfermo de soledad en un joven dichoso de vivir. Alfonso Reyes, en efecto, tuvo la suerte de formar parte del grupo más entusiasta, más unido, más afectuoso, más inteligente; de una de esas pléyades que marcan la historia de un país o de una literatura y que las generaciones siguientes envidian a través de siglos y fronteras: el Ateneo de la Juventud, tan legendario y fraternal como el Vieux-Colombier en París, como el Centro Histórico de Menéndez Pidal en Madrid, cuya influencia se vio multiplicada por el hecho de haber florecido en un momento de importancia crucial para la historia mexicana.

La tercera huella que quedará marcada para siempre en el alma de este gran viajero fue la de su país, particularmente Monterrey y el altiplano mexicano. Ningún poeta ha descrito mejor, pese al exilio, la transparencia del Anáhuac, la precisión de sus paisajes, el otoño dorado que perduraba todo el año. Al igual que Ruiz de Alarcón, Reyes "llevaba con él todo su país" cuando llegó a Europa. En París, en Madrid, a orillas del Río de la Plata o en Río, en realidad "vivía en México". De esa juventud mexicana, conservaba un ardiente patriotismo, indefectible, exigente, sensible, a veces doloroso, pero que quería ser constructivo siempre.

Alfonso Reyes gustaba decir que los primeros veinte años, con los

ensueños, las ilusiones, las infinitas posibilidades que contienen, son los únicos momentos verdaderos en los que nos es dado vivir. "El resto de nuestra existencia no es más que encaminarse hacia la muerte."

# I. LA INFANCIA (1889-1905)

## La familia de Alfonso Reyes

En dos preciosos volúmenes de confidencias, homenajes a sus antepasados, en los que el tono agradable y grato oculta la ternura, Alfonso Reyes, llegado a la madurez, transmite sus secretos de infancia y sus recuerdos de familia.[1] No hay árbol genealógico de valor (pese a los intentos de los admiradores del general Reyes, su padre, en la época de mayor popularidad), sino el ejemplo, históricamente muy interesante, de una familia mexicana proveniente de comerciantes y que en dos generaciones alcanza el rango de las más altas funciones militares, políticas y culturales.[2] Su evolución está indisolublemente vinculada a la historia agitada del México del siglo XIX.

Los prodigiosos relatos que el sensible niño arrancaba curioso a sus antepasados se remontan a la llegada a México de su bisabuelo Doroteo Reyes, español, probablemente originario de La Mancha. Este negociante próspero se estableció primero en Nicaragua, en donde nacieron sus cuatro hijos, entre ellos Domingo, quien más tarde sería el abuelo del escritor. Gracias a su bisabuelo nicaragüense, algo de la sangre india de América Central circulaba por sus venas, aportándole su dulzura y sonrisa, tal vez también su estatura reducida, defecto del que siempre sufrió un poco a lo largo de su vida, regocijándose de verlo corregido en su descendencia. Esta familia dejó Nicaragua para establecerse en México hacia 1829. Muy pronto, Domingo Reyes se naturalizó mexicano y se consagró a la vez a la guerra, a la política y a los negocios. En los campos de batalla ganó sus galones de oficial, luchando contra los innumerables sublevados del interior, encargándose de la pacificación del campo y de la persecución de malhechores, en la época que precedió a la instauración de la dictadura de Santa Anna, en 1832. En los periodos de tregua se convertía en negociante y emprendía los escarpados caminos mexicanos a la cabeza de una larga hilera de mulas. De sus viajes de negocios, traía regalos para los suyos, sabrosos dulces de los que sólo México tiene el secreto, o frutas en profundas copas de oro o plata que, más tarde, ador-

[1] *Parentalia*, 1958, y *Albores*, 1960, Editorial Tezontle, México.

[2] Su familia, antes de 1910, había dado tres ministros, incluido su padre, y un obispo de Puebla en 1879.

narán algún mueble valioso de la casa de infancia de Alfonso Reyes, "parecidas a las que admiraba Francis Jammes en Pau, en casa de su tío mexicano". El muchacho contemplará, destacando entre las colgaduras rojo oscuro del salón de invierno, el retrato de su abuelo, de aire severo, con patillas largas, que le había dado, además de sus cabellos claros y frente amplia, el gusto por la belleza y la soltura. Don Domingo Reyes se había unido dos veces con los Ogazón, casándose con la hija menor, Juana, a la muerte de la mayor. Esta familia Ogazón, cuyos antepasados habían nacido en la región de Burgos, era una de las más antiguas y respetadas del estado de Jalisco. Uno de los hermanos de Juana Ogazón, el general Pedro Ogazón, fue ministro de la Guerra. Según su retrato, Juana Ogazón era de tez clara y rosada y tan bella que, en esta familia ilustrada, se decía que se parecía a la duquesa de Oxford pintada por Van Dyck. La alianza con los Ogazón reforzó aún más la tradición de aristocracia y de encumbramiento tan evidente ya en este linaje provinciano.[3] Pero este refinamiento en los gustos no impedía a los muchachos de la familia ser atléticos y revoltosos. Uno de los tíos de Alfonso Reyes, en su juventud, en el transcurso de una riña, rompió una cabeza de un solo puñetazo. Cuando en la delegación de policía le pidieron que probara que no se había ayudado con ningún arma, partió por la mitad la mesa que tenía delante con un solo revés de la mano. En medio de esta mezcla de distinguida delicadeza y de fuerza, creció el que llegaría a ser el general Reyes, una de las figuras legendarias de México a principios de nuestro siglo. A estos rasgos hereditarios agreguemos el de un desinterés poco frecuente e ideas liberales. El coronel Domingo Reyes fue, entre los hombres de la Reforma, siempre fiel a la autoridad legítima y protegió la vida, el honor y la propiedad de sus conciudadanos. Era de una probidad sin límites y murió en 1862 sin dejar fortuna alguna.

## El general Bernardo Reyes

Nos sentimos en la obligación de ofrecer un estudio minucioso de la vida, la personalidad y la muerte del padre de Alfonso Reyes. Jamás un hijo admiró con tanto ardor a un padre tan excepcional, nunca un joven sufrió tanto el destino trágico de uno de los suyos, jamás un escritor soportó con intensidad tal el peso de una herencia histórica grandiosa y desdichada. La personalidad, los versos, toda la obra de Alfonso Reyes están condicionados, no sólo en su juventud, sino hasta los límites de la madurez, por el carácter, la vida, el ejemplo, la desaparición de este padre

[3] El tío abuelo Onofre era un solterón empedernido, un hombre raro y refinado, "un verdadero Des Esseintes", que hacía limpiar las hojas de los árboles. El día que tuvo que vender sus cubiertos de oro puro compró cubiertos de madera y desdeñó los metales viles.

tan amado. El papel histórico que representó el general Reyes ha sido estudiado con objetividad por E. V. Niemeyer, quien ha consagrado importantes páginas a su acción militar pacificadora, a su desempeño como ministro de Guerra, a su actividad política en el último periodo de su vida.[4] Pero la fogosidad de don Bernardo, su vitalidad, su figura atractiva y llena de contrastes inspiran con fuerza intensa páginas numerosas que le dedicó Alfonso a lo largo de su vida.

Cuando Alfonso Reyes estaba todavía en la escuela primaria, no sólo escuchaba relatos de las proezas paternas de boca de las mujeres de la casa, sino que recogía numerosos detalles contados por su propio padre. Éste tenía la costumbre de descansar a la hora de la siesta. Alfonso era el único de sus hijos que se reunía con él, tierno y astuto, pues este gran capitán tenía la digestión difícil y el pequeño había observado que olvidaba sus dolencias cuando se le dirigía la atención a sus aventuras de juventud o a las batallas contra el ejército de Maximiliano. El héroe de Villa de Unión, barbudo, hercúleo, no tardaba en ponerse a dar vueltas por la habitación gesticulando grandes estrategias. Gracias a la imaginación del niño, la admiración y el horror se sucedían en este gran hálito épico. En las evocaciones de esos benditos momentos que Alfonso Reyes escribió cuarenta años más tarde, se entremezclan los recuerdos hugonianos, la presencia de los húsares, la de un oficial generoso, la fuerza sobrehumana de los gigantes de *La leyenda de los siglos*, el recuerdo frecuente del héroe español por excelencia, el Cid, con el que a menudo compara a su padre. En la lucha cuerpo a cuerpo, el "rubio coronel" había blandido su enorme espada, cuando no su machete, con las dos manos, hasta hacer huir al enemigo apoyado por los cañones. Él mostraba a sus tropas el camino de la victoria partiendo de un tajo al adversario con su mano ensangrentada. Su espada,torcida múltiples veces en combate, se conservaba piadosamente en la casa familiar y fascinaba al niño; sus simulacros y sus estratagemas bélicas eran de todos conocidos. No obstante, su sentido del honor era tan elevado que en numerosas ocasiones algún enemigo en trance de muerte le había confiado a su familia.

Pero no se hablaba siempre de guerra. El general Reyes entretenía también a su hijito con poesías de historia, que eran sus lecturas favoritas, pues si bien ese guerrero no había frecuentado mucho tiempo la escuela, era sensible a las poesías románticas de su época, anotaba los versos de Espronceda que se sabía de memoria y enseñaba a Alfonso a recitarlos. En una carta muy interesante a Frédéric Lefèvre, Reyes evocaba, en 1939, estos recuerdos tan caros a él: "La atmósfera de nuestra vida íntima y cotidiana era profundamente literaria... [mi padre] no manifestó más que imperfectamente su temperamento de escritor en sus escritos, dis-

[4] E. V. Niemeyer Jr., *El general Reyes*, Biblioteca de Nuevo León, Monterrey, México, 1966.

traído como siempre estaba por sus ocupaciones y por los asuntos públicos. Pero en nuestra vida de familia, este temperamento se expresaba generosamente... A su lado, yo leía el *Telémaco* en francés, del que a él le gustaba recitar extensas peroratas. Así conocí a Racine y el 'Qu'il mourût!' de Corneille me resultaba familiar. Este grito de honor encajaba perfectamente en la representación del mundo de un militar."[5] El general Reyes poseía una bella y buena biblioteca.[6] Mantuvo correspondencia literaria con Manuel José Othón y su firme instinto supo acoger con alegría inmediata, ya que vivía en provincia y en un medio administrativo, los primeros versos de Rubén Darío que sus hijos, que radicaban en México y en un medio intelectual, leían con inquietud y desconfianza. Tuvo además la ocasión de manifestar su simpatía repetidas veces e incluso materialmente al autor de *Prosas profanas*.[7] Don Bernardo desbordaba de curiosidad literaria y de ideas nuevas. También él poeta a ratos, ayudaba a sus hijos a componer obras de teatro durante las vacaciones y obsequió a Alfonso, en su decimoquinto aniversario, el inapreciable regalo de un poema personal que permaneció inédito. Poeta lo era en la ternura hacia sus hijos, en su patriotismo enardecido, en sus ideas liberales, en su penetración psicológica de los hombres, en su respeto por las ideas ajenas, en su culto a la palabra dada, en cierto aspecto de su carácter lleno de idealismo y casi quijotesco.[8] "Poeta lanzado a la guerra, como José Martí, por exceso de corazón y de generosidad... Poeta, poeta a caballo..."[9] De una sensibilidad tal que Alfonso Reyes no volvió a encontrar nunca a nadie tan vivo a lo largo de su experiencia con los seres humanos. Para transmitir la seducción, la calidez, la presencia incomparable de Bernardo Reyes, ningún comentario puede sustituir al himno que su hijo escribió en su memoria: "Este hombre extraordinario —y, además, bello— era, más allá de sus virtudes públicas, de su valentía, de su rectitud, un temperamento de una energía solar, una fiesta de la compañía humana, un lujo en sus modales, un orgullo en la amistad,

[5] Carta inédita, fechada el 2 de diciembre de 1939, a Frédéric Lefèvre. En la Capilla Alfonsina.

[6] La biblioteca del general Reyes, así como su correspondencia, se conservan en el "Belvédère" que corona la Capilla Alfonsina. Abarca la edición del *Quijote* ilustrado por Gustave Doré, las obras de Espronceda, Rubén Darío, además de numerosas obras técnicas y militares; todos los grandes poetas franceses y en particular los románticos.

[7] *Cf.* Reyes, en *Simpatías y diferencias*, "Rubén Darío en México", *O.C.*, t. IV, p. 313. Nombrado enviado extraordinario a México en ocasión de las festividades del Centenario, Rubén Darío, siempre sin dinero, no tenía fondos para regresar a Europa. Pudo volver a París gracias a un envío que el general Reyes le hizo llegar por cable desde París, donde se encontraba en aquel momento. El poeta no olvidó este gesto y le mantuvo su amistad. Véase también E. Mejía Sánchez, artículo citado por Niemeyer, *op. cit.*, p. 181.

[8] Una de las hermanas mayores de Alfonso Reyes recuerda haber visto llorar a su padre con la lectura de páginas desafortunadas de la historia de México.

[9] *Parentalia*, p. 167.

una luz siempre brillante y vigilante en la conciencia de los suyos."[10] Si es cierto que México, como dice Rubén Darío, es "un país de generales y de poetas", este general-poeta sintetizaba los dos aspectos de su país. "Poeta, poeta a caballo." ¿Sabía Alfonso Reyes que él había heredado este brillo y este encanto? En todo caso, al consagrarse a las letras y a la poesía, tenía conciencia de que estaba realizando una de las aspiraciones de su padre. Dotado de la misma sensibilidad, quizás había recibido también de él el arte de ocultar bajo una apariencia de dicha un cierto sabor amargo de la vida; un sentimiento doloroso que había sospechado albergaba a veces el general y que volveremos a encontrar con frecuencia en su pluma cuando escribe las páginas más íntimas de su diario.

El general Bernardo Reyes había nacido en 1849 y había crecido en el México tumultuoso de los años de la Reforma. Desde su juventud se había acostumbrado a codearse con la muerte y el fuego. Una bala hirió a su madre cerca de él, tras una ventana, cuando miraban la pelea que tenía lugar en la calle delante de la casa. Su adolescencia estuvo llena de la efervescencia provocada en el país por la tentativa de Maximiliano. Se acordaba de un cartel fijado en los muros de la ciudad en el que, el 3 de octubre de 1865, Juárez había sido proclamado fuera de la ley lo mismo que todos los cabecillas republicanos. Tenía dieciséis años y había escupido al rótulo. Fue detenido, conducido a la cárcel y puesto en libertad gracias a la intervención de un amigo y a la consideración que rodeaba a su familia. Se fugó rápidamente del colegio en el que lo habían internado para ir a luchar contra los franceses. Sus hermanos y él pasaron directamente a la guerrilla contra el invasor y mataron a más de un zuavo tirando tejas desde lo alto de las azoteas. Pronto abandonado a sí mismo, pues perdió a su padre en esa época, llevaba un enorme talabarte y una espada más grande que él de la que se servía a la menor provocación. Educado en el refinamiento de una clase acomodada, tuvo dificultades para acostumbrarse a las gentes de todos los rangos con las que tenía que tratar en el ejército.[11] Aunque carecía de preparación militar, escaló muy pronto todos los rangos. Ávido de innovaciones tácticas y atraído por el arte de la guerra, adquirió rápidamente reputación de jefe consumado. Un sable húngaro lo hirió en el ojo, una bayoneta francesa le surcó la pierna izquierda. Qué importaba; él atacaba a los franceses a pedradas en las montañas de Michoacán. Era teniente de caballería cuando asistió a la rendición de Maximiliano el 15 de mayo de 1867. De estos enfrentamientos con las tropas enviadas por Napoleón III, él no guardaba ningún resentimiento hacia los franceses, pues había comprendido que

[10] *Ibid.*

[11] Por haber dicho: "¡Qué mal tabaco!", a un soldado que le soplaba en las narices al sentarse a la mesa, el joven militar de diecisiete años tuvo que batirse en duelo con el patán, a quien mató.

combatía la política de un soberano y no el ímpetu de un pueblo. La intervención había sido condenada por Víctor Hugo, por el ministro Ollivier y por Clemenceau unos meses después de la muerte de Maximiliano.[12] Algunos soldados y oficiales del contingente francés se quedaron en México y contrajeron matrimonio con mexicanas de la buena sociedad. Uno de los recuerdos más lejanos de Alfonso Reyes era haber visto en el comedor de la casa familiar a algunos de esos veteranos franceses conversar animadamente con don Bernardo. Estos exiliados describían la Francia de su juventud. Los antiguos enemigos evocaban amistosamente sus pasadas luchas. Los primeros contactos del pequeño Alfonso con franceses, su país y su lengua, estaban asociados en su memoria con los momentos más felices en Monterrey.

Oficial del estado mayor, Bernardo contribuyó de inmediato, como lo había hecho el coronel Reyes, su padre, a la pacificación de los indios *bravos*. Contrajo matrimonio en 1872 con Aurelia Ochoa, todavía muy joven, quien jugaba a las muñecas acurrucada debajo de la mesa de trabajo de su marido. En aquel México, entonces tan poco pacífico, una bala perdida estuvo a punto de matarla al entrar por la ventana y rozar las patas de la mesa. Los Ochoa eran una rica familia del estado de Jalisco. Doña Aurelia llevaba quizás sangre francesa en las venas a través de su madre, Josefa Sapién. Esto permitió a Alfonso decir que, si bien no era "Alfonso el Sabio", era por lo menos "Alfonso Sapién". Los Ochoa eran originarios de Navarra y se habían vinculado a los Goyhenne, que venían del país vasco francés: entre las charlas y los recuerdos de sus primos, le debieron llegar al niño Alfonso Reyes algunos ecos de Francia. En la familia de Aurelia Ochoa, uno de los ascendientes de Reyes, gran viajero, extraño personaje de ojos oblicuos, era negociante de artículos exóticos y traía de Manila gasas ligeras y reverberantes, lacas y preciosos chales. Los niños lo imaginaban como un mandarín de trenzas largas, rodeado de esclavos y de perfumes, pavoneándose bajo un parasol y sentado en un pesado sillón de madera tallada... Probablemente Alfonso Reyes debía a ese antepasado la atracción que siempre sintió por Asia y por sus objetos artísticos tan refinados. Doña Aurelia fue para el general Reyes una compañera enérgica que participó en la carrera de su marido. Hasta llegó a seguirlo a alguna campaña militar e ir a recogerlo ella misma a los hospitales del frente cuando había sido herido. Para reunirse con él, soportó largas cabalgatas por la montaña y además en vísperas de dar a luz a un hijo. Esta mujer viril estaba más cerca de sus hijos que de sus

[12] En 1867, el joven Clemenceau se había peleado con su familia y vivía en Estados Unidos. Reyes reprodujo en *Marginalia, 2ª serie*, pp. 208-209, el texto de una carta dirigida a uno de sus amigos que había permanecido en Francia, la cual fue publicada en *Le Cri de Paris* en 1919. El tono es muy duro contra todos los grandes y contra Maximiliano, tal vez "instrumento" de una política, pero de todas maneras, su "crimen era incalificable".

hijas, llena de indulgencia hacia sus travesuras cuando éstas revelaban un carácter firme, más inclinada al humor y a la broma que a las manifestaciones de cariño. Bella sin coquetería, nerviosa y ágil, era toda una mujer, capaz de llevar ese gran caserón y su numerosa familia en ausencia del jefe, absorto en tantas luchas.

En efecto, Bernardo Reyes no cejaba en su lucha contra los indios sublevados y contra los partidos revolucionarios. Cuando el general Díaz subió al poder, éste apreció la lealtad de la que había dado muestras Reyes, aun cuando había combatido a las fuerzas porfiristas, confiándole nuevas misiones militares. Fue así como comenzaron una larga carrera al servicio de don Porfirio y la confianza mutua que debía durar hasta que, en 1909, al aumentar la popularidad de Reyes, el dictador empezó a desconfiar de él. Porfirio Díaz lo había escogido para extender la *paz porfiriana* a los estados fronterizos del norte, Tamaulipas y Nuevo León. Don Bernardo supo demostrar entonces que no sólo era un oficial competente sino también un gobernante que dominaba la diplomacia. En 1885 fue nombrado jefe de operaciones militares en Nuevo León y después, entre 1887 y 1889, permaneció en Monterrey comandando la tercera zona. Cuando nace Alfonso Reyes, su padre es nombrado gobernador de Nuevo León.

## La primera infancia en Monterrey

Alfonso era el noveno hijo de la familia, pero tres de ellos ya habían muerto cuando él llegó al mundo.[13] Además de su medio hermano León, estaba en el hogar el mayor de los hermanos, Bernardo, que se dedicaba al canto y a la música. A éste le seguía Rodolfo, quien iba a tener más importancia en la infancia de Alfonso. Le llevaba once años y se complacía en la caza del venado, cuando no del leopardo o del oso gris, mientras aspiraba a convertirse en abogado, político y escritor. María era, más que una hermana, una verdadera madrecita para él; el hermano mayor León se había casado con una joven encantadora y el matrimonio mimaba al hijo más pequeño... Amalia y Otilia, con sus peinados austeros, sus medias negras y sus botines abotonados, en el poema que Reyes les dedicó, parecían salir de un cuadro de Renoir.[14] La compañera inseparable de Alfonso fue sobre todo Otilia, hasta que Alejandro creció y pudo unirse a sus juegos.

[13] De los tres niños que nacieron después de él, sólo sobrevivió uno, Alejandro, que nació en 1898 y murió en diciembre de 1969. Durante nueve años Alfonso siguió siendo, pues, el benjamín de esta numerosa familia. Se le puso el nombre de Alfonso a petición de la colonia española de Monterrey porque nació el día en que se celebraba, con un banquete que presidía el general Reyes, el tercer aniversario del rey Alfonso XIII.

[14] "Recuerdo", *O.C.*, t. X, p. 283.

En Monterrey, el general se instaló al comienzo en una casa sin grandes comodidades pero en el barrio más aristocrático de la ciudad. Allí habitaban también la familia de Francisco I. Madero, que sería el apóstol de la Revolución mexicana, y muchos otros hombres notables, al principio bastante hostiles al nuevo gobernador y cuya reticencia éste supo transformar en confiada amistad. Muy pronto hizo construir para su numerosa progenie una casa grande y confortable en la que un ala estaba reservada al cuartel general. El poeta adoraba la casa de su infancia, "su" casa. Todo era luz y espacio. La inmortalizó en un bello poema, uno de sus preferidos, "Sol de Monterrey".[15] Los salones eran mullidos, los patios grandes y engalanados con aves y naranjos. "Mi casa era un verdadero palacio andaluz... con grandes patios rodeados de arcos, como los claustros de los conventos."[16] Los niños gozaban de mucho aire y libertad, y Alfonso jugaba con los pavos reales. Un día, lejos de su país, exiliado en el frío y la neblina del invierno parisiense, diría lo que representaba para él la casa de Monterrey, y fuente de su fuerza, raíz de su conciencia, cuna inolvidable de la dicha más absoluta.[17]

El general, que siempre había sido amante de los caballos, compartía entonces esta pasión con sus hijos y había hecho construir grandes caballerizas. Espacio no faltaba, pues la ciudad no se había convertido todavía en el importante centro industrial que es en la actualidad. Era incluso bastante rústica, y Rodolfo cazaba tecolotes y guajolotes en las afueras de la ciudad y a veces en la Alameda. Durante las vacaciones, huyendo del calor de Monterrey, la familia pasaba unos meses en compañía de agradables amigos en una propiedad muy sencilla desde la que se podía disfrutar de un magnífico panorama de la ciudad y las montañas de los alrededores.[18] El gobernador de Nuevo León llevaba una vida de familia seria y laboriosa, puntuada por los clarines del cuartel general. No obstante, su salud se deterioró precozmente. Como sufría de reumatismo, se imponía todas las mañanas algo de deporte e hizo construir una sala de armas en el jardín. Conducía él mismo su "boguecito" por las calles de Monterrey, a riesgo de hacerse "venadear", pues la paz estaba todavía lejos. El peligro constante que amenazaba a su padre creaba un clima de inquietud y provocaba en este niño sensible un profundo miedo que lo siguió hasta la edad adulta e hizo nacer en él presentimientos de que toda esa dicha podía desaparecer en una tormenta. Mientras tan-

[15] *O.C.*, t. X, p. 144.

[16] Carta a Madame Émilie Noulet-Carner, del primero de mayo de 1954. El profesor Carner había escogido "Sol de Monterrey" para representar a Alfonso Reyes en una *Antología de la lengua española* publicada en Bélgica y destinada a la enseñanza secundaria.

[17] *Albores*, pp. 31 y 38.

[18] Un dibujo del escritor del Cerro de la Silla se convertirá en su divisa y figura en la portada de sus obras y de su papel de correspondencia. También está reproducido sobre su tumba. Véase la p. 45.

to, Monterrey era verdaderamente su patria y, en el poema que le dedica, sueña con agregar su nombre a su patrimonio.[19] Paul Valéry, que sintió la importancia de esta vinculación o que se la había oído describir, lo llamó en una carta: "Reyes de Monterrey".[20]

Entre tanto el general Reyes reafirmaba la paz y la unidad de las provincias de las que estaba a cargo. Las había encontrado en una situación económica difícil, debida sobre todo a la distancia que las separaba de la capital. Él les insufló un espíritu de optimismo y de confianza. Se ocupó también del mejoramiento de los monumentos y del urbanismo, haciendo que su acción fuese apreciada por todas las clases sociales.[21] Librepensador, alentó la formación de logias masónicas en Nuevo León. No sentía la necesidad de creencias religiosas puesto que había dedicado su fe a confiar en la perfectibilidad moral del hombre, lo mismo que muchos liberales de su época. Por ello era sumamente tolerante para con sus amigos e hijos y nunca trató de instruirlos en sus creencias. Mantenía, por otra parte, inmejorables relaciones, en un espíritu de respeto mutuo, con uno de sus parientes lejanos, el obispo de Linares, Francisco de Paula Verea y González de Hermosillo.[22] Intercambiaba con él regalos de calidad. Aceptaba las costumbres religiosas de su mujer y este francmasón tenía encima de su cama un Cristo de marfil que destacaba sobre el terciopelo oscuro del cortinaje.[23] A cada nacimiento, el arzobispo de Monterrey acudía con gran pompa a casa del gobernador para bautizar al recién nacido en el gran comedor de la familia. En cuanto a Alfonso, manifestó desde muy joven resistencia a recibir una enseñanza religiosa y el general rogó a su mujer que no insistiera. Tampoco frecuentó la catequesis y no hizo la primera comunión. Su padre, increíblemente cariñoso con sus hijos, lo era en especial con él y observaba atentamente su desarrollo. Lo consideraba más sensible y más imaginativo que los demás. Doña Aurelia confió un día a una parienta que ellos tenían fundadas grandes esperanzas en Alfonso, quien ya escribía sus primeros versos... Desafortunadamente, el pequeño sorprendió la conversación y recibió esta confidencia como si le hubieran dado un golpe, viendo perfilarse por primera vez con un vértigo ya metafísico a su propio personaje fuera de sí mismo.[24] Reyes, a propósito de la evolución paralela de algunos de sus amigos, pudo hacer una conmovedora alusión al fondo

[19] "Romance de Monterrey", *O.C.*, t. X, p. 52.

[20] Véase *O.C.*, t. XV, p. 96. La carta de Valéry desafortunadamente no se ha conservado.

[21] Acerca de todo este periodo de la vida del general Reyes, véase Rodolfo Reyes, *De mi vida*, 2 vols., Madrid, Biblioteca Nueva, 1929.

[22] *Parentalia*, p. 39.

[23] Este Cristo será uno de los recuerdos de infancia más obsesionantes que asaltarán a Alfonso Reyes en su primera estancia en París en 1914. Véase *Albores*, p. 39.

[24] Véase el poema que dedica a este incidente, "El hombre triste", *O.C.*, t. X, p. 118.

de tristeza que habitaba su alma de niño y a sus lágrimas solitarias de "muchachito sin sonrisas".[25] No es sino hasta la adolescencia cuando se vuelve "ágil, sonriente, loco por el sol y la primavera".[26] Más tarde, fue mediante la razón como tuvo que escoger una filosofía del optimismo como regla de vida.

En 1898, Porfirio Díaz hizo una visita oficial a la ciudad de Monterrey. El viejo general deseaba que un civil le sucediera en la presidencia y conversó con el general Reyes en presencia del presunto heredero del régimen, Limantour. Parece que Díaz acariciaba el sueño de unir la fama de Reyes, cada vez más influyente en toda la nación, y el prestigio de Limantour. Éste podría ser designado para la Presidencia de la República en 1904, mientras que el general Reyes formaría parte del gabinete ministerial y colaboraría con Limantour, en vistas, tal vez, de una eventual sucesión en 1908. Porfirio Díaz, retirado de la política, sería el árbitro de las dificultades y el consejero supremo.[27] La popularidad de Bernardo Reyes no cesaba de acrecentarse y alcanzó sin duda su punto máximo a fines de siglo. En 1900 murió el ministro de la Guerra y el general Reyes fue designado para remplazarlo.

## Primeras estancias en México

Así pues, la familia dejó Monterrey y se instaló en México, en uno de esos admirables palacetes ya desaparecidos y que constituían el encanto del Paseo de la Reforma, espléndida avenida trazada durante el imperio de Maximiliano. La influencia francesa era allí más notoria que en Monterrey. El pequeño Alfonso terminó sus cursos de primaria en el Liceo Francés de México. La gloria paterna se le subió un poco a la cabeza y se pasaba el tiempo elaborando árboles genealógicos dignos del gran hombre. El general Reyes se dedicó a aplicar sus ideas sobre el reclutamiento de tropas, convirtiendo el servicio militar en un excelso deber social y procurando asociar a él la educación de los obreros en un vasto programa. Organizó para ellos clases vespertinas que en ocasiones mantuvo con su propio dinero. La fundación de la Segunda Reserva tuvo un éxito inmenso en todo el país. El domingo, los reservistas recibían entrenamiento en los campos de maniobras. Con gran ímpetu patriótico, todas las edades y todas las clases de la sociedad entraban en contacto. Su triunfo se manifestó el 16 de septiembre de 1902 en la celebración del día de la

[25] "Apuntes sobre Ortega y Gasset", en *Simpatías y diferencias, 4ª serie*, *O.C.*, t. IV, p. 264. "Del diario de un joven desconocido", en *El cazador*, *O.C.*, t. III, p. 207.

[26] *Cf.* Luis G. Urbina, "Madrid se despide de Alfonso Reyes", *El Universal*, México, 11 de mayo de 1924; también en *Páginas sobre Reyes*, t. I, p. 49.

[27] Véase Rodolfo Reyes, *De mi vida*, pp. 21-23

Independencia. Por primera vez en México, se vio desfilar ante el Palacio Nacional a veinte mil hombres, entre ellos seis mil reservistas, perfectamente equipados y bien comandados. El general Bernardo Reyes fue nombrado comendador de la Legión de Honor francesa en calidad de ministro de la Guerra y de la Marina mexicanas.

Quizás a instancias de Estados Unidos, que no veía complacido cómo México organizaba tan bien sus fuerzas militares, el general Díaz se sintió celoso de su entusiasta ministro; los envidiosos del gabinete lo apodaban "nuestro Marte". Limantour, por su parte, temía que, ufano de su popularidad, Reyes no supiera borrarse ante él en la ya próxima sucesión presidencial de 1904. Desde 1902 se sintió obligado a dimitir del Ministerio de la Guerra y rompió el pacto que aparentemente había establecido con Limantour en presencia de Porfirio Díaz. Don Porfirio alegó que la candidatura de Limantour era difícil de sostener debido a su origen francés.[28] Por otra parte, dijo que la impulsividad del general Reyes lo había obligado a distanciarse de él porque se había comportado en el seno del gabinete "como un niño terrible"... Siguió una campaña de opinión entre Limantour y Reyes en la que este último no participó tanto como su hijo Rodolfo, quien con todo el ardor de sus veinticuatro años gozaba de gran popularidad entre los estudiantes de derecho y en los medios periodísticos de la ciudad de México. El general Díaz reprochó a Bernardo Reyes su cambio de actitud respecto a él, llegando incluso a pronunciar la palabra traición.[29] Rodolfo empujó a su padre a separarse del general Díaz y a regresar a la vida privada. Don Bernardo pensó por un instante dedicarse a la dirección de un gran conjunto industrial en Monterrey, ciudad en la que la familia se reunió con bastante tristeza a pasar la Navidad de 1902.

El general Reyes estaba muy decepcionado por las intrigas de la capital, pero Porfirio Díaz supo imponerle su voluntad y lo persuadió para que retomara la dirección política de Nuevo León. Sin embargo, don Bernardo no gozaba de la misma confianza y se sintió rodeado de observadores y de cierta sospecha. Inscrito en la Escuela Preparatoria de México, Alfonso no pudo ingresar a ella y emprendió sus estudios de secundaria en Monterrey. A través de estos traslados, estas separaciones, la familia había perdido su unidad. Se había convertido en una familia "a caballo", una familia en movimiento, habituando así algo melancólicamente al niño a su futuro destino de viajero y de desarraigado.

No obstante, a medida que el reyismo se convertía en un hecho social importante en México, el general Díaz sentía que se desarrollaba en él un

[28] La Constitución de 1857 estipulaba que el presidente tenía que ser mexicano de nacimiento. Limantour había nacido en México pero era hijo de franceses. Había optado por la nacionalidad mexicana a los 21 años.

[29] *Cf.* Rodolfo Reyes, *op. cit.*, p. 37.

poderoso odio contra su antiguo ministro. Procedió por decreto a la disolución de la Segunda Reserva, a la que consideraba un medio de propaganda reyista. La opinión pública se dividió, incluso en Monterrey, en donde un día el general Reyes fue atacado cuando paseaba solo en su *buggy* y tuvo que hacerse justicia él mismo yendo a buscar a su ofensor hasta el fondo de la taberna en la que se había refugiado y enviándolo a la policía. Pero la mayor parte del tiempo, los incidentes se producían entre reyistas y antirreyistas, y el general no desempeñaba más papel que el de testigo angustiado. Don Porfirio apoyaba a los antirreyistas sin apenas disimularlo. El 6 de mayo de 1904 promulgó un decreto en el que extendía a seis años el periodo presidencial y creaba una vicepresidencia. Sesenta días antes de las elecciones, el general Díaz presentó sorpresivamente a "su" candidato, Ramón Corral, lo que mostraba perfectamente el odio y tal vez el temor que le inspiraba aquel que en otro tiempo él llamó amistosamente "Bernardo". Por primera vez una personalidad del porfirismo se volvía ilustre y se atrevía a separarse del prestigio personal del dictador.

En Monterrey, el general Reyes ponía a funcionar un gobierno que estaba muy por delante de su tiempo. Inspirándose en las medidas tomadas entre 1883 y 1889 por Bismarck y que Inglaterra ya había copiado —seguro obligatorio de accidentes de trabajo y enfermedad, pensiones de invalidez o de vejez, participación obrera en los beneficios—, quería "combatir al socialismo con sus propias armas".[30] A pesar, o a causa de ello quizá, la desconfianza de Porfirio Díaz se acrecentaba respecto del que había sido discípulo, y siguió siéndolo hasta el final, lealtad que tuvo que pagar con su carrera política y aun con su vida. Don Bernardo creía que el general Díaz tenía que conservar el poder hasta la muerte y la idea de retirarle antes de término la dirección del pueblo mexicano era para él un verdadero sacrilegio. A uno de sus hijos le llegó incluso a hablar de esa fidelidad como de su decoro, su pundonor.

En 1905, precisamente en la época en que la popularidad de su padre era tan controvertida y estaba tan viva, Alfonso abandona el nido familiar para encontrarse en México con su hermano Rodolfo y continuar sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria. Le había confiado a su padre su decisión de dedicarse a las letras y éste le había respondido, respetando siempre la personalidad del otro y reconociéndose sin duda alguna un poco en este hijo poeta: "Sigue este camino ya que es el tuyo". En cambio, Alfonso Reyes, a pesar de su inmensa afición por la literatura y por la vida del espíritu, durante mucho tiempo sintió en el fondo de su corazón una emoción romántica ante la belleza de las cargas de caballería, a pecho desnudo bajo la metralla, y un imponderable sentimien-

[30] *Cf.* Alfonso Reyes, "Después del Tratado de Berlín", "Historia de un siglo"; *O.C.*, t. V, p. 323.

to de inferioridad, el pesar de no haber sido soldado, un hombre enrolado en la actividad heroica.[31] Los tres primeros sonetos de Alfonso Reyes, "Duda", son publicados el 28 de noviembre en *El Espectador*, diario de Monterrey.[32] Estaban inspirados en una escultura de Henri Cordier, de la que se había reproducido una fotografía en una revista de México, *El Mundo Ilustrado*.[33] Alfonso se habituó a partir de entonces a no ver con frecuencia a su padre, sino sólo en vacaciones. Pero don Bernardo, incluso a la distancia, cumplía admirablemente su papel y representaba para su hijo la seguridad; Alfonso se apoyaba mentalmente en esa solidez moral, en ese corazón reconfortante.[34]



Dibujo de Alfonso Reyes del Cerro de la Silla, que domina Monterrey. Figuran estos versos: "Hermoso cerro de la Sía/quién estuviera en tu horqueta/una pata pa Monterrey/y la otra pa Cadereyta." (Lema de Alfonso Reyes reproducido en sus libros y en su papel de correspondencia.)

[31] *Cf.* "Platón o el poeta contra la poesía", *O.C.*, t. XIII, p. 170, y "Cartas de Jorge Isaacs", en *Simpatías y diferencias*, *O.C.*, t. IV, p. 328.

[32] Estos sonetos no figuran en el t. X de las *O.C.*, que reúne su poesía.

[33] Alfonso Reyes cuenta que, muchos años después, al llegar a Buenos Aires para ocupar su puesto de embajador, se encontró frente al grupo escultórico de Cordier, que parecía hacerle señales de buen augurio desde la plaza de San Martín. "Historia documental de mis libros", *Revista de la Universidad de México*, 1° de febrero de 1955.

[34] Véase *Oración del 9 de febrero*, p. 2.

# II. LOS AÑOS DE FORMACIÓN (1905-1910)

## La enseñanza positivista en México en 1905

La Escuela Preparatoria, todavía hoy uno de los centros importantes de la vida universitaria mexicana, estaba instalada en el bello edificio colonial del antiguo colegio jesuita de San Ildefonso, pero en los vitrales resplandecía una frase de Auguste Comte.[1] Había sido fundada, en efecto, por Gabino Barreda, discípulo del filósofo francés, a quien Benito Juárez había pedido reorganizar la enseñanza en cuanto cayó Maximiliano. Gabino Barreda había tratado de aplicar a la educación las teorías comtianas, haciendo que se empezara por las matemáticas para terminar en la sociología. Incorporaba el espíritu del liberalismo político de la época y quiso inculcar una severa disciplina mental mediante el estudio de las ciencias. Los programas de la Escuela, que en su conjunto recordaban a los del bachillerato francés, tampoco pretendían preparar para una carrera determinada, sino "para la profesión general de ciudadano". La Escuela Preparatoria, incluso al decir de Reyes, cumplió con honor su objetivo durante varias generaciones y contribuyó a conferirle una fisonomía nueva al país.[2] Pero su decadencia, de nuevo según Reyes, se derivó del exceso mismo de sus virtudes. A fuerza de querer reaccionar contra las humanidades eclesiásticas, se enseñaban cada vez menos las letras y nada de literatura española: España era desestimada "olímpicamente".[3] El estudio del latín y el griego se reducía al examen de algunas raíces. La misma enseñanza científica había decaído, al basarse más bien en cursos esquemáticos que en experiencias de laboratorio. Se llegaba, pues, a una especie de negación de la cultura, y la clase burguesa, cuyos hijos frecuentaban ese establecimiento, se enorgullecía de alguna manera de esta ignorancia. La poesía y el arte parecían ser formas atenuadas de la locura o pasatiempos de jóvenes, buenos a lo sumo para adiestrar su espíritu o su memoria.[4] Cuando Alfonso Reyes entró en la

[1] "Saber para prever, prever para obrar."

[2] *Pasado inmediato*, *O.C.*, t. XII, p. 188.

[3] *Ibid.*, p. 198. Pablo Macedo confió más tarde a Reyes, en su exilio de Madrid: "¡Qué engañados vivíamos sobre el verdadero valor de España!"

[4] Las escuelas preparatorias de provincia imitaban con mayores o menores posibilidades a las de la capital.

Escuela Preparatoria de México, los que habían sido sus maestros eminentes habían muerto o envejecido. Justo Sierra, "el Maestro incomparable", había abandonado la enseñanza para dedicarse a la dirección de la Escuela y muy pronto de la Secretaría de Educación Pública. El director de la Escuela permaneció muy cerca de los jóvenes y, sospechando sus veleidades y sus aspiraciones a más vida espiritual, los alentó con manifestaciones públicas de confianza y simpatía. Sus propias obras contienen sugerencias audaces que asombraban mucho en la pluma de un ministro. "Sus jóvenes lectores, dice Alfonso Reyes, tenían la impresión de que se les había educado —inconscientemente— en una especie de impostura."

## *Savia Moderna*, Bergson y la Grecia de André Chénier

De Europa llegaban influencias poéticas nuevas, junto a las cuales las obras de los escritores del siglo XIX empezaban a sonar huecas y a parecer pretensiosas y llenas de fallas. Otra generación mexicana de grandes poetas los había sustituido, ahora bajo la influencia de Darío y de la generación española de 1898. Algunas revistas literarias reflejaban este movimiento: *La Revista Azul*, de Gutiérrez Nájera, y en seguida *La Revista Moderna*, que popularizó entre los estudiantes tiernos versos de Urbina y los de muchos otros poetas, de técnica perfecta e inspiración original: Díaz Mirón, Icaza, Jesús Valenzuela, el clásico Amado Nervo, Manuel José Othón, Urueta, les revelaban una "Grecia francesa". A principios del año 1906, Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón fundaron una revista de jóvenes, *Savia Moderna*. Alfonso Reyes frecuentaba la modesta redacción, instalada en un estudio desde cuyo sexto piso se dominaba la deliciosa perspectiva de la Alameda. Pintores como Diego Rivera plantaban allí su caballete y, además de los dos fundadores, se veía por ese lugar a un joven arquitecto, Jesús Acevedo, gran lector de los simbolistas franceses, y sobre todo a Antonio Caso, José Vasconcelos, así como al dominicano Pedro Henríquez Ureña.[5] Antonio Caso, sincero, irresistible, con su elocuencia lógica hacía que se desvanecieran las teorías del positivismo. Vasconcelos difundía entre ellos las filosofías "antioccidentales", que él mezclaba ingeniosamente con las enseñanzas de Bergson, cuyo nombre pronto se convirtió en una consigna.[6]

La liberación que representaba el bergsonismo en comparación con el rígido racionalismo anterior se adaptaba perfectamente a los deseos de reacción del nuevo grupo. La atención que Bergson prestaba al *yo*, su re-

[5] Véase *Pasado inmediato*, *O.C.*, t. XII, p. 205.
[6] "Rubén Darío en México", en *Simpatías y diferencias, 4ª serie*, *O.C.*, t. IV, p. 305.

conocimiento de vastos terrenos que rebasaban el universo estrecho de la razón, la definición de la vida como una creación continua y libre, todo coincidía con las aspiraciones de libertad que experimentaban estos espíritus jóvenes, hasta entonces saturados de lógica y asfixiados por el método analítico.[7] El filósofo francés rehabilitaba la poesía y la meditación metafísica. Por la calidad de su lengua, musical, armoniosa, clásica, fascinaba a estos jóvenes estetas mexicanos. Entre ellos, los más clarividentes se asombraban, sin embargo, de encontrar esta filosofía de la intuición en el pensamiento francés, cuyas bases siempre habían sido el silogismo y la deducción. El bergsonismo tal vez no fuera un concepto verdaderamente francés y algunos evocaban entonces el origen extranjero de su inventor. Boutroux, otro filósofo francés leído atentamente, les parecía más conforme con el genio de la raza francesa cuando combatía el positivismo con sus propias armas, valiéndose de la lógica y del rigor. "Sin dejar de respetar la razón y los datos de la ciencia, Boutroux enseñaba que ambas tenían que ser superadas necesariamente, debido a su propia naturaleza..."

La personalidad más importante para el futuro del grupo fue la de Pedro Henríquez Ureña. De más edad que sus compañeros mexicanos, fue a la vez para ellos un guía y un profesor. Reyes le ha consagrado numerosas páginas de amistad y admiración; bajo su influjo comenzó a estudiar, por su cuenta y con mucha seriedad, latín y griego. El estudio de Grecia se convierte en "un alimento para su alma" y lo ayuda a pasar la crisis. Aquel que iba a convertirse en un gran y fecundo helenista fue de alguna manera un autodidacto y abordó siempre el estudio de los textos griegos con el entusiasmo de un estudiante perpetuo.

En 1906, la muerte del poeta Manuel José Othón atrae la atención de la nueva generación hacia sus *Poemas rústicos*. Todos escriben poemas mitológicos o bucólicos. Al dedicar a Chénier una serie de siete sonetos, Reyes suscribe la tendencia general, pues la influencia de *Iambes* en la poesía de Othón era muy conocida.[8] Es cierto que estos sonetos de Reyes son los de un poeta de dieciocho años y aspiran a una belleza plástica que no siempre consiguen plenamente. Ponen de manifiesto un contacto reciente con los textos de Teócrito. No obstante, no se limitaban a ser únicamente la expresión de un estilo literario o un ejercicio de escuela. La Grecia a la que cantan está llena de abundancia, de frescura y de miel. De la pluma de un joven regiomontano nacido en el seno de los rigores extremos del norte y después trasplantado al "otoño eterno del altiplano", en donde únicamente la sequía o la densidad de las lluvias

[7] Véase Louis Panabière, *Contribution à l'étude de l'Ateneo de la Juventud*, tesis del tercer ciclo, mimeo., Montpellier, 1975, t. I, p. 49.

[8] "Sonetos ofrecidos a André Chénier", *O.C.*, t. X, pp. 24-27.

caracterizan a las dos estaciones, Grecia puede surgir como la "zona más dulce", con sus cuatro periodos climáticos bien distribuidos. La avena y el trigo, los laureles y los viñedos, casi desconocidos en México, constituyen un exotismo con el que un americano imaginativo puede soñar. Grecia y Francia, al menos la Francia del sur, son países míticos que, para los habitantes de mesetas áridas, constituyen oasis desbordantes de pámpanos, verdor y danzas. Los sonetos sobre Grecia se convierten en himnos a los países de la Europa templada; el mar y las cigarras de oro cantan en ellos lo mismo que en los versos de Mistral, muy apreciado en todos los países latinos de América y que acababa de recibir la consagración del premio Nobel.[9] En ocasiones, un recuerdo de Flaubert, un ritmo de Heredia pueden ayudar al joven poeta a transcribir su visión.[10] Pero sería en vano tratar de encontrar en sus estrofas una inspiración tomada directamente de la poesía de André Chénier. La dedicatoria que se le hace es una toma de posición estética en la que se anuncia ya el carácter y el gusto clásico de Alfonso Reyes. Indica únicamente que desde entonces él rompe con la Grecia artificial cantada por Rubén Darío. Su Grecia será un país de equilibrio, medida y armonía, lleno de músicas dulces. Para describirlo, se valdrá de un estilo simple, concreto, elegante, de una precisión de medalla. Como Chénier en su época y diez años antes de que nazca el neoclasicismo, Reyes aspira a una pureza racineana... ¿Sabía él que el poeta francés, muerto tan joven, al que dedicaba sus versos, había también dejado que su imaginación se interesara por otro continente y comenzado un vasto poema sobre América?

## El Ateneo de la Juventud

1907 fue para el joven bachiller el año de las conferencias. Pronunció tres de ellas; su elocuencia y su fervor hicieron de él el portavoz de su generación. De estos discursos, el más importante es el que compuso para el primer aniversario de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Preparatoria. "Esta página —diría más tarde— fue el punto de partida de mi prosa." Alfonso exhortaba a sus camaradas a la alegría, a la risa, a una sana explosión de juventud, con la condición de imponerse la disciplina del trabajo serio, la mayor corrección y los mejores modales, condenando a la

[9] *Cf.* Reyes: "... las islas y los barcos, y el tesoro / de aquel país de las cigarras de oro / adonde son de mármol la montaña..." *Ibid.*, p. 24.

[10] En especial, se encuentra un recuerdo de *Trois Contes* de Flaubert ("Leyenda de San Julián el hospitalario") al final del último soneto: "...ciervo nervioso y ágil aparece, / huella el suelo y extático levanta / la grave cornazón que lo ennoblece". *Ibid.*, p. 27. Encontramos la influencia de Heredia en este intento del poeta por acabar el poema con un verso muy bello que lleve al "éxtasis".

vez el formalismo estrecho y la bohemia romántica. Se anuncian ya los rasgos característicos de su personalidad. Participó también en una ceremonia pública de estudiantes en honor de Gutiérrez Nájera que tuvo lugar en la Alameda y fue acompañada de música. Alfonso Reyes la relató con detalle pues tuvo alcance histórico.[11] Era un hecho nuevo ver desfilar a la juventud proclamando los privilegios de la belleza y dispuesta a defenderlos, si era necesario, valiéndose de los puños. La opinión pública aprendió a respetar a estos jóvenes adeptos al arte. Otros cambios se fueron manifestando en las corrientes populares. El general Díaz tenía setenta y siete años. No cabía duda de que iba a ser reelegido. Pero su vicepresidente parecía estar llamado a sucederlo muy pronto y cada vez se hablaba más del general Reyes para ese puesto. Hacía tiempo que su fama había trascendido las fronteras de Nuevo León y el grupo reyista había adquirido una enorme importancia en todo el país.

Alfonso Reyes se inscribió en 1908 en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. No es que tuviera especial vocación de jurista, pero pocos eran los estudiantes que pensaban hacer una carrera honrosa en las letras y la costumbre era que, al finalizar los estudios de secundaria, se atravesara la calle para inscribirse en la Escuela de Jurisprudencia. Casi todos estos juristas se convertían en abogados, profesión con buena reputación social y que con frecuencia conducía a la política. Alfonso hizo sus estudios de derecho seriamente y, sin embargo, confiesa: "ya vivía yo en plena literatura".[12] Firmó artículos de revistas, hexámetros dedicados a Benito Juárez, y hasta algunos textos ya notables que incluiría después en *El suicida* o en *Marginalia.*

Sufría de cierto aislamiento de la familia y ocupaba la recámara que daba sobre la terraza, en la parte alta de la casa en que Rodolfo tenía un suntuoso gabinete de abogado. Pero los dos hermanos apenas se llevaban y los separaba una diferencia de generación y de carácter, a la espera de disensiones políticas aún mayores. Cierto día de Navidad, no obstante, fue alegre e incluso inolvidable, pues él organizó una fiesta literaria griega con sus amigos en la que se recitaron versos clásicos. La revista *Savia Moderna* pronto llegó a su fin con la partida para Europa de Alfonso Cravioto. Con Acevedo y algunos amigos, Alfonso Reyes fundó, ya no una revista, sino una Sociedad de Conferencias.[13] Se iban a abordar los temas más diversos concernientes a la metafísica, la pedagogía, el arte y la poesía. Las conferencias tuvieron franco éxito. La atracción

[11] *Cf. Pasado inmediato, O.C.*, t. XII, p. 208.

[12] Véase *La experiencia literaria, O.C.*, t. XIV, p. 129.

[13] Véase *Pasado inmediato, O.C.*, t. XII, p. 208. Su conferencia dedicada a los *Poemas rústicos* de M. J. Othón apareció en la editorial Arte y Sabor el 29 de enero de 1910. Había escogido para ilustrarla el "retrato de Madame Victoire como ninfa cazadora" de Nattier (Museo de Versalles).

por Grecia estaba siempre viva entre "la pequeña Pléyade", que adoptó rápidamente el nombre de Ateneo de la Juventud; cierta velada en la que se dio lectura al *Banquete* de Platón quedó como uno de los preciosos recuerdos del entusiasmo de aquella época. Pero otras ideas adquirieron importancia también: la solidaridad con los intelectuales y los escritores de los países vecinos de América Latina, sentimiento que fortalecía enormemente la lectura apasionada de las obras de Rodó, y el retorno espiritual a España. Ellos profundizaban sus conocimientos de las letras inglesas, alemanas, rusas... y también francesas.

## Primicias de la Revolución

Reyes y sus amigos, casi sin darse cuenta, empezaban a adquirir una orientación política. Una manifestación que se organizó en memoria de Gabino Barreda desembocó, de manera completamente imprevista, en una toma de posición social. Éste fue un signo evidente de que una parte de la conciencia pública se le iba de las manos al régimen de Díaz. En cierto sentido, escribió Alfonso Reyes, "no es inexacto decir que allí amanecía la Revolución".[14] Alfonso estaba en segundo año de derecho y partió con dos compañeros a hacer una encuesta en el campo. Fue para él una revelación. Entró por primera vez en contacto con la miseria de los campesinos y su emoción le inspiró varios años después, en 1932, un relato de aquellas jornadas en *El testimonio de Juan Peña*.[15] Sin embargo, no pierde interés por los temas puramente poéticos y de 1909 data su afición por Mallarmé, cuya lectura seguirá siendo una de las predilectas el resto de su vida.[16] No participa para nada en el movimiento reyista, que había pasado a la acción con la fundación en abril en México del Club Soberanía Popular y la publicación de un periódico, *México Nuevo*. El propio general Reyes no actúa y se niega a tomar partido contra el poder civil.

Porfirio Díaz, al sentir que el entusiasmo en torno a él descendía, detestaba cada vez más al general Reyes y se mostraba cada vez más molesto. Don Bernardo se contrarió tanto que cayó enfermo y tuvo que ir a descansar a la sierra de Nuevo León con la señora Reyes. Porfirio Díaz ordenó que lo vigilaran casi militarmente y aludió a un "repliegue estratégico". Al ver a su padre agotado, Rodolfo se atrevió a proponerle un plan para lanzar su candidatura personal, si era necesario tomando las armas. "Ni una palabra más, le dijo su padre, esto sería un crimen. A pesar de todo, yo respeto y admiro al general Díaz."[17] Cuando su hijo

[14] *Pasado inmediato*, *O.C.*, t. XII, p. 209.

[15] Publicado en 1930 en Río de Janeiro.

[16] "Sobre el procedimiento ideológico de Mallarmé", octubre de 1990, *O.C.*, t. I, página 89.

[17] Véase Rodolfo Reyes, *op. cit.*, t. I, p. 92.

le preguntó qué pensaba hacer, observando que esa actitud era un verdadero suicidio le respondió: "Ir a ese suicidio". Qué dolor para Alfonso ver a este padre tan amado y tan fuerte, incapaz ahora de adaptarse a las nuevas circunstancias y vacilando en tomar en sus manos la situación cuando todavía era tiempo. Además de todo, la ciudad de Monterrey fue asolada por terribles inundaciones. El general Reyes a duras penas pudo recobrarse... Pasó tristemente los últimos meses del año 1909, aun cuando el movimiento reyista había tomado una envergadura considerable; el conjunto del ejército estaba a su favor, así como las logias masónicas y una gran parte de la juventud, que lo apoyó con avidez. Bernardo Reyes era el más joven de los altos funcionarios y su espíritu renovador parecía prometer nuevas salidas. Se había ganado también la simpatía de los indígenas, que habían tomado la costumbre de colocar su retrato junto al de la Virgen de Guadalupe en el altar portátil que adornaba uno de los rincones de todas las casitas... Él había declarado un día a un periódico que era partidario de la creación de un Ministerio de Agricultura y sus palabras habían atraído la atención de las clases campesinas. La integridad personal del general Reyes era de todos conocida y, ante la corrupción casi general de los hombres con cargos, se esperaba la influencia bienhechora de su autoridad moral. Los nacionalistas veían con disgusto que el gobierno de Porfirio Díaz hiciera demasiadas concesiones a las compañías extranjeras, especialmente en las minas, y Rodolfo Reyes se había distinguido por una intervención en el Congreso en la que había pedido que fueran protegidos los bienes nacionales. Además, no era absurdo pensar que, si a la muerte de Porfirio Díaz estallaba una revolución, ésta tendría consecuencias desastrosas para la independencia del país. El 23 de julio tuvo lugar una manifestación en honor de Benito Juárez con ocasión del aniversario de su muerte. La ceremonia se convirtió rápidamente en un acto de simpatía al general Reyes. Las logias masónicas desfilaron enarbolando leyendas en las que se pedía la candidatura de Reyes a la presidencia. En provincia, los clubes reyistas se multiplicaron y en todo el país miles de personas lucían el clavel rojo en el ojal, señal de adhesión al reyismo. Algunos de esos grupos admitían la candidatura de Díaz a la presidencia y pedían la vicepresidencia para Reyes; otros, al contrario, eran francamente hostiles al general Díaz. El clima se deterioró; la policía tuvo que intervenir en el transcurso de las reuniones, hubo heridos y la opinión pública se enardeció, excitada por los periódicos y los caricaturistas.

Alfonso Reyes permanece dolorosamente mudo durante este periodo en el que, junto con todo el pueblo mexicano, esperaba de don Bernardo un gesto, una declaración. En vano. Su padre estaba en Monterrey y solicitó, sin obtenerla, una entrevista con el general Díaz. El general Reyes fue el principal responsable de su fracaso, pues dejó pasar su oportunidad en estos últimos meses de 1909. Los observadores vieron cómo des-

cendía su popularidad al final de este periodo. Alfonso Reyes se dio cuenta de inmediato, vio los peligros que amenazaban a su padre y quiso que una parte de la familia y algunos reyistas se enfrentaran a ello. En algunos periódicos se establecía la distinción entre la candidatura del general Reyes, por una parte, y el reyismo por otra, como programa de reformas sociales y políticas. Entonces el gobierno pasó a la acción y confió el mando militar de la región de Monterrey al viejo general Treviño. Él multiplicó las trampas tendidas a los pasos de Reyes a través de las innumerables medidas sociales y de sanidad que las inundaciones exigían. Finalmente, Porfirio Díaz lo convocó a México. Parece que don Bernardo preveía una larga ausencia y dejó los asuntos de Nuevo León en muy buen estado y la tesorería más próspera que nunca. Tuvo una entrevista con Porfirio Díaz de la que no se sabe casi nada, pero al final de la cual le confió a un amigo que se iba al exilio "por el bien del país".[18] Dejó México aquella misma tarde por una estación de barrio a fin de no ser reconocido. Al día siguiente, 29 de octubre, se anunciaba oficialmente que el general Reyes había sido encargado de una misión en Europa, en donde iba a dedicarse a un estudio sobre los medios de reclutamiento.

El 3 de noviembre de 1909, el general y la señora Reyes, acompañados de sus hijos Otilia y Alejandro, se embarcaban en Nueva York en el *George Washington* con destino a Cherburgo. El reyismo se convirtió en un partido sin candidato. Algunos de sus líderes juzgaron preferible exiliarse, otros pasaron a engrosar las filas del partido antirreeleccionista que iniciaba una enérgica campaña para tratar de poner fin a la dictadura.

## El general Reyes en París

El general Reyes fue recibido en París con todos los honores y se instaló en el hotel del Ateneo, detrás de la Ópera. Le resultaba agradable tomar un descanso después de años tan duros. Fue considerado en todas partes el más ilustre de los líderes mexicanos, un patriota que había sacrificado una carrera política por la paz de su país. Se podía ver al general y a la señora Reyes en varias recepciones parisienses. En sus salidas oficiales, don Bernardo iba siempre acompañado por dos ayudantes de campo. Se familiarizó gustoso con los recientes progresos militares europeos, reencontrando así su verdadera vocación, la de oficial de estado mayor, alejado de toda política. Fue invitado a asistir a los desfiles del ejército francés y participó incluso, como huésped de honor, en maniobras militares en las que dirigió algunas unidades de caballería. Fue presidiendo estos mo-

[18] Niemeyer, *op. cit.*, p. 177.

vimientos cuando un día sintió un agudo dolor en el ojo que en otro tiempo había sido herido por un soldado húngaro, pero permaneció estoicamente en su puesto. Cuando pudo consultar a un médico, éste le hizo saber que su ojo no tenía remedio.

En el transcurso de este viaje a Francia fue cuando el general Reyes se encontró con Rubén Darío. Fue igualmente gracias a la estancia de su padre en París que Alfonso pudo hacer llegar a su "querido y noble amigo peruano" Francisco García Calderón, para entonces ya bien instalado en París e introducido en los medios literarios e hispanistas de la capital, el manuscrito de sus *Cuestiones estéticas*. García Calderón hizo que el editor Ollendorff aceptara la obra y escribió un prólogo benévolo... Desde París, el general Reyes envió su dimisión como gobernador de Nuevo León, gesto que en México pasó prácticamente inadvertido. Después partió a un viaje a España. En Madrid, fue invitado a la mesa del rey Alfonso XIII, quien le ofreció un capote de oficial del ejército español de paño azul grisáceo.[19] Después don Bernardo visitó Italia. En Roma sostuvo conferencias con los más altos oficiales del ejército italiano y fue recibido en audiencia por el papa Pío X. El soberano pontífice sabía su pertenencia a la francmasonería, pero conocía también su sinceridad y su respeto por todas las creencias. Lo acogió cordialmente y manifestó un gran interés por México. Ofreció al general Reyes como recuerdo el cuchillo de un bandido célebre.[20] A su regreso a París, después de un serio estudio de los diferentes sistemas de reclutamiento y de confrontarlos con su propia experiencia, don Bernardo escribió una monografía en la que preconizaba para México el reclutamiento obligatorio.[21] En este estado de ánimo, no estaba en posición de acoger favorablemente la petición que llegó a hacerle su hijo Rodolfo a Francia en aquel mes de marzo de 1910. Portavoz de los reyistas, todavía numerosos, Rodolfo suplicó a su padre que tomara una actitud definitiva y que regresara a México. El general Reyes se negó y volvió a afirmar su fidelidad al general Díaz. Pero los acontecimientos se precipitaron. El joven Francisco I. Madero, apóstol de la Revolución, y sus partidarios estaban llevando a cabo una enérgica campaña contra el gobierno.

[19] Este capote acompañará al general Reyes en su muerte.

[20] Oliveretto, originario de Fermo, asesino elegante y discreto. Al morir, había dejado "un cuadro, un cuchillo y un soneto".

[21] Editado en París en 1911. Hasta entonces, los soldados del ejército mexicano eran reclutados con frecuencia entre los prisioneros políticos o comunes.

# III. TIEMPOS DE INFORTUNIO

## La carta de Boutroux

El general Reyes pasó el verano en Ouchy, Suiza, y ante la gravedad de la situación aceptó entrevistarse en varias ocasiones con Limantour, que residía en Évian. De acuerdo con Limantour, decidió finalmente regresar a México para pedir al general Díaz que hiciera las concesiones necesarias para evitar en el país los riesgos de una revolución. El general Reyes se embarcó solo en septiembre de 1911.[1] Durante su escala en La Habana, Porfirio Díaz y Limantour, quien había mantenido conversaciones con los revolucionarios, le hicieron llegar la petición de que retrasara su llegada a México "para no emponzoñar la situación". En este lapso, el viejo dictador dimitió y se embarcó para Francia en el mismo paquebote alemán, el *Ipiranga*, que había transportado a Bernardo Reyes de El Havre a La Habana. Después de una cordial entrevista con Madero en Chapultepec y de llegar a un convenio con él, torpeza muy impopular que de inmediato fue denunciada por los dos partidos, el general Reyes no tardó en rebelarse contra el nuevo gobierno de Madero, cuando ya no era el momento. "Antes, habría triunfado en cinco minutos... Ahora, la adoración popular se había transformado en odio. Como en *Le bourg régénéré* de Jules Romains, las inscripciones en los muros habían cambiado de tono."[2]

La familia Reyes vivió en México días de terror. Alfonso dormía con un revólver debajo de la almohada. Las mujeres abandonaban la casa todas las noches. "¿Entrarán a saco? ¿Dispersarán mis libros y mis papeles?", anota Alfonso en el diario que empezó a escribir en aquella época. No obstante, en contraste extraordinario con "la atmósfera temible del tumulto político de la ciudad", su cuarto siguió siendo un oasis de calma, invadido por las flores que subían del jardín, "como en casa de Clara d'Ellebeuse"... Se alimentaba de libros franceses. La tensión crecía. Alfonso confió sus manuscritos a su madre y se refugió en la parte alta de la casa. Seguía los acontecimientos con angustia y trataba una vez más de disuadir a su padre de su locura. ¿Pero se escucha a un joven poeta?

[1] La señora Reyes, paciente, se había quedado en París con sus dos hijos. Cuando tres meses después se embarcó en El Havre, le fueron rendidos honores militares.

[2] Reyes, "Graffiti", en *Burlas veras, 1^er ciento*, p. 40.

Además, la situación era dramática en todos los aspectos, su madre enferma —aunque siempre valiente, una verdadera mujer de soldado—; su hermana, viuda; su padre abucheado, ridiculizado, pronto derrotado.

En medio de estas trágicas circunstancias, recibe una carta de Émile Boutroux.[3] Ventura García Calderón había hecho llegar al filósofo un ejemplar de *Cuestiones estéticas*; daba las gracias al joven mexicano, lo felicitaba y lo animaba a que fuera a platicar con él los temas de su libro. ¡Qué contraste desgarrador entre "la compañía de europeos sabios, la perspectiva de viajes a Italia o a Francia" y el ambiente dramático en el que vivía con los suyos...! "Ah, si los europeos supieran! ¡Si supieran el aislamiento de México en su tragedia!".

## El drama

Alfonso encontró consuelo y aliento junto a la que en 1911 se convirtió en doña Manuela Mota de Reyes. Era una compañera de estudios; pertenecía a una familia de diecinueve hijos y su padre era artesano bordador. Iba a ser para Alfonso Reyes la más perfecta de las esposas y de las colaboradoras. Su único hijo, Alfonso, nació en diciembre de 1912. Doña Manuela era de carácter muy jovial y Alfonso escribía para ella páginas humorísticas.[4]

Pese a todo, Alfonso continuó sus estudios en la Escuela de Jurisprudencia; en esa misma época fundó con Justo Sierra la Escuela de Altos Estudios que muy pronto adoptó el nombre de Universidad Popular, denominación que atrajo las críticas de buena parte de la opinión. No se trataba, ciertamente, de resucitar la antigua Universidad de México, desaparecida después de las reformas de Gabino Barreda. Pero se pretendía que hablar de "altos estudios" en México era tan absurdo como "vestir de frac a un pueblo descalzo".[5] Y los fanáticos del antiguo positivismo veían una ofensa en la sola palabra universidad. A pesar de la impopularidad, Reyes y sus amigos se empecinan. Él fue profesor en la Escuela y más tarde fue nombrado para la primera cátedra de literatura

[3] [Membrete de la Fundación Thiers, 5, Rond- Point Bugeaud. Carta manuscrita.] París, 31 de octubre, 1911. Apreciado señor,

Estoy muy agradecido a mi amigo García Calderón por haberme proporcionado el gran placer de darme noticia de usted. Es notable hasta qué punto, todavía tan joven, usted ha leído y pensado y sus reflexiones se han forjado en el puro molde clásico. Le suplico que reciba, junto con mi más explícito agradecimiento, mi más cordial simpatía.

Tal vez algún día se le ocurra venir aquí a platicar con nosotros de todos estos grandes temas de los que usted habla con tanta capacidad, generosidad y gracia.

Su admirador, Émile Boutroux. [En la Capilla Alfonsina.]

[4] "Los brazos de la Venus de Milo", *Domingo, Revista de Revistas*, *O.C.*, t. I, p. 338.

[5] Reyes, *Pasado inmediato*, *O.C.*, t. XII, p. 210.

española; a pesar de la precaria situación que vivía la familia, ya que el general Reyes se había arruinado para organizar su levantamiento, sus clases eran gratuitas.

Después de su infructuosa tentativa y de la vergonzosa rendición de Linares, el general Reyes fue encarcelado en México junto con su hijo Rodolfo. Alfonso iba a recitarle poemas y a aconsejarle que renunciara a la política y escribiera sus memorias. Sabemos cómo Bernardo Reyes se fugó la madrugada del domingo 9 de febrero de 1913 después de haber conseguido organizar un último complot. Cuando avanzaba por el Zócalo con sus partidarios para tomar el Palacio Nacional, plenamente consciente del peligro, fue derribado de su caballo por una ráfaga de metralleta. Alfonso lloraba el extravío de su padre y, al recibir la terrible noticia, acogió a su madre en sus brazos. México vivió entonces las muertes y las horribles escenas de la Decena Trágica. Más tarde, Alfonso pudo describir esos momentos sin llegar a consolarse jamás de esa muerte inútil. Se recobró lentamente, "como los pobres perros de la calle cuando un coche les machuca una pata". Su imaginación acude en su ayuda. "Aprendo a preguntarle, a recibir sus respuestas, a consultarlo en todo... Esto duró muchos años y me acompañó a través de los viajes y de los climas extranjeros." A duras penas, a base de un enorme esfuerzo de voluntad, extirpó de su corazón todo deseo de venganza, "de baja vendetta", eludiendo a los testigos del drama y el nombre de quien había disparado. Esta actitud dolorosa se expresará más tarde a lo largo de su obra teatral *Ifigenia cruel*.

Justo antes de la muerte del general, Victoriano Huerta, a quien un Madero debilitado iba cediendo cada vez más poder, había convocado a Alfonso para declararle que "no podía perseverar en su actitud". Después le había ofrecido su secretaría particular. El escritor había rechazado la oferta respondiéndole que "ése no era su destino".[6] Esta negativa y la muerte de su padre hicieron de él alguien todavía más indeseable. Después de haberse recibido como abogado, "se dejó nombrar segundo secretario de la Legación de México en París".

## La cultura francesa de Reyes antes de su partida a París

Los últimos escritos en México lo muestran muy abierto a todas las literaturas clásicas y europeas, siempre gran lector de textos franceses. Beneficiándose de la prodigiosa cultura de Pedro Henríquez Ureña y de sus consejos, había adquirido una familiaridad ya impresionante con las letras francesas, el arte y la historia. En el grupo del Ateneo se leían varias revistas francesas de arqueología y de arquitectura con regularidad, ade-

[6] *Diario*. Sin fecha. La entrevista tuvo lugar después de la Navidad de 1912.

más de la venerable *Revue des Deux-Mondes* y del *Mercure de France*, siempre esperado y comentado. El nombre del menor colaborador del *Mercure*, la noticia más ínfima que apareciera, eran percibidos y conservados, si bien no por todos los miembros del Ateneo, por lo menos por Pedro y Alfonso, de suerte que un examen detenido y sistemático de esta revista a partir de 1905 constituye un telón de fondo valioso de sus conocimientos de la cultura francesa. En el seno del grupo, Reyes fungía como especialista en letras francesas y en diferentes ocasiones se encargó de reseñar libros franceses en revistas latinoamericanas.[7] Explicaba también los problemas clásicos de la política francesa, y el más importante de todos, el antagonismo franco-alemán.[8] Sus conocimientos del francés eran lo bastante sólidos como para que se lanzara a la traducción al español de toda una novela. Pero su elección no fue afortunada al escoger *La neuvaine de Colette*, de Jeanne Schultz, que había sido publicada en la *Revue des Deux-Mondes* en 1889. Más tarde Reyes no hablaba de buena gana de esta traducción y la omitía en sus bibliografías. De su pluma salían tanto citas de muchos de los autores franceses como frases familiares e irremplazables del francés corriente.[9] En el artículo "El amateur", comenta los *Cuentos* de Villiers de l'Isle-Adam.[10] A lo largo de una página dirigida a su amigo Rafael López, dice que comparte la adoración de éste por los autores franceses, "salvo Baudelaire y Voltaire": fascinado por una armonía totalmente platónica, penetrado por el ideal de moralidad que el Ateneo adoptó como lema de su programa, no le gustan "las almas en las que se encuentra la perversidad".[11] A propósito de Stevenson, en marzo de 1913, habla con soltura de Montaigne, de Dumas, de Sainte-Beuve, del que es ya un ferviente admirador. Conoce la crítica de Faguet. Se ha familiarizado con toda la obra de Remy de Gourmont, artículos, libros y poemas. Lee con embriaguez el teatro de Rostand: sabe de memoria *Cyrano* y sobre todo *Chantecler*. Flaubert es para él y para sus compañeros el artista perfecto del que toman la exigencia como ejemplo y del que dominan hasta los mínimos detalles de su dolorosa vida y de su obra.[12] A raíz de un estudio sobre el dramaturgo Re-

7 Por ejemplo: *L'intervention française au Mexique* del coronel Ch. Blanchot; París, Nourry, 1910, Reseña publicada en la revista *Argos*.

8 "Bismarck y la guerra patética", *Revista de Revistas*.

9 "Oh là là!, Oh là, là", una "lubie", una "amitié amoureuse", "il est trop chic", etcétera.

10 Publicado en *Revista de Revistas*, 9 de enero de 1913.

11 "... 'le brindaba su haxix el torvo Baudelaire'... Rafael es amigo mío y ha de perdonarme una observación indiscreta: la poesía sagrada de la fuerza, de la vida, del amor y de la patria no se logra teniendo en los labios el amargor de las orgías y con el alma naufragada por la engañosa conciencia del pecado." "La poesía de Rafael López", en *Capítulos de literatura mexicana*, *O.C.*, t. I, p. 295.

12 Véase nuestro artículo "Alfonso Reyes y Flaubert", en el *Boletín de la Sección Mexicana de la Asociación Guillaume Budé*, México, núm. 4, marzo de 1967.

nan, Reyes expone su propia actitud filosófica que debe mucho al autor de la *Vida de Jesús*. Todos los del Ateneo han conocido a Renan a través de la influencia que ejerció sobre Rodó. En *Ariel*, han encontrado citas de Renan que responden perfectamente a su sed de renovación: "la juventud es el descubrimiento del horizonte inmenso que es la vida". Él les enseña a dudar del mundo en el que han vivido, pero su tierno sentimentalismo, su unción, su respeto por los valores nobles (el arte, lo bello), su desinterés, los ayudan a rehabilitar un ideal de poesía y de gratuidad que su infancia ha visto pisotear con frecuencia. Las páginas famosas sobre Grecia, la famosa 'Plegaria sobre la Acrópolis", alientan su inmenso entusiasmo por una nueva interpretación de la antigüedad griega, "primavera y sonrisa de la historia".[13]

En este contexto, es asombroso que Alfonso Reyes haya seguido a numerosos jóvenes de su época en su estima por Jean Lorrain. Su elegancia puede parecer empalagosa, si bien puesta a salvo por su erudición y por su ironía. Pero a los ojos de los mexicanos que tenían veinte años en 1912, *Monsieur de Phocas* pasaba por ser representativo de un cierto "barniz" propio del parisiense mundano. Les gustaba este grotesco que se codeaba con lo horrible. Algunas reflexiones de Jean Lorrain sobre Rimbaud, sobre Laforgue, sobre Maurras, sobre la fealdad de la gente común en Francia, con sus preocupaciones mezquinas, su aversión por "la viejura" de algunos barrios de París, su curiosidad por la droga que rebasa los sentidos, su locura por las colecciones, por el bibelot estrambótico, su estilo de periodista "con colmillo", todo eso que anuncia, con unos treinta años de adelanto, el gusto de los años veinte, quedará grabado en el recuerdo de Reyes como en el espíritu de Proust, Larbaud, Cocteau, Morand...

Mejor que todos los demás escritos, el volumen ya publicado en París en la editorial Ollendorff y los cuentos que Reyes transporta en su equipaje y que constituyen lo esencial de *El plano oblicuo* nos dan una idea de la envergadura de su cultura francesa. Mallarmé es el único escritor francés al que consagra por entero uno de los ensayos de *Cuestiones estéticas*, pero el volumen abunda en alusiones a Taine, a los Goncourt, a Zola. Los cuentos de *El plano oblicuo* ponen de manifiesto desde el principio el eclecticismo del joven escritor que se inspira sucesivamente en San Juan de la Cruz, Shakespeare, Quevedo, Walter Savage Landor, Samuel Butler, Oscar Wilde, Henry James... Francia aparece esencialmente en tres cuentos. "Lucha de patronos" tiene ecos, al menos en algunas descripciones idílicas y en el personaje de Odiseo, de las *Aventuras de Telémaco*, una de las primeras lecturas hechas por el pequeño Alfonso bajo

[13] *Cf.* nuestro estudio "El papel de Renan en el pensamiento de Alfonso Reyes", en el volumen colectivo *Presencia de Alfonso Reyes*, editado por el Fondo de Cultura Económica con ocasión del X aniversario de su muerte (p. 104).

la dirección de su padre: esta fuente es evidente y declarada, ya que al final del texto se reproduce en francés la frase inicial de la obra de Fénelon.[14] El cuento se vale de la forma platónica del diálogo, que será siempre una de las preferidas de Alfonso y la cual le permitirá, en adelante, escribir sus mejores páginas antológicas.[15] Ulises y Eneas se encuentran después de su muerte en los Campos Elíseos. Pero las otras sombras que los rodean manifiestan con sus gestos su interés y sus emociones; desempeñan de alguna manera el papel del coro en la tragedia antigua, de tal manera que este "cuento" tal vez sea el embrión de una obra de teatro. Esta mitología bastante ligera tiene ecos de opereta y recuerda a *La bella Helena*, que Reyes había visto representar tan a menudo en los escenarios mexicanos. Esta irreverencia tan francesa sobresale tanto más en el texto de Reyes cuanto que está emparentada con los sabrosos términos castellanos tomados de Sancho o de la novela picaresca.[16] ¡Reyes menciona a Quevedo y no teme compararlo con Fénelon! Sin embargo, cuando más tarde vuelve sobre esos escritos de 1910, indica para esas páginas otra fuente francesa, las doctas *Nouvelles promenades archéologiques* de Gaston Boissier.[17] Es de admirar la seguridad con la que los jóvenes émulos de Pedro Henríquez Ureña escogían sus referencias para dar los últimos toques a sus estudios clásicos. A falta de maestros mexicanos del latinismo o del helenismo, acudían con frecuencia a los maestros franceses. Esta escuela francesa les venía como anillo al dedo, pues reaccionaba contra el injusto rigor de los sabios de generaciones precedentes respecto a todo lo que no fuera, en historia, hecho concreto, documento escrito. Los cientistas del siglo XIX habían despreciado las leyendas, las puerilidades, "tejido de ficciones ridículas, de fábulas romanescas e incoherentes". Reyes y sus amigos, mexicanos para quienes las mitologías precolombinas representaban una parte importante del patrimonio nacional, y espíritus mucho más sutiles que sus predecesores, debieron de leer con la más viva satisfacción que "la ciencia francesa de hoy cree que las leyendas están, por el contrario, repletas de riqueza para conocer el pasado y penetrar en la psicología de un pueblo... En las fábulas que arrullan su juventud, ya se revela todo un pueblo".[18] Además, estos eruditos franceses expresaban su estima por la actividad poética: "la leyenda ha sido la primera forma de la poesía: esto basta para que nos parezca digna de alguna consideración". Es posible que una re-

[14] *O.C.*, t. III, p. 66.

[15] Además de *Telémaco*, ¿conocía ya Reyes los *Diálogos de los muertos* de Fénelon, en los que conversan las sombras de Aquiles y de Ulises, entre otras?

[16] "... las alforjas..., las almadrabas..."

[17] *Cf.* "Historia documental de mis libros", *Revista de la Universidad de México*, febrero de 1957.

[18] G. Boissier, *Nouvelles promenades archéologiques*, Hachette, 1904, p. 129.

flexión de Gaston Boissier haya dado a Reyes la idea misma de situar en los infiernos el diálogo entre Ulises y Eneas.[19] Pero sobre todo, después de haber explicado cómo la leyenda del troyano Eneas se había ido modificando a través de los siglos al difundirse por el Mediterráneo, el maestro francés describe el conflicto relativo en el que había entrado esta leyenda con la de Ulises. Los romanos habían hecho de Eneas el abuelo de Rómulo y Remo, pero algunos suponen también que Ulises, después de su estancia junto a la hechicera Circe, había pasado por el Lacio vecino. El rey Latino, padre de Lavinia, quien se desposó con Eneas, no era sino el fruto de aquellos amores con la maga.

Eneas había triunfado curiosamente en el espíritu de las grandes familias romanas que se denominaban "troyanas" y, por tanto, en el poema de Virgilio. ¿Por qué los romanos habían preferido a un vencido, un fugitivo, en vez de al más glorioso de los jefes griegos? La pregunta quedaba sin respuesta. Reyes había tratado de esclarecer el problema haciendo que se enfrentaran en sus divertidas páginas los personajes de los dos héroes. El uno, Ulises, creador, ingenioso, astuto, está firmemente convencido de que el hombre puede llegar a ser en gran parte dueño de su destino. Es un poco el Segismundo de Calderón y, ya, la Ifigenia de Reyes. En el transcurso de unas cuantas páginas evoluciona y pronto se convierte en el prototipo del hombre de ciencia e incluso del explorador científico. El piadoso Eneas es un "santo", deja que los dioses hablen en él, es su dócil instrumento, su "eco". Representa en este caso al poeta cuya alma es un poco nebulosa, a menudo enigmática. Reyes ha tomado del excelente historiador que era Gaston Boissier varios detalles históricos sobre el desarrollo de la leyenda de Eneas; a veces se apega incluso demasiado al texto francés.[20]

[19] *Cf.* Boissier: "M. Hild hace la observación de que estas divinidades vagas que un padre de la Iglesia llama 'sombras incorporales e intangibles'...", p. 154.

[20] G. Boissier, *Nouvelles promenades archéologiques*, Hachette, 1904.

"...Eneas y Afrodita están íntimamente ligados... el homenaje que se rinde a la madre hace pensar de inmediato en el hijo. Sabemos por Dionisio de Halicarnaso que los santuarios de este género eran muy frecuentes en las costas del Mediterráneo; los había en Citeres, Zacinto, Léucade, Accio..., y en todos los templos el nombre de Eneas estaba unido al de Afrodita" (p. 139).

"...Un compilador más hábil tuvo la idea de fundir todos estos relatos separados" (p. 140).

A. Reyes, *El plano oblicuo*, *O.C.*, t. III.

"Dondequiera que aparece un templo en honor de tu madre, Afrodita..., se cuenta que arribaste tú con tus dioses, con tus juguetillos divinos... Por toda la costa, en Citeres, en Zacinto, en Léucade, en Accio, tu nombre se une al de tu madre..." (p. 61).

"Un dulce cantor... coordinó las fábulas múltiples que corrían en el mundo a propósito de tu vida..." (p. 62).

En la séptima parte de otro cuento de *El plano oblicuo*, "En las repúblicas del Soconusco", aparece un personaje francés y el texto español se entremezcla con parágrafos enteros escritos directamente en francés. La obra lleva un subtítulo: "Memorias de un súbdito alemán", y se sitúa en el antiguo estado náhuatl de Soconusco, no lejos de una región llamada ahora "Nueva Alemania", donde han sido numerosos los inmigrantes alemanes, lo mismo que en la vecina Guatemala. El tono general es el de un jovial relato estudiantil y, en efecto, Reyes indica que este cuento fue escrito en colaboración con uno de sus compañeros más simpáticos del Ateneo, Julio Torri. El héroe es un alemán soñador que, habiendo fracasado en sus ediciones eruditas de Lope de Vega, se dedica ahora al comercio de... palillos. A través de sus palabras, los jóvenes au-

---

"...éste fue siempre el mismo héroe prudente y religioso que había cantado Homero..." (p. 147).

"Odiseo.- Siempre fuiste más sufrido que hermoso; siempre más santo que sabio... Tú, pío Eneas...

"Eneas es un valiente pero es ante todo un sabio. Dice palabras sensatas, imparte siempre buenos consejos. Ante todo, respeta a los dioses" (p. 134).

"Eneas.- Tú, en cambio, Ulises, has sido siempre muy ingenioso. Tú no esperas las ocasiones: las provocas. Tú no esperas a que la realidad se produzca: tú la inventas..." (p. 60).

"...esas divinidades vagas... sombras incorpóreas e intangibles, no ofrecen más que un flaco alimento a la imaginación de la multitud" (p. 154).

"Eneas.- (*Dirigiéndose a la sombra de Odiseo, que, recostada sobre la pradera de asfódelos, divierte con su charla a las otras sombras.)*" (p. 58).

"...en la leyenda latina, los dioses que él lleva consigo ya no son los mismos. Los griegos suponían que había salvado el Paladión, esa estatua milagrosa a la que estaban enlazados los destinos de Troya; los latinos remplazaron el Paladión por los Penates" (p. 147).

"Homero dice que huiste de Roma llevando el Paladión. ¿Cómo, pues, al llegar al Lacio, lo que llevabas contigo no era ya el Paladión, sino los Penates?" (p. 64).

"Hubo, no obstante, gramáticos escrupulosos que trataron de arreglarlo todo. Inventaron que Eneas, después de haber... abatido a Lavinio, había dejado su nuevo reino a su hijo y él había regresado con parte de los suyos a su residencia del monte Ida. Era una manera ingeniosa de contentar a todo el mundo" (p. 141).

"Además, los sabios gramáticos, tratando de coordinar a los poetas, ¿no suponen que dejaste en el Lavinio a tu hijo, y tornaste luego a tu morada del monte Ida...? ¿A cuántos engañabas a un tiempo...?" (p. 64).

"Él parte de Ilión, siguiendo el curso de una estrella que su madre hace que brille en el cielo para que lo guíe" (p. 135).

"Viajeros somos a quien una estrella conducía" (p. 62).

tores expresan la admiración que profesan por el romántico Novalis. Estas páginas abundan también en descripciones de animales, el caballo, la paloma, muestra de la atención que Alfonso les había prestado en su infancia rústica; para el provinciano desarraigado y trasplantado a la gran ciudad, los lamentos sobre la maravillosa seguridad de su infancia comenzaban a estar rodeados del halo dorado del mito. Era la época también en la que leía las descripciones precisas, entusiastas, poéticas, que Jean-Henri Fabre hacía de sus experimentos y de sus observaciones. Por otra parte, después del éxito de *Chantecler*, las onomatopeyas, los gritos de animales, estaban muy de moda. A principios del siglo XX, la presencia de un súbdito alemán en un libro hacía casi inevitable la aparición de un personaje francés debido a que el antagonismo entre ellos se había convertido en legendario. Dom Escarragut de Nanterre es totalmente rabelesiano, su nombre significa sin duda que es, en buen francés, un gran comedor de caracoles. De Nanterre por Geneviève, "la más pura de todas las vírgenes", y Dom porque "es hijo de benedictino". Gran bebedor, digno hijo de las Galias, y no cabe duda que al autor le ha atraído este tipo por el retruécano fácil que se establece entre el nombre de la ciudad mexicana de Tonalá y la palabra francesa *tonneau* (tonel): "Y su tienda se llamaba: ¡*Le Tonneau de Tonalá*!"[21] Con un nombre tal y originario de Nanterre, Escarragut es evidentemente un meridional que pronuncia las erres de su nombre con sonoridad. Tiene algo de Cyrano, mencionado expresamente, y puede que también de Tartarín... y lo mismo de algunos barcelonetas, de los que el autor había oído "la voz de trueno" y el acento cantarín, "lleno de tintineos y de sonidos de campanillas". Su lengua es digna de Pantagruel, barroca, inventiva; tiene un vino "grandioso y humanista" y profiere desahogados juramentos: "La gloire de France, le tonneau de Tonalá! Ouvrez donc, nom d'un dix-neuf cent quatre-vingt-dix-neuf! Ne vous emberelucocassez point, je vous dis! C'est moi: Son Excellence Dom Escarragut de Nanterre..."[22] Sus actos y sus gestos están en relación con las vulgaridades que se asocian en batiburrillo a la idea de Francia en los jóvenes mexicanos de 1912: los restaurantes franceses de gran lujo en los que la comida es muy refinada; la epopeya es un género muy francés; el gesto francés más famoso es el de Roldán tratando de romper su espada contra las rocas de Roncesvalles; Francia es el país de los desfiles militares en el que se cantan a coro canciones "¡al regreso de la revisión de tropas!" Escarragut es grande y fuerte, "buen mozo", con prestancia de mosquetero... Su atavismo,

[21] Reyes hace alusión en otro texto, "Las canciones del momento", con fecha julio de 1909, a esta propensión francesa al vino, y cita el verso de Villon: "or buvez fort, tant que ru peult courir", *O.C.*, t. I, p. 152.

[22] "En las repúblicas del Soconusco", *El plano oblicuo*, p. 51. [En francés en el original.]

su humor chusco lo incitan al gusto por el baile, y Reyes cita algunas canciones infantiles con las cuales este buen gigante se ponía de repente a saltar: "Mirliton, Mirliton, Mirontaine". El conjunto del relato, la presencia insistente de los toneles, el gusto de Escarragut por el mosto de uva, su muerte —se traga un sacacorchos— hacen pensar que el autor conocía ya bastante bien las viejas canciones francesas de bebedores.

En las antípodas de este realismo y de esta alegría de vivir, hay otra influencia, la de Gérard de Nerval, la cual Reyes confiesa un día a Jean Cassou, el traductor de *El plano oblicuo*. Esta influencia se pone de manifiesto en "La cena", cuento que ocupa el lugar de honor al principio de la colección. El relato parece autobiográfico, por lo menos está escrito en primera persona y describe un trayecto a través de calles desconocidas y una invitación misteriosa a una cena. Los cuartos en los que se introduce, la importancia sobrenatural de los personajes pintados en los cuadros colgados de los muros, esos seres con apariencia banal, pero que son percibidos como si vinieran de otro mundo, que acogen con cortesía al escritor, lo guían a un jardín adornado de parras, en el que la enumeración de los nombres botánicos se mezcla con el delirio de las flores y bejucos que, al trepar, adquieren formas humanas... todo ello prueba incontrovertiblemente que *Aurelia* fue uno de los textos que ayudaron a Alfonso a introducirse en el mundo de los sueños.[23]

[23] Gérard de Nerval, Aurelia, Ed. Skira, 1944.

"Tres mujeres trabajaban en este cuarto, y representaban, sin que se les parecieran del todo, a parientas y amigas de mi juventud. Parecería que cada una tuviera los rasgos de varias de aquellas personas.

"Aquellos viejos muebles relucían con un pulimento maravilloso, los tapices y los cortinajes estaban como renovados" (p. 48).

"... yo les agradecía, ruborizándome, como si no fuera más que un niño pequeño ante grandes y bellas damas... Entonces una de ellas se levantó y se dirigió al jardín" (p. 49).

"...parientas y amigos de mi juventud... La de más edad me hablaba con una voz... que yo reconocía por haberla escuchado en la infancia" (p. 49).

Alfonso Reyes, "La cena", en *El plano oblicuo*, *O.C.*, t. III.

"...aquella mujer no era para mí más que una silueta, donde mi imaginación pudo pintar varios ensayos de fisonomía, sin que ninguno correspondiera al contorno...

"Sobre las palabras románticas de la esquela... había yo fundado la esperanza de encontrarme con una antigua casa, llena de tapices, de viejos retratos y de grandes sillones" (p. 12).

"Amalia charlaba; doña Magdalena me miraba; yo estaba entregado a mi ventura..." (p. 13).

"De lo que vino a sacarme esta invitación insospechada:

—Vamos al jardín" (p. 15).

"...yo me sentía tan a mi gusto como en casa de alguna tía viuda y junto a alguna prima, amiga de la infancia, que ha comenzado a ser solterona" (p. 14).

Este contacto con Gérard de Nerval vuelve a dirigir los sueños de Reyes hacia París, adonde acababa de viajar su padre. El final de su pesadilla es una amalgama de recuerdos de esa estancia, en el transcurso de la cual su padre se había puesto al corriente de los armamentos europeos, y de sus periodos de enfermedad, cuando perdió un ojo. ¡Había visitado París casi ciego! ¡París, ciudad a la que había aspirado toda su vida![24]

Reyes da a entender más tarde que una influencia francesa diferente, la del Laforgue de *Moralités légendaires*, estaba también presente en otro

---

"Todos saben que en sueños nunca se ve el sol, si bien se tiene con frecuencia la percepción de una claridad mucho más vívida" (p. 49).

"Hacia el centro de la mesa, y, por cierto, tan baja que era una constante incomodidad, colgaba la lámpara de dos luces" (página 15).

"Me vi en un pequeño parque en el que se prolongaban las enredaderas formando glorietas... nos encontrábamos en un espacio descubierto. Apenas podía percibirse el rastro de antiguas avenidas que en otro tiempo lo habían atravesado en forma de cruz. Se había descuidado el cultivo desde hacía años y plantas esparcidas de clemátida, lúpulo, madreselva, jazmín, hiedra, aristoloquia, se extendían profusamente entre los árboles formando largos colgantes de bejucos" (p. 49).

"...vi que el jardín había tomado aspecto de cementerio" (p. 50).

"En la oscuridad de la noche pude adivinar un jardincillo breve y artificial, como el de un camposanto... Nos sentamos bajo el emparrado... Las señoras sonreían ya (yo lo adivinaba) con pleno conocimiento de mi estado. Comencé a confundir sus palabras con mi fantasía. Sus explicaciones botánicas, hoy que las recuerdo, me parecen monstruosas como un delirio: creo haberles oído hablar de flores que muerden y de flores que besan; de tallos que se arrancan a su raíz y os trepan, como serpientes, hasta el cuello" (p. 15).

"...la dama a la que yo seguía, elevando su esbelto talle con un movimiento que hacía relucir los pliegues de su vestido de tafetán tornasolado, empezó a agrandarse a la luz de un rayo claro... en tanto que su rostro y sus brazos imprimían sus contornos en las nubes púrpura del cielo" (p. 50).

"...la luz vino a caer, inesperada, sobre los rostros de las mujeres. Y —¡oh cielos!— los vi iluminarse de pronto, autonómicos, suspensos en el aire —perdidas las ropas negras en la oscuridad del jardín" (p. 16).

[24] "...el capitán se fue a Europa. Pasó de noche por París, por la mucha urgencia de llegar a Berlín. Pero todo su anhelo era conocer París. En Alemania tenía que hacer no sé qué estudios en cierta fábrica de cañones... Al día siguiente de llegado, perdió la vista en la explosión de una caldera.

"Yo estaba loco...

"—¡Ay! Entonces, y sólo entonces, fue llevado a París. ¡A París, que había sido todo su anhelo! Figúrese usted que pasó bajo el Arco de la Estrella: pasó ciego bajo el Arco de la Estrella, adivinándolo todo a su alrededor... Pero usted le hablará de París, ¿verdad? Le hablará del París que él no pudo ver. ¡Le hará tanto bien!". "La cena", texto fechado en 1912, *op. cit.*, p. 16.

cuento de *El plano oblicuo*, "Diálogo de Aquiles y Elena".[25] La primera inspiración de esta obra deliciosa —a nuestro juicio uno de los mejores relatos de la colección y que pone ya de manifiesto una habilidad de cuentista consumado— nació sin embargo de la lectura indignada que hizo Alfonso de uno de los famosos diálogos de las *Helénicas* de Walter Savage Landor. El escritor inglés había acumulado errores y descuidos cuando hizo hablar a Aquiles y Elena. A este respecto, la crítica de Reyes, helenista exigente, es vívida. El paisaje que el poeta inglés despliega en torno a los héroes homéricos es típicamente italiano, ¡y hasta notoriamente romano! Pinos en forma de parasol, templos solemnes, inscripciones jurídicas, campo sin color y silencioso, no tienen nada que pueda evocar la Hélade, tierra de poesía, reverdecida y llena del murmullo de los cantos de las cigarras... Los personajes parecen molestos de haber sido transportados a este decorado, como espíritus sutiles a los que se obliga a menudo a intercambiar trivialidades absolutamente contrarias a su carácter tradicional. Elena pide sin cesar a Aquiles que no abuse de su encuentro, cuando todos sabemos que Elena no ha tenido más que un deseo a lo largo de su vida y es el de convertirse en esclava de todos los hombres que encontraba... Pero el peor paso en falso que comete Landor es con plena seguridad haber puesto en boca de Aquiles "cierta alusión, muy lamartiniana, al corazón, único lugar vulnerable..." El cuentista mexicano tiene intención de continuar el diálogo entre Aquiles y Elena, pero ya al margen de la obra inglesa, y en un tono diferente. Abandonará por completo el estilo acompasado y convencional y hará de sus personajes "héroes de ópera cómica", como lo hizo Laforgue en sus *Moralités*. No podemos apenas comparar aquí los textos palabra por palabra. Parecería que Reyes hubiera guardado sobre todo el recuerdo del cuento que Laforgue consagra a "Lohengrin, hijo de Parsifal", con alguna reminiscencia del "Hamlet" de la misma antología, de "Pan y la Siringa" y de "Perseo y Andrómeda", el cuento encantador con que culmina la colección. En el texto mexicano también está presente el mar, y la luna llena, tan cara a Laforgue, brilla sobre las ruinas. Pero sobre todo, a través de los relatos de Laforgue y del de Reyes, encontramos la misma descripción de "el eterno femenino" y, es más, según palabras de Laforgue, la del "eterno masculino". Ella —la Elsa de Laforgue, la Elena de Reyes— es coqueta, provocadora, muy bella. De pie ante su compañero recostado, Elena se

[25] *O.C.* de Reyes, t. III, p. 35. La obra está fechada en 1913 y probablemente fue escrita en México. Esta indicación de una influencia de las *Moralités* de Laforgue en "Diálogo de Aquiles y Elena" apareció en "Historia documental de mis libros", *Revista de la Universidad de México*, febrero de 1957, p. 23.

Reyes: "Ella, de pie; él, tendido, reclinado sobre la yerba... Cuando Elena advierte que ha anochecido, echa atrás el manto, descubre los brazos hacia la luna...", *El plano oblicuo*, ed. citada, pp. 35 y 38.

desviste con un tranquilo impudor, lo mismo que Elsa ante Lohengrin.[26] Ella observa a hurtadillas la admiración que se dibuja en la mirada de su compañero.[27] En el cuento "Pan y la Siringa", Pan aprecia la belleza de la ninfa "como aficionado"; Aquiles, ante la desnudez de Elena, "medita, compara..." Por desgracia, ni Lohengrin ni Aquiles abandonarán su calma ni la manera "clásica" que tienen de ver las cosas y de comprender la vida. Entonces, para encantar al héroe, la joven mujer, en los dos textos, llega hasta a entonar una canción que aprendió en la infancia.[28] La canción del personaje de Reyes es particularmente bella. En vano. Toda la atención del hombre, incluso la de un héroe como Aquiles o Hamlet, está atrapada por las necesidades de la vida corriente, por las servidumbres corporales o profesionales.[29] Sin duda alguna Elena, en el cuento de Reyes, ha leído *La Celestina*, Jorge Manrique e incluso los antiguos romances españoles, pero no se trata sino de otra fantasía sabrosa que agregar al humor, a la veta insolente, a la libertad gozosa de las divagaciones cuyo secreto había captado en Laforgue.

El Ateneo de la Juventud había dado prioridad en su programa a la intención de liberar al México intelectual y artístico de una influencia que, junto con el positivismo y después el modernismo, había llegado a ser demasiado exclusivamente francesa. Era necesario, a la vez que deshacerse de este yugo, rehabilitar los valores auténticos del glorioso pasado mexicano, meditar sobre la suerte que lo vinculaba a las otras naciones americanas, volver a España y, al mismo tiempo, hablar otros idiomas,conocer otros pensamientos, europeos, asiáticos... Ante un programa tan ambicioso, muchos llegaron demasiado lejos en ese movimiento de reacción y se convirtieron, como le sucede con frecuencia a Vasconcelos, en detractores de Francia, con una crítica singularmente mordaz a París, los

[26] *Cf.* Laforgue: "Lohengrin, adolescente y superior, con las piernas demasiado cruzadas, en una postura divanesca. Elsa se desperezaba bajo la luna...", *Moralités*, ed. citada, p. 109.

[27] Laforgue: "Ellos se espían, más o menos a hurtadillas", *ibid.*, p. 109.

Reyes: "Los ojos de Elena relampaguean, furtivamente, hacia Aquiles, el soldadón", *ibid.*, p. 38.

[28] *Cf.* Laforgue: "—Vamos, cántame algo./—Sólo sé rondas de muchachas./—Perfecto. Escucha./Elsa tose un poco, después canta con un dejo de lágrimas en la voz:/ Sansón creyó en Dalila./¡Ah! ¡Bailemos, bailemos la ronda!/La muchacha más bella del mundo/No puede dar más que lo que tiene", *ibid.*, p. 114.

Reyes: "—El ansia de la tierra está suspendida de mis manos.../Es una antigua canción de rueca.../El ansia de la tierra está suspendida de mis manos. Venid a buscarme por las tapias de mi jardín...", *ibid.*, p. 38.

[29] Laforgue: "¡Un héroe! O simplemente vivir... Pero no, ¡compréndame! Yo soy las cosas, la vida, las cosas, clásicamente¡ en un sentido", *ibid.*, pp. 17 y 167.

Reyes: "Entretanto, Aquiles, como marido que despierta de mal humor:/—¿Elena?—. ¿Aquiles?/—Mis grebas están sin lustre; mi escudo padece abolladuras; el filo de mi espada está sordo. Haz que todo me sea alistado para la hora de partir", *ibid.*, p. 40.

gustos y los defectos franceses. La "generación del Centenario" era burlona adrede, por rechazo al academicismo grave que la había precedido, y hasta desdeñosa. "Algo de ingratitud, dice Reyes, es la ley de todo progreso." En "la atmósfera de desorientación y de luto" que lo envolvía, Alfonso fue, no obstante, uno de los pocos en conservar respecto a Francia una posición de justicia y clarividencia porque en su carácter ya estaban el sentido de la mesura y una actitud reflexiva, y también porque sus tendencias profundas coincidían, pese a todo, con el espíritu francés. En su infancia, el lujo y los libros habían sido muchas veces franceses, y él había quedado tanto más vinculado sentimentalmente a estos recuerdos de bienestar y de dicha cuanto que estaban asociados a la imagen de un padre desaparecido. Desde luego, él había seguido la evolución de su grupo, era ya un excelente especialista de la literatura española, un anglicista extraordinariamente adelantado en el conocimiento de la lengua y de las letras de Gran Bretaña. Como todos sus compañeros, leía los clásicos griegos y latinos, los poetas y filósofos alemanes, Rodó, Ibsen, Croce... Pero el autor de *El plano oblicuo* sabía eludir una influencia que resultara demasiado estrictamente francesa sin dejar de mantener por nuestro país todo su apego.[30] Bergson lo ayudó a separarse de Comte. *El plano oblicuo*, con su acceso al sueño, su sentido del misterio, y, por otra parte, algunos versos, ya clásicos, eran signos precursores que él todavía no percibía entonces con claridad y que anunciaban los nuevos derroteros de la filosofía y de la estética modernas.

[30] "La pasión literaria se templaba en el cultivo de Grecia, redescubría a España —nunca antes considerada con más amor y conocimiento—; descubría a Inglaterra, se asomaba a Alemania, sin alejarse de la siempre amable y amada Francia", *Pasado inmediato*, *O.C.*, t. XII, p. 211.

# SEGUNDA PARTE

# PRIMERA ESTANCIA EN FRANCIA (1913-1914)

# INTRODUCCIÓN

"Caí, con la cabeza partida en mil
pedazos, al recibir el mazazo de París."

*Diario*, p. 32.

Alfonso Reyes dejó México el 10 de agosto de 1913 a las siete de la mañana, en ferrocarril y en compañía de su mujer y de su hijo.[1] Su madre y su tío Onofre los acompañaron hasta Veracruz. Todos los puentes estaban vigilados por la tropa. La aparente calma y la sonrisa animosa del joven escritor no lograban ocultar su emoción en el momento de despedirse de su familia, a la sazón enlutada, de sus amigos tan queridos, de su país en estado de alerta.

El día 11, en el calor tórrido de Veracruz, donde vuelven a encontrar tantos recuerdos de los últimos años del general Reyes, se instala con los suyos en el *España*. Alfonso veía el mar por primera vez. Este inolvidable primer contacto en circunstancias tan dramáticas le inspiró un poema muy bello, "Fantasía del viaje", escrito en 1915.[2] Su equipaje lo constituyen esencialmente sus libros, sus inéditos, que lleva consigo a costa de un gran gasto. Desde muy pronto, a la edad de dieciocho años, Alfonso Reyes había adquirido la costumbre de organizar cuadernos de recortes, en los que pegaba artículos que recortaba de revistas o de periódicos. Conservaba un gran número de fragmentos de ensayos, recuerdos, trabajos muy diversos "a los cuales, en determinadas ocasiones, la pluma parecía entregarse". Lo acompañaban también algunos recuerdos particularmente queridos: una leopoldina, medallón de oro con un busto de Napoleón, regalo del general Reyes, que cuelga de su reloj con una cinta de seda negra ("Napoleón se lanzó conmigo a la conquista del mundo")[3] y sarapes de Saltillo, tejidos cerca del Monterrey de su infancia. Uno de ellos hará las veces de cobertor de su cama en los años del exilio.

[1] Según la costumbre americana, sus amigos lo despidieron en la estación y uno de ellos, Francisco González Guerrero, entrega "al peregrino" un poema de adiós que Reyes publicó en *Cortesía*, p. 21.

[2] *O.C.*, t. X, p. 68.

[3] *Cf.* "Historia documental de mis libros", *Revista de la Universidad de México*, mayo de 1955.

El *España* levó anclas el 12 de agosto. De acuerdo con la costumbre, las familias de los que partían los escoltaban hasta la salida del puerto en un pequeño vapor: últimas y queridas siluetas que se distinguían al alejarse del suelo mexicano.

Reyes iba a acordarse toda su vida del menor detalle de este primer viaje de exilio. Para aquellos viajeros americanos que atravesaban el Atlántico antes de la era del avión, las semanas de travesía habían tenido siempre una enorme importancia. Además de la expectativa del otro continente, entraban en contacto con una realidad que, en general, nosotros hemos perdido, el océano y su vorágine. Inevitablemente, pensaban en los conquistadores que los habían precedido surcando esa misma inmensidad. Para Reyes, aficionado a las almas, interesado en el misterio de los encuentros y de las primeras relaciones entre personalidades, fue también la ocasión de observar a desconocidos con los que iba a compartir rápidamente la vida y los pensamientos en ese microcosmos privilegiado que es un navío en el mar. Aquel transatlántico francés, que había transportado a tantos americanos a la Europa deseada, era ya un poco Francia. Los pasillos llevaban nombres de calles de París. Los pasajeros eran en su mayoría mexicanos y el viaje fue en conjunto muy agradable. Entre algunos de los franceses se encontraban el campeón de esgrima Mérignac, y un alsaciano, Henry Schmoll, negociante de joyas, quien llevaba un diario de la Decena Trágica. Parece que Reyes habló mucho con él.

Las comidas a la mesa del capitán permitieron a Alfonso concebir con menos amargura su condición de "extranjero", despojado de los privilegios que hasta entonces debía a su familia, consideración, holgura. Los versos en francés que lee una tarde en el papel del chocolate que les han repartido como postre se adecuan perfectamente a su nueva posición y no los olvidará:

> Tú no eres rico y es locura
> querer que te den tanta holgura.

Meditaba sin cesar en el drama de su familia, que había acarreado consigo el desequilibrio en torno a ellos y más tarde su propia partida. Con la emigración comienza la historia, la aventura. Nomadismo ancestral o, ya, el mito de Eneas... El jefe abre el camino y las mujeres siguen con los niños a la espalda.

El 24 de agosto llega el barco a La Coruña y, al día siguiente, a Santander.[4] Después del resplandor de colores de la primera ciudad y de la

[4] Algunos recuerdos de esta travesía atlántica y de sus primeras impresiones de las costas españolas y bretonas los utilizó Reyes dos años después, en 1915, cuando escribió su cuento "El Bucanero", publicado únicamente en 1970 en *Vida y ficción*.

alegría de la segunda, Saint-Nazaire parece turbia y gris. Aquella misma tarde los viajeros llegan a París.

El hospedaje fue de lo más modesto y ciertamente arduo para el hijo del general Reyes. Los exiliados se encontraron con el hermano del ordenanza que había servido en París al general Reyes y fueron conducidos a su pobre hotel de la rue de Trévise, "a dos pasos del Folies-Bergères". Reyes tuvo su primer contacto con el pueblo común francés de 1913 y observó sus pintorescas costumbres.[5] En esta humilde morada es donde recibe "el mazazo" de París con la impresión de que su cráneo iba a estallar. La síntesis fácil que se había forjado a distancia se desmoronó "al contacto con esta realidad enorme y compleja".[6] "En mis accesos de mal humor, escribe, entre la sorpresa y la ruina familiar que había dejado a mi espalda, entre el pasado incendiado y el porvenir incierto, yo me sentía más lejos de 'París' que cuando visitaba la Librería Bouret, en México, en la avenida Cinco de Mayo."[7] Abría su ventana de par en par y gritaba: "¡Ah! ¡Que no estoy en París!" El escritor guardó de estos primeros momentos una inquietud latente que no llegó a atenuarse hasta 1924, cuando llega por segunda vez a la capital francesa.

Reyes era entonces, él dice, "demasiado perezoso" —demasiado púdico— para consignar regularmente sus recuerdos en el monólogo solitario de un diario de esta estancia de catorce meses en París. No obstante, dejó anotadas sus impresiones en artículos, ensayos, poemas, con frecuencia en los tres géneros a la vez, cuyo conjunto es importante, atractivo. Algunas de estas páginas fueron retocadas a fondo más tarde antes de ser recopiladas en volúmenes, mezcladas con textos anteriores, escritos en México, o con otros redactados después en Madrid. El propio autor, al reunir en 1956 la mayor parte de estos escritos en el tomo III de sus *Obras Completas*, no siempre pudo o no creyó que fuera necesario anotar al margen de un párrafo o de un fragmento la fecha en que fue escrito. Uno de estos textos se encuentra en *El suicida*, libro con un tono muy personal, que apareció en abril de 1917 en Madrid.[8] La mayor parte fue agrupada en *El cazador*, colección de ensayos publicada también en España en 1921.[9] Otros artículos, que reflejaban la vida de las letras

[5] "Desde la ventana del Hotel... yo veía en la fonda de enfrente las gloriosas sopas que engullían los cocheros todas las noches, volcando frecuentemente el vino en el caldo." "París cubista", en *El cazador, O.C.*, t. III, p. 102.

[6] *Cf.* "El reverso de un libro", en *Pasado inmediato, O.C.*, t. XII, p. 239.

[7] Véase "Historia documental de mis libros", *Revista de la Universidad de México*, marzo de 1955.

[8] "La conquista de la libertad", *O.C.*, t. III.

[9] "Domingo siete", "Un intérprete de Renan en 1914", "Los ángeles de París", "Cástor y Pólux", "Madame Caillaux y la ficción finalista", "Las hazañas de Mistral", "Montaigne y la mujer", "Sir Edward Grey y la tragedia del símbolo", *O.C.*, t. III.

Otros cuatro textos de *El plano oblicuo* deben con seguridad algunos de sus párrafos

en América Latina, fueron escritos para revistas en español que se publicaban en París, como es el caso de la *Revista de América.*[10]

Otros de estos textos los guardó para los *Retratos reales e imaginarios, plaquette* de catorce ensayos breves referentes a la literatura de varios países, publicada en México en 1920.[11] Reyes muy pronto se colocó entre aquellos "cónsules" que iban a dar a conocer a los lectores americanos las peripecias de la actualidad francesa. Desde 1914, publicó algunos artículos en revistas de México o de La Habana.[12] Finalmente, guardó para sí otras páginas, más íntimas, algunos poemas, y no se los confió al impresor hasta mucho después.[13] El exilio, el efecto que le causó París, las nuevas tendencias francesas, produjeron en los escritos de Reyes una consecuencia importante: los ensayos parisienses se reconocen por un estilo más sobrio, por un pensamiento más personal. El erudito se vuelve moralista. Algunos temas, inseparables de la atmósfera parisiense, hacen su aparición: la Edad Media, la Revolución, Napoleón, y también la mujer, el amor, la prostitución. Estos escritos nos permiten formular algunas otras fechas de composición. Así, "Un propósito" podría figurar, al menos en parte, entre las obras escritas en París en 1913 o en 1914.[14] Se revelan alusiones a sentimientos muy vívidos de Reyes en aquella época: su admiración por el entomólogo Fabre, su amistad con Diego Rivera o Picasso. Lo mismo sucede con "La danza de las esfinges", en donde se desarrolla el tema de la dactilógrafa o el del cine.[15] Reyes vuelve de buena gana a esta primera estancia en Francia y rememora sus recuerdos parisienses una y otra vez en su obra.[16]

---

a esa estancia parisiense: "De cómo Chamisso dialogó con un aparador holandés", "Diálogo de Aquiles y Elena", "El fraile converso" y "Estrella de Oriente", *O.C.*, t. III, pp. 18, 35, 55, 73.

[10] "Un joven escritor mexicano", reproducido en *Varia*, *O.C.*, t. VII, p. 459. "Nosotros", reproducido en *Pasado inmediato*, *O.C.*, t. XII. "La serenidad de Amado Nervo", *O.C.*, t. VIII, p. 12.

[11] "Un abate francés del siglo XVIII", *O.C.*, t. III, p. 477.

[12] "Sobre el latín místico", *La Ilustración Semanaria*, México, 3 de febrero de 1914; también en *Varia*, *O.C.*, t. VII, p. 458. "Inglaterra y la conciencia insular", *El Gráfico*, La Habana; *O.C.*, t. IV, p. 577.

[13] "Himno a la casa Degollado", publicado únicamente en *Albores*, 1960, p. 37.

[14] *Cf. O.C.*, t. II, p. 333.

[15] *Cf. O.C.*, III, p. 96.

[16] "París cubista", en *El cazador*, *O.C.*, t. III, p. 102. "Rumbo al Sur", en *Las vísperas de España*, *O.C.*, t. II, pp. 141-150; páginas fechadas en 1918. "*By-products* de la paz"; *cf. Aquellos días*, publicado en Santiago de Chile en 1938, *O.C.*, t. III, p. 390. "Historia documental de mis libros", obra capital, publicada en fragmentos en *Armas y Letras* (México), *Revista de la Universidad de México* y *La Gaceta de México*. Los pasajes que tienen que ver con esta primera estancia en París aparecieron en la *Revista de la Universidad de México* en abril y mayo de 1955. "Romance viejo", poema en prosa, en *Calendario*, *O.C.*, t. II, p. 359.

El conocimiento que adquiere durante esa estancia tanto de la vida de París como del espíritu francés y sus principales representantes, o de la vida artística de la capital, enriquecerá con frecuencia las páginas que posteriormente consagrará a Francia.[17] Al dejar París, lleva consigo artículos y reseñas que utilizará más tarde.[18] Alfonso tenía entonces la costumbre de escribir largas cartas con minucia de detalles a sus amigos en México, "singularmente excitado por la idea única de que escribía para ojos amistosos".[19] Este conjunto, los artículos que le consagran sus amigos parisienses de la época, su correspondencia con Foulché-Delbosc,[20] así como algunos poemas, poco numerosos pero de los que dos por lo menos son muy bellos,[21] nos dan a conocer un poco mejor la vida de Francia en 1913, y bastante bien este primer periodo parisiense de la vida de Reyes.

[17] Véase en especial "El primero de mayo", *O.C.*, t. III, p. 381, y "Los monárquicos de Francia", *ibid.*, p. 396.

[18] *Cf.* "Chateaubriand en América", *O.C.*, t. III, p. 426. "Napoleón I, orador y periodista", *ibid.*, p. 469. "La novela bodegón", *O.C.*, t. IV, p. 93.

[19] Véase Reyes, *Vida y ficción*, pp. 64-65 y la tesis de L. Panabière ya citada.

[20] Las cartas de Foulché-Delbosc a Reyes, y algunas respuestas de éste, aparecieron en la revista *Ábside*, de México, entre 1955 y 1957.

[21] "La tonada de la sierva enemiga", *O.C.*, t. X, p. 67 (1913). "¿Qué te diré", *ibid.*, p. 485 (con fecha de octubre de 1913).

Se plantea un problema para el caso de "Los pavos de Susana" y para el de "Los pavos de mi infancia", con fecha de 1913, París, en el t. X de las *O.C.*, y de 1914 en "Historia documental de mis libros".

# IV. PARÍS EN EL MES DE AGOSTO

## Un mexicano en París

La joven familia se cobijó en un pequeño departamento ubicado en un edificio muy bonito del barrio de Ternes, en el 17 de la rue Faraday. Desde la ventana, Reyes no dejaba de contemplar cómo vivía París. Veía brillar a lo lejos "las pequeñas torres de azúcar del Sacré-Coeur" y, más cerca, su mirada se sumergía en un café popular. Observaba la truculencia y las pintorescas costumbres de los conductores de los vehículos que se detenían y ningún detalle de la vida cotidiana de los parisienses lo dejaba indiferente. "Aquel que viaja o piensa viajar se informa minuciosamente de las costumbres, a fin de no vivir como extranjero en el país en que se encuentre."[1] Poseía el don agudo de discernir el gesto que sintetiza por sí solo el ambiente de una ciudad o la psicología de un pueblo. A este respecto, nada más evocador que "los gritos de la calle". "Siempre me han impresionado mucho, dirá más tarde, así como sus deformaciones, verdaderas ilusiones acústicas."[2] A lo largo de los años, los ruidos de París conservarán para él todo su poder de sugestión. Varios años después, su memoria infalible distinguía todavía el timbre propio que tenían. A veces, "el eco de una canción, el aroma de la primavera" le traían "una ola de melancolía, el recuerdo de la lejana patria".[3]

La señora Reyes no tardó en contratar a una joven sirvienta bretona, Anne Quéau, originaria de Douarnenez, muchacha bonachona y dedicada, que se consagró a sus nuevos patrones y aprendió rápidamente y bien el español. Esta presencia en su hogar fue para Reyes la oportunidad de un primer contacto con la provincia francesa. La joven hablaba de su Bretaña, Reyes pensaba en Renan. Los padres de Anne Quéau les hicieron

[1] "El Bucanero", en *Vida y ficción*, p. 49 (escrito en 1915). El extrañamiento de su destierro a su llegada a París lo llevó a plantear en uno de sus cuentos el problema inverso, y a imaginar las reacciones de un francés que se hubiera interesado en México desde su infancia y acabara por visitar ese país: "Entrevista presidencial", en *Vida y ficción*, p. 92.

[2] Véase al respecto "Historia documental de mis libros", *Revista de la Universidad de México*, mayo de 1955, p. 11, así como el poema "Fonética", en *Obra poética*, p. 65, y "Voces de la calle", en *Cartones de Madrid*, *O.C.*, t. II, pp. 73-74.

[3] "Desde la ventana del laboratorio", en *Simpatías y diferencias, 1ª serie*, p. 22.

llegar incluso canastas de langostas cuyo sabor Reyes no iba a olvidar nunca. Escuchar que arrullaban a su hijo con viejas canciones francesas para niños era para él una gran dicha.[4]

Tenía las mañanas libres y las aprovechaba para dar largos paseos solitarios por París, tan apacible comparado con el México sangriento que acababa de abandonar. Emprendió el conocimiento metódico de la capital gracias a dos exploraciones previas: haciendo el recorrido de la ciudad en el ferrocarril de circunvalación y después recorriendo el eje de la ciudad en barco.[5] Caminaba por la ciudad con un libro en la mano que no siempre era una guía turística: partía a menudo también bajo la dirección de Balzac, de Huysmans o de Víctor Hugo.[6] Tomaba el metro, visitaba las ferias, se detenía en un "Bouillon Duval" para almorzar. París bullía de trenes y autos, y los mexicanos sufrían el frío y la niebla "¡hasta el primero de mayo!" Hombre del altiplano y de espacio, para Alfonso había demasiados muros y poca luz y aire. Se le contestaba que esto era debido "al impuesto sobre las puertas y ventanas". ¿Cómo podían los franceses valorar tanto tradiciones tan detestables?[7] En las calles apenas había alumbrado eléctrico y París estaba mal iluminado. "París olía a gas, París olía a viejo." París estaba más sucio y era más polvoriento que las ciudades del nuevo continente. Después de una serie de protestas aparecidas en la prensa, el gobierno francés organizó una campaña de higiene para luchar contra "la suciedad de París".[8] El sentido de la comodidad distaba mucho de igualar al de América. Alfonso y Manuela consideraban "intolerables" aquellas casas francesas, a menudo tan viejas, sin baño, sin regadera ni calefacción central, en las que el agua estaba en el patio. Los parisienses eran conservadores: Reyes volvía a encontrar esas enormes bolas de colores en los escaparates de las farmacias ante las que sus ojos de niño se habían extasiado pero que ya habían desaparecido hacía tiempo de México. Los franceses eran maniáticos, nada les contrariaba más que alterar la hora de las sacrosantas comidas.[9]

Los franceses de la calle, dejando aparte a los omnipotentes porteros, "herederos de los reyes de Francia", le parecían bonachones, bas-

[4] "Las jitanjáforas", en *La experiencia literaria*, *O.C.*, t. XIV, p. 190.

[5] "Ejercicios de historia literaria española", en *Capítulos de literatura española*, *O.C.*, t. VI, p. 257.

[6] De esta época, Reyes mantuvo el gusto por los libros dedicados a París. Empezó a coleccionarlos. En un texto con fecha de febrero de 1954 (*Marginalia*, II, p. 165), da la impresionante lista de todos lo que ha llegado a reunir.

[7] "Literatura reconstructiva", en *Entre libros*, *O.C.*, t. VII, p. 367.

[8] Véase en *Le Temps* del 3 de diciembre de 1913 el artículo titulado "El pavo de París".

[9] "¡Diablos, ya era la una y media de la tarde! Al francés se le retorcían las tripas de hambre. No está hecho a que le retarden la sopa", "Entrevista presidencial", en *Vida y ficción*, p. 95.

tante comunes.[10] Sus mujeres no eran bellas. Las salidas de vacaciones no despoblaban en aquella época el París del mes de agosto y la capital disfrutaba de una vida veraniega, más relajada, y que permitía exteriorizarse con mayor facilidad. "Era París ciudad de libertades campestres, donde la gente se solía sentar en la acera, y los niños se juntaban a jugar en cualquier parte..."[11] Se pescaba con caña bajo los grandes puentes. La vida se deslizaba. El pueblo de Francia era, en ese verano de 1913, un pueblo dichoso que ignoraba el hambre. La abundancia estaba simbolizada por esas enormes hogazas de pan, asombro de todos los extranjeros, que los muchachos llevaban sobre los hombros. El francés prototípico parecía despreocupado, pacífico, aferrado a la pequeña propiedad. Los primeros enfrentamientos entre la policía y los socialistas eran seguidos por todos con una mirada divertida y juzgados con sensatez, si nos guiamos por el cuadro pintoresco que Reyes nos ofrece del primero de mayo en París.[12] "El deseo que tiene Francia de vivir en buen entendimiento con su vecina, Alemania, parece tan sincero como incontrovertible." Los parisienses amaban la multitud, el contacto con el prójimo. Pero sus modales eran un poco bruscos, algo desenfadados. Al menos Reyes tuvo la vaga impresión a veces de que su propia cortesía de mexicano se consideraba excesiva.[13]

¿Qué confidencias le escribió un día a su amigo Antonio Caso sobre "el mercantilismo cartaginés" de los franceses? Poseemos únicamente la respuesta de Caso, en la que se deja adivinar una crítica implacable a los

[10] Véase *Quince presencias*, p. 119.

[11] "París cubista", *O.C.*, t. III, p. 102. Reyes encontró maravillado la evocación de esta vida del mes de agosto en el París de antes de la guerra al leer *Les Hommes de bonne volonté* de su amigo Jules Romains (*O.C.*, t. IX, p. 435).

[12] "—Yo —dijo al fin M. Dupont-Durand, buen burgués, sin mancha de socialismo— no puedo menos de creer, a pesar de todo lo que me digan, que para evitar los choques entre los manifestantes y la policía no hay más que evitar la presencia de unos o de otros. De los manifestantes no puede ser, porque se reúnen por grupos espontáneos, reclutados entre los obreros que el aniversario aleja del trabajo, y porque no están sometidos a la disciplina del Gobierno tan directamente como los guardias: no se puede responder de que obedezcan una orden general emanada de los cuarteles. En cambio, es lo más fácil del mundo evitar la presencia de la policía, dictando desde por la mañana las instrucciones necesarias para que no salga en todo el día un solo agente de a pie o de a caballo./ —Pero ¿es usted quien dice eso? ¡Un hombre de orden, un honrado vecino que...!/ —Sí, amigos míos: yo, honrado vecino, burgués sin mácula de socialismo, declaro que en un 80% de los casos la provocación proviene de la policía. Y no porque me figure que la policía se pone de pronto a atacar a la gente sin ton ni son (aunque, en un 50% de los casos, así sucede, por nerviosidad natural del que va armado), sino porque la sola presencia de los uniformes despierta un deseo invencible, automático y tan natural como legítimo: el de 'hacer blanco'." "El primero de mayo", en *Aquellos días*, *O.C.*, t. III, pp. 385-386.

[13] "...mi cortesía mexicana me ha estorbado muchas veces en Europa —donde el trato, en general, es más directo y rápido— para hablar con porteros, lacayos y otras gentes así..." "Un recuerdo de Año Nuevo", en *Simpatías y diferencias, 5ª serie*; *O.C.*, t. IV, p. 397.

compatriotas franceses de 1913 y a su dificultad para adaptarse a un mundo amplio y verdaderamente moderno.[14] ¿Se trataba de una alusión a los obstáculos que encontraba Alfonso cuando iba a la editorial Ollendorff a tratar de cobrar algunos magros derechos de autor por *Cuestiones estéticas*, volumen publicado en 1911?[15] A través de aquellos paseos, París le parecía inmenso y, a lo largo de aquel periodo, no consiguió armar en su cabeza un plano de conjunto que vinculara los diferentes barrios: "A veces, un torbellino me desconcierta y deja estupefacto, interrumpiendo bruscamente todos los intentos de comprensión lógica de la gran ciudad".[16]

De algunas alusiones contenidas en obras posteriores, se puede deducir que Reyes consagró también algunas de sus mañanas a explorar los fondos "mexicanos" de las bibliotecas parisienses. Logró que le permitieran el acceso a los "códices" conservados en la Biblioteca Nacional y allí mismo buscó documentos referentes tanto a la literatura francesa como a las letras mexicanas, como es el caso de la primera traducción al español de *Atala*, que se creía extraviada pero de la que se sabía que había sido hecha por su compatriota fray Servando Teresa de Mier; las cartas de Pedro Henríquez Ureña, persuasivas y hasta autoritarias, lo alentaban con insistencia a estos trabajos eruditos.

## La legación del bulevar Haussmann

En la tarde, acudía a la legación, a su despacho de segundo secretario en el que lo había precedido algunos años antes el poeta Amado Nervo. El ruido de las máquinas de escribir que reinaba en la habitación contigua lo ensordecía. Estos temas de la máquina de escribir —piano de la época moderna— y de "la dactilógrafa" aparecen con frecuencia en las páginas escritas en aquellos tiempos, entremezclándose con los comentarios a uno de los grandes éxitos de entonces, la *Cándida* de George Bernard Shaw.

Para Reyes el bulevar Haussmann se encontraba en una situación confusa al extremo, imagen de las revueltas que torturaban a su México. Poco después del golpe de Estado de Huerta, había sido confiada la legación a Francisco León de la Barra. Pero el antiguo ministro, Miguel Díaz Lombardo, había regresado a París a título personal. Actuaba abiertamente en favor de los constitucionalistas alzados y hacía campaña contra

[14] "Me agrada sobre todo la diferencia que usted establece entre el mercantilismo imperialista, rústico, romántico, anti-intelectualista de los yanquis y el mercantilismo cartaginés de los franceses... A mí no me agradan los judíos; pero los franceses que usted describe tampoco." Carta de Antonio Caso a Alfonso Reyes, 1913, en la Capilla Alfonsina.

[15] "Sobre mis *Cuestiones estéticas*, pude hacerme pagar un piquillo también. Se nos paga con irregularidad."

[16] Véase también *Vida y ficción*, p. 72.

Huerta. A partir de 1914, lo secundó un enviado especial de Carranza, Sánchez Azcona. Este último era un conocido de Reyes. Había sido un excelente periodista en *México Nuevo*, principal órgano del reyismo, y había hecho análisis particularmente incisivos y perspicaces sobre este movimiento.[17] Ganado ahora para la causa constitucionalista, Sánchez Azcona empezó su gira europea en Francia con objeto de hablar de los carrancistas y de destruir los "prejuicios" que imperaban en su contra. Dio conferencias de prensa en las que declaró: "Nosotros somos liberales, los verdaderos continuadores de Madero".[18]

Reyes, enviado leal de Huerta, pero sin ningún entusiasmo al respecto, no podía dejar de encontrar en los medios hispanoamericanos de París a estos constitucionalistas, emisarios de una fracción alzada, pero que al parecer iba a triunfar. Se cruzó en particular con Díaz Lombardo en el grupo del poeta argentino Leopoldo Lugones, quien precisamente en 1913 acababa de fundar su *Revue Sud-américaine*, en la que ambos, Reyes y Díaz Lombardo, colaboraban.

Intensos recuerdos familiares vinculaban igualmente a Alfonso Reyes con su ministro, Francisco León de la Barra. Recordemos que este último, diplomático de carrera, había sido nombrado presidente interino de México a la caída de Porfirio Díaz, en espera de las elecciones generales que iban a llevar a Madero al poder. Con ese título había asistido a la entrevista histórica que se había desarrollado entre el general Reyes y Francisco Madero en el castillo de Chapultepec, el 10 de junio de 1911.[19] Había sido testigo de sus intentos de conciliación y, después, de las dificultades que se habían interpuesto entre ellos. Partidario decidido del antiguo régimen, no ignoraba que Alfonso Reyes se había apartado de la opinión de su familia. Reyes, pues, era sospechoso a sus ojos de simpatía por las ideas nuevas, si bien nadie podía acusarlo de traicionar al gobierno al que representaba.

## Acercamiento franco-mexicano

Reyes veía que en la legación reinaba una intensa actividad. Se enfrentaban problemas diplomáticos de suma importancia, unos debidos a las necesidades de la política francesa y otros que se desprendían de los acontecimientos revolucionarios en México. El acercamiento que Francia deseaba con México se inscribía en el marco de una campaña general para desarrollar su influencia en América. A los gobiernos franceses final-

[17] *Cf.* Niemeyer, *El general Reyes*. pp. 170 y 174.
[18] Véase *Le Temps* del 6 de marzo de 1914.
[19] *Cf.* Reyes, *Parentalia*, p. 183.

mente los había impresionado la actividad comercial de Alemania en aquellos países lejanos en los que, no obstante, la influencia francesa había sido tan grande. La rivalidad franco-alemana, antes de estallar en conflicto armado, tomaba la forma de rivalidad colonial en Marruecos, y más tarde de lucha económica en las repúblicas americanas, las cuales, poco industrializadas y ricas en materias primas, constituían clientes de primera línea. En un texto que data quizás de 1918, Reyes analizó admirablemente esta lucha por la influencia en América Latina a la que se entregaban Francia y Alemania, y sus repercusiones en la actitud de los Estados Unidos.[20] La preponderancia norteamericana en México había sido aceptada tácitamente por Francia pero atacada por Alemania, país que contaba ya en México con centros de propaganda bastante desarrollados y al que le había tomado mucho tiempo organizar cuidadosamente su campaña económica. Reyes cita las diferentes revistas, las ligas, etc., que mantenía el imperio alemán y hace alusión a una alianza japonesa que Alemania aconsejaba a México a fin de contrarrestar el influjo norteamericano. Esta actitud de Francia, favorable a la política de los Estados Unidos, iba a ser, en opinión de Reyes, una de las causas determinantes de la intervención norteamericana en el conflicto franco-alemán.

Francia multiplicaba entonces las exposiciones de arte, las conferencias, las misiones de profesores y de sabios; fundaba en París comités de colaboración cultural y económica, al mismo tiempo que favorecía la creación de centros correspondientes en América Latina. Era necesario tratar de remediar así la impericia lamentable de los franceses en geografía. Reyes, por su parte, coleccionaba las necedades que escuchaba a su alrededor sobre "esos paisitos calientes, muchos de los cuales eran islas y sus habitantes, negros". Cualquier apellido hispanoamericano era indefectiblemente destrozado en París, pues la ignorancia del español era generalizada. El profesor Martinenche, quien representaba el hispanismo en la Sorbona, como patriota lúcido contribuía ardientemente a esta política de expansión francesa. Con este fin había creado el Groupement des Universités et Grandes Écoles de France pour les Relations avec l'Amérique Latine. Reyes deseaba con premura asociarse a este esfuerzo de amistad.

En la legación, Reyes podía observar igualmente las tentativas de los industriales franceses que querían vender a México todavía más coñac, champaña, telas o productos farmacéuticos; o bien escuchaba las reclamaciones de numerosos ahorradores franceses que habían invertido una gran parte de su fortuna en las empresas mexicanas. El dinero francés invertido en México durante el largo gobierno de Porfirio Díaz representaba una suma considerable. En las clases medias francesas, la indudable simpatía por México se remontaba al segundo Imperio y no se había ex-

[20] "Panorama de América", en *Simpatías y diferencias, 2ª serie, O.C.*, t. IV, p. 150.

tinguido con el dramático fin de la aventura maximiliana. Subsistían huellas en el folklore. La prensa financiera francesa, desde hacía treinta años, se refería a México como un Estado serio, rico, lleno de porvenir y bien organizado bajo un gobierno inteligente. La realidad porfiriana había sido ampliamente embellecida a sabiendas, de suerte que banqueros y ahorradores franceses tenían ya la costumbre, desde hacía dos generaciones, de considerar las minas y las fábricas textiles mexicanas como valores seguros y con excelente rendimiento.

Los acontecimientos revolucionarios habían causado una gran sorpresa y después la locura. Los valores mexicanos se habían vendido con enormes pérdidas. México había suspendido el pago de su deuda.[21] Intermediarios más o menos dignos de confianza con frecuencia ofrecían en los periódicos ayudar al público a recuperar algunos fondos sobre aquellos valores. La legación mexicana estaba acosada por franceses al acecho de noticias sobre la situación de los negocios en los que habían invertido sus fortunas. Sólo pedían que se les diera confianza, dispuestos a creer que el presidente Huerta había puesto fin a los levantamientos revolucionarios y que la prosperidad iba a renacer bajo la férula de un gobierno con autoridad. Los comunicados oficiales, optimistas en general, lograban convencerlos de que la situación se había restablecido en México: cuando Huerta emitió bonos públicos con valor de 500 millones —sumamente necesarios en la desesperada situación en la que se debatía— los franceses compraron la mayoría.[22] El ahorro francés, que acababa de perder gran parte de su fortuna en las inversiones mexicanas, se precipitó a esta nueva vorágine... tal era el prestigio de prosperidad de que gozaba México en el París financiero. Es cierto que la prensa burguesa había contribuido activamente al restablecimiento de esta confianza. Se había publicado incluso un libro que, bajo la apariencia de un relato de viaje, era una exposición de la revolución maderista y de la nueva situación en México, que inspiraba confianza.[23] Es asombroso constatar que un cotidiano como *Le Temps* haya podido consagrar a este precario libro dos grandes artículos con algunas semanas de intervalo.[24]

Pero el presidente Huerta no sólo tenía necesidad de fondos. Ante el deterioro de la situación interna y el avance de los constitucionalistas sublevados en el norte del país, compraba armas y se dirigía a todos los suministradores habituales, a Alemania, al Japón. Una de las misiones más importantes del ministro De la Barra consistió en obtener de Francia

[21] Véanse las protestas franco-alemanas en *Le Temps* del 21 de enero de 1914.

[22] *Le Temps*, 13 de diciembre de 1913.

[23] *10 000 km à travers le Mexique*, del conde Vitold de Szyszio, publicado a fines de 1913 por la editorial Plon.

[24] El 7 de noviembre y el 9 de diciembre de 1913.

abastecimiento de municiones. Por su parte, los Estados Unidos aprovisionaban con abundancia a los constitucionalistas a través de la frontera del norte, pese a un embargo que no pasó de ser teórico. Francia parecía haber accedido al deseo de Huerta y, a sólo unos meses de su propio conflicto, tuvo la inconsciencia de desprenderse de cantidades importantes de armas automáticas. Secundando la decisión de España y de los Estados Unidos, el país había aceptado enviar buques de guerra a Veracruz, con el pretexto oficial de velar por la seguridad de la colonia francesa en México y de embarcarla en caso de que se recrudeciera la agitación revolucionaria. Naturalmente, la presencia de esos buques de guerra en aguas territoriales mexicanas fue considerada un deshonor por México y la legación tuvo que transmitir constantemente las protestas de su gobierno, irritado, al ministro francés de Asuntos Exteriores. Estos diferentes aspectos de las relaciones franco-mexicanas constituían en verdad el telón de fondo de las actividades de los diplomáticos de la legación mexicana en París, si bien Reyes no los evocó muy a menudo. Él únicamente se queja de las funciones subalternas y carentes de interés en las que se lo mantenía a ojos vistas. "¿Era para esto que habíamos hecho estudios jurídicos y habíamos aprendido con tanto interés el derecho internacional?"[25]

Los despachos que llegaban de México lo mantenían al corriente de la situación cada vez más dramática en que se encontraba su patria. En el pensamiento, él vivía en México. Ese año que pasó en un París despreocupado y alegre fue para Reyes un año de angustia en el que tembló por la seguridad de los suyos, de sus amigos, por el destino y la independencia de su país. Las noticias oficiales que la legación comunicaba a la prensa francesa insistían en la sangre fría del presidente Huerta, que sabía resistir a los ultimátum de los Estados Unidos y se disponía a dirigir personalmente al ejército contra los insurgentes. Los rebeldes eran presentados como saqueadores de crueldad extrema. Reyes sabía desafortunadamente que esta definición de los constitucionalistas no era exagerada. Como, por otra parte, no se hacía ilusiones sobre el gobierno de Huerta, sus inextricables dificultades materiales y el valor moral de su jefe, seguía con angustia la evolución de esta fase de la revolución —el avance ineluctable de los ejércitos de Carranza y de Pancho Villa—, sangrienta, salvaje, tan ávida de poder como la primera, la de Madero, que había sido idealista y desinteresada. Su querido Monterrey era sede de encarnizados combates. Columnas de miles de refugiados atravesaban a pie, muertos de sed, los desiertos del norte de México en un intento por alcanzar la frontera norteamericana. Reyes contaba con muchos amigos entre ellos. Circulaban los rumores más alarmantes sobre su propia familia. *Le Temps*

[25] "Me he enseñado a ahorrar, por eso pierdo todas las tardes en mi enojosísima oficina", carta a Martín Luis Guzmán, París, 12 de marzo de 1914, citada por L. Panabière, t. II, p. 192.

del 29 de enero de 1914 anunció incluso que después de un complot "el diputado Rodolfo Reyes había sido ejecutado". Felizmente, la noticia era falsa. Rodolfo pronto se había malquistado con Huerta y había sido detenido. Pero había logrado huir y llegó a París a reunirse con su hermano y transmitirle inquietantes informaciones. Incluso la integridad del país estaba amenazada. Era tal la anarquía, en efecto, que resultaba fundado temer una invasión extranjera que, bajo la apariencia de una ocupación pacificadora, tratara de adueñarse una vez más de alguna provincia. Theodor Roosevelt acababa de declarar en el transcurso de una visita oficial a Buenos Aires que "las naciones civilizadas tenían que intervenir para que cesaran las atrocidades en los países que no eran capaces de gobernarse por ellos mismos".[26] Unos años después, no obstante, Reyes llegó a adquirir "una vista en profundidad" de los acontecimientos que tuvieron lugar en 1913 en México y juzgar de manera distinta la iniciativa de los constitucionalistas: "Y tras el golpe de mano de Victoriano Huerta, escribió en 1930, la verdadera Revolución, que había marchado de Norte a Sur, con Madero ...volvió a emprender igual camino con Carranza, pero ahora entre sangre y fuego".[27] "Vuelve la Revolución con Carranza, para vivir de convulsiones hasta el año de 1920."[28] Dará su aprobación más tarde al intento de renovación general que representa la Revolución "a pesar de los levantamientos y las exacciones de este segundo periodo".[29] Pero, en 1913, la idea que se hacían en Francia de México —país que no cumplía sus compromisos financieros, se desgarraba en luchas salvajes y parecía no tener más opción que dos vías políticas, tan detestable la una como la otra— humillaba profundamente el patriotismo de Reyes, susceptible y apasionado. Este malestar persistió en él mucho tiempo: hace alusión a él en una de las primeras cartas que escribió a Valery Larbaud en 1923: "Yo no soy únicamente americano sino, peor todavía, mexicano".[30]

## La colonia hispanoamericana de París

Reyes experimentó una dolorosa sorpresa cuando constató hasta qué punto los franceses eran especialmente ignorantes de toda la realidad mexicana, del patrimonio cultural y artístico de su país. Los parisienses que él frecuentaba entonces no conocían a ninguno de los escritores mexicanos, ni siquiera los parisienses cultos, aparte de un grupo reducido de hispanistas profesionales. El paso de Amado Nervo por la capital francesa só-

[26] Véase *Le Temps* del 12 de noviembre de 1913.
[27] En "México en una nuez", *O.C.*, t. IX, p. 55.
[28] En *Pasado inmediato, O.C.*, t. XII, p. 215.
[29] *Cf. O.C.*, t. IX, p. 24.
[30] Carta del 30 de noviembre de 1923. Véase *Correspondance Larbaud-Reyes*, p. 30.

lo había sido percibido por un pequeño grupo de latinoamericanos, entre ellos Rubén Darío, que se convierte en su amigo. Valery Larbaud establece vínculos, en 1905, con un secretario de la legación mexicana y lo interroga sobre su país, se desplaza para ir a visitarlo a la legación, se interesa por su vida y lo que allí sucede, conoce suficiente español como para hojear fructíferamente los periódicos y revistas que podía encontrar en el bulevar Haussmann, pero se trata quizás de un caso único. Se sabe que el recuerdo de estas conversaciones inspiró en parte *Fermina Márquez* y lo volvemos a encontrar una y otra vez a lo largo de su obra. Pero en 1913, todo nos lleva a creer que Reyes no conocía todavía el nombre de Valery Larbaud sino como el de crítico de literatura inglesa.[31] En cualquier caso, no había leído aún su novela *Fermina Márquez*. Una fracción de la alta sociedad mexicana del antiguo régimen visitaba con frecuencia París o incluso habitaba en la ciudad una parte del año, pero no era muy numerosa y se mantenía a una distancia muy aristocrática. Se acababan de fundar asociaciones de amistad franco-americana, como el Comité France-Amérique. No obstante, estas reuniones eran sumamente mundanas y un joven segundo secretario no podía aspirar a sentarse al lado del riquísimo G. Landay Escandón, de Rubén Darío, de Enrique Gómez Carrillo y del mismo Porfirio Díaz. Sin embargo, la familia Reyes conserva una tradición que dice que en aquellos años Alfonso visitó al anciano general y éste lo acogió atentamente en recuerdo de don Bernardo.

En vísperas de la guerra, los únicos latinoamericanos de los que se oía hablar en París eran los argentinos; un verdadero "frenesí del tango" se había adueñado de la capital. La intensa boga de los "té-tangos" y de los "champaña-tangos" permeaba hasta el teatro e inspiraba a los que se consideraba los mejores poetas franceses del momento.[32] Pero durante aquellos meses Reyes llevó una vida muy poco mundana. Es de imaginar que este furor "exótico" lo irritara en grado sumo. Además, hace una leve alusión cuando habla de la influencia "lamentable" del tango en el aspecto de los parisienses.[33] Debió de leer con inmenso alivio un artículo de protesta que apareció por aquellos días en el *Mercure de France*. Su autor, cuyo apellido muy francés probablemente fuera un seudónimo, expresaba la amargura de los latinoamericanos, considerados en París "como changos".[34] Alfonso Reyes no olvidó esta expresión: algu-

[31] En *La Phalange*, después en la *NRF*, a partir de 1911.

[32] El poeta Jean Richepin había pronunciado un discurso en la Academia Francesa para mostrar las cartas de nobleza del tango y había compuesto una pieza, *Le Tango*, que interpretó Ève Lavallière.

[33] "Oda a los modelos de la Maison de France", en *El cazador, O.C.*, t. III, p. 106; cita también el manifiesto *A bas le Tango et Parsifal* de Marinetti, *cf. O.C.*, t. II, p. 288.

[34] Artículo firmado por Lucile Dubois, publicado en el *Mercure de France* de enero de 1914, núm. 107, p. 872.

nos años más tarde, en un acceso de mal humor, recordará que sus compatriotas no eran para los parisienses más que objeto de curiosidad, "mitad changos y mitad loros".[35]

El conjunto de los diplomáticos latinoamericanos formaba no obstante un equipo bastante brillante y prometedor en París. Distingamos los nombres del argentino Enrique Larreta, del boliviano Alcides Arguedas, del brasileño Souza Dantas. La tradición era ya que América Latina confiara sus grandes legaciones o sus mejores embajadas a sus escritores más notables. Destacaba también la presencia casi oficial del gran poeta argentino Leopoldo Lugones, entonces en el apogeo de su fama y que había llegado a París para fundar su *Revue Sud-américaine*.[36] Los encuentros con tantos escritores americanos eran para Reyes ocasión de comparar su México con las otras repúblicas del Nuevo Mundo. De este modo, París cumplía con su función tradicional de crisol. El joven mexicano adquiría una comprensión más aguda de su país cuando escuchaba a Leopoldo Lugones, quince años mayor que él y escritor ya célebre, comentar la profunda diferencia que separaba a México de Argentina: "Vosotros, mexicanos... sois casi como los europeos; tenéis tradiciones, tenéis cuentas históricas que liquidar... os retardáis concertando vuestras diferencias de razas y de castas. Sois pueblos vueltos de espaldas. Nosotros estamos de cara al porvenir: los Estados Unidos, Australia y la Argentina, los pueblos sin historia, somos los de mañana".[37] Pese al tono mundano y superficial de estas entrevistas, Reyes comenzaba a percatarse mejor de la gran importancia que tenía la tradición histórica en México y del papel que ésta desempeñaba en las convulsiones que martirizaban entonces al país.

Para aquellos americanos de París, Reyes no era un desconocido. Llevaba un gran apellido. Había publicado ya en Francia un libro que no había pasado inadvertido y varios artículos en la *Revista de América* que Francisco García Calderón había fundado en la capital francesa y que administraba con la ayuda de su hermano Ventura. Alfonso esperaba mucho de la amistad de Francisco García Calderón, con el que mantenía correspondencia desde hacía unos años y gracias al cual había podido publicar, dos años antes, sus *Cuestiones estéticas*. Desde su llegada a París, fue a visitarlo. El primer recibimiento de Francisco se caracterizó por una cortesía distante y Alfonso Reyes quedó decepcionado. Se sentía con fre-

[35] "El hispanoamericano —hasta entonces tipo cómico o pintoresco, mitad simio y mitad loro, vestido de colorines y gozoso de desaciertos..." "Carta a Valery Larbaud", Monterrey, Río de Janeiro, agosto de 1930; reproducida en *O.C.*, t. VIII, p. 64.

[36] Véase *Le Temps*, 29 de enero de 1914. Las recepciones ofrecidas en honor de Leopoldo Lugones reunían a "todas las personalidades francesas que simpatizaban con las repúblicas latinas".

[37] "Palabras sobre la nación argentina", en *Norte y Sur*, *O.C.*, t. IX, p. 29.

cuencia muy solo. "Empecé a dudar de mí mismo..."[38] "No hay nada más triste que la soledad en el exilio."[39] Contaba con encontrar junto a los hermanos García Calderón aquel ambiente de discusión libre, de conversaciones con el corazón en la mano, que se prolongaban hasta entrada la noche; en suma, lo que había sido su vida en México con Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos.[40] Pero las circunstancias eran muy diferentes. Los hermanos García Calderón tenían funciones que cubrir en la legación de Perú. El gobierno peruano era entonces conservador. Reyes era secretario de la legación de un México en plena revolución. Además, Francisco, al principio, administraba su amistad con "cuentagotas". Y estaba muy ocupado, poco deseoso de ampliar el círculo de sus relaciones. No obstante, Reyes no tardó en adaptarse a esa familia organizada "a la prusiana", en apreciarla y ganarse sus simpatías. Los cuatro hermanos Calderón, muy unidos, se reunían a una hora fija una vez por semana, y el joven mexicano tuvo más de una ocasión el privilegio de compartir su intimidad. Les comunicó algunos de sus más preciados tesoros: las cartas que Rubén Darío había dirigido al general Reyes, por ejemplo, y les dio a leer sus propias obras en curso.[41] Publicó en su revista, en 1913 y 1914, entre otros, dos artículos a los que tenía particular afición: uno evocaba el ambiente literario de México a principios de siglo y el grupo de *Savia Moderna*, al que él mismo había pertenecido;[42] el otro describía la evolución de su gran maestro y amigo Amado Nervo.[43] Uno de los hermanos Calderón era médico. El otro, José, dibujante, "joven artista, lleno de intimidad y graves consuelos espirituales", se enroló en el ejército francés cuando se declaró la guerra y murió en el campo de batalla de Verdún.[44] El azar hizo que Francisco

[38] "La casa del grillo", en *Quince presencias*, p. 19.

[39] "Los dos augures"; en *Quince presencias*, p. 68. Reyes se lamentaba de este sentimiento de abandono en sus cartas a Pedro Henríquez Ureña, el cual le respondía sin compasión dulzona y en su tono habitual de autoridad: "Veo que sigues quejándote de soledad. Es ya monstruoso este sistema de quejas. ¿Para qué te fuiste si sabías que en París no estábamos nosotros? Es demasiado mexicanismo". Carta de P. Henríquez Ureña a Reyes, diciembre de 1913, Capilla Alfonsina. Parece que Reyes se había quejado también de la "falta de hospitalidad" de los franceses en una carta a Julio Torri, pero desafortunadamente sólo disponemos de la respuesta de Torri (citada por Louis Panabière, t. II, p. 46).

[40] Véase "Historia documental de mis libros", *La Gaceta*, México, febrero de 1960.

[41] García Calderón alude a estas obras en un artículo publicado en *El Fígaro* de La Habana en febrero de 1914. *Cf.* Reyes, "Historia documental de mis libros", *Revista de la Universidad de México*, enero de 1956, p. 16.

[42] "Nosotros", *Revista de América*, París, 1913, pp. 103-112, reimpreso con el título "El ambiente literario", primera parte de "Rubén Darío en México", en *Simpatías y diferencias, 4ª serie, O.C.*, t. IV, p. 302.

[43] "La serenidad de Amado Nervo", en la misma revista, 1914, pp. 193-203. Figura en el t. VIII de las *O.C.*, p. 12.

[44] *Cf. O.C.*, t. VII, p. 381.

viviera en la rue de Saint-Sénoch, muy cerca de la calle en la que acababa de instalarse Reyes, y las jóvenes familias se visitaban con frecuencia. El escritor peruano disfrutaba mucho hojeando los libros de la biblioteca de Reyes, ya importante y transportada heroicamente desde México a París. Francisco era un sabio con preocupaciones múltiples. Alfonso se interesaba en sus investigaciones sobre el estilo.[45] Pero este filólogo se dedicaba también a la filosofía y a los problemas sociales. Sabemos que era amigo de Boutroux y también cercano al cuñado de éste, el matemático Henri Poincaré. Ante las personalidades francesas, figuraba verdaderamente como *Docteur ès Amérique Latine*.[46] Fue en este sentido un importante modelo para Reyes. Ante su ejemplo, el escritor mexicano empezó a forjarse una alta idea de la doble misión que espera al hombre de letras latinoamericano residente en París: por una parte, poner al tanto a los franceses sobre las cuestiones que atañen a las repúblicas latinas; por otra, interpretar, "para uso de América, todos los temblores del inmenso corazón de Francia".[47] Por lo pronto, Francisco contaba a Reyes sus entrevistas con el sociólogo Gustave Le Bon, quien descubría con gran asombro que aquellos "vagos y lejanos países" podían servir para una interpretación científica de la historia. Le Bon era especialista en psicología de las masas y de las revoluciones.[48] Una de sus tesis favoritas consistía en que los pueblos mestizos no pueden conocer la paz. El análisis de la prolongada *pax augusta* del porfiriato lo había trastornado mucho. "En 1910..., dice Reyes, el doctor Le Bon respiró..."[49] García Calderón tenía también un modo muy personal de enfocar los problemas literarios, en el que ponía de manifiesto su tendencia a la filosofía, y también en este terreno Reyes recibió su influencia, prodigiosamente interesado, por ejemplo, cuando lo escuchaba preguntarse si "el Modernismo no sería un mentís a las teorías de Taine y de Buckle sobre la modelación por el ambiente".[50]

El hogar de García Calderón era un centro de reunión para los escritores hispanoamericanos que se encontraban más o menos provisionalmente exiliados en la capital francesa. Reyes conoció a José de la Riva Agüero, historiador y admirable erudito, y sobre todo a Felipe Cossío del

[45] Francisco García Calderón trataba de suprimir de su lenguaje los adjetivos, los relativos y las conjunciones.

[46] Título que con justicia le había otorgado un periódico de París poco antes de la guerra. Reyes lo rememora en la página admirable del homenaje que escribió a Francisco García Calderón; en *Entre libros*, *O.C.*, t. VII, p. 379.

[47] *Ibid.*, p. 380.

[48] Le Bon había publicado *La psychologie des foules* en 1895 y *La Révolution Française et la psychologie des révolutions* en 1912. Este último libro se cuenta entre las obras que Reyes compró en el transcurso de su primera estancia en París.

[49] "Panorama de América", en *Simpatías y diferencias, 2ª serie*, *O.C.*, t. IV, p. 155.

[50] Véase Reyes, "Tierra y espíritu de América", *O.C.*, t. IX, p. 235.

Pomar, aún joven y por definir pero muy introducido en los medios artísticos de Montmartre y que describía lo que había visto en los estudios de Picasso, Juan Gris, Van Dongen o en casa de Pierre Mac Orlan, en el Lapin Agile o en el Bateau Lavoir.[51]

Poco a poco, Reyes fue estrechando vínculos con el hermano de Francisco, Ventura, escritor tan brillante en francés como en español, dotado de un estilo claro y nervioso que comunicaba a los comentarios más serios el calor de la emoción. Ventura tenía un temperamento vivo y hasta colérico pero un corazón de oro. Se convirtió en uno de los mejores amigos de Reyes y compartió con él un gran número de amistades. Reyes se identificaba con su fervor por Francia, el cual no excluía un ardiente patriotismo y un gran sentimiento hacia América. Ventura, por su parte, asumía con entusiasmo su vocación de intermediario entre la civilización francesa y la del Nuevo Mundo. Reyes hace alusión con frecuencia a las conversaciones que tenía con Ventura, tan buen conocedor de la literatura francesa como de las letras americanas. Juntos frecuentaban las editoriales franco-hispanoamericanas, la de la Viuda de Bouret, y sobre todo la importante editorial Garnier, tan bien instalada en la rue de Lille y con cierto aire de ministerio.

Reyes conoció a Ventura García Calderón entre los hispanistas que, alrededor del profesor Martinenche, formaban un bullicioso grupo, benévolo y cosmopolita. Alfonso ya había conocido al "caro maestro" cuando Ernest Martinenche había ido a México en representación de la venerable Sorbona para las fiestas del Centenario y a la inauguración de la nueva universidad mexicana. Ernest Martinenche, en el centro de las relaciones culturales entre Francia y España, estaba consciente de la necesidad de estrechar los lazos con América Latina. "Era, dice Reyes, un hombre vivaz y encantador cuya ciencia no tenía nada de pesada, dotado de un humor chispeante, mano y espíritu siempre abiertos." Vivía como un hombre que está de vuelta de todo, consagrado exclusivamente a su cátedra y a las relaciones franco-hispánicas.[52] Acogió al joven mexicano con la mayor cordialidad y le entregó de inmediato su entusiasta amistad. En este ambiente universitario de alto nivel, Reyes revivía y volvía a encontrar su gusto por España y su literatura. Más de una vez asistió a las clases del profesor Martinenche en la Sorbona.[53] Únicamente a sus ami-

[51] *Cf.* "Historia documental de mis libros", *La Gaceta*, México, febrero de 1960.

[52] Unamuno le decía: "¡Qué Ernest Martinenche ni qué ocho cuartos! Usted es don Ernesto Martínez".

[53] El profesor Martinenche recordó con malicia estos inicios de Reyes en París en la alocución que pronunció en el banquete ofrecido a don Alfonso cuando éste fue nombrado ministro en París en 1925: "Cuando lo vi llegar a mi casa ya había frecuentado malas compañías. ¡Había estado usted incluso en mis clases de la Sorbona!" En la *Revue de l'Amérique Latine*, mayo de 1925.

gos de México les confesó hasta qué punto esta enseñanza le parecía "perfectamente inútil". La organización de la Sorbona, a la que tiene acceso para observar de cerca, le pareció más interesante.[54] En casa del profesor Martinenche vuelve a encontrar al franco-uruguayo Charles Lesca, que había acompañado al profesor en su largo periplo americano en calidad de secretario y al que ya había conocido en México. Conoció a algunos escritores hispanoamericanos y franceses. Uno de ellos, Jules Supervielle, semiuruguayo, semifrancés, estaba haciendo sus primeros intentos en las letras. Había publicado fragmentos de una tesis, "sutiles observaciones sobre el paisaje americano", que no dejaban de recordar los propios inicios de Reyes y su estudio sobre el paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX.[55] Después de leer los trabajos de Supervielle, Alfonso concibió el proyecto de hacer del estudio que había escrito sobre este tema la introducción a una antología de poetas descriptivos americanos que tendría que haber editado Ollendorff... interesante proyecto que desgraciadamente no se realizó.[56] Reyes sintió simpatía de inmediato por Jean Aubry, anglicista como él, pero igualmente atraído por el mundo hispánico. Jean Aubry lo llevó a un local original en el que se reunían gustosos los sudamericanos: Chez Fast, bar y librería a la vez, que pertenecía al pintoresco "portugués de París", Homem Christo Filho.[57] El tumulto y el ruido de este café parisino inspirarían a Enrique Gómez Carrillo y a Francisco García Calderón la composición de sus obras.

Desde los primeros días de su llegada en agosto de 1913, Reyes se había presentado en casa de Raymond Foulché-Delbosc, personalidad muy notable entre los hispanistas de París, gran gongorista y director de la *Revue Hispanique*, órgano de erudición en el que Reyes empezó a publicar a partir de 1914. El grupo del Ateneo de la Juventud había mantenido relaciones epistolares desde hacía años con este profesor: el catálogo de la venta de la biblioteca de Foulché-Delbosc (Hôtel Drouot, del 12 al 17 de octubre de 1936) menciona un ejemplar de la *Antología del Centenario*, "con el envío autografiado de los autores". Reyes se disponía a encontrar a una persona de edad. Halló a un hombre en pleno vigor, alto, con barba, y que hablaba español mejor que él.[58] Foulché-Delbosc

[54] "Soy alumno de la Facultad de Letras de la Universidad de París, lo cual es perfectamente inútil. Se me han dado facilidades para darme cuenta de su organización, lo cual vale más. He seguido algunas clases con poco fruto: vale más leer los libros." Carta a M.L. Guzmán, 12 de marzo de 1914, citada por L. Panabière, t. II, p. 192.

[55] "El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX", en *Capítulos de literatura mexicana*, *O.C.*, t. I, p, 193. Véase también "Tierra y espíritu de América", en *Los trabajos y los días*, *O.C.*, t. IX, p. 234.

[56] Véase la carta de Reyes a Pedro Henríquez Ureña del 3 de febrero en la Capilla Alfonsina.

[57] "Historia documental de mis libros", *La Gaceta*, febrero de 1960.

[58] La correspondencia que Reyes mantuvo con este hispanista y que en parte fue pu-

era "un monje de la creación literaria", uno de esos ascetas del estudio respecto de los cuales Larreta tanto se asombraba de que coexistiesen en París con "las calles y los suspiros del frenesí".[59] No salía más que una vez por semana para hacer sus compras y vivía solo en su departamento del bulevar Malesherbes, abarrotado de libros pero sin un solo reloj, pues Foulché-Delbosc tenía una infalible intuición del tiempo. Reyes evocó más tarde los afectuosos recuerdos que guardaba de su amistad con este sabio francés.[60] Adquirió la costumbre de ir a visitarlo una vez por semana. Estas entrevistas en calma, con la única compañía de libros antiguos y de una gran erudición, le resultaban deliciosas. Podemos encontrar sus recuerdos de Foulché-Delbosc en un párrafo de un cuento escrito en 1915: "Con el manuscrito enrollado, me fui en busca del sensato Felipe Camiés, hombre de buen consejo que aunaba a las riquezas de la ciencia el oro de una amistad siempre diligente. Sobre su mesa se amontonaban los libros hasta formar torres tambaleantes, plumas, espátulas y anteojos en desorden, y en el aire reinaba un admirable silencio".[61] Reyes admiraba esa magnífica biblioteca hispánica, una de las más bellas del mundo,[62] y Foulché-Delbosc escogía algún tesoro bibliográfico del siglo XVI o XVII para ofrecérselo al joven maravillado: el sueldo módico que recibía en su cargo de secretario no le permitía compras en ese orden. La conversación giraba con frecuencia en torno al estado actual de los estudios gongorinos. Lucien-Paul Thomas acababa de renovar el tema demostrando que la influencia del marinismo italiano en Góngora no había sido tan fuerte como se había creído. Por otra parte, el modernismo de Rubén Darío había atraído una vez más la atención de un gran público hacia Góngora. Reyes alentaba a Foulché-Delbosc a que terminara la edición que tenía planeada de la obra del poeta cordobés. Recibiendo al joven mexicano en la intimidad de su estudio, le explicó sus métodos de clasificación, en los que Reyes se iba a inspirar más tarde.[63] A veces Reyes

blicada es un verdadero regalo por el sabor y la variedad del castellano en que se expresa Foulché-Delbosc.

[59] Enrique Larreta ha descrito también este París de antes de la guerra en *Tiempos iluminados. Cf.* sus *Obras completas*, p. 240.

[60] En particular en "El reverso de un libro", en *Pasado inmediato, O.C.*, t. XII, página 217.

[61] "El Bucanero", *Vida y ficción*, p. 44.

[62] Véase el artículo necrológico que Reyes hizo publicar en el único número de la revista *Libra*, Buenos Aires, 1929, p. 99.

Cuando esta biblioteca se dispersó después de su venta en el Hôtel Drouot, fue adquirida en gran parte por la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Reyes pudo así volver a ver con emoción algunos volúmenes que eran para él viejos amigos y que había hojeado más de una vez en compañía de Foulché-Delbosc.

[63] Reyes encargó que le hicieran en París unas cajas de cartón según el modelo de las que usaba Foulché-Delbosc para clasificar sus papeles. Hemos encontrado después de tan-

llegó a hacer alusión a algún otro aspecto más controvertido de la personalidad de Foulché-Delbosc.[64] Fuera de su especialidad y con seudónimo, éste publicaba comentarios sobre literatura contemporánea. El erudito se convertía entonces en áspero polemista, apasionado y a veces amargo. Pero para Reyes, Foulché-Delbosc seguía siendo "el hombre perfectamente honesto", el amigo delicado. Encarnaba las mejores tradiciones francesas. Llegado el verano, el sabio partía de vacaciones a Bourron, cerca de Fontainebleau, lugar preferido por los paisajistas y uno de los favoritos del escritor inglés Robert Louis Stevenson. Un día, Foulché-Delbosc invitó a Reyes y, en el transcurso de un paseo, aquel caminante infatigable se dispuso a hacerle apreciar las diferentes perspectivas del paisaje al mismo tiempo que evocaba la obra del escritor inglés,[65] pues este hispanista era también un admirador de la personalidad británica, conocía bien la literatura inglesa y compartía el interés de Reyes por el autor de *La isla del tesoro*.[66]

Durante aquellos meses parisienses, Reyes escribió para la *Revue Hispanique*, a la que tenía en gran estima, un fundado artículo sobre el *Periquillo Sarniento* y las diversas interpretaciones que había dado la crítica a esta primera novela mexicana.[67] En la primera parte del estudio, manifiesta juicios muy firmes a propósito del sentido profundo de la novela picaresca española y hasta de *Don Quijote*. A decir verdad, estas líneas no eran sino el eco de sus conversaciones con sus amigos de México. Pero los grandes problemas literarios con los que Reyes relaciona su análisis del *Periquillo Sarniento* los había discutido con Foulché-Delbosc y muchas de sus fórmulas definitivas eran producto de la madurez y del asentimiento de este maestro.

---

tos años esas mismas cartoneras, todavía en uso en la Capilla Alfonsina, en el armario del Instituto Hispánico de París, al que fue enviado el fondo Foulché-Delbosc.

[64] *Cf. O.C.*, t. XIV, pp. 205 y 215. Reyes remite respecto a este tema a la bibliografía y a su catálogo, redactados por Julio Puyol y Alonso, y publicados en Madrid en la *Revista de Archivos* en 1931. *Cf.* también *O.C.*, t. XII, p. 234, e "Historia documental de mis libros", *Revista de la Universidad de México*, marzo de 1955.

[65] Poco después de esta jornada en Bourron, Reyes escribió un artículo, "Inglaterra y la conciencia insular", *O.C.*, t. IV, p. 577, en el que alude ampliamente a Stevenson. En México ya había dedicado una página sustancial al estilo de este escritor (*O.C.*, t. XII, p. 232).

[66] El profesor Foulché-Delbosc después contrajo matrimonio con una joven anglocanadiense que colaboró en sus trabajos. Después de la muerte de Foulché-Delbosc (1929), Reyes mantuvo con la señora Isabelle Foulché-Delbosc una interesante correspondencia (en la Capilla Alfonsina).

[67] "El *Periquillo Sarniento* y la crítica mexicana", *Revue Hispanique*, 1916, pp. 223-242. Pero el artículo está fechado en 1914 y la separata apareció después de esa fecha (reproducido en *Simpatías y diferencias, O.C.*, t. IV, p. 169)

# V. LAS LETRAS Y LAS ARTES EN EL PARÍS PRÓXIMO A LA GUERRA

Reyes frecuentó los medios literarios parisinos más de los que él mismo reconoció, cno todo lo que tenían de tradicionales, de simbolistas rezagados del siglo XIV, y al mismo tiempo de novedosos y revolucionarios.

## Con Paul Fort, en la *Closerie des Lilas*

Felipe Cossío del Pomar escribió un delicioso artículo sobre los momentos que pasó con Alfonso durante aquel último verano antes de la guerra.[1] El jueves por la tarde, los dos jóvenes americanos llegaban caminando hacia las ocho a la Closerie des Lilas para sentarse en torno a la mesa reservada al Príncipe de los Poetas. Autor de un solo libro, pintor de pocos cuadros, ambos debían ser puntuales e incluso llegar antes de la hora. Allí se encontraban otros principiantes y, en una tarde de verano parisino tan bella, no aventurarían su francés todavía algo vacilante más que para hablar sobre temas que no pudieran contrariar al Príncipe a su llegada. Es decir, hablaban de todo salvo de poesía: pintura, música, filosofía, darwinismo y lamarquismo; en política, evocaban los últimos discursos de Jaurès. Se servía todo el champaña que fuera necesario. A las nueve, de un coche descubierto, descendía el maestro, "sombrero de fieltro negro de ala ancha, las mangas de su macfarlán flotando al viento, alto, delgado, distinguido, de una palidez de noctámbulo, siempre sonriente y enigmático". Escuchaba un poco y con atención benévola a sus jóvenes invitados y muy pronto, respondiendo a las peticiones que le llegaban de todos, se lanzaba a recitar algún poema de su última inspiración:

> Moi, déchirer Senlis? Prenons garde!...
> Notre-Dame livre à l'air sa gorge de dentelle,
> Son cou si fin, son sein léger couleur de lune...

[1] F. Cossío del Pomar, "Diálogo con mis recuerdos. Con Alfonso Reyes en el París de 1913", *Cuadernos*, París, agosto de 1965, núm. 99.

A esta poesía algo "histriónica", Alfonso prefería, sin tal vez confesárselo del todo, los diálogos que intercambiaba inmediatamente después con el yerno de Paul Fort, el pintor italiano Severini, futurista como su compatriota Marinetti.

Francia no se decidía con tanta facilidad a poner en tela de juicio las antiguas estructuras.

## Las adquisiciones de Reyes

Aparte de las maravillas bibliográficas que le ofreció Foulché-Delbosc, los pocos libros que entraron a la biblioteca de Reyes durante esta estancia reflejan muy bien la diversidad de la época.

Junto a volúmenes variados sobre la historia y las calles de París, que debieron de ser sus acompañantes en sus paseos, compró una cantidad importante de textos de literatura medieval o de estudios consagrados a esa época.[2] Excelente conocedor ya de la Edad Media española, Reyes adquirió también una erudición poco frecuente en un extranjero sobre las danzas, las epidemias, los acontecimientos militares de ese periodo francés. ¿Era ésta la curiosidad de un mexicano ante una etapa de la civilización que América no había conocido? ¿Se dejaba arrastrar por la moda que, en 1913-1914, guiada por las obras de Wagner y sus suntuosas representaciones en la Ópera de París, redescubría los encantos de la época medieval? ¿Buscaba la fuente de ese espíritu francés, un conocimiento más profundo e histórico de su psicología?[3]

Relacionado con la editorial Garnier, y aunque conocía a la perfección el francés, Reyes se interesó en algunas traducciones al español de obras difíciles, los *Discours sur l'Histoire Universelle* de Bossuet, por ejemplo, o los *Ensayos* de Montaigne, que él poseía igualmente en francés. Montaigne le interesa en particular porque se procuró la obra crítica de Pierre Villey y el estudio de Joachim Merlant, *De Montaigne à Vauvenargues*, que es el origen de su ensayo sobre "Montaigne y la mujer".[4] Entre los autores consagrados, escoge los últimos libros de sus poetas preferidos, de los que ya tiene las obras anteriores: Rodenbach, Maeterlinck;[5] así como las dos obras plenas de pasión de los maestros de la crí-

[2] Reyes empezó a coleccionar los clásicos franceses de la Edad Media de la editorial Champion, así como las obras de Faral, de Gaston París y de Joseph Bédier.

[3] No cabe duda de que la adquisición de un libro sobre Béranger, trovador, heredero de la poesía cortesana medieval, respondía a esa necesidad de profundizar en el carácter francés. Fue entonces cuando Reyes empezó a coleccionar las viejas canciones francesas. Si hay que creeer lo que dicen en el texto de *Vida y ficción* (p. 110), las cantó toda su vida en la ducha o en el baño.

[4] En *El cazador, O.C.*, t. III, p. 171.

[5] Rodenbach, *Les Vies encloses*, 1911, y Maeterlinck, *Teatro*, t. III, 1912.

tica francesa, Brunetière y Jules Lemaître.[6] A semejanza de los lectores franceses, Reyes consideraba entonces que Anatole France encabezaba la literatura gala y era la personalidad literaria más deslumbrante de la época. ¿Se había dado cuenta de que este prestigio excepcional era más político que literario y que su fama derivaba del papel que desempeñó en el *affaire*? Al igual que los franceses de la época, tampoco se atrevió a someter a una crítica objetiva las obras que publicó en aquel momento el patriarca. Apenas podemos discernir una cierta rapidez en los elogios que dirigió a *La Révolte des Anges*, en un artículo destinado en principio a comentar esta publicación pero en donde vuelve con premura a los grandes libros precedentes.[7] Como todo París, él leía a Madame de Noailles, Henri de Régnier y sobre todo se embriagaba todavía con *Chantecler*.

## Descubrimiento de la *NRF*

"En vísperas de la Gran Guerra, en París pasaban muchas más cosas de las que se sabía fuera de Francia."[8] Poco a poco los ojos de Reyes se iban acostumbrando. A finales de 1913 empezó a comprender las novedades de la Francia literaria. Descubrió, pasados los primeros meses de sorpresa, algunas de aquellas corrientes nuevas que anunciaban, desde antes de la guerra, transformaciones profundas en la estética y en el pensamiento, y sobre todo el movimiento que emanaba de alguna manera de André Gide. A partir de enero de 1914, presta lúcida atención al grupo de la *Nouvelle Revue Française*, "órgano capital de la literatura francesa actual".[9] ¿Cómo hubiera podido siquiera sospechar su importancia desde México cuando veía figurar esta nueva revista entre todas las que citaba apenas el *Mercure de France*? Cierto es que la personalidad de Gide, el ambiente triste y reducido de *La Porte étroite* nunca le inspirarán simpatía,[10] pero en aquella época la influencia de Claudel dominaba el espíritu de la revista y su teatro era una excelente transición entre la literatura del ayer y la del mañana. Sus obras eran todavía simbolistas como las de Maeterlinck, pero para Reyes tenían mayor solidez y sustancia.

En sus comienzos, la *NRF* indudablemente no tenía todavía una comprensión muy nítida de los fines que se proponía, y Reyes se dio cuenta

[6] Brunetière, *Lettres de combat*, Perrin, 1912; Lemaître, *Chateaubriand*, 1912.

[7] "Los ángeles de París", en *El cazador, O.C.*, t. III, p. 92.

[8] Paul Morand, *Monplaisir en Littérature*, Gallimard, 1967, p. 117.

[9] En "By-products de la paz", *O.C.*, t. III, p. 390. Véase también *Burlas veras, 2° ciento*, p. 17.

[10] ¿Recibió al respecto la influencia de su amigo Francisco García Calderón, que había llegado incluso a tomar partido por *Le martyre de l'Obèse*, de Béraud, contra *La Porte étroite*, en la famosa querella que separó a los dos escritores?

de ello. No se trataba en realidad de una nueva escuela literaria ni de una fórmula exclusiva de la belleza. Era simplemente un grupo de escritores unidos por un gusto muy clásico de la perfección. La amplitud de espíritu, el temperamento liberal de Reyes aplaudían esta concepción. La *NRF* renunciaba a todo dogma literario o político y don Alfonso veía simbolizadas en esta actitud "toda la inventiva y la espontaneidad francesas". Y sin embargo, en una aparente paradoja, la *NRF* se adhería a aquellos que, incluso como Barrès o Maurras, habían emprendido el combate incesante a todas las formas de la anarquía. Reyes volvía a encontrar que se celebraba la noción del *orden*, la cual había sido siempre para él una línea decisiva de pensamiento y acción. Quizás sin tener claramente conciencia simpatizaba también con los escritores de la *NRF* porque eran como él grandes burgueses, sus pares sociales. Desde el punto de vista literario, veía que se practicaba en torno al nuevo equipo una crítica ensayística, de la familia de la de Montaigne, que él ya sabía que iba a ser la suya. Ellos también preferían una forma concisa y desnuda, una brevedad que se ajustaba al temperamento americano. La *NRF* quería ser ante todo un terreno propicio para la creación, un foco de estima y atención para los escritores de todas las tendencias. Reyes fue conociendo poco a poco las obras más importantes de la literatura francesa de aquellos años y supo calibrar la novedad que aportaban: "las grandes novelas de Gide, los poemas de Claudel, los ensayos de Suarès, las obras de Charles-Louis Philippe, de Jules Renard, de Valery Larbaud".

Al mismo tiempo, la *NRF* volvía a colocar en lugar de honor algunos aspectos de escritores del siglo XIX, y Reyes se interesó particularmente por los inéditos de Stendhal y de Gobineau. El lugar que la revista acordaba a las letras inglesas, en particular a través de las crónicas de Valery Larbaud, era una causa más de atracción y respondía a su gusto por los escritores del otro lado del Canal de la Mancha. La única crítica que osó formular contra la revista después de aquella época fue la ignorancia total y absoluta en la que mantenía al público francés en cuanto a las letras hispánicas. Tuvo la magra satisfacción de ver publicado un párrafo del artículo "Nosotros" que había confiado a la *Revista de América*. Esas líneas estudiaban la influencia francesa sobre el Ateneo de la Juventud.[11]

En muchos aspectos la *NRF* respondía, pues, al temperamento y a las ideas de Reyes: orden pero liberalismo. Le dejó para siempre la nostalgia de una revista hispanoamericana o mexicana que diera muestras de la misma probidad tolerante. Con Lasserre, Barrès, Maurras, lo ayudó a tomar conciencia de sus elecciones literarias, a desconfiar, por ejemplo, del romanticismo francés, "fiebre anárquica", "enfermedad del espíritu" y con seguridad la escuela francesa que tuvo menos repercusión en su pensamiento.

[11] Véase L. Panabière, t. II, p. 192, y *NRF*, marzo de 1913, p. 544.

## Apollinaire y los cubistas

Reyes ya había conocido a Apollinaire en casa de sus amigos pintores cuando se publicó el volumen *Alcoholes*. Se trataba también de una poesía de transición que, en ciertos aspectos, se remontaba a Villon e incluso a los simbolistas y, por su inclinación al estribillo y a la romanza, a Rimbaud. Su repudio de la abundancia "estéril" lo emparentaba con Mallarmé. Pero ponía de manifiesto un deseo real de innovación, una búsqueda de la brevedad, de la simplicidad, que muy pronto se iba a difundir a todas las artes y a la vida común.[12] El joven mexicano podía reconocerse en este pudor, en esta repugnancia a desplegar los sentimientos propios. En esta concisión retenida, el alma mexicana verificaba sus sutiles semejanzas con el alma francesa. En torno a Apollinaire, Élie Faure exclamaba: "¡Nos hemos cenado lo artístico!" Marinetti proponía: "Matemos el claro de luna. ¡Abajo Parsifal!...", y Reyes recordaba que su grupo del Ateneo había combatido ya el gusto *pompier* y la elocuencia afectada. ¿No era un mexicano quien había sugerido "retorcer el cuello al cisne"?[13] No todo le agradaba a Alfonso Reyes en la poesía de Apollinaire: "las palabras en libertad", la ausencia de puntuación, dejaban todavía escéptico a ese espíritu clásico prendado de la claridad. No obstante, apreciaba esos rápidos epigramas que aparecían en el *Mercure de France*, la atención que este poeta concedía a los pintores; hasta el propio personaje le resultaba simpático.

En los artistas a los que tanto frecuentaba, encontraba también un deseo de despojamiento y de búsqueda interior.[14] Los cubistas no luchaban únicamente contra el realismo tradicional. Al distribuir "los trazos de acuerdo con una forma que no correspondía al orden habitual", trataban de reproducir no una visión objetiva y lógica de la realidad, sino la emoción que sentían a la vista de las cosas. "Yo clamaba porque se reconocieron los derechos a la locura", escribió Reyes, quien seguía su revolución estética con una viva curiosidad y estuvo a su lado en las pintorescas manifestaciones en las que se opusieron a la incomprensión del público y de los medios oficiales.[15] Además, su voluntad de evadir el co-

[12] "...esa nota de epigramática rapidez que va siendo propia de nuestro tiempo. La abominación por los 'desarrollos' es, hoy por hoy, discernible en toda literatura... Despojar, abreviar, depurar, ¡qué grata y agradecida tarea! Escribir por el otro cabo del lápiz, es decir: borrando las más veces, ¡qué espléndida disciplina para el que redacta y para el que lee! ¡Qué alivio, qué higiene mental!" "Elogio de un diario pequeño", en *A lápiz*, *O.C.*, t. VIII, p. 248.

[13] *Cf.* Reyes, "El cine literario", en *Simpatías y diferencias, 2ª serie, O.C.*, t. IV, p. 107.

[14] En *Al yunque*, pp. 36 y 80. Véase también *O.C.*, t. XIV, p. 410.

[15] *Burlas veras, 2º ciento*, p. 46. Véase también "El derecho a la locura", en *Cartones de Madrid, O.C.*, t. II, p. 66.

lor respondía a su aversión por el exotismo fácil. Sus camafeos tenían relación con la discreta melancolía que a Reyes le parecía "el rasgo esencial del temperamento mexicano".[16] Le interesaban sus tentativas intelectuales de descubrir "la estructura arquitectónica" de los paisajes.

Esta fraternidad entre artistas y escritores era para él una tradición que se remontaba a los tiempos del Ateneo de la Juventud.[17] Reyes la suscribió con tanta mayor facilidad cuanto que en París volvió a ver a su camarada Diego Rivera.[18] Diego se había instalado en Francia hacía algunos años y su mujer, de origen ruso, Angelina Beloff, también excelente pintora, se ganó de inmediato la amistad de la joven familia Reyes. En 1912, Angelina fue invitada a exponer un cuadro en el Salón de Otoño y Alfonso vivió con estos artistas la historia y la alegría de tal acontecimiento.[19] Asistió también a la primera exposición cubista de Diego Rivera en la galería Weill, rue Victor-Massé, y fue testigo cercano del malentendido que estuvo a punto de antagonizar al pintor mexicano con Picasso.[20] Pero este último, aguerrido, apaciguó el incidente y Reyes pudo seguir viéndolo con el escultor Mateo Hernández en ese círculo de artistas españoles o americanos de lengua española, instalados con más o menos comodidad en Francia y cuya lengua común los reunía con frecuencia en el seno del París cosmopolita. A esta época y estas reuniones se remonta el interés que siempre manifestó Picasso por la pintura mexicana.[21] Reyes encontraba una fraternidad de inspiración en los cuadros del pintor español en los que aparecían los mendigos de París, los pobres artistas ambulantes. Reconocía en ellos su propio sentimiento de soledad, de sufrimiento, de resignación, la solidaridad que él experimentaba hacia seres cuya miseria los aislaba en medio de la abundancia, pero apreciaba que todo ello se tradujera en obras sobrias, ascéticas y a veces severas, de las que había sido excluido todo acento patético y toda expresión lacrimosa. En compañía de Diego Rivera y sobre todo de uno de sus amigos de infancia, Ángel Zárraga, otro buen pintor mexicano introdu-

[16] *Cf.* "La exposición de pintura mexicana en La Plata", en *Norte y Sur*, *O.C.*, t. IX, p. 23.

[17] Desde 1906 la revista *Savia Moderna*, en la que Reyes había hecho sus primeras armas, había organizado una exposición de pintura que marcó en México "la muerte súbita del estilo *pomper*".

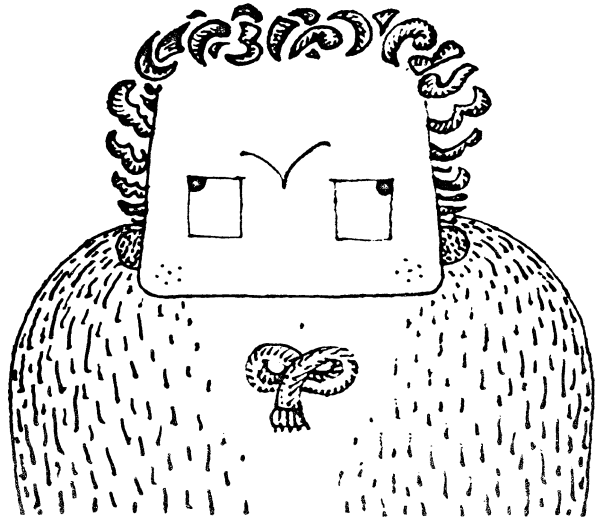
[18] Véase el artículo que Reyes escribió para el 60 aniversario de Diego Rivera en el que evoca esos años parisienses (*Burlas veras, 2° ciento*, p. 101).

[19] Véase el suplemento de *Le Temps* del 13 de noviembre de 1913. Angelina Beloff dibujó los monogramas destinados a ilustrar *Reloj de sol* (1926). Reyes conservaba en la Capilla numerosas ediciones de lujo en las que había colaborado esta artista y varios de sus cuadros.

[20] Véase *Burlas veras, 2° ciento*, p. 102. Mademoiselle Weill, propietaria de la galería en la que estaba la exposición, había redactado el prefacio del catálogo, dejando deslizar algunos ataques a Picasso.

[21] *Cf. O.C.*, t. IX, p. 25.

cido en el medio artístico de París, Reyes visitaba los estudios de Montmartre o con mayor frecuencia los de Montparnasse. Apollinaire llamaba a Ángel Zárraga "el Ángel del cubismo". Reyes frecuentaba a André Lhote, a Modigliani, que pintaba entonces su célebre retrato de Diego Rivera, al japonés Foujita, que se convirtió en un fiel amigo, a Élie Faure, teórico del cubismo, y a Ilya Ehrenbourg, que escribía uno de sus primeros libros, *Julio Jurenito*, alentado por Diego Rivera. A veces Reyes "cruzaba la calle" y se incorporaba a las reuniones de los futuristas: conoció personalmente a Marinetti y recibió de sus manos el texto de sus manifiestos. Cubistas y futuristas no se trataban todavía como "hermanos enemigos", pues la política no se había inmiscuido entre ellos. Picasso abandonaba a veces la Butte para ir a escuchar a Paul Fort en la Closerie des Lilas y a reunirse con el futurista Severini. Este último admitía que el cubismo estaba al lado del futurismo por representar aquél "la nueva expresión plástica de la humanidad". Expuso aquel año en el Salón de Otoño un inmenso cuadro, *Le Bal Tabarin*. Reyes y Picasso, como tantos otros, se precipitaron a ver lo que pretendía ser una nueva expresión del movimiento. Entre las múltiples divisiones recubiertas de colores violentos, aparecían una mano, un pie, una punta de encaje, un ojo. Todo esto tenía cierto mérito decorativo pero ¡qué lejos estaba de la belleza griega y la armonía clásica en las que se movía el espíritu del poeta Alfonso Reyes![22]



Diego Rivera, en un dibujo de Toño Salazar.

[22] Véase Cossío del Pomar, artículo citado.

Diego Rivera no era todavía el muralista que llegaría a ser años después a su regreso a México. En París, pintaba por el contrario cuadros bastante pequeños y no siempre estaba en plena armonía con el cubismo parisiense, sin duda demasiado ascético para su temperamento exuberante.[23] Su paleta no abarcaba los colores pálidos que estaban de moda y se esmaltaba de verdes vivos y de rojos oscuros, reminiscencias de los sarapes mexicanos, pues México estaba siempre presente en sus conversaciones. Reyes y Rivera seguían a la par desde París el avance de Zapata y los acontecimientos revolucionarios que el pintor iba a hacer revivir con tanta maestría, sin haberlos vivido, en los frescos del Palacio de Cortés en Cuernavaca. Reyes, ya sexagenario, residió más tarde en esa ciudad de altura moderada para que descansara su corazón enfermo. Contempló las obras maestras de su amigo y volvió a encontrar el eco de sus encuentros y de sus emociones parisienses.[24]

## Un arte nuevo: el cine

La intelectualización de la pintura que representaba el cubismo la habían hecho necesaria los nuevos avances de la fotografía. El fotógrafo se encargaba de reproducir la realidad. La pintura tenía, pues, que representar el objeto no tal como aparecía sino tal como lo concebía el pintor. Era necesario diferenciar las artes y dejar lugar a los progresos de nuestro siglo. Reyes fue a ver con gran esperanza las realizaciones del cine francés. Después de su apogeo en 1908-1910, el cine francés era todavía, y con mucho, el más importante del mundo. Apenas comenzaban a competir con él las producciones italianas, danesas, británicas y norteamericanas.[25] Reyes entregó de inmediato su confianza a este arte y se convirtió para siempre en "un devoto del cine". Presentía "sus incalculables posibilidades escénicas de realidad y de ficción".[26] Sus preferencias se inclinaban por las "revistas científicas" en las que el cine francés de antes de la guerra se había convertido en una especialidad, pero le gustaba también *Fantomas*, las películas de imaginación: la influencia de aquellos espectáculos maravillosos y de los primeros procedimientos cinematográ-

[23] Sobre la influencia que ejerció entonces en Rivera su amigo Reyes, véase L. Panabière, t. II, p. 176. Véase también Françoise Rambier, "Diego Rivera et la France", *Nouvelles du Mexique*, París, núm. 76, enero de 1974.

[24] *Cf.* Reyes, *Vida y ficción*, pp. 92 y 103.

[25] *Cf. Al yunque*, pp. 110 y 123.

[26] Véase *O.C.*, t. III, p. 96, "La danza de las esfinges". Reyes alude al cine hacia el final del cuento y menciona la empresa danesa Nordisk, cuyas películas fueron proyectadas por entonces en Francia. Véase también "El robo del millón de dólares", en *Simpatías y diferencias, 3ª serie*, *O.C.*, t. IV, p. 203.

ficos es muy marcada en algunas páginas de *El plano oblicuo* escritas en aquella época.

## En el Vieux-Colombier

Se encuentra en su pluma el eco de la inquietud que iba creciendo en la gente de teatro ante el éxito de este arte nuevo y la multiplicación de las salas oscuras. Este tema de la rivalidad del teatro y del cine se trataba en todos los periódicos. La película, a la que al principio se había considerado una curiosidad o un arte menor, se convertía en un competidor serio. Reyes meditó mucho sobre esta discriminación entre las dos artes: con objeto de diferenciarse del cine, como la pintura de la fotografía, el teatro tenía que estilizar sus escenografías, alejarse del realismo, simplificar la actuación. En su opinión, el que mejor entendió que el teatro tenía que renovarse para sobrevivir fue Jacques Copeau: "En tanto que Antoine había puesto en escena *La batalla* en un acorazado lleno de aparejos y de cañones, el Teatro del Vieux-Colombier, en reacción, representaba a Molière con una cortina gris y un banco en el que se sentaban los actores".[27] Asistió, pues, a numerosas obras de teatro, apreció las pequeñas salas de París "en las que se ven cosas tan buenas"; pasó también excelentes veladas en el Guiñol y hasta en el Gran Guiñol, pero sus mejores aplausos se los reservó al Vieux-Colombier, en *Noche de Epifanía* de Shakespeare o en la representación del *L'Amour médecin*. Frecuentó los ballets rusos, vio *El príncipe Igor* y empezó a escribir y a meditar sobre la danza, "sinfonía muscular" que no lograba todavía emanciparse por completo de la representación figurativa. Al corriente de los últimos avances de la música, que se volvía a acercar a Mozart y se alejaba de nuevo de toda voluntad de imitación para convertirse en "música pura", Reyes aspiraba también a "la danza pura", desligada de toda significación episódica. Pero la danza no había salido aún "de la prehistoria" y persistía en aprender en "la miserable escuela del realismo".[28] Un invento reciente que se difundía en París despertó su curiosidad, el "teatrofono", procedimiento que después desapareció para dejar lugar a otros

[27] *Al yunque*, p. 109. Sabemos que Reyes escribió a sus amigos de México una carta notable y entusiasta sobre el Théâtre du Vieux-Colombier. Desafortunadamente no dispomos más que de la respuesta de Julio Torri a esta carta: "Tus primeras impresiones...han circulado de mano en mano y yo he hecho que en las pecadoras mías... se quedara la carta para Pedro sobre Foulché y el teatro del Vieux-Colombier. Eres un gran novelista, Alfonso... Tienes muchísimo talento; te envidio con toda mi alma". Citado por L. Panabière, t. II, p. 46.

[28] "Motivos del *Laocoonte*", en *Calendario, O.C.*, t. II, pp. 293 y 294. Véase también "La danza", *Religión griega, O.C.*, t. XVI, p. 167.

descubrimientos pero que tuvo éxito en un momento. Por medio de un abono a un tanto alzado, la línea telefónica de los abonados podía conectarse con el escenario de la Ópera o del Teatro Francés y retransmitir el sonido.[29]

## Con Amado Nervo

En esta búsqueda de las nuevas conmociones que agitaban París, un gran mexicano, muy clarividente, fue ciertamente para él un precioso apoyo. Amado Nervo tenía entonces cuarenta y cuatro años e interrumpía su trabajo diplomático en la legación mexicana de Madrid para pasar sus vacaciones en Francia. Reyes lo había conocido en la Escuela Preparatoria, donde Nervo había sido su maestro. A la salida de clases, en los pasillos de la Escuela, se había forjado entre ellos una sólida amistad. En los primeros meses de 1914 el poeta publicó *Serenidad*. Reyes escribió de inmediato unas páginas llenas de sensibilidad sobre este libro. Nervo abandonaba los adjetivos y las pompas del modernismo para dejar que saliera, casi sin quererlo, una poesía de murmullos y medios tonos. Cuando llegó a Francia, poco después de que se publicara este artículo, vio naturalmente a su antiguo alumno que tan bien había comprendido su obra y su evolución. ¡Qué guía debió de ser entonces para el mexicano de veinticinco años este amante de París que había visto vivir la capital a principios de siglo, paseándose en aquel entonces del brazo de Rubén Darío![30] Amado Nervo era un conocedor de la lengua francesa en sus matices, atento a las expresiones en boga, al "sudismo" que se extendía a orillas del Sena por una temporada, a los detalles de la moda o de las costumbres, reveladores con frecuencia de una verdad histórica profunda.[31] Cuántos recuerdos, cuántas observaciones y humor en el transcurso de aquellos paseos por las calles neblinosas, entre aquel vapor azul misterioso que difuminaba los contornos y falseaba las perspectivas.[32] Amado Nervo en Montmartre, barrio del que no gustaba, o en el Barrio Latino, que adoraba aunque le encontraba algo de "ingenuo", explicaba a Reyes cómo este júbilo, esta espontaneidad de París le hacían entender mejor su angustia de mexicanos, "hijos de árabes soñadores y de aztecas tristes y re-

[29] *Al yunque*, p. 120.

[30] Nervo contó sus impresiones parisienses en artículos publicados en *El Imparcial* de México; *Obras completas* de Nervo, t. I, p. 157.

[31] Nervo observó que en 1913 los parisienses habían descubierto "la delgadez" y la elegancia refinada de una mesa sobria. Explicaba a Reyes que, bajo esta restricción, se ocultaban las dificultades que encontraban muchas familias burguesas para hacer frente a la subida de los precios y para "aparentar", pese a sus apuros financieros.

[32] "El camino de Amado Nervo", *O.C.*, t. VIII, p. 26.

ligiosos... Nosotros, mexicanos que hemos chupado la leche de la melancolía... nosotros nunca nos divertimos más que a medias". Amado Nervo sabía de memoria todos los versos escritos sobre París, recitaba a Verlaine, Laurent Tailhade y Paul Fort. Con más intimidad, hablaba a Reyes de los poemas que escribía.[33] Su evolución poética estaba acompañada de una trayectoria hacia un misticismo "franciscano" y Reyes preveía, no sin pesar, que al término de esta búsqueda llegaría el silencio, "su mejor poema y su mejor plegaria... su alma arrodillada finalmente en un diálogo silencioso con Dios".

Los intentos de los escritores y artistas en torno a Reyes eran expresión, a su manera, de un nuevo modo de pensar y sentir en relación con la evolución filosófica de la época. El ejemplo de Nervo añadía algo más a la angustia íntima de Reyes. El misterio, las fuerzas oscuras, los sueños, terrenos todavía mal explorados, tantos temas que aparecían entonces constantemente en su pluma. Los problemas metafísicos, sobre todo el de la fe, se planteaban con agudeza al joven pensador. Él se dejaba conmover por las diversas corrientes que desembocaban en París en un renacimiento de la cuestión religiosa y en una ola de conversiones. Leyó a León Bloy,[34] Francis Jammes, Péguy, Maritain, todos convertidos ya en la edad madura, y sobre todo a Claudel, poeta y diplomático como él, por el que adquirió un afecto muy vivo que no desmintió nunca: él es "el mayor poeta de Francia... sabe cantar la grandeza de las cosas simples y crear cantos amplios y muy bellos".[35] Los libros que compraba, los escritores a los que cita, son prueba de que Reyes escuchó en él "esta vocecita temerosa, esta interrogante oculta" a la que alude en un cuento muy bello, escrito en 1925 y en gran parte autobiográfico: la ficción literaria permite que su pudor se exprese con mayor intimidad que en una página del *Diario*.[36] El agnosticismo le parece una mentira que uno se dice a sí mismo con mayor o menor conciencia. Interpreta con sutilidad la actitud de su padre "incrédulo y que murió con la ilusión de haber sido ateo",[37] pues "nos repugna confesarnos hijos del misterio".[38] ¿Observaba en él cierto "atavismo religioso" que le vendría de su abuelo español? Si se ocupa de Montaigne es para denunciar "su bovarismo, su falsa sinceridad".[39] Su escepticismo no era más que una fachada de

[33] Publicados en Madrid en 1918 con el título de *Plenitud*.

[34] *Le Vieux de la Montagne*, en la edición del *Mercure* de 1911.

[35] Compra *L'Annonce faite à Marie y Deux poèmes d'été* que acababan de ser publicados en la *NRF*, y también la historia de una conversión célebre del siglo XIX, *La pensée de John Henry Newman*, de Floris Delattre, Payot, 1914.

[36] "Los dos augures", en *Quince presencias*, inédito hasta 1955.

[37] *Ibid.*, p. 73.

[38] "Madame Caillaux y la ficción finalista", en *El cazador*, *O.C.*, t. III, p. 119.

[39] *Cf.* "Montaigne y la mujer", *Ibid.*, p. 171.

la que no supo salir: "un poco de pobreza y un poco de música lo hubieran ayudado", observaba, precisando sin duda de este modo lo que había sido importante para él: los dramas que vivió, el desarraigo, la separación de sus maestros y amigos y, por otra parte, sus descubrimientos estéticos. Vemos aparecer en sus escritos las primeras citas de San Agustín —convertido a los treinta y tres años—, releído con tanta asiduidad y, a partir de entonces, tan consultado y citado que bien podríamos colocarlo entre los maestros de su pensamiento. Las *Confesiones* le proponían ya no el ideal de una perfección imposible, sino el discurso de un corazón pecador y arrepentido, puesto a prueba en la guerra del mundo. La sensibilidad de San Agustín y al mismo tiempo el aspecto racionalista de su fe, su deseo de reconciliar la fe y la inteligencia, reflejaban su propio drama: él seguía estando profundamente insatisfecho de los límites del positivismo, pero al mismo tiempo había quedado marcado para siempre por los hábitos de pensamiento que esta educación implicaba. La lectura de San Agustín lo encaminó a la de Bossuet, en quien verá siempre un continuador y un émulo del obispo de Hipona. Después de la Antigüedad, le atraen el Bajo Imperio y la Edad Media, esa época consagrada a la fe. En ella se reúnen sus preocupaciones filosóficas y la curiosidad literaria que lo impulsaba a adquirir colecciones de textos medievales y a empezar a conocer minuciosamente los primeros monumentos de la literatura francesa. De este descubrimiento del pensamiento medieval data su interés por la escolástica, cuya importancia en su filosofía queda plasmada en algunas de sus obras posteriores y que, en 1913, con el neotomismo, vuelve a ocupar el primer plano del pensamiento francés.[40] No sabemos si finalmente conoció a su corresponsal Boutroux, cuya carta lo había impresionado tan intensamente en los últimos días trágicos vividos en México, ni si pudo asistir a las conferencias de Bergson en el Colegio de Francia. Es muy poco probable. Pero fue en gran parte por las obras de ambos filósofos y por las diversas orientaciones que ellos habían conferido a la filosofía, y también gracias a la amistad y a la influencia de los hermanos García Calderón y de Amado Nervo, como Reyes pudo comprender la evolución metafísica de muchos jóvenes de su época y aquella doctrina agustiniana e incluso neotomista tan alejada de los principios de su infancia.

## Maurras, Mistral y Jean-Henri Fabre

Los hermanos Calderón, un poco mayores que él pero establecidos desde hacía mucho más tiempo en París, orientaron también a Alfonso en la comprensión de la vida política. Las simpatías de Francisco y de Ventura

[40] Véase *El deslinde, O.C.*, t. XV.

estaban con los grupos de extrema derecha. Hicieron apreciar a Reyes *L'Action Française*, considerado el periódico mejor escrito de la gran prensa francesa. Reyes, seducido a su vez, consideraba a Maurras "uno de los hombres que mejor han escrito la lengua de Racine" y lo clasificó entre los mejores críticos franceses.[41] Hablaba de los *Amants de Venise* como de un libro lleno de sugerencias sobre las nuevas vías que debía emprender la exégesis moderna.[42] En aquella época en la que ya le atraía el género del ensayo, pero cuando todavía trataba de afirmar su técnica y diversificarla, Reyes vio en Maurras a uno de los maestros del género, con su manera personal "de saltar del hecho cotidiano a la profunda preocupación filosófica". Partiendo de una anécdota, la rebasaba y ampliaba el tema para llegar rápidamente a un problema más general, técnica que llegará a ser familiar para Alfonso Reyes y que, a su vez, dominará. Además, el joven mexicano, helenista tan ferviente en los tiempos del Ateneo de la Juventud, volvía a encontrar en Maurras su gusto por el clasicismo, por el paisaje y la civilización griegos. Y, al mismo tiempo, aquel hombre inteligente y lúcido era presa de dudas y vacilaciones metafísicas. Sordo desde los quince años, no se explicaba la presencia del dolor inocente sobre la tierra.[43] Admiraba la religión sin poder adherirse a ella. Reyes se reconocía un poco en esa búsqueda y también en los recuerdos y los hábitos de pensamiento que ambos conservaban de una juventud positivista, en cuanto que celebraban la noción de *orden*, que había sido tan cara a don Bernardo y que su hijo consideró siempre inseparable de una inteligencia eficaz y lógica. En cuanto al ideal político de *L'Action Française*, Reyes distaba mucho de compartirlo y se lamentaba incluso de encontrar en cada número del periódico "la idea fija". Pero esto no mermaba para nada su admiración por Maurras. Ésta era una posición bastante frecuente y algunos miembros muy destacados del grupo de *L'Action Française* hacían alarde abiertamente de un ideal no monárquico. Reyes apreciaba también a Léon Daudet, a quien leyó y citó mucho tiempo después de aquellos años de iniciación.[44] Una de las personalidades más brillantes del grupo era Pierre Lasserre, quien atrajo toda la atención de Reyes. La tesis de Lasserre sobre el romanticismo francés había sido un gran acontecimiento parisiense y don Alfonso, sin duda influido por los hermanos García Calderón, asistió al curso público sobre Renan que impartió Lasserre todos los viernes de enero de 1914 en el Hôtel de Fuyer, en el 34 de la rue Vaneau. La *Vida de Jesús* fue ampliamente comentada y Reyes observó la paradoja que representa la elección de este tema. En su artículo destinado a una revista americana, expresaba su estupefacción: ¿cómo

[41] "Los monárquicos de Francia", en *Aquellos días, O.C.*, t. III, p. 396.
[42] "De Musset", en *Entre libros, O.C.*, t. VII, p. 309.
[43] Véase "Encuentro con un diablo", en *Vida y ficción*, p. 144.
[44] "Notas sobre el trabajo", en *Los trabajos y los días, O.C.*, t. IX, p. 209.

aquel católico militante consagraba tantas clases y reflexiones al maestro del escepticismo? Más lúcido que los críticos franceses, el penetrante mexicano presentía la importante evolución de Pierre Lasserre, creyente guiado por la razón y que no iba a tardar, en efecto, en separarse de Maurras y de *L'Action Française* para orientarse hacia un liberalismo más generoso.[45]

Don Alfonso envolvía en la misma admiración a tres latinos de lirismo claro: Maurras, Mistral y Jean-Henri Fabre. Leía *Mireille* en provenzal y en su traducción al español, y uno de los mejores artículos que escribió en aquella época está inspirado por la muerte del autor de este libro.[46] Le atraían mucho los experimentos del entomólogo Jean-Henri Fabre. Su infancia en Monterrey, donde era fácil el acceso al campo, la caza, los paseos a caballo con sus amigos, con la servidumbre o los ordenanzas de su padre, le había permitido desarrollar desde temprano su curiosidad por las plantas y animales. Desde muy pronto había adquirido la costumbre de preguntar, no sólo a los especialistas que estudiaban botánica o biología, sino también a los pastores, campesinos e indígenas, sobre sus observaciones y sus costumbres.[47] Observaba las reacciones de los diferentes animales en los corrales cuando habitaba en la casa paterna y se entregaba a experiencias psicológicas sobre ellos. Más tarde, el espíritu de la Escuela Preparatoria había reforzado su amor por las ciencias exactas.[48] Estaba al tanto de los estudios que se llevaban a cabo en el mundo de los sabios. Tenía en su biblioteca los dos libros de Maurice Maeterlinck, *La inteligencia de las flores* (1907) y *La vida de las abejas* (1910). El premio Nobel que se concedió a este escritor en 1913 rindió honores a estas obras de uno de sus autores preferidos. Al llegar a París, encontró en la prensa un gran número de artículos consagrados a los trabajos de Fabre. El "patriarca de Avignon" tenía noventa años. Vivía modestamente en la Haut Rouergue y el presidente Poincaré, para hacerle llegar el homenaje de la nación, tuvo que llegar hasta él. Pero él se carteaba con las más famosas academias francesas y extranjeras. No obstante, algunos lo debatían, le reprochaban su estilo malicioso o poético, pretendían que era más literario que científico.[49] Estas cualidades, sin duda, no desagradaban ni mucho menos a Reyes. Por añadidura, los nuevos experimentos de Fabre tenían resonancias filosóficas: en oposición

[45] "Un intérprete de Renan en 1914", en *El cazador, O.C.*, t. III, p. 113.

[46] "Las hazañas de Mistral". *Ibid.*, p. 111.

[47] En varias obras, *Visión de Anáhuac, Yerbas del Tarahumara, Vida y ficción* (texto de 1910: "Silueta del indio Jesús", p. 36), insistirá sobre la fraternidad del indio y de la planta: "¡Qué bien armoniza la flor con la sonrisa y el sollozo del indio!"

[48] Véase "Un propósito", *O.C.*, t. II, p. 333.

[49] Así Fabre, en uno de sus recientes artículos en el que estudiaba el vuelo de los insectos, había hablado del "tango nupcial", haciendo alusión al furor de este baile que hacía estragos en Francia.

a los evolucionistas, él daba una nueva definición del instinto. Los mínimos hechos descubiertos por él eran "granos de arena en la gran máquina de fabricación sucesiva de formas vivas". Estas conclusiones permitían a Reyes avanzar un poco en la exploración de un tema que le interesaba: la definición de la inteligencia del hombre y sus relaciones con el instinto animal.

## Nostalgia de Monterrey

Los animales y sus costumbres estuvieron muy presentes en las poesías que compuso durante su estancia en París. Si bien es cierto que los poemas siempre representaron para Reyes la parte más íntima de su obra, resulta elocuente constatar que los versos escritos entonces nos conducen hacia su primera infancia en Monterrey. Él no canta ni a Francia ni a París. El drama de 1913 estaba todavía demasiado cercano, la herida demasiado sangrante para evocarla, y resucitar aquella época dichosa en la que el buen gigante velaba por su familia no era más que una manera púdica de disimular con valentía su pena, aunque sólo fuera a los ojos de los suyos:

> Viejo laúd, caja sonora:
> ...haz que parezca que mi alma no llora...[50]

Es oportuno agregar a este verso un "himno a la casa Degollado", verdadero poema en prosa, compuesto en diciembre de 1913.[51] Es uno de esos cuadritos cuya búsqueda había emprendido Reyes desde México, embriones de los libros de recuerdos que llevaba en él. Estas líneas hubieran podido ser tituladas con el verso de Baudelaire: "¡Qué lejos estás, paraíso perfumado!"

Reyes describe la casa asoleada de su infancia, sus patios, sus pájaros y sus corrientes de agua, su espacio, su abundancia, su perfume aromático... la única casa que ha sido suya y a la que recuerda extasiado: evocarla lo vuelve incluso extraño a lo que lo rodea y lo llena de fatiga, de una fatiga de viajero en un camino interminable. Sentía que afluían a su memoria "rumores apenas articulados, voces en sordina", tonadillas que las mujeres de la casa enseñaban a los niños, coros de insectos o gritos de los pavos reales familiares que ornamentaban los corrales. Reyes estaba estupefacto del poder de evocación de esas "burbujas del alma" que son las canciones antiguas, infantiles o populares. El tema de los bre-

[50] Poema de las "Poesías perdonadas" titulado "¿Qué te diré?" y fechado en octubre de 1913; *O.C.*, t. X, p. 486.

[51] Publicado en la edición póstuma de *Albores*, p. 37.

ves estribillos obsesivos aparece constantemente en sus escritos de aquel tiempo. Hasta entonces los había repetido sin entender qué sentido tenían. Ahora, la vida le iba explicando poco a poco el misterio. Los imitaba en sus propios versos. Esos recuerdos imborrables colmaban su indigencia y consolaban su soledad de exiliado; evocaban siempre a una familia amante y protectora, en medio de los padres y de criados diligentes.

Más allá de estas razones sentimentales, Reyes calibraba el valor poético de aquellos versos humildes, de unos cuantos sonidos con frecuencia desprovistos de sentido literal. Meditaba sobre el origen del lenguaje y esto lo conducía a la exploración de la esencia profunda de la poesía, al unísono, sin saberlo todavía, con las búsquedas aún sin expresión de algunos poetas para liberar a la poesía del yugo de la inteligencia y devolver todo su valor a la capacidad creadora de la palabra. Así se iban preparando en la oscuridad y en la sensibilidad de algunos precursores aislados las revoluciones poéticas que iban a desembocar, durante y después de la guerra, en los movimientos dadaísta y surrealista.

## La guerra

> ¿Qué vale un año de París? Nada es para organizar en un todo los mil fragmentos de aquel infinito panorama.[52]

Éste fue Reyes en París durante su primera estancia y hasta la declaración de guerra: decepcionado en aquella legación agobiada por los acontecimientos revolucionarios; rico en amistades americanas o francesas, con frecuencia hispanófilos; aprendiendo a conocer la ciudad en sus paseos o a través de los variados espectáculos a los que asistió; seducido por la libertad de espíritu de la que se disfrutaba en toda Francia; atraído por las fantásticas innovaciones técnicas del cine o las conquistas del cubismo; clarividente, en definitiva, ante las nuevas tendencias de la *NRF*, del teatro de Copeau o de la filosofía de su época. Vida muy diferente de la que había imaginado y a la cual logró definir en una de sus fórmulas intraducibles: "un provechoso desconcierto".[53] Poco a poco, se iba matizando su visión de Francia y, quizás auxiliado por algunos recuerdos baudelerianos, encontraba las más bellas palabras para describir su capital: París, "ciudad triste como hermosa, contra la frivolidad alegre que

[52] "París cubista", en *El cazador, O.C.*, t. III, p. 102.

[53] "...un provechoso desconcierto..." "Historia documental de mis libros", *Revista de la Universidad de México*, marzo de 1955. Retoma la misma frase en "El reverso de un libro" (*Pasado inmediato, O.C.*, t. XII, p. 239): "Yo llegué a París por agosto de 1913... y de pronto me sentí tan desconcertado... De esta primera hora de desconcierto ha quedado un rastro en *El cazador*".

dicen los necios. Tan hermosa, que se la ama con las lágrimas en los ojos. Triste, bella entre la niebla, donde se está solo con el alma, acaso más que en todo el silencio campestre de tu naturaleza".[54] En el momento en que Reyes empezaba así a recomponer una idea de Francia, todos estos elementos se vinieron abajo ante la inminencia de la guerra. En dos semanas, Reyes comprendió que esta nueva existencia se iba a hacer añicos y que una vez más el destino lo sumergía en la tragedia.

Hacía tiempo que medía toda la inseguridad que implicaban las funciones diplomáticas que las circunstancias lo habían empujado a aceptar rápidamente. Cualquiera que pudiera ser el desenlace de los acontecimientos en México, su posición era frágil e incierta. Era mal visto por el usurpador Huerta, pero a fin de cuentas se trataba de su enviado; además, el gobierno de Huerta, ante el empuje de los constitucionalistas, era también a su vez inestable y muy poco sólido. Carranza había anunciado que, a su llegada al poder, se desharía de todos los funcionarios que hubieran estado al servicio de Huerta. Consciente de sus responsabilidades de cabeza de familia, Reyes había tenido tratos con la editorial Bouret y, sobre todo, con Garnier, especializadas en la publicación de autores españoles o hispanoamericanos, y que tanta ayuda prestaron a tantos emigrados de lengua española confiándoles trabajos diversos de traducción y de edición. Calurosamente recomendado por los hermanos García Calderón y por sus amigos universitarios franceses, Reyes había obtenido prácticamente la seguridad de que podría entrar a trabajar en la editorial Garnier si algún día era expulsado de la legación. Era una perspectiva modesta. Los traductores que trabajaban en la editorial Garnier estaban obligados a una presencia cotidiana de diez horas a cambio de un salario irrisorio.[55] Fue presentado a otras editoriales por Carlos Barrera, un amigo de la infancia reencontrado en París.[56]

En medio de esta inquietud por su inseguridad personal, acentuada por las noticias del avance de los carrancistas, Reyes asistió a la repentina transformación de Francia. Se constata, en efecto, al hojear los periódicos de todo el año 1913 y de los primeros meses de 1914, que se lamentaban de la indiferencia de los franceses ante los problemas de política internacional y los acontecimientos en la vieja Europa. La *Ley de los tres años* había sido muy criticada y juzgada brutal y excesiva. El gran tema parisiense era la sustitución de André Messager en la dirección de la

[54] "París cubierta", *O.C.*, t. III, p. 105.

[55] Véase la carta de Foulché-Delbose a Reyes del 24 de marzo de 1915 (Ábside, 1955, p. 343): "En las editoriales lo que pagan es una vergüenza. Recuerdo que en Garnier, hace diez años, encerraban a los empleados de la sección de español diez horas al día y les daban 'cinco' francos, es decir, cincuenta céntimos por hora. ¡Y dicen que ya no hay esclavitud!"

[56] Consagró a este amigo, también poeta, un artículo, "Un joven escritor mexicano", *Revista de América*, París, mayo de 1914; *O.C.*, t. VII, p. 459.

Ópera.[57] En dos semanas, gobierno y campaña de prensa se enfrentan al deber de dar a este pueblo pacífico, dichoso y frívolo una mentalidad "revanchista", interesarlo en la política internacional y en la causa rusa, despertar en él sentimientos patrióticos manifiestos y también el odio por Alemania. Los desfiles militares se multiplicaron. Reyes, que conservaba el gusto por ellos desde su infancia, al ver pasar uno por los Campos Elíseos tuvo una alucinación atroz: cuando apareció Gouraud, con su gran barba, avanzando erguido sobre su caballo a la cabeza de sus tropas, creyó volver a ver a su padre y su silueta familiar en los desfiles de México.[58]

No obstante, los acontecimientos en México se precipitaron. Llegado al poder, Carranza dio de baja en masa a todo el personal diplomático y consular. La noticia llegó a la legación de París a través de una copia mecanografiada anónima expresada en tercera persona: "Pasteurización completa, ningún contagio posible", escribió Reyes, quien agrega en otro texto: "En una Odisea que nunca ha sido contada, todos los diplomáticos mexicanos fueron así abandonados, en Europa, en Asia, en América, sin medios de regreso".[59] Encima, estalló la guerra. La trágica predicción de Rubén Darío se hacía realidad: "¡Los bárbaros, Francia, los bárbaros, querida Lutecia!" Reyes no tuvo la misma reacción que muchos otros latinoamericanos ante estos acontecimientos monstruosos: él no pretendió haberlo previsto todo, en medio de franceses despreocupados.[60] No compartió tampoco el estupor de los que, como el argentino Ricardo Güiraldes, sintieron que se venía abajo de un solo golpe la inmensa admiración que habían alimentado hasta entonces por Europa: Francia y Alemania, las naciones más civilizadas del mundo, se dejaban arrastrar por la cólera y la peor brutalidad, por gestos primitivos.[61] Reyes había vivido ya desgracias tan grandes que, pese a su juventud, había

[57] Véase *Le Temps* de 2 y 7 de noviembre de 1913, entre otros. Enrique Larreta da también testimonio de lo mismo y analiza bien los motivos de la inconsciencia de la opinión pública francesa ante la guerra que amenazaba: "Entre tanto, en Francia, nadie parecía admitir la posibilidad de una guerra. Por lo menos, rara vez se pronunciaba la importuna palabra... La extraordinaria cultura de las ideas y los sentimientos, y también esa rosada nube con que ciega el espíritu el gran bienestar, habían hecho de aquel fantasma algo así como un ridículo espantapájaros". *Tiempos iluminados, Obras completas* de Larreta, p. 575.

[58] Reyes es víctima de un error de memoria cuando evoca (*Anecdotario*, p. 66) su visión del "Général Gouraud, manco y cojo" en 1913. Gouraud perdió el brazo en los Dardanelos en 1915.

[59] "Rumbo al Sur", *Las vísperas de España, O.C.*, t. II, p. 142. Véase también "Americanería andante. II. Mexicanos errabundos", *Norte y Sur, O.C.*, t. IX, p. 104.

[60] Larreta relata una conversación sostenida con Poincaré, entonces presidente del Consejo y ministro de Asuntos Exteriores. Como Larreta lo interrogara sobre los preparativos que podría hacer Francia para no ser tomada de improviso en caso de guerra, el jefe del gobierno francés le respondió: "¿La guerra? ¿Pero qué guerra? Es absurdo, no va a haber guerra" (*Tiempos iluminados, Obras completas*, p. 575).

[61] *Notas sobre la guerra europea, Obras completas* de Güiraldes, p. 696.

perdido toda ilusión sobre la prudencia de los hombres. Por el ejemplo de México, sabía que "la historia se escribe siempre con sangre";[62] "lo propio de todas las razas y de todos los pueblos es vivir alternativamente en la calma y en la tempestad".[63] Quizás este pesimismo fuera un rasgo fundamental de su carácter y hubiera heredado de su padre "este escepticismo... sobre el valor moral de los hombres".[64] No escribió de inmediato grandes páginas sobre la catástrofe, pero meditó profundamente en torno a ella y durante mucho tiempo.

Al declararse la movilización, las editoriales Bouret y Garnier cerraron sus puertas y Reyes, excluido de la legación y privado de la solución de remplazo que se había preparado, se encontró con los suyos sin recursos en un París en guerra. Todo se desmoronaba a su alrededor como un castillo de naipes.[65] Los extranjeros abandonaban París. Reyes veía cómo se formaban ante las comisarías las largas colas de los que esperaban la autorización para salir del territorio. El regreso a México le estaba prohibido por falta de dinero y por las razones familiares que se adivinan. Comprendió que su único recurso era España.[66] Había que emigrar rumbo al sur, "como en las grandes invasiones históricas". Allá se le abrirían quizás oportunidades de trabajo en la enseñanza y el periodismo. Su pluma estilográfica Waterman, comprada por cuarenta francos en la avenida de la Ópera, le daba golpecitos en el pecho.

No obstante, esperó un tiempo con la ilusión, compartida con muchos franceses, de que la guerra iba a ser muy corta, "una breve campaña de unas tres semanas". Conoció, así pues, el París del entusiasmo y después el de la tristeza. Vio las partidas en las estaciones, "las mujeres gritaban y decían adiós, dejando ver unas caras pálidas y unos ojos enrojecidos". París se había transformado. "Todo París resollaba guerra." París se había vuelto serio, preocupado, espartano, escuela de valor en la que reinaban también los celos, el miedo a los espías.[67]

Sus sustitutos tardaron en llegar y los diplomáticos mexicanos regresaron a la legación para mantenerla en servicio. La legación mexicana desempeñó un papel decisivo en la salida de todos los hispanoamericanos de París. "Nunca ha existido más nuestra Legación en Francia que cuando dejó de existir", escribió Reyes con su humor habitual. El personal

[62] "Cuernavaca", en *Vida y ficción*, p. 103.

[63] "La casta del can", en *Ancorajes*, p. 64.

[64] Véase "Los dos augures", en *Quince presencias*, p. 70.

[65] *Cf.* "Rumbo al Sur", *O.C.*, t. II, p. 141.

[66] "¿Podía yo regresar a México para mostrar mi alma por la calle y dar explicaciones sobre lo que he callado más de ocho lustros?... Y, a la verdad, quería seguir mi senda propia." "Historia documental de mis libros", *Revista de la Universidad de México*, marzo de 1955.

[67] Véase "Rumbo al Sur", *op. cit.*, p. 141.

diplomático mexicano despedido tuvo la buena idea, en efecto, de proponer a las otras legaciones hispanoamericanas una acción común ante el Quai d'Orsay a fin de obtener facilidades para que se pudiera viajar hasta la frontera española. Todo se organizó en los despachos del bulevar Haussmann y, una vez aceptado el plan, Reyes y sus colegas hacían la lista cotidiana de los viajeros que tenían que partir al día siguiente. De acuerdo con la embajada de España, se enganchaba cada día el vagón "americano" al expreso de Irún. Una mañana —desde hacía tres días aviones y zeppelines bombardeaban París—, Reyes vio en el patio de la embajada de España un montón de maletas. Instintivamente, capturado por "la electricidad ambiente", preparó el equipaje al regresar a su casa y depositó todos sus queridos libros en un almacén. Por otra parte, su trabajo había terminado: la legación mexicana había logrado vaciar París de hispanoamericanos. Unas horas después, un telegrama del Quai d'Orsay anunciaba la partida del gobierno francés a Burdeos.

Reyes tenía el dinero justo en efectivo para pagar a su cocinera bretona el viaje de regreso a su provincia: quiso ofrecérselo con unas palabras de amistad.[68] Pero esa hija de celtas respondió que ella seguiría a sus patrones hasta el fin del mundo y partió con ellos a España. Los viajeros llegaron a la estación de Orleáns bajo las bombas y las explosiones. Iban sobrecargados, como todos los hispanoamericanos que dejaban la capital y, ante la ausencia total de mozos de carga, alguna maleta conoció, dijo Reyes, "la honra de viajar un momento sobre lomos plenipotenciarios". El viaje duró doce horas, triste recuerdo.

Reyes no perdonó a la ciudad de Burdeos —la cual, más tarde, en varias ocasiones fue tan acogedora con él— su primera y mala acogida. Los refugiados afluían junto con el gobierno; era imposible encontrar ni un solo cuarto de hotel y Alfonso buscó entre los habitantes un abrigo para los suyos, extenuados. Pero el gobierno francés había requisado todos los locales disponibles para sus funcionarios y para las principales embajadas. Reyes confirmó una vez más que los diplomáticos mexicanos se contaban entre el número de los olvidados. Después de muchos ires y venires bajo un sol agobiante, finalmente encontró un cuarto. Instalaron al bebé de inmediato. Pero apenas le habían quitado la ropa cuando una sirvienta llegó a decirles que su patrona no admitía inquilinos con niños. Reyes recuerda que mandó transmitir a aquel corazón duro: "—No tengo más que uno —gemí— y todavía no he tenido tiempo de enseñarlo a llorar".[69] Pero tuvieron que irse y, no sin vergüenza, una pluma francesa fue la que transcribió esos detalles y el relato de aquellos momentos

[68] "Diga usted a sus padres pescadores que no olvidaré nunca las hermosas langostas que me obsequiaban, y usted es la mejor muchacha de Finisterre", *Ibid.*, p. 143.

[69] *Ibid.*, p. 145.

dramáticos. Gracias al cónsul mexicano, finalmente encontraron un asilo que se les concedió a escondidas y a un precio criminal. Los precios estaban incontrolados en la ciudad sobrepoblada; es de imaginar que los restaurantes fueran inaccesibles para nuestros refugiados. Pero Reyes supo recurrir a su humor para describir el ambiente —lucro, enloquecimiento y sospechas— que reinaba en Burdeos, y su acampamiento en aquel desván atestado del barrio de las Arènes.[70] Con tres escobazos hubo que conquistar un espacio a los insectos y a los fantasmas para extender unos jergones. "No había puerta, y la ventana se resistía a cerrarse, y se pasaba la noche bostezando hacia el cielo claro. En la ventana, y sobre la cabeza de la estatua de la Libertad que se columbraba a lo lejos, se instalaba una luna roja, de vino tinto, vieja cepa Burdeos. Una luna inmóvil y enorme que nos emborrachaba." Después de algunos días en los que Reyes se dedicó a instalar simbólicamente "la representación mexicana en las oficinas del consulado", la pequeña familia finalmente pudo abandonar Burdeos y dirigirse en tren hacia la frontera española. Extasiados, muy pronto vieron el mar. La dulzura del país vasco penetró en ellos como un consuelo.

[70] Reyes cuenta que Maurice Barrès fue detenido en las calles de Burdeos cuando preguntaba una dirección y conducido a la comisaría de policía. Los transeúntes lo habían tomado por un espía: "no conocía las calles y no hablaba el francés como nosotros".

# TERCERA PARTE

# EN ESPAÑA (1914-1924)

# INTRODUCCIÓN

Al abandonar Francia en aquellos momentos trágicos, Reyes consideraba que su situación era mucho más difícil que a su llegada a París. Excluido de la diplomacia mexicana, privado de todo emolumento, consumida en pocos días su precaria economía, partía, con todo y familia, a un país en el que únicamente podía contar con unos cuantos apoyos. Parecía que la guerra, después de las esperanzas de las primeras semanas, se instalaba en Europa por un largo periodo y no cabía duda de que iba a sumir a los países neutrales en dificultades difíciles de imaginar. La revolución continuaba haciendo furor en México. Los constitucionalistas, una vez en el poder, no lograban restablecer el orden entre sus ávidos jefes ni imponerse a sus adversarios. Reyes podía temer lo peor para su familia y para sus amigos.

El propio don Alfonso ha insistido extensamente en la importancia que tuvo en su vida esa década española, en la que su destino se orientó de modo decisivo hacia su reingreso a la diplomacia mexicana en 1920 y el lugar que se había ganado entre tanto en el mundo de las letras. En Madrid conoció las angustias de la guerra y las alegrías de la paz cuando ésta se restableció en Europa y en México, últimos momentos de la juventud de Reyes y los primeros de su madurez: diez años esenciales para él y muy importantes para nuestro estudio. Y es que España fue durante todo este periodo, para los amigos y observadores de Francia, un puesto privilegiado, "el mayor de los pocos países europeos que sobrevivieron intactos en medio del eclipse casi general de la civilización europea", decía Valery Larbaud, que lo escogió para residir en él.[1] España garantizó la continuidad de esa civilización de la que las naciones más importantes habían desaparecido de momento. La frontera franco-española, que se mantuvo casi todo el tiempo abierta, permitió a Alfonso mantener contacto con París. Ayudó a sus amigos franceses en sus empeños de propaganda patriótica y continuó colaborando con sus trabajos eruditos. Pudo incluso desempeñar un papel activo en favor de Francia alineándose con los "aliadófilos" más convencidos, publicando artículos y estudios que justificaban la causa francesa a los ojos de los españoles y de sus lectores americanos. Anudó bellos lazos de amistad con los franceses que

[1] Larbaud, *Journal inédit*, t. I, p. 226.

conoció en Madrid, tanto con los que se habían establecido de manera más o menos provisional como con los huéspedes de paso o conferenciantes eminentes. Sus numerosas lecturas y sus relaciones amistosas con los mejores especialistas españoles del pensamiento francés hicieron que se mantuviera en estrecho contacto con la producción literaria francesa y que pudiera no únicamente seguir su evolución, sino también, con el genio que le era propio, prever su desarrollo. Conocemos bastante bien estos diez años de la vida de Reyes en España, aunque él no tuvo ni el tiempo ni las ganas de llevar un diario durante su estancia en Madrid.[2] En su *Diario*, en unas cuantas páginas muy interesantes, cuenta únicamente su llegada a la capital y los primeros días de su instalación; pero los recuerdos de España se desgranan a todo lo largo de su obra y más tarde, en esa suite preciosa que es "Historia documental de mis libros", describe numerosos momentos de aquella existencia madrileña.[3] La correspondencia que mantiene con sus amigos —Raymond Foulché-Delbosc, en especial— completa la información. Por otra parte, ya se han dedicado tres tesis a esta parte de la vida de Reyes,[4] dos de norteamericanos y la tercera de un mexicano, pero presentada en París. La de Barbara Aponte contiene una gran parte de la correspondencia que intercambió Alfonso Reyes con sus amigos españoles. El excelente estudio del padre Mora abunda en datos sobre las diferentes actividades del escritor durante su periodo madrileño y contiene opiniones sumamente matizadas sobre su evolución interior. Por último, la mayoría de las obras que Reyes escribió en España nos aportan precisiones autobiográficas. Estos diez años fueron para el escritor de los más fecundos. En este inicio de su madurez —por gusto y a veces por necesidad— dio muestras de una asombrosa actividad. Reyes publica poemas en prosa, libros de cuentos, volúmenes de crítica literaria, colecciones de ensayos de tono personal, alternándolos con traducciones del inglés y centenares, y puede ser que hasta miles, de artículos en periódicos o revistas tocantes tanto a la literatura como a la actualidad. En cuanto a los poemas que escribió en Madrid, fueron

[2] Las páginas de "El reverso de un libro", en *Pasado inmediato*, pueden ser consideradas fragmentos de diario de esa época madrileña (*O.C.*, t. XII, p. 217).

[3] Los capítulos de "Historia documental de mis libros" en los que Reyes trata de su estancia en España se publicaron en la *Revista de la Universidad de México*, entre abril de 1955 y septiembre de 1957.

[4] Barbara Bockus Aponte, *The Spanish Friendships of Alfonso Reyes*, Universidad de Texas, 1964. Ejemplar mecanografiado en la Capilla Alfonsina. En 1972, Barbara Aponte publicó *Alfonso Reyes and Spain. (His dialogue with Unamuno, Valle-Inclán, Ortega y Gasset, Jiménez, and Gómez de la Serna)*, University of Texas Press.

Philipp Y. Koldewyn, *Alfonso Reyes as a Critic of Peninsular Spanish Literature*, Universidad de California, Berkeley, 1965.

Raúl H. Mora Lomelí, *Présence et activité littéraire de Alfonso Reyes à Madrid (1914-1924)*. Tesis de Doctorado del Tercer Ciclo, Universidad de París.

pocos y con frecuencia admirables. Reyes, que los consideraba sus confidencias más íntimas, no publica ninguno en ese periodo. Es también durante los últimos meses de su estancia cuando compone *Ifigenia cruel*, gran drama en verso, para muchos su obra maestra.

El estudio de esta importante etapa se divide en tres partes, regidas a la vez por algunos cambios en la vida de Reyes y por los acontecimientos internacionales. Los últimos meses de 1914 y los dos años siguientes, 1915 y 1916, forman un conjunto muy sombrío, con las inextricables dificultades materiales en las que se debaten Reyes y su familia, frío, hambre, nuevas luchas que enlutan a México, el olvido de sus amigos, la situación difícil de Francia y sus aliados, sobre todo vista desde Madrid donde una intensa propaganda germanófila ensombrece aún más los acontecimientos. Apenas la calidez del ambiente español, de las valiosas amistades, el buen humor de su pequeño hijo, la visita de Bergson... impiden que Reyes ceda a la desesperación y la resignación. A partir de los últimos meses de 1916, alentados por el éxito del ejército francés en el frente, los aliadófilos en España recuperan la confianza. Por su parte, Reyes mejora su situación. Su competencia, su seriedad, su simpatía le han abierto las puertas de los medios literarios más apreciados de la capital. A partir de entonces puede dar una vida "bastante buena" a su familia... 1917-1920, época, en suma, muy feliz, de intenso trabajo, años fecundos en los que el escritor, a base de estudio y de reflexión, alcanza una verdadera maestría en algunos géneros: el ensayo, la historia, el artículo, la reseña. Adquiere ideas personales sobre los grandes problemas literarios, filosóficos, políticos; reanuda vínculos con su país y con sus amigos mexicanos; saborea nuevas simpatías, españolas, francesas, inglesas, italianas. La instauración de la paz coincide aproximadamente con el reingreso del escritor en la vida diplomática. Reyes participa del júbilo general y observa los Tratados de Versalles con atención avezada de diplomático y algo de ansiedad. En "Historia documental de mis libros", don Alfonso señala el año de 1920 como una bifurcación a partir de la cual empieza para él una nueva vida. Su reintegración a la diplomacia decide, en efecto, su orientación posterior y aleja para siempre de este joven padre de familia el espectro demasiado conocido de la miseria. Además, con los años 20, el mundo entero conoce el cambio, y Reyes,mediante sus nuevas funciones diplomáticas, mediante sus escritos —pues no abandona las letras por ello—, está totalmente dispuesto a participar en esa renovación europea y mundial que él ha presentido e invocado, y a adaptarse a un nuevo ritmo. El siglo XX verdaderamente comienza y él prevé las líneas y las tendencias: sus viajes a Francia, entre 1920 y 1924, sus lecturas, las grandes amistades que estrecha con personalidades parisienses le permiten mantenerse al corriente de las innovaciones que una sociedad modificada y una mentalidad transformada aportan a la literatura francesa.

# VI. LOS AÑOS SOMBRÍOS

## En San Sebastián con Azorín

Reyes ha contado extensamente la estancia de poco más de un mes en San Sebastián, recién llegado de París, entre principios de septiembre y el 2 de octubre de 1914.[1] Su hermano Rodolfo estaba ya instalado en esa ciudad con su familia. Alfonso dedicó su tiempo a meditar sobre cómo iba a emprender el "sitio de Madrid". Por las cartas de Foulché-Delbosc sabemos que Reyes le pidió, y sin duda también lo hizo a otros, cartas de presentación para personalidades españolas.[2] En pleno verano del trágico año, San Sebastián vivía una intensa efervescencia. No habían llegado únicamente numerosos madrileños, como se acostumbraba, a refrescarse de los calores castellanos, sino también muchos refugiados de Francia, extranjeros de todas las nacionalidades, en particular americanos, que se instalaban en la ciudad a la espera de una decisión o con la esperanza ampliamente extendida de que la guerra iba a terminar muy pronto y podrían regresar a París en poco tiempo. Periodistas españoles o de otras nacionalidades se mantenían como observadores para contemplar mejor desde aquel puesto cercano las modalidades de la movilización francesa, las repercusiones en la vida de Francia de los grandes acontecimientos que tenían lugar en el Este y cómo Francia se había recuperado después de las primeras derrotas. Así,desde San Sebastián, Reyes consiguió que lo presentaran a una serie de personalidades que podrían prestarle ayuda en Madrid.

[1] En "Historia documental de mis libros", *Revista de la Universidad de México*, marzo de 1955.

[2] Foulché-Delbosc le mandó una nota para Rodríguez Marín, director de la Biblioteca Nacional de Madrid, y una carta de recomendación para un abogado y hombre de letras, León Medina. Le aconsejó vivamente que fuera a visitar como homenaje a Adolfo Bonilla, ilustre profesor de la Universidad Central y "sucesor indiscutido de Menéndez y Pelayo". Pero para Bonilla y para Menéndez Pidal, el vehemente profesor francés prefería no enviar ninguna carta de presentación ya que habría corrido el riesgo de ser "contraproducente", debido a la existencia de enemistades personales. Estas cartas de Foulché-Delbosc contienen también consejos sobre la manera de abordar a algunas personalidades madrileñas y apreciaciones originales sobre las rivalidades literarias y el valor respectivo de las colecciones y de las librerías.

Uno de los momentos importantes de esta estancia fue el encuentro que tuvo con Martínez Ruiz, ya famoso con el nombre de Azorín, quien se iba a convertir en uno de sus mejores amigos.[3] Azorín, con cuarenta y un años, experimentaba no tanto la plenitud de la vida como el paso fugaz del tiempo y la fuerza del pasado. Hablaba ya "del ocaso" de su existencia. Periodista y autor de libros de éxito, como *La ruta de Don Quijote*, era una de las grandes figuras literarias de su generación. Había desempeñado también cierto papel político. Anarquista en sus inicios, había evolucionado considerablemente y había sido elegido en varias ocasiones a las Cortes entre las filas de los conservadores. No se sentía muy atraído por América. Es decir, vaciló antes de recibir a un mexicano de veinticinco años del que nada sabía y de quien, no cabe duda, no había leído nada. Reyes, por su parte, tuvo que superar la impresión desfavorable del primer contacto con Azorín: rostro inexpresivo y palabra vacilante. Pero una vez vencidas estas dificultades, se estableció entre ellos una gran simpatía, basada esencialmente en sus sentimientos comunes hacia Francia y la posición idéntica que habían reivindicado de inmediato ante el conflicto.

La guerra había sorprendido a Azorín en el Mediodía francés, donde pasaba, como era su costumbre, las vacaciones. Asistió a los primeros momentos de desconcierto y observó la rápida transformación del pueblo francés que también Reyes había visto efectuarse en París.[4] Para él, los alemanes habían cometido un grave error psicológico al desconocer los recursos de heroísmo y de abnegación de la nación vecina. El pueblo francés, aparentemente frívolo y despreocupado, acababa de demostrar con su repentina metamorfosis su actitud valerosa, las cualidades profundas de su raza. Azorín había comenzado de inmediato su resonante campaña en favor de Francia, "bella, noble, inmortal", a fin de acabar con "los prejuicios nocivos", tenaces en España, donde únicamente se conocía de París la moda, el esnobismo de los bulevares, las novelas ligeras, el ánimo fácil. Era necesario establecer una comprensión mutua entre Francia y España. La importante obra que escribió en el transcurso de aquel verano trágico, sobre un tema de política interior española pero impregnada toda ella de los acontecimientos franceses que seguía día tras

[3] Ambos evocaron más tarde estos inicios de su amistad. Reyes cita en "Historia documental de mis libros" una carta de Azorín escrita quince años después, en la que le recuerda la fecha exacta de su primer paseo, una hermosa mañana del 13 de septiembre de 1914, víspera de la primera batalla del Marne y de la derrota del plan de invasión alemán. Véase también "'Azorín' y los escritores de América", en *Simpatías y diferencias, 4ª serie, O.C.*, t. IV, p. 252.

[4] "Mal se ha calculado en 1914 al no contar con ese fondo de entusiasmo, de heroísmo y de abnegación de la nación francesa, fondo tradicional innato, indestructible". Azorín, *Páginas de un francófilo*, *Obras completas*, t. III, p. 983.

día con la más intensa emoción, revela sus preocupaciones y, en consecuencia, el tema de las numerosas conversaciones que sostuvo con Alfonso Reyes.[5] En sus paseos a lo largo de aquellas bellas playas, Reyes también pudo constatar con doloroso asombro la indiferencia de uno de los mejores escritores españoles respecto al "ambiente americano". En cambio, Azorín era un refinado observador de Francia y del espíritu francés, un enamorado de París, "ciudad única en el mundo" por su tacto, mesura, sutileza; la sobriedad elegante de los parisienses.[6] En política tenía una experiencia mucho más rica que Reyes e ideas mucho más retardatarias. Decía, en consecuencia, que el fondo de entusiasmo del pueblo francés, el de Descartes, de Montaigne, de Le Nôtre, aquel hombre de orden, de Chardin, de Fontenelle, había resistido al desgaste de todos aquellos años de sufragio universal y parlamentarismo, sinónimos para él de agitación incoherente. Hacía la apología de Maurras, en quien veía al defensor en Francia de las nociones de continuidad, de orden y de método, esenciales, pero que tenían que servir para organizar la paz y no la guerra, como en Alemania. Tradición, innovación, programa paradójico de los "conservadores liberales", dilema doloroso, y Azorín explicaba a Reyes su interpretación de *La Colline inspirée*, que Maurice Barrès acababa de publicar en 1913, la antinomia entre el entusiasmo y la disciplina, simbolizada en el gran diálogo entre la capilla y la pradera que el autor sitúa al final del libro. La disciplina triunfa sin duda alguna con la Iglesia establecida cuando se termina la novela, pero quien es descrito con ese lirismo sin parangón de Barrès es el herético Léopold Baillard, quien representa el entusiasmo; y el efecto psicológico no es fácil de borrar en el lector. Por entusiasmo Barrès entendía, claro está, innovación, iniciativa libre, la pasión, el gusto por lo desconocido; por disciplina, la razón, la tradición, el orden, los siglos, los antepasados.[7] Esas fuerzas no podían prescindir las unas de las otras: "¿Qué es un entusiasmo que se queda en fantasía individual? ¿Qué es un orden al que no anima ningún entusiasmo?"[8]

Azorín comentaba la declaración de neutralidad que acababa de hacer el gobierno de su país. Pese a sus convicciones pacifistas, la lamentaba profundamente. España, al no alinearse con los aliados, dejaba pasar una oportunidad tal vez única de reintegrarse a Europa. Él mismo estaba a punto de instalarse definitivamente en Francia, harto de la exis-

[5] Azorín, *Un discurso de La Cierva*, *Obras completas*, t. III, p. 65.

[6] Azorín no había vuelto a ver París desde 1905, cuando fue enviado por el periódico ABC con ocasión del viaje oficial de Alfonso XIII a Francia. Había asistido en calidad de periodista a las brillantes manifestaciones con las que se había celebrado esa visita, pero había descrito también el atentado anarquista del que fue víctima el rey en la rue de Rivoli.

[7] Azorín, *Un discurso de La Cierva*, *op. cit.*, t. III, p. 166.

[8] M. Barrès, *La Colline inspirée*, editorial Berger-Levrault, 1962, p. 343.

tencia "sepulcral, inerte" que se vivía en España a pesar de algunos progresos. Sus reflexiones sobre las dificultades del exilio, que en definitiva le impidieron expatriarse, ¿son un eco de las confidencias melancólicas de Reyes y el fruto de su experiencia? "En el extranjero nos hace falta algo, aun cuando conozcamos maravillosamente bien el país: es la larga cadena de nuestros antepasados; lejos de la patria no podríamos vivir."[9]

**Las posadas madrileñas**

A fines de septiembre Azorín decidió volver a pasar la frontera e instalarse por un tiempo en Bayona. Más tarde, se produjo un reagrupamiento de los extranjeros refugiados en los Pirineos. Con su amigo el pintor mexicano Ángel Zárraga, llegado de Fuenterrabía, Reyes llegó el 2 de octubre a la capital española, después de haber dejado provisionalmente a su mujer, a su hijo y a su fiel cocinera bretona en casa de su hermano Rodolfo, en San Sebastián. Llegado a Madrid en un vagón de madera de tercera clase, el hijo del general Reyes se encontró en aquella ciudad con uno de sus compañeros del Ateneo de México, Jesús Acevedo, todavía más pobre que él, personaje curioso y atractivo. Hijo de un profesor de francés, era arquitecto y pintor y poseía verdadero talento. Pero su principal ocupación era la lectura de los simbolistas franceses y en especial de Verlaine. Reyes sentía por él un afecto fraternal. Acevedo tenía mucha imaginación, contaba incesantemente sus visiones, sus sueños, y había inspirado con sus relatos a don Alfonso uno de los cuentos más logrados de *El plano oblicuo*.[10] El pintor Zárraga muy pronto partió a instalarse en Toledo pero fue sustituido en el trío por otro amigo mexicano, Martín Luis Guzmán, futuro novelista, que en aquella época empezaba a tientas una carrera literaria a la vez que desempeñaba vagas funciones de informante político al servicio del partido villista. Era también tan pobre como sus compañeros y con Reyes visitó a menudo, siempre en vano, a los comerciantes de pintura, tratando de vender algunos bellos dibujos de Acevedo, que éste no se atrevía a ofrecer por su cuenta. Acevedo estuvo a punto de encontrar empleo con un arquitecto madrileño, pero su técnica era de formación francesa y fue rechazado continuamente. Entonces empezó para aquellos americanos una vida extraña a través de las posadas madrileñas, cada vez más modestas y picarescas a medida que sus fondos menguaban. En este aspecto de España, que tan bien evoca el ferviente quevedista que era ya entonces Alfonso Reyes, no faltaron no obstante las figuras francesas. Si nos atenemos a su correspondencia con Foulché-Delbosc, los franceses eran bastante numerosos en aquel mun-

[9] Azorín, *Un discurso de La Cierva*, *op. cit.*, t. III, p. 160.
[10] "La Cena", *O.C.*, t. III, p. 11.

do tan modesto de la pequeña hostelería madrileña. Reyes, enemigo del polvo como todo americano, ¿esperaba encontrar en ese tipo de establecimientos franceses algo de aquella higiene y aquella limpieza que le habían hecho tanta falta en sus primeros días en Madrid? ¿Fue en verdad a alojarse en casa de aquella vieja pareja, en la pensión Issoulté, "para proteger su estómago de los ataques de la pesada comida lugareña"? Parece que residió más tiempo en casa de madame Carcassonne, posadera cuyo marido se había alistado en el frente como buen patriota, pero que se escapaba en cuanto podía para ir a Madrid a pasar unos días con su mujer, práctica corriente en esos veteranos, dice Reyes, a la que no dudaban en recurrir con frecuencia aunque a su regreso al ejército los castigaran con arresto. Del señor Carcassonne, Reyes recibió algunos ecos directos de la vida del soldado francés en las trincheras. En la pensión Carcassonne conoció una tarde a un viejo español, Luis Ruiz Contreras, patriarca del Madrid literario, en el que había desempeñado un papel bastante destacado cuando la generación del 98 empezó a tomar conciencia de sí misma.[11] Pero Ruiz Contreras era sobre todo "el traductor de Anatole France". Aquella tarde Reyes habló largo rato de Francia, de la guerra y también, más prosaicamente, de los recursos que la traducción del francés podían procurarle en Madrid a un escritor tan desprovisto como él. Ruiz Contreras recordó su experiencia, que venía tan al caso, y le pidió que lo fuera a ver, el mismo día en que Reyes, ya reunido con su familia, había resuelto abandonar las posadas para instalarse con los suyos en un pequeño departamento de lo más modesto pero con mucha luz en los confines de Madrid, en la calle de Torrijos. Acevedo y Martín Luis Guzmán ocupaban viviendas vecinas. La cita de Contreras era tanto más providencial cuanto que la mudanza y la instalación improvisada habían acabado con sus últimas pesetas. Ruiz organizaba trabajos de traducción y trataba de aprovecharse de los desafortunados traductores que caían en sus garras. Le dio a Reyes un tomo de la *Histoire de la Guerre Européenne* que había empezado a publicar en Francia Gabriel Hanotaux, y le pidió que hiciera una primera versión, que "desbrozara el camino". Después de lo cual él se reservaba su intervención para reducirlo todo a su estilo personal. Sin detenerse en lo que esta propuesta pudiera tener de hiriente, Reyes, que no tenía opción, aceptó. Quizá la realidad fuera más dura todavía. Ramón Gómez de la Serna pretende, en efecto, que durante algún tiempo vio en casa de Ruiz Contreras a "Alfonso Reyes sentado a su mesa de traductor y sometido a horas de oficina".[12]

[11] Ruiz Contreras evocaba la época en que poseía una de las mejores bibliotecas francesas de Madrid, instalada en una pequeña casa en la que había vivido Quevedo. *Cf.*, Reyes, "El gimnasio de la *Revista Nueva*", en *Simpatías y diferencias, 5ª serie*, *O.C.*, t. VI, p. 360.

[12] R. Gómez de la Serna, *Moribundia*, Sudamericana, Buenos Aires, 1948, p. 276.

**Visión cubista de Anáhuac**

Reyes y los suyos vivieron a lo largo del año 1915 meses sumamente duros. La casa de Torrijos era húmeda "como una esponja". El techo de ladrillo tenía goteras que caían sobre las camas. Debido a la guerra, los precios aumentaban. La familia comía papas, cuando éstas no habían germinado demasiado rápido en la humedad de la vivienda. Alrededor de un precario fuego, Alfonso se encontraba con frecuencia con la gran sombra de su compatriota Alarcón. Las cartas de Foulché-Delbosc dejan entrever lo tentador que era para él entonces "el regreso a Francia". Él nunca habla de ello en ninguna de las páginas que consagró a aquellos meses lamentables, pero el profesor francés tenía la costumbre, felizmente para nuestra curiosidad, de responder punto por punto a las cartas de sus corresponsales. En varias ocasiones, en 1915, Reyes le anunció su llegada. Y Foulché-Delbosc se preguntaba: ¿sería para una visita de pocos días?, ¿el tiempo necesario para recuperar sus libros?, ¿o trataba en realidad de volver a instalarse en París? Y le advertía de las dificultades que encontraría en la Francia en guerra para organizar de nuevo su existencia. Las traducciones literarias estaban muy mal pagadas y además habían desaparecido prácticamente debido a las hostilidades. Las clases particulares eran aleatorias. Quedaba el único recurso disponible: conseguir que lo nombraran corresponsal en París de algún periódico americano, trabajo interesante y bien remunerado. No cabe duda de que a Reyes le tentó esta solución. Había conservado en México, en La Habana, en San José de Costa Rica, etc., algunas relaciones que hubieran podido favorecerlo. Pero los candidatos a estas funciones eran numerosos, y su propia posición política mal definida a los ojos de muchos no logró ningún resultado de momento. Napoleón acudió en su ayuda bajo la forma de la "leopoldina" de oro, regalo del general Reyes, que fue y vino muchas veces del bolsillo del chaleco de Alfonso Reyes al Monte de Piedad. Todos los diplomáticos mexicanos expulsados por el gobierno de Carranza conocían en Madrid la misma miseria. Amado Nervo rechazó dignamente la subvención que le ofrecía el gobierno español. Entre los diplomáticos excluidos y los que venían a remplazarlos se estableció cierta solidaridad. Reyes vendió melancólicamente su sable al nuevo ministro Eliseo Redondo.

En medio de una indigencia tan total, Reyes y sus amigos conservaban el gusto francés por el cine; a veces las jóvenes parejas gastaban sus últimos centavos en ir a ver una película al centro de Madrid, el domingo por la tarde, aunque se vieran obligadas a regresar a pie a su apartado barrio. Al ver que no vendía sus dibujos, Acevedo quiso "con mayor modestia hacerse escritor". En su prosa, dice Reyes, "los galicismos tenían el sabor del fruto prohibido". En cambio, Alfonso pasaba la mayoría de las tardes en El Prado, tanto para admirar obras maestras como para dis-

frutar de algo de calor. Frecuentaba mucho la sociedad de los artistas, feliz de haber vuelto a encontrar a los cubistas de París. Diego Rivera y Angelina Beloff, a quienes había sorprendido la guerra en las Baleares, también se habían refugiado en España, seguidos por varios de sus amigos, como el escultor Lipchitz.[13] Aquellos meses madrileños estrechan una vez más la amistad de los Reyes con Diego Rivera y Angelina Beloff. Diego iba de vez en cuando a París y Angelina se alojaba entonces en casa de los Reyes. Diego presentó a Alfonso a varios artistas y, en particular, a una joven española, María Gutiérrez Blanchard, incomprendida en su medio y de la que hacían burla por sus defectos físicos, "como Ruiz de Alarcón", pero que era artista de extraordinario vigor. Después de la guerra, la joven abandonaría España, se instalaría en París, cambiaría de idioma y se convertiría en una pintora reconocida con el nombre de Marie Blanchard.

En Barcelona y Madrid residían por entonces muchos artistas franceses: Marie Laurencin, casada recientemente con un aristócrata alemán; Robert y Sonia Delaunay, que vestían de manera mucho menos llamativa que en París y trataban más bien de pasar inadvertidos. ¿Conoció don Alfonso la actividad del grupo que se había reunido en Barcelona en torno a Picabia? No es imposible, puesto que Eugenio d'Ors, con quien muy pronto se relacionó, compartía su residencia entre Madrid y la metrópoli catalana. Sería interesante conocer más datos acerca de estos artistas refugiados en Barcelona, de los que se sabe que publicaron una revista y que estaban en contacto con los círculos de Zurich en los que nació Dadá.[14] Es probable que Reyes estuviera al corriente de estas investigaciones, tanto más cuanto que Rivera mantenía relación con Picabia.

La influencia de estos artistas y de su técnica francesa, "en esta época de gran pureza de la pintura", es muy apreciable en *Visión de Anáhuac*, vasto poema en prosa, obra maestra que Reyes escribió durante aquellos meses sombríos, inspirado por el recuerdo y el amor a su patria lejana y desgarrada. Al tratar de recrear en su obra el momento en que los españoles entran en contacto con los aztecas, momento crucial para la formación del México mestizo, Reyes partía ya "a la búsqueda del alma nacional", tema siempre presente en sus meditaciones desde los inicios de sus años madrileños, "remedio a nuestras disidencias, respuesta a nuestras preguntas, clave de la concordia nacional". Lo movía también el deseo de atraer la atención y la simpatía de los lectores españoles hacia su país, particularmente las de su amigo Azorín. Puente tendido entre las literaturas española y mexicana, *Visión de Anáhuac* es una glosa poética de los grandes relatos de los cronistas de la conquista. Después de un len-

[13] Reyes, *Diario*, p. 13, y *Burlas veras, 2° ciento*, p. 103.

[14] Según Pierre Cabanne y Pierre Restany, *L'Avant-garde au XX^e siècle*, Balland, 1969, pp. 187-188.

to recorrido a través de los paisajes mexicanos, deslumbrados, los conquistadores ven aparecer Tenochtitlán, pura y grandiosa en el alto valle. La obra no se libra de la influencia de la literatura española moderna. El título es probablemente una reminiscencia de Azorín,[15] y en la evocación del altiplano se puede escuchar como un eco de la gran inspiración de Unamuno cuando describe Castilla. Pero sobre todo, amigo de los cubistas parisienses y admirador de su técnica, Reyes optó por describir, como alguno de ellos hubiera podido pintarla en su lienzo, la ciudad de cristal sobre el fondo de volcanes nevados. La visión que nos ofrece de esta ciudad "pintoresca" está constituida sólida, geométricamente, con una claridad y precisión muy francesas. La capital se alza sobre la laguna salada como una inmensa flor pétrea. El gran templo ocupa el centro exacto, las calles son los rayos que prolongan las aristas de la pirámide.[16] Alrededor de ella se agrupan los edificios "en masas cúbicas". Como en un paisaje de Cézanne, precursor venerado de los cubistas, el paisaje está animado desde el interior. "Sobre los canales *saltan* unos puentes... se *deslizan* las piraguas llenas de fruta... [cursivas mías]". El valor plástico de este texto es tal que podemos preguntarnos si este gran poema no contiene ya en germen la transformación del genio de Diego Rivera, y si no es la prefiguración, y aun la inspiración, de aquellos enormes frescos con los que Rivera muy pronto iba a recubrir tantos muros venerables en su país. Poco tiempo después, Reyes iba a calificar de "cubista" la imagen que él conservaba de París, la cual, formando un cuadro estructurado por las cuatro patas de la torre Eiffel, evoca irresistiblemente su interpretación del México precolombino.[17]

## Los alimentos franceses: Claudel, Saint-John Perse y Mallarmé

Esa lucidez geométrica no merma en nada el valor musical de la obra. Esos largos desarrollos poéticos, de una densidad sin grandilocuencia, sin

[15] La palabra *visión* es muy frecuente en los textos de Azorín de esa época. Una de sus páginas se titula: "Visión de España", *Obras completas*, t. III, p. 262. Le había dado a conocer a Reyes la obra de un español exiliado, "germanófilo odioso", José María Salaverría, *A lo lejos. Visión de España*, 1912, escrita en Argentina. Véase Azorín, *Un discurso de La Cierva*, *op. cit.*, t. III, p. 140.

[16] "A sus pies, en un espejismo de cristales, se extendía la pintoresca ciudad, emanada toda ella del templo, por manera que sus calles radiantes prolongaban las aristas de la pirámide... Agrúpanse los edificios en masas cúbicas." *Visión de Anáhuac*, *O.C.*, t. II, pp. 17 y 18.

[17] "Mi imagen de París, con la moda de aquellos días, es cubista. Cierro los ojos, y miro un París fragmentario, disperso en diminutos planos que no encajan unos en otros: como dividido y entrevisto por las cuatro patas de la torre Eiffel...", "París cubista", *El cazador*, *O.C.*, t. III, p. 103.

complacencia melódica, llevan en su forma la huella de otra influencia francesa. Desde hacía algunos años, las traducciones en prosa rítmica y lírica de poemas extranjeros, sobre todo ingleses, estaban de moda. Larbaud había traducido la *Complainte du vieux marin*, de Coleridge; Claudel, textos de Coventry Patmore. La tendencia a la declamación, inherente a la poesía inglesa, seguía siendo notoria en esas traducciones y había llevado a Claudel a la concepción de una forma nueva, de un estilo muy amplio, en el que la estrofa se asemejaba al versículo. Él había adoptado esa nueva forma en sus *Cinco grandes odas* y en su *Cantata a tres voces*, de modo tan logrado que algunos ingenuos le habían reprochado escribir poemas "que parecían traducciones". Reyes tenía estos poemas.[18] Y los clasificaba entre "lo más importante de la nueva literatura francesa".[19] ¿No era pues esta prosa amplia, flexible, poética, la que había querido para su *Visión de Anáhuac*, magnífica modernización de los antiguos textos españoles? Después de haber hecho su selección de los relatos de los cronistas, tan pronto los cita como los transpone y los traduce libremente, siempre con una honestidad escrupulosa de historiador, hasta el momento en que, al llegar a la descripción de la propia ciudad e inspirándose en las famosas *Cartas de relación* de Cortés, su lirismo lo transporta y se hincha como un canto de órgano. En todo ello hay cierta transparencia, una incorruptibilidad gongorina que anuncian ya una nueva frialdad. A semejanza de varias grandes obras francesas de la época, que reflejaban la estética de la preguerra y prefiguraban las tendencias futuras, *Visión de Anáhuac* ocupa un lugar, de acuerdo con los términos que Saint-John Perse aplicaba a otro gran poeta, "entre la masa basáltica de un Claudel y las cristalizaciones puras de un Valéry".[20]

Es precisamente en Saint-John Perse en quien se piensa una vez más al leer la *Visión*. Cuando a su llegada a París don Alfonso tuvo conocimiento de la existencia de los primeros números de la *NRF*, leyó con la mayor atención aquellos poemas suntuosos, inspirados por una tierra tan cercana a América. Un poeta francés, pero más sentimental y más sensible de lo que se era en la metrópoli, cantaba también a su infancia como a otro de sus amores: "¡Infancia, mi amor!" Don Alfonso había encontrado en *Éloges* los recuerdos de las fiebres infantiles propias de esos países ardientes, sus caballos tan queridos, los molinos de caña de azúcar y las sirvientas mestizas que rodeaban a la madre, joven y bella como una reina. En 1912, Saint-John Perse estuvo en España.[21] Conoció en Bar-

[18] En la edición de 1914 de la *NRF*.

[19] "*By-products* de la paz", texto escrito en 1919, publicado en *Aquellos días*, *O.C.*, t. III, p. 390.

[20] Saint-John Perse, "Préface pour une édition nouvelle de l'oeuvre poétique de Léon-Paul Fargue", *Obras completas*, Pléiade, p. 509.

[21] Saint-John Perse, *ibid.*, XVI.

celona a la familia Díez-Canedo, con la que el poeta mexicano estaba entonces tan vinculado en Madrid, a amigos comunes que habían llamado la atención de Reyes, por si fuera necesario, sobre el poeta francés. El principio de la *Visión de Anáhuac* remite obviamente al poema de *Éloges* titulado "El libro".[22] En ambos textos, es al abrir esas antiguas crónicas iluminadas, al pasear "un dedo gastado entre las profecías...la mirada fija mar adentro", que el poeta conduce a su lector a un maravilloso viaje. Entonces llega "el momento de la partida, cuando se levanta el viento, y la espera de tus ojos". El poema de Reyes, semejante en tono y atmósfera, se articularía fácilmente en este punto del texto o del sueño: "En sus estampas, finas y candorosas, según la elegancia del tiempo, se aprecia la progresiva conquista de los litorales". El tema del viaje, del "hacia otra parte", tan rico en reminiscencias literarias y en resonancias metafísicas, se concreta así para ellos en la lectura de esas ediciones en pergamino, en la contemplación de esos mapas con adornos, en la partida de los conquistadores a través del océano y su llegada a las costas lejanas en las que los esperaba un nuevo mundo. Se vislumbra a Moctezuma "ante los dioses de cobre". ¿No es él quien acoge así a Cortés?: "Mañana hablaremos de cosas que te conciernen..."[23]

Después, "llegan a su vez los hombres de la expedición". Son alojados, lavados.

> Y la noche llega antes de que nos hayamos acostumbrado a estos lugares... A lo lejos están países de tierra blanca... Los hombres de baja civilización vagabundean por las montañas. Y el país está gobernado...[24]

En "¡Palmeras!", ya en Mallarmé, magnificado por Saint-John Perse, se ha convertido en esas palmadas que escanden las estrofas de "Para festejar una infancia":

> ¡Palmeras...!
> Entonces te bañaban en el agua-de-hojas-verdes;
> ...¡Palmeras! y la dulzura
> de una ancianidad de raíces...
> ...¡Palmeras...! Entonces
> una mar más crédula y poblada de invisibles partidas...[25]

[22] *Ibid.*, p. 20.

[23] *Éloges, NRF*, junio de 1911.

[24] *Ibid.*, p. 72. Compárese con Reyes: "Sus dominios se extienden hasta términos desconocidos... A Cortés, que le pregunta si era vasallo de Moctezuma, responde un asombrado cacique:/ —Pero ¿quién no es su vasallo?, *Visión*, *op. cit.*, p. 24.

[25] Saint-John Perse, *ibid.*, pp. 23, 28, 29.

Se escucha también, pero grave, concentrado sobre sí mismo, sin el arrebato de la exclamación, en "Fantasía del viaje", ese bello poema lleno de recuerdos de Veracruz que Reyes fecha en "Madrid, 1915":

> Ninguno ha visto el mar.- Palmas. Un río
> sesgo y apenas rumoroso corre...[26]

El primer movimiento de esta obra contiene una evocación exacta del poema francés "La semilla":

> En una vasija la has escondido, la simiente púrpura rezagada en tu hábito de cabra. No ha germinado...[27]

Y el poeta mexicano dice:

> Yo de la tierra huí de mis mayores...
> Cardos traje prendidos en la túnica
> al entrar en el valle de las flores.[28]

La ciudad tropical tal como aparece en Saint-John Perse —grasas, alientos, humo, basura, olores— anuncia las calles polvorientas de esos pueblos calientes que describe Reyes, con los vidrios pegajosos.[29] Aparecen otros detalles semejantes en los textos de ambos poetas, como el de esa "cabeza de pescado" bestial y socarrona.[30]

El recuerdo de Baudelaire y de Heredia, la huella de Mallarmé, devotamente conservada por los dos escritores, los acercan continuamente. El ambiente húmedo y pesado del *Guignon* y de *Fenêtres* se encuentra tanto en *Éloges* como en *Visión*.

En *Cartones de Madrid*, que Reyes escribió casi en la misma época, cita al Mallarmé de los *Poèmes en prose*: "Como la pipa de Mallarmé engendra un viaje..."[31]

Bajo estos auspicios, los "Cartones" son en efecto mucho más que los esbozos que su título anuncia. El "poema en prosa" bastante breve, en la tradición de Baudelaire y de Mallarmé, es el género que quiere intentar Reyes en este caso, después de la envergadura épica de la *Visión*. Se notan muchas reminiscencias de los poetas franceses. Los cantantes de las calles de París tienen voces penetrantes y oportunas, algunos son

[26] Reyes, *O.C.*, t. X. p. 69.

[27] Saint-John Perse, *Ibid*, p. 19.

[28] Reyes, "Fantasía del viaje", *O.C.*, t. X. p. 68.

[29] Saint-John Perse, "La Ville", *Éloges*, Pléiade, p. 13. Reyes, "Fantasía del viaje".

[30] Reyes: "...de una cuba sale la bestial cabeza del pescado, bigotudo y atónito...", *Visión de Anáhuac*, *O.C.*, t. II, p. 22. Saint-John Perse: "La tête du poisson ricane entre les pis du chat crevé qui gonfle", *ibid.*, p. 45.

[31] "Voces de la calle", *Cartones de Madrid*, *O.C.*, t. II, p. 73.

pálidos "con un cuchillito de voz que taladra el tímpano". El del sábado es un "muchacho de insolente cara..." Don Alfonso evoca sus propios recuerdos valiéndose del tono y de adjetivos de un texto muy conocido del poeta francés: "Pobre niño pálido, ¿por qué desgañitarte con tu canción aguda e insolente...?[32]

Las cartas que Reyes escribía a sus amigos que se habían quedado en México también abundan en citas de los poetas franceses; se pueden encontrar, transcritos, pasajes poco conocidos de Sainte-Beuve, de Mallarmé, de Claudel, de Saint-John Perse y de muchos más. "El estudio de la tradición española es para mí un deber y un placer, le escribía a Enrique González Martínez. Pero mi alimento viene de Francia y de Inglaterra, y mi ideal de Grecia. (Mi esperanza de México.)"[33]

## Psicología comparada de los españoles y los franceses

Desde las primeras semanas vividas entre el pueblo de Madrid, recorriendo posadas o después de instalarse en uno de los barrios más modestos de la ciudad, Reyes sintió la necesidad de dejar grabadas, en la misma calle o sobre sus rodillas al regresar por las tardes a su humilde morada, escenas cotidianas de la capital española en homenaje al país que lo recibía. Al citar a Théophile Gautier en su prefacio, el autor muestra que su intención consistía en colocarse en la línea de todos los escritores viajeros que, desde Saint-Évremond, Saint-Simon, Hugo y Beaumarchais hasta el autor del *Voyage en Espagne*, habían tratado de ofrecer sus primeras impresiones de la península con todo "el sabor de la sorpresa". La perspicacia de Foulché-Delbosc comprendió que Reyes se había atenido a "impresiones voluntariamente superficiales". Don Alfonso envió estos esbozos, a medida que los iba componiendo, a *El Heraldo* de Cuba, donde fueron apareciendo a partir del 11 de febrero de 1915, o a *Novedades* de Nueva York. En 1917, en una primera edición mexicana, se publicó el conjunto en un pequeño libro por el que el autor guardó una especial ternura. El título, *Cartones de Madrid*, y la reproducción de Goya que adorna la portada prueban también que Reyes colocaba bajo la égida del gran artista los frutos de aquella época en la que tomaba contacto con

[32] Mallarmé, *Poèmes en prose*, *Obras Completas*, Pléiade, p. 274.

[33] Carta a Enrique González Martínez del 2 de octubre de 1917, en la Capilla Alfonsina. Citado por L. Panabière, t. II, p. 85.

Francia, gracias a Foulché-Delbosc, tuvo una influencia más en la *Visión*. Reyes había sobrecargado la primera edición (San José de Costa Rica, 1917) de referencias bibliográficas a pie de página. El profesor francés, lúcido e inmediato admirador del texto, le aconsejó que suprimiera ese aparato de erudición, fuera de lugar en una obra de carácter artístico, lo cual Reyes hizo en ediciones posteriores.

los famosos "cartones de tapicería" del Museo del Prado. Además, los largos trayectos para regresar caminando a su barrio y la promiscuidad de las viviendas en la calle de Torrijos, en la que su vecino era un albañil, le permitieron ver cómo vivían los mismos descendientes de aquellos personajes populares inmortalizados por Goya en sus obras.

En estos diecisiete poemas y en algunas páginas contemporáneas que escaparon de ellos para ser recogidas muy pronto. En *El cazador*, Francia aparece a menudo como elemento de comparación, algo muy natural en un viajero que acababa de pasar de un país al otro. Gracias a este paralelo, y sin dejar de recorrer la ciudad a pie con Ventura García Calderón —entonces secretario en la legación de Perú—, Reyes iba comprendiendo mejor, en retrospectiva, algunos rasgos del carácter francés. Una de las cualidades que más le impresionaban del pueblo español era su bondad, su desprendimiento. Los comerciantes del barrio confiaron más de una vez en los mexicanos indigentes. En un mesón de campo, cuando pidió un vaso de agua, el muchacho le trajo vino, porque "el vino es un don de Dios". El empleado de las Arenas rechazaba la propina porque Guzmán le había dado ya la suya. Todo español, Reyes se decía, es un *gentleman*. Esto hacía todavía más obvia la codicia de lucro evidente en los franceses, el pueblo del *sou* (centavo), el que había inventado la *tirelire* (alcancía).[34] Larreta le había advertido ya sobre la mezquindad de "esa previsión doméstica". El francés del pueblo no se daba al gasto más que para beber bien y comer bien, y la abundancia de las mesas francesas hacía que apareciera como un fraude, una paradoja absurda, la costumbre española de privarse de alimento, presente desde la época de la novela picaresca, "ascesis trágica en la que el pueblo de España gasta su energía".

En Francia, el trabajo es virtud burguesa, razón de vida, orgullo y dignidad. En España está considerado un acto de mendicidad disfrazada: el mendigo es el que ha sabido repudiar toda hipocresía social. "Lo que ustedes llaman su trabajo... quizás no sea más que un sortilegio picaresco en torno a esta idea: mendigar." El Sena es laborioso y navegable pero el Manzanares acepta muy bien ser inútil, cantar y brillar al sol. La risa y el canto no tienen en absoluto el mismo sentido en los dos lados de la frontera. En Francia, el pueblo ríe como un príncipe que ignora el dolor. El pueblo español canta para olvidar la enfermedad, la pobreza o la muerte. Al joven francés que llevaba con gallardía la enorme hogaza de pan destinada a su familia, y de la cual bien sabía que iba a participar, Reyes oponía la visión del empleado español de panadería que cantaba para olvidar el buen aroma de los pequeños panes que cargaba sobre sus hombros, y los cuales no probaría, como en Quevedo. Las bromas españolas dejaban asombrado a este mexicano por su carácter rudo, pero aprendía

[34] En francés en el texto de Reyes. *Cartones de Madrid, op. cit.*, p. 70.

a amar esa bondad sólida y tosca. El Madrid de los barrios desbordaba de música: de cada ventana abierta salía la zarzuela tarareada por una mujer dedicada a sus quehaceres. En comparación, París era una ciudad seria, preocupada y hasta amarga por momentos. El *gai Paris* seguía siendo privativo de los extranjeros. Extendido en la bruma, París estaba casi desprovisto de canciones. Los pobres lamentos de los pocos cantantes callejeros se elevaban ante la indiferencia general y, cuando alguna mano dejaba caer una moneda, lo hacía de manera que permaneciera invisible. Estos cantantes callejeros de París eran sombras difusas e inconsistentes comparados con los mendigos de Madrid, mancos diestros, prostitutas aventajadas y sobre todo ciegos, tan numerosos que esta raza parecía haber cultivado la ceguera "como una flor exquisita del mal". ¿No se debía a la abundancia de enfermos el que Madrid tuviera aquel sabor a fracaso, aquel pesimismo profundo, aquella "melaconlía española" inherente que Alfonso comentó un día en una de sus cartas a Foulché-Delbosc?[35] Algunas escenas de la vida de Madrid o de Burgos dieron al joven mexicano, ya buen medievalista, la ilusión de regresar varios siglos atrás. ¡Cuál no sería su asombro al recibir una noche de manos del sereno un candil para alumbrar la escalera! Nunca olvidará la impresión que le causó —a él, que era hijo de un pueblo en el que la cruz no tiene acceso a la calle— la primera procesión del viático que vio pasar, con sus campanillas lúgubres.

De la mujer francesa, Reyes no había percibido más que algunos tipos: la esposa burguesa sin gracia, la joven secretaria modesta y desdibujada y, evidentemente, "esas dulces sirenas que cultivaban el honesto comercio de su cuerpo y llevaban una existencia ordenada, como las señoritas de Bienfilâtre del conde de Villiers de l'Isle-Adam". Pero la mujer madrileña llenaba la capital con su presencia, cisne elegante en la Castellana, o mujer-ánfora bien plantada en sus alpargatas cuando iba a llenar el cántaro a la fuente, en los barrios bajos. Más que la mujer francesa, fue la española la que inspiró a Reyes; pero, si bien le dedicó páginas inolvidables, verdaderamente antológicas y que igualan en belleza a los grabados de Goya por sí mismas, la ternura de su raza y la dulzura del indio en él reprochaban a esas mujeres terribles de Madrid su dureza, su falta de bondad acariciante para con sus hijos. Los queridos recuerdos de sus lecturas de Jean-Henri Fabre, el entomólogo, afloraban a su memoria para ayudarlo a describir su comportamiento. Las madrileñas, como la hembra del escorpión o de algún otro insecto, querían matar al hombre, apropiárselo entero, "cortarle la cabeza, como la araña, en el momento mismo en que lo embriagan: desgarrarlo, echarlo a la calle a puntapiés, todavía tembloroso de caricias". En París, su oído mexicano se había compla-

[35] Éste le respondió: "Mil veces la he notado... Veo... que hemos de coincidir en las impresiones".

cido "con las palabras perfectas" y la música mesurada de la lengua francesa, pero aquí era desollado por los acentos raucos de las voces femeninas en la calle, su terrible jota, ese sonido tan profundamente articulado, origen indudable de la tos que se escuchaba en Madrid por todas partes.

En su recuerdo, el francés prototípico, incluso si era portero o mendigo, era un señor vestido de negro, de dignidad, y que tenía tendencia a parecerse a un miembro del instituto, de frac y dispuesto a pronunciar un elogio académico. En la actividad de un hombre, la Francia cartesiana distinguía terrenos perfectamente separados, mantenía compartimentos estancos entre su vida profesional, su vida privada, su vida religiosa. En España, la moral podía invadirlo todo, hasta los libros científicos. Ramón y Cajal, en su libro sobre los métodos de la investigación biológica, interrumpe sus disquisiciones técnicas para dar consejos respecto a la elección de esposa. "¿Dónde, sino aquí, se pueden dar libros semejantes? ¿Imagina el lector a un sabio francés tratando de tales cosas el día de su recepción académica?"[36] El misticismo era cotidiano y alternaba con la rapiña en el rostro de los mendigos. Los más grandes místicos españoles seguían siendo prácticos, positivos, activos. El santo español era con frecuencia un descontento, en revuelta, mientras que Francia había dado grandes figuras religiosas dulces y sumisas. Reyes insiste por último en una cualidad francesa por la que sentía particular simpatía y cuya vitalidad describe en términos enérgicos: en todos los terrenos, los franceses saben renovarse, innovar, aceptan la idea de una evolución o de un cambio fecundo, incluso al precio de un desequilibrio momentáneo. ¿No es la alta costura de la rue de la Paix la que inventa la moda en cada estación del año para las mujeres del mundo entero? ¿Y se puede soñar en un elogio mejor que el que Víctor Hugo dirigió a Baudelaire, inventor de "un nuevo escalofrío"?[37] Hasta en las ciencias de la naturaleza —Reyes le hacía un guiño a "su amigo" Fabre— veía con satisfacción que Francia era la defensora de la experiencia que puede imprimir una mutación a la especie. "Mi corazón, decía, ha estado siempre del lado del que inventa una nueva costumbre."

Cierto es que los parisienses no aceptaban los grandes cambios sin discusión. Habían prodigado a las primeras exposiciones cubistas un tumulto apasionado, pero no era sino la prueba de que estos descubrimientos estéticos no los dejaban indiferentes. Pero, ¡ay!, en Madrid los mismos cuadros no habían podido despertar a los españoles de su sopor.[38] Los madrileños habían rechazado aquel "derecho a la locura". En el país de Goya, el delirio estaba prohibido. En el cubismo francés, Reyes distinguía no obstante muchos rasgos de la España tradicional, "aun sin tener

[36] *Cartones de Madrid, op. cit.*, p. 65.
[37] *Ibid.*, p. 69.
[38] *Ibid.*, p. 66.

en cuenta la nacionalidad de Picasso''. El Greco y sus columnas humanas vibrantes, Quevedo, Gracián y también Góngora, ¿no tenían ya esa visión envolvente que domina, que domeña el objeto, lo observa en todas sus facetas, lo satura de luz para descubrir todas las irradiaciones que intercambia con los objetos próximos? Había ya cierto cubismo en El Escorial y, además, ¿no era Herrera quien había compuesto un *Discurso del cubo*?[39]

¿Era para aunarse a los esfuerzos de la generación del 98, a la que con tanto respeto admiraba, o bien para acudir en ayuda de un Azorín desalentado por lo que Reyes insistía hasta tal punto en la necesidad de que España, bajo pena de muerte, abriera las ventanas, evolucionara, huyera de la rutina, encontrara algo del ''espíritu de audacia'' de los franceses y la alegría de la novedad? Los españoles no leen y no tienen curiosidad por los nuevos conocimientos. Qué dolorosa sorpresa para Azorín el constatar que, durante la guerra, se llevaba libros y revistas a los heridos franceses.[40]

En cada palabra del pueblo francés hay ''lecciones de claridad mental''. En cambio, España, en sus fiestas, en sus carnavales, tiene un sentido cautivador y subconsciente de lo cómico y ''del misterio'' metafísico. La inteligencia está difundida en Francia por doquier, pero el hombre de la calle está desprovisto de esa elegancia física y moral, de ese perfil, de esa elocuencia, de ese ritmo que posee el español. ''En París eran los hombres bastos (físicamente), pero de justísima cerebración. En Madrid, los hombres físicamente justos, de graciosos movimientos reflejos...''[41] A los ojos de este mexicano perspicaz, españoles y franceses resultaban muy diferentes.

## Los aliadófilos españoles

Hasta tal punto invadido por ese abrumador acontecimiento que era la guerra, Reyes precisa que no se había llevado consigo más que un solo libro, *La Nation Armée* de Von der Goltz, en la traducción francesa de H. Monet. Aunque fuera en una obra poética consagrada al pueblo español como los *Cartones de Madrid*, él no olvida dirigir un saludo a ''nuestro hermano de trincheras'' que combate en el frente del Este. Lo sigue con el pensamiento, está con él ''en Lovaina, en Reims, en Dunkerque; junto al cañón o en el aeroplano, con los defensores del fuerte...''[42] Reyes había compartido muy pronto su simpatía por la causa

[39] ''Rumbos cruzados'' en *Las vísperas de España*, *O.C.*, t. II, p. 203.
[40] Azorín, *Obras completas*, t. IV, p. 78.
[41] ''París cubista'', en *El cazador*, *O.C.*, t. III, p. 102.
[42] ''El curioso parlante'', *Cartones de Madrid*, *O.C.*, t. II, p. 81.

francesa con numerosos españoles. Durante mucho tiempo no experimentó en Madrid aquel sentimiento de soledad que había tenido en París. La amabilidad, la sociabilidad españolas se manifestaban a su alrededor como un consuelo. El Madrid de 1914, tan bien descrito por Azorín en *Al margen de los clásicos*, no era como París, una inmensidad en la que los diversos círculos se codeaban y se desestimaban. Los intelectuales se reunían todas las tardes en un sinnúmero de salas de redacción, de tertulias y de cafés, donde la menor noticia, la menor ocurrencia, se divulgaban de inmediato a todo aquel mundo de parlamentarios, de escritores y de periodistas. Aquella vida "ateniense" encantó a Reyes, inclinado a la amistad y al contacto humano. Desde su llegada, Zárraga, quien había vivido ya en España, lo introdujo en el Ateneo, "tribuna generosa", de cuyo clima de libertad gustó de inmediato. El tono de fraternidad viril, las horas departidas y de camaradería que pasó en él fueron un bálsamo para sus amarguras de exiliado. El Ateneo era un verdadero hogar, "que hubiera sido inconcebible en el academismo francés".[43] Había simpatizado en seguida con el joven poeta y crítico Enrique Díez-Canedo, una de las esperanzas de su generación y el único entre los intelectuales españoles de 1914 que conocía bien la literatura latinoamericana. Interesado en todo lo que concernía a América y su ambiente literario, proporcionó a Reyes "el mayor placer que se pueda dar a un exiliado": durante horas enteras lo escuchaba hablar de su país y de sus amigos. Era una inteligencia enciclopédica, al corriente de las letras portuguesas, catalanas, inglesas. Pero sobre todo enamorado de la cultura francesa, gran lector de Remy de Gourmont y de Léon Bloy, Díez-Canedo observaba muy de cerca la evolución del gusto francés. Este sentimiento común hacia los escritores franceses más recientes contribuyó sin duda en gran parte a la amistad fraternal que lo unió en seguida a Reyes y que los años iban a reforzar. Hizo todo lo posible por ayudar a Alfonso. Por un giro cruel del destimo, Reyes iba a prestarle los mismos servicios cuando la guerra española obligó a Díez-Canedo a exiliarse en México. El joven escritor español había introducido a Reyes en la Residencia de los Estudiantes, gran lugar de reunión, y más tarde en la editorial La Lectura, donde se decidió que Reyes, en su calidad de mexicano, empezaría por encargarse de la edición de las obras de su compatriota Ruiz de Alarcón. Para este trabajo de muy seria erudición, empezó a frecuentar con asiduidad la Biblioteca Nacional, en cuya planta baja funcionaba el Centro de Estudios Históricos, dirigido por Ramón Menéndez Pidal. Reyes empezó a tener contacto de esta manera con varios investigadores del Centro, Américo Castro, Solalinde, Tomás Navarro Tomás, que trabajaban allí bajo la dirección del ilustre filólogo, y fue así como pasó a formar parte de su gru-

[43] *Marginalia 1ª*, p. 81.

po. De ahí en adelante, compartiría por las tardes el escritorio de Solalinde en el despacho que ocupaba en las mañanas Ortega y Gasset. Una amistad mezclada de veneración "socrática" empezó a estrecharse entre el joven mexicano exiliado y el gran maestro Menéndez Pidal. Este medio "monacal" del Centro, sobre el que había soplado "el espíritu franciscano de San Francisco Giner", se mantenía habitualmente al margen de toda polémica política. No obstante, desde el comienzo de la guerra, Menéndez Pidal había tomado claro partido por los aliados. "Se veía, dice Reyes, a este hombre de investigación y de recogimiento bibliográfico en la primera fila de todas las manifestaciones en favor de Francia".

El nuevo semanario que acababa de fundar Ortega y Gasset, *España*, iba en la misma dirección. A instancias de Díez-Canedo, Reyes fue admitido en su equipo. Al principio tuvo un pequeño papel hasta que le encargaron, en colaboración con Martín Luis Guzmán, suceder a Federico de Onís en la sección cinematográfica, a partir del 28 de octubre de 1915. Es difícil distinguir en estas páginas firmadas con el seudónimo común de *Fósforo* las que se deben a Reyes o a Guzmán.[44] Parece que este último se encargaba de comentar las películas francesas que se proyectaban en Madrid, pues carecía de la cultura inglesa que permitía a Alfonso escribir la crítica de las películas del otro lado de la Mancha. Además, las películas francesas escaseaban. La guerra había arruinado al cine francés y el gusto del público evolucionaba. Las historias rocambolescas, en las que toda la atención se centraba en el crimen mismo, ya no interesaban tanto. Se prefería las películas inglesas porque Inglaterra estaba en boga y el público gustaba más de la narración deportiva de las investigaciones del detective que del espectáculo del crimen. Pero, en fin, Reyes formaba parte de los redactores de *España*. Se codeaba con los más grandes nombres de la literatura española: Pérez de Ayala, Unamuno, Gregorio Martínez Sierra, Ramiro de Maeztu, José Moreno Villa y, por supuesto, Díez-Canedo y Ortega mismo. La mayoría de ellos manifestaba abiertamente sus simpatías por la causa francesa. Sólo uno parecía separarse de esta tendencia general, el novelista Pío Baroja, el único que inspiraba a Alfonso sentimientos de antipatía pues, además, Baroja no amaba a América Latina. Pero Reyes se negaba a la polémica y, en su profunda bondad, pretendía ver únicamente en la hosquedad de Baroja las "travesuras" de un espíritu llevado a la contradicción. Cada número de la revista practicaba en principio la obediencia a la política de neutralidad oficial de España y daba, sin comentarlas, noticias de la guerra; pero en la portada las caricaturas de Bagaria eran elocuentes. Una de ellas pone en escena

[44] Reyes adjudicaba cierta importancia a estos artículos de *Fósforo* porque fueron los primeros escritos serios y desprovistos de espíritu comercial consagrados a ese arte nuevo. Inauguraban prácticamente la crítica cinematográfica en lengua española. Véase *O.C.*, t. IV, pp. 197 y ss.

al Káiser, disfrazado de don Juan Tenorio, que no respetaba "ni lo sagrado, ni la razón, ni el lugar".

En una atmósfera completamente diferente, de conversación erudita y de calma, Reyes visitaba con frecuencia a Azorín, "tan francés y tan siglo XVIII". Su amistad se iba afirmando con el tiempo, si bien el escritor lo recibió siempre en una salita tan inexpresiva como su rostro. Reyes no conoció nunca el "estudio" de su amigo. La reserva de su carácter y su escepticismo, que parecían "un dolor contenido", respondían al pudor mexicano, a la melancolía profunda de Reyes. Esta discreción y sus opiniones políticas aislaban un poco a Azorín en Madrid, pero su sinceridad, su espíritu de tolerancia, su sentido del respeto mutuo, a la par que su estima por la autoridad inteligente, lo acercaban a Reyes, quien pudo enorgullecerse de haberlo conocido y comprendido mejor que ninguno de sus compatriotas. Sin duda alguna el estilo de Azorín, claro, hecho de frases cortas, nutrido de literatura francesa, ejercería una gran influencia en la prosa de Reyes y en su voluntad de adquirir "el tono incisivo, simple y exacto que convenía a nuestra época". Azorín salía algunas veces a explorar los mostradores de los libreros de viejo y, como solía hacer Foulché-Delbosc en París, compraba una pequeña maravilla bibliográfica y se la ofrecía a don Alfonso, a quien él sabía privado de este tipo de compras: "Tenga Reyes, al ver este libro pensé en usted".

Fue acercándose también poco a poco a Juan Ramón Jiménez, "barba francesa", tan difícil y exigente en sus simpatías como en la elección de sus lecturas o en la elaboración de sus poemas. En este enamorado de Francia, Reyes veía "al Mallarmé español", llamado a desempeñar ante las nuevas generaciones el mismo papel que el poeta simbolista ante la juventud francesa. Otra silueta familiar era la de don Ramón del Valle-Inclán, quien muchas veces lo recogía al pasar en su camino al café Regina, donde tenía lugar la famosa tertulia. En el camino, Valle-Inclán le contaba todo lo que sus propias obras debían a México y a Francia.

## Los franceses de Madrid

Algo de la simplicidad española repercutió en las relaciones que mantuvieron los investigadores del Centro con los diplomáticos o los intelectuales franceses que residían en Madrid. En 1913, con objeto de un acercamiento entre Francia y España, las universidades de Burdeos y de Toulouse habían creado en Madrid una "institución bicéfala", el Instituto Francés, que pronto se convirtió en un centro cultural de alcance indiscutible. En medio de los desatinos de la propaganda francesa en España —que Reyes al parecer deploró pero sobre los que guardó discreción— la actividad del Instituto Francés fue independiente y estuvo fir-

memente inspirada.[45] En aquellos tiempos difíciles prestó a la causa francesa inestimables servicios. Presentaron a Reyes al eminente arqueólogo Pierre Paris, que era uno de los directivos. Pero don Alfonso no era un desconocido para el otro director, Ernest Mérimée, que había dedicado un artículo a *Cuestiones estéticas* en 1912 en el *Bulletin Hispanique*. Don Alfonso admiraba en Ernest Mérimée al excelente quevedista y se refirió con frecuencia a sus trabajos en las páginas que le consagró al autor de *El Buscón* a lo largo de sus años en Madrid. Reyes intercambió con el profesor francés una correspondencia amistosa y se convirtió en un asiduo asistente a las conferencias que eminencias literarias o científicas francesas impartían cada primavera en la capital española. En torno a los oradores y sus acompañantes se organizaron algunas reuniones sociales, ocasión que para los francófilos de Madrid se convirtió en un medio de entrar en contacto con personalidades francesas y de obtener noticias de la Francia en guerra. Era frecuente que el Ateneo y la Residencia de Estudiantes solicitaran por su parte al viajero o a los viajeros una charla, su asistencia a algún coctel o que presidieran algún banquete. Reyes tuvo la oportunidad de asistir a los cursos de M. Durrbach. Escuchó al egiptólogo A. Monet —ya desde París, la egiptología, "ciencia francesa", había comenzado a cautivarlo— y al historiador Ernest Denis cuando fue a Madrid para hablar de la Francia contemporánea. Las conferencias de Victor Bérard, brillantes y atractivas, fueron para Reyes un regalo. Bérard trató temas de actualidad candente como el de Rusia, ciñéndose a investigar en la historia rusa datos que pudieran explicar o que permitieran prever los acontecimientos de nuestro siglo. Expuso también las teorías sobre la epopeya homérica que lo habían hecho célebre y que ejercieron influencia en las investigaciones de Menéndez Pidal a propósito de la epopeya castellana. Gran viajero, Bérard contribuía también con sus recuerdos del Mediterráneo y sus colecciones personales de fotografías. Reyes dedicó casi siempre a estas lecciones reseñas muy documentadas, elogiosas y a veces entusiastas, que se publicaron en la prensa española, contribuyendo así a crear estima por el pensamiento francés en un público más amplio.[46] No obstante, Reyes mantenía una total independencia de espíritu y de opinión y llegó incluso a denunciar "el tono verboso, la lectura desagradable y la falta de ponderación crítica" de un profesor del Collège de France que era un ilustre conferenciante.

[45] Era también la opinión de Albert Mousset, diplomático entonces en funciones en Madrid, y al que Reyes conoció bien. Mousset, en cuanto francés, podía permitirse estigmatizar con severidad "las costosas debilidades... la impericia, los lamentables malentendidos, las falsas maniobras de la propaganda francesa". Véase su libro, *L'Espagne dans la politique mondiale*, Bossard, París, 1923, p. 193.

[46] Reyes las recolectó en *Simpatías y diferencias* y en las *Páginas adicionales* que figuran en el mismo tomo de sus *O.C.*

Había algunos hispanistas que estaban vinculados al Instituto de manera permanente y don Alfonso tuvo oportunidad de entablar amistad con el matrimonio Sarrailh. Jean Sarrailh, especialista del siglo XVIII español, un día había descubierto en la Biblioteca Nacional de Madrid un volumen que Reyes hacía tiempo que buscaba en vano y tras el cual había investigado en varios departamentos de la Biblioteca Nacional de Francia. Desde los tiempos ya lejanos de la Escuela Preparatoria en 1907, Reyes había manifestado un precoz interés por fray Servando Teresa de Mier, uno de los dirigentes espirituales de la independencia mexicana y originario, como él, de Monterrey. Siendo todavía un joven estudiante, Reyes trató de que el gobierno mexicano publicara la *Historia de la revolución de Nueva España*. En Francia, preocupado por establecer puentes entre su país y aquel en que vivía, había emprendido la búsqueda del texto de la traducción que fray Servando había hecho de *Atala* en París, cuando fundó un centro de enseñanza del español junto con Simón Rodríguez, el profesor de Bolívar.[47] Pero esta traducción —no cabe duda de que la primera al castellano de la obra maestra de Chateaubriand— había tenido un pequeño tiraje de unos cuantos ejemplares destinados al uso escolar y aparentemente se había agotado.[48] Uno de estos volúmenes era el que acababa de descubrir Jean Sarrailh y, sabiendo el interés que tenía Reyes por este documento, lo hizo partícipe del hallazgo aun antes de hacer público su descubrimiento.[49] Don Alfonso apreció profundamente este gesto.

En la biblioteca del Ateneo de Madrid, el "gongorista" que era don Alfonso se felicitó de conocer a otro excelente aficionado a la obra de Góngora en la persona de Marius André. Después de haber publicado un agradable "Manual del viajero lúcido", con el título de *Guide psychologique du Français à l'étranger*, este hombre amable estaba entregado a la traducción de la *Fábula de Polifemo y Galatea*.[50] Lo hacía con un cuidado de erudito y apasionadamente. Reyes pasó muchas tardes en su compañía escuchando esta versión primorosa, hecha con la preocupación

[47] Véase A. Reyes, "Dos obras reaparecidas de fray Servando", *Simpatías y diferencias, 5ª serie*, *O.C.*, t. IV, p. 469, e "Historia documental de mis libros", *Revista de la Universidad de México*, agosto de 1955, p. 10.

[48] En una carta del 10 de julio de 1916, Pedro Henríquez Ureña, animador infatigable, lo alentaba a que prosiguiera sus investigaciones en Madrid: "Conviene buscar la primera traducción castellana de *Atala*. Fr. Servando de Mier, en su autobiografía, se la atribuye: creo que salió sin nombre de traductor: Fitzmaurice Kelly da la fecha". Carta citada por L. Panabière, t. II, p. 142.

[49] Jean Sarrailh, "Fortunas de *Atala* en España", en el volumen colectivo *Homenaje a Menéndez Pidal*.

[50] Luis de Góngora, *Fábula de Polifemo y Galatea*, traducida del español y precedida de una "Oda a Góngora" por Marius André. Edición bilingüe. París, Garnier, 1920, 78 pp.

de un gran respeto por el texto y casi literal. Pero, ¡cuántas investigaciones, cuántos miramientos, cuántos libros consultados se ocultaban en ese francés algo inusitado aunque muy puro! Don Alfonso admiraba y encontraba comunicativa y juvenil la jovialidad de este hombre dedicado a su trabajo tan total y sinceramente, como si la Tierra entera pendiente del traslado al francés de una figura estilística o de un juego de palabras del gran cordobés. Su traducción era tan lograda a juicio de Reyes que podía servir de ayuda a los propios españoles para comprender ese difícil texto. La mayor economía del francés moderno podía hacer de intermediaria entre la sintaxis revolucionaria de Góngora y un público español medio.[51] El propio Marius André era también poeta y le leyó a Reyes una *Ode à Gongora* en la que empleaba procedimientos caros al poeta español.

En el transcurso de uno de esos inviernos en Madrid, Reyes conoció a un normalista que se iba a convertir en uno de sus amigos más queridos y fieles. Marcel Bataillon, gravemente enfermo, estaba confinado en su recámara hacía largos meses, un poco aislado en España y con una fuerte melancolía. Un día vio aparecer la sonrisa jovial de un rostro redondo y rebosante de simpatía. Alfonso Reyes, a quien Américo Castro había advertido de la presencia de un estudiante francés en dificultades, llegaba a pasar unos momentos en su compañía. Fue el inicio de lazos recíprocos de estima y de un afecto conmovedor. Reyes y Castro invitaron a su joven amigo y al maestro Paul Hazard a su paso por España a que los visitaran en el Ventanillo de Toledo. Marcel Bataillon evocó en un artículo con un título cautivador, "Toda la simpatía de su naturaleza espontánea",[52] escrito con motivo del vigésimo aniversario de la muerte de Paul Hazard, esa jornada en la que fue guía del "archicúbico Paul Hazard a través de un Toledo cargado de siglos". Después de visitar monumentos célebres y admirar los cuadros más hermosos, Castro y Reyes le rindieron honores en su modesto departamento, situado en un callejón que se precipitaba escarpadamente hacia el Tajo. Habían alquilado ese refugio tranquilo entre cuatro amigos para trabajar en calma o para reunirse agradablemente degustando los platos castellanos o las golosinas toledanas: Castro y Solalinde, ambos filólogos del Centro, José Moreno Villa, simpático arqueólogo que era también dibujante y poeta, y Reyes.

[51] Reyes consagró varias páginas a su amistad con Marius André, intelectual tan francés. Véase en *Simpatías y diferencias*, "La musa de la geografía" y "Entre España y América: La leyenda americana", *O.C.*, t. IV, pp. 70 y 338. Sobre la traducción del *Polifemo*, véase "Un traductor de Góngora", aparecido por primera vez en *Hispania*, París, y después en *Cuestiones gongorinas*, *O.C.*, t. VII, pp. 153 y 162. Véase también en "Historia documental de mis libros", *Revista de la Universidad de México*, diciembre de 1956.

[52] Marcel Bataillon, "Toda la simpatía de su naturaleza espontánea", *Le Figaro Littéraire*, París, 3 de abril de 1954.

Marcel Bataillon memoraba el paisaje reverdecido y los monumentos finos y rosados que se contemplaban desde la ventana. Las golondrinas de los tejados, ya familiares a los escritores, se llamaban Bénédictine y Poussecafé, en memoria de unas botellas de buen vino francés. Las paredes, "hasta las más secretas", lucían inscripciones y dibujos, en su mayoría debidos al amigo Bagaria, el caricaturista de *España*, y recordaban sus dibujos antialemanes en la revista. En la misma pared de estos aliadófilos, se podía contemplar "el paraíso germano en el que una Eva de pesados encantos trataba de seducir con algunas *Wurstwaren* a un Adán cuyo cráneo estaba coronado con una punta de casco..." Otras de las pinturas se debían al pincel de Moreno Villa pero las leyendas socarronas eran de Reyes. Paul Hazard disfrutó plenamente del contraste que se establecía entre la vieja ciudad inmóvil y las irreverencias de espíritus cultivados y sin miramientos. Quiso que le explicaran sus chistes. De este modo se preparaba para visitar a Don Quijote una década después, llevando por guía el libro de Castro sobre *El pensamiento de Cervantes*, y para disfrutar lo burlesco cervantino con "toda la simpatía de su naturaleza espontánea".[53]

En las tertulias del café Pombo, de las que fue asiduo hasta que una desavenencia lo separó de Ramón Gómez de la Serna, Reyes conoció también a muchos franceses de paso por Madrid. Volvió a ver a Picasso y conoció a madame Fernández, la directora de La Maison de France, centro simpático y eficaz que Francia tenía en la capital española. Larbaud nos ha dejado una descripción de la Maison llena de encanto en una carta que le escribió a Gaston Gallimard. En ella se podían adquirir productos franceses, perfumes y juguetes hechos por los soldados en las trincheras. Pero sobre todo se podían ver los desfiles de modas de Paquin.[54] Reyes, en breves momentos de ensueño, respiró el lujo francés al que no había tenido ocasión de acercarse en París. Dio de él una descripción vaporosa y rebosante de encanto impresionista. Las corolas de los vestidos se abrían, eclosionaban, volaban como mariposas de colores bajo el resplandor azulado de las sombrillas: ráfagas moradas, doradas, verdes. Las mujeres que los llevaban tenían cuellos gráciles y sumisos.[55]

## Las dudas de 1916

No todas las iniciativas de la propaganda francesa eran tan afortunadas. A lo largo del conflicto, Francia estuvo representada en España por emi-

[53] Marcel Bataillon, artículo citado.

[54] Carta de Larbaud a Gaston Gallimard, reproducida en G. Jean Aubry, *Valery Larbaud, se vie et son oeuvre*, Mónaco, Éd. du Rocher, t. I, p. 260.

[55] "Oda a las modelos de la Maison de France", en *El cazador, O.C.*, t. III, p. 106.

nentes especialistas en derecho internacional, pero su acción psicológica no siempre obtuvo el efecto deseado. Así pues, a base de entonar y de henchir el relato de las atrocidades cometidas por los alemanes en las poblaciones del norte y en Bélgica, los franceses no hicieron más que fortalecer al pueblo español en su deseo de permanecer al margen de una lucha tan atroz. Además, los medios franceses de Madrid disponían de recursos muy endebles. Todas esas voces amigas que se elevaban alrededor de Alfonso en favor de los aliados quedaban cubiertas por la intensa campaña de los germanófilos, quienes disponían de un presupuesto considerable, pues era frecuente que pertenecieran a las clases más ricas de la sociedad española. La embajada alemana les hacía llegar además enormes recursos. Pregonaban muy alto los recuerdos de la derrota de 1870 y la confianza que tenían en la victoria de una Alemania organizada y bien preparada para la guerra. Los primeros meses fueron, pues, para los amigos de la *Entente* una dura prueba que iba a prolongarse hasta 1916.

Por otra parte, sería algo simplista representarse a la España de aquella época dividida estrictamente en dos campos, el de los aliadófilos y el de los germanófilos. Entre estas dos posiciones teóricas existían todos los matices imaginables y Reyes escuchaba muchas reticencias entre los amigos más resueltos de Francia. Para Ortega y Gasset, por ejemplo, quien después de algunas dificultades no se había demorado en ser amigo suyo, la cultura francesa era deliciosamente decadente.[56] Francia era "como un viejo violín muy frágil del que ya no se podían sacar más que admirables sonidos muy delicados". Lector de Verlaine y de numerosos escritores franceses, expresaba por Francia toda su simpatía, pero había ampliado sus estudios de filosofía en Alemania y era la lengua alemana la que aconsejaba que se introdujera en España como un tónico, a fin de despertar, al contacto con el dinamismo germánico, la energía del pueblo español, deprimido y somnoliento.[57] Unamuno se había declarado partidario de

[56] Hasta su viaje a Argentina en 1916, Ortega no había ido a América. Había escrito respecto a ella frases que Reyes no podía olvidar ("...estamos un poco cansados de educar salvajes", *Obras completas* de Ortega, t. I, p. 469). Simpatizante de los socialistas franceses antes de 1914, había tenido para con la actividad política del conservador Azorín palabras públicas muy duras. Todo esto no había contribuido a crear entre Reyes y él una simpatía inmediata, pese a que los dos hombres hayan experimentado desde que se conocieron un sentimiento muy neto de su valor recíproco.

[57] "Yo conservo un gran amor hacia esos literatos franceses en cuyas obras hemos aprendido a escribir por falta de maestros nacionales... Cultura decadente no quiere decir cultura despreciable, sino sólo... cultura llamada a morir, exenta de inmanente porvenir.../ Puede creérseme si digo que nadie habrá sentido y seguirá sintiendo mayor antipatía espontánea hacia la cultura germánica que yo... Necesitamos una introducción a la vida esencial. Esto es la primera y la más amplia necesidad. Por eso es menester que toda la instrucción superior española, todas las carreras universitarias, todas las escuelas especiales, exijan el conocimiento del idioma alemán. La cultura germánica es la única introducción a la vida esencial". "Alemán, latín y griego", *Obras completas* de Ortega, t. I, pp. 208-211.

la causa aliada desde los primeros días del conflicto, pero era más "antigermanófilo" que partidario incondicional de los aliados, y estaba un poco harto de que Francia se adjudicara el título y el monopolio de "la nación más civilizada".[58] El propio Azorín pasaba por una crisis y aprobaba antes bien el sistema político alemán que la constitución francesa: el Reichstag tenía mucho menos importancia que las Cámaras francesas, dejaba que el gobierno ejerciera su actividad con mayor continuidad, evitaba también al país los valses gubernamentales, los virajes que conocían Francia y su diplomacia.[59] Así, en 1914-1915, y por más que lo escribiera, Azorín dudaba también un poco de la victoria, pese a que los libros, los artículos, las cartas de Maurras y de otros de sus amigos de *L'Action Française* lo exhortaban a tener confianza.

Reyes tuvo también sus momentos de duda. No lo expresó en ninguna de sus páginas publicadas entonces, sino en un poema desgarrador, "El descastado", que guardó en secreto hasta la aparición de *Huellas*, en épocas mucho mejores, en 1922.[60] Estos cuatro cantos se desarrollan en estrofas claudelianas, de longitudes desiguales, en una tipografía calculada. Las cadencias son sabias y flexibles, las rimas interiores tan frecuentes como en Saint-John Perse, y un oído avezado puede percibir, tal como lo deseaba el autor, algunos ritmos tradicionales españoles, versos de romance, endecasílabos.[61] La obra es rica en varios temas y se presenta como un hervidero de todo lo que preocupaba a Reyes en 1916. Este lamento patético fue exhalado con ocasión de un viaje solitario por el Guadarrama. No refleja un estado de ánimo habitual sino un momento de caprichosa melancolía, cuando se enfrentaban con demasiada violencia en él los recuerdos de una infancia refinada y la dura miseria actual. Menéndez Pidal quería un trabajo cada vez más preciso y había pedido a Reyes que surcara la sierra en busca del itinerario del Arcipreste de Hita, a raíz de la edición del *Libro de Buen Amor* que preparaba bajo la égida del Centro. ¿Fue el contacto con una naturaleza grandiosa lo que impulsó a Reyes a liberar sus penas? ¿Fue capturado, en el seno de aquellas nieves imponentes, por un sentimiento de soledad desesperada? El primer movimiento está consagrado a su preocupación por buscar "el alma nacional mexicana", a su pesar por no conocer el pasado de su raza. Era posible estudiar los antiguos textos en los que se expresaban las razas española y francesa, pero, ¿quién le diría la voz de sus propios antepasados? Después pasa rápidamente a un tema cercano que iba a convertirse

[58] Véase Manuel García Blanco, "Escritores franceses amigos de Unamuno", *Bulletin Hispanique*, Burdeos, 1959, p. 82.

[59] Azorín, *Un discurso de La Cierva*, *Obras completas*, t. III, p. 163.

[60] *O.C.*, t. X, pp. 70-72.

[61] Reyes comentó este poema en "Respuestas", *Simpatías y diferencias, 5ª serie*, *O.C.*, t. IV, p. 452.

muy pronto en uno de los asuntos más dolorosos de reflexión: los problemas del mestizo, "perro callejero", perro sin raza en quien tantos atavismos diferentes coexistían y se contradecían. Por último, el poeta profiere sus rencores, presentes o pasados: contra la filología, cuyas "pantuflas bibliográficas" la retienen pegada al suelo; contra la "fatiga bíblica" de aquel que se ha de ganar el pan, con los brazos en cruz, girando al viento como una veleta; contra la pobreza, objeto de su miedo y de su odio, que obliga al hombre a la mezquindad suprema, la de privar a sus hijos de juguetes y flores... que engendra a "esos monstruos despeinados" que, en las calles del México en revolución, alzan sus puños contra la cultura, "toda la nobleza de la vida". Francia no se libra de esta andanada de anatemas. Su brevedad simple, la claridad elegante, el arte de la palabra irremplazable pudieron seducirlo un día "cuando el misterio se prestaba a ello". Pero su alma no se sentía para nada en casa en esta nación sintáctica. ¡Había nacido tan lejos de la arquitectura de los reyes de Francia! Absorbido por la vida española, ¿sentía Reyes que poco a poco se iba alejando de Francia? ¿Era la influencia de Unamuno? Uno de los temas de este último era cierta crítica del espíritu francés, demasiado esquemático, empobrecedor, pues la simplicidad de sus métodos impedía a menudo que los franceses sintieran la complejidad de las cuestiones o el misterio de las cosas.[62] En suma, sus dolorosos problemas personales, la intensa propaganda de los germanófilos, las reticencias de sus propios amigos aliadófilos, envolvían a Reyes en una atmósfera muy pesimista. Escribía su abatimiento a Foulché-Delbosc, quien, desde París, le daba ánimos. El profesor francés, desde el fondo de su gabinete parisiense, sabía todo lo que pasaba en Madrid, recibía toda la prensa española, hasta la más hostil a Francia, pero repetía incansablemente con destino a Reyes y a su entorno, en los momentos más sombríos, su confianza inamovible en la victoria de los aliados, "aunque haya que esperarla mucho tiempo, siete u ocho meses".[63]

Fines de 1915 y principios de 1916 fueron los momentos más difíciles de aquellos años madrileños. Una tifoidea retuvo a Alfonso en cama varias semanas.[64] Parece que un medicamento francés lo curó. Después, la convalecencia le aportó un arranque de energía. Decidió instalarse en un departamento más cerca del centro de Madrid y volvió a cobrar valor. Pero el año de 1916 fue todavía incierto. Tuvo una recaída de tifoidea. La

[62] Ésta era también un poco la opinión de Ortega, según la cual, Francia era el país en el que se escribía bien, con elegancia, pero sin gran búsqueda de la verdad. Ortega y Gasset, "Alemán, latín y griego", *op. cit.*, t. I, p. 207.

[63] "Correspondencia Foulché-Delbosc-Reyes", *Ábside*, México, núm. XIX-3, 1955.

[64] Esta enfermedad le impidió acercarse y escuchar a uno de sus poetas favoritos, Maurice Maeterlinck, que pasó unos días en Madrid por aquella época y dio una conferencia en el Ateneo.

nueva casa era "una casa de hielo" y el cubano José María Chacón, que pronto llegó a ocupar un departamento del mismo inmueble, dejó un retrato pintoresco de Reyes, quien, en el invierno madrileño, privado de calefacción por el precio del carbón, vivía clavado a su mesa, arropado con mantas hasta el cuello.[65] Trabajaba sin descanso en su edición del *Libro de Buen Amor*, estudiaba la literatura francesa del siglo XIV para establecer similitudes, o buscaba el origen de la epopeya en los libros de Gaston Paris, de Paul Meyer, de Joseph Bédier, así como en los de Menéndez Pidal o de Rajna, contribuyendo de este modo al nacimiento de una nueva ciencia, la literatura comparada.

Por aquella época se suscitaron graves disensiones entre los mexicanos refugiados en Madrid y Alfonso sufría en especial por ello. Por amistad, porque era necesario ayudarse unos a otros en aquellos tiempos difíciles, y para disminuir el gasto que representaba el nuevo departamento de la calle del General Pardiñas, ofreció a uno de sus compatriotas que llegaba de Bélgica compartir la vivienda. El historiador Carlos Pereyra había sido colaborador de Justo Sierra y profesor de Reyes en la Escuela Preparatoria y en la Escuela de Jurisprudencia. Fue nombrado después ministro en Bruselas y más tarde depuesto, como todos los diplomáticos mexicanos, por Carranza. Aparte, llegaba a Madrid con una convicción de "germanófilo rabioso" y reprochaba al rey Alberto que no hubiera concedido a los alemanes el paso libre por el territorio belga. La mayoría de los mexicanos a los que Reyes frecuentaba era abiertamente francófila. Uno de ellos, Francisco Orozco Muñoz, había sido también testigo de la invasión de Bélgica y preparaba un libro sobre el tema que iba a prologar Amado Nervo. En aquel entorno tan favorable a Francia y que simpatizaba con la desgraciada Bélgica, patria de Verhaeren, de Rodenbach y de Maeterlinck, las declaraciones de Carlos Pereyra provocaron mucho revuelo. Así, la guerra franco-alemana hacía nacer el odio en el seno de estos grupos de mexicanos exiliados. El departamento de Reyes, en el que se alojaba Pereyra, se convirtió en un infierno. No obstante, en colaboración con este compatriota, Alfonso publicó algunas traducciones del francés, sin firmar y que no sabemos a ciencia cierta cuáles fueron, tal vez tratados de sociología rusa ya traducidos al francés.[66]

En aquellos momentos difíciles, la amistad y los consejos de Amado Nervo fueron muy valiosos. Eran siempre para Reyes una guía segura. Iban juntos al cine, también una de las pasiones de Nervo. En aquellos últimos años de la estancia de su amigo en Madrid, Reyes leyó bajo su influencia obras de anticipación científica a las que era muy aficionado,

[65] José María Chacón y Calvo, "La casa de hielo", artículo fechado en octubre de 1922, recogido en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. I, p. 26.

[66] Véase Reyes, "Historia documental de mis libros", *Revista de la Universidad de México*, agosto de 1955.

Reyes y se quejaba continuamente de que el trabajo no avanzaba lo bastante rápido. Él hubiera querido que todo se terminara en tres meses, pero no había contado con la transcripción de los acentos ni con la puntuación, problemas que Reyes planteó y a los que Foulché-Delbosc impuso una solución de lo más complicada, cuyo misterio Alfonso confesó más tarde que nunca había penetrado del todo.[28]

## El acercamiento de 1917 entre Francia y el mundo hispánico

En el transcurso de 1917, este acercamiento se volvió más oficial. El 17 de noviembre nació en París la Société des Amis de l'Espagne, cuya finalidad era "establecer un centro de información sobre la vida española y desarrollar la simpatía mutua entre Francia y España".[29] El centro de estudios franco-hispánicos que existía ya en la Sorbona adoptó la denominación de Institut d'Études Hispaniques de l'Université de Paris.

El profesor Martinenche quería fundar desde hacía tiempo una revista francesa de estudios españoles. En la primavera de 1918 apareció el primer número de *Hispania* y se presentaba como el órgano oficial del nuevo Instituto. El presidente del Comité de Dirección era obviamente Ernest Martinenche, y el redactor en jefe Ventura García Calderón. Martinenche rindió homenaje en las primeras páginas al *Bulletin Hispanique* de Burdeos y a la *Revue Hispanique* de Foulché-Delbosc, junto a las cuales acababa de colocar a *Hispania*. Reyes, vinculado ya a estas dos primeras publicaciones, siguió con solicitud los empeños de sus amigos. Envió para uno de los primeros números un largo estudio sobre Gómez de la Serna.[30] Este texto ya había sido publicado en Madrid en español pero, comparando las dos versiones, se percibe que, para entregar la segunda a *Hispania*, Reyes la expurgó de algunas frases acerbas dirigidas contra Pío Baroja, como si en este artículo de amistad franco-española no quisiera que subsistiera sino la simpatía y no hubiera ninguna diferencia.[31] En esta interesante revista, Reyes volvía a encontrar a muchos

[28] "El Ms. Chacón, en que la edición se fundaba, usaba indistintamente los acentos graves y agudos, como por lo demás lo hacía la imprenta española de la época, acaso para suplir las deficiencias de caracteres agudos con los graves que se tenían siempre a la mano y se usaban en las ediciones latinas. Pero Foulché-Delbose se empeñó en descubrir una ley o sistema en Chacón que yo nunca vi muy a las claras. Y hubo que poner en nuestra edición sólo acentos graves, con excepción de los casos de disolución de diptongo, en que hubo que poner un como embrión de circunflejo, compuesto por un acento agudo en la primera vocal y uno grave en la segunda. Tengo la impresión de que la crítica no reparó nunca en estas minucias." "El reverso de un libro", *O.C.*, t. XII, p. 233.

[29] Véase *Le Temps* del 17 de noviembre de 1917.

[30] Publicado en *Hispania*, julio de 1918, y traducido al francés por la señora B.M. Moreno, quien sería, según Reyes, "la gran actriz Marguerite Moreno".

[31] El texto español de este artículo figura en *Simpatías y diferencias, 3ª serie*, *O.C.*, t. IV, p. 183.

de sus amigos de París y aprendía a conocer otros nombres y otros hispanistas que le llegarían a ser familiares a su regreso a Francia: Jean Aubry, Jean Cassou, Francis de Miomandre, Valery Larbaud.

En 1917 y 1918 Reyes escribió la reseña de una edición americana de una comedia de Calderón y otro artículo importante para la revista de Foulché-Delbosc. No dejó de reseñar los números que iban apareciendo y de exponer con detalle algunos de sus temas en las publicaciones o los diarios a los que tenía acceso en Madrid: la *Revista de Filología Española*, *El Sol*. Anunciaba las publicaciones francesas, las colecciones eruditas, describía las bibliotecas parisienses, las monografías que se multiplicaban sobre los grandes periodos de la historia francesa para fortalecer el sentimiento nacional.[32] Contribuía a establecer vínculos entre Francia y los lectores españoles difundiendo entre los intelectuales madrileños o a un público más amplio, según el caso, páginas francesas que, sin su iniciativa, hubieran permanecido desconocidas en España. Por medio de Reyes, los nombres de la *Revue Hispanique*, del *Bulletin Hispanique*, así como los de sus principales colaboradores, Foulché-Delbosc o Morel-Fatio, llegaron a ser familiares para un sector de la prensa española y para muchos amigos de Francia, que no siempre eran los especialistas eruditos a los que estas revistas estaban destinadas. A través de sus innumerables producciones, Reyes tendía sin cesar otros puentes entre los dos países, sugería comparaciones, con frecuencia literarias —por ejemplo, entre las *Greguerías* de Ramón Gómez de la Serna y los *Cuentos crueles* de Villiers de l'Isle-Adam— o históricas. En una nota establecía un paralelismo entre Thiers y Castelar, apuntaba sus relaciones de amistad e indicaba el interés de su correspondencia.[33]

A partir de que Reyes pudo lograr que se publicaran algunos de sus escritos en Nueva York y en México, sus concisos artículos contribuyeron a revelar en América "las grandes novedades literarias que encerraba Francia en sus entrañas".[34] Dio así un nuevo empuje y un tinte más moderno y más científico a la campaña de acercamiento entre Francia y América Latina que, hasta entonces, había sido llevada a cabo en el estilo elocuente y ya algo superado de Rufino Blanco Fombona y de Gómez Carrillo. A la muerte de Rodó, don Alfonso recurrió a su entusiasmo de adolescente para analizar la influencia francesa en el pensamiento de este escritor representativo de lo que había producido América Latina de mejor: la huella de Renan en el culto que Rodó había rendido a la belleza,

[32] Por ejemplo, comentó la colección de clásicos franceses de la Edad Media que dirigía Mario Roque.

[33] Muchos de esos artículos están reunidos en los diferentes tomos de *Simpatías y diferencias*, *O.C.* t. IV, y en *Entre libros* y *Páginas adicionales*, *O.C.*, t. VII.

[34] Véase "*By-products* de la paz", en *Desde Francia*, tercera parte de *Aquellos días*, *O.C.*, t. III, p. 390.

de la misma fábrica en un día de vacaciones. Esto condujo a Reyes a un humanismo nuevo para él, a un sentido muy vivo de la igualdad entre los hombres que trabajaban, todos estimables, ya fueran intelectuales o manuales, y a un gran respeto por las manos encallecidas. Abandonaba con frecuencia las salas de redacción de los mejores periódicos madrileños para bajar al sótano y ver a los obreros impresores manos a la obra y platicar con ellos en el transcurso de sus largas noches.[42] Reyes permanecería agradecido a España por haberle dado —algo que ni México ni Francia habían sabido hacer— ese sentido agudo de la fraternidad humana, más allá del valor intelectual o de la naturaleza del trabajo realizado.[43]

Con este conocimiento ahora profundizado de España, establecía comparaciones más interesantes entre las diversas psicologías de los pueblos que había frecuentado. El hispanoamericano era siempre para él el más solemne; sus maneras, lentas y complicadas. El francés era educado y hasta cortés: era el único al que se sorprendía dirigiendo la palabra a un desconocido. Pero nada había tan simpático como aquel "popularismo" español, aquella simplicidad entre las diferentes clases sociales. España era "el país más libre del mundo", en el que los hombres eran iguales. Había naciones más fuertes, más ricas, más cultas, pero ninguna poseía una sabiduría tan esencial, tan directamente salida de la tierra, tan consoladora como la de España: y esto España lo ignoraba.[44] Si Francia valía por sus artistas y sus intelectuales, todo lo que había de bueno en España procedía del pueblo. El éxito del teatro español se explicaba por el triunfo del instinto popular, que sabía conservar en los momentos logrados e inefables el buen sentido, el realismo, la mirada clara y un sentimiento muy vívido del ridículo. Lope de Vega le debía su mejor inspiración. En cambio, el teatro francés más clásico, más abstracto, más retenido, se había orientado hacia Grecia.[45]

Reyes se acercaba cada vez más a Ortega y Gasset; a partir de la fundación de *El Sol*, militó con él. Desconfiaba menos que Ortega de los republicanos españoles, convencido de que la democracia, basada en el sufragio universal y en el parlamentarismo, da los gobiernos que convienen a nuestra época, a pesar de los escollos, de los cuales la corrupción electoral, tal vez inevitable, y la dificultad de educar válidamente a las masas, no son los menores.[46] Pero éstas son las enfermedades de infancia de la democracia... "Es de esperar que los obreros aprenderán a orga-

[42] Véase *Burlas veras, primer ciento*, p. 16, y *Las mesas de plomo*, *O.C.*, t. V, p. 329.
[43] Véase "El descastado", *O.C.*, t. X, p. 72, y "Honda taza de vino...", *ibid.*, p. 104.
[44] "El arcoiris del silencio", en *Aquellos días*, *O.C.*, t. III, p. 346.
[45] "Prólogo a Quevedo", en *Capítulos de literatura española*, *O.C.*, t. VI, p. 74.
[46] Véase "La experiencia electoral", escrito en Madrid el 24 de febrero de 1918, y publicado en *Novedades*, Nueva York, el mismo año; *O.C.*, t. III, p. 334.

nizarse mejor cada día para manifestar con un voto espontáneo la voluntad nacional."

## Reyes, historiador de Francia

En el nuevo cotidiano liberal *El Sol*, Reyes se encargaba de una página semanal titulada "Historia y Geografía". "Todo lo que está en el tiempo es Historia, dice, y todo lo que está en el espacio es Geografía." Interpretó, pues, su programa de la manera más personal y aprovechó esta ocasión para buscar la respuesta a una pregunta que se planteaba desde que había dejado París en agosto de 1914 sobre los orígenes de la catástrofe que desgarraba al mundo. En los artículos que publicó entre el 5 de junio de 1919 y el 22 de enero de 1920, estudió lo que, a lo largo de la historia del siglo XIX, podía dejar prever un conflicto tal. Como se dirigía a un público español, menciona constantemente el papel desempeñado por España. Como mexicano, no olvida nunca en su retrospectiva que aquella época fue cuando las nuevas repúblicas de América Latina lograron su independencia y les dedica una larga parte. Pero la Francia de la Revolución, la de Napoleón, de 1848, de 1870, está tan presente en el siglo XIX que Reyes se convierte ante todo en el historiador de Francia. Escribe sus artículos con la intención declarada de transmitir a sus lectores la simpatía por la causa aliada.

Don Alfonso se mostró severo con estos estudios cuando los reunió, como a desgana, en el tomo V de sus *Obras Completas* en 1957. ¿Había perdido todo interés, como él dijo, esta *Historia de un siglo* después de los grandes trabajos de conjunto publicados más tarde sobre el tema? Su libro es una obra de divulgación histórica muy válida todavía para el lector actual. Hombre de libros, no olvida que escribe en este caso "para los que leen los periódicos". Sabe ponerse a la altura de su público. Cuida de salpicar su relato con expresiones españolas, ya sustanciosas de por sí, y que, cuando evocan los acontecimientos franceses llegan a ser francamente cómicas.[47] Con la relación de los hechos mezcla las más graves anécdotas tomadas de la pequeña historia. Esta mezcla de lo familiar y de lo grandioso corresponde profundamente a la realidad. En su infancia, su adolescencia, durante los pocos meses de su vida diplomática, trató con bastantes hombres eminentes para saber que no hay ninguna gran figura que no tenga su punto flaco o algún defecto. Estas páginas siguen siendo, sin embargo, las de un escritor que maneja con soltura el arte de la síntesis, del relato, del retrato, de la transición y hasta de la caricatura. En definitiva, tiene la ventaja de interpretar los congresos como diplo-

[47] Ya le divertía hispanizar los nombres franceses. Aquí encontramos *Hugo Capete*.

neas cierta comparación que establece en su espíritu una semejanza entre el emperador francés y su propio padre. Hasta en su última tentativa desesperada, en su empecinamiento en no querer escuchar los consejos de los que lo amaban, la semejanza es obvia: el regreso de la isla de Elba, el extravío del emperador, su rendición, evocan la última campaña del antiguo ministro de Porfirio Díaz.[58] Reyes sabía perfectamente que estas páginas sobre Napoleón contenían alusiones personales y las mantuvo inéditas hasta la publicación en volumen de *Historia de un siglo*. No obstante, el culto que rinde a Napoleón no obnubila a Reyes el historiador. Napoleón cometió un error fatal: al favorecer la unidad alemana —de la que se vanagloriaba tanto en Santa Elena— desconoció una de las líneas de fuerza que regían la política francesa en Europa desde hacía siglos, desde Richelieu; no creyó en el peligro que la reorganización de Alemania representaba para Francia. Al preguntarse por los orígenes profundos de la guerra de 1914, ve en aquella ceguera del emperador una causa determinante de los futuros infortunios de Europa.[59]

¡Cuán lúcidos eran los tratados de 1815 a esta luz! La alianza prevista entre Francia, Baviera y Wuntemberg era, en efecto, la mejor salvaguarda contra las eventuales ambiciones de Prusia. El diplomático y el historiador rendían aquí total homenaje al mayor artífice de aquellos acuerdos, Talleyrand. Su adversario, Metternich, al que Reyes describe como disoluto, frívolo, pretencioso y vanidoso, menos preocupado por sus responsabilidades que por sus placeres, no sale en verdad muy favorecido en esas páginas. Reyes ofrece de él y de otros enemigos de Francia, el zar, el rey de Prusia, retratos cargados de tinta, verdaderas caricaturas. Don Alfonso sabe a veces tener el colmillo afilado, la palabra punzante. Talleyrand aparece como el único "adulto" entre todos aquellos diplomáticos y jefes de Estado reunidos en 1815 para decidir la suerte de Europa. A través de sus traiciones a sus diferentes maestros, permanece

[58] En las líneas siguientes se puede leer con facilidad el eco del intento inútil de Reyes para que su padre abandonara su último intento y su levantamiento: "Aun [Napoleón] confiaba en su genio militar... Caulaincourt... había querido defender a su amo contra su propio extravío, había visto claro, no ponía en duda el triunfo final de los aliados... y anhelaba ardientemente un arreglo pacífico que evitara el derrumbamiento del poder napoleónico. Pero el dios de la guerra no quiso escuchar el aviso de las derrotas". "El ocaso de Napoleón", en *Historia de un siglo*, *O.C.*, t. V, p. 35.

[59] "Con inconsciente generosidad, la Francia revolucionaria revela a Alemania el secreto de la debilidad germánica, cuando por boca de sus políticos, declara no entender aquel desorden, aquel mosaico, aquel laberinto de pequeños Estados. ¡Y aquel desorden, aquel mosaico, aquel laberinto, lejos de ser obra del azar, era la obra consciente y acabada de Richelieu, que verá en la posible cohesión alemana el mayor peligro de la Francia futura! Era, en suma, lo que en la Gran Guerra Europea de 1914 soñaban algunos combatientes franceses, al pedir que se estableciera la anarquía metódica en Alemania. ¿'Simplificar aquella monstruosa complicación', de lo que Bonaparte solía jactarse en Santa Elena? Sí: la simplificación se llamó Bismarck, se llamó Guillermo II..." "Las ideas reinantes", *ibid.*, p. 100.

fiel a Francia.[60] Reyes aprecia como técnico su audacia y su habilidad para llegar a romper la alianza pactada contra Francia, infligiendo así a los cuatro vencedores reunidos una verdadera derrota diplomática. Un buen diplomático, un buen hombre de Estado pueden restaurar la confianza en su país tanto y mejor que una guerra. Talleyrand, entre 1814 y 1815, devolvió a Francia la influencia que tenía y puso fin a su aislamiento. Después de la locura de las armas, los intercambios de opiniones entre hábiles políticos son mucho más razonables y sanos. El ejemplo de Talleyrand permite a Reyes exponer en páginas enérgicas su propia definición de la diplomacia, que no ha de ser ni cinismo, ni conversación de salón, sino ante todo inteligencia, trabajo escrito de profesionales competentes, "preparación de documentos precisos capaces de fundar una confianza mutua". Es la ocasión para el escritor —en el momento en que se preparan los tratados que van a poner fin a la Gran Guerra y en los que se organiza la paz futura y la Sociedad de las Naciones— de expresar toda la desconfianza que sintió desde el comienzo respecto a esa "política de Rotary Club", esa diplomacia de conferencias y de grandes asambleas internacionales que vio la luz precisamente en el transcurso de aquel alegre Congreso de Viena. "Bajo el disfraz democrático del nuevo sistema", el número excesivo de participantes, la agitación, los banquetes, las diversiones mundanas, la improvisación, las afinidades personales a veces sustituyeron el trabajo real o lo obstaculizaron.[61]

En el transcurso del Congreso de Viena se vio claramente que Francia, como siempre, aunque vencida y responsable, inspiraba simpatía, ternura y verdadero amor a los demás pueblos, y a veces sin saberlo. ¿Cómo explicar esta paradoja? Algunos historiadores alemanes, Reyes nos recuerda, habían manifestado por entonces su descontento ante la generosidad del zar.[62] Las naciones victoriosas tuvieron la prudencia de no abrumar a Francia, derrotada y culpable. En suma, en 1815, Francia había hecho un buen negocio: a pesar de las circunstancias, se enriquecía con varias centenas de miles de habitantes, no pagaba indemnizaciones de guerra y recibía en regalo una cantidad de obras de arte, ya que no estaba obligada a devolver todos los tesoros robados por Napoleón. La magnanimidad de estos tratados era probablemente, concluye Reyes, el origen mismo del antagonismo franco-alemán, mucho más que la cuestión de Alsacia y Lorena, que en aquella época tenía un planteamiento débil. Pero los pueblos son malos jueces y a los franceses no les habían gustado aquellos tratados de 1815 que fueron tan clementes con su país. Muy pronto habían llegado incluso a ser impopulares en Francia. Thiers decía: "Hay

[60] "El ocaso de Napoleón", *ibid.*, p. 41.

[61] "La Santa Alianza", *ibid.*, pp. 118-119.

[62] En 1815, "reinaba en el ambiente el anhelo de acariciar a Francia. Sépalo o no, ella siempre ha inspirado amor a todos los pueblos". "Los primeros pactos", *ibid.*, p. 52.

que detestarlos respetándolos", y Guizot: "Hay que respetarlos detestándolos". Eran, no obstante, buenos tratados, dice Reyes, y la paz de Europa quedó garantizada mientras fueron respetados. La conclusión a la que llega Alfonso Reyes es amarga si se tiene en cuenta que esta página fue escrita precisamente al final de cuatro años de matanza: "La penetración de Taylleraud era tal que, si se hubieran seguido sus instrucciones —y con un poco de suerte además— se habrían evitado las dos guerras de 1870 y 1914..."

Reyes no carece de simpatía por Luis XVIII, "realista moderado", tradicionalista que no había olvidado los entusiasmos jacobinos de su juventud y que practicó una política de conciliación cuando volvió a subir al trono. El historiador se rodeó de las *Mémoires* del canciller Pasquier y de las obras de Alexis de Tocqueville para estudiar la vida política en Francia bajo la Restauración, y hasta de un documento de primera mano que comenta y del que traduce, para uso de sus lectores españoles, algunos pasajes: la Carta Constitucional de Luis XVIII, y subraya la importancia que tiene no sólo bajo su reinado sino hasta 1848. Luis XVIII, prudente y pragmático, no ejerció de hecho sino "una dulce tutela, cediendo al espíritu de la época y reconociendo que así lo exigían las necesidades de su reino".[63]

Se podría esperar de este mexicano un juicio severo respecto a Napoleón III, quien había hecho sufrir a su país. Pero no lo hay o, por lo menos, Reyes quiere protegerse de todo prejuicio parcial. Incluso el cronista que hay en él se siente inclinado a mostrar cierta indulgencia hacia ese segundo Imperio, "que sobre todo pecó por exceso de idealismo y de generosidad". Su rigor lo ejerce únicamente con Eugenia, de quien estigmatiza su gusto por lo teatral.[64] Napoleón III supo captar por un momento la corriente que arrastraba a la opinión pública francesa e identificarse con ella mejor que el propio Víctor Hugo, aislado en su isla. Trató de "saciar la vaga inquietud belicosa que se había apoderado del pueblo francés" después del Imperio. Pero la comprensión que Reyes manifiesta por este régimen proviene sobre todo de que, en la diplomacia, marca el retorno verdadero a las costumbres liberales: Luis Napoleón, en su política exterior de las nacionalidades, es un buen heredero de Napoleón y del idealismo de 1789, en oposición al absolutismo de Metternich, que dura hasta 1825 y sobrevive mucho tiempo después a través de algunas turbulencias.[65] Vio casi inmediatamente que la separación

[63] Sobre Luis XVIII, véanse "Los primeros pactos" y "Los caminos de la reacción", *ibid.*, pp. 54-57 y 126-128.

[64] "La guerra franco-prusiana (1870-1872)", *ibid.*, p. 289.

[65] En "Las ideas reinantes", "Efectos de la guerra de Grecia. Predominio de Rusia. Reformas inglesas (1832-1845)", "La guerra de Crimea", "Hacia la unidad italiana", *ibid.*, pp. 97, 176, 229 y 236.

de la Iglesia y del Estado era una medida sana y que había que poner fin a un poder excesivo del ejército y de la Iglesia, que se convierten en Estados dentro del Estado. El clero era además un muy mal administrador de sus bienes cuando lo dejaban buscar "el reino de los cielos en este mundo vil". En general se conoce bastante mal la opinión de Napoleón III sobre México en las décadas que precedieron a la Intervención. Por otra parte, don Alfonso afirma que, en 1836, el futuro emperador era uno de los pocos europeos que interpretaban con toda imparcialidad la situación en Texas.[66] Reyes admite evidentemente que es innegable la responsabilidad de Napoleón III ante la historia. Aquella "política de las naciones", al destruir el equilibrio que se había adquirido en 1815, conduciría rápidamente a la guerra.

Dejándose llevar por su entusiasmo de historiador y por su patriotismo, don Alfonso escribió entonces páginas intensas sobre la Intervención francesa en México. Es natural que juzgara inoportuno, en 1919, volver a hacer hincapié sobre el drama que había opuesto a los dos países y guardara esas páginas en sus archivos.[67] El análisis de la situación de Maximiliano revela una paradoja real. Liberal por naturaleza, se había convertido en el instrumento de los conservadores mexicanos, enemigos de la libertad.[68] Lo mismo que muchos de sus compatriotas, Reyes no sentía sino piedad por el rubio emperador y por Carlota. Como en todos los textos en los que aborda este tema, describe las visiones que conserva de su infancia, los soldados franceses que se quedaron en México, su matrimonio con hijas de la burguesía mexicana, las relaciones de amistad que se establecieron con los antiguos combatientes mexicanos. Dejando a un lado la historia de Europa, Reyes ofrece entonces su interpretación de la historia mexicana del siglo XIX, y nunca lo hará más libremente que en esas cuartillas que permanecieron tanto tiempo secretas. Es de una extrema dureza con Santa Anna, vano, atolondrado, verdadero "histrión".[69] Se oyen como un eco las opiniones que su padre profirió cuando evoca "su ignorancia absoluta de toda estrategia". Censura "la agitación monstruosa", los pronunciamientos, la anarquía que se había apoderado del país.[70] Aprueba en sus grandes lineamientos la Constitución de 1857 y el espíritu en que fue promulgada, "noble esfuerzo ideal". Desde su adolescencia, cuando le dedica sus primeros versos, su admiración por Benito Juárez y sus hombres no se había debilitado. De su plu-

[66] "Intervención napoleónica en México y sus antecedentes", texto inédito hasta su aparición en las *O.C.*, en 1957, t. V, p. 273.

[67] "Intervención napoleónica en México y sus antecedentes" y "La guerra franco-prusiana (1870-1872)", *O.C.*, t. V, pp. 273 y 283.

[68] Por anhelo de justicia, el historiador rinde homenaje al valor militar de algunos jefes conservadores como Miramón.

[69] "Farsante."

[70] En "Intervención napoleónica en México y sus antecedentes".

ma brotan las mismas imágenes que hacen alusión a su raza. Son "bronces simbólicos".

Napoleón III no supo ver más allá de "las engañosas perspectivas populares de su época". Después de muchas prórrogas, rechaza la "alianza perpetua" que le ofrecía Austria y Reyes descubre en aquellas vacilaciones y, después, en este repudio el germen de la guerra de 1914. Pese a su simpático idealismo, Napoleón III fue en definitiva un hombre de Estado nefasto. Ya instalado en el trono, se dejó llevar por el azar de sus inspiraciones oportunistas y contradictorias, lleno de ideas fantasiosas y poco razonables. Cometió graves errores. Autócrata liberal, su figura es singular y Reyes denuncia en él un peligroso modelo para América Latina, ya que todos los "aprendices de dictador" quedarán siempre maravillados por la facilidad con la que tomó el poder. A pesar de su tino intuitivo y de su relativa inteligencia política, Napoleón III siguió siendo un juguete en manos del temible Bismarck, personaje poderoso que desde hacía tiempo subyugaba a Reyes, Ortega y Gasset, Azorín y muchos otros pensadores, en España y en América Latina.[71] No es que Reyes sintiera simpatía alguna por el canciller alemán, tan parecido a aquellos perros guardianes que él mismo paseaba, pero esa "inteligencia rápida, ese espíritu eficaz", su patriotismo, su moderna concepción de los destinos europeos, lo obligaban a respetarlo.[72] Después de 1883, el Canciller de Hierro había actuado como un hombre asombrosamente avanzado para su tiempo.[73] Francia cayó en la trampa que le tendió; alentó sus "tentaciones coloniales" y, así satisfechos y ocupados, los franceses olvidaron el espíritu de revancha.[74] El imperialismo alemán era no tanto obra de Bismarck como de Guillermo II, con respecto al cual, no obstante, Reyes, preservado quizás por la distancia en que se hallaba respecto a París o por su carácter moderado, nunca desencadenó el odio ni las invectivas que contienen todas las manifestaciones de la opinión pública francesa de la época, hasta las de las mejores plumas.[75] Al filo de sus numerosas lecturas y de sus meditaciones, la guerra de 1914 le parecía, "lo mismo que a Paul Claudel", uno de los acontecimientos que escapan a la iniciativa y la voluntad de los hombres.[76] Algo muy dife-

[71] Ortega y Gasset, "Personas, obras, cosas", texto de 1916, *Obras completas*, t. I, p. 442.

[72] "Hacia la unidad alemana. Schleswig-Holstein", publicado el 18 de diciembre de 1919, *O.C.*, t. V, p. 251.

[73] "Después del Tratado de Berlín", texto de 1919, inédito hasta 1957, *O.C.*, t. V, página 323.

[74] "El sistema de las alianzas (1879-1883). La revolución diplomática (1894-1904-1907)", texto de 1919 inédito hasta 1957, *O.C.*, t. V, p. 313.

[75] Véanse, por ejemplo, las páginas llenas de lemas rencorosos de las *Méditations d'un solitaire en 1916*, de Léon Bloy.

[76] "La guerra francoprusiana (1870-1872)", *op. cit.*, p. 283.

rente había sido la guerra de 1870, deseada a la vez por Napoleón III y por Bismarck y que dio a este último la oportunidad de desplegar su arte político, su estrategia de buen jugador de ajedrez que sabe esperar. Algunos quisieran presentar la guerra de 1914 como una revancha. Reyes no acepta este punto de vista; se opone a la política patriotera, fantasiosa y peligrosa que fue la de Déroulède y del general Boulanger.[77] La derrota francesa de 1870 no fue debida a la falta de valor sino, ante todo, a una causa demográfica: la población aumentaba en Alemania en tanto que disminuía en una Francia más burguesa. El gobierno francés cargaba también con la pesada responsabilidad de haber dejado a sus ejércitos en la impreparación total, de haber puesto al frente de ellos a generales ineptos y de haber aceptado la construcción de vías férreas impropias para el transporte de tropas. Reyes compartía la opinión tan generalizada en América Latina sobre la superioridad del armamento alemán, los fusiles y la artillería.[78] Si bien Napoleón III fue rápidamente vencido, si "la Francia heroica" se debatió en una larga agonía, París únicamente se rindió después de innumerables demostraciones de valor. Los daños de guerra se pagaron mucho antes de los tres años estipulados y el ahorro de los franceses se puso al servicio del país; por una vez, un defecto mezquino se había transformado en virtud. Bismarck, pese a ser un político tan avezado, no había comprendido "estas virtudes ocultas" de Francia y se había equivocado acerca de los recursos de este espíritu de ahorro de los franceses y de su patriotismo.

El análisis de las condiciones de paz que se habían infligido a Francia tenía una candente actualidad en el momento en que los aliados preparaban el Tratado de Versalles. Reyes analizó cuidadosamente las exigencias de los vencedores, siguió muy de cerca la evolución de las transacciones y de las dificultades con que se iban a tropezar. No se suma al coro de los numerosos observadores que, en el extranjero y en especial en América Latina, encontraban inadmisible la actitud insolente de un Clemenceau respecto a los plenipotenciarios alemanes, representantes de un pueblo que se había batido con honor, y demasiado duras las cláusulas que les habían impuesto: "¡No maten a la gallina de los huevos de oro!"; pero trae a colación, no obstante, cómo la actitud de los vencedores, en 1815

[77] Reyes rechaza implícitamente el paralelo que algunos habían creído que se podía establecer entre el general Boulanger y el general Reyes; evoca, no obstante, las aclamaciones apasionadas de la multitud cuando desfiló en su caballo negro; el pueblo depositaba en él su esperanza, él personificaba verdaderamente a la patria y no a un partido político, puesto que no era ni de derecha ni de izquierda. Don Bernardo tampoco había sabido sacar partido de su extraordinaria popularidad en el momento oportuno, por respeto al orden, por disciplina. El general Boulanger también había huido al extranjero y, finalmente, se había suicidado. Véase "Después del Tratado de Berlín", texto escrito en 1919, que permaneció inédito hasta 1957, *O.C.*, t. V. p. 317.

[78] *Cf.* "La guerra francoprusiana...", *op. cit.*

y en 1870, fue más clemente con una Francia cuya responsabilidad había sido sin embargo inmensa en el transcurso de las guerras del Imperio. Con objeto incluso de salvaguardar la paz futura, parece invitar a los diplomáticos franceses a una mayor moderación y reflexión. Había llegado a esta conclusión —que era también la opinión de Ortega y Gasset— después de haber reflexionado mucho acerca de que la causa profunda de la guerra de 1914 había sido, por encima de todo, demográfica; se debió a "la asombrosa proliferación del pueblo alemán en la estrechez de sus fronteras". ¿Sería, pues, pertinente organizar la paz reduciendo aún más sus límites y privándola de los territorios coloniales en los que su popularidad y su comercio activo hallaban una salida? Reyes observa ya la industria alemana intacta y su fuerza de expansión, prevé el esfuerzo intenso que será capaz de hacer para implantarse o desarrollarse con nuevos derroteros en América Latina, por ejemplo, en detrimento de otras influencias, francesas o inglesas. "A la hora de la paz, comenta, después de la locura de las armas, se cae en la cuenta de que es más difícil resolver los problemas que enviar tropas al campo de batalla." Reyes espera que Clemenceau, "el clásico", y Wilson, "el romántico", puedan adoptar el buen método: no tanto mediante la discusión como mediante "la definición, el conocimiento, y esperan así que, lentamente, las necesidades mismas de un planteo los conduzcan a la convicción".[79] Ojalá nunca olviden que las soluciones diplomáticas han de ser "un modelo de tacto, de respeto igual para vencedores y vencidos".[80] Los textos que Reyes escribió en mayo de 1919 sobre los tratados de paz que se proyectaban nos parecen singularmente lúcidos y proféticos. La unidad alemana, dice, será siempre un peligro para Francia. Parece que el caos se instala en la Europa del Este y, de este lado, la paz sigue siendo más bien vaga. ¿No estarán tentadas Alemania y Rusia a aliarse contra los pequeños Estados de reciente formación? Tiene mucho recelo, que los acontecimientos desafortunadamente justificaron, respecto a Polonia y Checoslovaquia, débiles, mal armadas, de que caiga sobre ellas a partir de 1919 la venganza de Alemania. Como historiador lúcido y como diplomático sagaz, está también convencido de la precariedad de una Europa así reconstruida.[81]

Volviendo sobre la historia de Francia en las últimas décadas y a raíz de las conferencias pronunciadas en el Instituto Francés de Madrid por Ernest Denis, Reyes pensaba que este periodo podía sintetizarse en torno a algunos hombres de Estado, "obreros ilustres" de la Francia moderna. ¡Cómo envidia a Francia por haber tenido en el siglo XIX tantos políticos notables! Huelga decir que su intención y su elección son sumamente

[79] "El eterno diálogo", en *Aquellos días*, *O.C.*, t. III, p. 376.
[80] "La cuestión del Schleswig", en "Páginas adicionales", *O.C.*, t. IV, p. 490.
[81] "En torno al tratado de paz", en *Aquellos días*, *O.C.*, t. III, p. 388.

reveladoras de sus propias ideas y de su concepción de Francia.

Reyes elaboró cuidadosamente esta bella galería de siete retratos, de estilo conciso, enérgico, que fue publicada en *El Sol* en mayo de 1919 bajo el título general de "La Francia contemporánea". Estas figuras son las de Royer-Collard, Guizot, Lamartine, el "señor Thiers", Gambetta y Jules Ferry y, por último, Clemenceau. De cada uno de ellos, en esas páginas elaboradas con rigor pero sin monotonía, el autor estudia sucesivamente el momento político en el que entran en la historia y después su origen social o geográfico. Están representadas todas las clases: la gran burguesía con Royer-Collard y Guizot, la nobleza con Lamartine, la clase media con Thiers, el pueblo con Gambetta, así como las diferentes provincias: el Mediodía (Thiers), el este con Jules Ferry, etc. Pasa después a manifestar sus ideas políticas, su obra pública y, en particular, sus relaciones con el pueblo. Termina trazando en cada caso el perfil histórico que ofrecen a la posteridad.

Todos estos políticos eminentes, tan diferentes en muchos aspectos, tienen un rasgo en común: su ardiente amor por Francia. El orden cronológico no es en este caso el único importante. Entre estos hombres de Estado se da una cierta progresión y son cada vez más perfectos; su armonía con el pueblo francés resulta cada vez mayor. Reyes estudió con obvia simpatía los temperamentos reflexivos y equilibrados que fueron Royer-Collard y Guizot. Admira la nobleza y la gravedad de su carácter, el eclecticismo, el individualismo del primero, liberal, opuesto a todo despotismo pero partidario del orden en el gobierno.[82] Da ejemplo de una conciencia sin debilidad. Su sistema político era sólido y su obra digna de consideración. Guizot fue el verdadero creador de la educación pública en Francia. Pero don Alfonso lamenta que estos racionalistas no se hayan inclinado suficientemente a la acción. Además, su comunión con el pueblo no fue lo bastante profunda. A su severidad protestante o jansenista, al pesimismo desconfiado de Guizot, se opone el optimismo magnífico de los románticos. Reyes no niega el enriquecimiento insustituible, las perspectivas ampliamente abiertas que pudo ofrecer al país un vidente como Lamartine que, en un instante privilegiado, fue "el ídolo de Francia", ofreciendo así al mundo uno de los espectáculos más admirables que haya registrado la Historia.[83] "Vivió días incomparables y alcanzó el apogeo de la belleza humana." Pero los profetas son guías peligrosos. Y la democracia acariciada por Lamartine desembocó en el segundo Im-

[82] "La Francia contemporánea", en *Simpatías y diferencias, 5ª serie*, *O.C.*, t. IV, páginas 524 y 526.

[83] Reyes esboza un paralelo quizás inédito entre Lamartine y el presidente Wilson, ambos idealistas que confiaron en la gran justicia de las masas. Los dos abrieron la ventana de su despacho y pidieron al pueblo que participara en la discusión. Son "los optimistas de la política". Véase "El eterno diálogo", en *Aquellos días*, *O.C.*, t. III, p. 379.

perio, en la formación del Imperio germánico y en la derrota de 1870. En cambio, las diferentes generaciones de políticos que se sucedieron en el marco de la Francia moderna han permitido el acceso al poder de personalidades totalmente extraordinarias, sin restricción alguna. "El venerable Thiers" posee las cualidades y hasta las fallas leves y simpáticas del carácter francés tal como lo imaginaba Reyes: vivacidad, soltura, gracia sin afectación, simplicidad a la vez natural y calculada, abandono reflexivo, con un patriotismo un poco visionario que no excluye la desconfianza en las grandes palabras y el horror al énfasis.[84] Reyes alaba sin reservas estas dotes y su clarividencia política, su sentido de la organización, su eficacia. Rememora cómo este monárquico llegó poco a poco a ser republicano por espíritu de prudencia, porque "la república es el régimen que menos divide a los franceses". Si no se detiene en Gambetta es porque éste, fallecido prematuramente, no dio quizás toda la talla de su personalidad a la vez apasionada y reflexiva, generosa y ferviente sin fanatismo. No obstante, se nota su interés por este ser "no del todo francés, ni en su pronunciación, ni en su política oportunista".[85] Jules Ferry, intrépido y firme, representa a las desafortunadas provincias del este. De la enseñanza pública, tal como él la reorganizó, salió la generación de héroes de 1914. Reyes se deja ganar, lo cual es muy comprensible, por la euforia de los momentos de victoria y adopta un tono más grandilocuente para hablar de Clemenceau, síntesis de todas estas figuras admirables, político ideal para una nación en guerra: luchador, fue valeroso hasta la imprudencia; este oriundo de Vendée, testarudo, llegaba hasta las últimas consecuencias de su pensamiento y de su acción. Original, impulsivo, entusiasta, era también capaz de tomar rápidamente la decisión que exigieran las circunstancias. Tuvo la confianza del pueblo francés hasta el punto de encarnar, en el momento crucial, el alma de Francia.

Estas páginas esenciales son, pues, como la reflexión última de Reyes al término de todos sus estudios profundos de la historia francesa. Nos confirman su adhesión innata a las nociones de orden y de razón, el sentido común, tan cierto como que se identifica siempre un poco con los hombres a los que admira. Afloran netamente sus propias ideas políticas:

[84] "Su éxito [de Thiers] se debe, sobre todo, a que poseía, en grado notable, las características del temperamento francés, de la tradición francesa: vivacidad, facilidad, soltura, una gracia sin afectación, una sencillez a la vez natural y calculada, un abandono reflexivo. Desconfiaba de las grandes palabras, el énfasis le horrorizaba, y no hacía mucho caso de las teorías. Estimaba principalmente el buen sentido y el espíritu práctico... M. Thiers, como verdadero burgués de Francia, tenía un patriotismo exaltado, con sus puntas de 'patrioterismo', y nadie adivinó mejor que él los riesgos de la fantástica política de Napoleón III". *Ibid.*, p. 529.

[85] "Después de la guerra francoprusiana, consideraciones generales", texto inédito hasta 1957, *O.C.*, t. V, p. 295.

tiende a la disciplina sin despotismo, lo que se traducirá, según las naciones o las circunstancias, en una monarquía liberal o en una república bien organizada. El sufragio universal le parece, sin lugar a equívocos, "el arma soberana de la democracia, una conquista de la época moderna respecto a la cual no es posible retroceder".

El hecho de que haya consagrado a las glorias de Francia estos últimos trabajos sobre la historia francesa tiene un significado más. Francia es la patria de los grandes hombres y de las élites. En oposición, a lo largo de todo el siglo XIX, la actitud del pueblo francés parece menos loable. La multitud, en efecto, a través de los rápidos cambios de régimen que conoció Francia, se volvió especialmente silenciosa, pusilánime, floja, ingrata u oportunista. Reyes no oculta que su extraordinaria versatilidad, en la Revolución y después en el Imperio y en la Restauración, asombró y decepcionó al mundo entero. Se adhirió sin vergüenza a las causas triunfantes y abucheó al héroe vencido. Después de Waterloo, la hostilidad contra Napoleón era tan grande en las provincias que tenía que viajar disfrazado. En varias ocasiones la población parisiense no se manifestó menos sensible a la propaganda.[86] La prensa francesa se ha manifestado venal con frecuencia y mostró de lo que era capaz en indignidad cuando dio un giro espectacular en el momento en que regresó Luis XVIII. "Los periódicos, que todavía el 30 de marzo juraban lealtad al Emperador, callaron el día 31, y el 1° de abril lanzaron denuestos contra el 'tirano y usurpador', elogiando de paso a los Borbones, tan injustamente olvidados".[87] Reyes medita sobre el hecho de que un hombre tan cínico como Talleyrand haya sabido maniobrar a su antojo a la opinión pública y a los poderes constituidos. Los desfiles de la victoria, las manifestaciones públicas muchas veces fueron preparados y amañados como la puesta en escena de una comedia en la que el hombre de la calle se hubiera dejado atrapar.[88] El pueblo francés había llegado incluso al extremo de carecer por completo de dignidad y de patriotismo frente al extranjero. Los grabados de la época muestran cómo los parisienses asistie-

[86] "Todavía en la plaza de la Grève se oía gritar: '¡Viva Bonaparte!' Pero pronto las insignias y los pañuelos blancos empezaron a esparcirse de uno en otro barrio. Los grupos monárquicos que cabalgaban por las calles no eran muy numerosos, pero contaban con los aliados y, además, con el silencio, la pasividad o el desconcierto de la población." "El caso de Napoleón", en *Historia de un siglo*, *O.C.*, t. V, p. 37.

[87] *Ibid.*, p. 41.

[88] "El 31 de marzo de 1814, a mediodía, las fuerzas aliadas entraron en París y, a lo largo de los bulevares, se encaminaron hacia Campos-Elíseos, en alarde de gallardía y apostura, para que apreciaran todos que no estaban anquilosadas, como lo pretendían todavía la víspera los boletines imperiales. El prusiano Yorck, a cuyas tropas correspondió el mayor peso de la campaña, y cuyos hombres realmente parecían sucios y harapientos, se abstuvo de participar en el desfile para no deslucirlo... Por todo el camino, procuraban que las aclamaciones a los monarcas ruso y prusiano se mezclaran con sus vítores a los Borbones." *Ibid.*, p. 38.

ron, en gran número y llenos de curiosidad, a la entrada de los ejércitos enemigos en su ciudad. ¡Platicaban amigablemente con las tropas rusas que acampaban en las plazas! De este modo, parece que se estableciera en el espíritu del escritor, entre la pasividad de los franceses a través de su historia y el carácter firme y el patriotismo de la multitud española, una comparación que no siempre es ventajosa para los franceses. ¿No es cierto que España ha sido salvada por su pueblo en múltiples ocasiones y, en particular, cuando el emperador de los franceses quiso dominarla, en el momento en que todas sus élites intelectuales y artísticas se habían dejado trastornar por el invasor? Reyes se siente cada vez más cerca del pueblo español: toma partido por su miseria de todo corazón. A Francia la admira con toda su inteligencia porque es la patria de grandes escritores y de los más notables hombres de Estado.

# VIII. LA POSGUERRA (1919-1924)

La suma de artículos destinados a la prensa española o mexicana era enorme. A pesar de cierto "placer deportivo" que sentía, "como el Cid", en ganarse la vida, Reyes empezaba a sentir hastío por el periodismo. Cada día se daba más cuenta de sus inconvenientes y limitaciones, tal vez debido a sinsabores de los que no estamos muy al corriente. Uno estaba más o menos obligado a "vender el alma". Muchas veces el periodista tenía que contentarse con "poner música a la actualidad" en vez de analizarla a fondo. Por el mayor de los azares, Ortega suprimió la página de "Historia y Geografía" de *El Sol* a partir del 18 de diciembre de 1919, poniendo así fin a lo que Reyes empezaba a llamar "su trabajo forzado". En aquel mismo momento, don Alfonso fue incorporado a una comisión histórica mexicana en dificultades por Europa. El historiador Francisco del Paso y Troncoso había sido enviado oficialmente por el gobierno mexicano para que reuniera documentos sobre la historia mexicana, pero lo había sorprendido la muerte en Italia en 1916, cuando ya había recolectado, pero todavía no clasificado, un importante material. Reyes colaboró con Artemio de Valle-Arizpe, segundo secretario de la legación, y con su amigo Urbina para hacer traer desde Italia esas cajas llenas de valiosos papeles, ponerlas a resguardo y proceder a un primer inventario bajo la dirección de don Francisco de Icaza.

Alfonso había estrechado sus relaciones desde hacía algún tiempo con la legación mexicana en Madrid, a la que había llegado su buen amigo Luis G. Urbina, sucesor de Amado Nervo. También había entablado relación con el ministro Eliseo Arredondo y había participado en la elaboración del volumen que la legación de Madrid publicó para conmemorar el Día de la Raza en 1919.[1] Ya vimos que había reanudado su correspondencia con sus amigos del Ateneo. En 1917, su libro *El suicida* fue considerado por éstos el mejor producto del movimiento. A finales de 1918, fue elegido miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua Española. Súbitamente, en México se precipitaron los acontecimientos con la huida y después la muerte de Carranza. El ministro Arredondo, indignado, cerró la legación y regresó a México, dejando el cuidado de los archivos a un joven segundo secretario, Antonio Mediz

[1] *Lírica mexicana*, selección de poemas mexicanos.

Bolio. Las cartas que Reyes recibía de sus amigos transmitían la impresión general de libertad que se difundía con la partida de Carranza. ¡Por fin se podía respirar sin restricciones! "La actividad era enorme y cundía un gran brote de 'mexicanismo'."[2] En México, el compañero de Reyes, José Vasconcelos, con quien siempre lo vinculó una profunda amistad, fiel aunque tormentosa, estaba a cargo del ministerio de Educación Pública. Por sugerencia suya, Reyes fue propuesto para una subsecretaría de Estado en el gobierno de Obregón, tal vez la de Bellas Artes; en su defecto, se le ofrecía la integración al cuerpo diplomático, ya que todos los puestos estaban vacantes pues había que renovar por completo los altos cargos del Estado.[3] Reyes optó deliberadamente por esta segunda solución después de una sensata reflexión. No veía todavía con claridad cuál iba a ser su futuro, pero según era ya su costumbre, empleó el método de la eliminación, del descarte, del deslinde. Sentía que no había nacido para la enseñanza y lo atraía todavía menos una vida consagrada a la erudición y a la bibliografía. La literatura "de creación" lo tentaba cada día más. Foulché-Delbosc era consciente de esta evolución y le hacía bromas con gracia en sus cartas, quizás con algo de pesar. En la diplomacia podría con seguridad ser útil a su país. Sus recientes trabajos históricos lo habían conducido al estudio de los grandes problemas internacionales y había llevado a cabo un esfuerzo muy eficaz para abarcar en su conjunto las cuestiones más complicadas o las situaciones delicadas, la cuestión turca o el sionismo. Sus diferentes artículos sobre la política mexicana son prueba de que se había mantenido al corriente de las enormes dificultades en las que México se debatía. Con su cultura diplomática y este profundo conocimiento de los problemas actuales de su patria, ¿qué mexicano más apto que él para representar a su país a través de los arduos obstáculos de la posguerra? Sus numerosas relaciones en Madrid, su experiencia directa del medio político español podían contribuir eficazmente a las relaciones entre las dos naciones.[4] Era muy cierto que en el momento en que se desplegaba el lujo de los "nuevos ricos" en un mundo por reconstruir, elegir "la carrera" no era el mejor medio para hacer fortuna. Pero Reyes, a los treinta y un años, despreciaba ya enérgicamente "a los que se quieren enriquecer a cualquier precio". Al menos esta profesión le permitía eliminar "el problema económico", acabar con "la odiosa pobreza, uno de los peores enemigos del alma". Pero su actividad de hombre de letras seguía siendo para él su vocación esencial y

[2] Véase la carta de Pedro Henríquez Ureña a Reyes, citada por Louis Panabiére, t. II, p. 155.

[3] *Cf.* Vasconcelos, *Obras completas*, t. I, p. 1205, y la correspondencia Reyes-Vasconcelos conservada en la Capilla Alfonsina.

[4] Véase la carta de Reyes a Vasconcelos del 26 de junio de 1920, en la Capilla Alfonsina.

verdadera, "¡oh, Claudel!" No pretendía de ninguna manera ser "un escritor aficionado". Más allá de la diplomacia, ¿entreveía una carrera política? Vasconcelos, ministro, le pedía ayuda como al único de su generación del Ateneo capaz de darle un buen apoyo. La correspondencia entre ellos pone de manifiesto que Reyes estuvo a punto de dejarse convencer. Pero reclamaba garantías poco compatibles con la aventura política. Y sobre todo, no se le llegó a hacer ninguna solicitud más precisa. El pasado familiar y también la actitud de su hermano todavía pesaban sobre él.

El 10 de junio de 1920, Alfonso Reyes fue reintegrado a su cargo de segundo secretario y destinado a la legación de Madrid. Sus finanzas siguieron siendo de lo más modestas. Su amigo Urbina, quien se había separado voluntariamente de la legación a la caída de Carranza, le cedió el traje de gala que había adquirido hacía tiempo en Francia. Levita, bordada con espigas y florecillas, y capa fueron ajustadas a las medidas de Alfonso sin demasiada dificultad.[5] Recuperó igualmente de Eliseo Arredondo su antiguo sable.

Se inició así para Reyes una nueva etapa de su vida madrileña, sumamente feliz. A la seguridad material se agregaba la convicción de ser útil a México y la posibilidad, por sus viajes, por otras amistades, por sus lecturas, de ayudar a la creación de un mundo más moderno, en expansión, en la Francia de la posguerra, con múltiples y nuevas tendencias.

## En Burdeos con Azorín

A principios del verano de 1919, Azorín, subsecretario de Educación Pública y de Bellas Artes, había sido designado para acompañar una exposición de obras de arte y de cuadros españoles en Burdeos. En el entusiasmo de haber recobrado la paz, era el gran momento del acercamiento entre los pueblos. En Madrid se habían sucedido las exposiciones de pintura francesa y España devolvió el cumplido, primero en París y después en provincia. Burdeos, capital del centro-oeste de Francia, por tantos vínculos unida a España, era la más indicada para ser una de las ciudades que recibiera esas manifestaciones de la amistad franco-española.[6]

Con tal motivo, Azorín tenía que pronunciar algunas alocuciones. Se le pidió también que escogiera a alguna personalidad capaz de acompañarlo en el curso del viaje y que pudiera hablar en Burdeos de las artes

[5] Reyes viste esta indumentaria en la fotografía que se reproduce en la edición de la *Correspondance Larbaud-Reyes*.

[6] El profesor Georges Cirot, de la Universidad de Burdeos, había sido designado, así como Henri Mérimée, de Toulouse, para participar en el animado congreso de la *Semaine Espagnole* de París. Por su parte, España había enviado a Américo Castro.

y las letras españolas. Se puede tener una medida del aislamiento de Azorín, escritor y ministro conservador, en los medios literarios madrileños, en los que predominaban los liberales: se vio en tales apuros para designar a un colaborador que se dirigió a Reyes, de nacionalidad mexicana, para que representara a España oficialmente.[7] Esto significaba darle muestras de amistad y de confianza, decirle expresamente que era considerado por los intelectuales españoles como uno de los suyos y que tanto su actitud como su actividad personal habían sido apreciadas por los francófilos madrileños. Reyes aceptó con entusiasmo y se sintió muy honrado y feliz de la ocasión que se le ofrecía de hablar de España y, por supuesto, encantado de volver a Francia.

A Azorín y Reyes les fueron encomendadas para la exposición obras de primerísima importancia, varios tapices de Goya, cuatro cartones de El Prado y diecisiete magníficos cuadros del maestro.[8] Se pusieron en camino el 27 de junio. El viaje, en compañía del cultivado conversador y del perfecto amigo que era Azorín, fue delicioso y Reyes nunca olvidó los menores detalles. Cada tarde enviaba a *El Sol* un artículo en el que contaba su jornada; aquellas catorce páginas llenas de interés y de vida fueron reunidas en seguida bajo el título "De servicio en Burdeos".[9] Azorín anunciaba a su compañero los cambios de atmósfera al pasar de una provincia a otra, los ruidos de la locomotora, diferentes según los terrenos. Para mejor comentar el espectáculo que se desplegaba ante sus ojos, citaba a Gautier o a Hugo, de la misma manera que, para explicar el alma española, le gustaba referirse a Barrès. "Eso divierte mucho a Baroja...", le confiaba a Reyes. Y le contaba también que Pío Baroja, a pesar de hacer alarde de opiniones germanófilas, iba con frecuencia a Francia para observar el comportamiento de sus habitantes en su vida cotidiana. A consecuencia de esas excursiones, los dos viejos amigos emprendieron interminables discusiones.

Al pasar la frontera, Azorín había "matado" la expresión de su rostro, lo cual en él, explica Reyes, era señal de la más vívida emoción.[10] En la primera comida que hicieron en Francia, Azorín pidió agua de Vittel: el hombre que aparecía en la etiqueta se parecía a Sainte-Beuve y la divisa bien podía haber salido de la pluma del gran crítico: "Quien se me acerca, se pica..." A su llegada a Burdeos, los viajeros fueron recibidos oficialmente y se dirigieron de inmediato a buscar los manuscri-

[7] "Historia documental de mis libros", *Revista de la Universidad de México*, mayo de 1956.

[8] En su aspecto técnico, la exposición había sido preparada por Gonzalo Bilbao, artista célebre y gran amigo de Francia. El mismo había formado parte de la delegación española oficial que había visitado Verdún.

[9] En *Las Vísperas de España, O.C.*, t. II, p. 215.

[10] *Ibid.*, p. 216.

tos de Montaigne en la biblioteca municipal. Era el 28 de junio, día histórico en que Francia iba a firmar el tratado de paz. Reyes estaba extraordinariamente feliz de encontrarse en este país en día tan esperado, él que había presenciado los primeros días de la guerra. "Este gran día me parece que, de no pasarlo en París, hay que pasarlo en Burdeos, segundo corazón de Francia."[11]

La ciudad estaba de fiesta, engalanada, rebosante de cantos.[12] A las cuatro de la tarde, salvas de artillería marcaron la firma de la paz, minuto solemne que Reyes vivió junto al alcalde de Burdeos. Todas las tiendas cerraron. En la tarde, vio pasar por las animadas calles el desfile con antorchas al son de los clarines. Los soldados agitaban linternas venecianas. También hubo desfile de tropas bajo el resplandor de los fuegos de Bengala por encima del Gran Teatro. Los niños lanzaban gritos patrióticos y don Alfonso pensaba que muchos de los ancianos que asistían a esas celebraciones habían conocido 1870. La idea de la revancha, por discreta que fuera, calaba a pesar de todo, atemperada por el recuerdo de tantos muertos. En su análisis sutil, el escritor mexicano trata de extraer los sentimientos disimulados bajo las manifestaciones exteriores y convencionales de la alegría popular. Azorín y Reyes contemplaban algo asombrados el desarrollo de ese entusiasmo que se mantenía mesurado. Nada de desbordamientos, el buen humor no rebasaba el de un día de vacaciones. No era el tumulto que se hubiera podido formar en España, ni el terrible alborozo que don Alfonso había vivido en México en las fiestas nacionales del 16 de septiembre. La visión de aquella multitud se superponía en él a otras evocaciones: las huelgas españolas de 1917 y la imagen más dolorosa todavía de la revolución en su país. ¿Cómo explicar la relativa sensatez del pueblo francés? Y Reyes escuchó a Azorín citándole esta frase de Montaigne: "El goce profundo tiene más de severidad que de alegría."[13]

A través de la muchedumbre francesa circulaban estudiantinas de norteamericanos con sus canciones. Para expresar su reconocimiento, Francia había invitado, en efecto, a cuatrocientos estudiantes norteamericanos a una estancia de algunos meses en Burdeos. Reyes siguió encontrándose con ellos en los días siguientes en el transcurso de las diversas ceremonias y asistió en especial al banquete que les ofreció el consejo municipal.[14] Treinta y siete años después, hizo uso de la fotogra-

[11] "La paz", *ibid.*, p. 217.

[12] "...aquella clásica alegría bordelesa que tanto se parece al sol. Alegría del buen vino, de los buenos libros..." "Montaigne y la mujer", en *El cazador*, *O.C.*, t. III, p. 172.

[13] *Essais*, libro II, capítulo XX, Pléiade, p. 655. *Cf.* Reyes: "El goce profundo tiene más de severidad que de alegría", "La Paz", *O.C.*, t. II, p. 218.

[14] *Cf.* el artículo de G. Cirot. "El 28 de junio pasado, hacia las 4 de la mañana, trescientos militares americanos que habían seguido durante cuatro meses los cursos de la Uni-

fía que se tomó con ocasión de esta reunión para ilustrar "Historia documental de mis libros", en la *Revista de la Universidad de México*:[15] apenas se puede distinguir a Reyes y a Azorín entre muchos sombreros de hongo y algunos quepis de oficiales superiores franceses. En el banquete, el ambiente fue de fraternidad y alegría. Don Alfonso aprovechó para escribir un bello artículo salpicado de retratos que se creerían trazados a la punta seca, rayando en la caricatura, arte que él admiraba tanto: el del alcalde de Burdeos; el del presidente de la Cámara de Comercio, Gaustier; el del profesor norteamericano Armstrong, de la Universidad de Princeton. Este último era "alto y delgado, con el pecho hundido, un pequeño bigote recortado y anteojos de montura redonda y dorada". Hablaba un francés lleno de precauciones, era amable y risueño, "un poco predicador". Dice que norteamericanos y franceses habían aprendido a conocerse: "no todos los franceses eran frívolos, no todos los norteamericanos eran acróbatas". No obstante, agrega Reyes, el profesor Armstrong tenía precisamente algo de acrobático pues hablaba mucho, mucho. El alcalde tenía una barbita muy puntiaguda, "muy francesa". Era moreno, de mirada penetrante y, bajo el soporte de sus quevedos, había un espacio exangüe que separaba sus dos ojos. El señor Gaustier, barba de profeta, hablaba con la misma soltura el francés que el inglés. Su mesa tenía renombre europeo. Reyes tuvo la impresión de participar en uno de los banquetes más sabrosos de Francia. Después de aquellos ágapes, había danzas antiguas. Azorín y Reyes se complacían en repetir los títulos: *gavotte, menuet, tambourin*. Cierto que tenían en cuenta la finura de los pies, los ramilletes de rostros, pero les parecía que aquellas danzas rayaban en lo insulso y la afectación. Apreciaban mucho más el vigor del folklore español.

A don Alfonso le sorprendió el dinamismo de aquellos norteamericanos —en el lapso de cuatro meses habían asistido a una enorme cantidad de clases y habían fundado un periódico humorístico—, su *fair-*

versidad de Burdeos...se reunieron para una fiesta de despedida... Entre ellos se encontraban un secretario de Estado español y un publicista mexicano cuya presencia hubiera podido parecer inexplicable a primera vista. El lugar que ocupaban en medio de esa fiesta entre aliados era, sin embargo, perfectamente indicado. El publicista mexicano era el señor Alfonso Reyes, que acababa de impartir dos conferencias a propósito de la exposición de Goya y que forma parte del grupo del Centro de Estudios Históricos en el que Francia no cuenta sino con amigos. El secretario de Estado no era otro que el señor José Martínez Ruiz, el ilustre Azorín, ardiente defensor del punto de vista aliado en el germanófilo, o por lo menos sospechoso, *A.B.C.*, el autor de *Entre España y Francia (Páginas de un francófilo)* el amigo en los días difíciles, uno de los escritores españoles a los que debemos el mayor reconocimiento por su actitud durante la guerra, uno de los que más han compartido nuestras angustias sin jamás desesperar de nuestro triunfo, uno de los que más derecho tenían en consecuencia a participar personalmente en nuestra alegría..." *Bulletin Hispanique*, Burdeos, 4ª serie, 1918.

[15] *Revista de la Universidad de México*, mayo de 1956.

*play* y su franqueza. Al llegar a su país se proponían hablar de Francia sin rodeos, de sus cualidades y de sus defectos. Eran muy deportistas: en las universidades norteamericanas el atletismo era aquella gran novedad que tanto iba a asombrar a Paul Morand. Conversando con ellos, Reyes reconoció muy pronto una mentalidad algo rudimentaria, un gusto incierto: empleaban demasiados superlativos y admiraban obras muy mediocres. Se encontró con ellos otro día en el vestíbulo de la Facultad. Eran los exámenes del bachillerato. Muchos jóvenes franceses comentaban las pruebas. Los temas le parecieron tradicionales, los jóvenes bachilleres sólo se ocupaban del teatro de Racine o de la geografía de sus provincias. Los exámenes estaban rodeados de supersticiones o de ritos medievales. Nada parecía haber cambiado desde antes de la guerra o incluso desde el siglo XIX. Azorín y Reyes comparaban a aquellos jóvenes con los estudiantes norteamericanos, tan diferentes, pese a la fraternidad de las armas. Además, los grupos no se mezclaban, colocados a uno y otro lado de la tumba de Montaigne. Don Alfonso descubría que tenía conocidos comunes con los profesores norteamericanos: los españoles que el Centro de Estudios Históricos enviaba a los Estados Unidos para enseñar español. Hablaron también de Federico de Onís.

Reyes apreció el encanto de Burdeos, hasta bajo la fina llovizna. La ciudad, toda engalanada, parecía un inmenso navío. La calzada mojada era como un puente barrido por el mar y la alegoría continuaba con los gritos de los vendedores de periódicos, tan alegres como las pláticas de los marineros, y las bocinas de los coches, que hacían pensar en las sirenas de maniobras. El escritor mexicano traza un cuadro luminoso de Burdeos a pesar de la lluvia.[16] La ciudad daba una impresión de espacio, de apertura, que complacía a este americano habituado a los grandes horizontes y a un urbanismo ancestralmente amplio. De nuevo como americano, lo maravillaban los monumentos antiguos. Con el rector Thamin, visitó los anfiteatros romanos —el Palacio Gallien— y las iglesias de los primeros tiempos de la era cristiana. Después se sintió transportado a plena Edad Media; las monumentales puertas eran frontispicios de novelas de caballerías o de libros de historia. Después de las dimensiones desmesuradas de las iglesias góticas, los monumentos del siglo XVIII bordelés volvían a tener proporciones más justas, concebidos a escala humana como lo quería la época. Aquella tarde el artículo de Reyes parecía más bien un poema que pintaba la ciudad de color carbón y plata, o a veces acero.[17]

[16] "Y Burdeos, como un gran barco salpicado de olas, deja ondear, al aire, las banderas de sus edificios. De pronto, en la fresca ráfaga del viento, la calle misma es un ancho puente de navío; los pregones de los vendedores, charla marinera; la bocina del auto, un toque de maniobra. Y sale de mí, confusamente, el impulso de desplegar la vela.—Ondean las banderas." "Piedras", *O.C.*, t. II, p. 220.

[17] *Ibid.*

Nuestros viajeros querían ver tantas cosas que les faltó tiempo. Azorín prefería pasearse por el mercado para escuchar "el buen francés del pueblo". Pero sólo pudieron disponer de unos cuantos minutos antes de la inauguración de la exposición para ello. Reyes conservaba la visión insólita de Azorín, paseándose con levita y sombrero de copa entre las canastas de verduras: seco y distinguido, tenía el aire de un escandinavo o de un inglés. Pero las vendedoras del mercado no se equivocaban: se dirigían a ellos en un español correcto y Azorín estaba decepcionado: "En Burdeos, decía, se podría si acaso aprender el español, pero no el francés". Don Alfonso volvía a escuchar divertido aquel acento de Burdeos y lo oponía en su memoria nostálgica al acento rápido y contraído de París. Tuvo una conversación con un periodista de *La Petite Gironde* hablando él español en tanto que el otro hablaba *patois*. Saboreaba los nombres al paso: M. Capeaudeau, M. Caudebon, M. Bouchon, Henriette y Madelon.

Como sabía que sus lectores eran aficionados a las especialidades francesas, en sus artículos describe minuciosamente sus recuerdos de los restaurantes bordeleses. En primer lugar, siempre enamorado del francés, le gustan los nombres que tienen: Chez Dupré, La Perdrix, Le Chapon Fin. Uno era muy pequeño, con las mesas muy cerca unas de otras, pero en medio del ruido y del desorden, el recibimiento y la atención eran buenos y el servicio también. Otro era tres veces más caro sin que esto significara que fuera mejor. En cuanto a Le Chapon Fin, era un establecimiento de reputación, con precios respetables, pero Reyes quedó perplejo de su decoración, que pretendía evocar una gruta submarina. Reconocía algunas de las primeras impresiones que había tenido en París: las enormes hogazas de pan, los quesillos del postre, que además le daban la oportunidad de mostrarse amable con su vecina de mesa ofreciéndole azúcar en polvo; nuestros viajeros llevaban con ellos azúcar de España, pues no ignoraban que en Francia imperaba el régimen de la sacarina.

Lo mismo que en París, las mujeres del pueblo, las sirvientas del restaurante le parecían feas, ya fueran menudas o grandes, rubias o morenas. Pero era una fealdad simpática, eran bondadosas y risueñas y de ojos vivos e inteligentes. Trabajaban con rapidez y precisión y rodeaban a los clientes de atentos cuidados como si fueran niños enfermos, dándoles palmaditas en la espalda o acariciándoles los hombros. Naturalmente, el verdadero héroe de aquellas comidas bordelesas era el vino.[18] Con más pericia que en su primera estancia, el mexicano observaba a los catadores

[18] Al pasar cerca de Château Lafite, improvisó una divertida copla en honor del famoso vino ("Vino tinto"): "Fui general de airón y charretera / tizón de amores y trueno de alarmas / lancé estentóreo por la carretera / frente a Château Lafite / Presenten...armas". *O.C.*, t. X, p. 369.

que, cuando degustaban una cosecha, se hacían indicar "su bibliografía": nombres, fechas, etc. Y este bebedor de agua hervida empezó a aprender a catar el buen vino. Había que abandonar, por supuesto, la costumbre española de *boire à la régalade*[19] y, sobre todo, no hacer como los ingleses, que cataban el vino en el fondo del paladar. Un buen catador tenía que oler el aroma del vino en primer lugar y después beberlo con la punta de la lengua. Llegado a la treintena y con predisposición a una notable gordura, Reyes empezó a apreciar por sí mismo este aspecto tan célebre de Francia que en el París de sus veinticinco años únicamente había entrevisto. La gastronomía francesa, es un tema importante en su obra desde que piensa en escribir *Minuta* y concibe sus *Memorias de cocina y de bodega*.[20] Fue en el transcurso de una de aquellas cenas cuando conoció a una gran dama de la sociedad bordelesa que era "la capitana del feminismo" en Burdeos. Esas adeptas de la liberación de la mujer "pretendían negar todos los viejos convencionalismos", dice Reyes. Repartían su dirección, concertaban citas con hombres. Todo un nuevo vocabulario hacía su aparición: se decía, por ejemplo, ¡una oratriz! La dama interrogó a don Alfonso sobre el feminismo en España y en América Latina. Desconcertado ante un problema que desconocía, pues el feminismo no había franqueado los Pirineos, no encontró otra respuesta que lugares comunes de los que la dama se apresuró muy tontamente a tomar nota. Fue receptivo a la actitud del francés que los acompañaba, quien aprovechó la ocasión para hacer un cumplido a la dama.[21]

La exposición española se instaló en el Pabellón de Arte Moderno y fue anunciada con tapices que tenían el león en el centro y banderas rojas y doradas. Una delicada atención de los jardineros de la ciudad fue un bello arriate de flores con los colores españoles frente a la entrada. Los días 3 y 4 de julio, Reyes pronunció dos conferencias en español en el Anfiteatro Montaigne de la Facultad de Letras.[22] Tuvo la precaución

[19] En francés en el texto de Reyes.

[20] Véase también en *Quince presencias*, p. 42.

[21] "En vez de ser vuestros esclavos, seremos vuestros iguales." Pero es quizá un cumplido muy manido. Véase "Magia y feminismo", *O.C.*, t. II, p. 231.

[22] El profesor Cirot consagró una *Crónica* a estas conferencias en el *Bulletin Hispanique* de Burdeos, 4ª serie, 1919: "Las conferencias del señor Alfonso Reyes sobre Goya fueron impartidas en la Facultad de Letras, una bajo el patrocinio de la Academia Nacional de Letras, Ciencias y Artes de Burdeos, la otra bajo el de la Universidad. La presidencia del señor Maxwell, procurador general, presidente de la Academia Nacional de Letras..., por una parte, y del señor Thamin, rector de la Universidad de Burdeos, por la otra, era prueba suficiente del recibimiento que nuestra ciudad quería ofrecer al conferenciante que el gobierno español enviara para esa ocasión. El señor Reyes, quien habla tan admirablemente el francés como el español, ha dado muestras de gran presencia de ánimo, capaz de hacer comprender a un pintor genial como es Goya y de ofrecer a cada uno de los escritores contemporáneos una palma proporcionada a su mérito y a su grandeza, distribución que no ha sido el mérito menor de sus dos conferencias. Sería deseable que ambas fueran publicadas".

de que fueran precedidas por un breve resumen en francés, pero observó con dicha que su auditorio seguía muy bien su castellano. Una de las conferencias trataba de Goya y la otra de la literatura española contemporánea. Desafortunadamente no poseemos los textos de estas conferencias: "Desaparecieron como si se las hubiera llevado el viento", dice él mismo, y a pesar de todas nuestras búsquedas en Burdeos, en la prensa erudita, universitaria o diaria, no pudimos encontrar ni resúmenes ni citas. Reyes conservó el esquema de una de ellas, tal vez la dedicada a Goya. Cuando abandonó definitivamente Francia en 1927 se la envió a Ernest Martinenche "para que hiciera lo que juzgara conveniente". Pero el documento no apareció en la *Revue de l'Amérique Latine*. ¿Lo conservó su director o lo guardó Charles Lesca en los archivos de la revista? Que sepamos, no existe un fondo Martinenche y no pudimos averiguar si se conservaron los papeles de Charles Lesca después de su muerte. De todas maneras, los artículos que Reyes envió desde Burdeos a *El Sol* están llenos de alusiones a Goya y pueden darnos una idea de la conferencia que pronunció el escritor, de la que son con seguridad el eco.[23] Podemos encontrar también rastros de las numerosas conversaciones que tuvo entonces con artistas bordeleses a raíz de la inauguración de la exposición española. Antes de emprender el viaje, se preparó con sumo cuidado para llegar a Burdeos "como viajero experimentado". Había recorrido los vínculos existentes entre la capital girondina y España. Había investigado la historia de los españoles que se refugiaron en ella, entre los que se contaban Goya y el abate Marchena, los más ilustres, y también había averiguado la historia de los latinoamericanos que habían vivido en la ciudad. El que le interesaba más de ellos era fray Servando Teresa de Mier, mexicano y originario de Monterrey como Reyes. Cuando les comunicó su interés por Goya y por Marchena, los artistas bordeleses le ofrecieron conducirlo de inmediato a "la verdadera casa que habitó Goya y en la que se encontraba un pretendido retrato del viejo abate". Reyes llegó acompañado por ellos a un viejo y pequeño palacete en el que el pintor español seguramente no había vivido nunca. Pero encima de una cama estaba el retrato de un cura, que no era el abate Marchena. Pronto se convenció —no sin una fugaz melancolía— de que aquellos incorregibles franceses lo habían llevado simplemente a la calle de la iglesia de Saint-Seurin para escuchar a Renée y Hermine, matronas de la casa, cantar "Le Petit Bicot de Montparno".[24]

[23] En las notas que volvió a redactar para la publicación del tomo II de sus *O.C.*, en 1956, Reyes dice expresamente que "los cuatro últimos fragmentos [de "De servicio en Burdeos"] proceden de las conferencias" que impartió el 3 y 4 de julio de 1919 en la Universidad de Burdeos. *O.C.*, t. II, p. 268.

[24] Reyes dio a tres de sus artículos consagrados y a sus investigaciones bordelesas sendos títulos paralelos: "En busca de Goya", "En busca de Marchena", "En busca del padre Mier, nuestro paisano", *Ibid.*, pp. 235, 240 y 242, respectivamente.

Con un mejor guía, el libro de Berueta, Reyes caminó solo por Burdeos en busca de Goya. En el Cours de l'Intendence, fue a ver la casa, distinguida con una placa conmemorativa, en la que Goya había muerto el 16 de abril de 1825 con la alegría de haber vuelto a ver a su hijo unos días. Se lo imaginaba paseándose por aquellas calles con su levita, su pechera blanca y su sombrero bolívar, cuando acudía a la chocolatería Braulio Poc, en la rue de la Petite Taupe, donde tenía lugar la tertulia de los emigrados españoles. Comprendía entonces por qué el artista se había aclimatado tan pronto a aquella ciudad: la parte antigua, el campo, el clima, la buena comida, todo era placentero. Antes de su partida Reyes había leído la correspondencia de Moratín, también emigrado en Burdeos, en la que mencionaba con frecuencia sus encuentros con Goya. A Moratín le parecía muy frágil el anciano pintor para emprender sin cesar aquellas idas y venidas entre el sudoeste francés, París y España. Sensible a los problemas del exilio, don Alfonso trataba de explicarse la incomprensible partida voluntaria del artista a los setenta y ocho años. Pero es que Goya había sido un emigrado, no un exiliado. Sordo, torpe, debilitado —no llegó a aprender una sola palabra de francés pese a todos los esfuerzos que hizo— había dejado España muy feliz y deseoso de conocer el mundo, abierto a todas las novedades. En realidad, Reyes se decía, el Madrid que dejaba ya no era "su" Madrid. El rey era entonces el triste Fernando VII. En el Palacio Real su fama de artista había menguado. Vivía alejado de la corte en su Quinta del Sordo. Sus retratos ya no tenían el mismo renombre en la sociedad madrileña y las últimas obras que pintó en España representaban únicamente a amigos personales. Su mujer había muerto, su hijo se había ido de España. Todas las investigaciones que Reyes había hecho sobre la época del Congreso de Viena para su página histórica en *El Sol* lo habían preparado admirablemente para comprender la España del regreso de Fernando VII. No cabe duda de que trató de justificar a Goya ante los ojos del público francés. Sí, durante la ocupación francesa, Goya efectivamente había participado en aquellas comisiones encargadas de escoger los cuadros que iban a partir a Francia, pero para enviar a los franceses los peores. Después Reyes explica por qué Goya no se sintió nunca a sus anchas en los estudios de los pintores bordeleses, como el de Lacour, en el que imperaba el estilo David. En Madrid había leído la correspondencia del gran pintor: Goya criticaba enérgicamente la escuela francesa de entonces, la encontraba amanerada y decía que "sacrificaba el volumen a la línea". Como no comulgaba con esta tendencia tan característica de la pintura francesa, vivió al margen de los pintores de Burdeos. Con ayuda de una lupa, prefirió representar a sus amigos españoles, emigrados como él, o sus recuerdos: toros, mujeres españolas, manolas que se parecían a la duquesa de Alba.

Entre aquellos emigrados se encontraban el dulce y desgraciado poeta anacreóntico Meléndez Valdés, Moratín y el fantástico abate Marchena,

"propagandista de la irreligión en el siglo XVIII". En medio de la creciente monotonía de su época, según Reyes, "él hereda ese espíritu temerario... que lanzó a los españoles en todas las épocas a la conquista del mundo físico o intelectual..." En Burdeos, fue arrestado en compañía de algunos girondinos, pues se había afiliado a su movimiento. En el calabozo y al borde de la muerte, blasfemaba, lo cual no le impedía pasar las noches leyendo la *Guía de pecadores de fray Luis de Granada*. Después tuvo el descaro de desafiar a Robespierre. Más tarde, fingió haber descubierto un fragmento de Petronio. Un venerable profesor alemán demostró la autenticidad del documento con abundante aparato crítico de apoyo. El abate Marchena se rió un buen rato. De regreso a Burdeos, produjo varias obras eruditas y traducciones, entre ellas la del *Emilio*, en medio de las rivalidades literarias que se habían declarado entre los emigrados, "pues hasta la controversia española se había pasado a Burdeos".

Reyes también partió en busca de fray Servando Teresa de Mier, su compatriota. Éste había sido uno de los primeros en pedir la libertad de las colonias americanas. Después había viajado a Inglaterra, a Francia, a España. Había llegado a Burdeos a pie, en compañía de zapateros remendones que desertaron del ejército español. La ciudad había acogido a muchos de estos tránsfugas durante la guerra de Independencia. En Burdeos fue donde el eclesiástico entabló amistad con Simón Rodríguez, el profesor de Bolívar. El padre Mier conoció entonces la peor miseria y Reyes comprendía mejor que nadie su doloroso clamor: "Mis amigos zapateros se pusieron en seguida a trabajar y ganaban mucho dinero, mientras que yo, repleto de teología, me moría de hambre y los envidiaba". Su salvación se la debió a un personaje extraño, el conde de Gijón, nativo de Quito. Muy ingenioso, éste empleó toda su fortuna en la compra de azúcar en La Habana y la llevó a Burdeos, donde ya no había. La historia no es más que un reinicio, se decía Reyes al encontrar una vez más a Francia condenada al recurso de la sacarina.

Siempre atraído por las actividades universitarias, el escritor se interesó en el desarrollo de la enseñanza del español inaugurada en Burdeos desde hacía una década "y a la que la fundación del Instituto Francés de Madrid había dado una nueva importancia". Durante mucho tiempo reservado a una élite, el aprendizaje del español parecía que se iba a extender a las universidades y a las grandes escuelas. En Burdeos se proyectaba enseñar el español como primera lengua en liceos y colegios. Azorín y Reyes estaban sorprendidos de encontrar a tantos hispanistas. El presidente de la Academia bordelesa, el señor Maxwell, los invitó a su magnífica morada para que admiraran sus colecciones de cerámica catalana. Maxwell estaba escribiendo por entonces una obra sobre magia que iba a ser publicada en la Biblioteca de Filosofía Científica del doctor Le Bon. Pidió a Reyes precisiones sobre las tradiciones de la necromancia medieval en Toledo. Otro bordelés, Courteault, se consagraba a in-

vestigaciones sobre la vida que habían llevado en la ciudad Goya y otros emigrados. El rector, Thamin, amigo de Unamuno, estaba al corriente de la actualidad española. La llegada de Azorín y de Reyes fue la oportunidad de que esos hispanistas, que con tanta frecuencia se desestimaban unos a otros, pudieran encontrarse. El profesor Cirot, encargado de la enseñanza del español en la Facultad, estaba completamente sorprendido de oír a Maxwell expresarse en un castellano tan correcto. Germinó entonces la idea de un "Instituto Español de Burdeos" —Reyes agregó *in petto*: "Y de América Latina"— en el que pudieran reunirse todos los amigos de España, universitarios o no. Reflexionaba sobre aquella simpatía que experimentaba Burdeos por España. Siempre atento a los movimientos que toman forma espontáneamente en los pueblos, "a las orejas que se alargan", invitaba en sus artículos a los españoles a que escucharan ese llamado, a que alentaran esos sentimientos amistosos y a que respondieran estrechando otros vínculos.[25]

## Ver París de nuevo

En aquel periodo inmediato a la posguerra, los intercambios y el cosmopolitismo volvían a estar de moda más que nunca. Después del relativo enclaustramiento en el interior de las fronteras que había implicado el conflicto, un verdadero frenesí de viajes se apoderaba de todos. Se quería sobre todo visitar Francia, afligida pero victoriosa. La baja del franco facilitaba enormemente el cumplimiento de aquellos deseos. Reyes empezaba a asfixiarse en aquel Madrid bullicioso. En 1919 encontró refugio en la fineza y distinción de cierta Andalucía, cuando acompañó a Sevilla a Henríquez Ureña. En 1920, tenía planeado ir a Italia, pero el proyecto fracasó en el último momento. Huelga decir que una de las esperanzas más acariciadas de Reyes era volver a ver París, ciudad cuyo ambiente agradable en la nueva paz, las flores, las exposiciones, los recitales públicos de poesía le describían las cartas de Foulché-Delbosc.[26] Eran numerosos los americanos, y en especial los mexicanos, que al llegar a Francia aprovechaban su estancia en Europa para conocer también

[25] "Yo no sé si la vecindad del mar moraliza o 'inmoraliza', pero hace elásticos a los pueblos. La gente de Burdeos, acostumbrada hoy a ver, lado a lado, marineros yanquis, soldados senegaleses y oficiales nipones; acostumbrada a oír, en estos días, por sus muelles y sus avenidas, todas las lenguas de Babel, 'alarga la oreja' al español como a cosa conocida y próxima. Tal vez sea el momento..." "España en Burdeos", *ibid.*, p. 226.

[26] *Cf.* la carta de Foulché-Delbosc del 12 de abril de 1920: "Usted, por lo visto, no quiere aprovecharse de la vergonzosa baja de los Francos, y tiene hecho juramento de no moverse de los Madriles. Lástima grande. París se va convirtiendo en un paraíso terrenal...: ambiente apacible, flores, hojas, exposiciones de cuadros, recitaciones de poesías, y cuanto puede apetecer el mal llamado civilizado", *Ábside*, México, XXI, 2.

España. Reyes volvió a ver así a muchos de sus compatriotas y de sus amigos, y los escuchaba hablar de París. Pero únicamente hasta fines de junio de 1921 pudo llevar a cabo ese viaje. "¡Tantos años sin haber vuelto a Francia!"[27] (Entiéndase: ¡sin haber visto París!) Se trataba de nuevo de una breve incursión. Consiguió ocho días de vacaciones y se reunió en la capital francesa con dos de sus compatriotas, Manuel Toussaint y Genaro Estrada, que acababan de pasar unos días en Madrid en su compañía. Sus relaciones con Manuel Toussaint datan de los últimos meses que Reyes pasó en México, cuando fundó con sus amigos la Facultad de Humanidades que iba a preceder a la recreación de la Universidad. Toussaint había editado en colaboración una antología de poesía mexicana muy útil.[28] Muy atraído tanto por las letras como por las artes plásticas, más tarde se convertiría en uno de los mejores especialistas del arte colonial mexicano. Genaro Estrada tenía dos años más que Reyes pero, de origen modesto, había vivido mucho tiempo en el mundo de los impresores y su propia colaboración a las letras había sido bastante tardía. Reyes había recibido con un elogioso artículo sus *Poetas nuevos de México*, selección muy personal, metódica, en la que ocupaba un extenso lugar la obra del propio Reyes. Genaro estaba dando un último retoque a su libro *Visionario de la Nueva España*, que iba a aparecer en el transcurso del año y cuyo título tal vez fuera una alusión y un homenaje a *Visión de Anáhuac*. Paralelamente, emprendía una importante carrera administrativa que iba a conducirlo a altos cargos como ministro de Relaciones Exteriores y embajador de México en España.[29] De momento, trabajaba para la Secretaría de Industria y había dado muestras de inteligencia activa y ordenada en la reorganización de sus servicios. Llegaba de la feria comercial de Milán, a la que había ido en representación de México. Durante aquella estancia en París, Reyes entabló una gran amistad con aquel buen gigante, ecléctico y refinado, y es a él a quien muy pronto pidió que fuera su ejecutor testamentario en América.

Don Alfonso se alojó en el Gran Hotel, en el bulevar des Capucines, muy cerca de la Ópera. Su cuardo daba sobre "la magnífica plaza y parecía que la Ópera entrara entera por la ventana". Cuando Genaro llegó a verlo, Reyes le dijo: "¡Ah! Genaro, estamos en París. ¡En París! Déjeme llorar un poco". Genaro se sumergió en la lectura de un periódico para no ver sollozar a Alfonso en un rincón del cuarto.[30] A don Alfonso

[27] "Historia documental de mis libros", *Revista de la Universidad de México*, abril de 1957.

[28] *Las cien mejores poesías líricas mexicanas*, antología por Manuel Toussaint, Antonio Castro Leal y Vásquez del Mercado, 1914.

[29] Reyes, "Genaro Estrada", en *Pasado inmediato*, *O.C.*, t. XII, p. 175.

[30] "Mire Genaro, le dijo, tengo la Ópera dentro de mi cuarto, y abrió una ventana que caía sobre la magnífica plaza. Anoche vine a abrir esta puerta y me encontré con que

se le redobló, pues, la alegría de volver a estar en París por el placer de conducir por la ciudad a dos mexicanos tan cultos. Retomó contacto con los grupos a los que había pertenecido. Hizo una visita a Foulché-Delbosc, cuyo estado de salud dejaba mucho que desear. El profesor había tardado bastante en terminar el prefacio para su edición de Góngora, pero ya estaban anunciados por fin los tres volúmenes para el mes de septiembre.

Don Alfonso volvió a estrechar sus vínculos con el equipo del profesor Martinenche, que en torno a *Hispania* y a la *Revue de l'Amérique Latine* se había enriquecido con numerosos participantes. Reyes había mantenido correspondencia con ellos sin conocerlos. Así pues, regresó de París muy al corriente de las letras en la capital francesa y al tanto de todos los rumores que circulaban en aquella época, como por ejemplo, la querella Béraud-Gide, sobre la que escribió una página muy jugosa.[31] También había incursionado en los secretos de la preparación de los grandes premios, en especial del Goncourt, gracias a Francis de Miomandre, a su vez premio Goncourt y que frecuentaba los medios literarios más parisienses y más mundanos, así como los círculos de hispanistas y de latinoamericanos. Reyes hizo también una visita a la legación del bulevar Haussmann, provisionalmente en manos de Rodolfo Nervo, el hermano del poeta, después de la partida del ministro Alberto Pani, que había sido nombrado ministro de Relaciones Exteriores de México.[32] Don Alfonso, editor de las *Obras completas* de Amado Nervo, tenía excelentes relaciones con su hermano Rodolfo, quien seguía con el mayor interés los esfuerzos que hacía Reyes para reunir los escritos del poeta fallecido y le había proporcionado los documentos que guardaba. A su regreso de Francia, Reyes no se quedó en el horno madrileño. Partió a San Sebastián, donde la legación tomaba sus vacaciones oficiales, con Miguel Alessio Robles y Artemio de Valle-Arizpe, escapando en lo sucesivo de aquel calor castellano que él tan mal soportaba. Fue en el curso de aquel verano, lleno del recuerdo de las audacias que los jóvenes poetas de la vanguardia

---

estaba aquí dentro la Ópera. ¡Ay, Genaro, estamos en París! ¡Fíjese, en París! Pero déjeme llorar un poco. Y dicho y hecho, se fue a poner la cara contra un rincón, en tanto que Genaro Estrada, con avidez nostálgica, se pegó intensamente a la lectura del *Demócrata*, como siempre lleno de sangre y de puñales; pero de tiempo en tiempo sacaba la mirada por encima de la redonda eminencia de sus anteojos, para ver los movimientos espasmódicos de Alfonso, quien seguía dándole fuerte al sollozo. Por fin, Genaro le fue a dar, con mucha cortesía, golpecitos en la espalda, diciéndole con acento consolador: '¡ya!, ¡ya!, ¡ya!'." Artemio de Valle-Arizpe, "Alfonso Reyes íntimo", en *Digesto sobre Alfonso Reyes*, ediciones Pen Club de México, 31 de mayo de 1924, volante 14, p. 20.

[31] "El chocolate de la venganza", en *Simpatías y diferencias, 5ª serie, O.C.*, t. IV, p. 386.

[32] Reyes parecía simpatizar hasta entonces con Alberto Pani. Lo había recibido en Madrid y, amistosamente, se había hecho su guía en El Prado y en Toledo.

se permitían en París, cuando compuso "La pipa del Cantábrico", pequeño poema muy al gusto de entonces, con evocaciones llenas de colorido y bulliciosas y audaces sonoridades.[33] Después de aquella estancia tan cerca de la frontera francesa, Reyes regresó a Madrid, "con los ojos inundados de la luz de Francia".

No tardó en partir al Congreso de Sociología de Turín, en representación de la Universidad de México. Con doña Manuela, cruzó Francia por Burdeos y Lyon. Esto dio lugar a un memorable equívoco que él mismo llegó a contar mucho después en sus libros, pero que pronto se difundió de boca en boca en los medios literarios y políticos de Madrid y que regocijó al rey Alfonso XIII en persona. En Périgueux, Reyes había tenido en efecto la idea de telegrafiar al jefe de estación de Lyon-Brotteaux para reservar un coche-cama en el tren a Milán. El jefe de la estación lionesa no sabía bien el español y creyó entender que el telegrama venía del rey Alfonso, e imaginó que éste iba a guarecer en el sur de Francia alguna nueva aventura amorosa. Hizo separar de inmediato un vagón completo. Al llegar a Lyon en las primeras horas de la madrugada, Reyes encontró frente a él a todos los empleados de la estación, dispuestos para recibirlo dignamente. Don Alfonso no tenía ningún parecido con la conocida imagen del soberano español, pero por si las dudas, fue instalado en un espléndido vagón del que tenía la absoluta exclusividad.[34]

En Italia, tuvo tiempo de hacer algunos contactos literarios, que se vieron facilitados por las amistades que había entablado en Madrid con conferenciantes italianos. En Venecia, "tan cantada por los franceses", volvió a encontrar el recuerdo de algunos de los escritores franceses. Musset, Sand, Maurras, lo ayudaron a captar mejor Italia, lo mismo que Gautier había guiado sus pasos en Toledo y en Burgos.

## El artículo del *Mercure*

A su regreso de Italia, encontró sobre su mesa el primer texto importante que se había consagrado en Francia a su obra en una revista que no estaba dedicada únicamente a especialistas, como el *Bulletin Hispanique*, la *Revue Hispanique* o la *Revue de l'Amérique Latine*. En efecto, con el título de "El espíritu crítico, Alfonso Reyes", Francisco Contreras le dedicaba un largo artículo, excelentemente escrito, en el *Mercure de France* del 1° de noviembre de 1921. Era el primero de una serie de estudios que este crítico iba a consagrar a las obras de Reyes. En ese texto encontramos ya todos los rasgos que en lo sucesivo caracterizarían su ac-

[33] *O.C.*, t. X, p. 89.

[34] Véase *Las vísperas de España*, *O.C.*, t. II, p. 191, e "Historia documental de mis libros", *Revista de la Universidad de México*, abril de 1957.

titud respecto al escritor mexicano. La pluma del chileno Contreras era diestra en el comentario, ya que estaba encargado de la crónica de las "letras hispanoamericanas" en el *Mercure* desde 1911. Daba muestras de sensibilidad y de sutileza al discernir lo que la crítica literaria, tal como la concebía Reyes, tenía de nuevo: al saber separarse de su dogmatismo y de su rigidez, se había vuelto "compleja, libre". Sobre todo, sabía como agregar lirismo al análisis, de modo que en sí misma era una producción artística. Gracias a Reyes y a algunos otros, esta concepción completamente nueva de la crítica estaba representada "en toda su envergadura" en las literaturas hispanoamericanas. Contreras hacía un retrato vigoroso y fino de la inteligencia de Reyes, de su "sólida cultura y de una inquietud siempre despierta". Del autor de *El cazador* apreciaba también el estilo que unía "a la pureza de la línea tradicional el matiz de la expresión moderna". Evocaba después la precocidad del escritor, sus *Cuestiones estéticas*, su primera obra a los veintiún años, importante por sus opiniones eclécticas, y enumeraba la serie de libros que había publicado después.

Pero a todos estos elogios seguían con bastante apresuramiento algunas reflexiones acerbas. Los temperamentos, las sensibilidades de Francisco Contreras y de Alfonso Reyes nunca concordaron muy bien. El chileno, quizás por quién sabe qué antagonismo de raza, reprochaba de inmediato a Reyes que fuera casi demasiado espiritual, demasiado expansivo; grave desconocimiento de su carácter, interpretación errónea de su psicología, completamente marcada, por el contrario, por el pudor mexicano y por la dificultad para exteriorizarse, incluso todavía en aquella época. "Su gusto por la paradoja y su amor por la novedad lo pierden", concluía. A los ojos de Contreras, atrapado en un clasicismo conservador, la simpatía de Reyes por la vanguardia era sospechosa de esnobismo, como una atracción sentida sistemáticamente por lo nuevo y lo insólito. Algo aún más grave, Contreras no había sabido comprender el humor del autor en *El cazador*, sus graciosas y festivas observaciones sobre el origen castellano del cubismo. Cosa curiosa, no había interpretado correctamente el deseo que tenía Reyes de eliminar el color de su estilo con el fin de volver a encontrar la pureza y la sobriedad de los clásicos después del desbordamiento del modernismo. Pero Contreras revelaba con justeza la voluntad en Reyes de instruirse, de aclarar sus propias ideas escribiendo, tendencia muy profunda en don Alfonso. Contreras enviaba un gran saludo a *El cazador*, "brillante manifestación de su vasta cultura, de su curiosidad incesante y de las diversas formas de la crítica de las que se sirve", antes de reemprender un nuevo ataque contra el autor, al que acusa de "sutilizar". Por último, el comentarista hace suya la objeción que con mayor frecuencia se le había achacado al escritor mexicano, quizá a veces con justificación: la costumbre de escribir para los periódicos, la frecuente restricción a un espacio medido, ¿no le impedían dar rienda suelta a su vena y publicar un trabajo cuya profundidad se ase-

mejara a la de sus inicios? El crítico del *Mercure* lo invitaba a "emanciparse del trabajo periodístico. Es una pena —agregaba— que un talento como el suyo se disperse, se malgaste en destellos en lugar de elevarse en llamas serenas hacia su azur".

## La visita de Jean Aubry

El fin del año 1921 estuvo marcado por la visita a Madrid de Jean Aubry, musicólogo y especialista en literatura inglesa, por quien Reyes había experimentado una inmediata simpatía en 1913, cuando lo había conocido en el grupo del profesor Martinenche. Por las notas de viaje de Jean Aubry, se puede deducir que en Madrid los dos amigos apenas se separaron. Jean Aubry acudió al té dominical de Reyes, a varias comidas, y gracias a la introducción de Alfonso, fue recibido sucesivamente por Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez y Díez-Canedo. Las conferencias de este musicólogo versaron, el 5 de diciembre, sobre *España en la música francesa*, *Los niños* el 7 de diciembre, el 10 *Los preludios de Debussy*, y por último, el 12, habló de *Ravel* y el 17 de *Los españoles* (probablemente, la escuela de música moderna española). Reyes llevaba entonces una vida muy social, frecuentaba las salas de conciertos y espectáculos muy variados a los que se podía asistir en Madrid, a menudo excelentes, y muchas veces franceses. Los más importantes artistas parisienses se presentaban en la capital española: a principios de aquel diciembre se sucedieron, con algunos días de intervalo, los pianistas Wanda Landowska y Alfred Cortot.

## El hispanismo de Remy de Gourmont

El año siguiente no le permite ningún viaje a Francia. Don Alfonso pasa agradablemente las vacaciones de verano en la costa vasca, en Deva. Se mantiene en continua correspondencia con sus amigos de París y en particular con el grupo de Martinenche. No obstante, el número de julio de la *Revue de l'Amérique Latine* publicó un artículo que hubiera podido causar la ruptura entre su equipo y don Alfonso si éste, a pesar de su extrema sensibilidad, no hubiera sido tan prudente y equilibrado. Acababa de aparecer la 3ª serie de *Simpatías y diferencias* y este volumen inspiró a Ventura García Calderón un conjunto mitigado de elogios y de acusaciones que constituyen la más ruda tunda de palos que recibiera don Alfonso de una revista francesa.[35] El nuevo volumen de Reyes reunía, lo

[35] Ventura García Calderón, *"Simpatías y diferencias. Tercera serie*, por Alfonso Reyes", *Revue de l'Amérique Latine*, julio de 1922, p. 260.

mismo que los precedentes, los artículos que había escrito en España durante los años de la guerra y que en su mayoría habían sido publicados en revistas españolas en su momento. Como él mismo dijo, haciendo uso de la expresión gideana de moda, quería hacer "tabla rasa" a fin de proseguir con toda calma otros trabajos con un ritmo y una respiración menos angustiados.[36]

¿Por qué aquella cólera repentina en su amigo Ventura? Éste reconocía ciertamente en Reyes dotes de clarividencia, una "inteligencia de humanista que lo situaba en primera fila de la generación en ascenso en América Latina", pero lo presentaba también como "un mexicano astuto establecido en Madrid, mercader de sutilezas... Sólo en España, Ortega y Gasset, al igual que lo hace Reyes, le busca tres pies al gato". Alfonso Reyes era ya un maestro del ensayo y había trasplantado en cierta manera este género anglosajón a la literatura española e hispanoamericana. Había sabido conservar la fina ironía británica, el gusto por la paradoja, aunque con menos meandros: "Nuestro latino tiene una cabeza lógica que nunca pierde el Norte". Pero, en suma, aquellos ensayos no eran sino "variaciones sobre los libros de otros..." El lector de Ventura Calderón pronto se da cuenta de que su rencor proviene sobre todo de un artículo que Reyes había escrito en 1915 o 1916, después de la muerte de Remy de Gourmont y que, por las severas observaciones que contenía respecto al escritor francés fallecido, no había juzgado oportuno publicar de inmediato.[37] La autoridad de Remy de Gourmont había sido inmensa por mucho tiempo en Francia, en el extranjero y en especial en España y en América Latina. Pese a ello, su muerte había despertado comentarios muy diversos. El de Azorín en el *A.B.C.* de Madrid había sido totalmente elogioso. Pero el artículo de Enrique Díez-Canedo en *España* contenía una serie de reservas sobre los escritos que el crítico del *Mercure* había consagrado a España y a la lengua española. Muy al vuelo, Díez-Canedo citaba algunas "perlas" de Gourmont sobre la política de España en Marruecos, hacía alusión a aquella traducción de *La gloria de don Ramiro*, de Larreta, sobre la que un persistente rumor afirmaba que Remy de Gourmont se había limitado a firmarla. Y concluía: "En todo lo que Gourmont ha escrito sobre España no ha puesto ni amor ni conocimiento".[38] Esta afirmación había levantado toda una polémica y, en aquellos tiempos de guerra, la prensa madrileña hostil a Francia no había dejado de subrayar "los dos clásicos escollos de la crítica francesa: In-

[36] "Historia documental de mis libros", *Revista de la Universidad de México*, septiembre de 1957.

[37] Reyes, "Remy de Gourmont y la lengua española", en *Simpatías y diferencias, 3ª serie*, *O.C.*, t. IV, p. 192.

[38] Enrique Díez-Canedo, "Remy de Gourmont", *España*, Madrid, 7 de octubre de 1915.

glaterra y España". Reyes, aun sabiendo que en Francia había excelentes maestros del hispanismo —"los mejores de todos los países que no eran de habla española"—, había preferido abstenerse de publicar entonces su opinión para no envenenar la querella. En 1922 las circunstancias eran diferentes y Reyes se permitió insertar en su libro ese juicio preciso, minucioso y elaborado con su seriedad habitual sobre la actividad "hispanizante" de Remy de Gourmont.

En *Le Temps* del 1° de agosto de 1911, Gourmont había publicado un artículo, "Góngora y el gongorismo", en el que daba cuenta del libro de Lucien-Paul Thomas, *Góngora y el gongorismo considerados en sus relaciones con el marinismo*. A través de una serie de reflexiones insípidas, jactándose de escribir mucho mejor sobre un tema cuando le era desconocido, Gourmont había errado de lleno sobre el sentido del libro de Thomas. A este último el *Polifemo* le parecía "exento de toda incidencia italiana contemporánea", y Gourmont había llegado a conclusiones sobre las influencias que Thomas había recibido de Marini. Tal era el compasivo artículo que Gourmont había consagrado a Góngora,mientras que en el mismo momento Adolphe Coster, en la *Revue Hispanique*, e incluso el suplemento literario del *Times* daban del libro de Thomas ecos exactos, inteligentes y mucho menos pretensiosos.

Peor aún. También en 1911, Gourmont había escrito un prefacio para un libro de versos de Leopoldo Díaz, el poeta argentino. Explayándose sobre la hegemonía francesa que se dejaba sentir en la nueva generación de escritores latinoamericanos, Gourmont había calificado de "neoespañol" a la lengua que éstos empleaban por entonces, expresión que hizo estallar la indignación de Reyes. Si había que atenerse a la lengua literaria, decía, no se justificaba en modo alguno hablar de "un neoespañol" americano. En cuanto al habla cotidiana, era todavía menos oportuno reunir bajo esta etiqueta "las variedades dialectales de México y de Chile, por ejemplo". Gourmont había caído en el mismo lamentable error que algunos anglosajones que se quejaban de que en Estados Unidos se enseñaba "el castellano de América en vez del castellano de España... ¿Y cuál es el castellano de América? Sin duda el de Bello y de Cuervo, los mejores gramáticos que haya tenido la antigua lengua española en el siglo XIX. El español que se hablaba en España era también para América la única lengua internacional, la única en la que podían comprenderse los pueblos americanos, aunque fuera aproximativamente".

Ventura García Calderón había visto en estas afirmaciones de Reyes "el temor a disgustar a sus amigos de Madrid". En cuanto a él, mantenía que se podía hablar de un "neoespañol" —coincidiendo con Remy de Gourmont— más ágil, más claro que el antiguo, en el que "el contorno de la frase era muy parecido al de la frase francesa", y hasta de su influencia en algunos escritores españoles como Valle-Inclán o Azorín. La lengua de éstos había adquirido "un periodo armonioso, breve, lógico",

que coexistía con "aquella frase invertebrada y caduca, con adornos inútiles y viciosos, que no ha perdido en la península su vigencia demasiado duradera". El crítico peruano evocaba entonces con cierta nostalgia la época en la que se paseaba con Reyes por las calles de Madrid: ambos habían observado sorprendentes semejanzas entre aquella frase barroca tan española y "las fachadas de las iglesias, los ángeles mofletudos con collarines de plumas, las conchas recargadas y la flora de los trópicos... Aquel conjunto de mal gusto terminaba por ser conmovedor y de una perversa belleza".

Es de imaginar la aflicción que "esos insistentes lamentos" de su amigo Ventura produjeron en la susceptibilidad de don Alfonso. No publicó en seguida ninguna respuesta a ese artículo. No fue sino hasta 1957, en "Historia documental de mis libros", cuando dio a conocer el texto de la larga carta que había dirigido a Ventura el 11 de julio de 1922. Reconocía de buen grado que muchas páginas de *Simpatías y diferencias* tenían un giro demasiado periodístico, fruto del tiempo en que fue necesario "vender al diablo una parte de su alma". No cabía duda de que no se había explicado bien en el artículo sobre Remy de Gourmont. Sin embargo, se defendía con vehemencia de haber parodiado su pensamiento alguna vez ni siquiera para resultar agradable a sus amigos de Madrid. Lejos de él la idea de negar que la nueva literatura americana, la que parte del modernismo, hubiera modificado y enriquecido la lengua española. La prosa que Gómez Carrillo había empleado en sus primeras crónicas parisienses había insuflado en Madrid un nuevo hálito, cuyo efecto se había generalizado de inmediato. El filólogo que habitaba siempre en don Alfonso acariciaba desde hacía tiempo el proyecto de llevar a cabo un estudio sistemático de los giros y los neologismos que se habían incorporado al español a través de la nueva literatura americana: "la savia de América ha acabado fortaleciendo al vetusto tronco español". Las lenguas, como los ríos de Heráclito, evolucionan y se transforman sin cesar, pero es innegable que este fenómeno, desde 1880, es más acelerado en el español por el flujo de las riquezas importadas de América. ¿Se puede hablar, no obstante, de un "neo-español", retomar la expresión lanzada a la ligera por Remy de Gourmont? Al final de la carta, Reyes reiteraba sus protestas y manifestaba una necesidad de simpatía, un deseo de amistad que eran prueba de un sentimiento muy mexicano: "No me excomulgue... No piense mal de mí, no me crea capaz de disimular mi pensamiento ni de negar el milagro americano... No deduzca tampoco de mis palabras que niego la influencia profunda, real, determinante, y que nunca será suficientemente celebrada y apreciada, de Francia en el despertar del alma americana...[39] En cuanto al barroco, todo el barroco español

[39] "Lo único cierto es que encuentro inexactas las palabras de Gourmont llenas de mixtificación [*sic*], y no bastante pesadas antes de escritas. Tampoco crea usted, por lo que

parece severo y frío si se lo compara con las extraordinarias realizaciones del churrigueresco mexicano. América está hecha para producir un arte complicado". La carta de Reyes acababa con un pensamiento de ternura hacia México, "donde los contornos naturalistas del dibujo europeo conocían nuevas metamorfosis, donde las formas se contaminaban entre ellas de una manera agradable a los ojos, y que es la expresión de una profunda ley cosmogónica".

## La conferencia sobre "La evolución de México"

Reyes fue a París varias veces en 1923. No sabemos nada exacto sobre el primer viaje, "viaje de recreo" sobre el que se mantiene discreto, salvo que se paseó con Foulché-Delbosc por las avenidas asoleadas. En su correspondencia, el profesor francés hace alusión a un viaje que Reyes efectuó por entonces a Hamburgo y respecto al que don Alfonso permanece callado.[40] ¿Tenía aquel desplazamiento fines políticos? ¿Estaba relacionado con la carrera de Reyes? ¿Veía la posibilidad de un cambio de residencia después de su reincorporación al cuerpo diplomático y su larga estancia en España? Reyes dirá únicamente que los nombramientos dependían de la actitud que habían tomado los funcionarios en el conflicto todavía reciente, "las cicatrices de la guerra no se habían cerrado todavía".

Don Alfonso fue de nuevo a París invitado por el venezolano Alberto Zérega Fombona para impartir una conferencia en el Colegio Libre de Ciencias Sociales. El 23 de marzo habló de "La evolución de México" en un edificio de la rue de la Sorbonne, a dos pasos del pequeño taller en el que Péguy había impreso sus *Cahiers de la Quinzaine*. Su conferencia estaba destinada a inaugurar un curso sobre la historia de América Latina: excelente tradición que el Colegio retomaba después de la interrupción de la guerra. Nos detendremos tanto más de buena gana en este texto, escrito en un francés extraordinario y dirigido a un público francés, cuanto que Reyes no lo ha incluido nunca en ninguno de sus volúmenes ni en sus *Obras Completas*. En la misma Francia sólo se publicó en la *Revue de l'Amérique Latine*, que llegaba a un pequeño número de lectores especializados; parece un texto poco conocido por los biógrafos de Reyes y por las personas que se interesan por México, su evolución histórica y sus relaciones con Europa. Esta conferencia es, sin embargo,

---

digo, que niego la influencia profunda, real, determinante, nunca bastante agradecida ni apreciada de Francia en el alumbramiento del alma americana, y hasta en muchos órdenes técnicos precisos del arte que hacemos en América."

[40] "Correspondencia Reyes-Foulché-Delbosc", *Ábside*, México, 1957, XXI-3.

escritor, así como una ciencia perfecta de la historia de su país, el respeto a sus antiguas leyendas, a sus mitologías.

A esta amplia evocación de la civilización tolteca clásica sucedía una descripción aterradora de la religión azteca, cruel, conducida por divinidades, la una siniestra y carnicera, la otra glacial y hostil a la alegría y al sol. Pueblo bárbaro, los aztecas triunfan sobre los toltecas y, a través de sus rituales inhumanos, saben conservar de los pueblos a los que han vencido algunas joyas, vestigios de su civilización desaparecida, textiles luminosos, piedras esculpidas, calendarios exactos y sobre todo un código moral impecable.

Al referirse después a la Conquista, Reyes se esfuerza una vez más por destruir algunas nociones históricas falsas, comúnmente propagadas. La campaña militar no la hicieron tanto los españoles como las tribus indígenas, enemigas de Moctezuma, que se pusieron al servicio de Cortés. Sobre todo no era exacto pensar que aquella civilización fuera "completamente aniquilada el mismo día en que la ciudad de Tenochtitlán se sometió". Reyes conocía lo suficiente la administración colonial para afirmar que aquella antigua cultura se había ido a pique lentamente a lo largo de tres siglos de incuria y malevolencia y, a veces, de destrucción metódica y fanática. Tuvo el valor de afirmar lo que muchos, en la muchedumbre mexicana, no admitían, a saber, que la culpa no había que achacársela a la corona española, la cual había querido "conservar intacto el tesoro de humanidad y de riqueza que le valió la Conquista". Ella había promulgado las bellas *Leyes de Indias*, monumento de piedad por los indígenas que honra a sus autores. Bartolomé de las Casas y fray Bernardino de Sahagún no habían sido los únicos en llorar por las masacres y en intentar reunir pacientemente "las parcelas de esa civilización dispersa..." Desafortunadamente, aquellos fervores apostólicos no bastaron para detener la codicia, la violencia de los conquistadores. No obstante, la antigua civilización indígena había demostrado su voluntad de sobrevivir. Conocedor del arte colonial mexicano, "producto exquisito de la mezcla de estilos", Reyes destacaba, sin disimular su emoción al evocar las iglesias de su capital mexicana, que la cultura indígena se había infiltrado en las venas del arte español, haciendo "temblar la piedra a la que enriquece y complicar la talla", culminando en una floración. Mucho más aún, esa inspiración indígena seguía viva y en nuestros días respiraba en la obra de jóvenes escultores de un pueblo de artistas.

Así pues, la herencia indígena seguía estando viva en México, a pesar del encarnizamiento destructor de los conquistadores, más viva de lo que habían dicho los historiadores del periodo colonial, "curas y monjes con frecuencia transportados a un medio en el que todo les era extraño y a los que no se les podía exigir el sentido histórico de un hombre de nuestro tiempo". El pueblo mexicano había contribuido a la aparente desaparición de sus religiones y de sus costumbres. Reyes indudablemente hacía

escritor, así como una ciencia perfecta de la historia de su país, el respeto a sus antiguas leyendas, a sus mitologías.

A esta amplia evocación de la civilización tolteca clásica sucedía una descripción aterradora de la religión azteca, cruel, conducida por divinidades, la una siniestra y carnicera, la otra glacial y hostil a la alegría y al sol. Pueblo bárbaro, los aztecas triunfan sobre los toltecas y, a través de sus rituales inhumanos, saben conservar de los pueblos a los que han vencido algunas joyas, vestigios de su civilización desaparecida, textiles luminosos, piedras esculpidas, calendarios exactos y sobre todo un código moral impecable.

Al referirse después a la Conquista, Reyes se esfuerza una vez más por destruir algunas nociones históricas falsas, comúnmente propagadas. La campaña militar no la hicieron tanto los españoles como las tribus indígenas, enemigas de Moctezuma, que se pusieron al servicio de Cortés. Sobre todo no era exacto pensar que aquella civilización fuera "completamente aniquilada el mismo día en que la ciudad de Tenochtitlán se sometió". Reyes conocía lo suficiente la administración colonial para afirmar que aquella antigua cultura se había ido a pique lentamente a lo largo de tres siglos de incuria y malevolencia y, a veces, de destrucción metódica y fanática. Tuvo el valor de afirmar lo que muchos, en la muchedumbre mexicana, no admitían, a saber, que la culpa no había que achacársela a la corona española, la cual había querido "conservar intacto el tesoro de humanidad y de riqueza que le valió la Conquista". Ella había promulgado las bellas *Leyes de Indias*, monumento de piedad por los indígenas que honra a sus autores. Bartolomé de las Casas y fray Bernardino de Sahagún no habían sido los únicos en llorar por las masacres y en intentar reunir pacientemente "las parcelas de esa civilización dispersa..." Desafortunadamente, aquellos fervores apostólicos no bastaron para detener la codicia, la violencia de los conquistadores. No obstante, la antigua civilización indígena había demostrado su voluntad de sobrevivir. Conocedor del arte colonial mexicano, "producto exquisito de la mezcla de estilos", Reyes destacaba, sin disimular su emoción al evocar las iglesias de su capital mexicana, que la cultura indígena se había infiltrado en las venas del arte español, haciendo "temblar la piedra a la que enriquece y complicar la talla", culminando en una floración. Mucho más aún, esa inspiración indígena seguía viva y en nuestros días respiraba en la obra de jóvenes escultores de un pueblo de artistas.

Así pues, la herencia indígena seguía estando viva en México, a pesar del encarnizamiento destructor de los conquistadores, más viva de lo que habían dicho los historiadores del periodo colonial, "curas y monjes con frecuencia transportados a un medio en el que todo les era extraño y a los que no se les podía exigir el sentido histórico de un hombre de nuestro tiempo". El pueblo mexicano había contribuido a la aparente desaparición de sus religiones y de sus costumbres. Reyes indudablemente hacía

alusión a los testimonios orales o a los relatos de primera mano cuando afirmaba que los autóctonos habían disimulado sus secretos a los curas españoles mientras habían seguido, a escondidas, ejerciendo sus prácticas ancestrales: testimonios recogidos quizás en su familia, accesibles únicamente a un mexicano de rancio abolengo.

Describía después como etnólogo cierto desequilibrio propio de la población indígena, que había pasado de la caza y de la pesca a la agricultura sin conocer la ganadería; población que ignoraba la existencia del hierro pero que sabía trabajar de maravilla los metales preciosos. La habilidad de sus tejedores, de sus plumajeros, de sus tintoreros produjo la admiración de los españoles, pues todas estas artes manuales habían alcanzado "un grado de elocuencia" que recordaba a la expresión simbólica de la antigua China, pero la escritura apenas había superado el ideograma. Reyes establecía una comparación con el antiguo Egipto: recordemos que, desde su primera estancia en Francia, don Alfonso se había interesado por la ciencia del antiguo Egipto con objeto de comparar a aquella civilización con las de la América precolombina.

La religión de esos pueblos americanos estaba constituida por un sinnúmero de ceremonias minuciosas, algunas de las cuales se emparentaban más o menos con las costumbres cristianas, lo cual, unido a la presencia de la cruz en sus emblemas, había podido llevar a divagaciones a algunos observadores superficiales, ya que los sacerdotes españoles estaban "decididos a encontrar por doquier las huellas de la Revelación". Otros acercamientos más serios y comparaciones con nuestra sociedad moderna sí podían estar justificados: en el antiguo México, los obreros ya se organizaban en corporaciones según los oficios. Y, como en toda la América precolombina, los indígenas practicaban cierta forma de comunismo.

Bajo el dominio español, los dioses nacionales habían encontrado otro medio de resistencia metamorfoseándose en figuras cristianas. Reyes explicaba la creación, consciente e intencionada, de la leyenda de la aparición de la Virgen de Guadalupe, protectora del pueblo indígena, por fray Juan de Zumárraga, con el fin de arraigar el culto cristiano en el suelo mexicano; pero bajo el disfraz de la Guadalupana, había que reconocer a Tonantzin, madre de los dioses: los indígenas que durante mucho tiempo fueron a ofrecer a la Virgen de Guadalupe-Tonantzin corazones bañados en sangre no se equivocaban.

Conocedor autorizado de España y de su literatura, Reyes pasa después a hacer el estudio psicológico de lo que pudo haber sido el espejismo de aquellas fabulosas regiones de las Indias occidentales para aquellos campesinos pobres de Extremadura o para los castellanos reducidos a la hambruna cuyo martirio y hambre nos cuenta la novela picaresca. Al llegar a América, los aventureros obsesionados veían oro y plata donde no había más que un muro encalado que relucía a la luz del sol poniente. La

realidad no obstante, rebasada con frecuencia sus esperanzas. Aquellos hombres nacidos en la necesidad vivieron una madurez rodeados de esclavos, de hijos y de grandes riquezas. Se instauró una nueva mentalidad, la cual el autor analiza con sensibilidad y una objetividad poco frecuente. Sin estar desprovistos de ese punto de exageración que caracteriza "al nuevo rico" bajo todos los cielos y en todos los países, les gusta cierto manierismo en los objetos de arte que encargan. Adquieren, por otra parte, hábitos de cortesía y un sesgo en el carácter que es propio del indígena y el cual transmiten a sus descendientes. La indolencia aristocrática que afectan aleja cada vez más a esos criollos y mestizos de los funcionarios españoles recién desembarcados de la península, que hacían el papel de arribistas frustrados y faltos de educación.

Reyes bosqueja entonces un cuadro sumamente vívido de la capital mexicana en la época colonial, con su refinamiento de costumbres, sus teatros, en los que se representaba una comedia cada día, sus imprentas, su universidad, "hija querida de la de Salamanca", en la que enseñan los más ilustres maestros, filósofos y juristas, pues ya no son los aventureros los que llegan a la Nueva España, sino grandes escritores y poetas: Gutierre de Cetina, autor del "Madrigal a unos ojos", que todo español sabe de memoria, Juan de la Cueva, Mateo Alemán. Fruto de aquel apogeo, Ruiz de Alarcón es ya completamente mexicano y, hecho notable, fue por las características mexicanas de su carácter que influyó, a través de *El mentiroso* de Corneille, en la comedia francesa del gran siglo.

España, prosigue Reyes, no siempre comprendió con claridad que el único vínculo real con sus colonias —más que sus funcionarios o su legislación— era la Iglesia. Los misioneros habían enseñado a los indígenas la lengua española para que éstos pudieran aprender rezos y principios religiosos. Protegieron a los indígenas de la codicia del señor laico, el encomendero. Es cierto que la Iglesia muchas veces perdió de vista su objetivo primitivo haciéndose de inmensas propiedades. Pero Carlos III cometió un grave error al expulsar, en el lapso de unas horas, a los jesuitas de la Iglesia mexicana, de la cual eran verdaderamente el cerebro: como efecto de su pedagogía estaba a punto de nacer una brillante tradición de humanistas entre las clases más cultas de la Nueva España. El golpe terrible que se asestó al clero mexicano significó un aflojamiento inmediato del vínculo que unía la colonia a la España de los antepasados.

No es el único error de este monarca español que don Alfonso juzga con severidad. Si no hubiera estado implicado también en las guerras europeas a causa del "pacto de familia", hubiera podido prestar atento oído a los consejos de sus grandes ministros que preconizaban, desde mediados del siglo XVIII, que había que conceder la independencia a las colonias de la América española. Por el contrario, para luchar contra los movimientos revolucionarios que se empezaban a manifestar en diversos lugares, España mantiene en su sitio un ejército permanente, error eco-

nómico, pues aquellas tropas devoraban la mayor parte del presupuesto colonial, y error psicológico, pues la presencia de aquellos soldados sólo sirvió para despertar el antiguo espíritu militar de los mexicanos, al que Reyes no vacila en calificar de "pesadilla de nuestra historia".

En una última maniobra en falso, España empieza a ayudar con todas sus fuerzas a las regiones de América del Norte que se sublevaron contra Inglaterra, lo cual creó un precedente muy molesto en su propia historia colonial. Siempre muy atento a la psicología de los pueblos, el conferenciante describía la dificultad que experimentaron aquellos territorios de América para admitir la autoridad del Estado español, gobierno abstracto en vez de un monarca, cuando, después de la caída de Napoleón, España se concedió durante algunos años una monarquía constitucional. Opinión personal, muy audaz, lamenta que no se haya refugiado en México un príncipe de sangre para dirigir el nuevo régimen y conducirlo "al umbral de la autonomía, de manera completamente espontánea y natural, como le sucedió a Brasil". Una vez adquirida la independencia, México adoptó la filosofía republicana y democrática, la doctrina francesa de los derechos del hombre "en todo su primitivo candor", más adecuada para las naciones adultas que para las repúblicas recién nacidas. Esta filosofía política de inspiración francesa se yuxtaponía a la maraña de leyes españolas que en México se complicó aún más con las reglas federales tomadas de los Estados Unidos vecinos. Todo ello se convirtió en "un verdadero rompecabezas". El país apenas estaba preparado para tantas normas nuevas y continuaron las dificultades a lo largo de todo el siglo XIX con las luchas entre los federalistas y los centralistas, por los que Reyes no disimula sus simpatías. La guerra con los Estados Unidos, desastrosa porque priva a México de los territorios de la Alta California, de Nuevo México y de Texas, pese a todo tuvo la ventaja de despertar la conciencia nacional y de hacerle sentir que una de las misiones esenciales de México era ser la frontera espiritual de una civilización, formar para ella una muralla y ser el primero en sufrir "el choque de una fuerza que, poderosa, está siempre presta a desbordarse".

La aventura de Maximiliano no fue tampoco inútil. En primer lugar, reconcilió a México con España, país que tuvo la sensatez de no respaldar las pretensiones de Napoleón III. Como los conservadores habían sido los que habían atraído a México la invasión extranjera, del fracaso de la expedición se desprendió el triunfo definitivo de los liberales, quienes, a partir de entonces, simbolizaron la defensa nacional. Reyes, al dirigirse a un auditorio francés, se refiere demasiado al vuelo al orgullo de sus compatriotas cuando constataron el éxito de su resistencia al poderoso ejército francés. Prefirió afirmar que México no guardaba ni siquiera "sombra de rencor contra el pueblo francés" y reemprendió una vez más el relato de uno de sus queridos recuerdos de infancia. Junto a su padre, "héroe de la Guerra de los Seis Años", a la mesa familiar, se sen-

taban amistosamente antiguos oficiales franceses, convertidos en mexicanos y casados con mujeres mexicanas. "El sufrimiento soportado en común unía a los enemigos de otro tiempo en una cálida amistad. Aquellos invasores se habían convertido en nuestros hermanos pues, en el fondo, nunca fue cuestión de odio entre nuestras dos naciones."

Reyes habla como jurista cuando se refiere a la Constitución de 1857, la cual reorganizó liberalmente el México moderno. Después, presenta al general Díaz como economista "constructor del bienestar nacional", médico del cuerpo de la nación que, desgraciadamente, descuidó su alma. Gobernó bien pero no inició al pueblo en los problemas de la política, adormeciendo las conciencias y retardando los conflictos. La enseñanza, cuya organización había sido realmente lograda por el positivista Gabino Barreda, discípulo de Comte, acabó, en el porfiriato, reducida a una estrechez insoportable. Y es que el gobierno del general Díaz fue excesivamente largo. Sus financieros, por muy hábiles que fueran, no estaban preparados para los "asaltos cristianos y metafísicos del socialismo y otras inquietudes de nuestra época". Sabedor de que el pueblo francés había sido defraudado financieramente en su confianza en Porfirio Díaz, estudia con cuidado las causas de la caída del dictador mexicano. No se había mentido en Francia cuando se había afirmado que los ministros y financieros de Díaz eran muy competentes, muy hábiles. Se había omitido únicamente poner de manifiesto la pobreza y la servidumbre en que continuaba viviendo el pueblo mexicano, en especial en el campo.

El orador pretendía detener su estudio y abordar la actualidad. Pero su optimismo sobre el México de 1923, su aprobación de la Constitución de 1917, "esfuerzo revolucionario reciente" que pretendía rectificar algunos errores de la de 1857, dejaban adivinar claramente su asentimiento a las medidas que se habían tomado hacía poco en México. La riqueza nacional, ante todo, tenía que beneficiar al pueblo mexicano, pero México seguía siendo para los extranjeros una tierra acogedora, con una hospitalidad "que la vieja Europa no siempre concede a sus propios hijos". En cuanto a España, México únicamente podía encontrar ahora en ella un consuelo moral, un ejemplo reconfortante, en el periodo tan agitado por el que pasaba. Para hacer vivir la tradición latina, a la que México, según Reyes, siempre apelaba, el país se dirigía ahora a Francia. Esperaba de ella, "deseándolo ardientemente, que Francia, maestra ilustre, restableciera en el mundo el imperio del pensamiento romano".

Era, pues, un texto importante, serio, sincero, que el escritor mexicano presentaba al público francés y cuyos elementos de novedad fueron comentados favorablemente por la prensa cotidiana.[42] Reyes hizo llegar una copia de su conferencia a Raymond Foulché-Delbosc, quien, tan

[42] Reyes hace alusión, en "Historia documental de mis libros", a un artículo parti-

pronto como tuvo conocimiento de ella, comunicó al autor su interés y su satisfacción, deplorando que no se hubiera hecho tal esfuerzo respecto a las otras repúblicas latinoamericanas. Por una extrema delicadeza —ya que varios pasajes muy subjetivos sobre la Conquista española en especial y sobre el culto a la Virgen de Guadalupe corrían el riesgo de contrariar la opinión de algunos de sus compatriotas—, Reyes decidió no reproducir el valioso texto en ninguno de sus libros ni en sus *Obras Completas*.[43] Esas páginas, cuya rigurosa documentación era notable para la época, hubieran bastado, no obstante, para defenderlo de una acusación que algunos ya le dirigían y que a él le resultaba muy dolorosa, la de considerarlo "demasiado europeo".[44]

## El París de 1923

En el transcurso de aquellos breves viajes a Francia, Reyes volvió a ver a sus amigos cubistas. Asistió con ellos a un gran momento de la música contemporánea, el ensayo general de *Las bodas* de Stravinsky; Diaghilev y el gran coreógrafo Massine, procedentes el primero de Londres y el segundo de Suiza, se reunieron en París durante unas horas para dar los últimos toques a la obra. Don Alfonso se sintió muy atraído por la prodigiosa novedad de la orquesta que Stravinsky empleaba. La presencia en aquel conjunto de cuatro pianos y de una batería trastornaba la estética sinfónica. A veces se escuchaba incluso un xilófono y el mexicano, muy emocionado, creía reconocer "los tibios arrullos" de las marimbas, esas vastas consolas musicales, uno de los instrumentos más bellos del folklore de su país. Fue testigo del trabajo sumamente preciso que exigían la coreografía y la partitura de *Las bodas*, pese a los temas aparentemente fáciles y populares. Comparó aquella velada con el recuerdo que guardaba de la preparación de los ballet rusos, a los que también había asistido antes de la guerra con los amigos de Picasso, y de esta comparación extrajo una de sus mejores páginas de moralista.[45] El tema es el elogio de la documentación que, una vez bien asimilada, llevamos así en nosotros, convertida en sangre de nuestras venas. Solamente en ese momento, se pueden "movilizar todas las potencias del ser, crear, improvisar". En este

---

cularmente elogioso consagrado a su conferencia en *Le Temps*. Hemos buscado en vano este artículo en ese periódico.

[43] Reyes, no obstante, dejó que uno de sus mejores amigos, José María González de Mendoza, tradujera *L'évolution du Mexique* y la publicara en español en la *Revista de Revistas* de México.

[44] Véase en la *Correspondance Larbaud-Reyes*, p. 31, la carta a Larbaud del 9 de noviembre de 1923.

[45] "La improvisación", en *Calendario*, *O.C.*, t. II, p. 298.

ejercicio consiste el trabajo consciente y asiduo de los clásicos y de sus imitadores modernos, en oposición a los románticos, algunos de los cuales se habían abandonado a la inspiración y al azar. Este ensayo es, pues, en su conjunto, una definición de la cultura, con algunas alusiones a las recientes teorías del subconsciente. Está dirigido directamente a José Vasconcelos, quien emprendía su obra inmensa y ya debatida en el Ministerio de Educación Pública de México. Reyes lo apoyaba ardientemente: "... educar es preparar improvisadores. Toda educación tiende a incorporar en un hábito subconsciente las lentas adquisiciones de una disciplina hereditaria". En el mismo ensayo, Reyes se declaraba muy cerca del Grupo de los Seis y manifestaba una viva simpatía por el humor de Erik Satie.[46] La evolución de la música francesa hacia lo que le parecía "la serenidad latina", una frase más desnuda, la melodía reducida "a un hilo muy fino", el abandono progresivo de toda preocupación figurativa por una música pura y abstracta, ponía de manifiesto en el terreno musical un retorno al clasicismo y correspondía al movimiento que se esbozaba en los bailarines, los poetas y los pintores. Era la época en que Picasso volvía, por un tiempo, a Ingres.

Provisto de una carta de Jules Romains, Alfonso acudió al local de Adrienne Monnier, a ese templo de la lectura que era la Maison des Amis des Livres, en la rue de l'Odéon. Una mujer joven de mirada inteligente la dirigía, y su vestimenta personal, casi monástica y al margen de la moda, no alteraba para nada su femineidad. Don Alfonso vio en los anaqueles las ediciones francesas mejores y más recientes, eclécticamente escogidas. Esperaba encontrarse con Valery Larbaud, asiduo de la "divina tienda", pero estaba ausente de París. En casa de Adrienne Monnier conoció en cambio a Alexis Léger, alias Saint-John Perse, joven diplomático y extraordinario poeta cuyos versos había destacado y gustado desde hacía años.[47] Para este francés nativo de las Antillas, México había sido una presencia cercana, una costa recorrida y visitada a lo largo de los periplos de este excelente marino por el Atlántico. Siempre lo habían rodeado objetos de artesanía mexicana.[48] Los ecos, los secretos de una gran civilización indígena aparentemente extinguida, pero todavía subyacente, habían ejercido en él una seducción profunda y fabulosa. Había

[46] En "Motivos del Laocoonte", cita con simpatía *Trois morceaux en forme de poire*.

[47] En una carta de Reyes a Juan Ramón Jiménez, fechada en París el 7 de septiembre de 1923, le pide al poeta español que le envíe un ejemplar de sus libros para "Fernand [*sic*] Léger (Saint-Léger Léger o Saint-John Perse)". Agrega: "Él lee el español de corrido, no es justo que ignore la obra de usted". Carta reproducida por Barbara Aponte en su tesis *The Spanish Friendships of Alfonso Reyes*.

[48] Fiel a sus costumbres tropicales, Alexis Léger gustó toda su vida de descansar en una hamaca hecha de sisal de Yucatán. Instaló una en su villa de Vigneaux, en la península de Giens, donde se retiró más tarde. Véase *Oeuvres* de Saint-John Perse, Pléiade, p. 1342.

recibido en Guadalupe una educación muy teñida de hispanismo que todavía era patente en su cortesía y en sus modales delicados. Su abuela paterna era española y las familias francesas instaladas en las islas se sentían tan cerca de los criollos españoles que, cuando en los últimos años éstos tuvieron que salir de Cuba después de los acontecimientos de 1898, habían llevado luto. Alexis Léger había aprendido el castellano casi al mismo tiempo que el francés. Muy niño todavía, le habían dado a leer los textos de los antiguos cronistas españoles que relataban la Conquista de México y él había buscado a través de sus páginas todos los testimonios que aportaban sobre aquellas fastuosas sociedades indígenas ya desaparecidas. Las alusiones a estos textos y a detalles mexicanos son bastante frecuentes a lo largo de sus bellos poemas.[49] En todos los museos del mundo, el viajero había prestado especial atención a las colecciones precolombinas a partir de entonces. Saint-John Perse decía que uno de los objetos más bellos que le había sido dado contemplar era el cráneo azteca en cristal de roca del British Museum.[50] ¡Le hubiera gustado ofrecérselo a su amigo Paul Valéry en homenaje a su pensamiento, a su poesía, puros y transparentes! Seguramente las conversaciones entre los dos poetas-diplomáticos en el local de Adrienne Monnier versaban sobre estos temas. Mas aún que los franceses de la metrópoli, aquellos franceses de las islas habían confiado en el régimen de Porfirio Díaz. Desde hacía años, Alexis Léger seguía con inquietud las fluctuaciones políticas de México, en donde estaba lo esencial de su fortuna familiar. Pero aquella dolorosa desventura —el poeta mantenía a su madre y a sus hermanas— no había mermado su afecto por la gran nación vecina. Ambos podían evocar también su infancia en los cafetales, la flora y la fauna de los climas tropicales, sobre las que estos dos fervientes lectores de Jean-Henri Fabre tenían conocimientos científicos muy precisos. La seducción de Oriente fue sin duda otro vínculo entre ellos, ya que Alexis Leger regresaba de su estancia de cinco años en China. ¿Le confiaría a Reyes aquella extraña comparación que se le había ocurrido entre algunos paisajes de China, "de una cruel belleza", y los de Aragón?[51]

Saint-John Perse interrogó a Reyes sobre la poesía española del momento. Don Alfonso citó a su amigo Juan Ramón Jiménez, cuyos versos le parecían dignos de captar la atención del autor de *Éloges* y le prometió hacérselos llegar. ¿Le envió un ejemplar de *Visión de Anáhuac* o le habló de su poema? Por aquella época, Saint-John Perse daba los últimos to-

[49] "...ni l'ocelot nourri de viande humaine,/ devant les dieux de cuivre, par Montezuma", *Éloges*, Saint-John Perse, Pléiade, p. 40.

[50] Este cráneo de cristal, "el más hermoso objeto fabricado que yo haya visto en el mundo... tanta exigencia espiritual conduce a los límites del rigor intelectual". Saint-John Perse, carta a Paul Valéry en noviembre de 1922, Pléiade, p. 463. Véase también p. 550.

[51] "Carta a una dama que quería ir a China", Saint-John Perse, Pléiade, p. 1091.

ques a *Anábasis*, cuya primera edición iba a ser publicada en la *NRF* unos meses después, en enero de 1924.

## Encuentro con Jules Romains

Reyes tuvo oportunidad de evocar París y las figuras de Apollinaire y Picasso con Jules Romains, uno de los franceses cuya visita a Madrid revistió importancia real para don Alfonso. Antes de la guerra, Romains había estado muy vinculado a los círculos cubistas, hasta el momento en que una desavenencia aparatosa lo había separado de Apollinaire.[52] ¿Lo había conocido ya Reyes en Francia gracias a estos amigos? ¿En qué año situar este encuentro inicial, en torno a sus dos pipas que se resistían a prenderse, "pero sabemos que el fuego que tarda en prender es finalmente el que arde mejor"? El tono amigable y hasta familiar del artículo que le consagró en 1920 a *Donogoo* nos inclinaría por 1913 o 1914, tal vez 1917, fecha de la primera visita de Jules Romains a Madrid. Es de destacar en todo caso que la costumbre de asociar en su espíritu a Jules Romains con el grupo cubista condujo a Reyes a comparaciones interesantes y que, al parecer, no han sido retomadas con frecuencia por la crítica francesa: la influencia del unanimismo en los capítulos "americanos" de *La mujer sentada*, la analogía entre el exotismo cómico de las sociedades de mormones vistas por Apollinaire y el cuento cinematográfico de Romains, "Donogoo-Tonka".

Jules Romains fue por lo menos en dos ocasiones a Madrid en el transcurso de aquellos últimos años de guerra y en la posguerra. No tenemos información suficiente sobre estos desplazamientos, a propósito de los cuales sus biógrafos guardan silencio; tampoco él hizo confidencias al respecto: sabemos la aversión que profesaba por todos los diarios y libros de recuerdos el autor de *Les hommes de boñne volonté*. Oficialmente, fue a España para presentar la exposición de pintura que el nuevo Comité France-Espagne organizó todos los años desde entonces al otro lado de los Pirineos. El gusto había evolucionado mucho desde el comienzo de la guerra. El público español se mostraba menos escandalizado por las audacias francesas y ahora, en cambio, las reclamaba. Pero por muy atraído que estuviera por aquellas manifestaciones artísticas, Jules Romains tenía un objetivo más ambicioso en su estancia en Madrid. El joven agregado sólo había abandonado la cátedra de profesor para disponer de to-

[52] Estas disensiones se habían desplegado a la luz del día, a través de los artículos que Apollinaire había publicado en el *Mercure de France*, y Reyes no había dejado de leer en Madrid esta revista; estaba obviamente al corriente de todas sus peripecias. ¿Hace alusión a Apollinaire cuando evoca, en torno a Jules Romains, "estos camaradas con los que se topa en la vida y con los cuales pensamos que podremos contar como amigos inquebrantables"? *Cf.* "Sobre Jules Romains", en *Los trabajos y los días*, *O.C.*, t. IX, p. 431.

da libertad y poder informarse más de cerca de la evolución del mundo después de la guerra. Convertido en ardiente defensor de la idea europea, independientemente de toda concepción política, había emprendido una gira por las capitales occidentales. Movido por esa voluntad de inteligencia que más tarde transmitirá al Jallez de *Les hommes de bonne volonté*, en Madrid trató de entablar relación con las personalidades políticas importantes y con las figuras eminentes de aquella España de cuyo renacimiento literario tanto se había escrito en Francia. Sabemos por una frase del *Journal inédit* de Valery Larbaud, a la sazón en Alicante, que Romains tenía que ir "a España en agosto-septiembre [1917] para impartir conferencias sobre la literatura y el arte franceses" y que deseaba "disponer de cartas de presentación a gentes influyentes en Madrid". Larbaud precisa igualmente que Jules Romains había sido invitado "a ir a España por Díez-Canedo y por la gente de la revista *España*".[53]

Reyes volvió a encontrar o conoció a Jules Romains, así pues, en 1917; el tono de los artículos que le consagró en 1920 da a entender ese contacto personal, y lo volvió a ver con ocasión de otro viaje de Romains en 1923.[54] Entre los dos escritores se inició una amistad franca, basada en una estima de sus valores respectivos. Ambos se encontraban en el mismo punto de su carrera literaria. Sus pipas ardían con el mismo fuego. Los dos se estaban haciendo célebres. Teórico de la poesía y poeta y ya un importante autor dramático, Romains se encaminaba rápidamente "hacia una gloria bien merecida". Los jóvenes poetas lo llamaban "querido Maestro" y se estaba ganando un público cada vez más numeroso entre la burguesía francesa en el extranjero.[55] Sólo tenía cuatro años más que Reyes y los dos pertenecían a la misma generación intelectual, a la de los literatos del siglo XX a quienes, a diferencia de los escritores del XIX, les atraían por igual las ciencias, y en especial las ciencias de la naturaleza.[56] Jules Romains sentía también una sed insaciable de orden mental. Buscaba "la satisfacción del imperioso deber de la razón" y exigía del ejercicio literario, el servicio humano por excelencia, que pusiera orden en el caos. Creía que el universo tenía que organizarse de acuerdo con el pensamiento, el pensamiento racional y consciente. Esta actitud no le impedía sin embargo sentirse ante todo poeta, considerada la poesía no como la actividad primordial de un escritor que quiere abrirse camino en el mundo, o el medio fácil de ganarse un nombre, sino como un arte esen-

[53] *Cf.* el *Journal inédit*, que tiene fecha de 23 de junio de 1917. *Obras completas* de Larbaud, t. I, p. 124.

[54] "El cine literario", artículo fechado en 1920, publicado en *España*, y recogido en *Simpatías y diferencias, 1ª serie*, *O.C.*, t. IV, p. 107.

[55] *Cf.* el *Journal inédit* de Valery Larbaud, t. I, p. 372, líneas fechadas en 1919.

[56] Jules Romains ingresó en la Normal con su licenciatura en letras, obtuvo de inmediato la licenciatura en ciencias, con títulos en histología y en botánica, lo cual no le impidió obtener, al año siguiente, la cátedra de filosofía.

cial que trata de mantenerse fiel a través de todas sus demás producciones. Reyes, también teórico del verso, amigo muy cercano, desde sus inicios en el Centro, de Tomás Navarro Tomás, el mejor especialista de la métrica española, estaba sumamente interesado en estos puntos de vista novedosos sobre la poesía francesa que Romains expondría en 1923 en el *Petit Traité de versification*.[57] Era una verdadera renovación de la técnica poética francesa. Romains y su colaborador Georges Chennevière pretendían ampliar el procedimiento de la rima hasta un campo infinito de ecos.[58] Su deseo era que los oídos franceses, fatigados de la rima perfecta, admitieran el espléndido recurso de las asonancias de las poesías italiana y española e incluso rimas fuera de lugar. Romains había empleado personalmente, en *La vie unanime*, concordancias entre *endorme* y *larmes*, *muscles* y *arbustes*, *amorti* y *domestique*, *membres* y *brusquement*. Reyes descubrió algunos antecedentes de este sistema falto de rigidez en Manrique, Villegas o Quevedo, y hasta en México en Sor Juana. Jules Romains buscaba, lo mismo que Reyes, "un nuevo clasicismo". Aconsejaba un gran desprendimiento, abandonar el adorno yuxtapuesto, los preciosismos postizos, todo ese raudal fácil que conduce tan fatalmente a nuestras lenguas latinas al arte de la oratoria. Deseaba "una belleza funcional; la sustancia interna de la obra determina su forma, con una necesidad casi biológica". Era, decía Reyes, "una dieta sobria capaz de devolver la salud y el gusto al paladar".[59] Pero estaba asombrado de no haber encontrado en el *Traité* de Romains el nombre de Claudel. Romains lo tranquilizó. Amigo y ferviente admirador del poeta de las *Tres grandes odas*, se había abstenido de citarlo en su libro porque, a su entender, los largos versículos claudelianos no entraban en la categoría de los versos. Sus múltiples ritmos trascendían en mucho los términos que aceptaban Romains y Chennevière.[60] En lo que respectaba a la poesía de vanguardia, la de los jóvenes dadaístas, las posiciones de Alfonso Reyes y de Jules Romains eran idénticas: la tomaban en consideración con una divertida indulgencia. "Provenía del último estilo de Apollinaire, era una crisis por la que había que pasar."

Jules Romains era conocido en Madrid por sus teorías de juventud sobre el unanimismo, en torno a las cuales Reyes no dejó de reflexionar a lo largo de su vida y de su obra, explicándolas en todos sus matices a sus lectores mexicanos y buscando sus antecedentes incluso en la litera-

[57] Copeau acababa de encargarle impartir un curso de técnica métrica destinado a los jóvenes actores del Vieux-Colombier, cuyas representaciones Reyes había seguido con gran simpatía en 1913-1914.

[58] *Cf.* Reyes, "A José Luis Martínez", en *De viva voz*, *O.C.*, t VIII, p. 83.

[59] Véase Reyes, "Sobre Jules Romains", *op. cit.*, p. 431, y "Tres versificadores decían", en *Las burlas veras, 1er. ciento*, p. 119.

[60] Véase Jules Romains, *Les hommes de bonne volonté*, Flammarion, t. I, p. 120.

tura española, en *Numancia* de Cervantes o en *Fuenteovejuna* de Lope de Vega.[61] Pudiera ser que la presión del ambiente madrileño, la fuerza de la vida colectiva y urbana en España, el contacto inmediato y real que se establecía en la amistad española, el "codo a codo" fraternal con los investigadores del Centro, le hayan permitido comprender mejor los conceptos unanimistas. En torno a Díez-Canedo había encontrado también un grupo literario lleno de admiración por Émile Verhaeren, "el mayor poeta de los tiempos modernos". Reyes disfrutaba ya la truculencia rabelaisiana, el estrepitoso júbilo de sus kermesses flamencas. En España aprendió a compartir la simpatía de este poeta por el mundo moderno, con sus máquinas retumbantes, sus trenes saltarines, sus locomotoras en marcha; a apreciar la belleza misteriosa de las fábricas y de los puertos llenos de hollín y de humo, a comprender la nobleza de esa actividad industrial que desembocaría en la creación de un universo nuevo, brillante y florido. El poeta del socialismo belga había sido el primero en describir la cohesión de una multitud, de una calle en movimiento. El unanimismo ya estaba condensado en las fuertes imágenes de las *Villes tentaculaires*. Allí había una noción nueva para Reyes; los recuerdos de las sociedades de insectos descritas por Jean-Henri Fabre y después por Maeterlinck le ayudaron a captar su vitalidad primaria y esencial; el frente de los ejércitos era otra demostración de ella que de manera monstruosa había esbozado un ser inmerso hecho de la carne de toda Europa. Así pues, don Alfonso consideraba prudente subrayar el poder que el grupo había adquirido en nuestra sociedad. Él soñó durante mucho tiempo con escribir un drama histórico sobre América, en el que el héroe individual sería sustituido por la voz popular y tendría un carácter colectivo. Pensaba en estudiar las semejanzas entre ese conjunto de sociedades modernas y el coro, tal como lo habían concebido los dramaturgos griegos. Jules Romains, lo mismo que Reyes, estaba "atormentado por Dios, enfermo de inquietud religiosa". Era apasionante escucharlo explicar que mediante el unanimismo tal vez había redescubierto algunos principios cristianos, la Comunión de las Almas o incluso la Comunión de los Santos, esa idea sumamente audaz de un alma colectiva en la que los méritos podían ser intercambiados o transmitidos de uno a otro. Pero ¿no nos topamos aquí con una de las paradojas, una de las contradicciones internas de la doctrina cristiana? ¿Esa participación en un alma más extensa no impedía la esperanza de una sobrevivencia personal?

Socialmente los dos hombres provenían de extracciones muy diferentes. Hijo de maestro de escuela y criado en un barrio popular de París, Louis Farigoule había conocido de cerca la vida obrera sin haber tenido necesidad de pasar por las descripciones literarias de esos entornos. Des-

[61] *Cf.* "Homilía por la cultura", en *Tentativas y orientaciones*, *O.C.*, t. XI, p. 212, y "Sobre Jules Romains".

de muy joven le atrajeron las ideas de Jaurès. Cuando estuvo a cargo, como Reyes, durante un largo periodo de una sección de reseñas de libros, fue en *L'Humanité*. Había visto la revolución rusa con entusiasmo, en sus inicios por lo menos. Su impresión se había trastornado algo con los acontecimientos de octubre. "Esta segunda revolución rusa emanaba un resplandor seco y duro en el que se podía captar no tanto el fervor humano como el cinismo y la amoralidad... Pretender que el fin justifica los medios es razonar como Torquemada, como los jesuitas, como el Estado Mayor en los tiempos del caso Dreyfus, como el despotismo eterno..." y aun así los bolcheviques reclamaban para sí la mística de la paz. Con ellos comenzaba la era de la concordia en el mundo, como con Cristo había comenzado el amor al prójimo, o la libertad en 1789. Pero la revolución rusa había tenido que defenderse. Había formado su propio ejército, "y no por llamarlo 'rojo' lo eximía de ser un ejército". A partir de aquel momento ya no había magia. Romains hablaba también "de la ferocidad del régimen en el interior, del menosprecio insolente que pregona de los derechos del hombre... de esa famosa dictadura del proletariado que sería un absurdo en principio si no fuera una mentira de hecho".[62] En conjunto, estas reflexiones se parecían bastante a las de Reyes, partidario ardiente de una libertad individual sin límites, convencido de la nobleza del trabajo y de la dignidad tanto del obrero como del intelectual, vivamente interesado en las experiencias rusas pero con repentina desconfianza en su evolución. Por último, en la época en que Reyes estaba preocupado por reunir en América las diferentes aspiraciones de aquellas veinte repúblicas para definir mejor "el alma americana", ¿qué intento podía serle más caro que el del autor de *Europa*? Jules Romains había tenido la valentía —y lo era en 1915— de afirmar que la guerra era inútil y dañina. Pero ¿no podía al menos contribuir, más allá de la victoria militar propiamente dicha, a dar nacimiento a la idea europea, a crear una comunidad de países libre de aspiraciones belicosas?

El autor de *Copains* llegaba a España con la aureola de su prestigio de miembro de la Escuela Normal. Además Reyes muchas veces había establecido un paralelismo entre el prestigio de la Escuela Normal de Francia y el que ostentaba en su tiempo su querida Escuela Preparatoria. Quién sabe todo lo que la grande y bella obra que escribió entonces, "El testimonio de Juan Peña", le deba, en cuanto al fondo y en sus primeras páginas, a las diabluras y la alegría iconoclasta de *Copains* de Romains.[63] Pero en la pluma de Reyes la "novatada" estudiantil termina trágicamente. La expedición que relata y que lo había conducido con algunos compañeros a un pequeño pueblo mexicano distaba mucho de encontrar en aquel lugar el dichoso letargo de la provincia francesa. Los jóvenes

[62] Véase Jules Romains, *Les hommes de bonne volonté*, Flammarion, t. III, p. 448.
[63] "El testimonio de Juan Peña", texto fechado en 1923, en *Quince presencias*, p. 53.

satisfechos de la gran burguesía de la capital habían descubierto la lamentable realidad indígena, la desesperación, la dramática pobreza, al borde de la sublevación, de esos pueblos que carecían hasta de camposanto. Aunque fuera implícita, la comparación con el campo francés, rebosante de abundancia, no por ello era menos desgarradora.

Es de imaginar con qué placer Reyes reconoció en Jules Romains al refinado conocedor y al enamorado de París, de sus barrios, de sus plazas, un observador sutil de sus ritmos tan diversos según las horas, de las tonalidades indefinidas de su cielo, en el momento en que el escritor francés preparaba, después de *Puissances de Paris*, la colección de versos que se titularía *Amour, couleur de Paris*. Finalmente, una obra de Romains de género completamente diferente le había llamado la atención en 1920. En el artículo que consagró a "Donogoo-Tonka" cuando se publicó en la *NRF* y que apareció en la revista *España*, Reyes escribió un análisis divertido y muy personal de ese "cuento cinematográfico",[64] Todo empieza con un suicidio fallido, y recordemos que para Reyes el suicidio era un tema especialmente elocuente. Romains había imaginado que este sobreviviente, por consejo de su médico y para sanar de su obsesión, tenía que ir a ponerse al servicio del primero que llegase, en este caso un sabio profesor. Este personaje había encantado, literalmente, a Reyes. ¡Era tan francés! Aunque enseñaba geografía y hasta era autor de una *Geografía universal* en varios volúmenes, ignoraba todo acerca de los demás continentes y en particular de América. Su rigor científico estaba marcado por la más alta fantasía, de suerte que había situado en Brasil...una ciudad sacada de lo desconocido, una población que no existía, Donogoo-Tonka. Además, este error podía ser fatal para él e impedir que lo eligieran miembro del Instituto, porque, como buen francés, el profesor gustaba de los honores. A Reyes le había divertido mucho la reacción que Romains había adjudicado al ex candidato al suicidio: "La elección al Instituto es dentro de seis meses y tenemos tiempo de ir a crear esa ciudad que no existe". Entrevistas, discursos, conferencias de propaganda se suceden, en agitadas escenas que anticipan las películas de René Clair o algunos pasajes de *La loca de Chaillot*. Por último, varios aventureros se habían embarcado y partido a fundar la nueva ciudad, caricatura moderna del descubrimiento y la colonización de América, tema al que un mexicano como Reyes era naturalmente sensible. El error geográfico lindaba entonces con la utopía.[65] Los aventureros atravesaron "las llanuras mexicanas", pasaje sobre el que Reyes hizo mucho hincapié y, por fin, después de largas caminatas, hartos de aquellas extensiones desérticas, plantaron en el suelo un bastón que portaba esta leyenda: "Donogoo-Tonka". Era el mejor medio de no tener ya que buscar la ciu-

[64] "El cine literario", *op. cit.*

[65] *Cf.* Reyes, "Las utopías", en *Los trabajos y los días*, *O.C.*, t. IX, p. 276.

del fantasma. Poco después, los colonos afluyeron, se descubrió oro; era la riqueza, la rápida instalación de la industria... y el triunfo del profesor de geografía. Ingreso al Instituto, banquete y apoteosis final. Según Reyes, el tema, con el humor y la carcajada rabelaisianas, iba más lejos de lo que parecía. Era la historia de un error convertido en realidad, la parodia burlesca del pragmatismo científico. "Estos crepúsculos de verdad y de mentira, decía, siempre han sido fecundos. De este modo, la hipótesis científica cobra a veces la condición de un supuesto *a priori*, antes de que sea verificada mediante la experiencia." Y geográfica, históricamente, cuántas tierras imaginarias habían sido el origen de descubrimientos reales. En busca de la mítica Fuente de la Juventud, Ponce de León había encontrado la Florida. En busca de un país ficticio, se había encontrado América.[66] Desde un punto de vista puramente cinematográfico, "Donogoo" era una obra llena de recursos y Reyes volvía a tomar la pluma experta del crítico *Fósforo* para subrayar la novedad de los procedimientos empleados: pantalla dividida en cuatro partes, en cada una de las cuales se representaba una escena diferente, con acción simultánea. El amigo de los cubistas discernía en "Donogoo" la aplicación de técnicas que le eran caras: el subjetivismo, la deformación plástica de los objetos bajo el poder de un estado de ánimo. Reyes describía a sus lectores esa mujer que se transforma en fumarola, las patas de ese taburete que se retuercen...y parece que esas escenas hubieran sido extraídas de su propio *El plano oblicuo*. Por último, Romains creaba en este libro un nuevo "ritmo cinematográfico", muy francés, menos lento y menos monótono que el italiano, menos pueril que el del cine norteamericano, en el que las obras de arte, si es que las había, eran escasas, y que parecía destinado a producciones construidas siempre sobre los mismos temas para consumo de la gran mayoría. En Romains, el movimiento era equilibrado, pese a que no se negaba a hurgar meticulosamente todas las intenciones y matizarlas, utilizando con precisión las dotes de análisis del cine. Así pues, el cine francés se libraba de las insipideces y los claros de luna de antes de la guerra. "Donogoo" era en verdad un esfuerzo loable por renovar el séptimo arte, en el que todo lo que se reflejaba era francés: los alardes musculares estaban remplazados por los de la audacia y la inteligencia. La forma era refinada, llena de felices hallazgos. Cada rasgo, cada bostezo, todos los guiños, todas las sonrisas provocaban sus efectos, a menudo humorísticos. Era en definitiva, decía Reyes, la creación de un "cine literario... la más seria aportación de la literatura francesa al arte cinematográfico".

En este hombre encantador, de veras encantador, que fue para él Jules Romains, Reyes no encontró únicamente al amigo de los cubistas y al autor de talento. Gracias a él, tuvo acceso a otro círculo parisiense muy

[66] *No hay tal lugar...*, *O.C.*, t. XI, p. 335.

diferente y que él admiraba mucho. Romains era uno de los pocos escritores de su generación que a la vez formaba parte de la vanguardia y de círculos con concepciones más clásicas como los de l'Abbaye y, más tarde, de la *Nouvelle Revue Française*.[67] Estaba en estrecho contacto con Claudel, Paul Valéry, Léon-Paul Fargue, Valery Larbaud, en una palabra, con todo el equipo que se había reunido en torno a André Gide. Reyes había seguido los artículos que Romains había publicado en su revista y fue incluso por un comunicado del joven profesor de filosofía, publicado en la *NRF*, como se enteró del advenimiento de una nueva psicología que derivaba de los descubrimientos de Freud.[68] Jules Romains no eludió nunca presentar a sus amigos entre sí y cumplía gustoso con este papel de intermediario, propio de un mensajero del pensamiento y del arte francés en el extranjero. Se ofreció para presentar a Reyes a algunos editores parisienses, como Gaston Gallimard, en los nuevos centros literarios, en la librería de Adrienne Monnier.

Esas pruebas de estima no impidieron sin embargo que entre ellos reinara la mayor franqueza. Es incluso curioso constatar que fue Reyes, el más joven, el que comenzó muy pronto a adoptar frente a Jules Romains una actitud exigente, sin escatimarle las críticas, como si al haber percibido la gama de sus posibilidades, lo juzgara lo bastante grande como para poder exigirle obras cada vez más perfectas.[69] Según Reyes, por ejemplo, el tema de *Puissances de Paris* era demasiado endeble para un libro; podía a lo sumo ser tema de un artículo. Demasiados subtítulos en "Donogoo", demasiadas disertaciones.[70] En cine, era necesario reducirlas al máximo y agotar hasta el fin los recursos del séptimo arte. Romains todavía tenía que perfeccionar su técnica en todos los géneros a los que se dedicaba. Pertenecía "a ese tipo humano del que tenemos derecho a esperar mucho", dotado para todo, capaz de lograr una obra maestra.

## El joven hispanismo francés: Mathilde Pomès y Jean Cassou

Hacia finales de enero de 1921, una joven maestra de español llegó a establecerse en Madrid. Hizo una visita a Enrique Díez-Canedo y le entregó una carta de Valery Larbaud, cuya amistad con el crítico español conocemos. Fue, pues, en casa de Díez-Canedo y en esas circunstancias como Reyes conoció a Mathilde Pomès. Enrique y Alfonso se sienten obligados a presentar a la joven hispanista a los mejores escritores madrile-

[67] Él había tratado de reunir a los dos grupos, el de los cubistas y el de l'Abbaye, con la organización de las cenas en la rue de Valois. *Cf.* Madeleine Israël, *Jules Romains*, p. 57.

[68] "La teoría de la información", en *Las burlas veras, 2° ciento*, p. 17.

[69] "Eso no está bien, Jules Romains," "El cine literario", *op. cit.*, p. 111.

[70] No obstante, declaraba que sus explicaciones estaban escritas en una lengua excelente y que le resultaban muy agradables de leer.

ños. La introducen especialmente en La Cripta del Pombo, de Gómez de la Serna, con quien estableció amistad y de quien se convirtió en traductora.

El nombre de Jean Cassou aparece mencionado por la pluma de Alfonso Reyes en una breve pero entusiasta reseña que publicó en *El Sol* el 3 de octubre de 1918[71] para presentar al público español el segundo volumen de una colección, la Bibliothèque France-Amérique, que iniciaba, en el marco del acercamiento cultural entre Francia y América Latina, la publicación en francés de textos antológicos de los grandes escritores latinoamericanos. A un volumen consagrado a Rodó siguió la antología *Páginas escogidas de Rubén Darío*.[72] Junto a traductores experimentados como Georges Herelle, Marius André o Jean Aubry, habían participado en la obra algunos "jóvenes poetas de mucho porvenir".[73] Jean Cassou tenía apenas veintiún años. Su nombre aparece en seguida con regularidad, en 1919 y en 1920, en los índices de *Hispania*, publicación en la que tenía a su cargo una *Revista de Revistas* muy útil. En 1921, Jean Cassou se había convertido en uno de los principales traductores de *Hispania* y Reyes había apreciado su versión francesa de algunos textos de Eugenio d'Ors, en el número de enero-marzo. En enero de 1922, la firma de Jean Cassou figuraba junto a las de Max Daireaux, Francis de Miomandre, Pillement, entre los autores de reseñas que publicaba la nueva *Revue de l'Amérique Latine* del profesor Martinenche.

Reyes no ignoraba por tanto la existencia de este "joven de gran talento que sabe español", recomendado por Francisco Contreras, el crítico del *Mercure de France*, en una carta del 21 de mayo de 1923.[74] Contreras mencionaba también las crónicas de Cassou publicadas en el *Mercure* con el título de "Cartas españolas". Sabedor de que Reyes buscaba un buen traductor para *El plano oblicuo*, cuyo traslado al francés requería un talento hábil y lúcido, Contreras proponía al joven para esta delicada empresa. De inmediato se estableció una corriente de simpatía entre Reyes y Jean Cassou, quien se entusiasmó con *El plano oblicuo* y se lanzó a traducirlo. Estos cuentos, en los que la ironía bordeaba lo fantástico y estaba unida a un humanismo auténtico, se adecuaban de maravilla a su inteligencia filosófica, a su gusto por la fantasía y por el misterio, a su cultura ya refinada y personal. ¿Fue Reyes uno de los que introdujeron a Cassou en la sociedad literaria de Madrid? Es probable, a juzgar por las excelentes páginas de su *Littérature espagnole*.[75] Los gran-

[71] Reproducido en *Entre libros*, *O.C.*, t. VII, p. 372.

[72] Introducción de Ventura García Calderón (40 pp.), 149 páginas de traducción. París, Alcan, 1918.

[73] Entre los traductores de Rubén Darío, se contaban además A. de Bengoechea, Max Daireaux, la señora B.-M. Moreno, G. Soulages, G. Pillement, A. Wurmser.

[74] En la Capilla Alfonsina.

[75] París, Kra, 1929.

des escritores contemporáneos de los que habla con tan justa precisión eran los mejores amigos de Reyes, Ortega, Gómez de la Serna, Unamuno, y es fácil imaginar los momentos apasionantes que vivieron los dos en 1923 en Madrid en su compañía. El 21 de octubre de 1924, después de un importante intercambio de correspondencia, en la que el traductor minucioso muchas veces pedía al autor que precisara el sentido de alguna expresión, la intención del menor énfasis, la traducción de *El plano oblicuo* estaba terminada.[76] Jean Cassou tenía el proyecto de que fuera publicada por su editor, Emile-Paul. El director de esta editorial, Edmond Jaloux, había aceptado el manuscrito, de lo que el autor se congratulaba y esperaba una publicación próxima.

## Las traducciones de Miomandre

Reyes veía con la mayor simpatía el desarrollo del hispanismo en Francia pero no dejaban de inquietarle las iniciativas de algunos aficionados o autodidactos que, enamorados de España pero insuficientemente informados sobre la literatura española y sus problemas, se daban mucho tono de manera irresponsable en los casos más difíciles. No pudo reprimir su indignación cuando vio, por ejemplo, que Francis de Miomandre,[77] cuya iniciación al "terreno sagrado" de Góngora databa de hacía tres años, se aventuraba en la peligrosa empresa de comentar y traducir los sonetos de este valioso escritor. La fineza psicológica y el sentido poético de Miomandre habían captado el carácter esencial de conjunto de esta obra, que consistía en la unidad. Se había dado cuenta acertadamente de que, en el transcurso de los siglos, el gusto del público se había engañado respecto al poeta de Córdoba. En general, se pensaba que Góngora había compuesto ante todo versos familiares de fácil acceso. Más tarde, al no obtener éxito alguno, había imaginado "la creación de una especie de lengua especial que deformara el sentido de las palabras y alterara incluso el movimiento de la frase". Esta "jerga, adornada con todos los falsos encantos que puede revestir el mal gusto", fue acogida de inmediato favorablemente. Espíritus tan cultivados como el de Lucien-Paul Thomas habían llegado a hablar de la "media vuelta" súbita de Góngora. Miomandre defendía a Góngora diciendo que éste no había tenido nunca la perversión de inventar una lengua convencional."... Dotado de una ima-

[76] Reyes acarició la idea de publicar esta abundante correspondencia intercambiada con Cassou a propósito de *El plano oblicuo*, ya que se prestaba a aclarar el texto a veces difícil de esos cuentos tan modernos.

[77] Francis de Miomandre, "Critiques à mi-voix: Gongora et Mallarmé", seguido de la traducción de catorce sonetos de Góngora, *Hispania*, París, núm. 2, julio de 1918, y "Dix sonnets de Gongora", traducción de otros diez sonetos en la misma revista, núm. 3, abril de 1919.

ginación muy rica, intentó todos los géneros... hay analogías reales entre todas sus obras...Hay una poderosa unidad en sus poemas...Stéphane Mallarmé fue también acusado de perderse adrede en la obscuridad a fin de adquirir una gloria que les fue negada a sus versos más claros... he llegado a la certeza de que existe una especie de fraternidad mental entre estos dos seres, que un malentendido absolutamente idéntico y producto de la misma malévola estupidez hace que sean acusados de la misma superchería."[78] También era conveniente subrayar la emoción sincera que había inspirado algunos pasajes de la obra de Góngora. No obstante, el artículo de Miomandre provocaba las más expresas reservas acerca de una serie importante de cuestiones y Reyes, por cortesía, no publicó de inmediato la página cáustica de sus rectificaciones, que también podían ser una reprobación de la ligereza de sus amigos, García Calderón o Ernest Martinenche, que las habían dejado pasar en una revista destinada a estudiantes especializados en español o a lectores cultos. El exigente sentido de la exactitud en la historia literaria que en efecto tenía don Alfonso, su conocimiento profundo no sólo del poeta cordobés sino del medio y de la época en que éste había vivido le hicieron notar afirmaciones inaceptables de Miomandre.[79] Éste había confundido, en primer lugar, *conceptismo* y *cultismo*. El cultismo, corregía don Alfonso, no fue "una agravación del conceptismo"; sostener esto "significa no tener ningún sentido crítico ni cronológico". En la enumeración que hacía el crítico francés de los mayores espíritus del siglo XVII, había colocado entre los primeros a Pellicer, quien, para Reyes, no merecía en realidad figurar ni "a la cola de la lista". Cascales no había "profesado una admiración profunda por Góngora", se podía incluso ver en él "a su detractor por excelencia". El hecho de escribir versos de circunstancias no era característico de don Luis, como parecía creer Miomandre, sino una moda general de la época. Góngora no era "un peu d'église", sino eclesiástico. "Dejar caer el nombre de Herrera —uno de los más cercanos predecesores de Góngora— para hablar de lo distinto que era Góngora de sus contemporáneos" no es consecuencia de una erudición "muy cernida". Al evocar la generación literaria de Góngora, tampoco convenía retroceder hasta Garcilaso. En definitiva, Miomandre había llevado demasiado lejos el paralelo entre Góngora y Mallarmé al comparar una por una sus imágenes preferidas, como la de la cabellera, que no era sino un tema universal.

Pero estas aproximaciones molestas a la historia literaria eran menos

[78] "El agudo Francis de Miomandre, que ve las cosas cuando apenas van a suceder, lanzó realmente el primer disparo, y su artículo 'Critique à mi-voix: Gongora et Mallarmé' (*Hispania*, París, julio-septiembre de 1918) puede decirse que dio en el blanco." Reyes, "De Góngora y de Mallarmé", página escrita entre 1920 y 1926, inédita antes de *Cuestiones gongorinas*, *O.C.*, t. VII, p. 160.

[79] *Ibid.*

graves que los falsos sentidos o los contrasentidos que Miomandre había difundido en las traducciones de los sonetos. En este caso, don Alfonso no pudo guardar del todo para sí sus reservas. Su probidad lo llevó a expresar, con la urbanidad refinada que poseía pero con nitidez, su opinión mediante una reseña que publicó en la misma revista, *Hispania*, a propósito de los trabajos de Marius André, sabio irreprochable. En un comentario muy favorable a la traducción que éste acababa de hacer del *Polifemo*, dejaba entender que la perspicacia de Miomandre había flaqueado en la interpretación de los sonetos de Góngora. "Para traducir literalmente, hay que comenzar por entender plenamente el original más allá de las palabras, si puede decirse. Desde luego, para traducir del español, no basta conocer las palabras españolas: hay, además, que 'saber español'. Con mayor razón, para traducir a Góngora hay que conocer el léxico gongorino, pero además hay que 'saber Góngora'."[80] Miomandre tenía dotes incuestionables de descubridor, era un intuitivo poco libresco. El *Mercure de France*, del que había sido colaborador desde muy joven, ya en 1908 calificaba sus explicaciones de "algo impertinentes".[81] Miomandre reconoció un día que sabía "un poco de español" y que había "comenzado por especular con la dificultad traduciendo en 1918 cuatro sonetos de Góngora".[82] No respondió a las observaciones de Reyes. Por otra parte, en un artículo sobre Azorín, había expuesto su concepción del crítico como alguien que debía tener una visión "amplia' y negarse "a las mezquindades de la contradicción y de la discusión de cuestiones de detalle...Un crítico, por así decirlo, de síntesis".[83] Este hombre encantador no guardó ningún rencor a don Alfonso por sus rectificaciones. Poco después, rindió homenaje al título de "primero de los gongoristas" que le otorgó Foulché-Delbosc, "príncipe de los hispanistas franceses".[84]

## Confidencias a Valery Larbaud

Valery Larbaud, autor de *Barnabooth* y de *Fermina Márquez*, era uno de los franceses que Reyes más deseaba conocer personalmente. Tenían innumerables amigos en común: Díez-Canedo, Pedro Salinas, Manuel de

[80] "Tres noticias bibliográficas. I. Un traductor de Góngora", *Hispania*, 1920; en *Cuestiones gongorinas*, *O.C.*, t. VII, p. 153.

[81] Véase la reseña de la novela *Écrit sur de l'eau* que valió a Miomandre el premio Goncourt en 1908, en el *Mercure de France* de enero de 1909, p. 430.

[82] Frédéric Lefèvre, "Une heure avec Francis de Miomandre", en *Une heure avec..., 4ème série*, p. 105.

[83] Miomandre, "Azorín", *Hispania*, núm. 2, abril de 1918.

[84] Francis de Miomandre, "Portrait du jour: M. Alfonso Reyes", *L'Europe Nouvelle*, 3 de enero de 1925. En este artículo, una vez más, el incorregible distraído que era Miomandre comete otras inexactitudes. Da a Antonio Caso el título de ministro..., hace de *El suicida* el primer volumen de juventud con el que Reyes había debutado en las letras...

Falla, Gómez de la Serna, y es casi asombroso que no hayan llegado a encontrarse antes de 1923, concretamente en el Café Pombo.[85]

Como Reyes no había coincidido con el escritor francés en la Maison des Amis des Livres, decidió escribirle un breve mensaje que se convirtió en el inicio de una interesante correspondencia y de una gran amistad. Estaba anunciada una visita casi oficial de Valery Larbaud a Madrid para comienzos del mes de abril de 1923. Benjamin Crémieux, Alexis Léger y Jules Supervielle habían intercedido ante Henri Mérimée para que fueran solicitadas algunas conferencias al escritor en el marco de las actividades del Instituto Francés en España. Larbaud impartió por lo menos una conferencia en Madrid sobre "Las pequeñas revistas" y varias en Barcelona.[86] Muy vinculado por entonces a Enrique Díez-Canedo, entró en contacto con numerosas personalidades españolas como Ortega y Gasset y conoció también a Alfonso Reyes. El tono de la correspondencia entre ellos, que desde el comienzo fue afable y personal, nos deja suponer que conversaron largamente durante la estancia de Larbaud en la capital española entre el 7 y el 15 de abril.

En el transcurso de ese mismo año de 1923, el 9 de noviembre, Reyes escribió una de sus cartas más bellas a Larbaud. ¿Cómo es posible que este mexicano tan púdico, que recibía en general más confidencias de las que hacía, pudiera permitir que su pluma se abandonara a la descripción de su sufrimiento de americano, de mexicano, y hablar de las "vicisitudes del desarraigo"? Cierto es que ante aquel anglicista podía evocar a Henry James, el escritor de lengua inglesa que también había sufrido por el exilio y por la imposibilidad simultánea de adaptarse plenamente a otro país y de regresar a vivir a su patria como antes de haberla dejado. Don Alfonso, por una vez, se dejó llevar por "la voluptuosidad de la confidencia", quizá sin confesárselo claramente a sí mismo, porque había descubierto en Larbaud una sensibilidad menos fría que en muchos franceses y capaz de comprender su alma mexicana. A aquel hombre de letras fino y cálido, le confiaba la dificultad que tenían sus compatriotas para adquirir una cultura "consistente", para hacerse escuchar en contra de "la superstición general", para liberarse de los sobresaltos sanguinarios de los que estaba llena la política latinoamericana. Reyes se permitió

---

Ricardo Güiraldes también manifestó reservas a las traducciones de Miomandre en una carta que escribió a Larbaud (*Obras completas* de Güiraldes, p. 778), texto que encierra excelentes observaciones muy matizadas sobre los problemas de la traducción. Véase también S. Molloy, *La diffusion de la littérature hispano-américaine en France au XX^e siècle*, p. 135.

[85] Reyes había dejado de frecuentar el Pombo a partir del día en que había oído a Ramón hablar con ligereza y hasta groseramente de su amigo Díez-Canedo, lo cual quizás explique por qué no había asistido a la velada en la famosa Cripta en honor de Larbaud, el 9 de abril de 1922. Véase, en la *Correspondance Larbaud-Reyes*, la nota de la página 112.

[86] Según un texto de Larbaud, incompleto e inédito, titulado "Recuerdos de un conferenciante", que se conserva en los fondos Larbaud de Vichy.

confesarle esa envidia que los escritores americanos les tenían a sus colegas franceses: "¡Qué dichosos son ustedes de encontrar al nacer un medio propicio alrededor! Los elementos de cultura y de trabajo, la educación, la confianza en la estabilidad de las cosas que les rodean y hasta la opinión general les son favorables. Todo..."

Reyes, abolida toda vanidad, no vacilaba en calificar de "trágicos" sus propios esfuerzos y los de sus colegas. Valery Larbaud, que tan bien había descrito en otro tiempo la psicología de un Barnabooth o de un Santos Iturria, podía comprender ahora mejor que nadie "la búsqueda de la conciencia nacional", la ambición de la América española de precisar su unidad y el papel que debía desempeñar en la posguerra. Confesión y documento por demás conmovedores que, si bien escritos en un magnífico castellano, dejaban traslucir una ternura ajena a la psicología española, una mentalidad patética y cercana a las lágrimas, muy mexicana, que usualmente se disimula ante los extranjeros.

## La "nueva" novela: Apollinaire y Proust

La revisión de los numerosos libros que Reyes adquirió a partir de 1920, a raíz de que sus recursos financieros empezaron a mejorar un poco, lo muestra siempre atraído por los clásicos franceses (Bossuet, Régnard, Chateaubriand), y también atento a la producción contemporánea francesa, orientado por las revistas, fundamentalmente por la *NRF*. Varios volúmenes de Alain, Claudel, Cocteau, Max Jacob, Mac Orlan, Salmon, Thibaudet, Charles Vildrac, ocupan un lugar en sus anaqueles y bajo la luz de la lámpara. El primero de esos libros nuevos que lo impulsó a volver a escribir crítica literaria fue *La mujer sentada*, novela póstuma de Guillaume Apollinaire, publicada en la *NRF* en 1920.

Desde que Reyes abandonó París, nunca había perdido de vista a Apollinaire. Hasta en los peores años, había logrado adquirir siempre sus obras; había compartido su concepción del periodismo: aquella diversidad, aquella libertad respondían a su fantasía y a su curiosidad. Le había gustado que también para Apollinaire la frontera entre la crónica, el cuento y a veces el poema permaneciera con frecuencia incierta. Había seguido las *Anecdotes* que el poeta francés publicaba en el *Mercure*. Puede que algunas le parecieran endebles y tal vez fueran las que motivaran las páginas en las que Reyes explota con brío y sensibilidad los buenos temas de los que Apollinaire, fatigado o preocupado, no siempre supo sacar partido.[87] Aquellos artículos del crítico francés ponían al descubierto el

[87] Así el artículo de Reyes "El milagro, según Duhamel", escrito en junio de 1919, publicado en *El Heraldo de México* (Recogido en *Aquellos días*, *O.C.* t. III, p. 393), supera en mucho, por la fuerza de su sentimiento y de su estilo, la reseña convencional que había consagrado Apollinaire al libro de Duhamel (*Mercure de France*, 16 de julio de 1917).

cansancio del combatiente y Reyes, pese a todo, expresaba su doble admiración por Guillaume, gran poeta y "héroe de la tierra de Francia".

Otros vínculos unían además a los dos escritores. Apollinaire hacía frecuentes alusiones en sus obras y en sus artículos a México y se encargaba de tener a sus lectores al corriente de la actualidad mexicana en sus crónicas en el *Mercure* o en *L'Europe*.[88] Describía la actividad de la colonia francesa en México y su patriotismo durante la guerra. La fuente de estas informaciones, gracias a las cuales México aparecía por fin en las grandes revistas francesas, era de primera mano, puesto que el hermano de Apollinaire, Albert, residía en México desde principios de 1913. ¿Lo había conocido Reyes en el transcurso de aquella vida peligrosa que había sido la suya antes de partir al exilio? No hay nada que nos permita afirmarlo, pero no cabe duda de que amigos en común los habían mencionado uno al otro y es probable que Reyes haya evocado a México con Apollinaire en compañía de Diego Rivera. El tema de México, así pues, creaba nuevas afinidades entre el poeta de *Alcools* y Reyes.

*La mujer sentada* es una obra mal compuesta y carente de unidad sobre cuya estructura Reyes tiene graves reservas, aunque ignoraba que Apollinaire la había "montado" como se monta una película, valiéndose de tijeras y pegamento, con fragmentos dispares de dos novelas inconclusas.[89] Pero las historias de Pamela, parisiense exiliada, y de su hijita Elvira, joven mujer excéntrica y frívola que se movía en los círculos de los primeros cubistas parisienses, habían hecho que en don Alfonso se desbordaran los recuerdos a raudales. La "nostalgia" de Pamela cuando oía mencionar París, Romainville o la Porte Maillot, la "tierna melancolía" de Elvira cuando pensaba en "aquella vida adorable y ligera asesinada por la guerra" fueron las suyas, y fue entonces cuando escribió un artículo muy interesante que entregó en 1920 a la revista amiga *España*. Reyes se había dado cuenta de la novedad técnica que encerraba esta obra peculiar. Anunciaba una nueva escuela de novela en la que se distinguen ya el germen y el método, por ejemplo, de *Les hommes de bonne volonté*. Siguiendo una técnica habitual cubista de mezclar objetos reales, recortes de periódico, fragmentos de textiles, vaciados, patas de mesa, en los lienzos de sus cuadros, Apollinaire hacía coexistir figuras imaginarias, exóticas o inverosímiles, como esos mormones de opereta, con personajes auténticos del París de antes de la guerra. Reyes los reconocía, ya que los había frecuentado en los círculos de Diego Rivera —de quien por otra parte deplora la ausencia en el libro— y de Picasso. Era la irrupción de los procedimientos cubistas en la literatura.

Entre esta nueva técnica y la obra considerable de Proust, la no-

[88] Véase el artículo publicado el 28 de septiembre de 1918, en *L'Europe Nouvelle*, *Obras completas* de Apollinaire, t. II, p. 757.

[89] "La novela bodegón", en *Simpatías y diferencias, 2ª serie, O.C.*, t. IV, p. 93.

vela era entre todos el género que parecía destinado a las más profundas transformaciones. *En busca del tiempo perdido, Un amor de Swann*, en 1913, *A la sombra de las muchachas en flor* en 1918 y después, en 1920 y 1921, *El mundo de Guermantes* y *Sodoma y Gomorra*, así como los artículos de Proust publicados en la *NRF* a lo largo de aquellos años, habían sido leídos y apreciados de inmediato en España en el medio en que Reyes se desenvolvía, por Azorín y Díez-Canedo en especial.

Don Alfonso había colocado muy pronto a Proust entre los más grandes. A partir de entonces, para él había la época de "antes y después de Proust". "Era la época en que Proust no existía aún para nosotros", diría más tarde refiriéndose a los años que precedieron a la guerra.[90] A su alrededor, como por doquier en el extranjero entre 1914 y 1918, se hacían comentarios sobre la suerte que correría más tarde la obra de este novelista en su propio país. Tanto a los lectores de Londres como a los de Madrid les parecía que aquel genio, tal vez influido por la sangre materna, era muy poco francés. Se pensaba que su preocupación por penetrar las almas y los largos arabescos flexibles de su estilo no serían muy del gusto de los propios franceses. Con Samuel Butler y Georges Meredith, y después Henry James, la novela de análisis era considerada una especialidad británica que encajaba menos con el famoso espíritu de síntesis de los franceses. Su cultura inglesa, y también su carácter, siempre habían empujado a Reyes al análisis psicológico. Bajo la influencia de Henry James había escrito uno de los mejores cuentos de *El plano oblicuo*, "La entrevista".[91] La obra de Proust cultivaba también el recuerdo, en el marco de una concepción bergsoniana del tiempo que era por igual la suya. Hacían también acto de presencia la pintura y la música, a las que él veneraba. En suma, la obra de Proust interesó a don Alfonso hasta tal punto que se propuso escribir sobre ella. ¿Sería sobre su forma, que consideraba digna de admiración, sobre su técnica de novelista? Sus nuevos contactos con París, la exposición del Jeu de Paume que visitó en 1921, una nueva visita al Louvre, la muerte de Proust el 18 de noviembre de 1922, lo decidieron a enfrentar el comentario del inmenso fresco proustiano a través de un detalle que, a primera vista, podía pasar por accesorio: el interés que manifestaba Charles Swann por el pintor holandés Vermeer de Delft. Recordemos aquellas monografías que el protagonista

[90] "Historia documental de mis libros", *Revista de la Universidad de México*, febrero de 1957.

[91] Este cuento escrito en México en 1912 anuncia las obras de Proust de modo asombroso. Encontramos ya en él ese ligero menosprecio en la descripción de una atmósfera mundana de recepciones y de música frívolas; la intrusión constante de sueños en el análisis psicológico del momento. La hipersensibilidad del cuentista experimenta la misma sensación de desequilibrio físico ante el menor hecho acontecido al azar o contra sus previsiones. Lo mismo que Vermeer y Proust, el autor interpreta el lenguaje de las miradas, el de las sonrisas.

de Proust tenía intención de escribir sobre este artista y cuya escritura abandonaba o reemprendía según el ritmo de las fluctuaciones de su amor a Odette. La atención que el propio Reyes prestaba a los pintores holandeses y la admiración que sentía en especial hacia este maestro lo llevaron a estudiar las causas, los significados profundos de la mención del nombre de Vermeer de Delft, una decena de veces, en *Un amor de Swann*. Su estudio "Vermeer y la novela de Proust", del 29 de noviembre de 1923, fue publicado el mismo año en *Social*, una revista de La Habana. No es, por cierto, uno de los ensayos más perfectos de Reyes. Su plan carece a veces de rigor, algunos párrafos adolecen del peso de lugares comunes o digresiones. Pero ¡cuántos buenos pasajes! ¡Qué interpretación tan precoz de la técnica y de las posiciones estéticas de Proust! ¡Qué gran avance respecto al conjunto de la crítica proustiana, y qué placer leer los comentarios a *Un amor de Swann*, el libro de Proust admirable entre todos, y a los cuadros luminosos de Vermeer, en la bella, exacta y viva prosa de don Alfonso! Palpita en el texto la sensibilidad del verdadero aficionado al arte que ha contemplado de lejos, de cerca, prolongadamente, las obras que explica y ha dejado que, poco a poco, ascienda en él la emoción. El erudito aporta a estas observaciones una base sólida, la lectura de las críticas autorizadas, la riqueza de una documentación ampliamente internacional: Thoré-Bürger, ese francés expatriado que fue el primero en "descubrir" a Vermeer en el siglo XIX, y Clyve Bell y Vanzype, citados honrada y levemente. Qué tema tan especialmente oportuno ese estudio comparado entre dos terrenos artísticos distintos pero amados a la par. No podía haber nada más adecuado al temperamento de don Alfonso que este paralelo incesante entre el escritor analista, al que él leía con la mayor atención, y uno de sus pintores preferidos. Seguramente el nombre musical de "Vermeer de Delft" había sido colocado por el novelista a lo largo de aquellas páginas como un leitmotiv por su valor eufónico. Lo había distribuido aquí y allá, con la parsimonia y la habilidad de un poeta que maneja los efectos repetitivos de una palabra privilegiada.[92] Así pues, toda la novela parece un poema, puntuado por algunos "estribillos" de carácter diferente, algunos acordes fluidos, una frase musical como la de la sonata de Vinteuil, o dos notas de colores, blanco y rosa vivo, las tonalidades preferidas de Proust, grosellas y rosas dispuestas en torno a un mantel blanco bajo la enramada, gotas de coral y de diamantes en los cabellos de la princesa de Laumes. Reyes, gran amante de la sonoridad de la lengua francesa, se había dejado atrapar por la trampa deliciosa tendida por Proust y había repetido interiormente las armoniosas sílabas: "Vermeer de Delft".[93] De hecho, en el libro de Proust nunca se llega a saber qué contienen los famosos papeles que Swann em-

[92] "Vermeer y la novela de Proust", en *Grata compañía*, *O.C.*, t. XII, p. 60.
[93] "Nos aficionamos a sus sílabas. Las repetimos interiormente", *ibid.*

borrona a propósito de Vermeer. Esto es muestra de una suprema habilidad por parte del novelista. Los Goncourt, no tan sutiles, no habrían resistido la tentación de dejar deslizar las ideas del ensayo sobre el maestro de Delft "envueltas entre las páginas de la novela".[94] Pero Proust había fingido indiferencia respecto a las monografías escritas por su personaje. A Odette tampoco le interesaban por otras razones. Esta doble desatención comunicaba al personaje de Swann una cualidad de objetividad tal que parecía cobrar vida fuera de las manos de su creador. Parecía que amase a Vermeer a pesar de Proust y sin que éste pudiera evitarlo. Pero, ¿por qué Vermeer precisamente? Swann era ante todo un hombre de gusto y era normal que Proust le hubiera atribuido como artista preferido a este pintor que él admiraba desde hacía tanto tiempo y en quien veía a un maestro de la pintura, en honor al cual, para volver a ver sus lienzos, tuvo que hacer el gran esfuerzo de salir de su recámara en 1921, ya casi moribundo. Más aún, Swann, esteta puro, "se guiaba frecuentemente por sus emociones artísticas. Una frase musical orienta su amor". La imagen de Odette se apodera de él cuando descubre su parecido con una figura de Botticelli. ¿Qué ayuda le aportará Vermeer? La obra de este pintor, dice Reyes, es una clave para comprender la psicología de Swann. El mundo con el que sueña se explica mejor a la vista de estos cuadros que representan la vida de calma y perfección que el héroe de Proust concibe, ideal bastante parecido al de Baudelaire: "Mi hermana, mi amor,/sueña en la dulzura... "

"Los interiores del maestro holandés más bien dan idea de vida cómoda, y él era un imaginativo: pintaba lo que veían sus ojos y, sobre todo, aquel ángulo del taller que tenía una ventana a la izquierda... junto a la cual centellea en la sombra un espejito de marco negro. Al fondo, un muro blanco... colgará en el muro el adorno que más le gusta: un mapa, un mapa con panoramas minúsculos tal vez", ante cuyo encanto sabemos desde el comienzo de *Visión de Anáhuac* que Reyes también sucumbe. "Tal cofrecillo, jarro o joya... son los elementos que nos quedan en la memoria." Así, paradójicamente, el mundano, el esnob, el depravado que ha podido ser Swann imagina, en el momento en que está sumamente prendado de Odette, una dicha muy tranquila que se desliza sin sorpresa y casi sin acción, en una intimidad lujosa en la que los únicos acontecimientos serían, como en los cuadros de Vermeer, tocar algún instrumento, abrochar un collar de perlas alrededor del cuello de su mujer, leer una carta, remojar juntos los labios en el vino precioso de un vaso de cristal. Odette ha podido parecerle buena, dulce, tímida, inhábil para disfrazar la verdad. Así resituada en ese mundo colmado, se impregna de nobleza. La perspectiva hacia otra habitación que se percibe en algunas obras del pintor era la imagen de un porvenir apacible y confiado,

[94] *Ibid.*

llevado de la mano. Los objetos familiares —un cofrecillo, un jarro, una joya— habían absorbido los sueños, "se habían enriquecido, le mostraban la realización palpable". Se habían convertido en símbolos de una realidad transfigurada. Sin embargo, nada de sobrenatural, ningún misticismo en aquel universo tan humanamente dichoso. La belleza de la materia y de las formas era la única aspiración, junto con la armonía de los corazones. Vermeer era, pues, la explicación del error de Swann y reunía, en la vida ideal que él representaba, una suma de bendiciones que la mujer galante era incapaz de apreciar. Más tarde, con la muerte de su pasión, después de haber hecho soportar a Odette los torturantes interrogatorios en los que desfilaban las visiones de las más lúgubres perversiones, volver a encontrar sobre su mesa las reproducciones de las pinturas de Vermeer será para Swann el apaciguamiento mayor, el mejor derivativo de sus sufrimientos, el contacto con un bien supremo, "para un descreído que no sabe rezar". Un libro amado, un fragmento de música, un cuadro podían ser también para Proust los sustitutos de Dios. ¿No descubría también don Alfonso en sus intensos placeres estéticos a la transfiguración, la culminación de algunos arrebatos místicos cuyo fin absoluto se le ocultaba? ¿Podía ocupar el culto al arte el lugar de la plegaria?

Pero Swann también era un esnob, sensible a la moda que rodeaba periódicamente en Francia a los artistas extranjeros. Vermeer, de nuevo "descubierto", seguramente estuvo en boga en la época de Swann, como de nuevo hacía poco a raíz de la exposición del Jeu de Paume. Todo París, Proust, el propio Reyes, habían quedado maravillados ante la admirable cabeza de muchacha prestada por el museo del Mauritshuis de La Haya. Reyes no compartía la severidad célebre de Thackeray respecto al fenómeno social de la moda. Con Proust y su amigo Ortega, admitía que la moda no era únicamente un motivo pintoresco de burla, sino que ocultaba una filosofía más profunda de la vida. El esnobismo, en sus diferentes aspectos —la escuela de los modales distinguidos, la obediencia a la moda—, podía ser uno de los legítimos estímulos de la existencia. Por otra parte, Swann era un erudito, atraído por el "problema Vermeer". Cuántas satisfacciones iban a aportar a aquel espíritu analítico sus estudios sobre un pintor que había que distinguir bien de los otros Vermeer —de Haarlem, de Utrecht—, que había caído en el olvido poco después de su muerte y que el francés Thoré había redescubierto "mediado el siglo XIX". Casi nada sabemos de su vida. "Novedad y misterio: ¡cuántos atractivos para un investigador!"[95] Desde entonces, la intuición de Reyes había descubierto en esa elección de Vermeer el principio capital de la crítica de Proust, el cual lo había llevado a oponerse tan enérgicamente a Sainte-Beuve. Pero *Contra Sainte-Beuve* no salió a la luz sino hasta 1954. Y ya en 1923, con sólo Vermeer como prueba, Reyes había

[95] *Ibid.*, p. 62.

adivinado la posición de Swann y de Proust: el Maestro de Delft era para él el individuo ideal "hecho para irritar a Taine, el pintor puro, casi sin historia", porque no se sabía prácticamente nada de él, salvo lo esencial: nació y murió. ¿A quién conoció? ¿Quiénes fueron sus maestros? ¿Cuál fue su valor moral? El biógrafo tenía que declararse vencido y restringido a atenerse únicamente a la obra. Pero, erudito y aficionado al arte, a partir de esa época Reyes no tenía la misma concepción de la crítica que Proust y, por otra parte, no estaba del todo contra Sainte-Beuve. No todos los pormenores de la biografía de un artista tienen la misma utilidad para comprender su obra, pero hay ciertas indicaciones que pueden guiar al esteta. La delicada función que incumbe a la crítica es precisamente la de escoger entre esos datos. Don Alfonso nos aporta la prueba en el caso de Vermeer. Si bien Proust se guardó de difundir en su novela las ideas de su protagonista sobre Vermeer, Reyes, en el marco diferente del ensayo, pone todo su arte al servicio de la difusión, sin pesadez y mediante párrafos breves, del contenido de la monografía que hubiese podido escribir Swann o, al menos, de sus descubrimientos más importantes. Así pues, no le parece irrelevante saber que el mejor amigo, el ejecutor testamentario del pintor había sido Van Leeuwenhoek, el inventor del microscopio. "El pintor y su amigo el sabio han de haber pasado muchas horas juntos, contemplando las maravillas de la luz que circula por la contextura minuciosa de todas las cosas."[96] Este estudio científico de la luz, ¿no había ayudado al artista en su búsqueda de la circulación de los rayos en torno a los objetos para así presentar a sus personajes en una vibrante claridad? Reyes apreciaba con evidente satisfacción a aquel artista atraído por las ciencias y aquella amistad profunda que había unido al pintor y al sabio. Los rostros pintados por Vermeer eran, pues, tan luminosos porque éste había aprendido a dejar circular a su alrededor una iluminación fácil e invasora, la misma con la que se baña al fragmento de materia que se examina al microscopio. También en Proust las alusiones a los diferentes instrumentos de óptica eran cada vez más frecuentes y había llegado a agrandar hasta la deformación detalles que, a simple vista, pasaban por insignificantes.[97] El pintor, y después el novelista, habían adoptado la técnica del inventor del microscopio. En este caso, en consecuencia, el detalle biográfico transmitía el secreto del logro y lo realzaba.[98]

[96] *Ibid.*, p. 64.

[97] En un ensayo contemporáneo del estudio de Reyes, Ortega y Gasset expresa un poco la misma idea: "Marcel Proust ha sido el inventor de una nueva distancia entre nosotros y las cosas", "Tiempo, distancia y forma en el arte de Proust", fechado en enero de 1923, en *El espectador*, VIII, *Obras completas* de Ortega, t. II, p. 707.

[98] "Después la mujer verdadera se desprendió del haz luminoso... Vimos una mujer, simple imagen en el escenario de la vida, como Albertina perfilada sobre el mar, y después esta imagen podemos desprenderla, colocarla cerca de sí misma, y ver poco a poco su vo-

Proust confesaba que los recuerdos que él guardaba de una persona, de un ambiente, desfilaban ante sus ojos en una sucesión de cuadros como los que había creado Vermeer y siempre representaban, con más o menos detalle, las mismas escenas en los mismos escenarios. Conservaba el recuerdo de la linterna mágica de su infancia. Si en Vermeer había repercutido la invención del microscopio, ambos, Proust y Reyes, habían seguido —y se nota en su arte— la evolución de la fotografía y el nacimiento del cine. Cada objeto, e incluso todo el individuo, no tienen más verdad que en la medida en que viven en nuestra memoria. El cuadro del pintor, como el retrato trazado por el escritor, serán el reflejo de la imagen que él guarda. Esta definición no se aparta mucho de la que daban los cubistas en 1913, para quienes un cuadro ya no es la simple representación de la realidad —entonces dominio de la fotografía—, sino la reconstrucción de ésta por el artista. También Proust estaba muy interesado en las teorías de lós cubistas y había manifestado tempranamente su comprensión y simpatía por la obra de Picasso.

Por último, al mencionar en varias ocasiones al pintor de Delft, Proust tal vez había querido ofrecer al lector el secreto de su talento de retratista. Un lector atento se da cuenta, en efecto, de que el novelista deja escapar a lo largo de sus extensos capítulos indicaciones preciosas sobre sus intenciones, sobre sus ideas y, en particular, sobre el método que ha escogido para adentrarse en la psicología de los personajes. Don Alfonso descubrió una profunda similitud entre esas apariciones estáticas en los cuadros de Vermeer, que "la luz analiza y descifra, hasta metamorfosear los cuerpos en almas", y los procedimientos empleados por Proust para introducir de repente un personaje en su obra y más tarde seguir el esquema en el espíritu de otros personajes.[99] Odette se le aparece a Swann con una belleza que le es, al principio, indiferente, como un rostro femenino visto a contraluz ante una ventana, como un modelo de Vermeer: "para que le gustara, tenía un perfil demasiado acusado, la piel demasiado frágil, los pómulos demasiado salientes, los rasgos demasiado marcados".[100] Sólo después había detenido Swann en los ojos, invocando en su ayuda los recuerdos de otros amores, de visiones pictóricas que le gustaban, el Céfiro de Botticelli que se parecía a Odette: "al pensar

---

lumen, sus colores, como si la hubiéramos hecho pasar detrás del vidrio de un esteroscopio. Por eso las mujeres un poco difíciles... son las únicas interesantes. Pues conocerlas, acercarse a ellas, conquistarlas, es hacer variar de forma, de tamaño, de relieve, la imagen humana..." *El mundo de Guermantes*, Pléiade, pp. 361 y 362.

[99] Reyes ya había empleado esta técnica en su cuento "La entrevista", de *El plano oblicuo*. Allí también el personaje principal hace su aparición de repente, como si fuera una visión.

[100] Proust, *Oeuvres*, Pléiade, t. I, pp. 195 y 199. *Cf.* también: "Es un perfil lánguido y redondo, una expresión dulce, ensoñadora, que deseamos volver a ver", *A la sombra de las muchachas en flor*, Pléiade, p. 919.

en ella cuando estaba solo, únicamente hacía que su imagen apareciera entre muchas otras imágenes de mujeres en sus ensueños novelescos".

Odette de Crécy servía para absorber todos esos ensueños.[101] Pronto el cuerpo de Odette quedaba todo rodeado por "ese halo de ilusión microscópica, de luz penetrada hasta los átomos".[102] Al dejar deslizar entre otros el nombre aparentemente accesorio de Vermeer de Delft, el novelista nos había entregado el secreto de su arte.[103] El rayo de luz manejado por el pintor lo mismo que el análisis del novelista habían transfigurado el cuerpo en alma. Swann ya estaba enamorado de Odette, "entonces la imperfección de su cuerpo ya no tendría ninguna importancia... porque, convertido en el cuerpo de aquella a la que amaba, sería a partir de entonces el único capaz de producirle alegrías y tormentos".[104] Más tarde, comprenderá mejor el fracaso de su amor al contemplar una vez más la pureza transparente de los cuadros de Vermeer. Swann había soñado lo imposible: sumergir su mirada hasta el fondo de un ser vivo, es decir, por definición y por naturaleza, cambiante, evolutivo. Pero aprehenderlo completamente hubiera sido inmovilizarlo, fijarlo. "Swann hubiera querido penetrar el alma de Odette con el rayo blanco, sereno, plácido de Vermeer de Delft."[105]

Doce años después de haber escrito su ensayo, Reyes leyó un artículo publicado en París en *L'Amour de l'Art*, en enero de 1936, y firmado por uno de los principales críticos franceses de arte, René Huyghe.[106] Este estudio tiene proporciones mucho más importantes que el sucinto ensayo de Reyes y René Huyghe no sólo manifiesta una competencia más técnica de la "pincelada" de Vermeer, sino también una tendencia a interpretar filosóficamente el pensamiento y el método de Proust. El crítico francés no retuvo el detalle que Reyes juzgó importante de la amistad que unió a Vermeer y al inventor del microscopio. Por su parte, Reyes no pudo comentar la influencia de la visión de Vermeer sobre la muerte

[101] La idea de que "la observación de Proust va sucesivamente de afuera adentro" iba a sorprender más tarde a múltiples comentaristas de Proust, en particular a León Pierre-Quint, del que Reyes apreció numerosos libros. Véase de este autor *Marcel Proust, sa vie, son oeuvre*, Kra, 1925, p. 20, y *Le comique. Le mystère chez Proust*, mismo editor, 1928.

[102] Reyes, "Vermeer y la novela de Proust", *op. cit.*, p. 64.

[103] El ensayo de Reyes se nutre y abastece de una lectura íntima de la obra de Proust. A pesar de la versión de una lengua a otra, se percibe la huella de algunos giros o expresiones del escritor francés. Compárese: Proust, *El mundo de Guermantes*, t. II, p. 439: "La otra flexibilidad [de un Guermantes] se había estilizado, por así decirlo, en una especie de movilidad fija", y Reyes: "Cazada en luz, la muchachita, escorzada y tímida, va a escaparse, cuando el pintor la deja cuajada", "Vermeer y la novela de Proust".

[104] Proust, *Oeuvres*, Pléiade, t. I, p. 199.

[105] Reyes, "Vermeer y la novela de Proust", *op. cit.*, p. 64.

[106] Véase la nota que agregó a su artículo cuando se reprodujo en *Monterrey*, en julio de 1937, nota que figura por igual en el volumen *Grata compañía*, México, 1948, en las *O.C.*, t. XII, p. 65.

de Bergotte, ya que *La prisionera*, en donde figura este célebre pasaje, apareció después de su artículo. Claro está que no hubiera dejado de destacarlo. Pero dejando estas restricciones aparte, la comparación entre el texto de Reyes y el de Huyghe sigue resultando asombrosa.[107] Los dos críticos escogieron de los cuadros de Vermeer, como capaces de atraer a Swann, los mismos objetos, los mismos colores, y captaron esa placidez de los rostros flamencos que ignoran la pasión hasta la monotonía. En sus líneas se encuentran las mismas ideas esenciales: la importancia musical, poética, del nombre de *Vermeer de Delft* en *Un amor de Swann*: las satisfacciones que el esnobismo de Swann encontraba en el estudio de ese pintor; la idea de que la obra de Vermeer permitía captar mejor la psicología de Swann, el mundo con el que soñaba y la técnica que Proust había empleado en su novela para presentar a sus personajes y posteriormente analizarlos.

En la nota que agregó a su artículo cuando se volvió a publicar en *Monterrey* en febrero de 1936, Reyes se regocija profundamente de estas coincidencias: "Quiere decir, simplemente, que yo no me había equivocado".

Tenía razón, pues, en pensar que la patria era "un puro accidente geográfico".[108] Más de lo que probarían largas páginas de comentarios, la confrontación de su texto con el del eminente crítico francés es muestra de hasta qué punto, gracias a sus propias cualidades, su sensibilidad se acercaba a través de la cultura francesa y más allá de ella al mejor patrimonio occidental. René Huyghe nos confirmó que él ignoraba "que Alfonso Reyes se había visto atraído también por el lugar que Proust concede a Vermeer en su obra", ya que no había conocido al escritor mexicano y, por supuesto, tampoco había leído su estudio. "Aunque está claro, añade, que nos atrajo el mismo problema y que nuestras explica-

[107] Aquí nos limitaremos a comparar las primeras frases de estos textos tan bellos:

| A. Reyes | R. Hyghe |
|---|---|
| "...los descubrimientos de Swann sobre la vida y la obra de Vermeer de Delft." "El nombre de este pintor... vuelve de tiempo en tiempo, como aquel leitmotiv musical de Vinteuil..." | "Proust fue uno de los primeros en amarlo y descubrirlo." "Hay tanto de Vermeer en la obra de Proust como de la sonata de Vinteuil... Las dos sílabas... son el discreto *leitmotiv*..." |
| "El más leve contacto con Vermeer de Delft confirma... la sospecha de que, en la novela de Proust, todo es necesidad, trama vegetativa e íntima, como la de las fibrillas en el tejido de la piel." | "Se siente fluir su presencia, trama ligera de oro que se encuentra en una y otra ocasión en el tejido de innumerables hilos entremezclados." |

[108] Al respecto, las opiniones de R. Huyghe y de Reyes parecen coincidir de nuevo: al comienzo de su artículo, el crítico francés se refiere a "divisiones, accidentales, de la cronología y de la geografía".

ciones coinciden en algunos puntos... nuestros orígenes son tan diferentes que es necesario ver en ello la fuerza de la comunidad de una cultura de la que él ha sido una celebridad".

## Ifigenia cruel

Fue también en 1923, en el transcurso de unas semanas de vacaciones, cuando Reyes dio la última mano a *Ifigenia cruel*, gran "poema dramático" escrito en versos libres. Es una de las obras esenciales del poeta mexicano, quizás su obra maestra,[109] y no cabe duda de que uno de los títulos importantes de la poesía moderna en lengua española.[110] Reyes llevaba en él el tema desde la primera época del Ateneo. En un estudio esencial que data de 1908 figuran ya algunas frases e imágenes que se vuelven a encontrar casi intactas en el texto poético, y el destino de Ifigenia es objeto de un párrafo: es un personaje ambiguo en sus dos existencias consecutivas.[111] Después de haber sido salvada del sacrificio por Artemisa, "ella lleva a cabo ahora, como en una segunda vida, los ritos sangrientos de la divinidad; a veces, en sueños, recuerda su vida anterior". Después es acompañada a su patria por su hermano Orestes. Los descubrimientos sobre el inconsciente, de los que Reyes tuvo noticia a través de comentarios y de traducciones francesas, lo llevaron entre 1914 y 1917 hacia ese personaje freudiano *avant la lettre*, que vacilaba sobre su destino y trataba de vincular su vida presente al pasado, aunque fuera a través de sueños. Esta heroína de la Antigüedad se adaptaba maravillosamente al mundo moderno. Después, la historia de la hija de Agamenón fue evolucionando en el espíritu del poeta y enriqueciéndose de su experiencia a lo largo de los años. Finalmente, la desdicha desapareció; los momentos de dolor, tanto tiempo cargados como un fardo en su corazón, encontraron su expresión. La obra fue construyéndose en el espíritu de don Alfonso durante casi una década. Lleva en ella la huella de sus determinaciones íntimas y desgarradoras sobre su devenir. Pero es también la expresión de toda la condición mexicana la que se registra en este drama.

En 1923 se había vuelto a poner de moda la costumbre clásica de que las obras de teatro, los poemas y las novelas fueran acompañadas de prefacios que esclarecieran el sentido, precisaran la intención del autor y expusieran los problemas que éste había tenido que resolver a lo largo de su

[109] Tal era la opinión de un especialista tan refinado como Jaime Torres Bodet, y nos la transmitió en el transcurso de una entrevista en México, el 30 de julio de 1968. "Su obra poética más perfecta", ha dicho también Octavio Paz.

[110] La primera edición apareció en Madrid, en la Casa Calleja, en 1924.

[111] "Las tres *Electras* del teatro ateniense", en *Cuestiones estéticas*, *O.C.*, t. I, pp. 15-48. Véanse en especial las páginas 16 y 17.

elaboración. André Gide y Valery Larbaud escribían la historia de sus obras y llevaban con este fin un verdadero "diario". Reyes quiso también que su texto fuera precedido de una "noticia" al lector. Además, cuando *Ifigenia cruel* se presentó a un auditorio parisiense —justo homenaje a las preponderantes influencias francesas que había en ella— el autor compuso un precioso "Comentario" escrito directamente en francés y que más tarde tradujo para el tomo X de sus *Obras Completas*.[112] En él vemos aparecer la tercera interpretación de *Ifigenia cruel*, obra lírica original, escrita en un castellano desprovisto de intromisiones modernistas, en la que el autor seguía el "neoclasicismo" preconizado en Francia por Paul Valéry.

No vamos a extendernos sobre las alusiones al drama paterno, que don Alfonso ha introducido en su obra de teatro, tan interesantes, no obstante. Reyes acabó por identificarse con su personaje hasta el punto de respetarle algunas palabras y actitudes que habían sido suyas. La dulzura momentánea, y la fugitiva ternura fraternal con las que engalana a Ifigenia cuando ella reconoce a Orestes abundan en detalles autobiográficos de infancia. Por voz de Ifigenia, Alfonso, despojado por la sociedad y por la opinión de la posibilidad de referirse a su padre, reclama su derecho a los recuerdos. Como Ifigenia, sabía que una maldición pesaba sobre su raza. Todos sus ascendientes varones, desde hacía varias generaciones, habían perecido de muerte violenta. Su decisión de resistir al destino, de alejarse de las luchas fratricidas y políticas y de la violencia que todavía hacía estragos en México, lo llevó a conferir a su obra teatral un desenlace original mediante el cual se aparta de la leyenda antigua. Después del "reconocimiento", Ifigenia se niega a seguir a su hermano y a regresar a su país. Mediante este exilio voluntario, se libera de la fatalidad familiar. Continuará siendo la sacerdotisa de Artemisa, la victimaria que asfixia entre sus brazos a los que se han extraviado en sus parajes. Alfonso, a brazo partido, luchaba así con la miseria durante los primeros años madrileños. Destino abominable pero preferible al regreso a la cruel tradición de un linaje maldito. "Cuando Ifigenia opta por su libertad... se resuelve a rehacer su vida humildemente... opera en cierto modo la redención de su raza..."

Las reminiscencias griegas, españolas —el Segismundo de *La vida es sueño*, la Niña Chole de la *Sonata de estío* de Valle-Inclán—, alemanas con el drama de Goethe, se acumulan en la obra de Alfonso Reyes y contribuyen a multiplicar sus ecos. Sus resonancias y parentescos franceses también son notables y atañen esencialmente al estilo que el poeta ha buscado y elegido durante tanto tiempo. ¿Ha releído en 1922 el gran teatro francés, en especial a Molière y Racine, a raíz del libro que Azorín pre-

[112] Tomo X, p. 351. Una "Breve noticia" precede a la obra, p. 313.

paraba sobre estos dos autores?[113] No obstante, su Ifigenia debe poco a la heroína racineana del mismo nombre. Atlética, no tiene nada de la dulzura de aquel cordero resignado al suplicio. Si se puede comparar *Ifigenia cruel* con una obra de Racine es con *Ester*, en donde aparece ya un coro vinculado a la acción y que canta también las alabanzas de una potencia divina. Por la belleza de este papel asignado al coro, *Ester* ha podido ser considerada "la culminación de la obra racineana" y a don Alfonso le atrajo esta obra francesa que recordaba más que ninguna otra a la tragedia antigua. Entre las situaciones de Ester y de Ifigenia también se puede establecer una semejanza y, no sin razón, Concha Meléndez ha destacado que una misma atmósfera bañaba la célebre "Oración de Ester" y las palabras que la heroína de Alfonso Reyes dirige a Artemisa.[114] Se puede encontrar también un eco del grito de Fedra: "Es Venus toda ella atada a su presa", en los versos que Ifigenia recita al principio de la obra y que se cuentan quizás entre los más bellos.[115]

A sugerencia de Valle-Inclán, de quien Flaubert era uno de los maestros, Reyes había dirigido su atención a Salambó, otra sacerdotisa. Cuando componía *Ifigenia cruel*, había releído la novela de Flaubert en la que éste revelaba "una melancolía católica y céltica, trémula de lágrimas y palpitante de insaciables anhelos".[116] Además, los destinos de Salambó y del personaje de Reyes no dejan de tener puntos en común. Las dos muchachas están separadas de su madre o son huérfanas; "su madre hacía tiempo que había muerto", precisa Flaubert. Esas sacerdotisas puras viven con "el alma llena de plegarias". Encaran un secreto que las envuelve. Las invocaciones que Ifigenia dirige a su diosa recuerdan las plegarias de Salambó a la Luna. Ayer aún consagradas exclusivamente al culto religioso, sienten con frecuencia brotar en ellas impulsos desconocidos, "una vida fluida" circula por sus venas, y una caricia a la vez dulce y fuerte se desliza de su frente hasta sus pies, envolviéndolas y arqueando su talle.[117] El contexto de la obra es notoriamente el mismo, un

[113] Azorín, *Molière y Racine*, 1924.

[114] Concha Meléndez, *Moradas de poesía en Alfonso Reyes*, p. 124.

[115] "Otros se juntan en fáciles corros / apurando mieles del trato: / yo no, que si intento acercarme, / huyo, de mí misma asustada, / como si otro por mi voz hablara. Otros prenden labios a labios / y promesas se ofrecen con los ojos, / gozando en conciliarse voluntades: / yo no, que amanezco cada día / al tronco de mí misma atada." *Op. cit.*, p. 319.

[116] *Cf.* Reyes, "Valle-Inclán y América", artículo con fecha de enero de 1923, recogido en *Simpatías y diferencias, 4ª serie*, *O.C.*, t, IV, p. 284.

[117] *Cf. Ifigenia cruel*, *O.C.*, t. X, p. 320: "Y, sin embargo, siento que circula / una fluida vida por mis venas: / algo blando que, a solas, necesita / lástimas y piedades. Quiero, a veces, salir a donde haya / tentación y caricia... / Y me estremezco al peso de la Diosa, / cimbrándome de impulso ajeno..." Flaubert, *Salambó*, Garnier, 1961, p. 51: "...algo suave, que fluye de mi frente hasta mis pies, pasa en mi carne... es una caricia que me envuelve, y me siento aplastada como si un dios se extendiera sobre mí..." "Alzó los brazos lo más alto posible, arqueando la cintura..."

templo, el mar, aunque Reyes, admirador del Vieux-Colombier, haya estilizado al extremo su escenario: el mar a lo lejos y, como telón de fondo, una inmensa estatua de Artemisa. En torno a las dos protagonistas se percibe la presencia de una ciudad, la vida de una población. Así lo expresa la voz del coro, al que Reyes atribuía tanta importancia en referencia a la tragedia griega, pero también quizás porque las teorías unanimistas de Jules Romains le habían mostrado que la colectividad es capaz de "crear un pasado, con el ardor de sus almas reunidas".[118]

Otros críticos ya han establecido semejanzas entre Ifigenia y muchos otros personajes de las letras francesas: Atala, Herodías... ¿Es paradójico buscar en esta obra pagana un recuerdo de Claudel? Pese a toda la enorme diferencia que separa a la cristiana Violaine de la sacerdotisa de Artemisa, se establece cierta similitud de situaciones y de caracteres entre ellas. Reyes concibió también a su heroína como una virgen que sabe rebasar la dicha humana, renunciar a la felicidad tranquila del hogar que le promete Orestes, a cambio de una vida más mística, de una "maternidad espiritual" como la de Violaine. Ambas viven en el mismo aislamiento pues son de otra especie diferente a las gentes humildes que las rodean. Los campesinos de la aldea llaman a Ifigenia "madre", lo cual no deja de evocar la vida de eremita de la heroína claudeliana y su milagrosa maternidad. Es cierto que este tema de la dicha humana y de la maternidad carnal sacrificadas a una exigencia superior y desencarnada estaba de moda en la época en que *La puerta estrecha* de André Gide tanto se comentaba. Está presente el recuerdo de Rimbaud,[119] y el del erotismo de Saint-John Perse, entre los más importantes.[120]

[118] "Ifigenia pide al coro de mujeres que, entre todas ellas, y con el ardor de sus almas juntas y de sus recuerdos, creen para ella un pasado humano, la sustancia natural que le falta." "Breve noticia", *op. cit.*, p. 313.

[119] *Cf. Ifigenia cruel*: "Así deis con la frente en las esferas últimas, / y os sienta el último fantasma / rodar entre peñascos en declive..." (p. 331).

[120] Se pueden comparar los siguientes pasajes de Saint-John Perse de "La Gloire des Rois, Récitation à l'éloge d'une Reine", *Oeuvres*, Pléiade, pp. 59 y 61, texto de 1907, publicado por primera vez en la *NRF* de abril de 1910: "...O bien-Assise, ô Lourde! tes mains pacifiques et larges / sont comme un faix puissant de palmes sur l'aise de tes jambes, / ici et là, où brille et tourne / le bouclier luisant de tes genoux; et nul fruit à ce ventre infécond scellé du haut nombril ne veut pendre... / ...*Mais qui saurait por où faire entrée dans Son coeur*? ...Reine parfaitement grasse, soulève / cette jambe de sur cette autre... / ...Ha Nécessaire! et Seule!... / ...le Soleil / a des fleurs et de l'or pour ton épaule bien lavée / et la Lune qui gouverne les marées est la même qui commande, ô Légale! / au rite orgueilleux de tes menstrues!, con los versos de Reyes, *Ifigenia cruel*: "Pero soy como me hiciste, Diosa, / entre las líneas iguales de tus flancos: / ...¿Quien acariciaría tu cuello, / demasiado robusto para asirlo en las manos?.../ ...¿Y para quién habías de desatar la equis / de tus brazos cintos y untados?.../ ¿Quién vio temblar nunca en tu vientre / el lucero azul de tu ombligo? / ¿Quién vislumbró la boca hermética / de tus dos piernas verticales? En torno a ti danzan los astros. / ¡Ay del mundo si flaquearas, Diosa! / ...los haces de dedos

Pero todas estas diversas referencias francesas desaparecen ante la inmensa importancia de la voz de Valéry. Mathilde Pomès recogió de boca de su amigo Alfonso, en efecto, la confidencia de que la lectura de *La joven parca*, en 1917, había sido para él una iluminación. Reyes pensaba ya hacer de Ifigenia una amnésica.[121] El tema de la amnesia fue tratado con frecuencia en los años siguientes a la guerra. Los heridos en la cabeza se habían vuelto amnésicos. *Siegfried et le Limousin* de Giraudoux es de 1922. Algunos bellos versos de *La joven parca* lo condujeron a su heroína y parecían describir su extraño destino:

J'interroge mon coeur quelle douleur l'éveille
Quel crime par moi-même ou sur moi consommé?
...Vers un aromatique avenir de fumée,
Je me sentais conduite, offerte et consumée,
Toute, toute promise aux nuages heureux![122]

Pero sobre todo la lengua del poema mediante el cual Valéry reingresaba en el mundo de las letras después de un largo silencio era muy nueva. En Francia, *La joven parca* también produjo en todos los poetas de aquella generación la más vívida impresión. Aquel estilo soberano, de una pureza mallarmeana pero de una sensualidad contenida, marcaba un gran hito: "Yo creo que nada, en ninguna lengua, iguala la belleza de algunos pasajes", escribió entonces Valery Larbaud, quien había experimentado de inmediato el hechizo de la obra hasta el punto de aprendérsela también él de memoria.[123] Don Alfonso, quien trataba de purificar su lengua poética de las pesadas imágenes convertidas en baratija del modernismo, comprendió que Paul Valéry era quien le daba el tono. Aquella forma tan bella, perfecta y un poco altiva estaba por fin a la medida del tema sagrado de su drama.[124] En 1920, "El cementerio marino" fue la otra gran manifestación de esa vuelta a una simplicidad ma-

en compás... las raíces por donde sorbes las cubas rojas del sacrificio, a cada luna" (*op. cit.*, pp. 324-325).

*N.B.* La comparación de los últimos versos de estas dos citas confirma la interpretación que Concha Meléndez ha dado del poema de Reyes (*Moradas de poesía en Alfonso Reyes*, p. 123), según Octavio Paz, "El jinete del aire", *Cuadernos*, París, marzo de 1960, p. 6.

[121] "Breve noticia", p. 358.

[122] Paul Valéry, *La joven parca, Oeuvres*, Pléiade, t. I, p. 4.

[123] *Cf.* el *Journal inédit* de Larbaud en fecha 18 de mayo de 1917: "No se trata ahí de poesía, es un encantamiento, 'hechicería' ", *Obras completas*, t. IX, p. 102.

[124] Se pueden hacer numerosas comparaciones entre *La joven parca* e *Ifigenia cruel*: "Pregunto a mi corazón qué dolor lo despierta / ¿Qué crimen por mí mismo o sobre mí mismo consumado? / ...Colorea a una virgen enlazada a sí misma..." (Pléiade, t. I, p. 4). Reyes: "...huyo, de mí misma asustada... / ...yo no, que amanezco cada día / al tronco de mí misma atada" (*op. cit.*, p. 319).

gistral. Esta obra despertó por igual un eco considerable y, en España, el esfuerzo de varios traductores. Reyes la admiraba tanto, tenía un conocimiento tan íntimo de ella que se convirtió en el exégeta más intransigente y más esclarecido de las mejores versiones publicadas en español de la obra maestra de Paul Valéry. Los ritmos, las vehemencias y los fervores de "El cementerio marino", el vocabulario que constituye la trama: *sol*, *tumba*, *mar*, *oro*, *diamante*, *eternidad*, *ofrenda*, esa pureza y esa luz le llegaban tanto más cuanto que estaban marcados con recuerdos de Góngora. Estas palabras se integran al poema que crecía lentamente en él, de igual modo que se las encuentra en las grandes obras francesas que fueron escritas en el transcurso de los años siguientes, como en el *Anábasis* de Saint-John Perse.[125]

Unos meses después de "El cementerio marino", Paul Valéry expuso la poética de la nueva escuela en su comentario al *Adonis* de La Fontaine.[126] El epígrafe de Corneille al inicio de *La joven parca* y después la referencia al fabulista indican claramente un nuevo clasicismo. Después de una moda con tendencia al exceso, el retorno al renunciamiento era una ley en la literatura. En un París fatigado por el preciosismo, el *Adonis* había anunciado en su época esta periodicidad inevitable. Sus versos tenían ya la simplicidad racineana, cuando Racine contaba únicamente diecisiete años:

Délicieux moments, vous ne reviendrez plus...
...Une éternelle nuit l'oblige à me quitter...
Encor si je pouvais le suivre en ces lieux sombres!
Que ne m'est-il permis d'errer parmi les ombres!
...Je demande un moment, et ne puis l'obtenir...

[125] Se pueden comparar estos versos de *Ifigenia cruel*: *a)* "Cabra de sol y Amaltea de plata..." (*O.C.* t. X, p. 329). *b)* "...hija pura y radiosa del humano deseo, / oro de eternidad, diamante pleno / labrado en los martillos / impecables del corazón! (*ibid.*, p. 332). *c)*"...Ejércitos de abejas amarillas, / aplaquen —cediendo miel— las tumbas. / Iras de Inmortales reclaman / la miel salobre y roja de otra ofrenda" (*ibid.*, p. 335), con, respectivamente, los versos famosos de "El cementerio marino": *a)* "Chienne splendide, écarte l'idolâtre..." *b)* "...Ouvrages purs d'une éternelle cause... / Quel pur travail de fins éclairs consume / Maint diamant d'imperceptible écume... / ...Stable trésor..." *c)* "...Quand, solitaire au sourire de pâtre, / Je pais longtemps, moutons mystérieux, / Le blanc troupeau de mes tranquilles tombes,... / Et comme aux dieux mon offrande suprême..." Valéry, *Oeuvres*, Pléiade, t. I, p. 148. Y además: "...Ce lieu me plaît, dominé de flambeaux, / Composé d'or, de pierre et d'arbres sombres / ...Eloignes-en les prudentes colombes, / les songes vains, les anges curieux! / ...L'argile rouge a bu la blanche espèce... / ...Pères profonds, têtes inhabitées, / Le vrai rongeur, le ver irréfutable..." (*op. cit.*, p. 150), con los siguientes pasajes de Reyes: "...¿Qué me acusas, ojos de arcilla? / Frentes hacia abajo, ¡qué sabéis / de levantar con piedras y palabras / un sueño que reviente los ojos de los dioses... / ...¡Tú que temblabas, gusanera aplastada..." (*op. cit.*, p. 331-332).

[126] Reyes cita expresamente "Au sujet d'Adonis" de Paul Valéry en su "Comentario a la *Ifigenia cruel*", *op. cit.*, p. 359.

"Nuestros abrasados ojos, decía Paul Valéry, piden un descanso a esas gracia fundidas y a esas sombras transparentes; nuestra boca exasperada vuelve a encontrar la extrañeza del agua pura."[127] El retorno a esa autenticidad fue sentido de inmediato como una necesidad por toda aquella generación de escritores: "Yo admiro, decía en 1923 Saint-John Perse, y me gusta que en esas páginas en las que se registran todas las inflexiones de 'voz'... y en las que el poeta es solicitado a cada paso por tantas fuentes vivas, el escritor sepa siempre defender su integridad, sepa conservar la exigencia, maestría e instinto suficientes para rechazar toda la complacencia melódica..."[128]

Su viaje a París en el mismo año y su conversación con Saint-John Perse fueron sin duda los resortes que impulsaron a don Alfonso a salir de su larga meditación y a escribir finalmente su poema: "Opté por estrangular, dentro de mí propio, al discípulo del Modernismo. Suprimí todo lo cantarino y lo melodioso; resequé mis frases, y despulí la piedra."[129] La antigua fábula se despojaba poco a poco ante sus ojos de algunos episodios que se habían vuelto inútiles —el robo de la estatua, por ejemplo. Decidió tratarla con "economía verbal". Palabras muy concretas, "obsesivas", podían servir como "brújula estética: mano, brazo, pie, fuerza, oro, piedra, sangre, leche..." De Saint-John Perse conservaba el "vocabulario de las entrañas". Prácticamente, los verbos estallarían o expresarían la agitación; los adjetivos, la dureza. Tal vez don Alfonso se contuviera algo al operar el sacrificio que él juzgaba necesario en su lengua. Los primeros que escucharon la lectura de *Ifigenia cruel*, a la par que la belleza de sus versos, experimentaron una nueva "frialdad".[130] Por el contrario, a los lectores posteriores les puede parecer que el poeta no siempre consiguió el fin de sus propósitos. Los ritmos, los adjetivos raros del modernismo todavía calaban a veces en *Ifigenia cruel*, sobre todo en las primeras páginas.[131] Además, ésta era la parte que don Alfonso, con algo de ingenuidad confesaba como su favorita.[132] Pero en conjunto, este bello poema inauguraba una nueva época de la lengua española, el retorno a un estilo desnudo, que en definitiva no era más que "un ideal muy antiguo", según palabras de Valery Larbaud.[133] Los colores de los

[127] "Au sujet d'Adonis", *Oeuvres*, Pléiade, t. I, p. 495.

[128] Carta de Saint-John Perse a Valery Larbaud del 13 de octubre de 1923, en *Oeuvres* de Saint-John Perse, Pléiade, p. 804.

[129] "Comentario a la *Ifigenia cruel*", *O.C.*, t. X, p. 359.

[130] "Era su propia biografía, su posición vital, expresada bajo el velo del antiguo mito, en versos un poco fríos pero impecables, a ratos bellísimos..." Vasconcelos, *El desastre*, *Obras completas*, t. I, p. 1669.

[131] *Cf.* por ejemplo: "¡Oh cabellera híspida que no puedo peinar!", *op. cit.*, p. 320.

[132] "Breve noticia", *O.C.*, t. X, p. 313.

[133] Valery Larbaud: "Ellos [los jóvenes poetas] están muy prendados de las teorías. En cierto sentido quieren ser clásicos. Tienen continuamente en los labios la palabra

que habían abusado los modernistas desaparecían casi por completo y dejaban toda la importancia al trazo, al dibujo apenas realzado con algunos toques metálicos, un crepúsculo de dulzura dorada, una eclosión azulada.[134] Hasta las mismas llamas son "frías".[135]

De este modo un poeta mexicano iba a corregir en la lengua española las exageraciones en que lo había adiestrado un hijo de Nicaragua, y de nuevo bajo la égida francesa. Es cierto que Reyes sufrió mucho de que no lo siguieran y reconocieran de un modo más general. Tal vez no estuviera en el carácter español considerar la poesía como un tormento, por exquisita que fuese.[136] Y para la mayor parte de los poetas hispánicos la abstracción que se imponía así al pensamiento probablemente resultaba excesiva. No obstante, los sacrificios consentidos en *Ifigenia cruel* no fueron inútiles para adiestrar a la generación de Jorge Guillén y Gerardo Diego a su retorno a "una poesía pura", y a la sombra de Góngora y de Paul Valéry, hacer surgir la nueva poética española de 1927.[137] Las reflexiones precedentes sobre las influencias francesas en *Ifigenia cruel* o sobre el papel que desempeñó en la evolución de la poesía española nos remiten además a hacer las observaciones que siguen: esta gran obra sigue siendo mexicana, llena de alusiones a las civilizaciones antiguas de México y a sus aspiraciones modernas. Es uno de los testimonios más elocuentes del conocimiento que Reyes tenía del pasado precolombino de su país. La impregnan el olor a sangre y el sacrificio humano necesario para la vida. La "ferocidad sagrada" de Ifigenia es muy azteca ya que no puede ejercerse más que con extranjeros. Podrían destacarse a lo largo de la obra detalles menos aterradores, otras alusiones a costumbres mexicanas. Estos testimonios discretos pero innegables de su patriotismo, de la fidelidad a su país en el seno de una obra erudita e innovadora son la expresión de la voluntad que Reyes tenía de una creación tradicionalmente mexicana y que a la vez obedeciera a las normas más recientes del arte internacional. Su iniciativa merece ser clasificada en el mismo plano estético que las de Manuel de Falla, Villalobos, García Lorca, Diego Rivera, etc., por no mencionar más que al mundo hispánico o lusoameri-

'sacrificio'. Es decir, quieren escribir en un estilo 'depurado' —un ideal muy antiguo". *Journal inédit, Obras completas*, t. I, p. 376.

[134] "Muge el novillo; late el can. Es hora / en que la última tarde se dora, / y el mar se deja traspasar el pecho / por un haz de espadas de plata." *Ifigenia cruel, op. cit.*, p. 328.

[135] "Pero soy como me hiciste, Diosa, / entre las líneas iguales de tus flancos: / como plomada de albañil segura, / y como tú: como una llama fría." Ibid., pp. 324-325.

[136] *Cf.* Paul Valéry, "Au sujet d'Adonis", *Oeuvres*, Pléiade, t. I, p. 474.

[137] ¿Es a *Ifigenia cruel* a la que hace alusión Elsa Dehennin cuando escribe: "Más que cualquier otro, no obstante, Alfonso Reyes es 'el primer gongorista de las nuevas generaciones', según Foulché-Delbosc quien, tanto en Francia, en España como en América Latina, ha familiarizado al gran público cultivado con el nombre de Góngora y ha hecho surgir una realidad concreta y magnifica"? *La résurgence de Gongora et la génération poétique de 1927*, Didier, 1962, p. 24.

cano, quienes expresaron los temas más privativos de sus tierras mediante una técnica contemporánea.

No es imposible que Paul Valéry haya recordado el texto de Reyes, publicado en la Casa Calleja en septiembre de 1924, y que amigos comunes, como Mathilde Pomès, se lo hayan dado a conocer de inmediato en París cuando escribió, poco después, la "Carta de Madame Émilie Teste" para agregarla al ya célebre relato de "Una velada con Monsieur Teste".[138] El recuerdo de una "tierra nueva" que pudiera ser América; la alusión a la doble personalidad también de Monsieur Teste, intelectual que vive en los límites extremos de la razón, pero cuyos abrazos brutales, "de estatuario, de asesino", hacen pensar en la sacerdotisa de Artemisa; la presencia del águila, emblema mexicano; todo forma un conjunto bastante elocuente que nos lleva a suponer que Alfonso Reyes y su gran poema fueron quizás en este caso una fuente de inspiración para el poeta francés.[139]

## Homenaje a Mallarmé

Paralelamente a esta gran obra de creación, Reyes llevó a cabo, en sus "ocios filológicos", un proyecto bastante antiguo, la edición de la *Fábula de Polifemo y Galatea* de Góngora. Hacía dos años que habían sido publicadas las *Obras completas* de Góngora en francés y en edición dirigida por Foulché-Delbosc, y su colaborador podía permitirse expresar algu-

[138] Reyes no consignó en su *Diario*, como sí lo hizo en el caso de algunas otras de sus publicaciones, la lista de amigos o de escritores a los que hizo llegar un ejemplar de *Ifigenia cruel*. Los nombres de Mathilde Pomès, Jean Cassou, Saint-John Perse, Jules Romains, Adrienne Monnier figurarían sin duda en una lista tal: ¿quizá también el nombre de Paul Valéry?

[139] "Pero, señor, ¡cuando él llega a mí de las profundidades! ¡Tiene aspecto de descubrirme como a una tierra nueva! Le parezco desconocida, nueva, necesaria. Me ase ciegamente entre sus brazos... su cabeza pesa sobre mi cara y, con toda la fuerza de sus nervios, yo soy la presa. Tiene un vigor y una presencia tremenda en sus manos. Me siento en poder de un estatuario, un médico, un asesino, presa de sus acciones brutales y precisas; y siento con terror que he caído en las garras de un águila intelectual." Paul Valéry, "Carta de Madame Émile Teste", *Obras completas*, Pléiade, t. II, p. 30. Texto publicado en *Commerce*, otoño de 1924 (pero las entregas de esta revista llegaban con frecuencia con dos o tres meses de retraso). Compárese con Reyes: "...¿Quién te hizo sabia en destazar la víctima? / ¿Quién te enseñó el costado donde esconde / su corazón el náufrago extranjero?" (*op. cit.*, pp. 318-319). "...¡Qué cosa es verte retorcer los brazos / en el afán de ahogar a un hombre!... / ¡Oh cosa sagrada y feroz!" (pp. 319-320). "Una fuerza que desconoces / está anudada en tu entrecejo... / y apretando brazos y piernas" (pp. 320-321). "...siento sed de domar algún cuerpo enemigo... / ya son las manos dos tenazas... / Libro un brazo, y descargo / la maza sorda de la mano... / Pero al furor sucede un éxtasis severo..." (pp. 320-321).

nas reservas respecto a esta publicación del profesor parisiense.[140] Representaba, en efecto, "un progreso definitivo de los estudios gongorinos". Pero Reyes se lamentaba de que Foulché-Delbosc se hubiera querido atener únicamente al manuscrito Chacón para la elaboración del texto. Aprovechando la oportunidad que le ofrecía la Biblioteca Índice, que él dirigía junto con Juan Ramón Jiménez —presentación impecable, que respondía a las necesidades de este último, bibliófilo refinado; esfuerzo por mejorar la calidad material del libro español; texto dirigido a un público literario general, lo cual implicaba en el caso de Góngora una ortografía modernizada y una puntuación más clara—, Reyes publicó en 1921 una edición comentada del *Polifemo*, bella, cuidada, accesible.[141]

Para Reyes, volver a Góngora era también volver a Mallarmé. Los dos poetas le parecieron siempre inseparables y la comparación que había esbozado en su artículo de juventud había sido retomada después por Francis de Miomandre y por Zdilas Milner. Reyes nunca dejó de leer a Mallarmé y de traducirlo al español. En *La Pluma*, la revista amiga de Manuel Azaña y de Cipriano Rivas Cherif, en la que colaboró en los primeros números, había publicado su tercera versión al castellano de "El abanico de Mademoiselle Mallarmé". Sus tres traducciones de esta obra eran excelentes, muy diferentes entre sí, e iban desde la fidelidad estricta al texto hasta una interpretación más libre y literaria, llegando incluso a la versión sumamente rebuscada, verdadera recreación del difícil poema. Esta progresión dosificada y afortunada era una proeza que había llevado a cabo a la perfección, una brillante confirmación de la habilidad métrica de don Alfonso, de su profunda comprensión de los versos de Mallarmé, de la maestría que tenía de los géneros y del vocabulario de la lengua española. Había causado sensación en los círculos literarios españoles.[142]

Así pues, Reyes era conocido en Madrid como el especialista del poeta francés. Un día de septiembre de 1923, algunos de los mejores escritores de la capital española recibieron una invitación firmada con un nombre ilegible para que asistieran el 11 del mismo mes, día del XXV aniversario de la muerte de Mallarmé, al Jardín Botánico con el fin de

[140] Véase Alfonso Reyes, "Mi edición del *Polifemo*", artículo publicado en la *Revista de Filología Española*, Madrid, 1923, X, 3, recogido en *Cuestiones gongorinas*, *O.C.*, t. VII, p. 155.

[141] Reyes comenta el poema de Góngora estrofa por estrofa. Esta edición fue retomada, con ligeras modificaciones, en su libro *El Polifemo sin lágrimas*, Madrid, Aguilar, 1961.

[142] Recientemente, en París, Jorge Luis Borges, al evocar el nombre de Reyes, dijo: "Es él quien ha escrito la mejor prosa castellana del siglo XX, a ambos lados del Atlántico. Y sus traducciones de Mallarmé son más bellas que los versos franceses. *Dolientes serafines* es mucho más bello que *Des séraphins en pleurs...*" Reyes reunió sus traducciones de Mallarmé en *Mallarmé entre nosotros*, México, Tezontle, 1955.

guardar cinco minutos de silencio en memoria del poeta francés. La moda de los aniversarios literarios estaba en su apogeo. El *Mercure de France* anunciaba en cada edición reuniones conmemorativas, banquetes en honor de Verlaine o de algún otro artista o escritor difunto.[143] Esta moda había llegado a España. Reyes había participado en un homenaje que se rindió a su compatriota Vicente Riva Palacio, general y poeta, novelista y periodista combativo y que en el momento de su muerte en 1896 representaba a México en Madrid. Una fotografía de esta ceremonia ilustra uno de los capítulos de "Historia documental de mis libros".[144] En torno a la tumba de Riva Palacio, don Alfonso y sus amigos aparecían con una indumentaria muy romántica, recubiertos a la Bécquer con la larga capa española, rayoneada por finas bufandas de seda blanca, con relucientes sombreros de copa. Fue sin duda una escena bastante similar la que se reprodujo en el Jardín Botánico en memoria de Mallarmé. El primero en llegar fue Ortega y Gasset y después fueron llegando el propio Reyes, Eugenio D'Ors, Díez-Canedo, José Moreno Villa, a los que se añadieron poco a poco el cubano José María Chacón y Calvo y los poetas más jóvenes Antonio Marichalar, José Bergamín y Mauricio Bacarisse. Juan Ramón Jiménez se tuvo que quedar en casa a causa de un resfriado, Gómez de la Serna debió asistir a unos funerales y el silencioso Azorín —¡oh ironía del destino!— tuvo que pronunciar un discurso ante una asamblea en el momento en que sus amigos se reunían para guardar silencio. Era un día un poco nublado pero bastante claro. Cayeron algunas gotas, "la luz parecía parisiense". El grupo avanzó por el Jardín Botánico y, al pie de unos escalones flanqueados por hermosos árboles, encontró un lugar digno del pensamiento de Mallarmé. Pasaron los cinco minutos de recogimiento. Un guardia, intrigado, llegó a contemplar la escena y después se fue. El secreto se había guardado bien. ¿Cuál de aquellos poetas había tenido la idea de organizar ese homenaje silencioso? Muchos se lo atribuyeron a Eugenio D'Ors, pero Ortega no iba errado cuando explicó en su artículo de la *Revista de Occidente* que, después de reflexionar sobre él, el gesto le había parecido poco español. "A nosotros, los españoles, toda solemnidad nos molesta, nos hace ruborizar. Llevamos en el alma siglos de solemnidades. Han perdido para nosotros la frescura de su sentido y tenemos tendencia a juzgarlas vanas y falsas..."[145] La iniciativa provenía pues con seguridad de un americano que

[143] En París también se anunció una "ceremonia Mallarmé" para este aniversario, en el cementerio de Valvins, el 15 de octubre.

[144] *Revista de la Universidad de México*, enero de 1957.

[145] Ortega y Gasset, "El silencio por Mallarmé", *Revista de Occidente*, núm. 1, noviembre de 1923, p. 251. En este mismo número, Ortega iniciaba una encuesta con todos aquellos que habían participado en este acto y les preguntaba en qué habían pensado en aquellos cinco minutos. Fue un documento psicológico de primer orden. De hecho, muy

pertenecía a un pueblo joven "que siente todo heroicamente, mitológicamente, con plenitud y sin reservas. Los pueblos jóvenes viven en una mañana eterna, como los niños... Inauguran siempre todo..." Rindamos al menos esta justicia a los escritores de Madrid: manifestaron la suficiente disponibilidad de ánimo como para aceptar aquella invitación anónima.

En París se contó la iniciativa de Reyes y fue bastante comentada. Jean Cassou comprendió que este homenaje a Mallarmé se integraba en aquel "neoclasicismo" que empezaba a prevalecer también en la poesía española. Consistía en expresar "este gusto por una perfección sutil y rara, esta noble manera de controlar los impulsos, de cancelar bruscamente la emoción".[146] Aquella conmemoración tenía algo de más conmovedor que la de Valvins, pues los franceses convocados por Dujardin no fueron invitados a permanecer en silencio, en tanto que los paseantes del Jardín Botánico de Madrid observaron en realidad esos instantes de mutismo. Francis de Miomandre, quien escribió con treinta años de intervalo dos artículos sobre este tema, explicó que la ceremonia imaginada por Reyes había sido en verdad la más agradable a Mallarmé, "cuyo arte se basaba en cierta manera en la noción de silencio".[147]

Reyes, dichoso en España, externamente parecía que se hubiera integrado a la perfección a la élite literaria española. Únicamente algunos psicólogos sutiles, como Ortega y Gasset, descubrían en él alguna diferencia. Él mismo sentía un poco esta disparidad y proseguía diciéndose en francés, con su gran conocimiento de las expresiones familiares francesas: "Y soy el *drôle de type*".[148]

---

pocos habían pensado en Mallarmé... Véase también "Mallarmé", en las *Obras completas* de Ortega y Gasset, t. IV, p. 481.

[146] Jean Cassou, "El cincuentenario de Mallarmé en Madrid", *Mercure de France*, 1o de febrero de 1924.

[147] Francis de Miomandre, "Une minute de silence", *Le Journal Littéraire*, París, 5 de julio de 1924; el otro artículo de Miomandre, "Une minute de silence", *Les Nouvelles Littéraires*, 24 de febrero de 1955, fue escrito cuando Reyes publicó su libro *Mallarmé entre nosotros*.

[148] Carta de Reyes a Julio Torri.

# IX. UNA FALSA PARTIDA

Cuando llegó la noticia a Madrid de la próxima partida de Alfonso Reyes, ésta ya había alcanzado en los círculos literarios y en los medios políticos una auténtica fama rayana casi en la leyenda. Los periódicos de América y de Europa daban cuenta de sus desplazamientos. Foulché-Delbosc lo felicita con ingenio por haberse convertido en un personaje y por el halagador nombramiento de ministro que le esperaba en Buenos Aires.[1] A comienzos del año de 1924, Reyes consagró sus últimos meses en Madrid a redactar notas precisas sobre la situación española para su sucesor.[2] Éste iba a ser el gran poeta Enrique González Martínez, por entonces ministro en Argentina y a quien don Alfonso iba probablemente a sustituir en su puesto.

A don Alfonso le entristecía profundamente la idea de abandonar España, "España muy mía". ¿Hubiera sido posible conseguir el cargo de ministro con destino en Madrid? Tal vez, pero no hizo nada para obtenerlo y privar así a su amigo González Martínez, a disgusto en Buenos Aires, de la alegría de llegar a Madrid. La elegancia del gesto, la generosidad, el valor que le confería a la amistad se contaban entre los rasgos fundamentales de su carácter. Martinenche pasó de visita en primavera y percibió la tristeza de Reyes aunque también la simplicidad con la que se rendía ante lo que él consideraba su deber de diplomático. Foulché-Delbosc le escribió el 7 de abril de 1924 para felicitarlo por su ascenso al rango de ministro, pero le daba a entender que los hispanistas de París habían tenido la expectativa de que fuera nombrado para este mismo cargo en Francia.[3]

Durante sus últimas semanas madrileñas se dedicó a los *Cuadernos literarios*, que acababa de fundar con Díez-Canedo y José Moreno Villa. Después del fracaso de *Índice*, lograr una mejor definición de la revista

[1] "...estuve maravillado al ver cómo tenía un amigo que *tient au bruit de ses pas deux mondes en haleine*. Historia, la tenemos todos; pero leyenda, y leyenda cuando uno es tan joven, vamos, que es cosa admirable, admirable, y envidiable a un tiempo", "Correspondencia Foulché-Delbosc-Reyes", *Ábside*, 1957, XXI-3.

[2] Estas páginas formaron los *Momentos de España*, colección Archivos de Alfonso Reyes, 1947.

[3] "Todos sus amigos le estábamos esperando en la capital de Francia."

era para Reyes tanto una búsqueda como una preocupación. Entre los autores que iban a participar en *Cuadernos literarios* figuraban amigos españoles, Azorín, Gerardo Diego, Benjamín Jarnés, Manuel Azaña, Bacarisse; pero también italianos, Mario Puccini; americanos, el colombiano Fernando González y, por último, franceses, Marcel Jouhandeau, Jules Supervielle y Élie Faure, el amigo de los cubistas. También los pintores habían sido invitados a participar con su arte, Gutiérrez Solana, Ángel Zárraga. Abanico amistoso y ecléctico que no dejaba de recordar la atmósfera de amplia simpatía que reinaba en París en torno a Adrienne Monnier o que acababa de imperar en la creación de *Commerce*.

**Las despedidas madrileñas**

Los escritores madrileños se reunieron para ofrecer a su amigo mexicano un banquete de despedida en Lhardy. La elección del lugar era un homenaje al erudito y al enamorado del pasado español. Este restaurante famoso por su buena cocina era además uno de los lugares históricos de la capital. Alejandro Dumas padre y Teófilo Gautier habían comido en él en 1846, cuando formaban parte de la legación francesa que había sido invitada a la boda de los reyes.[4] El establecimiento había conservado todos los detalles de la instalación original —ultramarinos en la planta baja y restaurante en el primer piso— de la época del Madrid romántico. La invitación fue una propuesta de Manuel Azaña, Ramón Gómez de la Serna, Melchor Fernández Almagro, Antonio Marichalar, Edgar Neville, Cipriano Rivas Cherif, José María Chacón y Calvo, y el sábado 12 de abril de 1924, Alfonso Reyes vivió en Lhardy unas horas conmovedoras, rodeado de la élite española, un centenar de escritores, pensadores y artistas que se amontonaban en el gran salón demasiado pequeño para darles cabida: Eduardo Marquina, Eduardo Gómez de Baquero y los amigos más cercanos de Alfonso, Azorín, Ortega y Gasset, Eugenio D'Ors, Enrique Díez-Canedo y otros. Todo el Madrid de las letras estaba allí. El Pen Club completo y además algunos rostros de diplomáticos, graves y afables: Francisco de Icaza, Luis G. Urbina.[5] El maestro Menéndez Pidal no asistió a la cena pero envió su calurosa adhesión a "uno de los redactores fundamentales de la *Revista de Filología Española*". El único francés presente era el joven hispanista Robert Ricard, de paso por la capital, pero bastante bien introducido ya en los círculos literarios españoles antes de convertirse en mexicanista. Desde París, Jean Cassou envió su recuerdo entusiasta.

[4] *Cf.* "Azorín habla de la personalidad literaria de Alfonso Reyes", *La Prensa*, Buenos Aires, 18 de mayo de 1924; producido en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. I, p. 56.

[5] Véase también Luis G. Urbina, "Madrid se despide de Alfonso Reyes", *El Universal*, México, 11 de mayo de 1924; *ibid.*, p. 48.

Gómez de Baquero habló en nombre de los diplomáticos: "Después de la gran época de la diplomacia, en la que brillan como astros rivales Talleyrand y Metternich, Europa ha cultivado el tipo de diplomático-hombre de mundo, América cultiva el de diplomático-hombre de letras. No hay incompatibilidad..." Reyes respondió en su castellano fino, exacto, penetrante; Eugenio d'Ors pensaba que este mexicano había rectificado la imagen del hispanoamericano en España; "había retorcido el cuello a la elocuencia de perico de la Exuberancia", gran tarea, la más preclara quizás de todas las hazañas que logró durante su estancia en España.[6] Azorín, siempre atento a Francia, comparó interiormente el estilo del escritor mexicano con el de Taine, preciso, puro, llano, brillante. No se le podía tachar de negligencia alguna, de nada de lo que los franceses denominan *nonchalance* (desidia). La lengua de Reyes era concentrada, intensa, y esto es lo que le confería "un aspecto muy moderno". En su reflexión, Azorín comparó de inmediato el carácter de don Alfonso, temperado, humano, tolerante, con el de Alarcón, el gran dramaturgo de origen mexicano, quien fue a la vez, a los ojos del crítico español, "Terencio y Molière". La partida de Europa de Alfonso Reyes fue comentada por supuesto también en París. Jean Cassou publicó en la *Revue de l'Amérique Latine* del primero de abril de 1924 la traducción de uno de los cuentos de *El plano oblicuo*, "La cena", y un expresivo artículo sobre su amistad y su admiración por el autor.[7]

Llegó el día de la partida. El 17 de abril Alfonso Reyes abandonó Madrid con destino a Santander. Los amigos que acudieron a despedirlo al andén de la estación fueron tan numerosos que tuvo que refugiarse en uno de los coches-cama para dominar su emoción. En varios periódicos de Madrid salió la noticia de esta partida. El 19, Alfonso se embarcó con Manuela y Alfonsito en el *Cristóbal Colón*. La escala en La Habana se prolongó unos días y la prensa saludó el paso del escritor-diplomático mexicano. El 7 de mayo, el barco arribó a Veracruz. Reyes apreció la bienvenida que le dispensó la prensa de esta ciudad y, al día siguiente, llegó a México, donde su presencia tuvo mucha resonancia. El artículo más sobresaliente fue el de su amigo Antonio Caso, a quien encontró envejecido y abatido, pero que sacudió su melancolía, no para evocar, como lo dijo modestamente Reyes, algunos recuerdos agradables de su adolescencia, sino para celebrar "al humanista de regreso a su patria, al espíritu a la vez profundo y vasto... al estilista, al hombre de acción... a quien la vida se ofrecía en toda su plenitud".[8]

[6] Eugenio d'Ors, "Glosas", *A.B.C.*, Madrid, 18 de abril de 1924; también en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. I, p. 46.

[7] Jean Cassou, "Alfonso Reyes", reproducido en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. I, p. 42.

[8] Antonio Caso, "Alfonso Reyes", *Revista de Revistas*, México, 15 de junio de 1924, en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. I, p. 64.

## Vacaciones en México

Para pasar esas vacaciones en México a las que había aspirado con tanta frecuencia, don Alfonso se instaló cerca de su anciana madre. Desde los primeros días fue solicitado no sólo por numerosas invitaciones de amigos, sino también por organismos oficiales que le ofrecieron reuniones y banquetes. Pronunció una conferencia en la Universidad en la que dio noticia de las recientes investigaciones de Lucien-Paul Thomas sobre las nociones de espacio y de tiempo en los *Autos sacramentales* de Calderón. Fue recibido en la Academia Mexicana con una sencilla y cordial ceremonia. A través de las alocuciones que pronunció en esas ocasiones, se puede estudiar cuál era el estado de ánimo de Reyes al volver a encontrar su patria. El grupo del Ateneo se había dispersado, menguado por la muerte de varios de sus miembros y dislocado por las divergencias políticas. Los escritores más jóvenes esperaban a Alfonso Reyes con cierta ansiedad. Se había abierto una fosa entre los intelectuales de la generación precedente y los que tenían veinte años. ¿No iba a manifestarse don Alfonso, ya célebre, imbuido de su superioridad, empapado de orgullo por los años de estancia en Europa? Reyes comprendió estas reticencias y parece que llegó a disiparlas, decidido como estaba a no dejarse separar de los jóvenes. Durante el desayuno que le ofreció el Pen Club de México, presidido por su amigo Genero Estrada, reconoció específicamente: "Los libros pueden ser engañosos... Quieren [los jóvenes] deshacer el mito y dar, en suma, con el hombre. Tienen razón".[9]

La Gran Cruz de Isabel la Católica, entregada por el embajador de España, le produjo un innegable placer. Se ocupó igualmente de la instalación de sus libros, que había llevado con él a México. Decidió no llevar a Argentina más que "lo indispensable". Pero hasta la selección de esta "biblioteca mínima" era muy difícil. Los recuerdos de su adolescencia afluían. Escribió un conmovedor homenaje a Jesús Acevedo, compañero de infortunio en el Madrid de 1914.

Alfonso encontró un México transformado por los años revolucionarios. La evolución de sus ideas políticas, las posiciones que había defendido en Madrid, el sentido de la fraternidad humana, el "popularismo" cuya revelación había tenido en España, lo ayudaron indiscutiblemente a comprender al México de 1924, preocupado por la reforma agraria y las innovaciones sociales. Aplaudió la eficaz campaña de alfabetización que había llevado a cabo su amigo Vasconcelos desde la Secretaría de Educación Pública. Un poema que compuso por entonces expresa su aprobación a ese nuevo país que prometía llegar a ser bucólico, ejemplar.[10]

[9] "Salutación al P.E.N. Club de México", en *Simpatías y diferencias, 5ª serie*, *O.C.*, t. IV, p. 433.

[10] "Divinidad inaccesible..." *O.C.*, t. X, p. 105.

Esperaba que hubiera llegado la época de la paz y de la reconstrucción. Se acercaban las elecciones presidenciales y finalmente Reyes dio su confianza al candidato presentado por el general Obregón, Plutarco Elías Calles. Se sabía de él que estaba muy vinculado a ideas progresistas y que era muy cercano a los "semibolcheviques", pero muchos, entre ellos Genaro Estrada, subsecretario de Relaciones Exteriores, al que don Alfonso estaba cada vez más vinculado, estaban persuadidos de que si llegaba al poder, Calles pondría en práctica un programa de reformas sociales avanzadas con un espíritu político moderado. A pesar de los reproches de Vasconcelos, quien, resueltamente hostil a Calles, le pedía que no hiciera nada, Reyes se dejó conducir en coche por algunos amigos, el ministro de Relaciones Exteriores, Aarón Sáenz, Genaro Estrada —a los que se agregaron el ministro de Francia Jean Périer y Ernest Lagarde, secretario de la legación francesa, antiguo diplomático entusiasta de los problemas de la política mexicana—, una tarde, para ser presentado a Calles. Con gran sorpresa de Périer, quien pensaba como muchos otros que Calles no tenía posibilidades de suceder a Obregón, Aarón Sáenz y Alfonso Reyes, "tal vez para poner a buen recaudo su propio futuro", se comportaron ante él como si ya fuera presidente electo. A Reyes el general Calles le parecía idóneo para llevar a buen término la regeneración de México.[11] El 6 de julio tuvo lugar la elección del nuevo presidente. Se escrutaron los votos dentro de una relativa legalidad.[12] El general Calles fue elegido en calma, pero don Alfonso observó que camiones blindados surcaban las calles así como tropas con armamento nuevo, que de vez en cuando disparaban salvas al aire, "rara idea, advertencia oportuna".

No todo era loable en las tendencias de aquel periodo y Reyes desconfiaba del indigenismo naciente convertido en argumento político. Tuvo el valor de declarar su fidelidad a la herencia española, "única herencia" de la que puede prevalerse honestamente México, con exclusión de esas "novedades étnicas" fabricadas con frecuencia de diferentes pedazos, exageración ímproba de lo que los mexicanos debían auténticamente a sus antepasados precolombinos en los terrenos de la lengua, del folklore, en sus costumbres o en su carácter. El "colectivismo" que México estaba ensayando desde el punto de vista económico —cooperativas, poblaciones sin consejo municipal— le parecía que muchas veces era manifestación de utopía, con algo de torpeza y mucha ingenuidad. Además, esas teorías eran demasiado intelectuales, ambiciosas y abstractas para ser captadas por el pueblo. ¿Por qué poner a las calles nombres tan "melancólicos y grises" como "calle del Trabajo", "calle de la Previsión Social"? ¿Por qué no denominarlas con los nombres de hombres

[11] Vasconcelos, en sus *Memorias*, dice que Reyes se convirtió entonces en "un devoto callista" y llama a Genaro Estrada "el as del callismo".

[12] *Diario*, p. 45.

ejemplares? Cierto es que "las hormigas no erigen estatuas a la gran hormiga, y yo creo que ahora ellas son nuestros modelos".[13] Cuando entró en contacto con esas "células" bañadas del nuevo espíritu, Reyes fue tratado a menudo como "obrero de la inteligencia", según la expresión de moda. Ésta no estaba hecha para desagradarlo, él sentía algún derecho a recibirla; sus manos de trabajador llevaban bien "el callo de la pluma". No obstante, dio marcha atrás cuando fue invitado a la distribución general de bienes, casas y prebendas, que Calles concedió a sus partidarios. A don Alfonso le ofrecieron un terreno en el que podría construir sin costo alguno. En primer lugar le pareció demasiado bueno para que fuera cierto. No se le pedía a cambio más que "algunas charlas". Antes de que pasara un mes, le propusieron una casa en el mismo lugar. Aferrado como siempre a su independencia, don Alfonso se dijo: "No, no: si lo barato cuesta caro, lo gratuito más".[14]

Tal vez para marcar cierta distancia frente al poder, o porque él era ante todo fiel a sus afectos de juventud, aceptó sin vacilación el peligroso honor de presidir el banquete que por lo menos se brindó a Vasconcelos, después de su caída en desgracia y su dimisión el 5 de julio.[15] Reyes dijo que el discurso que pronunció entonces había sido un acto no tanto de valor como de inconsciencia, significativo de su ignorancia de "la cocina política mexicana y de todo lo que se tramaba entre bastidores". Más tarde, el autor de *La raza cósmica* interpretaría con amargura y como un texto con doble sentido este despliegue expresado con ingenio, de un sentimiento fraternal, a veces tempestuoso, que se había cimentado con los años.[16]

Con la intermediación de Genaro Estrada, amigo común, en el transcurso de aquellos meses de vacaciones, don Alfonso trabó relación con el ministro de Francia en México, Jean Périer. Después de sólo unos años en el puesto, este diplomático, si bien prestó una mediocre ayuda a la sociedad francesa de México en sus empresas comerciales, se había interesado apasionadamente por la élite intelectual mexicana. Invitaba a cenas que se prolongaban hasta altas horas de la noche, con pláticas muy libres, a Genaro Estrada, Antonio Caso, Vasconcelos y Julio Torri, a los que se unió Alfonso Reyes. Estos pensadores explicaban a Périer su ob-

[13] *Diario*, p. 47.

[14] *Diario*, p. 54, con fecha 14 de agosto de 1924.

[15] "Fuimos siempre, en nuestra concordia o nuestra discordia, buenos camaradas de guerra. Lo mismo cuando casi nos tirábamos los tinteros a la cabeza con motivo de una discusión sobre Goethe... como cuando, lejanos y desterrados, vendíamos, tú, en un pueblo de los Estados Unidos, pantalones al por mayor, hechos a máquina, y yo, en Madrid, artículos de periódico al por menor, hechos también a máquina." "Despedida a José Vasconcelos", en *Simpatías y diferencias, 5ª serie*, *O.C.*, t. IV, p. 441.

[16] Reyes dice: "A José, se le amargaron los recuerdos..."

sesión por la busca de "la conciencia nacional" y trataban a la vez de definir sus rasgos refiriéndose a la herencia española, de la que eran fervorosos partidarios, y al carácter indígena al que querían conducir a una evolución rápida y moderna. No predicaban la resurrección física de la raza indígena ni se confundían con los que "politizaban" el indigenismo. Tenían la voluntad de instruir a las masas indígenas y Vasconcelos había creado numerosas bibliotecas públicas con este fin. También había intentado restaurar las artesanías indígenas, los textiles, las danzas, etc. Este nacionalismo se prolongaba en la búsqueda de un "iberoamericanismo", el deseo de una política y de una cultura comunes a todas las repúblicas latinoamericanas. Este ímpetu se redoblaba con una apreciación realista del papel de Europa. Todos esos mexicanos cultivados comentaban *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler, obra alemana que se leía en aquel momento en Francia, pero que en los países neutros, como España y sobre todo el México bastante germanófilo, había tenido un éxito fulminante. ¿No admitían los propios pensadores franceses, con Paul Valéry, que "las civilizaciones son mortales" y están tanto más próximas a su caída cuanto más refinadas son? Más que otros, los descendientes de los toltecas y de los mayas eran sensibles a la periodicidad algo vertiginosa de esas desapariciones. Pero el ministro francés, hasta en las conversaciones amistosas, nunca perdía de vista su misión diplomática. Pensaba que las aspiraciones de esos espíritus cultivados los alejarían de Francia, bastante paradójicamente, pues todos sufrían la profunda influencia "de las letras y del pensamiento franceses". Se sentían felices cuando podían demostrar su perfecto conocimiento de la literatura y del arte franceses. Seguían día tras día la producción francesa y nada les halagaba tanto como que sus propios poemas o sus ensayos fueran comparados con obras de escritores franceses. Y ahora todo su esfuerzo político tendía a liberar de la influencia francesa a la cultura nacional. Vasconcelos se distinguía incluso por un espíritu netamente "antifrancés". Ninguno de los grandes clásicos franceses figuraba entre las obras maestras universales que el fogoso ministro había difundido profusamente por el país. Cuando *Vasco* abandonó la secretaría de Educación Pública, Périer opinó que Francia no tenía nada que lamentar. El ministro francés no dejaba pasar ninguna oportunidad de combatir aquellas molestas ideas que amenazaban con llevar a México a cierto aislamiento a partir del momento en que se separara del pensamiento francés, ala activa de la cultura europea, y que el regreso a las tradiciones y a las culturas azteca y maya lo separara de las demás repúblicas latinoamericanas. En vez de intentar experiencias difíciles, quizás utópicas y peligrosas, ¿no ganaría más el país si sacara amplio provecho de la tradición francesa? Pero a las argumentaciones de Jean Périer, Vasconcelos replicaba con vehemencia que, si México tenía que aceptar en lo sucesivo una influencia, ésta sería la de Asia, pero no la de Japón o de China, sino

la de la India, cuyo misticismo ejercía cada día mayor atracción en algunos círculos mexicanos, hostiles a partir de entonces al razonamiento cartesiano, preciso pero empobrecedor. En sus informes al Quai d'Orsay —ya que para todo buen diplomático cualquier conversación entre amigos, cualquier comida en privado puede ser materia de un elocuente documento sobre la mentalidad de un pueblo—, Jean Périer señalaba que, si bien participaba ardientemente en la famosa "búsqueda de la conciencia nacional", Alfonso Reyes era con mucho el más francófilo de aquellos escritores mexicanos. Reyes seguía recibiendo de las librerías parisienses, Crès y Gallimard, revistas y libros: los entretenidos *Almanachs littéraires* de Léon Treich, y una obra tan importante como el *Lafcadio* de Gide. Los poemas que compuso durante aquella estancia en México, "Trópico" y "Caravana", abundan en reminiscencias del reciente *Anábasis* de Saint-John Perse.[17] Los mismos títulos son la prueba.

Alfonso comenzaba apenas a deshacerse de "esta inquietud tan antigua, que databa de París, 1913", cuando otras preocupaciones relacionadas con su próximo nombramiento vinieron a quitarle el sueño y a provocarle sus famosas migrañas.[18] En agosto, en efecto, corrió el rumor en

[17] Saint John Perse

Mais de mon frère le poète on a eu des nouvelles. Mon cheval arrêté.
Sous l'arbre plein de tourterelles,
...appuyé du menton à la dernière étoile...
Mon cheval arrêté sous l'arbre
Jeunes Femmes!... Palmes...!
mais se levant avant le jour

on lui apporte de l'eau fraîche pour y laver sa bouche, son visage et son sexe

que j'aille sous la tente, que j'aille nue, près de la cruche, sous la tente.
Sacrifice au matin d'un coeur
de mouton noir.
*Anábasis*, Pléiade, pp. 108, 110, 117.

et de l'éponge verte d'un seul arbre le ciel tire son sue violet.

...Il vient, de ce côté du monde,
un grand mal violet sur les eaux.
Je t'annonce les temps
d'une grande faveur...
Je t'annonce les temps d'une grande chaleur...
Tonnerre et flûtes dans les chambres.
*Anábasis*, pp. 89, 105, 109.

Alfonso Reyes

Hoy tuvimos noticia del poeta:
Entre el arrullo de los órganos de boca
y colgados los brazos de las últimas estrellas,
detuvo su caballo
El campamento de mujeres batía palmas...
...y los viejos sellaban amistades lacrimosas
entre las libaciones de la honda madrugada.
Acarreaban palanganas de agua,
y el jefe se aprestaba
a lavarse los pechos, la cabeza y las barbas.
Los alfareros de las siete esposas
acariciaban ya los jarros húmedos...
Y en el sacrificio matinal,
corderos para todos...
"Caravana", *O.C.*, t. X, pp. 111-112.

las esponjas de algas venenosas
manchan de bilis verde que se torna violeta...
...Y yo te anuncio el ataque a los volcanes...

y el trueno de las flautas mexicanas.
"Trópico", titulado después "Golfo de México", *O.C.*, t. X, pp. 107 y 109.

[18] *Diario*, p. 50.

Relaciones Exteriores de que la legación de México en Buenos Aires iba a ser elevada al rango de embajada. Alfonso era un ministro demasiado reciente para, en sus condiciones, poder ser un candidato. Sus ascensos seguían la lentitud de una carrera normal y prescindían de los saltos que pueden ser debidos a la política.[19] México no tenía entonces más que dos embajadas, en Washington y en Brasil, a las que iba a sumarse la de Buenos Aires. ¡Había muchos otros mejor respaldados que él para solicitar esos sabrosos frutos! Alfonso pasaba sus horas de insomnio, con el corazón ya fatigado por su regreso a un lugar alto, dedicado a enumerar los puestos que le quedaban accesibles: ¿Noruega, Bélgica, Chile? La legación francesa parecía estar reservada a Alberto J. Pani, quien aspiraba a que se le concediera ese puesto al final de su mandato ministerial, probablemente al terminar el periodo presidencial del general Obregón. Reyes vio a Pani, antiguo amigo del Ateneo, en un encuentro bastante cordial, en algún momento de aquella estancia en México, y relata una broma que éste le hizo: "Está impaciente por llegar a su puesto en París porque teme que yo sea nombrado en lugar suyo".[20] Entre verdaderos diplomáticos, no se emiten reflexiones a la ligera. ¡Cualquier broma puede ocultar las más graves sugerencias!

## Misión confidencial ante Alfonso XIII

Alfonso Reyes veía que estas dudas se prolongaban cuando, el 18 de septiembre, el secretario de Relaciones Exteriores, Aarón Sáenz, le pidió bruscamente que tuviera en cuenta la posibilidad de un viaje urgente al extranjero. A puerta cerrada, le confió que el presidente Obregón deseaba enviarlo en misión secreta ante el rey de España a fin de que le propusiera la mediación de México en el asunto marroquí. Mucho más al corriente que el presidente de México de la política española y de los problemas de Europa, Reyes no disimuló sus reservas respecto al proyecto. En primer lugar, decía, ello implicaba tratar a los marroquíes como beligerantes, en tanto que la metrópoli no veía en ellos más que a súbditos sublevados. Además, España no era la única implicada en la situación marroquí puesto que estaba vinculada a otros Estados a través de acuerdos concretos. Francia, y todavía menos Inglaterra, que no había reconocido aún al actual gobierno mexicano, no iba a dejarse aconsejar por México, después de que el presidente Wilson en persona no había obtenido nada cuando trató de entrometerse diplomáticamente a propósito del mismo conflicto. Por último, la situación interna de España le parecía tan precaria que la

[19] "Yo voy por los pasos contados de la carrera técnica y no por los saltos de la política", *ibid.*, p. 55.
[20] *Diario*, p. 59.

menor iniciativa, si era desacertada, amenazaba con desencadenar una revolución. Así pues, la idea del jefe de Estado mexicano era hermosa, pero utópica. No obstante, Reyes rogó a don Aarón Sáenz que transmitiera al Presidente su agradecimiento por la confianza que había depositado en él; estaba a su disposición, cualquiera que fuera la decisión que se tomara. La manera en que fue llevado este asunto arroja mucha luz sobre el carácter del presidente Obregón, a quien inspiraban las mejores intenciones pero que no estaba lo bastante al corriente de los problemas internacionales y además no carecía de vanidad: como su mandato presidencial llegaba a su término en dos meses, con esas negociaciones ante el rey de España esperaba alcanzar una gloria personal. Reyes estuvo algunos días sin recibir respuesta y una noche lo despertaron con un mensaje en el que se le ordenaba que se pusiera en camino sin tardanza bajo el pretexto de un viaje privado: "Es posible que no se obtenga nada, pero la proposición se ha de llevar a cabo de todas maneras". Reyes guardó el mayor secreto sobre el asunto y no reveló los detalles hasta mucho después, cuando ya otros los habían sacado a la luz.[21] Así es como sabemos que don Aarón le dio algunas explicaciones suplementarias antes de partir y una carta personal del presidente Obregón a Alfonso XIII, en la que le anunciaba que el portador tenía encargada una misión confidencial. A petición suya, el jefe de gobierno le encargaba también una carta destinada al presidente electo, Plutarco Elías Calles, quien por entonces viajaba por Europa y al que Reyes tenía el derecho de mantener informado "en caso de que se encontrara con él". Se dejaba en plena libertad al mensajero para que organizara su viaje como él juzgara necesario y Reyes aprovechó un desplazamiento oficial de Aarón Sáenz a Monterrey para partir con el ministro en un tren especial, el 23 de septiembre. Doña Manuela y Alfonsito lo acompañaban. Con profunda emoción volvió a ver Monterrey, a sus hermanas, a un sinfín de amigos, y la casa paterna que desafortunadamente había sido vendida y dividida en dos. Después de esas jornadas de intensas vivencias, tomó un tren que lo condujo hacia la frontera de Estados Unidos. El viaje fue casi triunfal; a cada estación, antiguos amigos subían al vagón para saludarlo. Reyes llegó el 30 de septiembre a Nueva York. Trató de encontrar a algunos conocidos, pero Solalinde ya había partido y con Américo Castro únicamente pudo hablar por teléfono. En cambio, vio mucho a Waldo Frank; para todos, la razón de su viaje era cuestiones de salud. El 4 de octubre se embarcó en el *Veedam* con destino a Boulogne-sur-Mer. Su pequeña familia, "Trinidad solitaria" cansada por el viaje, no fue bien acogida en Francia. En el hotel, no había nada para comer por ser demasiado tarde; a

[21] Luis León narró la misión de Reyes en "Reminiscencias obregonistas", *El Nacional*, México, 13 de julio de 1933. Véase Reyes, "Historia documental de mis libros", *La Gaceta*, octubre de 1959.

la mañana siguiente tampoco fue posible conseguir desayuno porque el tren partía demasiado temprano. Defectos franceses —hospitalidad exigua, mala organización, poco realismo comercial— de los que Reyes se daba cuenta sin guardar rencor. El 14, París estaba muy ocupado en las exequias de Anatole France y la ciudad literalmente dividida en dos por el largo cortejo, espectáculo de dudoso gusto y explotado con fines políticos que Reyes describió en una página que permaneció mucho tiempo inédita.[22] Reyes entró en contacto con Rafael Cabrera, entonces responsable de la legación del bulevar Haussmann; estaba firmemente decidido a ver al general Calles, quien precisamente acababa de llegar a París, y de impartir la conferencia que acabó siendo célebre en los anales de la prensa francesa.[23] Reyes lo visitó en el Hotel Majestic el 15 de octubre y le entregó la carta del presidente Obregón, sin disimular el escepticismo que tenía respecto a su misión. Calles le respondió que él era del mismo parecer y "que se volverían a ver pronto en México". Manuela y Alfonso hicieron después una visita sentimental al barrio de Ternes y a la vivienda que habían habitado en 1913-1914, y terminaron el día en el Circo de Invierno; triunfaban los Fratellini, pero su reputación les pareció excesiva y su talento inferior al del gran cómico mexicano Ricardo Bell. Don Alfonso dispuso también de tiempo para ver a André Rouveyre, quien lo había citado amablemente en su *Gracián*, publicado en *Les Cahiers Verts*. Del crítico francés, esbozó un excelente retrato en broma.[24] ¡El escándalo no provenía únicamente de lo que escribía sobre Gracián sin saber español! Rouveyre desplegaba en la sociedad parisiense una doble vida, y el mexicano se pretendía escandalizado por la inmoralidad de esos dobles amores. Los antiguos Estados, las naciones cristianas y civilizadas también... A París llegaban algunos refugiados políticos que habían salido de España con el ascenso al poder de Primo de Rivera, y Reyes encontró en casa de Jean Cassou a su amigo Unamuno, quien le pareció presa de ambiciones quiméricas, pues soñaba que iba a ser elegido presidente de la próxima República española.

El representante del gobierno mexicano llegó a Madrid en una fecha histórica por partida doble: la vacunación contra la viruela era obligatoria y los coches tenían que circular por la derecha. La costumbre francesa de manejar por la derecha estaba ya en vigor en toda España, salvo en la capital, donde se había conservado la costumbre inglesa, incohe-

[22] "Exequias de Anatole France", publicado en agosto de 1939 en *Revista de las Indias*, Bogotá; reproducido en *A lápiz*, *O.C.*, t. VIII, p. 233.

[23] En el transcurso de esta conferencia de prensa, un periodista preguntó al presidente electo mexicano qué pasaría si un político se opusiera a sus designios; "Lo suprimiría", respondió Calles de inmediato. La prensa francesa sólo publicó una reseña suavizada de esta conferencia. Los periódicos más audaces hablaron únicamente del "brillo cruel" que atravesaba fugazmente la mirada de Calles.

[24] *Diario*, p. 89.

rencia que originaba todo tipo de conflictos imaginables en los cruces. Reyes entró en el Hotel Palace y retomó su lugar en la tertulia que él había organizado allí con Eugenio d'Ors y algunos escritores jóvenes. Escuchó noticias: la clausura de la tertulia del Pombo, la partida de Ramón a Estoril; Azorín iba a ser recibido en la Real Academia. Solicitó sin demora una audiencia con el rey. Sorteó con tacto la posición delicada en la que se hallaba respecto a un amigo tan grande y respetado como González Martínez, ministro de México en España, y a quien la misión del presidente Obregón parecía ignorar: Reyes le presentó su visita como una cortesía para agradecer a España la Gran Cruz de Isabel la Católica, y sólo hizo alusión a una eventual propuesta que podría verse obligado a hacer en el curso de la entrevista. El 3 de noviembre don Alfonso fue recibido por Alfonso XIII y no incluiríamos aquí el relato de esa visita si no lanzara nueva luz sobre los sentimientos del monarca español para con Francia, sentimientos que siguen siendo un enigma y tema de discusión entre los historiadores. Una fotografía tomada con ocasión de esa audiencia, y reproducida en "Historia documental de mis libros", muestra a Reyes con levita y sombrero de copa, tal como se presentó ante el rey en aquella mañana de otoño.[25] Alfonso XIII lo recibió amistosamente, como "tocayo". Evocó incluso el malentendido del jefe de estación de Lyon, anécdota que le había divertido sobremanera. Después de que Reyes le expusiera el motivo de su presencia y la propuesta del presidente Obregón, el soberano, confirmando las previsiones hechas, rehusó la oferta cortésmente haciendo hincapié en que México era la primera de las repúblicas latinoamericanas que tenía un gesto de amistad hacia España. Pero no era posible que una nación extranjera se inmiscuyera en los asuntos internos del país. Cambió de tema con rapidez y le preguntó por qué razón el general Calles no visitaba Madrid en el transcurso de su gira por Europa. "Supongo, dijo Reyes con franqueza y recordando las propias palabras del general, que no está seguro de que la política que él representa sea exactamente la del Directorio militar." El rey se lamentó de no haber podido conversar libremente con el presidente electo, fumando un cigarrillo como lo hacía con Reyes. Aquella entrevista, dijo, habría podido ser un sosiego para los españoles residentes en México, que seguían siendo un tema dé inquietud para el gobierno español. Después, rápidamente, Alfonso XIII se puso a conversar sobre el estado actual de México y la necesaria reorganización del ejército posterior a los años de revolución. El monarca español tenía verdadera pasión por las artes militares. Aconsejaba la elección de instructores alemanes, "lo cual sería bien visto por Washington, siendo tan fuerte la influencia alemana en Estados Unidos. Además, los instructores franceses resultaban mucho más caros".

[25] *La Gaceta*, noviembre de 1959.

"Yo no respondí nada porque además no se pedía mi opinión", observa Alfonso Reyes entristecido en su *Diario*, herido en su amistad con Francia y meditando con melancolía sobre el arraigado prestigio que los alemanes conservaban en España y en el espíritu del rey aun después de la derrota.

## Nombramiento en París

Don Alfonso se despidió del hermoso otoño madrileño y regresó a París el 5 de noviembre con la intención de embarcarse hacia México en cuanto fuera posible. Avisó de su regreso al gobierno mexicano. Cuál no sería su sorpresa cuando recibió un telegrama de Relaciones Exteriores en el que se le pedía que permaneciera en París en espera de una orden ulterior y que utilizara aquel lapso para examinar el material inédito que había dejado al morir el sabio colombiano Rufino José Cuervo, con vistas a la elaboración de un diccionario de construcciones y de normas gramaticales. Hasta este punto es cierto que Relaciones Exteriores no distinguía entre Reyes el diplomático y Reyes el escritor y el erudito. Según los acuerdos firmados en la Unión Panamericana, era probable que México se encargara de esa publicación. Los días que siguieron, Reyes se vio con su compatriota Palma Guillén en la legación mexicana y conoció a Gabriela Mistral, "esa inmensa mujer". Ambos hablaron detenidamente de México y de Chile. Américo Castro y Menéndez Pidal estaban también en París, donde el director del Centro iba a recibir el título de doctor *honoris causa* de la Sorbona el 29 de diciembre. Don Alfonso caminó por París en compañía de Unamuno. Cuando Reyes le llamaba la atención sobre las hermosas perspectivas parisienses que él tanto admiraba, como la avenida del Observatorio, don Miguel hacía un gesto de desdén con la mano y respondía "¡Gredos, Gredos!" Creía que estaba en Salamanca, donde tenía la costumbre de recitar sus obras a sus amigos mientras paseaba. Siempre recitaba en las calles de París, y cruzar los bulevares con él era exponerse a la muerte. Así fue como Reyes conoció los sonetos que Unamuno había escrito en el exilio, algunos de los cuales le parecieron románticos y otros prosaicos; pero algunos tenían "una fuerza admirable, digna de Quevedo".[26] Acompañó al escritor español por los jardines de Luxemburgo y por el Barrio Latino. En la Rotonda, en el bulevar de Montparnasse, vio con pavor al cándido Unamuno rodeado de policías vestidos de civil especialmente enviados por el Directorio para vigilarlo. En París se hablaba mucho de España. Vicente Blasco Ibáñez vivía allí "como el O'Pattah de Morand" y acababa de publicar su libelo contra el rey de

[26] *Cf.* Reyes, "Recuerdos de Unamuno", en *Grata compañía*, *O.C.*, t. XII, p. 15.

tino paterno, el culto a los dioses de la patria y la carga de su hijo. "La lámpara", mencionada con tanta frecuencia en sus escritos de aquella época, se había convertido en el emblema de su vida y brillaba hasta muy tarde sobre su mesa.

No obstante, esa escuela heroica le había aportado un inestimable enriquecimiento espiritual. Tenía la clara conciencia de estar en deuda con el carácter español. Al mirar cómo vivía España, mezclándose en la vida cotidiana de las diversas clases sociales, convirtiéndose en amigo de sus escritores, había adquirido una nueva comprensión de lo humano, un sentido de la fraternidad absoluta con los que trabajaban, la conciencia de la necesidad y de la legitimidad de su afán solidario. La nobleza innata del español, la belleza de su gesto, cualquiera que fuese la clase social a la que perteneciese, habían despertado ese eco en Reyes, de temperamento profundamente bueno, justo, desinteresado y entusiasta. Este tipo de profundización moral no le había sido posible en Francia, donde había vivido, en 1913 y 1914, demasiado poco tiempo, donde había admirado inmensas inteligencias, magníficos poetas, pero con cuyo pueblo no se había sentido de inmediato en comunión. Fue en España donde se convirtió verdaderamente en adulto, no en hombre advenedizo con ideas religiosas y filosóficas definitivas, posición estéril. Pero ahora se había cortado "el cordón umbilical" y se sentía liberado de todos los prejuicios. Anhelaba manifestarse respecto a todo por sí mismo, haciendo uso de "la sobria y rígida razón"; con mesura y equilibrio, únicas garantías de la independencia de un sentido crítico. La moral a la que se entrega, tal vez estrechamente contraria a la melancolía profunda de su naturaleza mexicana, va a ser una moral de acción, de progreso y por lo tanto optimista, fundada en el esfuerzo que hay que hacer con uno mismo, pero sin arduas exigencias, sino con bondad y comprensión. "Pude decirle a mi corazón: *Mon vieux.*"[33] No cree en la bondad original del ser humano y aprovecha cualquier ocasión para oponerse con vigor a las teorías de Rousseau. El buen salvaje no existe: "...se embriagan... Son desconfiados y tímidos, haraganes y viciosos... Dejan morir *nietzcheanamente* a los viejos y a los enfermos... El primitivo, atado por sus tabúes y sus supersticiones, es todavía mucho menos libre que el hombre civilizado".[34]

En torno a él, Francia y el espíritu francés habían sido muy cuestionados y sus defectos puestos en evidencia. Otras naciones habían adquirido para Reyes un gran interés: Italia, Estados Unidos, Rusia. Inglaterra seguía manteniendo para él toda su importancia. Sin embargo, Reyes ha-

[33] En francés en el original, "Del diario de un joven desconocido", en *El cazador*, *O.C.*, t. III, p. 208.

[34] "En los paraísos de la Guinea española", en *Simpatías y diferencias, 1ª serie*, *O.C.*, t. IV, pp. 36 y ss.

bía actuado con todas sus fuerzas para que se lograra la victoria francesa. En 1918, no había permanecido insensible a la euforia del momento. Como era de esperar, las armas no habían solucionado ningún problema y la posguerra estaba llena de dificultades para las naciones europeas. España vivía de nuevo el caos y una grave crisis económica. La Francia política vivía en la anarquía. Se debatía en una crisis financiera inextricable. Las viejas naciones tenían dificultades para adaptarse a un mundo nuevo. Lo mismo que Ortega y muchos a su alrededor, Reyes pensaba que "la decadencia de Occidente" era un drama que le había tocado vivir. Su corolario tenía que ser un impulso que el siglo XX vería desarrollarse en los países nuevos, entre otros en las repúblicas americanas. Fue esta inmensa esperanza la que empujó a Reyes a buscar con Obregón y después con Calles la organización del México moderno. Y cada día más, Reyes se sentía vinculado profundamente a su tierra mexicana.[35] Otra condición importante en ese eventual papel de América Latina en la reorganización del mundo era la unión que había que instaurar entre las diversas repúblicas, y era en ese estado de ánimo en el que don Alfonso había aceptado abandonar España para partir a Buenos Aires.

Sería injusto no ver más que una flexibilidad y una disponibilidad de diplomático de carrera en la facilidad con la que Reyes había renunciado de inmediato a su puesto en Argentina. Representar a su país en París era un sueño que no había osado acariciar. Seguía siendo el mismo francófilo lúcido. Los años de Madrid, con la ayuda de Azorín y de Díez-Canedo, con tanta inteligencia atentos a Francia, le habían permitido alimentar una vez más su admiración ante todo por la lengua francesa, y seguir sus modas y su evolución. Había profundizado su conocimiento del patrimonio literario francés y había apreciado la trayectoria de sus artes. Se había formado su gusto siguiendo esa huella francesa que excluía lo superfluo y la exuberancia. *Ne quid nimis* se había convertido en su divisa; nada en exceso y, si es posible, un poco menos. De esta manera, "los sabores se concentraban".[36] Su estilo iba a ser sobrio, sin academismo, con garra. Grandes y nuevas amistades francesas, Valery Larbaud, Jules Romains, Adrienne Monnier, Jean Cassou le habían mostrado que con Marcel Proust, Saint-John Perse, Paule Valéry y siempre Claudel, Francia se situaba una vez más a la cabeza de la estética mundial. En *Ifigenia cruel* don Alfonso había sabido adaptar a la lengua española ese clasicismo tan renovado. *El plano oblicuo*, que iba a ser publicado en París, se integraba al otro aspecto de las tendencias recientes y mezclaba el análisis de los recuerdos con la narración de los sueños. Re-

[35] "Del diario de un joven desconocido", *op. cit.*, p. 208.

[36] Eugenio d'Ors, "Alfonso Reyes", en el *Digesto* publicado en mayo de 1924 por el Pen Club de México, p. 3.

# INTRODUCCIÓN

Reyes se instaló entre el cuerpo diplomático de París después de la efervescencia que siguió al fin del conflicto, en el umbral de aquellos años llamados locos, pero que con el paso del tiempo nos parecen tan constructivos, marcados por el gran deseo de reedificar la paz, por cambios importantes en la sociedad francesa y una completa renovación en las letras y en las artes. Francia, pese a su victoria, estaba en la ruina, pero el franco en su cotización más baja atraía al país a tantos extranjeros y en particular latinoamericanos que París volvía a ser el centro del mundo. El cosmopolitismo dominaba el nuevo estilo de vida. Para un viejo país enfermo, el acercamiento a naciones jóvenes y con promesas de un gran desarrollo, como México, era, más que un gusto, una necesidad vital, económica y espiritual. Por su parte, don Alfonso, al asumir la responsabilidad de una importante legación, sentía el deseo de verdaderamente recrear una amistad franco-mexicana en todos los terrenos y en el marco del México callista en el que él confiaba tanto. Escritor ya veterano, aspiraba a beber en la copa rebosante del París artístico y literario y sabía que sus fervientes amigos esta vez se aprestarían a abrirle las mejores puertas.

Conocemos bastante bien esa época de la vida del escritor pues, a partir del 4 de julio de 1924, retoma la costumbre de llevar su diario regularmente, aunque tal vez sin todo el abandono que anhelaría nuestra curiosidad. Las obras literarias que compuso en París no fueron muy numerosas, algunos bellos poemas, ensayos muy hábiles y una importante "carta abierta" que es de hecho su testamento literario.[1] Las funciones diplomáticas, cumplidas con una atención ejemplar, absorbían gran parte de su tiempo y le inspiraron cierto número de textos en los que consignó sus observaciones sobre la Francia política, los cuales agrupó posteriormente en cinco *plaquettes* con el título de *Crónica de Francia*.[2] Este escorzo de la vida de los partidos franceses entre 1924 y 1927 está trazado por una mano tan firme que interesó a muchos franceses; es difícil en-

[1] "Carta a dos amigos", escrita en enero de 1926 y dirigida a Enrique Díez-Canedo y a Genaro Estrada, en *Reloj de sol, Simpatías y diferencias, 5ª serie, O.C.*, t. IV, p. 475.

[2] *Crónica de Francia*, 5 t., Archivo de Alfonso Reyes, Serie E (Testimonio), México, 1947, 1952, 1955, 1956, 1957.

contrar un equivalente entre los numerosos estudios que en Francia describieron aquel periodo. Respecto a las relaciones franco-mexicanas o al México de Calles, lo esencial de su pensamiento se encuentra en los artículos y en las conferencias con los que benefició a la prensa francesa durante esos dos años. Las revistas y los periódicos franceses consagraron numerosas páginas a este diplomático que, a los treinta y seis años, era el más joven de los ministros extranjeros que residían en París, un escritor ya célebre y, para colmo, accesible y muy simpático. La correspondencia que Reyes intercambió con sus amigos franceses —Foulché-Delbosc, Valery y Larbaud, Jean Cassou—, si bien no abarca muchas cartas extensas, abunda en mensajes significativos de las invitaciones que intercambiaban entre sí y de sus citas, y nos permite precisar sus relaciones con el mundo literario. Por último, algunas personas han relatado los recuerdos que tenían de Reyes como ministro en París. El más interesante de todos es el de José Vasconcelos.[3] A pesar de la imprecisión despreocupada que caracteriza sus *Memorias*, a través de su bilis y de la parcialidad que él mismo se reconoce, más allá de la fantasía y de los apodos grotescos pero transparentes, su relato denso, sus dotes firmes de gran escritor confieren un profundo relieve a los acontecimientos de los que vamos a tratar, muchos de los cuales fueron pasados por alto por el propio Reyes en su diario.

La instalación en Francia como ministro y el ser festejado e invitado por doquier fue para don Alfonso una verdadera turbación que duró varios meses. Su alma, que no era frívola, se cansó de aquella embriaguez y fue escogiendo algunas amistades a las que dedicó su ocio y su tiempo personal, cada vez más escaso a medida que renacían las dificultades entre Francia y México con las leyes callistas sobre la propiedad y sobre la enseñanza religiosa. Reyes vivió pues en París veintiocho meses demasiado breves pero esenciales pese a algunas desilusiones inevitables. Este periodo le permitiría dar pruebas de su talla de diplomático en una crisis particularmente difícil, profundizar sus aspiraciones de escritor en una época decisiva para el futuro de las letras, adquirir una mejor comprensión de Francia y de los franceses y acumular recuerdos que iluminarían toda su vida.

[3] José Vasconcelos, *El desastre*, escrito en 1937, *Obras completas*, t. I, p. 1215 y el capítulo "El París de la victoria", p. 1666.

# X. EL TORBELLINO DE LOS PRIMEROS MESES

## Artículos de bienvenida

La gran prensa parisiense consagró pocos artículos a México en ese tan agitado año de 1925 en el que las fluctuaciones de la política interior francesa, los graves problemas financieros y la situación internacional bastante incierta todavía y cargada de nuevas amenazas absorbían la atención del público. Cierto es que la deuda mexicana subsistía y que no se pagaban los intereses desde hacía mucho tiempo. Pero los inversionistas franceses habían perdido su capacidad de indignación respecto a México. La deuda mexicana no era sino una deuda entre otras: la deuda rusa, la que había entre los aliados, la deuda "sagrada" causada por los siniestros de guerra... el valor del dinero había sufrido tales depreciaciones que los franceses habían tenido ya múltiples ocasiones de ver cómo desaparecían sus capitales. Sin embargo, existía en París una prensa más restringida y especializada, muy interesada en América Latina, que traducía el deseo de acercamiento a esos países que experimentaban algunos de los hombres de Estado franceses y de sus industriales y escritores. Junto a la *Revue de l'Amérique Latine* —que no hay que confundirla con *Amérique Latine*, también mensual, pero consagrada a temas económicos—, dirigida por el profesor Martinenche y que expresaba la armonía intelectual francesa con la América hispánica y Brasil, se habían fundado otras publicaciones periódicas. La Cámara de Comercio de París había creado un órgano oficial, *Par-Sud-Am*, que pretendía ser "Diario de los sudamericanos en París y de los franceses en América Latina". En septiembre de 1924, otra publicación mensual, *La Vie Latine*, había hecho su aparición. El importante Comité France-Amérique, fundado en 1909, cuando la necesidad de afirmar la presencia francesa en las diferentes Américas había empezado a hacerse sentir, seguía estableciendo numerosos vínculos, comerciales y culturales, en París y en los "centros" que presidía en el Nuevo Mundo. Su revista *France-Amérique* es para nosotros de incomparable interés. En medio del silencio con el que la prensa francesa rodeó a México, fue casi la única que consagró numerosos y bien documentados artículos al estado de este país inmediatamente después de la guerra. El Comité organizaba reuniones de gran elegancia. Las damas de la aristocracia parisiense, a veces descendientes de las grandes familias

francesas, o las esposas de diplomáticos, contribuían con su halagadora presencia, muy apreciada por la alta sociedad americana, en la organización de la recepción a algún huésped insigne o la celebración de alguna fiesta.

En mayo de 1925 se creó la Association Paris-Amérique Latine, presidida por Georges Leygues y Armand Godoy, ministro de Cuba y gran poeta. La Association se proponía labores de propaganda, congresos, conferencias, y se instaló en los vastos y suntuosos salones del bulevar de la Madeleine número 14, zona a la que tenía tendencia a desplazarse el comercio elegante de la capital. Su local se convirtió en un centro de reuniones muy frecuentado por los latinoamericanos en París y sus amigos franceses, quienes adquirieron la costumbre de hacer cenas semanales. La Association creó también un medio de expresión, *La Revue Latine*.

Otra excelente fuente, aunque prácticamente desconocida, de la historia de la colonia hispanoamericana en París entre 1924 y noviembre de 1929 es el *Paris-Times*, cotidiano publicado en dos ediciones, francesa e inglesa, y destinado esencialmente a los extranjeros que residían en la capital francesa. Esta publicación dedicaba cada día una página entera a los huéspedes de lengua española, a sus actividades mundanas, artísticas, deportivas o políticas —iniciativa que estaba justificada por el número de importantes familias (ochocientas, tal vez mil, en su mayoría argentinas) que llegaban a París a pasar una buena parte del año, compraban departamentos, inmuebles, hoteles particulares o grandes terrenos en los alrededores y llevaban un gran tren de vida. Además de esta página diaria, el *Paris- Times* publicaba de vez en cuando artículos de fondo sobre alguna personalidad importante que se había instalado en París o que emprendía viaje.[1]

En todos estos círculos dinámicos y tan favorables a la amistad franco-americana, la noticia del nombramiento de Reyes se difundió rápidamente. El *Paris-Times* le solicitó una entrevista, sus amigos Francis de Miomandre en *L'Europe Nouvelle* y Jean Cassou en *Le Journal Littéraire* le daban la bienvenida, a la espera de estudios de mayor profundidad que iban a hacer su aparición más tarde.[2] En el mes de marzo, Cassou escribía en *La Vie Latine* sobre la fuerza de la simpatía, el rostro espiritualmente redondo, el apretón de manos, la simplicidad de palabra, la

[1] Parece ser que el responsable de esta interesante página y el autor de buen número de artículos fue Jean Rey, precisión que debemos al caricaturista Toño Salazar, originario de El Salvador, y quien fue durante todo ese periodo uno de los latinoamericanos más activos en París y uno de los mejores amigos de Reyes. No hemos podido obtener ningún otro dato acerca de Jean Rey.

[2] El texto de la entrevista que Reyes concedió al *Paris-Times* se publicó en este periódico el 31 de enero de 1925. Francis de Miomandre, "Portrait du jour, M. Alfonso Reyes", *L'Europe Nouvelle*, 3 de enero de 1925; Jean Cassou, "Alfonso Reyes", *Le Journal Littéraire*, 7 de febrero.

juventud y la mirada directa de Alfonso Reyes. Todo ello creaba un nuevo estilo de diplomático latinoamericano, con menos afectación pero más eficaz. Después rendía homenaje al erudito gongorista, al cuentista amigo del misterio y de la sutileza, portador "de las cualidades desconocidas de una raza poco común".

Valery Larbaud quiso presentar primero a su amigo mexicano a los lectores de *La Revue Européenne*, publicación creada hacía poco por Simon Kra y en la que el autor de *Barnabooth* publicaba con bastante frecuencia sus textos sobre literatura española e hispanoamericana. Pero a fin de no retrasar su publicación, envió su importante artículo a la *Revue de l'Amérique Latine*. Larbaud no formaba parte expresamente de este grupo, que aglutinaba ante todo a universitarios en torno al profesor Martinenche, pero simpatizaba con él y estaba suscrito a *La Revue*, de la que era lector asiduo.[3] Su gran amigo Ventura García Calderón tuvo la amabilidad de mediar para facilitar la publicación el 1° de febrero de 1925 , de la hermosa "Salutation a Alfonso Reyes".[4] El autor no sólo se dirigía a los hispanistas sino a "todos los hombres de letras franceses" para anunciales, como bello regalo de comienzo de año, la llegada de uno de los jóvenes escritores más distinguidos de México. La "Salutation" acogía a Alfonso Reyes con la gentileza refinada de ese gran pueblo, heredero de una civilización misteriosa en la que los poetas hacían ofrendas de flores junto con sus versos para regocijo de los muchachos y de los nobles. Hacía ya tiempo que, a través de las crónicas de los conquistadores españoles, Larbaud había percibido la seducción de esos altiplanos solares, de sus colores, de esos hombres y en esos momentos extraños, de esas intrépidas leyendas. Había conocido hacía poco algunos fragmentos que quedaban de esa lírica "en la que las flores y los pájaros ocupaban un gran lugar". Su agudeza vislumbraba ahora todo lo que significaba para las relaciones intelectuales franco-americanas el nombramiento de Reyes en París: la posibilidad de conocer mejor la producción literaria moderna de esa lejana república e instaurar con sus élites intercambios más frecuentes. Entre Francia y México estos lazos ya eran antiguos, privilegiados, existían "desde que Pierre Corneille escogió como a uno de sus maestros al mexicano Juan Ruiz de Alarcón". Larbaud definía después la situación de Alfonso Reyes, al frente de la literatura mexicana contemporánea, en una frase que después se ha retomado muchas veces: "No cabe duda de que un estudio metódico de la literatura mexicana actual ha de comenzar por la obra ya considerable de Alfonso Reyes". Políglota y viajero, no se contentaba, como tantos otros americanos letrados, con las baratijas de la última moda. Alfonso Reyes había "franqueado el umbral", bajo la égida de los más grandes maestros

[3] *Cf.* su carta del 6 de julio de 1930, p. 90 de la *Correspondance Larbaud-Reyes*.
[4] *Ibid.*, p. 123.

del pensamiento europeo en quienes Larbaud reconocía a los suyos: Matthew Arnold, Poe, Walter Pater, Hegel, Sainte-Beuve, Lemaître, Vico, De Sanctis, Croce. Su hoja de servicios era brillante, "conquistador intelectual", erudito, que luchaba en favor de Góngora, Hita, Ruiz de Alarcón, Gracián, Quevedo. En los tomos ya publicados de *Simpatías y diferencias*, Reyes daba muestras de "crítico creador, o más exactamente, recreador", según el deseo de De Sanctis. Esta obra conciliaba "el conjunto de las diversas corrientes en una armonía superior", en un gran inventario de riquezas intelectuales del campo español, al que "don Valerio" anhelaba ya interiormente consagrar algún estudio. Ferviente militante en favor de una mezcla internacional en el mundo de las letras en el que se difundirían, sin perderse, las particularidades, entusiasta adepto de la traducción, Larbaud quería ver la publicación en francés de algunas de las "obras de imaginación" de Alfonso Reyes, los cuentos de *El plano oblicuo*, y ese auténtico poema que era la *Visión de Anáhuac*, "descripción minuciosa, como un lienzo de Jan Brueghel". Como era su costumbre y para mejor situar al autor extranjero que introduce a sus lectores franceses, lo compara a un escritor conocido de ellos. Se trata sin duda en este caso de una pincelada al vuelo. Larbaud no precisa por qué razones el lirismo de Reyes le parece que se confunde "a momentos con el de Saint-John Perse", pero resulta fácil ver una alusión a ese exotismo atlántico que ilumina por igual los versos del poeta de *Éloges*, la atracción por los trópicos y los vastos espacios, la presencia en su obra de otro continente, el ritmo amplio y a la vez exacto que ambos conferían a su hálito.

El artículo de Larbaud es, pues, una de las grandes páginas, admirablemente escrita, de la bibliografía francesa de Alfonso Reyes, rica en comparaciones afortunadas, en nobleza y cortesía, en la que el autor hace con autoridad la síntesis del arte de su amigo sin dejar de darnos una vez más la prueba de su talento de retratista. Este artículo marca un hito en las relaciones franco-mexicanas. Por primera vez, un gran escritor francés manifestaba plenamente su interés por el secreto histórico del país del águila y la serpiente, su curiosidad por el México moderno, y pedía a un hombre de letras mexicano, equiparable a los mejores escritores franceses por su cultura, que fuera en Francia el intérprete de su pueblo, de su vida intelectual ante todo, pero también de su vida cotidiana.[5]

## Banquetes, congresos y *art déco*

Para celebrar la llegada de Reyes, el profesor Martinenche no se contentó con esos artículos, por muy elogiosos que fueran. Se propuso festejar

[5] El artículo de Larbaud fue citado por otros escritores que celebraron la llegada de Reyes a París, y en especial por Paul Dermée, "Alfonso Reyes", *Les Nouvelles Littéraires*, 14 de marzo de 1925.

todavía con mayor dignidad el nombramiento de este amigo de Francia para un puesto diplomático importante. El Comité de la *Revue de l'Amérique Latine*, a instancia suya, organizó un banquete en el Hotel Carlton, la mayor manifestación que se organizó en Francia en honor de Alfonso Reyes. Doscientas cuarenta personas respondieron al llamado del Comité el miércoles 11 de marzo a las 8 de la noche. Valery Larbaud, Francis de Miomandre, Ángel Zárraga, así como otros invitados, ausentes de París, enviaron su adhesión calurosa. La reseña minuciosa que publicó la *Revue* en sus números de abril y mayo de 1925 nos dice lo que fue la velada.[6] El cuerpo diplomático en pleno y los miembros más escogidos de la colonia hispanoamericana ponían de manifiesto con su presencia la estima en que tenían al ministro instalado hacía poco tiempo. Luis de Souza Dantas representaba a Brasil; Álvarez de Toledo a la Argentina; Mariano Cornejo, que había sido amigo de Heredia, a Perú; el poeta Ismael Enrique Arciniegas a Colombia; el novelista Gonzalo Zaldumbide a Ecuador; el gran Armand Godoy a Cuba; Carlos Morla Lynch a Chile. Reyes reconoció con emoción al antiguo presidente de México, De la Barra, al que le unían caros recuerdos paternos. Escritores y artistas también estaban presentes, los hermanos Ventura y Francisco García Calderón evidentemente, León Pacheco, Mariano Brull, Alcides Arguedas, y el franco-argentino Max Daireaux, Alexandre Sux, Alberto Zérega-Fombona, algunos españoles entre los que se encontraba Corpus Barga, el caricaturista Toño Salazar, el joven mexicano José María González de Mendoza y, entre los franceses, Jean Cassou, André Honnorat, senador y antiguo ministro de Educación Pública, el novelista André Corthis, Charles Lesca, y todos los colaboradores de la *Revue de l'Amerique Latine* del grupo del profesor Martinenche. El periodismo estaba representado, entre otros, por Maurice de Waleffe y J. Coupet-Sarrailh. Ernest Martinenche había vacilado respecto a quién concederle la presidencia del banquete. La lista de diplomáticos-escritores franceses que se encontraban por aquel entonces en París no era muy extensa. Finalmente, Ventura García Calderón se había dirigido al autor dramático Robert de Flers, de la Academia Francesa, que había sido embajador en Rumania durante algún tiempo en la guerra, y se invitó también a otro académico, el poeta Jean Richepin, cuya celebridad se había cubierto en los últimos tiempos de un ligero ridículo por su entusiasmo por el tango.

La serie de brindis fue inaugurada por el profesor Martinenche, quien habló con humor y emoción, dirigiéndose a Reyes con una afectuosa familiaridad, autorizada por la diferencia de edad y su ya antigua amistad. Saludó ante todo al autor de la *Visión*, "obra de gran fausto, que nos ha entregado todo el pasado mexicano... su lectura merece que se apren-

[6] Véase también en el *Paris-Times* del 13 de marzo de 1925, "Un dîner en l'honneur de M. Alfonso Reyes".

da el español". Después trajo a colación recuerdos personales, su asombro al ver las ruinas de Mitla y las pirámides de Teotihuacan cuando había visitado México para las fiestas del Centenario. ¡Qué acogida le había deparado México! ¿Provenía esa simpatía franco-mexicana de que las misiones respectivas de los dos países se parecían? México estaba destinado a desempeñar un papel que recordaba al de Francia en el antiguo continente, intermediaria entre el Norte y el Sur, entre las civilizaciones anglosajonas y la civilización latina. Además, Francia siempre había amado a México, hasta llegar incluso a amarlo demasiado... De ingenio chispeante y sonriente, el discurso de Ernest Martinenche es todavía de lectura agradable. Después habló Gonzalo Zaldumbide, "el exquisito ecuatoriano" al que Reyes había apreciado ya en sus páginas sobre Rodó y sus estudios refinados en los que, en medio de su atracción por París, estallaba el dolor de las "vicisitudes del desarraigo". También él había sentido mucha simpatía por Reyes al leerlo, incluso antes de haberlo conocido. "Nos hacía falta", le dijo simplemente, alabando el sentido de la amistad, el gusto y la fantasía del nuevo ministro mexicano, su cultura francesa. "Usted nació escritor, usted es uno de los grandes sacerdotes de Góngora, pero ¿habría llegado a ese culto sin la práctica tan aguda de Mallarmé y de los simbolistas franceses?" Un homenaje a la "madre España" ponía fin a esta alocución llena de matices, en un francés fluido y rico, con un elogio de *El plano oblicuo* que sigue siendo una de las mejores definiciones que se hayan hecho de este libro original: "En ese inestable y patético equilibrio tan suyo, usted hace revolotear la imagen de mundos descompuestos, más lógicos que la naturaleza, y mucho más inteligentes según las inesperadas matemáticas de usted... Estuvo en cierto momento a punto de sobrepasarse en inteligencia... Afortunadamente, usted también es un hombre sensible". En la *Visión*, Zaldumbide había encontrado "la profusión americana, la magnificencia ingenua de los climas afortunados". La peroración de este discurso fue notable y se hizo incluso célebre entre los admiradores de Reyes: "Cuando franceses curiosos e inteligentes nos pregunten qué tipo de espíritu cultivado produce hoy América Latina... en lugar de perdernos en generalidades, les contestaremos simplemente: vean mejor a Alfonso Reyes". Luis de Souza Dantas, eminente diplomático, gran amigo de Francia, cuya gestión marcó las relaciones entre Francia y Brasil, tomó la palabra después. También se dirigió no tanto al diplomático cuanto al escritor y al latino, es decir, al poeta. Después de esas brillantes o encantadoras alocuciones, que cautivaron a Alfonso Reyes y a los demás invitados, las palabras de Robert de Flers hicieron un papel bastante deplorable. Por una ligereza y una suficiencia desafortunadamente bastante francesas, apenas había preparado su discurso y no había escrito nada. Ignoraba prácticamente todo sobre el medio en el que se encontraba aquella noche por primera vez. No conocía siquiera al profesor Martinenche y había preguntado a media

voz a Reyes quién era mientras aquél estaba hablando. Reyes le respondió de la mejor manera que pudo, con discreción y pacientemente, pero Robert de Flers olvidó las precisiones que le acababa de proporcionar y, cuando tomó la palabra, se lanzó a hacer las observaciones más inoportunas sobre el cuerpo académico y "el tedio libresco de las cenas de profesores". De inmediato, quizás al sentir la torpeza que acababa de cometer, se refugió en una defensa de la "latinidad" y en el elogio de las personalidades francesas presentes, el novelista André Corthis, el antiguo ministro André Honnorat. Al finalizar el discurso, en un impulso que disipó felizmente el efecto causado por aquella mediocre alocución, el viejo poeta Richepin se puso en pie muy emocionado para dar a Reyes el espaldarazo "en nombre de la poesía francesa" y le dirigió algunas trémulas palabras improvisadas. El ex ministro Honnorat, hijo de un barceloneta, y cuyo hermano había sido compañero de Alfonso en las bancas del Liceo Francés de México, pronunció también unas amables palabras.

Reyes respondió en el bello francés que acostumbraba; Robert de Flers consideró estremecido que en aquel momento él podría estar en México a punto de pronunciar un discurso en español en una reunión análoga... Don Alfonso, al mostrar su agradecimiento a los oradores que acababan de hablar, concedió especial atención a Gonzalo Zaldumbide, "cuyo espíritu delicado" acababa de comunicar una vez más "su caricia y su atmósfera exquisita". Gustoso "retomaría sus ideas una a una para entablar con él un largo y sabroso diálogo". El recibimiento de todos, del cuerpo diplomático, de la colonia latinoamericana de París había sido "tan cálido y natural" para con el ministro de México que éste no había tenido tiempo de "movilizar las reservas de reconocimiento con las que hubiera querido responder". Dirigió un elogio merecido a la *Revue de l'Amérique Latine*, "hospitalario hogar intelectual, mensaje oportuno de una pequeña y atenta sociedad literaria, que había logrado realizar el milagro de hacernos la ilusión de que estábamos en nuestro país cuando nos encontrábamos en París, y de estar en París cuando estábamos en América". Este magnífico banquete estaba dedicado no tanto a él, que no tenía en su haber sino "algunas aventuras entre los papeles y los libros", cuanto a México. Era al pueblo mexicano al que la "elite" que se había reunido aquella noche allí, a instancias de "don Ernesto", ofrecía "un recuerdo y unos momentos de atención".

México había estado "aislado durante la guerra, replegado sobre sí mismo en medio de innumerables dolores". Se había lanzado "en busca de un alma nacional" y estaba logrando poco a poco transformar en energía su profunda violencia. Descubría con dicha que era un ser completo, viable, fuerte. "Después de un largo sueño —producto de medio siglo de positivismo algo necio—, después de un sueño de materialismo pacífico que había puesto al día la solución de nuestros problemas esenciales",

México había sido sufrido convulsiones. En realidad, habían sido provocadas por "el abuso de estupefacientes". De vuelta a una vida más sana, México se dirigía a sus hermanos del Nuevo Mundo, ellos también "hijos de soñadores indígenas y de guerreros españoles". Les hacía un llamado a la esperanza. Ellos también representaban para el futuro del mundo reservas "de felicidad, de riqueza y de imaginación".

La parte del discurso dedicada a la evocación de la amistad franco-mexicana estaba concebida bajo el doble signo de "la concordia y el comercio", y es de imaginar que el orador empleaba este término en todos sus diferentes sentidos. El tono se volvía más personal cuando definía el papel de "la Francia que nosotros amamos". Para Reyes, ella había sido en primer lugar la inspiradora de su fantasía y más tarde una "maestra de la armonía y del dibujo". Era el momento adecuado para evocar algunos tiernos recuerdos de infancia. Abanderado del Liceo Francés de México en las festividades del 14 de julio, el pequeño Alfonso había izado orgullosamente la bandera tricolor francesa y marchado al son de sus melodías militares. Las canciones de los soldados franceses las conocía, pues, desde hacía tiempo y gustaba de su vivacidad. "La sirena de Francia" le cantaba ya al oído y había empezado a guiarlo. A veces, alzando la pluma sobre sus tareas de gramática, había soñado con ese hermoso país del que le hablaban sus libros y sus maestros.

El tiempo vivido en Francia es inolvidable para todo americano. Cuando regresa a su país, lleva consigo "el recuerdo de la dulce Francia en el hueco de la mano, como el sembrador lleva el grano que espera... que florezca en su suelo". Don Alfonso rozaba así el delicado problema de la rivalidad de influencias a la que se entregaban Francia y España en América Latina. "Nadie querría renegar de los antepasados españoles... España vive en nosotros y somos en cierta manera la renovación de España y los hermanos legítimos de la España actual." Pero los estetas americanos eran platónicos de buen grado. Su ideal de belleza estaba hecho de armonía. "Quisiéramos crear el árbol perfecto arrancando una rama a la virtud de cada uno de los pueblos." Nuestro árbol, áspero, robusto, será español, pero para trenzarle una guirnalda de flores "nos gustaría que fuera en el jardín de Francia donde las recogiéramos. La sensibilidad que atraviesa la Historia, Francia la ha salvaguardado, depurado, la ha hecho amable a todos. Este gran acorde ha franqueado los Pirineos y después el Atlántico... De esta manera se formó ese hermoso sueño, así se tramó el tejido aéreo pero inquebrantable de la amistad entre los hombres". Que no se inquieten para nada Europa, Francia, si les llegan rumores de un México atraído por el Oeste y que presta atención a las civilizaciones asiáticas en las que puede encontrar como un eco del mundo precortesiano. "No hay nada que temer... no será más que una nueva riqueza, adquirida para toda la civilización." México se acerca a su edad

adulta, "la hora de revestirse con la pretexta". Entonces su colaboración al bienestar de la familia será más eficaz.

La emoción interrumpió en varias ocasiones la palabra del orador. En la fotografía que la *Revue de l'Amérique Latine* publicó junto con el texto de este discurso, se puede ver a don Alfonso de pie, dirigiéndose a una audiencia numerosa y apretada. Por encima de la mesa de honor, el águila mexicana desplegaba sus alas sobre el nopal.[7]

A estas actividades sociales se añadieron las obligaciones de la interminable gira diplomática.[8] El 11 de enero, Alfonso Reyes fue recibido por Édouard Herriot, presidente del Consejo, al que hizo entrega de sus cartas credenciales y con el que mantuvo una conversación tanto más cordial y lúcida cuanto que el estadista francés recientemente había estado pendiente de México a raíz del tránsito por París del presidente Calles. Unos días después, el 22 de enero, hizo entrega de sus cartas credenciales al presidente de la República, Gaston Doumergue. De acuerdo con el protocolo, el señor Becq de Fouquières, introductor de embajadores, fue a recoger al nuevo ministro y lo condujo al Palacio del Eliseo en una carroza de la Presidencia con una escolta de coraceros. Una compañía de la guardia republicana rindió honores.

El nombramiento de Reyes fue celebrado de inmediato en el seno de otro grupo muy diferente, el Comité France-Amérique, que dirigía el historiador y antiguo ministro Gabriel Hanotaux. En 1913, cuando a las cenas del Comité acudían Rubén Darío o Porfirio Díaz, Alfonso Reyes, segundo secretario de la legación, no hubiera podido ni soñar ser invitado. En 1925, convertido en ministro de México, escritor de renombre, fueron festejados él y su esposa con varias recepciones. El 12 de febrero de 1925 en particular, fue organizada una brillante velada en su honor. La condesa de Vogüe, asistida por la señora Del Piaz, esposa del director de la Compañía Trasatlántica, y por la señora Saint-René Taillandier, lo recibían en nombre del Comité. Lugné-Poe, uno de los actores más renombrados de París y director del Théâtre de l'Oeuvre, prestó su apoyo.

El 28 de mayo Reyes asistió al congreso internacional del PEN (poetas, ensayistas, novelistas), asociación todavía reciente y creada en Londres en 1920, que emigraba a Francia por conducto de Philippe Berthelot, bajo la sigla CLI. Dos de los más queridos amigos de Reyes, Enrique Díez-Canedo y Genaro Estrada, presidían el Pen Club, uno en Madrid y el otro en México. Parece que el congreso que tuvo lugar en París en 1925 fue una de las más extraordinarias reuniones de hombres de letras de la posguerra. Díez-Canedo llegó expresamente de Madrid. Tocó en suerte a Re-

[7] *Revue de l'Amérique Latine*, mayo de 1925. El discurso de Reyes figura en la página 398; la fotografía, en el "Supplément Illustré".

[8] Véanse los *Paris-Times* del 9 y el 22 de enero de 1925.

yes el honor de presidir una de las mesas. Las otras estaban presididas por los grandes nombres de entonces: Galsworthy, Unamuno y Pirandello. Reyes fue en ese congreso el único representante de la América hispánica junto con Francisco García Calderón. Para el ministro de México fue la oportunidad de encontrarse con numerosos escritores. Paul Valéry y Georges Duhamel asistieron al banquete. Entre los franceses destacaban Marcelle Auclair y Adrienne Monnier, y Reyes conversó amigablemente con la señora de Clermont-Tonnerre y con la famosa "Amazona" de Remy de Gourmont.[9]

Siempre amigo de los artistas, Reyes tuvo la dicha de asistir a una de las comidas de inauguración de la Exposición de las Artes Decorativas, que iba a marcar un hito en la historia de las artes modernas, aun cuando sus participantes y sus contemporáneos no tuvieran clara conciencia de la novedad que aportaba.[10]

Pese a ser más restringida que las grandes exposiciones de 1889 y de 1900, permitió sin embargo a importantes masas contemplar interiores arreglados de acuerdo con los diferentes gustos de las provincias francesas o de numerosos países extranjeros. Palacios, jardines colgantes habían brotado a orillas del Sena, entre la Concorde y el puente de l'Alma. El Pabellón de América Latina estaba rodeado de quioscos, cada uno con el nombre de un país latino. Para el banquete, se dispusieron mesas gigantescas bajo las altas bóvedas del Grand Palais. Reyes ocupaba uno de los lugares de honor, a la derecha del arquitecto que había dirigido la instalación de la exposición. La comida le pareció excelente y los vinos "magníficos", y podemos afirmar sin aventurarnos demasiado que aquellas horas se contaron entre las más dichosas de toda su vida.[11] Apreció los muebles que se exhibían, la simplicidad de las líneas, toda la novedad y el espíritu de búsqueda que animaba a aquellos decoradores, sobre todo a los franceses, un cierto *modern-style* vagamente geométrico, que parecía evocarle algo de su querido cubismo.

## Rue Cortambert

La legación puso a disposición de Reyes un magnífico automóvil que el gobierno mexicano había adquirido cuando Alberto Pani había sido nombrado ministro en París, pero la residencia del ministro no estaba garantizada. Don Alfonso tuvo dificultades para encontrar alojamiento en una época en que los departamentos amueblados eran muy escasos y los va-

[9] Véase el *Diario*, p. 97.

[10] "C'est une question de savoir si l'Exposition des Arts Décoratifs dotera notre époque d'un style", título de un editorial del *Paris-Times*, 29 de abril de 1925.

[11] Véase el *Diario*, p. 102.

cíos prácticamente inexistentes. Se instaló provisionalmente en el número 44 de la rue Hamelin, en el mismo piso en que había vivido Proust los últimos tres años de su vida y donde había muerto. Estuvo a punto de alquilar la vivienda de Paul Adam, en el *quai* de Passy,[12] pero la viuda del escritor había transformado los cuartos en un verdadero museo en el que la más mínima reliquia debía ser respetada. "Imposible vivir entre cenizas sagradas", y don Alfonso se trasladó al número 1 de la rue de Messine, a un pequeño departamento "qui n'avait l'air de rien",[13] pero cómodo, simpático, asoleado y a dos pasos del parque Monceau, en un barrio al que Reyes tenía mucho cariño y al que cantó con elegancia y humor en algunas estrofas en las que flota el recuerdo de Verlaine.[14] No obstante, lo exiguo de los espacios apenas permitía recepciones dignas de un ministro, ni siquiera cenas o tés entre amigos de los que Reyes tanto gustaba y de los que tenía literalmente necesidad. Tuvo que escoger la triste morada de la señora Fabre-Luce, en Cité Varenne, y, finalmente, gracias a Arturo Pani, cónsul de México en Francia, que vivía ya en la misma calle, encontró la perla rara, un hotelito particular, en el 23 de la rue Cortambert, "en pleno Passy", a dos pasos de la hermosa avenida Henri-Martin y del liceo Janson en el que estudiaba su hijo.[15] Era una casa muy pequeña, modesta pero digna que don Alfonso calificaba de "tipo francés clásico", con una franja de pasto en la parte anterior y un jardín un poco más grande, con algunos hermosos árboles, en la parte posterior de la angosta construcción de dos plantas.[16] Reyes llegó a amar infinitamente esa vivienda vinculada para él a tan buenos recuerdos. Instaló sus libros y papeles en cuanto llegaron de América. Recibió a amigos y retomó la costumbre madrileña del té dominical a las cinco de la tarde en el que escuchaban buena música, recitales, lecturas; los mexicanos de más edad evocaban antiguos recuerdos. Los más fieles y asiduos eran León Pacheco, Toño Salazar, Jean Cassou, Jules y Pilar Supervielle, el joven periodista mexicano José María González de Mendoza. También acudía el pintor uruguayo Pedro Figari. Reyes estableció relaciones de amistad con los mexicanos pertenecientes al personal de la legación y con sus familias; les abría con frecuencia las puertas de su casa y en la buena tem-

[12] Diez años después, Reyes recordaba la vista sobre el Sena, surcado por barcazas adornadas con faroles de colores. "Venise à Grenelle!", "Fragmentos del arte poética", en *Ancorajes*, p. 26.

[13] En francés en el *Diario*, p. 88.

[14] "Parque", *O.C.*, t. X, p. 244.

[15] Véase en *Cortesía*, p. 86, el poema "Evocación" firmado por Arturo Pani y los suyos, José María González de Mendoza, Agustín Loera y Chávez, Guillermo Dávila, Alicia Sadurní, Kyria.

[16] Este "hotelito" de Passy, tan entrañable para Reyes, ya no existe. Las dos construcciones gemelas que tenían los números 21 y 23 han sido demolidas para dar lugar a un inmueble moderno de seis plantas.

porada ofrecía tés hasta para cincuenta personas en su propio jardín, denominado "El jardín de Academus" por José María González de Mendoza. Todos los amigos de paso por París estaban afectuosamente invitados a la rue Cortambert y para don Alfonso y doña Manuela fue un agasajo poder hospedar, junto con sus esposas, a Díez-Canedo, Gómez Ocerín, Luis G. Urbina, Enrique González Martínez, José Moreno Villa, Martín Luis Guzmán y a otros. Reyes gustaba también de organizar en su casa cenas íntimas. Doña Manuela se había adaptado admirablemente a sus nuevas funciones y se había iniciado en la mejor cocina francesa. De aquella estancia en París, ambos esposos conservaron siempre la costumbre de una alimentación francesa y de beber vino en las comidas, hábito tan contrario a lo usual en México. Alfonso se había convertido en un buen gastrónomo y catador de los mejores vinos; él mismo dirigía con el mayor cuidado la disposición de sus invitados a la mesa para así crear una óptima situación favorable a una conversación agradable. En su *Diario* se manifiesta sensible a la belleza, a la elegancia y a la inteligencia de sus invitados. Recibía también con frecuencia a sus amigos parisienses más que ridos, algunos diplomáticos que se habían convertido en sus íntimos como Mariano Brull, Morla Lynch, y entre los franceses, además de Supervielle y Cassou, Adrienne Monnier, Jules Romains, Benjamin Crémieux, Francis de Miomandre, Mathilde Pomès, Marcelle Auclair y Jean Prévost, de cuyo noviazgo fue el primero en enterarse.[17]

Entre el Sena y el bosque de Boulogne, todo el barrio de Passy se vuelve entrañable para él. Este enamorado de París percibe el eco de las fiestas de antaño y saborea la calma actual a cuyo encuentro iban escritores y artistas. Cuando tenía una hora libre, vagaba por las bellas arterias bordeadas de árboles o por las simples callejuelas, cuyo único adorno era el musgo verde que recubría los muros, pero que tenían nombres de pintores, La Tour, David... Reyes se cruzaba con sus vecinos, la señora de Clermont-Tonnerre, el anciano poeta Jean Richepin, y Tristan Derême depositaba para él un ejemplar autografiado de sus últimos libros en la minúscula librería del barrio, cerca de *la petite crémière*. Se afirmaba que Clemenceau habitaba también por aquellos rumbos. A dos pasos de su casa, Reyes descubrió un día con indecible emoción una pensión familiar

[17] El atrabiliario Vasconcelos rinde homenaje al ambiente de inteligencia y de afabilidad que habían logrado crear doña Manuela y don Alfonso en la rue Cortambert: "Alfonso Reyes sostenía la legación mexicana con menos lujo que Zaldumbide la suya, pero con igual brillo intelectual. Famosos escritores de Francia, jóvenes y viejos, frecuentaban la modesta casa del ministro poeta, uno de los pocos mexicanos que han logrado interesar a la crítica francesa con sus propias producciones y sus estudios de Góngora y de Mallarmé. Le ayudaba a hacer amable el ambiente de la legación su esposa, Manuela, una mujer de primera, muy comprensiva, muy inteligente, diestra por instinto y afable por buena disposición de ánimo, que es la mejor manera de ser cortés, sin frialdad, sin exceso en la fórmula." José Vasconcelos, *Obras completas*, t. I, p. 1668.

llamadas *Les Charmettes*, nombre que conmemoraba que Jean-Jaques había vivido allí. En el cementerio cercano flotaban los fantasmas de Manet, Debussy, Marie Bashkirtseff, "Oh, recuerdos de José Asunción Silva". La casa de Balzac había sido convertida en museo. Las mañanas de los domingos todo el barrio rebosaba de música sacra, del templo protestante de al lado y de la capilla católica de enfrente. A la salida de misa, los *Camelots du Roi* voceaban *L'Action Française*. Durante la semana, sólo turbaban la calma del jardín de Reyes los recreos del colegio contiguo. En los arriates caían pelotas que don Alfonso devolvía con paciencia. Palabras españolas, pronunciadas en todos los acentos diferentes de América, se mezclaban con gritos franceses, y se podía imaginar que en aquel parque apareciera Fermina Márquez, protagonista del libro en el que Valery Larbaud había descrito "el precoz adelanto de nuestros muchachos americanos respecto a los franceses de su edad, y las proezas de Santos Iturria, llegado de Monterrey..." Mucho tiempo después, en su vejez, Reyes evocaba todavía para su placer y el de sus amigos, desde su México lejano, las búsquedas metódicas que había emprendido en Passy para localizar lugares y recuerdos, pretextos de tantos paseos por ese barrio histórico.[18]

## La fiesta del 16 de septiembre de 1925

A cargo de interinos desde hacía años, la legación no había organizado ninguna recepción salvo la ofrecida a Rodolfo Nervo para conmemorar en 1921 el Centenario de la Independencia. La fiesta nacional, que México celebra con brillantez el 16 de septiembre, fue a la vez para Reyes el medio de corresponder las numerosas invitaciones que había recibido desde su llegada y la ocasión de anunciar al mundo diplomático parisiense que México había reemprendido la vida normal y que su legación retomaba una vida regular. La imagen de México estaba en juego y hasta la amistad franco-mexicana; ¿no se hablaba, pues, de las brillantes recepciones que ofrecía en Berlín el ministro de México, Álvarez del Castillo? La organización de esta celebración fue para Reyes por ello un asunto importante. La fecha del 16 de septiembre estaba llena de ventajas y de inconvenientes. Apenas iniciada la temporada, inauguraba la vida mundana y parisiense y gozaba del atractivo de la novedad. Por otra parte, muchas familias estaban todavía de vacaciones, los señores se hallaban solos en París y la asistencia femenina era poco numerosa. Tanto más cuanto que las mexicanas, esposas de los colaboradores de Reyes en la legación, se mantenían "apegadas a costumbres muy latinas y retrógradas", y en la época de *La Garçonne*, cuando francesas e inglesas se liberaban, aqué-

[18] "Pasos de Passy", en *Marginalia, 2ª serie*, p. 130.

llas se negaban a aparecer en público si sus maridos estaban de viaje o imposibilitados para asistir. Tal como Reyes lo había previsto, la vieja aristocracia mexicana, la de los cincuenta más grandes propietarios expoliados por la Revolución, que pasaba una buena parte del año en París, rechazó la fiesta con el pretexto de que por aquellas fechas las familias estaban todavía tomando sus baños de mar. No hizo acto de presencia ninguno de los Escandón, ni de los Limantour, ni de los Díaz, que acababan de emparentarse con los Vilmorin.[19] A duras penas, Beatriz Iturbe y Luis de la Barra hicieron una breve aparición. Pese a todo, el baile, que reunió a más de seiscientas cincuenta personas en los bellos salones de la Association Paris-Amérique-Latine, fue un éxito. A la entrada, el ministro de México y la señora Reyes recibieron a sus invitados. Daba la nota mexicana un joven oficial vestido de charro, con un gran sombrero bordado en plata y un magnífico sarape. Algunos jarabes y bailes yucatecos interrumpieron con su gracia hispánica la música de jazz que empezaba a hacer furor en París. Pero Reyes supo poner límites con habilidad a este colorido exótico, preocupado por que la fiesta mantuviera toda su dignidad y su carácter de buen tono, pues, como explica en su *Diario*, "la reunión de cierto número de mexicanos adquiere pronto un ardor que dista de corresponder al concepto ritual que se tiene de la distinción en la vieja Europa".[20] A partir de las 8 de la noche, Reyes dio la señal de partida. Ningún estudiante o artista, bajo el imperio de la excitación del ambiente o de la bebida, debía perder la compostura y ofrecer a los invitados franceses el espectáculo de una nación insuficientemente educada. Todos los bailarines se retiraron contentos y Reyes tuvo un poco la impresión de haber ganado una partida.

## Hastío

A estos actos de protocolo se agregaban deberes mucho más prosaicos y, para empezar, la puesta en marcha de la legación. Reyes había tenido la mala sorpresa de encontrar "una oficina inmunda" en la que reinaba el más completo caos. La reorganización del engranaje le exigió un enorme trabajo. Al final de esos meses de una agitación extenuante, le vino la desagradable idea de haber desperdiciado el tiempo con demasiada frecuencia. Había participado en tantos banquetes, pronunciado tantos discursos que tenía la sensación de haberse convertido en "una cupletista de moda, en abogado titular" de todas las comidas franco-americanas. Estaba decidido a eludir tanta vanidad y tantos bailes. Su susceptibilidad

[19] Véase en el *Paris-Times* del 24 y el 25 de junio la crónica del suntuoso matrimonio de la hija menor de Porfirio Díaz con Henri de Vilmorin. La más alta nobleza francesa asistió a la recepción.

[20] *Diario*, p. 116.

siempre alerta se preguntaba si los franceses no invitaban a veces a los latinoamericanos "como a miserables adornos" para dar una nota pintoresca a sus recepciones.[21] Todas esas fiestas lo ponían melancólico y en esa reacción veía un rasgo profundamente mexicano.[22] Bajo el cielo gris y nublado de París, estos hijos del Altiplano tenían un poco de nostalgia del aire transparente del Anáhuac o de Castilla.

Este malestar se agravaba aún más con los nuevos apuros económicos. Alfonso tenía obligaciones familiares sagradas para con "sus dos madres", pues el general Reyes, en su rigurosa probidad, había dejado a su viuda prácticamente sin recursos. ¡Y tantas personas, amigas o desconocidas, recurrían a la bolsa del ministro de México! A Luis G. Urbina, excluido de la Comisión Troncoso, el gobierno mexicano le negaba el dinero para el regreso.[23] Muchos artistas americanos se encontraban en una situación precaria en París o recibían con irregularidad sus becas de estudiantes y recurrían a la generosidad de la legación, la cual no disponía de un gran presupuesto para ello. De sus propios fondos, Reyes prestaba una ayuda, compraba un cuadro. Llegó incluso a prestar dinero a "ese imposible Carcassone", su antiguo hotelero en Madrid, en reconocimiento por la hospitalidad que les había brindado su mujer en los años difíciles. Además, si bien Reyes siempre había sido el hombre más desinteresado del mundo, tenía horror al despilfarro y a los presupuestos a la deriva. Así pues, decidió no aceptar a partir de entonces más que algunas invitaciones, excluir prudentemente las que implicaban demasiado gasto y poner "freno a tanta locura".[24] Mantuvo desde entonces un lugar honorable en las fiestas y manifestaciones sociales organizadas en París por la colonia hispanoamericana, sin hacer acto de presencia tan asiduo como, por ejemplo, Álvarez de Toledo, ministro de Argentina, Mariano Cornejo, ministro de Perú, o Gonzalo Zaldumbide, que representaba a Ecuador, y a los que su fortuna personal les permitía una participación sin restricciones. Durante la primera etapa de su estancia en Francia, don Alfonso siempre había aceptado las invitaciones "para no ser tratado de hurón", pero no había podido escribir nada y esta "respiración de su alma" le hacía falta para su dicha personal. ¿Podría defender su tiempo, tener derecho a un cara a cara con las letras?[25]

[21] *Diario*, p. 123: "Estoy resuelto a huir de tanta vanidad, tanto baile, tanta recepción en que traen al Cuerpo Diplomático hispanoamericano en París. Se ve que lo usan como miserable ornamento de toda fiesta. Es espantoso".

[22] "Saludo a los amigos de Buenos Aires", en *De viva voz*, *O.C.*, t. VIII, p. 143.

[23] *Cf.* el poema de agradecimiento de Urbina en *Cortesía*, p. 53.

[24] "No me harán perder más tiempo. Harto he perdido ya. Tengo mucho que escribir. Y además, quedarme en casa es ahorrar dinero, que buena falta me ha hecho. El año de París ha sido de despilfarro y derroche. Freno a tanta locura... ¡Alerta, alerta! Nunca he pecado de incauto. Vuelta al paso medido y la rienda justa." *Diario*, p. 123.

[25] *Cf.* el *Diario*, p. 101.




Ventura García Calderón

# XI. AMISTADES Y ENCUENTROS

Reyes volvió a encontrar en París a algunos de sus amigos de 1913 y, como en esta nueva época frecuentaba los círculos más diversos, conoció a diplomáticos y a académicos. Sintió curiosidad por acercarse a algunas figuras de la nobleza francesa. Su rango de ministro no fue obstáculo para que se mezclara con la bohemia, a veces hasta con la vanguardia; que recorriera los bares del Barrio Latino o que se sentara con los artistas y sus modelos al amparo de los techos bajos de los establecimientos nocturnos de Montparnasse. Al mismo tiempo, su fama y su cultura, sus gustos de escritor hacían que fuese admitido en los cenáculos literarios más refinados de la capital.

La evocación de esos años demasiado breves está desparramada por toda su obra, en las anotaciones rápidas de su *Diario*, en los recuerdos todavía cercanos de *Tren de ondas*, ensayos publicados en 1932, o en las reminiscencias que acuden a su pluma muchos años después, con motivo de una visita, de un libro, de un aniversario. Sus cartas a sus amigos, las que recibe más tarde de Jean Cassou, de Valery Larbaud, de la bella Kiki, también nos lo indican. Por su parte, Adrienne Monnier y Vasconcelos han contado los momentos que pasaron con él. Las excelentes caricaturas de Toño Salazar o de Gregorio Prieto ilustran aquella sociedad parisiense prestigiosa que formó alrededor de Reyes un círculo de amigos diversos y entrañables.[1] Tuvimos ocasión de escuchar de boca de muchos de ellos, de Marcelle Auclair, de Jean Cassou, de Mathilde Pomès, de Jules Romains, los recuerdos afectuosos que guardaban de Alfonso Reyes en París. Todavía hoy, a la mención de su nombre, se abren todas las puertas. Desde su verde paraíso salvadoreño, Toño Salazar nos ha querido confiar que él no había olvidado nada de aquellos años parisienses, de su inteligencia y de su bondad.

## Los diplomáticos

Entre todos los diplomáticos latinoamericanos que Reyes conoció en Pa-

[1] En el número 221 de *Médecine de France*, París, 1971, se publicó una retrospectiva de caricaturas de Toño Salazar. En la portada de la revista hay reproducidos dos retratos de Alfonso Reyes.

rís, uno de sus mejores amigos fue Gonzalo Zaldumbide, ministro de Ecuador, muy representativo de la élite americana. Residente en Francia desde hacía ya numerosos años, don Gonzalo no había escatimado ni su celo ni su actividad para testimoniar en favor de los aliados. Gran amigo de los García Calderón —compartió muy de cerca su luto cuando su hermano cayó en Verdún—, estaba muy vinculado al grupo del profesor Martinenche, y Reyes, a todo lo largo del conflicto, había leído en el *Bulletin de la Bibliothèque Américaine*, que precedió a la *Revue de l'Amérique Latine*, sus entusiastas artículos. Además, este diplomático activo y que en 1925 continuaba desempeñando un importante papel en el seno del cuerpo diplomático latinoamericano en Francia, era también un espíritu de vasta cultura, un hombre de gusto, con clase, escritor nato, pensador fino, poeta de una gran sensibilidad y crítico imparcial. Había publicado en 1908 *L'évolution de Gabriele d'Annunzio*, una de las mejores obras escritas sobre el italiano, en la que expresaba su admiración mezclada con algunas reservas, pues había captado los tics del maestro. Pero, en general, Zaldumbide se mostraba poco dispuesto a publicar su producción literaria.[2] No había dado a conocer sino algunos capítulos de su novela *Égloga trágica*, terminada no obstante desde 1911, obra autobiográfica que, por el valor de sus escenas costumbristas y el clasicismo poético de un estilo sin pesadez, elegante, mesurado, merecería en la actualidad una mayor atención entre los especialistas franceses de la literatura americana. Zaldumbide estaba también vinculado a Foulché-Delbosc, por quien sentía la misma admiración que Reyes.[3] Ferviente devoto de Rodó, había escrito sobre su obra un estudio profundo, que originalmente había sido un discurso destinado a ser pronunciado ante el gran uruguayo a su llegada a Francia en 1917. Pero las ceremonias previstas se cancelaron porque Rodó, enfermo, había permanecido en Palermo y había fallecido sin llegar a París. Foulché-Delbosc quiso publicar este texto en la *Revue Hispanique* en 1918; constituía uno de los mejores estudios consagrados al pensador uruguayo, sobre la influencia que había ejercido en él la lectura de Ernest Renan y la formación del alma americana, temas infinitamente caros a Alfonso Reyes. Los hermanos García Calderón habían prestado atención a las páginas que Zaldumbide había dedicado a su gran compatriota Montalvo, quien vivió mucho tiempo en Francia y murió sin haber tenido el valor de enfrentar el regreso a Ecuador, dilema trágico que era el de todos los americanos exiliados, atrapados entre las dificultades que tenían para insertarse en la sociedad europea y el esfuerzo para readaptarse a su país cuando regresaban a América. En ellos, la mezcla

[2] *France-Amérique*, enero de 1919, noviembre de 1926 y julio de 1936.

[3] En el artículo que Zaldumbide dedicó a Ventura García Calderón, en el número de *France-Amérique* de agosto de 1921, hablaba de Foulché-Delbosc como "de un incomparable erudito, el mayor hispanista vivo".

de razas era el origen de muchos conflictos entre el viejo espíritu de aventura y todas las curiosidades del civilizado, temas que habían ilustrado de modo diferente los ejemplos de Montalvo y de Rubén Darío. Desde 1923, y antes de conocer personalmente a Zaldumbide, en una de sus primeras cartas a ese ecuatoriano, Reyes había mencionado a Larbaud y su dolorosa expresión "las vicisitudes del desarraigo".[4] Zaldumbide, por su parte, antes incluso de conocer a Reyes, era ya un lector asiduo de sus libros y tenía por él "una admiración ya antigua y una especie de amistad tácita". Esta mutua estima por sus obras, numerosos amigos comunes, el interés que ambos experimentaban por la cultura francesa, la identidad de sus preocupaciones respecto a América, todo los predestinaba el uno al otro cuando Reyes hizo su llegada a París.

Ambos tuvieron también múltiples ocasiones de encontrarse en las reuniones diplomáticas —comprendida la embajada rusa, lugar en el que Zaldumbide, de espíritu abierto, no desdeñaba hacer acto de presencia—, en la órbita del profesor Martinenche, en casa de los García Calderón, pero también en manifestaciones artísticas. Zaldumbide formaba parte de los aficionados al arte más refinados de París y se interesaba, lo mismo que Reyes, por todas las novedades y por las tentativas más modernas, siempre que éstas tuvieran valor real. En los círculos mundanos de la capital, este soltero de cuarenta años era más osado de lo que Reyes lo fuera alguna vez. Le hablaba de los desayunos Brillat-Savarin, de los que era asiduo. Pero se mostró totalmente dispuesto a sumarse a Reyes en esas comidas "entre hombres", en compañía de jóvenes artistas o de escritores americanos que habían llegado a París para hacerse de un nombre. Cuántas veces estos dos diplomáticos tuvieron ocasión de debatir lo que más les importaba: los problemas del americanismo, el sentido y el verdadero valor de las civilizaciones antiguas, las reformas sociales que imponía la nueva sociedad de la posguerra. Zaldumbide había conocido hacía poco a Gabriele d'Annunzio y explicaba a Reyes las soluciones que el maestro italiano preconizaba: "Educar a los humildes por la vía de la cultura y el arte", solución quizás utópica, pero ante la que Reyes no podía permanecer indiferente.[5] Prendado de París, pero vivo en él el recuerdo embellecido de los climas afortunados y la profusión de la naturaleza en América, Zaldumbide dejaba entonces escapar un fondo íntimo de tristeza con el que Reyes coincidía.[6]

La *surprise-party* era la novedad de moda, cuya fantasía y relativa improvisación se apreciaba. Con candor, don Alfonso infringía las reglas del juego: "He advertido a Zaldumbide con algunos días de anticipación,

[4] Véase *Correspondance Larbaud-Reyes*, p. 30.

[5] *Cf.* Vasconcelos, *El desastre*, *Obras completas*, t. I, p. 1668.

[6] Véase el desenlace de su novela *Égloga trágica*, en la que Zaldumbide habla de la dicha "que nunca nadie alcanza".

si no se corre el riesgo de no encontrarlo en su casa".[7] En tanto que otros ofrecían champaña y botellas de buen vino, don Alfonso llegó a una de esas fiestas en casa de Zaldumbide acarreando en el hombro uno de esos enormes panes tan franceses, símbolo de abundancia, que tanto le habían sorprendido a su llegada a París. Zaldumbide apreció muy pronto en Reyes el don de la sonrisa, la inteligencia original, el conversador cuya presencia era revitalizadora: "Pues usted es un amigo encantador. Y hay que agradecerle que deje caer, en su conversación brillante que nos alegra y aprovecha, tantas y tantas verdades esplendorosas, fantasías, pequeños poemas, cuentos de todos los tonos, que se hacen y se deshacen incesantemente en su espíritu infatigable: vivificadas durante unos momentos por el resplandor de la palabra lúcida, estas bonitas cosas brillan y desaparecen, y nos dejan la pena de lo que nunca se verá dos veces y que Vigny nos aconsejaba con tanto acierto apresurarnos a amar".[8] En la inolvidable velada del Carlton, en aquel banquete organizado en honor de Reyes, el discurso que pronunció el ministro de Ecuador fue con toda razón uno de los más aplaudidos y la prueba de que, sólo al cabo de tres meses, la amistad entre ambos estaba ya consolidada. "Ha hecho un auténtico estudio de mi obra", observó aquella noche don Alfonso, encantado de haber escuchado a Zaldumbide ir más allá de las palabras mundanas de circunstancias.[9] La serie de *Simpatías y diferencias*, los cuentos de *El plano oblicuo*, "el mejor título de sus libros", la poesía épica de la *Visión* fueron presentados en efecto con inspiración, en un lenguaje admirable. El orador tuvo incluso el arte de hacer aflorar los temas más delicados, habiendo discernido la tentación que habían sido para el escritor mexicano la erudición y cierta poesía "algebraica y demasiado inteligente".[10] La alusión al drama familiar, hecha con sumo tacto, dejaba entender lo que este "dolor oportuno" había podido aportar a la sensibilidad del poeta.

La amistad de Zaldumbide organizó en torno al poeta lo que fue para él uno de los momentos culminantes de su vida en París: la lectura pública de su obra de teatro en verso *Ifigenia cruel*.[11] Los recitales de poe-

[7] *Diario*, p. 114.

[8] Discurso de Zaldumbide, *Revue de l'Amérique Latine*, mayo de 1925.

[9] *Diario*, p. 94.

[10] Sobre los peligros de una excesiva erudición, Zaldumbide compartía la desconfianza de Larbaud y de Reyes. Cuando Pedro Henríquez Ureña publicó su estudio sobre *La versificación irregular en la poesía castellana*, Zaldumbide publicó una reseña breve en la que se lamentaba de que un talento tan brillante y con tantas y excelentes dotes de escritor hubiera dado "un tratado exclusivamente técnico, en la tradición de Bello y Cuervo". *Revue de l'Amérique Latine*, enero de 1922.

[11] Véase el *Diario de Reyes*, p. 119, y los artículos del *Paris-Times* del 14 y del 20 de diciembre de 1925, "L'oeuvre littéraire de M. Alfonso Reyes", sin firmar; en *Par-Sud-Am* del 20 de diciembre de 1925, "Soirée chez M. Zaldumbide", por Louis Forest, y "Une soirée chez M. Zaldumbide, Équateur: la plus belle fête", firmado por Maître François.

sía estaban de moda y el ministro de Ecuador reunió en sus propios salones a sus amigos americanos de lengua española y a algunos hispanistas franceses el sábado 12 de diciembre de 1925. Zaldumbide habitaba en el número 10 de la avenida Elisée-Reclus un magnífico departamento desde el que se dominaba el Champ-de-Mars, con la enorme masa de la torre Eiffel al fondo, y los cables recientemente instalados de la T.S.F. (Télégraphie Sans Fil).[12] El interior de la vivienda de Gonzalo Zaldumbide era de una elegancia poco común, en un estilo *art déco* sin excesos, decorado con encuadernaciones valiosas, bellos cuadros, objetos artísticos coleccionados con un gusto muy sólido. En aquel marco tan parisiense, ante más de ciento cincuenta personas, Reyes, sentado sobre la esquina de una mesa, leyó largos fragmentos de su obra de teatro. Muchos invitados, además de José Vasconcelos, entendieron las alusiones autobiográficas que se ocultaban bajo el velo del antiguo mito, en versos "a veces algo fríos pero impecables y por momentos decididamente bellos..." Don Alfonso insistía en el derecho de cada quien a escoger su destino, a ganar una tierra lejana para evadir la maldición de su propia casta.[13] Explicación y símbolo del exilio del poeta, *Ifigenia* también lo era de todo el devenir mexicano. Este rico y difícil poema admitía, en efecto, como las grandes obras, varias interpretaciones y autorizaba múltiples perspectivas. Expresaba "la decisión de vencer al fatalismo... que ha envenenado nuestra vida histórica". Mediante el esfuerzo, la inteligencia, la disciplina, los mexicanos podrían triunfar sobre su tendencia a la improvisación, al pretexto, al tiempo dilapidado, al sarcasmo, a la acrobacia fácil, a la mediocridad resignada.[14] Durante más de una hora, un auditorio fascinado escuchó la lectura. Uno de los periodistas presentes describió aquella sonrisa "espiritualmente redonda" que transfiguraba al autor y, sobre todo, el curioso gesto de su mano derecha: "En tanto que la izquierda sostiene el libro abierto, la derecha acompaña al poeta. La mano habla, vibra, canta, tan pronto amenazante, otras veces dulce, tan pronto ungida, ligera, deslizante, otras veces enérgica, violenta o desesperada, trágica. Hay que 'escuchar' la mano de Reyes para captar la potencia y la armonía que añaden a los bellos versos dos dedos alzados a propósito o la palma, de repente, levantada".[15] Hubo aplausos calurosos y sin reservas y después los asistentes se distribuyeron en pequeños grupos en los que se distinguía a Francisco y Ventura García Calderón, Ismael Enrique Arciniegas, ministro de Colombia, José Vasconcelos, Toño Salazar, Pinto Escalier, Las-

[12] Véase el artículo sin firmar que apareció en el *Paris-Times* del 30 de marzo de 1925, "M. Gonzalo Zaldumbide, diplomate et écrivain".

[13] *Cf.* Vasconcelos, *Obras completas*, t. I, p. 1668.

[14] Éste es el sentido que Carlos Fuentes da a *Ifigenia cruel* y a toda la obra de Reyes. Véase "Alfonso Reyes" en *Presencia de Alfonso Reyes*, volumen colectivo para el X aniversario de la muerte del escritor, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, p. 25.

[15] Louis Forest, artículo citado en *Par-Sud-Am*.

cano Tegui, A. López de Mesa, el escritor franco-argentino Max Daireaux, Jules Supervielle, considerado por los americanos como un franco-uruguayo, el pintor Figari, y entre los franceses, Louis Forest, Francis de Miomandre, el profesor Martinenche, Charles Lesca, Raymond Ronze. No es del todo seguro que Valery Larbaud, quien fue invitado y había cenado aquella misma noche con Reyes, haya podido asistir a la lectura.[16] Circulaba el champaña y las quenas sonaban lastimeras, remplazando a las flautas griegas. Vasconcelos pensaba que al otro extremo de París, otro ministro, también buen escritor, ofrecía en la legación de Perú recepciones también espléndidas pero que se atenían estrictamente a las costumbres europeas. Mariano Cornejo, de pura raza indígena, ciertamente no se hubiera atrevido a exhibir la nota nativa como con tanta libertad lo hacía el criollo Zaldumbide.

Luis de Souza Dantas, ministro de Brasil, fue para Reyes desde los primeros tiempos a la vez que un colega experto un confidente con el que podía conversar a medias palabras de los problemas diplomáticos que tenían. Hombre de ingenio, de una gran distinción, Luis de Souza Dantas se había introducido en los círculos literarios y políticos franceses. Tenía antiguos vínculos con el presidente Herriot y frecuentaba la casa de la señora de Noailles. Los lazos que estrechó con Reyes estuvieron marcados por una gran estima mutua.

Don Alfonso mantuvo también relaciones personales muy amistosas con su colega argentino Álvarez de Toledo, también muy vinculado a Francia. De gran fortuna, poseía un hotel particular en París y un castillo en Corrèze. Pero, como Reyes, era un gran patriota y un excelente diplomático. En el transcurso de sus encuentros parisienses, trazaron proyectos de una línea comercial directa por mar entre Argentina y México, los cuales Reyes tenía que llevar a cabo en su estancia en Buenos Aires.

Ismael Enrique Arciniegas, ministro de Colombia, acababa de publicar la traducción en verso de sus poemas franceses preferidos. Reyes simpatizaba con él en ese amor por la poesía francesa y en esos intentos de ponerla en castellano, atraído como siempre por el arte y el oficio de traductor. Frecuentaba también a Alcides Arguedas, cónsul general de Bolivia, que ya había escrito su obra maestra, *Raza de bronce*. Estrechó lazos con Armand Godoy, presidente de la Association France-Amérique Latine, también traductor y poeta en francés y en español. Residente en París desde hacía varios años, Armand Godoy tenía ya un nombre en el medio literario parisiense cuando Reyes llegó a París. Formaba parte de la Sociedad de Hombres de Letras. Plenamente decidido a modificar la imagen que los parisienses tenían de los latinoamericanos, había emprendido una verdadera "conquista de París" que algunos criticaban porque la encontraban demasiado rápida y torpe. Ésta era la opinión de Ventura

[16] Véase la *Correspondance Larbaud-Reyes*, cartas 18 y 19, y las notas a estas cartas.

García Calderón, quien no obstante se había asociado a Godoy para fundar Excélsior, la editorial que se proponía difundir en Francia a los autores españoles e hispanoamericanos. Armand Godoy muy pronto había percibido el refuerzo que podía aportar Alfonso Reyes a los hispanoamericanos instalados en Francia y no se había demorado en nombrarlo vicepresidente de la Association. De esta manera se veían constantemente y Armand se convirtió en un asiduo de los tés y las recepciones de la rue Cortambert. El chileno Carlos Mora Lynch era sensible y generoso, cercano a don Alfonso por sus gustos artísticos y cualidades humanas. Su mujer, la bella e inteligente Bébé, era el ornato de sus cenas. Reyes estableció también una gran amistad con el cubano Mariano Brull. Las dos familias se frecuentaban en la intimidad. Para sus dos encantadoras hijitas, Mariano Brull escribió las famosas *Jitanjáforas*, poesías españolas melodiosas y acompasadas con palabras que carecían de sentido, fórmula audaz que iba más allá del dadaísmo. El éxito de estos poemas fue grande en el medio hispanoamericano de las letras que guardaba en la memoria tal vagaje de versos y de ritmos castellanos. Todos se pusieron a componer y a recitar jitanjáforas con más o menos éxito.[17] Reyes no veía únicamente en ellas un pasatiempo humorístico de personas instruidas e imaginativas, sino una empresa "mallarmeana" que se unía al esfuerzo del maestro francés por hacer que la música de las palabras fuera independiente de su sentido.

Los hermanos García Calderón eran diplomáticos, con intermitencias que dependían de las fluctuaciones políticas de Perú. La amistad de Reyes con cada uno de ellos se incrementó y se fue matizando en el transcurso de esta nueva estancia en París. Francisco, siempre decantado hacia la filosofía y la política, puso a Reyes en contacto con personalidades interesantes de la derecha francesa y le dio a conocer en particular a *Henri* Massis, innovador, con *Roseau d'Or*, de una fórmula feliz en la concepción de una revista que Reyes no iba a olvidar. Cada mes, la revista alternaba una serie de artículos con textos más extensos, pero no lo bastante importantes, sin embargo, para ser materia de un libro. Mediante una traducción de sus *Cartones de Madrid*, Reyes llegó a pensar en participar en esta colección en la que ya se habían publicado dos libros de Chesterton y que se había abierto al mundo hispánico con *Bartolomé de las Casas* de Marcel Brion. Pero fue Ventura el que se convirtió en "el amigo de todas horas".[18] ¡Cuántas veces, en casa de ellos o en *Excelsior*, en *Hispania*, en las reuniones del profesor Martinenche, debatieron siempre el mismo tema, esa incomprensión respecto a los hispanoamericanos

[17] A. Reyes, "Las jitanjáforas", primero en la revista *Libra* (Buenos Aires, 1929), y después en *Monterrey*, números 1 y 3, y en *La experiencia literaria*, *O.C.*, t. XIV, p. 190.

[18] *Cf.* el discurso de Reyes pronunciado en su banquete de despedida, *Revue de l'Amérique Latine*, mayo de 1927.

que encontraban en los franceses! ¡Qué de veces comentaron juntos la exigencia francesa de exotismo! Reyes decía que Ventura había escrito *La vengeance du condor*, colección de cuentos en francés sobre América del Sur, para cortar por lo sano todo intento del mismo género que se hubiera podido emprender con un fin pintoresco y fácil. Como Gonzalo Zaldumbide, apreciaba en Ventura cualidades muy americanas, savia, color, una violencia lúcida, una forma fastuosa y un fondo patético,[19] pues ese buen gigante sabía ser un poeta lírico loco, que también en sus mallarmeanas *Cantilènes* se atenía más a la música que al sentido de las palabras. Francia le había dado cierta necesidad de síntesis, pero era un "romántico mal domeñado", cuyas obras *León XIII* y *Emilio Castelar*, hoy ya caídas en el olvido, resultaban excepcionales. Gabriela Mistral, escritora ya célebre, estaba también en París por un motivo diplomático. En enero de 1926, asumió la dirección de la sección de letras en el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual. Reyes, con la simpatía activa de Luchaire, hizo todo lo posible para que México fuera admitido en la Sociedad de Naciones, de la que no formaba parte.[20] Asistió con frecuencia a sus sesiones. En ellas conoció a muchos sabios y escritores franceses como Paul Valéry y Henri Focillon, el historiador del arte, con quien tuvo una duradera amistad. Don Alfonso ayudó a Gabriela Mistral a establecer su programa de actividades en el Instituto y la alentó ante todo a que organizara intercambios culturales, congresos, traducciones, becas para estudiantes, misiones, conferencias de profesores y de especialistas; a unificar entre los países los reglamentos de derechos de autor y de traducción; a fundar verdaderamente estudios de literatura comparada. Antes de llegar a París, Gabriela había vivido en México y tenía en común con Alfonso y Manuela innumerables relaciones. Se convirtió muy pronto en amiga íntima de su hogar. Con Palma Guillén, a quien Reyes había conocido en Madrid y a la que amaba fraternalmente, "maravillosamente humana e inteligente", pasaban juntos días enteros hablando de América, contándose sus sueños, sus visiones, sus divagaciones. Reían como niños.[21] Alfonso amaba lo concreto y lo patético de la poesía de Gabriela. El aspecto físico de esta mujer grande y fuerte lo impresionaba, y decía que parecía una montaña, sobre cuyos flancos rodaban las nevadas y los aludes. Algunos murmuraban contra Gabriela a los oídos de Alfonso y ponían en duda su lealtad con sus amigos. Alfonso no quería escuchar nada de eso: "Gabriela era un ser superior".[22]

[19] Gonzalo Zaldumbide, "Ventura García Calderón", *France-Amérique*, mayo y agosto de 1921.

[20] Véase el *Diario*, p. 134.

[21] *Cf. Diario*, p. 134.

[22] *Ibid.*, p. 82.

Alfonso Reyes fue uno de los pocos diplomáticos hispanoamericanos que frecuentaban la embajada soviética, abierta en París desde hacía sólo un año. Estos círculos nuevos acogían en él por vez primera al México moderno, y la imagen de su país se beneficiaba de su actividad y de la simpatía personal que despertaba. Tenía también algunos buenos amigos en la colonia escandinava y apreciaba su cortesía refinada que era también la suya. Conservaba recuerdos en particular de los momentos pasados con Tage Bull, ministro danés. Este "casanovista", experto en piedras preciosas con tintes excepcionales (rubíes verdes, esmeraldas rojas), gustaba de conversar en francés sobre los epistolaristas del siglo XVIII, mientras saboreaba los buenos vinos y los licores de las provincias francesas.[23]

Reyes se ganó la simpatía de los diplomáticos franceses en funciones en el Ministerio de Asuntos Exteriores. A raíz de sus visitas al Quai, conoció sobre todo a los colaboradores de Aristide Briand que se ocupaban de América, Philippe Berthelot y el conde Déjean, jefe de ese departamento. El matrimonio Berthelot era invitado con frecuencia por el Comité France-Amérique. Muy controvertido entonces, el hijo del sabio Marcelin Berthelot gozaba en este círculo de una gran autoridad y para Reyes estaba aureolado con el prestigio de ser amigo de Paul Claudel. Fue en casa de Berthelot donde se creó *L'Otage*. La señora Berthelot, bella y elegante, participaba de buen grado en la organización de las recepciones franco-americanas. Doña Manuela colaboró muchas veces con esta gran dama, cuyo salón era uno de los más deslumbrantes de París. Pero fue sobre todo con el conde Déjean con quien Reyes entabló relación. Una carta de Jean Périer, ministro de Francia en México, amigo común, los había acercado. Déjean era un soltero entrecano, de carácter dulce y gustos refinados. Invitó a desayunar a Reyes a su hotel, casi una torre por su altura y cuyas tres plantas se alzaban sobre la rue de Saules, a dos pasos del Lapin Agile. Vivía entre libros antiguos, ediciones raras, bellos grabados y objetos artísticos poco comunes. Reyes llegó a tener con él una íntima confianza de la que se beneficiaron las relaciones entre Francia y México.

Fue también en el Quai d'Orsay donde Reyes conoció a Jean Giraudoux y sobre todo a Paul Morand en la sección de Obras Francesas en el Extranjero, servicio creado en 1920 y que disponía de créditos (muy limitados) puestos a disposición de los funcionarios diplomáticos y consulares franceses para emprender, mejorar o fundar obras francesas o franco-extranjeras, como escuelas, hospitales, círculos, bibliotecas, etc. La protección de Berthelot confería a Morand, funcionario sin excesivas ocupaciones, el placer de viajar y de componer sus libros, tan esperados

[23] Véase el *Diario*, p. 124, y "De un vergonzoso titubeo", en *Tren de ondas*, *O.C.*, t. VIII, p. 365.

ya por un público letrado y mundano, que le habían ganado, con *Ouvert la nuit* en 1923, el premio Goncourt y un enorme éxito. En 1918 y 1919, Morand se había aburrido en España durante dieciocho meses como tercer secretario de la embajada de Francia, sin haber llegado a conocer, según parece, a Alfonso Reyes, a pesar de la amistad común de Ramón Gómez de la Serna. En París, en 1925, los dos escritores-diplomáticos, que tenían la misma edad, sintieron interés el uno por el otro. Morand seguía las huellas de Valery Larbaud, su gran amigo y, con *Barnabooth*, su maestro; pero él pertenecía, lo mismo que Reyes, a la generación siguiente, más amiga de las realizaciones prácticas. Larbaud, salvo algunos periplos lentos de juventud, no había gustado de las veleidades del viaje y sus desplazamientos eran sobre todo de veraneo. Morand, convertido en diplomático después de haber soñado con ser oficial de la marina, deseaba viajar verdaderamente. Larbaud era de la época de la "lentitud que se saborea"; Morand creía en la velocidad, amaba el teléfono, preveía el papel actual del periodismo, de las agencias, temas todos ellos que interesaban a Reyes en sumo grado, persuadido como estaba de una nueva organización en el mundo del mañana y para la cual lo había preparado su experiencia de periodista en Madrid. Ambos estaban convencidos de la eficacia de la prensa moderna, de los desplazamientos rápidos y de los contactos directos. A pesar de tener caracteres completamente diferentes, Reyes brillante conversador y Morand taciturno, ambos escritores no tardaron en descubrir un sinnúmero de gustos en común: una predilección muy viva por la vieja Inglaterra en la que Morand había vivido, y al mismo tiempo, una simpatía que puede parecer singular por los modernos Estados Unidos, así como una atracción por el elegante libertinaje del siglo XVIII; Reyes apreciaba que el autor de *L'Europe Galante* hubiese puesto todo su talento de cuentista para expresarlo en una de las formas más puras y más clásicas. Resultaba divertido que Morand ocultara toda investigación seria bajo la travesura "juvenil", el espíritu de fantasía y una aparente negligencia. Estos dos grandes burgueses amaban el refinamiento del arte, de la bibliofilia y de los modales, pero estaban paradójicamente atraídos por los aspectos más recientes de la vida de las letras, por las nuevas escuelas, el nuevo estilo poético. En su culto por el ejercicio físico, se ponía también de manifiesto cierto esnobismo. Don Alfonso no era un campeón del atletismo, como Montherlant, Giraudoux o Morand, pero era un "hombre de caballo", muy capaz de comprender "el placer de los deportes", que llenaba aquellos años de 1925 y 1926. A Reyes, Morand le podía parecer un buen escritor, tal vez algo superficial, más bien chispeante que filósofo, pero que llevaba a cabo con elegancia y audacia la transición entre dos mundos franceses. Educado en un medio refinado entre los impresionistas, había conocido a Mallarmé, había sido amigo de Proust y de Claudel. Después de la guerra, su eclecticismo lo había vinculado al grupo de la *NRF* y al de Adrienne

Monnier, así como a Cocteau y a Blaise Cendrars. También era amigo de artistas y compartía especialmente con Reyes la simpatía por Foujita. A Paul Morand hacía tiempo que le atraía el México precolombino.[24] En Londres, en 1910, había escogido, entre todas, las colecciones prehispánicas en el British Museum. En Madrid, en el Museo Arqueológico, había buscado documentos sobre las civilizaciones precortesianas, todavía poco conocidas del público europeo. De regreso a París, había visto los objetos expuestos en el antiguo Palacio del Trocadero y había seguido con atención los descubrimientos arqueológicos que se hacían todos los días en Yucatán o en la costa del golfo de México. Con acceso a la más rica sociedad parisiense, sobre todo después de su matrimonio, había admirado las mejores colecciones de figurillas de barro precolombinas que lúcidos aficionados habían ido reuniendo en sus casas, como las del duque de Contat, Loullard, Charny, Auguste Génin... No obstante, si damos crédito a su común amiga Marcelle Auclair, "fue Alfonso Reyes el que despertó en Paul Morand la curiosidad por visitar México".[25] Ambos habían coincidido en casa de muchos amigos, escritores o diplomáticos; el 12 de diciembre de 1926, Paul Morand fue a visitar a don Alfonso en la rue Cortambert y le comunicó que, a raíz de un viaje a Cuba y a Estados Unidos, tenía la intención de pasar una temporada en México. Reyes puso todo su empeño en ayudarlo a preparar el viaje. Puso a su disposición su propia biblioteca, le explicó leyendas y costumbres, le enseñó libros de arte y artesanías que había traído con él o que había regalado a amigos.[26] Escribió a su gran amigo Genaro Estrada, también escritor y diplomático, para pedirle que recibiera en las condiciones más favorables a ese francés atraído por su país y quien debido al éxito que habían tenido sus libros estaba destinado a convertirse en un excelente intermediario entre la realidad mexicana y el gran público francés. El viaje de Paul Morand a México había sido anunciado por Paul Souday en *Le Temps* como un gran acontecimiento literario que prometía relatos verídicos y escritos con ingenio. Cuando Morand concretaba los detalles de este próximo viaje con Reyes, en torno suyo empezó a reunirse un pequeño grupo de curiosos y simpatizantes a los que don Alfonso logró también interesar en su país: Paul Valéry, Edmond Jaloux y Jacques de Lacretelle, quien quedó también seducido después de un primer acercamiento bastante frío.[27]

[24] *Cf.* Paul Morand, *Hiver caraïbe*, Flammarion, 1929.

[25] Marcelle Auclair, "Mexique, Alfonso Reyes", *Les Annales Politiques et Littéraires*, París, 30 de marzo 1927.

[26] *Cf.* la carta que escribió el 15 de enero de 1927 a Larbaud: "Ya sabe Ud. que Paul Morand va a México por una semana, de paso para los Estados Unidos. Muéstrele Ud. como *avant- goût*, algunas de las cosas mexicanas que le he enviado". En la *Correspondance Larbaud-Reyes*, p. 44.

[27] Véase el *Diario* de Reyes, pp. 173 y 179, 16 de enero de 1926.

Así pues, este viaje estuvo tan bien e inteligentemente preparado que cuando Morand desembarcó en Veracruz ya era capaz de saborear como un conocedor el magnífico paisaje que se despliega entre el gran puerto y la capital, y de apreciar los productos y las culturas de las provincias que cruza el Ferrocarril Mexicano. Genaro Estrada abandonó por unos días sus absorbentes funciones en Relaciones Exteriores y desde las primeras horas de la mañana recorría a pie con Morand los diferentes barrios de la ciudad, admirando con él las espléndidas mansiones coloniales, los mercados de artesanías, los frescos con los que Diego Rivera decoraba los muros de la Secretaría de Educación Pública. El Teatro de Bellas Artes estaba en construcción. Le presentó a las figuras más representativas del México de entonces y al ministro de Educación Pública, Puig Casauranc. Paul Morand no llegó a conocer a Diego Rivera pues éste se encontraba entre la vida y la muerte a consecuencia de una caída desde un andamio. Las bellas iglesias mexicanas estaban cerradas con candado o "abandonadas a guajolotes y a perros sarnosos". El amor y el conocimiento de Francia que manifestaban muchos de los literatos fueron para Morand objeto de asombro. Genaro Estrada, que sólo había estado una vez en Francia en 1921 pero que recibía "todo lo que se publicaba" en ese país, libros de lujo y otros, y estaba suscrito a ciento cincuenta revistas francesas y extranjeras, le preguntó acerca de las novedades parisienses o los proyectos de algunos escritores franceses de los que el propio Morand ignoraba su existencia.[28] Morand se quedó poco tiempo en México, pero Reyes tenía la esperanza de que por la documentación y las relaciones que se habían puesto a su disposición, París gozaría con su libro de una visión objetiva, sincera y libre de los prejuicios habituales del México nuevo a cuya construcción él estaba dedicado. Pero, desgraciadamente, no sería así.

Por coincidencia en algunas reuniones del Eliseo, Reyes conoció a Alexis Léger, quien acababa de firmar *Anábasis* con el seudónimo de Saint-John Perse.[29] Desafortunadamente, el poeta estaba muy ocupado en aquella época. Acababa de aceptar la dirección del gabinete de Aristide Briand en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y sacrificaba gran parte de su tiempo a la participación en la reconstrucción de Europa y a preparar la redacción y posterior aplicación de los Tratados de Locarno. Prescindía de las reuniones de amigos o sociales y hasta de la reconfortante compañía de Adrienne Monnier y sus amigos. Éstos mantenían su afecto y admiración por él y respetaban su consigna. Únicamente Larbaud, quien estaba revisando por entonces la versión inglesa de *Anábasis* y preparaba un prefacio para la traducción rusa, le hacía breves visitas a su despacho

[28] A. Reyes, "Genaro Estrada", en *Pasado inmediato*, *O.C.*, t. XII, p. 175.

[29] *Cf.* el poema de Reyes que evoca uno de estos encuentros, "Para el catálogo de Gregorio Prieto", escrito en Buenos Aires en abril de 1929, *O.C.*, t. X, p. 256.

del Quai. Ambos escritores oían cómo en el piso superior Aristide Briand, en su despacho, "caminaba de un lado a otro fumando y preparando mentalmente su discurso del día siguiente".[30] Pese a la ausencia física, el recuerdo de Léger y el encanto que emanaba de su persona y de sus singulares poemas estaban muy presentes en todas las reuniones de Reyes con sus amigos comunes en la Maison des Livres alrededor de Adrienne, así como en las conversaciones con Larbaud, con Morand y con Rilke. Para agradecer a Adrienne Monnier que le hubiera dado a conocer a Saint-John Perse, Reyes dio su poema inédito "Golfo de México" a la revista de la Maison des Livres, *Le Navire d'Argent*. La excelente traducción, realizada por Marcelle Auclair y Jean Prévost, abría el último número de esta bella publicación. Las reminiscencias de los poemas de Saint-John Perse eran evidentes, como si la visión del golfo de México fuera inseparable, a partir de entonces, en el ánimo del poeta mexicano, del recuerdo del poeta francés que había crecido en aquellos parajes y también los había cantado. En un gesto espontáneo, Léger escribió a Reyes más tarde para decirle cuánto sentía no haberlo podido conocer mejor: "...pienso en todo de lo que estas angostas servidumbres me han privado. .. en la pena que sentía, sabiendo que usted estaba ahí, y sabiendo *quién* estaba ahí, no haber tenido más contacto amistoso con usted. Y bien sabe que tanto como en el hombre yo pienso en el Poeta poco común que me había dado a conocer Valery Larbaud".[31] Toda la carta de Saint-John Perse, de cuyo olvido nos lamentamos en la correspondencia del poeta francés que figura en el libro de sus *Oeuvres* en la Bibliothèque de la Pléiade, es prueba de una amistad que, aun cuando se mantuvo esporádica, fue real y se expresó en el tono afectuoso que le era característico al poeta francés de las Islas. La similitud que Larbaud había establecido entre ambas obras y su lirismo la retomaban continuamente otros escritores al referirse a estos dos poetas.[32] La *Visión*, en su segunda edición española, y *Anábasis* habían sido conocidas casi simultáneamente por el público de hispanistas parisienses, y muy pronto se empezó a hablar de "la influencia de Saint-John Perse en Reyes", lo cual no dejaba de irritar a este último porque las dos primeras ediciones de su *Visión de Anáhuac* databan de 1917 y 1923 y *Anábasis* era posterior. Las primeras críticas que en cambio estudiaron la posible influencia de su obra en *Anábasis* lo llenaron de gozo, aun cuando se tratara únicamente de una "pura influencia de atmósfe-

[30] Larbaud, *Journal inédit*, t. II, *Obras completas*, t. X, p. 105.

[31] La carta de Saint-John Perse a Alfonso Reyes, con fecha 19 de junio de 1949, que se conserva en la Capilla Alfonsina, fue publicada por Alicia Reyes en su artículo "Saint-John Perse y Alfonso Reyes", *Vida Universitaria*, Monterrey, 15 de marzo de 1970.

[32] Por ejemplo, Paul Dermée en *Les Nouvelles Littéraires*, 14 de marzo de 1925, y más tarde de Etiemble: la *Visión*, ". . .minuciosa, en efecto, como un Brueghel, y lírica, en efecto, a la manera de Saint-John Perse". "Pour Alfonso Reyes", en *Libro jubilar de Alfonso Reyes*, México, 1965, p. 168.

ra".[33] El manuscrito de *Anábasis* había sido traído de China en 1921. Pero antes de que fuera reproducido casi completo en enero de 1924 en la *NRF*, el texto del poema pudo haber estado marcado por la lectura de la *Visión*, cuya segunda edición madrileña es de 1923. La carta que Larbaud dirige a Reyes el 23 de junio de ese mismo año prueba que en aquella época él ya tenía en sus manos el texto del poema español en la edición de la Colección Índice.[34] Sabemos que Reyes hizo partícipe a Léger del entusiasmo que le produjo que él lo hubiera leído. Así pues, es cierto que Léger supo del texto de la *Visión de Anáhuac* de Reyes antes de publicar *Anábasis*. Entre 1916 y 1921, cuando Léger estuvo en China, sus excursiones por las provincias de este país, sus expediciones a Mongolia a través del desierto de Gobi y sus cabalgatas a caballo hacia el Asia central le habían revelado un aspecto de los trópicos completamente opuesto a la abundancia y al calor de su isla natal. En esas mesetas en las que la altitud compensa la latitud, la luz es nítida y el aire seco. En el texto de Reyes, Léger encuentra esos dos aspectos de los trópicos, la ascención hasta esas regiones transparentes después de la costa caliente.[35] La similitud entre los paisajes asiáticos y el Altiplano mexicano estaba, en verdad, ya en Humboldt, quien había hecho sucesivamente ambos viajes.[36] La influencia de Humboldt sobre los dos escritores es innegable. Una de sus frases sobre la ligereza del aire del Anáhuac proporcionó incluso a Reyes del epígrafe de su obra: "Viajero: has llegado a la región más transparente del aire", y a Saint-John Perse el célebre estribillo de la "Canción preliminar" de *Anábasis*: "Extranjero. Que pasaba... Extranjero. Que reía... Extranjero. Que pasaba..."[37] Para describir Asia, Saint-John Perse, en su soledad china, había rememorado los antiguos textos —cita a Cortés y a Solís— que había leído en español en su infancia. Después, en París, la *Visión* de Reyes, glosa poética y modernizada de esos venerables escritos, tal vez lo haya impulsado a releerlos; el poeta no había evocado "las caballerías de bronce verde sobre extensas calzadas"[38] sin dejar de

[33] *Cf.* Reyes, "Historia documental de mis libros", *Revista de la Universidad de México*, abril de 1955, y Juan José Domenchina, "Alfonso Reyes y su *Visión de Anáhuac*", en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, I, p. 398.

[34] Carta del 23 de junio de 1923 en *Correspondance Larbaud-Reyes*, p. 29; véase también la nota a esta carta, p. 114.

[35] *Cf. Visión de Anáhuac*, *O.C.*, t. II, p. 16.

[36] El barón de Humboldt había viajado entre 1805 y 1822 por el nuevo continente, lo cual le había permitido publicar su libro *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente* en 1829; después visitó los Montes Urales en 1829, viaje que describe en *Asia central*, publicado en 1843.

[37] *Anábasis*, La Pléiade, p. 89. Esta "Chanson liminaire" fue publicada con el título de *Poème* y sin firmar, en la *NRF* de abril de 1922; no está en deuda, por tanto, con la edición de 1923 de la *Visión de Anáhuac*.

[38] *Anábasis*, La Pléiade, p. 15.

pensar en aquellas crónicas españolas que describen el paso de los caballeros por las grandes calzadas construidas por los aztecas a través de la laguna, detalle importante que Reyes había retomado precisamente en su poema.[39] Gracias a tan motivada lectura, algunas imágenes propias del texto de Reyes parecen haber pasado también al poema francés. El alto valle de México con una laguna sobre la que había sido construida Tenochtitlán, la ciudad lacustre, planteó primero a los aztecas y después a los españoles enormes problemas técnicos. Las inundaciones, que Reyes califica de "vengativas" de aquel agua descontenta por haber sido sometida, "turbaban los sueños, dice, de aquel pueblo gracioso y cruel". Léger describe el "rumor de grandes aguas en desliz sobre la tierra, toda la sal de la tierra se estremece en los sueños".[40] Los textos de los cronistas, fuentes comunes de los dos poemas, se traslucen en las enumeraciones en las que el poema francés es pródiga. El canto X de *Anábasis*:

> ...beaucoup de choses sur la terre à entendre et à voir, choses vivantes parmi nous! ...ha! toutes sortes d'hommes dans leurs voies et façons: mangeurs d'insectes, de fruit d'eau; porteurs d'emplâtres, de richesses; l'agriculteur et l'adalingue, l'acuponcteur et le saunier; le péager, le forgeron, marchands de sucre, de cannelle, de coupes à boire en métal blanc et de lampes de corne; celui qui taille un vêtement de cuir, des sandales dans le bois et des boutons en forme d'olives; celui qui donne à la terre ses façons.[41]

evoca irresistiblemente las calzadas aztecas descritas con tanta riqueza por Reyes, retomando la célebre descripción de Cortés a Carlos V.[42] En el paralelismo que establece entre los dos textos, Juan José Domenchina tuvo la idea de comparar el poema de Saint-John Perse con el de Reyes en la traducción francesa que hizo de éste Jeanne Guérandel. La similitud de tono, de ritmos es aún más evidente:

> L'épi de maïs de Cérès et le paradisiaque bananier, les pulpes de fruits pleines d'un miel inconnu; mais surtout les plantes typiques: la viznagua mexicaine, image du timide porc-épic, le *maguey* dont on nous dit qu'il hume le

[39] "En mitad de la laguna salada se asienta la metrópoli, como una inmensa flor de piedra, comunicada a tierra firme por cuatro puertas y tres calzadas, anchas de dos lanzas jinetas." *Visión de Anáhuac*, *op. cit.*, p. 18.

[40] *Anábasis*, La Pléiade, p. 106. Reyes califica también a esta región de "tierra salitrosa y hostil", *Visión de Anáhuac*, *op. cit.*, p. 14.

[41] *Anábasis*, *op. cit.*, p. 112.

[42] "Allí venden —dice Cortés— joyas de oro y plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño; huesos, caracoles y plumas; tal piedra labrada y por labrar; adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar. Venden también oro en grano y en polvo, guardado en cañutos de pluma que, con las semillas más generales, sirven de moneda. Hay calles para la caza, donde se encuentran todas las aves..." *Visión*, *op. cit.*, p. 20.

jus de la roche, le *maguey* qui s'ouvre à fleur de terre, lançant dans les airs son plumet...[43]

Celui qui récolte le pollen dans un vaisseau de bois (et mon plaisir, dit-il, est dans cette couleur jaune); celui qui mange des beignets, des vers de palmes, des framboises; celui qui aime le goût de l'estragon; celui qui rêve d'un poivron; ou bien encore celui qui mâche d'une gomme fossile, qui porte une conque à son oreille, et celui qui épie le parfum de génie aux cassures fraîches de la pierre...[44]

La ciudad gloriosa que aparece a los ojos deslumbrados de los viajeros en el texto de Reyes,[45] en "un espejismo de cristales", ¿no anuncia al poema francés en el que la palabra *peuple* sería un hispanismo que traduciría la idea del pueblo, en el sentido de poblado, población? "Levez un peuple de miroirs sur l'ossuaire des fleuves."[46]

Los temas de las dos obras son tan parecidos que se podrían invertir sus títulos. El poema de Reyes es toda una "anábasis" en los diferentes sentidos del término: acto de montar a caballo, tan simbólico de la avanzada de los españoles en tierra americana; penetración en un continente desde la orilla; expedición tierra adentro de un país, en el sentido en que lo había empleado Jenofonte. Recíprocamente, para definir la obra de Léger, Larbaud escogió los términos de "visiones geográficas, históricas y humanas...", que es exactamente también el propósito de Reyes.[47] Los dos escritores tuvieron la voluntad y la conciencia de componer un canto épico ante la vista de un inmenso espacio, condición importante de la concepción misma de la epopeya. Contraponiéndose a la impresión general de serenidad y de suntuosidad, cuya pureza y eclosión se acentúan a medida que se va llegando al Altiplano, encontramos en *Anábasis* la misma dureza deliberada en la transición, los cortes, los caprichos que constituían ya el extraño encanto de la *Visión* de Reyes. El antagonismo entre esa ascensión en el desierto y el bullicio de la ciudad es el mismo. ¿Se trata de la misma ciudad? ¿Quiso describir Saint-John Perse una ciudad de Oriente? Pero ya Tenochtitlán había sido calificada por Reyes de "china".[48] Inspirado o no por la *Visión de Anáhuac*, el *Anábasis* captó toda la atención del poeta mexicano. Se lo sabía de memoria en sus menores detalles, hasta el punto de observar un ligero error en una cita del poema que hizo Valery Larbaud en *Allen*. Se lo advirtió con su tacto y firmeza habituales, y con el respeto absoluto que le inspiraba el texto de una gran

[43] *Cf. Visión*, *op. cit.*, p. 14.
[44] *Anábasis*, *op. cit.*, p. 112.
[45] *Visión*, p. 17.
[46] *Anábasis*, *op. cit.*, p. 106.
[47] Prefacio de Larbaud a la traducción al ruso de *Anábasis*; Saint-John Perse, *Oeuvres*, La Pléiade, p. 1237.
[48] *Visión*, *op. cit.*, p. 19.

obra.[49] Parece que Saint-John Perse recordó de nuevo la *Visión de Anáhuac* en "Amitié du Prince", entregado a *Commerce* (verano de 1924).[50] En este poema, lo mismo que en *Visión*, el punto de partida del sueño y de la evocación es la lectura fascinada de esas "viejas crónicas", los relatos de aquellos historiadores semisoldados, semiescritores, que acompañaban a los conquistadores.

> Qu'on m'apporte —je veille et je n'ai point sommeil— qu'on m'apporte ce livre des plus vieilles chroniques. . . Sinon l'histoire, j'aime l'odeur de ces grands livres en peau de chèvre, et je n'ai point sommeil.[51]

El emperador Moctezuma aparecía en Reyes como "un fabuloso Midas cuyo trono reluciera tanto como el sol".[52] Así en el poema francés:

> Et le voici qui s'est levé! Et debout, lourd d'ancêtres et nourrisson de Reines, se couvrant tout entier d'or à ma venue. . .[53]

El epígrafe de Reyes: "Viajero: has llegado..." está tomado en el mismo canto: "Oh viajero" y pareciera que este Príncipe, soberano exótico, divinizado, próximo a los sacrificios sangrientos y al legado de una gravosa civilización llena de augurios y de profecías, tuviera bastante relación con el emperador azteca Moctezuma.

Hay también algunas similitudes entre "Amitié du Prince" e *Ifigenia cruel*, pero las dos obras son tan estrechamente contemporáneas que es imposible saber cuál de ellas pudo preceder o influir a la otra. Cuál de los dos poetas tuvo la osadía de ser el primero en hablar del "perfume de las vísceras", o de la "exhalación de las entrañas" en el curso de un sacrificio ritual.[54] Parece que la observación de estos olores acres e in-

[49] Véase *Correspondence Larbaud-Reyes*, p. 69, y la nota a esta carta, p. 201.

[50] Pléiade, p. 65.

[51] Pléiade, p. 68. El poema de Reyes empieza así: "En la era de los descubrimientos, aparecen libros llenos de noticias extraordinarias y amenas narraciones geográficas... En sus estampas, finas y candorosas, según la elegancia del tiempo, se aprecia la progresiva conquista de los litorales..." *O.C.*, t. II, p. 13.

[52] *Visión, op. cit.*, p. 23.

[53] "Amitié du Prince", Pléiade, p. 71.

[54] *Cf.* Reyes: "... para que Artemisa respire/la exhalación de sus entrañas". *Ifigenia cruel, O.C.*, t. X, p. 319. Y Saint-John Perse: "Bientôt peut-être, les mains libres, s'avançant dans le jour au parfum des viscères..." "*Amitié du Prince*", Pléiade, p. 67.

El poeta precisó después que este "perfume de vísceras" se asociaba en él precisamente con la idea del sacrificio religioso: "Hubiera deseado una palabra que pudiera transmitir, para lo absoluto del poema, lo que hay a la vez de repugnante y de sagrado en 'el olor a víscera' de la mañana". *Observations et corrections de Saint-John Perse pour la traduction anglaise de 'Anabase' par T.S. Eliot* (1972), en Saint-John Perse, Pléiade, p. 1146.

sulsos pertenece más bien al tono del poeta francés, quien por otra parte describe "olor de la carne" y el aroma "deleitable" de los excrementos cuando se los quema.[55]

La influencia de la *Visión* en *Anábasis* parece, pues, bastante probable, así como su parentesco con un poema como "Amitié du Prince", y tantas otras reminiscencias del poeta francés en otros poemas de Reyes (*Ifigenia cruel*, "Golfo de México"). Ante esta serie de repercusiones mutuas, sería conveniente hablar de una afinidad de temperamento y de carácter entre ambos poetas, de su origen común, América, de cierta similitud en su formación: sus lectores en infancia, su medio social, la evocación de sus amigos comunes, sus gustos artísticos; el hecho de que pertenecieran a la misma generación, ya que Saint-Léger sólo tenía dos años más que Reyes. En el "clima" parisiense, de cierta frialdad o indiferencia y deliberadamente cínico, ambos hombres destacaban por su gran gentileza, su suma cortesía, que era, más que buena educación, impulso del corazón, deseo de simpatía y de afecto. Sentían la necesidad de un medio favorable para dar lo mejor de ellos mismos. La comprensión que Reyes había buscado en sus amigos del Ateneo y después de Madrid y de París, a veces infructuosamente, ¿no era el equivalente del famoso "yo hablo en la estima" de Saint-John Perse, que había tenido tanto eco en Adrienne Monnier y cuya fórmula había trasladado Ricardo Güiraldes a su medio literario de Buenos Aires? Léger se expresó sobre el sentido de esta "estima": "La palabra, tomada en su sentido primero, pretende únicamente evocar, bajo una cierta aura de efusión lírica, el asentimiento de la alabanza y de la aprobación, la exaltación de una adhesión y de una admiración, en un estado de éxtasis, de deslumbramiento y de reverencia".[56] ¿Había en ambos un sentimentalismo muy americano, o la exigencia afectiva debida al atavismo español que llevaban consigo? Haber nacido en América les había conferido miradas habituadas a abarcar el espacio, su pasión por el caballo, un mismo gusto por la naturaleza. Lectores muy precoces de los libros de Jean-Henri Fabre, se habían convertido en observadores entusiastas de las cosas y de los animales, naturalistas aficionados pero lúcidos, literatos a los que atraían las observaciones científicas e incluso la especulación matemática, atentos a lo que la actividad científica podía implicar de instinto, de inspiración y de intuición, adeptos fervientes de Einstein. Lógicos que reprobaban el romanticismo —por otra parte, quizás románticos más certeros que el romanticismo mismo—, razonadores atraídos por el misterio, persuadidos de que el poeta tenía el derecho e incluso el deber de hacer retroceder los límites de lo desconocido. La poesía era para ellos la actividad suprema a la vez que la creación más personal y uno de los mejores medios

[55] Saint-John Perse, *Éloges*, p. 33 y *Anabase*, p. 97, Pléiade.
[56] Saint-John Perse, *Letre à Jean Paulhan*, Pléiade, p. 581.

de conocimiento, "el mayor desarrollo de todas nuestras facultades".[57] Habían bordeado el esoterismo y hasta la magia en el ambiente de su infancia, y no se reían de ellos. Todo lo anterior con más vigor en Saint-John Perse, el hombre de las Islas, de tierras bajas; con más intelectualismo transparente en Reyes, que había vivido en la limpidez del Altiplano y a quien por eso mismo seducía la herencia grecolatina que en Léger, hijo del Atlántico, no despertaba sino sarcasmos. La vida les había reservado destinos bastante paralelos. El mundo de su infancia se había derrumbado en torno a ellos, irremediablemente destruido: el hogar del general Reyes, cuando el porfiriato, en el caso de don Alfonso; la dulzura de la vida en las Antillas, en Saint-John Perse. Habían sabido de responsabilidades precoces, Reyes casado y padre de familia muy joven, Léger, a los veinte años, a cargo de su madre y de sus tres hermanas después de la muerte de su padre. Después había venido el exilio; Europa y muy pronto América del Sur para Reyes. China, en una primera época, para el poeta francés; desarraigados, cultivaban sus recuerdos. Muchos de sus gustos artísticos les eran comunes, la literatura inglesa, el lirismo hindú, Tagore. Claudel era a sus ojos el lírico francés más importante y pertenecían a esa generación para la cual la publicación de *La joven parca* había representado un momento absolutamente crucial en la historia de la poesía, lo mismo que la de *El cementerio marino*, cuyo efecto había sido definitivo en sus ritmos y en sus imágenes. Habían sido al mismo tiempo amantes de Debussy, de Wagner, enamorados de la escuela rusa, de Stravinsky, y más tarde siguieron las creaciones de Satie y las tendencias de su escuela. Hombres de acción, fascinados por aquellos nuevos tipos humanos que inauguraban la sociedad de su tiempo, el pionero, el aviador. Profesionalmente, pertenecían al mismo tipo de diplomático, sin fortuna, amigos de la eficacia, no desdeñaban descender a los aspectos concretos, e incluso comerciales, de los problemas que se les planteaban; habían desterrado "la apatía o la desidia habitual, el tono desengañado y el escepticismo afectado, la falsa elegancia de modales de los extenuados de la "antigua carrera", que nunca están prontos sino a volver a invocar entre ellos su máxima favorita: "Urge no hacer nada".[58] Meticulosos por igual en su trabajo, en su patriotismo, en su desprendimiento, rigurosamente independientes en su pensamiento y en su vida. Convencidos de que podían dominar su suerte en gran medida y asumir la responsabilidad de su propio destino. "Tal vez sea mejor asumir y llevar la propia vida como una mujer que seguirla como una muchacha", escribía Saint-John Perse a Paul Valéry, en tanto que casi por la misma época Reyes hablaba "de arrastrar la vida por los cabellos". La vida es

[57] Véase el artículo de Pierre Mazars, publicado en *Le Figaro Littéraire* del 5 noviembre de 1960, que se reprodujo parcialmente en Saint-John Perse, *Oeuvres*, Pléiade, p. 1111.

[58] Alexis Léger, carta a su madre, Pléiade, p. 851.

terrible, pero no cabe duda de que podemos escoger entre varias maneras de vivir. Éste era uno de los sentidos de *Ifigenia*.[59] Tuvieron muchos amigos en común: Larbaud, Morand, Fargue, Adrienne Monnier, Marcelle Auclair, los argentinos Güiraldes, Victoria Ocampo a partir de aquella época. Sus simpatías políticas se inclinaban hacia las mismas tendencias socialistas generosas, y al mismo tiempo estaban vinculados a las ideas de orden, a los mismos hombres, Berthelot, Herriot y por encima de todo Aristide Briand. Ambos esperaban que una conspiración de buenas voluntades, como la de la Sociedad de Naciones, librara al mundo de otra catástrofe. Había que tejer alianzas de amistad, en Europa, en América Latina, olvidar los viejos odios. Una vasta labor humana e internacional parecía abrirse ante ellos.

## Los académicos

El "caro maestro" Martinenche conservó toda su amistad por el joven ministro mexicano que la *Revue de l'Amérique Latine* tan bien había acogido. A través de sus múltiples ocupaciones, Reyes encontró tiempo para asistir a algunas reuniones de este grupo, en un ambiente "de cultura y de inteligencia" del que gustaba y donde encontraba a tan buenos amigos como los hermanos García Calderón, Charles Lesca, Armand Godoy y Zaldumbide en torno a Ernest Martinenche. Llegó un día en que hasta le ofrecieron la dirección de la *Revue*, honor que con gran pesar su cargo diplomático no le permitía aceptar, falto de tiempo, y también porque, siendo ministro de Calles en París, carecía de la "libertad para el comentario de la vida pública americana".[60] Las excelentes relaciones que había entablado con el profesor Martinenche le permitieron tener contacto con la *Revue de l'Amérique Latine*, un órgano parisiense amigo, siempre dispuesto a publicar sus artículos, a reproducir sus discursos, sus obras de circunstancias y los comentarios o las presentaciones de los libros que él publicaba.

Una de las cuestiones que se discutieron con más ardor en el transcurso de esas reuniones amistosas fue precisamente la expresión América Latina. Los españoles reprochaban a Martinenche y a Armand Godoy que hubieran adoptado esta fórmula para bautizar su revista o la asociación. Esto ocasionó una verdadera disidencia entre intelectuales franceses y españoles que hizo correr mucha tinta. No era únicamente una "manera

[59] Saint-John Perse, carta a Valery Larbaud, mayo de 1914; *Oeuvres*, Pléiade, p. 802. *Cf.* también Reyes: "Si por los cabellos arrastras la vida, como arrastra el hampón la querida,/ella trabajará para ti." "El descastado", escrito en Madrid en 1916, *O.C.*, t. X, p. 71.

[60] Reyes, *Pasado inmediato*, *O.C.*, t. XII, p. 240.

de hablar", esta querella verbal envolvía una realidad política. Era sintomática del deseo que tenía Francia de atraer a ella a las repúblicas sudamericanas y de excluir a "la madre España". El grave maestro Menéndez Pidal tomó partido. Los americanistas de París tenían tendencia a emplear la expresión "pueblos latinos" para hablar de la América de lengua española, excluyendo con esta expresión a Francia, España e Italia. Se contaba que en un congreso de la prensa latina en Roma, cuando Maurice de Waleffe habló de los "países latinos", se ganó una observación por una vez pertinente de parte de Mussolini: "¿Pero de qué países latinos habla usted?"[61] Por su parte, don Alfonso, pese a su profundo amor por Francia,[62] empleaba siempre la expresión "América española" porque la encontraba históricamente más exacta.

Durante su segunda estancia en París, Reyes, absorto en sus tareas profesionales, desafortunadamente no pudo frecuentar al sabio Raymond Foulché-Delbosc con la misma asiduidad que en otra época.[63] El profesor vivía entonces en el número 235 del bulevar Saint-Germain. En mayo de 1925, poco después de su matrimonio, Foulché-Delbosc cayó gravemente enfermo. Su estado de salud le impidió participar en las manifestaciones de simpatía que se organizaron en torno a Reyes. Al siguiente año, prematuramente avejentado, medio paralítico, con el sistema nervioso casi totalmente deteriorado, en total imposibilidad de trabajar y hasta de leer, abandonó su "cité des livres" para ir a descansar a una casa a orillas del bosque de Fontainebleau. En diciembre de 1926, Reyes emprendió la tarea de reunir sus propios escritos sobre Góngora en un volumen —sus *Cuestiones gongorinas*— a fin de celebrar con sus amigos españoles el tercer centenario de la muerte del poeta.[64] Pidió a Foulché-Delbosc autorización —que le fue afectuosamente concedida— para reproducir aquellos artículos que habían sido publicados en la *Revue Hispanique*. Llegó tal vez a ir a Fontainebleau para agradecérselo al sabio de viva voz. En 1927, la salud de Foulché-Delbosc se restableció algo y reemprendió sus proyectos literarios. Reyes por entonces pensaba que iba a ser nombrado muy pronto ministro en Madrid. Muy conmovido por el deterioro físico de su amigo y a pesar de sus ocupaciones diplomáticas, le propuso de nuevo su colaboración a fin de continuar su obra gongorina.[65] Cuando Foulché-Delbosc regresó a París el 8 de marzo de 1927, fue para enterarse de la próxima partida de Reyes a Buenos Aires.

En las reuniones del Comité France-Amérique y en casa de Mathilde

[61] Reyes, *Diario*, p. 104.
[62] "... amando entrañablemente a Francia...", *ibid.*
[63] Véase Reyes, *Pasado inmediato*, *O.C.*, t. XII, p. 233.
[64] *Cuestiones gongorinas*, Madrid, 1927, *O.C.*, t. VII.
[65] "Correspondance Foulché-Delbosc-Reyes", *Ábside*, XXI-4, 1957.

Pomès, amiga común, Reyes conoció al comparatista Paul Hazard, que acababa de abandonar la Sorbona para entrar en El Colegio de Francia, donde ocupaba la cátedra de literaturas modernas comparadas. Paul Hazard formaba parte de aquella pequeña élite de profesores franceses que partían cada año en misión a la América española para impartir cursos y conferencias. Estos viajes, sus conversaciones y sus amistades con los hispanistas y los hispanoamericanos en París lo llevaron a cambiar el rumbo de Italia a España. Su libro sobre *Don Quijote*, publicado en 1930, estaba ya en preparación y encontró en Reyes a un amigo de Américo Castro, el mejor comentarista español moderno de Cervantes, y a un escritor intensamente interesado por esta ciencia todavía nueva que era la literatura comparada.

Además de por sus relaciones con los académicos franceses, por su reputación de erudito y también en nombre de la amistad franco-mexicana, Reyes fue invitado múltiples veces a reuniones o ceremonias en la Universidad francesa. El 15 de diciembre de 1926, asistió a un banquete ofrecido en honor del nombramiento de Paul Lapie como rector de la Academia de París.[66] En aquella ocasión pudo establecer contacto con muchos profesores ilustres de la lengua, del pensamiento y de la ciencia franceses: el lingüista Ferdinand Brunot, decano de la Facultad de Letras de París; el profesor Richet, hombre de prestigio por muchas razones. Gran fisiólogo, premio Nobel, Charles Richet había creado también aquella ciencia metapsíquica en la que Reyes se interesaba progresivamente y, además, era un precursor de la aviación, poeta, novelista y dramaturgo. El gran Lanson estaba también allí en su calidad de director de la Escuela Normal Superior, y Reyes ya se había cruzado con él en las reuniones del Comité France-Amérique, pues este maestro de la crítica francesa era también un patriota que se interesaba en el más alto grado por la expansión intelectual y artística francesa. ¡Cuánta satisfacción para Reyes acercarse a este erudito! Desde su época madrileña meditaba sus libros, la *Histoire de la littérature française*, *L'art de la prose*. Gustave Lanson le había descubierto aspectos poco conocidos de Bossuet, de Voltaire, de Napoleón, de Madame de Staël. Su obra reciente acerca de los *Méthodes de l'histoire littéraire* era objeto de discusiones apasionadas. Reyes aprobaba este libro en su conjunto y lamentaba únicamente "la filológica prudencia". Iba a reflexionar durante años sobre las teorías que contenía. Reyes conoció también en aquella reunión al especialista en psicología experimental y desde hacía poco tiempo profesor en El Colegio de Francia, Pierre Janet, cuyo recuerdo guardaba desde su primera estancia en París cuando había ido, como tantos intelectuales latinoamericanos de paso, a la Salpétrière a escuchar su explicación médica de las pasiones. En aquel mes de diciembre de 1926 se esperaba la próxima publicación de los estudios

[66] *Cf. Diario*, p. 175.

de Janet sobre el "éxtasis" y es fácil concebir hasta qué punto el tema, sobre todo tratado por un sabio como aquél, atraía a Reyes, siempre gran lector de los místicos españoles.

En el transcurso de una conferencia que impartió el 16 de diciembre de 1926 en la Sorbona, Ezequiel A. Chávez, antiguo rector de la Universidad de México, muy conocido por su bondad y sus sentimientos, con el corazón cargado por los acontecimientos políticos de su país donde el clima se agravaba en torno a Calles —confiándose en la simpatía de la que daban pruebas los académicos franceses hacia sus colegas mexicanos y en el aire de libertad que se respiraba en París—, se dejó llevar e hizo confidencias públicas que Reyes juzgó imprudentes. Por la noche, en la cena de cincuenta invitados que la Sorbona ofreció a Chávez, don Alfonso reconoció junto al rector Lapie[67] al filósofo Raymond Thamin, que entonces daba clases en la Sorbona y que Reyes había apreciado como rector en Burdeos cuando impartió sus conferencias en esta ciudad en compañía de Azorín en 1919. ¡Felices recuerdos!

Las excelentes relaciones que Reyes mantenía con la Universidad francesa lo llevaron a proyectar muy pronto a través de la amistad hacia México del senador Honnorat, antiguo barceloneta, la construcción de un colegio mexicano dentro de la nueva Ciudad Universitaria del bulevar Jourdan. El 25 de enero de 1926 se presento al rector de la Universidad de París un primer proyecto de "la casa del estudiante mexicano".[68] Después de algunas vicisitudes y una espera de varios años, este hermoso edificio vio finalmente la luz según los planos de Roberto y Jorge Medellín, hijos del sabio químico Roberto Medellín, amigo y colaborador de Vasconcelos en la Secretaría de Educación Pública.

## Marcel Proust y la aristocracia francesa

En su artículo de 1923 Reyes había puesto de manifiesto el conocimiento preciso que tenía de la obra de Marcel Proust, su admiración por la infinita habilidad en la técnica de la novela de este escritor y su simpatía por la sensibilidad poética que manifestaba. En el entorno madrileño *En busca del tiempo perdido* tenía cada vez más lectores. Unamuno, en su exilio parisiense en 1924 y 1925, tenía siempre un tomo de Proust sobre la mesa.[69] Por el mayor de los azares, antes de instalarse en la rue Cortambert, Reyes iba a ocupar el departamento en el que el novelista francés había pasado los tres últimos años de su vida, en el quinto piso del nú-

[67] Léase "Rector Lapie" en vez de "Héctor Lapie" en el *Diario*, p. 175.
[68] Véase el *Paris-Times* del 26 de enero de 1926.
[69] *Cf.* Reyes, "Recuerdos de Unamuno", en *Grata compañía*, *O.C.*, t. XII, p. 152.

mero 44 de la rue Hamelin. Don Alfonso se instaló, extraña coincidencia, el 18 de noviembre de 1924, dos años exactos después de la muerte del escritor. Desde el primer día se supo ganar la simpatía del portero, quien miraba con emoción a "ese señor que venía de la otra parte del mundo a hacerle preguntas sobre Marcel Proust", y escuchó de su boca una cantidad de recuerdos, impresiones e información de primera mano valiosísimos en aquella época en la que el personaje Marcel Proust no era todavía bien conocido y que Reyes consignaba en desorden por las noches en su diario.[70]

Con mayor lentitud que en el extranjero, en Francia la gloria de Proust se afirmaba, y si bien al instalarse en París, Reyes encontró todavía algunas reticencias en Paul Valéry y Jules Romains, vivió en un medio literario en el que la memoria del autor de *A la sombra de las muchachas en flor* estaba rodeada de un gran respeto y su valor como novelista era reconocido. Valery Larbaud conservaba como testimonio de su tacto y de su bondad las líneas sumamente gentiles y alentadoras con las que Proust le había agradecido el envío de una de las *Enfantines*, "Le Couperet". Él mismo se inscribía en la línea de Proust y la influencia de éste en obras como, por ejemplo, *Amants, heureux amants...*, no deja lugar a dudas. Marcel Proust, cuya desaparición a los cincuenta y un años y en plena actividad literaria era todavía reciente, fue sin duda el centro de las conversaciones que sostuvo Reyes con el autor de *Fermina Márquez* y de su grupo. Benjamín Crémieux, amigo de Larbaud, no tardó en convertirse en un asiduo de las cenas que Reyes ofrecía en la rue Cortambert. Crémieux había sido uno de los últimos corresponsales de Proust y las ochenta páginas magistrales con las que se abre su *XX^e siècle*, que acababa de ser publicado en París en diciembre de 1924, eran muestra suficiente de hasta qué punto había comprendido los métodos del novelista, la envergadura y la estructura de su obra, la atención que concedía al desarrollo de su fama. Es de imaginar el interés de las conversaciones que Reyes sostuvo con Crémieux acerca de Marcel Proust, en quien con su aguda perspicacia percibía ya a uno de los tres o cuatro más grandes escritores franceses de la época, después de Claudel y de Paul Valéry. Muy pronto encontró en Paul Morand a otro testigo de la vida de Proust, a uno de sus confidentes, pese a la diferencia de edad que había entre ambos. Sus *Tendres stocks* habían tenido el honor poco común de ser prologados por él. En casa de Jean Cassou, Reyes platicó con el doctor Couchoud, editor de las memorias de Montesquieu. Estos tres volúmenes, llenos de confidencias y hasta de indiscreciones, que acababan de ser publicados en 1923, ocuparon su lugar en la biblioteca de Reyes junto a la obra completa de Proust en sus ediciones originales y alimentaron sus re-

[70] Véase el *Diario*, pp. 85 y 86.

flexiones. En este medio tan favorable, los libros póstumos de Proust que iban siendo publicados poco a poco, en 1925 *La fugitiva*, en 1927 los dos tomos de *El tiempo recobrado* y su *Correspondencia*, eran verdaderos acontecimientos esperados con expectación y muy comentados.

Los latinoamericanos que rodeaban a Reyes en París consideraban que las novelas de Proust eran tanto obras maestras de análisis psicológico, al que eran muy aficionados, como testimonios en los que la sociedad francesa revelaba sus secretos, y los ayudaban a captar muchos aspectos y matices del alma de los franceses. Nada agradaba más a don Alfonso que escuchar a su joven y refinado amigo José María González de Mendoza cuando llamaba la atención sobre algún paralelismo fácil de establecer entre uno de los ensayos de *Cartones de Madrid* y algún célebre pasaje de Proust en *La prisionera*. El texto de Reyes había sido escrito en la capital española en 1915 o en 1916, de acuerdo con algunas notas tomadas en París en 1914. En él se evocan los ruidos callejeros de París y después los de algunas otras ciudades, los cantantes y vendedores ambulantes, cada quien con su cantinela, su silueta pintoresca y cuyas voces y costumbres eran conocidas de los habitantes del barrio. Reyes había agregado a los recuerdos personales algunas reminiscencias de los poemas en prosa de Mallarmé. La comparación que se podía establecer ahora con el texto de Proust no era menos perturbadora. *La prisionera* se había publicado en 1923 y el propio autor había enviado el manuscrito al editor poco antes de su muerte. Según los especialistas en Proust, la obra data de antes de la guerra, pero fue profundamente retocada y modificada por el autor ante el espectáculo del conflicto y de los cambios sociales que implicaba. Es difícil, pues, saber a qué época se remontan esas páginas que el novelista consagró a los ruidos de París. No es sorprendente que ambos escritores, al vivir en la misma época y prácticamente en los mismos barrios burgueses, hayan prestado atención, como Mallarmé y muchos más, a lo que constituía uno de los encantos familiares de la capital. Reyes estaba muy atento a la poesía popular francesa; algunas de las cantinelas que voceaban estos tipos de la calle eran legítimamente parte del folklore francés. Este aspecto bonachón de la capital de un país prestigioso hacía que se asemejara por un instante a las calles de México, donde los vendedores pregonaban, y pregonan todavía en la actualidad, sus mercancías, frutas frescas, billetes de lotería, etc. En cuanto a Proust, su sensibilidad por los ruidos la destacan todos sus amigos y es lógico que haya guardado en su memoria las cantinelas de los pequeños oficios que habían regocijado su infancia. Cuando estos ruidos humanos desaparecieron y fueron sustituidos por los chirridos y las bocinas de los automóviles, hizo recubrir con corcho las paredes de su estudio. El texto de Reyes es por supuesto más conciso, como es propio de un ensayo. En Proust, los recuerdos de la calle se despliegan siguiendo los arabescos habituales de su hermoso estilo, a lo largo de las veinte pá-

ginas en las que trata este tema. Pero en ambos escritores, esas voces mediante las cuales la calle manifiesta su presencia poseen el mismo poder de evocación, contienen en potencia toda la ciudad, sus líneas, sus colores, sus personajes. Ambos escogieron casi las mismas palabras para describir la modificación de algunas de las cantinelas según los barrios, según los vendedores. Entre el gran número de frases con que los vendedores pregonan sus mercancías, ambos han retenido las mismas: "Se dice, se dice... Vestidos, vestidos... Ejotes..." La vendedora ambulante, en los dos textos, encorva su tosca silueta para empujar su carrito. Las bocinas hacen su aparición sonora anunciando a los tranvías. La misma nota provinciana, y más precisamente meridional, está presente con un tamborilero en uno y el vendedor de leche de cabra en el otro. El oído de ambos escritores seguía con la misma atención la inflexión del grito, cómo éste se alejaba y desaparecía, y los dos hablan entonces de "muerte", de "expiración al borde del infinito". Reyes se ha referido a menudo a este paralelismo sorprendente entre los dos textos.[71] Nos cuenta que vaciló en destacarlo cuando reeditó los *Cartones de Madrid* en el tomo II de sus *Obras Completas*.[72] ¿Habría leído Proust u oído hablar de estas páginas de Reyes antes de escribir el pasaje de *La prisionera?* Las relaciones de Proust con los círculos españoles e hispanoamericanos no eran nulas. Siguió con suma atención la acogida que tuvo en Madrid su obra. Se mostró tan satisfecho con la conferencia de Ortega y Gasset había pronunciado que la comentó, y había procurado que se publicara una reseña de la misma en *Le Gaulois* y en *Le Figaro*.[73] Uno de los mejores amigos de Proust fue Reynaldo Hahn, gran compositor venezolano, instalado en París desde hacía muchos años y que había mantenido contactos con la colonia de lengua española que vivía en la capital francesa. Hahn había puesto en relación a Proust con su hermana, cuyas ricas colecciones de pintura española, un cuadro del Greco, dibujos de Goya, transmitieron al escritor francés una encomiable idea de este pa-

[71] *Cf.* especialmente en "Historia documental de mis libros", *Revista de la Universidad de México*, febrero de 1957.

André Lebois creía que ambos escritores se habían podido inspirar en las mismas fuentes y, en particular, recordar por igual, para el tratamiento de un tema tan caro a los enamorados del París de la preguerra, el acto II de *Louise*, la célebre ópera creada en 1900, de la que sabemos que Gustave Charpentier firmó tanto el texto como la música. En los textos de Reyes y de Proust, encontramos en efecto el recuerdo del ambiente de esta escena de *Louise*. Pero uno solo de los ruidos que Charpentier describe cómo llega y se aleja es el que retoman ambos escritores.

[72] Véase *O.C.*, t. II, p. 265.

[73] Véase Ortega, "Dostoievsky y Proust" en *La deshumanización del arte e ideas sobre la novela (1925)*, *Obras completas* de Ortega, t. III, p. 399, y "Tiempo, distancia y forma en el arte de Proust", en *El espectador*, VIII, 1934, *Obras completas* de Ortega, t. II, p. 703. La traducción francesa de este último ensayo se publicó en el número de *Homenaje* que la *Nouvelle Revue Française* consagró a la memoria de Proust en enero de 1923.

trimonio artístico. El cuñado de Reynaldo, Federico de Madrazo, se había convertido a su vez en uno de sus íntimos. Reyes se enteró también de que Proust había tenido un secretario que debió de establecer algunos vínculos con América Latina porque partió para establecerse en México en 1921. Parece que don Alfonso hizo que se siguiera y encontrara su rastro en México.[74] Por otra parte, en los últimos años de la guerra y hasta su muerte, según Reyes, Proust recibía con frecuencia la visita de Ramon Fernandez. Este escritor era de madre francesa, provenzal, y de padre mexicano, José Ramón Fernández, quien había dirigido la legación de México en París en los últimos años del siglo XIX, y cuyo padre había sido ministro de Manuel González hacia 1880. De familia muy rica y gracias a las relaciones que su padre había entablado a lo largo de su misión en París, Ramon Fernandez frecuentaba a la aristocracia del Faubourg Saint-Germain y así fue como conoció a Marcel Proust. Además, la madre de Ramon, al quedar viuda, había tomado la dirección de la Maison de France en Madrid. Reyes la había conocido en el café Pombo, en el círculo de Ramón Gómez de la Serna: recordemos el ensayo lleno de simpatía que había escrito sobre la Maison de France. Es probable que Reyes haya entregado el libro que acababa de publicar a su directora. El hijo de ésta, en 1917, tenía veintitrés años. De espíritu activo, ¿no era posible que hubiera traducido algunos pasajes de la obra reciente de Reyes en el transcurso de sus visitas y de las comidas que tenía a solas con Proust en su recámara de enfermo, cuando escuchaba evocar a éste sus "ruidos de París" que fascinaban y perseguían a veces al escritor y que eludía con tanta frecuencia en sus conversaciones? Don Alfonso conoció en París a Ramon Fernandez, uno de los críticos más destacados de la *NRF* por entonces y con quien tenía amigos en común, en especial Jean Prévost. ¿Le hablaría don Alfonso a Ramon Fernandez del paralelismo que se podía establecer entre uno de sus ensayos y algunas páginas de *La prisionera*? Cada vez que aludía a esta comparación, Reyes decía que no había nada seguro, si bien era posible, pero de todas maneras "le halagaba sumamente esa comparación".

Conducido por la lectura de Proust, una vez instalado en Francia, Reyes sintió curiosidad por frecuentar a algunos representantes de la nobleza a fin de verificar si esas largas y poéticas novelas de cuyo encanto era objeto eran también documentos sociológicos dignos de confianza. Conocer a sus descendientes era de alguna manera entrar en contacto con los que habían tejido la historia del prestigio de Francia en el Ancien Régime. El americano en Reyes ardía en deseos de penetrar esos círculos misteriosos, de apreciar por sí mismo esa delicadeza natural que era tan famosa, ese refinamiento innato de la aristocracia francesa, ese *savoir-*

[74] Reyes, "La última morada de Proust", en *Grata compañía*, *O.C.*, t. XII, p. 67.

*faire*, ese saber decir infalibles, de los que se afirmaba que eran perceptibles tanto en los mínimos gestos de la vida cotidiana como en las fastuosas recepciones de aquellos franceses de una gran casta. La simplicidad espontánea que se suponía que esos auténticos nobles se podían permitir sin perder su *chic* era un enigma para los mexicanos, cuya cortesía siempre resultaba un poco alambicada. ¿Era posible una superioridad hereditaria tal en el seno de una familia, de una clase social, de una casta, de una raza? Los problemas propios de México debidos al mestizaje no estaban nunca lejos, como puede verse, de las inquietudes de Reyes. Tema literario por excelencia que había inspirado a tantos novelistas, a Balzac y Barbey antes de Proust, el Faubourg Saint-Germain, a los ojos curiosos de Reyes, tenía todavía muchos atractivos que se mezclaban con los recuerdos familiares de la alta sociedad mexicana que los suyos habían frecuentado en la época en que el general era ministro de Guerra. ¿No estaban ligadas las familias patricias americanas a aquella sangre azul por múltiples amistades y numerosos matrimonios? Por otra parte, desde que Proust había escrito sus libros, había tenido lugar la guerra, que niveló mentalidades y fortunas. Por su ingenuidad y su riqueza, los nobles amigos de Swann habían estado exentos en otro tiempo de la preocupación de conocer el valor del dinero. En la facilidad de antes de la guerra, aquellos ociosos no concebían a su amante sino adornada con las joyas más exquisitas de París y su hotel particular luciendo los más hermosos muebles antiguos. Sus vacaciones las pasaban en un famoso castillo de Baviera rentado para su uso... Y Reyes se preguntaba qué había sucedido en aquellas clases doradas con las transformaciones inherentes a la posguerra. ¿Podía sobrevivir esta casta en el cosmopolitismo actual de París? La idea de tener que ser útil a su país y a las otras clases sociales, que guiaba todos los actos y gestos de un hombre como Reyes, ¿había afectado a estos aristócratas y transformado su estado de ánimo? ¿Podían mantener su despreocupación en medio de las nuevas dificultades de la vida y su nivel material con el nuevo precio de las cosas?

Fue, pues, con una curiosidad agudizada como Reyes conoció en las carreras de caballos —que como buen mexicano frecuentaba con placer— o en los salones a algunos representantes de la aristocracia francesa. La rubia madame de Clermont-Tonnerre contaba entre sus antepasados al que le había quitado la amante a Racine. Pertenecía a una familia que había dado a Francia mariscales y prelados, entre los que se contaba el cardenal Retz. Había conocido bien a Proust y a Montesquiou, quien la iba a visitar a la rue Raynouard; le gustaba hablar bien de ellos y acababa de publicar precisamente en 1924 en la editorial Crès un volumen de recuerdos, *Robert de Montesquiou et Marcel Proust*. Reyes coincidió con ella en reuniones literarias y, convertido casi en su vecino, establecieron amistad. Otros más podían hablar a Reyes de aquella "comedia mundana": Jacques de Lacretelle, que había sido uno de los mejores amigos

de Proust y a quien el novelista dedicó aquellas páginas admirables en las que se expresa sobre las "claves" de su novela.[75] Robert Pellevé de la Motte-Ango, marqués de Flers, quien había sido amigo leal de Proust desde las bancas del liceo Condorcet, volvió a presidir algunos banquetes en aquellas reuniones francoamericanas. Consciente ya del valor de su auditorio, a partir de entonces preparaba sus discursos y Reyes quedó encantado del ingenio y de la conversación de aquel que después de *L'habit vert* (1912), con *Ciboulette*, *Les Vignes du Seigneur* en 1923 y *Les Nouveaux Riches* en 1925, representaba el ingenio chispeante de París.

El ministro de México también fue recibido en casa de los condes de Fontenoy, a quienes había conocido en la embajada de Francia en España. Con doña Manuela, fue varias veces a su casa en Versalles y allí ambos conocieron a la vieja nobleza francesa y española. El importante movimiento diplomático de 1924 que había costado al conde su puesto en Madrid no había estado exento de motivaciones políticas, y la condesa guardaba cierto resentimiento por este cambio prematuro de situación. Citaba los nombres de los que habían podido perjudicar a su marido. El retrato de la señora de Fontenoy que confía Reyes a su diario es el boceto o tal vez el proyecto de un "a la manera de Proust", de una pintura de la nobleza francesa en la posguerra.[76] La señora Fontenoy debió de ser muy bella, pero recordaba exactamente a aquella duquesa que Marcel Proust describió.[77] Lejos de eludir su deber, durante la guerra la nobleza había cumplido con uno de sus gravámenes tradicionales y pagó con creces el impuesto de sangre. Los dos hijos de Fontenoy habían caído en el campo del honor, pero Reyes quedó profundamente sorprendido cuando escuchó a la condesa hablar de estas muertes de una manera "mecánica y profesional". ¿Era falta de sensibilidad? ¿Quizás no era de buen tono expresar en un salón sentimientos demasiado personales o penas demasiado profundas? El personaje era, así pues, verdaderamente "proustiano" y Reyes hizo un retrato despiadado, afortunadamente suavizado —procedimiento caro a Proust— por la evocación poética del paisaje que se podía admirar de regreso a París. "La ruta de Versalles era deliciosa, otoñal: árboles negros y dorados, calzadas de musgo verde. Al regreso, la bruma en la noche, la luna llena, la humedad del suelo que emanaba un vapor, visible en los despliegues de luz que exhalaban los faros. El lago del bosque era como un sueño."[78] Si bien Reyes no se detuvo a comentar el encanto de algunas descripciones de Proust, podemos estar seguros al menos, por la delicadeza de su imitación, de que era plenamente sensible a ellas.

[75] Véase *Album Proust*, Pléiade, p. 248.

[76] *Cf. Diario*, p. 117.

[77] Proust, *El mundo de Guermantes*, publicado en 1920; en *En busca del tiempo perdido*, Pléiade, t. II, p. 584.

[78] *Diario*, p. 117.

El conde Boniface de Castellane, nieto del mariscal de Francia y sobrino nieto de Talleyrand, llevaba un gran apellido y había sido en su juventud un hombre deslumbrante. Extraordinariamente dotado, seguro, elegido diputado muy joven aún, podía aspirar perfectamente a puestos diplomáticos o políticos. Por su matrimonio con Anna Gould, hija del rey de los ferrocarriles norteamericanos, se había convertido en uno de los hombres más ricos de Francia. Las suntuosas fiestas que ofrecía entonces con las calles de París cubiertas de alfombras preciosas hacían que los invitados vivieran durante unas horas en un escenario de cuento de las mil y una noches. Pero, según palabras de Proust, el conde "se había echado a perder". Al día siguiente de que finalizara la guerra, Castellane se había convertido en uno de los adornos de las famosas veladas del modisto Paul Poiret. Su excentricidad entonces no había conocido límites. A Reyes le contaron que en un baile de disfraces, vestido de buzo, Boni había hecho su aparición leyendo *L'Intran* a la luz de una esponja.[79] Su fantasía, su buen humor habían hecho del conde una silueta familiar de París en la época del Boeuf sur le Toit. Su generosidad lo había vuelto popular en todos los medios. Reyes conoció a Boni cuando después de haberlo abandonado su rica heredera vivía ya desde hacía varios años sin fortuna.[80] Enfrentaba con valor la pobreza y había descubierto en él vocación de decorador y anticuario, haciendo rendir los tesoros de su imaginación y sus conocimientos artísticos. Había revestido las paredes de su minúsculo departamento de la rue de Lille con sedas de colores y recubierto de espejos el comedor para crear la ilusión de espacio. Parte ya de la leyenda de París, seguía recibiendo a su mesa a todos los grandes de aquel mundo, escritores, actores, príncipes y diplomáticos. En aquella época, Gabriele d'Anunzio fue su invitado y Reyes participó al menos dos veces, el 15 de enero y el 19 de marzo de 1926, en aquellas cenas con bujías, en compañía de invitados ilustres y contrabandistas curiosamente revueltos, de Becq de Fouquières, de aquel ídolo de las multitudes de todo el mundo que era entonces Rodolfo Valentino en la época de *Monsieur Beaucaire*, y de Reachi. En un ambiente de bombonera de lujo, Boni recibía con la cabeza estirada hacia atrás y el talle muy erguido, sin que se pudiera saber si aquella tiesura era una actitud que recordaba a Monsieur de Phocas y a Swann o una secuela del ataque cerebro-espinal que el septuagenario acababa de sufrir. Su fino bigote brillaba de hilos plateados, la mirada fría, y Reyes se acordaba de M. de Charlus, personaje de Proust del que, según se decía, Boni había servido de modelo. La conversación era para Reyes una delicia en aquellas cenas. El gusto del dueño de la casa le encantaba, pues amaba lo antiguo y aceptaba lo moder-

[79] *Cf.* Paul Poiret, *En habillant l'époque*, Grasset, 1974, p. 143. En la biblioteca de Reyes figuraba la edición de 1930 de este libro.

[80] Véase el *Diario*, pp. 121 y 127.

no. Se presentaba como un hombre de discernimiento y calidad. Su certidumbre y su precisión eran implacables. En las preferencias de Boni, en sus juicios y sus críticas, Reyes distinguía esa lógica y ese arte de la apariencia que eran exclusivos de Francia. Poseía el secreto íntimo de los estilos, un sentido de la línea y del diseño basado en dos o tres ideas que, por sí solas, constituían las reglas de la simetría y del equilibrio. Su exqusitez y su rigor explicaban con justeza la seguridad de su eclecticismo. Boni, gran enamorado de París y fascinado por sus amplias perspectivas, criticaba "el boquete" de los Inválidos, según él un error, una desviación inoportuna que interrumpía el "gran desfile" de París, la línea ascendente que eran los Campos Elíseos. Nadie igualaba a Boni cuando se trataba de arreglar "un jardín a la francesa", planear una noche muy parisiense, arreglar el interior de un castillo. "Entonces todo el oro del mundo es poco para realizar el prodigio." Reyes admiraba su tacto irremplazable para armonizar los tonos y las proporciones en un conjunto. Él hubiera querido combinar en el jardín las líneas del paisaje e incluso el color que flotaba en el aire. En política, Boni mantenía su clarividencia. Lo mismo que Reyes, temía las consecuencias del Tratado de Versalles y era del parecer de que la nueva Europa estaba "llena de guerras".

El libro que publicó Boniface de Castellane y que don Alfonso leyó con tanta más diligencia cuanto que el título era para él especialmente atractivo, consiguió, como por un toque de magia, privarlo de todas sus ilusiones, a empañar de golpe el brillo del personaje. Para Reyes, *Comment j'ai decouvert l'Amérique* significaba en realidad "Cómo he abusado de América".[81] Boni se juzgaba superior a los norteamericanos, incapaces, según él, de distinguir el matiz, juzgar la calidad, aptos únicamente para evaluar la cantidad y el número. Se lamentaba de que su esposa norteamericana no hubiera sabido apreciar el lujo del que él la había rodeado, las fiestas que había organizado en su honor. Así pues, el placer neroniano de iluminar París por unas horas podía sustituir en los franceses, demasiado intelectuales y muy estetas, las lágrimas que derramaba una mujer, prisionera de la seda y de las plumas. Que Boni hubiera sabido adornar los hombros de su esposa con los mejores tejidos, a Reyes no le costaba reconocerlo. Pero rodearla de cabezas coronadas, ¿en eso consistía la dicha? Aquellos príncipes tal vez no eran sino necios; todos aquellos bailes, aquellos conciertos, fuegos artificiales y surtidores no habían podido sustituir en ella la intimidad del alma, la sensibilidad del corazón, por él olvidadas. Boni, que había sido amigo de Marcel Proust, era como "un personaje de Proust", pues no tenía ni corazón ni alma. Esta sequedad, esta insensibilidad representaban en los franceses una inferioridad mucho más grave que la vacilación de los norteamericanos ante una tonalidad o ante una forma: "¡Oh, Europa

[81] Boni de Castellane, *Comment j'ai découvert l'Amerique*, París, Grès, 1924.

incorregible! ¿Y eres tú la que acusas a América de no haber sabido distinguir los matices?" Inspirado por su desilusión, Reyes dedicó a aquel gran señor un ensayo-poema en el que cada estrofa comienza con ese diminutivo familiar y afectuoso de Boni al que recurría todo París. No fue sin malicia y sin intención que Reyes incluyó esta pequeña obra maestra, que permaneció mucho tiempo en sus cartones, mezcla de admiración y de clarividencia severa, en *Grata compañía*, no muy lejos de las páginas consagradas al novelista de *Por el camino de Swann*.[82] A juicio de Reyes, el prestigio de Boni y el de los de su ralea a partir de entonces era sospechoso. Como otros muchos, se había casado con su norteamericana por interés, sin ningún amor. Así era como en aquella élite de corazón tan duro, el dinero justificaba todos los matrimonios. Gilberte Swann había comenzado a interesar al Faubourg Saint-Germain a partir del día en que había heredado ochenta millones de una vieja parienta. Aquellos cínicos olvidaron entonces que Gilberte era hija de una mujer galante. La misma Odette de Crécy, cuando se volvió rica se puso de moda en el gran mundo, que la consideraba "inteligente". La nobleza tenía costumbres vulgares, "llenas de engaño". La moral era inexistente. Proust tenía razón y la aventura de Boni era prueba de la veracidad de sus caricaturas. Nada distinguía en realidad a los verdaderos aristócratas de los nuevos ricos y de los arribistas. Un detective pagado por Anna Gould había podido vivir en el hogar de los Castellane haciéndose pasar a los ojos de Boni por un aristócrata: tenía la misma desenvoltura que él en el bridge, en el polo y en los salones. Reyes pensaba ahora que Boni era despreciable, que vendía en las librerías el relato de su vida conyugal para no perder ni "la última migaja del pastel". Hacía de intérprete y de guía en París a las viejas norteamericanas para darles gato por liebre con los anticuarios. Su cultura adolecía de "las clásicas limitaciones francesas". De Italia y de España no sabía nada. Era difícil, dice Reyes, acumular más errores o vaciedades en tan pocas páginas, sobre todo cuando quería hablar de las artes meridionales. A don Alfonso se le revuelve la sangre cuando Boni denuncia a propósito de las corridas de toros "la crueldad catalana". La actitud de Boni era, pues, un ejemplo de una relativa insensibilidad, de esa "indiferencia francesa" que siempre asombra a los norteamericanos por la cual sin duda Reyes también sufrió. *Comment j'ai découvert l'Amérique* había destruido en Alfonso lo que le quedaba de "respeto histórico por eso que todavía llamamos aristocracia"; lo había ayudado a desprenderse del encanto falaz del gran mundo francés, a dejar de creer en la superioridad imaginaria de los aristócratas, en la existencia de otra especie. En una frase mordaz, que recuerda las imágenes amargas de Proust y también el estilo de Montaigne —¿pero no fue

[82] "Un descubridor de América", publicado en 1939 en la *Revista de las Indias* de Bogotá; también en *Grata compañía*, *O.C.*, t. XII, p. 130.

uno el maestro del otro?—, Reyes expresa sus conclusiones sobre "la aristocracia más rancia de la tierra [que] puede llevar de la rienda y servir de palafrenero, en el *paddock*, a su jockey triunfante: el caballo estima con razón que arriba y abajo de la silla dos animales de la misma casta lo acompañan". Mediante una extrapolación tentadora, dudar de la aristocracia era poner en duda la supremacía de Europa, "esa aristocracia del mundo", que extraía su prestigio de su pasado y de su historia. La vergüenza de una guerra primitiva, las dificultades económicas de la posguerra, la crisis de los valores morales ponían de manifiesto a todos los espíritus avezados la debilidad del antiguo continente. La superioridad europea ya no era sino una "ilusión perdida". Alrededor de Reyes en París, cuando Paul Valéry preparaba sus *Regards sur le monde actuel*, éste era el balance que se hacía con frecuencia. El abuso del ingenio había alterado la especie, embotando a los franceses la precisión de sus sentidos o la sensibilidad de su corazón. El futuro pareciera pertenecer a los pueblos más intactos, como los pueblos americanos, o en Europa quizás a nuevos tipos de hombres, hombres de acción o audaces, como los aviadores, o de "buena voluntad", es decir, animados por el deseo de dedicarse a la colectividad y a mejorar su suerte. En esto también Reyes se acercaba a Proust, de quien se sabe que adoraba ir a los aeródromos y que veía también en el aviador la imagen moderna de la libertad y en el ejercicio físico el símbolo de una nueva liberación.[83] ¿No había concedido a su bienamada Albertine la pasión por todos los deportes?

Después de estas reflexiones y valiéndose de su experiencia personal, en la última etapa de su estancia en París, Reyes escribió su segundo artículo sobre Proust y su última morada.[84] Antes de escribirlo, abrió su diario en la página en la que había anotado las confidencias del portero de la rue Hamelin y el ensayo aparentemente no pretende más que ser una puesta en orden de algunas notas tomadas al vuelo en una hoja de cuaderno. Pero desde el comienzo, el autor trata de ser explícito para el lector hispanoamericano al que se dirige. Lo sitúa en la rue Hamelin, donde murió Proust y donde él mismo vivió, "más allá del Hotel Majestic", conocido por los turistas americanos desde que la caída del franco les permitió frecuentar los hoteles de lujo franceses. Para los mexicanos, este hotel era además un lugar histórico porque en él se había alojado el general Calles en aquella estancia en París que había simbolizado el retorno de México a ocupar un lugar entre las grandes naciones después de los años de la Revolución. El propio Reyes había sido recibido en audiencia por el presidente electo. Sólo el primer párrafo de la obra está dedicado a la obra de Proust, sobre la cual la opinión de Reyes ha evolucionado.

[83] Marcel Proust, *La prisionera*, Pléiade, p. 133.

[84] "La última morada de Proust", publicado en la revista *Valoraciones* de La Plata en mayo de 1928; más tarde en *Grata compañía*, *O.C.*, t. XII, p. 66.

A su lector amigo, como a un invitado que se sentara a su mesa, el autor le da su punto de vista sobre los problemas que se discutían en 1927, cuando preocupaba menos la estética que en 1923 y más la moral y la política. El ritmo ternario y holgado muestra la emoción del autor al abordar este gran tema, su respeto por el novelista, la importancia que otorga a su obra, ya admitida como un documento humano de gran valor. El propio Reyes estaba por aquella época sumamente absorbido por el problema social y, valiéndose de su sensibilidad y tal vez de confidencias que le hicieron, Reyes ofrece de la obra proustiana una definición plena de vigor y concisa pero que parece que tiene que ser definitiva. Al principio, se había creído que Proust era un esnob, un aficionado mundano y, en política, un reaccionario. Después se lo presentó como un amigo de León Blum, como un socialista que caricaturizaba a la aristocracia, cuyos vicios y existencia anacrónica subrayaba. Por último, después de haber tenido la oportunidad de conocer su novela ya íntegra, sus lectores se daban cuenta de que todas las clases sociales estaban tratadas con la misma severidad: la aristocracia de Guermantes tanto como la burguesía de los Verdurin o las odiosas "muchachas en flor", amos, criados, duquesas y sirvientes —la misma Françoise sabe ser arisca y malvada—, universitarios y médicos, embajadores... "Proust ha mostrado la realidad... Su obra es la delación de una humanidad enferma, muy desagradable de contemplar."[85] Sólo la dulce figura de la madre del narrador y Swann escapan de su descripción cruel, y aun así hay que hablar del Swann de antes de su matrimonio pues, una vez convertido en el marido de Odette, aparece ridículo en sus esfuerzos por adaptarse a un medio muy inferior al suyo, y después lamentable cuando, viejo y moribundo, es tratado con superioridad por sus antiguos amigos los Guermantes. El escritor mexicano resume bien todas estas reflexiones: la obra de Proust es "un gran documento contra la sociedad de su época, donde desfilan tantos hombres y tantas mujeres sin corazón".

La obra de Proust, según Ortega, el autor de la *España invertebrada*, es una obra "sin esqueleto", un paraguas sin varillas, una nube informe.[86] Con una línea, Reyes lo aprueba: "la obra de Marcel Proust es una obra blanda". Sus lectores de 1925, más que nosotros, se quejaban de que sus novelas fueran difíciles de leer, sobre todo los últimos tomos publicados en los que el autor, enfermo, urgido de tiempo, hizo que se precipitaran los acontecimientos. Reyes considera que estos gruesos volúmenes son "asfixiantes". No dice sobre todo, como Ortega, que a cada momento le tienta la idea de abandonar la lectura. La prosigue, en cam-

[85] En Alejandro Vallejo, "Una hora con Alfonso Reyes", Suplemento de *El Tiempo*, Bogotá, 19 de junio de 1927.

[86] Ortega y Gasset, "Dostoievsky y Proust" en *La deshumanización del arte e ideas sobre la novela* (1925), *Obras completas*, t. III, p. 402.

bio, hasta la saciedad y absorbe de principio a fin esos gruesos libros: ¿no es eso confesar el deleite en el que se complace? Esta obra se apodera de él, tiene todos los atractivos de un vicio oculto, "ese vicio impune, la lectura", para retomar la expresión de Larbaud, cuyo volumen precisamente acaba de salir. *En busca del tiempo perdido*, ¿es una obra moral, inmoral, amoral? ¿Una obra gratuita, según la definición de Gide, es decir, al margen de toda moral? Ésta era una de las controversias que se discutían apasionadamente en los círculos de Reyes. En su *XX^e siècle*, Crémieux sostenía que las novelas de Proust eran libros de moral porque despertaban la visión que tenemos de nosotros mismos y renovaban la agudeza que dedicamos a observarnos.[87] Reyes, a su vez, nos da su posición: la obra de Proust es inquietante, dice, "porque pone en duda la noción misma del progreso moral", y de un solo golpe se sitúa en el debate que se desencadenaba entonces en el meollo mismo de la *NRF* entre Jacques Rivière y Ramon Fernandez en torno al tema "moralidad y literatura". Reyes parece alinearse del lado de Rivière cuando piensa que el clasicismo francés es indiferente a toda moral, lo cual representa ciertamente un peligro para el lector pero permitió a Racine captar el alma en toda su espontaneidad, así como a Proust, quien reanuda la tradición más allá del siglo romántico. Rousseau introdujo en esta visión puramente psicológica la preocupación moral cuando presentó el análisis desde la perspectiva del juicio.

El artículo de Reyes forma un ensayo en estrofas que obedece a la misma técnica que las páginas dedicadas a Boni de Castellane. Inicia cada párrafo con la palabra conserje, que Reyes trata con humor, y el sencillo relato se empecina: "Tengo estos detalles de su conserje... El conserje lo recuerda... El conserje me muestra un gabán usado... El conserje considera con emoción...", pero en cada una de estas estrofas, como un virtuoso que partiera de la misma y simple frase musical y ascendiera hasta llegar a las cadencias personales más brillantes, Reyes retoma la palabra, emite su opinión, sincera hasta la severidad, sobre la obra de Proust, sobre el propio Proust, sobre algunos aspectos de la vida francesa. Es interesante abrir de nuevo el *Diario* en la página 86 y ver cómo Reyes ha utilizado en su ensayo las confidencias del conserje. Poco importa que se haya permitido alguna libertad respecto a la verdad histórica y que haya situado en la rue Hamelin el famoso cuarto de corcho que se hallaba en realidad en el departamento que Proust habitó en el bulevar Haussmann. Sabemos que el novelista no pudo utilizar estos revestimientos aislantes en sus viviendas ulteriores y que precisamente había empezado a usar sus famosas "bolas Quies", que le permitieron estudiar la desaparición progresiva de los ruidos según se las colocara más o menos profundamente en el oído y la reaparición parcial del ruido cuando se le caía

[87] B. Crémieux, *XX^e siècle*, pp. 17 y 19.

una sobre la página que estuviera escribiendo. Reyes, en la primera "estrofa", se detiene en el aspecto repugnante que presentaban la vida y la instalación de Proust en su departamento amueblado de la rue Hamelin. El conserje había reconocido que el departamento estaba "muy sucio, porque nadie estaba autorizado a entrar en su cuarto", lo cual Reyes traduce con destreza por "la mano profana del aseo". Había sido necesario reconstruir el departamento de arriba abajo para hacerlo de nuevo habitable. Para Reyes era difícil imaginar cuál había sido la vida del escritor francés al contemplar su propia morada. Pero ve en la suciedad que admitía en su entorno Marcel Proust una nueva afirmación de un defecto muy francés. Reyes revela a sus lectores del Nuevo Mundo, probablemente horrorizados, que hasta este novelista ilustre, muy rico, que había mantenido buenas relaciones con duquesas y grandes burgueses, que escogía a sus amigos entre los apellidos más nobles de Francia, había consentido en vivir en un cuarto forrado, sin aire, sin luz, con los olores de las medicinas y las enfermedades, en medio de una falta de higiene difícil de imaginar. Para este americano, las sospechosas cocinas de la Francia de entonces, los propios microbios franceses, ¿no serían "el condimento esencial de cierto arte culinario"? El ensayista, de paso, rasguñaba también la rue Hamelin: "Es una callecita estrecha y plomiza... de balcón a balcón, vuelan las palomas", exageración manifiesta, pues si bien la rue Hamelin no tiene la amplitud de los magníficos bulevares que la rodean, con sus ocho metros de ancho —e incluso si se ha dejado que se cubran de pátina las piedras de las fachadas de seis pisos de los inmuebles que la flanquean—, no tiene nada de "callecita", como podría darlo a entender la vehemente diatriba de Reyes, quien describe aquí más bien un recuerdo que una realidad objetiva. Pero el mexicano había vivido a la europea, "sin vistas al espacio libre, donde jueguen los ojos", privado de ese aire que es uno de los privilegios de América. La civilización europea se situaba así en el polo opuesto a la mexicana, en la que todo giraba en torno al culto del sol. Francia, madre de esta cultura, había inventado todo lo que tiende a ocultarnos de sus rayos: "el techo y la casa, la cortina y los visillos de las ventanas, el sombrero, la sombrilla..." Después de este paréntesis sobre la falta de higiene, rasgo muy francés, Reyes vuelve a los ruidos de la calle, tema que tenía en común con Proust. La simple nota del diario, "él había pedido al vecino del sexto que no hiciera ningún ruido", la sustituye por esta precisión, recogida tal vez de Crémieux, de Ramon Fernandez o del libro de Léon Pierre-Quint, y que él expresa con una malicia bonachona en la que se percibe el recuerdo del Raminagrobis con abundante pelambre de La Fontaine: "El vecino del sexto piso tenía encargo de no hacer ruido. Marcel Proust había dotado a toda la familia de arriba de unos buenos pies de gato, de unas zapatillas de lana sorda que apagan el ruido de los pasos". El autor señala así, pensando en sus lectores americanos y sin insistencia, la segregación social

que en Europa relegaba a la gente pobre, no a los barrios de la periferia, como en América, pero no sin menos crueldad a los pisos más altos de los inmuebles burgueses. Era debido a esta generosidad algo interesada con la gente sencilla, un poco sospechosa para algunos que vieron en ella una manera de defenderse de la intrusión de los demás en su vida personal, por lo que Proust era conocido e incluso popular en el barrio. Le gustaba hacer regalos y procuraba hacerlos con delicadeza. Reyes destaca el contraste que constituye esta bondad para con las gentes sencillas frente a la terrible dureza del novelista cuando retrata a todos sus personajes carentes de corazón. Un examen más profundo de su obra muestra, en efecto, que eludió representar a los humildes, a los obreros, a los artesanos, para no tener que criticarlos, como si no se reconociera a sí mismo el derecho de hacerlo. Sólo aparecen los criados y los sirvientes, tan duros y viciosos como los aristócratas, pero es porque han aprendido del contacto con éstos la apatía, la vanidad, la maldad. Se enorgullecen estúpidamente de los títulos de los señores a los que pertenecen, forman parte de esa sociedad a la que Proust juzga con tanta severidad. Recordemos la insoportable escena de *Un amor de Swann* en la que se describe el recibimiento glacial y despectivo que "la jauría de lacayos" reserva a sus amos. El odio de la plebe cuando está en la escuela de los Grandes puede ser implacable. ¿Quién no presencia todavía "la dureza de su mirada de acero, compensada por la suavidad de sus guantes de hilo, si bien al acercarse a sus amos, éstos parecían ser testigos del desprecio por su persona y de los miramientos por sus sombreros"?[88]

Proust hablaba poco, dice el conserje, y aunque él veía a su inquilino todos los días, no tiene palabras para los horribles sufrimientos por los que pasó a lo largo de aquellos tres años en la rue Hamelin. En cuanto a la fama del escritor, para el portero se concretaba en aquellas ochocientas cuarenta cartas procedentes de todos los países del mundo que llegaron para felicitarlo por la obtención del premio Goncourt, y sobre todo en aquellos enormes arreglos florales que, al anuncio de su muerte, habían invadido el departamento, la escalera, la banqueta, y hasta la mitad de la calle, extrañas costumbres de esa Europa que sabe rodear de flores tanto a un novelista como a uno de sus príncipes, y alusión dolorosa, en la pluma de Reyes, a la incomprensión, a la indiferencia, al desprecio que rodeaban todavía al escritor en América. Fiel a su papel de vínculo de unión entre Francia y las letras americanas, para aquellos que quisieran tener más detalles sobre la vida y la obra de Marcel Proust, don Alfonso precisa la dirección de su hermano, el doctor Proust, y el nombre de su sobrina que, también escritora, podrá informar a los investigadores competentemente. El tono se transforma de inmediato en com-

[88] Marcel Proust, *Por el camino de Swann*, Pléiade, t. I, p. 323.

pasivo, simple, cuando transmite las últimas palabras del novelista. Reyes las reproduce respetuosamente en francés: "Aujourd'hui j'ai écrit la dernière ligne de mon oeuvre. Demain, je ne serai plus". Proust, obrero de la pluma, que sacrificó todo, salud y distracciones, a su obra, se convierte de inmediato en alguien plenamente admirable. Es obviamente manifiesta la identificación entre el novelista francés y su comentarista mexicano, consciente también él de ser un gran trabajador, que se sabe capaz de supeditar su tiempo, su situación material y a veces hasta su salud a la exigencia de su obra literaria. Proust, quien ciertamente acortó su vida por terminar y perfeccionar su obra de escritor, merece el más alto de los títulos, el de "santo". Esta grandiosa palabra Reyes la pone en boca del conserje, pero es más probable que sea un eco de los textos de *Calendario* y de *El suicida*, en los que Reyes explica su concepción del "misticismo activo" y el del santo laico. Pensamos pues que la comparación entre Reyes y Proust podría ser llevada bastante lejos, ambos niños con una sensibilidad hiperaguda; coleccionistas de sonrisas y de recuerdos; completamente desinteresados respecto al dinero; de una extrema delicadeza. Ambos, lo mismo que Swann, hijos de la buena burguesía, pero únicamente burguesía, y gracias a sus méritos, a su cultura —a su alto cargo en el caso de Reyes—, recibidos, adoptados, en España, en Francia, en América Latina, por los círculos más distinguidos y sobre cuyos vicios mantuvieron la mirada clarividente de los recién llegados. Sus ideas sociales parecen haber sido las mismas, inspiradas ante todo en una bondad sin límites respecto a las clases humildes, en tanto que su tono se endurecía al hablar de las otras clases. Su socialismo era partidario de todas las soluciones nuevas y hasta audaces, siempre y cuando fueran compatibles con la tolerancia y con el respeto a la cultura y al patrimonio artístico. El fragmento del texto de Proust acerca de la separación de la Iglesia y del Estado, favorable a esta separación, hubiera podido ser en su totalidad firmado por Reyes, hasta tal punto reflejaba sus ideas. Igualmente es sorprendente constatar hasta qué punto las cartas que Reyes intercambiaba con sus amigos del Ateneo recuerdan a las que Proust escribió a sus propios compañeros de juventud: el mismo ingenio a veces delicioso y cruel, la misma sinceridad, el mismo sentimentalismo, el mismo sentido sagrado de la amistad, igual inteligencia.

La última "estrofa" no mantiene esta emoción y contiene incluso la sombra de una crítica, con la alusión, no desprovista de humor, a las palabras de Jules Romains, quien gustaba de decir que "Proust era demasiado conserje". Queda claro que Reyes no simpatiza con la costumbre algo cínica que tenía el novelista de interrogar a cualquier hora de la noche a la servidumbre y de fabricar "chismes" que hacían que circulara entre ellas la materia prima de sus libros. Para un mexicano es sin duda difícil comprender esta preocupante importancia concedida a la opinión que los lacayos tengan de sus amos. Reyes contempla divertido a esos fran-

ceses "que casi se sienten deshonrados cuando el *maître d'hôtel* del balneario no hace caso de ellos".

En conjunto, este segundo ensayo que Reyes dedica a Proust quizás no tenga la altura del que había escrito en su elogio en 1923. No obstante, es admirable por su concisión. Cada palabra es una alusión, una respuesta, una toma de posición, un juicio. Contiene un sinnúmero de precisiones interesantes sobre los últimos años de Marcel Proust, pero es el propio Reyes el que se revela por completo con el estado de ánimo que era el suyo en 1927. Carente todavía de la distancia de los años para juzgar una obra tan importante como difícil y original, la crítica proustiana en aquella época tenía, como observaba Benjamim Crémieux, "un cariz titubeante y tímido". Alfonso Reyes, perspicaz, mediante sus dos estudios afirma ya que esa gran novela puede ser analizada de acuerdo con diferentes puntos de vista. Obra de arte refinada, dirigida a los mejores estetas, es también un extraordinario documento sociológico, un espejo en el que se miran los franceses y en el que los extranjeros los descubren.

## Los artistas

Mientras estuvo en París, Reyes buscó la compañía de los artistas. Estaba decidido a aprovechar su estancia en la capital para volver a ver a sus amigos de Montparnasse y seguir atentamente la evolución y el enriquecimiento de las artes plásticas. El cubismo, al que había acompañado en sus primeros pasos, había obtenido finalmente carta de ciudadanía: tranquilizado por el éxito, se permitía recoger cierta herencia de los impresionistas. Picasso se expresaba entonces con colores mejor graduados, más luminosos; la Escuela de París se dirigía hacia un neoclasicismo en un movimiento paralelo al de los poetas y los músicos, todo lo cual satisfacía a don Alfonso. Además de pintores, había escultores, dibujantes, caricaturistas, algunos actores, músicos y críticos de arte que se contaban entre sus mejores amigos. Los escritores a los que en general frecuentaba eran también apasionados de estas cuestiones, como Jean Cassou o Jules Supervielle. Sus recuerdos, el *Diario* de Reyes, algunos artículos sobre la vida artística de París que envió a América, las crónicas que más tarde consagró a aquellas horas francesas, nos dicen con qué entusiasmo participó en aquellos grandes momentos artísticos, cómo prodigó su aliento a las manifestaciones culturales que México pudo organizar en París. Contribuyó mucho a favorecer estos intercambios y a ayudar a los artistas de lengua española instalados en Francia con todos los medios posibles. Finalmente, su espíritu de investigación lo llevó hacia los problemas de la historia del arte que interesaban a la vez a México y a Francia. También la crítica del arte podía ser comparativa y estar al servicio de la amistad franco-mexicana.

Reyes, que había asistido en 1913-1914 a los inicios de la moda del barrio de Vavin y a la instalación de sus amigos pintores en la orilla izquierda, alrededor de La Rotonde, volvió a París todavía a tiempo de disfrutar las últimas bellas noches de Montparnasse. En 1925, ya después de varios años, la mayoría de la gente de mundo, las vedettes del cine y los extranjeros de visita se mezclaban con los artistas y sus modelos. Reyes se convirtió en un ferviente asiduo de las noches del Jockey, el último de los salones de baile de moda, donde se podía encontrar a Van Dongen, Kisling, Foujita y Derain.[89] ¡Cuántas mujeres bellas! ¡Qué vestidos! Jean Cassou y Marcelle Auclair se acuerdan todavía de su amigo Alfonso, sonriente, encantado, a la débil luz de las lámparas rojas del techo, entre Jean Cocteau que martilleaba el piano, y Kiki, la famosa modelo que lanzaba a plena voz sus licenciosos lamentos, con su bella y redonda cabeza coronada con una extraña gorra. De Kiki de Montparnase, que inspiró a tantos artistas —Modigliani, Soutine, Kisling, Man Ray—, parecería que Reyes hubiese amado todo, su belleza morena, casi ibérica —borgoñona—, la gentileza, la vivacidad, el trazo del lápiz irreverente, y hasta su talento de pintora.[90] El rumor de su relación con esta célebre parisiense y los versos que compuso para ella se difundieron rápidamente en México: sus amigos Genaro Estrada y Eduardo Villaseñor escribieron *pastiches* tan logrados que Alfonso Reyes los publicó en uno de sus libros.[91] Antes de publicarlos ella misma, Kiki le contó sus recuerdos de la época en que trabajó ayudando a un panadero, cuando todos los mozos habían partido a la guerra. Reyes imaginó que la harina que había cubierto de pies a cabeza a aquella muchacha había sido para ella, tan coqueta, como un adorno y compuso un delicioso poema, "La niña de harina".[92]

En torno a Fernand Léger y Gleizes, visitó las exposiciones de Tarsila do Amaral y frecuentó a otros modernistas brasileños, pero guardó si-

[89] *Cf.* el poema "Al salir del *Jockey*", *O.C.*, t. X, p. 244, y "Antología del amor occidental", *ibid.*, p. 245.

[90] Cuando, en 1928, Kiki expuso sus propios cuadros, Reyes, que ya se había ido a Buenos Aires, fue uno de los primeros en comprar una de sus obras. Véase, Kiki, *Souvenirs*, prefacio de Foujita, editorial Broca, 1929, p. 28. No encontramos este cuadro de Kiki en la Capilla Alfonsina.

[91] En *Cortesía*, pp. 104 y 106.

[92] *Cf.* Reyes, *Cortesía*, p. 59. Este poema no está incluido en el tomo X de las *O.C* de Reyes, en el que se reúne su obra poética, y ésta es la razón de que lo reproduzcamos aquí completo: "Era —me dijo— moza del pan/ (sin amores, sin amores ¿eh?/Todo el día trafagaba en él,/hada en trenzas y en delantal.//Y ya que, de andar en harina/(sin amores, sin amores ¿eh?/se enmascaraba de abajo arriba/y tan blanca como un pastel,/¡aquella vaga sensualidad/de salir y de hacerse ver!.../Y le pedía a la patrona/dos o tres encargos que hacer.//¡Maligna cosmética blanca/del tocador del marmitón!/La travesura se le asoma/por los ojos al balcón.//Y era, en la pena de París,/bajo el trueno gris de la guerra,/pan del cielo, y Alicia en tierra,/y entre los poetas, Kikí."

lencio acerca de ellos, tal vez en reprobación a sus turbulencias, que sólo recordaban de muy lejos las manifestaciones agitadas de los primeros cubistas. El medio artístico, en efecto, había cambiado en los últimos diez años. De entrada, faltaban algunas siluetas. Modigliani, el bello liornés, había muerto, y también su comentarista, Apollinaire. Diego Rivera había regresado a México. Otros cubistas, ya ricos, vivían como burgueses. Delaunay, cuyo estudio visitó un día con Jean Cassou, había mantenido su jovialidad pero hablaba como un hombre "que tiene dinero". Picasso se había instalado en la rue La Boétie y una sirvienta con delantal blanco abría ahora la puerta de su casa; Reyes percibió la delicada sonrisa de su amigo Foujita a través de los cromados de un automóvil recién estrenado con el que se paseaba por los barrios bien.[93]

El pintor mexicano Ángel Zárraga, antiguo compañero del Ateneo, siguió siendo en 1925 y 1927 uno de sus amigos más fraternales. Reyes lo invitaba con frecuencia a su mesa en la rue Cortambert y disfrutaba de escuchar los comentarios que hacía un espíritu tan cultivado sobre las últimas novedades estéticas. Presentó a su amigo Ángel a sus mejores amigos franceses. En aquella época, después de haber gustado del fauvismo y más tarde del cubismo, Zárraga parecía haber encontrado su estilo personal.[94] Había vuelto a una mayor sobriedad, herencia quizás de su madre francesa, sin dejar de ser fiel a esos colores pálidos en los que Pedro Henríquez Ureña veía la expresión de una melancolía nativa propia de los mexicanos.[95] En París, esta originalidad gustaba y le afluían los encargos. Ángel pintaba paisajes de Francia, retratos, decoraba castillos y capillas con frescos y vitrales.[96] En abril de 1925, Reyes fue con él a Suresnes, admirando al pasar esas laderas desde las que se domina París, para ver las pinturas murales que su amigo acababa de realizar en la cripta de la iglesia de Notre-Dame de la Salette. Registró para sí en su *Diario* un análisis minucioso de esta obra en la que apreciaba el sabio empleo de la luz, los colores de paz y de ensueño, la armonía de los ocres y rosados sobre el fondo azul-grisáceo. "*La Anunciación* era una maravilla, lo mejor que Zárraga había producido en su vida y en su obra."[97] En esos cuadros profanos, las ninfas tenían contornos completamente helénicos pero, muy de su época, "eran rubias y hablaban inglés".[98] Huelga decir que esta mezcla de clasicismo y de vida moderna fascinaba a don

[93] Reyes coincidió a menudo con Foujita en casa de Ventura García Calderón, de quien el artista japonés había hecho un retrato para la edición de 1920 de *Cantilenas*.

[94] Sobre el conjunto de la obra de Zárraga, véase el artículo sin firmar "L'oeuvre du Peintre Ángel Zárraga", en el *Paris-Times* del 21 de febrero de 1925.

[95] Pedro Henríquez Ureña, en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Raigal, Buenos Aires, 1952, p. 93.

[96] El castillo de Vert-Coeur, la iglesia de los Mínimos en Rethel.

[97] *Cf.* el *Diario*, p. 96, en la página del 12 de abril de 1925.

[98] *Cf.* Reyes, *Cortesía*, p. 76.

Alfonso. En aquella época en la que se desarrollaba la bibliofilia, Zárraga se dedicó también a ilustrar libros de arte e hizo una bella edición de las *Iluminaciones* de Rimbaud. Atleta enamorado de las competencias deportivas, se deleitaba multiplicando pinturas y bocetos sobre este tema. Se contaba que había pintado el retrato de una familia francesa cuyos miembros, padre, madre e hijos, iban vestidos de futbolistas. Tuvo también un proyecto de álbum sobre el futbol, cuyo texto iba a ser obra de Jean Cassou. Reyes habría colgado de buena gana algunos lienzos de su amigo en las paredes de su casa, pero la falta de fondos se lo impidió. Siempre interesado por el buen empleo de la luz, describió con el evidente pesar de no poder adquirirlo *Baño de caballos*, en el que se destacaban en primer plano pequeñas siluetas luminosas de caballos y de hombres desnudos sobre el fondo oscuro de una tempestad marina, cuadro que había distinguido entre todas las obras de Zárraga en la Galería Devambez en octubre de 1925.[99] Después de las exposiciones de 1920 y 1921 en la Galería Bernheim, esta exposición tuvo tanto éxito que el director del Garde Meuble National había pedido para el artista mexicano residente en París la cruz de la Legión de Honor. El ministro de México apoyó personalmente esta petición y en enero de 1927 le fue concedida la recompensa francesa a Ángel Zárraga, antes de que Reyes dejara Francia. Zárraga vivía alejado de las manifestaciones bulliciosas en su estudio del bulevar Arago, donde don Alfonso iba con familiaridad a visitarlo. Era, pues, uno de los pocos que sabían que este pintor era también poeta. Sus versos fueron publicados mucho después, gracias al impulso y a la introducción de Alfonso Reyes.[100] Pero ya había llamado la atención la elegancia de las palabras que había hecho leer en el banquete que se ofreció a Reyes en el Carlton. Y a don Alfonso siempre lo conmovían esos hombres de talento, que saben valerse al mismo tiempo de diferentes lenguajes para traducir la belleza.

Por eso estuvo pendiente de la inauguración de la exposición de escritores-pintores, dibujantes o escultores, en la que se exhibieron obras de Hugo, de Gautier, de Baudelaire, de Max Jacob. Admiró sobre todo un Cristo tallado en madera de Remy de Gourmont y los dibujos de Jean Cocteau: "Cree en el bien uno, platónico... un hilo fundamental ensarta todas las perlas de la creación".[101]

Otro artista cabal y muy dotado que frecuentaron en aquella época Reyes y sus amigos fue Toño Salazar. Este joven salvadoreño de veinticinco años veía entreabrirse ante él una brillante carrera de dibujante y de caricaturista. Había vivido unos años en México antes de partir a

[99] Véase el *Diario* de Reyes, p. 116.

[100] Véase Alfonso Reyes, "De Ángel Zárraga", en *Ábside*, México, 2 de agosto de 1944. El tiraje aparte de esta página de Reyes comprende también los poemas de Zárraga.

[101] Reyes, "Un pintor", *O.C.*, t. IV, p. 454.

Europa y había trabajado con Diego Rivera, con el nuevo impulso que este último, de regreso de París, dio a la Escuela Mexicana.[102] Toño era, pues, un poco un mexicano por adopción y cuando Reyes llegó a París se movía en la órbita de los círculos mexicanos de la capital francesa.

No obstante, antes de dejar su verde paraíso de El Salvador había tenido tiempo de recibir las enseñanzas de Francisco Gavidia, poeta hoy ya olvidado y uno de los primeros modernistas, sabio teórico de la poesía que había tratado de regenerar el verso español con la audacia de los versos hugolianos: Rubén Darío le había hecho justicia. Toño Salazar, su alumno, poseía por tanto un sólido bagaje literario que había mantenido y cultivado. Recitaba muy bien de un tirón a sus amigos parisienses todo el *Peán* de Porfirio Barba Jacob. Conocemos algunas muestras de su prosa, notable por su lenguaje poético y su calidez personal, en las que, movido por la nostalgia de su patria —tanto en español como en un francés perfecto y refinado—, describía la atmósfera fascinante de "su país de volcanes y de flores, de las que algunas, como las orquídeas, son también pájaros". Éste era uno de los que entre los amigos de Reyes, con José María González de Mendoza y Miguel Ángel Asturias, estudiaban maravillados el texto del *Popol Vuh*, esa biblia tan poética del país quiché que se les había revelado en París a través de la traducción francesa del profesor Raynaud. Toño, pequeño, moreno, a quien Ventura García Calderón no vacilaba en calificar también con mucha admiración de "mozo genial", era en 1925 la alegría y a la vez el terror de todo París. Se disputaban sus dibujos publicados en *Le Matin* o *Comoedia*, o sus álbumes como *Knock-out*, cuyo título basta para indicar su tendencia.[103] Sus caricaturas del modisto Poiret, Keyserling, James Joyce, Maeterlinck, César Vallejo, Ventura García Calderón, Vasconcelos, Gómez Carrillo, en su sorprendente variedad de estilo y de actitud, son obras maestras. Sus retratos de artistas —Marie Laurencin, Kisling, *Kiki*, Foujita, Bourdelle, Picasso, Van Dongen, Matisse, Picabia—, de actores —Ludmilla Pitoeff, Diaghilev, Hélène Perdriat, Cécile Sorel—, de escritores —Barrès, Cen-

[102] Véase el artículo sin firmar dedicado a Toño Salazar en el *Paris-Times* del 20 de marzo de 1925; Alfonso Reyes, "Toño Salazar y su fe de errata", en *Monterrey*, núm. 4, Río, abril de 1931, y "Toño Salazar", en *Marginalia, 1ª serie*, p. 85, página de recuerdos escritos en 1949.

[103] Los álbumes de Toño Salazar, *Knock out* o *Entr'actes*, se han convertido en tesoros bibliográficos, pero se encuentran pruebas de su ingenio en el número 221 de *Médecine de France* (París, segundo trimestre de 1971), donde publica algunos de sus dibujos y de sus recuerdos. La portada de este número reproduce dos retratos de Alfonso Reyes: sienes calvas y ceñidas de borlas y de los laureles de la gloria, ojo sobrecargado de motivos con curvas ricas y gongorinas, nariz triangular y disimétrica de cubista, boca en forma de lira de poeta clásico. Pero todo esto únicamente sobre una mitad del rostro; la parte que no está dibujada evoca el pudor mexicano, que sólo permite revelar un aspecto de sí mismo. Las caricaturas de Salazar aparecieron también en una efímera revista, *Parisiana*, que se publicó en español en París.

drars, Cocteau, Miomandre, Anna de Noailles, Henri de Régnier, Colette, Claudel, Larbaud y Fargue— formaban una galería hilarante que divertía tanto en París como en Nueva York, donde una de sus exposiciones tuvo un éxito espectacular.[104] Salazar renovó el arte de la caricatura, ya que si bien sus dibujos eran realistas, no resultaban maliciosos. Según palabras de Miomandre, "su trazo carecía de veneno". Además él sabía hacer un extraordinario análisis de su arte, exponer con lucidez su técnica, lo cual interesaba mucho a don Alfonso, atraído por los artistas conscientes y que observaban su acto creativo. Toño "trabajaba" los retratos de sus víctimas hasta conservar únicamente las líneas esenciales y directrices, la simplificación geométrica y significativa. "Reduce al otro al estado de síntesis para toda la vida", decía Miomandre. Esta clarividencia sobre las personas que alcanzaba el joven caricaturista le confería cierta melancolía —tal vez la de todos los humoristas—, una desilusión por haber arrancado tantas máscaras; también la suavidad, que Reyes bien conocía, de haber coleccionado un número alto de espíritus. Don Alfonso disfrutaba escuchándolo describir su amor por los insectos "y su terrible extravagancia", sus líneas secas en las que un dibujante podía discernir la disciplina del ojo.

Estas conversaciones los condujeron a reflexiones sobre aquel neoclasicismo que reaccionaba contra la suavidad del trazo ya demasiado fácil de los últimos impresionistas. El esfuerzo por la abstracción al que se ceñía Toño para captar, más allá del humor y de la psicología, la esencia misma de una fisonomía contribuyó a ayudarlos a precisar una nueva definición del arte y de sus relaciones con la naturaleza. El artista no era en absoluto el decorador de la naturaleza, tal como lo habían sostenido los pintores barrocos. A los modernos, la naturaleza les parecía abundante, frondosa, desordenada, "redundante". El arte era la eliminación de lo superfluo. Mediante el análisis, el artista llegaba al despojamiento.

Don Alfonso presentó a Salazar a sus amigos escritores, tanto en París como en Madrid, ciudad a la que el artista fue para bosquejar algunas cabezas famosas.[105] Cada vez más poseído por el demonio de la bibliofilia, Reyes hizo muchos proyectos con este artista, en especial el de una *plaquette* que iba a reunir sus páginas sobre Valle-Inclán y las caricaturas

[104] En esta exposición, organizada en 1926 en Nueva York, participaba otro artista, el joven caricaturista mexicano Miguel Covarrubias, hijo del antiguo ministro de México en Washington. Vicente Blasco Ibáñez escribió el prefacio del catálogo.

[105] Anunciado por Alfonso Reyes, Toño Salazar osó tocar a la puerta de Larbaud, su vecino en la rue Cardinal-Lemoine. Nos contó esta visita y cómo descubrió la palabra *fatalité*, esculpida en la vieja piedra del corredor de Larbaud. Éste no había querido borrar la inscripción, en la que veía una invitación al trabajo y a la voluntad personal. Pero cada mañana, al pasar por delante de la casa, Toño Salazar quedaba impresionado por aquella severa palabra.

que Toño había hecho de este escritor.[106] La amistad que Reyes estableció en París con el joven dibujante fue muy duradera. Toño Salazar volvió a ver al representante de México en Buenos Aires y después en México. Don Alfonso meditó mucho tiempo sobre la caricatura, "arte trascendental", y sobre el valor metafísico del dibujo y del trazo, arte intelectual y muy francés al que acceden también otros pueblos, sobre todo cuando pueden vivir a la sombra de París.

Por estas mismas razones, la necesidad de depuración y de expresión profunda, Reyes empezó a interesarse por el pintor de aguafuertes Castrogil cuando éste llegó a París para exponer sus obras. Castrogil era español pero sus múltiples exposiciones ya le habían granjeado en el Nuevo Mundo una gran fama, y en 1926, fueron los salones de Paris-Amérique Latine los que albergaron una serie de cuarenta aguafuertes magníficos en los que el pintor interpretaba una Castilla salvaje y orgullosa. Con profunda emoción, Reyes encontró de nuevo en "esos juegos austeros del claroscuro" a aquel país que le inspiraba tanta gratitud, y escribió al respecto una de sus mejores páginas sobre España.[107] Le gustaba que sólo intervinieran el trazo y el valor relativo de las luces en aquellos "diálogos de plata y carbón", libres de todo pintoresquismo fácil y hasta del humor y del baile que se puede encontrar todavía en Goya. "...los árboles cobran varillajes de hierro, las nubes consistencia de plomo, el agua perfección de cristal de roca." Pero bajo esta capa de hielo, bajo este aspecto inhumano, sobrehumano, se concentraba la grandeza de España, "viva, entera". El recuerdo de su gran amigo Azorín sopla a través de los comentarios de Reyes —verdadera *Carta abierta* a sus amigos españoles—, cuyo alejamiento, cuya ausencia, tanto como los grabados de Castrogil, facilitaban esta nueva toma de conciencia. Pero sin la influencia de la Escuela de París y el hábito adquirido día tras día con el ejemplo de los artistas franceses de llegar por la abstracción a lo esencial, ¿hubiera podido Castrogil desprender esta enérgica definición sintética de la España moderna, desecada y pauperizada, filosófica y desierta bajo su inmenso cielo, después de la doble y voluptuosa tentación de Italia y de América? Una vez más se producía el milagro de Teófilo Gautier, el primero, decía Reyes, en haber contemplado a España con ojos modernos. París y sus tendencias artísticas ayudaban una vez más a un hispánico a comprender mejor la esencia de España. La interpretación que daba Castrogil era tan parecida a la suya que propuso al artista la ilustración de dos de sus libros. Uno consistiría en las reproducciones de sus poéticos *Cartones de Madrid*, cuyo bajo tiraje mexicano se había agotado muy

[106] *Cf.* "Carta a dos amigos", en el t. IV de las *O.C.*, p. 475, escrito en enero de 1926.

[107] Reyes publicó en seguida este texto en francés en *La Revue Latine*, París, febrero de 1926, con el título "L'Espagne de Castrogil"; en español, "Viaje a la España de Castrogil", en *Dos o tres mundos*, México, 1944, *O.C.*, t. II, p. 188.

pronto; el otro, en las páginas sobre Sevilla, Toledo, Burgos, Roncesvalles, que Reyes conservaba todavía entre sus manuscritos. Pensó en que Excélsior se encargara de la distribución de estos álbumes, la editorial amiga que habían fundado Armand Godoy y Ventura García Calderón en París. No se sabe a ciencia cierta por qué este proyecto, que tan adecuadamente reunía los genios del grabador y del escritor, no llegó a realizarse.[108]

Don Alfonso le tomó gusto al arte del grabado. En París compró algunos bocetos de grandes maestros, de *La Dolorosa* de Guerchin, algunos dibujos y miniaturas, hasta donde le permitió su bolsillo. Los fue buscando en las casas de antigüedades y entre los especialistas y así fue ahondando sus conocimientos en materia tan especial. Llegó el día en que tuvo la satisfacción de contarse entre los aficionados más competentes de París. Se puso a coleccionar grabados antiguos sobre México. Algunos de ellos ornan todavía la Capilla Alfonsina. El México del siglo XVIII está representado a través de recuerdos venecianos, de visiones de la laguna o de la Plaza de San Marcos. En sus adquisiciones le molestaba la competencia que le hacían algunos de sus compatriotas ilustrados, como Limantour, antiguo rival de su padre en el gabinete de Porfirio Díaz y el rico arquitecto Salvador Etcheagaray.[109]

Reyes volvió a ver con frecuencia a la primera esposa de Diego Rivera, Angelina Beloff, quien permaneció en París y siguió siendo fiel amiga de don Alfonso y de doña Manuela, a quienes visitaba en la intimidad de su casa en la rue Cortambert. En 1926, esta pintora hizo un bello retrato de su hijo como esgrimista, todo claridad y pura elegancia. Esta obra fue expuesta el mismo año en el Salón de los Independientes y es todavía hoy uno de los motivos de orgullo de la Capilla.[110] Hay un detalle que quizás resulte interesante a los coleccionistas o a los biógrafos del gran pintor mexicano. Reyes recibió un día en la legación la visita de una mujer que había tenido en París una hija de Diego Rivera. Llegaba para entregarle algunos cuadros —no de los mejores— que el artista le había dejado. ¿Encontró Reyes a alguien que los comprara entre sus compatriotas residentes en París? En su *Diario* no dice si estas obras, que tuvo entre sus manos, fueron llevadas a México o finalmente se vendieron en Francia. Él carecía de fondos, aun cuando no de deseos, para comprar algunas. Toda su vida lamentó no haber adquirido un Modigliani que Angelina Beloff había ido a ofrecerle por tres francos, víctima de vicisitudes económicas aunque bien pasajeras en su caso. Modigliani, su pintor fa-

[108] Reyes tuvo que esperar a 1932 y a su estancia en Río de Janeiro para publicar estos textos con el título *Horas de Burgos*; otros no se publicaron sino hasta 1937, en Buenos Aires, en *Las vísperas de España* (Sur).

[109] Véase el *Diario*, p. 125.

[110] Véase el *Diario*, p. 124.

vorito, cuya exposición en 1925 en la Galería Bing fue para él todo un acontecimiento.

Las aperturas, las inauguraciones de las manifestaciones de la vida artística francesa se contaron entre las grandes fechas de sus años parisienses. Al Salón de Otoño, en 1925, arrastró no sólo a doña Manuela sino también a Francisco García Calderón a una visita general, reservándose, por supuesto, regresar en otra ocasión, "en un primer vistazo, en realidad no se puede juzgar nada". En su *Diario* abundan los análisis sutiles de los cuadros que le llamaron la atención, los Matisse, muy bellos de color, pero a cuya estructura "le faltaba peso"; las obras de Van Dongen, en decadencia, "deplorables", y las de su amigo Foujita, "no las mejores, pero siempre bellas".[111] Fue también un asiduo del Salón de los Independientes, donde exponía con regularidad Angelina Beloff. Las exposiciones que organizaban sus amigos pintores le llegaban a menudo al corazón. No se contentaba con encontrarles un local (con frecuencia los salones del PAL, en el bulevar de la Madeleine), a veces hacía que colaboraran críticos parisienses amigos suyos, André Salmon o Marcelle Auclair, y escribieran la presentación del catálogo.[112] Otras veces la escribía él mismo.[113] Para el Salón de 1925 patrocinó personalmente a dos artistas, al español Gregorio Prieto, pintor muy joven en quien se había interesado al principio únicamente por responder a una recomendación de Díez-Canedo y que de inmediato lo sedujo por su talento y su amabilidad. Reyes comenta extensamente en su *Diario* (p. 170) la exposición de Gregorio Prieto en noviembre de 1926 en la Grand Maison de Blanc: naturalezas muertas, maravillosos paisajes de La Mancha con una luz onírica y sus "cuadros-homenaje", género muy personal con el que el joven artista expresaba su admiración por sus poetas preferidos: Cocteau, Alberti, Lorca, Juan Ramón Jiménez. El propio Reyes muy pronto tuvo su "cuadro-homenaje", en el que se distinguían los reyes de un juego de naipes y un fragmento de paisaje estilo Corot, obviamente una alusión a su amor por "la dulce Francia". El escultor mexicano Bracho, un enano deforme y cojo, conoció en París la miseria, pues la subvención que le enviaba el estado de Veracruz le llegaba tarde y mal. Reyes lo ayudó a vivir de su propio bolsillo y a comprar aquel bloque de granito del que iba a extraer una pareja de indígenas dormidos, de factura moderna, pero del que no estaban ausentes las reminiscencias aztecas. Reyes observó conmovido la multitud de parisienses que se detenía instintivamente ante la fuerza musculosa y la ternura que contenía esta obra maestra.

Los pintores mexicanos Manuel Rodríguez Lozano y Julio Castella-

[111] *Cf. Diario*, p. 112.

[112] Marcelle Auclair escribió el catálogo de la exposición que organizó una joven artista mexicana de dieciocho años, Rosario Cabrera.

[113] Para la exposición de Enrique Riverón en mayo de 1926.

nos llegaron a París para exponer sus propios cuadros y una colección de doscientos dibujos y pinturas hechos por niños mexicanos. Bajo los auspicios del maestro Alfredo Ramos Martínez, que había hecho sus estudios en París y había formado parte del movimiento artístico parisiense de antes de la guerra, la Escuela de Bellas Artes de México gozaba por aquel entonces de una organización completamente original. Los niños de nueve a trece años seguían espontáneamente cursos de escultura y de pintura. Reyes se prodigó para garantizar el éxito de esta exposición; sus amigos Jules Supervielle y André Salmon le prestaron ayuda. Salmon, entusiasmado, veía en estos dibujos la base de una nueva estética y escribió la presentación del catálogo. Acudieron Foujita y el propio Picasso; interesado éste por lo mexicano desde la época de Diego Rivera, pospuso su salida de vacaciones para contemplar aquellas obras ingenuas de un pueblo de artistas: éste fue quizás, junto con el recuerdo de Diego Rivera, el origen del interés que mostró siempre a partir de entonces el gran pintor por las artes mexicanas. Ante la armonía de los colores, la crítica pregonó lo sublime; en suma, esta exposición fue uno de los acontecimientos de la temporada y atrajo la atención no sólo de los especialistas sino también del gran público y de los sociólogos.[114] Disponemos de la página que Reyes escribió entonces para la revista *Valoraciones* de La Plata: el texto está marcado por el pudor y la retención, pero también por la dicha ante aquellas pinturas infantiles que sumergían en el éxtasis a todos los artistas de Europa. El estilo de Rodríguez Lozano fue calificado de racional, organizado, intelectual más que sentimental; profundamente mexicano: en una palabra, clásico.[115] En la intimidad de su diario, Reyes emite no obstante una opinión más matizada sobre este pintor. Le reprocha llevar el clasicismo hasta el "academicismo". No le gustaba el retrato que acababa de hacer de él Rodríguez Lozano. Su joven discípulo, Julio Castellanos, le parecía más dotado; como experto conocedor, Reyes analizaba su talento, calibraba en primer lugar, como siempre, la calidad de la luz y después la del color y, por último, el dibujo.[116]

Jules Supervielle presentó a Reyes a su gran amigo el pintor uruguayo Pedro Figari, un abogado cultivado y brillante que a los cuarenta años había decidido cerrar su bufete para consagrarse a la pintura. Reyes lo invitó a organizar una reunión con objeto de la exposición que él planeaba en París para octubre de 1925. El salón de la rue Cortambert resultaba pequeño para el número de amigos que en él se apretujaba. Pedro Figari conoció allí al escultor español Mateo Hernández, amigo de

[114] Sobre esta exposición de dibujos de niños mexicanos, véase el artículo "Les enfants prodigues", *La Vie Latine*, París, septiembre de 1926.

[115] "Un pintor", texto fechado en París, el 25 de noviembre, y reproducido en *Simpatías y diferencias, 5ª serie*, *O.C.*, t. IV, p. 453.

[116] *Cf. Diario*, p. 124.

Reyes desde 1913, así como a los principales artistas de lengua española que residían en París. En aquellas reuniones en las que coincidían tantos aficionados al arte, lúcidos e instruidos sobre las cosas de América, había un problema que se debatía con frecuencia, un problema de historia que atañía a la vez a Francia y a México. A raíz de haber entrado a formar parte de las colecciones del Louvre, en París se hablaba otra vez mucho del Aduanero Rousseau. Se había inaugurado una nueva exposición de sus obras en la Grande maison de Blanc en octubre de 1925, y se reanudó la discusión sobre la posible influencia de una estancia suya en México reflejada en sus lienzos. La hipótesis no era nueva. Antes de la guerra, en los círculos de Apollinaire y de Picasso, Reyes ya había oído dar por seguro que el Aduanero había hecho la campaña de México del lado de Maximiliano, como corneta, precisaban. Apollinaire había dedicado incluso a esos pretendidos viajes americanos del pintor una de sus célebres "Anecdotiques" en el *Mercure de France*.[117] Picasso y André Salmon, quienes habían conocido bien al Aduanero en 1910 y 1911, reforzaban estos testimonios. Es obvio que Apollinaire había observado que Rousseau no conservaba grandes recuerdos de aquella época de su vida, salvo quizás algunos de los frutos que había visto en aquellas tierras y que los soldados no tenían derecho a comer. "Pero sus ojos, Apollinaire proseguía, conservaban otras visiones: las selvas tropicales, los simios y las flores exóticas... Estos extraños decorados eran lo único que el exotismo americano había proporcionado a las artes plásticas." Desde aquella época, don Alfonso se había mantenido al corriente de todo lo que se publicaba en Francia y en Europa sobre el famoso Aduanero. En 1922, un pequeño libro de Roch Grey, editado en Roma, había empezado a sembrar algunas dudas sobre esta cuestión.[118] El crítico inglés parecía conocer tanto la obra de Rousseau como los paisajes mexicanos. Por una parte, había observado que aquellos fondos de selvas vírgenes, aquellas orquídeas, aquellas flores de loto, aquellos monos y palmeras aparecían únicamente en las obras de los últimos seis años de vida del pintor, entre 1904 y 1910. ¿Era concebible que hubiera guardado tanto tiempo aquellos recuerdos sin expresarlos y que no los hubiera refrescado en medio de "la triste grisalla" de su vida parisiense? Por otra parte, agregaba Roch Grey, "la flora de México en nada se parece a la que se admira en estos cuadros". Es comprensible que Reyes haya aprovechado cualquier ocasión que se le presentara en París para ver los numerosos cuadros de Rousseau para así formarse una idea personal acerca de esta apasionante cuestión, tanto más cuanto que Ramón Gómez de la Serna acababa de escribir el prefacio de

[117] Número 91, mayo de 1911, p. 214.

[118] Reyes, "Rousseau el Aduanero y México", *Monterrey*, número 3, Río, octubre de 1930, reproducido en *A lápiz*, *O.C.*, t. VIII, p. 302, y también "Los Robinsones", texto de 1942, en *Los trabajos y los días*, *O.C.*, t. IX, p. 253.

*Il y a*, edición de algunos textos inéditos de Apollinaire donde se retomaba otra página consagrada a Rousseau,[119] así como el hermoso poema que se había leído en el banquete que Picasso ofreció en 1908 al pintor:

Tu te souviens, Rousseau, du paysage astèque,
Des forêts où poussaient la mangue et l'ananas,
Des singes répandant tout le sang des pastèques
et du blond empereur qu'on fusilla là-bas.

Les tableaux que tu peins, tu les vis au Mexique,
Un soleil rouge ornait le front des bananiers,
Et valeureux soldat, tu troquas ta tunique,
Contre le dolman bleu des braves douaniers.[120]

Así pues, Reyes emprendió la búsqueda de los lienzos de Rousseau y visitó exposiciones, retrospectivas y colecciones particulares. Cassou, que estaba interesado en la cuestión, lo llevó a casa de Robert y Sonia Delaunay, quienes también habían conocido a Rousseau y tenían varios de sus cuadros. De momento, Reyes sólo confía sus propias conclusiones a su *Diario*.[121] ¡Qué duro era poner fin a una leyenda! Chateaubriand no había visto toda la América que había descrito, el Aduanero no se había inspirado en Anáhuac para pintar sus lienzos. No había encontrado en sus recuerdos de México la inspiración para sus cuadros tropicales: "bien pudieron bastarle al Aduanero las estampas a color de ciertas ediciones baratas de historias naturales, la de Buffon entre otras". Sus yucas eran más decorativas que exactas. Sus naranjas pendían de ramas que nunca habían sido de naranjo, sus palmeras eran demasiado achaparradas para ser la reproducción de los aéreos cocoteros del golfo de México. Los hallazgos que más tarde se hicieron sobre Rousseau iban a confirmar la convicción de Reyes. El Aduanero no había visto más plantas tropicales que las que crecían en los invernaderos del Jardín Botánico. Sus cuadros eran copia de sus sueños.

Este interés de Reyes por las Bellas Artes explica sus viajes a Bélgica; sus dos excursiones a Brujas que, en particular, le permiten contemplar las obras maestras del arte flamenco. Admiraba hasta tal punto la pintura que algunos de sus ensayos-poemas son verdaderos cuadros. Ya en *Visión de Anáhuac*, la descripción de Tenochtitlán tenía la estructura de un lienzo cubista. El mejor ejemplo tal vez sea ese breve relato de una visita que hizo a la viuda del poeta Verhaeren en los alrededores de París. Trata la naturaleza con una gran delicadeza de tonos —dorado y carbón, ocre de la tierra mojada— y hasta el vapor con sus formas fantasmagó-

[119] Publicado en *Les soirées de Paris*, 1914.
[120] Apollinaire, *Oeuvres Poétiques*, Pléiade, p. 655.
[121] *Diario*, p. 116.

ricas. En casa de la señora Verhaeren, al poeta le espera una verdadera escena de la escuela flamenca. La luz está cuidadosamente distribuida por un reflector invertido que parece salido de la Exposición de las Artes Decorativas, y que al difundir su taza plateada hacia el techo, deja a la pieza en una bella penumbra. En las paredes, se adivinan retratos de todas las épocas —un personaje de largos bigotes melancólicos, el poeta. La viuda es una silueta estirada, rígida, apoyada en el borde de la mesa. Pero una sobrina activa, enjundiosa, hace beber y reír en primer plano a un viejo pintor parlanchín, verdadero personaje de borrachera flamenca, con los colores subidos, tratado en blanco y rojo, pelo y corbata incluidos. El poema de Reyes es una transcripción mediante palabras de la visión de un pintor. En su hábil pluma, la palabra se ha convertido en un medio sobrio pero tan potente como los colores en la paleta de un gran artista. Con el intento logrado de Reyes, parece una vez más que pueda abolirse la frontera entre las diferentes formas del arte.[122]

Reyes conoció a algunos actores franceses durante su estancia en París, sobre todo a Lugné-Poe, ya introducido después de sus giras por Argentina en los medios hispanoamericanos de París, y a Marguerite Moreno, bella y célebre, que frecuentaba estos círculos con bastante asiduidad después de su regreso de Buenos Aires. En un libro bastante extraño en el que se mezclan cuentos y recuerdos, ella misma describió los años felices que pasó a orillas del Río de la Plata.[123] Cuenta de un gran amor argentino y hasta de un matrimonio con un hijo de la oligarquía porteña, sobre el que nos podemos preguntar si realmente tuvo lugar o si es en el libro un cuento más. Pero de regreso en Francia, esta parisiense, cuyo nombre era un seudónimo, pasaba casi por latinoamericana, hablaba español, intentaba traducciones difíciles y nunca se negaba a leer o declamar ante el público parisiense textos traducidos de Ramón Gómez de la Serna, de Gabriel Miró y otros con motivo de alguna conferencia. Preocupado como siempre por reforzar su papel de vínculo de unión entre los dos continentes, Reyes recibió y ayudó a un empresario de Hollywood, Manuel S. Reachi, mexicano y casado con la actriz de cine Agnès Ayres. Reachi llegó a Francia en 1926 con su amigo Rodolfo Valentino y por intermedio suyo Reyes conoció y frecuentó al joven actor. Después del éxito mundial de *Arenas sangrientas*, la película que se había filmado según la novela de Blasco Ibáñez, Valentino emprendió la búsqueda de otro libreto "tauromáquico". Reachi había leído la excelente novela *El embrujo de Sevilla* de Carlos Reyles, quien residía entonces en París, y solicitó la intervención de Reyes para conocer al novelista uruguayo, con el que el ministro de México mantenía relaciones un poco distantes pero amistosas.

[122] "Con la viuda", publicado en *Valoraciones* de La Plata, en mayo de 1928, y después recogido en *Tren de ondas*, *O.C.*, t. VIII, p. 350.

[123] Marguerite Moreno, *Souvenirs de ma vie*, 1948.

Algunas de las cartas de Reachi a Reyes han sido publicadas,[124] y en ellas el empresario mexicano revela la competencia de un organizador y de un hombre de negocios, pero también la firmeza de opinión de un crítico literario estimable. Reyes transmitió sin demora cartas y recomendaciones y se convirtió en el abogado de Valentino ante Reyles para obtener los derechos de traducción y de adaptación de su obra. La repentina desaparición del gran actor aquel mismo año no permitió la realización del proyecto: *El embrujo de Sevilla* fue adaptada para el cine en España en 1930. Estas relaciones con Rodolfo Valentino y los medios cinematográficos, y algunas líneas en su *Diario* sobre las películas que se proyectaban entonces en París, en particular las de Charles Chaplin, muestran que Reyes seguía siendo un ferviente admirador del séptimo arte. Fue a ver una y otra vez el famoso "Baile de los panecillos" de *La quimera del oro* e invitaba con entusiasmo a sus amigos españoles de paso por París a que lo vieran.

Partidario en música del neoclasicismo de Stravinsky y de Erik Satie, que se definía como "una renuncia a la salsa y al encanto" y que había sido tan bien comentado en *Le Coq et l'Arlequin* de Cocteau en 1918, don Alfonso llegó al París de 1925, capital mundial de la música moderna, completamente resuelto a mantenerse al corriente de aquella evolución hacia una extrema pureza, a escuchar sus creaciones, a ayudar a los jóvenes músicos, mexicanos, latinoamericanos, españoles o portugueses que llegaban en tan gran número a París a impregnarse de la nueva escuela y a facilitar también en este terreno todas las relaciones que fuera posible establecer entre México y Francia. Reyes siguió asistiendo a los grandes conciertos clásicos y a menudo formó parte del *tout* París artístico que acudía sin falta a las grandes *premières*, como la de *Malheurs d'Orphée* de Darius Milhaud el 13 de febrero de 1927.[125] También le gustaba asistir a los conciertos privados. Se lo podía ver en las veladas musicales de Adrienne Monnier en la Maison des Amis des Livres. Él mismo organizaba en la rue Cortambert reuniones en torno a jóvenes virtuosos, como aquel pianista español al que le pidió que interpretara las obras de Manuel de Falla, amigo tan querido en compañía del cual había ido en busca de la última saeta en otro tiempo por las calles de Sevilla. A estos conciertos íntimos asistían sus mejores amigos parisienses, Marcelle Auclair y Jean Prévost, Jules y Pilar Supervielle, Jean Cassou. Estableció relación con el gran maestro Cipa Godebsky —amigo de Milhaud, de Ravel y de Satie— quien, igual que él, frecuentaba los medios literarios en los que se movían Jean Cocteau, Paul Valéry, Léon-Paul Fargue y Va-

[124] Por el sutil crítico uruguayo, gran amigo de Reyes, Hugo Rodríguez Urruty, en "Para las relaciones Reyes-Reyles. Diálogo y ausencia", en *Presencia de Alfonso Reyes*, p. 132.

[125] Véase el *Diario*, p. 126.

lery Larbaud. Gracias a la intervención de Reyes, Angélica Morales, una muy buena pianista mexicana a quien el ministro de México patrocinó un concierto en la Sala Gaveau, pudo completar su formación musical con Cipa Godebsky.

Entre los mexicanos que residían entonces en París estaba Manuel Ponce, quien, a los treinta y nueve años, era ya un compositor y director de orquesta de renombre internacional.[126] Reyes lo recibió en su casa y lo frecuentó muy amistosamente a partir de su regreso a la capital francesa. Manuel Ponce intentaba entonces para México lo que Manuel de Falla había logrado con tanto éxito para España, y lo que Héctor Villa-Lobos y Carlos López Buchardo trataban de conseguir respectivamente para Brasil y Argentina: integrar la herencia, los ritmos y el color propios de cada una de estas músicas tradicionales a la música moderna. En París había un verdadero interés por los instrumentos amerindios. Los trabajos de Raoul y Marguerite d'Harcourt, asiduos de las reuniones de Paris-Amérique Latine, sobre la música de los incas, habían sido seguidos por los especialistas franceses —estos motivos iban a inspirar a Olivier Messiaen— pero también por un público cultivado bastante amplio y compuesto no únicamente de hispanistas o de americanistas. El descubrimiento, entre 1925 y 1928, de sitios arqueológicos importantes en México incitaba a que estos mismos aficionados se interrogaran sobre la música de la cultura precolombina mexicana. México no respondía todavía muy bien a esta curiosidad, pues la etnomusicología estaba en sus primeros balbuceos, pero Manuel Ponce explicaba a Reyes la necesidad de que se llevaran a cabo esas investigaciones. La politonalidad debida a Debussy y después la simplicidad de la escritura del neoclasicismo musical iban a permitir que las melodías y los instrumentos exóticos se expresaran mediante las técnicas más recientes. Mientras que López Buchardo estudiaba con Albert Roussel y Villa-Lobos con Vincent d'Indy, Manuel Ponce era alumno de Paul Dukas. Ponce tenía un talento muy variado y era un hombre emprendedor e imaginativo a la vez que un gran patriota.[127] Antes de regresar a su país para dar un nuevo impulso a la educación musical, trató de dar a conocer la nueva música latinoamericana al público francés y pidió apoyo a Reyes para crear en París una sociedad que organizara anualmente una serie de diez o doce conciertos de música americana. Reyes comunicó este proyecto a la Association Paris-Amérique Latine, la cual podía ofrecer una base de socios y un local adecuado en sus lujosos salones del bulevar de la Madeleine.[128] A don Alfonso le

[126] Sobre Manuel Ponce, véase *La Musique*, obra publicada bajo la dirección de Norbert Dufourcq en la editorial Larousse, t. 2, 1965, p. 324.

[127] Véase el excelente artículo del crítico boliviano Hugo Patiño, "La influencia de la música francesa en la creación musical de América Latina", *Cuadernos*, París, abril de 1965, núm. 95.

[128] *Cf. Diario* de Reyes, p. 114.

atraía que llegara a realizarse el proyecto porque habría contribuido al acercamiento entre América Latina y Francia y también a acabar con la lamentable ignorancia en la que se encontraba y todavía se encuentra el público francés, incluso el especializado, respecto a la música clásica latinoamericana. Don Alfonso se convirtió de buen grado en el intérprete de los excelentes proyectos de Manuel Ponce ante Armand Godoy, presidente de la PAL.

Don Alfonso se mantenía al corriente de la actividad musical en México. Cuando el gran director de orquesta y compositor mexicano Julián Carrillo emprendió las difíciles investigaciones que lo llevarían a abandonar los tradicionales semitonos diatónicos o cromáticos para vislumbrar una división del tono en tres, cuatro o dieciséis comas, Reyes tomó a su cargo la encuesta que el maestro quería realizar respecto a sus trabajos con los músicos franceses y se dirigió a su amigo Jean-Aubry, excelente musicólogo.[129] Estas tentativas, llevadas a cabo simultáneamente en varios países, entre ellos México, iban a servir de base a la música electrónica moderna o "música concreta".[130] Los esfuerzos de Reyes por poner en contacto a Julián Carrillo con la gran música francesa fueron coronados por el éxito más tarde. Sus famosos pianos con escalas diversas y tonos pero también con 1/5, 1/6...1/16 de tono, fueron presentados en París. El 29 de noviembre de 1965, tuvo lugar una ceremonia solemne en la Sorbona en honor de este músico mexicano.[131] La ORTF le dedicó varias transmisiones.[132]

Tal vez en el círculo de los modernistas brasileños o en casa de Adrienne Monnier, don Alfonso conoció a Darius Milhaud, a quien América Latina había conquistado desde su estancia en Brasil donde había ido tras Paul Claudel, entre 1917 y 1919. Reyes tenía muchos amigos en común con el compositor francés, de los cuales estaban en primera fila Manuel de Falla y Paul Morand. Madeleine Milhaud y doña Manuela simpatizaron y las dos parejas intercambiaron algunas invitaciones en el transcurso de los primeros meses de 1927, cuando Darius Milhaud ya era en París un compositor muy conocido y amigo de los más grandes, Arthur Honegger, Francis Poulenc y otros. Milhaud conoció algunos poemas de Reyes y los apreció. Tenía ya en mente un proyecto del que formaba parte México.[133] En el barco que lo había llevado de América en un reciente

[129] De una carta de Reyes, inédita, que nos fue transmitida por madame Jean-Aubry.

[130] Véanse las obras de Julián Carrillo, de importancia internacional, comentadas por Jean-Etienne Marie, "Musique électronique, expérimentale et concrète", en *Histoire de la Musique*, t. 2 de la Enciclopedia de La Pléiade, p. 1455.

[131] Véase Jean-Etienne Marie, "Julián Carrillo", *Nouvelles du Mexique*, París, octubre de 1965, núm. 43, p. 3.

[132] Reseña en "Le maître Julián Carrillo: l'homme et sa musique", *Nouvelles du Mexique*, París, enero de 1969, núm. 56, p. 47.

[133] Véanse Darius Milhaud, *Notes sans musique*, y el artículo de Hugo Patiño,

viaje, había leído completamente por azar y prestadas de la biblioteca de a bordo las crónicas de un oficial belga que había participado en la campaña de Maximiliano. Hasta entonces sus nociones sobre la guerra de México se limitaban al cuadro de Édouard Manet que representa la ejecución de Maximiliano y a algún objeto de arte piadosamente conservado por amigos en recuerdo de algún antepasado que había combatido con los belgas y los austriacos para ayudar a consolidar el imperio de Maximiliano. Impresionado por las figuras de este emperador, "a la vez humano y timorato", y de Carlota, desmesuradamente ambiciosa, Milhaud tuvo de inmediato la idea de componer una grandiosa ópera histórica. Se puso a buscar estudios y artículos sobre la pareja imperial y leyó la obra del conde de Corti. En enero de 1927 había ido a Bruselas para asistir a las exequias de la emperatriz Carlota y allí había conocido a varios veteranos de la expedición de México y, entre ellos, incluso al autor de los libros que había leído en el barco. El azar quiso que conociera en Viena al dramaturgo austriaco Franz Werfel, autor de una obra de teatro, *Juárez y Maximiliano*, de la que se podía sacar un libreto de ópera. En marzo de 1927 trató de ver a Reyes para comunicarle la evolución de todos estos proyectos que concernían a "su admirable país", pero la rápida partida del ministro de México no se lo permitió. El tono de las cartas que le dirigió después a Buenos Aires deja ver el grado de cordialidad al que habían llegado sus relaciones.

## Los escritores; Larbaud

Es justo comenzar el estudio de las amistades literarias que mantuvo Alfonso Reyes durante su estancia en París por la evocación de sus vínculos con Valery Larbaud. El escritor mexicano se declaraba expresamente bajo el "padrinazgo" de este último, como si el mundo francés de las letras fuera uno de aquellos clubes en boga a los que Larbaud era afecto, el John Donne's Club de Londres, el Góngora-Club o Los Amigos de Lope de Vega, que había fundado Azorín en Madrid. Nadie podía ser admitido si no era presentado por una de las personalidades eminentes de "la sociedad secreta".[134] Con su arte del gesto oportuno, que tenía su origen en una sensibilidad muy viva y en una gran bondad, el autor de *Fermina Márquez* se había puesto a la cabeza de los que saludaron la llegada a París de un gran escritor en la persona de Alfonso Reyes. La "Salutation" era un verdadero auspicio de bienvenida, lleno de cortesía y de aquel esnobismo encantador que poseía Valery Larbaud. Las atenciones que de-

"América latina en la creación musical contemporánea francesa", *Cuadernos*, París, núm. 100, septiembre de 1965.

[134] *Cf.* la carta de Reyes, *Correspondance Larbaud-Reyes*, p. 38.

dicó a Reyes se fundaban también en algunas relaciones precedentes, cartas y encuentros, en los envíos deferentes que el joven mexicano le había hecho de sus libros y en las confidencias de muchos y queridos amigos en común, Jules Romains, Adrienne Monnier, Enrique Díez-Canedo y Ventura García Calderón. El "padrinazgo" de Larbaud no se limitó a este artículo magistral. Mantuvo sus promesas y se dedicó a difundir las traducciones de las obras de Reyes y a facilitar su publicación en Francia. Se ocupó de inmediato de hacer que se aceptara *Visión de Anáhuac* traducida por Jeanne Guérandel, en la colección de Gallimard "Une oeuvre, un portrait", en la que se publicó un gran número de obras representativas de aquella época. Intervino personalmente para que se publicara en la *Revue Européenne* la traducción del bello poema de Reyes "Amado Nervo", que Supervielle había finalizado antes de emprender un nuevo viaje a América del Sur. Reyes recurrió al apoyo de Larbaud cuando quiso que se publicara en Francia un volumen de sus versos traducidos al francés, o cuando quiso editar *El plano oblicuo* traducido por Jean Cassou. Para responder a tanta benevolencia, don Alfonso colmaba al escritor de regalos, muestras de la artesanía mexicana, un sarape de Saltillo, tejido cerca de Monterrey, álbumes que representaban las iglesias coloniales o el arte popular de su país, libros que Larbaud apreciaba tanto que los mandaba encuadernar de inmediato con los colores de la bandera mexicana y que se convirtieron en "el orgullo de su biblioteca". Más de una vez los dos escritores comieron juntos, pero jamás en cenas de etiqueta, cuya moda comenzaba entonces a decaer. Siempre eludieron encontrarse en esas reuniones tan concurridas. Valery Larbaud no participó en el banquete que ofreció a Reyes la *Revue de l'Amérique Latine* y Reyes tampoco asistió al que organizaron a Larbaud en el restaurante Marguery para celebrar su nombramiento en la Orden de la Legión de Honor. Larbaud fue invitado y aceptó asistir en casa de Zaldumbide, en compañía de una numerosa concurrencia, a la lectura de *Ifigenia cruel*, pero a última hora no acudió, así como tampoco a ninguna de las manifestaciones que se organizaron en 1927 a raíz de la partida de Reyes. Los frecuentes viajes de Larbaud a Italia, sus estancias en Valbois y la labor intensa de Reyes en la legación no bastan sin duda para explicar estas ausencias sistemáticas. Para disfrutar plenamente el uno del otro, ambos preferían en efecto encontrarse en comidas más íntimas, "con chaqueta", en compañía de unos cuantos amigos escogidos, en uno de esos excelentes restaurantes de París que Larbaud tan bien conocía. Se trataba en general del Restaurante Español de la rue du Helder o en Foyot, donde iban a degustar en la célebre *Côte Foyot* los mejores vinos de Francia, establecimiento del que Reyes llegaría a ser parroquiano, atento al menor refinamiento de los gastrónomos franceses, y donde aprendió, por ejemplo, a no beber nunca su coñac sin haberlo entibiado previamente en la mano. La conversación entre Larbaud, que tan bien sabía pregun-

tar y escuchar, y Reyes, conversador brillante, proseguía hasta entrada la noche. Una de estas cenas, el 2 de mayo de 1925, fue bastante memorable y organizada obviamente a instigación delicada de Reyes para enfrentar cara a cara a Miguel de Unamuno y Valery Larbaud, a quienes una lejana polémica había opuesto varios años atrás.[135] Pero en 1925 Valery Larbaud había tomado claramente partido en favor del filósofo español y militado al lado de Miomandre en las campañas de prensa que protestó en París por el exilio que lo afectaba. Don Alfonso y su amigo Jean Cassou dedicaron entonces sus esfuerzos a un encuentro amistoso entre ellos. Es posible que Larbaud haya prestado un servicio del mismo orden a Reyes y en el transcurso de la misma velada, al reservarle un puesto a la mesa junto a Francis de Miomandre. Desde Madrid, y sin conocerlo, el escritor mexicano había juzgado con severidad la actividad hispanista de Miomandre, impulsor de la misma, traductor abnegado y verdadero erudito. Desde entonces, Reyes se dejó seducir fácilmente por su amabilidad y se hicieron buenos amigos.

Lo importante, evidentemente, sería saber de qué se habló en aquella conversación y en el transcurso de aquellas noches que tanto fascinaron a don Alfonso.[136] ¿Es querer intentar lo imposible, detener el tiempo, algo así como atrapar el impalpable humo que emanaba en volutas de sus cigarros? Para estos escritores que gozaban de buena compañía no había ninguna brecha entre la conversación y las letras. Cada nuevo libro era como una charla que reanudaban con sus lectores y la conversación era "la primera forma de la literatura".[137] En un ambiente favorable, al contacto con espíritus cultivados y sutiles, les venían a la mente ideas interesantes, expresiones felices, imágenes justas de las que después se beneficiaban sus escritos.[138] Es pues legítimo tratar de reavivar aquellas horas cautivadoras y evocar los temas que sin duda fueron objeto de discusión extrayendo de sus obras algún tema en común, alguna anécdota, alguna réplica que probablemente sean el reflejo de sus pláticas. ¡Cuántas preguntas debió de plantear Larbaud sobre ese México misterioso, sobre el porfiriato, a propósito del cual había hojeado los manuales de historia, las enciclopedias francesas, inglesas y españolas! Sobre el general Díaz, con tanto renombre entre la rica burguesía en la que Larbaud había crecido; sobre la Revolución y sus consecuencias. Con Supervielle, Miomandre y Cassou, no sólo hablaban de literatura mexicana sino de todas las

[135] Véase *Correspondance Larbaud-Reyes*, carta 11 y las notas a esta carta.

[136] "Gracias por esta noche de charla encantadora", mensaje de Reyes a Larbaud, *Correspondance Larbaud-Reyes*, p. 36.

[137] Reyes, "El índice de un libro. III. Las Musas menores", en *Simpatías y diferencias, 1ª serie*, *O.C.*, t. IV, p. 57.

[138] "Oliver Wendell Holmes... nos aconseja apuntar todas las cosas felices que se nos ocurran en la conversación." Reyes, "Los libros de notas", en *El cazador*, *O.C.*, t. III, p. 154.

de América Latina y entre ellas, por una asombrosa coincidencia, muchas veces todos destacaban las mismas obras maestras.[139] A Larbaud le interesaba enormemente el acento mexicano de don Alfonso y saboreaba algunas entonaciones o expresiones que sus años madrileños no habían logrado corregir. A Reyes le conmovía encontrar en un francés tanta atención por los mexicanismos y los aztequismos, que hacía tiempo que deseaba ver recogidos en un diccionario serio.[140] Jules Supervielle y Reyes buscaban y citaban americanismos para el autor de *Fermina Márquez* y así recordarle su infancia, los años que había pasado en el cosmopolita Collège Sainte-Barbe des Champs, en Fontenay-aux-Roses, donde la lengua de uso más común era el castellano y donde su oído se había adiestrado en distinguir los diferentes acentos de América y su voz a imitarlos.

Otro terreno inagotable de entendimiento entre ellos era España, con idénticos recuerdos de Madrid y tantos amigos en común, Díez-Canedo, Pedro Salinas, Ortega y Gasset, Manuel de Falla y el gracioso Ramón, uno de los entusiasmos de Larbaud, quien había leído toda la literatura española contemporánea y podía hablar tanto de Gabriel Miró, Azorín, Clarín y Pío Baroja como de Ganivet.[141] Reyes y su interlocutor disfrutaban por igual la vida española, pues Larbaud había vivido cuatro años en Alicante y había apreciado tanto la discreción moral como el arte de vivir de los españoles. Ambos alimentaban una ilusión parecida en los destinos de la España moderna. Si este país quería, todavía podía convertirse en "un vínculo tan fuerte como el Papado" entre las repúblicas latinoamericanas. Esto le devolvería su prestigio político y prestaría un gran servicio a las distantes naciones hermanas, estableciendo entre ellas la concordia. Si en el mundo que se organizaba de nuevo, los países de lengua española no lograban pesar tanto en las letras como en el comercio, un peso proporcional a las extensiones que abarcaban, su ejemplo sería "el ejemplo más vergonzoso de ineptitud" que pudiera ofrecer la raza humana.[142] En Saint-Barbe, los compañeros de Larbaud, "hijos de navieros de Montevideo, de comerciantes de guano de El Callao, o de fabricantes de sombreros del Ecuador", habían transmitido a éste su respeto

[139] Los libros de Rubén Darío, ante todo, y *María*, la novela del colombiano Jorge Isaacs, sobre quien Larbaud había escrito en 1911 un extraordinario artículo en *La Phalange*. Véase nuestro estudio sobre "Larbaud y Colombia", *Thesaurus*, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, t. XXVIII, 1973, seguido de la reproducción del artículo de Larbaud. Reyes había publicado en 1923 en *Simpatías y diferencias, 4ª serie*, las cartas de Jorge Isaacs a Justo Sierra, acompañándolas de una página en la que volvía a tratar el tema de las dificultades de todo tipo que encuentra en América un escritor para no fracasar en su misión y llegar a la muerte "con su antorcha alumbrada"; *O.C.*, t. IV, p. 327.

[140] Véase "Los mexicanismos", *Revista de Filología Española*, vuelto a publicar en *Entre libros*, *O.C.*, t. VII, p. 419.

[141] Véase Larbaud, *Journal inédit*, I, *Obras completas*, t. IX, p. 96.

[142] Reyes, "Dos viejas discusiones. 2. España y América", en *Simpatías y diferencias, 5ª serie*, *O.C.*, t. IV, p. 569.

por la obra de España en América, por los conquistadores, modelos de heroísmo, campesinos de Castilla o de Asturias, de los que estaban orgullosos de descender.[143] Con ellos había leído los relatos de Oviedo y de Gómara. ¡Qué conmovido debía de estar Reyes de encontrar en un gran escritor francés este sueño "de escribir una psicología de la conquista de México. Ponerse en el lugar del pueblo conquistado y en el de los conquistadores, ver o tratar de ver las cosas como las debieron ver."[144] ¿No era esto mismo lo que Reyes había querido hacer al escribir *Visión de Anáhuac*? Reyes aprobaba la concepción que Larbaud tenía de la misión española, comentaba la labor de las diferentes órdenes religiosas y su resolución de aprender las lenguas indígenas, la protección que dieron a los indígenas contra la brutalidad de la soldadesca, el martirio que muchas veces soportaron cuando "los pobres apóstoles fueron abandonados entre las tribus bárbaras". Reyes respondía a la curiosidad de Larbaud, describía aquel verdadero "imperio jesuítico que se había desarrollado en América del Sur y que se extendía no sólo por el Paraguay actual, sino también por algunas regiones de Argentina, de Uruguay, del Perú, de Bolivia, del Brasil". Un interés particular impulsaba al escritor francés desde su adolescencia hacia las civilizaciones prehispánicas mexicanas. Respecto a los aztecas y los mayas, durante mucho tiempo sólo había dispuesto del *Manuel d'Archéologie Américaine* de Beuchat, muy general y poco ilustrado, "pobre en detalles, al menos en lo que concierne a México".[145]

Por aquella época Reyes regresaba de Roma. Buen lector de Dante y de los "retóricos etéreos" del Renacimiento italiano, estaba enamorado de la graciosa Italia y de sus mujeres angélicas, desde que había recibido "el beso sensual" de Florencia y de Venecia. La Villa lo había maravillado con sus palacios y pinturas y había cantado su colorido a Larbaud.[146] Ambos tenían en común buenos amigos italianos, el novelista Mario Puccini en especial, quien ya había escrito sobre Reyes para presentarlo a los literatos de la península y con quien don Alfonso contaba para la edición italiana de algunas de sus obras. Como toda su generación, habían encontrado "guías, iniciadores, verdaderas 'almas hermanas'", decía Larbaud, en los fundadores de la escuela napolitana, de la crítica descriptiva, Francesco de Sanctis y su díscipulo Benedetto Croce. No obstante, ya se les había pasado el entusiasmo de su juventud. Este método podía inducir a cometer los más graves errores y los

[143] Larbaud, *Fermina Márquez*, *Oeuvres*, Pléiade, p. 310.

[144] *Cf.* Larbaud, *Journal Inédit*, I, *op. cit.*, p. 338.

[145] *Cf. Journal inédit*, I, 27 de mayo de 1919; *Obras completas*, t. IX, pp. 336 y 342.

[146] En "Castilla: Italia", texto de 1925, *Fábula*, Buenos Aires, 2 de diciembre de 1936; *O.C.*, t. II, p. 211. Larbaud en 1932 pensó reunir bajo el título "Aux couleurs de Rome" sus escritos sobre Italia y, en particular, "Les couleurs de Rome", que se había publicado en la revista *Fronte*, Roma, octubre de 1931. Véase Larbaud, Pléiade, las notas de las pp. 1276 y 1277.

maestros de esta forma de crítica, De Sanctis y Croce, a veces habían fallado exageradamente en sus juicios. En 1918 Reyes había publicado en el diario madrileño *El Sol* un artículo bastante virulento para subrayar el error de Croce en uno de sus artículos de *La Crítica*, el 20 de mayo de 1918; aberración tanto más imperdonable a juicio de don Alfonso cuanto que iba en detrimento de Claudel. Los sólidos términos con los que el poeta francés había expresado la dicha de haberse convertido al catolicismo ("Saciedad como de la naturaleza; satisfacción como la de la unión del hombre con la mujer") habían disgustado profundamente al maestro italiano. Este sedentario irascible, hombre de archivos y de bibliotecas —que ante la obra de un autor quería mantenerse ignorante, por principio y con intransigencia, de su biografía—, había tomado la pluma y aconsejado "una vida más activa... el viaje... para compensar la mezquina tragedia de ese sentido por el espectáculo de la actividad y de la agitación del vasto mundo, frecuentar a los obreros, a los artesanos, con objeto de restablecer en él las proporciones de la vida", a Claudel, quien había pasado su vida viajando, hasta llegar al Lejano Oriente; quien se había visto muchas veces como cónsul y diplomático "entre esas labores que tanto tienen de manuales: ya en China, contando barricas sobre el puente de un barco, o ya, en el Brasil, comprando tocino para el ejército francés..."[147] Además, precisamente entre el 11 de mayo y el 11 de junio de 1918, cuando apareció el artículo de Reyes, Larbaud estaba en Madrid, donde se vio con Gómez de la Serna, Díez-Canedo y Ricardo Baeza. Verosímilmente, había leído *El Sol*, el diario de todos los jóvenes intelectuales españoles en aquella época e, inevitablemente, había encontrado el artículo de Reyes, atraído al menos por el nombre de Claudel. No había olvidado la decepción que le había causado la ceguera de Croce. Más tarde buscó el artículo de éste en *La Crítica* antes de escribir sobre el mismo tema un texto que es forzoso comparar con el del escritor mexicano.[148] Desde la Roma moderna, ambos franqueaban los siglos para evocar la prodigiosa aventura que había sido según ellos el Imperio. Tenían la misma debilidad por los últimos emperadores, por el fin del Imperio, del que Larbaud tan bien había hablado por boca de Joanny Léniot;[149] por el latín vulgar, "aquel latín de seminario, decía Reyes, lleno de elegancias y sutilezas".[150] Tenían el mismo respeto por la Iglesia

[147] Reyes, "Un desliz de Croce", *El Sol*, junio de 1918; reproducido en *Entre libros*, *O.C.*, t. VII, p. 362.

[148] El propio Reyes señaló en una breve nota a pie de página (*O.C.*, t. VII, p. 362) esta semejanza entre su artículo "Un desliz de Croce" y "Le doigt dans l'oeil" de Larbaud. Pero no es seguro que se pueda fechar, como él propone, la página de Larbaud en 1929. "Le doigt dans l'oeil" apareció por primera vez en la edición de 1946 de *Sous l'invocation de saint Jérôme*.

[149] En *Fermina Márquez, Oeuvres*, pp. 353 y ss.

[150] *Cf.* "Gracián", en *Capítulos de literatura española*, *O.C.*, t. VI, p. 136.

romana, estético e histórico antes que dogmático. Más que los Mandamientos, lo que les gustaba eran las joyas de la Iglesia, las pompas y el fasto, al fin lectores y émulos de Chesterton, quien había regresado, después de muchas desviaciones, "a la congruencia y a la plenitud romanas".[151] Por razones idénticas, les repugnaba el protestantismo, triste y frío, religión familiar de Larbaud de la que había abjurado en su adolescencia. La iglesia al menos no ordenaba ser vegetariano ni prohibía el buen vino, no imponía la hipocresía, procedía con rectitud según la mejor tradición grecolatina.[152]

Chesterton los llevaba a Inglaterra, otra gran pasión de Larbaud, quien conocía bien Londres y sus diferentes barrios ya que había vivido mucho tiempo en Chelsea. Cuántas cosas qué contar a Reyes que todavía no había cruzado el Canal —y nunca lo iba a cruzar— pero que, en cambio, había visitado Nueva York. Reyes dominaba también la lengua inglesa en sus expresiones más familiares y en todos sus matices, y sus traducciones al español de algunos de los mejores libros de la literatura inglesa moderna lo colocaban entre aquellos que habían contribuido a difundir en el continente las letras insulares del siglo XX, al lado de Claudel, de Gide y de Larbaud. Samuel Butler había sido para ambos escritores un autor predilecto. Larbaud había invertido muchos años desde 1915 en la traducción de los cinco volúmenes de *La vida y la costumbre*, *Erewhon*, *Nuevos viajes a Erewhon*. Empezó a traducir al francés en 1925 los famosos *Carnets* del mismo autor. En la *NRF* era considerado "el especialista en Butler". Reyes también había leído mucho a este autor. Uno de sus primeros artículos, en el que comentaba el empleo de "Cuadernos de notas" apoyándose precisamente en los *Note-Books* de Butler, es prueba de que desde 1913 conocía bien su obra.[153] Una postal que Larbaud le envió mucho tiempo después, en 1934, desde Langar, ciudad natal de Butler, es una clara alusión a las conversaciones que habían intercambiado sobre el gran novelista inglés.[154] En los primeros cuentos de *El plano oblicuo*, el propio Reyes admite la influencia de otro inglés, Walter Savage Landor, el excelente prosista de las *Conversaciones imaginarias*. Además, precisamente sobre este escrito, Larbaud había escrito hacía ya muchos años una tesis de doctorado que quedó inconclusa, pero a propósito de la cual había hecho una serie de viajes y de investigaciones.

[151] "Las joyas de la iglesia le interesarían más al joven poeta que los mandamientos de la Iglesia... No importa, no importa, Jesucristo hace su guerra." Reyes, "El camino de Amado Nervo", en *Tránsito de Amado Nervo*, *O.C.*, t. VIII, p. 22.

[152] *Cf.* también Reyes, "Chesterton y la historia inglesa", *Índice*, Madrid, núms. 3 y 4, 1921 y 1922; reproducido en *Grata compañía*, *O.C.*, t. XII, pp. 50 y 59.

[153] Reyes, "Los libros de notas", del 9 de enero de 1913. Reproducido y retocado en *El cazador*, Madrid, 1921, *O.C.*, t. III, p. 154.

[154] Véase en la *Correspondence Larbaud-Reyes* la carta 76, p. 106, y las notas a esta carta.

Todo el grupo de los católicos ingleses modernos, Coventry Patmore, Francis Thompson y Alice Meynell debió de ser un poderoso vínculo entre ellos. Larbaud los había traducido y Reyes los recomendaba a sus amigos.[155]

El viaje representaba una oportunidad excepcional para estos observadores apasionados de la humanidad bajo todas sus formas y bajo todos sus cielos. Ambos habían tomado afecto a "estas moléculas de la geografía", a "esos Estados-juguete", naciones miniatura, con frecuencia grandes pueblos, como Andorra, San Marino, los pequeños Estados alemanes, Mónaco... Tenían "el atractivo de su paradójica pequeñez".[156] Viajar no significaba turismo, curiosidad superficial. Había que tratar de ser "Parigot en París, porteño en Buenos Aires". Larbaud se divertía llamando a Reyes "mexicano de París", al ver con qué alegría disfrutaba de la capital francesa en sus más íntimos detalles. También él, parisiense por adopción, era un enamorado de "París de Francia... nuestra bienamada ciudad, bello Navío de Plata. . . París, tema fundamental de nuestra vida", escribía. El París de 1925 lo seducía en particular porque había cada día más extranjeros y entre ellos muchos intelectuales. París se convertía en la capital de una especie de Internacional del Espíritu.[157] Reía con sus amigos de los defectos de los parisienses, de su suficiencia. La vida literaria de París estaba allí, ante ellos, con los "literatos" que al escritor francés no le gustaban, pero también con sus grandes nombres reverenciados, a los que se rodeaba de un culto: Rimbaud, Verlaine, Laforgue, Lautréamont. Claudel era "un gran acontecimiento, como Corneille", así como Saint-John Perse, en quien Larbaud había proclamado a un maestro. La *NRF* todavía era una revista respetable, pero aparecía ya otra más refinada, *Commerce*, la elegante publicación que dirigían Larbaud, Paul Valéry y Léon-Paul Fargue, bajo la égida de una gran dama, la princesa de Bassiano. Las dos librerías gemelas de la rue de l'Odéon eran también entre ellos un tema muy entrañable y Larbaud, que las frecuentaba desde hacía más tiempo que sus interlocutores, si quería, podía contar muchas cosas. La actualidad de París contribuía con todos sus acontecimientos, la elección de su amigo Paul Valéry a la Academia Francesa, las ventas que hacían Adrienne Monnier y André Gide de sus bibliotecas, los nue-

[155] Véase Reyes, "Carta a Alfonso Junco", texto de 1920, en *Simpatías y diferencias, 5ª serie*, *O.C.*, t. IV, p. 419.

[156] Puede que Reyes haya recordado el texto sobre San Marino que contiene el *Journal intime de Barnabooth* (publicado en la *NRF* de febrero de 1913; *Oeuvres* de Larbaud, Pléiade, p. 185) para escribir uno de los párrafos de "La pasión de Servia", en 1919: "¿Y Montenegro? Estas moléculas de la geografía (¡oh Andorra, oh San Marino!) poseen siempre el atractivo de su paradójica pequeñez..." En *Simpatías y diferencias, 2ª serie*, *O.C.*, t. IV, p. 128.

[157] Véase "Paris de France", en *Jaune, bleu, blanc*; *Oeuvres* de Larbaud, Pléiade, p. 778.

vos escándalos de los surrealistas a quienes ninguno de ellos apreciaba.

A veces las conversaciones tomaban un cariz "profesional". Se evocaba "el oficio" del escritor, la preocupación por escribir bien, ya que ambos eran en extremo exigentes respecto a la pureza de la forma, la corrección, la puntuación, "pues nosotros pesamos hasta las comas", decía Larbaud. Comentaban "este vicio impune de la lectura" que elevaban "a la dignidad de una pasión".[158] La traducción era "un inmenso placer", pero en aquella posguerra en la que hombres y obras se embriagaban pasando libremente las fronteras y anhelaban incluso abolirlas, en la que "las diversas literaturas se enamoraban unas de otras",[159] era importante fijar "los derechos y los deberes" del traductor.[160] Larbaud empezaba entonces a publicar sus numerosos artículos sobre todas las emboscadas que acechan a un texto "desde la inspiración hasta la imprenta" y que más tarde fueron reunidos en *Sous l'invocation de saint Jérôme*, patrón de los traductores. Aunque no era todavía el gran teórico de *La experiencia literaria*, Reyes ya había reflexionado y escrito sobre estas técnicas en sus diferentes libros madrileños. Larbaud los conocía todos y las similitudes con algunos de estos textos pueden resultar interesantes.

Los dos amigos no eran tanto verdaderos bibliófilos cuanto enamorados de los libros. Les gustaba sopesar un libro, respirar su buen aroma, diferente según el país de origen, cortar las páginas nuevas, saborear la redacción de un colofón y, antes incluso de leerlo, soñar mientras se hojeaba el índice o la bibliografía. El hermoso artículo de Larbaud, "L'index", que culmina *Sous l'invocation de saint Jérôme*, publicado por primera vez en *Technique*, colección de Les Essais, en 1932, parece ser el desarrollo de la frase que abre el ensayo de Reyes "El índice de un libro".[161] Ambos se sentían felices en el ambiente de las bibliotecas y algunas librerías eran "sus mejores lugares de placer". No obstante, habían logrado casi eludir la erudición, que asfixia la inspiración, "uno de los dos demonios que acechan al escritor", decía Larbaud. La bibliofilia era el otro.[162]

Que los investigadores publiquen sus documentos —sus tesis— en toda su desnudez, con su rigor, a fin de que los documentos se expresen por sí mismos y por el orden en el que están dispuestos. Un libro de erudición es ante todo una obra científica que debe presentar el conjunto más completo posible de conocimientos sobre un mismo tema. No es una obra artística, pues el arte es elección y el estilo, economía. Uno de los amigos de Larbaud, un día que éste tenía abierta una tesis de doctorado sobre

[158] *Ce vice impuni, la lecture. Domaine anglais*, *O.C.*, t. III, p. 21.

[159] Paul Valéry, "Discours au Pen Club", *Oeuvres*, Pléiade, t. I, p. 1359.

[160] *Cf.* Larbaud, subtítulo de *Sous l'invocation de saint Jérôme*.

[161] En *Simpatías y diferencias, 1ª serie*, *O.C.*, t. IV, p. 53: "...los libros se deben abrir por el índice, dando suelta a la imaginación".

[162] *Ce vice impuni, la lecture. Domaine anglais*, *op. cit.*, p. 30.

su mesa le dijo: "Dios me perdone, pero estos eruditos nos hacen la competencia".[163] Larbaud temía esos enormes libros en los que todo se mezcla, que no son "la guía, el repertorio de los hechos que necesitaríamos", sino más bien "una larga charla del lunes". Ya no se sabe si se tiene en las manos una obra histórica, científica o un libro con pretensiones literarias. La historia literaria que nos proporciona podría estar contenida en un centenar de páginas; nosotros pedimos hechos, clasificados de acuerdo con un método científico, es decir, en el caso que nos ocupa, clasificados en orden cronológico. Nada más. Si a lo largo de sus investigaciones el científico ha reflexionado sobre los hechos que ha clasificado, si la crítica que hace es buena, tendría que ser publicada aparte. Un erudito nos dirá: "¿Volver a copiar simplemente mis fichas y ofrecerlas tal cual son? ¡Exactamente! Es precisamente lo que les pedimos, sus fichas y no un discurso sobre sus fichas. Sus fichas, clasificadas y yuxtapuestas de tal manera que todos los hechos conocidos que conciernen al tema que usted trate estén presentados con claridad y de acuerdo con el orden temporal y las relaciones de causa-efecto". Nos podemos preguntar si Larbaud no recordó un texto de Reyes en el que éste expresaba ideas muy parecidas, escrito en 1919, y publicado en *Simpatías y diferencias, 1ª serie*, en 1921, "La poesía del archivo".[164]

El problema de las citas, desde hacía tiempo manzana de la discordia entre los autores, les había hecho reflexionar a ambos. Ellos las apreciaban tanto más cuanto más raras eran; querían que estuvieran "incorporadas, asimiladas y no como un cuerpo extraño incrustado en un organismo". "Un bello verso, una frase bien recibida, que he retenido, que me he recitado con frecuencia, es como un objeto de arte o un cuadro que hubiera comprado", decía Larbaud. Este arte de las citas sólo se adquiere mediante la frecuente repetición mental de las frases, estrofas o párrafos que han impresionado particularmente al escritor. "La cita, nos atreveríamos a decir, improvisada, que se encuentra la víspera o en el momento, al hojear un libro tomado al azar, se delata por no sé qué sensación de pieza adicional, de trasplante."[165]

[163] Larbaud, "Pour l'inauguration d'une nouvelle ligne", en *Sous l'invocation de saint Jérôme*, *Obras completas*, t. VIII, p. 285. Este texto se publicó en la *Revue Européenne* el 1° de marzo de 1923.

[164] *O.C.*, t. IV, p. 75: "El interés de una colección de documentos es tal, que debemos agradecer al editor —si no es un artista de la palabra— que hable lo menos posible por su cuenta... para darnos, en toda su desnudez, los textos publicados, de manera que... se expliquen solos. ¿Qué nos importa lo que diga el charlatán del joyero, cuando pudiera dejar en nuestras manos —sin articular una sílaba— el escriño de los diamantes?... ¡ay! Ésta es la tragedia del erudito; no tiene derecho a elegir... Y así, en la duda, una vez puesto a explorar un fondo, prefiere atenerse al criterio de la totalidad, recogerlo todo y publicarlo todo. Esto es lo científico, no lo artístico: el estilo es economía".

[165] Larbaud, "Des citations", *Revue de Paris*, 1° de abril de 1933; en *Sous l'invocation*

Con el mismo proverbial desinterés por el producto de la venta de sus libros, a ambos les gustaban por encima de todo las obras con tiraje corto, a cargo del autor y destinadas a ser regaladas en prueba de amistad o de una simpatía muy personal. Un libro era el lenguaje de un amigo a otro. Anhelaban no ser más que "aficionados" (amantes) en el sentido etimológico de la palabra (*amateurs*), palabra que Reyes escribirá siempre en francés, en homenaje a Larbaud y a su *Barnabooth*.

Lo mismo que a su maestro Montaigne, les encantaba la lengua popular. Como Azorín, ellos pensaban que las palabras vulgares, los términos de los oficios eran "documentos que caminan... Hay que aprender la lengua, no en las academias, sino en los mercados populares". Reyes había publicado en *El cazador*, en 1921, en diez páginas densas, un ardiente elogio de la lengua popular, algunos de cuyos párrafos se podían remontar al México de 1910 o 1911.[166] Les interesaban las siguientes ideas: al comparar la lengua de las letras y la del pueblo, esta última está en ventaja. "Es en el pueblo anónimo donde se engendra el lenguaje." La lengua de los libros no es sino "la fría ceniza que cae de la combustión de la vida", es "un filón de lengua fósil en el torbellino ardiente del idioma. Sólo el pueblo bajo tiene la valentía de innovar, de pronunciar mal, de imponer cambios a los giros y a las expresiones. Así les da vida". En Larbaud encontramos también la descripción de "la lengua hablada a nuestro alrededor", parte viva y constantemente cambiante del "Santo Lenguaje", honor de los hombres.[167] Pero les interesaba "la lengua verde", "la muy santa jerigonza, la sagrada jerga de los hermanos Arvales", así la denominaba Larbaud, quien gustaba de recordar que él había sido iniciado en el argot por uno de sus compañeros de instituto al que seguía en las "manifestaciones" de Belleville y que lo había introducido en lo que el escritor llamaba, no sin complacencia, "las clases peligrosas de la sociedad". Decidió que ese personaje pintoresco era digno de figurar en uno de sus textos más hermosos, en el que intenta descifrar el alma secreta de París, ensayo escrito en 1926 y por tanto contemporáneo de sus encuentros con Reyes.[168] Los dos amigos estaban atentos a todas las deformaciones que pudieran sufrir las palabras, por azar o en la imprenta, erratas a veces geniales, palabras fallidas con un gran efecto cómico, que

*de saint Jérôme*, *Obras completas*, t. VIII, p. 246. Compárese con Reyes: "En rigor no debe citarse sino de memoria, como quieren las Musas; [las citas]... son el signo de lo incorporado, de lo yuxtapuesto, de lo que no sabemos... Citar de memoria sería prenda, al menos, de que sólo usamos lo propio, de lo ya asimilado... El único medio de sacarlos de manos muertas, de movilizarlos, es aprenderlos de memoria..." "De las citas", texto sin fecha, publicado en *El cazador*, Madrid, 1921, *O.C.*, t. III, pp. 163-164.

[166] Reyes, "De la lengua vulgar", en *El cazador*, *O.C.*, t. III, p. 141.

[167] Véase "Honneur des Hommes", *NRF*, febrero de 1933; reproducido en *Sous l'invocation de saint Jérôme*, *Obras completas*, t. VIII, p. 134.

[168] "Rues et visages de Paris", en *Jaune, bleu, blanc*; *Oeuvres*, Pléiade, p. 959.

Reyes calificaba de "verdaderamente cubista". Este diplomático pensaba en una escritura hermética, en un código misterioso. Habían leído demasiadas veces *Erewhon* para no creer en la inteligencia de las máquinas y para no ver una intención en sus errores. Ambos escritores habían publicado páginas llenas de humor, de tono muy parecido y que además eran casi contemporáneas, aunque parece que a Reyes le pertenece una breve anterioridad.[169] A veces había genios cómicos que se encargaban de estas transformaciones de las palabras. Larbaud se había reído tanto de esa chispa "deformante" de Léon-Paul Fargue antes de la desavenencia entre ellos que no podía dejar de citar una vez más algunas de sus ocurrencias cuando estaba con amigos.[170] Las palabras muchas veces eran irremplazables. "Trasplantadas" a otra lengua adquirían un aura diferente, se irisaban y decían más que en su lengua de origen.[171] Traducidas literalmente, algunas expresiones se volvían a veces chuscas.[172]

Estos escritores también eran moralistas, es decir, observadores de la fluctuación de las costumbres humanas en torno a ellos, como aquellos humanistas sevillanos del siglo XVI que describió don Alfonso y que "tenían un ojo en los libros y otro en lo que pasa por la calle".[173] Intercambiaban sus simpatías respecto a un arte de vivir, en el que el placer de la conversación ocupaba un gran lugar así como la amistad. Acerca

[169] "Y, al volver la página, donde esperamos encontrar la cita que anuncia, sólo encontramos... —efecto verdaderamente 'cubista'— un mazacote de letras entre comillas... Lo curioso es que hay una nota al pie, y la nota al pie es igualmente una retahíla de letras ilegibles. Parece uno de esos 'empastelamientos' —que decimos los del oficio—, en que, de propósito y a última hora, el autor, por algún escrúpulo o razón, hubiera mandado desordenar las letras y formar este enredijo cómico..." "El otro Quintana", enviado a México en la primavera de 1923 y publicado de inmediato por la revista *El libro y el Pueblo*, de amplia difusión; recogido en *Simpatías y diferencias, 5ª serie, O.C.*, t. IV, p. 462. Compárese con el texto de Larbaud en el que éste se divierte tomando en atenta consideración el "mensaje maquinista" y sacando interpretaciones muy "larbaldianas": "Pour rencontrer la belle Rilda, il faut faire un voyage", "Rldasedlrad les dlcmhypbgf", en *Jaune, bleu, blanc*; *Oeuvres*, Pléiade, p. 834. Este texto fue escrito entre el 23 y el 29 de agosto de 1923 en Nantes, y se publicó en la primavera de 1924 en *L'Oeuf Dur*, revista de la editorial surrealista Au Sans Pareil.

[170] Sobre este "dadaísmo popular" que con frecuencia inspiraba "estribillos" de moda que cantaba Dranem, véase el artículo de Maurice Saillet "Valery Larbaud et Monsieur Ménard, artiste lyrique", en el que este autor comenta muy bien el tono de gracia y chispa que Larbaud, bajo la influencia tal vez de Fargue, aportaba a las conversaciones entre amigos (*Cahiers des amis de Valery Larbaud*, Vichy, mayo de 1972).

[171] Reyes: "Es una lástima que no esté yo escribiendo en inglés; en inglés, la palabra 'gusto', dejada caer de repente, está llena de irisaciones y dice más que en su lengua propia: ¡destino de los trasplantados!" "La cucaña", en *Simpatías y diferencias, 5ª serie, O.C.*, t. IV, p. 384.

[172] Reyes contaba a Larbaud que sus amigos de España se habían divertido traduciendo al castellano un libro de cocina francesa, naturalmente rico en expresiones idiomáticas: *cordon bleu*, *saisir*, etc. El grupo había decidido lucir en la botonadura "un cordoncito azul" los días de parranda, en recuerdo de aquellas horas de alegría "filológica".

[173] "El índice de un libro", en *Simpatías y diferencias, 1ª serie, O.C.*, t. IV, p. 56.

del amor, la mujer o la doncella, Larbaud había escrito mucho más que Reyes, pero "el continente desconocido" de la mujer también atraía a este último con la misma pasión.

Larbaud decía francamente que si él hubiera tenido que ejercer un oficio, habría sido diplomático o profesor universitario. Reyes habría preferido disponer de todo su tiempo, como Larbaud, para dedicarlo a las letras, pero se tomaba con gran interés sus funciones ministeriales; había sido profesor durante un tiempo en la renaciente Universidad de México y podía vislumbrar sin disgusto que algún día lo volvería a ser, según el juego de las circunstancias. Los problemas pedagógicos de la enseñanza superior no dejaban de preocuparle.[174]

Es posible que después de algunas de esas veladas tan amistosas, don Alfonso se haya atrevido finalmente a formular la pregunta que durante años le había estado quemando los labios, pero que era de lo más delicada, de lo más indiscreta, puesto que consistía en pedir al novelista que le hiciera confidencias sobre la elaboración de uno de sus personajes, el del mexicano Santos Iturria en *Fermina Márquez*. Larbaud conservaba una ternura especial por esta novela de su juventud. También don Alfonso se sentía ligado a esta obra, no sólo porque provocaba una atención muy nueva en Francia hacia los jóvenes latinoamericanos, sino también porque el autor había dado a Santos Iturria y a su joven hermano Pablo su querida patria de Monterrey. Además, Larbaud había hecho varias alusiones muy precisas a la propia familia Reyes, al papel político que desempeñó el general. El padre de Santos Iturria había sido, como Bernardo Reyes, ministro de Guerra en los primeros años del siglo.[175] ¿Había sido la propia familia Reyes la que había inspirado al novelista francés? Según era su costumbre, Larbaud había desperdigado a lo largo de las páginas de la novela algunos de sus propios recuerdos. Entre 1904 y 1906, cuando frecuentaba a Rubén Darío y a cierto número de latinoamericanos en los bares del barrio de la Ópera, había conocido a un joven secretario de la legación del bulevar Haussmann que le habló de su país. Por intermedio suyo, Larbaud penetró de alguna manera en el suelo mexicano. Hojeó periódicos y revistas de México, observó el funcionamiento de una legación americana en Francia, interesado ya en el

[174] Como dato significativo de esta preocupación permanente, el texto de Reyes que versa sobre estos problemas está fechado "1918-1931", "Ejercicios de historia literaria española", en *Capítulos de literatura española, 2ª serie, O.C.*, t. VI, p. 257.

[175] Al final de su novela, Larbaud cuenta que, mucho tiempo después, fue a visitar el colegio de Saint-Augustin, ya cancelado y relata una conversación con el portero: "Y, por cierto, vino también Iturria, Santos, como todos ustedes lo llamaban... Me dijo que a su padre lo habían nombrado ministro de Guerra en su país, México. No me sorprende: estos Iturria eran gente tan bien y con tanta inteligencia... Hombres como él son los que nos harían falta ahora en Francia". Larbaud, *Oeuvres*, Pléiade, p. 391.

oficio de diplomático, y empezó a sentirse atraído por ese lejano país.[176] La impresión de estos contactos directos fue tan viva que cuando, poco después, concibió a los personajes de su novela *Fermina Márquez*, hecha en gran parte de reminiscencias del colegio, introdujo entre los alumnos del Saint-Augustin a los dos hermanos Santos Iturria, "mexicanos de Monterrey", cuya creación era fruto de su reciente amistad con el secretario de la legación mexicana mucho más que el recuerdo de una camaradería del internado.[177] Santos Iturria se convierte en el personaje principal de la novela, el que tendrá más prestancia y más éxito ante Fermina. ¿Cuál fue la génesis de este protagonista? Podemos tratar de entender los procedimientos de creación de Larbaud observando otros personajes de su obra. Los que nacen de su imaginación se mantienen borrosos, imprecisos. Son como producto de un sueño, sin una base concreta. Son sombras inconsistentes, como Joanny Léniot, el otro pretendiente de Fermina. En cambio, el pequeño Camille Moutier, en quien el autor deposita tanto de su alma infantil, se parece rasgo por rasgo y hasta físicamente al joven Valery Larbaud, como una fotografía que le tomaron el día que cumplió diez años. Podríamos hacer la misma observación respecto a muchos otros de sus personajes, a Cartuyvels, o a la Inga de *Amants, heureux amants...* Larbaud no logra dar una consistencia física y concreta sino a aquellos de sus personajes que ha visto o ha sentido vivos. Por otra parte, el personaje de Santos Iturria es sumamente preciso: "Su figura no era alta pero sí grande y siempre recién afeitada, lo cual acentuaba el carácter de limpieza que se desprendía de toda su persona. Su tez era clara, incluso un poco rosada. Los cabellos castaños, ligeramente ondulados, coronaban su frente alta. Pero sobre todo, sus ojos eran lo más notable. Azules, de un azul profundo, casi negro, asombraban. Tanto más cuanto que su mirada, franca, viril, de una dichosa insolencia, desmentía por completo sus cejas negras, muy largas, casi femeninas".[178] A lo lejos, vemos avanzar hacia nosotros "la bella y grande figura de Santos, fresca y franca, bajo un sombrero de copa reluciente".[179] De los dos hermanos, el mayor era el de tipo más europeo, "la tez blanca y rosada, los cabellos castaños... en fin, se podría decir que un francés". En cambio, el más joven tenía "la tez oscura y los cabellos tan negros... En definitiva, un verda-

[176] La novela contiene una alusión a la legación del bulevar Haussmann y a los servicios que éste podía prestar a los latinoamericanos que residían en Francia cuando la tía de Fermina, Mamá Doloré, pensando en un posible matrimonio de su sobrina con el hijo mayor de los Santos Iturria, se presentó en la legación mexicana "para que le dieran referencias de la familia Iturria". *Cf.* Larbaud, *Fermina Márquez*, Pléiade, p. 379.

[177] Las cartas de Valery Larbaud a su tía (que se conservan en los fondos Larbaud de Vichy), cuando era alumno de Sainte- Barbe-des-Champs, no mencionan a ningún mexicano entre los compañeros americanos a los que se refiere.

[178] Larbaud, *Fermina Márquez*, *op. cit.*, p. 319.

[179] *Ibid.*, p. 379.

dero indígena".[180] Es tentador ver en los hermanos Santos Iturria la transcripción de una fotografía de los hermanos Reyes Ochoa que Valery Larbaud tal vez haya conocido en alguna de las numerosas publicaciones "reyistas" archivadas en la legación. El mismo nombre de Reyes Ochoa no deja de estar en consonancia con el de Santos Iturria.[181] ¿Santos, el seductor, el mayor de los Santos Iturria, sería pues Rodolfo Reyes, quien en 1906 era un joven abogado sumamente brillante y elegante? La única objeción que se puede hacer a estas hipótesis sucesivas es que, con su tez morena y de tipo mestizo acentuado, Rodolfo no se parecía al retrato de Santos que hacía Valery Larbaud. Otra suposición sería si Santos era el propio Alfonso Reyes, que en 1906 tenía diecisiete años y que podría estar representado en compañía de su joven hermano Alejandro. Alfonso tenía esa tez clara, los cabellos castaños ligeramente ondulados, la frente alta. Pero Alejandro también tenía la tez clara y era de tipo europeo. Difícilmente podía haber inspirado el personaje de Pablo a Valery Larbaud. Podemos pensar además que alguna fotografía del mismo general Reyes ayudó a Larbaud a trazar el retrato físico de su personaje. Es impresionante comparar los retratos de Santos Iturria que acabamos de citar con las evocaciones de don Bernardo que hace el propio Reyes en sus libros de recuerdos: "Yo, desde niño, aprendí a ver en aquella cara luminosa y radiante, en aquellos ojos de incomparable atracción; aprendí a descubrir en aquella voz clara y alegre, en aquella mezcla del Zeus olímpico y del caballero romántico, la imagen misma de la naturaleza: una divinidad henchida de poder y bondad que no podía nunca equivocarse..." Más adelante habla de nuevo de esa frente alta y despejada, de esos cabellos castaños, de esos ojos "fulminantes" que eran un rasgo de familia.[182] En definitiva, los dos hermanos Santos Iturria, con sus tipos tan disímiles y una importante diferencia de edad, podrían muy bien ser el reflejo, adaptado por Larbaud, de un retrato del propio general Reyes hacia los treinta años y de su hijo mayor Rodolfo. Edades y fisonomías corresponderían perfectamente a las de los personajes de la novela. Pero, ¿consintió Larbaud en levantar el velo a don Alfonso sobre la elaboración de su inolvidable personaje? ¿Pudo? ¿Las propias preguntas de Reyes lo ayudaron a él mismo a interpretar este misterio? Por respeto absoluto hacia la creación artística, por emoción ante los recuerdos más sagrados, Reyes nunca reveló nada, hasta donde sepamos, de la respuesta de Larbaud.

Presentándole a algunos de sus amigos, Valery Larbaud permitió que Reyes extendiera sus relaciones más allá del círculo de diplomáticos, de hispanoamericanos o de hispanistas. En las reuniones de aficionados a

[180] *Ibid.*, p. 390.
[181] Hay que destacar una vez más que Ochoa e Iturria son dos patronímicos vascos.
[182] Véase Alfonso Reyes, *Albores*, pp. 86 y 152.

soldaditos de plomo de colección, Larbaud le presentó, entre otros, a Léopold Marchand, el colaborador de Colette, a Paul Armont, autor de *l'École de Cocottes* y de algunas otras obras de teatro de revista de mucho éxito, y a Pierre de Lanuz, ex secretario de la *NRF*, notable políglota e historiador. Reyes parece haber simpatizado con este último.[183] ¡Qué lástima que su llegada a París haya coincidido con "el pleito" que acababa de poner fin a las estrechas relaciones de amistad que Larbaud había sostenido hasta entonces con Léon-Paul Fargue! Es cierto que Reyes contó que se había cruzado con él en la Maison des Amis des Livres, pero don Alfonso lamentó que aquel que había sido su compañero inseparable no le hubiera presentado al "Peatón de París". Fargue tenía ya algunos amigos entre los hispanoamericanos y le había impresionado la nobleza de espíritu que se adjudicaba a los mexicanos en el seno de esta comunidad. Por su parte, Reyes apreciaba las obras de Fargue. La extravagancia, la fantasía, la cultura, la personalidad de este escritor francés no podían sino fascinarlo, pero el padrinazgo de Larbaud, del que Reyes se enorgullecía, desempeñó al parecer un papel negativo en este caso.

¿Es conveniente aportar algunos retoques reticentes a la descripción de una amistad tan bella? Pese al deseo de Reyes, su intimidad con Larbaud no rebasó quizás las discusiones literarias o estéticas, los encuentros para las agradables comidas en restaurantes. Larbaud parecía eludir las invitaciones de Reyes a la rue Cortambert y nunca lo invitó a que fuera a la rue du Cardinal-Lemoine ni a Vichy, como sí lo hizo con Güiraldes; ni a Valbois, como sí le propuso a Manuel Gálvez. Es posible que la situación familiar de Larbaud haya pesado algo en estas relaciones y le impidiera recibir en su casa a ciertos amigos como Reyes. En 1926, es posible también que la puesta en vigor de leyes antirreligiosas en México haya moderado la amistad de Larbaud con el representante, con una posición política bastante de izquierda, de un gobierno que perseguía a los curas y a los fieles católicos. ¿Acentuó en Larbaud esta reserva la influencia de madame Nebbia, tan practicante? Por la misma época, se distingue en sus cartas al argentino católico Manuel Gálvez una libertad de tono, una facilidad de comunicación que daba a entender una comunidad de ideas, tal vez políticas, tal vez religiosas, y que no se encuentra en sus relaciones con Reyes, al menos en este periodo de su amistad.

Es verdad que los dos hombres, después de haber coincidido por un momento en 1927, se encaminaban hacia estilos de vida muy dispares uno del otro. Larbaud resistía a su época, permanecía hostil a la rapidez. Respondía a *La vitesse* de Morand escribiendo "La lenteur". Se negaba a instalar teléfono en su casa. Era de prever que iba a elegir una vida un poco al margen de su época. Reyes, por sus funciones y por su carácter,

[183] Véase en la *Correspondance Larbaud-Reyes* la carta 25 y las notas a esta carta.

era antes bien inclinado a la acción, a una comunión más estrecha con la evolución de su siglo.

## La amistad de Jules Supervielle; Paul Groussac

En casa de Adrienne Monnier o de Mathilde Pomès, en torno a Jules Romains, a Valery Larbaud, y en los grupos hispanistas de París, Reyes conoció a Jules Supervielle, poeta de lengua y de nacionalidad francesas, cuya familia de origen vasco había emigrado hacía aproximadamente cuarenta años a Uruguay y repartía su vida entre América del Sur y Francia. Los dos escritores ya se habían conocido en 1913, cuando Supervielle todavía era estudiante en la Sorbona, pero no fue sino hasta esta segunda estancia de Reyes en París cuando se estrechó el lazo de la amistad, una amistad marcada por el sello de aquella amabilidad que era el rasgo distintivo del poeta de la Pampa, basada en cierta similitud de caracteres, en el apego que tenían en común a Francia, en muchas ideas parecidas en arte y en poesía, una inquietud metafísica similar, la estima de su valor recíproco como escritores y, evidentemente, el recuerdo de sus patrias americanas.

Las frecuentes alusiones a Supervielle que aparecen en el *Diario* de Reyes y en su correspondencia con Larbaud nos permiten jalonar el desarrollo de los vínculos que los unieron. Algunas páginas, no muy numerosas, que ambos consagraron mutuamente a sus obras[184] y a sus recuerdos comunes, la traducción que había hecho Supervielle de un hermoso poema de Reyes,[185] los versos, sobre todo, que el poeta de *Gravitations* dedicó al escritor mexicano, así como las amistosas dedicatorias que intercambiaron en sus sucesivas publicaciones y que no cesaron hasta el último día, nos dicen hasta dónde llegaba esta intimidad fraterna adquirida a la sombra de París y la influencia que llegó a ejercer en el ánimo y en el espíritu de Reyes.

Conocemos bien las circunstancias de sus encuentros. "Julio" y su mujer Pilarcita, encantadora uruguaya, fueron invitados a menudo por Alfonso y Manuela a las comidas entre amigos de la rue Cortambert, con Benjamin Crémieux, Jules Romains, y sus esposas, así como a los tés del domingo. En la bella residencia de los Supervielle en el bulevar Lannes, adornada con los lienzos cubistas de Marie Blanchard, amiga común, Reyes se sentaba a la cálida mesa en torno a la cual el poeta gustaba de reu-

[184] Supervielle, "Hommage", en *Libro jubilar de Alfonso Reyes*, México, 1956. Reyes, "Los escollos de la novela" y "Supervielle", en *Burlas veras, 2° ciento*, pp. 23 y 84; "Realismo", en *A lápiz*, *O.C.*, t. VIII, p. 232.

[185] Reyes, "Amado Nervo", *O.C.*, t. X, p. 82. La traducción de Supervielle se publicó en la *Revue Européenne*, octubre de 1927.

teras de Francia cuando han abrevado la cultura francesa en los mejores libros, y que se da con tanta más emoción en algunos habitantes del Río de la Plata, cuya lengua materna, el español, está sumamente alterada por la pronunciación local. La actitud de ambos escritores y de sus familias durante la Gran Guerra se había caracterizado por el mismo entusiasmo hacia la causa francesa, y si Reyes podía hablar además de los medios aliadófilos de Madrid a los que había pertenecido, Supervielle describía la influencia en Uruguay de su primo hermano Luis, casi su hermano, al que habían educado sus padres y con quien se sentía todavía más ligado después de su matrimonio porque sus esposas eran hermanas. Luis Supervielle permanecía en Montevideo dirigiendo la empresa bancaria de la familia y había organizado tantas conferencias y suscripciones en favor de la Francia en guerra y de sus hospitales militares que acababa de ser nombrado oficial de la Legión de Honor. Durante sus paseos por París, mientras iban conversando, afluían a su memoria infancias muy diferentes: Reyes había tenido por padre a un hombre fuerte, agrandado todavía más por un destino histórico y trágico, y una madre enérgica; Supervielle, huérfano a los ocho meses, era el hijo de dos sombras hacia las que tendía sus manos sin poderlas capturar, vano esfuerzo que lo había acercado a los reinos de la muerte. Sus recuerdos de infancia más queridos estaban vinculados al país vasco, a sus regresos a él en busca de algunas personas ancianas que hubieran podido conocer a sus padres. El fervor con el que había descrito sus visitas a Oloron en *Boire à la source* deja adivinar el tono con el que debía conversar con Reyes, enriqueciendo con estas charlas el conocimiento de la provincia francesa que le era particularmente querida a don Alfonso porque él contaba por su parte con algunos antepasados en ella. No obstante, frente a esta Francia tan querida, tenían perspectivas diferentes. Mientras que Reyes era un americano enamorado de la cultura francesa, Supervielle tenía verdaderamente dos patrias, Uruguay y Francia. Viajaba casi todos los años a Montevideo y dividía su tiempo entre ambos países, viviendo siempre con el pensamiento en el que no estaba.[190] Otro tema del que Julio se enorgullecía era haber sido alumno del liceo Janson-de-Sailly, la gran institución de los barrios elegantes de París, centro de cultura francesa que en aquella época tenía un inmenso prestigio para los sudamericanos privilegiados que fueron sus alumnos, prestigio que todavía conserva. El haber logrado inscribir en él a su hijo fue siempre para don Alfonso un recuerdo glorioso.

[190] "Estas vastas llanuras sólo me son indispensables cuando estoy a más de 300 kilómetros de distancia", dice en *El hombre de la Pampa*, Gallimard, p. 27. Sylvia Molloy hizo un buen análisis de la situación de este "poeta francés de Uruguay" en el capítulo que le dedica a Jules Supervielle (*La diffusion de la littérature hispano-américaine en France au XX^e siècle*, p. 162).

Con la admiración que ambos tenían por la lengua y la cultura francesas, contemplaban en común a sus escritores predilectos, a saber, para Supervielle, Ronsard y La Fontaine. Reyes le transmitió su amor por Rimbaud y Mallarmé, en aquel importante momento en que el poeta francés iba a alcanzar tardíamente —tenía cuarenta y un años—, con *Gravitations*, su estilo personal. Ambos coincidían en ver en Claudel a "uno de los mayores poetas que haya habido".[191] Supervielle aplaudía que la poesía se hubiera liberado de la sujeción rígida al verso y a una forma demasiado afectada, y estaba sumamente interesado por las recientes conquistas de la filosofía y por los diversos movimientos literarios de la posguerra, pero no se sentía vinculado del todo a ellos pues, lo mismo que Reyes, no juzgaba que lo racional fuera incompatible con la poesía. Él anhelaba un regreso a la simplicidad, a un clasicismo nuevo y flexible. Era hostil a los desórdenes y al infantilismo bullicioso de los surrealistas y se sentía, lo mismo que don Alfonso, un "conciliador de poesías antiguas y modernas".[192] En las artes plásticas, sus gustos eran también muy parecidos. Supervielle, aficionado a la pintura y al dibujo, había apreciado los intentos de los cubistas por romper con un estilo académico y sentimental sin gracia, y era ahora cuando comprendía su opción por un estilo sobrio y sintético. Como el autor de *El plano oblicuo*, Supervielle, poeta y cuentista del mundo interior, de los estados posterrestres y de metamorfosis, trataba de organizar mediante la razón y la lucidez el ensueño que, para él, era el origen de toda obra de arte. "No me gusta el sueño que se va a la deriva (iba a decir a la *dérêve**)", escribe en *En songeant à un art poétique*, páginas no muy numerosas pero esenciales para la comprensión de su obra y de su carácter y de las que casi todas las tomas de posición hubieran podido ser firmadas por Reyes. Esta identidad de gustos literarios se basaba en personalidades que no dejaban de tener parecidos. Ambos, más que en la violencia o en la coerción, creían en la fuerza de la sonrisa. Sus amigos franceses descubrían en ellos cierta dulzura triste mezclada de humor que la opacidad de París favorecía y que, no obstante, era "tan típica de la América española, como el puro";[193] una simpática simplicidad, capaz de chiquilladas, inclinada a jugar con los niños o con las palabras. La otra cara de su psicología era esa larga consideración de la muerte, una ansiedad sorda y continua, quizás incluso la obsesión del suicidio, en la búsqueda dramática de un Dios que se negaba. Y en el ánimo de sus amigos franceses,

[191] Sobre los sentimientos de Supervielle respecto a Claudel, véase su conversación con Octave Nadal, *NRF*, *Hommage à Jules Supervielle*, 1960, p. 619.

[192] Supervielle, *En songeant à un art poétique*, a continuación de *Naissances*, Gallimard, 1951, p. 59.

* Literalmente, "de-sueño". [N. del T.]

[193] André Pieyre de Mandiargues, "Note funèbre", en el número de *Hommage* de la *NRF* ya citado, p. 595.

ese más allá desconocido que los atormentaba se confundía un poco con la idea de los mundos lejanos de los que provenían y que llevaban en ellos.[194]

En 1925, al dedicar a Valery Larbaud el tomo de *Gravitations* —considerado con frecuencia el mejor de sus libros de poemas—, Supervielle trató ciertamente de reconocer al amigo que lo había alentado, al autor de *Barnabooth* y de *Fermina Márquez*, que había abierto ante él caminos a la comprensión y a la amistad entre franceses e hispanoamericanos. No obstante, varios poemas en el libro llevan otras tantas dedicatorias. La reunión de estos nombres forma un cuadro bastante completo de los amigos que rodeaban entonces a los dos escritores, una larga lista en la que se mezclaban los nombres de algunos uruguayos, el pintor Pedro Figari, el poeta del criollismo nacional Leandro Ipuche, y otros americanos como el peruano Parra del Riego, que acababa de traducir al español *El hombre de la Pampa*, el ecuatoriano Alfredo Gangotena, que también escribía sus versos en francés, y Ricardo Güiraldes, gran figura argentina. Entre los españoles tenemos a Ramón Gómez de la Serna, reencontrado en París gracias a Valery Larbaud, y su cuñado Corpus Barga, que iba y venía de Madrid a París y cuyas frecuentes estancias en Francia lo habían convertido casi en un francés adoptivo; Jorge Guillén, el joven poeta al que Reyes había predicho un gran porvenir, plenamente ocupado ya en la obra de Valéry, y la pintora Marie Blanchard. Entre las personas a las que se dedican los poemas los franceses son igualmente numerosos: Jean Cassou, Francis de Miomandre, Georges Pillement, G. Jean-Aubry, Paul Morand, todos amigos comunes de los dos escritores; y Max Jacob, Bazalgette, el traductor de Walt Whitman, Henri Michaux y Jacques Benoist-Méchin. Podemos apreciar así el valioso papel de intermediario que desempeñó Supervielle, quien con su amabilidad puso en contacto a Reyes con todas estas amistades.

El poema que en la misma colección de versos está dedicado a Alfonso Reyes, "El sobreviviente", es "un poema cautivador", para retomar la expresión de Sylvia Molloy:

LE SURVIVANT

*A Alfonso Reyes*

Lorsque le noyé se réveille au fond des mers et que son cœur
Se met à battre comme le feuillage du tremble

[194] Jean Cocteau expresó con delicadeza este sentimiento cuando después de la muerte de Supervielle escribió: "Supervielle tenía *algo de extranjero* que no concierne al Uruguay, sino que parecía ser el signo de un mundo desconocido del que llegó para visitar al nuestro y su muerte parece que lo haya devuelto a él". "Un paysan du ciel", en el número de *Hommage* de la *NRF*, p. 599.

Il voit approcher de lui un chevalier qui trotte l'amble
Et qui respire à l'aise et lui fait signe de ne pas avoir peur.

Il lui frôle le visage d'une touffe de fleurs jaunes
Et se coupe devant lui une main sans qu'il y ait une goutte de rouge
La main est tombée dans le sable où elle fond sans un soupir
Une autre main toute pareille a pris sa place et les doigts bougent.

Et le noyé s'étonne de pouvoir monter à cheval,
De tourner la tête a droite et à gauche comme s'il était au pays natal
Comme s'il y avait alentour une grande plaine et la liberté
Et la permissión d'allonger la main pour cueillir un fruit de l'été.

Est-ce donc la mort cela, cette rôdeuse douceur
Qui s'en retourne vers nous par une obscure faveur?

Et serais-je ce noyé chevauchant parmi les algues
Qui voit comme se reforme le ciel tourmenté de fables.

Alentour il est des gens qui vont, s'arrêtent et viennent
Quelqu'un regarde son corps derrière de hautes persiennes.

Un berceau bouge et l'on voit un pied d'enfant réveillé
Moi je vais sous un soleil qui semble frais-inventé.

Je vérifie le soc d'une charrue comme si je m'y connaissais
Et siffle fort dans mes doigts moi qui ne savais pas siffler.

Aussitôt viennent à moi des plus lointains environs
Les bêtes de mon enfance et de la Création

Et le tigre me voit tigre, le serpent me voit serpent,
Le rat musqué s'approche de moi, tourne autour de mon pelage

Et l'abeille me fait signe de m'envoler avec elle
Et le lièvre qu'il connaît un gîte aux creux de la terre

Où l'on ne peut pas mourir.[195]

[195] Para facilitar el comentario hemos reproducido el texto de este poema tal cual lo encontramos, mecanografiado, en la correspondencia Supervielle-Reyes que se conserva en la Capilla Alfonsina. Supervielle lo firmó con fecha 1° de septiembre de 1925, acompañándolo de estas palabras manuscritas: "con su recuerdo muy afectuoso y sus sentimientos de viva admiración". La edición original de *Gravitations*, de 1925, reprodujo fielmente este manuscrito, aun cuando la disposición tipográfica no sea siempre la misma.

"El sobreviviente" es un poema privilegiado en la obra de Supervielle, pues se sitúa en la confluencia de dos de sus principales novelas. *Le voleur d'enfants*, preparada para su publicación en 1926, era la historia del coronel Philémon Bigua, que robaba o recogía a los niños abandonados. Uno de esos adolescentes había seducido a una muchacha, también adoptada, en el momento mismo en que Bigua se daba cuenta de que también él se había enamorado de su pupila. Decidió entonces una brusca partida de toda la familia a Uruguay, después de haber despedido al joven Joseph de su departamento. En el barco, Bigua descubre que Joseph se había escondido entre el equipaje y que seguía con ellos. Entonces Bigua se suicida tirándose por la borda. La segunda novela, titulada como el poema, *Le Survivant*, nos dice cómo Bigua había conseguido salvarse y nos cuenta su regreso a Uruguay entre los suyos. Los versos dedicados a Reyes imaginan lo que habría pasado si el coronel no hubiera sido encontrado por los marineros de *L'Amazone*; su caída, como en un sueño, a las profundidades acuáticas. Esos versos parecían responder a una pregunta metafísica que bien hubiera podido plantear el poeta mexicano, soñador e imaginativo, mientras recorría en compañía de don Julio las orillas del Sena: "¿Y si no lo hubieran salvado?"

Así pues, este ahogado con los ojos abiertos que encontramos en el espectáculo maravilloso de las profundidades es un suicida. La flexibilidad insinuante de los largos versos de rima regular o en asonancia es un estilo métrico bastante excepcional en Supervielle, visiblemente inspirado en Claudel, y en el que podemos permitirnos ver una alusión al gusto que Reyes profesaba también por el poeta de *Connaissance de l'Est*.[196] Es el mismo estilo de prosa, cortada en unidades muy largas, del famoso *Hong Kong* o de *Les Feuilles des Saints*, que precisamente acababan de salir a la luz en aquel año de 1925 y habían llamado la atención de la actualidad literaria sobre el versículo claudeliano. Todo parece fluido en ese mundo sin tropiezos y sin gravedad del elemento líquido, del que hemos conservado, por así decirlo, la nostalgia, en esas simas acuáticas en torno a las cuales, después de Lautréamont, tanto habían soñado Supervielle, Reyes y el propio Claudel (*Poèmes de Guerre*) en el transcurso de las largas semanas que eran necesarias entonces para cruzar el Atlántico. En aquellos años surrealistas, Lautréamont gozaba de una revalorización y acababa de ser reeditado en Sans Pareil.[197] Desde *Los cantos de Maldoror*, la contemplación de esas aguas profundas causaba indefectiblemente la comparación con el fondo del corazón humano, también

[196] *Cf.* "Entretiens avec Robert Mallet", en Etiemble, *Supervielle*, Gallimard, 1960, p. 222.

[197] Reyes conservaba esta edición de *Los cantos de Maldoror*, 1925, en su biblioteca.

insondable, también vertiginoso.[198] "Desde las profundidades de mí mismo...", canta en efecto el poeta de *La fable du monde*. En el mismo momento, Rilke, en una de sus últimas cartas, habla a Supervielle del "océano interior".

"El sobreviviente" responde perfectamente a la concepción que tiene su autor de la obra poética y sólo es simple en apariencia. Puede ser considerado todo él como una metáfora. Su misterio y su complejidad sólo aparecen cuando crece la familiaridad con los términos en que está escrito y con sus temas: "En poesía, no me gustan las riquezas demasiado obvias, dice Supervielle, las prefiero sordas y algo confusas por su destello..."[199] El primer movimiento es, como sucede a menudo en los poemas de Supervielle, el de un relato, relato de un sueño o quizás de esos ensueños a dos en los que se complacían los poetas durante sus caminatas por París, pero relato preciso "de una exactitud alucinada", según la expresión misma del autor.[200] La agitación del fondo de los mares se confunde con la palpitación amedrentada de ese corazón de ahogado, parecida al escalofrío del álamo temblón, álamo elegante, que a Supervielle le gustaba tanto de comparar con su propio corazón enfermo. La presencia del caballo era necesaria en un poema que pretendía ser un vínculo entre los dos hombres, ambos apasionados de la equitación y que compartían el recuerdo de inmensas cabalgatas en la extensa América. Pero, ¿quién es ese personaje misterioso que ha decidido imponer a su montura el trote de ambladura, el paso más ligero, como si este aire resbaladizo respondiera al movimiento fácil de la sangre en las venas? Ese extranjero "que todos llevamos en nosotros" parece la reminiscencia de un texto claudeliano reciente.[201] En "Sainte Geneviève", un caballero se acercaba sin decir palabra a tocar el hombro de la santa.[202] ¿Hay que ver en ello una

[198] "Viejo océano, los hombres, pese a la excelencia de sus métodos, todavía no han logrado, con ayuda de los procedimientos de investigación de la ciencia, medir la profundidad vertiginosa de tus abismos... Muchas veces me he preguntado si será más fácil reconocer la profundidad del océano que la profundidad del corazón humano. A menudo, con la mano apoyada en la frente, de pie sobre los barcos, en tanto que la luna se balanceaba entre mástiles en forma irregular, me he sorprendido mientras hacía a un lado todo aquello que no era el fin que yo perseguía, esforzándome por resolver ese difícil problema. Sí, ¿cuál es más profundo, más impenetrable de los dos: el océano o el corazón humano?" Lautréamont, *Los cantos de Maldoror y otros textos*, Barral Editores, Barcelona, 1970, pp. 28 y 29.

[199] Supervielle, *En songeant à un art poétique*, *op. cit.*, p. 65.

[200] *Ibid.*, p. 58.

[201] "Todos tenemos en nosotros un extranjero. No lo descubrimos todos los días". "Conversation entre Jules Supervielle et Octave Nadal", *NRF*, 1960, p. 624.

[202] *Cf.* Claudel, "Sainte Geneviève" en *Feuilles de Saints*: "Jusqu'à ce jour, où, fendant le peuple qui déjà frémit,/un cavalier/Met pied à terre et s'approchant de l'orante sans un/mot lui touche gauchement l'épaule./Et il n'y a pas besoin qu'il ajoute quoi que ce soit et/prononce une seule parole..." *Oeuvre poétique*, Pléiade, p. 649.

referencia a los caballeros del Apocalipsis, figuras tan familiares para Reyes como para Supervielle, grandes lectores de la Biblia? ¿Una alusión a tantas leyendas asiáticas en las que se asocian la idea del caballo y la del misterio, cuando este animal se convierte en el símbolo del terreno inaccesible a la razón? "Puedo caminar en las aguas profundas", dice el caballo de la Bora. ¿No eran ambos poetas grandes aficionados a estas leyendas esotéricas? También en la mitología griega la presencia del caballo significa el pasaje de uno a otro estado, de la vida a la muerte. El temor cede aquí su lugar a la sorpresa, acentuada aun por el gesto lento y dulce del caballero, roce tranquilizador, recuerdo de la primera infancia que, tanto en Supervielle como en Claudel, trae consigo la idea de una serena ternura,[203] presencia de la caricia, tan fuerte en Supervielle que Bachelard, refiriéndose a él, ha hablado de un "don de la caricia".[204] En cambio, el color amarillo, claudeliano por excelencia, es poco frecuente en Supervielle. La paleta de *Gravitations* es tan poco colorida que no hay duda de que hay que ver aquí un sustrato que concierne al propio Reyes. ¿Es una alusión a versos amados en común? ¿Es acaso una evocación de "la amarilla retama del otoño" del famoso poema de Laforgue, tanto más apreciado por Reyes cuanto que anunciaba ya *Cors* de Apollinaire?[205] Podemos encontrar también en esta caricia en el rostro de "una mata de flores amarillas" la notación exacta del gesto tan mexicano de los indios cuando, con el brote de ese pequeño gladiolo silvestre denominado impropiamente azucena, acarician suavemente la estampa de su Virgen preferida en el curso de sus oraciones. Práctica ancestral, tal vez con lejanos y secretos orígenes asiáticos, que se encuentra también en algunas sectas de la India. Cuántas veces Reyes debió de contar estos pormenores significativos del alma indígena al oído atento de Supervielle, él, que tan vivo tenía el recuerdo de su país y que en *Visión de Anáhuac* había subrayado el lugar que ocupa la flor en la vida cotidiana y en el lirismo de los aztecas. Por otra parte, según los últimos descubrimientos de la oceanografía que ambos habían seguido con avidez, a medida que se desciende en las fosas marinas los colores van desapareciendo uno tras otro. El amarillo subsiste mucho tiempo después del rojo, lo cual podría explicar el signo negativo con el que el poeta marca a esta palabra en su tan hermoso tropo. Por último, también se vislumbra un homenaje delicadamente rendido a la poesía de Mallarmé "Les fleurs" en la reunión misma de algunas palabras (flores, mares, suspiros,

[203] *Cf.* Claudel, "Aux morts des armées de la République": "Une espèce de joie pure et simple, une espèce de sérénité,/la foi dans le futur été!/Ce souffle encore incertain dont je sens ma joue caressée,/C'est la France, je le sais!/Ah, qu'elle est douce, car c'est elle!..." *Oeuvre poétique*, Pléiade, p. 544.

[204] Gaston Bachelard, *L'Air et les songes*, Corti, 1943, p. 214.

[205] "Sur une litière de jaunes genêts,/De jaunes genêts d'automne./Et les cors lui sonnent!/Qu'il revienne... Qu'il revienne à lui!" Jules Laforgue, "L'hiver qui vient".

roce), guiño malicioso que recuerda la admiración particular de Reyes por este poeta.[206]

El efecto de horror es enorme porque después de la caricia sobreviene la mutilación. Como en los sueños, faltan detalles importantes: ¿qué mano ha cortado? ¿y, con qué arma? Pero la cuchilla evocada tendría una presencia demasiado dura, demasiado tangible, "ruda en este mundo en el que todo es fluido y deslizante". La mano ha cortado, la que sostenía las flores. ¿El cuchillo o el hacha se disimulaban bajo su trazo? ¿Hay que dar un origen mexicano —en el *Códice Borbónico*, el glifo de un soberano azteca representaba una mano cortada; o este brazo y esta mano cortadas que ilustraban una de las páginas más célebres del fondo mexicano de la Biblioteca Nacional de París, el cual sabemos que Reyes fue a explorar desde su llegada a Francia —a esta imagen de la mano aislada que cae, verdadera obsesión en Supervielle puesto que aparece en tantos poemas y cuentos, y que será en 1949 el castigo de Scheherezada?[207] En el grupo de latinoamericanos que se interesaban por esta ciencia incipiente que era la historia de la América prehispánica, es muy probable que Supervielle haya sido iniciado por Reyes y otros en el valor de la mano cortada, símbolo de la muerte en el arte mexicano, inseparable del cuchillo que intervenía en los sacrificios antiguos. Con ocasión de las festividades consagradas por todos los pueblos de la cultura mesoamericana a Xipe-Totec, el sacerdote se revestía con la piel de una víctima humana desollada, y como no podía meter los dedos, se cortaba la piel del desollado por la muñeca y era la mano del sacerdote la que salía por

[206] *Cf.* Mallarmé, "Les Fleurs": "Et tu fis la blancheur sanglotante des lys/Qui roulant sur des mers de soupirs qu'elle effleure/A travers l'encens bleu des horizons palis/Monte rêveusement ver la lune qui pleure!" Mallarmé, *Oeuvres Complètes*, La Pléiade, p. 34.

Éste es un procedimiento habitual en Supervielle. Hay también el eco, por algunas palabras, de una rima de *El cementerio marino* de Valéry en el poema que le dedica en *Gravitations* a Jorge Guillén, especialista y traductor al español de aquel poeta. Compárese a Paul Valéry: "Mais comble d'or aux mille tuiles, Toit!/Temple du temps, qu'un seul soupir résume,/A ce point pur je monte et m'accoutume...", con Supervielle: "Coeur lent qui t'accoutumes/Et tu ne sais à quoi,/Coeur grave qui résumes/Dans le plus sûr de toi..." ("Coeur", en *Gravitations*, *op. cit.*, p. 150).

[207] En Supervielle, la mano, el brazo cortado a la mitad, puede ser la que cuelga de una litera en un coche-cama, la de la florista que vemos a través de un escaparate, deslizándose entre el follaje al que rocía, o la mano de la panadera cuando pone el pan sobre el mostrador, o también esa mano de planchadora que se esfuerza sobre la ropa blanca vista desde una ventana del edificio de enfrente. No es imposible que algunas visiones de mano cortada sean producto de las escenas de horror de la Gran Guerra (en "Le Portrait", *Gravitations*, p. 89, encontramos: "Jugamos en las bajadas como heridos sin manos"), crueldades que la propaganda atribuía a los alemanes, o recuerdos de amputaciones. *Cf.* también en *Le Forçat innocent* (1930): "Mains, vous vous userez/A ce grave jeu là./Il faudra vous couper/Un jour, vous couper ras" (*op. cit.*, p. 24.). Estas manos a veces caen espontáneamente del extremo del brazo al que pertenecían, como en *El hombre de la Pampa* (Gallimard, p. 188).

la abertura. Pero en este caso, lo que presenciamos es la sustitución inmediata de esa mano. ¿Se trata de que la muerte demuestre su poderío? ¿Es símbolo de la dificultad zanjada pero no se tarda en reaparecer? Cortar no es resolver, ahí está el ejemplo de las soluciones brutales, guerreras, obvias y efímeras. Beneficiándose de la fluidez de las profundidades, la imagen reproduce la facilidad de un "trucaje" cinematográfico. Sabemos, por otra parte, el partido que sacó Cocteau de esta visión de una mano cortada y que se convertirá en el tema de su película *La sangre de un poeta*. Podrían establecerse incluso comparaciones interesantes entre "El sobreviviente" de Supervielle y el libreto de esta película, en la versión que fue publicada por la editorial Rocher en 1957, y hasta con la conferencia que Cocteau pronunció en el Théâtre du Vieux-Colombier, en enero de 1932, con motivo de la proyección de su película. Este suspiro, que apenas llega a ser exhalado y que no obstante está tan presente en el poema, ¿no preconiza la boca que la mano cortada porta en su hueco en la película de Cocteau? Esta mano tiembla, acaricia el hombro, y en toda la escena flota el recuerdo de las grandes profundidades.[208] Estos milagros sin ruido y casi sin color hacen pensar en lo portentoso, característica de las películas de aquella época, en las que el nuevo arte se extasiaba en los recursos particulares que poseía, pero que los realizaba todavía sin sonido y, como en este caso, en blanco y negro. Supervielle subraya los desplazamientos, la caída de la mano, los movimientos de los dedos tal como lo haría un director de cine, y no es sino hasta el verbo "fundir" cuando se refiere al fundido o disolvencia, procedimiento nuevo y con gran aceptación del que encontraremos muchos otros ejemplos en *Gravitations*. Nos encontramos aquí ante una nueva prueba de la tendencia naturalmente cinematográfica del arte de Supervielle y es de lamentar que, después de muchas críticas, no haya llevado a la pantalla algunos de sus cuentos y algunas de sus obras de teatro o que ni siquiera haya hecho, como Cocteau sí hizo, la experiencia de un "filme poético". Esta gran simpatía y estas afinidades por el arte del cine eran entre Reyes y él un nuevo vínculo y no de los menores. Se podría incluso llevar más lejos la interpretación "cinematográfica" del poema. El vacío tipográfico que limita la primera parte parece anunciar algún cambio de luz o distancia, un verdadero *travelling*. En el transcurso de este acercamiento, el lector o el espectador se da cuenta de que este ahogado tiene un rostro conocido, el de Philémon Bigua, el ladrón de niños, a menos que no sea

[208] En *La sangre de un poeta* trato de explorar la poesía como los hermanos Williamson exploran el fondo del mar. Se trata de hacer descender dentro de sí mismo la campana que ellos hacen descender al fondo del mar, a grandes profundidades. Son secretos que suceden a la luz, todo un mundo equívoco, enigmático... el poeta nada en un mundo que imagina..." Conferencia del Vieux-Colombier, cuyo texto reprodujo junto con el libreto de la película la editorial Rocher, ya citada, p. 32.

el rostro del propio Supervielle. Como en el procedimiento de la sobreimpresión, los recuerdos de infancia del uruguayo se sobreponen a las alusiones mexicanas. La flexibilidad del verso es tal que borra las contradicciones a lo largo de todo el poema. Domina la noción de un espacio, extensiones abisales o las de la Pampa, renovación feliz de la comparación hugoliana entre la llanura y el océano. Henos pues ahora en la estancia luminosa a la que el poeta acudía cada una de sus vacaciones infantiles en los años de Montevideo. Es el pasaje de la sombra al sol "donde se va de la noche al día, del delirio a la lucidez, cada cosa se muda en su contrario".[209] Todo se convierte en alegría, juventud, seguridad, abundancia, generosidad. La mano cortada aparece una vez más —pero esta vez tendida, alzada, para recoger un fruto— con sus resonancias bíblicas, expresión de la tentación. Gaston Bachelard la interpreta como "una toma de posesión del mundo".[210] Una vez más el texto parece destinado a guiar al cineasta, rico en indicaciones dinámicas, gestos del cuerpo, de la cabeza, de la mano, con una gran toma que es un barrido del paisaje en conjunto.

"Pero no hay sólo imágenes. Hay los pasajes de unas a otras que deben ser también poesía."[211] Y el poeta que destaca por describir las metamorfosis, el pasaje insensible de uno a otro estado, da entonces, con la sola presencia de un condicional, el ejemplo de esas transiciones fluidas de las que acabó siendo maestro y en las que Claude Roy ve todavía "la ubicuidad inteligente del objetivo cinematográfico... porque su procedimiento más normal es el que hay que denominar encadenado".[212] La "merodeante dulzura" que nos da horror, y que en efecto va acompañada de esta palabra en *Oublieuse Mémorie*,[213] bien podría, con ese tono imperativo que la acompaña, ser una vez más un recuerdo claudeliano.[214] Pero después de este grito, el poeta habla en su nombre, se ha producido el deslizamiento entre el terreno de las algas y de la arena y el de la vida terrestre, con sus ruidos, su luz, su noción del tiempo, y la llamada al futuro representado por un niño pequeño que se despierta en su cuna. El poema del más allá se convierte en un homenaje a la vida,

[209] Gaëtan Picon había revelado este arte de la metamorfosis en Lautréaumont. Véase su estudio "La Poésie au XIX$^{e}$ siècle", en *Historie des Littératures*, Enciclopedia de La Pléiade, t. III, p. 953.

[210] Gaston Bachelard, *L'Air et les songes*, *op. cit.*, p. 214. En el mismo volumen (p. 24), Bachelard define el "complejo de la altura", explicando los reflejos condicionados que nos hacen asociar los valores de altura, de luz y de paz.

[211] Supervielle, *En songeant à un art poétique*, *op. cit.*, p. 61.

[212] Claude Roy, *Jules Supervielle*, Seghers, colección Poètes d'Aujourd'hui, p. 48.

[213] Pero, ¿qué horror ocultaba vuestra dulzura oscura?"

[214] *Cf.* Claudel, *La messe là bas* (editado por la *NRF* en 1919): "—Mais est-ce vraiment un sacrifice? Est-ce là ce que/vous appelez votre exigence, Seigneur?/Et si vraiment vous êtes mon ennemi, quelle est cette/mortelle douceur?" *Oeuvres Complètes*, Pléiade, p. 510.

a las mañanas asoleadas, a una naturaleza maternal y generosa, a la dicha íntima y doméstica, un himno a esa mañana de convaleciente o de renacido. Es esa "nueva mañana del mundo" con la que el poeta ha soñado en toda su obra, un mundo de inocencia, antes de la Caída. De manera fugitiva, el cielo se ensombrece y un sentimiento de dolorosa soledad invade al poeta. La sociedad está hecha de hombres que lo contemplan apenas un poco más que los muertos: ni amistad ni interés. Además, el poeta es esencialmente social: amistad y simpatía le son imprescindibles. "Si nadie piensa en mí, yo dejo de existir", escribió en *Les Amis inconnus*. Contra esta indiferencia viene a enfrentarse el ardor del último cuadro, que es ya *La Fable du monde*, en el que animales diversos, salidos a la vez de la Biblia y de las cosmogonías indias o asiáticas, manifiestan sus sentimientos fraternales respecto al poeta y lo invitan a que comparta su vida. Están lo más lejos posible de los animales de La Fontaine, disfraces ingenuos del alma humana. Supervielle tampoco conservó nada del realista estatuario Leconte de Lisle, uno de sus primeros maestros. Sus animales son entidades metafísicas, comparten con el hombre esta suma de vida difusa en el universo y adquieren incesantemente formas cambiantes e infinitamente variadas. Étiemble sospechó esta creencia poco cristiana en el poeta cuando escribe: "Parece que a Supervielle lo impresionaron algunas ideas antiguas referentes a la panespermia". Y el propio don Julio confesaba: "Estoy siempre en busca de mi Dios, y... lo encuentro en las religiones de la India, de Persia o del Lejano Oriente tanto como en la religión cristiana". En su último viaje a América, en 1924, había encontrado a Ricardo Güiraldes muy atraído por las religiones hindúes.[215] En la misma época, Jorge Luis Borges se sumergía en el difícil estudio de la Cábala, de la que se convirtió en uno de los mejores especialistas. En el mismo París, en los círculos literarios en los que se movían Reyes y Supervielle, el esoterismo estaba de moda. Un espíritu lúcido como Paul Valéry parecía casi lamentar el no sucumbir a la tentación.[216] Todo esto constituía una atmósfera en la que podían desarrollarse las doctrinas que habitualmente se oponían en Europa al rigor del pensamiento cristiano o del razonamiento científico. Era tentador "conspirar contra el orden del mundo", penetrar en zonas prohibidas.

[215] En su presentación (*Chroniques*, 20 de junio de 1928) de los *Poemas místicos* de Güiraldes, Larbaud recuerda el apasionado interés que Ricardo, ya muy enfermo, acordaba a las teosofías orientales. No obstante, introduce las confidencias que le había hecho Ricardo poco antes de morir para asegurar "que había regresado finalmente a la Iglesia católica romana, y había recibido los últimos sacramentos". Acerca de estos últimos meses de Güiraldes, véase el hermoso libro de Alberto Oscar Blasi, *Güiraldes y Larbaud, una amistad creadora*, Nova, Buenos Aires, p. 93.

[216] "El arte es un juguete. La ciencia, burda. El esoterismo, la más bella de las mentiras." Carta a André Gide, citada por Emilie Noulet en "Albums d'idées, voilà le titre", *Les Cahiers de Paul Valéry, Année 1934*, editorial Jacques Antoine, Bruselas, 1973, p. 16.

En el largo verso final, prolongado por la belleza sonora de la palabra *mourir*: "et le lièvre qu'il connaît un gîte au creux de la terre/Où l'on ne peut pas mourir" los hispanistas percibieron de inmediato la alusión a Jorge Manrique, guiño que el autor hacía al competente comentarista mexicano de la gran literatura castellana.[217]

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir...

Pero es conveniente advertir que en estos versos tan bellos las palabras *mourir* y "morir" distan de provocar el mismo eco.[218] El término español, colocado de nuevo en su verso, parece que describe una caída en el abismo, una desaparición terrible y definitiva, muy poco cristiana, ya casi materialista. El *mourir* de Supervielle expresa la angustia y el vértigo de un gran enfermo, en torno al cual merodea la amenaza de una muerte súbita y, pese a todo, la confianza en alguna sobrevivencia. La presencia de estos temas permite así recrear el clima de inquietud en el que se movían los dos amigos. Reyes, acuartelado sin cesar entre lo imaginario y el pensamiento, apreciaba sin duda en la posición de Supervielle ese sentido de la continuidad moral y biológica entre los hombres, las plantas, las cosas inanimadas, al que estaba predispuesto por su propio respeto a la vida en todas sus formas, el franciscanismo fundamental de su carácter. Nunca sintió, como tampoco Supervielle, entre los animales y él ese abismo que el cristianismo admite.[219] Su posición, esa creencia en el ritmo unánime de la naturaleza, en el que hasta los latidos del corazón humano participan, era tan conocida que para definir la filosofía de Reyes el profesor Martinenche hablaba públicamente de "una especie de panteísmo".[220]

Fue por esta comunión espiritual por lo que Jules Supervielle, en 1925, escogió y más tarde tradujo el poema "Amado Nervo" en el que Reyes había expresado con sensibilidad el afecto que sentía por su gran compa-

[217] Los hispanismos y las alusiones a la literatura española que se pueden encontrar en la obra de Supervielle podrían ser objeto de un estudio metódico. El artículo de Jean Le Louet, "L'expression hispanique chez Supervielle", publicado en la *NRF* de 1960, p. 722, no es sino una traducción a tan amplio tema.

[218] Además, están introducidos por vocales muy diferentes. En los versos españoles, morir va precedido de un conjunto majestuoso de vocales abiertas, por las aes de *van a dar* en *la mar*, que amplían el ritmo hasta convertirlo en un canto de órgano. En cambio, Supervielle recurre a una acumulación de las íes, *tigre, signe gîte* dispuestas con cuidado en los acentos tónicos del verso y que crean así una impresión de enloquecimiento y de hundimiento vertical.

[219] Etiemble, *Supervielle*, p. 46.

[220] Ernest Martinenche, "Discours au banquet d'adieu offert à Alfonso Reyes", *Amérique Latine*, mayo de 1927.

triota. Es comprensible que al poeta francés, que tenía ese sentido misterioso de la metamorfosis entre la vida y la muerte, para quien el pasaje de uno a otro estado seguía siendo distinto y que se sentía "compañero de las sombras", le hayan atraído estos versos en los que justamente Amado Nervo era evocado en sus últimos días, adelgazado, desmayándose hasta la desaparición, tan tenue que ya escuchaba lo que nadie puede oír, cuando más que pensar palpitaba, compañero de la estrella más lejana.[221] La traducción al francés, hecha por uno de los grandes poetas franceses, de este testimonio de devoción y de amistad fue para Reyes un orgullo y una dicha. Cada vez que retoma la idea de que se edite en Francia una selección de sus poemas traducidos al francés con motivo de su candidatura al premio Nobel, por ejemplo, vuelve a aparecer en su pluma el nombre de Supervielle encabezando la lista de traductores.[222] Cuando más tarde se pidió a Supervielle que escribiera sobre don Alfonso, aquél rindió homenaje en primer lugar a los "encantos" del amigo, en la acepción fuerte de la palabra, en su sentido valeryano. Después habla del poeta, de su exquisita originalidad, de su ternura viril y de la "agudeza inventiva del ensayista".[223] Pero no se extendió mucho más sobre su obra, y Reyes, provisto no obstante de un talento mayor como crítico, no escribió sobre la poesía de Supervielle el ensayo o el estudio que hubiéramos podido esperar. Pero hay un artículo breve, que data de esos años parisienses, y que fue publicado mucho después en *A lápiz*, que llama nuestra atención sobre la obra novelesca de Supervielle. A Reyes le gustaba el realismo fantástico y le divertía mucho que los espíritus simples se hubieran dejado engañar por su falsa verosimilitud: "¡oh paradoja estética —exclamaba—, oh símbolo provechoso para los realistas del arte!".[224] Al estudiar el papel de lo imaginario en las obras en prosa de Supervielle, Reyes no vacila en ver "la creación de un género hasta entonces desconocido en las letras francesas", el del cuento fantástico, trasplante original a Francia de una tendencia ya antigua en el país del Río de la Plata, donde la inmensidad del paisaje facilita el ensueño, y que iba a encontrar en español su expresión más perfecta en la obra de Jorge Luis Borges.

En medio de este espíritu de cooperación interamericana, Reyes aceptó tomar la palabra en una recepción organizada en honor de la visita oficial que hizo Paul Groussac, director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y célebre escritor argentino, a su patria de origen. La cere-

[221] Reyes, *O.C.*, t. X, p. 82: "Amado Nervo". La traducción de este poema hecha por Supervielle se publicó en la *Revue Européenne*, octubre de 1927.

[222] Véase también *Correspondance Larbaud-Reyes*, p. 54.

[223] Supervielle, "Hommage" en *Libro jubilar de Alfonso Reyes*, p. 369.

[224] Reyes, "Realismo", en *A lápiz*, *O.C.*, t. VIII, p. 232. Véase también "Los escollos de la novela", en *Las burlas veras, 2° ciento*, p. 23.

monia tuvo lugar en la Sorbona el 26 de noviembre de 1925.[225] En otras épocas, hubiera sido impensable encontrar el nombre de un orador mexicano, entre los que celebraban la carrera excepcional de un franco-argentino, junto a las más grandes personalidades de los dos países, Yvon Delbos, ministro de Educación Pública, Georges Lecomte, presidente de la Societé des Gens des Lettres, Álvarez de Toledo, ministro de la República Argentina, y el profesor Martinenche. Reyes explicó esta participación como la mejor prueba de que Groussac no era únicamente un gran francés y un extraordinario escritor argentino. Por la síntesis que había logrado, al unir en él las cualidades a veces opuestas de los dos pueblos, se había convertido en un "ciudadano universal", expresión que no debió de disgustar a Valery Larbaud. De la vida de Paul Groussac, de su obra, todos los europeos, todos los americanos, todos los hombres podían extraer una enseñanza. Joven oficial del Mediodía francés, Groussac había abandonado de repente Francia para emprender la aventura en las llanuras del Río de la Plata. No sabía una palabra de español. Había trabajado como pastor varios años y después se había ido incorporando lentamente a la vida intelectual argentina hasta llegar a ocupar uno de sus mejores puestos. Había contribuido a borrar "las fronteras geográficas". En su noble alocución,[226] don Alfonso no resistió la mención de un tema particularmente querido, el del desarraigo, aportando ejemplos de su propia experiencia y de la de sus amigos. Groussac había triunfado personalmente sobre estas dificultades en las que se quiebran a veces otros más frágiles. Invirtiendo por una vez los papeles, el orador se había complacido después en evocar, en esta sede del pensamiento francés y ante tantas personalidades de diferentes países, la influencia y la seducción que había podido ejercer América sobre los europeos. América tenía el orgullo, la gloria de ser un imán para todos los soñadores europeos, para los conquistadores que habían derramado mil veces sobre el suelo americano su imaginación y su sangre. Para Humboldt, entre los alemanes. En cuanto a Francia, el ejemplo de Paul Groussac tenía cabida entre los de Jacques de Liniers y de Amédée Jacques, este último profesor francés de filosofía que llegó a ser en su época director del catastro en Argentina.

Groussac, pese a sus setenta y siete años y la ceguera que lo abrumaba, era un hombre moderno, un precursor de aquella nueva mentalidad del hombre de acción que tendía a difundirse entre los menores de treinta años: "...los muchachos tienen razón, y hacen ahora lo que el mundo necesita de ellos". Reyes había visto, en este discurso que hubiera podido no ser sino un homenaje oficial entre otros, la ocasión de

[225] Véase el programa de esta ceremonia en el *Paris-Times* del 24 de noviembre de 1925.

[226] Reyes, "Homenaje a Paul Groussac", en *Simpatías y diferencias, 5ª serie*, *O.C.*, t. IV, p. 456.

profundizar en el estudio de los vínculos psicológicos que podían unir a Europa y América. Había empleado un castellano muy nuevo, intencionadamente rápido y preciso, simple y directo, sin por ello perder el sabor de las imágenes, tradicional en esa lengua, ni su aptitud para describir las andanzas de los espíritus. Con su propia presencia y la altura de los temas que expuso, había transformado una ceremonia puramente franco-argentina en un pacto ejemplar de concordia universal. Paul Groussac ilustraba el papel que un temperamento generoso, a la par que un pensador, podía desempeñar en nuestro mundo moderno. Ante este anciano de corazón tan joven, el propio Reyes, en un autorretrato demasiado modesto, se colocaba, a los treinta y seis años, entre los "últimos tentados por el Gabinete de las Musas", y se calificaba como "el último alumno de las letras": olvidaba decir que él también sabía ser un hombre de acción y de "buena voluntad".

Mientras estuvo en París, diversas circunstancias contribuyeron a alimentar en Reyes un verdadero interés por los países del Río de la Plata: el homenaje a Paul Groussac, la amistad y los relatos de Jules Supervielle sobre todo, y el recuerdo de Rodó, entusiasmo de juventud que ambos compartían ya que Julio se había carteado con "Ariel" y lo había traducido. Además, Reyes no ignoraba que su estancia en la capital francesa sería de corta duración y que muy pronto tendría que incorporarse al puesto de Buenos Aires al que ya había sido destinado. En los círculos parisienses que frecuentaba, Reyes encontraba con frecuencia la profunda huella que había dejado el escritor argentino Ricardo Güiraldes. A través de Valery Larbaud y de Díez-Canedo, a don Alfonso le había llegado la fama de aquél desde la época madrileña. En París, oía hablar mucho de él, de sus obras, de los versos tan modernos de *Cencerro de cristal*, de *Raucho* —una novela que evocaba la vida de los americanos en París—, de *Xaimaca*, de *Don Segundo Sombra*, sobre todo, obra que Güiraldes había emprendido en Francia siguiendo los consejos de Valery Larbaud, pues fue a orillas del Sena donde este argentino había comprendido la originalidad y el encanto de su Pampa natal. Adrienne Monnier y Jules Romains también habían brindado a Ricardo y a su joven esposa Adelina su entusiasta amistad y les habían prodigado su aliento. Pero Güiraldes, semidiós dotado de todos los dones de la belleza, de la riqueza y de la inteligencia, seguía siendo para Reyes un ser inasible ya que no habían podido coincidir nunca en sus viajes y cada vez que don Alfonso llegaba a París, el escritor argentino acababa de regresar a la Argentina o partir de vacaciones a otros lugares. No obstante, su valor excepcional repercutía en su propio país y en Reyes comenzaba a crecer una prometedora utopía de Argentina. Llegaron además las revelaciones de Gervasio Guillot Muñoz que descubrieron todo lo que Lautréamont y Jules Laforgue debían a su patria americana. Sabemos de la emoción que suscitaron en Jean-Aubry y en Larbaud, en el entorno de Reyes. No sin una secreta en-

vidia, el mexicano pensaba en esos países ricos que no habían conocido ni la guerra como Europa ni la revolución. Producto de esta abundancia, en Argentina se perfilaba un movimiento literario original, impulsado con ardor desde París por Larbaud. Se habían fundado revistas que ponían de manifiesto esta voluntad de cambio. Así fue como Jules Supervielle y Larbaud contribuyeron a tejer indirectamente los lazos de simpatía que Reyes estableció con aquellos grupos argentinos incluso antes de abandonar París. La presencia en La Plata de su gran amigo Pedro Henríquez Ureña, que desde hacía unos meses daba clases de filología en la recién inaugurada universidad de esa ciudad tan nueva vecina a Buenos Aires, y la abundante correspondencia que intercambiaron durante aquel periodo reforzaban aún más el atractivo un poco mítico que esos países lejanos y tan diferentes a su México natal empezaron a ejercer en él. Sobre todo después de la guerra, Reyes pensaba que, en todos los niveles, las diferentes repúblicas americanas estaban interesadas en la unión. Empezó a enviar artículos a la revista *Valoraciones* de La Plata, a seguir la actividad de los jóvenes grupos porteños: ya no era tiempo de rivalidades limitadoras.

## Jean Cassou

La simpatía que se había iniciado en Madrid entre Reyes y Jean Cassou se convirtió en "una gran y profunda amistad" cuando Reyes recibió su nombramiento para Francia.[227] El nuevo ministro de México y el joven hispanista, escritor y traductor de talento, tenían numerosos amigos en común y coincidían a menudo. La inteligencia de Cassou, su sensibilidad, su sutil penetración psicológica y su intimidad con Reyes hacen de los numerosos artículos que aquél le consagró documentos valiosos, más útiles tal vez para quien quiera penetrar, más allá de la sonrisa simpática y del franco apretón de manos que todos sus interlocutores notaban, verdaderamente en el estado de ánimo de don Alfonso durante su estancia en París. Los ratos pasados en la terraza del Weber, en la rue Royale, en la claridad dorada del otoño parisiense, con Jean Cassou, Manuel Ponce, José Moreno Villa y Corpus Barga cuando estaban en París, fueron siempre para Reyes uno de sus mejores recuerdos.[228] En casa de Jean Cassou, vio muchas veces a Unamuno, quien, lo mismo que el año precedente, no se acostumbraba al exilio, al cosmopolitismo y a la alegría ligera de la vida parisiense. Fue en casa de Jean Cassou donde Reyes conoció a Rainer Maria Rilke. Un día que don Alfonso se había retirado bastante temprano en compañía del joven poeta austriaco para regresar

[227] *Cf.* Jean Cassou, "Alfonso Reyes", *Culture Française*, abril de 1960.
[228] *Cf. Diario* de Reyes, p. 114, 27 de septiembre de 1925.

a su casa caminando por las orillas del Sena, Unamuno hizo sobre él una reflexión que a partir de entonces fue mencionada y comentada innumerables veces por sus amigos y que Reyes consideró el cumplido "más conmovedor que pudiera recibir y desear": "La inteligencia de Reyes —había dicho Unamuno— es una función de su bondad".[229]

Jean Cassou fue invitado con frecuencia a los tés y a las veladas musicales de la rue Cortambert, así como su madre, bella española, y su prometida, que era hija del profesor Jankélévitch, el traductor de Freud. Otras veces, conociendo el gusto del joven francés por las bellas artes, Reyes lo invitaba a cenar con algunos artistas, como el español Gregorio Prieto o su antiguo amigo Ángel Zárraga.[230] Cassou y Zárraga simpatizaron y se vieron con Reyes en el taller del pintor mexicano para estudiar el proyecto de una edición común. Movidos por el mismo interés hacia la pintura, en particular hacia los cubistas, Cassou y don Alfonso visitaron a Delaunay, y Reyes pudo también conocer a Sonia Delaunay, cuyos famosos textiles decorados seguían llevando para él la aureola de un especial prestigio porque lo remitían a la época de Apollinaire, quien gustaba de ellos y los había mencionado en *La femme assise*.

A los veinticinco años, crítico precoz, Jean Cassou llevaba regularmente la crónica de las "Lettres espagnoles" en el *Mercure de France*, tenía las puertas abiertas en la *NRF*, escribía en un sinnúmero de revistas y publicaciones periódicas y, en particular, en revistas hispanistas como *Hispania*, *La Vie Latine*, *l'Action Latine*, etc. El español era su lengua materna y había adquirido una sólida cultura hispánica a través de sus lecturas personales y las clases del profesor Martinenche en la Sorbona. Entre los hispanistas parisienses, de los cuales muchos eran autodidactos, desde el punto de vista del hispanismo, como Larbaud y Miomandre, Jean Cassou era una autoridad. Se le pedía consejo en los casos difíciles, se le consultaba acerca de una traducción complicada. Al mismo tiempo, este joven novelista tenía muchos amigos entre los escritores y los editores franceses. Había sido el secretario de Pierre Louÿs, tenía vínculos con Edmond Jaloux y con Simon Kra, quien acababa de lanzar la interesante *Revue Européenne* y su colección de *Panoramas des Littératures contemporaines*.

Jean Cassou había presentado primero su traducción de *El plano oblicuo* de Reyes a la editorial Emile-Paul, su editor habitual. Cuando se enteró de que esta editorial no iba a publicar el libro, llevó el manuscrito

[229] "La inteligencia de Reyes es una función de su bondad", transcrito por Reyes en *Marginalia, 2ª serie*, p. 51. Encontramos el eco de esta opinión en uno de los artículos de Cassou: La cantidad de paradojas, notas y divagaciones a las que éste se abandona, permiten agregar un rasgo más a la fisonomía de nuestro amigo: la bondad". "Alfonso Reyes", *La Vie Latine*, marzo de 1925.

[230] Véase precisamente en la *Correspondance Larbaud-Reyes* el retrato de Jean Cassou hecho por Gregorio Prieto.

a Gaston Gallimard, quien lo aceptó e hizo una cita con Reyes para la firma del contrato. Pero el volumen que formaban estos cuentos era demasiado delgado y Reyes propuso, para darle consistencia, escribir un "Flots de flûte" que quedó en proyecto y del que en todo caso nosotros sólo conocemos su título, tan debussyano.[231] A la espera del nuevo texto, Jean Cassou publicó en diversas revistas algunos cuentos de *El plano oblicuo*. Su traducción tenía la plena aprobación de Reyes y significaba un gran avance respecto al texto de Georges Pillement, sobre el que Reyes se mantuvo muy discreto.[232] Cuando Adrienne Monnier le pidió que colaborara en su revista *Navire d'Argent*, Reyes pensó en primer lugar dar a esta difícil exégeta la traducción que Jean Cassou había hecho de "En las repúblicas del Soconusco", otro cuento de la colección. Cada vez más entusiasmado por Reyes a medida que lo iba conociendo mejor, el joven escritor quiso ayudarlo a "lanzarse" en París.[233] Don Alfonso acudió a él cuando planeaba reunir en una edición parisiense la colección de sus versos ya traducidos al francés por diferentes amigos.[234] Al excelente hispanista que era Jean Cassou, Reyes le confió una labor delicada, la revisión de la traducción que Jeanne Guérandel había hecho de *Visión* de *Anáhuac*, antes de que fuera publicada en la colección "Une oeuvre, un portrait" de Gallimard. Jean Cassou —"en plena efervescencia juvenil", decía Reyes— multiplicaba acerca de su amigo mexicano los artículos desbordantes de sinceridad y de elogios, que incluso pueden llegar a parecer ditirámbicos, en los que el ministro de México aparecía como un "dios sonriente, dotado de la sabiduría griega... hombre perfecto", cuya educación era "exquisita, su cultura refinada y de gusto certero y delicado".[235] Ocho años de edad separaban a uno del otro y Reyes ante "Juan Caso", como gustaba llamarlo, desempeñaba el papel del mayor, escuchaba sus confidencias sentimentales y trataba de aconsejarlo con prudencia respecto a su apasionado deseo de ir a instalarse en México. El abuelo de Cassou había vivido en México y de todas las repúblicas latinas ésta era con mucho la que prefería; para evadir una situación familiar bastante complicada, Cassou se quería ir a vivir a México. "¡Y que

[231] Para engrosar el volumen, Casou finalmente decidió traducir el ensayo "Huelga", escrito el 13 de agosto de 1917 a raíz de las grandes huelgas españolas, y que había permanecido inédito hasta que más tarde fue incluido en *Las vísperas de España* en 1937.

[232] Mucho antes de que Jean Cassou se interesara por *El plano oblicuo*, Pillement había traducido uno de sus cuentos, "Lucha de patronos", y lo había publicado en la *Revue de l'Amérique Latine* de diciembre de 1922.

[233] Reyes decía: "Mi encauzador, o mejor mi lanzadera entre las dos lenguas, Jean Cassou", *Diario*, p. 133.

[234] La selección italiana se iba a confiar a Mario Puccini y la inglesa a Waldo Frank.

[235] Jean Cassou, "Alfonso Reyes", *La Vie Latine*, marzo de 1925, y también en el mismo artículo: "Todo en Reyes certifica la autenticidad, la autoridad, la perfección de una naturaleza bien nacida".

no le hablen de Buenos Aires!", decía Reyes riendo. No obstante, advertía a su joven amigo sobre los escollos del exilio, que él conocía de sobra, las dificultades que encontraría, así como las suyas propias, para lograr en México una situación social equivalente a la que tenía en Francia. "México era sin lugar a dudas tierra de esperanza y de porvenir, pero no había que tomar demasiado a la letra estas perspectivas luminosas a partir de 1925." No obstante, ante la gran insistencia de Jean Cassou, Reyes ideó un proyecto que podía hacer favorable su instalación en México. Precisamente entonces acababa de irse a pique *L'Écho Franco-Mexicain*, periódico de la colonia francesa, debido a una mala administración. ¿Por qué no crear otro y confiar su dirección a Jean Cassou? Este órgano sería un nuevo vínculo entre Francia y México, y los escritores mexicanos encontrarían un nuevo medio de expresión e incluso quizás de llegar al público francés. No cabe duda de que había que contar con el apoyo del Quai d'Orsay, con la colaboración de la oficina que dirigía Jean Giraudoux. Reyes hizo partícipe del proyecto al conde Déjean, quien desde el principio se mostró poco favorable. No le quedó más remedio que desanimar a Jean Cassou, a quien Reyes no quería ver partir a la ventura.[236]

A medida que se iba profundizando su amistad, Jean Cassou, observador sutil y psicólogo fino, analizaba mejor a don Alfonso en sus maneras de actuar y de escribir, y trataba de llegar a través de él a la esencia del alma mexicana, a distinguir lo que la diferenciaba de la española. La expresión que acudía con mayor frecuencia a su pluma es la de cortesía, "cortesía verdadera, nobleza, elegancia, gentil, profunda y sonriente humanidad".[237] Celebra su sentido de la mesura, rasgo mexicano que lo acercaba al espíritu francés. "Es necesario creer que en la naturaleza mexicana hay una nobleza, una firmeza de gusto, una finura de análisis que hacen que en todas las búsquedas que emprende sepa evitar los tropiezos y las torpezas. El mexicano conoce su medida y se hace una idea exacta de su riqueza, sin vacilaciones."[238] En los poemas de *Pausa* percibía "un cierto aire de ternura secreta, una melodía lejana y mágica, algo pérfida... que viene con seguridad de lo más recóndito de la raza de Reyes".[239] Pues este observador francés se mantenía sumamente atento a la herencia que pudiera conservar de su raza indígena y de su pasado secreto un hombre en quien estos rasgos se mezclaban con la experiencia europea más elaborada: "Todo lo que se imagina de complejo y refinado en el alma indígena se mezcla con la más rica cultura española y europea

[236] Véase el *Diario* de Reyes, p. 162, 30 de octubre de 1926.

[237] Jean Cassou, "Le message des letres hispano-américaines", *Preuves*, enero de 1954.

[238] Jean Cassou, "Alfonso Reyes", *La Revue Bleue*, 17 de julio de 1926.

[239] Jean Cassou, "Poésie: *Pausa* de Alfonso Reyes", *Nouvelles Littéraires*, 24 de marzo de 1928.

para formar el delicado genio de Alfonso Reyes".[240] Por encima de todo, Cassou destacaba la tendencia de Reyes al preciosismo de estilo, a lo infinitamente refinado y también su familiaridad con "lo transparente, lo sutil, lo aéreo", su entendimiento de las delicadezas del corazón.[241] La vida intelectual estaba lejos de ser para Reyes tan esterilizante como para muchos franceses. La cultura de don Alfonso contribuía a su acercamiento a otros hombres, se beneficiaba de su simpatía universal por los seres y las cosas, expresaba su fe en un acercamiento entre todos.[242] Para él "cultura" también era "comercio" —en el sentido en que Valéry y Larbaud habían escogido esta palabra para titular su revista—, "comercio con los hombres, las mujeres, los libros, las ideas, amigos muy selectos..." Lejos de aislarse en una torre de marfil, él permanecía "atento, meticulosamente atento", a la escucha de otros hombres.[243]

Los artículos que Cassou dedicó a su amigo Reyes son con frecuencia el reflejo de sus conversaciones y nos ayudan a precisar lo que fueron sus ideas y sus gustos en aquella época. Entonces estaba de moda ese jueguito de la biblioteca ideal que inspiró a Larbaud *Le Gouverneur de Kerguelen*.[244] "¿Cuáles son los libros que le resultan más indispensables en este momento o, si tuviera que quedarse en una isla desierta, qué libros se llevaría con usted?" La selección que Reyes confió a su amigo Jean Cassou era muy elocuente respecto a sus aspiraciones y sus inquietudes: en primer lugar, los místicos españoles, y ante todo San Juan de la Cruz; después los conceptistas, los románticos alemanes y tres poetas franceses: Nerval, Laforgue y Mallarmé.[245] Jean Cassou habla en varias ocasiones de la atracción que compartía con Reyes por la literatura fantástica y por las ciencias mágicas, rayana en una verdadera "nostalgia de las literaturas ocultas", perceptible de igual manera en los versos que le había dedicado Jules Supervielle. Reyes era en *El plano oblicuo* "un cuentista de la especie más extravagante" y por ello Jean Cassou lo comparaba a escritores como Edgar Allan Poe, Hoffmann o Andersen.[246] Sobre las posiciones políticas de Reyes, Jean Cassou guarda discreción pero da a conocer las ideas que compartía con don Alfonso sobre la interpretación de las guerras y de las revoluciones, "desgarraduras necesarias y justificadas de las acciones en la historia de las civilizaciones", conclu-

[240] Jean Cassou, "Alfonso Reyes", *La Vie Latine*, marzo de 1925.

[241] Jean Cassou, "Hommage à Alfonso Reyes", en *Hommage des Alliances Françaises du Mexique*, París, 1962.

[242] "Le message des lettres hispano-américaines", *op cit.*

[243] Jean Cassou, "Alfonso Reyes", *Culture Française*, abril de 1960.

[244] *Cf.* la nota de la p. 273, *Correspondance Larbaud-Reyes*.

[245] Jean Cassou, "Alfonso Reyes", *La Vie Latine*, marzo de 1925. Véase el artículo titulado también "Alfonso Reyes", publicado el 1° de abril de 1924 en la *Revue de l'Amérique Latine*, y en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. I, p. 42.

[246] Jean Cassou, "Alfonso Reyes", *La Revue Bleue*, 17 de julio de 1926.

sión dolorosa a la que Reyes había llegado a través de años de sufrimiento.[247]

Reyes no escribió ensayos importantes sobre la obra de Jean Cassou, pero se refiere con frecuencia a él amistosamente y con estima en sus libros y en su correspondencia, y hasta llegó a definir qué era lo que esta amistad le aportaba: luz de la inteligencia, calidez, y eso tan francés que se llama fantasía, aptitud para el cambio, la invención incesante y no siempre razonada. En un pequeño poema que un día le envió para agradecerle un libro, comparaba sus relaciones amistosas con un calidoscopio, ese instrumento que no había dejado de estar de moda desde los románticos, que había seducido a Gide después de a Hugo y Verlaine y que bien podía representar a los ojos de un extranjero las variaciones traviesas y estructuradas del espíritu francés.[248]

**Jules Romains**

Don Alfonso volvió a ver con gusto en París a Jules Romains, entonces en plena producción literaria, novelista consagrado desde *Lucienne* y uno de los grandes autores dramáticos con *Knock*. El ministro de México fue invitado a asistir el 30 de septiembre de 1925, en la Comédie de los Campos Elíseos, al estreno del acto burlesco y satírico *Demetrios*. Fue tan placentero para él ver la obra de teatro como sentirse en "un público de escritores y de críticos netamente francés".[249] Se reunían con frecuencia en casa de Adrienne Monnier, donde Reyes asistía a las bellas lecturas que hacía Jules Romains de sus obras. El escritor francés recibió en varias ocasiones a don Alfonso en la intimidad de su hotelito particular en la rue des Lilas, en Buttes-Chaumont. En el jardín, prácticamente abandonado al estado natural, o en su enorme despacho de trabajo, Jules Romains contaba sus recuerdos de la rue d'Ulm o describía los círculos parisienses de teatro que tan bien había llegado a conocer. Hablaban, con el corazón en la mano, de política, de literatura o de biología. El espíritu curioso de Reyes escuchaba con el mayor interés la descripción de aquellos experimentos que habían llegado a conceder a algunos ciegos una "visión" con otras partes del cuerpo. Hay algunos elementos nerviosos, cuya función sigue siendo desconocida, que terminan en la epidermis, y el ojo no sería más que una parte de la piel que se ha ido especializando poco a poco.[250] Como es natural, el cuerpo médico se había burlado de estas ob-

[247] Jean Cassou, "Alfonso Reyes", *Preuves*, enero de 1954. En este mismo artículo, Jean Cassou también dice: "...todos los momentos feroces, todos los movimientos nacidos de fuentes populares confirman su autenticidad contribuyendo a una civilización".

[248] "Triolete a Jean Cassou", en *Cortesía*, *O.C.*, t. X, p. 262: "Como juega el calidoscopio,/juega tu amistad con la mía".

[249] *Diario* de Reyes, p. 115.

[250] Reyes, "La mano del comandante Aranda", en *Quince presencias*, p. 178.

servaciones, y para vengarse de estas burlas "de manera molieresca" Romains había escrito *Knock*. En recuerdo de aquellos momentos de intercambios científicos, le entregó a Reyes la *plaquette* en la que había consignado sus trabajos y Reyes hizo varias veces alusión a esta monografía refiriéndose a ella como "un modelo de razonamiento técnico".[251] El inventor del doctor Knock posaba también sobre los escritores franceses su mirada azul, tan clara que hacía pensar en un cristal o en el agua de un glaciar. Decía de Proust que era "demasiado portero"; "lo cual es cierto", agregaba Reyes. De Paul Valéry, que era un tipo de poeta al que "el mundo quiere hacer una última caravana simbólica a fin de que la poesía se largue definitivamente".[252] La conversación de Jules Romains estaba llena de estas salidas insolentes, muy festivas. Reyes más tarde evocó la facilidad con la que el autor de *Copains* multiplicaba las notas de ingenio y los juegos de palabras.[253] Después, entre estos dos hombres observadores de su época y preocupados por el futuro, la conversación se elevaba hacia aquella época efervescente que era la suya en la que, a través de las creaciones y de los deseos nuevos, trataban de distinguir lo que produciría una Europa nueva y tal vez la mentalidad de un mundo diferente. Jules Romains era también "un hombre de razón", movido "por una sed insaciable de claridad". Pasaba todo por la criba, no dejaba nada en la sombra, nada en vilo, "esta inteligencia francesa era ante todo explicación y clasicismo". No obstante —y esto complacía también infinitamente a don Alfonso—, concedía "un gran lugar al humor y hasta a la risa rabelesiana" y dejaba un gran margen a la investigación rigurosa de lo desconocido". Al tratar de definir a Jules Romains, ¡qué justo retrato hacía Reyes de sí mismo![254] Don Alfonso exponía el paralelismo que se podía establecer entre el unanimismo de Romains y las teorías que su amigo Ortega y Gasset había desarrollado en *La rebelión de las masas*. Se encontraba la misma tendencia de la novela moderna a tomar por héroe, ya no al individuo, sino a una colectividad. Para don Alfonso, éste era "el signo de la epopeya".[255] Jules Romains defendía ante él la causa de Zola, que le había transmitido su amor por las multitudes. A los cuarenta años, planeaba escribir una novela "de dimensiones inusitadas... una vasta ficción en prosa que expresaría

[251] Jules Romains, *La vision extra-rétinienne et le sens paroptique*, París, 1920. Véase Reyes, "La función ancilar", en *El deslinde*, *O.C.*, t. XV, p. 56.

[252] En francés en el *Diario* de Reyes, p. 121: "le monde veut bien faire une dernière courtoisie symbolique, afin que la poésie fiche le camp définitivement".

[253] "No había nacido para el placer fácil de ensamblar palabras, si bien nadie estaba mejor dotado que él, cuando quería, para los divertimentos verbales." Alfonso Reyes, "L'esthétique de Jules Romains", en *Hommages à Jules Romains pour son soixantième anniversaire*, Flammarion, 1946, p. 128.

[254] Reyes, "L'esthétique de Jules Romains", *op. cit.*, p. 128.

[255] Reyes, "Las 'funciones formales' en particular", en *Apuntes para la teoría literaria*, *O.C.*, t. XV, p. 476. Véase también *Al yunque*, p. 115.

en el movimiento y la multiplicidad, en el detalle y el devenir" su visión del mundo moderno.[256] Ya no se trataba de escribir varias novelas, como las de Balzac o las de Flaubert, que mostraran diferentes tipos humanos y cuya yuxtaposición daría por resultado, de buen o mal grado, el equivalente a una pintura de conjunto. Ya Proust, Duhamel, con los Salavin, en proceso de publicación, Martin du Gard con *Los Thibault*, habían tomado como unidad de observación a una clase social, una familia. Pero estos grupos le parecían todavía demasiado restringidos al socialista Jules Romains, quien buscaba el acuerdo entre sus opiniones políticas y sus aspiraciones de novelista. Era toda su época, la sociedad misma lo que él quería describir, en su conjunto, en su diversidad, en su marcha pesada y entrecortada. Pero el unanimismo no exaltaba a las masas en detrimento de los individuos.[257] "En el tropel de voluntades, decía, debe haber algunas que son las buenas voluntades." Y Reyes meditaba cuando lo escuchaba valerse de esta expresión bíblica que estaba desde hacía tiempo en su propia pluma, y que designaba a esta nueva especie de hombres cuya mentalidad había sido muchas veces moldeada por la guerra, hombres de acción y de responsabilidad que eran "la gracia y la sal" de nuestra época, y sobre los que iba a basarse la sociedad en formación. El héroe colectivo de Romains era, así pues, este "escuadrón de hombres de buena voluntad que, fustigados por un aire vivo, se han puesto en marcha hacia el futuro".[258] Los destinos individuales "caminan cada uno por su propia cuenta, ignorándose la mayor parte del tiempo". El novelista se negaba de antemano el subterfugio de muchos de sus predecesores que hacían que "todos se encontraran como por azar en la misma encrucijada". Desde esta perspectiva social, el escritor francés trataba de apelar a un público muy amplio y no únicamente a la élite. Hablaba de que entre sus lectores y él tenía que establecerse "una inmensa camaradería". Era conveniente hacer uso de un tono simple, despojado de todo "estilismo", pues "la sustancia misma es la que determina la forma".[259] Por supuesto, grandes partes de su novela tenían lugar en París, ciudad de la que desde hacía tiempo Romains estaba fervientemente enamorado y a la que ensalzaba.

Un día de febrero de 1926, sabiendo que estaba interesado por las letras del otro lado del Canal de la Mancha, Jules Romains invitó a su amigo mexicano a desayunar con sus traductores ingleses. Éstos eran una pareja simpática y habían conocido bastante bien a Henry James. Al escucharlos Reyes pudo verificar los buenos fundamentos de los testimonios que Edmund Gosse había aportado sobre el gran novelista. A

[256] Jules Romains, Prefacio a *Hommes de bonne volonté*, Flammarion, 1958, p. 5.
[257] Reyes, "L'esthétique de Jules Romains", p. 129.
[258] *Ibid.*, p. 130.
[259] *Ibid.*, p. 128.

pesar de todos sus amigos ingleses y pese a las invitaciones cotidianas que recibía, el gran americano se había sentido siempre extranjero en Inglaterra. Esto recordaba a don Alfonso lecturas gratas, dolorosas heridas que no habían cicatrizado del todo, y le permitió explicar en dos palabras a sus huéspedes "el verdadero problema de la literatura hispanoamericana en París, donde lo único que se pedía al americano era lo pintoresco y lo exótico". De este modo se le confinaba "en una literatura mediocre y, lo que es peor, falsa". Jules Romains lo había comprendido "admirablemente". En nuestro mundo moderno, le decía Reyes, la existencia de América Latina es "un hecho patético".[260]

**Adrienne Monnier y André Gide**

Gracias a la introducción de Jules Romains, Reyes se había convertido en uno de los asiduos a la librería de préstamo de Adrienne Monnier, rue de l'Odéon número 7, a la que, pese a su discreto escaparate, le gustaba llamar "el último salón literario de París". Llegaba a hojear las últimas novedades y se encontraba con Valery Larbaud, Paul Valéry y muchos otros amigos franceses o extranjeros, escritores, compositores, pintores. La voz grave y cálida de Adrienne, su cabecita de "monja sibarita", animaban desde hacía diez años aquellos lugares venerables por los que habían pasado tantas glorias, donde Apollinaire había disertado ante el joven André Breton, mudo de admiración. Cerca del enorme calentador, ya legendario, Reyes presenció las reuniones de un equipo en torno a Larbaud para traducir el *Ulises* de James Joyce. Una de las costumbres de la casa era, en efecto, confrontar constantemente la producción francesa con la literatura inglesa, explorada en común con Sylvia Beach, propietaria de la Shakespeare and Co., la "librería gemela" de enfrente, al otro lado de la rue de l'Odéon. Reyes amaba la independencia, el eclecticismo inteligente de estos espíritus escogidos. Todo escritor, unanimista, neoclásico, surrealista, consagrado o principiante era recibido con simpatía y comprensión, si era sincero y daba lo mejor de sí mismo. La firmeza del gusto de Adrienne Monnier era admirable así como la lucidez de sus opiniones. Quedaba lejos la estética fácil que tenía lugar en la orilla derecha, "en el gran mundo". Las timideces y la esclerosis de la crítica oficial, tal como se practica en la *Revue des Deux-Mondes* o en los *Annales*, eran las únicas que merecían la burla y el sarcasmo; y Adrienne podía ser muy mordaz.[261]

Ampliamente abierta a todos los horizontes, la "*boutique* divina" ya había recibido la visita de algunos españoles. Díez-Canedo y Ramón Gó-

[260] Reyes, "Un paso de América", *Sur*, Buenos Aires, núm. 1, verano de 1931. Véase también el *Diario*, p. 122.

[261] "...siempre se aprecia allí (rue de l'Odéon) lo nuevo que se escribe con el rigurosísimo criterio que Ud. conoce. Nada me parece más tónico, para contrarrestar las ti-

mez de la Serna no dejaban de pasar en ella algunas horas cuando iban a París. Se estaba siempre al corriente de todas las novedades norteamericanas porque la hermana de Sylvia Beach enviaba constantemente desde Nueva York libros, discos y fotos. En cuanto a América Latina, estaba sobre todo representada por escritores procedentes de los países del Río de la Plata y de Brasil. Gracias a Jules Supervielle y a Larbaud, Victoria Ocampo, Ricardo Güiraldes y su joven esposa Adelina eran recibidos como amigos, y Eduardo Bullrich, gran bibliófilo argentino, era persona familiar al local. A través de Reyes, México apareció en esta red de amistades que se estableció a pesar de océanos y fronteras y Adrienne se interesó por la originalidad de este país. Don Alfonso apreciaba el ambiente "austero y monacal, afable y dieciochesco" que Adrienne Monnier hacía que reinara en torno a ella y que no dejaba de recordarle "el franciscanismo conventual" que se respiraba en el Centro de Menéndez Pidal en Madrid.

Muy pronto se entabló una verdadera amistad entre la prestigiosa librera y los señores Reyes, que fueron invitados a aquellas cenas de gastrónomos cuyas recetas Adrienne debía a su origen saboyano. Alfonso participó en los ágapes del parque Montsouris, en aquella "mesa de albergue de un pequeño balneario termal suizo", en la que el número de invitados estaba rigurosamente limitado a cuatro o cinco.[262] Se hablaba de literatura, de surrealismo y también de pintura y de teatro, al que era muy aficionada la joven librera. A. Monnier tenía mucha relación con Marguerite Moreno, y también ella poseía talento de actriz cómica. Le contaba a Reyes que había representado papeles de obras de teatro burlescas de Jules Romains entre amigos, o en el *Protée* de Paul Claudel, a quien el escritor mexicano también admiraba. Adrienne llegaba a la rue Cortambert a agregar a los encantos de las cenas entre amigos su presencia agraciada y distinguida, su inspiración, su talento de imitadora, su conocimiento de varios años de experiencia en el París literario y artístico. A través de traducciones, ya que no sabía español, había podido hacerse una idea personal de algunas obras de Reyes y apoyaba cualquier iniciativa de traducción de más obras suyas. Cuando una de sus mejores

---

mideces y las parcialidades de la crítica oficial, que esa independencia de algunos espíritus selectos. Y eso, sin actitud pontificia, con viveza de epigrama, *avec la grâce, avec le sourire*. ¡Cuán bien comprendo que Ud. sienta el vacío de ese París *hablado*!... Es tan diferente del París *impreso*..." Carta de Marcelle Auclair a Reyes, fechada el 5 de marzo de 1928, es decir, después de la partida de Reyes a la Argentina. Inédita, en la Capilla Alfonsina.

[262] Que nosotros sepamos, Reyes nunca habló de estas reuniones en el barrio del parque Montsouris. Es Maurice Saillet, depositario del fondo de Adrienne Monnier y su mejor biógrafo, quien cita su nombre entre los de sus asiduos, en un artículo muy interesante en el que describe de maravilla el ambiente de gozosa fantasía de aquella época: "Valery Larbaud et Monsieur Ménard, artiste lyrique" (Dranem), *Cahier des amis de Valery Larbaud*, Vichy, mayo de 1972, núm. 9, p. 29.

amigas, Marcelle Auclair, tradujo "Golfo de México", de inmediato propuso publicar el texto y lo puso en primera línea del sumario de su revista *Navire d'Argent*. Desafortunadamente esta publicación tenía graves dificultades financieras y Reyes siguió con la mayor simpatía la decisión que tomó Adrienne de vender su propia biblioteca para compensar el déficit.[263] Aprobaba su determinación y las explicaciones que había dado al periodista de *Nouvelles Littéraires* que había ido a entrevistarla.[264] Había querido "mantenerse independiente" y pagaba cara esta determinación. Al vender sus libros, "que eran lo que más quería en el mundo", ella les pedía un servicio, "¿y qué homenaje más bello se puede rendir a los amigos que pedirles que la saquen a una de un apuro?". Paul Valéry y otros le habían enviado hermosos volúmenes para esta venta especial el 15 y 16 de mayo en el Hôtel Drouot. Reyes asistió a la primera parte de lo que fue un acontecimiento en la vida literaria de París y en la historia de la bibliofilia. La señora Reyes siguió la subasta hasta el final y consiguió para su marido una pieza rara, los *Poemas* de Edgar A. Poe traducidos por Mallarmé en su edición original. Bajo el martillo del tasador de la subasta desfilaron las mejores ediciones de la época, los más bellos libros de Paul Valéry, Duhamel, Valery Larbaud, Madame de Noailles, Rachilde, Claudel, Max Jacob, Saint-Léger Léger, André Salmon, Jules Romains, Radiguet, Gide, Morand, Montherlant, Mauriac, Miomandre, Mac Orlan, Lacretelle, Cocteau, Jammes, Edmond Jaloux, Frédéric Lefèvre, Giraudoux, Paul Fort, Léon-Paul Fargue, Delteil, Apollinaire, Maurice Martin du Gard y tantos otros, y hasta Édouard Herriot, escritores todos de los que Adrienne había sido con frecuencia amiga cercana, consejera y divulgadora.

A esta venta de libros hecha en nombre de la amistad, sacrificio realizado con espíritu de independencia, Reyes gustaba de oponer otras subastas un poco anteriores que había organizado André Gide. Don Alfonso detestaba la roñosería que la opinión pública adjudicaba a este escritor, su rigidez de protestante, el despotismo que desplegaba a veces en la *Nouvelle Revue Française*. Todos los escritores de lengua española sabían que a Gide no le interesaba América Latina y que le prohibía el acceso a la revista. Aunque bastante rico, Gide se había desprendido de sus libros para reunir el dinero necesario para su viaje al Congo. Pero no había manifestado su amor por estos preciosos volúmenes, no había expresado esta separación como dolorosa sino al contrario. En una reacción de originalidad contra la bibliofilia imperante, había declarado que "los libros bellos ya no le interesaban y que prefería leer a partir de entonces en las ediciones universitarias o populares, baratas, a fin de desprenderse de toda preocupación de coleccionista, de decorador, es decir, de esnob

[263] *Diario*, p. 164.
[264] "Chez Adrienne Monnier", *Nouvelles littéraires*, 15 de mayo de 1926.

o de aficionado". Reyes veía en ello el efecto de "la horrible puerta estrecha", la hostilidad hugonota hacia las cosas agradables.[265] Las malas lenguas contaban que André Gide había vendido las obras de escritores con los que se había enojado, como Claudel, a raíz de la publicación de *Corydon*.[266] Todos estos problemas referentes a las bibliotecas, la conservación o la venta de los libros eran familiares a Reyes y siempre lo apasionaron desde el momento en que a los veinte años decidió constituir una colección importante. Ya había escrito sobre ello en *El cazador*, en una página bastante paradójica, después de haber cantado un himno a la biblioteca bien conservada, que no permite los libros desparramados, manchados, y en la que finaliza con humor hablando de la necesidad de quemar de vez en cuando las bibliotecas o de tapiar sus accesos como lo habían hecho el cura y el barbero en el *Don Quijote*. ¿Qué sería de la humanidad si todas las obras de todos los tiempos se hubieran conservado? Algunas veces había que saber separarse de los libros. "Los libros, materialmente, son... el bien que más gravita sobre nuestras almas. ¿Cómo queréis que esté apto para la cruzada... cómo pretendéis que esté ágil para salir... aquel letrado que esconde en su casa y padece sobre su vida el peso de diez mil volúmenes? Diez mil volúmenes ordenados en sólidos estantes... ¡Imagen horrenda de la inmovilidad!"[267] Había tenido entonces, en 1917, la presciencia de las actitudes de André Gide y de Adrienne. Les había encontrado por adelantado excusas y explicaciones. En 1926, tuvo la precaución de anotar en su diario todo lo que oía que se decía sobre estas ventas de nuevo género, las declaraciones de Gide, las explicaciones de Adrienne. No había agotado el tema, sobre el que proyectaba escribir "otras divagaciones".[268]

La venta de su biblioteca después de la publicación de *Corydon* había situado a Gide en el primer plano de la actualidad literaria. En una entrevista que le hizo un periodista de Bogotá, con quien pudo hablar con mayor libertad que con un francés, Reyes confiesa mejor el fondo de su pensamiento sobre este escritor. Después de sus conversaciones con Larbaud y con Adrienne Monnier, y de otras lecturas que había hecho de sus obras, su opinión sobre el autor de *La puerta estrecha* se había matizado. Gide era ciertamente muy orgulloso y no propendía en absoluto a inspirar compasión. Para evitar quejarse de su anomalía, prefería estar dotado de un espíritu "satánico". Su famoso "inmoralismo" no era sino una manera altanera de traducir su dolor. Sentía la necesidad de hacer alarde de sus desviaciones. Por eso había escrito *Corydon*, experimentan-

[265] "Categorías de la lectura", en *La experiencia literaria*, *O.C.*, t. XIV, p. 161.
[266] *Diario*, p. 162.
[267] "Frestón", en *El cazador*, *O.C.*, t. III, p. 159.
[268] Como buen ejemplo de los métodos de composición de Reyes, los dos artículos en los que desembocan estas notas no los escribió sino hasta marzo de 1956. *Cf.* "La librería de Gide" y "La librería de Adrienne Monnier", en *Burlas veras, 2º ciento*, pp. 36 y 38.

do incluso una cierta voluptuosidad en esta confesión. El caso de *Corydon* no era una perversión sino la realidad de un gran dolor, una de esas heridas que marcan para siempre la psicología y el destino de un ser.[269] Reyes también había meditado sobre Gide escritor y sobre lo que había aportado a la literatura francesa: ante todo, "la limpidez de su estilo". A la literatura sobrecargada de artificios y de adornos que había sido la del siglo XIX, Gide había reaccionado con la sobriedad. Pero este papel histórico que lo situaba a la cabeza de la producción francesa contemporánea no bastaba, a los ojos de Reyes, para hacer de Gide un escritor de primer orden en el conjunto de la literatura francesa a través del tiempo. No era un escritor universal. "El arte supremo es alegría suprema o tragedia, Rabelais o Esquilo." El término medio siempre es limitado, y el arte de Gide adolece de ser estrecho o angustiado: es siempre *La puerta estrecha*. Reyes prefería el crítico al novelista. Gide era un maestro extraordinario para transmitir el contorno de las ideas, un especialista muy francés del "dibujo". Cuando consentía en olvidarse de sí mismo, en no querer decir cosas trascendentales, fatigado de sí mismo, entonces hablaba de los demás "con una maravillosa simplicidad".

**Mathilde Pomès**

En casa de Adrienne Monnier y entre los hispanistas de París, Alfonso Reyes y doña Manuela ahondaron la simpatía que sentían ya por Mathilde Pomès, a quien habían conocido en Madrid en casa de Díez-Canedo. Esta mujer, que había sido la primera catedrática de español en Francia, la única que pasó su licenciatura en 1916, en plena guerra y sin que hubiera participación masculina alguna, acababa de beneficiarse de una beca Albert Kahn que le había permitido vivir en Sudamérica. Como consecuencia de este irremplazable contacto directo, a sus amistades españolas había añadido muchas relaciones americanas.

Cuando decidió dar a conocer en Francia la obra de Gómez de la Serna, Valery Larbaud pidió a Mathilde Pomès, cuya competencia, cultura y fineza apreciaba, que le ayudara a traducir extractos de este amigo común.[270] En 1923 se publicó el fruto de esta excelente colaboración, el pequeño volumen *Échantillons*.[271] A partir de aquel momento, Mathilde

[269] "El inmoralismo de Gide es un gran dolor, un gran dolor oculto... Él necesitaba mostrar las turbaciones y hasta las desviaciones que su educación protestante produjo en su vida y escribió *El inmoralista*, y escribió el *Corydon*." Alejandro Vallejo, "Una hora con Alfonso Reyes" (marzo de 1927), suplemento semanal de *El Tiempo*, Bogotá, 19 de junio de 1927.

[270] *Cf.* Mathilde Pomès, "Valery Larbaud hispaniste", *Cahiers des amis de Valery Larbaud*, Vichy, núm. 2, 1967.

[271] Ramón Gómez de la Serna, *Échantillons*, traducción de Mathilde Pomès y Valery Larbaud, París, Les Cahiers Verts, Grasset, 1923.

Pomès agregó a sus funciones de enseñanza una actividad de traductora y de crítica que iba muy pronto a hacer de ella una figura importante del hispanismo francés, un vínculo de unión entre Francia, España y la América hispánica. A los treinta y seis años, Mathilde Pomès ya había adquirido en los círculos literarios de París un lugar bastante envidiable para una mujer y desempeñaba lo que hay que denominar su papel de precursora —a falta de un término más femenino para designarlo— con una gran seriedad, una perfecta conciencia que no excluía ni la simplicidad ni la sonrisa. En homenaje a esta discreción, sus compañeros de estudios pretendían tratarla como si fuera un hombre y la llamaban "Pomès". Pero su gran amigo Paul Valéry había presentido toda la femineidad que se ocultaba bajo esta reserva y la llamaba "Pomesita".[272] Para Alfonso y Manuela, ella será siempre "la cara Matilde". La señora Pomès había hecho su tesis de doctorado sobre Ángel Ganivet y la repercusión de su *Idearium*, pero no había proseguido sus investigaciones ya que no le atraía tanto la erudición como la traducción y sobre todo la poesía. En efecto, había comenzado a escribir los poemas cuya publicación le valió el premio Heredia de la Academia Francesa.[273] A Reyes le gustaba su lirismo; muchas veces la presentó a sus lectores con estas palabras: "el poeta Mathilde Pomès".

Seguir las clases en la Sorbona, ganar la cátedra masculina, partir para España, viajar sola durante meses por América, franquear el umbral del Café Pombo en Madrid, establecer relaciones de amistad con algunas mujeres, entre las que se contaba Adrienne Monnier, pero también con muchos hombres, escribir y publicar artículos, libros, poemas, traducciones, constituían entonces un conjunto de proezas y de audacias poco comunes, sobre todo cuando el medio de origen, por muy honorable que fuera, no abría de entrada todas las puertas.[274] Su cultura de helenista y sus estudios de español habían formado el gusto de esta pirenaica que se sentía al unísono con los círculos más discretamente refinados de la capital. Era recibida como amiga en casa de los Manet, los Morisot, los Gobillard, todas esas familias que se habían movido en torno a Mallarmé y entre las que Paul Valéry había escogido a su mujer. Más de diez años de enseñanza en el liceo Pasteur y después en la Escuela de Ciencias Políticas habían enseñado la paciencia a este temperamento ardiente, a aque-

[272] Mathilde Pomès, *À Rome avec Montherlant*, editorial André Bonne, París, 1951, p. 194.

[273] *Ferveur*, editorial La Jeune Parque, 1928 (con una carta-prefacio de Paul Valéry): *Saisons*, Poesía, París, 1931; *Absence comblée*, editorial Les Nourritures Terrestres, París, 1932; *Goût du matin*, Les Nourritures Terrestres, París, 1934; *Ces mots...*, La Maison du Livre Français, París, 1935 (premio Heredia de la Academia Francesa); *Altitude*, Cahiers du Journal des Poètes, Bruselas, 1938.

[274] En su libro *A Rome avec Montherlant*, p. 133, Mathilde Pomès habla de la modestia de sus inicios, "joven profesora con 276 francos al mes (con una cátedra de hombre; la cátedra femenina estaba valorada sólo en 197 francos...)".

lla que, como ella misma confesaba, había sido una niña "un poco muchacho" y una joven impulsiva. Seguía siendo simplemente risueña y maliciosa y Manuela y Alfonso Reyes en 1925 conocieron a una persona todavía bella, cuidada, interesada por la moda y la elegancia, instalada en un departamento digno y sobrio de la rue de Grenelle, rica en amistades, poco mundana, en suma, un tipo de mujer bastante nuevo. A las salidas y a las veladas de teatro, Mathilde prefería en efecto la lectura, las conversaciones y las cenas de amigos, las reuniones selectas alrededor de pastas finas y de una mesa floreada: una intelectual que había sabido conservar una sensibilidad femenina y un amor tal por las plantas y la naturaleza que Montherlant la trataba de "campestre". Esta mujer "moderna" había seguido siendo una católica ferviente y puntual. Sus amigos, aun cuando tuvieran opiones diferentes —ya que su eclecticismo hacía que los eligiera a veces entre los socialistas militantes—, le toleraban su romanticismo entusiasta por *L'Action Française*, su admiración por "el querido Alfonso XIII".[275] Mathilde había encontrado un gran amigo en Ventura García Calderón y cuando Reyes se instaló en París, Jean Cassou, compañero suyo en la Sorbona, le había presentado a Unamuno, con quien había aceptado traducir en colaboración sus *Tres novelas ejemplares y un prólogo*.[276] Esta publicación marcó el inicio del afecto que recibió del filósofo español. Estaba también vinculada a Jules y Pilar Supervielle y había simpatizado con otros amigos de Larbaud, los argentinos Ricardo Güiraldes y su mujer Adelina del Carril. Don Alfonso había tenido la alegría de ver cómo se interesaba sobre todo por su poesía: sólo un poeta puede comprender a otro poeta. De inmediato se entusiasmó con la idea de traducir *Ifigenia cruel*, empresa ardua que Larbaud desaconsejaba y consideraba imposible, pero en la que ella trabajó durante más de cuarenta años.[277] Entregó sin demora a la *Revue de l'Amérique Latine* de su maestro Martinenche la traducción de varios poemas de Reyes: el espíritu de decisión que depositaba en su trabajo trataba de comunicárselo a sus amigos y los animaba a que produjeran, a que trabajaran. Si bien tenían casi la misma edad, don Alfonso siempre la trató con la autoridad afectuosa de un hermano mayor. Como todos sus amigos, se inquietó al ver entrar, si no en su vida al menos en su admiración, al novelista y dramaturgo Henry de Montherlant el 14 de octubre de 1926.[278] Tal como ella misma lo ha contado, Paul Valéry le ha-

[275] Mathilde Pomès, *À Rome avec Montherlant*, p. 60.

[276] Miguel de Unamuno, *Trois Nouvelles Exemplaires et un Prologue*, traducido al francés por Jean Cassou y Mathilde Pomès, editorial Kra, 1925.

[277] Fragmentos importantes de esta traducción fueron publicados en *Les Poésies Mexicaines*, selección y prefacio de Jean-Clarence Lambert, París, Seghers, 1961. En la Capilla Alfonsina, en julio de 1968, tuvimos en nuestras manos la totalidad de esta traducción que permanecía inédita en el momento en que llegó a México.

[278] Mathilde Pomès, *À Rome avec Montherlant*, p. 142.

bía dicho: "Pomès, no se acerque a Montherlant. No es más que un literato", alusión discreta, tal vez demasiado discreta, al carácter imposible, a la sequedad, al incomensurable egoísmo y al cinismo de este gran escritor.[279] Sin el sentimiento desesperado de Mathilde Pomès, cuya indulgencia y ciencia eran inagotables, ¿qué habrían sido las obras de Montherlant sobre Portugal, España y aun Italia? Antes de escribir *La Reine morte*, *Le maître de Santiago*, e incluso *Malatesta*, el altivo escritor iba a sentarse a una mesita, frente a ella, como un escolar.[280] Mathilde no sólo le transmitía su conocimiento de estos países sino que le aconsejaba forjar algún personaje; en Roma recurrió a sus relaciones y a su práctica de la lengua italiana para obtener algún manuscrito considerado prácticamente inencontrable; para que se le permitiera a Montherlant echar un vistazo a alguna sala cerrada al público en la que quería ubicar alguna escena importante. Mathilde, que adoraba a los niños sin haber conocido los goces de la maternidad, era para todos sus amigos, hombres y mujeres, de una ternura verdaderamente maternal.[281] Pero Alfonso fue más lejos en su amistad, escuchó las confidencias de ese corazón que la vida había lastimado, que había sido amado por quien a su vez no lo era y en dos ocasiones había sido víctima de un gran amor imposible. Una vez más, don Alfonso había descubierto la presencia del "dolor secreto", de la gran herida oculta, como la que tenía él mismo marcada para siempre. Su tristeza íntima, su gusto por la muerte, habían comprendido el drama de aquella vida que maldecía el vivir y calculaba en dos o tres el número de horas felices que le había sido dado conocer.[282]

Todos los amigos de Mathilde Pomès se convirtieron de inmediato en los de don Alfonso, y en particular Paul Hazard, cuya fama había llegado al gran público después del éxito que obtuvieron sus clases en la Sorbona.[283] Reyes no lo había vuelto a ver desde las horas felices del Ventanillo en Toledo. Mathilde le presentó también a uno de sus mejores amigos, Anatole de Monzie, "político lleno de bondad e inteligencia", que ella consideraba digno de figurar, con toga, entre los retratos de los grandes hombres de Estado romanos y a quien sin duda alguna, Reyes se esforzó en admirar igualmente.[284] Fue en casa de Mathilde sobre todo, rue de Grenelle número 20, donde don Alfonso pasó grandes momentos con Paul Valéry, a quien ya había visto en numerosas reuniones oficiales pero al que no había podido abordar de cerca y en un ambiente de con-

[279] *Ibid.*, p. 151.

[280] *Ibid.*, p. 241.

[281] Véase el relato, muy conmovedor, de un día de Navidad pasado en casa de los Valéry, rue de Villejust, en *À Rome avec Montherlant*, p. 158.

[282] *Ibid.*, pp. 96 y 206.

[283] *Cf.* Frédéric Lefèvre, "Une heure avec Paul Hazard", en *Une heure avec, 3° série*, Gallimard, 1925, p. 268.

[284] *À Rome avec Montherlant*, pp. 103 y 181.

fianza y amistad como aquél. Mathilde mostró a Valéry, que leía el español, los poemas de Reyes que ella trataba de traducir. Valéry sugirió algunos cambios a las traducciones. Más tarde, Paul Valéry iba a "contemplar" a América.[285] De momento, era Reyes el que miraba muy conmovido a ese poeta francés como uno de los más grandes, "esos ojitos tan azules y fulgurantes desde los que nos acechaba la sabiduría". La facundidad, la volubilidad, la fluidez de palabra de ese meridional sólo tenían parangón en su agilidad mental. Si hemos de creerle, de no haber sido incitado por las circunstancias, Paul Valéry no hubiera escrito nada y habría vivido como M. Teste, replegado en las delicias de sus reflexiones solitarias. Pero si se le planteaba una pregunta, se concentraba unos segundos, se interrogaba a sí mismo, y la respuesta surgía. Paul Valéry tenía algo de soldado, siempre dispuesto a contraatacar el objetivo propuesto. Del soldado, Reyes observaba la facilidad con que integraba a su discurso las máximas de Napoleón. "Nada hay más parecido al hombre de acción que el poeta." Y la sombra del general Reyes, soldado-poeta, pasaba rápidamente sobre ellos. Muy interesado por el lirismo de Reyes, Valéry le pidió que se hiciera cargo de la traducción al español de *La Jeune Parque*. Ésta fue con seguridad una de las horas culminantes de la vida de Reyes en París.[286] Con toda su amistad y toda su admiración por ambos escritores, Mathilde Pomès alentó este gran proyecto. Parece que Reyes comenzó el trabajo.[287] No lo publicó ni llegó quizá a terminarlo, pero no es imposible que algunos fragmentos, que tendrían un gran interés, sean descubiertos entre los cartones inéditos que se conservan en la Capilla Alfonsina.[288]

[285] Reyes, "Paul Valéry contempla a América", en *Última Tule*, *O.C.*, t. XI, p. 103. Fechado en mayo de 1938, este fragmento está lleno de recuerdos y de sus encuentros con el poeta francés en 1926 y 1927.

[286] "...he estado por la noche en casa de Mlle. Pomès, con Paul Hazard, Supervielle, Paul Valéry, Ventura. Paul Valéry sugirió a Mathilde Pomès la traducción de dos a tres versos de mi *Fantasía del viaje*, que ella ha traducido. Y luego me pidió que traduzca al español su *Jeune Parque*." *Diario*, p. 181, 13 de febrero de 1927.

[287] "...después de deleitarse con la alacridad de humor y potente verdor del arcipreste de Hita, traduce con raro acierto *La joven parca* de Paul Valéry...", Mathilde Pomès, "Escritores de la América Latina: Alfonso Reyes", *La Razón*, Buenos Aires, 16 de diciembre de 1927; también en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. I, pp. 138-141.

[288] Ante el desistimiento de Reyes, Mariano Brull, amigo común de Mathilde y de Alfonso, emprendió la traducción de *La Jeune Parque*, después de haber publicado la de *El cementerio marino*: publicó algunos fragmentos en la *Revue de Littérature Comparée* (enero de 1931, pp. 74-75). Pero no es sino hasta 1950, después de la muerte de Paul Valéry y alentado siempre por Mathilde Pomès, cuando este poeta cubano se decidió a publicar su traducción íntegra, precedida de un prefacio de Mathilde Pomès, muy interesante, sobre los problemas de la traducción y sobre el propio Paul Valéry, pero donde no se mencionan los primeros proyectos de Reyes: *La Jeune Parque et La joven Parca*, versión de Mariano Brull del poema de Paul Valéry, con prefacio de Mathilde Pomès, editorial Civilisations du Sud, París, 1950. Como dedicatoria, M. Brull escribió: "A Mathilde Pomès, maestra de la versión poética, a cuyo estímulo y generoso concurso se debe que esta traducción vea la luz".

Lo mismo que más tarde iba a interesar a Valéry por Guatemala y la obra de Miguel Ángel Asturias, así como por Gabriela Mistral, Mathilde Pomès atrajo la atención del poeta hacia México, y el estudio de conjunto que queda por hacer sobre las relaciones entre Paul Valéry y América Latina tendría que describir a la entusiasta intermediaria que fue Mathilde. El poeta francés quería documentarse sobre el arte mexicano, antiguo y moderno, y asistió a las reuniones de amigos en enero de 1927 a las que otros escritores fueron a escuchar de Alfonso Reyes la útil preparación que impartió a Paul Morand para su próximo viaje a México.

¿Tuvo contacto Reyes en aquella época con Henry de Montherlant? Él pertenecía a grupos de amigos en los que algunos de ellos, como Mathilde Pomès y Jean Prévost, veían a ese escritor.[289] Para Reyes, Monterlant era ante todo el poeta de los deportes, el autor de *Olympiques*. Cuando se publicaron *Les Bestiaires* en 1926, en los que Montherlant "se preciaba de haber toreado en su juventud en el norte de España", Reyes tenía la suficiente familiaridad con el autor como para no quedar en deuda con él y le envió el programa de una corrida de toros anunciada en la Arena de Lutecia en la que iba a participar "el rejoneador Alfonso Reyes", ¡artista y homónimo famoso![290]

## Marcelle Auclair y Jean Prévost

En Marcelle Auclair, Reyes encontró reunidas belleza, inteligencia y juventud. Francesa educada en Chile, apasionada de las artes y las letras, había iniciado en Santiago su carrera de escritora con una colección de poesías, *Transparencia*, y después había dejado América Latina para instalarse en París. Abierta a las escuelas más modernas, había conseguido ser admitida en los mejores círculos literarios y, en particular, se había convertido en asidua de la Maison des Amis des Livres. Adrienne Monnier, que era su amiga, la había puesto en contacto con Valery Larbaud, a quien Marcelle quería entrevistar para el importante *Mercurio* de Santiago, periódico del que era corresponsal. Larbaud la había recibido con calidez y desplegó en su honor todos "sus ejércitos chilenos", sus minúsculos soldados de plomo pintados con la mayor precisión con los colores del país. Era la época en la que toda la atención del escritor francés estaba dirigida a América Latina y dominaba bastante bien

[289] Véase Frédéric Lefévre, *Une heure avec, 5ª série*, Gallimard, 1929, p. 187, "Une heure avec Henry de Montherlant".

[290] "¡Al diablo con la homonimia!" en *Marginalia, 3ª serie*, p. 8. Reyes agrega que en esta ocasión una célebre artista francesa le envió una carta de felicitación, "que tuvo quizás alguna consecuencia", dirigida a "Monsieur le Ministre et Toréador, légation de Mexico, 144, Bd. Haussmann".

el español para redactar en esta lengua la serie de crónicas destinada a *La Nación* de Buenos Aires. Entre el autor de *Barnabooth* y la principiante en el oficio de las letras que todavía era la joven mujer surgió una gran simpatía. ¿No había nacido ella en Borbonesado, en el "país de Allen"? Larbaud se encargó de orientar los primeros pasos de su nueva amiga en la novela en algunas conversaciones y sobre todo en muchas cartas. Depositó su infinito tacto, su gran educación y su delicadeza en estos consejos que Marcelle Auclair tuvo a bien publicar en homenaje a su memoria con el título *Una guía del joven novelista*.[291] No es sorprendente, pues, que Reyes haya encontrado desde su llegada a París a esta joven colega en la rue de l'Odeón, en el círculo de Larbaud y en las reuniones del CLI a las que la había introducido Adrienne Monnier, y con Jules Supervielle, a quien ella tanto admiraba.[292] Don Alfonso encontraba en ella un entusiasmo todavía reciente por las bellezas de París, el gris de su cielo, un espíritu inclinado a comparar la vida literaria en América Latina y en Francia. Marcelle simpatizó también con doña Manuela y fue invitada a los tés y a los conciertos de la rue Cortambert. Como Jean Cassou, y poco más o menos en la misma época, hizo de Reyes su confidente; él fue uno de los primeros en enterarse de su compromiso matrimonial con Jean Prévost, joven normalista de gran porvenir, de una gran inteligencia y fervientemente socialista, pero que cuando era necesario sabía ser un crítico sarcástico.[293] Después de haber sido secretaria en la *NRF* en tiempos de Jacques Rivière, ayudó a Adrienne Monnier a organizar *Le Navire d'Argent*.

Alfonso se congratuló de su matrimonio en mayo de 1926 y, a partir de entonces, Jean Prévost compartió la admiración y la amistad que Marcelle sentía por don Alfonso. Lo mismo que Jean Cassou, Prévost se había metido en la cabeza la idea de lanzar a Reyes en París. Con un espíritu de decisión y una audacia asombrosos para sus veintiséis años, Prévost organizó todo un plan de campaña e hizo una lista de las principales revistas a las que tenía acceso y en las que tenía interés en publicar algún artículo sobre el escritor mexicano. Don Alfonso lo había hecho partícipe de su deseo de publicar en Francia una colección de sus poemas, proyecto que le era muy caro y que acariciaba desde hacía tiempo, y Jean Prévost se puso a trabajar con los impresores y a discutir personalmente

[291] *Cahiers des amis de Valery Larbaud*, Vichy, núm. 2, 4° trimestre, 1967.

[292] El hermoso título de la novela que M. Auclair estaba escribiendo entonces, *Changer d'étoile*, se lo proporcionó un verso de *Gravitations* de Jules Supervielle. También gracias a la protección de Larbaud, *Changer d'étoile* se publicó en la misma colección que *Vision d'Anahuac*, "Une oeuvre, un portrait", Gallimard, 1926, con un retrato de la autora de Marie Laurencin.

[293] Véase su desatenta reflexión sobre Paul Morand después del fabuloso matrimonio que éste contrajo y que Reyes confía a su *Diario*, p. 180.

las facturas para que no le pidieran al autor "un precio de ministro extranjero".[294] La hermosa edición de *Pausa* tuvo un tiraje de trescientos ejemplares destinados a ser distribuidos entre amigos.[295] Reyes conservaba como uno de sus recuerdos más bellos de París la tarde de verano parisino en la que Marcelle y Jean Prévost tuvieron la gentileza de llevarle a la rue Cortambert los tres primeros ejemplares. Desde que Larbaud había aconsejado a Marcelle que tradujera: "Traduzca, es un maravilloso ejercicio de estilo", ésta, que ya había traducido al francés dos obras de Ramón Gómez de la Serna, inventó con su marido una técnica de traducción en equipo por la que don Alfonso manifestó sumo interés y que más tarde dio extraordinarios resultados.[296] Marcelle, excelente hispanista, hacía primero una traducción literal del español y después la trasladaba al francés literario con la colaboración de Jean Prévost, cuya cultura e imaginación eran absolutamente excepcionales. Algunas obras de Reyes se beneficiaron de estos métodos y de este orden incomparable, como su poema "Blanda, pensativa zona...", de interpretación delicada y cuya traducción firmó Jean Prévost. En ella se pone de manifiesto un conocimiento profundo de la lengua española a la vez que una gran maestría en el manejo del vocabulario poético francés.[297] Para el último número de *Navire d'Argent* consagrado a la poesía, en recuerdo del papel que había desempeñado en su amistad, Reyes entregó a Adrienne Monnier la traducción del bello poema "Golfo de México" hecha por Marcelle y Jean Prévost. Cuando don Alfonso partió, Marcelle Auclair escribió un gran artículo para *Les Annales* en el que trazaba con sensibilidad e intuición un retrato lleno de matices del escritor que se alejaba y del amigo que había sido para ella, conocedor fino de la cultura francesa y de una profunda cortesía, vivo y tierno.[298] De su pluma brota una interpretación nueva del "americano en París", vinculado personalmente a los grandes escritores franceses, perfectamente a sus anchas en Francia y, empero, fiel a su patria, nunca más deslumbrante que cuando evocaba, en las reuniones íntimas, sus recuerdos de infancia o los paisajes mexicanos. Entonces hacía retroceder los horizontes franceses hasta mundos desconocidos; "maravilloso sembrador de ensueños", hacía surgir en sus escuchas esperanzas de viajes imaginarios. El misterio y la ironía intervenían en estas conversaciones y constituían el encanto de sus remem-

[294] Véase *Diario*, p. 133.

[295] Impreso por la Société Générale d'Imprimeurs, rue de Rennes núm. 71, a cargo del autor.

[296] Se sabe que los mejores frutos de esta colaboración fueron esas obras maestras que son las traducciones de las obras de teatro de Federico García Lorca.

[297] "Les petits matins d'avril" ("Blanda, pensativa zona..."), traducción de Jean Prévost, publicada en *Europe*, París, 15 de abril de 1928; en español, *O.C.*, t. X, p. 98.

[298] Marcelle Auclair, "Alfonso Reyes", *Les Annales Politiques et Littéraires*, 31 de marzo de 1927; en *Páginas sobre Reyes*, t. I, p. 115.

branzas cuando más tarde las "acostaba sobre el papel", según la expresión francesa que Reyes tanto amaba.[299] Marcelle apreciaba el uso que don Alfonso hacía de su erudición y de la riqueza de su lengua. Pero antes que un letrado, don Alfonso era un sabio, un verdadero humanista y nada de lo que fuera humano le era ajeno.[300] La joven mujer sabía distinguir lo que él había heredado de los indígenas, la gravedad y la preocupación permanente por la muerte. Cuánta delicadeza había invertido en describir "la ciencia del morir" de su compatriota Amado Nervo. No obstante, por pudor, guiado por su sentido de la medida, ponía fin a la confesión de su inquietud ocultándola con una sonrisa. Marcelle era sensible a la belleza épica de la *Visión de Anáhuac* y a su valor plástico; calificaba a esta obra de "cuadro". Con *Ifigenia cruel*, Reyes se colocaba, junto a Rubén Darío, entre los escritores hispanoamericanos que habían desempeñado un papel decisivo en la historia de la lengua española. Había tratado de conducir a ésta a una nueva sobriedad, a un rigor que no le restara ni su colorido, ni su potencia expresiva, ni su impulso. A través de las líneas en las que ella comenta ese lirismo inaudito, se revela el eco de las confidencias que había recibido del poeta, la confesión que había hecho a algunos de sus amigos de su admiración por Paul Valéry, cuya *Jeune Parque* lo había incitado a escribir un poema español sometido a la misma exigencia formal. Reyes había sabido conservar esta pureza de la lengua en muchos otros poemas y, pese a ello, expresar su sensualidad.

## Jean Cocteau, Lucie Delarue-Mardrus y muchos más

Alfonso Reyes esperaba conocer en París a Jean Cocteau, en quien él veía al sucesor de Apollinaire, uno de los poetas más dotados de aquella época, uno de los franceses más inteligentes. Reyes había contribuido personalmente a difundir su fama en España y en América Latina mediante artículos, conversaciones y cartas a sus amigos. No le faltaban las relaciones comunes, desde Picasso a Paul Morand, en el "círculo encantado", según la expresión acuñada por Morand para designar el medio de simpatizantes que, en la *NRF*, en casa de Adrienne o de los pintores, rodeaba a poetas y artistas. Ramón Gómez de la Serna, a quien vinculaba un profundo afecto desde su estancia en París en 1912 al autor de *Plainchant*, tal vez los había hecho coincidir también. Las afinidades de gustos y de ideas parecían multiplicarse entre Cocteau y Alfonso Reyes, clásicos puros que amaban el orden pero que también sentían atrac-

[299] En *Albores*, un libro muy admirado por Marcelle Auclair y que pensó traducir.

[300] Marcelle Auclair, "Un grand écrivain mexicain à Paris", *Nouvelles Littéraires*, París, 30 de enero de 1947; también en *Páginas sobre Reyes*, t. II, p. 15.

ción por el mundo moderno, la audacia, la fantasía, el nuevo heroísmo, los inicios de la aviación. No cabe duda de que, más que Gómez de la Serna, era Reyes quien merecía en aquella época el sobrenombre de "Cocteau español". El mito del ángel, tan caro a este poeta francés y que simbolizaba para él "lo que había de superior en el hombre", fue evocado cada vez que Reyes tomó la pluma para hablar de "Juan Coqueto"[301], y le proporcionaría el título del poema que más tarde le dedicaría, "Ángeles".[302] En 1926, el poema más bello que Reyes escribió en Francia, "Jacob", si bien no cita expresamente a Cocteau, está inspirado en su recuerdo.[303] Alimentó quizás también su inspiración en un pasaje de *Secret professionnel*.[304] De mito tan rico es lícito ofrecer varias interpretaciones y todas ellas ponen en juego las preocupaciones habituales de ambos poetas. Este ángel musculoso, gigante blanco con el que don Alfonso lidia todas las noches, ante el que aspira a sucumbir pero al que combate hasta el límite de sus fuerzas, no deja de tener relación con el ángel Heurtebise del famoso poema de Cocteau o de muchos otros fragmentos de *Ópera*. ¿Es él el orden, la razón, esa inteligencia que lucha con el sentimiento, el impulso, la fuerza vital, el instinto, fuerzas que se oponen tan enérgicamente en todo ser humano y más aún en el artista antes de poder unirse y fortalecerse mutuamente en la obra que se crea? ¿Es el propio poema, al que Cocteau representaba como un obstáculo, contra el que el poeta lucha y se defiende antes de poderlo dominar, cantar, ampliar y transformarlo en verdadero "monumento"?[305] En una ocasión el propio Reyes así pareció interpretarlo.[306] ¿Representa el ángel en

[301] "Un propósito", en *Calendario*, 1924, *O.C.*, t. II, p. 334.

[302] *O.C.*, t. X p. 132, fechado en Río, 1931.

[303] "Jacob", *O.C.*, t. X, pp. 113-114: "Noche a noche combato con el ángel, / y llevo impresas las forzudas manos / y hay zonas de dolor por mis costados... // Bajo las contorsiones del gigante, / aúllo a veces —oh enemigo blanco— / y dentro de mí mismo estoy cantando. // ¡Oh sombra musculosa, oh nube grave! / Derrótame una vez para que caiga, / o de una vez rómpeme el pecho y ábreme / entre los dos reflejos de tu espada."

[304] "Los poetas hablan a menudo de los ángeles. Según ellos y según nosotros, el ángel se sitúa justo entre lo humano y lo inhumano. Es un joven animal, deslumbrante, encantador y vigoroso que pasa de lo visible a lo invisible con los potentes escorzos de un clavadista, el batir de alas de 1 000 palomas salvajes... Es entonces cuando Jacob, un verdadero luchador, le salta encima. Bello espécimen de monstruo deportivo... Sofoca a los vivos y les arranca el alma sin conmoverse. Me imagino que debe tener algo de púgil...", Jean Cocteau, *Le secret profesionnel*, editorial Stock, 1922, p. 41.

[305] "L'Ange Heurtebise,... / me bat / L'Ange Heurtebise, d'une brutalité / Incroyable saute sur moi... / Ne saute pas si fort, / Garçon bestial, fleur de haute / stature... / Mon ange aimé,... / ...Heurtebise ne t'écarte / Plus de mon âme, j'accepte. / Fais ce que dois, beauté..." Jean Cocteau, *Opéra*, seguido de *Plain-chant*, Stock, París, 1959, pp. 47 y ss. Puede ser que un recuerdo de Víctor Hugo ("L'ange au glaive de feu, debout derrière toi, / Te met l'épée aux reins et te pousse aux abîmes!"; *Les Châtiments*, *Obras completas*, Ollendorff, t. VII, p. 109) haya pasado por los dos poemas.

[306] "Cocteau dice que el poema detesta al poeta. Uno de los dos tiene que acabar con

otros momentos el fardo terrible de "la nostalgia"? En sus frecuentes noches de insomnio, don Alfonso luchaba largamente contra "este enemigo terrible", esta angustia que nacía del pasado, y la idea de su patria.[307] Otra explicación, más cercana a la que se da generalmente del texto del Génesis, es que el poeta, en la noche, en soledad, invoca desde el fondo de su alma a este ángel contra el cual lucha; contra la fe, la Gracia, se defiende por todos los medios deseando sucumbir a él. La conversión de Cocteau, tal vez efímera, y la búsqueda de Reyes confirman esta posible interpretación del símbolo y hay una estrofa del poema francés que parece en particular sustentarla:

> L'Ange Heurtebise me pousse;
> et vous roi Jésus, miséricorde,
> me hissez, m'attirez jusqu'à l'angle
> Droit de vos genoux pointus;
> Plaisir sans mélange. Pouce! dénoue
> la corde, je meurs.[308]

Y en Reyes, la alusión a la herida en el costado, la noche que cae y el pecho que se abre bajo la espada parece ser una alusión religiosa por igual a la muerte de Cristo y a la fe de los místicos españoles, a la pintura y a la estatuaria de este país en las que se representa con frecuencia el amor divino que invade al ser humano en forma de cuchillos o de espadas.

Ambos escritores compartían las mismas ideas sobre la poesía moderna y acordaban la misma atención desafiante a los surrealistas. Sus amigos llamaban la atención a Reyes acerca de sus reacciones paralelas sobre algunos temas de la actualidad literaria. Cocteau, quien probablemente no conocía el artículo de Reyes escrito en 1922, le había escrito también sobre Daisy Ashford, novelista inglesa que acababa de publicar la novela que había escrito cuando tenía nueve años.[309] A raíz de esta publicación, don Alfonso traza un retrato maravilloso de la niña, pero manifiesta más reservas que Cocteau sobre la plena autenticidad de la obra.[310]

---

el otro. De aquí que el escribir sea un sistema de conservación, de defensa." "*Arma virumque*", en *Al yunque*, p. 36.

[307] "Todos, entre nuestros fardos de viaje, arrastramos a este enemigo terrible: la nostalgia. En nuestras frecuentes noches de insomnio, todos, como Jacob, combatimos largamente con este ángel." "Adiós a los diplomáticos americanos", en *De viva voz*, *O.C.*, t. VIII, p. 153.

[308] "L'Ange Heurtebise", *op. cit.*, p. 48.

[309] *Cf. Diario*, p. 145, 25 de agosto de 1926. Las líneas que Cocteau dedica a Daisy Ashford encabezan su magnífico estudio sobre Picasso, amigo común, en *Le rappel à l'ordre*, editorial Stock, 1948, p. 274.

[310] "Una novelista de nueve años", *Simpatías y diferencias, 2ª serie*, *O.C.*, t. IV, página 112.

Cuando un día visitaba una exposición de dibujos y de obras plásticas hechas por escritores franceses, para su gran sorpresa, Reyes se dio cuenta de que Cocteau había representado en los trazos de dos caballos "musculosos y enormes" que marcaban el paso con sus cascos el símbolo de la versificación regular.[311] Esto le hizo recuperar uno de sus recuerdos de infancia, la visión de dos opulentas yeguas normandas de las cuadras paternas en Monterrey. Una de ellas se había vuelto "loca" y se había puesto a martillear al compás el suelo sin parar. El niño, ya poeta, había observado que "esto hacía versos", "pues tejía con sus patas delanteras un ritmo regular, con una admirable exactitud, al entrecruzarlas".

Reyes se vio con Cocteau en los bares de Montparnasse, en casa de Paul Morand y en la rue de l'Odéon. Una de sus obras, que se conserva en la Capilla, está firmada por el autor. No obstante, los dos poetas no pudieron tener encuentros tan frecuentes como Reyes hubiera deseado. Cocteau pasaba el verano en Villefranche y en aquellos años también largas temporadas en clínicas para desintoxicarse. Pero el papel que la droga desempeñaba en su vida lo acercaba una vez más a Reyes. Éste no da su opinión sobre "el caso Cocteau" desde el punto de vista moral, si bien es del parecer que, a su juicio, se había exagerado mucho sobre él así como respecto a Thomas de Quincey. Charles Baudelaire, lo mismo que Thomas de Quincey, sólo tenía información "de segunda mano" sobre la droga y quizás no se había acercado siguiera "a otros paraísos mucho menos lejanos".[312] Reyes, como buen mexicano, estaba interesado por las modificaciones que el peyote, cactus del norte de México, o algunos hongos alucinógenos mexicanos aportan a nuestras sensaciones. En el transcurso de las conversaciones con sus amigos franceses estas cuestiones se evocaron muchas veces. El caso de Cocteau y de algunos más hacía que resurgiera el problema de la toxicomanía. Respondiendo a este interés, acababa de ser publicado en París un libro de medicina que Reyes juzgaba excelente.[313] Él mismo, en diversos artículos, volviendo sobre el tema a años de distancia, trata de dar explicaciones cada vez más científicas, en ocasiones difíciles, de la transformación de las impresiones auditivas en sensaciones de colorido como consecuencia del peyote.[314] El

[311] Véase "Rima rica", escrito en París en 1926, publicado en *La Vida Literaria* de Buenos Aires en octubre de 1929. Recogido en *Tren de ondas*, *O.C.*, t. VIII, p. 353, y *Diario*, p. 119.

[312] "Mallarmé...aseguraba que Thomas de Quincey nunca ingirió tanto opio como pretendía...Ignoramos lo que haya de auténtico en el 'caso Cocteau'. Baudelaire, como nosotros, se informó de segunda sobre 'Los paraísos artificiales'. ¡Ay, y aun se asegura que respecto a otros menos lejanos!", "Breve visita a los infiernos", en *Ancorajes*, p. 41.

[313] Doctor Alexandre Rouhier, *La plante qui fait les yeux émerveillés: le Peyotl (Equinocactus Williamsü Lem.)*, París, 1927.

[314] "Interpretación del *peyotl*", en *Los trabajos y los días*, con fecha enero de 1944, *O.C.*, t. IX, p. 358; "Breve visita a los infiernos", en *Ancorajes*, 1951, p. 40; "La mezcalina", en *Las burlas veras, 2° ciento*, p. 78, con fecha julio de 1956.

poema que le envió a Valery Larbaud poco después de haber dejado Francia contiene una evocación implícita de aquellas conversaciones en torno al peyote en las que ambos tratan de comprender los límites de los sentidos humanos y su posible rebasamiento por esas "largas borracheras metafísicas" en las que se trataba una vez más de penetrar "el Misterio".[315]

Sería inútil querer enumerar todos los escritores que Reyes conoció en París entre 1925 y 1927 y a los que transmitió un mejor conocimiento de México y un interés mayor por su país. En una reunión del CLI, una tarde le presentaron a la bella y elegante Lucie Delarue-Mardrus. No se sabe por qué hablaron de su gusto común por los caballos. La vida y la habilidad de los charros mexicanos proporcionaron a Reyes una fácil transición para hablar con la novelista sobre las costumbres mexicanas y después sobre México en general. Poco tiempo después, ella le hizo llegar su último libro, "en recuerdo de una noche de ensueños, de cabalgatas y de geografía".[316]

Don Alfonso conoció a Maurice Martin du Gard precisamente cuando éste regresaba de un importante viaje a Madrid. Ambos conversaron sobre los literatos españoles que el fundador de *Nouvelles Littéraires* acababa de visitar. La creación y el funcionamiento de una revista eran temas que interesaban sumamente a Reyes ya que en España había tenido numerosas experiencias en este terreno y preveía, confusamente todavía, algunas otras. *Nouvelles Littéraires* era un verdadero éxito. Esta publicación había adquirido en el extranjero un prestigio tal que se fundaron varios organismos que llevaban su nombre, su programa y el título de algunas de sus columnas. El resultado de las conversaciones amistosas que Reyes mantuvo con Martin du Gard fue que la revista a partir de entonces se abrió francamente —mucho más de lo que lo hiciera la *NRF*— a América Latina y en particular a México. Recibió también con agrado los artículos que Francis de Miomandre o Marcel Brion escribieron sobre Reyes: en su bibliografía francesa, el número de artículos que fueron publicados en *Nouvelles Littéraires* es muy importante.

El ministro de México se incorporó en algunas reuniones al tropel de los surrealistas. Pero, "pese a su complejidad interior y a su gusto por la fantasía... don Alfonso seguía siendo devoto de la noción justa, de la

[315] "...Beben tesgüino de maíz y peyote, / yerba de los portentos, / sinfonía lograda / que convierte los ruidos en colores; / y larga borrachera metafísica / los compensa de andar sobre la tierra, / que es, al fin y a la postre, / la dolencia común de la razas de hombres / ...llegarán los primeros con el triunfo / el día que saltemos la muralla / de los cinco sentidos." "Yerbas del Tarahumara", *O.C.*, t. X, pp. 121-122.

[316] *Diario*, p. 181, y "Lucía y los caballos", en *Tren de ondas*, *O.C.*, t. VIII, p. 358. Este fugitivo retrato de Lucie Delarue-Mardrus está particularmente logrado: "admirable morena..., vestida de negro y armada de ojos más ardientes que naturaleza...poderosa mujer de sangre y alma..."

orientación clara, de la razón y la idea, que dominaban como dueñas el torbellino de su subconsciente".[317] Tampoco fue el surrealista que parecía anunciar *El plano oblicuo*. El desorden y la excentricidad de estos grupos bohemios no le gustaban para nada y la pretensión que tenían de expresar la naturaleza profunda del alma humana mediante una escritura no controlada siempre le pareció "ingenua y romántica". Paul Morand, que se dejaba seducir ante todo por las nuevas tendencias, explicaba que éstas desembocarían en "una novela corta, algo fría, psicológica, género *Princesse de Clèves*, en la mejor tradición clásica". Reyes, por su parte, veía que se encaminaban hacia un callejón sin salida, una poesía incomunicable, o una expresión más política y comunista que puramente artística.[318] Cuando todos celebraban a su alrededor los descubrimientos de Freud, cuando su amigo Ortega también escribía las extrañas páginas de *La deshumanización del arte*, don Alfonso no sucumbió al esnobismo imperante ni a la corriente filosófica que triunfaba en aquella época. Se le atribuía demasiada importancia al subconsciente.[319] El subconsciente era un elemento de análisis, una ventana abierta a los fenómenos que nunca habían sido observados, pero no era todo. "La conciencia es mucho más importante que la subconsciencia. El subconsciente es la materia prima sobre la que se ejercen nuestra voluntad y nuestra razón." Nuestra acción de hombres y de adultos libres consiste en examinar estos datos del subconsciente y de la infancia, sopesarlos y a veces dominarlos y domarlos. Algunos observadores superficiales han podido calificar de tentativas surrealistas a las jitanjáforas, poesías con mucha rima de palabras inventadas con gran fantasía y que Mariano Brull hacía recitar a sus hijas pequeñas. Pero se trataba de algo muy diferente. El juego de Mariano Brull estaba en la línea de Mallarmé y de Paul Valéry, después de Verlaine, quienes veían en la sonoridad de las palabras y en la música de los versos elementos mucho más importantes que el sentido o la idea. No había en este caso una escritura automática sino, por el contrario, un conjunto de sonoridades cuidadosamente buscadas que recordaban a un oído adiestrado los acentos, los destellos, la musicalidad de los versos españoles más hermosos, aun cuando las palabras fueran una pura invención o estuvieran asociadas en una frase ininteligible.[320]

Si bien la nueva poesía francesa no merecía la adhesión de Reyes, él seguía siendo lector ferviente y admirador de los grandes poetas de aque-

[317] Pedro Henríquez Ureña, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, 1928, p. 133; también en *Páginas sobre Reyes*, I, p. 155.

[318] *Diario*, p. 173, 12 de diciembre de 1926.

[319] Alejandro Vallejo, "Una hora con Alfonso Reyes", suplemento de *El Tiempo*, Bogotá, 19 de junio de 1927.

[320] "Por el verde, verde / verdería de verde mar / erre con erre. / Viernes, vírgula, virgen / enano verde / verdularia cantárida / erre con erre..." "Verdehalago", poema de Mariano Brull transcrito por Reyes en *La experiencia literaria*, *O.C.*, t. XIV, pp. 190- 191.

lla cultura, Mallarmé y Claudel. Le había conmovido en especial la lectura en la *Nouvelle Revue Française* de octubre de 1925, a través de reflexiones y de propuestas sobre el verso francés, de la parábola *Animus et Anima*, fragmento de Claudel ahora ya célebre, que parecía que retomara, a veces palabra por palabra, uno de sus mejores pasajes de *El cazador*, "Diálogo de mi ingenio y mi conciencia".[321] El texto de Reyes había sido publicado en 1921, pero se remontaba a los años de México, página extraordinaria a la que se habían agregado recuerdos de los años en Madrid. El diálogo está lleno de sutileza psicológica y además se subtitula "Exégesis de mí mismo". En una prosa sumamente poética analiza las contradicciones que el autor observaba en sí mismo, aquello que él llamaba en francés el lado "Jean-qui-pleure, Jean-qui-rit" de su carácter. Colocaba del lado del optimismo y de las horas agradables de vivir los placeres de algunos sentidos, a saber, la miel, los cascabeles, las flores, todos los perfumes de Arabia, la risa viril, la conversación entre amigos sin preocupación de la hora, las volutas azules del tabaco, la taza de té. La bandera de la patria dominaba estas cúspides. Del lado de las horas sombrías estaban los cactus con espinas, la esquela de defunción, el sabor de la ceniza, la sed, el amor-pasión, los destellos de la carne desnuda, la fiebre, el hierro, la sombra venenosa, el pesar, los llantos, el sudor, la pesadilla de una posada en el extranjero, la huida trágica a caballo, al alba. Una mortaja hecha jirones flotaba y "la antorcha helada de la inteligencia se consumía sin emanar calor", recuerdos todos ellos sumamente interesantes para conocer íntimamente el carácter del escritor. Había puntos de encuentro de lo más raros con Claudel en la descripción de la unión *Animus-Anima*"; en Reyes, "mi espíritu, mi conciencia". La luna de miel había acabado ya y *Anima* tenía el derecho de hablar a sus anchas en tanto que *Animus* la escuchaba fascinado. *Animus*-Espíritu reencuentra muy pronto su verdadera naturaleza, vanidosa, pedante, tiránica. *Anima* es ignorante y boba, "vulgar y pretenciosa", dice Reyes, cree en la brujería. Pero, pese a toda su cultura, *Animus* no comprende nada de las lágrimas y de los dolores de su compañera.[322] Pese

[321] El texto de Claudel es "Parabole d'Animus et d'Anima: pour faire comprendre certaines poésies d'Arthur Rimbaud", publicado en la *NRF* en octubre de 1925, p. 445, reproducido en el tomo *Oeuvres en prose* de Claudel, Pléiade, p. 27. Una nota de esta edición, página 1404, indica que el manuscrito fue traído por el autor desde Tokio, con fecha 7 de enero de 1925, día en que lo terminó. El texto de *El cazador* figura en el tomo III de las *O.C.* de Reyes, p. 201.

[322] Claudel

"Tout ne va pas bien dans le ménage d'Animus et d'Anima. Le temps est loin, pendant lequel Anima avait le droit de parler tout à son aise et Animus l'écoutait avec ravissement.

Reyes

"...Mi ingenio era un hombre, y mi conciencia era una mujer: y mi ingenio la galanteaba, y ella se le rendía, llorando.

...mi conciencia requebraba a mi ingenio, significando la borrachera vital que él,

Las fuentes de este capítulo son numerosas y, sin embargo, no bastan. Para el estudio de este periodo es importante la lectura del *Diario*, pero no tanto como se podría creer. Hay en él páginas "arrancadas" y palabras tachadas por el propio don Alfonso que son ilegibles. Y en lo que queda de él, no parece que Reyes se haya expresado libremente, constreñido por su reserva instintiva de mexicano ante secretos de los que él no era el único dueño y por la prudencia que recomendaba quizás el peligro que, en aquella época difícil, implicaba cualquier confidencia, aunque fuera en un documento personal, o porque estaba simplemente absorto en la intensa tarea de llevar su diario regular y minuciosamente. Hay que leer entre líneas más de una vez, adivinar el desaliento cuando confiesa su fatiga y la reprobación cuando calla. La publicación de algunas de las cartas que intercambió con sus amigos —con Genaro Estrada en particular—, el conocimiento de los informes que envió a su ministro mientras permaneció en su puesto en Francia permitirán tal vez algún día apreciar mejor el papel que Reyes desempeñó. El Ministerio Francés de Asuntos Exteriores nos confió sus archivos en lo que concierne a aquel momento de las relaciones franco-mexicanas. Puede que haya también esparcidas aquí y allá en las obras de Reyes algunas reflexiones sobre aquellos meses dramáticos. Pero siguen siendo reticentes. Los recuerdos de Vasconcelos, a los que nos referimos a veces, son en cambio explícitos. El examen de la prensa francesa es de importancia primordial a partir del momento en que ésta se vuelve a ocupar de los problemas mexicanos. Alfonso Reyes firmó o inspiró numerosos artículos y su "mano firme" se hizo sentir sin duda alguna. Este conjunto nos permite precisar algo más su propia actitud, con frecuencia mal interpretada y debatida, respecto a esa crisis religiosa mexicana acerca de la cual algunos libros que se han publicado recientemente, escritos por un profesor francés, y algunos de ellos publicados también en Francia, acaban de atraer la atención del público.[1] En cuanto a sus observaciones sobre la Francia política y diplomática de entonces, están consignadas en su mayor parte en los textos que, como huésped discreto, no publicó sino mucho tiempo después en ediciones restringidas aunque accesibles.

Después de su viaje a Berlín y a París, el presidente Calles llegó a la conclusión de que México tenía que poner en práctica una política de equilibrio entre Francia y Alemania. Desde hacía algunos años, este último país había sido el favorecido. Ya vimos cómo habían crecido los sentimientos germanófilos en el pueblo mexicano durante la guerra, aprovechándose de la inactividad francesa. La propaganda se había redoblado al final del conflicto y presentaba a Alemania como invencible puesto que

[1] Jean Meyer, *La Révolution mexicaine*, Calmann-Lévy, 1973; *La Cristiada*, 3 vols., Siglo XXI, México, 1973; *Apocalypse et Révolution au Mexique, la guerre des Cristeros*, Archives, 1974.

su territorio no había sido violado. Los alemanes en México engalanaron los balcones de sus casas el día del armisticio y los que residían en los Estados Unidos habían cruzado la frontera del Río Bravo cuando Washington decidió unirse a los aliados y permanecieron en su mayoría en México. La organización de toda esta colonia alemana era fuerte y completa. Pese a los sentimientos germanófilos que en general se le atribuían, el general Calles, en 1924, creyó que ya era tiempo de fortalecer el acercamiento franco-mexicano. En México se inauguró oficialmente un monumento a los franceses caídos y en la Universidad se crearon dos nuevas cátedras de francés. En intercambio, Francia concedió algunas condecoraciones de la Legión de Honor a personalidades mexicanas, como el secretario de Relaciones Exteriores Aarón Sáenz, y el secretario de Gobernación Genaro Estrada. La toma de posesión de la presidencia por el general Calles el 1° de diciembre de 1924 fue acogida favorablemente por una misión especial francesa con un intercambio de regalos.[2] El hecho de dotar de ministro a la legación de París, desde hacía dos años sin titular, era también un gesto de buena voluntad, tanto más cuanto que el general Calles había prestado oídos gustosamente a los amigos franceses que le sugirieron el nombre de un francófilo como Alfonso Reyes. Por último, gesto bastante extraordinario y que a distancia parecía una manera de alentar la política de amistad que don Alfonso instauraba en París, la legación francesa en México fue la primera de la que el jefe de Estado mexicano aceptó una invitación el 8 de mayo de 1925.

La primera preocupación de Reyes en París consistió en dar una imagen del nuevo gobierno mexicano que ofreciera seguridad. Tenía el deber de estimular de nuevo la inversión francesa en México, de fomentar todos los intercambios culturales o comerciales que pudieran establecerse entre México y París. En sus declaraciones, habló del gobierno de Calles como de un gobierno "muy democrático, muy de izquierda, como se dice aquí", pero preocupado ante todo por salvaguardar la independencia nacional y restablecer la situación económica.[3] Había que hacer respetar el orden y la disciplina y acabar con el bandidaje y los levantamientos esporádicos que todavía se producían de vez en cuando. El número de escuelas aumentaba y eran notables las mejoras que se habían hecho en los ferrocarriles, en los medios de comunicación y en las carreteras.[4]

[2] Véase *Paris-Times*, 11 de octubre de 1924, y el artículo de Paul Dermée, "Le Mexique en 1924", *France-Amérique*, París, noviembre de 1925.

[3] Véase el extenso editorial del *París-Times*, del 31 de enero de 1925, a tres columnas, con una foto de Reyes de Manuel Frères, y titulado "Le nouveau ministre du Mexique à Paris".

[4] Véanse los numerosos recuadros sobre la situación en México publicados en el *Paris-Times*, evidentemente inspirados por Reyes desde la legación del bulevar Haussmann. *Cf.* en particular el del 28 de diciembre de 1926.

Don Alfonso encontró a un importante aliado para la defensa y la explicación en París del México moderno en la persona de su amigo Alexandre Sux, argentino de origen francés que descendía de un coronel de Napoleón que había partido a Buenos Aires después de Waterloo.[5] Alexandre Sux había sido secretario de Rubén Darío durante la estancia de éste en París y se había convertido en una de las principales personalidades latinoamericanas de la capital francesa.[6] En 1925 dirigía la importante agencia que agrupaba a los representantes de los grandes periódicos americanos, instalada con riqueza en un edificio de la avenida de la Ópera.[7] Este admirador de Rodó, partidario como él de la fraternidad que debía agrupar a las naciones latinoamericanas, dirigía entonces su atención a México y esto significaba la manifestación de la nueva amistad que se había desarrollado entre el México de Calles y la Argentina radical desde 1916, con los presidentes Yrigoyen y Marcelo de Alvear. Sux era el corresponsal en París del gran diario *El Universal* de México y acababa de regresar de una estancia de varios meses en esta ciudad en la que, con carácter oficial, había pronunciado una serie de conferencias sobre Francia. Había sido testigo, en efecto, de cómo vivía México y había sido recibido incluso por el presidente Calles. Sobre esta estancia, había escrito una serie de artículos que fueron publicados en la prensa diaria.[8] La identificación de sus puntos de vista con los de Reyes es asombrosa, hasta en los matices que separaban a don Alfonso de sus amigos Vasconcelos o Antonio Caso. Para el periodista argentino, los quince años de revolución en México representaban también "una sangría necesaria pero terrible". No escatimaba su severidad respecto a las doctrinas bolcheviques que habían invadido México en los últimos tiempos de Carranza, "absurdos ideológicos que surgieron del tronco magnífico de la Revolución como ramas enfermas". Lo mismo que Reyes, depositaba su confianza a la vez en Obregón y en Calles. El primero había acabado con "las bandas disfrazadas con el nombre de revolucionarias". Calles se presentaba como un personaje de gran estatura física y moral, enigmático, enemigo de las declaraciones públicas, y de una discreción algo desconcertante. El periodista argentino traza su retrato magistralmente y en una prosa nítida. México había encontrado por fin un jefe que asumía "la tarea ingrata de crear una conciencia nacional, de sanear las finanzas a pesar de la sorda hostilidad de los que sufrían las consecuencias en su ca-

[5] Véase el artículo sobre Alexandre Sux en el *Paris-Times* del 29 de abril de 1925.

[6] *Cf.* "L'auteur d'*Ariel* en France avant 1917", artículo de Noël Salomon, *Bulletin Hispanique*, Burdeos, enero de 1971.

[7] Véase en el *Paris-Times* del 4 de mayo de 1925 la reseña de la inauguración solemne de esta Maison des Grands Journeaux Ibéro-Américains a la que asistió Alfonso Reyes.

[8] Sux tenía intención de reunirlos en un volumen titulado "Le Mexique que j'ai vu". Véanse en especial sus artículos publicados el 10 y el 15 de enero de 1926 en *Paris-Times*.

ja fuerte''. Restablecer el orden, luchar contra el espíritu turbulento por naturaleza de los mexicanos era indispensable. En cuanto a la independencia económica de México, no se trataba tanto de un programa que se tuviera que llevar a cabo en su totalidad como de un objetivo hacia el que se debía avanzar. Las inversiones extranjeras eran todavía posibles y deseables en México, a condición de que respetaran las leyes mexicanas. Empero, el camino era todavía largo y estaba lleno de trampas, pero México parecía estar por fin bien encauzado.

Uno de los grandes problemas que encaraban los diferentes representantes de México en Europa era la ruptura de relaciones diplomáticas de su país con Inglaterra como consecuencia del ''asunto Evans''. La reforma agraria y la redistribución de tierras a pequeños agricultores habían conducido de hecho a algunos excesos y a desórdenes. Bajo la cobertura de esta reforma, bandas de gentes fuera de la ley, que se autodenominaban ''agraristas'', habían invadido y a veces atacado haciendas, dando muerte a los propietarios que se resistían y entregándose al pillaje y a la expoliación. Como estos vastos terrenos eran con frecuencia propiedad de extranjeros, cada una de estas operaciones de bandidaje era origen de dificultades diplomáticas graves con los gobiernos de los súbditos maltratados. Las relaciones con Gran Bretaña se enconaron cuando el rancho de Evans, en el estado de Puebla, fue saqueado y objeto de pillaje. En el asalto había muerto la propietaria. La policía mexicana había intervenido para detener a los bandidos, pero desde entonces las relaciones entre ambos países se habían interrumpido oficialmente. Londres había llamado a su embajador y solicitado a los Estados Unidos que se encargaran de sus intereses en México. Desde su llegada, a través y durante todo el verano de 1925, Reyes se dedicó a favorecer el restablecimiento de estas relaciones diplomáticas y a que Londres reconociera al gobierno del general Calles. En el curso de una conversación privada. Aristide Briand le propuso que sondeara las intenciones reales del gobierno inglés en lo referente a la eventual admisión de México en la Sociedad de Naciones, y estos contactos, bajo la égida de Francia, fueron el preludio de la reanudación de las negociaciones anglo-mexicanas. El 28 de agosto de 1925, Reyes pudo anunciar al ministro francés en una carta manuscrita que las relaciones se habían reanudado entre ambos países y expresarle su gratitud.[9] Se formó una comisión para examinar las reclamaciones que ha-

[9] Únicamente unos días después estalló otro drama similar que hubiera podido tener las mismas consecuencias que el asunto Evans si Reyes no hubiera estado allí para explicar y apaciguar. Un francés, propietario de un rancho en México, había muerto, así como tres de sus sirvientes, en defensa de sus bienes y con las armas en la mano contra una ''banda de agraristas''. El rancho había sido saqueado e incendiado. El gobierno mexicano había anunciado ''que enviaba tropas en busca de los asesinos''. Véase *Le Temps* del 2 de septiembre de 1925.

bía hecho Inglaterra a México. Se abrieron de nuevo las vías diplomáticas ordinarias y Reyes tuvo que prescindir de su mejor colaborador, el consejero Alfonso Rosenzweig, hombre metódico que le había sido muy valioso para volver a poner en orden la legación de París y que se iba a representar a México en Londres, a la espera del nombramiento de un ministro. Al mismo tiempo, Reyes tomó en sus manos la reanudación de relaciones entre México y Suiza, interrumpidas desde la Revolución mexicana. Varios años antes los intentos de restablecer una legación habían fracasado.[10] Además, esta cuestión tomaba una nueva importancia después de que la Sociedad de Naciones se había instalado en Ginebra. Por otra parte, las relaciones entre México y Suiza funcionaban tácitamente sin que el nuevo gobierno mexicano hubiese sido reconocido formalmente. La Confederación Helvética se contentaba con mantener relaciones consulares sin desear nada más y Reyes tuvo que solicitar apoyo de Francia y de Inglaterra para que se aceptara la eventualidad de relaciones concretas, triunfo excepcional si se piensa en el aislamiento en que se mantenía Suiza en su interpretación rigurosa de la neutralidad y que hizo que este país retardara hasta 1944 el reconocimiento del gobierno de los soviets. Reyes entró en contacto con el gobierno helvético y planteó la posibilidad de una carta personal del general Calles. Se le prometió una acogida favorable y una contestación y, el 7 de septiembre de 1925, el ministro de México en Francia remitió oficialmente una carta manuscrita del presidente Calles a la legación suiza en París. La respuesta llegó el 22 de septiembre en forma de una carta personal del presidente suizo. El asunto parecía estar bien encaminado. Circularon rumores sobre la próxima creación de una legación mexicana cuya jurisdicción se extendería a Suiza y a Austria. La elección del futuro ministro de esta legación era un asunto delicado y se consultó a Reyes. Durante meses todavía, fue él quien se ocupó de esta representación de México en Suiza pues fue designado por Relaciones Exteriores para que tanteara para este puesto al ministro mexicano en Roma, Nieto. Pero en esto Nieto murió. Ya no había de momento un posible candidato y el asunto quedó pendiente una vez más. El 1° de julio de 1926, Relaciones Exteriores hizo saber a don Alfonso que se había creado una legación en Suiza, sin correspondencia (aunque Suiza no era el único país en esta situación), y que se le había confiado también dicha legación.

El ingreso de México en la Sociedad de Naciones era un problema muy espinoso que ponía a la vez en juego los intereses comerciales de México y su susceptibilidad. En 1918, mientras otras repúblicas americanas habían declarado la guerra a toda prisa a una Alemania casi vencida, México había permanecido oficialmente neutral hasta que finalizaran

[10] *Diario*, pp. 99, 109, 134 y 150.

las hostilidades. Así pues, este país no había sido invitado a formar parte de la Sociedad de Naciones en el momento de su constitución. Pero más tarde habían sido admitidos, a título diverso y más o menos con carácter provisional, varios países neutrales, entre ellos España. La posibilidad de la participación de México en esta asamblea de naciones había sido una de las cuestiones que se le habían planteado a don Alfonso desde su llegada a París. En un momento en que tanto se hablaba de la admisión de Alemania en el seno de la asamblea de Ginebra, ¿cómo no concebir *a fortiori* el ingreso de Estados neutrales? Tanto más cuanto que ya estaban representadas varias repúblicas latinoamericanas, como era el caso de Brasil, Argentina y Uruguay. Don Alfonso ya había abandonado sus prejuicios contra la política de congreso y deseaba personalmente con energía la admisión de México en Ginebra. No obstante, estaba obligado a respetar la actitud del presidente Calles, muy preocupado por cuidar la dignidad nacional mexicana frente a una asamblea que parecía haber ignorado a su país desde su creación. México no debía dar muestras de prisa ni de contento por ser admitido y era una cuestión de honor esperar a que se le suplicara oficialmente su aceptación. Invitado en abril de 1925 a participar en la Conferencia Internacional sobre Tráfico de Armas, México se negó a asistir recordando una vez más que había sido tratado de manera injusta en 1919.[11] No se contaba entre las facultades de Reyes la de poder poner fin a estas coqueterías nacionales tal vez excesivas y anticuadas, pero se convirtió en el intermediario oficioso entre la Sociedad de Naciones y el gobierno mexicano. Desde París, don Alfonso se mantenía fácilmente al corriente, día tras día, de las sesiones en Ginebra, del papel que podían llegar a desempeñar en un futuro las naciones americanas y de la actitud de cada uno de sus representantes en el transcurso de las discusiones, y hacía llegar a Relaciones Exteriores frecuentes notas, un poco pesimistas, sobre esta asamblea demasiado dominada por la política y el interés de las grandes potencias europeas.[12] Pudo establecer, no obstante, contactos fructuosos con dos organismos de la Sociedad de Naciones, la Organización Internacional del Trabajo y el Instituto de Cooperación Intelectual. En México, donde los trabajadores estaban ya extraordinariamente organizados, las iniciativas de la OIT en favor de los sindicatos obreros encontraron de inmediato la comprensión adecuada. Cuando fue invitado, el gobierno mexicano respondió que estaba dispuesto a formar parte de la OIT si no se le imponía condición alguna y sobre todo sin la obligación de formar parte de la Sociedad de Naciones. A partir de mayo de 1925, las agrupaciones obreras mexicanas enviaron un representante a Ginebra.

[11] Véase *Le Temps* del 24 de abril de 1925.

[12] Véase el *Diario*, p. 136.

garon también de visita a París por varias semanas hombres de negocios, agricultores, banqueros, industriales, intelectuales y médicos mexicanos. Reyes puso al servicio de ellos su legación y les organizó no sólo recepciones oficiales sino también visitas a fábricas y talleres, sirviéndoles de intérprete ante los industriales franceses a fin de que pudieran tener una idea más precisa y directa del mercado francés y, a partir de entonces y sin intermediario alguno, como era con demasiada frecuencia la costumbre, proceder a transacciones, llegar a acuerdos y establecer proyectos. La prensa francesa destacó la importancia y la originalidad de esta misión.[15] El ministro de México en París esperaba que el comercio y la industria franceses sabrían aprovechar la ocasión para introducir sus productos en México y establecer allí fábricas utilizando las abundantes materias primas que encontrarían en el lugar para emprender un combate eficaz "contra los competidores en lucha encarnizada contra los franceses". En sus diversas declaraciones, Reyes pedía a Francia que modificara su política comercial y le diera una mayor concreción, y a los viajeros que llevaran con ellos muestras de sus productos, como lo hacían los alemanes, en vez de las simples fotografías que acostumbraban mostrar. Reyes emprendió un viaje con los funcionarios mexicanos por la provincia durante ocho días y visitó con ellos a los industriales de Saumur, La Rochelle, La Pallice, Burdeos, llegando hasta la frontera española, Hendaya, Guetaria, Biarritz. De regreso en París, la delegación mexicana fue recibida solemnemente en el Ayuntamiento y en la Association Paris-Amérique Latine. Se le ofreció también un banquete en el Ministerio de Asuntos Exteriores. En todas estas ocasiones, Reyes pronunció varios discursos y entró en contacto con varios ministros y numerosos políticos franceses.

Recíprocamente, Reyes trató de mejorar en Francia la venta de productos mexicanos. La Francia de la posguerra reanudaba la costumbre de las ferias de comercio internacionales. El ministro concedía la mayor importancia a estos encuentros y se ocupó personalmente de que en ellos estuviera representado México. En la feria de París de 1926, el pabellón mexicano, con sus cuatro casetas, fue muy sobresaliente.[16] Se había mandado traer maderas, metales, minerales y piedras preciosas para que los conocieran los hombres de negocios parisienses, y reunido objetos de la rica artesanía del país para responder a la curiosidad por el exotismo que entonces estaba tan en auge. A fin de dar aún mayor relevancia a esta

[15] Véanse los artículos publicados en *Paris-Times* el 12, 15, 20, 23, 26 y 29 de junio de 1926, que describen la estancia de la misión mexicana en París y las manifestaciones de simpatía de que fue objeto.

[16] Véase el *Paris-Times* del 21 de mayo de 1926: "M. Alfonso Reyes inagure quatre stands à la Foire de Paris".

exposición, don Alfonso hizo que contribuyeran los artistas mexicanos que residían en París gracias a un financiamiento que consiguió de su gobierno e hizo que se expusieran sus esculturas y sus obras decorando las salas del pabellón mexicano. Él, personalmente, prestó las bellas series de grabados antiguos mexicanos que poseía e hizo un llamado a sus amigos para que hicieran lo mismo. Procuró también que México estuviera bien representado en la segunda feria internacional francesa, la de Lyon, plataforma de ventas en Francia, Italia, Alemania y Suiza, país en el que Reyes precisamente trataba de implantar una representación mexicana.[17] La personalidad de Édouard Herriot, alcalde de la ciudad, y su papel de líder político daban todavía mayor brillo a lo que su ciudad emprendía. En marzo de 1926, Reyes fue a Lyon con casi todos sus subordinados para presidir la representación de México en esta feria. La prensa lionesa saludó la participación, nueva y excepcionalmente importante, de esta república latina en la gran manifestación comercial. Junto a Gaston Doumergue y Aristide Briand, que se habían desplazado con este motivo, Reyes asistió a todas las inauguraciones oficiales. Los únicos otros diplomáticos presentes eran el representante de Egipto, cuya modesta caseta no tenía ninguna ambición comercial, y el embajador de Rusia, pues los stands rusos, veinte en total, también armaron mucho ruido. Reyes no pudo volver a ver en esta ocasión al presidente Herriot, a quien la crisis ministerial había obligado a desplazarse a París. El ministro de México se había comprometido a dar una conferencia en francés sobre su país y la Facultad de Derecho y de Letras de Lyon puso a su disposición uno de los anfiteatros. Reyes visitó previamente al rector de la Academia, al decano de la Facultad y al gobernador, y el 10 de marzo habló ante un auditorio, si bien no muy numeroso, al menos "esencial", que comprendía al presidente de la República Gaston Doumergue, al gobernador, al decano, a la Cámara de Comercio y al cuerpo consular.[18] Con sus *Simples remarques sur le Mexique*, Reyes ofrecía a la ciudad de Lyon sus páginas más bellas sobre la amistad franco-mexicana y los párrafos más ardientes que se hayan escrito sobre México y sobre su destino. Estas reflexiones, destinadas a un público francés, eran tan sinceras, tan personales y hasta confidenciales que Reyes nunca les reprodujo *in extenso* en ninguno de sus libros ni en sus *Obras Completas*.[19]

México acababa de vivir diez años terribles de luchas intestinas, lo

[17] Véase el *Paris-Times* del 11 de marzo de 1926 y el artículo publicado en *Le Nouveau Journal de Lyon* el mismo día y titulado: "La Foire de Lyon. Conférence de M. le ministre du Mexique".

[18] *Cf.* Reyes, *Crónica de Francia*, t. III, p. 19.

[19] *Simples remarques sur le Mexique*, en una *plaquette* impresa en París en el mismo año de 1926.

cual no implicaba ninguna inferioridad de su raza, ninguna incapacidad particular para gobernarse: "...La naturaleza es cruel en sus métodos de equilibrio", y la Revolución mexicana había sido "la liquidación vital, necesaria... de una larga paz, como no la han conocido nunca los países de la nueva Europa". Reyes fijaba en 1920 —la caída de Carranza— el retorno a la vida normal. ¿Pero qué sabían de ello los franceses? Hacían gala de un cierto dandismo manteniéndose en "una pintoresca ignorancia" de ese gran país, "cuyos rasgos están tan fuertemente trazados" y que fue heroico en su historia contra la codicia del norte o contra la osadía de los déspotas, a veces franceses. No era posible creer a algunos diarios politizados que con frecuencia describían a ese gran pueblo como bolchevizado, transformado en "un hormiguero informe, en torno a algunos pozos de petróleo". Para mejor comprender el alma y el carácter de México, Reyes invitaba a sus escuchas a que emprendieran con él dos viajes, de oeste a este y, después, de norte a sur a través de su país.

México "se retuerce en una curva alargada hacia el Asia lejana". El conferenciante insistía —porque estas ideas le eran gratas y les eran ajenas a los franceses, nuevas para ellos— en la seducción que ejerce Asia sobre su país, en su vocación frustrada que habría sido netamente asiática si Carlos V hubiera aceptado los designios juiciosos de Cortés, quien proyectaba hacer de México el núcleo de un vasto imperio dirigido enteramente hacia el oeste. Cortés había intentado la instauración "de relaciones marítimas entre los puertos occidentales de México y las islas asiáticas". Pero el emperador presintió que una unidad de ese tipo se le escaparía de inmediato de las manos y dio orden a su virrey de "conducir al fracaso la segunda empresa del Conquistador". Como vestigio de estas intenciones había continuado "la Nao de China", navío que vertía en el puerto de Acapulco pocelanas, textiles y cobres preciosos. El recuerdo de un antepasado importador de estas riquezas mantiene en el texto una emoción insospechada. Estos objetos artísticos eran lentamente transportados a través del país con destino a Veracruz hacia una Europa prendada de estas curiosidades exóticas pero, en el camino, iban dejando su huella en las artes populares y en las pequeñas industrias locales, "algo así como un lamento del perfume asiático". Así pues, México era un verdadero intermediario entre Oriente y Occidente, entre Asia y Europa. Esta situación geográfica tal vez lo destinaba a ser el crisol de la filosofía de ambos continentes, de donde surgiría "una nueva filosofía más comprensiva que la antigua". Misión arriesgada que Reyes no vacilaba en comparar a la del cristianismo, "gran escuela de héroes y de vencedores".

El segundo viaje, de norte a sur, revelaba ideas también personales y eclécticas. En este sentido México ocupaba por igual un lugar intermedio entre "la fuerza sajona del norte" y la "sensibilidad latina e indígena" del sur. Ningún rasgo de desconfianza respecto a los Estados Unidos, país imbuido ahora de sentimientos amistosos: "El magnífico pueblo

del Norte se lanza por el camino de la cordialidad hacia su vecino del sur. Los beneficios son mutuos". Tal era "la cruz de los destinos... las corrientes entre los cuatro puntos cardinales de la Tierra". Se entrecruzaban precisamente en las manos, en el corazón mismo de los mexicanos.

La historia de este pueblo comenzaba para Reyes en la Conquista, cuando se había producido un choque tal "entre las dos civilizaciones" que "su vibración recorre todavía la totalidad de nuestra vida política". Después, a través de las guerras de Independencia y en las luchas contra las potencias que habían invadido sucesivamente a México, se desarrolló el pequeño germen de la idea nacional, consciente de todos sus propios problemas: dualidad étnica, servidumbre rural; relaciones entre la Iglesia y el Estado; grandes tendencias políticas, federalismo y centralismo, capitalismo y socialismo, etc.

Pero México quedaba muy lejos, al margen de las grandes rutas modernas comerciales y por eso era conveniente llamar la atención sobre sus riquezas a los comerciantes del mundo entero. La vocación comercial de México es antigua y espléndida, si la juzgamos por la suntuosidad de los mercados que descubrieron en Tenochtitlán los conquistadores maravillados. Se encuentran, dice Cortés, "cartuchos de plumas llenas de oro en polvo... platería, vituallas de todo tipo..." Y reyes retoma la célebre *Carta* en lo que se torna por un instante una nueva *Visión de Anáhuac*.

Gran adepto a la civilización española, Reyes describe en seguida con amor los intercambios que la metrópoli practicó con la Nueva España durante el periodo colonial: "Por una parte, la fauna y la flora exóticas partieron hacia el Viejo Mundo, como un mensaje del paraíso recientemente descubierto. Por otra parte, España envió a su hija americana sus plantas y sus animales domésticos e inició a los indios en la verdadera vida de la ganadería y la agricultura. Los propietarios rústicos de las Antillas —sometidos con anterioridad a la Corona española— enviaban a Tierra Firme —a México— puercos, cabras, y ovejas, aves de corral, caballos y el asno, la dulce bestia de carga, se iba convirtiendo poco a poco en el compañero del indígena... El sabio Humboldt se asombró de la variedad de vegetales europeos que se habían importado en América durante el primer siglo de la Conquista. Los vergeles y huertas de los conventos eran auténticos jardines botánicos de plantas europeas. El soldado Bernal Díaz del Castillo —famoso cronista de la Nueva España— descansaba en su vejez a la sombra de siete naranjos que habían germinado de siete semillas de naranja que en otro tiempo él había sembrado en el suelo mexicano". En cuanto a las minas, los métodos primitivos de los indios para la extracción de metales preciosos habían sido remplazados por métodos europeos. "La metalurgia mexicana moderna se inspira en las técnicas alemanas, suecas y francesas." En lo que se refiere a la química, México estaba a la vanguardia de los países hispánicos y

"la primera traducción española de la *Química* de Lavoisier se había hecho y publicado en México".

Los errores del régimen colonial español fueron ante todo errores de la época. Prohibir cultivos, cerrar puertos eran medidas que practicaban todas las naciones colonizadoras. Incluso "España aplicó esta doctrina de manera menos sistemática que otros Estados". En realidad, "el prejuicio lo sufrió más bien España... pues el comercio con América produjo en España la institución de un privilegio, lo cual era completamente antiespañol. España cometió el error de dejar un solo puerto abierto al comercio de ultramar, Sevilla, y en este puerto, sólo la Casa de Contratación."

"El exceso de plata que se importó de América depreció el oro y quebrantó el equilibrio comercial de España. Se intercambiaba plata por artículos extranjeros, de manera que esta nueva riqueza no hacía más que atravesar España para extenderse a otros países, llevando a la ruina por lo demás a las industrias nacionales... Cuando en el siglo XVIII se declaró la libertad de comercio, España se encontraba en la impotencia naval más lamentable. Fue incapaz de soportar el golpe... Los paisajes de México están llenos de matices, desde el desierto y la llanura hasta los bosques, las selvas vírgenes y las desapacibles soledades montañosas en las que vibra el silencio". La gama de sus productos modernos se explica por la maravillosa diversidad de sus climas. Un "feliz azar" combinó en ese país la influencia de dos océanos y estimuló "la riqueza de su flora" y de la fauna, con sus animales salvajes, ejemplares únicos, sus animales domésticos, "pasando por el Olimpo aristofanesco de las aves más fantásticas y magníficas". Las plumas de ave del paraíso, cuya moda en los "años locos hacía furor, se vendían a precios irrisorios, la ganadería había prosperado, sus caballos se contaban entre los más apreciados del mundo, y el hipismo se convertía en el deporte nacional. México producía además maíz, azúcar y el mejor tabaco, todavía no bien conocido en el extranjero. El subsuelo contenía "misterios inagotables, plata, oro, petróleo..."

Don Alfonso finalizaba ofreciendo en Lyon el regalo de una revelación histórica, que le debía a su amigo Déjean: la historia maravillosa de la cochinilla, insecto que se reproduce en el nopal de las montañas y que permite obtener un magnífico carmín. Humboldt se había interesado por la cochinilla cuando se sintió atraído por una belleza mexicana, la Güera Rodríguez. Esta hija preciosa de la aristocracia, de un pudor exquisito, era famosa por su inteligencia. Humboldt la llamaba "la Madame de Staël del Occidente". Iba a conversar con ella con el pretexto de estudiar la cochinilla. Ella supo descubrir "un corazón de hombre bajo la armadura del viajero científico". Pero fue un francés —ya olvidado en nuestros días—, Thierry de Menonville, estudiante en la Sorbona y después botánico del rey, quien, al precio de mil fatigas y múltiples peligros, viajó

a México y cultivó una cierta cantidad de nopales cargados de sus preciosos insectos para introducirlos en Santo Domingo, entonces posesión francesa.

La cochinilla había sellado como símbolo providencial la amistad y el comercio franco-mexicanos. Fue con cochinillas mexicanas con las que se tiñó de rojo "la primera bandera de la Convención y, más tarde, el ropaje púrpura del Primer Cónsul". Para finalizar, Reyes rindió especial homenaje a la ciudad de Lyon que lo acogía. Siguiendo su costumbre de viajero curioso y cortés, había averiguado cuáles podían ser los vínculos particulares que la ciudad tenía con México. Además, era a esta ciudad a la que su país había comprado siempre el canutillo, hilo de oro y plata fino y labrado con el que en México se bordaban uniformes militares y eclesiásticos.

Esta conferencia fue escuchada con gran interés y la prensa lionesa hizo comentarios buenos y muy explícitos. *Le Temps* de París, el 28 de marzo, consagró un artículo a los "stands de México en la feria de Lyon", haciendo hincapié en el interés de las innumerables riquezas del suelo y del subsuelo que se habían expuesto: "colecciones de mármoles, de maderas y de productos tropicales, cortezas colorantes o destinadas al tinte, cacao, café, ceras, cueros y pieles..." Las fibras textiles, los sisales que se extraen del agave, muy variados, habían despertado un gran interés. Se destacaba la feliz iniciativa de los presentadores que, junto a cada objeto expuesto, habían agregado una documentación bien fundada.

A consecuencia de estos contactos diversos, parecía haber renacido la confianza. En París, Reyes alentó conversaciones entre hombres de negocios franceses y banqueros mexicanos. Se suscribieron acuerdos, que aprobó Alberto Pani, secretario de Hacienda, a raíz de los encuentros que duraron todavía cerca de tres semanas y que tuvieron lugar en Nueva York. El 24 de septiembre de 1925, Agustín Legorreta, director del antiguo Banco Nacional de México, concluyó con los financieros de París acuerdos satisfactorios en nombre de la Banca Única de México. En la Bolsa de París se volvieron a cotizar favorablemente las acciones mexicanas y las del Banco de Londres y México. Se creó una nueva sociedad franco-mexicana para la explotación del petróleo.[20] Como efecto de una buena gestión, las arcas del Estado mexicano, que Obregón había dejado vacías al terminar su mandato, se volvieron a llenar rápidamente. El nuevo presupuesto que se presentó tuvo excedentes. En febrero de 1926, el presidente Calles anunciaba que México reanudaba el pago de la deuda externa.

[20] Véase *Le Temps* del 6 de junio de 1926.

El conflicto emanó de intereses puramente materiales, en torno a las propiedades de la Iglesia mexicana, y ésta es una de las características que conservará hasta el final. Pero tomó rápidamente el aspecto de una lucha entre la fe y el libre pensamiento y, por ello, y debido a "la estructura imperial de la Iglesia", ya que las órdenes religiosas que había en México provenían de varios países europeos, el drama mexicano muy pronto tuvo inmensas repercusiones en el mundo entero. Como es natural, preocupó, en primer lugar, al Vaticano, y también a todos los círculos conservadores y religiosos de España y de América Latina, donde las poblaciones eran muy devotas. En Francia, gran país católico, aunque patria de Voltaire y de la Revolución de 1789, la separación de la Iglesia y el Estado era un problema siempre candente y que se había reavivado recientemente con el ascenso al poder de los radicales y la supresión de la embajada en el Vaticano que acababa de conseguir Édouard Herriot al término de apasionados debates en la Cámara de Diputados. En otros países, en Alemania, en Rusia, las noticias que llegaban del lejano México se utilizaban ya fuera con fines comerciales o políticos. En cuanto a los Estados Unidos, cuya comunidad de intereses con el clero mexicano era evidente al inicio, vacilaban, divididos entre asociaciones tan poderosas como contradictorias, prudentes después de experiencias previas y sobre todo atentos, según era su costumbre, a los imperativos de su política interior.

Para el Vaticano, México representaba una preocupación permanente desde la Reforma de 1857, un país turbulento y extraño cuyas élites liberales estaban a la vanguardia de América Latina. La cautela con la que el clero había vivido la aventura de Maximiliano era también un recuerdo punzante que incitaba a la prudencia. Había además un fuerte sentimiento de desconfianza respecto al episcopado mexicano. En varias ocasiones, los obispos habían dado muestras de "galicanismo", quizás porque el espíritu de independencia sea un rasgo del carácter de este pueblo y también porque México estaba todavía en aquella época muy distante de Europa y ya desde tiempos de la Colonia se había adquirido la costumbre de no obedecer casi nunca. Por último, el clero mexicano en su conjunto tenía mala reputación y Roma no trataba de distinguir el valor —no obstante, real— de algunos obispos. En los medios diplomáticos, las malas lenguas contaban que tres de estos prelados fueron a Roma a quejarse de la situación peligrosa en que se encontraba la Iglesia en su país y habían sido recibidos "con humor" y se les había aconsejado prudencia y contemporización, por miedo a que el gobierno hiciera uso de los documentos confiscados en casa del arzobispo de Guadalajara durante la Revolución y cuya publicación hubiera sido "abrumadora" para el clero mexicano. Escándalos de hacía ya más de quince años y que databan del Antiguo Régimen, es decir, de otra era. Sin que queramos prestar oído a rumores maliciosos e inverificables, puede afirmarse sin arriesgar de-

masiado que Pío XI y los que como Gasparri dirigían su política conocían muy aproximadamente la psicología tan peculiar, las tradiciones y los problemas modernos de los mexicanos. Así pues, algunas de las decisiones que tomó Roma entonces son verdaderos contrasentidos históricos. A esta ignorancia del país —tan trágica que en ciertos momentos se estableció un diálogo de sordos entre la Santa Sede y sus obispos— hay que agregar la influencia de que gozaban muchos de los prelados españoles en la corte pontifical. Además, éstos siempre vituperaban a la antigua colonia, convertida según ellos en botín de ateos y de francmasones.

La importancia considerable de los intereses que la Iglesia española poseía en México era consecuencia de la organización religiosa tan particular de este país. En ese inmenso territorio en el que las obras públicas eran todavía muy reducidas y con frecuencia inexistentes, ni el servicio del culto, ni la enseñanza, ni en gran parte los hospitales o los asilos incumbían a los mexicanos. Mexicanos eran los obispos, de valor desigual, muy desunidos, pero algunos de los cuales eran hombres extraordinarios. Otros ocultaban sus disipadas costumbres bajo una fachada de rigurosa ortodoxia.[23] En el otro extremo de la jerarquía eclesiástica se encontraba el otro elemento mexicano, el clero rural, a menudo de raza indígena o apenas mestiza, al que todos atribuían un nivel cultural y moral increíblemente bajo y que, además, era poco numeroso.[24] Para paliar esta carencia de reclutamiento indígena, la Iglesia llamaba a México a sacerdotes de otras nacionalidades, en su mayoría españoles. España era en efecto rica en vocaciones religiosas, pero enviaba sobre todo a su antigua colonia lo que no se ha dudado en llamar "el desecho" de su clero, los sacerdotes menos instruidos o los más interesados, los que buscaban una vida más fácil en América. Este clero español tenía en el continente una reputación execrable, y a muchos obispos mexicanos les exasperaba confiar sus iglesias o sus clases a sacerdotes que menospreciaban. Es cierto que el clero regular español era con frecuencia de más valor y las órdenes religiosas grandes estaban representadas de manera importante. Los conventos que estas órdenes tenían en México dependían evidentemente de las matrices españolas en las que todos los novicios mexicanos pasaban una estancia. Además, eran muy ricas. Los jesuitas, en particular, eran propietarios de muchos de sus colegios. Su colusión con las cla-

[23] Jean Meyer, de acuerdo con un informe del encargado de negocios francés en México, Ernest Lagarde, traza un extraordinario retrato colectivo del episcopado mexicano en *La Cristiada*, p. 45.

[24] Un periodista francés que Reyes conoció y frecuentó en París, Maurice de Waleffe, en la narración de un viaje que había hecho a México en 1908 había tenido la oportunidad de señalar los vicios y el relajamiento de las costumbres que se le adjudicaban al clero mexicano. Véase su libro *Les Paradis de l'Amérique Centrale* y la reseña que se publicó en el *Mercure de France*, julio de 1912, p. 843.

ses dominantes tenía, pues, un doble origen. Siendo también ellas grandes propietarias, eran las que educaban a las clases acomodadas. Sus intereses eran indisociables y es verdaderamente chocante para un lector de nuestro tiempo constatar que en sus escritos la defensa de la propiedad pasaba a primer lugar, antes que la defensa de la moral cristiana y antes que la defensa de la fe.[25] Los curas-soldado no se detenían ante la perspectiva de la violencia y sabían inspirar a los católicos su ardor combativo. Todo este clero de origen español estaba apoyado por la numerosa colonia de españoles radicados en México, que no eran del todo españoles, pues habían perdido una de las mejores cualidades de su raza, pero que tampoco eran legalmente mexicanos. Con frecuencia enriquecidos e insolentes, representaban para el gobierno mexicano una de las partes de la población más difíciles de dirigir.

Los religiosos y las religiosas franceses partieron a México con espíritu de abnegación. Pertenecían a la orden de los maristas o procedían de diversas congregaciones provincianas muy modestas. Las instituciones francesas eran sobre todo escuelas y abarcaban desde pequeñas instituciones religiosas para campesinas hasta grandes colegios en la capital. Tenían en total unos ocho mil alumnos. En estas escuelas se enseñaba francés y en algunas de ellas se impartía la enseñanza exclusivamente en francés y se utilizaban los libros de texto franceses, se seguían los programas de estudios de Francia y se autorizaba el acceso a los diplomas de secundaria. Huelga decir que la influencia intelectual y hasta comercial francesa en México dependía en gran parte de la enseñanza que se impartía en estas instituciones, puesto que a sus alumnos les gustaban los productos franceses a la vez que la lengua y la cultura de este país. Es más, del mantenimiento de las congregaciones francesas en México dependía la suerte de la influencia francesa en muchos otros países. Los religiosos franceses confesaban en efecto —con cierta ingenuidad— que los ingresos que las congregaciones tenían de sus obras en México eran tan importantes que les permitían emprender misiones en otros países del mundo, argumentación de doble filo y que llevaba mucha agua a los molinos que accionaban Calles y Morones: a saber, que al pueblo mexicano, en la miseria, le sacaban provecho también los religiosos que llegaban a evangelizar. En una época en que la Francia arruinada trataba por todos los medios de extender su influencia y desarrollar sus intercambios comerciales, el gobierno naturalmente tenía que proteger a sus misioneros. No es, en efecto, una de las paradojas menores de la historia de Francia en este periodo la de haber visto a los mismos que habían sido en el país los artífices de la separación de la Iglesia y del Estado, Aristide Briand y Édouard Herriot,

[25] "La Iglesia será enemiga del socialismo si éste es enemigo de la propiedad privada, de la santidad del matrimonio, de la religión." Paul Dudon, "Lois Calles. La guerre civile", en *Les Études* (revista de la Compañía de Jesús), núm. 190, enero de 1927.

acopiar esfuerzos para preservar las escuelas religiosas francesas en México, salvaguardar sus bienes, alentar a padres y madres religiosas a que permanecieran en aquel país y suplicar a Calles en su favor. Los misioneros franceses, tan unánimemente respetados ya por sí mismos en México, se beneficiaban ante el jefe de Estado mexicano de un prejuicio y a menudo de medidas favorables a ellos a causa del buen recuerdo que Calles guardaba de su visita a París y de los sentimientos de simpatía que tenía por los dirigentes radicales franceses como el presidente Herriot. Este favoritismo relativo suscitaba evidentemente celos, como el de los obispos mexicanos y, sobre todo, el clero español, que sabía que la severidad con la que lo trataban era en gran parte el reflejo de la antipatía que el régimen de Primo de Rivera inspiraba al presidente Calles.

Lo mismo que Francia, la Alemania de la posguerra tenía absoluta necesidad de tomar en consideración ante todo sus intereses comerciales. Éstos le dictaban que viera en México un posible comprador, un terreno de expansión para sus súbditos y para su industria. Sus dirigentes seguían la línea de conducta que ya se había adoptado cuando la visita del general Calles, a quien había colmado de honores y deferencias. Su ministro en México era uno de los mejores amigos del presidente. Toda la prensa ensalzaba con unanimidad la mínima de sus decisiones, hasta tal punto que la posición del embajador francés en Berlín, M. de Margerie, llegó a ser casi insostenible. En cambio, Inglaterra, gobernada entonces por conservadores, se oponía al presidente Calles. Es cierto que se habían reanudado las relaciones oficiales con México, pero la opinión pública inglesa seguía siendo reticente y las agencias de prensa de la protestante Inglaterra fueron, a lo largo de los años 1926 y 1927, uno de los principales medios de expresión de los católicos mexicanos. Londres encontraba y combatía en México la influencia soviética, la cual empujaba contra Inglaterra a los chinos de Cantón y hacía de México y América Central, junto con el Extremo Oriente, "uno de los dos puntos candentes del mundo".[26]

La Rusia soviética estaba evidentemente de parte de los anticlericales pero en las relaciones que Rusia emprendió por aquella época con México se tergiversaron dos puntos. Los católicos pretendían que la embajada rusa era todopoderosa en México sobre las ideas y las voluntades de Luis Morones, de Tejeda, muy pronto ministro del Interior, y de Plutarco Elías Calles mismo. En efecto, la influencia marxista se estaba consolidando en México desde hacía varios años y el gobierno mexicano se inspiraba en las doctrinas y en los logros rusos para algunas de sus innovaciones políticas. Algún dirigente ruso, como por ejemplo Zinoviev,

[26] Sobre las relaciones entre la situación en México y los acontecimientos en el Extremo Oriente, véase el notable artículo de Louis Guilaine, "La paix américaine", *Le Temps*, 14 de enero de 1927.

se llegó a vanagloriar de tener en México a un discípulo cabal. No obstante, el gobierno mexicano se defendía de esos juramentos de fidelidad y pidió a sus representantes o a sus portavoces que negaran este predominio soviético y afirmaran que en México se respetaba la propiedad privada y que uno de los objetivos del presidente Calles era precisamente instaurar el régimen de pequeña propiedad familiar. No se trataba tampoco de obligar a los súbditos mexicanos a que abjuraran de sus creencias religiosas, sino únicamente de corregir algunos abusos.[27]

Afectados como los católicos por las leyes sobre la propiedad, los Estados Unidos se pusieron del lado de ellos al menos al principio. Tenían también algunos conventos y un pequeño número de sacerdotes del otro lado del Río Bravo, sin contar con las misiones protestantes que entonces no estaban inquietas, pero quién sabe... Algunos políticos norteamericanos —y en primer lugar el embajador Sheffield en México— eran partidarios resueltos de una nueva intervención armada en México. Puede que esta paradójica situación que hacía de la gran nación protestante la aliada y el reducto de los católicos mexicanos resulte asombrosa, pero era una época en la que protestantes y católicos en los Estados Unidos trataban de acercarse, dándose muestras de generosidad recíproca, motivada por el terror común al materialismo marxista que acababa de instalarse en Rusia y no ocultaba sus intenciones de lanzarse a la conquista del mundo.[28] La poderosa confraternidad de los Caballeros de Colón, verdaderos "jesuitas civiles", ardientes y numerosos (eran ochocientos mil por lo menos), emprendió una campaña en favor de la intervención y reunió importantes sumas en las colectas para la causa.[29] Pero su influencia era contrarrestada ante el presidente Coolidge por el Ku-Klux-Klan, en su segunda versión, francamente anticlerical, de manifestar su aprobación al general Calles.

Después del desafío recíproco del congreso eucarístico de México y

[27] Reyes hizo alusión a estas declaraciones de Zinoviev en la entrevista que concedió a una periodista portuguesa. Cuando ésta le preguntó si "en México existía el peligro bolchevique", Reyes le respondió: "Desde mi punto de vista, en absoluto. El periódico que se refirió a las afirmaciones de Zinoviev omitió decir que el presidente Calles protestó inmediatamente ante el representante de los soviets y que en un lapso de 48 horas el gobierno mexicano había recibido explicaciones del gobierno ruso. Nuestro pueblo ni siquiera tiene ideas comunistas, tenga usted la certeza de esto". Irene de Vasconcelos, "O escritor Alfonso Reyes, ministro do México em França, diz ao Diário de Lisboa a verdade sobre o que se passa no seu país", *Diário de Lisboa*, 4 de septiembre de 1926.

[28] En el congreso eucarístico que se celebró en Chicago en 1926, el ministro del Trabajo, protestante, felicitó en su discurso oficial a los católicos por su rápido crecimiento y celebró amistosamente el lugar que se habían sabido ganar en las universidades, el Parlamento, las ciencias, las letras, los negocios; alentó su patriotismo y su oposición a los "predicadores de la revolución". Véase Paul Dudon, "La liberté au Mexique" *Les Études*, julio de 1926.

[29] Véase el artículo publicado en *Le Temps*, 14 de agosto de 1926, titulado "La Guerre religieuse au Mexique".

del asalto a la Iglesia de la Soledad, la película de los acontecimientos, entre octubre de 1925 y marzo de 1927, fecha en la que Reyes deja Francia, se presenta al observador que quiere ser objetivo una como sucesión de provocaciones o de graves torpezas recíprocas, pero de las que la mayor parte parecen provenientes de los diferentes círculos católicos, que no reconocen los gestos de conciliación difícilmente obtenidos por los ministros moderados en el seno del gobierno.

La situación es cada vez más tensa hasta llegar a un punto de ruptura más allá del cual Calles pierde definitivamente la sangre fría y la paciencia. La tendencia Morones-Tejeda triunfa entonces a sus ojos; esto significa la dimisión de Alberto Pani y, en consecuencia, la salida de Reyes de la legación de París.

Hasta el momento en que los acontecimientos en México verdaderamente se agravaron y cuando el país reaparece en la primera página de los periódicos franceses, la prensa francesa había tenido muchos otros temas que comentar en aquella difícil posguerra para ocuparse de un Estado tan lejano. Además, los círculos financieros estaban interesados en que se dejara creer que todo marchaba perfectamente bien en aquel país para que los ahorradores y los industriales franceses siguieran invirtiendo en él. En la prensa católica, *La Croix* era la intérprete de las opiniones del Vaticano y pueden apreciarse en ella el aprieto en que se encontraban las autoridades romanas respecto a México. Únicamente la revista *Les Études*, una de las mejores de la orden de los jesuitas y de los intelectuales católicos en el plano internacional, después de haber dejado de lado a México durante varios años, volvió a dedicar regularmente a su situación religiosa importantes artículos, a veces injustos y excesivos, pero con mayor frecuencia bien documentados y lúcidos, siempre belicosos y que, en el mutismo mexicano que imponía la censura, adquirían para los franceses valor de documentos históricos; aquellos llamados a las armas no estaban tanto dirigidos a los lectores franceses como a los obispos mexicanos, a los que se les pedía que se convirtiesen en "el alma de la resistencia", y sirven para darnos una idea de las incitaciones que los jesuitas fanatizados y algunas otras órdenes multiplicarían más tarde ante las multitudes.[30]

El 26 de octubre de 1925, el reputado como muy católico *Écho de Paris*, bastante bien informado, publicó un recuadro titulado "El drama mexicano" en el que se expresaba la inquietud de los católicos mexicanos, que una fuerte censura gubernamental —supresión de las co-

[30] Estos artículos están firmados por Paul Dudon, pero un examen más minucioso de los mismos deja pensar que son obra de un equipo de periodistas. Aparecieron en los números de octubre de 1925, abril, julio y octubre de 1926 y enero de 1927 de la revista *Les Études*, con los respectivos títulos de "Le chaos mexicain", "La persécution religieuse au Mexique", "La liberté au Mexique", "La résitance à la tyrannie", "Lois Calles: la guerre civile".

municaciones telefónicas con el exterior, multas— impedía que se divulgara en el extranjero. En el mismo momento, la revista *Les Études* publicó un largo análisis de la situación. El principio de este artículo era manifiestamente exagerado y hasta caricaturesco: se calificaba a los hombres que gobernaban México de insuficientes: Calles, un maestro de escuela, Morones, un obrero, Aarón Sáenz, el ministro de Relaciones Exteriores, un pastor protestante. El panorama de la situación económica se describía decididamente negro: "Todo el país sufre... los campesinos mueren de hambre". Pero después estas mismas páginas contenían precisiones inquietantes. Declaraban la fuerte censura que se ejercía con severidad hasta en las palabras y en las canciones, y las sanciones que había adoptado el gobierno contra los funcionarios católicos. Ya habían tenido lugar incidentes graves alrededor de algunos colegios jesuitas en Jalisco. El gobierno amenazaba con volver a aplicar una antigua medida, que databa de la Reforma, y que prohibía a todos los sacerdotes extranjeros ejercer su ministerio. No cabía duda de que la situación era diferente dependiendo de los estados, pero Tabasco ya vivía en plena tragedia y el gobernador no autorizaba sino a los sacerdotes mexicanos de nacimiento, antiguos alumnos de la escuela laica y casados. Sólo había seis en todo este estado que reunieran las condiciones requeridas y había inmensos territorios que ya habían quedado de religión. Al final, ese artículo, escrito por tales curas-soldados, adquiría un tono de exhortación dirigida a los católicos mexicanos "que quieran reconquistar la libertad de ser cristianos. Aquel que tenga el más violento y el más tenaz deseo de vencer será el que acabe por conseguir la victoria".

En sus visitas al Quai d'Orsay, donde era recibido con la mayor simpatía, si bien no siempre por el propio Aristide Briand mismo sí por sus colaboradores inmediatos, Philippe Berthelot o el conde de Déjean, jefe del Departamento de América, Reyes escuchaba las quejas de Francia. En ausencia del ministro francés Périer, de vacaciones por enfermedad en los Estados Unidos, el secretario Ernest Lagarde estaba a cargo de la legación francesa en México y enviaba informes cada vez más pesimistas sobre el porvenir de la enseñanza religiosa francesa en México que confirmaban los artículos publicados en la prensa religiosa de Francia. Las amenazas que se cernían sobre los sacerdotes extranjeros volvían precaria la situación de los religiosos franceses; como no tenían vocación de mártires, hombres y mujeres planeaban ya abandonar sus establecimientos y regresar a Francia. Se corría el riesgo de que las consecuencias fueran dramáticas para la influencia y el comercio francés en México. Preocupado por el tono de los informes de Lagarde, el pequeño grupo de diplomáticos —Reyes, el conde de Déjean, Philippe Berthelot— al que le gustaba reunirse en el Quai en torno a la amistad franco-mexicana, todavía bastante frágil, pidió a Aristide Briand que interviniera ante la Santa Sede para que ésta pronunciara algunas palabras de paz y un llamado a la con-

ciliación. La intercesión de Francia, donde el radicalismo parecía que había llegado a un *modus vivendi* relativamente satisfactorio con el catolicismo, tal vez permitiera conjurar el conflicto religioso en México. ¿Podía rehusarle Pío XI este gesto al que acababa de salvar —oponiéndose a Édouard Herriot y pese al voto de la Asamblea Nacional— la representación oficial francesa en el Vaticano? Es asombroso el tono enérgico y de autoridad con el que Aristide Briand se dirigió a los responsables de la política exterior de la Santa Sede, a monseñor Gasparri. El resultado de esta intervención de Francia fue la carta que el papa envió el 2 de febrero de 1926 aconsejando a los católicos mexicanos la prudencia y que se abstuvieran de todo partido político. El documento, si bien no fue hecho público hasta el 19 de abril, fue comunicado sin tardanza al episcopado, a los religiosos mexicanos o extranjeros residentes en México y al gobierno mexicano. Todos, incluidos Calles y sus ministros, acogieron con alivio esas instrucciones conciliadoras. El respiro fue inmediato. Siguiendo el consejo de la legación francesa, las escuelas francesas de México se declararon dispuestas a someterse a las disposiciones institucionales.

Estaba en perspectiva un acuerdo general. El gobierno mexicano hizo saber al gabinete francés por intermedio de Reyes que había apreciado especialmente la actitud del gobierno francés en crisis tan grave.

Nunca se insistirá suficientemente sobre la terrible responsabilidad del acontecimiento que volvió a prender fuego a la pólvora. El 5 de febrero, el arzobispo de México, monseñor Mora, un anciano decrépito y cuya sucesión estaba ya virtualmente a la vista, "se fue de la lengua" e hizo unas declaraciones en las que criticaba enérgicamente los artículos de la Constitución sobre el ejercicio del culto y sobre la organización de la enseñanza. Sus palabras, reproducidas al día siguiente en *El Universal*, uno de los grandes diarios de México, tuvieron en la capital mexicana el efecto de una bomba. ¿Quién había podido impulsar a monseñor Mora a cometer tal imprudencia? ¿El papa, como de entrada creyeron el encargado de negocios Lagarde junto con muchos más, que ignoraban todavía la iniciativa de Briand y las promesas de pacificación? ¿O eran más bien aquellos a los que Reyes siempre llamará "los fanáticos", en cuya primera fila se encontraban los jesuitas, furiosos de ver que el Vaticano aconsejaba una actitud de conciliación que ellos calificaban comúnmente de "apostasía"? Lo cierto es que las palabras de monseñor Mora provocaron la cólera violenta de Calles, despertaron sus sentimientos de odio a la religión y reforzaron la influencia ante él de Luis Morones y de Tejeda. Sobre el clero y las escuelas religiosas, amenazadas muchas veces de ser totalmente disueltas, recayeron las medidas más graves. Un eminente prelado francés, monseñor Fabre, que no había seguido todos los consejos de prudencia prodigados por la legación francesa, fue arrestado y detenido, a pesar de su avanzada edad, en condiciones ignominiosas. El 10 de febrero, diez

sacerdotes españoles fueron detenidos. Se desencadenó en todo el país la cacería de curas extranjeros, provocando incidentes sangrientos y detestables que sembraron el desconcierto entre los medios católicos, muy divididos sobre la actitud que había que adoptar. También en el seno del gobierno mexicano tenían lugar las discusiones más violentas. Los ministros moderados, en particular Alberto Pani, se sublevaban contra la influencia de Morones y de Tejeda que se imponía. No obstante, el presidente Calles no podía prescindir de Pani, cuya experiencia en economía internacional siempre le había sido tan necesaria.

En respuesta a una consigna de silencio o desinteresándose por México en un momento en el que no se hablaba más que del ingreso de Alemania en la Sociedad de Naciones, la prensa francesa guardó silencio. *Le Temps* sólo se ocupaba de los acuerdos económicos. *L'Intransigeant* destacaba que los católicos en los Estados Unidos estaban llevando a cabo una campaña en favor de una intervención armada en México, pero no era más que una cuestión política. *Paris-Soir*, el 20 de febrero, hacía saber que "la situación era absolutamente normal en México". A fines de mes, España e Italia tomaron la iniciativa y pidieron a Francia que se uniera a ellas para protestar ante el gobierno mexicano. Pero los radicales en el poder en Francia no tenían ningunas ganas de unirse en un derrotero común a la España de Primo de Rivera y a la Italia de Mussolini. Briand ordenó que se respondiera que Francia prefería abstenerse, ya que un gesto colectivo podría ser interpretado por el general Calles como una coalición hostil. En realidad, el Quai d'Orsay estimaba que las escuelas francesas todavía gozaban de una posición privilegiada en México por tener éstas una actitud más flexible y por el buen entendimiento político que reinaba entre los gobiernos francés y mexicano. Toda colusión con España corría el riesgo de repercutir más en desventaja que favorablemente para Francia. Pero esta gestión fue una oportunidad para que el gobierno francés precisara sus puntos de vista. Édouard Herriot, obsesionado por formación propia con las lecciones de la historia, fue de la opinión que Francia no podía tomar ninguna iniciativa y él tampoco haría ninguna declaración respecto al tema de México porque "sería demasiado peligroso". En efecto, la actitud que habían tomado los radicales en Francia ante las congregaciones hacía muy difícil una intervención de su parte. Aristide Briand se rodeó de todo su equipo del Quai para establecer un plan que iba a regir la conducta de Francia en los meses por venir. Ignoramos los consejos o las advertencias que recibiera entonces Briand. Su plan desconcertó bastante a los representantes franceses en México. Se trataba simultáneamente de concesiones y de firmeza, de acuerdo con las mejores reglas de la gran diplomacia. El "plan Briand" estimaba, en efecto, que la influencia francesa en México podía soportar el cierre de todas las instituciones francesas de enseñanza religiosa, excepción hecha en todo caso del colegio franco-inglés de los padres maristas, dirigido por

un eminente religioso francés, el padre Roustan,[31] institución excepcionalmente importante que había que preservar. En caso de que este colegio fuera amenazado, Francia enviaría ante Calles a un académico, a un hombre de izquierda que aceptara interceder por esa institución. El filósofo Georges Dumas, entonces diputado y gran amigo de Herriot, anticipó el nombre de Lévy-Bruhl para esta misión delicada porque había sido amigo y biógrafo de Jaurès, de quien Calles gustaba de proclamarse discípulo. Pero al mismo tiempo que daba a conocer su plan de concesiones al ministro de Francia en México, Briand intercambiaba una tranquilizadora correspondencia con los superiores franceses de las órdenes que tenían escuelas en el país. ¿Se había promulgado el "plan" simplemente para dar satisfacción a los ministros más rigurosos del gobierno francés y al propio Édouard Herriot?

La situación se transformó rápidamente cuando México cedió en las leyes contra los petroleros y contra las propiedades fronterizas. Esto significaba favorecer a los Estados Unidos y, a la vez, empezar a recibir sus favores. ¿Fue para disfrazar este fracaso a los ojos de la opinión pública por lo que el gobierno de Calles se puso a agitar más que nunca la bandera antirreligiosa? ¿Fue, por el contrario, para tener las manos libres en este conflicto contra la Iglesia por lo que se apresuraba a hacer las paces con los Estados Unidos? Washington adoptó desde entonces una actitud expectante y declaró tímidamente que "no había en ella violación de la Constitución". Las trifulcas que tenían lugar por entonces alrededor de algunas iglesias o conventos dejaban presagiar al Ministerio francés que el plan Briand se iba a tener que aplicar. Francia hizo saber a la Santa Sede que ya no podía garantizar la protección de sus religiosos en México y que había que organizar su futura partida. En México, el ministro Périer y el secretario Lagarde contemporizaban al máximo, tal vez más de lo que había previsto el gobierno francés, para postergar la salida de religiosos y religiosas franceses. "Por algún tiempo", las monjas aceptaron quedarse todavía, sacrificando mucho de su vida religiosa y comunitaria, quitándose el hábito y eliminando el símbolo de la cruz en sus clases, transformando su capilla en salón. Se cantaba "muy bajito", poniendo la sordina al armonio... a riesgo de escandalizar a muchos católicos mexicanos a los que molestaba esta actitud pasiva del clero francés, al que criticaban severamente. No obstante, las escuelas francesas iban cerrando poco a poco. Todavía subsistían diecisiete, muy amenazadas, y el secretario Lagarde tenía entrevistas casi cotidianas con el ministro del Interior Tejeda o con el ministro de Relaciones Exteriores para defender paso a paso su existencia y sus bienes. Oía afirmar todos los días que se aplicaría la ley en todo su rigor, que sólo se autorizarían

[31] Sin ningún vínculo de parentesco con Mario Roustan, entonces subsecretario de Estado de la Marina Mercante.

las escuelas laicas y que todos los bienes del clero serían confiscados en beneficio de las escuelas estatales. Pero los días pasaban lentamente, la ley se aplicaba únicamente en alguno que otro caso, según la costumbre mexicana, y la enseñanza francesa perduró en manos de doscientos religiosos amenazados de expulsión pero excepcionalmente tolerados. Entonces Aristide Briand, pese a su plan de relativa retirada, pidió a la legación francesa de México que aprovechara cualquier ocasión para reavivar sus protestas contra el cierre de las instituciones francesas. El gobierno mexicano aceptaba que Francia desempeñara un papel de intermediario. El representante francés tenía contactos cordiales con los ministros mexicanos, pero ponía a disposición de los religiosos franceses su valija diplomática y sus telegramas cifrados para que pudieran comunicarse con sus superiores y hasta recibieran los mensajes del gestor de la delegación apostólica, a quien buscaba la policía, y los transmitieran a monseñor Ceretti. Los venerables padres maristas franceses, detenidos un instante, fueron puestos en libertad.[32] Las religiosas de Sainte-Marie escribían a Briand que las expulsiones eran cada vez más reducidas. La prensa francesa todavía no había expuesto al gran público todos los datos del conflicto religioso.[33]

Así pues, era todavía de esperar que lo peor se pudiera evitar y que reinara de nuevo la tranquilidad cuando se produjo un nuevo efecto teatral, otra provocación, esta vez emanada del Vaticano y sobre la cual el historiador se pregunta si habría que imputarla a algunas influencias malévolas o a la ignorancia de Roma de las circunstancias más elementales en México. El 23 de febrero de 1926, en efecto, la Santa Sede designó como delegado apostólico en México a monseñor Caruana, un obispo norteamericano. Aristide Briand comunicó sin tardanza a monseñor Gasparri que los representantes de Francia consideraban una de las torpezas más lamentables el nombramiento para este puesto de un ciudadano de los Estados Unidos, país hacia el que México, tradicionalmente, tenía un resentimiento histórico. ¿No era además poner de manifiesto que el Vaticano esperaba una solución a la crisis mediante la intervención más o menos franca de la gran nación vecina? ¿Se podía decir que monseñor Caruana "llegó discretamente" a México en marzo?[34] Su pasaporte lo identificaba como "un profesor en viaje turístico, de religión protestante". ¿No era esto burlarse deliberadamente del gobierno mexicano? Este prelado tenía un carácter tajante y autoritario y era conocido por ser partidario de la línea dura. En cuanto llegó se puso a organizar la resisten-

[32] Véase el artículo de *Le Matin* del 30 de marzo de 1926.

[33] Únicamente *L'Humanité*, y *Le Petit Journal* el 8 de marzo de 1926 habían hablado de diferendo, pero en términos comedidos: "Es de temer que el conflicto entre en una fase aguda".

[34] Es la opinión de Jean Meyer, *La Cristiada*, p. 49.

cia, con su afición acostumbrada por la publicidad. Toda la prensa mexicana hizo mucho ruido en torno a él, que predicaba la rebelión. Una vez más —la cuarta en cuatro años— el enviado del papa fue expulsado de México con estruendo. Mientras esto sucedía, en Chicago se reunía un congreso religioso. Haciendo un esfuerzo supremo de conciliación, el gobierno mexicano aceptó enviar representantes secretos para estar al corriente de los misteriosos conciliábulos. Esos emisarios observaron que el arzobispo de Toledo, con bastante autoridad, se desataba contra el gobierno mexicano. Corría el rumor en los pasillos del congreso de que el cardenal legado de su Santidad había pedido al presidente Coolidge que "librara a México del yugo del general Calles". Al enterarse de estas maniobras, el presidente Calles se enfureció. Fuera de control, se desahogó con improperios contra el papa y los curas. A partir de aquel momento dio orden de preparar el decreto que instauraba una serie de delitos: a partir de entonces la práctica de la religión sería considerada una infracción a la ley. La expropiación de los bienes de la Iglesia estaba decidida y los inventarios en orden. El gobierno iba a estar legalmente armado para castigar y la Constitución se iba a aplicar íntegramente a partir del 1° de agosto. ¿Para qué servía a partir de entonces que Reyes y Lagarde lucharan, en París o en el mismo México, para obtener medidas transitorias favorables a los franceses? Ante las nuevas exigencias de la ley mexicana, los religiosos franceses ya no podían continuar en sus funciones sin renunciar a ellos mismos. No obstante, a principios de marzo, el ministro de Educación Pública había autorizado por escrito a los padres maristas a que impartieran enseñanza secundaria y parecía incluso dispuesto a restituir las iglesias francesas que se habían confiscado. El gobierno mexicano hizo hincapié, en una nota dirigida al gobierno francés, en que en nombre de la amistad franco-mexicana y de la identidad de puntos de vista que reinaba entre ambos gobiernos, "sólo nosotros saldríamos sanos y salvos". Durante este periodo, la cólera de algunos ministros causaba estragos entre las instituciones españolas y a sus religiosos les estaba reservada una suerte muy diferente.

## La "huelga de culto" ante la opinión francesa

Probablemente bajo la influencia de ese mismo clero español y sobre todo de los jesuitas, el episcopado mexicano replicó a las medidas legales que se estaban preparando mediante una decisión extraordinaria, verdaderamente incomprensible, que dio pie a comentarios diversos: la prohibición del culto. Los obispos, al así decidir, seguían la tradición mexicana, pues esa terrible amenaza ya había sido blandida en tiempos de la Reforma. Desde el punto de vista religioso, esta prohibición parece en la actualidad un error muy grave que implicó un gran perjuicio a la fe

en México. Los enemigos más encarnizados de la religión la consideraron justa y se regocijaron.[35] Se preveía que a partir del 1° de agosto no se impartiera ningún sacramento en las iglesias, puesto que éstas pasaban a ser propiedad del Estado y los sacerdotes a los que se diera permiso de oficiar estaban obligados a aceptar las nuevas disposiciones legales. Esta decisión recordaba el anatema de tiempos medievales, pero se trataba más bien en este caso de una "huelga de culto", ya que no había sido promulgada por el papa —que sólo había permitido a los obispos que "decidieran lo mejor de acuerdo con las condiciones locales"—, sino por el clero mexicano. Aristide Briand tradujo la impresión que causaron en París estas extrañas medidas haciendo saber con suma firmeza al cardenal Gasparri que esta política era en su opinión completamente contraria a los intereses del catolicismo y a los de Francia. Como para ir más lejos en esos proyectos, los obispos mexicanos —¿siguiendo una conminación del papado como se ha pretendido?— endurecieron aún más su posición respecto a la enseñanza y ordenaron a las escuelas religiosas que repudiaran el reglamento promulgado por el gobierno. Este acto era una nueva declaración de guerra. De hecho, era sobre todo una medida de desconfianza para con Francia, consecuencia de la envidia española ante el régimen de privilegios del que se beneficiaba la enseñanza religiosa francesa. Siendo la única enseñanza todavía en funciones, iba a ser la única a partir de las nuevas medidas, que la hacían adoptar una actitud común.

En todas partes se estaba a la espera de los acontecimientos del verano. Los "hombres de buena voluntad" estaban atareados en evitar los tumultos que podrían llegar a producirse cuando las iglesias pasaran a ser propiedad del Estado. Ante la inminencia de la guerra religiosa en México, la revista *Les Études* publicó un nuevo artículo sobre este país en su número de mayo. Esta vez el texto era de una violencia inaudita y contenía acusaciones a Calles y a los suyos rayanas en la injuria. Se describía en particular el último carnaval en México, en el que la hija del presidente de la República había sido coronada como reina en un teatro de la capital. Como parte del cortejo, un hombre disfrazado de monje gritaba a la multitud: "Por un centavo ustedes van a ver cómo mi alma se come los Evangelios". Después aparecía Satanás llevando entre sus brazos a un religioso rodeado de religiosas en plena bacanal...El resto del texto pretendía ser más objetivo. Era difícil saber qué pasaba en todas partes ya que la censura que se había instaurado era severa y el país muy grande. Tal vez el autor exageraba las protestas que se alzaban contra las medidas callistas. El artículo parecía obra de varios, aunque en una amalgama mal hecha, y las últimas páginas rompían el tono de las precedentes y contenían un llamado a la simpatía del pueblo fran-

[35] En *Apocalypse et révolution au Mexique* (p. 49), Jean Meyer indica cuál fue la reacción de Tejeda: "La Iglesia ha optado por adelantarse a nuestros deseos..."

cés por el pueblo mexicano: ¿no habían muerto miles de soldados franceses en México? Se agregaba después, reproducida de manera curiosa como si las circunstancias fueran comparables, una famosa proclama de Napoleón III de la época en que las tropas francesas ya habían partido a México "para sofocar la impiedad". La perorata reproducía el tono belicoso de los sermones jesuitas: "Hay que engrosar los batallones, estar dispuestos a toda clase de sacrificios. ¡Si se cierra una escuela, nosotros abriremos dos!"

No era habitual que los artículos de los jesuitas figuraran entre los recortes de prensa que el servicio de información del Quai d'Orsay depositaba todos los días sobre la mesa de despacho de Aristide Briand; pero esta vez el tono y las acusaciones que contenían aquellas diez páginas eran tales que fueron dadas a conocer al jefe de la diplomacia francesa. Temiendo un incidente, Briand solicitó precisiones al representante francés en México sobre aquel famoso carnaval. Por lo demás, los temores de Briand quedaron justificados muy pronto ya que el presidente Calles había leído el número de *Les Études*. Hizo llamar a Ernest Lagarde y se quejó de los artículos que el gobierno francés permitía que se publicaran contra él mismo y contra los miembros de su familia. El incidente que creó este artículo estuvo a punto de destruir la posición privilegiada de los franceses en México.

Por otra parte, Francia comenzaba a inquietarse por el boicot que organizaron los católicos mexicanos. En represalia contra las medidas hostiles al clero, ellos se abstenían de comprar automóviles, artículos de lujo, periódicos, etc., cuando se trataba de productos fabricados por firmas que simpatizaban con el gobierno. Por supuesto que los productos y las tiendas francesas estaban en primera línea del índice y era de temer que la economía y los negocios franceses en México sufrieran las graves consecuencias de esta resolución. Una vez más, Francia hizo saber a la Santa Sede que seguía dispuesta a una discreta intromisión para preparar un acuerdo razonable. Después Francia se permitió hacer uso de un tono más tajante para dar a entender que no estaba dispuesta a admitir la intransigencia de algunos obispos —pues la desunión en el seno del episcopado mexicano era notoria y la decisión de suspender el culto había sido aprobada en una votación por una débil mayoría— ni la ruina de las instituciones francesas en aquel país. Aristide Briand estimaba personalmente que la Santa Sede tendría una grave responsabilidad si rechazaba la posibilidad de tomar en consideración las propuestas de conciliación del gobierno francés. En México, Ernest Lagarde sugirió a los católicos que renunciaran a la escalada de sobreexcitación y que pidieran una reforma de la Constitución por las vías legales. Esto permitiría al gobierno dar marcha atrás sin perder la dignidad. Es bien conocida la entrevista que Lagarde preparó entre el ministro del interior Tejeda y monseñor Tito Crespi, autorizado por la Santa Sede. En vano. De uno y otro

hombres de finanzas franceses después de la creación de la Banca Única de México. Agustín Legorreta podía ser un buen intermediario.[41] El artículo que publicó *Le Journal* ya el 5 de agosto, por haber aparecido tan pronto y estar tan bien documentado, ha de ser considerado como una consecuencia de la entrevista que Reyes concedió a ese diario. Agustín Legorreta era amigo de monseñor Sanz di Semper, entonces secretario privado de Su Santidad y muy interesado en México, país en el que había residido hacia 1910 en calidad de secretario de la delegación apostólica. Además, este banquero había sabido mantenerse a la vez en los mejores términos con el presidente Calles, por lo cual acababa de llegar a acuerdos muy ventajosos en Europa y en Nueva York. Se sabe que por entonces se organizó un prolongado encuentro entre el presidente Calles y dos obispos mexicanos, entrevista tormentosa que una vez más fue un fracaso. Calles se mostraba cada vez más intransigente y rechazó una nueva propuesta de mediación que le hizo el presidente de Perú.

El 30 de noviembre Pío XI hizo pública la encíclica *Iniquis Afflictisque*, que fue malinterpretada por los diplomáticos franceses como un texto sin mayor interés, una simple puesta al día de los acontecimientos y una petición de que se rezara. Este texto contiene una frase muy importante, la condena formal de las teorías del indigenismo que adquirían cada día mayor aceptación. Pio XI veía en el cristianismo y en la influencia española los únicos elementos reales de cultura en México. Las dos partes en contienda trataban por todos los medios de encontrar apoyos y confirmaciones morales. El 15 de diciembre, el episcopado francés manifestó su apoyo a los católicos mexicanos. *L'Echo de Paris* publicó el documento, firmado por todos los cardenales y obispos de Francia. En cambio, el general Calles recibía día tras día la aprobación de los liberales del mundo entero. La actitud de Aristide Briand, quien protegía en México a las escuelas religiosas francesas, había acabado por parecer un poco ambigua y la Federación Nacional de Librepensadores de Francia le dirigió una carta el 10 de agosto en la que se le invitaba a que guardara estricta neutralidad respecto al tema de México. El 16 de agosto, los miembros de esta misma asociación solicitaron a Reyes que transmitiera un telegrama de felicitación al general Calles. Estos apoyos provenientes del extranjero eran en verdad muy importantes para el presidente. Se refería sin cesar a ellos en sus entrevistas con los representantes franceses en México. Estas adhesiones lo impulsaron a aumentar aún más la magnitud de la apuesta. Lagarde puntualizó con gran precisión que el jefe del Estado mexicano tenía una visión "mística y casi apocalíptica" de la lucha que estaba lidiando. En varias ocasiones se le había oído evocar "el combate de la Luz en contra de las Tinieblas".[42]

[41] Véase el *Diario*, p. 111, 22 de septiembre.

[42] *La Dépêche* de Toulouse del 2 de agosto de agosto de 1926 retoma esta expresión

No obstante, hacia finales del año, las noticias que llegaron a Reyes y al Quai d'Orsay sobre la situación económica de México ya no eran tan optimistas. Parecía que los tiempos felices hubieran llegado a su fin para el gobierno de Calles también en este plano. El boicot que habían organizado los católicos, una mala cosecha, las consecuencias catastróficas de la reforma agraria se habían conjugado para poner al país en una situación nueva y muy grave.[43] Se había tenido que importar algodón y maíz, en un momento en que las arcas del Estado estaban desguarnecidas a consecuencias de las nuevas leyes sobre la explotación del petróleo, de las que los diplomáticos franceses opinaban que eran una imprudencia. En efecto, la producción había disminuido tres cuartas partes y los impuestos sobre el hidrocarburo procuraban al Estado 60% de sus ingresos fiscales. México pasaba también por una crisis de confianza. Los capitales se fugaban del país. El descontento se traducía, como siempre, en violencia; los atentados contra el presidente Calles se multiplicaban y los ministros también recibían amenazas y vivían en la psicosis del asesinato. Las discusiones en el seno del gobierno eran el pan de cada día. Muy pronto el antiguo ministro De la Huerta se sublevaría con veinte mil hombres.

A principios de 1927, la cuestión religiosa, aunque seguía siendo preocupante, parecía estar próxima a una solución. Los observadores mejor situados pensaban que el gobierno había ganado la partida. La decisión episcopal de suspender el culto había sido un considerable error. La multitud mexicana se estaba acostumbrando poco a poco a no ir a la iglesia. No cabe duda de que el clero había resistido bien el cisma que el gobierno había intentado producir, pero después el boicot económico de los católicos, muy grave y, por ende, difícil de mantener por mucho tiempo, iba perdiendo su eficacia. Se decía que había grupos de campesinos que se sublevaban en nombre de Cristo Rey, pero por aquel entonces nadie tomaba en serio estos incidentes. El presidente Calles daba el asunto por terminado en tres semanas, sin sospechar que su ejército se lanzaba a una lucha que renacía sin cesar contra regiones enteras que se habían sublevado. En cuanto a la enseñanza religiosa francesa, subsistía, pero en un estado de desesperación. El uso del francés y el empleo de los manuales y de los programas franceses quedaban prohibidos a partir de entonces bajo pena de no convalidar los diplomas. Algunas instituciones, sobre todo de muchachas, habían preferido correr este riesgo antes que abandonar la enseñanza del francés. En el plano religioso, las concesiones que se habían hecho al gobierno eran enormes. Al Vaticano llegaban continuamente protestas provenientes de españoles contra transacciones que se consideraban inadmisibles. La Santa Sede optó también por desmen-

en el título "La Bataille entre la Lumière et les Ténèbres".

[43] Véase "Les Finances publiques du Mexique", *France-Amérique*, enero de 1928.

tirlas y publicó un comunicado en el que se negaba que en México hubiera todavía en funcionamiento algunas escuelas religiosas francesas. En el plano comercial, también el balance de la crisis era menos grave para la colonia francesa de México que para los demás residentes extranjeros. Y un hecho inesperado, el ministro Morones se había ablandado mucho, conquistado finalmente por las muestras de amistad de la Francia radical. Morones protegió en numerosas ocasiones la industria francesa y el gran comercio francés en México.

## La acción de Reyes en la prensa francesa

Para apreciar la campaña que Reyes llevó a cabo a través de la prensa francesa, es bueno recordar que, antes de que él llegara a París, México había caído en un descrédito tal ante la opinión pública francesa que los periódicos se limitaban al respecto a reproducir algunos despachos en los que se describían actos de vandalismo. En los años que siguieron a 1920, se había difundido incluso la idea de que México no conseguiría restablecer el orden interno sin recurrir a una intervención extranjera armada. Sólo estaba en cuestión a qué potencia extranjera se apelaría: ¿los Estados Unidos en nombre de la doctrina Monroe? ¿Un contingente internacional en el que estarían presentes Francia, Inglaterra y España? No se sabía a ciencia cierta lo que podían anunciar las presidencias de Obregón y de Calles. Cuando tardíamente las informaciones concernientes a las leyes antirreligiosas en México aparecieron en la prensa francesa, aquéllas sufrieron profundas alteraciones. La prensa de izquierda era naturalmente favorable al presidente Calles, pero adolecía de una ignorancia lamentable de la historia y de las circunstancias particulares en las que se desarrollaba el conflicto. La prensa religiosa hizo que renaciera la antigua indignación que se remontaba al segundo Imperio y con la que, a lo largo de la Revolución mexicana, había respondido a las medidas anticlericales de la Reforma y después de la Constitución de 1917. La situación mexicana era pues para estos franceses la de un pueblo profundamente religioso cuyos sentimientos estaban oprimidos por un gobierno de francmasones fanáticos. Era evidente que esta interpretación estaba exacerbada por el recuerdo de las dificultades que habían surgido en Francia, en 1904 y 1905, con las leyes Combes sobre la separación de la Iglesia y el Estado y, más recientemente, con la actitud de Édouard Herriot, quien había pedido y en principio obtenido la eliminación de la embajada francesa en el Vaticano. En aquella época, los periódicos franceses no tenían corresponsales especiales en México y a menudo se limitaban a reproducir despachos de origen inglés o norteamericano que daban versiones muy inexactas de la situación y agitaban tenazmente "el fantasma del bolchevismo". La prensa sensacionalista agravaba las circunstancias, como era

su costumbre, con una necesidad profesional de tragedia. Contactos ya añejos con el periodismo y con la vida política, en México y más tarde en Madrid, habían enseñado a don Alfonso desde hacía tiempo la influencia que se puede ejercer sobre la opinión pública a través de la prensa. Pero para él no era cuestión de tratar al hombre de la calle con el desprecio y el cinismo con que algunos lo hacían. Don Alfonso creía que la persona que lee libros o que detenta un puesto de responsabilidad política tiene la obligación de hablar al hombre que sólo lee los periódicos, para informarlo y educar su pensamiento con el respeto y la paciencia necesarios, exponiéndole las causas profundas y verdaderas de las circunstancias. Correspondía a algunos "hombres de buena voluntad" calmar esta opinión siempre pronta a inflamarse. Reyes sabía que la opinión pública tenía el sistema nervioso frágil. Era criminal sobreexcitarla pues enloquecía y se desbordaba. El recuerdo de la tragedia de 1913 y la visión "de los monstruos despeinados" no abandonaban su espíritu.

Desde su instalación en la legación del bulevar Haussmann, Reyes trató de captar la atención sobre México y, mediante un gran número de artículos que publicó o suscitó, de informar a los franceses acerca del esfuerzo que estaba haciendo su gobierno para enderezar las cosas. Cuando el general Calles promulgó las leyes que limitaban la propiedad de los extranjeros y reinstauró las leyes antirreligiosas, Reyes intervino de inmediato "para hacer justicia respecto a los errores propagados en torno a los asuntos de México, para apaciguar las inquietudes injustificadas y para iluminar un poco el caos de noticias extravagantes".[44] Esta labor, que don Alfonso prosiguió en Francia durante varios meses, exigió de él mucho tiempo y esfuerzos, y se interesó apasionadamente en ella.[45] Para llevarla a cabo, recurrió en primer lugar como medio de expresión a varias revistas parisienses que se dirigían al gran público latinoamericano de París y a sus amigos: *Revue de l'Amérique Latine*, *Par-Sud-Am*, *Amérique Latine y France-Amérique*, órganos del Comité France-Amérique. *La Vie Latine* y el diario *Paris-Times*, sobre todo, se convirtieron rápidamente en órganos en los que don Alfonso pudo expresarse libremente. Pero muy pronto dejaron de satisfacerle estos periódicos destinados sobre todo a los norteamericanos y a sus seguidores. Tuvo la habilidad necesaria para que se le abrieran las columnas de algunos de los grandes diarios de la prensa francesa: *Le Journal*, *Le Temps*, *l'Europe Nouvelle*, *Le Petit Journal* y puede ser que otros también, ganando así una audiencia más amplia hacia el centro e incluso hacia la centro-derecha y en los círculos financieros.

[44] "Une mise au point du Ministre du Mexique", *Paris-Times*, 11 de enero de 1927.

[45] "Plena fiebre de trabajo, con motivo de esta campaña de la prensa. Este trabajo me hace bien a los nervios", *Diario*, 3 de agosto de 1926.

La acción de Reyes en la prensa francesa consistió en primer lugar en rectificar los errores sobre México que cometían los periódicos franceses, comprendida la prensa de izquierda, creyendo que eran favorables a este país. Reyes tuvo que hacer una gran labor de explicación y de documentación. Así, por ejemplo, la mayor parte de los órganos anticlericales franceses conservaban una óptica muy francesa para comentar los acontecimientos mexicanos, que les llevaba a interpretaciones completamente erróneas sobre la historia de este país y en particular sobre su independencia. Lo ignoraban todo sobre la existencia y los problemas de un clero local y con frecuencia se empecinaban en confundir los intereses de la corona española y los de los curas mexicanos: "Los patriotas mexicanos, escribía *La Dépêche du Midi*, no olvidan que la rebelión contra España tuvo por origen en gran parte el odio al despotismo eclesiástico".[46] Además, una de las ideas más queridas por don Alfonso —legado de su maestro Justo Sierra— acerca del nacimiento del Estado mexicano, era precisamente que "la guerra de independencia hubiera sido emprendida por la misma Iglesia si los jefes populares no se le hubiesen adelantado..."[47] Explicaba a los franceses que, durante el periodo colonial, se habían acumulado numerosos desacuerdos entre España y la Iglesia mexicana. En particular, la corona no lograba tolerar las manos muertas de que gozaban las inmensas propiedades del clero: la mitad de las tierras cultivadas de la Nueva España evadía los derechos de sucesión, el fisco, eran inalienables y estaban fuera de comercio por un periodo indefinido. El rey de España podía decidir de un día para otro el levantamiento de la inalienabilidad. Curas como Hidalgo "estuvieron en el origen del movimiento de independencia... Fueron ellos los primeros en izar la bandera con la voluntad de liberarse de todas las formas de opresión".[48] Reyes hacía hincapié en el hecho de que todavía en la actualidad los mexicanos estuvieran impulsados no tanto por un sentimiento religioso como por un patriotismo, una voluntad de independencia nacional. Desde el punto de vista de la organización religiosa, México era todavía un país colonizado. Demasiados seminarios, demasiados colegios, demasiados bienes de la Iglesia estaban todavía en manos extranjeras.[49] En la lucha actual contra las ricas congregaciones, los mexicanos continuaban de alguna manera la lucha del clero local en insurgencia contra el alto clero español.

Reyes tomó también muchas veces la pluma para reducir a sus justas

[46] "La Bataille entre la Lumière et les Ténèbres", *La Dépêche du Midi*, 1° de agosto de 1926.

[47] Alfonso Reyes, "L'indépendance mexicaine", *La Vie Latine*, septiembre de 1936.

[48] Alfonso Reyes, "La crise mexicaine ne tardera pas à s'apaiser", *Le Journal*, 3 de agosto de 1926.

[49] Véanse las declaraciones del ministro de Justicia en México, reproducidas en *Paris-Times*, el 8 de febrero de 1926, indudablemente a instancias de la legación de México en París.

proporciones ante la opinión francesa los acontecimientos que tenían lugar en México. Uno de los temas que expuso con mayor frecuencia en sus artículos o en entrevistas fue en efecto el de la "exageración".[50] Cierto que los latinoamericanos de París, los franceses americanistas o los diplomáticos sabían descifrar el papel de "la propaganda antimexicana de los Estados Unidos" en las noticias que publicaron los periódicos,[51] pero podía hacer lo mismo el gran público?[52] Éste todavía hoy no conoce otra interpretación de los acontecimientos mexicanos que la imagen que dio *El poder y la gloria*, la novela de Graham Greene, una realización literaria muy hermosa por su organización interna y su potencia emotiva, pero buen ejemplo para nosotros de una obra en la que se ha sacrificado la exactitud histórica a las necesidades de la novela y que, por otra parte, refleja la interpretación tendenciosa de los hechos que han dado las agencias de noticias inglesas. El caso de este cura sin duda alguna mestizo —porque su origen es de clase apenas media, hijo de pequeños tenderos, originario de un estado apartado, que había pasado varios años de su juventud beneficiándose de la calma y de la cultura de un seminario en Estados Unidos— debía de ser sumamente raro si no es que imposible. La Iglesia norteamericana no tenía este tipo de generosidad para con el humilde clero mexicano provinciano, despreciado y maltratado como paria, y que se formaba en su propio país. Pero para las necesidades de la novela, para que fuera posible un diálogo, primero con el dentista, después con Coral, y finalmente con el bandido yanqui moribundo, ¿no era necesario que el pobre cura mexicano hablara inglés con fluidez? Atraído por esta situación extrema que representaba el último cura mexicano existente en los estados del golfo de México, donde la persecución había sido especialmente dura, Graham Greene se había hecho eco, quizás inconscientemente, de aquella campaña hostil a México que hacía estragos, en Estados Unidos y en Inglaterra, en los medios religiosos desde hacía años. Greene se vio también obligado a exagerar la magnitud de los acontecimientos mexicanos y a dar de ellos una explicación muchas veces injusta. Esto es flagrante cuando representa a los obispos mexicanos como si todos hubieran abandonado sus diócesis para llevar una vida confortable

[50] En su conferencia *Simples remarques sur le Mexique*, pronunciada en Lyon el 10 de marzo de 1926 y publicada el mismo año en París, Reyes habla de los "rumores tendenciosos de algunas agencias..."

[51] "¡Cómo lamento que nuestros periódicos escriban tantas cosas inexactas sobre México!", escribió el conde Déjean a Alfonso Reyes el 3 de agosto de 1926 (carta inédita, en la Capilla Alfonsina).

[52] *Cf.* "Le départ d'Alfonso Reyes", *Revue de l'Amérique Latine* del 1° de abril de 1927: "Cuando nos encontramos con un escéptico o con un hombre afectado por la propaganda antimexicana de los Estados Unidos, siempre hemos empleado el argumento *ad hominem*: 'Le voy a presentar al ministro de México'..."

una explicación simplista e injusta de la política del general Calles. La Revolución mexicana era anterior a la Revolución rusa en varios años y, salvo algunas experiencias locales, los acontecimientos en México se explicaban bastante bien por sí mismos sin que hubiera necesidad de buscar la intervención del bolchevismo.[61]

Reyes dio muestras de sentido común y de la oportunidad introduciéndose en algunos grandes órganos de la prensa francesa. La ocasión de expresarse en *Le Journal* se la procuró Maurice de Waleffe, uno de los colaboradores habituales de este diario. La importante declaración que Reyes publicó en *Le Journal* el 3 de agosto de 1926 es un hito en la historia de las relaciones franco-mexicanas de la época. Hemos visto cómo el ministro reubicaba el nuevo conflicto entre la Iglesia y el Estado en el contexto muy particular de la historia mexicana. Su voz sensata apaciguaba también por vez primera al público en lo que concernía a las instituciones religiosas francesas: "Hay algunas que, con plena seguridad, han proporcionado grandes servicios en el terreno de la caridad y de la pedagogía, y estén seguros de que el gobierno actual está dispuesto a tenerlo en cuenta". Hacía hincapié en las repercusiones políticas de la crisis, las colusiones entre católicos y conservadores hostiles al general Calles. En esta edición del 3 de agosto, *Le Journal* publicaba otro artículo titulado "Parece que el conflicto religioso ya se está apaciguando en México", documentación precisa e información que completaba el texto de la entrevista y que podemos pensar que tenían su origen en la fuente oficial del bulevar Haussman. En vez de los despachos de origen inglés que se habían publicado hasta entonces en *Le Journal* se empiezan a publicar informaciones privilegiadas, que otros periódicos retoman y realzan de inmediato, acerca de las gestiones de mediación emprendidas por los banqueros mexicanos a su regreso de París, por ejemplo sobre los límites del boicot que habían concebido los católicos.[62]

A partir de abril de 1926, cuando la misión de hombres de negocios mexicanos visitó Francia, Reyes empezó a ser escuchado por *Le Temps*, gran diario del centro que precisamente en 1926-1927 estrechó sus relaciones con las altas finanzas.[63] Hasta entonces, en los poco frecuentes editoriales que el diario había consagrado a México, se había hecho eco de las "legítimas inquietudes de los Estados Unidos", o de los hacendados mexicanos o extranjeros que habían sido expoliados por la reforma agra-

[61] Véase el editorial de Louis Guilaine, "La crise centro-américaine", *Le Temps*, 8 de febrero de 1927, que va en el mismo sentido.

[63] P. Albert y F. Terrou destacan en su *Histoire de la presse* (PUF), p. 98, que, desde 1927, *Le Temps* había pasado a ser propiedad del Comité des Houillères y del Comité des Forges.

[62] *Le Journal*, 5, 14 y 19 de agosto de 1926.

ria.[64] *Le Temps* había esgrimido con energía el argumento típicamente norteamericano del "bolchevismo" al que se adherían los dirigentes mexicanos: sus doctrinas y sus métodos eran particularmente peligrosos en aquel país porque podían despertar a "las razas inferiores y sometidas".[65] En estas condiciones, ¿eran de hecho injerencias en la política mexicana las intervenciones de los Estados Unidos? Ya no era cuestión de una intervención armada. La política del "gran garrote" había sido sustituida de momento por una actitud de expectativa sumamente vigilante, el *Watchful Waiting*. En cuanto a las naciones europeas, *Le Temps* consideraba que, respetuosas de la doctrina Monroe, tenían que aceptar a los Estados Unidos como país intermediario para el comercio con México y para la salvaguarda de sus bienes. El periódico cambió de tono cuando, ya próximos los primeros meses de 1926, la legación de México en París empezó a preparar la llegada de la representación comercial mexicana. Reyes escogió las columnas de ese periódico como las más adecuadas para dar la bienvenida a los comerciantes mexicanos. Puso varios anuncios sobre la misión mercantil mexicana así como llamados a los fabricantes de máquinas-herramientas y otros productos industriales para que entraran en contacto con los empresarios mexicanos que habían llegado a París directamente y sin la intervención acostumbrada de los negociantes norteamericanos quienes, en realidad, eran en México rivales encarnecidos de los franceses. Los artículos que se publicaron en *Le Temps* el 28 de marzo y el 25 de abril reflejaban ya el nuevo interés de los círculos financieros franceses por México y cambiaron de repente de tono al referirse al general Calles, quien "estimulaba el desarrollo industrial" y acababa de eximir de los derechos de aduana a la maquinaria y las herramientas. Después de este primer contacto, Reyes siguió sus relaciones con *Le Temps*. Su actividad consistió ante todo, según parece, en transmitir al periódico con la mayor frecuencia posible y casi siempre sin comentarios el texto mismo de las declaraciones del presidente Calles o de sus ministros a propósito de la política gubernamental, de las nuevas interpretaciones de la ley sobre la propiedad o sobre la política religiosa, citas directas y por tanto documentos irrefutables gracias a los cuales se escribe la historia. A falta de agencia de prensa francesa en México, el ministro mexicano en París trató de ser literalmente "el portavoz" de su gobierno ante la opinión francesa. Los artículos o recuadros que empezaban "El presidente Calles anuncia", "Declaración de Aarón Sáenz", "El presidente Calles ha declarado públicamente", aparecen a diario

[64] Véase el editorial sin firmar del 17 de agosto de 1925, "Les États-Unis et le Mexique".

[65] Véase también el editorial del 11 de septiembre de 1925, "L'évolution de la politique américaine".

Los gobiernos español, francés y norteamericano se niegan a intervenir".

*21 de agosto*: "Declaración del arzobispo de México. Protesta ante Dios y la historia del episcopado mexicano".

*22 de agosto*: "Respuesta pública de Calles".

*23 de agosto*: "Anuncio oficial del episcopado mexicano".

*24 de agosto*: "El informe de la entrevista Calles-obispos mexicanos subraya la envergadura histórica del acontecimiento. Constatación de la actitud ambigua del papa que, por una parte, se declara dispuesto a negociar y, por la otra, prohíbe toda concesión a los obispos. Afirmación reiterada de que toda la querella se reduce a una cuestión de propiedades y no se trata de una guerra religiosa ni de una guerra emprendida contra la religión".

Este intento de objetividad en *Le Temps*, la nueva simpatía de este periódico por la política del presidente Calles y los estímulos proporcionados al desarrollo del comercio y de la industria franco-mexicanos hicieron posible que muy pronto se publicaran grandes artículos y editoriales firmados por Louis Guilaine que plasmaron un cambio total en la actitud de este diario hacia América Latina y en particular hacia México.[74] La labor de Reyes no había sido ciertamente la única causa de este giro, pero don Alfonso había actuado con oportunidad en el sentido de esta evolución y le había dado los medios de información necesarios. Las páginas de *Le Temps*, rebosantes de amistad por el México callista, se leían mucho en México y se reproducían, traducían y comentaban en los círculos gubernamentales con el mayor orgullo y una inmensa satisfacción, hasta el punto de que Washington se inquietó y presentó sus protestas a París. Los artículos promexicanos o procallistas de *Le Temps* estuvieron a punto de provocar un incidente. El gobierno francés, una vez más, se vio en la obligación de publicar un comunicado tranquilizador.

Cuando Reyes tuvo que dejar París, se felicitaba en su diario del "pleno triunfo" que había obtenido en la prensa y en la opinión francesas.[75] Ante la abundancia de explicaciones que había dado sobre México y sobre la crisis mexicana, muchas voces injustas o insuficientemente informadas se callaron. Muchas pasiones se apaciguaron. Los franceses que leían los periódicos habían podido hacerse una idea más exacta de los problemas mexicanos. Se habían multiplicado los estudios profundos y esto permitía que los industriales y los políticos franceses vislumbraran

[74] Louis Guilaine, "La paix américaine", en *Le Temps* del 14 de enero, y "La crise centro-américaine" en el número del 8 de febrero de 1927. Louis Guilaine reunió estos interesantes artículos en una obra que se publicó en 1928 en la editorial Colin, *L'Amérique latine et l'impérialisme américain*.

[75] "...he tenido mucho trabajo con la prensa y la opinión francesa, donde el triunfo ha sido pleno. He trabajado mañana, tarde y noche incansablemente, y creo haber hecho sentir que había una mano activa en París", *Diario*, p. 180, 28 de enero de 1927.

con confianza la instauración de numerosos intercambios entre Francia y el México nuevo que se estaba organizando y que trataba de salir finalmente de su adolescencia cruel y anárquica.

## Intentos de mediación

La estancia en París deparó a Reyes múltiples posibilidades de ejercer una influencia personal en torno al conflicto religioso que sigue sin conocerse bien, pero que se llevó a cabo en el transcurso de varias entrevistas con miembros del Vaticano. Sabedores de su prudencia y de su tolerancia, parece que los amigos o colegas de don Alfonso se las ingeniaron para crear las ocasiones de estas entrevistas.

El primer caso fue el del embajador de los Estados Unidos, Herrick (muy al inicio de los acontecimientos, en diciembre de 1925), quien lo invitó a una comida de veinticinco comensales —casi una comida íntima para el mundo diplomático— con el pretexto de festejar el traslado de la embajada norteamericana a un nuevo edificio. Reunión celebrada bajo el signo de la ayuda mutua franco-norteamericana, puesto que asistían también los descendientes de La Fayette. Reyes era el único representante del cuerpo acreditado en Francia, y la asistencia del nuncio, del embajador Béranger, en funciones en Washington, así como la de un alto funcionario del Quai d'Orsay, hacían que las circunstancias fuesen ideales para algunas conversaciones preliminares al arreglo del conflicto. El embajador Herrick no era hombre que actuara con falta de consideraciones.[76] Sabemos que Reyes informó de esta comida a su gobierno pero ignoramos qué se habló alrededor de esa mesa o en los nuevos salones, qué se sugirió o se prometió. Por aquella época Reyes sólo anotaba sucintamente en el *Diario* sus recepciones mundanas. Era una especie de "libro de contabilidad" de las atenciones que recibía y a las que trataba de corresponder, un diario de sus amistades personales, que no puede remplazar al conocimiento, todavía imposible, de los informes que el ministro de México dirigía a Relaciones Exteriores.

El ministro de Brasil, el gran diplomático Luis Souza Dantas, con el que Reyes había entablado amistad y quien desde hacía tiempo tenía relación con el presidente Herriot, hizo también lo posible por ayudar a don Alfonso. A raíz de que el cardenal Ceretti, pronuncio apostólico, abandonaba París, Luis Souza organizó una cena a la que Reyes también fue invitado.[77] La presencia de una gran personalidad romana y del minis-

[76] *Diario*, p. 120, 22 de diciembre de 1925.
[77] Véase el *Paris-Times* del 23 de febrero de 1926.

tro de México a la misma mesa el 22 de febrero de 1926, cuando el conflicto religioso había entrado en una fase aguda, era un claro indicio de la voluntad de conciliación, aun cuando no comprometía oficialmente al gobierno mexicano. ¿Cuáles fueron las palabras que intercambiaron en esa ocasión el enviado del papa y el representante leal pero moderado del presidente Calles?

A fines de junio de 1926, el rey y la reina de España llegaron a París en visita oficial acompañados por algunos de sus ministros. Reyes dio la bienvenida a los soberanos en el Grand Prix d'Auteuil y fue invitado a la recepción que tuvo lugar en la embajada española. Con Zangronis, alto funcionario español y una de sus relaciones personales, tuvo una conversación de la que no sabemos nada con exactitud, pero a través del *Diario* podemos adivinar que versó sobre la situación religiosa en México y sobre la expulsión del clero español.[78] ¿No era natural que España buscara la mediación de aquel que durante su estancia en Madrid había demostrado ser un patriota mexicano a la vez que un gran amigo de España?

Los católicos mexicanos también habían tratado de provocar las protestas de algunos países latinoamericanos ante el gobierno de Calles. Perú había sido uno de los pocos que habían respondido a su llamado, lo cual ocasionó una tensión bastante grave entre ese país y México. Sin embargo, Reyes asistió oficialmente en París a la ceremonia del 22 de julio en honor de la fiesta nacional peruana, en la que se encontraba también el encargado de negocios de la Santa Sede, monseñor Valéry.[79] Nada nos impide pensar que ésta fuera también una oportunidad en la que se expresó el deseo general de llegar a un acuerdo.

Persisten muchas incógnitas en este estudio del papel diplomático que Reyes tuvo en París. No hemos podido obtener gran información sobre el viaje que efectuó don Alfonso el 31 de marzo de 1926 a Bruselas, como no sea que se encontró con el general Serrano, regente de la ciudad de México. Ambas familias tenían bastante relación puesto que en junio de 1925 la señora Serrano se había alojado en París en casa de los Reyes en la rue Cortambert. Doña Manuela había dado una cena en honor del general y de la señora Serrano.[80] ¿Tenía alguna relación la entrevista en Bruselas con la situación religiosa?[81] El general Serrano, en torno al cual

[78] "Los reyes de España... han regresado a España, después de tres o cuatro días en París. Asistieron al Grand Prix de Auteuil. Allí los saludé. Anoche también, en recepción de la Embajada de España. Me encontré con Zangronis, del Ministerio de Estado de Madrid, que me quiere hablar... ¿De qué me quiere hablar? Acaso de la expulsión de sacerdotes españoles en México". *Diario* p. 137.

[79] Véase *Paris-Times*, 23 de julio de 1926.

[80] *Diario*, p. 102.

[81] *Cf. Diario*, p. 127, 31 de marzo de 1926: "A Bruselas apenas llegamos anoche y no he visto nada. Son las 8.30 de la mañana. He de hablar con el general Serrano. Quizás lo deje para el final".

se iban a multiplicar en poco tiempo los acontecimientos más trágicos, era conocido por su moderación. En México se contaba que dejaba que en su casa se celebrara misa. ¿Había ido a Europa para adquirir armas —o aviones, como han pretendido algunos— para hacer frente a posteriores complicaciones? En 1924, México había comprado armas a Alemania.[82] ¿Fue Reyes a Bélgica únicamente para defender la causa de la amistad y del comercio franceses ante el general Serrano, cuyos sentimientos respecto a Francia eran más bien tibios?

Muy misterioso también sigue siendo el incidente diplomático franco-mexicano al que hace alusión el *Diario* de Reyes, el 28 de enero de 1927, y que parece que enemistó al ministro Aarón Sáenz y al representante francés en México, Jean Périer. La discrepancia terminó con "un éxito por parte de México" gracias a la intervención de Reyes, quien hizo gala de patriotismo, pero que quedó apenado debido a su relación con Périer. Reyes estuvo tentado a descargar la responsabilidad de estas dificultades en el secretario Ernest Lagarde, por quien su simpatía era notoriamente menor.[83]

En el transcurso de julio de 1926, mes cargado de una tensa espera, el ministro de Francia en México, Jean Périer, estuvo unos días en París y Reyes tuvo oportunidad de que le informara con mayor precisión sobre la gravedad de la situación en el país en una comida en la que se reunió con su homólogo en compañía de un amigo común, el conde Déjean. ¿Cuáles fueron, de nuevo en esta ocasión, los planes trazados para preservar la paz, de la cual dependía la presencia francesa en México? A esta lista obviamente incompleta habría que agregar las frecuentes visitas que hizo Reyes al Quai d'Orsay y que constituyeron otras tantas conversaciones amistosas, de las que apenas sabemos, con Aristide Briand y sus colaboradores, así como las cenas cara a cara con el conde Déjean en la rue des Saules. Déjean conocía bastante bien México porque había residido en este país y Reyes abordaba en su presencia temas que le afectaban; sin lugar a dudas, el drama religioso no estaba excluido.

Unos meses después estallaron los acontecimientos de Nicaragua. Reyes precisa en su diario "que se ocupó mucho de ellos" en los primeros días de 1927.[84] El presidente Calles apoyaba el levantamiento de Sacasa, liberal, contra el gobierno del presidente Díaz. Es cierto que Díaz no era un presidente electo y que pura y simplemente había sido puesto en el poder por los Estados Unidos. El asunto se agravó y México y los Estados

[82] Véase el artículo publicado en *L'Écho du Mexique*, periódico de la colonia francesa en México, el 1° de mayo de 1924, y titulado "Le Mexique pendant les 10 dernières années". En él se da cuenta de las exportaciones de armas alemanas a México en 1924.

[83] *Diario*, p. 180.

[84] Véase el *Diario*, pp. 179 y 180, 16 y 28 de enero de 1927, y el artículo publicado en *Amérique Latine*, París, el 23 de enero del mismo año, con el título "Déclaration du ministre du Mexique en France".

Unidos enviaron, cada quien por su parte, un cuerpo expedicionario. Al principio, los periódicos franceses presentaron el litigio nicaragüense como un pretexto para el enfrentamiento de México con su poderoso vecino del Norte. ¿Cuál fue el papel diplomático que desempeñó don Alfonso desde París para el aplacamiento del conflicto? Sabemos que intervino para dar a la prensa francesa otra interpretación de la situación.[85] Presentó la iniciativa del general Calles como expresión de la adhesión patriótica de todos los mexicanos, cualquiera que fuera la tendencia política de éstos y a pesar de las rivalidades internas que entonces los dividían. Es obvia la satisfacción del diplomático ante esta manifestación de unidad mexicana: "Las agrupaciones imperialistas de los Estados Unidos se equivocan gravemente si esperan la desunión del pueblo mexicano al respecto y a causa de divergencias internas".[86] La reacción de México no era sino una protesta contra la doctrina Monroe presentada como un derecho de invasión.

## El "callismo" de Reyes en París

¿Siguió siendo don Alfonso durante mucho tiempo "el devoto callista" que describió José Vasconcelos en sus memorias?[87] Parece que si bien nunca dejó que pasaran sin protestar contra ellas las injurias que proferían los extremistas franceses contra México o contra el general Calles, jefe de su gobierno, poco a poco, don Alfonso fue tomando, respecto a la ortodoxia del régimen, algunas distancias que se tradujeron en gestos en los que se puede leer su espíritu de independencia y obviamente una gran decepción.

No cabe duda de que al principio de su mandato en Francia, Reyes creyó sinceramente en el "callismo". Depositó en Calles la confianza y la esperanza que había ya depositado en su predecesor Obregón. Y, probablemente, hasta esperaba más de él. Calles era más joven y se podía creer que gobernaría el país con métodos nuevos, más modernos. Su voluntad de viajar a Europa antes de tomar el poder ponía de manifiesto su deseo de volver a ganar para México un lugar honorable en el contexto

[85] Véanse, en particular, en *Le Temps*, los editoriales del 8 y el 10 de enero: "Les États-Unis et le Nicaragua" y "Les États-Unis et l'Amérique Centrale", así como las notas "L'affaire du Nicaragua", publicadas el 2, 3 y 4 de enero de 1927. El mismo periódico, en su artículo "Protestation mexicaine" del 12 de enero, reproduce una nota del ministro de México en París en la que éste precisa la actitud de su país ante los disturbios en Nicaragua.

[86] Citado por Louis Guilaine en su editorial, *Le Temps*, 14 de enero. El autor ofrece también un importante extracto de *El Universal* de México, que muy probablemente le fue comunicado por la legación.

[87] Véase José Vasconcelos, *El desastre*, *op. cit.*, pp. 1543 y 1667.

internacional, ambición que un diplomático tan patriota como Reyes compartía en sumo grado. Se prestó pues con gusto a las exigencias de su gobierno. En París organizó reuniones para dar a conocer mejor la nueva orientación de su país, como la que tuvo lugar el lunes 29 de junio de 1926 a las 9 de la noche en la Salle des Sociétés Savantes, rue Danton número 8. El objetivo anunciado era "apoyar al gobierno de Calles contra toda intervención imperialista en la vida de los pueblos". La reunión estuvo presidida por el gran filósofo argentino José Ingenieros, a punto de viajar a México con una invitación oficial, y en el comité de organización destacaba la presencia de los mejores amigos de Reyes, José María González de Mendoza, Toño Salazar y León Pacheco.[88] A nivel europeo Reyes tomó la iniciativa de abrir "listas de adhesión" al gobierno mexicano e invitó a sus colegas, los ministros en los otros países, a unirse a él y a fomentar sus relaciones. Para don Alfonso la idea del destino mexicano se identificaba hasta tal punto con la política emprendida por Plutarco Elías Calles que inscribió por iniciativa propia el nombre de José Vasconcelos en una de las listas. Ahora bien, éste había dimitido de su cargo de ministro de Educación Pública desde que Calles había llegado a la presidencia y estaba en vías de transformarse en enemigo empedernido del presidente. Vasconcelos se dirigía hacia su exilio en París, pasando pausadamente por Portugal y España y aprovechando el viaje para visitar escuelas. Tuvo la sorpresa de descubrir su nombre en la lista de adhesiones a Calles a su paso por Madrid, cuando Enrique González Martínez le mostró el documento. El ministro de México en España se valió de una carta de Reyes en la que éste explica que, al no poder reunirse con Vasconcelos en sus vacaciones en Portugal, se había creído autorizado a agregar su nombre sin consultárselo. No faltaron las lenguas venenosas, con Vasconcelos y, al parecer, el propio Enrique González Martínez, que hablaron de servilismo refiriéndose a Reyes: "A Alfonsito le importaba tanto su puesto en París que había adoptado la política de Enrique VI. Después de todo, ¡París bien valía una misa!" [89]

No hubo ningún ministro tan puntilloso respecto al honor de su país como don Alfonso, y cada vez que un periodista se sobrepasaba en sus comentarios para llegar a la invectiva, don Alfonso reaccionaba con firmeza. Éste fue el caso de *La Raza*, un nuevo diario en español que se publicaba en París. Este órgano, de origen vasco, muy católico, el 25 de mayo de 1926 publicó un artículo sobre el general Calles que don Alfonso consideró insultante. Replicó de inmediato con una carta abierta en

[88] La reseña de esta reunión se publicó en el *Paris-Times* del 29 de junio de 1926. El comité organizador estaba formado además por Manuel Ugarte, Hugo Barbagelata, corresponsal de *La Nación* en París, Alberto Zérega-Fombona, Alcides Arguedas, Miguel Ángel Asturias, etcétera.

[89] José Vasconcelos, *El desastre*, *Obras completas*, t. I, p. 1536.

tono enérgico, en la que daba, decía él, "una lección de decoro y de política".[90]

El 13 de septiembre de 1926, al salir de la legación, Reyes se encontró con un pequeño grupo de obreros franceses que lo estaba esperando, signo de confianza al que se mostró sensible. Los obreros le hicieron saber que por todo París había carteles rojos y en un tono muy violento en contra del jefe del gobierno mexicano y su política antirreligiosa. El ministro podía verlos, sin ir más lejos, en la esquina del bulevar Malesherbes, cerca de la legación.

*En México se fusila*

La sangre de los mártires corre por las calles y sobre las gradas del altar en México y Guadalajara. Las metralletas apuntan contra una población que no va a dejar que le arranquen su Fe.

Va a seguir corriendo la sangre. Pero los fusilamientos no acallarán la voz de un pueblo.

Franceses de todas las opiniones, ¿dejarán que se fusile a mujeres y a niños sin decir palabra?

El presidente Calles pretende sustraer a México de la influencia extranjera... pero es sangre mexicana la que corre.

Invoca el progreso y viola la conciencia de un pueblo.

Trata de horrorizarnos con una fotonovela: el complot de la mecanógrafa nos hace sonreír...

¡No! ¡No es momento de sonreír!

Se fusila a mujeres y a niños. Las cárceles están llenas y en ellas la muerte hace estragos.

En nombre de la civilización y de la libertad.

Por el horror a la sangre y a la tiranía.

Protestamos contra estos furores sectarios y hacemos un llamado a los pueblos civilizados.

Obviamente, este texto no estaba firmado. En la parte inferior y en pequeños caracteres simplemente se podía leer: "S.T.A., 11, rue Cujas", y más abajo: "Orleáns, Imp. du Loiret". Un lector atento podía encontrar en las últimas líneas el recuerdo de una protesta solemne que acababa de hacer pública el episcopado mexicano: "Los obispos protestan ante Dios, ante la humanidad civilizada, la patria y la historia".[91] En cuanto a la fotonovela, era una alusión a una conjura contra Calles que había sido desmantelada en el transcurso de los últimos días de julio de 1926 y a consecuencia de la cual había sido inculpada una joven secre-

[90] *Cf.* el *Diario*, p. 133. No hemos podido encontrar el diario *La Raza* en las bibliotecas de París. Tampoco disponemos del texto de la carta de Reyes.

[91] Véase esta proclama de los obispos mexicanos en *Le Temps* del 21 de agosto de 1926.

taria.[92] Reyes, en su *Diario*, pretende que "esta docenita de carteles" se retiró con facilidad. "El asunto era de mínima importancia."[93] Es demasiado decir. Reyes llega a desmentir o a minimizar los acontecimientos hasta en su diario. El ministro de México protestó de inmediato ante el Quai d'Orsay, primero con una visita y después con una carta oficial. Obtuvo del gobierno francés la orden de que se recubrieran con anuncios de teatro o de cine, no la docena sino más bien los cuatrocientos o quinientos carteles que se habían pegado en los barrios de París y en otras ciudades, en Versalles en especial. A petición suya, se llevó a cabo una encuesta. A través de la STA o Sociedad Francesa del Pasquín y del Cartel, así como de la imprenta de Orleáns de la que habían salido los carteles, se llegó a saber quiénes eran los autores. Los carteles provenían de la DRAC o Liga del Derecho del Religioso Antiguo Combatiente. Los que habían redactado el texto eran ciudadanos honorables y conocidos, en estrecha relación con el grupo del diario *La Croix* y probablemente sin relación alguna con *L'Action Française.*

Sin tener en cuenta el artículo de *Les Études* y sus injurias contra la hija del general Calles —cuyo efecto en el jefe de gobierno mexicano y las repercusiones diplomáticas que estuvo a punto de tener ya hemos referido—, otro texto de contenido ofensivo, publicado en *Le Gaulois* del 27 de diciembre de 1926, obligó una vez más a Reyes a llevar a cabo una gestión oficial ante su amigo Déjean.[94]

No obstante, influido por la tendencia Morones, el presidente Calles exigía cada vez más propaganda con bombo y platillos. Sus ministros en el extranjero, si querían conservar sus puestos, estaban obligados a plegarse a todas las exigencias de México: había que hablar de Calles, difundir incesantemente elogios a su gobierno y exaltar la novedad y la audacia de sus métodos.[95] Más de una vez don Alfonso llegó al Quai d'Orsay con los nervios y la paciencia agotados, prácticamente dispuesto a renunciar a su cargo, sin deseo alguno de hacer amar a su país mediante artimañas de esta índole. Cierto es que no dimitió, como sí lo hizo Vito Alessio Robles, ministro de México en Noruega, y tampoco mereció que Calles lo destituyera, como fue el caso de Rubalcaba, ministro en La Haya.[96] No obstante, Reyes fue con frecuencia muy comedido en su empeño por cumplir algunas misiones ante las autoridades francesas cuando le eran dictadas por los ministros mexicanos de extrema izquierda. Así, el 3 de junio de 1925 solicitó audiencia al ministro de Asuntos Exteriores

[92] *Cf.* el artículo de *Le Temps* del 2 de agosto: "Mexique: un complot contre le Président Calles".

[93] Véase el *Diario*, p. 148.

[94] *Cf. Le Gaulois*: "La guerra religiosa en México, un cura asesinado": "Es un verdadero régimen de bandidos contra el catolicismo..."

[95] Véase José Vasconcelos, *Obras completas*, t. I, p. 1535.

[96] *Ibid.*, pp. 1702 y 1747.

francés para transmitirle una petición de su gobierno: ¿vería Francia con buenos ojos la instalación de un delegado obrero en los servicios de la legación mexicana del bulevar Haussmann? El gobierno francés se apresuró a responder negativamente bajo el pretexto de que "crearía un precedente". El ministro de México no pareció sorprendido y después de haber cumplido su tarea, quizás de labios para afuera, se retiró de inmediato sin insistir y sin lograr ocultar del todo su satisfacción.

Sin embargo, la libertad mayor que Reyes se tomó respecto al poder fue, sin lugar a dudas, su amistad con José Vasconcelos, y no se preocupó para nada de disimularla o restringirla durante la estancia de su amigo en París. Después de su aparatosa dimisión del Ministerio de Educación Pública y su largo viaje a través de la península ibérica, Vasconcelos llegó a París en los primeros días de noviembre de 1925. Fue recibido en el andén de la estación por don Alfonso, gustoso de volver a ver a su viejo compañero.[97] Los matices políticos o religiosos que tal vez los separaban y en particular la aversión pasional que "Vasco" sentía por el general Calles, no impidieron que su afecto, a veces áspero, viviera en aquellos días en Francia uno de sus mejores periodos. El antiguo ministro de Obregón instaló a los suyos en la pensión bastante mediocre de una familia parisiense. Fue invitado a compartir de inmediato afectuosamente con su mujer y sus dos hijos las comidas dominicales en la rue Cortambert. Durante la semana, los dos amigos se volvían a ver pero en un contexto completamente diferente y con otra compañía. Se los veía juntos en París por todas partes, de Montparnasse a Montmartre, y Reyes llegó a invitar a Pepe y a su joven amiga Charito a almuerzos muy refinados con "la crema" de la capital, ocasiones de gran lujo francés y siempre tan míticas para los latinoamericanos que, incluso cuando Vasconcelos las describe con ese dinamismo tan extraordinariamente directo de su estilo, parecen sacadas de una novela.[98] Mostrarse tan abiertamente con el enemigo personal de Calles era, por parte del ministro de México en Francia, una prueba de valerosa independencia frente al poder, sobre todo después del banquete que presidió en México en honor de Vasconcelos cuando éste ya había caído en desgracia. En París, don Alfonso fue aún más lejos. Estimando con toda razón que la obra que Vasconcelos había llevado a cabo en el Ministerio de Educación Pública hacía de su amigo una de las personalidades más importantes de América Latina, intervino para que fuera recibido convenientemente y para que su presencia fuera celebrada por los organismos latinoamericanos. La audiencia de Reyes aumentaba día con día en el seno del Comité France-Amérique. El 30 de enero de 1926 se organizó bajo su égida una recepción oficial a José Vas-

[97] Su amigo cubano Chacón y Calvo estaba también en París desde hacía poco. "Con tales compañías, estoy encantado", anota Reyes en su *Diario*, p. 119.

[98] Vasconcelos, *El desastre*, *Obras completas*, t. I, p. 1676.

concelos y a su esposa.[99] Todos pensaban, incluido Vasconcelos, que estos homenajes dirigidos al antiguo ministro de Obregón iban a costar a Reyes su puesto en Francia. Pero nada de esto sucedió, lo cual prueba tanto el valor de Reyes como un cierto liberalismo en Calles. En París, Vaconcelos pasaba por ser un hombre independiente con ideas sociales avanzadas, una especie de anarquista muy original. Su amistad fraternal con Reyes llevó con demasiada precipitación a que se le atribuyeran a éste las mismas opiniones que "Vasco", libre ya de sus funciones ministeriales, tenía mayor libertad para expresar. No obstante, sus posiciones diferían considerablemente en múltiples temas, religiosos y políticos; en lo que concernía a las relaciones de su país con los Estados Unidos, respecto a Calles, en quien Vasconcelos, fervoroso y exclusivo "obregonista", no había depositado la misma esperanza que Reyes;[100] en cuanto a Francia, pues a Vasconcelos lo cautivaba París mucho menos que a su amigo Alfonso, así como sus monumentos y su cocina, que le parecía insípida. No obstante, la presencia y el afecto de Reyes, el respeto que su persona y su cargo inspiraban en Vasconcelos impidieron muchas veces que éste diera rienda suelta a su odio anticallista. En Francia, en algunas manifestaciones públicas y en sus discursos, Vasconcelos amortiguaba su vehemencia cuando veía en la primera fila del público al ministro de México, representante de Calles, que había ido a escucharlo amistosamente.[101]

Don Alfonso tampoco permitió que sus funciones diplomáticas y la política callista fueran un obstáculo a la antigua amistad que sentía por el ministro de Venezuela en París, Barceló.[102] Mientras seguía recibiéndolo incluso en privado, el general Arévalo Cedeño estaba en París preparando a plena luz del día y en todos los bares del Barrio Latino, con el apoyo casi oficial del general Calles, una expedición contra el gobierno de Gómez. Jefes militares mexicanos, como el coronel Preve, habían llegado a Francia para cooperar en la preparación de esa intervención.[103]

Estas libertades cada vez mayores respecto al régimen que el ministro de México se permitía se ceñían no obstante a los límites del cumplimiento leal de su misión, porque así era su carácter y porque en 1927 el callismo tenía todavía la fuerza moral que conservó hasta la muerte de Obre-

[99] Véase el recuadro que da noticia de esta recepción en *París-Times*, 27 de enero de 1926.

[100] La reciente publicación de una entrevista entre Vasconcelos y el periodista José Alvarado da a entender que, pese al tono venenoso que Vasconcelos emplea en sus memorias respecto a Calles, estaba "menos contra Calles que contra algunos callistas". ¿Opinaba pues al respecto de manera similar a Reyes? Véase "Vasconcelos, documentos inéditos y opiniones", *Bulletin de l'Institut d' Études mexicaines*, Perpignan, núm. 7, mayo de 1975, p. 30.

[101] *Cf.* Vasconcelos, *El desastre*, *Obras completas*, t. I, p. 1670.

[102] *Cf. Diario* de Reyes, p. 130, 15 de mayo de 1926.

[103] *Cf.* Vasconcelos, *El desastre*, *op. cit.*, p. 1677.

vicción de una relativa bondad de la naturaleza y de su generosidad afectuosa hacia el hombre.

En esa fraternidad universal, en el respeto que le inspiraban todas las labores, que pueden llegar a ser tan duras hasta en países con reputación de avanzados, en esa piedad que sentía por "el esfuerzo de los hombres", Reyes comulgó con un escritor francés ya un poco olvidado en la actualidad pero que se contaba entre las mejores plumas, Pierre Hamp.[109] Este socialista se había dado a la tarea de describir el honor y el mérito de los diferentes oficios. Don Alfonso habló con él en varias ocasiones, en reuniones políticas o literarias. Un libro de P. Hamp, *Marées fraîches. Vin de Champagne*, inspiró algunas de las excelentes páginas que el escritor mexicano dedicó a la vida nocturna de París.[110] Amante de los mercados, don Alfonso había descrito con suntuosidad el tianguis azteca en *Visión de Anáhuac* y los puestos al aire libre de Burdeos y tenía que hacer también la visita tradicional a Les Halles de París en esa hora indecisa en la que unos abandonan el lujo de los locales de placer en tanto que para otros comienza la dificultad. Ese momento ha sido descrito muchas veces por los escritores latinoamericanos, para quienes esa visita a Les Halles era un ritual. Don Alfonso renovó el tema yuxtaponiendo cuatro antítesis. La primera apenas está esbozada: opone la imagen frívola y tan francesa de la espumosa copa de champaña a la del jornalero que atraviesa los viñedos de Francia en busca de trabajo; más firme es ya la evocación de los lacayos del club londinense —trabajadores también, en quienes se piensa menos— que pasan varias horas de la noche transportando e instalando confortablemente en sus coches a los clientes —"dos lores y un alto eclesiástico" que han abusado, como es su costumbre, de la bebida. El tercer cuadro se despliega con la holgura de una epopeya, y esta palabra es del propio Reyes. La descripción del transporte del pescado "a través de las complicadas redes ferroviarias" —homenaje a los ferroviarios—, su llegada a Les Halles de París y las primeras ventas en la mañana fría, es una poesía realista que nos remite a las mejores naturalezas muertas de la *Visión*. Se percibe incluso una especie de ternura por los pescados a medida que los van amontonando. Las escamas que brillan en los charcos de sangre nos traen a la memoria imágenes de Saint-John Perse y de otros poetas del maquinismo y del mundo moderno, Whitman, Verhaeren. Se trata en realidad de imágenes poéticas las del ensayo de Reyes, con el ritmo acelerado del esfuerzo de los hombres y de los animales, pues, para arrastrar las carretas cargadas de enormes masas que

[109] Los cinco tomos de *La peine des hommes*, publicados en la *NRF* entre 1918 y 1924 (*Marées fraîches, Vin de Champagne, Le travail invincible, Les métiers blessés, La Victoire mécanicienne, Le lin*), figuraban en la biblioteca de Alfonso Reyes.

[110] "Los mercados", de 1924, publicado de inmediato en la *Revista de Revistas* de México y más tarde incluido en *Tren de ondas*, *O.C.*, t. VIII, p. 345.

cabecean, aparecen los caballos normandos, amigos de Reyes, perfilando en la bruma azulada sus gigantescas siluetas, velludas y encorvadas. El texto finaliza con un nuevo contraste en el que don Alfonso, mediante su arte del escorzo y el vigor de su vocabulario y de sus evocaciones, nos da de nuevo en tres líneas la prueba de su talento de escritor. Como tan bien lo ha expresado Gabriela Mistral, se deja sentir la huella de un primer chorro fogoso seguido de un largo afinamiento y de meditación.[111] Hay que visitar Les Halles con preferencia al alba fría, de regreso de un baile de máscaras, de frac, acompañado de damas con espaldas escotadas, envueltas en plumas y chales de seda, con las que se va a comer la famosa sopa bien caliente y beber un trago de un magnífico Roederer. Es entonces cuando "la escama viscosa y el salivazo de sangre", la suciedad, el frío, "el sudor y la palabrota cobran toda su implacable eficacia". Ironía de la filología es Montmartre, que significa Monte de los Mártires. La preocupación social y una inmensa simpatía teñida de compasión por los trabajadores se ponen de manifiesto no sólo en este ensayo sino a través de todas las páginas de *Tren de ondas*, libro escrito en gran parte en París entre 1924 y 1927 y publicado en Río en 1932.

Respecto a las doctrinas comunistas, Reyes experimentó siempre no tanto hostilidad cuanto incredulidad. Se mantuvo abierto a esas ideas y se interesó por su ejecución en algunos países, consciente de la importancia histórica de ese tipo de experiencias. Ya hemos visto que nunca dejó de responder a las invitaciones de la embajada soviética y no fue sólo el deber diplomático el que lo impulsaba. Para Reyes la diferencia no significaba ni antipatía ni discordia. Gabriela Mistral, quien frecuentó a Reyes con asiduidad en Madrid y en París, observó entonces perfectamente su "amistad fraterna por las cosas, las ideas y los hombres", su amor por el otro, que era su ritmo de respiración más desahogado.[112] La poetisa señala con gran precisión que "la hostilidad y la cólera", productos tan americanos, eran para don Alfonso una cuesta difícil de remontar. La opinión que expresa sobre Reyes explica este "polifacetismo" que a veces se le ha atribuido.[113] Así pues, don Alfonso había apoyado

[111] "...sus anotaciones... rápidamente escritas, lentamente recogidas, porque es el hombre de la sensación con largo saboreo." "Alfonso Reyes, *Reloj de sol*", *Universitario*, París, abril de 1927; también en *Páginas sobre Reyes*, I, p. 119.

[112] "...tiene la amistad de cosas, ideas y hombres, hecha primera y hasta segunda naturaleza. La hostilidad y la ira, esos productos americanos... se le vuelven difíciles como un repecho, y, al revés, el amor que para otros es domadura con sangre, le resulta una respiración holgada de pecho amplio... no necesita andar buscando semejanzas para amar a libro o a hombre. Él diría: 'mi hermano el diferente' con el mismo pliegue grande de sonrisa con que dice: 'mi hermano el idéntico'. Ha escrito: 'sacad razones de amistad de vuestras diferencias' y 'la diferencia de sentir no es discordia'."

[113] *Cf.* Jesús Silva Herzog, "El polifacético Alfonso Reyes. Sus preocupaciones sociales", *Cuadernos americanos*, México, 1975, núm. 5, p. 77.

te la política del Vaticano, cuya ignorancia y titubeos en lo que concernía a México ya se habían visto. Se podía hablar incluso de "duplicidad" a partir de que la Santa Sede mantenía el diálogo con el gobierno por las vías diplomáticas, mientras que prescribía una mayor firmeza a sus obispos. Reyes censuraba también la atención excesiva que acordaba por entonces la política vaticana a los intereses materiales de la Iglesia. Todos estos reproches inspiraron a don Alfonso un poema burlesco que dejó inédito y consignó en un cuaderno personal, en el que se plasma la irreverencia anticlerical con tradición en una Edad Media que él conocía bien.[122] La ironía de don Alfonso es, desde luego, severa. Pero hay que admitir que, por su desconocimiento de México y de sus problemas o a consecuencia de un comportamiento decididamente ambiguo a raíz de la guerra religiosa, la diplomacia vaticana no había escrito una de sus mejores páginas.

Estas circunstancias sumamente penosas a través de las cuales representó a su México en Francia obligaron también a don Alfonso a profundizar en su concepción de la diplomacia y de sus deberes y le impulsaron a reflexionar sobre las diferencias que lo separaban del soldado y del hombre político a la vez. Movido por la piedad filial, él se había considerado gustosamente hasta aquellos momentos arduos un oficial. El general Obregón, en una evidente alusión a don Bernardo un día que recibió a don Alfonso, le había dicho que "el diplomático es un soldado en lo civil". La complejidad de los asuntos que tuvo que tratar en París hizo que comprendiera mejor que, al igual que el soldado, el diplomático no tiene derecho a ninguna vida privada. Todo lo que lo concierne y lo ocupa, su cultura, sus relaciones sociales, sus amistades, tiene que ejercerlos en definitiva en beneficio de la misión de la que está a cargo.[123] No existe ninguna barrera entre su vida pública y su vida personal. Todo almuerzo amistoso, toda conversación improvisada son capaces de proporcionar materia a "una nota", a "un informe" que el diplomático transmite de inmediato a su gobierno. Por otra parte, el diplomático tampoco es un hombre político. Este último debe ocuparse sin cesar de agra-

[122] "Diario poético. *Papa y obispo*. Roma, 15 de enero, 1927, Pío XI habla con el obispo de León, Valverde Téllez, le da un beso y le augura con toda certeza el triunfo de la Iglesia en México: Es fama que Papa-Judás / besando a Obispo-Caín, / lo acercó a su corazón / y le dijo: 'Por las dudas, / Caín, el dólar sajón / será nuestro paladín.' / ¡Qué bribón, pero qué pillín! / ¡Qué pillín, pero qué bribón! / De la noche haremos día, / del principio haremos fin y del pecado blasón. / Las viejas de sacristía, / serán —salvo el figurín— / Caballeros de Colón. / ¡Qué bribón, pero qué pillín! / ¡Qué pillín, pero qué bribón! / Maurras será condenado / Y tú alabado sin fin / por igual contravención; / que yo lo mismo me enfado / si el Cristo al Rey hace pin! / Si el rey al Cristo hace pon! / ¡Qué bribón, pero qué pillín! / ¡Qué pillín, pero qué bribón!" Este texto se publicó en el *Boletín de la Capilla Alfonsina*, núm. 6, p. 19.

[123] *Diario*, p. 132.

dar, ya sea a la multitud, ya sea al poder, a fin de hacerse valer. No obstante, parece que Reyes hubiera comenzado a admitir que era inevitable, en su situación, tener "un lado público". Estaba aprendiendo con lentitud a endurecerse, a hacer menos caso de los ataques. Pero su verdadera vocación seguía siendo la de escritor, la de un hombre hecho para los libros, para el tranquilo recogimiento de una biblioteca. No era diplomático por ambición, por interés o por repentino favor político. Estaba en París por el desarrollo normal de su carrera y porque, en la diplomacia, él pensaba que podía ser de utilidad a su patria desgraciada, solicitando para ella la amistad y la simpatía de los demás pueblos. "¡Mal haya el que cierra sus puertas cuando alguien, fuera, llora o ríe! ¡Mal haya el que pueda vivir contento o cómodo siquiera cuando al lado sufren los suyos!... No es prudente que un mexicano de nuestra época goce de una dicha excesiva".[124]

## Observación de la vida política francesa: la *Crónica de Francia*

Reyes tuvo el ruin consuelo de constatar que ciertos círculos políticos franceses no eran mejores que los dirigentes de México, si vamos a juzgar por esa turbia historia, consignada en el *Diario*, acerca de Anatole de Monzie, quien ocupó varios puestos ministeriales cada vez más importantes en el transcurso de aquellos años. Malabarismos en los presupuestos, cartas de recomendación cuyos destinatarios no eran del todo explícitos para que pudieran volver a servir en su momento, puestos reservados a algunos protegidos, todo un conjunto sospechoso que arrancó de don Alfonso un suspiro en el que englobaba con el mismo desprecio a las camarillas corruptas tanto en México como en París.[125]

No obstante, además del *Diario*, Reyes lleva en Francia con regularidad otro diario, unas efemérides de la vida francesa en que consigna, primero mes tras mes y después día con día, los acontecimientos más importantes de la política francesa y a veces reflexiones o algunas páginas de estudio más elaboradas sobre los hechos sobresalientes o los problemas fundamentales de Francia. El puesto privilegiado en el que se encontraba le permitía observar el país en el momento decisivo de su historia, en el que una coalición de izquierda subía finalmente al poder. Hasta en las sesiones nocturnas se vio con frecuencia a don Alfonso en la tribuna reservada al cuerpo diplomático en la Asamblea Nacional, y la impresión que él tenía de estar asistiendo a una obra de teatro está plas-

[124] *Cf.* "Le banquet pour Alfonso Reyes", *Amérique latine*, 1° de mayo de 1927, y "Saludo a los amigos de Buenos Aires", en *De viva voz*, *O.C.*, t. VIII, p. 142.
[125] *Diario*, pp. 160, 161, 174.

mada en los títulos, "Proemio", "Entreacto", que su sonriente y un poco decepcionada prudencia daba a veces a su crónica. Cada día se ponía al corriente de la prensa francesa en su conjunto, además de su lectura asidua del *Times* de Londres, al que seguía siendo fiel y cuyos comentarios respecto a la vida política francesa cita en varias ocasiones. En París pudo leer en cuanto fueron publicadas las obras históricas o polémicas que marcaron un hito en su tiempo, como las *Memorias* de Poincaré. La *Crónica de Francia* se abastece también de sus conversaciones con amigos y con militantes políticos como Jean Prévost, con diferentes ministros franceses, en especial con Mario Roustan, entonces ministro de la Marina Mercante y de quien se convierte en confidente, y de las entrevistas privadas que tuvo con dirigentes como Aristide Briand y Paul Painlevé.[126] Algunas de estas páginas figuraron probablemente en los informes que el ministro de México hizo llegar a Relaciones Exteriores pues tienen ese tono tan preciso de los informes sintéticos que los ministerios de Asuntos Exteriores reciben de sus buenos representantes en el extranjero sobre temas que éstos juzgan interesantes y que pueden ser muy variados.[127] Reyes sólo dio a conocer este diario político mucho tiempo después y, según dijo, sin corregirlo, dejándolo en la "crudeza primitiva" de las notas que tomaba día tras día; componerlas en un verdadero libro hubiera sido "una falsificación a posteriori". No obstante, llegó a publicarlo completo; a lo largo de diez años, fue apareciendo en cinco *plaquettes* hasta la víspera de su muerte.[128] Esta crónica contenía en efecto recuerdos queridos de aquellos momentos demasiado breves en los que había podido observar el espíritu de los franceses, la actividad de sus dirigentes y extraer, por comparación, consejos dirigidos a sus compatriotas. Estos importantes textos no han sido reeditados en ningún volumen ni en ningún tomo de sus *Obras Completas*. Para nosotros, esta versión mexicana de los acon-

[126] Las obras que él agrega en una nota al pie de la página 5 del tomo I, en su edición de 1947, no son sus fuentes sino obras que tratan sobre el mismo tema y que él indica a los lectores que desean información más amplia: el *Tableau des Partis en France*, de André Siegfried no se publicó en efecto hasta 1930, y la *Histoire de France depuis la guerre*, de Jean Prévost, en 1932, en la editorial Rieder. No podemos precisar la fecha de una obra inglesa, *The Post War World*, de H. Jackson, también citada.

[127] Así, al margen de la vida política francesa propiamente dicha, Reyes trata sucesivamente de los diferentes congresos que se celebran en Francia: congreso de agricultura colonial, congreso internacional de crítica teatral; los avances de la amistad franco-argentina; la creación de algunas sociedades que a él le parecen con mucho porvenir: "Para la protección de los paisajes de Francia", "Asociación Nacional de Abonados Telefónicos", etcétera.

[128] *Crónica de Francia*, t. I, enero a abril de 1925, Colección Archivo de Alfonso Reyes, Serie E (Testimonios), núm. 4, México, 1947, 76 pp. *Crónica de Francia*, t. II, abril a junio de 1925, *idem.*, núm. 5, México, 1952, 43 pp. *Crónica de Francia*, t. III, *idem.*, núm. 6, México, 1955, 41 pp. *Crónica de Francia*, t. IV, *idem.*, núm. 7, México, 1956, 71 pp. *Crónica de Francia*, t. V, *idem.*, núm. 8, México, 1957, 85 pp.

tecimientos de la historia francesa tiene un innegable interés. Don Alfonso manifiesta, mejor que en cualquier otro texto, sus opiniones, su tolerancia, su amplitud de espíritu, su deseo siempre generoso de comprensión y su voluntad de justicia y objetividad. Muchas de esas notas son técnicas y emanan de un experto serio y autorizado, pero muchas veces reaparece el arte del retratista, del cuentista, del poeta y una expresión de humor viene a amenizar la aridez de los temas tratados. Obra pues de historiador que se dirige a lectores cultos o a colegas diplomáticos y que, en el conjunto de la producción de Reyes, es la continuación de *Momentos de España*. A veces recuerda aquellas largas crónicas destinadas a la página del jueves de *El Sol*; Reyes escribió en ellas, como se recordará, la historia de Francia en el siglo XIX, es decir, hasta 1914.

Para facilitar la lectura de estas notas, Reyes redactó algunas páginas preliminares, quizás contemporáneas en su mayoría de la *Crónica* o de su partida de Francia, puesto que en ellas hace alusión a los proyectos de construcción de la línea Maginot. Nos recuerda que ninguna de las tormentas parlamentarias cuya descripción vamos a leer debe hacernos olvidar que "la Francia fundamental corre en el fondo como un río lento y seguro". ¿Fue para sí mismo o para un público casi confidencial de "estudiosos de la historia" —o para convencer a algún reticente en Relaciones Exteriores— para quien cantó ese hermoso himno a la Francia eterna, páginas antológicas en loor de la cultura y la lengua francesas, y que se cuentan entre las más bellas que un latinoamericano haya dedicado a Francia?[129] En ningún otro texto reunió el escritor tan extensamente y con tanto entusiasmo los sentimientos de reconocimiento que le inspira "la bella Francia", en primer lugar durante casi mil años, la primera de las naciones europeas en obtener la independencia nacional, y después, en el siglo XVII, "modelo del saber y del refinamiento. Su lengua era la lengua de todas las academias occidentales; su vestido, su conversación, su cortesía y su urbanidad el paradigma de todos los pueblos de la Cristiandad. En la gran Revolución francesa, luchó en nombre de las Luces, guiada por su ideal de libertad y de igualdad ante la ley; dio a toda Europa el ejemplo que los demás Estados siguieron en el curso del siglo XIX, reformando sus constituciones de acuerdo con lineamientos más democráticos".[130]

El papel que desempeña Francia es muy particular: es la guardiana de la cultura europea ante los ojos del mundo entero. Su misión, de la que ella está consciente, no es ni religiosa como la de la antigua España, ni política como la de los británicos al frente de sus modernos imperios. Es esencialmente civilizadora. Francia ha alcanzado ya el equilibrio por

[129] "Francia antes y después de la guerra", en *Crónica de Francia*, t. I, p. 6.
[130] *Ibid.*, p. 7.

el que luchan todavía los demás Estados: una armonía interna, una unidad de las que pueden dar testimonio todos aquellos que han vivido en Francia. Posee a la vez la soltura griega y la ponderación romana, el empuje y la constancia, la curiosidad intelectual del humanista y la fe católica, la profunda lealtad de la familia y el sólido individualismo. Este mismo equilibrio se encuentra en el orden económico: es semiagrícola y semindustrial. Una mitad de sus habitantes vive en el campo y la otra en la ciudad. Su agricultura no produce inmensas cantidades de un solo producto ni su industria montones de artículos más o menos "estandarizados". Los campos de Francia están dedicados al cultivo intenso de fruta, de vid, de legumbres, de cereales; su industria tiene la excelencia artesanal y tradicional de un millón de artículos fabricados por un millón de pequeños industriales, pero sus industrias textil y metalúrgica producen a gran escala y con métodos modernos.

En esta *Crónica de Francia* Reyes trata de hacer inteligible a sus compatriotas una de las especificidades más misteriosas de la República francesa, su vida política y parlamentaria. Mientras que en la mayoría de los países reina un bipartidismo, los electores franceses ven, en efecto, que sus representantes se dividen en una cantidad de grupos y subgrupos de los que algunos sólo se diferencian de los otros por cuestiones de matiz, imperceptible para cualquiera que no sea francés. Los nombres y las siglas que adoptan esas diversas formaciones no sirven para definirlos; algunos republicanos que se denominan de izquierda son famosos por sus posturas conservadoras; todo el que se llama "nacional" es reaccionario, etc. Es necesaria, dice Reyes, "una imaginación de geómetra para distinguir las décimas que separan a tal grupo de aquel otro en el hemiciclo de la Cámara francesa". Su preocupación por la claridad no se contenta con describir de la mejor manera posible las mil teclas de este delicado teclado y los armoniosos acordes que se pueden sacar de él. Describe también las aplicaciones prácticas, las costumbres, los prejuicios que todavía complican su funcionamiento, tal partido que no representa propiamente hablando una posición política sino que es más bien "un semillero de ministros", mientras que la razón de ser de otro es la de proporcionar los miembros de las comisiones especiales a las Asambleas.

Hecho poco común, Reyes no censuraba ni se burlaba de esas leyes y esos usos parlamentarios que hacían que los ministerios se sucedieran con tanta rapidez en Francia. Al contrario, ese sistema tenía para él una hermosa flexibilidad, oscilaba con la sensibilidad de un astil de balanza, con más ventajas que inconvenientes pues, en realidad, eran siempre las mismas personalidades las que se alternaban en la dirección de los grandes ministerios, pese a una aparente discontinuidad. En buena lógica, el autor colocó "Francia y sus partidos" en el contexto internacional y dio algunas explicaciones generales previas. Una vez más, y esto es notable, Reyes no sigue a aquellos que en el extranjero, en España, en América

Latina, abruman a Francia de responsabilidades por las dificultades de la posguerra. No le reprocha al país una excesiva avidez a raíz de los Tratados de Versalles, ni haber aniquilado la paz con la que soñaba Wilson, ni siquiera haber trabado con el otro lado de Alemania, en la Europa central y oriental, una cadena de alianzas que, no obstante, ante ojos tan sagaces como los suyos, se parecían de un modo extraño a las que había pactado Francia antes de 1914 y que ya habían llevado al país a la catástrofe. Su interpretación de la política internacional de la posguerra está llena de comprensión respecto a Francia. Reyes es de la opinión que ni Inglaterra, al abrigo en su isla, ni el Congreso de Washington fueron lo suficientemente sensibles a este miedo a la invasión que forma todavía parte del meollo mismo de la psicología francesa y que se debe a la inmensa frontera que tiene este país con el Este, tan vulnerable y franqueable con tanta facilidad. Ningún tratado inglés o norteamericano, hasta Locarno, se atrevió a garantizar esa línea y no se había aceptado el proyecto francés de un Estado-tapón. A pesar de todo, en lo que él denomina "la aventura del Ruhr", Francia había cometido una equivocación dejándose llevar por la corriente de poderosos intereses que, en un momento dado, habían dominado a sus políticos y habían despertado, con sobrada razón, la desconfianza de los aliados. Reyes expone entonces un análisis del comportamiento de algunos franceses que muy pocas veces figura en los manuales franceses. En la Francia feliz de antes de la guerra, en la que el agricultor se mostraba contento de hacer rendir su modesto terreno, donde para el pequeño industrial era una cuestión de honor producir sus artículos con una alta calidad, una minoría de poderosos se vio agitada por una peligrosa ambición. Reyes se mostró severo respecto a aquellos que tenían entre sus manos la industria pesada francesa, "la bien nombrada", desde el Segundo Imperio. Esos empresarios habían conservado además "un tono imperial" y, con la guerra a su favor, habían soñado con unir a sus posesiones el hierro y el potasio de Lorena, el carbón y el coque del Sarre así como los de Ruhr. El Comité de los Metalúrgicos y su empresa más importante, Creusot de Schneider, habían visto traicionados sus deseos por el Tratado de Versalles, en el que se dejaban el Ruhr y la Renania a los alemanes. Se habían decidido entonces a "jalar el hilo de la política para realizar sus ambiciones" y habían orientado al Bloque Nacional en esa dirección. Esta última coalición, que las elecciones de 1919 habían llevado al poder, era pues una alianza "—que no tenía nada de Santa— de reaccionarios, de sobrevivientes, de católicos clericales".

La extrema derecha del Bloque Nacional era la responsable, según él, de la inhábil revocación de Briand en 1922, en plena conferencia de Cannes, donde estaba tratando en nombre de Francia el importante y delicado problema de las indemnizaciones de guerra. Desde el principio de la *Crónica* aparece el respeto de Reyes por "el espíritu moderado", "el talento de negociador y la perspicacia" del ministro francés de Asuntos

Exteriores, en quien él ve a "una de las grandes figuras de la historia de Francia... una personalidad de estatura internacional que el mundo entero sigue con atención". Reyes describe a Aristide Briand en todos sus matices, poniendo a veces freno a su entusiasmo: "la elocuencia de su voz de violoncello, más que el contenido real de sus discursos, es capaz de trastornar todas las previsiones de voto". Sin formularlo expresamente, don Alfonso siente que la posición "paradójica" de Aristide Briand frente a los partidos podría ser la suya si él se decidiera a emprender una carrera política: innegablemente hombre de izquierda, con grandes servicios en su haber, pero que decepcionó cuando tuvo que adoptar una postura rígida. Los conservadores lo observan, aun sabiendo que no es "su hombre". Esa "sutil" actitud, que podría llevar a una doble debilidad, da por el contrario a Aristide Briand una autoridad mucho mayor. Este maestro en ciencias políticas sabe muy bien cómo mantener esta expectativa a derecha e izquierda, dejando caer en una y otra ocasión y con desapego elegante "palabras aparentemente indiscretas pero de hecho sabiamente calculadas". Con el concepto de la diplomacia que profesaba Aristide Briand, Reyes también se identificaba: ante todo, velar por la paz y buscarla por medio del arbitraje: "El agresor es el que rehúsa este arbitraje". Aristide Briand es "el conciliador", gran elogio cuando lo escribe Reyes. En cambio, don Alfonso recurre a sus dotes agudas de caricaturista para trazar un terrible retrato de Poincaré: "cabeza cuadrada, mandíbula dura, barba hirsuta..., toda su política parece estar contenida en su aspecto físico".[131] No niega el profesionalismo de Poincaré ni su experiencia en los asuntos públicos, pero hace hincapié en que la apertura de los numerosos bancos franceses de que se vanagloria Francia en los nuevos Estados de Europa central estaba destinada sobre todo a prestar dinero a esas naciones recientes para que pudieran comprar armas y municiones francesas... cuyo proveedor era evidentemente el Comité de los Metalúrgicos. No deja de ser interesante observar la interpretación que puede dar el extranjero de la historia francesa.

En cuanto al "cartel de las izquierdas", verdadero espantajo para los conservadores, a los mexicanos no les debía confundir esta etiqueta. No se trataba de un grupo revolucionario, ni siquiera socialista. Estaba formado sobre todo por moderados que representaban toda la gama del radicalismo francés: la pequeña industria, los pequeños rentistas, los pequeños propietarios.[132] Se trataba para Reyes de una coalición pacífica. La consideración que manifiesta por Herriot se basa en la formación universitaria de éste, en su obra humanística y en su larga experiencia como

[131] *Crónica de Francia*, t. I, p. 13.

[132] "El programa económico del radicalismo se encierra todo —dice Thibaudet— en sublimar, bañándolo en una aureola mística, un epiteto, el epiteto *pequeño*", *ibid.*, p. 47.

alcalde de una gran ciudad. Puede que ocultara muchas trampas bajo su bondad, menos "francés medio" y menos "hombre del pueblo" de lo que tendía a demostrar. Su capacidad de discernimiento era notable, pero a este hombre literario le hacía mucha falta una sólida formación económica. En política exterior, Reyes aprobaba que el cartel siempre hubiera buscado la paz. El reconocimiento del gobierno de los soviets había sido una buena cosa. En cuanto al Pacto de Locarno —el cual parece que Reyes había estudiado en sus mínimos detalles—, de suma importancia, representaba la conclusión verdadera de la guerra, mucho más que el Tratado de Versalles. Había aportado un alivio innegable a las relaciones europeas y puesto fin a la acción vengativa contra Alemania. Ya era tiempo de pasar a la cooperación y, evidentemente, el vencido sólo podría pagar sus deudas de guerra si se le permitía a su industria una cierta prosperidad.[133] La combinación de Briand era bella, un tanto "idealista", y don Alfonso observa con sutileza que "la opinión francesa sigue siendo escéptica respecto a la buena voluntad de Alemania". La política interior del cartel está simplificada hasta la caricatura. Se resume en tres palabras: No más impuestos. Pues el francés es así, excesivamente preocupado por su haber. Acepta con mayor facilidad morir por su patria, si llegara el caso, que desprenderse de una parcela de sus bienes. Prefiere la tragedia a la incomodidad y, como Tartarín de Tarascón, prefiere los sablazos a los alfilerazos...[134] Además, para pagar sus gastos de guerra, Francia se había guardado de imitar a Inglaterra y su impuesto sobre el capital. El gobierno francés había recurrido únicamente a préstamos internos o de Inglaterra y los Estados Unidos. El resultado era catastrófico. Francia tal vez había perdido toda esperanza de equilibrar su presupuesto. El de 1924 sólo se había podido determinar gracias al concurso de una banca privada del otro lado del Canal de la Mancha y Reyes, cuando la moda en París era el baile y la despreocupación, compartía sobre el futuro de la moneda francesa todas las preocupaciones de los pocos franceses reflexivos. El lema "Alemania pagará" había perdido sentido. La reconstrucción de las zonas devastadas costaba cara y el gobierno francés no había percibido ni un solo marco de la Alemania vencida; la ocupación del Ruhr, en represalia, había acabado siendo más dispendiosa que eficaz. El franco seguía hundiéndose y el cartel tuvo que resolver la creación de nuevos impuestos que "aunque no lograron salvar al franco, fueron más que suficientes para derribar al gobierno". Poincaré retomó la dirección del país como líder de una nueva coalición, el Frente Nacional. Pero para la vía de una izquierda desigualmente marxista que había emprendido el presidente Calles, las lecciones más instructivas para el

[133] *Ibid.*, t. III, p. 39.
[134] "...sablazos, pero no alfilerazos", *ibid.*, t. I, p. 15.

gobierno mexicano eran evidentemente la labor realizada por el cartel de izquierda y el estudio de su programa y de los obstáculos que éste había encontrado. Reyes se remontaba un poco hacia atrás para escrutar el "programa mínimo" del primer ministerio formado por el cartel, el 1° de junio de 1924, bajo la presidencia de Édouard Herriot. Se había comprendido casi de inmediato que este programa se cumpliría sin demasiada dificultad. El gobierno había pedido el retiro de la embajada del Vaticano, pero la cuestión religiosa había perdido en Francia su agudeza. Herriot sólo había aportado a la Cámara un voto favorable al respecto gracias a su prestigio personal. Aristide Briand, del que no se podían poner en duda sus sentimientos laicos, había demostrado en seguida que este asunto no era cuestión religiosa. En el plano diplomático, las relaciones franco-vaticanas tenían un valor secular y espiritual muy importante. Los franceses, en algunas regiones de Oriente y en Alsacia-Lorena, exigían un órgano de contacto permanente con la Santa Sede; actitud moderada y razonable, marcada por el buen sentido, que la pluma de Reyes propone implícitamente a título de ejemplo al gobierno mexicano.[135] Herriot no había insistido y después de algunos meses su iniciativa parecía un derivativo capaz de desviar la atención del gran público de otras dificultades más reales, otro punto en común con la situación mexicana. El escollo de un gobierno "de izquierda" tal seguía siendo su política económica y financiera, tanto más cuanto que radicales y socialistas estaban divididos respecto a los métodos que había que emplear. Los pequeños industriales temían por sus empresas y, ante la posibilidad del incremento de un impuesto sobre sus sociedades, agitaban el espectro del paro que aquél podía tener como consecuencia. El impuesto sobre las fortunas adquiridas afectaría esencialmente a los pequeños rentistas que eran los mejores electores del cartel. Se podía sacar una lección de la reacción de éste: satisfecho con sus triunfos electorales, se había "dormido sobre sus laureles" y había dejado que se difundiera la propaganda adversa. Era conveniente reflexionar sobre la falla principal de esta democracia a la francesa que escogía a sus amos y después se desinteresaba de la cosa pública y se la remitía a sus gobernantes. "El comunismo y hasta el fascismo son superiores en cuanto a eficacia, pues interesan constantemente al ciudadano en la cosa pública, lo cual es la esencia misma de la democracia." La mirada aguda de Reyes percibía ya la debilidad del sistema parlamentario francés: es la "masa más indecisa", la parte de la mayoría que tiende hacia el centro, la que acaba siendo la que decide, según se incline hacia la derecha o hacia la izquierda. Esta fracción, a veces ínfima, adquiere así en ciertos momentos decisivos un poder muy superior a su valor numérico: "Toda coalición corre el riesgo de acabar en

[135] *Ibid.*, t. I, p. 60.

minoría mediante una maniobra de esa masa indecisa". Según Reyes, la labor más positiva de la izquierda francesa había sido la organización de los sindicatos de funcionarios y la enseñanza secundaria gratuita. En estas grandes realizaciones se habían revelado otras personalidades, Léon Blum, Painlevé, con quien Reyes tuvo mucha cercanía y en quien veía al "complemento de Herriot; antiguo profesor de ciencias, mientras que el alcalde de Lyon había enseñado letras... Painlevé debía a su educación científica su gusto por el hombre competente, su respeto por el especialista. En sus apariciones públicas, parecía un militante del 48, pero en privado tenía una acerba precisión que contrastaba con su aire sonrosado y cándido". Reyes opinaba que era tan honrado como Herriot y, sin embargo, los miembros del cartel habían acabado juzgándolo menos fiel. Loucheur era un hombre hábil que había descubierto "un anestésico para socializar a Francia sin dolor".

La personalidad tan debatida de Joseph Caillaux le resulta a Reyes sumamente antipática. Lo ataca con una violencia poco frecuente en sus escritos. Con León Daudet, lo acusa de haber incitado a su mujer para que asesinara a Calmette.[136] Reyes detesta la actitud que adoptó en plena guerra, "traidora a Francia", subvencionando en París *Le Bonnet Rouge*, de inspiración alemana. Caillaux fomentó después el atentado a Clemenceau, "culpable de haber ganado la guerra y de haber devuelto la Alsacia-Lorena a Francia". Cuando regresa, después de que se eclipsara la condena que recaía sobre él, actúa como un verdadero "dictador financiero... Su tono es cortante. Lanza por delante sus planes como si fueran amenazas". Las leyes que propone en la Cámara este hombre de izquierda son tan ambiguas que sólo obtienen los votos de la derecha. Es la confusión total, para cuya descripción Reyes hace uso de una sabrosa expresión de la jerga mexicana.[137] Unos cuantos juegos de manos más y el mago habrá perdido el secreto de su encanto.[138] Se diría que don Alfonso traslada a Joseph Caillaux la aversión que le inspiraban sus pares mexicanos de las altas finanzas, demasiado hábiles, demasiado versátiles políticamente, como Alberto Pani.

Reyes describe un cuadro aterrador de todos los crímenes políticos que se han cometido en Francia en los últimos años. Algunos grupos son armados, como L'Action Française o el Partido Comunista. Las declaraciones de odio circulan en todos los periódicos. Cada año algún líder cae bajo las balas. En su famosa "Carta a Schrameck", Maurras amenazó con "matar como a un perro" al jefe de policía. El año 1923 fue testigo del asesinato del realista Marius Plateau, del ex presidente del tribunal de ca-

[136] *Ibid.*, t. II, p. 11.

[137] "Es el desbarajuste que, en nuestro argot, solemos llamar 'desgarriate'." *Ibid.*, p. 5.

[138] "Birlibirloque...Caillaux, el mago desencantado", *ibid.*, t. III, p. 8.

sación, del asesinato de Antonin Dubost y del homicidio especialmente odioso del pequeño Philippe Daudet —que tenía casi la edad de Alfonsito. Clemenceau, Maurras, Daudet fueron víctimas de diferentes atentados. En 1925, la violencia se redobla. El 9 de febrero dos católicos son asesinados en Marsella; el 23 de abril, cuatro jóvenes nacionalistas mueren a golpes en las calles de Montmartre. El número de asesinatos políticos en Francia en aquella época es pues impresionante; las costumbres no son benignas. La opinión pública francesa y los historiadores ya no protestan,"mitridatizados". Los detractores de las prácticas mexicanas harían bien en revisar la historia de Francia.[139]

Reyes vivió en Francia los momentos más dramáticos que haya conocido el franco, en julio de 1926, y que muchas veces se le imputaban a la izquierda. Como historiador, Reyes trató de elucidar el origen de la crisis. El resultado de sus investigaciones da título a su capítulo: la izquierda no era la responsable de la situación.[140] El Plan Dawes había acordado una moratoria a Alemania, y Francia tenía que esperar a 1929 para recibir algún pago de su deuda en marcos-oro. Pero como los diferentes préstamos que se habían concedido a los franceses eran a corto plazo, el país estaba en un callejón sin salida. A lo sumo se podía reprochar a Édouard Herriot que no hubiese hecho público este estado de crisis: "el propio gobierno no había sido informado de inmediato del cadáver que el navío llevaba en sus bodegas". Los días de pánico y de inflación que París atravesó inspiraron al ministro de México un pequeño ballet-poema, construido a guisa de estribillo sobre la cotización de la libra esterlina, barómetro respecto al cual los franceses medían la gravedad de su hundimiento:

> La libra esterlina rebasa los 179 francos.
> ...El senado vota el proyecto... sobre el trigo, para disminuir lo más que se pueda el aumento en el precio del pan.
> La libra esterlina llega a 185.
> ...El gobierno decide solicitar plenos poderes... Caillaux pronuncia un importante discurso sobre la situación general... Blum (socialista) recomienda un impuesto sobre el capital.
> La libra sigue a 181 francos.
> ...Tardieu interviene en el debate financiero. Voto de confianza...
> La libra sube a 197 francos.
> La libra sube a 200 francos...
> Herriot se encarga de formar un nuevo ministerio...La Cámara vota un reglamento para discutir rápidamente los asuntos de urgencia extrema.
> La libra sube a 240 francos.

[139] *Ibid.*, t. II, pp. 10 y ss.
[140] "Inculpabilidad de las izquierdas", *ibid.*, t. I, p. 22.

...Poincaré reúne un ministerio de unión nacional...
...La libra baja.
...La libra vuelve a subir a 200 francos.
Poincaré prepara su declaración ministerial.
La libra está a 190... [etc.][141]

¿Cómo puede este buen amigo burlarse de la desdichada Francia? La razón es que Reyes no cree que la situación sea tan dramática: nuestro país es un poco "El enfermo imaginario". El Tesoro todavía puede equilibrar su presupuesto, la situación es "soportable", privilegiada incluso en relación con la de otros países europeos. El Banco de Francia posee algo más de oro que el Banco de Inglaterra. Simplemente, el público francés no está bien informado. La mala voluntad de los compatriotas franceses contra el fisco basta para que fracase todo plan de conjunto. La gente ve las cosas apasionadamente, carece de serenidad en los momentos de crisis. Francia no está madura para un régimen socialista, concluye Reyes, ni siquiera "racional".[142] Imposible hacer que los franceses admitan una deducción sobre el capital, remedio honesto que se aplicó en Gran Bretaña y que sanearía de una vez las finanzas. Pero, ante esta eventualidad, el país enloquece y hay fuga de capitales. Esta falta de educación económica, estos prejuicios han llegado a ser casi cómicos porque, si bien los franceses detestan la idea de una sangría de 1/5 en su haber, aceptan una devaluación de 20%, lo cual es, no obstante, estrictamente equivalente.

Reyes consideró con particular atención la extrema izquierda francesa, cuyos equivalentes mexicanos estaban organizando contra él una ruidosa campaña. Reyes leía con regularidad sus publicaciones y estudiaba los programas y manifiestos de los sindicatos que se inspiraban en sus doctrinas. Hemos visto que el ministro de México era uno de los pocos que respondían a las invitaciones de la embajada soviética en París. Asistió a la inauguración del pabellón ruso en la Exposición de Artes Decorativas y, en aquella ocasión, observó una escena que le pareció que marcaba un giro decisivo en la historia de la diplomacia y tal vez en el derrotero del mundo. El ministro que acompañaba al embajador Krassine en aquella ceremonia era Anatole de Monzie, uno de los artífices del acercamiento franco-ruso y del reconocimiento del régimen de los soviets por Francia. A pesar de esta evidente simpatía por la URSS, en su alocución, entre un raudal de amabilidades, De Monzie profirió palabras rayanas incluso en la desconfianza y en la amenaza de represalias contra la propaganda soviética en Francia.[143] Esto no impidió que de inmediato vi-

[141] *Ibid.*, t. V, p. 15.
[142] *Ibid.*, p. 25.
[143] *Ibid.*, t. II, p. 20.

sitara tranquilamente el pabellón ruso al lado del Krassine y que departiera con él. Al respecto, Reyes no pronuncia el término prematuro de "coexistencia". No obstante, estuvo consciente de que asistía a un hecho inaudito: los representantes de dos órdenes antagonistas que, habiéndose manifestado su desconfianza, "mantenían... las apariencias y los símbolos de la concordia internacional". En otros tiempos, las reticencias que emitió De Monzie habrían sido consideradas "altamente descorteses, impolíticas y hasta, dice Reyes, habrían provocado una ruptura inmediata".

Reyes no comprendía bien este temor exagerado por el régimen ruso que tenían los franceses, incluidos los políticos de izquierda. Se detiene a analizar ese curioso terror con el que saben jugar los gobiernos para desviar la atención pública de otros problemas más reales.[144] Corría el rumor de que una combativa red de propaganda rusa se difundía por todo el territorio con objeto de suscitar huelgas y desórdenes. ¿Se trataba de otra forma de la "espionitis" que había hecho estragos en Francia desde 1914? Sin duda. El bolchevismo recordaría durante mucho tiempo al francés medio "la traición militar de Rusia durante la guerra y el asesinato del zar y su familia... y ya conocemos esa popularidad un poco boba de la que gozan las cabezas coronadas en los Estados extranjeros". Además, antes de la guerra, muchos franceses habían invertido sus ahorros en la compra de bonos públicos rusos y lanzaban sus quejas sobre el nuevo gobierno soviético, muy injustamente por otra parte, porque los revolucionarios rusos no habían dejado de manifestar antes de 1914 su hostilidad a estos préstamos y los socialistas franceses habían tenido la misma actitud respecto a estas operaciones. Todos estos rencores se traducían en innumerables mezquindades. Don Alfonso se lamentaba de que se dejase aparte a los diplomáticos rusos en los rincones de los salones del Elíseo durante las recepciones oficiales. Es cierto que ellos mismos se aislaban al hablar en ruso. En París se trataba de crear un ambiente de antipatía en torno al embajador Krassine y todos los días se podían encontrar en los periódicos burlas en torno a él, una crítica a su auto, a sus salidas. Lo llamaban "AristoKrassine" y se le pedían cuentas de todos sus movimientos. Algunos incidentes graves habían demostrado que los comunistas franceses estaban armados y eran disciplinados. Lo que inquietaba no era tanto el desorden que el comunismo podía representar para la sociedad tradicional como el propio orden en el que marchaban de cuando en cuando sus pelotones.[145] No era seguro que el Partido Comunista pudiera contarse entre los partidos de izquierda,[146] pero Reyes había visto en varias ocasiones cómo los diputados comunistas habían sido

[144] "Miedo al comunismo", *ibid.*, t. II, p. 58.
[145] *Ibid.*, t. II, p. 10.
[146] *Ibid.*, t. I, p. 46.

expulsados *manu militari* de la Cámara y sus protestas o peticiones omitidas en las actas de las sesiones. Otro de los errores franceses que repercutían en las relaciones franco-rusas había sido desestimar por completo a los soviets cuando se firmó el Tratado de Versalles, política miope, injusta, y que no tenía en cuenta para nada los muertos y las pérdidas de Rusia entre 1914 y 1917. A pesar de su escepticismo personal en lo que concernía a los regímenes comunistas, don Alfonso hubiera deseado encontrar en los franceses más justicia y reflexión al respecto. El principal reproche que dirige a los comunistas está en relación con su internacionalismo. Critica vivamente y en varias ocasiones su sumisión a las órdenes de Moscú. Y algunos dirigentes rusos tenían la deplorable costumbre de hacer demasiadas declaraciones.[147] Zinoviev había repetido la torpeza cometida hacia el gobierno de Calles clamando demasiado alto la obediencia de los comunistas franceses a la URSS. También se podían observar algunas faltas de cortesía en las maneras diplomáticas de los soviéticos.[148] Pero era un pecado venial comparado con el grave error político en el que se obstinaban al negarse a reconocer las deudas de los bonos públicos rusos de las que —Reyes insiste— no eran responsables. Sin embargo —y el consejo estaba dirigido también al gobierno de Calles que tenía que definirse en relación con el pasivo que había dejado Carranza—, "un gobierno digno de este nombre no tiene más opción que reconocer las deudas de los regímenes que lo han precedido".

Reyes tiene muy poca simpatía por los "centristas", a los que juzga ambiguos, con ideas de izquierda pero partidarios en realidad de una política de derecha porque es a la que están vinculados sus intereses. Confiesa que no comprende del todo a los demócratas populares, "no confesionales aunque católicos... laicos pese a que no consienten en la doctrina del Estado laico". Le parece que aquellos que hacen suyas las instigaciones de "León XIII, los Lamy, De Mun, Piou y Marc Sangnier" quieren "trepar ellos mismos al carro del triunfo".[149] Obviamente, en la época de las peores dificultades religiosas en México, Reyes está atento a las reacciones de la Iglesia de Francia. Los curas franceses también rebasan a veces sus prerrogativas. Algunos predicadores, desde el púlpito, han aconsejado comprar la última emisión de bonos.[150] Es fácil adivinar que las preferencias de don Alfonso son por los partidos de izquierda no marxistas, por el partido radical-socialista, cuyo programa de reformas

[147] Véase en el t. II, p. 18, el relato minuicioso del famoso discurso de Voline, primer secretario de la embajada soviética en París, a raíz del cual Francia había pedido y obtenido la revocación de este diplomático.

[148] Rusia llegó incluso a publicar notas diplomáticas franco-rusas sin haber solicitado el acuerdo previo del Quai d'Orsay. *Cf. Crónica de Francia*, t. V, p. 76.

[149] *Ibid.*, t. I, p. 54.

[150] *Ibid.*, t. III, p. 13.

lidades, las ideas y las cosas recibirán "el bautismo francés" que las torna simpáticas y accesibles a todos los pueblos del mundo.[155]

Un estudio particular, que Reyes firmó en febrero de 1927, sobre las condiciones de la inmigración en Francia no llegó a formar parte de la *Crónica de Francia* sino que fue objeto, veinte años después, de otra edición en la misma colección.[156] Las pérdidas debidas a la guerra, la baja natalidad, ineluctable en una sociedad refinada, colocan a Francia en la necesidad de apelar a numerosos trabajadores extranjeros, situación nueva en su historia y contraria a su psicología. "Pero el objetivo político de esta inmigración, dice Reyes, no era únicamente suplir la falta de mano de obra..., era también mantener el nivel numérico de la población y el equilibrio, considerado entonces indispensable, entre las masas rurales y las masas urbanas, es decir, su trascendental importancia." ¿Qué leyes había en Francia que permitieran a los que llegaban vivir en la comunidad francesa e integrarse a ella, qué nuevas medidas se previeron al respecto? Informaciones que don Alfonso juzgaba interesantes en grado sumo para los países de repoblación como las repúblicas latinoamericanas y, en particular, el extenso México. De hecho, a lo largo de este estudio, el pensamiento del autor va y viene entre Francia y su país, donde las leyes que normaban la inmigración salían continuamente a colación en aquella actualidad dramática: existencia de escuelas extranjeras, impuestos a los extranjeros, derechos de propiedad o asociaciones que les estaban permitidas, etcétera.[157]

Antes de redactar lo que él llama "esta síntesis superficial", Reyes, con su seriedad habitual, se había documentado con algunos políticos franceses, como el sabio Paul Painlevé, y había consultado estadísticas, varias obras generales sobre la inmigración, las convenciones de la OIT de Ginebra y, naturalmente, las leyes y las diferentes constituciones francesas. Por ejemplo, para definir la noción de "nacionalidad francesa", evoca el *jus soli* del Antiguo Régimen, por el que se concedía la nacionalidad del lugar de nacimiento y no se tenía en cuenta el *jus sanguinis*, es decir, la nacionalidad del padre. Después estudia las sucesivas modificaciones que aportaron a este sistema la Constitución de 1791, la del Año VIII, y más tarde las leyes del 3 de diciembre de 1849, de 1867, del 26 de junio de 1888, de 1889 y, finalmente, la del 5 de agosto de 1909, la

[155] "Nadie trabaja para todo el mundo más que el pensamiento francés; en ninguna parte como aquí se da a las ideas o a las cosas ese bautismo que las hace simpáticas y accesibles a todos los pueblos." *Ibid.*, p. 27.

[156] *La inmigración en Francia* (1927), Colección Archivo de Alfonso Reyes, Serie D (Instrumentos), núm. 2, México, 1947, 34 pp.

[157] "...estas consideraciones me vienen al espíritu espontáneamente, porque no puedo prescindir del punto de vista mexicano, o de la inquietud mexicana, al reflexionar sobre la política francesa y sus problemas." *La inmigración en Francia*, p. 11.

última hasta entonces.[158] Su conciencia de historiador y de jurista se ve constantemente detenida por "el laberinto de decretos... muchas veces inspirados por intenciones contradictorias" con los que Francia ha respondido a estos problemas a lo largo de su historia. Las medidas que se habían adoptado recientemente o habían quedado en proyecto ya no eran congruentes: Reyes deja traslucir una decepción y quizá un consuelo. "Todo ello demuestra la incertidumbre de la política francesa en este terreno, lo cual es una historia edificante para los pueblos jóvenes"; ¿reprocha a México, al ver el trabajo de reorganización fundamental al que se entrega el país después de la revolución, que sea presa de contradicciones internas y que ignore las reglas internacionales?[159]

La propia Francia, al convertirse en un país de inmigración, siente que tiene que revisar el conjunto de su legislación sobre estas cuestiones, pues "estamos en la época de la política consciente", y este breve tratado nos ofrece, más que ningún otro, las ideas de Reyes sobre la tecnocracia política y sus límites. Debido a la importancia numérica de las sociedades que organiza y de la complejidad que alcanzan sus problemas, el mundo moderno exige que lo dirijan economistas competentes. También "la inmigración espontánea y libre constituye un verdadero peligro... Tiene que ser: 1°, científica; 2°, prevista; 3°, colectiva, aun cuando sus disposiciones pongan freno a la libertad individual, lo cual Reyes no deja de observar sin descontento. Pero aunque reconozca la necesidad de un control y de una organización, Reyes no es exactamente discípulo de Saint-Simon ni de Comte, como sí lo fueron los "científicos", sus compatriotas, en las generaciones precedentes. Para él existen los sentimientos de solidaridad humana y la moral "en la que toda buena política se debe inspirar".[160]

*La inmigración en Francia* fue también para don Alfonso un medio indirecto a través del cual expresó con mayor libertad su opinión sobre diversas cuestiones mexicanas: la asimilación de minorías étnicas cuyas actividades propias en el seno del país son funestas para la unidad de éste. Un caso es la colonia española en México; es de interés primordial, por tanto, dirigirla hacia escuelas mexicanas y ya no esencialmente españolas, como lo son todavía demasiadas instituciones de enseñanza. Por otra parte, Reyes opina que el país que recibe a los inmigrantes tiene el derecho, e incluso el deber, de escoger entre las nacionalidades y las razas que se van a instalar en su suelo. Reyes, pensador mexicano, es muy sensible a las dificultades del mestizaje. Aprovecha la oportunidad para dar a conocer su escepticismo y hasta su hostilidad por las tendencias en boga

[158] *Ibid.*, p. 23.
[159] *Ibid.*, p. 14.
[160] "También entran, por cierto, en juego, los sentimientos de la solidaridad humana. Toda buena política debe recoger las inspiraciones de la buena moral." *Ibid.*, p. 8.

en el gobierno mexicano en favor del indigenismo y con base en las cuales se proyecta acoger la mano de obra amarilla bajo el romántico pretexto de lejanas comunidades étnicas. "Pero los orientales sólo cuentan en el mundo de hoy en la medida en que han logrado 'desorientalizarse'; ¿se espera combatir el semisueño de aquel u otro autóctono mexicano cruzándolo con el mismo entorpecimiento? Al pulque y a la melancolía —en el caso en que no fuera suficiente— se van a agregar el opio y el nirvana." En varias ocasiones este texto encierra observaciones, nuevas en sus escritos, sobre la psicología del indígena —su inactividad, su desinterés por el bienestar terrestre—, así como testimonios de sus lecturas, reflexiones a las que lo llevaba quizás la difusión de las ideas indigenistas.[161] Mejor sería que México acogiese la mano de obra alemana, aun cuando los más fervientes partidarios de esta solución la defendiesen únicamente por hostilidad a Francia, a la que no amaban porque no la conocían bien. Reyes entrevé con desconfianza la inmigración de italianos porque conoce los problemas que ha implicado para Argentina. A pesar de las reservas que existan respecto a lo que esta nación haya cambiado indudablemente a través de los siglos, lo que el autor desea con más fervor para México es una llegada de españoles, ya que el cruce de indígenas con este pueblo ha dado sus pruebas históricas. Sabemos los defectos pero también los efectos benéficos de este mestizaje, "que ha producido repúblicas capaces de una vida autónoma y civilizada".

Convencido del interés que implica una interpretación "perspectivista" de la historia, Reyes reubica por último la inmigración trazando un vasto panorama de los desplazamientos de los grupos humanos. Es la continuación de aquellos nomadismos místicos, como el que impulsó a los mexicas hacia el altiplano del Anáhuac, de otras migraciones debidas a motivos económicos, de la constitución de los grandes imperios, el de Roma, más tarde el de España, al que a Reyes siempre le gusta acercarse. Cada época confiere a este fenómeno su propio carácter. En nuestra era moderna, el Estado receptor ya no es el invadido; es él el que solicita, por el contrario, la venida de inmigrantes y el que debe tratar de organizarlos "científicamente". El esfuerzo es "colosal, lleno de una inquietud patética". Francia y los demás países han de saber que abordan "el problema, algo inquietante, de la salvaguarda de su persistencia en el mundo".

## Partida de París

Ante el endurecimiento irreversible a partir de entonces del gobierno mexicano en materia religiosa, reinaba un fuerte malestar en los círculos ca-

[161] "...la necesidad, por otra parte, de robustecer en el indio los estímulos de la vida activa y el apego al bienestar terreno..." *Ibid.*, p. 9.

tólicos y en el ejército, donde la influencia de la tradición seguía siendo profunda. Las discusiones entre los hombres en el poder se volvían cotidianas y a París llegó el rumor de la próxima dimisión del ministro de Economía, Alberto Pani. A fines de septiembre de 1926, Reyes recibió al mismo tiempo la orden de pedir el beneplácito de Alberto Pani para la legación de París y la noticia de que él había sido nombrado para el puesto en Madrid. Enrique González Martínez, en efecto, debía dejar este puesto por la legación que se acababa de crear en Suiza. Por "pundonor", Alfonso se apresuró a "quemar sus naves" y obtuvo por teléfono el acuerdo del gobierno francés sin esperar siquiera la anuencia de González Martínez. Además éste puso mala cara ante su traslado a Berna, un puesto nuevo y sin tradición. No obstante, la posibilidad de observar de cerca la Sociedad de Naciones hacía de este lugar un puesto diplomático con valor indiscutible. Pero ante estas dificultades, para no "apenar a su viejo maestro y amigo" y a pesar de la inmensa alegría que sentía ante la idea de reencontrar a su tan querida España, Reyes pidió a Genaro Estrada que dejara a Enrique González Martínez en su puesto madrileño. Esta contrariedad se agregaba a la pena que sentía de dejar París y a la humillación de saber que sólo había cumplido la función de ministro en Francia en el ínterin de Alberto Pani. ¡Qué herida a su amor propio se adivina entre las líneas del *Diario* ante los tratos favorables con que los regímenes sucesivos habían colmado a Pani! Desde que fue nombrado por primera vez para la legación de París, se había puesto a su disposición una limusina espléndida en su honor. Ahora, en vista de su inminente regreso, llegó una suma superior a los cien mil dólares destinada a la adquisición de una vivienda para el nuevo ministro. Los periódicos no tardaron en anunciar que México había comprado la antigua villa de la duquesa de Luynes, en el número 20 de la avenida del Presidente Wilson, para vivienda del ministro de México y algunos servicios del consulado.[162]

Pero por entonces ocurrió el lance imprevisto del retorno a la vida política de Álvaro Obregón, quien anunció oficialmente su candidatura a la presidencia. El 20 de octubre se modificó la Constitución para que se permitiera su reelección. Ante este hecho, Alberto Pani, muy vinculado a Obregón, se sosegó y decidió permanecer en México en el ministerio de Economía. Reyes se dispuso a esperar de nuevo en París y el Ministerio de Asuntos Exteriores francés no ocultó su satisfacción de "conservar a Reyes todavía por algún tiempo". Él soñaba entonces con

[162] En los círculos hispanistas franceses, algunos más tarde subrayaron "la inmensa fortuna que él [Pani] debía a su carrera... y la villa principesca [adquirida] para establecer la legación de un país socialista", *Revue de l'Amérique Latine*, julio de 1931; artículo probablemente redactado por E. Martinenche, tal vez en recuerdo de alguna punzante reflexión de Reyes.

ir de inmediato a Suiza para preparar la entrada de México en la Sociedad de Naciones y también con una estancia posterior en Italia, "para convertirse verdaderamente en un especialista en los países latinos de Europa". ¿O tal vez podría permanecer en París, incluso si seguía vigente el nombramiento de Pani a la legación del bulevar Haussman, como consejero especial con jurisdicción sobre Suiza? En el bosquejo de estas diferentes hipótesis, Reyes vivió en una alarma continua. Cada mañana temblaba ante la idea de las noticias telegráficas que tal vez lo esperaban en la legación.

A comienzos de 1927, parecía que Calles había ganado la partida en el terreno religioso. Con esta ilusión de la victoria frente a la Iglesia, el presidente, siempre más teórico que oportunista, pensó que podía hacer que México franqueara un paso más en el camino de la independencia económica. Dio una nueva interpretación del famoso artículo 27 de la Constitución que reglamentaba las propiedades de los extranjeros y cuya oscura redacción daba lugar a diversas interpretaciones. A partir de entonces la legislación aplicable a los territorios de la zona fronteriza se extendió a todo el país. Las consecuencias para Francia eran enormes. Los franceses perdían mucho. Ante la incoherencia y la torpeza de estas decisiones, en las que el sentido político de Alberto Pani vio todo el peligro que implicaban —significaban ganar para la causa norteamericana a todos los Estados que tenían intereses en México—, se enconaron las discusiones en el seno del gobierno mexicano. El presidente Calles acababa de eliminar de un plumazo la amistad franco-mexicana que Aristide Briand y Alfonso Reyes habían tratado de alentar a través del conflicto religioso y pese a él.

El 29 de febrero, Alberto Pani abandonó el Ministerio de Economía y partió a los Estados Unidos. Esta partida causó una molesta impresión en el mundo francés de los negocios, aun cuando el sucesor de Pani fuera uno de sus amigos, muy francófilo, Montes de Oca. El 8 de febrero, Relaciones Exteriores anunciaba a Reyes que su sucesor Alberto Pani estaría en París a fines de mes. Se le invitaba a que suspendiera los preparativos para su ida a España y se dispusiera a regresar a México, en espera de su nombramiento a Buenos Aires.

En 1926 se había difundido el rumor en los medios literarios y latinoamericanos de París de que Reyes iba a ser sustituido próximamente, rumor que después había sido desmentido. Cuando se anunció oficialmente que don Alfonso tenía que abandonar Francia, su partida ya era próxima y entró en un torbellino de adioses oficiales y amistosos, en una serie de desayunos, de banquetes, de recepciones, de tés y chocolates de los que su *Diario* y los artículos que se publicaron en la prensa francesa pueden darnos una idea. Recibe también saludos de sus amigos de Madrid, decepcionados porque había tenido que diferir su regreso a España. Muchas de estas cartas españolas eran "manifiestos políticos", favora-

bles a la tendencia en el poder en México y en relación con las reuniones que los socialistas españoles habían organizado en torno a la legación de México en Madrid para expresar su adhesión a la política religiosa y social del presidente Calles. En París, los testimonios de amistad estaban dirigidos sobre todo al escritor, a excepción de los formalismos habituales a raíz de la partida de cualquier ministro. El 12 de marzo, Reyes se entera de que ha sido nombrado comendador de la Legión de Honor y esta dignidad, en la que se reunía con su padre, le es particularmente grata. Relaciones Exteriores de México, según su costumbre, no le había anunciado su próximo destino, de manera que el gobierno francés, al enterarse de una partida tan rápida y conociendo los métodos autoritarios del presidente Calles y el "callismo", cierto pero mesurado de don Alfonso, al principio creyó que había caído en desgracia. Cuando don Alfonso se despidió del presidente Doumergue, éste le habló de arqueología ("como siempre") y exaltó los méritos de la paciencia.[163]

El 16 de marzo, Reyes entregó la legación a Alberto Pani e inició los preparativos del viaje. Encontró el tiempo —desempeño de un espíritu equilibrado—, a pesar de tener que llenar veintidós cajas de libros y papeles, para consagrarse a la ardua labor del erudito y corregir las pruebas de sus *Cuestiones gongorinas*. Era normal que el ministro de la República Argentina en París, Álvarez de Toledo, celebrara su nombramiento en Buenos Aires. El *Paris-Times* del 15 de marzo publicó una reseña de esta elegante reunión de una veintena de personas, pertenecientes en su mayoría a la rica sociedad porteña y a las que don Alfonso estaba llamado a conocer en su nueva misión. El sábado 18 de marzo, el ministro de México y la señora Reyes ofrecieron una recepción, de 5 a 7, en la Association Paris-Amérique Latine, en el bulevar de la Madeleine. Mil invitados acudieron a esta lucida reunión en la que entre los bailes se intercambiaron adioses emocionados.

Tal como había hecho para desearle la bienvenida, el profesor Martinenche se dedicó a organizar el banquete de despedida que la *Revue de l'Amérique Latine* se disponía a ofrecer a Reyes. Esta cena de doscientos cubiertos, en los grandes salones del Cercle Paris-Amérique Latine, estuvo presidida por Anatole de Monzie. La intervención amistosa de Mathilde Pomès había allanado las dificultades que pudieran subsistir entre el ministro y Reyes. Llegaron adhesiones del mundo entero, por supuesto de España, pero también de Buenos Aires y de Bogotá. Paul Fort envió el recuerdo de los poetas de Francia. Hubo numerosos e importantes discursos, el de Gabriela Mistral, espléndido, "que venía a la vez de una Musa y de una hermana", el de Anatole de Monzie, extraordinario, sobre el trabajo que pueden llevar a cabo los escritores en la diplomacia

[163] *Diario*, pp. 182 y 183.

internacional; hablaron también el marqués de Peralta en nombre del cuerpo diplomático, André Honnorat por los amigos franceses de México y, por último, el "maestro Martinenche", siempre tan encantador. Reunión suntuosa y cálida que evidentemente recordaba a todos el banquete del Carlton en 1925, pero que, no obstante, estaba cubierta en esta ocasión por la melancolía de la partida. Los asistentes, dispuestos en torno a numerosas mesas, eran prueba de las amistades que Alfonso Reyes había sabido granjearse en París. Se podía ver a serios diplomáticos, a hombres de letras franceses y americanos de todas las nacionalidades, jóvenes artistas, hombres célebres y bellas mujeres, al Quai d'Orsay y al Luxembourg así como al bulevar Montparnasse, la Plaine Monceau y el Barrio Latino. Feliz entretenimiento, se anunció un poema recitado por el "vizconde" de Lascano-Tegui. Era, según Jean Cassou, "un simpático *montparno* que vivía la vida de Montparnasse con un matiz que era más bien propio de la vida de los cafés madrileños. No era vizconde para nada, pero había adoptado este título como Ducasse se había hecho conde. Escribía fantasías bastante chuscas de un género intermedio entre el surrealismo y Ramón. Había publicado un libro en este estilo con el título *De la elegancia mientras se duerme*". Los versos en español que aquella noche leyó decían a Reyes, con humor y no sin delicadeza, el afecto que sentían por él sus amigos los artistas. Fingía dirigirse al poeta, no al embajador, tan diferentes uno del otro que podían ser el tío, ministro respetable, de un joven sobrino que frecuentaba a las Musas "con ojos de Van Dongen", los cabarets, los pintores melenudos, y "prefería seguir la línea sinuosa de un modelo bailando el tango que la del señor de Fouquières o la de los acuerdos de Locarno".[164] La respuesta de Reyes, que fue publicada en la revista *Amérique Latine* en su número del 1° de abril, casi enteramente dedicado a la evolución de México, es una de las me-

[164] "Señoras y señores: Los artistas del barrio de Montparnasse, que tienen el pelo demasiado largo y que, careciendo de smoking, no pueden atravesar el Sena a nado, me han pedido que interprete ante nuestro querido Alfonso Reyes su afectuosa despedida, la cual confío a los versos que voy a decirles: ...Muy probable es también que su tío lo viera / en esas noches tibias de París / al lado de una musa / con ojos de Van Dongen, vestida por Jenny.. / Tal vez se haya sabido que, olvidando la mesa / familiar de su tío embajador, / prefería cenar en una mala fonda / con varios melenudos, para hablar del color / en las telas inmensas de Diego Rivera... / Tal vez el tío ese, en su puesto imponente / se haya enterado en más de una ocasión / que su sobrino prefería seguir la linea / sinuosa de un modelo 'en dansant le tango', / que la línea del chaqué de Monsieur de Fouquières / o 'la politique de Locarno', / y que ignorando los libros oficiales / compraba junto al Sena los libros de ocasión. / ...Nosotros, los que somos amigos del sobrino, / despidiéndonos del tío, con toda gravedad, / podemos repetirle sin ambages / cuánto lo quisimos... / ...Nosotros, los que tanto queremos al sobrino / y que a su lado supimos soñar... / ...hacemos hoy los votos íntimos y sinceros / porque, tarde o temprano, vuelva a esta ciudad..." "Despedida a Reyes". Reyes reprodujo el poema entero en *Cortesía*, p. 75.

jores páginas del escritor, si bien muy melancólica. En un francés perfecto y directo, cuya emoción abreviaba tal vez demasiado las frases, el discurso comienza en un tono jocoso y va adquiriendo en cada frase mayor profundidad. El orador evoca al comienzo la fiesta magnífica de 1925, cuyo esplendor y cordialidad eran inolvidables. La actual reunión suavizaba "el pesar de la partida, pues no es gozoso abandonar Francia". Después se detuvo en cada uno de sus amigos preferidos, a los que veía muy perturbados a su alrededor. Dirigió al profesor Martinenche el famoso cumplido de Unamuno sobre "la inteligencia, parte integrante de la bondad". Gonzalo Zaldumbide le había aportado una amistad "como un perfume o un vino precioso". Francisco García Calderón le había dado el ejemplo de su energía serena y de su excelencia en todos los órdenes del pensamiento y de la conducta. Jules Supervielle, presencia afectuosa, poeta "poderoso", de fuerza tan simple y poesía como el agua o la sangre que circula con facilidad. Al hacer alusión a las dificultades políticas que habían rodeado su misión en París, habla de la ayuda moral que le habían dispensado sus amigos. Sus frases eran también de gratitud por el apoyo diplomático eficaz que el gobierno francés acababa de dar a la política mexicana de los últimos meses: "La simpatía de los franceses por los esfuerzos y los dolores del pueblo mexicano se ha puesto de manifiesto en múltiples ocasiones. Ha sido precisa y oportuna. Es inapreciable. Significa —para nosotros los mexicanos— que una nueva era se está abriendo", una era de amistad entre Francia y aquel México moderno que daba a luz su historia entre "arrebatos de alegría", y que poco a poco se iba sintiendo "capaz de vivir por él mismo"; alegría intensa que no le impedía escuchar "el intenso dolor de su historia, ese grito de desamparo que, surgido de las entrañas mismas de la raza, recorre los siglos y asciende hasta nosotros". Cierto es que la laboriosa redención será larga: "Hay que sufrir para que otros sean más felices". Los mexicanos de la generación de Reyes habían aceptado este desafío del destino. Una imperceptible decepción se desprende quizás de este balance de dos años de "callismo": "Nada ha cambiado, sin embargo, desde entonces; nada esencial al menos... Grandeza y servidumbre de la Carrera". Esta provisionalidad, este cambio perpetuo eran para algunos una incitación a la frivolidad, pero la natural melancolía de don Alfonso veía en él más bien una perfecta escuela del lamento. Reclamaba para sí el título de "parisién del mundo", pues cuando se ha respirado el aire de "la ciudad maravillosa" ya no se la deja nunca.

Los problemas religiosos que enfrentaba el gobierno mexicano habían impedido asistir a este banquete a algunos amigos de Reyes. Para no hacer hincapié en esas ausencias, la *Revue de l'Amérique Latine* no da la lista exacta de los participantes, como era su costumbre. Paul Valéry, imposibilitado de asistir, le hizo llegar un ejemplar dedicado de *La Jeune Parque*, recordatorio sutil, parecería, del deseo que había expre-

sado el poeta de que don Alfonso tradujera esta obra al español. Otro regalo, el poema "La tonada de la sierva enemiga", traducido al francés por Mathilde Pomès, se publicó en la *Revue de l'Amérique Latine* del 12 de abril.[165] Valery Larbaud residía por aquel entonces en su finca de Valbois, pero la partida de su amigo mexicano fue la oportunidad de intercambiar con él dos cartas importantes. Don Alfonso le expresó su gratitud por la hospitalidad recibida, su amistad por el autor de *Fermina Márquez* y su tristeza por tener que dejar París, donde quedaban "tantos afectos, tantos intereses intelectuales, tantos recuerdos agradables". Sólo a Larbaud revelaba un pensamiento que apenas comenzaba a formularse en él, el deseo de regresar a París, de instalarse, liberado de sus funciones oficiales, entre sus amigos.[166]

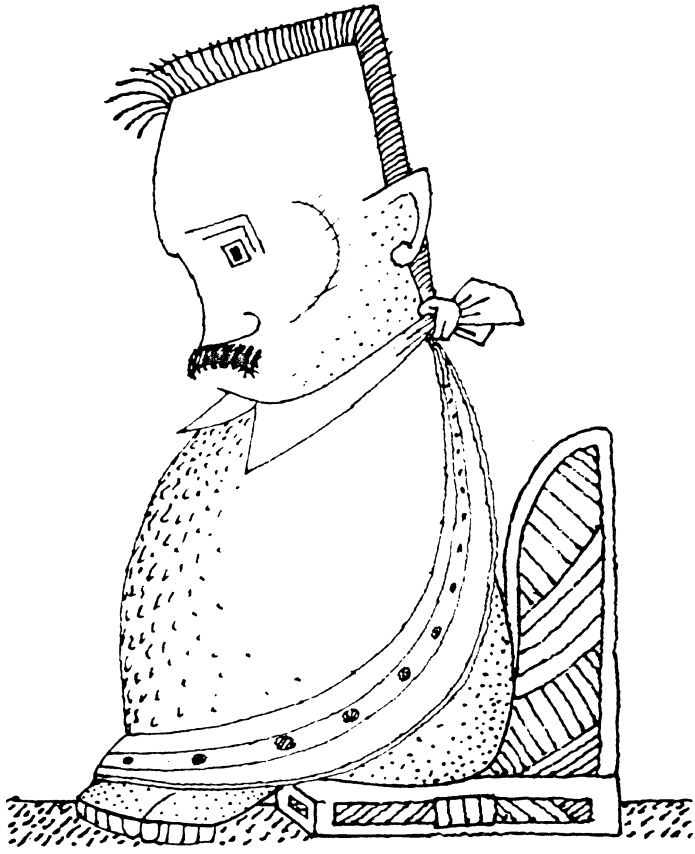
En la prensa francesa se publicaron algunos artículos amistosos para dar noticia de la partida de Reyes, en especial en el *Paris-Times*. El más importante fue el que publicó la *Revue de l'Amérique Latine* del 1° de abril, en el que se adivina la vehemente simpatía del profesor Martinenche. Sin todavía hacer alusión a la antipatía que le inspiraba "el magnate" Alberto Pani, se atrevió a decir que, entre los americanistas de París, la partida de don Alfonso daba "la impresión de un descenso de nuestra temperatura espiritual". Reyes aparecía entonces como "el lírico existente más excelso del Nuevo Mundo". Que se alejara de París era una pérdida para toda "la defensa latina", pues Reyes no sólo era un testimonio de su país en la capital sino de todo el continente latinoamericano. En pocas palabras, Ernest Martinenche describía con precisión el carácter de este mexicano, que sabía unir tan bien el espíritu de análisis y el genio de la síntesis. Con una sola mirada don Alfonso sabía captar el conjunto; poseía la profusión y el orden, virtudes con tanta frecuencia opuestas. Por último, la posición filosófica de Reyes se podía resumir en una feliz fórmula que parecía exacta, "una especie de panteísmo en el que el deseo de claridad no elimina nada de lo que ofrece la vida".

Valery Larbaud no pudo llegar a tiempo para despedir a don Alfonso, que dejó París el domingo 20 de marzo a las 8:37 desde la estación d'Orsay. La noche había resultado corta para los Reyes ya que sus amigos más cercanos, Palma Guillén y Gabriela Mistral, habían prolongado su última visita hasta muy tarde. Hacía un tiempo execrable. Una epidemia de gripe retuvo en cama a Jean Cassou y a algunos otros que hubieran querido abrazar a los viajeros en el andén. No obstante, muchos llegaron a participar de sus lamentos y de su afecto y los acompañaron hasta el vagón. El conde Déjean representaba al ministro de Asuntos Exteriores. El cónsul general de México en Francia, Arturo Pani, hermano del nuevo

[165] *O.C.* de Reyes, t. X, p. 67.
[166] Véase la *Correspondance Larbaud-Reyes*, p. 47.

ministro en Francia, estaba presente rodeado de todo el personal de la legación y del consulado de México. También había un grupo de escritores latinoamericanos y, en particular, Francisco y Ventura García Calderón así como Gabriela Mistral.

Alfonso Reyes y el consejero de la legación, Rosenzweig Díaz, que regresaba también a México, con sus familias, llegaron a Saint-Nazaire hacia las 5 de la tarde. El gobierno francés ordenó que los recibieran en el andén de la estación y los acompañaran a bordo de *L'Espagne*, donde el capitán y los altos funcionarios de la Compañía Transatlántica les dieron la bienvenida. Le ofrecieron flores a la señora Reyes y el subgobernador de Saint-Nazaire acudió también a la despedida. En el océano, casi hacía calor.



José Vasconcelos, en un dibujo de Toño Salazar.

## Conclusión

Como muy bien ha dicho Marcelle Auclair, "París y Alfonso Reyes no podían separarse sin pesar... Su simpatía por las letras francesas y por sus escritores, su cortesía profunda y sonriente parecían habérnoslo destinado..."[167] A Valery Larbaud, con una contención segura de que iba a ser comprendida, le escribió: "No puedo ocultarle que estoy triste".[168] A un amigo tan confidencial como Foulché-Delbosc, le habló incluso de "desastre" y su *Diario* nos dice cuánto sintió que se interrumpieran los estudios en Francia de su hijo. Estaba "dispuesto a ir a cualquier parte, una vez que debo dejar París...",[169] este París que él amaba "como una segunda patria... y donde conservaba tantos sólidos afectos". París, que parecía volverse más deseable a partir del instante en que él se alejaba, con nuevos encuentros, amistades más numerosas, el éxito diplomático que le sonreía, un auditorio en aumento entre los literatos franceses, los dirigentes, los periódicos. En la hora necesaria del balance, ¿el escritor y el diplomático podían extraer alguna satisfacción de los logros? ¿Hasta dónde había satisfecho una de sus primeras metas: consolidar y completar su conocimiento de Francia? Una vez alcanzado este conocimiento, ¿habían variado sus opiniones sobre Francia y sus habitantes? ¿Qué había aportado París a su espíritu y a su alma?

Esos veintiocho meses y algunos días constituían una estancia demasiado breve y, no obstante, extraordinariamente densa. Lascano-Tegui tenía mucha razón cuando le adjudicaba una doble vida en su divertida parábola "del tío y del sobrino", porque Reyes había sabido ser a la vez el ministro más serio del cuerpo diplomático francés y el invitado entusiasta de los artistas franceses, y Lascano-Tegui olvidaba al escritor de gran talento vinculado a las personalidades literarias francesas más exigentes. En su castellano sabroso y sólido, Gabriela Mistral hablaba incluso del don de ubicuidad de su amigo Alfonso, "nunca apresurado, enmedio de su legación, siempre muy atento, con sus lecturas cotidianas que le informan del mundo entero como pocos lo están, y su obra literaria que no sufre ningún retardo... Reyes es un artesano del día y de la noche".[170] Y no es que este periodo haya sido especialmente fecundo desde el punto de vista de su producción literaria. Durante su estancia en París, Reyes no escribió tanto como publicó: el quinto tomo de *Simpa-*

[167] Marcelle Auclair, "Alfonso Reyes", *Annales Politiques et Littéraires*, París, 30 de marzo de 1927.

[168] Carta del 10 de marzo de 1927. *Correspondance Larbaud-Reyes*, p. 46.

[169] "Estoy con el ánimo dispuesto a ir a cualquier parte, una vez que debo dejar París... ¡Adiós la educación de mi hijo, adiós mis trabajos de París!" *Diario*, pp. 149 y 181.

[170] Gabriela Mistral, "Alfonso Reyes, *Reloj de sol*", *Universitario*, París, abril de 1927; también en *Páginas sobre Reyes*, t. I, p. 118.

*tías y diferencias, Reloj de sol*, el mejor de la serie y el que fue objeto de una admiración más unánime; la fina y elegante edición de sus poemas de *Pausa*; las eruditas *Cuestiones gongorinas*. Tenía otros libros en proyecto: *Visión del Anáhuac* iba a salir traducido al francés en Gallimard y, probablemente, *El plano oblicuo*. Alfonso acariciaba también la idea de reunir en un próximo volumen las traducciones que varios amigos franceses habían hecho de sus versos. Llevaba con él varios poemas nuevos, no muchos —lamentándolo, sentía que la veta poética se iba acallando en él en favor de la prosa—, y un cierto número de ensayos que más tarde fueron reunidos en su mayoría en *Tren de ondas*. Le había faltado tiempo para escribir más, absorto como estaba en la vida de París y la urgencia de sus actividades profesionales.[171]

En el plano de la amistad, para él primordial, tenía razón para estar satisfecho. Estar lejos, en París, le había permitido hacer el balance de sus lazos españoles y mexicanos y distinguir entre todos a Enrique Díez-Canedo y a Genaro Estrada. En París se había ganado la simpatía de varios escritores franceses, Jules Supervielle y Valery Larbaud, Mathilde Pomès y Paul Valéry, Jean y Marcelle Prévost, Jean Cassou, Adrienne Monnier, Jules Romains y otros, y sus amistades no habían sido meramente superficiales ni simplemente literarias. Mejor que nunca, el París de 1926, rico en visitantes de todos los países del mundo, organismos internacionales, congresos, exposiciones, había desempeñado su tradicional papel de crisol y de encrucijada. Reyes había vuelto a ver o conocido por primera vez, en plena libertad, a un número excepcional de compatriotas, de españoles, de hispanoamericanos originarios de todas las repúblicas del Nuevo Mundo, y nos quedamos cortos en la lista citando sólo los nombres de Vasconcelos, Zárraga, Martín Luis Guzmán, Miguel Ángel Asturias, Manuel Ponce, Unamuno, Zaldumbide, Gabriela Mistral, los hermanos García Calderón, Arguedas, Toño Salazar, León Pacheco, etc. Todas estas personalidades reunidas en París en un clima afectuoso provocaban en don Alfonso un hermoso espejismo: la posibilidad de un acuerdo, de una unión mejor entre las repúblicas de América hispánica, el acceso, finalmente, a una "política" común y concertada.

Para fortalecer la amistad francomexicana, Reyes no se había contentado con los habituales intercambios de regalos, libros, medallas, porcelanas de Sèvres, animales y vegetales exóticos para el zoológico de Vincennes o para el Jardín Botánico, aun cuando no haya descuidado estas formas concretas de las relaciones. Mediante sus artículos, sus conferen-

[171] *Cf.* la carta que escribió a José María Franco Inojosa, el 10 de junio de 1929, para agradecerle su libro: "En mal momento puso usted su libro en mis manos; cuando embargado por preocupaciones ajenas a la literatura y lleno de cuidados públicos, yo me sentía sin el temple necesario..." Carta publicada con el título "Sobre Folklore", en *De viva voz*, *O.C.*, t. VIII, p. 55.

cias, sus conversaciones, sus regalos con frecuencia a título privado, había tratado de mejorar la idea que tenían los parisienses de su México. Había hecho que se admitiera a su país en las grandes manifestaciones comerciales francesas y había facilitado las relaciones entre banqueros e industriales franceses y mexicanos. La amistad franco-mexicana no había alcanzado todavía el coqueteo que se prolongaba desde la posguerra entre Francia y Argentina. En la colonia americana de París, los mexicanos no eran todavía, ni de lejos, tan numerosos, tan ricos, tan brillantes como los porteños. Pero gracias a la actividad de Reyes, se había dado un impulso. México había sido encarnado por él de modo extraordinario y Reyes dejaba tras él, a su partida, valiosos compatriotas como José María González de Mendoza y algunos otros. Su nombramiento en París había inaugurado la tradición que México iba a continuar, haciéndose representar en Francia por sus más grandes escritores. El joven diplomático y distinguido poeta del grupo Contemporáneos, Jaime Torres Bodet, con su pronta llegada a París se inscribía en esta línea. En reciprocidad, Reyes había tratado de dar a conocer la Francia de la posguerra a los lectores de América y al gobierno mexicano a través de sus artículos y de sus informes. Había velado celosamente en Francia por la reputación de México y de sus dirigentes y había trabajado incansablemente en ganar para la causa de México a los hombres justos y "de buena voluntad". Gracias a su dinámica autoridad, México estaba por fin dignamente representado en el seno de la colonia hispanoamericana de París. Al momento de su partida, Reyes era miembro de casi todos los comités directivos de las diferentes asociaciones latinoamericanas y vicepresidente de la más importante. No cabe duda de que, con un poco más de tiempo, hubiera estado a cargo de responsabilidades superiores, en un momento delicado de transición, en el que algunas "figuras de proa" envejecían y veían declinar su influencia, como Gómez Carrillo, en tanto que otras, ambiciosas —Armand Godoy—, ascendían con torpeza y demasiado rápido. La personalidad de Reyes, simpática, moderada, cortés y culta, introdujo también el sentimiento de un México de buena ley en algunos círculos diplomáticos —rusos, escandinavos, etc.—, que no tenían costumbre de frecuentar a los hispanoamericanos. A nivel oficial, también logró restablecer relaciones con varios Estados europeos e hizo todo lo que de él dependía para que México participara en los organismos que se habían creado en torno a la Sociedad de Naciones. Todos estos intentos tenían el mismo fin y tendían a sacar a México del largo aislamiento en el que a veces parecía complacerse.[172] Esta actividad diplomática y patriótica a menudo coronada por el éxito procuró a Reyes un verdadero placer. En París experimentó indudablemente una es-

[172] "Paradojas económicas", texto fechado en París, 1925, publicado en la *Revista de las Indias* de Bogotá en septiembre de 1939; recogido en *Norte y Sur*, *O.C.*, t. IX, p. 12.

pecie de ebriedad al contarse entre los que hacen la historia y que un día ven que se despliega "la marcha de todos los acontecimientos de la tierra en una hoja del periódico que para muchos es muda o jeroglífica, y que para nosotros ha cobrado ya el valor de los recuerdos y asociaciones personales, en lugares, en personas, en situaciones..."[173]

La estancia en París, paradójicamente, había permitido a Reyes situarse mejor frente a España. Veía con gran pesar cómo este país se separaba de su vocación mundial, que hubiera consistido en estar de frente a las repúblicas latinoamericanas y no en obstinarse en seguir las huellas de las demás naciones europeas que las desdeñaban.[174] España se desviaba de esta misión histórica, implicada en una política mediterránea por la similitud de su nuevo régimen con el fascismo italiano. Por otra parte, era mejor que un francófilo como Reyes no fuera en aquel momento a dirigir la legación mexicana en Madrid. Su presencia no hubiera corroborado la política de acercamiento con Alemania que acababa de suscribir Primo de Rivera con la firma de los acuerdos comerciales que instalaban a Krupp en España.

Su conocimiento de Francia se había enriquecido y matizado extraordinariamente. No tuvo todos los contactos que hubiera deseado con la provincia francesa, pero de su estancia en Lyon, de sus breves vacaciones en Chamonix o de su gira por el sur y el oeste, se llevaba consigo algunos panoramas, a modo de instantáneas fotográficas, antiguas calles de Bayona, el ayuntamiento de La Rochelle, "maravilla de arcadas y de pilares toscanos", que ocupaban un lugar en su "colección" de recuerdos junto a los mejores que España le había dejado. Había disfrutado de los alrededores de París. Poseía de la capital francesa una noción extensa, profunda, de sus perspectivas, de sus diferentes centros, de sus capas sociales, de sus aristócratas. La penetración que había alcanzado Reyes del mundo político francés era fina y la de los medios artísticos y literarios, admirable. Había ido conociendo poco a poco a todos los hombres que contaban en la época. Parecía que hubiese leído todo de la literatura moderna francesa y había profundizado en el estudio de los clásicos, en especial de Pascal, Montaigne y Rabelais. El folklore francés lo cautivó siempre y cada día le fascinaban más las menores sutilezas de la lengua francesa y sus modismos más intraducibles.

Contra toda expectativa, el surrealismo no había atraído a este espíritu apasionado por el misterio pero fiel a la actividad racional. La escritura automática nunca tuvo significado para él; incluso la propensión existente en la época de explicarlo todo mediante un subconsciente recién descubierto le irritaba. Los grandes escritores franceses contemporáneos fueron siempre en su opinión Claudel, Valéry y Saint-John Perse, a los

[173] "Adiós a los diplomáticos americanos", en *De viva voz*, *O.C.*, t. VIII, p. 154.
[174] Véase el *Diario*, p. 103.

que agregaba Proust, Cocteau, Supervielle y Jules Romains. El espíritu francés, con su dominio de la línea, sobrevivía en el estilo despojado de muchos artistas y en la intelectualidad depurada de André Gide. Entre los políticos franceses al único que consideraba digno de toda admiración era a Aristide Briand, y lo colocaba entre los grandes hombres de la historia. Él era "toda la riqueza intuitiva de la imaginación pasada por el filtro de la razón".

Incluso en la época del cartel, Reyes nunca había creído que Francia estuviera preparada para recibir a un gobierno de izquierda, todavía demasiado impulsivo para ejercer una dirección metódica. La guerra y una política mal llevada entre 1918 y 1924 iban a costar demasiado a Francia y a provocar la ruina irreversible de su moneda. Se planteaba ya a su espíritu atento la cuestión de la sobrevivencia del prestigio francés en el mundo. Es cierto que seguía habiendo razones para tener esperanza en Francia y, a los ojos de don Alfonso, ésta se concretaba en la aparición de un nuevo tipo de hombre entre los intelectuales, culto en lo que a Francia se refería, pero más abierto al exterior y a la geografía de lo que los franceses lo habían estado hasta entonces; con interés por otras formas de civilización sin estar concentrado únicamente en sí mismo. Así eran Valery Larbaud, Paul Morand, Saint-John Perse y, en menor grado, Paul Valéry; en otro terreno, los pioneros de la aviación francesa también representaban la esperanza. Algunos defectos franceses seguían siendo simpáticos, la facundia y el patriotismo algo ruidoso. Pero, en conjunto, sus desilusiones predominaban sobre sus entusiasmos. La aristocracia, los "nuevos ricos", la organización social, la legislación francesa, observados de cerca, perdían en gran medida el prestigio mítico de que gozaban en el extranjero. Decadencia, corrupción, vanidad, incoherencia y desorden eran los reproches que hacía don Alfonso a las razas antiguas y a las élites venidas a menos, coincidiendo en ello con la crítica despiadada del Ateneo de la Juventud. La irritabilidad de la opinión pública, innumerables huellas de mezquindad y de rutina, costumbres políticas no exentas de violencia eran otros tantos defectos en los que se asemejaban los grandes y los pequeños Estados, taras de la humanidad y no sólo de América, de México. Los placeres de París muy pronto aturdían; más que en ninguna otra parte, había que defender el propio tiempo, escoger a los amigos, las distracciones, la propia vida para no ir a la deriva.

En su deseo de ser objetivo, el biógrafo francés de Reyes no tiene por qué zozobrar en la humillación. París había aportado mucho a don Alfonso durante algunos meses, otros amigos y otros amores. Qué diferencia entre el recién llegado en 1924, intimidado por la capital y que prefería ir a pasar la Navidad a Roma, y el ministro rico en relaciones y experiencias, el hombre de mundo celebrado y rodeado, el amigo de Valéry, el compañero de todos los artistas que dejó Francia en 1927 para partir a Rio de la Plata. Reyes tenía el proyecto de publicar algunas notas que

escribió en París con el título de *Tren de ondas*, acompañadas de algunos fragmentos de Montaigne, epígrafes rápidos, recordados a través de un juego de palabras o de una similitud jocosa. Esta opción, según confesó él mismo, era un buen reflejo del espíritu en el que había vivido aquellos años; Madrid le había dado "para siempre, su confianza en la bondad humana". París había terminado de convencerlo de una filosofía de la indulgencia y de la compasión que iba a superponerse a su escepticismo fundamental. "Uno de nuestros deberes primordiales consiste en tratar de difundir en torno a nosotros una como dulzura de vivir."



Kiki de Montparnasse, por Toño Salazar.

# QUINTA PARTE

# EN AMÉRICA DEL SUR
# (1927-1938)

El viejo vapor L'*Espagne* condujo a don Alfonso y su familia a Veracruz el 7 de abril. Su estancia en México se prolongó hasta el 3 de junio. Reyes temía este regreso.[1] Encontró su país muy agitado e inquieto por la perspectiva de las próximas elecciones presidenciales.[2] La CROM se dedicaba a "crear artificialmente" problemas obreros.[3] El presidente Calles recibió al hombre que lo iba a representar en Buenos Aires, pero las únicas horas verdaderamente felices de esta estancia en México, y cuyo relato aclara un poco esas páginas de su *Diario*, fueron las de una cena de la legación francesa en casa de su amigo Périer. Éste había recibido una carta del conde Déjean, del Quai d'Orsay, en la que le decía que "la gestión de Reyes había sido perfecta en todos sus aspectos".

Muy ocupado por las entrevistas que tenía que llevar a cabo en Relaciones Exteriores para preparar su misión en Argentina y por algunos proyectos que retomaba con miras a comprar —a crédito— una casa en la que pudiera instalar su biblioteca, no obstante encontró el tiempo necesario para escribir a algunos amigos franceses e investigar por encargo de Valery Larbaud los pormenores necesarios para la fabricación de aquella serie de soldaditos de plomo que tenían que evocar hasta en los menores detalles de armamento y uniforme los grandes momentos de la conquista española. A la novelista Lucie Delaure-Mardrus, ya amiga de los caballos, y para hacer de ella "la más bella conquista de México", le hizo llegar fotografías de México y, en particular, de la gigantesca estatua ecuestre de Carlos IV que con una altura de 4.75 m es la segunda en el mundo por sus dimensiones, colada en un solo bloque de bronce por el escultor Tolsá y monumento familiar para los mexicanos colocado entonces en una encrucijada de la ciudad. Reyes le envió también documentos sobre la indumentaria y los estilos del charro, ese especialista mexicano de la equitación, ceñido en su hermoso traje engalanado con cordones de plata y aureolado con un gran sombrero bordado.[4]

El 3 de junio, Alfonso Reyes y su familia fueron despedidos en la estación por sus mejores amigos, entre ellos el ministro Périer, y tomaron

[1] Reyes debió de comunicarle sus preocupaciones a Foulché-Delbosc, quien le escribió el 17 de marzo de 1927: "Pienso que usted tendrá menos molestias de lo que se imagina, pero si la suerte le reserva momentos difíciles, no olvide las consoladoras cartas...", "Correspondencia Reyes-Foulché-Delbosc", *Ábside*, México, 1957, XXI-4, p. 478.

[2] *Diario*, pp. 187 y 191.

[3] *Diario, pp. 188 y 192.*

[4] *Cf.* "Lucía y los caballos", en *Tren de ondas*, *O.C.*, t. VIII, p. 358.

el tren de Monterrey con rumbo a la frontera y después a Nueva York. Allí pasaron tres días en los que vieron a amigos, casi todos ellos músicos o pintores mexicanos residentes en los Estados Unidos. Durante esta estancia, Reyes, recibió la confirmación de que la legación de México en Buenos Aires había sido ascendida al rango de embajada y que su nombramiento de embajador le llegaría antes del 9 de julio, fecha de la fiesta nacional argentina.

# XIII. A ORILLAS DEL RÍO DE LA PLATA

## El cuento "Los dos augures"

Francia había perdido desde la guerra el monopolio del transporte marítimo entre las dos Américas, pero por un cierto esnobismo las compañías norteamericanas seguían dando a sus unidades nombres franceses: el *Voltaire*, el *Vauban*... Este último, en el que se embarcaron en Nueva York Reyes y su familia, pertenecía a la Lamport & Company. Era un transatlántico bastante pequeño pero con nuevas comodidades. Casi todos los pasajeros eran "yanquis" y los deportes ocupaban un lugar de honor. Don Alfonso compartió y disfrutó las carreras, los partidos de golf o la piscina. La biblioteca se reducía al mínimo. No obstante, y mientras veía en el horizonte elevarse "nuevas estrellas", en este barco Reyes compuso una obra densa de diecisiete páginas que es, para los franceses amigos de los mexicanos que tratamos de comprender y analizar su mentalidad, de sumo interés.[1] "Los dos augures" es como el embrión, el punto de partida de una novela de análisis; el autor invoca a Henry James desde el principio. Los dos personajes principales son dos mexicanos residentes en Francia. Toda la obra está inmersa en la atmósfera de una tarde de primavera en París y Reyes deja deslizar con nostalgia sus últimas impresiones, todavía recientes, de la capital francesa, el piar alegre de los gorriones y esa luz de miel que colorea el cielo cuando uno cruza el río.[2] Pero esta obra de arte no es gratuita. Reyes no pierde de vista la causa mexicana. Atormentado, como Ortega y Gasset, su amigo, por las dificultades que encuentran las generaciones sucesivas de un país para comprenderse entre ellas y sobre todo después de rupturas tan radicales como

[1] Reyes no publicó "Los dos augures", observación sobre la vida de los mexicanos exiliados en Francia, ni en este país ni en México. Esperó cuatro años hasta que entregó estas páginas a la gran revista argentina *Sur* (núm. 3, invierno de 1931) y no fueron recopiladas en volumen hasta 1955, una vez pasado lo candente de su actualidad, en el tomo de cuentos titulado *Quince presencias* (1915-1954), México, colección literaria Obregón.

[2] "...entrad sin ruido y con ánimo conciliador y paciente hasta la salita con ventanas sobre el Luxemburgo donde los dos ausentes de México cambian sílabas y espirales de tabaco. Sean las cuatro de la tarde, hora ya madura y melificada; sea la primavera en París, gozosa de gorriones...Antes de media hora saldremos de aquí, y todavía disfrutaremos de la última luz de París, al cruzar el río."

la guerra en Europa o la revolución en México, no disimula que esa incomprensión puede ser de lo más peligrosa para la continuidad nacional. Escribe estas páginas con los más jóvenes en mente y para los mexicanos de París que tienen veinte años. A éstos les atrae "el hombre de acción" que crea la época y van a dejarse llevar por las profecías en boga sobre "el gran porvenir de América" —incluida América Latina—, optimismo que el autor no puede evitar considerar con algo de triste incredulidad. En este ambiente, ya no se comprenden las teorías sobre el mestizaje que han sido discutidas con pasión por los que los han precedido. Corresponde pues a la generación intermedia, la de Reyes, que tiene treinta y ocho años, ser "paciente y conciliadora", explicar a los más jóvenes, cuando todavía es tiempo, el alma de sus antepasados, a fin de que, llegado el momento, eslabones de la eterna cadena, sepan transmitir a "las manos frescas" de los que los sucederán todos los datos que constituyen la conciencia mexicana. La intención de Reyes es, y no lo oculta, didáctica y este cuento es de alguna manera "una novela ejemplar" mexicana. Pero los dos personajes están descritos a través de la vida que han llevado en Francia y la obra es de interés también para el historiador o el sociólogo francés, pues agrega algunas páginas, y de las más valiosas, a esta apasionante historia de la colonia hispanoamericana en París que está todavía por ser escrita pero de la que Valery Larbaud, con *Fermina Márquez*, trazó una brillante obertura.

Con habilidad consumada, Reyes hace una descripción exhaustiva de sus personajes mediante el empleo sucesivo de un tono moralista y del arte del retrato, poniéndolos también en situación de diálogo y logrando a veces escenas de comedia. A intervalos aparece el autor, quien no siempre oculta sus propios sentimientos frente a sus protagonistas. Es difícil escribir un nombre real al pie de estos retratos y es evidente que, conscientemente o no, Reyes puso mucho de él mismo en estos dos mexicanos, especialmente en ese Juan Antonio que, al menos físicamente, se le parece, por su tez clara y su relativa corpulencia. Ante su compañero jurista y experto en finanzas, cuyos conocimientos utilizaban los ricos patricios mexicanos exiliados en Europa sin llegar a aceptarlo del todo entre ellos, el lector piensa en Benjamín Barrios, quien había vivido esta situación que Reyes sabía que lo había hecho sufrir. Se puede ver a Rodolfo Reyes en este personaje que se convierte en alguien bastante convencional, hijo "de un padre que murió creyéndose ateo". Nieto de un hombre que se enriqueció con las transacciones audaces del círculo de Manuel González, ¿es también Juan Antonio un poco Ramón Fernández? Más vale pensar que Reyes hizo suyo el método que empleó Proust para pintar a sus aristócratas, sacando de uno un rasgo, de otro una expresión, un tic o una manía y construyendo con este conjunto una especie de retrato-robot en el que se puede reconocer toda una clase social, un personaje ideal que, sin haber vivido, es verdadero y más verdadero que lo real.

Para describir a la generación de mexicanos de cincuenta años, Reyes extrae dos tipos. Uno, Juan Antonio, de aspecto físico completamente europeo. Rico, más que mexicano es burgués. Se siente a sus anchas en un ambiente acomodado, cualquiera que sea el país. Los seres poco evolucionados como los indígenas, piensa, tienen necesidad de su entorno natural, sufren si se los saca de sus montañas. Pero él se siente "europeo". Es un puro "accidente geográfico" el que haya nacido en México, y en las viejas naciones como España o Francia se siente totalmente en casa. Es mestizo, pero el atavismo español domina su carácter. En su familia ha habido eruditos o intelectuales pero él los califica de "soñadores". Es de la raza de los pioneros y se siente cercano a aquellos de sus antepasados que en un cerrar de ojos amasaron una inmensa fortuna, lo arriesgaron todo en empresas peligrosas en las que a veces lo perdieron todo aunque lo recuperaron sin demora. No distingue, por supuesto, todo lo que de propiamente americano tiene la tendencia a la aventura. Hace varios años que vive desahogadamente en Europa, independientemente de las revoluciones que se suceden en su país. Cultiva la ciencia de la dicha y éste, junto con su tolerancia, es el único rasgo de su personalidad con el que Reyes simpatiza, pues en París, como hemos visto, es donde el propio don Alfonso aprendió a cultivar un cierto hedonismo. No sin alguna incoherencia, este temperamento de aventurero vive tranquilo "en el terreno firme de las evidencias": familia, educación, religión y respeto social. De París únicamente le gusta el distrito XVI, l'Étoile o el parque Monceau. Cuando habita en el Luxembourg, subre porque es un barrio "bohemio", hasta el punto de avergonzarse de dar su dirección.[3] No es artista y lo dice. Se expresa con fórmulas que, llegado el momento, él inventa. Con frecuencia son fórmulas falsas, dice Reyes, pero hay que reconocer que producen un cierto efecto en el interlocutor, de lo cual Juan Antonio está consciente y se enorgullece. Su sangre indígena se ha manifestado sobre todo en los amores, cuando se ha sentido atraído por una muchacha muy morena. Tiene la sospecha de que los indígenas llevan en sus venas algún desequilibrio, tal vez hasta "un germen de locura". De la mujer y de la

[3] "...usted, criatura amada de la fortuna, encontró esta espléndida instalación en menos de tres horas.

—No la llame usted espléndida. Yo quisiera vivir en un barrio elegante. Siempre tengo que añadir excusas y explicaciones cuando doy mi dirección a la gente de mi sociedad.

—¡Pero si vive usted en uno de los sitios más hermosos!

—Pero yo no tengo ojos para ciertas bellezas. No soy artista. Me importa aceptar los valores admitidos, y yo vivo en un barrio bohemio, de estudiantes, en vez de vivir en la Estrella o en el Parque Monceau". "Los dos augures", p. 81.

Es probable que Reyes, en este caso, se burlara de sí mismo. Tenía la coquetería de "la dirección elegante", el sentido del prestigio de los buenos barrios. Vasconcelos cuenta en sus memorias que Reyes le reprochaba con frecuencia que se hubiera instalado en París en un barrio alejado y sin grandeza.

hija de Juan Antonio, don Alfonso traza retratos un poco distantes, pero la aparición en un clima como el francés de esas bellezas exóticas, del nerviosismo un poco abotagado de la madre y del esplendor de "capullo de rosa" de la hija, la alusión a la indolencia de ambas que sólo el deslumbramiento de las mil tiendas de modas de París logra zarandear, esa sensualidad inconsciente, todo ello nos conduce a las mejores páginas de *Fermina Márquez*, cuando la joven descubre en sí misma fondos insospechados, y al retrato tan logrado que Larbaud hace de la tía aún bella. A Reyes le horroriza la religión convencional de su personaje. Su Dios aterrador, sólo bueno para castigar, le inspira "repugnancia". Ese ser orgulloso es víctima de una ilusión cuando se cree "europeo", insensato que "no tiene la menor idea del matiz o del abismo que separa a América de Europa".

El cincuentón está en armonía con su visitante y contemporáneo Domingo Carmona. La patria, la nación, el milagro mexicano tal vez sea que dos personajes tan disímiles se sientan complementarios y unidos. Domingo, universitario que se siente artista, es de esos mexicanos comedidos en todo, sumamente discretos, refinados en sus modales y en su cortesía, de los que formaba parte el gran Ruiz de Alarcón. Su aspecto físico revela desde el primer momento su origen azteca, y no es del todo imposible que Reyes se haya acordado de José Vasconcelos, en lo que se refiere al menos a algunos rasgos, sobre todo cuando pone en boca del personaje la descripción cargada de humor de algunos inconvenientes físicos que son el precio del mestizaje cuando éste se lleva a cabo entre dos razas muy distanciadas la una de la otra y que no han tenido contactos anteriores. Así pues, el cerebro europeo de Domingo se siente incómodo en la forma indígena de su cráneo; sus muelas del juicio son sobre todo el símbolo de estas dificultades; heredadas de los españoles, no encuentran lugar en su mandíbula india, pues los pueblos amerindios nunca han tenido muelas del juicio. En un primer acercamiento, Reyes no oculta su simpatía por ese Domingo Carmona, a quien describe con delicadeza, con trazos ligeros. Lo mismo que él, Carmona aprecia los barrios poéticos de París y nada le parece más hermoso que acabar en el Luxembourg. Romántico, baudelairiano, le gustan los soles moribundos y los cielos mojados de la Île de France. La bruma de París lo pone melancólico, pero al mismo tiempo lo envuelve, lo reconforta. Ese sol tibio es un "bálsamo para heridas cuya misma existencia yo ni siquiera sospechaba".[4] Su físico exótico no le impide a ese mexicano ser, ¡oh Vasconcelos!, el defensor de la obra que realizó España en América, un admirador de su in-

[4] "Esta niebla, tan diferente a mi sol, a la vez me turba de melancolía y parece que me arropa y conforta. Este mortecino sol, mojado y tibión, tan diferente a mi fuego natal, como que hace de bálsamo para heridas cuya misma existencia yo ni siquiera sospechaba. ¡Conciérteme usted estas medidas!" *Ibid.*, p. 69.

fluencia artística y civilizadora. Mucho menos rico que su compañero, un poco marginado por las grandes familias mexicanas, en el terreno político no es un partidario plenamente convencido del Antiguo Régimen, al que por otra parte, como hombre culto, denomina "porfiriato". En realidad, se hubiera podido integrar a la nueva sociedad, pero le pareció que su edad lo colocaba de este lado de la historia. Demasiado delicado y demasiado modesto como para creer que era indispensable en el México moderno, no tiene la envergadura de un Talleyrand que, por patriotismo o por interés, sirvió a su país bajo todos los regímenes políticos. No obstante, en París, Domingo es de una cierta utilidad. Servicial, disponible, es el guía y el auxilio de los mexicanos recién llegados a la capital francesa. En ocho días logra el prodigio de encontrarles un hospedaje adecuado. Responde pacientemente a todas las preguntas y es más buscado que cualquier otro por aquellos a los que Reyes reprueba con el título de "americanistas profesionales de París", franceses fría y cerebralmente curiosos sobre los países de América y sus habitantes.[5] Pero el personaje de Domingo no logra ser demasiado conocido. Si no fuera profundamente bueno, se lo podría acusar de hipocresía y Reyes lleva incluso a hablar de traición. Está seguro de que su barniz artístico es endeble y consiste en un precario esnobismo. Un hecho significativo es que para él no haya obra de arte verdadera ni objeto que sea apreciado por su belleza intrínseca. Simplemente la moda parisiense frívola que consiste en usar las cosas fuera de su lugar habitual: la camisa de charro de Salamanca adorna el respaldo del sofá, los calzones de bailarina armenia despliegan sus bordados y sus encajes sobre el piano, una vasija de bronce hace las veces de cenicero. En literatura, sus gustos son también superficiales y Reyes acaba por "abominar" de su conversación. Al pintar con tanta crueldad a estos dos cincuentones, Reyes se coloca implícitamente a sí mismo en la sociedad mexicana de su tiempo. "Los dos augures" añaden unas páginas esenciales a la historia del "desarraigo" de los americanos, después de Henry James, *Fermina Márquez* y los estudios de Zaldumbide.[6] Las novelas de Proust, que tanto contribuyeron a que los extranjeros comprendieran a los franceses, otorgaron a un mexicano los métodos de análisis que le permitieron explicar algunos aspectos de su raza a sus amigos franceses.

La escala en Río el 26 de junio fue breve y el admirable puerto estaba cubierto por la bruma del invierno austral. Reyes contó con el tiempo jus-

[5] "...su conocimiento preciso y sobrio de las cosas de nuestra tierra lo convertía en indispensable para los americanistas profesionales que deseaban documentarse sobre México." *Ibid.*, p. 82.

[6] Reyes escribió en la página 72 la palabra "descastamiento", que por sí sola es una alusión a los escritos de don Gonzalo. Véase también la carta que escribió a Valery Larbaud en 1923, *Correspondance Larbaud-Reyes*, p. 30, y las notas a esta carta.

to para asistir a una cena en la embajada de México, invitado por el embajador Ortiz Rubio, reunión en el curso de la cual conoció al embajador de Francia en Brasil, recordando a Claudel, y volvió a ver a Rodolfo Nervo, hermano del poeta.

## Presencia de Francia en Buenos Aires

Pese a los artículos que varios amigos suyos publicaron en la prensa argentina —Pedro Henríquez Ureña, residente en Buenos Aires, Jorge Luis Borges, ya en relación con él, Mathilde Pomès desde París— para preparar su llegada, el recibimiento que la sociedad porteña reservó a Alfonso Reyes fue un tanto frío en los primeros meses de su estancia.[7] No nos referimos, por supuesto, al recibimiento oficial: el gobierno radical argentino no podía sino regocijarse con el nombramiento de un diplomático ya célebre para representar en Buenos Aires al México de Obregón y Calles. Además, el Estado argentino estaba muy halagado de que la legación de México en Buenos Aires hubiera sido elevada al rango de embajada. Pero la alta sociedad, aquella que en los años fastuosos que precedieron a la crisis de 1929 frecuentaba los círculos parisienses, había recibido el eco de los vínculos que unían a Reyes con Francia, de las despedidas melancólicas que había recibido y de los lamentos que había dejado tras de sí. Había cundido el rumor de su decepción por no haber sido nombrado para representar a México en Madrid. Los argentinos tenían la impresión de que enfrentaban una herencia difícil en el afecto del nuevo embajador y Reyes percibió perfectamente este reproche que no llegaron a formularle. Tendió a negarlo. En el transcurso de un banquete que le ofreció la importante revista *Nosotros*, declaró especialmente: "...he creído leer en vuestros ojos... [la] responsabilidad por haberme arrebatado...a otros amores. No, amigos míos: no estoy arrepentido de haber llegado a Buenos Aires. Cada ciudad tiene sus encantos..."[8] Los que pertenecen a "esta gitanería dorada" de la diplomacia experimentan a veces "una voluptuosidad mística" en la melancolía de las partidas que les recuerda incesantemente que "toda morada humana es provisional". Como un soldado, el diplomático debe levantar su tienda con valor y aportar a cada nuevo país algo del enriquecimiento que ha adquirido en sus puestos precedentes. Madrid le había dado la confianza en la bondad humana y ese orgulloso "¡Qué más da!". París había acabado de convencerlo de que uno de los primeros deberes consistía en rodear nuestra vida de "un halo de agrado", en hacer de manera que fuera lo más dulce po-

[7] Mathilde Pomès, "Escritores de la América Latina: Alfonso Reyes", *La Razón*, Buenos Aires, 16 de diciembre de 1927; también en *Páginas sobre Reyes*, I, p. 138.

[8] "Saludo a los amigos de Buenos Aires", en *De viva voz*, *O.C.*, t. VIII, p. 144.

sible, que se asemejara a aquella en la que los hombres sueñan.[9] Todo esto él lo ponía "en el otro platillo de la balanza hispanoamericana", en Buenos Aires, cuya capacidad de simpatía y de comprensión había sentido, además de "una hospitalidad verdaderamente insuperable".

Reyes encontró en la riquísima sociedad porteña una cierta "presencia de Francia", muy particular de esta república próspera que no había conocido ni la guerra ni la revolución. Desde generaciones atrás, los argentinos acomodados, propietarios de inmensas estancias, tenían la costumbre de hacer uno o varios viajes por año a Francia, prolongar su estadía varios meses y a veces quedarse años. Llegaban a París a consultar a médicos, seguir sus estudios, y el recuerdo de alguna tesis universitaria en la Sorbona aprobada por Émile Fauguet sigue siendo en la actualidad el florón más bello de los escudos de armas de algunas familias. En París, esos argentinos llevaban una vida mundana y participaban en lujosas veladas en las que las porteñas lucían las más bellas joyas de la rue de la Paix. Frecuentaban también gustosos a escritores y artistas, sobre todo cuando éstos se podían enorgullecer de un origen noble. La condesa de Noailles fue una de las elegantes y prestigiosas intermediarias entre la cultura francesa y estos argentinos y sobre todo los que se interesaban por todas las novedades artísticas o literarias siempre y cuando fueran francesas. Este movimiento se había incrementado incluso después de la guerra. Francia acogió con muchas consideraciones y condecoraciones a los representantes argentinos, país que tan generoso había sido en los años sombríos del conflicto y había librado a la población civil francesa del hambre gracias a sus envíos de trigo, sin escatimar sus donaciones a los hospitales militares. La baja del franco era otra de las razones de esas estadías tan cuantiosas y fastuosas de argentinos en Francia y de su entusiasmo, por ejemplo, por la bibliofilia francesa. De aquellos años de la posguerra datan las magníficas colecciones que se pueden admirar en la actualidad en alguna estancia de la Pampa, ediciones raras, cuadros de la Escuela de París. De regreso a su país, estos patricios cambiaban de actitud. Los escritores argentinos no les interesaban y los despreciaban, razón por la que éstos carecían de un público culto que hubiera podido apreciar sus obras, por lo cual sufrían las consecuencias. En Buenos Aires, los estancieros sólo mostraban preferencia por las carreras o las reuniones sociales y después partían al aislamiento de sus estancias donde las preocupaciones eran exclusivamente rurales. Francia seguía siendo el país de los recuerdos y estaba representada en los cuadros, los libros, los discos. Todos ellos hablaban un francés impecable, pulido; leían en fran-

[9] "París acabó de convencerme de que uno de los primeros deberes está en procurar que nuestra vida y cuanto de cerca nos rodea despidan, ante todo, un aliento de agrado; que la vida sea en lo posible grata y dulce, que se parezca —¡ay amigos!— a lo que soñamos los hombres." *Ibid.*, pp. 144-145.

cés, soñaban en francés, educados en la estancia o en Buenos Aires por una de esas institutrices francesas provenientes de una modesta burguesía y que tanto hicieron por extender en esos lejanos países la cultura, la educación, los "buenos modales" y las costumbres francesas. La gran escritora argentina Victoria Ocampo hizo un delicioso retrato de su "mademoiselle" en una de sus conferencias.[10] Para todos esos argentinos, el español era una lengua despreciable que sólo empleaban con sus peones y cuyo estilo o vocabulario no se preocupaban por mejorar. Algunos, como Güiraldes, no estuvieron conscientes de este error hasta que llegaron a Europa y tuvieron que dedicar de inmediato parte de su tiempo en París a tomar lecciones de español. Reyes, hombre conciliador, "de buena voluntad", al principio frecuentó bastante esta sociedad de estancieros. Como la moda de los deportes, al igual que las demás, había atravesado el Atlántico, Reyes empezó a jugar golf una mañana en las terrazas de los grandes almacenes Harrods. Sin tener que esforzarse, participó del interés general por las carreras de caballos. Soportó el tedio de interminables sobremesas en las que la conversación versaba exclusivamente sobre automóviles. Es cierto que a veces, al llegar a alguna estancia, tenía la feliz sorpresa de encontrar en el gramófono los mejores discos de la música más reciente de París, la de Darius Milhaud o de Arthur Honegger. Puede resultar asombroso que en una sociedad tan rigurosamente estratificada como la argentina, el representante de un país "socialista", conocido a su vez por sus opiniones de izquierda, haya sido tan bien tratado por la oligarquía porteña a la que los radicales desde 1916 habían arrebatado el gobierno del país. Pero el ejemplo venía de arriba. Con la prosperidad de la posguerra, los radicales en el poder muchas veces se habían dejado ganar por el agrado de la vida fácil. El presidente Marcelo T. de Alvear tenía membrete de radical y había sido elegido por el propio Yrigoyen como su sucesor. Pero distaba mucho de compartir las costumbres ascéticas de don Hipólito. Perteneciente a una de las más ricas y prestigiosas familias de Argentina, aunque radical, se comportaba como patricio. Durante mucho tiempo ministro en París, había llevado una vida suntuosa de la que había saboreado todos los encantos. Había adquirido propiedades en Francia y se había vinculado a la nobleza francesa. Dejó la legación de París para asumir el cargo de presidente de la República y no ocultaba a nadie que a partir de que finalizara su mandato se reincorporaría al agradable marco de su casa solariega de Coeur-Volant, en Louveciennes, en los alrededores de Versalles. En Marcelo T. de Alvear, durante las innumerables cenas a las que fue invitado en la Casa Rosada, y en las veladas que ofreció en la embajada al presidente de la República

[10] Victoria Ocampo, "Racine et Mademoiselle", conferencia pronunciada en francés en el Club Francés de Buenos Aires, el 6 de diciembre de 1939; en *Testimonios, 2ª serie*, Buenos Aires, Sur, 1941, p. 166.

Argentina, Reyes encontró a un interlocutor siempre dispuesto a evocar París con entusiasmo.

Entre estos ricos argentinos, algunos, no obstante, hartos de una vida frívola, empezaron a poner su fortuna o su tiempo al servicio de alguna gran realización artística y literaria. Estos mecenas eran muchas veces mujeres, más cultas, con más tiempo libre que sus compañeros, absortos en sus negocios. Desde su primer viaje en 1916, Ortega y Gasset había quedado sorprendido de la cultura y la inteligencia de la mujer argentina. Es sabido que incluso en nuestros días el abanico de profesiones que ejerce la mujer es infinitamente más amplio en Argentina que en Francia. Reyes era bastante "feminista" y veía sin disgusto esta promoción. Tuvo entre esos mecenas muy buenos y leales amigos y no hay que generalizar el resentimiento que pudiera manifestar respecto a esta clase algo sofisticada que llevaba a veces hasta un esnobismo irreflexivo su vinculación con Francia. Entre esos amigables sudamericanos conoció a la hermana de su amigo Jules Supervielle y conoció también muy bien al "primo hermano" de éste, quien dirigía la banca de la familia en Montevideo y recibió muy amistosamente a don Alfonso en el transcurso de los diferentes viajes que éste realizó al cercano Uruguay. Reyes estableció relación en Buenos Aires con los Bullrich de Saint, grande y rica familia de estancieros, una de cuyas representantes, para evadir la ociosidad, acababa de abrir en Buenos Aires una tienda de lujo que se llamaba, en francés, La Boutique. Frecuentó también a las dos hermanas Dorita y Elvira de Alvear, parientas cercanas del presidente de la República, que viajaban a menudo a París. Una de ellas, Elvira, expuso a don Alfonso el proyecto que tenía de fundar en Francia una revista literaria. En efecto, *Imán* apareció en abril de 1931, publicación efímera, pero cuyo único número, muy voluminoso, reunió a los más grandes nombres del momento: Vicente Huidobro, Jaime Torres Bodet, Eugenio d'Ors, Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier y, entre los franceses, León-Paul Fargue, Jean Giono, Robert Desnos. Su hermana Dorita organizaba cenas en el transcurso de las cuales se fue formando la compañía de ballet del Teatro Colón. Había decidido dedicarse a la bibliofilia y poner a disposición de los impresores de la provincia argentina, con frecuencia de origen italiano, todavía en contacto con lo artesanal y que sabían usar las prensas manuales, los más bellos documentos del mundo.[11] Desafortunadamente, Dorita de Alvear carecía de los conocimientos indispensables para dirigir una colección y Reyes fue perdiendo muy pronto las ilusiones en ella al escuchar que men-

[11] Francisco Colombo, por ejemplo, humilde impresor de San Antonio de Areco, pero un auténtico artista, a quien Ricardo Güiraldes había confiado la impresión de *Don Segundo Sombra*, y que trabajó también más tarde para Reyes. Su renombre se difundió hasta en Francia. Véase la carta de Larbaud a Reyes del 8 de octubre de 1929 y las notas a esta carta, *Correspondance Larbaud-Reyes*, pp. 55, 70 y 169.

cionaba entre los franceses poco conocidos en Argentina a Valery Larbaud, el verdadero padrino, no obstante, por sus obras y por su simpatía, de todas las esperanzas literarias con las que Argentina contaba.[12] Mucho más interesante era Victoria Ocampo. Esta bella mujer, joven, rica, distinguida, poseía un talento de escritora puesto en duda por algunos, pero gozaba de una gran sensibilidad y de un extraordinario don para estimular proyectos. Sus relaciones internacionales eran ya vastas cuando Reyes llegó a la Argentina. Victoria era fruto de una educación dominada completamente por la influencia francesa. Sus primeras palabras —*toupie, guignol, sucre d'orge*— la vinculaban a Francia con lazos indestructibles. En una charla encantadora, "Deuda con Francia", explicó lo que su infancia debía a este país.[13] El alfabeto en el que aprendió a leer era francés, francesa la mano que la ayudó a dibujar las primeras letras, y francés el pizarrón sobre el que había escrito sus primeros números. Después había empezado a leer a la condesa de Ségur, más tarde a Julio Verne, a Pascal, a Paul Valéry. Escribió en francés sus tres primeros libros y ni siquiera fue ella la que los tradujo al español. Siempre tuvo en su mesa productos franceses y se vestía en París. Sus migrañas siempre las había aplacado con "l'Aspirine (Usine du Rhône)". Victoria conservaba el ferviente recuerdo de esa cabal artista, Marguerite Moreno, que en los años anteriores a la guerra le había enseñado a recitar versos de los clásicos franceses. Dos veces por semana, "Marguerite Moreno, todavía delgada, vestida de negro, el rostro alargado, inteligente y bronceada, con su voz grave y sus inextinguibles historias de enredos" le había transmitido "pedazos de Francia". Entonces los versos de Racine resonaban en un jardín a orillas del inmenso Río de la Plata, entre jazmines y eucaliptos. Victoria había sido tan buena alumna que el renombre de su talento de declamadora se había extendido a través del océano e Igor Stravinski la había llamado desde París para encargarle un recitativo en una de sus obras. Victoria Ocampo iba con frecuencia a Europa y, en la primera época de la estancia de Reyes en Buenos Aires, éste no pudo verla tanto como hubiera querido, ya sea por esas largas ausencias, ya sea porque la simpatía entre ellos no fue inmediata. Pero poco a poco trató de interesarla en las colecciones y en las revistas que él intentaba fundar en la capital argentina. Pudo así establecer con la "Gran Dama de las letras argentinas" una verdadera amistad y entablar con esta mujer de ingenio conversaciones en las que desfilaban los recuerdos de un número increíble de figuras francesas: la condesa de Noailles, Marie Curie, Saint-John Perse, Ernest Ansermet, Paul Valéry, Adrienne y Marie Monnier, Jules Supervielle, Drieu La Rochelle, Jules Romains, Benjamin Cré-

[12] *Diario*, p. 291.

[13] Victoria Ocampo, "Dette à la France", alocución pronunciada en el banquete del PEN Club en París, el 11 de noviembre de 1938, en *Testimonios, 2ª serie*, *op. cit.*, p. 166.

mieux. Victoria Ocampo conocía a todos ellos y algunos eran sus mejores amigos. Reyes escuchaba con gran placer el relato de los encuentros que había tenido con ellos. Al regresar a su casa, Reyes transcribía *in extenso* en su *Diario* lo que a veces no eran sino "chismes de París".[14] En su último viaje a Francia, en compañía de Jean y Valentine Hugo, Victoria había visitado a Maurice Ravel en su casa de Montfort l'Amaury.[15] Desde hacía unos años, Victoria se había convertido en la protectora del poeta hindú Rabindranath Tagore, cuyos versos hacía tiempo que Reyes leía en inglés, en español en la traducción de Cenobia, la esposa de Juan Ramón Jiménez, y en francés en la de Gide. Victoria había alojado al poeta hindú en su casa en 1924 en Buenos Aires y lo había llevado a su quinta de San Isidro. En los primeros meses de 1930 volvió a ver a Tagore en París y le consiguió una entrevista con Gide, su traductor, y también lo presentó a Paul Valéry. Pero Victoria Ocampo era mucho más que una mujer mundana culta y atraída por las letras. Había percibido el interés y el valor de la crítica tal como se había desarrollado en el grupo de la *Nouvelle Revue Française* y en la Maison des Amis des Livres de Adrienne Monnier. Esta tolerancia por las ideas, esta exigencia en cuanto a la forma, ella trataba de mantenerlas en la revista que fundó. Reyes veía con algo de aprensión el bosquejo de estos proyectos. No obstante, gracias a *Sur*, Argentina ocupó durante mucho tiempo uno de los mejores lugares en la crítica internacional. Don Alfonso asistió a algunas de las conferencias que Victoria Ocampo pronunció, sinceras, llenas de ingenio, en los clubes o sociedades artísticas que comenzaban a multiplicarse en Buenos Aires. Para expresarse, como ella misma lo dijo, Victoria "tenía necesidad de palabras francesas". Le venían a los labios expresiones que había leído en Paul Valéry o extraído de las novelas de Proust y salpicaba la lengua castellana con giros franceses intraducibles: "en tête à tête", "une parvenue", o bien forjaba galicismos bastante horribles ("los carillones"). También Reyes pronunció varias conferencias en francés en estos grupos. El 13 de octubre de 1929, los Amigos del Arte, la sociedad de conferencias con más prestigio de Buenos Aires, organizó un festival Mallarmé. Reyes habló durante veinticinco minutos sobre la vida y la obra de Mallarmé y leyó algunas de las traducciones que él había hecho. Victoria recitó poemas en el texto original y puso la música que Debussy había compuesto para *La siesta de un fauno* y también composiciones de Ravel y de Darius Milhaud. Esta reunión "francesa" tuvo un gran éxito.[16] Reyes también aceptó hablar en la Alianza Francesa, en francés, so-

[14] Como la visita del novelista Enrique Larreta a Anna de Noailles. Véase el *Diario* de Reyes, p. 278.

[15] Una fotografía, recuerdo de esta visita, ilustra los *Testimonios, 2ª serie* de Victoria Ocampo. Vemos a Jean y Valentine Hugo, a Baba de Faucigny-Lucinge y a la propia Victoria junto al compositor francés.

[16] *Diario*, pp. 273, 290, 291.

bre "El arte mexicano". Adquirió la costumbre de frecuentar el Club Francés, donde se reunían la colonia francesa de Buenos Aires y los amigos de Francia. El ambiente era tranquilo, divertido y mucho menos convencional que en las reuniones puramente porteñas.

A Francia no le preocupó nunca lo suficiente su presencia en la Argentina moderna. Durante los tres años que duró la estancia de Reyes en Buenos Aires, ningún francés importante visitó la Argentina, aunque parezca increíble. Únicamente algunas revistas de cabaret representaron a París en un momento en el que tantos argentinos llegaban a Francia y estaban dispuestos, de regreso a su país, a escuchar a profesores y conferenciantes franceses. Una vez más Francia se desinteresaba por aquellos que tanto esperaban de ella y decepcionaba sus expectativas. Un día Victoria reprochó amablemente a los miembros del Club Francés: "Esas riquezas que son patrimonio de ustedes, les dijo, no siempre tratan de incrementarlas compartiéndolas con nosotros. Somos nosotros los que llegamos a arrancárselas... Los franceses no conocen bien a sus deudores ni la amplitud de esta deuda".[17] Francia, preocupada por su situación económica y sus dificultades internas, no pensaba siquiera en contrarrestar las campañas organizadas por sus competidores en un país como Argentina con el que su deuda de guerra no estaba saldada y que se hallaba dispuesto a convertirse en un buen cliente de la industria francesa. La misión en Buenos Aires del futurista italiano Marinetti, en 1926, no había estado exenta de intenciones políticas. Alemania envió también un visitante distinguido en la persona del conde Hermann von Keyserling. Reyes conoció a este filósofo en casa de Victoria Ocampo y se convirtió en su guía a través de la ciudad. Es cierto que hasta con este germano conversaron largamente de Francia. El conde era un apasionado de la psicología de los pueblos y, después de las *Meditaciones sudamericanas* que estaba preparando, tenía el proyecto de escribir otros volúmenes dedicados a la mentalidad de los pueblos europeos.

Reyes no pudo tener mucho contacto con el más importante de los franceses residentes en Argentina, Paul Groussac, quien ya anciano y enfermo no tardó en extinguirse en 1929. Su obra, intermediaria entre sus dos patrias, en Argentina parecía tener incluso más importancia. Había sido gracias a Groussac en parte por lo que, durante cuarenta años, los periódicos argentinos habían publicado tantos artículos franceses y acogido también a enviados de Francia como Georges Clemenceau y Anatole France, y la Biblioteca Nacional de Buenos Aires había incrementado a miles el número de volúmenes en francés. Reyes quiso agregar una página al número especial que la revista *Nosotros* dedicó a la memoria del célebre franco-argentino en agosto de 1929. "El secreto dolor de Groussac" completaba el discurso con el que don Alfonso lo había recibido en

[17] Victoria Ocampo, *Testimonios, 2ª serie*, *op. cit.*, p. 168.

la Sorbona cuatro años antes.[18] Al entrar en contacto con la sociedad argentina, el escritor mexicano había entendido hasta qué punto el acento gascón y poco elegante, los modales provincianos, el carácter malhumorado, la franqueza tal vez excesiva de Groussac lo habían perjudicado ante el formalismo de la *gentry* porteña.[19] Pero Reyes oyó hablar mucho de él en el momento de su muerte. Se enteró de que su novela *Fruto vedado* era autobiográfica y el relato de un gran dolor, de una catástrofe familiar que había llevado al joven secretario de Alphonse Daudet a exiliarse definitivamente.[20] A don Alfonso siempre lo perturbaba el relato de esos traumatismos de la juventud —la sordera de Charles Maurras, el drama paterno en su propio caso— que pueden llegar a marcar todo el carácter de un hombre, toda una vida. Groussac contribuía con un caso, esta vez francés, al inventario del exilio y del desarraigo. Pese a su éxito social y al lugar literario que había adquirido en Buenos Aires, había sido víctima del "complejo de nostalgia", cuyos efectos se encuentran en sus libros. "Yo creo que nada, ni el haber desposado con la tierra argentina todo su pensamiento, pudo llegar a borrar en él cierta melancolía, cierta desazón de andar lejos de la dulce Francia."[21] Así se explicaban dos de sus principales obras, narraciones de la existencia de otros dos franceses exiliados en América, a los que Reyes recordó entonces: Amédée Jacques, proscrito después del golpe de Estado del 2 de diciembre, que llegó a enseñar francés a Tucumán y creó en esta ciudad del interior de Argentina un interés que todavía perdura, completamente extraordinario, por la lengua francesa y por Francia, y Jacques de Liniers, niortés apenas evocado en su ciudad natal mediante un modesto busto incomprendido por todos, pero cuyo nombre es venerado en Buenos Aires pues fue él quien dirigió la defensa de la ciudad contra la invasión de los ingleses.[22] La actitud de Groussac había sido inteligente y leal para con su segunda patria. Había dedicado toda la clarividencia de su espíritu francés a analizar y definir el carácter argentino, que tenía sus dificultades,

[18] "El secreto dolor de Groussac", en *De viva voz*, *O.C.*, t. VIII, p. 58.

[19] Se encuentra un eco implacable de esta antipatía en la *Littérature hispano-américaine* de Max Daireaux, París, Kra, p. 39: "A veces, incluso se exagera la importancia de algunos autores franceses. Tal es el caso de Paul Groussac, periodista establecido en Argentina desde los sesenta años y al que ahora nos quieren presentar como a un maestro. Espíritu mediocre, escritor bastante plano, que ha intentado todos los géneros sin triunfar ni persistir en ninguno. No es pues en absoluto por su obra por lo que pueda ser considerado. En cuanto a sus enseñanzas, son de una gran banalidad... Para decirlo de una vez, su papel no fue para nada el de un maestro sino el de un instructor."

[20] En sus interesantes *Notes de voyage dans l'Amérique du Sud*, Hachette, 1911, p. 71, Georges Clemenceau, refiriéndose a la juventud de Paul Groussac, precisa que, antes de partir éste a Argentina, había sido admitido en la Escuela Naval.

[21] "El secreto dolor de Groussac", *op. cit.*, p. 58.

[22] Paul Groussac, *Amédée Jacques* y *Santiago de Liniers* (1908).

debidas a tantas inmigraciones.[23] Cuando llegó a Argentina no sabía ni una palabra de español pero puso todo su empeño en aprenderlo minuciosamente y se había convertido en uno de los mejores escritores en esta lengua, en una época en la que numerosos argentinos se inclinaban por el francés. Reyes nunca olvidó esta lección cuando tuvo que orientar a jóvenes argentinos o mexicanos en el descubrimiento de su conciencia nacional y en la expresión de su amor por Francia.

Don Alfonso no tardó en saturarse de la alta sociedad porteña, tanto más estricta cuanto que su aristocracia era más reciente. Él explicaba este endurecimiento de autodefensa evocando el hecho de que, en la misma Francia, la nobleza del Imperio se atenía más estrechamente a los principios y a las convenciones que aquella cuyo origen se remontaba a las Cruzadas. Al cabo de unos cuantos meses, intentó acercarse más bien a los círculos literarios, si bien conservó entre aquellos argentinos excelentes amistades. Los dos escritores con más nombre, aunque diferentes el uno del otro por su obra y por su situación en el país, se enorgullecían, por diversas causas, de ser grandes amigos de Francia. Leopoldo Lugones tenía cincuenta y tres años. Su público era considerable y había sido denominado "el Víctor Hugo de las letras argentinas". En su despacho de la Biblioteca del Consejo Nacional de Educación Nacional, Reyes tuvo con él conversaciones que habían comenzado en 1913, en París, sobre la psicología de los pueblos europeos, mexicanos y argentinos. Lugones también había vivido en Passy, evocaba este barrio con pesar y sentía, como don Alfonso, una voluptuosidad melancólica en citar los nombres de las calles y de las plazas parisienses. Contaba sus recuerdos de Francia con mayor libertad que en el mismo París, después del paso de los años. Había conocido bien al famoso prefecto de la policía Lepic. Contaba cómo éste un día le había pedido amistosamente que suprimiera algunos párrafos en uno de los artículos en el que criticaba la intervención de Maximiliano en México.[24] La Tercera República trataba de defender la política de la Francia eterna, aunque se tratara de la de Napoleón III. ¿No se convocaba siempre en los liceos a los alumnos al sonar de los tambores imperiales? Lugones había conocido en aquella ocasión a Camille Peletan, presidente del Senado, y a Clemenceau, en su despacho de *L'Homme Libre*. Después de haber sido admirador del Parnaso, de los decadentes franceses, y sobre todo lector de Moréas, de Samain y del franco-uruguayo Jules Laforgue, Lugones, que estaba al corriente de los movimientos franceses recientes, practicaba un humor de caricaturista, la acrobacia de los ritmos y la animación de las cosas que por entonces se denominaba "el arte deshumanizado". Se expresaba con gran acompañamiento de metá-

[23] Sobre el análisis que hacía Groussac de "la argentinidad", véase en especial Leopoldo Zea, *Dos etapas del pensamiento en Hispano-América*, México, 1949, p. 182.

[24] *Cf. Diario* de Reyes, p. 270.

foras muy imaginativas. Estas tendencias intelectuales y frías de la poesía francesa le sentaban de maravilla pues, al menos según los reproches que le hacían sus compatriotas, carecía de sensibilidad; era un virtuoso del verso desprovisto de sentimiento. Pero la intuición de Reyes develó la falla de esta coraza aparente. Al alzar maquinalmente una revista, un día percibió un revólver cargado sobre la mesa del escritor cerca del teléfono. Volvió a dejar la revista en su lugar sin hacer comentario alguno. Así, diez años antes del suicidio de Leopoldo Lugones, Reyes había sentido esa obsesión secreta por la muerte que lo había acompañado a él mismo hasta el punto de proporcionarle el título de uno de sus libros. Pero el amor que profesaba Lugones por Francia no era el de Reyes, puesto que excluía absolutamente toda admiración por España y toda consideración por la labor hispánica en América, sentimientos que en don Alfonso eran muy intensos. Sus posiciones políticas diferían. Antiguo anarquista convertido en fascista, Lugones estaba "lleno de credos que se contradecían entre sí".[25] ¿Era esta incoherencia interna característica de Argentina? La tenía también otra personalidad consagrada de la literatura nacional, Manuel Gálvez. Cuando se hacía alguna observación a este último sobre su falta de lógica, en vez de negarla reconocía en ella las dificultades que encontraba el alma argentina para definirse. También él anarquista en su juventud, después había escrito artículos contra la Revolución rusa. Más tarde, aunque reaccionario, iba a apoyar la causa republicana en España. En 1929, Manuel Gálvez tenía cuarenta y seis años pero una sordera prematura lo envejecía. Detestaba casi todo lo que Lugones admiraba. Éste era libertino y masón, Gálvez el apóstol de la familia y de la religión. Lugones escribía versos para la élite culta, Gálvez novelas históricas o de observación sociológica que se sucedían en un ritmo rápido y tenían un inmenso éxito de venta en la clase media. Como es natural, los jóvenes escritores en torno a Reyes criticaban mucho a Gálvez o, lo que es peor, en sus reseñas guardaban silencio respecto a sus libros. Todavía más que Lugones, a ellos les parecía que era de otra época y que empleaba una técnica pasada de moda e incluso "antiliteraria". Opinaban que Gálvez era demasiado interesado y lo trataban de "negociante de la literatura". También don Alfonso llegó a expresar cuánto detestaba "su realismo a la Zola". No obstante, tuvo con Gálvez varios encuentros en los que evocaron a sus amigos comunes de París, en particular a los hermanos García Calderón, quienes desde hacía años habían sido los intermediarios entre Gálvez y Francia. El novelista argentino le describió sus llegadas a un París que Reyes no había conocido, en 1905 y en 1910, a la estación d'Orsay, cuando se hospedaba en el hotel del Louvre, que entonces era el punto de encuentro de todos los argentinos que estaban en París, pues

[25] *Cf.* "Leopoldo Lugones, su versatilidad", en Anderson Imbert, *Historia de la literatura hispano-americana*, t. I, p. 374.

"desde la ventana del cuarto, desde que uno se levantaba se podía distinguir la Ópera". Gálvez, en París, había conocido a Manuel Ugarte y, a través de él, a Saint-Georges de Bouhélier. Francisco Contreras lo había conducido a Rubén Darío, quien poco después, en 1909, se había encontrado con él en Buenos Aires. Su mujer Delfina, también poeta, había ganado algunos premios literarios en París y Abel Bonnard, Francis Jammes y Jean Richepin habían apreciado sus versos. Gálvez también había escrito en su *Cántico espiritual* algunas páginas sobre la vida que llevaban los hispanoamericanos en la capital francesa. Más tarde, su libro sobre *El solar de la raza* había recibido elogios de Jean Cassou y del profesor Martinenche. *Historia de arrabal* había sido objeto de un artículo elogioso de Francis de Miomandre en la misma Argentina, en el periódico *La Nación*. Es difícil saber si Reyes y Gálvez se habían conocido ya en París en los últimos meses de 1925, cuando el novelista argentino pasó un tiempo en Francia. Se había declarado de la estirpe de Carco y había predicho a la novela "deshumanizada" de la posguerra, la de Jean Giraudoux, una existencia de lo más efímero, un simple éxito de esnobismo. Gálvez había estrechado lazos con Max Jacob y con Georges Duhamel. En los años 1928-1929, mientras escribía la trilogía sobre la guerra de Paraguay, que había opuesto en el siglo pasado a Argentina, Brasil y Uruguay en una coalición contra el heroico Paraguay, Gálvez entabló una relación epistolar con Valery Larbaud, a quien había conocido a través de Jules Supervielle y Ricardo Güiraldes. ¡Con qué avidez debió de interrogar a Reyes sobre el autor de *Barnabooth*, sobre su carácter, sus amigos, sus proyectos! A pesar de los múltiples recuerdos y amigos evocados en común, Reyes no llegó a entablar, en cuanto a él se refería, una verdadera amistad con Manuel Gálvez.[26] Y éste fue espaciando voluntariamente sus encuentros con el escritor mexicano. En México continuaba la persecución religiosa y Gálvez no estaba dispuesto a frecuentar al representante de un país en el que se fusilaba a sus correligionarios.[27] No cabe duda de que estaba enterado que Reyes lamentaba estos excesos. Gálvez da incluso constancia de un rumor que por aquella época cundía en Buenos Aires según el cual Reyes, opuesto a la política antirreligiosa de su gobierno, se había convertido o estaba a punto de convertirse al catolicismo. No obstante, aceptaba representar al gobierno mexicano en Argentina, por lo cual Gálvez y otros católicos argentinos no lo perdonaban.

Como no se encontraba a gusto entre ese sector de la sociedad argentina tan exageradamente conformista "en el que, decía, la raya del pantalón siempre es impecable", ni entre los escritores bien colocados, don Alfonso se inclinó en Buenos Aires por seguir una tendencia natural

[26] *Diario*, p. 259.
[27] Manuel Gálvez, *Recuerdos de la vida literaria*, Buenos Aires, Hachette, II, p. 296.

de su carácter que lo había llevado, tanto en México como en París, hacia las generaciones más jóvenes.[28] Varios escritores argentinos que tenían entre veinte y treinta años le pidieron que los ayudara a fundar una revista del género de los *Cuadernos Literarios* que se publicaron en Madrid en otro tiempo. Desde hacía ya algunos años, Reyes estaba en contacto con esos jóvenes argentinos y había seguido sus pasos. Le habían despertado la atracción por ellos Jules Supervielle y Valery Larbaud, atraídos a su vez por el intento que aquéllos llevaban a cabo de renovación artística en el seno de la sociedad porteña. Pedro Henríquez Ureña, profesor en las universidades de La Plata y de Buenos Aires, también los apoyaba. Éstas eran para Reyes sólidas referencias. Pensaba que ya era tiempo de destronar al modernismo, transformado en una expresión ramplona que seguía dominando las posiciones oficiales de Argentina. Pero no todo le había gustado de las revistas que había intentado ya este equipo de jóvenes. A pesar de las sugerencias de Pedro Henríquez Ureña, se había negado a enviar el menor texto a su *Martín Fierro*, revista que le parecía "excesivamente amiga del escándalo".[29] Estos nuevos escritores argentinos practicaban con frecuencia, en efecto, una especie de irreverencia hacia sus mayores de un dudoso gusto. Se comportaban con demasiada facilidad como niños mimados y mal educados. Insolentes artículos necrológicos atentaban cada quincena en su revista contra las personalidades más respetadas de la ciudad. Naturalmente, en 1924, la revista *Proa* —bajo la influencia de Güiraldes, que con quince años más, se había unido a sus menores— lo había seducido mucho más debido a su mayor corrección literaria. Desde París había seguido la iniciativa de Larbaud y aceptado también que su nombre figurara en el consejo de redacción. Pero *Proa* un día había permitido la publicación de un artículo sobre Reyes, escrito por Roberto Mariani, difícil de olvidar. Cierto que la revista había considerado conveniente limitar su responsabilidad titulando el artículo "Un arbitrario apunte sobre Alfonso Reyes" y había tomado la precaución de precisar en unas cuantas líneas preliminares que aquel escrito "contradecía su opinión".[30] No obstante, don Alfonso tardó varios años en perdonar esas páginas que contenían, por una parte, las opiniones más intolerables sobre los grandes poetas mexicanos que lo habían precedido en la legación de México en Buenos Aires, Amado Nervo y Enrique González Martínez y, por otra, burdos ataques a uno de sus autores venerados, Rodó. La propia obra de Reyes estaba presentada

[28] *Cf.* la carta a Larbaud del 7 de mayo de 1929, *Correspondance Larbaud-Reyes*, p. 58.

[29] *Ibid.*

[30] Roberto Mariani, "Un arbitrario apunte sobre Alfonso Reyes" con fecha septiembre de 1924, *Proa*, núm. 4. Este artículo fue escrito y publicado cuando Reyes, después de su estancia en España, creía que iba a ser destinado a la Argentina.

con suficiencia, como "capaz de atraer a espíritus jóvenes, curiosos y disciplinados en los ejercicios intelectuales..., su calidad de gongorista tenía también resonancia entre ellos". Definía con bastante finura su originalidad: mezcla de una selección tradicional de palabras y de expresiones, y de un gusto por las últimas novedades...Pero el autor del artículo pasaba a criticar la elegancia "dulzona", la gentileza excesiva de don Alfonso: "Mi querido Azorín", su cordialidad "fisiológica". Sería deseable que sus críticas fueran más belicosas pues "con demasiada frecuencia se ahogan en sonrisas y en declaraciones de afecto". La inspiración de Reyes, según Mariani, se mantenía joven hasta en los más eruditos de sus libros. Pero para expresar esta idea, que él sentía como un elogio, el autor había recurrido a una hiriente y equívoca metáfora.[31] En suma, por más que después de la revista aceptase publicar, en el mismo lugar y en su número 10, un artículo que era todo elogios de uno de los discípulos mexicanos de don Alfonso, éste tuvo dificultades para reanudar un contacto afable con el grupo de *Proa*.[32] Una vez más, el acercamiento se vio facilitado por la intensa emoción que suscitó en torno a Reyes la noticia de la muerte de Ricardo Güiraldes el 8 de octubre de 1927 en París, a la edad de cuarenta y un años. Reyes no había llegado a conocer a este gran poeta y novelista pues sus estancias en Francia no habían coincidido y en 1927, una vez más, se habían cruzado a través del océano.[33] Pero conocía el gran afecto que profesaban a Ricardo todos sus amigos franceses, Larbaud, Supervielle, Marcelle Auclair, Adrienne y tantos otros. Había contemplado en las paredes de la Maison des Amis des Livres el retrato de ese noble rostro. Estos amigos comunes y Adelina habían rodeado a Ricardo en sus últimos momentos.[34] Un mes después llegaron a Buenos Aires sus restos mortales y fueron recibidos por el presidente de la República: estos honores oficiales rendidos a un escritor eran un hecho nuevo en América Latina que don Alfonso observó con gran atención. En San Antonio de Areco, cuando un grupo de gauchos a caballo llegó a rodear el féretro de aquel que tan bien había descrito su vida, don Alfonso compartió el dolor de los jóvenes escritores argentinos ante la desaparición prematura de este ser tan excepcionalmente bello y colmado, que había recibido de los dioses todos los dones de la sensibilidad y de

[31] "Me imagino una muchacha fresca, limpia, descalza, que en un suntuoso y sensual cuarto de soltero rico, no pierde su ingenuidad campesina."

[32] Xavier Villaurrutia, "Los caminos de Alfonso Reyes", *Proa*, núm. 10, mayo de 1925.

[33] Reyes evoca esta falta de coincidencia en el bello poema que escribió entonces a la memoria de Ricardo: "Llegaste cuando yo no estaba y yo vine cuando habías partido". "A la memoria de Ricardo Güiraldes", Buenos Aires, 1929; *O.C.*, t. X, p. 123.

[34] Sobre los últimos momentos de Güiraldes en París y la emoción que suscitó en los círculos parisienses su muerte, véase Silvia Molloy, *La diffusion de la littérature hispano-américaine en France au XX^e siècle*, p. 123.

la inteligencia y hasta el amor y la fortuna, pero que no había tenido tiempo más que para terminar su obra maestra, *Don Segundo Sombra*, antes de extinguirse. La muerte de Ricardo dejaba un gran vacío al frente de ese prometedor grupo y don Alfonso aceptó entonces colaborar con Jorge Luis Borges, Ricardo E. Molinari, Francisco Luis Bernárdez y algunos otros en la creación en Argentina de un movimiento literario verdaderamente moderno y original. Alentó a cada uno de ellos en sus proyectos y en sus creaciones. Al haberse venido abajo la revista *Proa*, fundó con ellos una nueva publicación, *Libra*, "inspirada a la vez en el *Roseau d'or* de Henri Massis y en *Commerce*".[35] Güiraldes había empezado a introducir a sus amigos en la renovación de la estética tal como se consagraba en la *NRF* y en la rue de l'Odeón. La frase de los *Éloges* de Saint-John Perse, "Yo hablo en la estima", se había convertido en la divisa de este grupo de porteños que fundó un hogar literario para alentar todo esfuerzo sincero, a todo escritor con valía, aunque fuera joven o desconocido, intento que trataba de corregir las costumbres profundamente arraigadas en la sociedad porteña, donde el hombre de letras era considerado un "soñador", un incapaz, es decir, un pervertido, y donde la burla era la manera de parar en seco toda innovación artística. Reyes, con sus dotes de simpatía y de amistad, los alentó por este camino a llegar hasta las últimas consecuencias de sus decisiones. Los ayudó a deshacerse de sus últimos hábitos de niños consentidos. Ricardo los había puesto en contacto con la producción literaria francesa. Basta con hojear la colección de sus revistas *Proa* o *Martín Fierro* para darse cuenta de ello. La serie de los excelentes estudios de Güiraldes, "Un libro", "Un hombre", "Una lectura", "Un poeta", "Un canto", había dado a conocer a Jean-Marie Levet, Léon Paul-Fargue, Saint-John Perse, Valery Larbaud, Jules Romains a los lectores de *Proa*.[36] En *Martín Fierro*, André Lhote y Maurice Raynal se encargaban de la crónica artística, Jean Prévost comentaba las novedades dos veces al mes, Marcelle Auclair y Adrienne Monnier enviaban también con regularidad y abundancia sus notas sobre la vida literaria francesa. Los nombres de Morand, Giraudoux y Paul Valéry aparecían constantemente. Y aunque no fuera sino una coincidencia, el mismo nombre de la revista no dejaba de tener relación con el que Adrienne Monnier había escogido para la suya, *Navire d'Argent*. Era introducirse demasiado y mal en la escuela francesa. Algunos argentinos no se equivocaban del todo cuando reprochaban a *Proa* su "extranjerismo". El entusiasmo de Adrienne Monnier había reunido quizás a demasiados

[35] *Correspondance Larbaud-Reyes*, p. 58.

[36] Acerca de todos los artículos de inspiración francesa que Güiraldes contribuyó a que se publicaran en *Proa* y, en general, acerca de la influencia que ejercieron los círculos franceses sobre este periodo de la vida de las letras argentinas, véase Alberto O. Blasi, *Güiraldes y Larbaud, una amistad creadora*, *op. cit.*

de sus amigos en torno a los jóvenes argentinos. En cualquier caso, éstos no habían comprendido bien la lección de la *Nouvelle Revue Française* y lo que Larbaud esperaba de ellos, él, que decía a Güiraldes: "Háblenos de las cosas de América que quisiéramos conocer". Únicamente Borges con *Fervor de Buenos Aires* y Güiraldes con *Don Segundo Sombra* habían emprendido el buen camino, que consistía en aplicar el espíritu de exigencia de la nueva escuela francesa a temas argentinos. La revista *Libra*, teóricamente dirigida por los jóvenes escritores porteños, pero en la que se nota por todas partes la dirección de Reyes, es prueba de que él fue quien hizo aceptar a esos jóvenes que una influencia exclusiva, aunque fuera excelente, puede ser nefasta. *Libra* ya no podía ser tomada por la sucursal o la edición en español de alguna publicación parisiense en la que sólo se escucharan las voces francesas. En *Libra*, incluso, no hay ningún artículo que concierna directamente a Francia. Aun aplicando los métodos de pensamiento y de presentación en honor de las mejores revistas francesas, los textos son argentinos y americanos en su mayoría. Reyes abría la publicación con su gran estudio titulado *Jitanjáforas*, alusión a las tendencias más modernas en aquel momento en París a las cuales él se consagra a vincular con las costumbres literarias cuyas raíces llegan hasta el Siglo de Oro español, en textos a veces doctos, lo cual tiende a demostrar la continuidad fundamental que se establece entre los poetas auténticos de todas las épocas y bajo todos los cielos, a pesar de aparentes disimilitudes. Figuran alusiones a la poesía francesa, varias evocaciones de Mallarmé, una larga cita de Paul Valéry, tratados con mucha deferencia pero con discreción, sin indicio de preferencia. El retorno a la España clásica, muy evidente, fue tal vez lo que Reyes obtuvo con mayor dificultad de los jóvenes argentinos, pues la reverencia hacia "la Madre España" no era ni con mucho un sentimiento extendido a orillas del Río de la Plata. No obstante, *Libra* publicaba los bellos versos que se habían descubierto de un contemporáneo de Góngora. Los poetas de la nueva ola argentina estaban representados por tres poemas de Leopoldo Marechal que encerraban rasgos discretamente nacionales pero que, por su técnica, parecían estar vinculados con lo que "la generación de 1927" producía entonces en España. Un profundo respeto parecía rodear ahora a la idea de la muerte; la memoria de los escritores recientemente desaparecidos —Güiraldes, Foulché-Delbosc, Paul Groussac— era sagrada, y el valor que habían tenido se expresaba en términos sobrios y enérgicos, como si los escritores constituyeran una internacional intelectual a la que se sentían pertenecer los autores de la revista. *Libra* se dirigía a los lectores de todos los países de América, de Europa, del mundo entero, y solicitaba su colaboración para completar la bibliografía de los grandes escritores apreciados por su talento propio, independientemente de su nacionalidad: Góngora, Proust. Aceptaba esta apertura decididamente internacional publicando una reseña de la estancia

del alemán Keyserling y poemas de James Joyce, traducidos al español pero, según la costumbre de *Commerce*, con el texto original a la vista, rasgo de modestia y de lealtad. Dominando a todas las demás y tan cara a Reyes, en *Libra* estaba presente la idea de América, del acercamiento necesario entre las repúblicas del nuevo continente. Símbolo de "Toda nuestra América", se publicaban cartas de José Martí, poeta y hombre ejemplar hasta el heroísmo, cubano cuya obra pertenecía a todas las literaturas de lengua española, figura eminente en la historia de la conciencia americana. Fue por pura casualidad que *Libra* consiguió esas cartas inéditas que Martí, exiliado en Nueva York, escribió a un amigo uruguayo de paso por París. A través de sus líneas obtenemos algunas precisiones más sobre la vida que llevaban los hispanoamericanos en la capital francesa. Martí daba muestras de mucha fantasía y humor, de una gran facilidad de escritura y de imágenes, de un patriotismo que llegaba a la abnegación, de un sentido muy latinoamericano de la amistad. Hacia 1870, él ya había sabido abrirse a un pensamiento internacional. Poseía una refinada cultura francesa. Citaba a Daudet, a André Theuriet, los dibujos al pastel de La Tour; pero, agregaba: "París es agradable, mas por un instante. No es allí... donde se calmará su inquietud por las condiciones rudimentarias en las que viven nuestros pueblos..."

Interesarse por los jóvenes, no como maestro sino como hermano mayor, sin dogmatismo, hacer uso de una "persuasión mesurada", conceder a sus obras una atención especial, esforzarse por sintetizar con ellos y a través de ellos las grandes corrientes de la época, en toda esta actividad Reyes asumía una posición delicada y que recordaba los ejemplos que había observado a orillas del Sena.[37] Desde que recibió la revista, Valery Larbaud se dio cuenta de la originalidad y el valor de *Libra* y todo lo que ésta debía a Alfonso Reyes: "...¡Y he recibido *Libra*! Tenía —como siempre— mucho que hacer, pero me sumergí, osaría decir, en este signo del Zodiaco y tengo que enviarle todas mis sinceras felicitaciones, pues se puede reconocer por doquier su influencia o su ingenio; su ingenio en este delicioso fragmento de las *Jitanjáforas*, y su influencia en la selección de artículos y en la erudición, la curiosidad y el buen gusto de las notas. *Libra* es hija de usted y se pueden reconocer sus rasgos en los suyos. Creo firmemente que es la primera vez que la América de lengua española, y con plena seguridad la América del Sur, posee una revista literaria de esta calidad y de esta naturaleza".[38]

Alfonso Reyes se entendía mejor con los escritores que con los me-

[37] Sobre esta actitud frente a los jóvenes, inspirada en gran parte en las costumbres de la *NRF*, y acerca de la ayuda que Reyes aportaba al grupo mexicano de los Contemporáneos, véase el artículo de X. Villaurrutia, "Los caminos de Alfonso Reyes", publicado en *Proa*, *op. cit.*; también en *Páginas sobre Reyes*, I, p. 68.

[38] *Correspondance Larbaud-Reyes*, p. 67.

cenas que fundaron la revista. Las dificultades económicas impidieron la publicación del segundo número. Con los jóvenes de Buenos Aires fundó todavía los *Cuadernos del Plata*, que no eran tanto una revista como una colección muy cuidada de *plaquettes* en que se publicaban "obras demasiado breves para ser materia de un libro, pero que uno se niega a confiar al torbellino de las revistas". Esta fórmula recordaba una vez más la del *Roseau d'or* de Massis. En los *Cuadernos del Plata* se publicaron en especial textos inéditos de Ricardo Güiraldes y *Cuaderno San Martín* de Jorge Luis Borges.

## La carta a Maurras

Valiéndose de métodos comparatistas aplicados en lo sucesivo a todos los terrenos —en literatura, en gramática, en el estudio de la psicología de los pueblos—, Reyes, gracias a sus reacciones tan diferentes de mexicano y a la experiencia que había adquirido en España y en Francia, trató de penetrar un poco más en la comprensión del alma argentina. Escribió algunas páginas sobre este tema y sobre todo pronunció, en un círculo privado de Buenos Aires, un discurso que tuvo una cierta resonancia en la prensa.[39] Estas discusiones proporcionaron a don Alfonso la ocasión de proseguir las reflexiones que había comenzado en París sobre la aristocracia, sus defectos pero también su eventual papel, y sobre el sentido real del academicismo, del conformismo mundano y hasta del esnobismo. No cabía duda de que en Argentina no había una verdadera aristocracia de sangre, sino una clase "patricia" que desempeñaba este papel de "núcleo" con un formalismo de costumbres que se podía tachar de excesivo y que imponía con su brillo a las otras clases de la sociedad, logrando crear una unidad en esa nación constituida por inmigrantes de procedencias tan diversas; este acuerdo superficial estaba en el origen de un patriotismo real: "¡oh frivolidad profunda!... De este modo la apariencia se convertía en verdad, y el defecto se transformaba en virtud..." El análisis que hace Reyes del nacionalismo argentino, que asombra siempre al que visita este pueblo de formación reciente, se cuenta entre los más sutiles que conocemos de este simpático fenómeno.

Estas tesis, por supuesto, desagradaron a algunos argentinos, sobre todo a los recién llegados, descontentos con el papel preponderante que confería al "núcleo", indignados de ver que asimilaba a una auténtica aristocracia europea a "esos hijos de comerciantes y de agricultores que se habían hecho ricos y que, por la noche, se endosan un frac..." En las

[39] "Palabras sobre la nación argentina", discurso pronunciado el 29 de agosto de 1929 en el Círculo Intemerandus de Buenos Aires y reproducido en la revista *Nosotros*, Buenos Aires, marzo de 1930; *O.C.* de Reyes, t. IX, pp. 28-36.

revistas y en los periódicos porteños se desencadenó una controversia encabezada por un publicista argentino bastante conocido, Ramón Doll, y a la que Reyes puso punto final publicando una "carta abierta" magistral dirigida a este escritor.[40] Éste es el texto que iba a captar la atención en París de Charles Lesca —codirector, junto con E. Martinenche, de la *Revue de l'Amérique Latine*—, quien se apresuró a comunicársela a su amigo Charles Maurras. Precisamente éste acababa de publicar *Bárbaros y romanos*, y la dualidad que Reyes describía entre la clase privilegiada argentina y los recién llegados recordaba la situación en la antigua Roma. El problema era también de actualidad en Francia, convertida en un gran país de inmigración para llenar los vacíos que había dejado la guerra. Recordemos que Reyes ya había hecho una incursión en este tema de estudio.[41] El director de *L'Action Française*, desde hacía tiempo interesado en los problemas de América Latina, consagró al texto de Reyes todo el último capítulo del libro que estaba escribiendo, *Sur la cendre de nos foyers*, alegato en favor de la historia que los anarquistas consideraban inútil.[42] Maurras sostenía que la cultura es un capital que poseen los países viejos, una sabiduría incorporada tan profundamente a nuestro ser que ya no hay necesidad de conquistarla laboriosamente por voluntad propia. Somos los herederos de nuestro pasado colectivo y personal y el ser libres no es en definitiva sino una parte de nosotros mismos. La carta de Reyes contribuía con un ejemplo que completaba esta tesis, pues Argentina era una nación muy diferente de Francia: era un país querido, escogido, construido conscientemente por todos sus participantes en torno a un germen apenas más antiguo, por lo tanto frágil y en consecuencia desconfiado. Maurras presenta a Alfonso Reyes a sus lectores como un "brillante intelectual mexicano..., uno de los 'príncipes' de la literatura americana, en el sentido en que se puede hablar de 'príncipe lorenés' a propósito de Poincaré... Sin haberse mezclado nunca en la política corriente, Alfonso Reyes ha sabido imponerse a los gobiernos revolucionarios que se han sucedido en México desde 1910". Después sigue un breve recordatorio de su carrera diplomática y de inmediato la interesante polémica que lo había enfrentado con un escritor argentino. Maurras cita después la traducción de fragmentos importantes de la carta de Reyes en los que éste describe la exigencia, un poco ingenua y apasionada, de los recién llegados; piden a sus compatriotas ya instalados "que les proporcionen una fórmula fácil y rápidamente asimilable de lo que es Argentina... En suma, un patriotismo preparado..." Pero la cultura —según Reyes y en una frase que encantó a Maurras— no se improvisa. Re-

[40] "A R.D.", publicado en *Monterrey*, Río de Janeiro, agosto de 1930; *O.C.* de Reyes, t. IX, pp. 36-41.

[41] Reyes, *La inmigración en Francia*, 1927.

[42] Ch. Maurras, *Sur la cendre de nos foyers*, ediciones del Capitol, mayo de 1930.

quiere "tiempo y abono, como toda semilla, para convertirse en fruto. El tiempo es un factor que no se puede acortar. Además los pueblos americanos han perdido mucho tiempo en desórdenes internos. Antes que filosofar hay que vivir". Charles Maurras retoma entonces la feliz expresión de Reyes "de impregnación gradual" para describir la adquisición lenta que los pueblos jóvenes realizan de la civilización y la cultura. Ramón Doll reprochaba a los privilegiados argentinos que no hubieran sabido cultivarse sino "europeizándose". Pero esta asimilación progresiva sólo puede comenzar por el estudio de lo que han hecho los predecesores. La cita de la frase de Auguste Comte: "Esta sumisión es la base del perfeccionamiento", muestra que Maurras había percibido que el pensamiento de Reyes y el suyo habían abrevado en una fuente común. El tono de "vivacidad cortés" que empleaba Reyes le agradaba: "Felicitémonos, señor y amigo, de que no se haya inventado hasta ahora un comprimido Bayer que nos permita ingerir de un trago toda la conciencia nacional". Maurras continúa desarrollando un paralelo entre la situación argentina y las dificultades de integración que encuentran en Francia algunos inmigrados. Este pasaje sigue siendo célebre por otra parte en la crítica a Maurras, pues contiene la definición de dos términos que el escritor emplea con frecuencia y que se le habían reprochado muchas veces. Por lo demás *plebeyo* no contiene ninguna intención hiriente y *advenedizo*, dicho por él, no tiene más sentido que el que tenía en la Grecia antigua, es "el recién llegado, el que carece de las tradiciones del país". También en Argentina —y Maurras reproduce de nuevo largos pasajes del texto de Reyes— el "núcleo" ejerce una verdadera fascinación sobre la periferia. "La supremacía del núcleo es un milagro cívico que, si la clase privilegiada llegara a descuidarse, no podría mantenerse mucho tiempo más. Naturalmente, el núcleo, visto de cerca, no es ni estático ni inmóvil. Hay entre él y lo que lo rodea un intenso intercambio de sustancia. Esta periferia advenediza está destinada a la organización, es organizable", y Maurras reclama para Francia medidas que existían ya en otros países a fin de contribuir a esta asimilación y ordenarla. Esto parecería más fácil en un pueblo como el francés, pero más delicado en un pueblo como el argentino en el que uno se podía preguntar con Alfonso Reyes si el núcleo podría mantener sus cualidades propiamente argentinas o si sería tragado por el flujo de la inmigración. Pero también para Francia el problema seguía siendo importante. La inmigración no debía ser similar a "un regreso universal de las grandes invasiones".

Es probable que, por mediación de Charles Lesca, Maurras haya hecho llegar su libro a Reyes. Éste se lo agradeció con una breve carta en la que no plantea el análisis de la cuestión que había motivado las líneas del escritor francés. Siempre guiado por su patriotismo, prefirió atraer la atención de Maurras hacia México, "frontera de una raza", de la que nadie podía "negar, al menos, el heroísmo, la valentía y la conciencia ne-

ta del problema".[43] El "conflicto del advenedizo" no existe en México, cuya vocación responde a un doble deber: montar "la guardia latina en la frontera del Río Bravo" y, misión "terrible y magnífica... incorporar a millones de indígenas a la civilización occidental".

Esta carta fue también para Reyes la oportunidad de rendir homenaje a "un maestro muy admirado" cuya obra hacía tiempo que estudiaba "con el mayor interés".

En 1923, cuando Maurras había publicado su gran poema *Le mystère d'Ulysse*, don Alfonso, todavía emocionado, escribió una página muy personal que mantuvo en secreto.[44] En el momento en que él mismo daba a conocer bajo el mito de Ifigenia su voluntad de dominar su destino, Maurras explicaba cómo había conseguido sacar alegría y enseñanzas de la enfermedad que lo había postrado desde su infancia. Sordo a los ruidos de la tierra —como los compañeros de viaje a los que Ulises les había tapado los tímpanos para que no escucharan los cantos de las sirenas—, escuchaba ahora "una música interior". La cultura griega, la lengua griega, obras maestras de moderación y precisión, le habían ayudado a adquirir una noción inteligible de la Belleza y de la Armonía que podía sustituir el placer de los sentidos. Si don Alfonso no había hecho pública la satisfacción que sentía al ver que Maurras también había superado su drama, fue tal vez porque su texto contenía cierta crítica: lamentaba la forma arcaica en la que Maurras se había expresado. ¡Escoger un verso tan académico cuando Claudel había renovado tan completamente la métrica francesa![45] El autor hubiera logrado mejor su objetivo en prosa, en su bella prosa. Y Reyes no había resistido al placer de traducir en largos versículos castellanos, sin la tiesura del alejandrino francés, una parte importante de esta obra en la que Maurras declaraba su victoria. Había otro libro de Maurras, *L'Avenir de l'Intelligence*, que Reyes siempre conservaba al alcance de la mano y hojeaba con frecuencia. Hasta el fin de sus días vio en él una de las obras más importantes del pensamiento moderno.[46]

[43] En la Capilla Alfonsina se conserva un duplicado de esta carta de Reyes a Maurras. Reproducimos el texto en el apéndice núm. 2.

[44] Reyes, "El poema sordo", publicado hasta 1947 en *A lápiz*, *O.C.*, t. VIII, p. 230.

[45] "Maurras, pues, ha escrito un poema en alejandrinos académicos que, en tiempos de Paul Claudel, es una verdadera curiosidad. El poema, o 'discurso' como él lo titula, con modestia que tiene algo de vanidad, se llama: *El misterio de Ulises*. Si Maurras llega a escribirlo en prosa, en su buena prosa, lo acierta." "El poeta sordo", *op. cit.*, p. 230.

[46] "Ha habido, hasta en nuestros tiempos, tan ayunos de pensamiento heroico, ciertas profecías, bien que los poetas no sean siempre desinteresados y puros. He aquí, entre otras adivinaciones, las primeras que hemos recordado, la otra tarde, charlando entre amigos predilectos:

El desperezo de Thor, que Heine anuncia en su *Alemania*;

las visiones históricas, amargas y pesimistas, de Burckhardt, que anuncia el Estado totalitario;

Para el mexicano lo mismo que para el provenzal, la Hélade era tierra de mesura, y su actitud preferida en todos los terrenos era la del justo medio artistotélico, en desafío a las exageraciones irracionales y a las políticas de la catástrofe. No hay ninguna imagen más frecuente en sus escritos que la del astil de la balanza, imagen del difícil equilibrio hacia el que debe tender el pensamiento, y éste es el sentido que hay que dar a *Libra*, título de la revista que había fundado don Alfonso con sus amigos argentinos. La moral, el desinterés por el dinero y el patriotismo exigían un rigor extremo. Cuando Roma condenó *L'Action Française*, la gran prueba en la vida de Maurras, Reyes se indignó.[47] En la interpretación injusta, errónea, que había dado la Iglesia del pensamiento de Maurras a través de citas mutiladas de sus escritos, Reyes encontraba los tortuosos métodos y las quimeras de la política "gaspariana", cuyos errores frente a México había deplorado desde la crisis de 1926. En los libros de Maurras y de Léon Daudet, que Reyes recibía con regularidad en Buenos Aires, en particular en *La Ronde de Nuit* a la que cita en su *Diario*, veía severamente descritos y juzgados a los cardenales que él mismo había conocido en París, entre ellos a monseñor Ceretti.[48] Este numen abundante, "rabelaisiano", que impelía a Léon Daudet a fustigarlos, encantaba a don Alfonso. Daudet era un "polemista nato, que entra en todas las batallas con un buen humor de rapaz travieso".[49] Algunos reprochaban a don Alfonso, hombre de izquierda, que leyera y citara a Léon Daudet. Reyes se defendía: "yo tomo mi bien donde lo encuentro".[50] Apreciaba cada vez más esa fuerza de protesta que poseía el periodista de *L'Action Française*, ese tono vivo y "apresurado" que es comparable a "un músculo verbal". ¿Sentía en ello don Alfonso uno de sus propios límites? Lamentaba no poseer la misma virulencia; paradójicamente, este espíritu hecho de ponderación prefería los estilos enérgicos y con garra. No era el único, en Argentina, en México, en leer más que nunca los libros, los artículos, los panfletos de Maurras, de Léon Daudet, de Jacques Maritain y de Julien Benda, el "francotirador" del grupo. La prohibición del Va-

el Individuo contra el Estado, de Spencer;
el Porvenir de la Inteligencia, de Maurras;
El Estado Servil, de Belloc;
la Era del Chauffeur, de Keyserling;
la Rebelión de las Masas, de Ortega y Gasset;
la Raza Cósmica, de Vasconcelos."
(Antecedentes inesperados, en el "Pedro Lobo" de Valera, *Genio y figura...*), *Marginalia, 2ª serie*, p. 179.

[47] Véase el poema reproducido aquí, nota 122 del capítulo XII.

[48] *Diario*, p. 231.

[49] "El poeta sordo", *op. cit.*, p. 230.

[50] "El reaccionario y monarquista católico Léon Daudet (perfectamente se le puede citar, yo tomo mi bien donde lo encuentro), furibundo contra Zola, escribe así:..." "Notas sobre el trabajo", en *Los trabajos y los días*, *O.C.*, t. IX, p. 209.

ticano había atraído la atención de un número considerable de intelectuales hacia *L'Action Française*. Las persecuciones habían acabado por aumentar su influencia, y el número de suscriptores en América Latina había subido como flecha. Nunca fue mayor la proyección de Maurras en esos países que en 1928 y 1929.

## Lectura de Jean-Jacques Rousseau y de Stéphane Mallarmé

En Buenos Aires, Reyes disponía de mucho más tiempo que en París para su obra personal. Una salud excelente, el bienestar, una racha de optimismo, casi un sentimiento de ubicuidad le permitían a veces conciliar con armonía las obligaciones de su cargo, la ayuda amistosa que aportaba a los jóvenes escritores argentinos, un gran número de lecturas y la preparación de obras fascinantes o importantes. Su actividad literaria se concentró esencialmente en torno a dos autores franceses: Jean-Jacques Rousseau y Stéphane Mallarmé.

Huelga decir que Reyes, desde hacía tiempo y aun cuando no siempre las compartiera, como todos los pensadores americanos conoció las ideas y las teorías de Rousseau en el camino de sus meditaciones, ya se tratase de historia, de música o de filosofía. Le gustaba asomarse a las diferentes utopías entre las que se podía situar al país americano de la inocencia en el que Rousseau imaginaba a su Buen Salvaje. Pero a don Alfonso también le fascinaba el personaje novelesco del propio Jean-Jacques tal como aparecía en las *Confesiones*, así como el de la rubia madame de Warens. Releyó los primeros tomos de esta obra en la que Rousseau cuenta su infancia y su adolescencia y la lenta iniciación en la vida y en el amor que recibe en Charmettes. Estos libros y todos aquellos en los que un autor se describe a sí mismo, como *El libro de mi vida* de Santa Teresa o las *Confesiones* de San Agustín, siempre habían atraído a don Alfonso, pues este mexicano púdico carecía precisamente de la facultad de contar su propia vida así, aun en su *Diario*. "Nadie antes de Rousseau se había mostrado tan confiado a la mirada del lector." Reyes veía en él al precursor de la novela de análisis moderna, una de las fuentes más importantes para Proust y que éste había olvidado citar entre los autores que le habían abierto el camino.[51] Rousseau había vivido en aquel rincón de París en el que Reyes también había vivido y, desde que se enteró de este detalle, don Alfonso coleccionaba las numerosas obras de crítica

[51] "En el último volumen de su larga comedia humana, Proust... nos da los antecedentes de su método literario: las *Memorias de ultratumba*, de Chateaubriand; la *Sylvie*, de Nerval; Baudelaire. La crítica puede añadir algunos antecedentes que escaparon a Proust: en el siglo XVIII, William Cowper, *The task*; Rousseau, *Confesiones*, II, vii; Alfieri, *Vita*". "Tres puntos de exegética literaria", *O.C.*, t. XIV, pp. 288-289.

que habían sido publicadas y todavía se publicaban sobre el autor de las *Confesiones*. A partir de aquel momento, tuvo la idea de escribir un texto sobre su juventud sin saber todavía qué forma le iba a dar. En Buenos Aires siguió recibiendo a través de su amigo el librero León Sánchez, entre otros, múltiples volúmenes, hasta tal punto que Rousseau se convirtió en uno de los autores más presentes en su biblioteca y Reyes, con el demonio de la erudición siempre activo en su interior, llegó a escribir, en espera de algo mejor, una nota bibliográfica: "Rousseau en la biblioteca de Alfonso Reyes".[52] Un día, un amigo lo encontró inclinado sobre una mesa repleta de libros y Reyes no le pudo explicar por qué le interesaban tanto los amores de Jean-Jacques y de la señora de Warens.[53] "El poema está ahí, latente."[54] Sin duda era excitante y paradójico querer captar, a base de estudios y de documentos, el medio para escribir sobre aquel que había inventado "la inspiración" y el arte de dejarse llevar por la pluma. Poco a poco el personaje de madame de Warens se iba esfumando en el interés de don Alfonso. Ella había calificado, excediéndose, la iniciación amorosa que le había dado a su joven protegido de verdadera "obra filantrópica"; Rousseau había recibido este conocimiento del amor como "una receta de farmacia".[55] Reyes prefirió detenerse en un episodio anterior de la adolescencia de Rousseau, en aquella casta jornada en la que éste cuenta que hizo una escapada a un viejo castillo saboyano con dos muchachas encantadoras de la mejor sociedad, jornada que los eruditos denominan el "idilio de las cerezas". Numerosos dibujantes han ilustrado y hecho célebre el momento en que el joven se va a coger cerezas en compañía de sus amigas. Don Alfonso, tan concienzudo, se había tomado la molestia de reunir las obras de estos dibujantes y al amante de los grabados no le había costado mucho convencer al escritor de que se ciñera a este episodio. Toda una familia de Annecy, los Sérand, se había dedicado al estudio de las circunstancias del "idilio de las cerezas". Reyes se interesó por estos simpáticos investigadores franceses que habían empleado tanto tiempo en precisar los mínimos detalles de acontecimientos tan fútiles.[56] Don Alfonso leyó sus artículos, su libro, y desde Buenos Aires emprendió el estudio de la topografía de esa región en los al-

[52] Inédita y hasta ahora sin descubrir en los archivos de la Capilla Alfonsina.

[53] "Arma virumque", en *Al yunque*, pp. 35-36.

[54] "Juan Jacobo sale al campo", en *Grata compañía*, *O.C.*, t. XII, p. 83.

[55] "Hay, en aquel idilio sin pasión, yo no sé qué sabor ridículo, qué hipocresía pedagógica...Mme. de Warens, antes del trance, ha debido convencerse a sí misma de que va a emprender una obra filantrópica...Triste historia. El melancólico Juan Jacobo...pudo pensar seguramente que le habían servido el primer amor en una receta de farmacia." "Pasos de Passy", *Marginalia, 2ª serie*, p. 132.

[56] *Cf.* "Juan Jacobo sale al campo". F. y J. Sérand publicaron su comentario en la *Revue savoisienne* en 1912, p. 22, y más tarde en un volumen en la editorial Dardel, en Chambéry, y en la editorial Maloine, en París.

rededores de Annecy, encontrando en su búsqueda algo del aire puro de los Alpes que él había respirado en Chamonix durante sus cinco días de vacaciones en 1925. Para este mexicano acostumbrado a la altura, esto significaba inconscientemente huir del horizonte llano y asfixiante de la Argentina. Encontraba también de nuevo a Francia, los nombres franceses de lugares y personas, el refinado mobiliario dieciochesco del castillo de Thônes, la instalación de una cocina rústica francesa, un paisaje umbrío, ondulado, íntimo, con cascadas y riachuelos que se cruzaban a vado. Mucha de la nostalgia por nuestro país acompañaba pues sus ensueños y sus lecturas en torno al "paseante solitario", pero la Musa tardó en guiñarle el ojo y en golpearlo, como era su costumbre, en el hombro. Esta espera duró casi tanto como su estancia en Buenos Aires; todo el tiempo que pasó en Argentina siguió manteniendo su apasionado interés por Rousseau y no fue sino hasta 1934, en Río, cuando puso punto final a su obra, largo poema en prosa en cinco cantos, de un género nuevo e híbrido difícil de definir, glosa prolongada de las tres páginas que Rousseau había escrito sobre esta pequeña aventura.[57] El primer movimiento nos ofrece, como lo quería la moda literaria del periodo entre las dos guerras y siguiendo a Gide, el "diario" de esta composición, las fuentes, la bibliografía, el retrato autobiográfico de Rousseau traducido de otro capítulo de las *Confesiones*, todas ellas indicaciones "técnicas" humanizadas por el arte de Reyes. El autor aparece y se expresa en primera persona, haciendo uso de su familiaridad con el tema, y llama a madame de Warens "Mamá Warens", y a los eruditos de Annecy que se han dedicado al estudio de este episodio, "los amigos de Annecy". El término amigo no es aquí una impostura sino que significa "aquel que tiene las mismas preocupaciones que yo". Así pues, don Alfonso llamaba al célebre entomólogo meridional "mi amigo Fabre". Se formula la meta del escritor, se pronuncia la palabra *poema*, se devela su método: dejarse guiar por la mano de Rousseau, apoyarse en los hechos concretos y descartar toda documentación "parasitaria". El lector puede confiarse con plena seguridad a Reyes. Con simplicidad y seriedad, éste se sitúa en la gran sociedad de los "amantes de Rousseau", es decir, en el sentido "larbaldiano", de los buenos y apasionados conocedores de la obra, la crítica y la iconografía consagradas a Rousseau.

Sigue la recreación de aquel hermoso día del 1° de julio de 1730, sábado, en el que Jean-Jacques brinca del lecho antes de las cuatro de la madrugada, atraído por la belleza de la aurora y por el deseo de pasear. Don Alfonso no descuida ningún detalle, el día amanece bien en ese minuto, en esa época del año en Annecy. La inspiración pasa con flexibilidad de la traducción poética del texto de las *Confesiones* al comentario sonriente de los hechos. Reyes no ignora nada de ese paseo matinal, la

[57] "Juan Jacobo sale al campo", *op. cit.*

estaba entusiasmado con la noticia y la perspectiva de tan deliciosos momentos.[59] Desafortunadamente, las relaciones de don Alfonso muy pronto se tensaron, no tanto con sus jóvenes amigos —Borges, Molinari, Bernárdez— como con Evar Méndez, escritor porteño de más edad que el conjunto del grupo, más rico también, al que estas innovaciones divertían y que parecía decidido a crear la colección pero imponiendo sus ideas.[60] Por último, exasperado, don Alfonso renunció a entregar su *Culto a Mallarmé* a los *Cuadernos del Plata* y los textos que iban a constituirlo se disgregaron en diferentes publicaciones. Algunos aparecieron sin tardanza en Buenos Aires, en *Sur*, la revista de Victoria Ocampo.[61] Otros fueron acogidos en la *Revista de Occidente* de Ortega en Madrid, en 1932.[62] Otros más figuraron en 1938 en el pequeño volumen titulado *Mallarmé entre nosotros*. Los comparatistas franceses lamentan que el proyecto de reunir en un tomo de las *Obras Completas* de Reyes todos sus escritos sobre Mallarmé no haya podido hacerse realidad todavía: la mayoría son de primer orden y su conjunto podría ocupar un lugar legítimo junto a las mejores obras consagradas al maestro de la rue de Rome.

Hemos visto que desde los veinte años —y antes incluso de la publicación de algunas obras maestras de Mallarmé, como *Igitur* y *Un coup de dés*—, Reyes había captado con una asombrosa agudeza lo esencial del difícil arte del gran poeta. Al releer en 1929 lo que había escrito en 1909, podía juzgar su propio estilo de juventud, algunas de sus imágenes, pero seguía suscribiendo su interpretación general de la obra mallarmeana. El importante estudio que escribió sobre Mallarmé entre 1928 y 1930 no fue, pues, ni la continuación ni la corrección del análisis que publicó en su primer libro. Antes bien, su inspiración fue más bien el resultado de aquel paralelo entre Góngora y Mallarmé que hacía correr tanta tinta desde hacía diez años. Tal vez Reyes había lanzado esta idea en alguna de sus conferencias, pero la había omitido de inmediato en el texto de *Cuestiones estéticas*.[63] Más tarde encontró una comparación entre ambos autores en

[59] *Diario*, p. 231.

[60] Acerca de las razones que impidieron que don Alfonso publicara en Buenos Aires en 1929 su estudio sobre Mallarmé, véase su carta a Ortega y Gasset del 10 de enero de 1930, que se conserva en la Capilla Alfonsina. Barbara Bockus Aponte tradujo al inglés esta carta en *Alfonso Reyes and Spain*, pp. 107-111.

[61] *Sur*, julio de 1934, pp. 114-151, y noviembre de 1936, pp. 43-52.

[62] Estos textos fueron traducidos por Mathilde Pomès y se publicaron en París en la *Revue de Littérature Comparée*, en julio de 1932, pp. 546-568.

[63] Él dice, en efecto, en "De Góngora y de Mallarmé", resumen histórico de la similitud entre ambos poetas, publicado en 1926 en *Cuestiones gongorinas*: "... asocié ligeramente los nombres de Góngora y de Mallarmé, allá por 1909 o 1910, en cierta conferencia". Pero, tal como lo ha observado Dámaso Alonso, la asociación de los dos nombres no aparece en ninguno de los textos que fueron publicados en el tomo I de las *Obras Completas* (*cf.* el texto de D. Alonso, "Góngora y la literatura contemporánea", citado por Phillip Koldewyn en su estudio "Alfonso Reyes y los estudios gongorinos", en el volumen colectivo *Presencia de Alfonso Reyes*, p. 46). Alfonso Reyes reconoció implícitamente su error

una de las *Promenades littéraires* de Remy de Gourmont en 1912.[64] Pero hubo que esperar a la publicación del artículo de Francis de Miomandre, en julio-septiembre de 1918 en la revista *Hispania*, para descubrir expuestos adecuadamente, a pesar de algunas aproximaciones que Reyes señaló por otra parte, los rasgos comunes que se pueden descubrir entre estos dos poetas herméticos, ambos deseosos de que su obra poética alcanzara una forma perfecta y enamorados de lo absoluto. Después, este parangón se convirtió en un lugar común de la crítica, "como lo era entre los estudiantes de ayer el tema latino sobre el paso de Aníbal por los Alpes".[65] En la década de 1920-1930, los "gongoristas" más avanzados o los especialistas de Mallarmé se dedicaron más bien a subrayar las diferencias que los separaban, pese a similitudes también importantes. Miomandre ya había hecho hincapié en todas las diferencias de carácter entre ambos y Zdilas Milner, humanista polaco y excelente hispanista que impartía clases en Francia, había publicado artículos decisivos sobre este tema;[66] Reyes había tenido correspondencia con él y es de lamentar que el conjunto de sus relaciones epistolares, que se prolongaron por años, y aún durante la estancia de don Alfonso en Buenos Aires, no se haya podido recuperar hasta el momento. Marius André había desarrollado el mismo tema en un prefacio a su traducción del *Polifemo*; en un artículo muy amistoso para con don Alfonso publicado en *Hispania* en febrero de 1922, había dado un testimonio tan autorizado como el de Paul Valéry sobre este paralelismo tan tentador.[67] En 1927-1928, a raíz de la celebración del tercer centenario de la muerte de Góngora, los estudios sobre el poeta cordobés se multiplicaron y se volvió a establecer la semejanza. La voz autorizada de Dámaso Alonso había denunciado de nuevo este abuso. Reyes había dedicado al tema una de sus mejores páginas de *Cuestiones gongorinas*.[68] Su generación había reconocido en Góngora a "un muy

al suprimir en su edición de *Cuestiones gongorinas* de sus *O.C.*, t. VII, p. 85, la nota 5, que figuraba en la misma página de la edición original: "Yo intenté de paso esta aproximación en *Cuestiones estéticas*, París, 1911".

[64] Remy de Gourmont, *Promenades littéraires, 4e série.*

[65] Reyes, "De Góngora y de Mallarmé", *O.C.*, t. VII, p. 160.

[66] Dzilas Milner, "Gongora et Mallarmé; la connaissance de l'absolu par les mots", *L'Esprit Nouveau*, núm. 3, diciembre de 1920.

[67] Marius André cuenta, en este artículo en forma de "carta abierta" dirigida a Alfonso Reyes, que, desde Madrid, en la segunda estancia de éste en la ciudad, don Alfonso había enviado algunos textos de Góngora acompañados de su traducción a Paul Valéry. Éste le respondió "que él había creído hasta entonces que las analogías entre la poesía de Mallarmé y la de Góngora eran puramente superficiales y que acababa de darse cuenta, por mis extractos, que eran reales y profundas". De ahí parte sin duda el interés que el autor de *Charmes* manifestó por el poeta de Córdoba. Mathilde Pomès atestigua que el poeta le pidió a menudo que le leyera algunos versos de Góngora, que le precisara una acentuación, el o los diferentes sentidos de un término, etcétera.

[68] "De Góngora y de Mallarmé", *O.C.*, t. VII, p. 158. Véase también "Apéndice de 1926", *ibid.*, p. 110.

gran poeta español del siglo XVII", pero no era "el gran poeta español". La obra de Góngora no respondía ya a los objetivos de la poesía actual. No podía seguir siendo considerado por los poetas españoles de 1930 como "su" poeta.[69] En comparación, Reyes había detectado la mayor importancia de Mallarmé, en su opinión, sobre la de Góngora. De alguna manera, a modo de respuesta a Dámaso Alonso, escribió: "Mallarmé es *mi* poeta". Es a partir de aquellos años cuando Reyes toma conciencia del lugar que ocupa este poeta en su corazón. Las obras de Mallarmé lo acompañaban en cada uno de sus desplazamientos. En su biblioteca estaban clasificadas aparte, en un mueble de fácil acceso y en primera fila de los libros preferidos.

Algunas conversaciones que había intercambiado en Francia con sus amigos contribuyeron probablemente a fortalecer esta predilección al adquirir un conocimiento más directo del maestro. Francis de Miomandre, quien nunca había conocido a Mallarmé, había vivido seis años en la intimidad de Camille Mauclair, "la niña mimada" del poeta.[70] ¿Describió el propio Paul Valéry a Reyes sus preciosos recuerdos de Mallarmé? Mathilde Pomès, muy allegada a los Valéry, conoció todos los detalles y no cabe duda de que se los contó a don Alfonso. Jean Cassou había sido secretario de Pierre Louÿs, otro habitual de los célebres "martes". En su querido barrio de Passy, madame de Clermont-Tonnerre tal vez evocara a su vecino mexicano la pensión aristocrática en la que sus padres se habían codeado con el joven Stéphane. La alusión de Reyes a estas revelaciones amistosas es muy delicada, apenas perceptible, muy a su manera característica.[71] La descripción que hace de un rico internado en los alrededores de París nos trae irresistiblemente al pensamiento el colegio de San Agustín del que Valery Larbaud habla en *Fermina Márquez*. Se respira la misma atmósfera y la presencia de la tía de uno de sus alumnos, soltera algo extravagante, fascinada por los buenos modales y que mantenía "horas enteras" de tertulia en el locutorio del internado, es una cla-

[69] "Góngora no es nuestro poeta, ni menos 'el poeta' ", Dámaso Alonso, conferencia de 1928 publicada en *Cuatro poetas españoles*, Madrid, 1962, p. 72. Phillip Koldewyn comenta esta frase así: "Dámaso Alonso señaló los relativos defectos y límites de Góngora en 1928 para rectificar la impresión que temía que él y sus colegas hubieran dado en 1927 de querer exaltar a Góngora sin reserva como el mejor poeta de todos los tiempos" (*op. cit.*).

[70] *Cf.* Miomandre, *Mallarmé*, 1948, p. 31. En el texto de Miomandre, se encuentra en varias ocasiones (pp. 31, 33...) esta expresión de "culto" para expresar el sentimiento suyo y el de su generación hacia Mallarmé. No cabe duda de que había empleado esta palabra ante Reyes, quien durante mucho tiempo pensó en titular *Culto a Mallarmé* los estudios que escribió poco después en Buenos Aires, término que él explica en su artículo publicado en *Sur*, julio de 1934, p. 116.

[71] "La pensión en que Mallarmé pasó algunos años de su infancia, según referencias suyas de que Régnier tomó exacta nota, y los hermanos Goncourt noticia inexacta, era de lo más aristocrático... El niño se sentía humillado entre tanto Talleyrand-Périgord et Clermont-Tonnerre." "Culto a Mallarmé", *Sur*, julio de 1934, p. 121.

ra alusión al inolvidable personaje de Larbaud de Mamá Doloré, aun cuando ésta haya sido ampliamente recubierta de exotismo por su creador.[72] ¿Quiso don Alfonso mediante este parecido implícito indicar una posible fuente del novelista, revelar con habilidad una confidencia? ¿Se habían mezclado los textos de Régnier o de los Goncourt sobre la infancia de Mallarmé con los recuerdos de Larbaud para dar vida a su colegio de San Agustín? El malestar de Mallarmé, de apellido demasiado modesto entre los descendientes de las grandes familias francesas, ¿le había dado la idea de describir el sufrimiento de algunos de los jóvenes educados en aquella pensión? Con una delicadeza similar, Reyes deja deslizar en seguida en su texto el nombre de Saint-René Taillandier, el profesor que permitió a Mallarmé que mejorara su precaria vida en Avignon.[73] ¿Recibió estas precisiones de boca de sus descendientes, M. y Mme. Saint-René Taillandier, con quienes doña Manuela y él mismo simpatizaron en las reuniones del Comité France-Amérique? Evocar a Mallarmé una vez más significaba para Reyes volverse a encontrar en París con sus queridos amigos.

En 1929, con objeto de reanudar el estudio serio de "su" poeta, don Alfonso emprendió vastos trabajos de erudición. Encargó a Francia no sólo todos los escritos literarios de Mallarmé, sino también las traducciones que éste había hecho del inglés y sus libros de pedagogía, más interesantes de lo que se pudiera imaginar antes de estudiarlos a fondo. Coleccionó toda la correspondencia que el poeta francés había intercambiado con Mistral, con Aubanel, Zola, y la más mínima nota suya que se hubiera publicado en libros o en diversas revistas. Con la ayuda de sus jóvenes amigos argentinos revisó las colecciones completas del *Mercure de France*, de *Nouvelles Littéraires*, para reunir todas las opiniones o comentarios que se habían publicado sobre el poeta de *L'Azur*. El número de obras de crítica que llegó a reunir con el mismo propósito rebasa ampliamente la cincuentena. En sus diferentes artículos cita en primer lugar a Camille Mauclair, cuyos recuerdos habían sido el único recurso del que disponía cuando escribió su estudio en 1909, y cita también, por supuesto, a los grandes maestros del "mallarmismo": Thibaudet —"quien ni siquiera pronunció el nombre de Góngora en su estudio sobre Mallarmé"—, Paul Souday, Édouard Dujardin, Remy de Gourmont, los testigos de la vida del poeta: el policía Raynaud, Seignobos, Robert de Montesquiou. Desde Buenos Aires, Reyes escribió muchas cartas para preguntar sobre sus atestamientos, sobre la biografía de sus autores, para saber qué confianza

[72] "Una tía solterona que nunca falta, tocada de manía de nobleza, lo había hecho internar en aquella pensión... De tiempo en tiempo iba a saludarlo... Cuando la familia venía a visitar a algún muchacho, el bedel gritaba el nombre con un portavoz desde el jardín...La tía siempre hacía tertulia en la sala de la pensión, y se alargaba horas enteras recordando sus muchas y antiguas relaciones con la gente de alto copete." *Ibid.*

[73] *Ibid.*, p. 128.

podía concedérseles. Después escruta concienzudamente *Les Poètes Maudits* de Verlaine, *À Rebours* de Huysmans, todos los escritos que Gide, Paul Valéry, Claudel y Léon-Paul Fargue hubieran podido dedicar a su gran antepasado. Dedicó especial atención a los comentaristas extranjeros, sobre todo a los del otro lado del Canal de la Mancha, como Edmund Gosse y especialmente George Moore, que habían llegado a comprender a este poeta impregnado de cultura inglesa mejor que los propios franceses. El conjunto de esta bibliografía era impresionante y, no sin satisfacción, don Alfonso redactó una nota, "Mallarmé en la biblioteca de Alfonso Reyes", como lo había hecho en el caso de Rousseau y de Góngora. Para escribir "Museo de Mallarmé" acumuló todas las informaciones posibles sobre la vida de Mallarmé en la rue de Rome y sobre sus famosas veladas. Para ello, los innumerables volúmenes de los que disponía no le bastaban. Su deseo de penetrar la existencia del maestro hasta en los ínfimos detalles era tal que escribió a Jean Cassou en varias ocasiones para obtener la reproducción del plano del departamento de la rue de Rome que Pierre Louÿs había trazado. Todos los objetos que habían formado parte del contexto en el que había evolucionado "su" poeta lo interesaban, pues la poesía transfigura la realidad aunque se apoya en ella. Conocer los colores, las formas con las que se habían encontrado las miradas del poeta era una ayuda para disfrutar mejor sus versos, para entenderlos mejor. Como sabía el valor biográfico de la anécdota, redactó un "Anecdotario de Mallarmé" al que pensaba titular "Hebras de tabaco", en homenaje al hábito de fumar que él compartía con el autor de "La pipa".

Cuando apareció el libro de Fabureau en 1933, a don Alfonso se le planteó un verdadero caso de conciencia.[74] El crítico francés había recreado el "itinerario de Mallarmé" y su vida de profesor inspirándose en las mismas fuentes que Reyes. Como él, se dirigía con el mismo tono fervoroso a los lectores ya iniciados en la obra de Mallarmé. También él había intentado reunir, organizar, "destilar" el resultado de las últimas investigaciones sobre Mallarmé utilizando a la par la anécdota, el detalle preciso y el eco de las conversaciones del siglo pasado. Su libro guardaba con el estudio de Reyes "inquietantes coincidencias, parecidos, paralelismos" que podían llegar hasta la "literalidad". Don Alfonso comprobó una vez más que su costumbre de guardar varios años sus escritos en su poder, para pulirlos durante mucho tiempo, podía tener graves inconvenientes. Vaciló incluso en publicar sus ensayos sobre Mallarmé. Finalmente, limitándose a señalar este parecido y recomendando vívidamente con su probidad y su buena fe el libro de Fabureau a los amantes

[74] Hubert Fabureau, *Stéphane Mallarmé. Son oeuvre*, París, Nouvelle Revue Critique, 1933, 94 pp.

de la poesía de Mallarmé, se decidió a dar a conocer su propia interpretación del "itinerario" del poeta.[75]

Gracias al gran número de precisiones que había reunido sobre "su" poeta, don Alfonso había logrado una verdadera "reconstrucción" de su biografía en un intento que recordaba, por su método, los pasos que había dado para reconstruir algunos momentos de la juventud de Rousseau, sus amores con madame de Warens y el idilio de las cerezas. Pero sus escritos sobre Mallarmé gozan de una vibración especial, pues don Alfonso, al que todavía le costaba dificultad abrirse a la confidencia, se describió muchas veces a sí mismo sin quererlo al contar la vida de su escritor favorito.[76] Y es que, pese a las apariencias, existían puntos comunes entre la vida del oscuro profesor francés y la del brillante diplomático mexicano. Sus vocaciones de poetas habían causado el mismo escándalo en sus respectivos medios familiares.[77] Más tarde habían optado por "huir" de este medio.[78] Ambos habían conocido entonces, con sus jóvenes esposas, el exilio, la horrible miseria cuyo recuerdo los había marcado para siempre.[79] Las amistades los habían ayudado sin duda a soportar aquella penuria. Y algún objeto bello, una flor, un dibujo, un libro antiguo, que les habían servido de transición "entre la realidad y el sueño".[80] Si don Alfonso se detiene después en una terrible descripción de la vida profesional de su poeta es porque se felicita a sí mismo por no haber seguido los consejos de sus amigos españoles, por haber evadido el profesorado, el espectro de la rutina envilecedora y la eventual crueldad infantil. Después el profesor y el diplomático aspiran ardientemente a liberarse de una profesión dura y se consagran a "un ocio con letras".[81] La conversación,

[75] "Culto a Mallarmé", *Sur*, julio de 1934, pp. 118 y 119.

[76] Don Alfonso libraba siempre la misma lucha consigo mismo para llegar a exteriorizarse porque, escribe en el "Culto a Mallarmé": "Y todavía no me resuelvo a decir una palabra en público sobre las cosas que más interesan a mi vida", *Sur*, julio de 1934, p. 118.

[77] "...la aparición de un poeta es siempre un escándalo en la familia." "Culto a Mallarmé", *Sur*, julio de 1934, p. 121.

[78] "...nos deja entender que su viaje a Londres era un fuga." *Ibid.*, p. 124.

[79] "Decide irse a Londres...Junto al brumoso Támesis, la pareja tiene que sufrir la mayor penuria. Mallarmé da clases de francés para sustentar su vida y sus estudios. ¿Qué amigos los acompañaban, los confortaban? ...Algunos afirman que el poeta nunca se recobrará del todo, después de la dura prueba londinense. Esta inmensa deuda de escasez y de frío, habrá de pagarla poco a poco al paso de su vida." *Ibid.*

[80] Reyes estaba muy impresionado por las palabras que Mallarmé había pronunciado a la muerte de Verlaine y las reprodujo en su texto: "A nosotros, aun en medio de la mayor escasez, nos hubiera hecho falta cualquier cosa: una flor, un dibujo preferido, un hermoso libro, alguna de esas bagatelas en que la mirada descansa y que, como piedras del arroyo, ayudan a franquear el paso y dan el vado entre la realidad y el sueño." *Ibid.*, p. 134.

[81] "El ocio con letras", expresión que emplea frecuentemente para él mismo, en el *Diario* o en la correspondencia con sus amigos, y para Mallarmé: "Y vienen los seis ricos y nutridos años de ocio con letras". *Ibid* ., p. 134.

juegos y la obsesión de Mallarmé, Reyes publicó sus maliciosas observaciones en la revista *Libra*, a la que incorporó a sus jóvenes amigos porteños. Las *Jitanjáforas* eran "pedacería de frases que no parecen de este mundo, o meros impulsos rítmicos, necesidad de oír ciertos ruidos y pausas... Los rumores articulados acuden a beber un poco de vida... Quien nunca ha escuchado estas voces no es poeta".[87] Era la época en la que se multiplicaban las escuelas de los *ismos*, en la que numerosos movimientos fascinados por el "freudismo" veían en "la escritura automática", en la creación no razonada, un medio que dejaba que se expresara nuestro inconsciente. Reyes no pertenecía a ellos. Para Reyes, estos simples impulsos rítmicos no tenían nada que ver con la inspiración y tampoco el derecho a la denominación de creaciones poéticas. Nos podemos acercar a "esos ruidos y a esos silencios" sin rozar "vertiginosos abismos metafísicos". Don Alfonso lo repetía con frecuencia: para él, un poema era el fruto de una actividad voluntaria y eminentemente consciente. Él había adoptado como divisa el verso de Verlaine: "Nous...qui faisons des vers émus très froidement".[88] A lo sumo, gracias a estas "larvas del lenguaje" que eran las jitanjáforas, nos podíamos remontar fugitivamente hacia los antecedentes del lenguaje, hacia aquellos ruidos que quizás emitían "los abuelos terribles de la cueva de piedra, hacia el tierno Adán que sentía —en sueños— florecer su costilla".[89] Estas "sombras o caricaturas de poemas" hicieron que Reyes se interrogara sobre el origen de la palabra, sobre el poder generador de las palabras. En la vía de estos pensamientos se encuentra con Paul Valéry, quien también había definido el *mito* como "aquello que no existe o no subsiste sino fundado, como causa única, en la palabra", por ejemplo un centauro, un dragón, etc.[90] Desde estos "huéspedes ociosos" de nuestro espíritu, podíamos acercarnos a numerosas expresiones, frases o estribillos ininteligibles, pero con sonoridades evocadoras y que inventan los niños para su uso exclusivo. Jitanjáfora era todo delirio verbal, interjecciones, onomatopeyas, gritos de animales a los que don Alfonso había estado atento desde su infancia, y las fórmulas que los diferentes pueblos emplean para llamar a sus animales familiares, además de las canciones que cantan los niños de todos los países y en especial los ingleses. Reyes no pensaba que su artículo sobre las jitanjáforas fuera a tener tanta resonancia. Era un juego de ingenio con ánimo de divertir y a veces discretamente didáctico, ya que se publicó en una revista de jóvenes. Pero en Argentina fue un escándalo.

[87] *Ibid.*, p. 195.

[88] Véase "Jacob o idea de la poesía", en *La experiencia literaria* , *O.C.*, t. XIV, p. 100.

[89] "Las jitanjáforas", *op. cit.*, p. 196.

[90] Reyes cita y traduce un largo pasaje de Valéry que es un extracto de "Petite lettre sur les mythes", y que se acaba de publicar en la *NRF* de enero de 1929.

Con un contrasentido magistral, se vio en él la conversión de Reyes al surrealismo. En el conflicto de generaciones que oponía a la clase de estancieros y a los grupos de jóvenes que habían contribuido a la creación de las revistas *Proa* y *Martín Fierro*, parecía que Reyes tomara partido y abandonara a los amigos de su edad, a quienes había frecuentado hasta entonces, y a los radicales en el poder para hacer causa común con insolentes de veinte años vagamente anarquizantes. En cambio, don Alfonso recibió cartas entusiastas de Chile, Colombia, México, Cuba, España, Francia. Hubo numerosos amigos, entre ellos Miguel Ángel Asturias y José Moreno Villa, que le hicieron llegar sus jitanjáforas personales. Otros cuchichearon a su oído algunas rimas airosas. El artículo de Reyes había dado definitivamente en el blanco burlándose a la perfección de las escuelas poéticas de la época.

En Francia, la picardía de Reyes fue bien recibida en general. Larbaud celebró el ingenio de "este delicioso fragmento".[91] Marcel Brion dedicó a las Jitanjáforas un artículo en *Nouvelles Litéraires* el 26 de octubre de 1929, que a su vez provocó otros comentarios.[92] Más tarde, cuando retomó este tema, don Alfonso se dio cuenta de que algunos textos de sus amigos franceses confirmaban sus tesis.[93] En 1915, Foulché-Delbosc, bajo el seudónimo de Marcel Gauthier, publicó algunas páginas sobre estos saltos de un tema al otro.[94] Cuando en 1941 Reyes reunió todos sus textos sobre las jitanjáforas, éstos constituyeron uno de los fascinantes capítulos de una obra tan importante como *La experiencia literaria*. Cita jitanjáforas en todas las lenguas. En lo que respecta a Francia, don Alfonso había vuelto a abrir los libros de Rimbaud, Claudel, Tristan Derême, Giono, Colette, para reunir los estribillos graciosos y puramente acústicos, absurdos y sin embargo muy franceses, que estos autores habían incluido en sus obras. Extrajo muchos de ellos de las colecciones de estribillos de la Edad Media francesa, pues "estas aliteraciones bobas", estas "pretendidas armonías imitadoras" distan mucho de representar la "nueva sensibilidad de nuestro siglo". Son de todos los tiempos. Recordando una vez más las coplas picarescas francesas que cantaban en 1910 sus compañeros de la Facultad de Derecho, Reyes aplica a esta inmensa recolección con frecuencia burlesca las técnicas que la crítica literaria reserva habitualmente a textos más graves y, en especial, las compara. Está

[91] Carta del 26 de septiembre de 1929, p. 67 de nuestra edición.

[92] Véase Jean Baucomont, "Les formulettes enfantines", *Nouvelles littéraires*, 11 de julio de 1931.

[93] Véase "Alcance a las jitanjáforas", *Revista de Avance*, La Habana, 15 de mayo de 1930. *Cf.* también *Monterrey*, núm. 1, p. 7, junio de 1930. Reyes restructuró todos estos textos en su ensayo "La jitanjáforas", en *La experiencia literaria*, *O.C.*, t. XIV, p. 190.

[94] Marcel Gauthier (Raymond Foulché-Delbosc), "De quelque jeux d'esprit", *Revue Hispanique*, 1915.

bastante de acuerdo con Carlos V: el inglés para hablar a los caballos y a los perros, el español para dirigirse a Dios y el francés para conversar con las mujeres: las jitanjáforas francesas son las canciones de amor más graciosas.

## El *Panorama* de Max Daireaux

Al comienzo de su estancia en Buenos Aires, Reyes no había cumplido la promesa que le había hecho a Larbaud al dejar París de ponerlo al corriente de la vida literaria americana. Ni siquiera le había escrito. Se había limitado a hacerle llegar indirectamente algunas de las nuevas revistas que se publicaban en México y el reciente libro de su amigo Pedro Henríquez Ureña, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, destinado a convertirse en una de las obras esenciales de la crítica en lengua española. ¿Por qué ese silencio? ¿Era una sombra que pendía sobre la amistad de Reyes y de Larbaud el que éste no hubiera conseguido que se publicara en Gallimard la traducción de *El plano oblicuo*, como lo explica Marcel Bataillon?[95] Sin duda alguna, y su correspondencia posterior así como las cartas de don Alfonso a Jean Cassou, en las que la cuestión de *El plano oblicuo* reaparece como un doloroso tema, confirman con creces la decepción que don Alfonso sentía de que no se realizaran sus proyectos de edición. ¿Hubiera podido compensar la anterior decepción la publicación de *Visión de Anáhuac* en la prestigiosa colección "Une oeuvre, un portrait", con prefacio de Larbaud? También es cierto que durante los primeros meses en Argentina, don Alfonso había sido arrastrado por el torbellino de la vida mundana de Buenos Aires y había sido acaparado por todas las distracciones y los deportes que ocupaban la vida de las familias patricias porteñas con que se codeaba al principio. Ya no disponía de tiempo "para escribir, para leer, ni siquiera para pensar".[96] Estos círculos de ricos no tardaron en decepcionarlo y, por otra parte, muy pronto se topó con la apatía y la frialdad de los grupos literarios más jóvenes.[97] ¿Hubiera podido ocultar su decepción si hubiera escrito a Larbaud en 1927 y 1928? ¿No era mejor dejar intacta la "ilusión" que éste mantenía respecto a la Argentina y a los escritores argentinos? Fue Larbaud, en febrero de 1929, el que tomó la pluma para reanudar, al menos epistolarmente, sus conversaciones. En París se habían iniciado los preparativos para la celebración de las relaciones literarias y artísticas entre Fran-

[95] "Avant-propos" en nuestra edición de la *Correspondance Larbaud-Reyes*, p. 13.

[96] *Cf.* su *Diario*, 12 de septiembre de 1927.

[97] "Los jóvenes autores carecen de cultura y, como toda la gente de esta zona del mundo, no tienen corazón. Nada es entrañable y cordial en ellos." *Correspondance Larbaud-Reyes*, p. 75. Véase también la carta de Ortega y Gasset del 10 de enero de 1930, ya citada, en *Reyes and Spain* de Barbara Aponte.

cia y América Latina. Estas relaciones se estaban beneficiando de la atracción que se había difundido en Francia por las civilizaciones extranjeras o exóticas. Varias exposiciones habían puesto de moda el Perú de los incas, el México de los mayas. Se habían publicado algunos libros bastante superficiales, pero sobre todo el editor Simon Kra, joven y dinámico, tenía el proyecto de incorporar a América Latina en su colección "Panoramas de las literaturas contemporáneas". Reyes conocía esta colección pues el "Panorama" de España ya había sido publicado, excelentemente bien hecho y al cuidado de Jean Cassou, con el don tan francés de la síntesis, pero había provocado en don Alfonso bastante dolor. Este autor, que era amigo suyo, apenas lo cita entre los especialistas de Góngora y de Gracián.[98] A pesar de la importancia de su labor en el Centro, a pesar de las ediciones críticas de las que había estado a cargo, de las colecciones y revistas que había fundado, de su gran obra de periodista y sobre todo de las diferentes obras de creación, poemas, poemas en prosa y ensayos que había dedicado a la propia España. Fue probablemente la nacionalidad mexicana de don Alfonso la causa de que Cassou no enumerara las actividades madrileñas de Alfonso Reyes. Éste presintió muy bien entonces la injusta desventaja que iba a pesar, y que todavía pesa, en la difusión de su obra, en particular en los programas universitarios franceses. Autor mexicano y, por tanto, excluido de los estudios españoles, pero clásico y que se expresa en un español tan puro que no se les incluye en los estudios hispanoamericanos, pues hay autores más ricos que él en exotismo, en color local y en americanismos.

Valery Larbaud era, después de *Barnabooth*, *Fermina Márquez* y los artículos que había escrito sobre Borges, Reyes, Güiraldes, etc., el hombre de letras francés más cercano a los círculos hispanoamericanos. Los jóvenes escritores americanos de paso por París llegaban a visitarlo como en otro tiempo a Remy de Gourmont. Fue a él, así pues, a quien se le notificó que se encargara del volumen que se quería consagrar a la literatura hispanoamericana, lo cual probablemente le causó una gran satisfacción. Pero en vista de su mala salud se declaró incompetente y también porque consideraba que era "imposible escribir sobre un tema tan vasto cuando nunca se ha puesto el pie en el continente donde se ha producido esta literatura".[99] Larbaud tuvo numerosas ocasiones de ir a

[98] "Me llega, en la colección de 'Panoramas', la *Littérature Espagnole*, de Jean Cassou, libro que hacía falta para orientar a Europa, y que ningún español hubiera escrito, por falta de don sintético. Encontró manera de citarse (citarme) en la página 123, en la renovación de la cultura, a propósito de Góngora y de Gracián. A mí me sucede que no pueden contarme dentro de España por mexicano, y que sólo los yanquis hacen síntesis sobre América, y ésos se equivocan lamentablemente sobre mi generación y mi literatura. ¿Tendré que historiarme yo mismo?" *Diario*, p. 261, 11 de marzo de 1929.

[99] *Cf.* su carta a Reyes del 16 de febrero de 1929, p. 52 de su correspondencia.

América, pero este gran sueño se había mantenido siempre como una veleidad a la que acariciaba y a la vez temía. No obstante, dio su opinión sobre el trabajo que se planeaba. Era de magnitud tan gigantesca que no aconsejaba que se confiara el estudio del conjunto de la literatura latinoamericana a un solo crítico. Por último, Kra, el editor, acabó escogiendo a Max Daireaux, autor franco-argentino, escritor con bastante renombre en París y que iba con frecuencia al Nuevo Continente. A Daireaux le incumbía estudiar la Argentina y toda la América del Sur. Se planeaba otro volumen para México, América Central y las Antillas. Probablemente a instancias de Larbaud, Philippe Soupault se dirigió a Reyes de parte de Simon Kra. Don Alfonso, profundamente interesado por este volumen que por fin daría a conocer en París las diversas producciones literarias de su país, respondió de inmediato que se encargaría con sumo agrado de este estudio en colaboración con su amigo Pedro Henríquez Ureña, entonces profesor en las universidades de Buenos Aires y de La Plata y con quien se veía prácticamente todos los días. Soupault estuvo de acuerdo y anunció un contrato. Don Alfonso y su amigo Pedro se pusieron a trabajar y fue pasando el tiempo sin que Soupault diera noticias. No envió el contrato ni contestó las cartas que le escribió Reyes y éste, decepcionado por la ligereza y falta de cortesía de Soupault, vio cómo un proyecto tan prometedor llegaba a un punto muerto.

Cuando le llegó el "Panorama" de Daireaux en la primavera de 1930, don Alfonso leyó con estupor la explicación que daba el autor de la ausencia de México en el volumen: "Colocada sobre América del Sur como una vasija de barro rojo cuyos costados se redondearan y contuvieran una esencia rara, se separa con orgullo... ignora a los pueblos del Sur. Y es que, literariamente, México no procede más que de sí mismo y se basta. Desdeña expandirse lo mismo que se niega a ser invadido..."[100] Reyes, lo mismo que Vasconcelos, es mencionado más adelante y recibe un tratamiento bastante pérfido; Vasconcelos es definido como "propia y únicamente mexicano", Reyes como un puro producto del "españolismo". En realidad, don Alfonso y Max Daireaux no habían simpatizado nunca y es difícil precisar exactamente por qué. En París se habían visto muchas veces sin que entre ellos se pudiera establecer una corriente de simpatía. El crítico franco-argentino había escrito sobre la obra de Reyes en varias ocasiones sin negarle el valor que tenía, pero adjudicando a don Alfonso un orgullo inconmensurable. Él era ciertamente uno de los que habían contribuido a difundir en París esta leyenda.[101] Basta leer la introduc-

[100] Max Daireaux, *Littérature hispano-américaine*, editorial Kra, p. 16.

[101] "...Y ya que en esos países de sol es en verano cuando nacen las flores más bellas, no nos asombramos de ver abrirse sobre la mesa al sol de septiembre dos volúmenes a la vez: una gavilla de poemas, *Pausa*, y un ramillete de prosa, *Reloj de sol*, que podríamos traducir como cuadrante solar y que lleva como epígrafe: el que da las horas con modestia.

ción al "panorama" para confirmar que sus ideas eran diametralmente opuestas sobre un tema tan fundamental para los latinoamericanos como la interpretación de la obra de España en América.[102] Es verdad que esta interpretación de la colonización española es frecuente en los argentinos, que en general tienen muy poca estima por España y sus habitantes. Es posible que entre Daireaux y Reyes no hubiera en definitiva sino la frecuente incomprensión entre mexicanos y argentinos, como irritados estos últimos por el pasado precolombino del que los mexicanos se sentían tan orgullosos. Como quiera que fuere, después de leer el "Panorama" de Daireaux, don Alfonso tomó la pluma para dirigir a éste una "carta abierta", género práctico y siempre de moda. La presentación epistolar y hasta amistosa y un estilo jovial le permiten envolver las verdades más duras.[103] La carta en sí no es, por otra parte, sino un elogio al "esfuerzo verdaderamente colosal" que había llevado a cabo Max Daireaux: exponer en trescientas páginas un panorama de la literatura latinoamericana. El autor había realizado "un inmenso servicio" al incorporar a los "Panoramas" de Kra "el inmenso mundo literario" de América del Sur. Lo mismo que Daireaux, Reyes siempre había lamentado la dificultad que experimentan los extranjeros para orientarse a través de la selva de valores intelectuales de tantos Estados hispanoamericanos. ¿Cómo evitar "que les dieran gato por liebre" si los mismos latinoamericanos no los ayudaban a ver más claro? Aquel que se perdiera en el jardín tan bien mantenido de las letras francesas no tenía perdón pues existen ya más de cien guías valiosas al alcance de todos. Pero los latinoamericanos no publican lo suficiente sus escalas de valores, que apenas son conocidas fuera de pequeños grupos, de reuniones cerradas. Los extranjeros pueden, pues, equivocarse. Desde afuera, además, la óptica está siempre falseada y como prueba de ello están "los miles de ediciones que se han hecho en Estados Unidos de Blasco Ibáñez..." Max Daireaux, argentino y francés a la vez, había realizado un gran servicio al público francés con esta obra.

---

No nos demoremos en decir que la modestia de Reyes es de una naturaleza particular y que extrae su fuerza de un conocimiento tranquilo de su valor. Sus méritos y sus defectos los mide con un ojo imperturbable, pero para calibrarlos, se sitúa en un plano que él ha escogido y que no carece de elevación." Max Daireaux, "La représentation de l'esprit", *France-Amérique Latine*, revista mensual del Comité France-Amérique, París, noviembre de 1926.

[102] "En tiempos de la conquista, y después en tiempos del enriquecimiento, su dominación [de España] fue puramente material. Parece que durante este largo y tenebroso periodo, los apetitos, las pasiones desencadenadas, las ambiciones, la guerra y la iglesia se hayan coligado para aplastar el espíritu. En vano más tarde España reclamó la paternidad espiritual de los pueblos de América. Nada la justifica. Sus hijos, sublevados, se separaron de ella, se sacudieron el yugo y se lo sacudieron del todo. Jamás un pasado fue abolido tan bruscamente, jamás una servidumbre fue olvidada con tanta rapidez, fue en verdad una aurora que sucedió a la noche." Daireaux, *Littérature hispano-américaine*, pp. 11 y 12.

[103] La carta empieza con estas palabras: "Amigo Daireaux".

Pero un post-scriptum titulado "In cauda venenum" recordaba que el director de los "Panoramas" había encargado a Max Daireaux la literatura de América del Sur y por razones de comodidad puramente material había reservado otro estudio para la zona de México, las Antillas y América Central. ¿Por qué pues el autor, "dejándose llevar indudablemente por las elegancias de su pluma", había dado justificaciones "espirituales" a este acuerdo práctico? ¿Por qué presentar a México como un hermano orgulloso, "quimérico y cruel", que se aislaba de la familia latinoamericana y que "no consentiría en unirse a ella más que si le reconocían un derecho de primogenitura"? Esto significaba olvidar el esfuerzo que estaban haciendo todas las naciones latinoamericanas para reagruparse impulsadas por el envío al Sur de grandes embajadas espirituales mexicanas. Reyes citaba a Urbina, Caso, Vasconcelos, Amado Nervo, Jesús Urueta, González Martínez. ¿Tenía él mismo "alguna otra consigna", alguna otra ambición que no fuera "la de recordar a nuestros hermanos del continente la profunda solidaridad que nos une?" Max Daireaux pretendía que México se aislaba "para concentrar en su pureza original las tradiciones aztecas y las tradiciones españolas". "¿Cree usted —le preguntaba entonces don Alfonso— en las tradiciones aztecas?, ¿o así denomina usted a los monumentos arqueológicos?"... Es entonces evidente que el texto no estaba dirigido únicamente a Max Daireaux sino a todos los que abusaban del "indigenismo" con fines políticos. "De esta vetusta civilización, continúa Reyes, sólo hemos heredado piedras", o casi... "Nos falta lo único que puede engendrar *tradiciones*: la representación *moral* del mundo." ¿Podemos hablar "de aztequismo puro" o de "españolismo puro"? El ser mexicano es una amalgama que se ha ido elaborando a lo largo de tres siglos. Vasconcelos no se sentía más "puramente azteca" que Reyes "puramente español". Para ilustrar estas importantes declaraciones, en las que mejor que nunca don Alfonso revelaba el fondo de su pensamiento sobre estos problemas esenciales, recordaba "los tres minutos de silencio" en honor de Mallarmé a los que había invitado en otro tiempo a sus amigos en Madrid. Su invitación no estaba firmada, pero José Ortega y Gasset había percibido en la mera idea de esta ceremonia una sensibilidad que no era española y había adivinado que provenía de él, Reyes. Volviendo a la carga de inmediato, reprochaba severamente a Daireaux que hubiera titulado su libro *Literatura hispanoamericana*. ¿No hubiera sido más honesto con el lector presentarlo como una "Literatura sudamericana"? Reyes no disimulaba un complejo que compartía con numerosos compatriotas y era que, en ultimo término, no se sabía ya dónde situar a México. El mundo entero llama "América del Norte" a los Estados Unidos, y Daireaux y tantos otros excluían a su vez a México del mundo hispanoamericano.

Don Alfonso publicó esta carta abierta en su nueva revista *Monterrey* para que llegara así a sus amigos en muchos países del mundo, en Amé-

rica y en Francia.[104] Pero él deseaba que su texto fuera también leído por los que iban a comprar el libro de Daireaux. Precisamente Paul Hazard le había escrito pequeñas notas amistosas para pedirle que colaborara en un número de la *Revue de Littérature Comparée* que quería consagrar a las relaciones literarias entre América Latina y Francia. El tema que Paul Hazard proponía, "Racine y América", no tentaba mucho al autor de *Ifigenia cruel*, pero le suplicó a Mathilde Pomès que tradujera su "Carta a Max Daireaux" para responder así al deseo de su amigo común. Así fue como el texto, precedido de una nota amistosa de su traductora, apareció en francés en ese extraordinario número de la revista de Paul Hazard, todo él de un interés excepcional para los comparatistas que se dedican al estudio de la América de lengua española.[105]

### *Landrú-Opereta*

Desde Madrid, en 1919, Reyes había seguido con toda España el *affaire* Landrú. Le había dedicado la mayor parte de uno de sus "falsos reportajes", fechado en París pero escrito en Madrid y destinado a un órgano de la gran prensa mexicana.[106] Así fue como contribuyó a difundir en América la leyenda de ese personaje con quien tantas imaginaciones femeninas del mundo entero habían empezado a soñar.[107]

Como muchos observadores extranjeros, el escritor mexicano había tratado de penetrar mediante el estudio del "caso Landrú" en la psicología de los franceses. Todo este asunto olía deliciosamente a Francia. Reyes, enamorado de la sonoridad de la lengua francesa, se complacía en repetir los patronímicos tan franceses, escogidos con tino y que Landrú se había adjudicado, así como los nombres de sus víctimas.[108] ¡Era tan francés este monstruo en algunos rasgos de su carácter! No era por azar que recordara a Barba Azul, el personaje de Perrault, quien para escribir su cuento se había inspirado en un hecho similar y auténtico sucedido en la Bretaña del siglo XV. El asesino escogía a sus víctimas entre

[104] En "Guardias de la pluma", *Monterrey*, Río, núm. 1, junio de 1930; la "Carta a Max Daireaux" fue reproducida después con el título "Sobre México en América", en *De viva voz*, *O.C.*, t. VIII, p. 60.

[105] *Revue de Littérature Comparée*, enero de 1931.

[106] "El primero de mayo", *Aquellos días*, *O.C.*, t. III, p. 381.

[107] "El proceso Humbert...No te dejaré ir sin que me cuentes el otro proceso...el de Landrú-Barba-Azul, el matador de mujeres. —¿Matador de mujeres? ¡Cuenta, cuenta! ¡Que ése es más interesante que el otro!" *Ibid.*, pp. 381-383.

[108] "Un ingeniero llamado Landrú o Cruchet, o Frémiet, o Nattier, o Dupont, o Guillet, que por todos estos nombres se le conoce... Mme. Guillin, en 1914; Mme. Cuchet, en 1915; Mme. Collomb, en 1916; Mme. Lacoste-Buisson, en 1917; Mme. Pascal, en 1918; Mme. Marchandier, en 1919; Mesdames Héon, Jaume..." *Ibid.*, pp. 383-384.

una categoría de mujeres corrientes en el seno de la sociedad francesa: un poco maduras, entradas en carnes, de color castaño y que dispusieran en su viudez de algunos ahorrillos. Landrú llevó su amor al dinero hasta contabilizar sus crímenes casi al centavo. Sus archivos secretos guardaban un orden impecable y los crímenes estaban clasificados en once hermosos sobres, cada uno de ellos con un nombre. Llevaba un inventario minucioso de los objetos que "heredaba", los cuales repartía —no se trataba de hacer pequeños ahorros— oportunamente entre sus siguientes prometidas. Su método para seducir y matar era invariable, bien pensado, perfectamente a punto, desde el momento en que se presentaba a una mujer y empezaba a hacerle la corte hasta el "desenlace misterioso que conocemos". Su arte era tan consumado que "el comisario Dautel se siente tentado de felicitarlo a la identificación de cada nueva víctima. 'Esto es demasiado —piensa seguramente— ...merece admiración' ".[109] El ingeniero Landrú casi había logrado cometer "el crimen perfecto" y don Alfonso, quien toda su vida fue aficionado y lector de novelas policiacas, estaba en condiciones de apreciar ese talento. Pero ese genio de la exactitud no le impedía al asesino ser un individuo tierno, un coleccionista sentimental, sensible al poder de evocación que guardaban algunos objetos para un hombre de ciencia y un poeta... Landrú tenía en su casa de Gambais todo tipo de recuerdos delicados: "rizos, trenzas de todos colores, cintas, telas, ligas y dijes..." Este Don Juan francés poseía un conocimiento refinado del alma femenina. Es probable que estrangulara a sus mujeres en el momento supremo del placer. El amor y la muerte se rozaban inefablemente en su historia.[110] Para explicar esta conducta monstruosa, Reyes hablaba sin más explicaciones de un "desequilibrio nervioso que Thomas de Quincey, grave autor inglés, pudo haber estudiado en su libro sobre *El asesinato considerado como una de las Bellas Artes*". A pesar del interés que Reyes tenía por el ocultismo, trata con ironía el testimonio de una mujer que había escapado por un pelo de las garras del asesino y que aseguraba que éste era un hipnotizador.[111] ¿Mataba Landrú por matar? Sí, pero sólo en parte.

Landrú fue guillotinado el 25 de febrero de 1922 y era todavía el centro de las conversaciones cuando Reyes conoció a Jules Romains en Madrid y después volvió a verlo en París. Precisamente este escritor francés había conocido al genial criminal cuando éste trabajó en un garaje, y ha-

[109] "El comisario Dautel se siente tentado de felicitarlo a la identificación de cada nueva víctima. 'Esto es demasiado —piensa seguramente—. Esto, como quiera, merece admiración'." *Ibid.*, p. 384.

[110] "¿Qué ocasión, qué momento aprovechaba Landrú para operar? Lo has adivinado ya, pecadora". *Ibid.*, p. 384.

[111] "Una mujer que logró escapar de sus garras asegura que Landrú es un hipnotizador; ¡de algún modo ha de disculparse, la pobre!" *Ibid.*, p. 383.

bía enviado su testimonio al proceso.[112] No cabe duda de que transmitió a Reyes en sus más mínimos detalles sus recuerdos y su interpretación freudiana de la psicología del personaje. Estas confidencias mantuvieron a don Alfonso interesado en el asunto y lo ayudaron a precisar su propia versión de los hechos. La idea de consagrar a Landrú una de sus obras probablemente fue germinando en él durante su estancia en París, si bien nunca lo dijo ni lo escribió y no fue sino hasta la etapa menos agitada de su vida en Buenos Aires cuando se puso a escribir *Landrú-Opereta*.[113] En la misma época, Jules Romains, quien llevaba en su interior la vasta novela *Hommes de bonne volonté* desde hacía varios años, y tal vez había confiado a su amigo Reyes que un protagonista que evocaría al señor de Gambais iba a ser uno de los pivotes de la obra, emprendía la creación del inolvidable Quinette.[114] Es posible que en don Alfonso el propio personaje de Landrú estuviera asociado a partir de entonces al recuerdo de estas conversaciones con Jules Romains. Y es cierto que entre sus protagonistas respectivos pueden establecerse numerosas comparaciones.

¿Por qué transformar a Landrú en personaje de opereta? ¿Qué concepto tenía don Alfonso de este género? ¿Pensaba en una partitura musical, en Darius Milhaud, con el que mantenía correspondencia en aquella época y a quien enviaba documentos para el *Maximiliano*? Milhaud había compuesto la música de *Proteo*, la farsa de Claudel que Reyes tanto apreciaba y cuyo tono burlesco se encuentra sin duda en *Landrú-Opereta*. Los títulos de algunos movimientos: Preludio (I), Coro (II), Himno (III), confirman la idea de un acompañamiento musical. La obra sólo tiene de opereta el nombre. En algún momento se piensa en la ópera bufa de Offenbach, cuando la llegada de los policías recuerda al célebre "coro de los carabineros" de *Les Brigands*.[115] Pero la obra de Reyes es demasiado breve y está a su vez dividida en siete partes cortas. Las indicaciones escénicas del preludio parecerían más bien dirigidas a un director de cine para que éste hiciera surgir mediante un "fundido" a un personaje de una cortina. Landrú, en efecto, no tiene pasado, nace "de las cortinas que abundan en la escena", y se desprende lentamente de su color gris. "Su misma barba podría ser un pliegue de todas estas telas."[116] No es

[112] Véase Jules Romains, *Amitiés et rencontres*, Flammarion, 1970, p. 68.

[113] *Cf.* el *Diario*, p. 264, 11 de abril de 1929: "He emprendido *Landrú-Opereta*".

[114] "Si buscara de cuándo data el primer esbozo de esta obra, me remontaría casi al principio de mi carrera literaria...Es bastante notorio, por otra parte, que el trabajo de una obra así no empieza en el instante en que se traza la primera línea del primer volumen." Jules Romains, "Préface" de *HBV*, febrero de 1932.

[115] "Nous sommes les Carabiniers, / Nous arrivons toujours à pied, / Mais par un malheureux hasard, / Nous arrivons toujours trop trad."

Compárese con el texto de Reyes: "Somos la policía; / siempre llegamos tarde: / el crimen es cobarde, / ni aviso nos envía." *Landrú-Opereta*, en *Cuarta antología de obras en un acto*, Rafael Peregrina editor, México, 1965, p. 55.

[116] *Ibid.*, p., 47.

pues dudoso que Reyes haya soñado en un procedimiento cinematográfico. El séptimo arte siempre había estado presente en sus conversaciones con Jules Romains. Este último había creado un género nuevo con el "cuento cinematográfico" de Donogoo, y don Alfonso quería inaugurar la "opereta" o "la ópera bufa cinematográfica".

Este Landrú "encarnado de nuevo" se parece al Quinette de los *Hommes de bonne volonté*, quien renace a la vida después de años de triste viudez, de soledad, de vacío sentimental, y quien sólo recupera el impulso sexual gracias "al famoso cinturón eléctrico Hércules". Quinette irrumpe en la novela de Jules Romains como lo haría en un escenario de teatro: "Aparece un hombre..." Ambos escritores confieren a la barba, símbolo de virilidad, la misma importancia en la fisonomía de sus personajes. Y para Reyes, la barba bastante larga era, en el momento de su llegada a Europa, un rasgo muy francés. No obstante, es el héroe calderoniano de *La vida es sueño* el que se evoca desde que Landrú inicia su monólogo grandioso de catorce estrofas, su "preludio en la soledad". El texto de Reyes logra también una inmediata elocuencia mediante el sabio empleo de los procedimientos clásicos, interrogaciones, enumeraciones, repeticiones, que dan fe de la intensa emoción del protagonista y de la solemnidad del momento. Las referencias a la armonía vibrante de los astros, al Espacio y al Tiempo dan de entrada al fragmento una resonancia platónica. Las alusiones a las diferentes mitologías, griega, romántica, a la Biblia, al ocultismo, a la historia latina, armonizan humorísticamente con un vocabulario a veces muy moderno: la electricidad, la aspirina, etc. Algunas palabras clave, el tedio, etc., adornadas con una inolvidable aureola por el empleo que han hecho de ellas los grandes poetas, las volvemos a encontrar en versos muy hermosos.[117] Landrú hace de su persona y de su existencia un retrato de lo más realista.[118] Este cincuentón, nuevo don Quijote, harto de una vida opaca, siente en él un arranque de energía, un deseo de cambio y hasta de aventura. La acumulación de preguntas que se plantea traduce el asombro que siente ante tal turbación. Una religión no podría conducirlo a la aceptación de su destino. Un Dios pensativo lo creó en un momento de ociosidad. Ningún vínculo sentimental lo liga a él.[119] ¿Había escogido el púdico Reyes el extraño conducto de una "opereta" para darnos a conocer su propio estado de ánimo, su posición metafísica en aquella época de su vida? El abandono de un Dios indiferente es el primer sentimiento de soledad que experi-

[117] "Y gracias que, de triste, me deslío, / y oceanográficamente me dejo / ir en la barca suelta de mi hastío / hasta el otro hemisferio del espejo."

[118] "Peluda oreja, tímido el cabello, / bolsudo el ojo, floja la barilla, / la bufanda enredada por el cuello... / ¡Ah! y la bayeta por la rabadilla."

[119] "...y finjo formas donde sólo hay / la ociosidad de un Dios meditabundo."

menta Landrú y puede ser la explicación de todo su drama.[120] Su creador lo ha dotado de diversos sentidos que podrían llevarlo a la posesión de la Belleza bajo múltiples formas, pero la emoción estética no le sirve de nada en ese punto trágico de su vértigo. Dios se equivocó si creía que el hombre iba a encontrar una dicha que le pareciera suficiente. Landrú está pues solo, melancólico, con demasiada energía, la cual no sabe cómo contener ni en qué emplear. Su existencia acolchada, rutinaria, le parece repugnante. Ha hecho de él un hombre desequilibrado. Un corazón de poeta late en un cuerpo aparentemente ya viejo y ajado. Su desgana se extiende a todo, "como un pulpo", durante el día. Pero como el doctor Jekyll de Stevenson —uno de los autores favoritos de Reyes—, su actividad se desdobla y en la noche se deja conducir por su imaginación creadora. Los ruidos que animan sus insomnios son los que acompañan la soledad de todos los poetas: el "grillo" de la calefacción, cuando no es el de la chimenea, el chirrido de la electricidad. Y su tristeza es tal que una tarde, casi con alivio, siente que su equilibrio se viene abajo, se deja ir a la deriva, conquista un nuevo continente desconocido, el otro hemisferio oculto detrás del espejo. A partir de entonces busca con voluptuosidad este vértigo, en caso necesario en la droga. Se instala en el campo sin por ello entrar en contacto con la vida campestre.[121] De manera que llega un día fatal en que el Mal merodea su puerta. En esas noches de vigilia, elucubra mil proyectos de crimen. Su Musa encuentra en la villa "habitada de sonámbulos" a Landrú agitando palas y llamas, entregado a los más funestos errores, a todas las tentaciones.

El segundo cuadro nos transporta al ambiente popular de un mercado. Un coro de amas de llaves, maduras de edad, canta su nostalgia del pecado y del placer, si todavía fuera tiempo.[122] Aunque repiten un estribillo con un fuerte aroma a realismo español, ellas son completamente francesas, "sacerdotisas de la media de lana". Su resistencia a Landrú es insignificante. En un ballet trágico, se las ve alejarse una por una del brazo del seductor, en un tintineo de alcancías repletas. En el tercer acto, Landrú, jadeando de emoción, y llevando el compás con dos tibias, canta un himno al Amor y al Himeneo en el que flota el recuerdo de la *Soledad Primera* de Góngora. El cadáver está todavía tibio, la vida se ha escapado con dulzura en el paroxismo del placer. La pasión sólo es perfecta cuando acaba en el aniquilamiento. No bastan las palabras para expresar la felicidad de Landrú y entonces éste canturrea algunas onomato-

[120] "¿Quién se burla de mí, pues me ha creado? / ...¡Ay, solitario, solitario voy, / y melancólico paso mi vida!"

[121] "Pastor sin Artuñuela y sin Melampo, / cayado, ni cabritos triscadores; / Capitán sin ejércitos, acampo / en una 'villa', en los alrededores."

[122] "Somos nostálgicas porque / más vale tarde que nunca... / —Yo de la media de lana / la sacerdotisa soy..."

peyas que podrían ser calificadas sin temor a equivocarse de jitanjáforas y que Reyes comentaba por otra parte en aquella misma época.[123] Esta ebriedad dionisiaca es seguida rápidamente por una escena del todo tranquila. Landrú, con orden y método, coloca el dinero de las muertas en sobres y hace cuentas. ¿Quiere don Alfonso caricaturizarse a sí mismo porque su divisa favorita era precisamente orden y razón?[124] Landrú no ha matado para robar, naturalmente. Pero el universo no comprendía su alma de poeta; es pues necesario que dé a su gesto, gratuito, "desinteresado, irracional, noble", la apariencia de un crimen imputable al afán de lucro.[125] Tendrá que dar una explicación a través de una causa muy "razonable". Los periódicos del mundo entero publicarán: "Las mataba por dinero". Qué absurdo. Henri-Désiré Landrú recurre a los juramentos del padre Ubu para afirmar que el "navegaba en otro mar".[126] En una breve pero clásica exégesis, Landrú se dirige a su público, en la mejor tradición del teatro español. Explica las ventajas y los inconvenientes de dos costumbres: el entierro o la incineración. La escena, tratada con todo lo burlesco que requiere, tiene algo del Gran Guignol, donde Reyes había pasado veladas tan divertidas. Y en efecto, como en el guiñol, llegan en seguida los policías, "siempre demasiado tarde, siempre con retraso". En tanto que registran la "villa", guiados por el olor infecto que emana de la chimenea y convencidos de que son un prodigio de astucia y valentía, el jefe de policía monologa en un lenguaje completamente diferente. Él es el recíproco de Landrú, su imagen en un espejo. Es normal que se lo lleve esposado a su muñeca, puesto que son uno para el otro como el seis al nueve, como dos calcetines, uno de ellos al revés, como la mano izquierda y la derecha. La mano que golpea, la mano que detiene. El criminal-policía, el hermafrodita.

Entre el Quinette de los primeros libros de *Hommes de bonne volonté* y el protagonista de *Landrú-Opereta*, se pueden distinguir algunos parecidos e importantes diferencias.[127] Estas últimas se refieren sobre todo

[123] "Grr, brr, jui-juá, gloglógloro, cabalgo desalado..."

[124] "Mas demos a la razón / y concedamos al orden / los pretextos de conducta / que la razón se compone."

[125] "Lo que hice de poeta, / es fuerza que lo desdore: / el mundo no entendería / si Landrú no fuese hombre; / es decir, si no acabara / en el interés del cobre, / lo que empezó a pura gloria / desinteresado y noble..."

[126] "¡Ja-ja!, desde aquí me río... / ¡Las mataba por dinero! / ¡Qué barbaridad! / ¡No, cuerno de Dios, que yo / navegaba en otro mar!"

[127] La imagen del pulpo se encuentra en los dos textos: "...Soy calamar de tedio todo el día, / y con mi tinta engendro cada noche." *Landrú-Opereta*, *op. cit.*, p. 48.

Compárese con *HBV* (*Crime de Quinette*), editorial Flammarion, 1958, t. I, p. 248: "Quinette esperaba con impaciencia el momento en que...se sentaría frente a un hombre, que sería la policía, que sería un miembro, un tentáculo, uno de los innumerables pares de ojos montados sobre tentáculos, de la policía...La sentía deslizarse a lo largo de las calles, palpar los muros...Tanteos viscosos...Esa vasta búsqueda rastrera..."

a los géneros tan diversos en los que se han expresado Jules Romains y Alfonso Reyes. Don Alfonso se proponía que su interpretación de Landrú estuviera contenida en un poema de seis páginas. Tuvo que esbozarlo a grandes rasgos nítidos, en fórmulas fulgurantes. Su Landrú es simple, su evolución hacia la locura lógica, su deseo de hacer accesible al pueblo su crimen báquico disfrazándolo de acto indecente bastante plausible en un criminal, como él, superior. Jules Romains, al contrario, gozaba en su extensa novela de tiempo y espacio para describir a Quinette, lo cual le permitió crear un personaje más conmovedor, más paradójico, no siempre fiel a sí mismo en los tomos siguientes.

Indudablemente, el hecho de escribir una novela no disminuye para nada la fuerza lírica de Jules Romains. Algunos fragmentos, como el extraordinario capítulo XIX del *Crime de Quinette* en el que el encuadernador hace avanzar poco a poco a su primera víctima en la cantera de arena para asesinarla, son grandes momentos de emoción, en los que desempeñan un papel evidente los estribillos y otros procedimientos poéticos. Pero Quinette es incomparablemente menos "poeta" que el Landrú de Reyes. No es a través de un delirio dionisiaco que se ve impulsado a convertirse en criminal. En la primera parte de la obra al menos, Quinette no pierde nunca la cabeza, no se hunde en la locura, mata por lógica, porque sus deducciones implacables lo llevan a matar a tres personas a partir del instante en que un asesino ha llamado a la puerta de su tienda y le ha dado permiso para que se lave las manos. El crimen, largamente preparado en todos sus detalles, se le presenta como la solución más razonable, aun cuando él ya experimenta al matar una viva sensación, sumamente agradable. Quinette no es un desesperado a la deriva, es un espíritu inventivo que no ha sabido realizar sus sueños de creación, un "fracasado" que se quiere recobrar y hacer por fin algo grande en la vida. La palabra "destino" no tiene para él sentido metafísico. No es sensible "a las grandes ideas oscuras".[128] No tiene la dimensión cósmica del protagonista de *Landrú-Opereta*, que tan bien ha leído a Calderón. La razón protege bastante bien a Quinette de los fantasmas "de esa talla". En cambio, después del crimen llega al lirismo. Mientras que el Landrú de Reyes, ya tranquilo, clasifica con frialdad los restos de sus mujeres, para Quinette, rememorar los mínimos detalles de aquellos días decisivos se convierte en la suprema recompensa que se concede en la tarde, cuando se acuesta fatigado por las tareas cotidianas. Ante este desfile de recuerdos, él siente una especie de excitación erótica.[129]

La similitud esencial entre estas dos obras es el paralelismo que sus

[128] "El encuadernador...carece de respeto por las grandes ideas oscuras. ¿El destino? Poco cree en él. Ante un fantasma de esa talla, su razón retrocede lo suficiente para defenderse". *HBV*, *op. cit.*, t. I, p. 356.

[129] *Ibid.*, p. 363.

autores han establecido entre el criminal y el policía. Ambos han quedado sumamente impresionados por la actitud de ese comisario Dautel que, cuando tenía lugar el proceso del *affaire* Landrú, no podía disimular su admiración por un arte del crimen tan logrado. Reyes sintió que este monólogo del jefe de policía que cierra su obra era sin duda el pasaje más extraordinario, más interesante todavía que la locura de Landrú, porque dio a su opereta un subtítulo: "El revés del calcetín". Esta simetría criminal-policía ¿es significativa de su deseo de comprender a los grandes criminales? Las circunstancias pueden hacer del mismo hombre ya sea un asesino, ya sea una personalidad social. Y ya sabemos la clase de personaje tan singular que estas reflexiones llevaron a Jules Romains a crear. Desde los primeros tomos de su obra, Claude Vorge se nos presenta bello, brillante, con una inteligencia superior, pero loco o de la especie de los grandes depravados. Ve en Quinette no a un criminal sino a un "autor de crímenes" genial.[130] Él quisiera matar en su presencia únicamente para demostrarle que es su discípulo respetuoso. Quinette, por su parte, multiplica sus declaraciones de simpatía respecto a la policía: "Qué oficio tan interesante el de ustedes...Más joven, yo hubiera tenido el fuego sagrado como ustedes..."[131] Lograda una difícil pero real intimidad, ambos se repiten su admiración recíproca. Quinette considera a Vorge su hijo.[132] Todo ello nos recuerda, evidentemente, las fuertes expresiones que emplea el policía de Reyes para definir la complementariedad que lo vincula a Landrú.[133]

Los veintisiete volúmenes de *Hommes de bonne volonté* empezaron a salir en 1932. A partir del tomo XVII, publicado antes de la guerra, las relaciones Vorge-Quinette se complican, cambian de tono y dan una nueva profundidad a la novela. Han pasado los meses y Quinette ha vuelto a encontrar algo de calma, se ha prometido no volver a matar, quiere de nuevo cambiar de vida, tiene el plan de ir a Niza a inaugurar un nuevo comercio de libros antiguos. Es entonces cuando se supone que estalla el *affaire* Landrú. Inspirándose en Cervantes o en Pirandello, Jules Romains tiene la extraordinaria idea de que el personaje que representa a Landrú en sus novelas juzgue a éste. Ambos se parecen mucho y Quinette tiembla de nuevo, se dice que podrían encontrar con facilidad al autor de sus propios crímenes ya que han detenido a Landrú por fechorías similares. Incluso se atribuye a Landrú la muerte de una de las propias víctimas de Quinette. Entonces reaparece Claude Vorge, su "ángel negro", su genio maléfico. Éste despierta en el alma de Quinette no se sabe qué

[130] "En suma, son simplemente criminales. Mientras que podría haber autores de crímenes." *HBV*, I, p. 287.
[131] *Ibid.*, pp. 288, 290.
[132] *Ibid.*, t. III, p. 430.
[133] "...el completo hermafrodita."

nuevas inquietudes sobre el posible desdoblamiento de las personalidades, sobre la materialización eventual de una imagen en espejo. Envuelve sus sortilegios con los hechizos de un cuento oriental.[134] Quinette está a punto de venirse abajo, lo mismo que el héroe de Reyes, de caer en la locura, siente que la razón y el sentido común ya no le bastan.[135] Habla de una "orgía de emociones" que podría ser una excelente definición de la escena correspondiente en la obra de Reyes. Vorge es el Mal, el diablo en persona.[136] Quinette tiene necesidad de un "alivio metafísico", que es en gran parte como el sosiego que el Landrú de Reyes ha encontrado en su gesto criminal. La idea de la coincidencia de la muerte y del acto sexual, fundamental en la opereta de Reyes, se encuentra también en Jules Romains, nunca a propósito del propio Quinette sino de Vorge.[137] No obstante, este aprendiz de criminal no será sino un asesino fallido y su acto se convertirá en una caricatura repugnante y sin grandeza de la alianza Amor-Muerte a la que tan bien llega el protagonista del escritor mexicano. Vorge sólo se propone poseer una muerta que, en el colmo del horror y del ridículo, se reanima en aquel momento.

La semejanza entre estas dos obras, en un primer acercamiento tan diferentes, se podría precisar aún más; pero los documentos que se encuentran en la actualidad en la Capilla Alfonsina no nos autorizan a afirmar que Jules Romains conociera la obra de Reyes en los años 1929-

[134] "¡Usted cree que yo no me he dado cuenta de que se ha puesto delante de un espejo!... para manifestar el absurdo de esta historia de espejo...Para un maestro, escamotear un detalle como éste en un espejo es un juego...Él lo colocó de pie ante un gran espejo; y el visir pudo contemplar su imagen, su doble. Este pasaje del cuento del gran visir, en el que el gran visir se separa de su imagen en el espejo..." *Ibid.*, t. III, pp. 420, 433, 466.

Compárese con el pasaje de Reyes ya citado: "Y gracias que, de triste, me deslío, / y oceanográficamente me dejo / ir en la barca suelta de mi hastío / hasta el otro hemisferio del espejo."

[135] "El buen sentido se negó a intervenir en esta historia. Era, pues, inútil darle la palabra... Las otras potencias del espíritu tenían entonces el campo libre. Y, por lo demás, sabemos que la soledad las favorece. El propio Quinette sospechaba que le había sido necesaria una excelente salud de espíritu en el pasado para resistir los abusos de soledad que había cometido, y las orgías de emoción que se había dado durante estas soledades." *Hommes de bonne volonté, op. cit.*, t. III, p. 430.

[136] "...el príncipe diabólico salía del suelo...el príncipe diabólico se apoderaba de esta palabra, *vecinas*, y le concedía una virtud *enloquecedora*...El delirio, el espíritu de Quinette emprendía esta vía... de lo que tenía necesidad era, ante todo, de un alivio casi metafísico." *Ibid.*, pp. 431 y 437. Más adelante, habla de "misterio demoniaco", p. 465.

*Cf.* Reyes: "Hasta que al fin el Mal un día déstos / venga a rondar ¡al fin! mis Tusculanas... / ...Dignidad del tesoro estrangulado, / y más que mitológico el deseo..."

[137] *Cf.* el estribillo del "Himno al amor" que canta Landrú en su delirio: "Los ojos implorantes, la boca en do de pecho, / y los miembros que, flácidos, confiesan: "¡Esto es hecho!" *Op. cit.*, p. 51.

Se puede comparar con los versos que compone Vorge: "O ma belle, ma molle belle, ma chair de méduse et de poulpe, / ...Laisse noués sur mon dos tes bras lentement refroidis." *HBV*, t. III, pp. 473 y 474.

1932, o más tarde, cuando escribió el tomo XVII de su obra, en el que se reúnen los elementos más concretos de una semejanza. Parece ser que Reyes guardó en su poder su trabajo y que no se inclinó a comunicarlo ni siquiera a amigos muy cercanos. Es poco probable que haya enviado a Jules Romains o a algún otro amigo francés su creación. Por aquella época no mantenía correspondencia asidua con este escritor y las cartas de éste que se conservan en la Capilla no contienen ninguna alusión a *Landrú-Opereta*. Quedan las conversaciones que pudo intercambiar Reyes con los amigos franceses bastante numerosos que fueron a visitarlo a Río a partir de 1930: Morand, Crémieux, Supervielle, Durtain. Todos ellos pertenecían al mismo círculo literario que Jules Romains. En tales circunstancias, y hasta que se consiga mayor información, están permitidas todas las hipótesis, aunque no sean tal vez sino ensueños.

Mucho después de la muerte de Reyes, en 1964, el manuscrito de *Landrú-Opereta* fue sacado del olvido del fondo de un cajón y doña Manuela tuvo la idea de que se representara la obra. El personaje de Landrú se había puesto de moda después del *Monsieur Verdoux* de Charles Chaplin y la película que Françoise Sagan y Claude Chabrol acababan de dedicarle en 1962.[138] Una joven y excelente compañía de teatro universitario, Estudio de Investigaciones Escénicas, montó la obra con música de Rafael Elizondo y dirección de Juan José Gurrola. El éxito fue total. Durante diez meses, desde el 16 de febrero hasta el 15 de diciembre de 1964, un público entusiasta llenaba todos los domingos la Casa del Lago en el Bosque de Chapultepec, que domina la capital mexicana, para aplaudir este poema desconocido que un gran escritor ofrecía a sus compatriotas cinco años después de su muerte. Todos los órganos de la prensa mexicana comentaron la obra. Se levantó una pequeña polémica para comparar los méritos respectivos de la opereta de Reyes y del texto de Françoise Sagan. En realidad, ambos Landrú eran muy diferentes: uno, el de Reyes, con mucho humor y vivacidad; el otro, el de la película francesa, presentado como un personaje muy serio y sin la dimensión metafísica que don Alfonso confirió a su protagonista. El azar quiso que el joven actor que representaba el papel de Landrú, Carlos Jordán, se pareciera sorprendentemente al Reyes de los años 1920-1930. El director de la obra tuvo la ocurrencia genial de acentuar este parecido, determinando así un ser "tridimensional", el Landrú de antes y de después del delirio, y su autor-creador: intuición realmente afortunada porque ya hemos visto al analizarlo todo lo que Reyes había puesto de él mismo en este personaje francés. Otra excelente idea: el mismo actor, Carlos Jordán, se encargó

[138] *Cf.* James Willis Robb, "El *Landrú*, opereta póstuma de Alfonso Reyes", *Norte*, Amsterdam, enero de 1966, y "Nueva ojeada a Ifigenia y Landrú", *Boletín de la Capilla Alfonsina*, núm. 30, enero de 1975.

también del papel del jefe de policía con objeto de poner de relieve la complementariedad tan extraordinaria entre los dos personajes. Las diferentes mujeres de Landrú iban cuidadosamente vestidas a la moda francesa de 1918. Mucho tiempo después de su muerte, incluso a través de un criminal, Reyes habló de Francia a sus compatriotas.

## Miradas hacia París

En los tres años que vivió en Buenos Aires, Reyes experimentó también momentos de adversidad, de decepción, de desaliento, y las noticias que recibía de sus diferentes proyectos de edición contribuían en gran parte a esta melancolía. El diletantismo, el desorden, la prisa, el mercantilismo se extendían cada vez más en París, en aquello que Larbaud denominaba con desprecio "la Librería".[139]

Todos estos defectos eran particularmente detestables para un autor tan meticuloso, prudente y desinteresado como don Alfonso.

Reyes recibió en Buenos Aires los primeros ejemplares de su *Visión de Anáhuac* traducida al francés por Jeanne Guérandel. El volumen tenía una presentación y una impresión agradables. En la colección de Gallimard "Une oeuvre, un portrait", él figuraba al lado de todos los grandes nombres de la literatura de aquel momento. Pero el prefacio de Valery Larbaud era la misma "Salutation à Alfonso Reyes" que se había publicado en la *Revue de l'Amérique Latine* del 1° de febrero de 1925. Su autor la había precedido simplemente de unas palabras amables que anunciaban al lector que don Alfonso había abandonado Francia. Y sobre todo, la traducción "espontánea" de Jeanne Guérandel era endeble y, pese a las correcciones que Jean Cassou le hizo en el último momento, todavía inexacta muchas veces y, por tanto, irritante en sumo grado para el autor del poema. No obstante, la *Visión* tuvo una buena acogida en París y se benefició del interés que despertaban los nuevos descubrimientos arqueológicos en la costa del Golfo de México, de los que hablaban todos los periódicos. Un breve artículo que le dedicó Benjamin Crémieux pudo conquistar el bastión de la *NRF*.[140] Se publicaron dos libros, una colección de leyendas mexicanas y una novela, muy comentados, muy pronto olvidados, que estaban parcialmente inspirados en el poema mexicano.[141] No es del todo seguro que Reyes haya sabido de ellos.

[139] Véase la carta de Larbaud a Reyes del 23 de diciembre de 1929, p. 78 de nuestra edición de su correspondencia.

[140] Benjamin Crémieux, "*Vision d'Anahuac*, par Alfonso Reyes", *NRF*, febrero de 1928.

[141] *Le Conquérant du dernier jour*, de Louis Chadourne, y *La Fille aztèque*, de François Bergé. Sobre estos dos libros, véase nuestra nota a la *Correspondance Larbaud-Reyes*, pp. 160 y 161.

El retraso que sufría la traducción de *El plano oblicuo* de Jean Cassou era para el escritor una preocupación aún más dolorosa. Terminada ya hacía cinco años, había sido aceptada en principio por Gallimard, pero este editor había aplazado continuamente la firma definitiva del contrato bajo diferentes pretextos: la obra era demasiado corta, etc. Parece que este conjunto de cuentos fue utilizado por el editor como una presión en cierta negociación con el traductor. Para sus obras personales, Jean Cassou era fiel desde el inicio de su carrera a su editor Émile-Paul. Gaston Gallimard trataba de atraerlo a su editorial y puso como condición para publicar *El plano oblicuo* que trabajara para él. Cassou pensó en entregárselo a Fourcade, un joven editor que quería crear una colección mexicana. Pero entonces le fue imposible recobrar el manuscrito de su traducción, ya entregado a Gallimard. A través de búsquedas diversas se ha tratado en varias ocasiones, con años de intervalo, de encontrar estos papeles engullidos en los arcanos de la enorme empresa editorial. Siempre en vano. "¡Pobre de *El plano oblicuo*, escribía Jean Cassou a Reyes... Todo es mito e ilusión!" Don Alfonso fue especialmente sensible a este revés. Sus cuentos, escritos en su mayoría en 1911, perdían con la tardanza su valor de "precursores". Se bañaban por adelantado en una atmósfera surrealista, pero a medida que pasaba el tiempo, su publicación presentaba cada vez menos interés y fuerza, sobre todo transportada "al gran calor de Francia".[142] Reyes decidió no hablar de todo esto a Jean Cassou: "Es mi amigo; debe tener sus razones".

Don Alfonso acariciaba un proyecto más de edición en París, el de un volumen que reuniera las mejores traducciones que habían hecho de sus poemas Jules Supervielle, Marcelle Auclair, Jean Prévost, Mathilde Pomès, Armand Godoy, y tal vez algunos pasajes de la *Visión* traducida por Jeanne Guérandel. Era un poco delicado dejar de lado algunas traducciones al francés por demasiado malas, las de Georges Pillement. Para disfrazar esta eliminación, Mathilde, siempre generosa, refinada y competente, tomó la iniciativa de publicar su versión de los mismos poemas.[143]

A don Alfonso le hubiera gustado mucho ver uno de sus poemas traducido por Valery Larbaud, tanto porque respetaba su talento como por la autoridad de su nombre y porque contaba también con él para que ayudara a Jean Cassou a que se publicara en Francia la pequeña "antología

[142] Véase la carta de Reyes a Larbaud del 13 de marzo de 1929, p. 53 de su correspondencia.

[143] Pillement había publicado una traducción del poema de Reyes "La amenaza de la flor" en *Le Monde*, el 18 de mayo de 1927. Sin pronunciar una sola palabra de crítica, M. Pomès hizo que se publicara su versión del mismo poema en la *Revue de l'Amérique Latine* de octubre de 1930. En el ejemplar de *Monterrey*, núm. 3 (octubre de 1930), que Reyes le envió por entonces y que está en nuestra posesión, Reyes agregó de su propia mano: "Ha salvado usted de la ignorancia 'La menace de la fleur' y la ha vestido de lujo".

de sus versos". No se atrevió a pedirle directamente este favor pero, después de haberle recordado en una de sus cartas este proyecto de edición, enlazó con habilidad en el mismo párrafo la presentación de un poema inédito que había compuesto sobre los tarahumaras, tribu de indios empujados por la civilización hispánica a la sierra y fieles a sus costumbres, las mismas que más tarde interesaron a Antonin Artaud.[144] El poema, muy bello, muy puro, había sido escrito "en un instante", gracias quizás a una atmósfera de extrema emoción. El agregado militar de la embajada había perdido un hijo pequeño y el embajador y doña Manuela lo acogieron en su hogar junto con su esposa y tres hijos más para acompañarlos mejor en esta prueba.[145] Conversando con la joven madre para distraerla un poco, don Alfonso había evocado con ella su lejano México y en particular a los tarahumaras, desprovistos de todo pero no de sabiduría y quienes, casi desnudos y en el frío de las montañas, llegaban hasta la población más cercana para hacer pequeñas compras a cambio de algunas raíces. Ellos eran en efecto los últimos depositarios de vastos conocimientos de farmacopea propios de los pueblos prehispánicos. Sabían manejar a la perfección el peyote y otros alucinógenos de modo que, a pesar de su aspecto miserable, nos sobrepasaban en ciertos terrenos y sabían mejor que nosotros "franquear las barreras de los sentidos". Larbaud leyó entre líneas en la carta de Reyes y entendió su demanda. Además, el poema le encantó por su desapego, su forma concentrada, la pintura sobria y absolutamente "exenta de color local" que hacía de estos indígenas. Larbaud se encontraba en aquellos días en Roma y sus cartas son prueba del cuidado y entusiasmo con que trabajó para poner a punto su traducción, valiéndose de todos los diccionarios y enciclopedias de que podía disponer en las mejores bibliotecas de la ciudad. Consiguió equivalentes aceptables para los numerosos términos botánicos de los que el poema estaba salpicado y rectificó un error en el manuscrito de Reyes.[146] Tuvo un destello de genio y descubrió cierta traducción que revelaba al escritor mexicano el origen y el sentido profundo de una palabra de su lengua.[147] Pero desafortunadamente, quizás obnubilado por la dificultad que representaba poner en francés todos estos nombres de plantas exóticas, Larbaud tropezó dos veces gravemente, primero con un término elemental y después con una construcción más erudita, inspirada en Góngora y que rebasaba sus conocimientos de hispanista, que no pasaban de

[144] "Yerbas del tarahumara", *O.C.*, de Reyes, t. X, p. 121.

[145] *Cf. Diario*, pp. 259 y 260.

[146] Don Alfonso había sucumbido a la confusión entre *herbario* y *herbolario*, frecuente en América.

[147] El escritor francés, en una "inspiración milagrosa", había traducido *sangrado* por *sangdragon*, aclarando al propio don Alfonso el sentido de *sangrado*, metátesis para *sandrago*, *drago*, que en la lengua antigua significa *dragón*. *Cf.* la carta de Reyes del 16 de junio de 1929, *Correspondance Larbaud-Reyes*, p. 63.

ser los de un buen aficionado.[148] Tomadas todas las precauciones requeridas, don Alfonso le sugirió algunas rectificaciones. Desafortunadamente, ¡oh liviandad francesa!, Valery Larbaud, demasiado confiado y sin esperar la respuesta de Reyes, había enviado el fruto de su trabajo a la dirección de *Commerce*. De manera que, en una de las mejores revistas francesas, la traducción de "Yerbas del tarahumara" apareció, con el texto español a la vista, mancillada por dos errores inexcusables. Reyes no podía permitirse desautorizar a Larbaud ni a *Commerce*. De esta manera la contribución del autor de *Barnabooth*, que don Alfonso había deseado para su volumen antológico, se convertía en un obstáculo importante a su publicación. Las poesías de Reyes nunca se publicaron en francés, mientras que las de su joven amigo Jaime Torres Bodet, en cuyo favor él había intervenido, fueron aceptadas por Gallimard.[149]

Los amigos parisienses de Reyes no lo olvidaban y publicaron artículos y comentarios sobre él, pero también en estos casos tanta buena voluntad se echaba a perder por demasiado atolondramiento. El importante estudio de Francis de Miomandre —encantador, ligero, incorregible—, en *Le Manuscrit Autographe*, en marzo de 1930, fue una prueba más. Sin guardar rencor por la severa crítica que había infligido el rigor de Reyes a su artículo en *Hispania* sobre Góngora, Miomandre consideró prudente iniciar su estudio con una serie de humildes precauciones oratorias: es difícil hablar de los hombres y de las obras por los que se experimenta "una particular dilección". Si no había escrito todavía sobre la obra de Reyes, uno de sus autores preferidos, no era por egoísmo sino porque lo encontraba un autor "sutil". Este análisis lo abordaba con "un infinito escrúpulo" y rogaba al lector "que no viera en este breve estudio sino una aproximación, una serie de observaciones personales, incapaces por definición de delimitar un pensamiento cuya característica era ser volátil, como una delicada esencia de poesía". Era demasiada modestia, y la sensibilidad de Miomandre demostraba en seguida y excelentemente el valor de la originalidad de los ensayos de Reyes, su amenidad, que sabía cómo manifestarse sonriente pero sin ironía. ¡Ay!, a propósito de *El plano oblicuo* una trampa se le tendía al crítico. Al sólo considerar la fecha de edición de la obra (1920), Francis de Miomandre había olvidado hacer notar la de la composición de los cuentos, indicada al final de cada uno de ellos. Así pues, hablaba de influencias estéticas de entonces que "ya" habían ejercido en 1920 su acción sobre el cuentista. Se embrollaba en su menosprecio: "A decir verdad, esas sutiles y delicadas deformaciones, esas in-

[148] Hemos reproducido en la edición de la *Correspondance Larbaud-Reyes* el texto del poema y, junto, la traducción de Larbaud, así como la de Guy Lévis-Mano, la mejor, pp. 182-191.

[149] *Diario*, p. 318.

terferencias de planos... en suma, toda esa magia poética... era entonces algo nuevo". Ante tal inadvertencia, es comprensible la amargura de Reyes, para quien el interés de estos cuentos residía en el hecho de que habían sido escritos mucho antes de la guerra.

Todas estas desilusiones sobre la vida del espíritu en París, sobre lo que se publicaba o se escribía acerca de él, no fueron obstáculo para que Reyes siguiera soñando con instalarse un día entre amigos y libros "muy escogidos". Pero esta meta parecía estar lejana. Durante su estancia en Buenos Aires, don Alfonso vaciló sobre su destino. Lo invadieron ambiciones políticas y los periódicos anunciaron su nombramiento en Relaciones Exteriores. Es probable que se le propusiera de inmediato la cartera de Educación Pública; pero como no compartía todos los puntos de vista de la política mexicana del momento, se resignó a permanecer "en el único puesto en el que le era dado servir a su país". No estaba "en la carrera diplomática por gusto sino por deber". Después, sus relaciones con los escritores argentinos se deterioraron aún más. Tuvo que abandonar la esperanza de publicar un segundo número de su hermosa revista *Libra*. Se prometió no publicar ya nada en Argentina. Por último, una crisis sentimental muy grave estremeció la vida de su hogar.

Pero se recuperó y solicitó su traslado de Buenos Aires.[150] El puesto de Río estaba libre ya que Ortiz Rubio había sido elegido para ocupar la presidencia de la República. Reyes volvió a hacer proyectos. Iba a reconstruir su hogar, Manuela iba a ser feliz de nuevo. Fundaría en Río un "correo literario" para sentirse menos solo, menos lejos de México y de Europa mientras viviera en aquellas lejanas regiones del globo. No estaba planeando una revista de equipo como la *NRF*, ni un periódico del tipo *Nouvelles Littéraires*, sino una hoja muy personal cuyo único criterio sería el gusto del autor. En la sociedad de entonces podía ofrecer el mismo servicio que en otros tiempos el salón o el café. Sería como una carta circular a todos sus amigos. Como decía Jean Prévost, con la extensión de la cultura, había que "Imprimir en nuestros días las cartas y las conversaciones".[151] Reyes seguía siendo fiel a las costumbres que había adquirido en el círculo de Adrienne Monnier. No trataba de fijarse ningún programa ni limitarse a una posición estética. Su revista sería "un terreno de investigaciones literarias precisas", una casa amiga y hospitalaria, una herramienta para el trabajador literario, respiraría "un perfume de erudición".

[150] Véase su carta a Ortega y Gasset del 10 de febrero de 1930, en la Capilla Alfonsina, traducida al inglés por Barbara Bockus Aponte en su libro *Alfonso Reyes and Spain*, p. 111.

[151] Reyes cita extensamente a su amigo Jean Prévost (*Conseils aux jeunes littérateurs, par Charles Baudelaire, suivis d'un Traité du Débutant*) en el "Propósito" que encabeza el primer número de su revista y que escribió antes de irse de Buenos Aires.

Don Alfonso vaciló antes de dar a su "correo" el nombre de su ciudad natal. ¿Le movía a ello el sobrenombre que Paul Valéry le había otorgado de buena gana en París, "Reyes de Monterrey"? ¿Era también una alusión a *Fermina Márquez*, cuyo protagonista Santos Iturria era regiomontano, y ya sabemos hasta qué punto este detalle lo había acercado a Larbaud? ¿Trataba de recordar con ello que él era un hombre del norte de México, de una región en la que las tradiciones indígenas casi no existían, pero donde el ejemplo de los Estados Unidos invitaba al país vecino a convertirse en una gran nación industrial y moderna? Todas estas explicaciones, indudablemente válidas, se mezclaban con el recuerdo del general Reyes. Desde el 9 de febrero, aniversario de su muerte, Reyes tenía sobre la mesa en proceso de composición una obra, *Oración del 9 de febrero*, en la que por fin se expresaba abiertamente sobre el drama paterno: *Oración del 9 de febrero*, monumento de piedad, simple, conmovedor, obra maestra de análisis e introspección, relato sereno lleno de confidencias sobre su juventud y su adolescencia. En una gran conquista sobre sí mismo, don Alfonso descendía "a la zona más trémula" de sus pudores y de sus respetos.[152] Observaba la evolución de la presencia de su padre en él mismo. No era "la inmortalidad del alma" en el sentido en que la entienden las religiones, pero sí en todo caso una "sobrevivencia" cierta. Don Alfonso confesaba que se había esforzado en ocultar su ternura de padre a su propio hijo y en parecerle, no autoritario y duro (no hubiera podido hacerlo y no había nada que le repugnara más), sino "neutro...sordo". De esta manera esperaba preservarlo del dolor que él mismo había experimentado a la muerte de don Bernardo, ese héroe romántico a quien había amado demasiado.

Las despedidas en Argentina fueron pese a todo amistosas y hasta emocionantes. El 2 de abril de 1930, Alfonso Reyes se embarcaba en un navío italiano para ir a dirigir la embajada en Brasil, "¡oh Claudel!" El demonio de la ambición política lo aguijoneaba de nuevo. "La embajada mexicana en Río es, en la América ibérica, nuestra embajada más antigua, le escribía a Larbaud. Todos los ministros o embajadores mexicanos en Río han regresado a México para ser gobernadores, ministros o presidentes de la República."

Mientras contemplaba el mar, le volvía a la memoria una exposición de plantas tropicales que había visto en París. Brasil debía rebosar de esas plantas benéficas que llevan en ellas una promesa misteriosa de felicidad.

[152] Don Alfonso logró confiarse al papel, no al público. Esta obra permaneció rigurosamente inédita hasta su muerte. En 1963, el doctor Reyes hizo una edición de mil ejemplares, muy bella, con la reproducción *in extenso facsimile* del manuscrito (México, Alacena, Editorial Era).

# XIV. RÍO, BUENOS AIRES, DE NUEVO RÍO

## Vínculos franco-brasileños

Los primeros días en Río fueron de gran tristeza. La belleza del país —"¡por fin montañas!"—, no hacía que Reyes olvidara a sus amigos ni a "sus amores" de Buenos Aires. La embajada estaba en un estado "deplorable". El único lujo en los salones, pero que don Alfonso apreció, era una reproducción de tamaño natural de los tapices de la reina Matilde de Bayeux.[1] Reyes pasó su primera época en Río en el aislamiento. La noción del tiempo era muy diferente en este país en el que reinaba la lentitud. Era increíble ver hasta qué punto una ligera diferencia de lengua podía modificar una atmósfera. "On m'a flanqué une neurasthénie atroce" anota en francés en su *Diario*.[2]

No obstante, con bastante rapidez, Brasil lo encantó y, más aún, lo hechizó. La "fuerza de león" de esa naturaleza salvaje, que Claudel tan bien había descrito, el esplendor de las playas y del mar, que don Alfonso tanto amaba, lo ayudaron a adaptarse, y también la sociedad brasileña, menos "mercantilista" que el mundo argentino, infinitamente más interesada por las tradiciones culturales y desde hacía más tiempo.[3] Reyes iba a vivir unos años felices en Río y la mejor prueba es la gran cantidad de hermosos poemas que escribió —en los que los recuerdos de Francia se mezclan a menudo con la inspiración brasileña—, la importancia de lo que produjo en prosa, el número de ediciones que pudo llevar a cabo de obras anteriores.[4]

[1] La presencia de esta reproducción en su vivienda incitó a don Alfonso a hacer algunas investigaciones históricas respecto a los célebres tapices que condensó en un hermoso estudio de seis páginas, "Bayeux y sus históricos tapices", que se publicó más tarde (el 22 de junio de 1944) en una revista de México, *Todo*; en *Los trabajos y los días*, *O.C.*, t. IX, p. 381. Depositamos este texto y su traducción al francés en la biblioteca municipal de Bayeux, que coleccionaba la bibliografía de los "tapices".

[2] Véase la p. 312.

[3] Reyes había buscado en las obras de Claudel todas las menciones a Brasil. Tradujo con voluptuosidad el hermoso pasaje de *Positions et propositions*, publicado en la *NRF*, 1928, pp. 227-228, e insertó esta traducción en *Monterrey*, núm. 5, junio de 1931, p. 2.

[4] En un artículo muy interesante, "*Salambona* de Alfonso Reyes, poésie afro-cubaine ou poésie européene", publicado en *Caravelle*, Toulouse, en diciembre de 1969.

Conocemos bastante bien este periodo, sobre todo en lo que se refiere a sus inicios, porque al *Diario*, cuya parte publicada se interrumpe el 27 de diciembre de 1930, se añade a partir de entonces *Monterrey*, aquella pequeña revista personal cuyos catorce números, escalonados de junio de 1930 a julio de 1937, reflejan con tanta fidelidad los estados anímicos y la actividad intelectual de su autor. La correspondencia regular que Reyes mantuvo durante esta época con Larbaud es también muy significativa. El escritor francés iniciaba entonces su "periodo brasileño". Quizás alentado por la presencia de Reyes en Río, se había dedicado al portugués, frecuentaba a los "lusitanistas" o a los brasileños en París, recibía muchos libros que le enviaban los autores más importantes de la literatura brasileña, los leía y soñaba con hacer un viaje a aquellas tierras.

La "presencia" de la civilización y del espíritu francés en Río facilitó indudablemente la adaptación de Alfonso Reyes a la vida carioca. Las relaciones amistosas, literarias, artísticas e históricas entre Francia y Brasil tenían ya una larga tradición, y la existencia misma así como la abundancia de una obra como *Bibliographie franco-brésilienne* de Georges Raeders bastarían para demostrar la riqueza de esos vínculos.[5] En 1930, las influencias francesas reinaban simultáneamente en los diferentes círculos culturales de la capital. El gran escritor y extraordinario amigo de Francia que fue Graça Aranha no iba a tardar en convertirse en un íntimo amigo de Reyes. Ronald de Carvalho, otra figura importante, era tan amigo de México como de Francia, país en el que había cursado sus estudios y al que lo había llevado su carrera diplomática. Quién mejor que él para introducir a Reyes en los círculos ya formados; con su ayuda, fundó el Pen Club de Brasil. Los escritores y artistas que tenían veinte y treinta años agrupaban bajo el nombre de "modernistas" a los partidarios decididos de los nuevos movimientos franceses, surrealismo, cubismo, etc., movimientos hacia los que los había arrastrado su amigo Blaise Cendrars. Reyes había conocido en París al "agitador" del "modernismo", el poeta Oswaldo de Andrade y a su ex mujer, la pintora cubista Tarsila do Amaral. Por su parte, Reyes opinaba que los modernistas eran un poco turbulentos, demasiado inclinados al escándalo, pero reconocía que había entre ellos valores auténticos como la propia Tarsila y el músico Villa-

Albert Fenet-Garde demostró que el poema *Salambona*, a primera vista hecho de ritmos y de colores exóticos: "...¿Y sabes a lo que sabes? / Sabes a piña y a miel... / ...Sabes a yerba mojada, / sabes al amanecer..." (*O.C.*, t. X, p. 157), era una adaptación al mundo brasileño de un poema de Remy de Gourmont, *Simone*, publicado en *Mercure* en 1901 y que Reyes probablemente conocía desde hacía tiempo: "Tu sens le foin, tu sens la pierre..., / ...Tu sens le miel, tu sens le feu, / Tu sens la ronce, tu sens le lierre / Qui a été lavé par la pluie; / Tu sens le jonc et la fougère / Qu'on fauche à la tombée de la nuit."

[5] Georges Raeders, *Bibliographie franco-brésilienne*, Río, Instituto Nacional del Libro del Ministerio Brasileño de Cultura, 1960.

lobos, y se reunía con Oswaldo y los demás para hablar de sus amigos de París.[6] Los brasileños ricos iban con frecuencia a París y le traían noticias vivas de la vida política o literaria francesa. En Brasil era fácil encontrar libros y revistas franceses. Los vinos de la casa Levasseur llegaban con regularidad a la mesa del embajador mexicano, y la señora Reyes seguía siendo fiel a los productos de tocador de Rosine Perrault. Reyes volvió a encontrar en la embajada de Francia a su amigo del Quai d'Orsay el conde Déjean e intercambió muchas veces discusiones amistosas con él, pues este hombre distinguido y refinado era un tradicionalista que comprendía menos aún que Reyes el interés que tenían esos movimientos modernos franceses. Don Alfonso le recordaba "que André Lhote, Vlaminck, etc., no eran bandidos de camino real, que sus lienzos estaban ya en el Museo de Luxemburgo..."[7] Otro testigo de los años de París, Ventura García Calderón, llegó a Río como representante de su país; este viejo amigo estaba siempre apasionadamente al día de la vida francesa. En mayo de 1930 hubo una exposición de pintura organizada por Rego Monteiro, a quien don Alfonso había conocido no hacía mucho y que compartía tan bien su tiempo entre Río y Francia que Reyes lo llamaba "el brasileño de París". Géo Charles, director de la *Revue de Montparnasse*, acompañaba los cuadros y Reyes se permitió la coquetería de abordarlo y de discutir de pintura con él, en francés, sin darse a conocer. Reyes tuvo la satisfacción —¡y la tristeza!— de oír cómo Géo Charles muy pronto le preguntaba: "¿Es usted francés, señor?" La exposición era algo exigua y no contenía cuadros de gran valor. No obstante, "alarmó" al público, lo cual ya era mucho. Y Reyes comparaba a estos aficionados sudamericanos, atrasados respecto a París varios años, con los de México, para quienes los artistas de Montparnase —quizás gracias a Diego Rivera— eran ya conocidos, aceptados y apreciados.[8]

## Visitas francesas

La capital de Brasil estaba maravillosamente situada en la ruta de Buenos Aires y de Montevideo. Se beneficiaba de una especie de "peaje" y re-

[6] Véase su extensa carta a Larbaud del 6 de agosto de 1930 en la que le cuenta el desayuno que tuvo con Oswaldo, gran amigo de Larbaud, en la cabaña de un pescador de "Nictheroy" (p. 91 de la *Correspondance Larbaud-Reyes*).

[7] "...Parece que Déjean no tiene bastante neutralidad. La otra noche, en el palco del teatro Principal, estaba preocupado porque la pieza cómica que daba Brulé (*Pardon, Madame*) ridiculiza al Presidente (*in abstracto*) de la République..." *Diario*, p. 317.

[8] "Con el brasileño de París Monteiro, Géo Charles, director de *La Revue de Montparnasse*, se ha traído a Río una corta exposición de pintores Montparnós que, aunque hecha de despojos, resulta lo bastante interesante en estas latitudes para que se alarme la gente...Mi encuentro con Géo Charles fue curioso. Lo abordé y le hablé sin descubrirme. A poco, me mostraba los originales de obras que prepara, y me hablaba en *homme du mé-*

tenía por unos días, a la ida o a la vuelta, a los viajeros que se dirigían al sur.[9] Además, invitaba a otros huéspedes por cuenta propia. A lo largo de su estancia en Río, Reyes vio desfilar a un número extraordinario de celebridades de todos los órdenes. Para sólo mencionar a los franceses, escuchó al pianista Robert Casadesus, al violinista Jacques Thibaud, a la gran cantante Vera Janacopulos, "brasileña de París", y a Vera Sergine, actriz de talento pero ya en decadencia. Pasaban compañías de teatro: Reyes experimentaba un verdadero placer en respirar "el ligero perfume" parisiense que desprendían aquellas revistas o piezas de cabaret. Se acercó a Le Corbusier, quien explicó en una conferencia su audaz concepción de la ciudad futura basada no en los recuerdos históricos, sino en las necesidades geográficas, estéticas, o en las formas políticas de la sociedad del porvenir.[10] Llegó Pierre Lasserre y Reyes volvió a vivir con él algunos instantes del París de 1913. Pero este detractor del romanticismo estaba tan enfermo —murió poco después de su regreso a París— que no pudo dar la charla que tenía programada. Don Alfonso quedó conmovido por el trágico espectáculo de este espíritu sincero: la muerte iba a impedirle finalizar el largo ciclo de su evolución política. Las tesis de Jérôme Carcopino, que lo dejaban más bien escéptico, sazonaban "el misterio virgiliano con el misterio pitagórico", arrebatando a Oriente "el orgullo del pitagorismo al presentarlo como un fruto original de la mente helénica".[11] Algunos conferenciantes franceses no se tomaban siquiera la molestia de poner al día su texto cuando iban a hablar a aquellos confines del mundo. Francis de Croisset ya había pronunciado aquella misma conferencia sobre el amor en Bruselas hacía por lo menos seis años. Fernand Baldensperger tuvo la habilidad de desbrozar ante el publico brasileño el mundo balzaquiano, pero Reyes apreció sobre todo sus interpretaciones profundas del sueño y de la psicología de Proust. El profesor Henri Roger buscaba descansar de sus altas funciones —había dirigido durante años la Facultad de Medicina de París— y viajaba al extranjero para exponer sus teorías, que sonaban extraordinarias, sobre la digestión de las grasas por los pulmones.

En el transcurso de esos años en Brasil, Reyes recibió la visita de varios de sus mejores amigos de París. Al pasar por Montevideo ya había visto a Jules Supervielle, quien llegó a Río el 8 de julio a pasar diez días. Era la época en que pasaba temporadas con su familia en Port-Cros en

---

*tier.* Luego, halagándome mucho (¡tristeza!) me preguntó: "Vous êtes français, Monsieur?" Entonces le dije quién era, y tuve que explicarle, para que lo entendiera (gozosamente sorprendido de poder hablar con un diplomático en esos términos) que, en *México*, Montparnasse está en el *Poder*." *Diario*, pp. 316-317.

[9] *Cf.* Reyes, "Los huéspedes", en *Norte y Sur, O.C.*, t. IX, p. 65.

[10] *Ibid.* p. 67.

[11] *Ibid.* p. 67.

la casa de ensueño que Jean Paulhan había rentado para que amigos y colaboradores de la *NRF* pudieran reunirse. El grupo, del que formaba parte Mathilde Pomès y hasta una vez el secreto Saint-John Perse, evocó en varias ocasiones el recuerdo de Alfonso Reyes. Jules Supervielle podía transmitirle pues noticias de sus relaciones, de los escritores de París y de sus planes. En esa estancia de Supervielle tuvo lugar aquel paseo cuyo relato divirtió en París a los amigos de ambos escritores. Don Julio y don Alfonso recorrieron la rue Paisandú, esa calle a la que se atribuye ser "la más bella del mundo" porque está bordeaba de inmensas palmeras reales y desciende hacia el mar. Reyes dijo a su amigo, cuyos altos hombros parecía que querían alcanzar los árboles: "¡Qué bonito debe ser sentirse acariciado por las palmeras!", y Supervielle le respondió de inmediato en los mismos términos: "Sí, ¡pero debe ser muy agradable ser acariciado por los helechos!" La réplica complació tanto a don Alfonso que se apresuró a escribírsela a Francis de Miomandre, a quien más tarde inspiró una de sus encantadoras "Declaraciones del Niño Terrible".[12]

El 5 de agosto de 1930, don Alfonso recibió a Benjamin Crémieux, con quien había entablado en París estrechas relaciones y que era íntimo de Larbaud. El célebre italianista llegaba a América del Sur para dar unas conferencias en Buenos Aires. Lo acompañaba el pianista Ricardo Viñés, amigo de Manuel de Falla; a Reyes le gustaba la interpretación que hacía Ricardo de esa música española moderna que él tanta amaba. A bordo del prestigioso *Massilia*, Crémieux conoció a la joven viuda de Gómez Carrillo, amiga de Reyes desde hacía años.[13] A su regreso a Río, Benjamin Crémieux permaneció en esa ciudad seis días, del 13 al 19 de septiembre. Don Alfonso le había organizado alguna conferencia en la que el traductor de Pirandello comentó a la perfección las nuevas tendencias de la literatura francesa. Tuvo también tiempo para dar a su amigo su versión personal de la revolución argentina del 6 de septiembre. Reyes mantuvo silencio respecto a estas confidencias y se contentó con indicar en un recuadro de *Monterrey* el artículo que Crémieux publicó en *La Nación* de Buenos Aires el 21 de septiembre.

En el número 4 de *Monterrey*, de abril de 1931, Reyes hizo una severa crítica del relato que había hecho Paul Morand de su viaje a México en 1927. Cierta frase sobre "algunos metros de carretera asfaltada de Veracruz, último recuerdo de seis meses de ocupación norteamericana", parecía más que injusta "pueril para quien sepa lo que se lleva a cabo hoy en México en cuanto a carreteras". Sus aproximaciones al arte barroco mexicano eran perdonables, pero el rigor de don Alfonso no admitía que se pudiera encontrar en un libro debido a "una buena pluma", "sonriso"

[12] Véase Reyes, "Supervielle", *Burlas veras, 2° ciento*, p. 85.

[13] Véase el artículo anónimo publicado en la *Revue de l'Amérique Latine* de diciembre de 1930.

por sonrisa, "vachero" por vaquero. Es cierto que el noventa y nueve por ciento de las citas en español hechas por extranjeros abundaban en errores, y para sólo citar escritores conocidos, Léon Treich y el propio Léon Daudet, "tan interesado por todo lo que se refiere a España", cometían en sus libros horrorosos barbarismos: "sol y umbra" por ejemplo. Pero lo peor era que Morand había "visto" en México aquello que precisamente pretendía encontrar: serenatas de enamorados al claro de luna (don Alfonso recordaba vagamente que su abuelo hablaba de ellas), juegos de flores y de abanicos en los salones. Llamaba "majo" al galán del país y pretendía encontrar en México toda la vida picaresca que se decía que había desaparecido de España. A su parecer, "los bellos mestizos se paseaban con el puro en los labios y en el bolsillo su arma preferida, ¡La navaja!". Y más valía no hablar de las reflexiones que hacía el escritor francés sobre los dioses y los calendarios aztecas. El patriotismo de Reyes le hacía fruncir el ceño cuando veía la dicha que le había producido a Morand volver a encontrar "su querido tren norteamericano". Este tipo de viajero no era un viajero auténtico sino un fantasioso, un poeta que trataba de evadir la realidad cotidiana y que proyectaba a su alrededor "la sed de exotismo que lo habitaba". No dejaba de lado ni las banalidades (el transporte del equipaje, etc.), ni las simplezas ("Mañana ya no estaré aquí"), ni las exageraciones ridículas ("Pienso en el joven Robinson Crusoe"; se diría, agrega Reyes¡ que prepara un viaje a la Luna y no una travesía del Atlántico, viaje que las muchachas de quince años emprenden hoy en día sin señorita de compañía). En la técnica del viaje y del arte de contar sus periplos, Paul Morand estaba lejos de igualar a Valery Larbaud o a Henri Michaux, de quien Reyes comenta *Ecuador* con gran estima y simpatía.[14] Pero Morand probablemente no leía *Monterrey* y desembarcó sin rencor alguno en Río el 25 de agosto de 1931 para dirigirse de inmediato a don Alfonso e informarse sobre la naturaleza y la sociedad brasileñas. Reyes fue cambiando de opinión respecto a él. Morand creaba "un nuevo tipo de francés que sabía geografía y no llevaba condecoraciones". Por fin un intelectual francés bien vestido. Es cierto que había vivido mucho tiempo en Londres, cuya elegancia había sabido asimilar. Sobrio, simple, sin pretensiones, rehuía las reuniones sociales, preocupado como estaba por no perder el tiempo. Desbordaba de proyectos literarios.Todas estas razones llevaron a don Alfonso a emprender con él grandes paseos. El primero fue al Barrio del Mangue, zona de las prostitutas de Río. Esta visita era parte obligatoria de "la gira de los grandes duques" a la que se sometía a los visitantes extranjeros. En un artículo de *Monterrey*, Reyes ofrece un relato exquisito de lo que ambos

[14] Reyes, "Guardias de la pluma: viajes morrocotudos", *Monterrey*, núm. 4, abril de 1931.

vieron a través de las persianas o de la ventana de cada casita.[15] Morand encontraba el espectáculo mucho más "pintoresco y amable" que en el Vieux-Port de Marsella. Las verdes colinas que rodean el barrio, las palmeras incorruptibles aportaban pese a todo una cierta "castidad paradisiaca muy semejante a la virtud". Las mujeres estaban semidesnudas, las blancas lanzaban miradas "satánicas", pero las negras miraban con tanta naturalidad como si fueran árboles o hermosos frutos. Paul Morand estaba tan contento que decidió regresar al día siguiente, armado con una formidable cámara fotográfica que sabía escudriñar las penumbras. Reyes cuenta todas las escenas que se sucedieron, las muchachas huían al principio, daban la alarma, cerraban los postigos; pero la calle se dejó domesticar rápidamente y algunas salieron a pavonearse a la banqueta y una negrita, vestida de todos los colores, se abrió paso gritando: "Quiero ir solita (*sosinha*) a la inmortalidad!"... Otro día, los dos amigos tomaron el vapor que lleva a Nictheroy a través de la magnífica bahía. Allí, adentrándose en el campo conducidos por guías misteriosos, buscaron una *macumba*, ritual propio de los negros brasileños, en el que se mezcla "un precipitado de religiones y ceremonias" con bailes lúbricos y trances.[16] Paul Morand contó después con lujo de detalles su experiencia de la *macumba* en un artículo, "Saudades du Brésil", publicado en *Vanity Fair*. Reyes hizo una descripción bastante divertida para *Monterrey*.[17] Únicamente a su amigo Díez-Canedo le confesó, en una carta del 15 de enero de 1932 que se conserva en la Capilla Alfonsina, que Morand se había quedado en el camino, presa del pánico, y que se negó a asistir a la *macumba*. Quería emprender el regreso sin esperar siquiera a sus acompañantes, que habían entrado a ver el espectáculo. Don Alfonso había ocultado la verdad en su artículo movido por un instinto "entre piadoso y profesional".[18]

Luc Durtain, médico, poeta, novelista, gran viajero, de sus observaciones intercontinentales trataba de sacar previsiones sobre el porvenir

[15] Reyes, "Paul Morand en Río" (con una fotografía de Paul Morand tomada en la carretera a Petrópolis), *Monterrey*, núm. 7, diciembre de 1931; reproducido en *A lápiz*, *O.C.*, t. VIII, p. 255.

[16] *Ibid.*

[17] Es la segunda parte de "Paul Morand en Río".

[18] "Ya habrá visto usted en mi *Monterrey*, 7, mi reseña sobre la excursión de Paul Morand a Nictheroy, para ver la *macumba* de los negros. Un instinto entre piadoso y profesional me hizo callar la verdad. Morand se quedó en el camino, y tuvo miedo de entrar a ver la *macumba*, un miedo tan indomable, que hasta quería que volviéramos al pueblo en el auto, abandonando a los compañeros que habían subido en busca del escondrijo de la *macumba* y que ciertamente tardaron demasiado en dar señales de vida. Ahora encuentro en *Vantiy Fair* un artículo de Morand, 'Saudades de Brésil', donde cuenta con lujo de fantasía sus experiencias de la *macumba*." Barbara Aponte reprodujo esta carta en su tesis mecanografiada, depositada en la Capilla Alfonsina. Desafortunadamente, no retomó la correspondencia Reyes-Díez-Canedo en su libro *Reyes and Spain*.

del mundo moderno.[19] Este amigo de Larbaud y de Crémieux conocía ya América del Norte y en parte América Latina. En agosto de 1932, Reyes y Ronald de Carvalho lo guiaron en su nueva visita a las maravillas brasileñas. Como agradecimiento a tan buen consejero, Durtain acompañó con un retrato de don Alfonso el artículo que publicó en *Le Petit Parisien*.[20]

Foujita fue también otro de los amigos que Reyes recibió en su casa de Brasil en 1932. Lo presentó a todos y el gran pintor se convirtió, "sin ni siquiera pronunciar una palabra, con su sola sonrisa, en el hombre más popular de Río".[21] Fue nombrado miembro del jurado en el carnaval siguiente.

Durante esta estancia, Foujita pintó los bellos retratos de don Alfonso, de doña Manuela y de Alfonsito, que entonces tenía diecinueve años.

## Francia en *Monterrey*

*Monterrey* tuvo un buen éxito en París, donde las revistas y los escritores cercanos a Reyes comentaron con simpatía su iniciativa. La *Revue de l'Amérique Latine* publicó una reseña elogiosa; Francisco Contreras en *Le Mercure de France* y Mathilde Pomès en la *Revue de Littérature Comparée* se hicieron eco del nacimiento de este nuevo "correo". Francis de Miomandre la comparó con otros periódicos de la misma inspiración que ya se publicaban en Francia, *Les Marges* de Eugéne de Montfort o *Heures Perdues* de Jean Desthieux, lo cual Reyes admitió por entonces no sin reticencia.[22] Él deseaba dar a su revista el tono de la vida, ver cómo se iniciaban en ella discusiones, polémicas, gracias al concurso y a las respuestas de sus colegas y en particular de sus amigos franceses. Una de sus rúbricas, "Guardias de la pluma", entrañaba en su título una alusión a los combates de esgrima.

Fue en esta publicación donde apareció una carta abierta a Valery Larbaud a propósito del hermoso prefacio que éste había escrito para la traducción al francés de *Los de abajo* de Mariano Azuela.[23] Este largo

[19] Véase en Frédéric Lefébre, *Une heure avec... V^e série*, p. 71, los pronósticos de Durtain respecto a los Estados Unidos, Rusia y las repúblicas latinoamericanas, fechados en mayo de 1928, que tal vez sean un eco de sus conversaciones con Reyes en París.

[20] Al regreso de este viaje, Luc Durtain publicó una *Suite Brésilienne* (publicada en 1955 en la antología poética *Quatre Continents*), *Vers la ville km3* (1933), dedicada a R. de Carvalho, y *Le globe sous le bras*, notas de viajes, traducidas por R. de Carvalho con el título *Imagens do Brasil e da Pampa*.

[21] *Cf.* la carta de Reyes a Díez-Canedo del 15 de enero de 1932.

[22] Reyes prefería referirse a Chesterton, quien había tenido una iniciativa similar, o al *Pombo* de Ramón Gómez de la Serna. *Cf. Monterrey*, núm. 3, octubre de 1930, p. 10.

[23] *Ceux d'en bas* (*Los de abajo*) de Mariano Azuela, traducida por J. y J. Maurin, prefacio de Valery Larbaud, editorial Fourcade, 1930.

prefacio colmaba la laguna que había dejado el *Panorama* de Max Daireaux, y Larbaud se había decidido a reeditarlo para extinguir la querella iniciada entre Reyes y el escritor argentino. Larbaud disfrutó mucho escribiendo este texto y solicitó la ayuda de varios mexicanos que Reyes le había presentado en París: José María González de Mendoza, Jaime Torres Bodet y otros. Pero don Alfonso opinaba que Larbaud no había hecho suficiente hincapié en la influencia socrática que el dominicano Henríquez Ureña había ejercido en todo el grupo del Ateneo de la Juventud y ésta era la razón de su carta abierta.[24] Reyes era siempre así de fogoso para defender la justicia y a sus amigos.

Larbaud no recogió el guante y no envió ningún artículo a *Monterrey*. Ninguno de los amigos franceses de Reyes aprovechó este medio de expresión, como no fuera Camille Pitollet con un estudio excelente: "*Calligrammes* de antes y de hoy".[25] La presencia francesa que mejor se percibe a través de todos estos números, pero con la discreción que le era habitual, es la de Mathilde Pomès. En aquella época, ella era la corresponsal más asidua de Reyes, su representante más consagrada en Europa. Ella fue la que lo puso en relación con el interesante *Journal des Poètes* veía la luz en Bruselas y se convirtió a menudo en su intermediaria puntual con la *Revue de l'Amérique Latine* de Ernest Martinenche y con la *Revue de Littérature Comparée* de Paul Hazard. M. Pomès le comunicaba la correspondencia literaria que mantenía con Mariano Brull, "enterrado" en Berna desde hacía poco, lejos del ambiente "frívolo" de París, pues sus *Poemas menguantes* y las *Jitanjáforas* de Reyes habían escandalizado al mundo hispánico y el gobierno cubano había llegado a la conclusión de que era indigno de uno de sus representantes entregarse a una poesía tan frívola. Reyes se contrarió al enterarse de que habían estado a punto de dar de baja a su amigo Mariano a causa de su artículo y dejó de citar su nombre en *Monterrey*, aun cuando reprodujera su correspondencia.[26] "La cara Mathilde" envió un día a su amigo mexicano un cierto número de cartas que había intercambiado con Brull y con el español Jorge Guillén, traductores casi simultáneos de *El cementerio marino* de Paul Valéry. Ambos le habían pedido que intercediera ante el poeta francés para obtener las autorizaciones necesarias. Reyes, quien desde su publicación era un enamorado del gran poema de Sète, y siempre preocupado por los problemas que planteaba la traducción de

[24] Este texto, "Amigo Valery Larbaud, en París o donde se encuentre", se publicó en el núm. 3 de *Monterrey* (agosto de 1930) y fue reproducido de inmediato en *De viva voz* con el título "Una apreciación de Valery Larbaud sobre México", *O.C.* de Reyes, t. VIII, p. 64. Nosotros reprodujimos el texto íntegro en la *Correspondance Larbaud-Reyes*, p. 243.

[25] Publicado en el núm. 10 de *Monterrey*, en marzo de 1933, pp. 8 y 9.

[26] Hay una carta muy bella de Mariano Brull a Mathilde Pomès que figura en *Monterrey*, núm. 1, con el prudente título de "Carta de un caballero cubano a una poetisa francesa".

la poesía, escribió en torno a esta correspondencia y a estas versiones uno de los mejores artículos para su revista, de hecho un estudio magistral que prueba su conocimiento de la lengua de Valéry y que confirma su arte de la traducción tal como lo hemos visto ejercerse a propósito de "El abanico de Mademoiselle Mallarmé", una página antológica que tendría que figurar entre las más inteligentes consagradas en todos los tiempos a este difícil ejercicio. El estudio de Reyes, " El *Cementerio marino* en español", abrió el número 6 de *Monterrey* en octubre de 1931, ilustrado con una fotografía del cementerio marino que le envió Larbaud a raíz de una de sus recientes visitas a la ciudad de Valéry.

La *Revista de Occidente* de Madrid había publicado en junio de 1929 una primera traducción de *El cementerio marino* de Jorge Guillén acompañada del texto francés. En París, en octubre de 1930, la ALA (Agrupación de Amigos del Libro de Arte, asociación de bibliófilos en la que Reyes estaba muy interesado y con la que mantenía múltiples relaciones: Eugenio d'Ors, Jules Supervielle, Jean Cassou, etc.), había editado la traducción del mismo poema, con el texto original también a la vista, firmada por Mariano Brull. Reyes citaba como ejemplo de "cortesía" y de "probidad literaria" las cartas que ambos traductores habían dirigido a Paul Valéry y las que habían intercambiado con Mathilde Pomès a propósito de sus respectivas traducciones. Jorge Guillén, entonces en Oxford, si bien autor de la primera traducción en el tiempo, era partidario de un esfuerzo "colectivo" en torno a un texto dado, aun cuando, después del examen de las diferentes interpretaciones, se debía escoger sólo una versión para preservar "una cierta unidad de estilo". A Reyes le gustaba el respecto con el que cada uno de los traductores hablaba del trabajo del otro: "un tesoro", decía Guillén. Éste exigía que un traductor tuviera el derecho de tomar de otro algunas soluciones, dando a conocer al público esta "deuda" que sería también un "homenaje". Jorge Guillén preparaba una "teoría de la traducción"; deseaba que muchos otros traductores fueran dando su propia versión de *El cementerio marino* en los años siguientes, y se complacía ya en imaginar la extraordinaria edición del poema que él podría publicar en veinte años más. ¡Qué edición tan crítica! ¡Cuántas variantes! ¡Qué "Veinte años después"! Don Alfonso se ponía a soñar sobre la evolución ulterior que les estaba prometida a las grandes obras. Por ejemplo, el *Poema del Cid*. En la versión en prosa que él mismo había publicado, Azorín encontraba un "sabor de drama a la Víctor Hugo". Al chileno Vicente Huidobro le inspiró un pequeño relato libre que recordaba el que Joseph Delteil había hecho para el proceso de Juana de Arco. Mariano Brull, quien había emprendido su traducción hacia 1926, tuvo la fuerza de ánimo de no leer la de Guillén cuando se publicó en 1929 en la *Revista de Occidente*, "para no dejarse influir". Él estaba también convencido de las posibilidades infinitas de mejoramiento que tiene toda traducción, pero la objetividad científica le parecía menos impor-

tante que la envergadura lírica que debe impulsar a todo traductor de un poema. Para ilustrar sus ideas sobre la traducción, Mariano Brull había comentado muchas veces a Mathilde Pomès la traducción que Armand Godoy había publicado del poema de Reyes "Glosa de mi tierra".[27] La encontraba demasiado prudente, demasiado abstracta, lejana; en su opinión, tendría que haber recurrido a neologismos.[28] Reyes daba en seguida numerosos ejemplos para comparar las dos traducciones de *El cementerio marino*. En una época en que los escritores tomaban al público como testigo de sus dificultades, Mariano Brull había escrito a Mathilde Pomès sus vacilaciones, sus reflexiones, las diferentes versiones que se había propuesto de cada verso. Reyes lo encontraba demasiado tímido, que no sacaba partido de las innovaciones que había aportado Rubén Darío al endecasílabo español ni había sabido apoyarse en los precedentes de métrica audaz que Pedro Henríquez Ureña sacó a flote en la poesía española anterior. El traductor cubano se había acercado muchas veces a una buena traducción sin detenerse en ella.[29] Para algunos versos, don Alfonso proponía tanto a Guillén como a Brull otra solución que nos parece de una perfección brillante.[30] Estos consejos a los traductores terminaban en un consejo al lector. Un poema bien traducido es una obra de arte. Es conveniente leerlo solo y dejarse penetrar por él sin referirse al original. No es sino después de esta contemplación estética cuando se pueden confrontar los dos textos. Al placer poético se agrega entonces la satisfacción científica. "Añadiendo estos dos resultados, o mejor, integrándolos el uno al otro, se verá la dificultad de escoger, y esta sabrosa indecisión será otra delicia."

Las cartas abiertas a Daireaux y a Larbaud, el relato de la estancia de Morand en Río, este importante estudio sobre Valéry, la bibliografía de "Proust en América", muy pronto la de "Gide en América", un breve artículo sobre el Aduanero Rousseau con la reproducción de uno de sus lienzos, la reanudación del artículo de Reyes sobre "Vermeer y la novela de Proust" hacían que Francia estuviera bastante presente en *Monterrey*, aun cuando este viejo país le pareciera cada vez más distante a Re-

[27] Publicado en *Le Manuscrit Autographe*, París, en marzo-abril de 1930. El poema de Reyes figura en el t. X de sus *O.C.*, p. 74.

[28] Los versos de Reyes: "Apurando estoy en ti / cuánto la música yerra", habían sido traducidos por Godoy así: "J'aspire en toi, net et court / Le long musical mystère". Mathilde, después de haber consultado a Mario Brull, había llegado a: "J'épuise en toi tout ce que / La musique n'atteint pas".

[29] Para los versos: "Eloignes-en les prudentes colombes, / Les songes vains, les anges curieux", Mariano Brull había pensado en: "Aléjame las tímidas palomas, / Y vanos sueños, y ángeles curiosos". Pero, desgraciadamente, había preferido: "Vanos sueños, los ángeles curiosos". Es cierto que la traducción de Jorge Guillén era todavía peor: "Aléjame las prudentes palomas / los sueños vanos, los curiosos ángeles".

[30] *Cf.* Valéry: "Ah! le soleil!...Quelle ombre de tortue / Pour l'âme, Achille immobile à grands pas!"

yes, exiliado "en los confines de las regiones conocidas". En *Monterrey* se encuentra también la resonancia de todos los libros que Reyes recibía de París y de la correspondencia que mantenía con Léon Piere-Quint —a propósito de Proust—, con Maxime Leroy —sobre el tema Saint-Simon y México—, y con Serge Denis, un joven profesor del liceo de Orleáns que había iniciado una "gran tesis" sobre Ruiz de Alarcón en la que pretendía encontrar en el lenguaje de sus "singularidades" que podían ser mexicanismos, lo cual dejaba a don Alfonso un poco escéptico, hasta tal punto le parecía puro el castellano de su compatriota.

## Por una sociedad de espíritus

La belleza de Brasil, la simpatía con que lo rodeaban sus amigos brasileños que lo consideraban uno de los suyos no impidieron que don Alfonso pasara en este país por algunas crisis y de las más profundas. La cuestión religiosa no estaba del todo resuelta para él. De esta época datan sus cartas más patéticas a su confidente, Díez-Canedo. Don Alfonso releía a Pascal, pero no lograba imitar su sumisión "fácil" ni arrodillarse como él.[31]

A su alrededor, el mundo se convulsionaba. Las revoluciones en Argentina y en Brasil, "la crisis" que azotaba a la tierra entera y a América del Sur con particular gravedad, el ascenso del nazismo en Alemania hacían que se tambalearan los valores establecidos y que se previera una nueva era en la que las preocupaciones políticas serían las dominantes.[32] Reyes habían seguido muy de cerca los acontecimientos que desembocaron en la República Española. La lucha de los republicanos españoles era su lucha. Uno de sus amigos españoles, Manuel Azaña, había asumido la responsabilidad del régimen. Por sus amistades, por sus escritos, don Alfonso estaba consciente de que él también había participado en la creación de la República. Deseaba vivamente volver a Madrid y esta nostalgia no se oponía a su patriotismo mexicano sino que, al contrario, formaba parte integrante de él.[33] En homenaje a la Nueva España, encargó que se

---

Mariano Brull se había ceñido a: "¡Qué sombra de tortuga sobre el alma / —¡oh sol!— Aquiles en carrera, inmóvil!"

Jorge Guillén proponía: "¡Oh sol, oh sol!...¡Qué sombra de tortuga / Para el alma: si en marcha Aquiles, quieta!"

Y Reyes: ¡Oh sol! ¡Qué sombra de tortuga para / el Aquiles del alma, raudo y quieto!"

[31] "...¿Qué vendrá después? Pascal es muy fácil. Él dice: '¡Arrodíllate!' Pero yo no puedo, no me resulta sincero. ¿Qué haré, Enrique?..." Carta a Enrique Díez-Canedo de agosto de 1931, en la Capilla Alfonsina.

[32] "Vivimos una era política...", "En el día americano", en *Última Tule, O.C., t. XI,* p. 65.

[33] Véase su carta a Díez-Canedo del 15 de enero de 1932.

hicieran hermosas ediciones de los poemas en prosa que había escrito allá en otro tiempo.[34]

En las universidades y en todas las asociaciones culturales se insinuaba cada vez más la preocupación política. El género del ensayo muchas veces parecía ligero para una época tan grave y con ideas tan vastas; pero su fama de conferenciante se había extendido muy pronto en Río y el pensamiento de Reyes se expresó sobre todo en los bellos textos que leyó ante el público brasileño. El "Discurso por Virgilio", pronunciado con ocasión del segundo milenario del poeta, tiende a probar que la lectura de los versos de este poeta es una lección de sentimiento nacional, en particular para los mexicanos, ya que pueden reconocer en ellos una prefiguración de su propia historia en las aventuras de Eneas y en la fundación de Roma.[35] Compuso *Atenea política* en torno a las teorías del geógrafo francés Jean Brunhes, fallecido recientemente; pero la conferencia más interesante para nuestro estudio es "En el día americano", porque las ideas que se desarrollan en ella surgieron a petición del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, aquella iniciativa de la Sociedad de Naciones cuyos trabajos Reyes había seguido ininterrumpidamente cuando residía en París.[36]

Ante los crecientes peligros, Paul Valéry y Henri Focillon se habían convertido en los intérpretes de la Sociedad ante "los representantes reconocidos de la alta actividad intelectual" a fin de provocar entre ellos no tanto una reunión como una correspondencia. Los hombres "cuya función es producir y organizar las ideas...¿no podrían llegar a un entendimiento para instaurar un 'orden' intelectual?" ¿Qué lugar ocuparía este orden "en el mundo contemporáneo, más allá de los intereses de clases, de partidos, de naciones"? "En el terreno político las reglas de la razón tenían que sustituir las combinaciones de intereses y los desórdenes de las pasiones..." Este intento tenía que estar basado en el acuerdo de las inteligencias. Era deseo de la Sociedad de Naciones agrupar en torno a ella a "los hombres más capaces de iluminar la conciencia universal y de iluminarse mutuamente en un momento especialmente grave de la vida del mundo". No se trataba de establecer entre las ideas de los hombres una armonía monótona. El pensamiento puede ser diferente según los hombres, las edades, los medios, etc., y "no existe sino un arte de pensar. Pero es importante que los valiosos matices existentes no se conviertan

[34] *Fuga de Navidad*, 1929; *La saeta*, 1931; *Horas de Burgos*, 1932; *Vísperas de España*, 1937.

[35] El "Discurso por Virgilio" fue publicado en *Monterrey*, núm. 3, 1932, y después en *Tentativas y orientaciones*, *O.C.*, t. XI, p. 157.

Este texto inspiró a Larbaud una de sus cartas más bellas a Alfonso Reyes sobre el paralelismo que se podía establecer entre la historia del Imperio romano y los destinos de América Latina (p. 99 de su *Correspondance*, carta del 10 de noviembre de 1931).

[36] "En el día americano", en *Última Tule*, *O.C.*, t. XI, p. 63.

en obstáculos... La Sociedad de Naciones implica la sociedad de espíritus".[37]

La respuesta de Reyes, densa, vehemente, escrita en un francés simple y bello, llegó rápidamente a los organizadores de la correspondencia: en la colección que se publicó de estas cartas por orden de llegada, la de Reyes es la primera, lo cual prueba que este tipo de preocupaciones le eran familiares a su autor. Según Reyes, el peligro era doble: "La grandeza y el prestigio de los problemas técnicos" amenazaban con "alterar las conciencias" y producían vivas inquietudes en cuanto al porvenir de la civilización —evidente alusión a la vida norteamericana, país donde una nueva escala de valores lo sacrificaba todo al progreso científico y al bienestar que éste conllevaba. Si no se organizaban intercambios del pensamiento a través de todo el munto, ello significaría admitir implícitamente que una parte de los hombres iba a vivir "según el espíritu y alejado de toda acción", en tanto que la otra se abandonaría al azar, a los instintos o, lo que es peor, erigiría "arbitrariamente en doctrina los apetitos más burdos", frase que con seguridad estaba dirigida al hitlerismo. Desde hacía algunos años, Reyes meditaba "las extrañas teorías" de Julien Benda, "según las cuales, el hombre de pensamiento que participa en la vida de su siglo no es sino un 'clérigo que traiciona' ".[38] Esta idea le podía parecer tentadora en ciertos momentos de desaliento, cuando sus obligaciones de diplomático eran pesadas y devoraban el tiempo que hubiera querido reservar para "la respiración de su alma", su obra de escritor. Pero las torres de marfil sólo podían erigirse "en los países agotados por civilizaciones muy antiguas".[39] En América, la inteligencia no había tenido tiempo "de romper con la acción y todos sus estímulos". Los primeros latinoamericanos que habían alcanzado una cultura internacional —para don Alfonso no excedían el centenar— sabían muy bien que su generación y sin duda la generación siguiente tendrían que dedicarse a organizar la vida pública de sus patrias. Pero de todas maneras, tarde o tem-

[37] *Correspondance. I. Pour un Société des Esprits.* "Introduction" de Paul Valéry y Henri Focillon. Cartas de Alfonso Reyes, Miguel Osorio de Almeida, Tsai Yuan Pei, Gilbert Murray, Salvador de Madariaga. París, Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, 1933; existe también una edición en inglés: *An International Series of Open Letters: a League of Minds*, 1933. No pudimos enterarnos de si el hecho de que la carta haya sido editada en Río de Janeiro tiene relación con la estancia de Reyes en esta ciudad.

[38] Las alusiones a este defensor de la inteligencia, bastante numerosas en la pluma de Reyes a partir de 1924 (*Calendario*), sugieren que, si bien Reyes no se dejó convencer por sus teorías, al menos extrajo un fermento y un alimento para sus reflexiones. Reyes siguió apasionadamente las polémicas que enfrentaron a Maurras y a este "francotirador del orden". Llegó hasta a esbozar un paralelo entre las ideas de Benda y las de José Ortega y Gasset (*O.C.*, t. VIII, p. 215).

[39] "Respuesta de Alfonso Reyes", en el volumen colectivo de la *Correspondance*, *op. cit.*, p. 27.

prano, el problema se plantearía en todos los países y, así pues, la verdadera cuestión consistía en la relación del sabio con la causa pública.

Paul Valéry y Henri Focillon consideraban que "los más capaces de iluminar la conciencia universal" eran hombres "de todos los partidos, clases y naciones", pero ciertamente intelectuales. Reyes, por su parte, ampliaba considerablemente su definición de hombre competente para asumir este tipo de responsabilidades y abarcaba "desde el filósofo hasta el artesano". Esta posición era el eco de una idea que había adquirido en sus años en España —el acercamiento del pensador y el trabajador manual— y que se había convertido para él en algo querido y familiar. Reyes da de estos hombres una definición muy bella y hasta inolvidable: "...todos los que poseen una disciplina espiritual, una cultura, una técnica..., todos los que han luchado contra ellos mismos para adquirir un conocimiento o una formación verdaderos, todos los que han pasado en consecuencia por sus pruebas morales".[40] Uno de los pensamientos profundos de Reyes es que la adquisición de una técnica, de un arte, de un oficio, de una cultura es una escuela de grandeza espiritual.

Pero una vez más, en cuanto a las relaciones "del intelectual absoluto" y la acción, su posición es matizada y mesurada. "Lo mejor para el intelectual absoluto, lo mejor para la inteligencia, es mantenerse en un plano moderado en cuanto a la acción y no participar en ella sino en la medida de lo indispensable, reservándose el papel de orientar y aconsejar". No obstante, en momentos particularmente difíciles, en las crisis, es bueno y necesario que el mayor número posible de espíritus con esta clase de formación tome parte en la acción. "A la hora del naufragio, el propio capitán es el que toma el timón y se hace cargo de las máquinas y de los cables." Es necesario únicamente esperar que se conceda a algunos el privilegio —valiosísimo para la humanidad— "de mantenerse un poco al margen para así conservar el tesoro de la cultura adquirida y salvarla íntegra para las generaciones siguientes". Incluso en la Rusia soviética, donde "las transformaciones lo alteran e invaden todo", se ha permitido "a un investigador como Pavlov que prosiga durante muchos años, al abrigo de la tempestad y en beneficio de la ciencia futura, el estudio de un solo fenómeno biológico: el reflejo de la salivación en el perro". Los demás, los que no son Pavlov, que se mezclen con la multitud, "que compartan decididamente la inquietud social de su época y aporten sus luces". No se puede dejar que "sólo el rencor y la desesperación funden el molde de la sociedad del mañana". La inteligencia tiene que abrirse camino, reivindicar su lugar en el peligro de las primeras líneas. "En cuanto a aquellos que no están hechos para ningún otro comercio que el de las ideas y no saben para nada tratar a los hombres, que recuerden

[40] *Ibid.*, p. 28.

el enérgico dicho popular..., 'tener el corazón en el estómago'." Reyes cita la famosa frase de Goethe, sobre cuyo fondo político él comienza a meditar: "No basta con querer, hay que actuar".

No sabemos si la conferencia "En el día americano", en la que se reproducen largos pasajes de esta carta, fue pronunciada en portugués o en español, pero en las *Obras Completas* de Reyes figura en español.[41] La conferencia está dirigida a un público de profesores brasileños, gravemente desorientados, divididos, a veces escandalizados por las recientes manifestaciones de estudiantes en Río y que habían sido duramente reprimidas. Estos jóvenes sabían entablar relaciones de un país a otro mejor que sus mayores. A su manera, daban ejemplo de la "circulación del espíritu". En aquel momento, sus profesores no se podían quedar al margen del deber político, que es "una facultad general repartida entre todos los hombres". El texto contiene después una de las más bellas expresiones que se hayan proporcionado de este deber que incumbe al hombre maduro: tratar de comprender y de respetar a los jóvenes de su tiempo: "El hombre de cultura, que, pasados los cuarenta años, sea capaz de mirar a la mocedad que anda en veinte sin un sentimiento de amor y angustia paternales, ni será hombre de cultura, ni siquiera hombre, sino un mutilado moral de la especie más lamentable".[42] En este caso, una vez más, la posición de Reyes era mesurada y bondadosa: "persuasión y abandono de toda forma de represión o de violencia".

Toda sociedad fortalece su cohesión rindiendo honor a aquellos de sus miembros que han desaparecido, conservando su memoria, celebrando sus aniversarios. Don Alfonso, de temperamento afectuoso, muy mexicano, siempre había rendido culto a la amistad y respetado el recuerdo. Sus compañeros de Madrid habían puesto de manifiesto una sensibilidad diferente de la suya en la organización de aquella extraña ceremonia silenciosa a la memoria de Mallarmé. En 1926, las *Cuestiones gongorinas* habían sido un magnífico monumento erigido en honor del aniversario del poeta de Córdoba. Pero Reyes nunca había escrito tantos textos conmemorativos como en sus años en Brasil. Los escritores fallecidos pertenecen a todas las lenguas y a todos los siglos: la "sociedad de espíritus" no podía conocer límites. Entre los escritores cuyo recuerdo Reyes con-

[41] Es uno de esos casos raros en que Reyes se tradujo a sí mismo del francés. El único cambio —de espíritu y de letra— entre los dos textos es la nota en que se refiere a Julien Benda:

*a*) En la "Lettre" del volumen *Correspondance*: "Frente a casos concretos, Benda encuentra, hay que decirlo, el medio de arrepentirse sin confesarlo y de rectificarse a sí mismo tal como lo hace, por ejemplo, en el caso de M. Masaryk, ilustre sociólogo, hoy presidente de la Republica Checoslovaca".

*b*) "En el día americano": "Julien Benda, intelectual poseído del espíritu de justicia, no tiene la culpa de que su tesis haya sido con frecuencia tergiversada, una veces por ignorancia y otras por dolo" (*op. cit.*, p. 69).

[42] "En el día americano", *op. cit.*, pp. 65-66.

tribuyó así a evocar se encuentran Virgilio, Lope de Vega, Ricardo Güiraldes, Federico García Lorca, Amado Nervo, y hay dos franceses, Montaigne y Descartes. La aportación de Reyes a la conmemoración del primero fue, como hemos visto, escoger una frase de los *Ensayos* para ilustrar cada una de las partes de *Tren de ondas*. En cuanto a Descartes, la Universidad de La Plata en 1936 decidió editar un "Homenaje a Descartes" para celebrar el tercer centenario de *El discurso del método*. Esta universidad, en la que impartía clases Pedro Henríquez Ureña, solicitó la colaboración de don Alfonso. Los profesores de La Plata tenían prisa pues querían que su volumen apareciera antes del IX Congreso Internacional de Filosofía en París. Reyes pretextó que le faltaba el tiempo para escribir un estudio más largo y el 27 de septiembre de 1936 envió "Breve apunte sobre los sueños de Descartes".[43] Para el volumen que editó en las misma ocasión la Universidad de La Plata, envió "En torno a la estética de Descartes".[44] El segundo de estos textos es más interesante, pero el punto común a ambos estudios es que comentan aspectos marginales e incluso inesperados de este gran pensamiento francés. Para hablar del padre del racionalismo moderno, el escritor mexicano opta por recordar la importancia que Descartes concedía a sus sueños. Por otra parte, Reyes exhuma un pasaje poco conocido, una paginita de una obra de juventud escrita en Holanda a los veintidós años, es decir, mucho antes de que el filósofo hubiera construido su sistema.[45] Don Alfonso es demasiado aristotélico, tiende demasiado a la asociación de los sentidos y de la inteligencia en la apreciación de la belleza para seguir al Descartes de la madurez en esa "profunda zanja metafísica" que él cruza entre el cuerpo y el alma. En el curso de esta búsqueda, ya no de una estética, ni siquiera de una metafísica, sino simplemente de un método, de una marcha o mejor de un paso, él ve que Descartes se acerca "al barranco al que ha caído Monsieur Teste" —en el que han estado a punto de irse a pique Mallarmé y Amado Nervo—: la inutilidad de comunicar su propio pensamiento. Reyes tiene una especie de nostalgia de la época en que Descartes no había llegado todavía a tales extremos, un lamento por "su juventud panteísta" en la que el mundo le parecía "todavía vivo" y no puramente mecánico, un juguete que Dios lanza al garete y se aleja. Descartes se ocupaba entonces de la estética y llegó a comentar el sentimiento musical: el compositor ha de evitar los sonidos demasiado violentos, mantener en

[43] "Breve apunte sobre los sueños de Descartes", en *Homenaje en el Tercer Centenario del "Discurso del método"*, Buenos Aires, 1937; *O.C.*, t. XII, p. 96.

[44] "En torno a la estética de Descartes", en *Escritos en honor de Descartes*, Universidad de La Plata, 1938; *O.C.*, t. XII, p. 91.

[45] "A este respecto, sólo nos da vislumbres una paginita perdida, a los comienzos del ensayo sobre la música, que apareció en Holanda por 1618." "En torno a la estética de Descartes", *op. cit.*, p. 94.

proporción armoniosa los intervalos; su razón debe ayudarlo a evitar tanto una simplicidad excesiva como una tediosa monotonía. Esta posición, muy clásica, se vuelve inasimilable para la filosofía posterior de Descartes en un sistema en el que se califica a los sentidos de engañosos, la estética no podría tener un lugar propio. Como se hace evidente entre las líneas de este ensayo de Reyes, Descartes no es "su" filósofo. No obstante, don Alfonso conoce a la perfección su época y el medio en que ha vivido, y cita al respecto detalles de su biografía, sus teorías y sus textos. Ha leído con gran interés varias de las obras que le han sido consagradas, la de Louis Dimier y más recientemente el *Descartes* de A. Hoffmann, del que la *Revista de Occidente* había publicado la traducción al español en 1932. Esos estudios de Reyes, destinados a un público universitario, o hasta a especialistas de la filosofía, ponen en juego con pleno dominio ese vocabulario que les es propio. Son prueba de una excepcional cultura en este terreno, de una vasta lectura de los clásicos y de los modernos. Términos escolásticos que el neotomismo de Jacques Maritain vuelve a poner de moda junto a expresiones específicas del bergsonismo, doctrina de la que Reyes parecía alejarse poco a poco. Maritain reprochaba a Descartes su "angelismo": nuestras ideas claras son innatas porque no proceden de datos de los sentidos; además, Reyes habla "del gran pecado angélico" de Descartes. La definición que da de la sensibilidad, "asunto de ritmo y de grado", es completamente opuesta al bergsonismo, según el cual ninguna sensación es susceptible de ser medida. Criticaba también a Pascal: "Pese a Pascal... resulta que el espíritu de finura y el espíritu de geometría tienen vasos comunicantes". La armonía, esta ponderación que captamos en la obra de arte, es indispensable para la emoción estética. Equilibrio, justo medio, "proporcionalidad", una vez más, entre la inteligencia y los sentidos.

## Los congresos de 1936 en Buenos Aires

Reyes regresó a México de vacaciones en 1934. Los últimos años de esta primera estancia en Brasil fueron los de su pasión por "Cecilia", una joven carioca. Pero, ¿no mezcla en gran medida la ficción literaria con la verdad autobiográfica el audaz relato que escribió sobre el tema, y que empieza en 1935 y termina en 1940?[46] Es inevitable pensar en Marcel Proust, maestro de la novela de análisis, ante el título escogido y al ver vivir y

[46] Era la primera vez que Reyes escribía un relato de amor. Él había tenido la costumbre hasta entonces de decir que el amor era algo terriblemente importante, del que había que hablar lo menos posible. En este *Análisis de una pasión*, pretendió ir más lejos que los demás en claridad y sinceridad. Pero, si bien empezaba a confiarse al papel, no podía vislumbrar todavía que el relato de este amor se abriera al público. Esta obra apareció úni-

amar a la joven Cecilia. Ingenua y perversa a la vez, ella es quizás una versión más moderna y brasileña de Odette, el gran amor de Swann.

En 1936, don Alfonso fue destinado de nuevo a Buenos Aires. Partió de Brasil justo a tiempo para asistir a los importantes encuentros internacionales que se preparaban en Argentina. El próximo congreso de la Federación Internacional de los Pen Club, que debía tener lugar a principios de septiembre en Buenos Aires, prometía, en efecto, reunir en esta ciudad a los escritores de todo el país. Además, cuando tuvo lugar el VI Encuentro de la Organización de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones en Budapest, en junio de 1936, Paul Valéry había sugerido prever el séptimo de estos encuentros sin tardanza alguna, vista la urgencia, en la capital argentina al terminar el congreso de los Pen Club, o sea del 11 al 16 de septiembre de 1936. Así fue como un número excepcional de escritores de Europa y de América se reunió por primera vez en una capital del Nuevo Mundo.

El XIV Congreso Internacional de los Pen Club se llevó a cabo del 5 al 15 de septiembre. En un elegante volumen editado en 1937 están reunidos sus debates. Reyes, al parecer, no intervino en ningún momento. La heterogeneidad de la asamblea es quizás la explicación de su reserva. Don Alfonso volvió a ver a algunos de sus viejos amigos, Victoria Ocampo, Jules Supervielle, Benjamin Crémieux, Jules Romains y al hispanista belga Lucien-Paul Thomas. Tuvo el sumo placer de conocer personalmente a Mario Puccini, con el que intercambiaba una interesante correspondencia desde 1920. Pero desde el inicio del congreso, e incluso antes, las reflexiones políticas se mezclaron con las preocupaciones literarias hasta llegar a rebasarlas. Apasionadas discusiones habían dividido a los organizadores argentinos.[47] La presidencia estaba reservada a Carlos Ibargurén, quien había estado al lado del general Uriburu durante y después de la revolución de 1930 y que con mucha frecuencia era considerado partidario de los regímenes fuertes, por no decir de las dictaduras. La vicepresidenta era Victoria Ocampo, convertida, junto con todo su grupo, a las ideas de izquierda. Otra personalidad argentina importante era Manuel Gálvez, novelista católico y reaccionario. Victoria logró que se aceptara la elección de Henri Michaux como invitado de honor contra Gálvez y varios que proponían a André Maurois. Desde la primera sesión, Victoria Ocampo pidió que los escritores no se mantuvieran "indiferentes a las realidades sociales". Fuertes personalidades ar-

camente después de su muerte. Se publicó en *Vida y ficción*, mucho después del fallecimiento de don Alfonso y del de doña Manuela, en 1970.

[47] Véase la crónica que da de estas reuniones el argentino Manuel Gálvez, *Recuerdos de la vida literaria*, t. III, p. 299. Encontramos también algunos ecos de este congreso en el artículo de Hugo Rodríguez Urruty, ya citado, "Para las relaciones Reyes-Reyles", en el volumen colectivo *Presencia de Alfonso Reyes*, p. 132.

gentinas y uruguayas escucharon su discurso sin decir palabra; entre ellas, había admiradores de Mussolini y de Primo de Rivera. Jules Romains acusó al futurista Marinetti, convertido en teórico del fascismo, de haber firmado el año precedente un texto en favor de las guerras. Reyes esperaba de esta reunión un enriquecimiento del humanismo americano, un avance en la definición del destino de América, pero no encontró sino pasiones que se encarnizaban en hacer avanzar "la hora de los sables". Su silencio era, pues, decepción dolorosa y reprobación.

En este ambiente se inauguró el encuentro de la Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones, con un número reducido de participantes, de los que se tenía derecho a esperar más serenidad: Enrique Díez-Canedo —nombrado embajador en Buenos Aires por la joven república española y a quien Reyes tenía la inmensa alegría de volver a ver—, por Francia, Georges Duhamel, Jules Romains, Jacques Maritain. Inglaterra había enviado a R. H. Mottram y a W. J. Entwistle; España a J. Estelrich; Italia a Giuseppe Ungaretti; Portugal a Fidelino de Figueiredo; Austria a Stefan Zweig. Emil Ludwig fue por Suiza y Louis Piérard por Bélgica. América del Sur estaba ampliamente representada gracias a los argentinos Carlos Ibargurén, Francisco Romero y Juan B. Terán, Afranio Peixoto por Brasil, Carlos Reyles por Uruguay, B. Sanín Cano (Colombia), Alcides Arguedas (Bolivia). Pedro Henríquez Ureña, que residía como ya sabemos en Argentina, representaba a su patria, la República Dominicana, y estaba encargado de presentar los comunicados que habían enviado los miembros de la Sociedad imposibilitados de asistir al congreso o que habían preferido abstenerse, como Keyserling (Alemania).

El tema que se proponía a tan prestigiosa asamblea era el de las *Relaciones actuales de las culturas europeas y de América Latina*. Bajo este título inocentemente comparatista se ocultaban la preocupación trágica y las reflexiones dramáticas que inspiraban a los espíritus europeos más atentos del mundo la agitación furiosa de Alemania, la política de conquista proclamada por el führer y las teorías racistas contenidas en sus discursos. Ante la locura que prevalecía al otro lado del Rhin, de nuevo parecía difícil que se pudiera evitar la guerra. Si Europa caía otra vez en un desencadenamiento de fuego y sangre y si por desgracia el führer la llevaba a ello, ¿no iban a desaparecer la civilización europea y la cultura latina, aplastadas bajo la bota alemana? Así como en todas partes se empezaba a buscar refugios para las obras de arte y para los vitrales de las catedrales, a fin de sustraerlos a la codicia del vencedor o la violencia de los bombardeos, era conveniente estudiar un plan de repliegue para los valores morales e intelectuales de Europa. Parecía que era en América Latina donde éstos podían encontrar el mejor refugio y, en primer lugar, en Buenos Aires, la metrópoli latina más grande de América. La guerra civil que acababa de estallar en España era la prefiguración de acontecimientos más graves y hacía más patética la reunión de todas estas per-

sonalidades, muy lejos de la Europa amenazada, para velar por su perennidad. Georges Duhamel, en el discurso de apertura del congreso que pronunció, llegó incluso a presentar sus deliberaciones como producto del "carácter sagrado de un pensamiento testamentario". Además, hizo hincapié en que no se trataba "de confrontar dos formas de cultura... que serían la europea y la americana. Estamos ante dos aspectos —dijo— de una sola y única civilización en uno de los momentos más dramáticos de su historia". Como buen francés, pasaba a definir la civilización: "un conjunto de métodos" que podían admitir algunas "modalidades diferentes y realizarse en territorios más o menos vastos..." No obstante, "la unidad fundamental de los métodos pone de manifiesto la unidad de la civilización". Rendía homenaje al desarrollo que había experimentado la civilización occidental en el Nuevo Continente. "Más que una metamorfosis" era "una transustanciación". Hizo alusión después a los años de la posguerra, en los que se había llegado a temer entre América y las sociedades europeas "una verdadera secesión espiritual". ¿Iban a desligarse las sociedades del Nuevo Mundo de la comunidad occidental para enfrentar otros destinos? ¿Se iban a dejar atrapar por "el movimiento propiamente científico del progreso?" Estos temores se habían disipado después de la crisis económica que había demostrado "la existencia ineluctable de una solidaridad intercontinental". El carácter "megalomaniaco" de los sueños de la técnica se había puesto claramente de manifiesto. Se había tomado conciencia de los peligros de las competencias, "del demonio cuantitativo". La inteligencia se había recobrado y confesaba que tenía que buscar procedimientos nuevos para hacer frente a los nuevos peligros. Este llamado, sumamente conmovedor en su simplicidad, lo hacía el autor de *Vida de mártires*; es decir, se sentía flotar el recuerdo de los sufrimientos padecidos por Francia en la Primera Guerra Mundial y el recelo de otros duelos.

Alfonso Reyes tomó entonces la palabra para pronunciar en su hermoso francés un segundo discurso inaugural en el que representaba a los pensadores de América Latina.[48] Prefirió no hablar de "civilización americana", pues "ello nos conduciría hacia las regiones arqueológicas que

[48] El texto de esta disertación se publicó en francés en el volumen *Entretiens Europe-Amérique Latine*, Buenos Aires, septiembre de 1936, editado en París en 1937 por el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, Palais-Royal, París. Para la edición en español, impresa en Buenos Aires, Reyes hizo una espléndida traducción, que figura también bajo el título "Notas sobre la inteligencia americana", en *Última Tule*, *O.C.*, t. XI, p. 82.

Para dar una idea del valor de esta traducción, nos limitaremos a reproducir aquí una sola frase: "Mais il faut encore savoir si le rythme européen, que nous essayons de suivre à grands pas —ne pouvant point l'accompagner du pas mesuré qui lui est propre— est l'unique 'tempo' historique possible..." ("pero falta todavía saber si el ritmo europeo —que procuramos alcanzar a grandes zancadas, no pudiendo emparejarlo a su paso medio—, es el único 'tempo' histórico posible..."), p. 83.

caen fuera de nuestro asunto". Hablar de "cultura americana sería algo equívoco: ello nos haría pensar solamente en una rama del árbol de Europa trasplantada al suelo americano". En cuanto a él, deseaba tratar de "la inteligencia americana", de su "visión de la vida", de su "acción en la vida". De este modo se podría definir con mayor seguridad "el matiz de América".

En una vasta metáfora, el autor de *Ifigenia cruel* representaba después la historia de América Latina como una tragedia que implicaba, como todo drama antiguo, "un escenario, un coro y un personaje". El escenario era en realidad un tiempo, en el sentido musical de la palabra, "un ritmo", el *tempo* de acuerdo al cual América, llegada tarde al banquete de la civilización, acelera el paso para alcanzar la madurez. Éste era uno de los secretos de su historia y la explicación de la presencia constante de la improvisación en la vida pública, pero en definitiva, este ritmo resultaba tan plausible como "el paso medio europeo". El coro estaba formado por las poblaciones de todos los tonos, productos de un mestizaje potente y original entre los elementos autóctonos, las masas españolas y las aportaciones ulteriores de inmigrantes generalmente europeos. "La laboriosa entraña de América va poco a poco mezclando esta sustancia heterogénea y, hoy por hoy, existe ya una humanidad americana característica." El actor era la inteligencia. En la difícil definición que Reyes trata de proporcionar de la inteligencia americana, volvemos a encontrar muchas reflexiones producto de sus experiencias, muchas veces amargas, y que a veces se remontan a su adolescencia: la idea de que la inteligencia americana se diferenció muy pronto del espíritu europeo. Quién mejor que un mexicano podría hablar de esa "aristocracia colonial" que se había opuesto rápidamente a las "tendencias arribistas" de los funcionarios españoles recién desembarcados: refinamiento de los modales, mesura en las costumbres y en las palabras, tendencia a las artes y al lujo habían nacido al contacto con el indio, de la visión de una naturaleza más amplia y de una belleza extraña, de una vida fácil. Estas cualidades, rápidamente adquiridas, eran las mismas que habían permitido a Ruiz de Alarcón ser comprendido por Corneille y a través de él influir en todo el teatro francés.

Don Alfonso abordaba después con loable franqueza la cuestión, muy difícil de tratar ante franceses y españoles, de la influencia norteamericana en América Latina. Su calidad de mexicano y de mexicano del Norte, es decir, nacido en la frontera de los dos mundos, lo autorizaba a reconocer que no sólo desde el armisticio de 1918 sino desde hacía ya mucho tiempo, desde su independencia, América Latina amalgamaba las influencias recibidas de Europa y de los Estados Unidos: "Nuestras utopías constitucionales combinan la filosofía política de Francia con el federalismo presidencial de los Estados Unidos". Los "iberoamericanos" escuchaban a la vez a las sirenas de Europa y a las de Estados Unidos. No obstante

—y sin negar las afinidades de América Latina con "las individualidades más selectas de la otra América"—, América del Norte no correspondía siempre a la sensibilidad de los pueblos que vivían al sur de sus fronteras. A éstos no les gustaba "la tendencia anglosajona a la segregación de las razas". En realidad, la generalización era delicada pues algunos ingleses —Chesterton— habían concedido a todos los pueblos una autenticidad igual. Esto era también lo que había hecho, naturalmente, Gide en el Congo. Algunos recuerdos punzantes de su estancia en París se deslizaban después en el discurso de Reyes: "No nos agrada considerar a ningún tipo humano como mera curiosidad o caso exótico divertido, porque ésta no es la base de la verdadera simpatía moral". La actitud de los españoles en América había sido diferente: los primeros misioneros, "corderos de corazón de león, gente de terrible independencia", habían abrazado con amor a los indios, prometiéndoles el mismo cielo que a ellos les estaba prometido; los conquistadores habían fundado el mestizaje cuando "sus arrebatos" los habían impulsado hacia las mujeres indias. Reyes cita a varios héroes de la Conquista que vivieron felices en América con "mujer hermosa e hijos como una flor...El mismo conquistador Cortés entra en el secreto de su conquista al descansar sobre el seno de doña Marina."

"La inteligencia americana es necesariamente menos especializada que la europea." El escritor latinoamericano no es casi nunca sólo escritor, desempeña otro y a veces varios oficios. Descubre, muchas veces con sufrimiento, "que el orden de la acción es el orden de la transacción"; en especial en los periodos de crisis o de luchas, no tiene derecho a refugiarse en una torre de marfil y dedicarse a las letras, dejando que "sólo la ignorancia y la desesperación concurran a trazar los nuevos cuadros humanos". La inteligencia americana "está más avezada al aire de la calle". Reyes retoma entonces la comparación ya antigua —porque la encontramos, y en los mismos términos, en una de sus cartas a Larbaud en 1923— entre el esfuerzo enorme que ha de hacer todo americano para llegar a la cultura y las facilidades de educación de todo tipo que se ofrecen a los jóvenes europeos: "Nace el escritor europeo en el piso más alto de la Torre Eiffel. Un esfuerzo de pocos metros y ya campea sobre las cimas mentales". El escritor americano, en cambio, "Comienza su vida en la región del fuego central. Después de un colosal esfuerzo, en el que muchas veces emplea una vitalidad exacerbada... apenas logra asomarse a la corteza de la tierra".

La función más noble de la inteligencia americana parecería ser una cierta "aptitud para la síntesis", pues está entrenada para buscar sus instrumentos culturales en los diversos centros europeos; puede así, con más rapidez que cualquier otra, "ir aplicando prontamente los resultados, verificando el valor de la teoría en la carne viva de la acción". Al hacerlo así, la inteligencia americana ha aprendido a asomarse a otros pueblos para comprenderlos, lo que las viejas naciones europeas no saben hacer

conflicto o del carácter catastrófico de la eventualidad de una victoria alemana. Insatisfecho, Reyes decidió prolongar estos encuentros mediante reuniones, entre el 23 de octubre y el 19 de noviembre de 1936, a las que asistieron el argentino Francisco Romero y Pedro Henríquez Ureña. Pudieron avanzar algo en la definición de "la inteligencia americana" y en el análisis de su tendencia a la síntesis. Más tarde, en 1950, cuando su gran amigo el venezolano Mariano Picón-Salas fue a El Colegio de México a proseguir el estudio metódico de estos temas, don Alfonso publicó el fruto de esas conversaciones a tres, "pura hipótesis de trabajo".[51] En este volumen se descubre, más que en el que publicó la Sociedad de Naciones, su opinión poco halagadora sobre los delegados europeos, que habían dado muestras de incapacidad en la comprensión de otra inteligencia que no fuera la suya.

## Conclusión

Reyes regresó a Brasil para representar a México por unos meses en 1938. Pero ya había tomado la decisión de retirarse de las funciones diplomáticas y de regresar a su país. Estaba de acuerdo con la política que seguía Lázaro Cárdenas y con la autoridad y la integridad de este presidente, con sus intentos de progreso social. Las decepciones de todo orden no habían hecho sino fortalecer su patriotismo. En la lucha, y escribiendo para intensificar el sentido fraternal entre los pueblos de América Latina, había adquirido una noción más neta de la especificidad del destino mexicano y de su valor. Iba a poner fin a un exilio de veinticinco años y sentía la gran alegría de reencontrar la vida mexicana y de contribuir a su progreso.

No obstante, el deber sagrado de ayudar a sus amigos españoles contó mucho en la toma de esta decisión. La derrota de los ejércitos republicanos obligó a un gran número de personas, políticos eminentes o escritores comprometidos, a abandonar la península y, como es sabido, el gobierno mexicano fue el único de todos los de las dos Américas en conceder asilo a los refugiados. A don Alfonso le importaba ofrecer el mismo servicio que había recibido de ellos en 1914 a Enrique Díez-Canedo y a tantos otros. Había que acogerlos, organizar en torno a ellos una nueva vida. La llegada a México de tantos hombres valiosos permitiría la formación de un foco intelectual de primer orden, la creación de organismos con futuro. Era un rayo de esperanza, aunque más débil, que no com-

[51] *La constelación americana. Conversaciones de tres amigos*, Colección Archivo de Alfonso Reyes, México, 1950. En esta *plaquette*, Reyes indica que de estas reflexiones surgió también el libro de Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América hispánica* (1ª edición en inglés, 1945).

pensaba la angustia que don Alfonso compartía con sus amigos franceses ante la Segunda Guerra Mundial, que ya se anunciaba.

Dos publicaciones simbolizan su fidelidad a Francia en aquellos años de ansiedad en los que don Alfonso presiente el ineluctable conflicto. En junio de 1937, envió a *La Voix de France*, el periódico de los franceses residentes en Buenos Aires, un artículo para el número especial previsto para celebrar el 14 de julio. Don Alfonso retoma la historia del robo de la cochinilla mexicana por Thierry de Menonville y la precisa aún más, lo cual demuestra que su curiosidad no había dejado de documentarse sobre este tema desde los días lejanos y parisienses en los que el conde Déjean le había contado la anécdota. En 1938, decidió editar una buena parte de sus páginas sobre Mallarmé en un librito con un título conmovedor, *Mallarmé entre nosotros*, que hace pensar en *Cécile parmi nous* de Duhamel, respuesta favorable al discurso patético de éste, quien en 1936 en Buenos Aires había pedido a América Latina que resguardara los valores occidentales en caso de que la tierra francesa llegara a faltarles.

# SEXTA PARTE

# REGRESO A MÉXICO

Don Alfonso pasó en su querido México los últimos veinte años de su vida. Sus múltiples actividades y muy pronto su estado de salud le impidieron regresar a Europa, salvo una estancia de unos cuantos días en París en 1946.

No faltaron las dificultades de adaptación, sobre todo al comienzo. México no le perdonaba fácilmente sus veintiséis años de ausencia. Pero don Alfonso supo apaciguar poco a poco esta animosidad y su autoridad moral e intelectual se afirmó a través de los diferentes organismos mexicanos que creó o reorganizó, y se extendió e incrementó por toda América Latina. Las grandes obras de síntesis que pudo componer por entonces le ganaron respeto unánime. Su biblioteca fue bautizada por Enrique Díez-Canedo Capilla Alfonsina, dando a la palabra el sentido que tenía en francés *chapelle* en el siglo XVIII, el de "círculo literario y de amigos". La Capilla muy pronto se convirtió en un foco irradiador al que acudían hombres de letras, artistas, amigos y visitantes seguros de encontrar algún documento raro en América y la bondad, la comprensión, el aliento, la sonrisa maliciosa y la conversación brillante de don Alfonso.

Son bastante bien conocidas las relaciones de Alfonso Reyes con los franceses residentes o de paso por su ciudad, pues aquellos que tuvieron la suerte de conocerlo han descrito de buena gana su admiración por aquella erudición tan vasta y desprovista de pedantería, aquella curiosidad al corriente de todo, aquella memoria prodigiosa en la que se había grabado con especial agudeza el menor de los instantes que don Alfonso viviera en Francia. Los amigos franceses que lo volvieron a ver en este último periodo de su vida nos han contado espontáneamente sus recuerdos, nos han enseñado sus carpetas de correspondencia, los libros con su dedicatoria que fielmente les hacía llegar, y todos estos testimonios tienen un valor irremplazable para nuestro estudio. Tanto en las obras de primera magnitud como en los innumerables ensayos que escribió en el transcurso de aquellos años, don Alfonso trata con mucha frecuencia el tema de Francia y de su literatura. Ésta ocupaba siempre un lugar escogido en sus lecturas y en sus investigaciones y nada de lo que pasara o se publicara en Francia le era ajeno. Y sin embargo, los principales documentos en los que hemos basado hasta ahora nuestro estudio nos hacen falta ahora. La correspondencia que don Alfonso sostuvo con Valery Larbaud, tan reveladora muchas veces, se interrumpió en 1935, cuando un terrible accidente cerebral fulminó al escritor francés dejándolo paralizado y afásico. El último número de *Monterrey* es de julio de 1937. Y sobre todo, la parte publicada del *Diario* se detiene el 27 de diciembre de 1930. He-

Gaos, Agustín Millares Carlo, María Zambrano, Joaquín Xirau y Josep Carner. La Casa de España en México, que don Alfonso fundó en torno a ellos de pleno acuerdo con el presidente Lázaro Cárdenas, se convirtió a la vez en lugar de reunión, editorial, "institución de salvamento del espíritu". Por iniciativa de don Alfonso, la Casa de España tomó el nombre de El Colegio de México el 16 de octubre de 1940. En sus estatutos se refleja el recuerdo de los de la École des Hautes Études francesa. Centro de investigación y de conferencias de prestigio, El Colegio acoge desde entonces a los mejores especialistas de todo el mundo. Fue, según palabras de Marcel Bataillon, "el honor de Alfonso Reyes". Paralelamente a El Colegio de México se fundó El Colegio Nacional, que reúne a las más altas personalidades mexicanas en todos los terrenos, literarios, artísticos y científicos. Las lecciones están abiertas al gran público y para su organización don Alfonso se inspiró en parte en el Collège de France.

Pero los esfuerzos que llevó a cabo don Alfonso en favor de los escritores españoles no siempre fueron bien interpretados por sus compatriotas; en España misma, tuvo el dolor de que fueran mal comprendidos por algunos de sus amigos, como José Ortega y Gasset. No todos los mexicanos —ni mucho menos— eran adeptos fervientes de la amistad española. No todos estaban convencidos de la importancia de los que escriben o piensan. Se reprochaba a Reyes el que hubiera puesto fin a sus deberes diplomáticos para ocuparse de los madrileños. Los periódicos mexicanos no sólo le cerraron sus puertas sino que lo insultaban todos los días, movidos por "estúpidos impulsos nacionalistas". Trataban de hacer que pagaran caro "el grave pecado" de dedicar sus esfuerzos a encontrar una solución para los emigrados españoles, sus compañeros en las letras.[3] Reyes tuvo que publicar sus artículos en periódicos de Buenos Aires. Se le ocurrió por entonces la idea de emprender una serie de trabajos sobre la Grecia Antigua, civilización que había sido su "pasión de siempre". En 1939 le parecía que, al escoger esta vía, no se entremetía en ninguno de los terrenos que exploraban ya los intelectuales mexicanos.[4] Pero en lugar de estarle reconocidos, los intelectuales le reprocharon enérgicamente esta elección. Los periódicos hablaban de un "desapego evidente por lo que es nuestro país".[5] Decididamente, Reyes "no se ocupaba nunca de México ni siquiera de la época actual". Don Alfonso habló sólo mucho después de la amargura que sintió al verse así dejado de lado. Supo permanecer sereno, sonriente, fiel a la línea de conducta que se había trazado. Vivió bastante encerrado en su biblioteca hasta que pa-

[3] Carta a Ramón Gómez de la Serna, en la Capilla Alfonsina.

[4] Véase "De sociología literaria" (diálogo con Robert Escarpit), en *Las burlas veras, 2o. ciento*, p. 182.

[5] "La desvinculación nacional". Véase Alfredo Perera Mena, "El mexicanismo de Alfonso Reyes" del 20 de octubre de 1954, recopilado en *Páginas sobre Reyes*, II, p. 388.

saron los primeros años de su regreso, como Montaigne en la suya. Se dio el lujo supremo de elegir un programa y un ritmo de vida apropiados a sus proyectos. Con mayor facilidad que a otros, confió a sus amigos franceses —en sus diálogos con Robert Escarpit, en sus cartas a Jules Romains o a Miomandre— los esfuerzos que tuvo que imponerse para mantener la calma contra el odio disuelto en el aire. Cuando al cabo de algunos años los ánimos se apaciguaron, cuando pudo al fin creer que se había "aprendido a quererlo", su salud era muy mala. Huitzilopochtli el dios vengador de los aztecas, le había mordido el corazón. "Esto es lo que me matará."[6]

## La encuesta de Frédéric Lefèvre

Este triste periodo —en el que quien tanta necesidad tenía de simpatía conoció la enemistad, la incomprensión— se dificultó todavía más con las noticias del conflicto que se insinuaba en Europa. En 1936, en Buenos Aires, Reyes había sido uno de los espíritus más lúcidos en la denuncia de lo que angustiosamente se aproximaba. Se enteró del inicio de la Segunda Guerra Mundial con la ansiedad que era de suponer al recordar la movilización de 1914 que él había vivido en Francia.

En octubre de 1939 recibió el anuncio de una encuesta organizada por *Nouvelles Littéraires*. Frédéric Lefèvre le escribió personalmente para presentarle esta iniciativa en favor del "espíritu y la libertad de espíritu": "¿Cuál es su posición en el conflicto actual? ¿Piensa usted que es importante para el futuro del pensamiento en el mundo que triunfe Francia?" Alfonso Reyes tenía seguramente muchas respuestas que aportar a las dos últimas preguntas: "¿Qué debe usted a Francia en su formación espiritual? ¿Cómo se le reveló a usted la literatura francesa? ¿Cuál es el escritor francés que usted prefiere?" Al margen del texto mecanografiado de la encuesta, Francis de Miomandre había agregado de su propia mano algunas palabras cariñosas, haciendo ver "al gran poeta, gran diplomático y sincero amigo de Francia, el valor" que él otorgaba a su respuesta.

El duplicado de la respuesta de Reyes se conserva en la Capilla, gracias a doña Manuela, que clasificaba todos los papeles de don Alfonso con un minucioso cuidado, y afortunadamente para nosotros, pues la encuesta fue rápidamente abandonada por *Nouvelles Littéraires*. La respuesta de Alfonso Reyes no se publicó y su pérdida nos hubiera privado de una de las más hermosas declaraciones de amor que se hayan hecho a Francia. Los primeros párrafos de la extensa carta de Reyes concernían a su

[6] Carta en francés a Jules Romains del 26 de junio de 1947, en la Capilla Alfonsina. Inédita.

adhesión "sin vacilaciones ni matices" al triunfo de la democracia. Para él, la causa de Francia y la de sus aliados se confundían "con la del espíritu y la de la libertad de espíritu", que para don Alfonso representaba "la cosa más preciosa del mundo... el triunfo de Francia importa al porvenir mismo del pensamiento".

Francia había tenido una influencia preponderante en la generación de Reyes y en los escritores que la habían precedido. Nadie ignora que "la filosofía política francesa" inspiró las luchas por la autonomía nacional de las repúblicas, pero México debe mucho, tal vez más que cualquier otra, a la cultura francesa, pues la reorganización que llevó a cabo después de la victoria de Benito Juárez la hizo bajo su égida. El escritor mexicano presentaba después su formación personal como basada esencialmente en las raíces mexicanas, con Francia y España en recíproco estímulo para agregar sus riquezas propias y servir de vehículo a las otras culturas: la de humanidades clásicas, y la italiana, la inglesa y la alemana.

La última parte de su respuesta era más íntima, llena de emoción porque evocaba recuerdos muy queridos. "Me atrevo a decir que desde mi primera infancia he amado la lengua francesa de una manera instintiva." Ya no podía precisar a qué edad había pronunciado sus primeras palabras en francés, pero ciertamente en su medio familiar y mucho antes de la enseñanza primaria, en el curso de la cual había comenzado el estudio sistemático del francés y del inglés. Recordaba que, siendo muy niño, había soñado trasladar al español "algunas agilidades y ciertos matices de sensibilidad" que él creía adivinar en la lengua francesa. Pasaba después a afirmar, como tantas veces se había alegado, que la invasión de los ejércitos napoleónicos no había implicado en los mexicanos ninguna animosidad hacia Francia después de la derrota de Maximiliano. Una vez más, don Alfonso volvía a ver la mesa de familia en el comedor de Monterrey y a su padre conversando amistosamente con un antiguo oficial francés. La evocación del general Reyes ejerce entonces todo su encanto y este texto se convierte en uno de los más conmovedores que su hijo haya escrito a la memoria de ese soldado-poeta, que vivía cotidianamente en una atmósfera literaria. El recuerdo de ese padre tan admirado se confundía con el de las primeras lecturas que había hecho a su hijo, entre las que dominaban los textos de los clásicos franceses: el *Télémaque*, los versos de Racine. El "Qu'il mourût" de Corneille entraba de lleno en la concepción del honor de este soldado, en su idea del deber público. Para terminar, pero más al vuelo, Alfonso Reyes menciona su paso por las bancas del Liceo Francés de México. Ante el silencio respecto a la encuesta de *Nouvelles Littéraires*, don Alfonso escribió de nuevo a Francis de Miomandre el 17 de abril de 1940, no para preguntarle qué había sucedido con su respuesta, sino para confirmarle "que era de los nuestros".

## La caída de París

En el sombrío invierno de espera de 1939-1940, don Alfonso vio con frecuencia "a la admirable" Yassu Gauclère, quien había ganado las oposiciones a la cátedra de filosofía en 1931, *ex aequo* con Simone Weil y en la misma promoción que Claude Lévi-Strauss y Ferdinand Alquié.[7] Su origen israelí la había llevado a huir del nazismo que amenazaba a Europa y esta circunstancia, así como su inteligencia y su talento de novelista —acababa de terminar de escribir *L'Orange bleue*, que más tarde recibiría el premio Sainte-Beuve—, le habían ganado la simpatía de don Alfonso, para quien el nazismo era un espectro horrible. A esto hay que añadir que la joven mujer estaba escribiendo entonces un estudio sobre *Francia y su cultura* destinado a las universidades norteamericanas. Son de imaginar las interesantes conversaciones que debieron de tener en torno a este libro en preparación. Yassu Gauclère venía acompañada de su marido, el profesor René Étiemble, quien, desde la construcción de la Capilla, era uno de sus visitantes más asiduos. Contratado por la Universidad de Chicago, Etiemble estuvo varias veces en México, en 1938, en 1940 y en 1941, para trabajar en un estudio sobre la poesía de Jules Supervielle. El "generoso Alfonso Reyes" puso a su disposición sus documentos y sus libros. El crítico francés podía así comparar mejor que en cualquier otro lugar de América las variantes de los poemas de Supervielle a través de las diferentes ediciones de *Gravitations*. Además de su amistad con Supervielle y Breton, Etiemble contaba a Reyes sus recuerdos como alumno de la Escuela Normal Superior, le describía la Asociación Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, de la que en 1936 había sido secretario ejecutivo, cuando Louis Aragon J. R. Bloch, André Chamson, Ilya Ehrenbourg y André Malraux llevaban conjuntamente la dirección de la misma. En 1938, en vísperas de la guerra, había organizado reuniones y dirigido discusiones, llenas de angustia y a pesar de todo esperanzadas, en la Abadía de Pontigny.[8] Aportó, pues, a don Alfonso una bocanada de aire fresco de París. Etiemble se vio en México con su compañero de la rue d'Ulm, Michel Berveiller, entonces director del Liceo Francés. Ambos prepararon un folleto, *Notre paix*, "especie de programa o de plan para una Europa federada, socialista y liberal, capaz de hacer contrapeso al capitalismo norteamericano y al estalinismo", en el que Reyes iba a reconocer fácilmente sus propias ideas. Reyes tenía también en gran estima a Michel Berveiller y prestó su apoyo a Quetzal, la editorial que éste había fundado en México y que se pro-

[7] *Cf.* Etiemble, "Yassu Gauclère", en *C'est le bouquet!*, Gallimard, 1967, p. 281.

[8] Véanse las cartas que intercambiaron por esta época Etiemble y Jules Supervielle y las notas a estas cartas, en Jeannine Etiemble, *Jules Supervielle-Etiemble, Correspondance, 1936-1959*, París, Société d'Édition d'Enseignement Supérieur, 1969.

ponía editar, entre otros libros, una colección en francés en la que se dejarían escuchar "las auténticas 'voces' de la Francia literaria": Supervielle, Focillon, Caillois, etc. Étiemble y Michel Berveiller hicieron también varios proyectos de revistas —*Renaissance*— y de institutos —de Estudios Romanos—, que no se llegaron a realizar del todo, por lo menos en México, debido a que Michel Berveiller se fue a Londres en noviembre de 1942 a unirse con el general De Gaulle.

Otro contacto selecto con la literatura francesa que disfrutó don Alfonso fue gracias a la presencia en México de Émilie Noulet, quien había seguido a su marido Josep Carner a su exilio. El 9 de mayo de 1940 la señora Noulet-Carner fue a entregar a don Alfonso su magnífico *Mallarmé* . La mujer que se iba a convertir en una de las mejores críticas literarias de nuestra época no olvidó nunca la acogida que recibió en la Capilla y a partir de entonces se convirtió en celosa intermediaria entre don Alfonso y los hispanistas belgas.

En este ambiente de estudiosos, la noticia de la entrada de los alemanes a París resonó como un campanazo. En los poco frecuentes momentos en que se nos permitió entreabrir su *Diario*, vimos que reaparecía en la pluma de don Alfonso el famoso verso de Rubén Darío que se recitaba ya en la Primera Guerra: "Los bárbaros, Francia, los bárbaros, cara Lutecia!" Para Alfonso Reyes era "el duelo del género humano". Su emoción era tal que apenas podía concentrarse para escribir.[9] A partir de aquel día, los comentarios dolorosos de los acontecimientos en Francia ocupaban el primer lugar de su diario. El 16 de junio llegó por radio la noticia de la capitulación de Francia. Don Alfonso trató de aturdirse con trabajo pero en vano, tan grande era su angustia.[10] Tiembla por Francia, por su México, tiembla por el mundo entero que muy pronto tendrá que armarse pues su clarividencia prevé que el conflicto va a extenderse inevitablemente.

Ante tan dramática perspectiva, por una reacción curiosa que no deja de recordar a la de Claudel escribiendo el burlesco *Proteo* en el momento en que la muerte de su padre lo sumergió en el dolor más cruel, Reyes emprendió *Memorias de cocina y bodega*, pequeños poemas en prosa en honor de los gastrónomos, homenaje indirecto a Francia y al arte de vivir agradablemente que este país ha enseñado al mundo. ¿No fue en París donde don Alfonso aprendió a saborear "los grandes poemas de los vinos finos franceses" y los de la sabia cocina del país? La *pla-*

[9] "14 junio 40. 'Los bárbaros, Francia, los bárbaros, cara Lutecia.' Los alemanes en París, luto del género humano. Me cuesta trabajo concentrarme para escribir." *Diario* de Reyes, inédito.

[10] "17 junio 40. Francia capitula ante Alemania, como primer Acto del nuevo gobierno de Petain. Desde anoche llegó el rumor por radio. Encerrado embriagándome de trabajo, pero muy angustiado." *Ibid.*

*quette* salió en una edición lujosa y rara que Reyes ofreció a sus mejores compañeros franceses, a aquellos que, como Francis de Miomandre, lo habían guiado en los deliciosos momentos de París.

En los primeros días de julio de 1940 aparecen en el *Diario* frases llenas de sospecha respecto al mariscal Petain: la antigua divisa "Liberté, Égalité, Fraternité", parece muerta.[11] El 14 de julio fue una jornada muy triste para los mexicanos amigos de Francia, sensibles como siempre a la celebración de los aniversarios. Don Alfonso trató de encontrar refugio en su trabajo.[12] El 22, tuvo la alegría de hacer una visita a Igor Stravinsky, de paso por México. Es sabido que el ilustre músico se había naturalizado francés para así demostrar que reivindicaba el honor de pertenecer a la escuela musical francesa de nuestro tiempo. Don Alfonso fue a su encuentro con la misma simpatía que en otro tiempo en París.

## Jules Romains en México

Jules Romains se había divorciado de la esposa con la que Reyes lo había conocido en España al término de la Primera Guerra y que lo recibió en la rue des Lilas en 1925. A fines de 1936, Jules Romains se volvió a casar, con la joven y bella secretaria que lo había acompañado a Buenos Aires. Sabemos que estos acontecimientos personales se traslucían apenas modificados en *Hommes de bonne volonté*. El 2 de septiembre de 1940, el escritor hizo saber a su amigo Reyes que había abandonado Francia y se había instalado en Nueva York. Don Alfonso le contestó de inmediato pidiéndole noticias de los amigos comunes, de quienes le inquietaba la suerte que habían corrido: "Crémieux, Durtain, Barga, Cassou, Valéry, etc." Y ofrece la hospitalidad de México a los que desearan venir a este país".[13]

El 23 de noviembre de 1941, don Alfonso lo recibió con gran amabilidad. Jules Romains se instaló en uno de los hoteles de la ciudad y ambos hombres vivieron varios años muy cerca el uno del otro; los Reyes recibían a sus amigos franceses con frecuencia en el pequeño comedor que daba a la planta baja de la Capilla. Muchas veces los menús se caracterizaban por la frugalidad que conviene a un cardiaco, pero las

[11] "9 de julio 40. Hoy se anuncia otro gobierno francés al mando del tal Petain con La Roque, y muere el lema secular: 'Libertad, Igualdad y Fraternidad'. ¡A ver qué encuentran ahora los hombres!" *Ibid.*

[12] "14 de julio 1940. Triste aniversario francés. Trabajo."

[13] "He sufrido mucho, inútil explicárselo, a causa de los últimos acontecimientos. Le suplico que me comunique las noticias que tenga sobre el paradero de nuestros amigos... Me intereso por todos e imagino que en México podríamos hacer algo por los que desearan venir a nuestro país." Carta de Alfonso Reyes a Jules Romains del 2 de septiembre de 1940, en la Capilla Alfonsina. Inédita.

conversaciones eran apasionantes y ambos escritores llegaron a apreciarse mejor que nunca. Jules Romains admiraba en don Alfonso a "un tipo perfecto de humanista, con completa libertad de espíritu, una erudición inagotable, que poseía al mismo tiempo la *armonía* interior y el don de la creación poética". Pudo también apreciar mejor que desde el extranjero el ascendiente que se había ganado el escritor en su país. Se dio plena cuenta del hombre encantador que era don Alfonso en la vida cotidiana.[14] Reyes, quien por entonces estudiaba "La experiencia literaria", reconocía que todavía no se había apreciado bien el papel que desempeñaba Jules Romains como "teórico de la literatura" gracias a sus investigaciones sobre métrica, a sus rimas trasladadas a "acordes". Sus páginas sobre la génesis del poema rebosaban intuición.[15] Las confidencias que le hizo Jules Romains sobre sus amistades literarias y sobre las misiones oficiosas políticas que había cumplido en la inmediata posguerra respondían a la avidez y a la simpatía de Reyes por todo lo que atañía a Francia. Pese a la diferencia de sus caracteres —Romains más frío, inteligencia fascinada por la claridad, y cuya única alegría era una gran carcajada; Reyes más afable y más tierno, de sonrisa sutil y cuyo racionalismo se había podido dejar seducir por los medios tonos—, ambos coincidían a menudo respecto a las cuestiones filosóficas, sociales y literarias esenciales. Pesimistas respecto a la bondad original de la naturaleza humana —Rousseau se había equivocado de todas todas, "pero no era francés ni por nacimiento ni por educación"— depositaban toda su confianza en la voluntad y la razón francesas.

A finales de 1941, Reyes y Jules Romains asistieron juntos al Congreso de Cooperación Intelectual que se celebró en La Habana. Se encontraron con varios amigos de Europa y de América, entre ellos Henri Focillon, entonces prácticamente ciego. El conde Sforza dominaba físicamente la reunión, con su altura y su elegancia. Germán Arciniegas, el gran escritor colombiano que también asistió a esta reunión celebrada en los días más inciertos de la guerra, ha descrito cómo súbitamente subió el tono entre estos hombres prudentes. Unos deseaban que el congreso tomara partido, en tanto que otros deseaban que la cultura permaneciera al margen de los acontecimientos.[16] Don Alfonso fue de entre todos el que logró mantener "la serenidad más noble". Consiguió reunir la calma y el equilibrio necesarios para la búsqueda de un programa de acción, tan

[14] *Cf.* el volumen colectivo *Hommage à Alfonso Reyes* editado en 1962 por la Federación de las Alianzas Francesas de México. El homenaje de Jules Romains, director de la Academia Francesa, figura en la página 8.

[15] Reyes, "A José Luis Martínez", en *De viva voz, O.C.*, t. VIII, p. 81.

[16] Véase el artículo de Germán Arciniegas en *Cuadernos*, París, marzo-abril de 1960. *Cf.* también "Alfonso Reyes en la diplomacia", de José María Chacón y Calvo, y "Un recuerdo para don Alfonso", de Salvador Bueno, en *Páginas sobre Reyes*, II, pp. 387 y 468.

difícil de establecer en un momento histórico tan grave. Una vez más, apeló al sentido "ecuménico de la cultura". Los congresistas se dieron cuenta del recibimiento entusiasta que expresaron a don Alfonso los estudiantes cubanos. Fuera de México, don Alfonso gozaba de una fama sin restricciones.

Don Alfonso se las ingenió para hacer que la estancia en México de Jules Romains fuera lo más agradable posible. Por mediación suya, el escritor francés dio clases en la Universidad Nacional Autónoma de México. Reyes asistió varias veces a sus cursos y deploraba que toda aquella riqueza no pudiera ser salvaguardada, pues Jules Romains no escribía sus luminosas lecciones. El gran novelista gustaba de recordar que en aquellos tiempos difíciles había participado como jurado del bachillerato en el Liceo Francés de México. Seis meses después, Reyes se encargó de conseguir para el autor de *Hommes de bonne volonté* y para su mujer visas de refugiados políticos. Por iniciativa de Reyes, el Pen Club de México, muy activo, invitó a su presidente internacional a que diera ante un público culto varias conferencias —que don Alfonso consideró muy desiguales—, algunas de las cuales fueron publicadas en México por editoriales amigas. *Mission ou démission de la France* apareció en 1942 en la colección Renaissance de la editorial Quetzal, fundada por Michel Berveiller. Reyes no fue el único en quedar decepcionado por algunas conferencias de Jules Romains, como lo declara Étiemble, quien se encontraba entonces en México y vio a Jules Romains en casa de Alfonso Reyes. "Cuando Jules Romains se instaló en México, una delegación de escritores pensó seriamente en ir por delante, camino a Laredo, como en otro tiempo se hacía en honor de los príncipes y soberanos. Pero después de dos o tres conferencias un poco desenvueltas, la prensa no ocultó que se esperaba más de un escritor francés. Severidad que me agradó."[17]

El 23 de febrero de 1942, el tacto y la simpatía de Reyes trataron de suavizar en la medida de lo posible una noticia que iba a causar a Jules Romains una de las penas mayores de su vida. Romains había tenido con frecuencia la ocasión de hablarle a su amigo Alfonso sobre su querido amigo, el escritor austriaco Stefan Zweig, describirle sus ideas de "gran europeo", su odio por la guerra y su convicción en la fraternidad profunda de los hombres de aquella época. Ante el avance del nazismo, Stefan Zweig había inventado en 1935 un nuevo tipo de exilio, el premeditado y organizado.[18] Ya sabemos hasta qué punto todo lo que atañía al tema del exilio interesaba a Reyes. Convencido de que la caída de Austria era inevitable, en forma del *Anschluss* nazi, Zweig había vendido sus bienes a Austria y ofrecido sus colecciones a un museo. Reunió prudentemente los pocos objetos que eran valiosos para él, y se instaló como

[17] Etiemble, *Hygiène des Lettres*, t. I. *Premières notions, NRF*, 1952, p. 133.
[18] Jules Romains, "Stephan Zweig", en *Amitiés et rencontres*, Gallimard, 1967, p. 199.

"aprendiz de refugiado" en Londres. Al principio había vivido feliz allá, con una gran sensación de libertad. Pero no había tardado en descubrir que a la capital inglesa le faltaba alegría exterior y que la discreción de los ingleses se parecía mucho a la indiferencia. Había llegado incluso a tomar el barco a Boulogne para ir a respirar un poco de aire francés, un poco de alegría latina. "Para encontrar en Boulogne la alegría latina, evidentemente hay que estar muy privado de ella." Jules y Lise Romains se habían encontrado después con Stefan Zweig en Niza, en donde habían pasado juntos el primer semestre de 1936; habían asistido al congreso de Buenos Aires y allí fue donde don Alfonso conoció al escritor austriaco. Zweig se había casado con una mujer joven y muy dulce, Lotte, y también ambos habían llegado a Estados Unidos. Pero Zweig, aunque naturalizado inglés, había sido objeto de sospechas en América. En Nueva York le era imposible publicar sus libros en alemán. En suma, se había dejado invadir por la amargura. Su joven mujer, lejos de proporcionarle alegría, parecía más abatida que él. Ambos habían partido finalmente a Brasil, desde donde escribieron cartas cada vez más desalentadoras a sus amigos franceses refugiados en México. El 23 de febrero, Alfonso Reyes recibió la noticia del doble suicidio de Stefan Zweig y de Lotte en la encantadora ciudad de Petrópolis, lugar de vacaciones de los cariocas, donde nada predispone a pensamientos funestos. Don Alfonso telefoneó de inmediato a Jules Romains, quien llegó a verlo desbordado por la emoción. Ante dos buenos vasos de un excelente Borgoña, ambos amigos tuvieron una inolvidable conversación sobre Stefan Zweig y su trágica desaparición. Reyes recordó a Jules Romains la conferencia que éste había impartido en 1939 sobre el escritor austriaco. Un párrafo dedicado al exilio voluntario del escritor podía también relacionarse, en un doble sentido premonitorio, con su muerte. Jules Romains estaba sumamente alterado por este signo, quizás, del misterio.[19] Desde entonces, el recuerdo de Zweig permaneció entre ambos como un doloroso pensamiento. En sus últimos años, Jules Romains no podía hablar de Reyes sin evocar la figura de su amigo austriaco. Para él, el gran europeo y el humanista mexicano habían elaborado la misma sabiduría, ambos figuraban en el rango de los espíritus más grandes de su época. No es por azar que en *Amitiés et rencontres* se encuentran uno después del otro los dos capítulos conmovedores que les están consagrados.

Bajo el efecto del trastorno que le ocasionó la desaparición de tan gran amigo, Jules Romains escribió un cuento muy bello y muy raro titulado "Nomentanus le Réfugié", especie de parábola en la que era fácil reconocer en algunos rasgos a Stefan Zweig en el sabio Publius Nomentanus, ex superior del convento de Tibur, que llegaba a refugiarse al monasterio de Jabre. El mundo italiano pasaba por uno de esos periodos

[19] Reyes, "Palabras funestas", en *Marginalia, 2a. serie*, p. 46.

de transformación bastante similares a nuestra turbulenta época. El esplendor pagano del Imperio romano no era sino un recuerdo, pero el mundo cristiano todavía no se había organizado. No se habían fundado aún las órdenes monásticas. Los sabios como Nomentanus —Zweig, Reyes— enseñaban la tolerancia, una sabiduría humana muy general en la que cada uno era libre de inclinarse de acuerdo con sus preferencias. Nomentanus no era adepto a ninguna doctrina sino un fervoroso apóstol de la espiritualidad lo menos dogmatizado posible. "Se exaltaban el espíritu y las obras del espíritu en detrimento de la fuerza bruta en unos términos que hubieran podido conciliar a un discípulo de Platón y a uno de Cristo." Cuando llegó al convento de Jabre, Nomentanus había vivido según una moral condescendiente y flexible, huella de una compasión sin ilusiones por la debilidad de la "condición humana". El sabio era devoto sin exceso, gustaba de un buen lecho y de la comida agradable, detestaba las privaciones importantes, los sacrificios y los malos tratos, sobre todo después de haber conocido la guerra y sus trágicas secuelas. Pero carecía del humor jocoso del epicúreo, estaba desengañado y convertía incesantemente "en escarnio toda esperanza". "Las exigencias de nuestro cuerpo, decía, han de ser satisfechas sin concederles demasiada importancia. No son sino pruebas de nuestra enfermedad natural, razones de humildad y no desafíos." No nos asombrará, pues, saber que Stefan Zweig, que había servido de modelo a Nomentanus, estaba escribiendo en vísperas de su muerte un "Montaigne". Jules Romains dedicó su libro a Alfonso Reyes y éste se lo agradeció traduciéndolo al español.[20]

No nos vamos a detener en una obra que Reyes escribió en la misma época, *Los tres tesoros*, compleja, discutible, con resonancias indudablemente autobiográficas, muy difíciles de comprender para una mentalidad europea y sobre todo femenina.[21] Este "esbozo de novela", tal vez destinado en las intenciones de don Alfonso a ser llevado a la pantalla, no es, con plena seguridad, la mejor de sus composiciones. Encontramos en ella la misma moral que en "Nomentanus", un horror similar por el puritanismo y la virtud severa. Debemos aceptar con toda naturalidad las cosas inevitables y no contrariar nuestras pasiones que, en caso contrario, se pueden volver peligrosas. "El hombre no es un espíritu puro."

Muchos otros franceses se unieron a Jules Romains y su mujer en México. Reyes volvió a ver a su amigo el historiador del arte Henri Focillon. Éste estimuló la iniciativa de algunos de sus compatriotas refugiados y entre todos fundaron una pequeña compañía de actores aficionados que se llamó Pequeño Teatro Francés. Mexicanos y franceses compartieron gustosamente esfuerzos y entusiasmos. El comité de dirección estaba for-

[20] Esta traducción se publicó en *Cuadernos Americanos*, México, en abril de 1943.

[21] *Los tres tesoros*, escrita en 1940. Siguiendo indicaciones del propio autor no fue publicada hasta 1955 en Ediciones Tezontle, México.

mado ecléctica mente por Alfonso Reyes, el escultor Ignacio Asúnsolo, el arqueólogo Alfonso Caso, el historiador y poeta José de Núñez y Domínguez, el pintor Diego Rivera, el antropólogo Paul Rivet, el poeta Jaime Torres Bodet y el economista Eduardo Villaseñor. También se había previsto un comité de propaganda a cargo de las señoras Sánchez Hernández, Villaseñor, Lupescu, Casasús, Asúnsolo, Vidarte, Garrau-Dombasle, Romains e Iturbe. Entre los actores estaban Mireille Asúnsolo, Gina Berveiller, Francion Garrau-Dombasle, Emilia Halffter, Lise Romains, Enrique Asúnsolo, Jacques Berthet, Jean de Caraman, Henri de Chatillon, Luis y Pedro Estévez, Miguel Iturbe, Jaume Miravitlles, Jacques Pren e Ionel Saniel. Jules Romains dirigía a este grupo de aficionados. La compañía hacía sus representaciones en francés y estrenó varias obras, entre ellas dos piezas en un acto de Jules Romains, *La Scintillante* y *Le Déjeuner Marocain*. Las representaciones tuvieron lugar en un salón de espectáculos de reducidas dimensiones pero elegante que prestó un banco mexicano. El producto de la venta de los boletos estaba destinado a ayudar a la Resistencia francesa. En opinión del propio Reyes, el valor de las representaciones fue más que honroso: los actores, todos ellos muy cultos, estaban bien dirigidos y decididos a trabajar en serio. Durante algunos meses, el Pequeño Teatro Francés introdujo "en la vida mexicana una nota de amenidad y gracia, y mantiene la frecuentación con el espíritu y las letras de Francia. Frecuentación indispensable a la buena respiración del mundo".[22]

Al saber que Jules Romains estaba en México, Louis Jouvet pasó por este país con su compañía en enero de 1944 y representó varias obras. Fue una alegría para todos los amigos de Francia aplaudir *L'École des Femmes* y *L'Annonce faite à Marie*, que rebasó las expectativas de Reyes, tan buen conocedor del texto de Claudel.[23] No le gustó tanto la representación de *On ne badine pas avec l'amour*. El 12 de febrero, *Knock*, con Louis Jouvet, y en presencia de Jules Romains marcó a la vez el apogeo y el fin de esta serie de veladas excepcionales. Después del espectáculo, se una recepción al autor en presencia de todos los actores y éste fue uno de los grandes momentos de la amistad franco-mexicana en el transcurso de la Segunda Guerra. Antes de abandonar México por Veracruz, Louis Jouvet envió una carta conmovedora a Alfonso Reyes agradeciéndole la ayuda que había brindado a los actores franceses durante su estancia en México.[24]

Jules Romains permaneció cuatro años en México, en el transcurso de los cuales escribió los seis últimos tomos de los veintisiete que abarca *Hommes de bonne volonté*: "este cielo enrarecido de alta meseta tuvo su-

[22] Reyes, "El Pequeño Teatro Francés", en *Los trabajos y los días, O.C.*, t. IX, p. 344.
[23] "2.2. 1944. *L'Annonce faite à Marie*. Claudel. Estupendo." *Diario*, inédito.
[24] En la Capilla Alfonsina.

ficientes virtudes para mantener la fertilidad de su pluma".[25] Un reflejo de gloria recaería en cierta manera sobre la ciudad. No cabe duda de que alguna expectativa de Reyes se vio frustrada. Al ver que el novelista se instalaba en México, Reyes esperaba que la vida de la capital sería evocada tarde o temprano en su obra: "nada tendría de extraordinario —escribió en 1943— que los personajes de su novela cíclica *Los hombres de buena voluntad* se trasladen a nuestro país en alguno de los futuros volúmenes".[26] Pero salvo en algunos detalles ínfimos y sin importancia, México nunca apareció en esos voluminosos libros que fueron escritos bajo su cielo. No hay ejemplo más vivo de un escritor impermeable al medio —no obstante tan cautivador e interesante— que lo rodeaba para extraer de sí mismo y de sus recuerdos ya lejanos la materia esencial de su novela. De todas maneras, el 17 de octubre de 1944, don Alfonso organizó una gran cena a Jules Romains para celebrar que hubiera puesto punto final a su obra. En tiempos normales, París habría celebrado el acontecimiento "con aquella voz que escuchaba toda la Tierra. No se dirá que el caso ha pasado inadvertido en nuestro modesto mundo literario".

El discurso importante y denso que pronunció Reyes en esta reunión constituye la mejor página que él haya consagrado a su colega francés y, a nuestro juicio, el comentario más sólido que se haya escrito sobre la obra de Jules Romains, alimentado de las conversaciones entre ellos y de todas las confidencias que el autor le hubiera podido hacer a lo largo de los cuatro años de una amistad que el exilio había estrechado y a la que había agregado una mayor confianza. Este texto contiene, interpretados por un maestro lúcido y provisto de una cultura excepcional, esclarecimientos insustituibles extraídos de la mejor fuente sobre una obra polémica y con frecuencia mal interpretada.[27] Reyes evoca la ya larga amistad entre ellos, las conversaciones en torno a sus pipas, en Madrid, en París. Pero sobre todo expresa su admiración por el hombre que había podido llevar a buen término una obra "tan compleja y tan enorme" a través de tantas tempestades. ¿No era una cualidad francesa esta impavidez, esta facultad de aislarse, esta "capacidad austera casi rayana en la crueldad"? Obviamente, la idea de una "hazaña" tal inspiraba un cierto pavor a una sensibilidad mexicana. Le hacía pensar en "los *Esmaltes y camafeos* del dulce Gautier, escritos entre el retumbo de los cañones". Reyes cita a Lacordaire, para quien la dignidad del espíritu consistía en "conservar la integridad ante los destrozos exteriores".

*Hommes de bonne volonté* era una obra de madurez. El autor había dirigido con melancolía su mirada a la época de su juventud, a la cam-

[25] Reyes, "El Pequeño Teatro Francés", *op. cit.*, p. 344.
[26] *Ibid.*
[27] "Sobre Jules Romains", en *Los trabajos y los días, O.C.*, t. IX, p. 430.

paña por el unanimismo, a "las grandes amistades de los veinte años que creemos serán inquebrantables". Reyes, hombre eminentemente discreto, en un discurso público no lleva más lejos su alusión, pero ¿qué revelaciones le había podido hacer el escritor francés sobre sus desaveniencias con Apollinaire y más tarde con Gide, con Duhamel? Tal vez un día el *Diario* de don Alfonso nos transmita el detalle, y el enigmático Jules Romains, tan poco inclinado a hablar de sí mismo, sea así mejor comprendido. Después de la guerra de 1914, ellos habían buscado un "nuevo clasicismo" en la renovación de la prosa y del verso. Era la época en la que el poeta explicaba a su amigo, antiguo alumno de la Escuela Preparatoria y por tanto atento a estas investigaciones, que él se había arriesgado hasta las fronteras de la ciencia, pero "la aduana oficial no se decide a franquear el paso". Muchas veces se había entendido mal esta necesidad de orden que Jules Romains y los de su época habían experimentado. Reyes rechazaba totalmente la etiqueta de "sistemáticos" que se les había impuesto. Sistemático es aquel que impone a la realidad sus *a priori*, aquel que "la tuerce o moldea para que se adapte a sus cánones ". El temperamento de Jules Romains era completamente diferente y la definición que nos da Alfonso Reyes podría ser la del espíritu francés interpretado por un extranjero, por un hombre que, aunque igualmente fascinado por el orden y el gobierno de la razón, se había podido dejar llevar a veces por el encanto de un "plano oblicuo". Pero la inteligencia francesa era, en cambio, rigurosa. ¿Era ésta su fuerza o su limitación? Jules Romains era de naturaleza "plenamente clarificada y como pasada toda ella por el insobornable tamiz de la conciencia". Él no dejaba nada en sombra, "nada en falso equilibrio". Hacia este hombre vigoroso, firmemente plantado en tierra, convergían las perspectivas exteriores y su inteligencia se dedicaba a atar cabos, a encontrar explicaciones. "No es ser sistemático, sino ser inteligente, el ver las cosas acomodadas en coherencia." Y esta inteligencia no rechazaba ninguno de los aspectos de la realidad, dejaba lugar a la magia, a la investigación rigurosa de lo desconocido; al humor, a la carcajada rabelaisiana. "No nos encontramos ante un sistemático de gabinete, sino ante un explorador y descubridor al aire libre."

*Hommes de bonne volonté* está construido como una obra arquitectónica, enteramente sometida a la voluntad racional. Y esta necesidad interna, casi biológica, determinó al autor a emplear un nuevo estilo, una forma de una belleza "funcional", despojada de todo adorno yuxtapuesto. "Jules Romains no tuvo miedo de asfixiar al poeta sujetándolo a las evidencias." ¿Quiere esto decir que la novela deja de ser un poema? Sí, lo es, pero de una manera completamente distinta, porque da la impresión de que "ciertas cosas no van a ninguna parte y ciertos destinos acaban quién sabe dónde". Esta novela moderna es pues una perspectiva abierta al infinito y no un ciclo cerrado como quiere la estética clásica.

Y el autor insiste en su prefacio en "lo patético" de la dispersión, en esa "evanescencia". Aristóteles y los clásicos siempre se habían negado a reconocer "ese fluir de las cosas reales, que nunca empiezan y nunca acaban". Entre los grandes escritores contemporáneos, Jules Romains no era el único en querer devolver a la novela toda su densidad y robustez. Ya otros, con *Jean-Christophe*, *Les Thibault* o *Salavin* habían comprendido que existía una relación entre la dimensión material de una obra y la emoción literaria que se propone despertar. Pero sólo habían querido describir la historia de un individuo o de una familia. Las dos tentativas mejores y que verdaderamente corresponden a la lentitud de la "novela-río" eran aquellas en las que sus autores —Jules Romains y Marcel Proust— habían querido representar toda una época.

El paralelo que traza entonces Reyes entre ambas obras inmensas está hecho con mano maestra. En ambos casos, según él, se obtiene la síntesis por el mismo medio, el análisis. Las comparaciones con los instrumentos de óptica le ayudan a caracterizar el método de Proust: *En busca del tiempo perdido* es la sociedad francesa vista a través de un microscopio, de manera que esta misma escala sólo permite tejer una tela de pequeñas dimensiones, un microcosmos: Proust restringe su estudio a una sola clase social y a sus parásitos. La simpatía de Reyes se inclina más bien por "la trama más amplia", por el "macrocosmos" de las novelas de Jules Romains. Se encuentran en ellas todas las vastas zonas de la sociedad contemporánea. Por otra parte, Proust se dedicaba ante todo a describir "los gérmenes de los actos". Romains manifiesta "una confianza mayor por los resultados de los actos". La obra de uno está dirigida al pasado, la del otro al provenir. Reyes, a la vez que poeta y hombre de acción que tiene conciencia de haber ayudado a construir su época, denuncia entonces en Proust "el héroe egoísta, el sujeto hipersensible y algo maniático que se echa en busca del tiempo ido". En cambio, siente que coincide con ese "escuadrón de hombres de buena voluntad que, azotados por el aire de la calle, se echan a andar hacia el porvenir".

Don Alfonso había interrogado ampliamente a su amigo sobre este "unanimismo", con tanta frecuencia mal comprendido y que era ante todo una "atmósfera" más que un método o un sistema. Jules Romains simplemente había deseado estudiar un rasgo de la realidad que nunca había sido aislado suficientemente. Era una descripción y no un consejo, todavía menos una exaltación de "las masas amorfas sobre las fisonomías diferenciadas de la sociedad". No canta ni predica "el retorno a la indiferencia y al desorden". Llama simplemente "la atención sobre la acción de aquellos grupos humanos que, de modo permanente o pasajero, adquieren conciencia de su unidad y polarizan así los campos de fuerza que los rodean". Reaparece la interesante comparación ya esbozada entre el "unanimismo" de Jules Romains y *La rebelión de las masas* de José Ortega y Gasset. Esta última expresión designa "un peligro de nuestro

tiempo, o una peligrosa crisis que a la larga puede ser saludable". El unanimismo es el remedio a ello, la etapa formadora y coordinadora que sucede a la "mescolanza informe". Sólo que en nuestros tiempos, estas "coagulaciones" ya no se forman alrededor de individuos, de héroes, como en la época romántica, sino en torno al grupo, individuos reunidos por sus afinidades sociales, por el interés que tienen en una idea, un acto, un hecho predominante. Vivimos un momento en que se crean núcleos a través de las fuerzas enmarañadas que cruzan el territorio humano. "La fluidez se precisa; la vaguedad se asienta; las energías pobres se enriquecen al formarse en fila." Alfonso Reyes terminaba siguiendo en su carrera el aro del muchacho Louis Bastide, el primer personaje de *Hommes de bonne volonté*. Bastide había rodado su aro a través de París y después a través de los años y de los pueblos. Había llegado incluso a México. Ahora iba a retomar su impulso hacia un París redimido, pues aquella reunión era también un adiós.

Jules Romains, en efecto, no tardó en regresar a Francia. Su regreso no fue destacado con otra cena sino con un libro de homenaje que se ofreció al escritor en su sexagésimo aniversario.[28] Naturalmente, la editorial Flammarion solicitó la colaboración de Reyes. Jules Romains había querido que se imprimiera el discurso del banquete de México que él tanto había apreciado. Lo cual así se hizo, pero sólo en parte pues don Alfonso al traducirlo modificó considerablemente su texto.[29] Aclaró a veces algunos párrafos y los tradujo a una forma más explícita. No obstante, el homenaje de Reyes, aunque sigue siendo uno de los más interesantes del volumen, es menos rico, menos personal, tiene un tono más neutro que su discurso de México.[30] Queda la cita de Lacordaire, pero las comparaciones tan sugestivas con Gautier y sobre todo con Ortega y Gasset fueron suprimidas, lo mismo que la pintoresca evocación de los inicios de su amistad en torno a sus recalcitrantes pipas. Los especialistas o los admiradores de Jules Romains que deseen tener sobre su pensamiento y sobre su obra la opinión de uno de sus amigos más cercanos y más lúcidos harán bien en no contentarse con el libro de homenaje y acudir al texto anterior del discurso.

[28] *Hommage à Jules Romains pour son soixantième anniversaire, 26 août 1945*, París, Flammarion, 1945.

[29] El homenaje de Reyes, "La estética de Jules Romains", figura en la página 127, entre los de Louis Jouvet, Charles Dullin, Vercors, Louis Piérard y recuerdos de muchos amigos de infancia y de "Khâgne".

[30] Así, la frase que contiene toda la reacción del sensible Reyes ante una cierta frialdad francesa perdió mucha de su fuerza: "Hoy por hoy, sacar adelante un compromiso tan enorme y complejo supone una capacidad austera casi rayana en la crueldad". "Mener à bien, aujourd'hui, une oeuvre aussi énorme et aussi complexe, laisse présumer une capacité de travail si austère qu'elle en est presque inhumaine."

## Creación del IFAL

Con Paul Rivet, en julio de 1943, una importante personalidad francesa llegó a instalarse en México para representar en el plano cultural al Comité de Liberación Nacional. Desde México, el célebre antropólogo iba a hacer irradiar su acción a América Central, las Antillas, Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú. A partir de su llegada entró en contacto con Alfonso Reyes y fue a Paul Rivet al primero que Reyes comunicó sus proyectos respecto a la reorganización del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual. Es sabido cuál era el vínculo de Reyes con esta institución desde sus años en París. Como la actividad del Instituto se había suspendido después de la ocupación alemana, en la conferencia de La Habana se había elegido a siete miembros para que lo organizaran de nuevo en América. Reyes era uno de estos delegados, entre los que Henri Bonnet, muy pronto sustituido por Jacques Maritain, representaba a Francia. El gran amigo de don Alfonso, Mariano Brull, era el delegado de Cuba. Estados Unidos había invitado a estas personalidades a que se reunieran en Washington, pero muchos intelectuales franceses refugiados en América temían el dominio norteamericano en el Comité. Si éste se instalaba en Estados Unidos, ¿podría ser verdaderamente el continuador del Instituto con sede en París? Paul Rivet y Alfonso Reyes deseaban conjuntamente que el nuevo organismo naciera en otro lugar que no fuera Washington, por ejemplo en México, país que ocupaba una posición más central en el continente y cuyo gobierno le ofrecía un local. Los intelectuales europeos eran entonces lo bastante numerosos en América para representar en el seno del nuevo grupo a la civilización del Viejo Mundo, cuyo eclipse era temporal y del que había que prever el papel que iba a desempeñar cuando volviera la paz. A los ojos de Reyes, los franceses habían quemado etapas. Sin siquiera esperar la reunión de los siete ni su propuesta en Washington, Paul Rivet y Jules Romains vislumbraron de todas maneras la creación en México de un Instituto México-Europa que mostraría a América lo que había sido la cultura de lo que ya no se llamaba sino con desprecio "la vieja Europa". La presidencia mexicana se había ofrecido a Alfonso Reyes y a Samuel Ramos. Don Alfonso se mostró reticente a esta iniciativa, que él juzgaba "prematura" e impulsiva, si nos remitimos a la correspondencia que se conserva en la Capilla. El incidente es interesante pues revela en don Alfonso mayor reflexión que en sus pares franceses, un sentido más puntilloso de la cortesía y de los compromisos adquiridos. "Fundar este Instituto 'cismático' en México, ¿no era faltar a la misión de la que había sido encargado? Antes de cortar los puentes, había que intentar discutir la exclusividad americana." El Instituto México-Europa no debía nacer como un "reproche" al antiguo Instituto, que había designado a sus delegados en La Habana con el fin de sobrevivir. El Comité para las Relaciones Culturales México-Europa, no

obstante, fue fundado en agosto de 1983. Paul Rivet y Jules Romains representaron a Francia, Alfonso Caso a México. El sillón de la copresidencia, reservado para Reyes, permaneció varios meses vacío. Se organizaron varios actos, exposiciones, conciertos, etc., para dar a conocer en México las obras de los intelectuales europeos en los diferentes terrenos del saber. En la Europa de la posguerra se preveía la difusión de "obras mexicanas y latinoamericanas, las más representativas de estas regiones culturales". Puesto con regularidad al corriente de estas actividades por Paul Rivet, don Alfonso se dejó ganar poco a poco por el espíritu de este grupo; persuadido de que no duplicaría las funciones del gran organismo internacional, el cual no dejaría de ver la luz después de la guerra, en mayo de 1944, don Alfonso aceptó su lugar en el Comité que más tarde se convertiría en el IFAL.

## Mensaje de Reyes a la Francia en guerra

Alfonso Reyes, como todos los amigos de Francia que vivieron la época de la guerra en América Latina, sufría enormemente de ya no estar en contacto con este país y de no recibir ni libros ni revistas. Felizmente, la emigración había producido un florecimiento de ediciones en francés a través de América, de Canadá a la Argentina, "paradójicos frutos que cosechamos en medio del desastre del mundo".[31] En Estados Unidos se habían creado centros de editoriales francesas que editaban las obras recientes de Jules Romains, de André Maurois y de algunos maestros. Reyes repetía el verso de Voltaire: "C'est du Nord aujourd'hui que nous vient la lumière".

Durante estos años, él mismo fue a Estados Unidos en varias ocasiones para impartir cursos, conferencias; para asistir a reuniones internacionales y para recibir el título de doctor *honoris causa* de varias universidades. En julio de 1943, se vio con su amigo René Etiemble, que trabajaba entonces en la OWI (Office of War Information), en donde preparaba —bajo la dirección de Pierre Lazareff, junto con Julien Green, André Breton y Claude Lévi-Strauss entre otros— emisiones para ser transmitidas por onda corta a aquellos franceses que, en la Francia ocupada, escuchaban la BBC. La necesidad de comunicarse por encima de las fronteras bloqueadas y los océanos había colocado en primera fila de la actualidad a la radio y al arte de hablar en público, y esta moda se había impuesto incluso en los países que no estaban en guerra. En México, Reyes había dado también varias charlas.

Con ocasión del 14 de julio, René Étiemble pidió a su amigo que re-

[31] Reyes, "El arte de hablar", en *Los trabajos y los días, O.C.*, t. IX, p. 324.

dactara en francés y leyera por el micrófono de la radio aliada de Nueva York un mensaje de amistad dirigido a los franceses. Sin demora, en el cuarto del hotel, don Alfonso escribió sin apenas una tachadura las palabras conmovedoras que le salían del corazón sobre esta amistad entre Francia y América Latina, sobre el papel que había desempeñado Francia en el mundo y sobre los tesoros que todavía le debía aportar. "Nada de lo que es francés nos es ajeno." No había dudado ni un instante de la futura victoria: "La geometría del mundo, la arquitectura de la paz, necesitan del pensamiento francés...Los franceses auténticos se deben a la Francia eterna, a la humanidad entera...Ustedes son el valor y la prudencia —decía a los franceses. Con el alma en plena tensión, ustedes esperan la hora oportuna. Son el espolón y el freno. Roland es arrojado y Olivier es prudente". El espíritu francés, durante tanto tiempo objeto de las meditaciones del orador, era definido por este hombre fascinado por el equilibrio como una "armonía de entusiasmo y de razón, de amor y de inteligencia". Este conjunto de cualidades era lo único que podía crear "obras duraderas". A Francia todavía en guerra, le enviaba "sus votos más fervientes". Nunca ninguno de los amigos americanos de Francia había empleado términos tan vibrantes y también fraternales para describir lo que Francia había aportado a su cultura y su sensibilidad. Francia le había dado "sin ni siquiera saberlo, las enseñanzas más preciosas y las orientaciones definitivas a su ciencia de la libertad y del trabajo, de la alegría y del dolor". Reyes ofrecía después a los compatriotas franceses un recuerdo que sabemos que era uno de los más preciados de su infancia, la imagen de los ex oficiales del ejército imperial que iban a paladear "los buenos vinos de Francia" con el general Bernardo Reyes, su padre, antiguo enemigo de ellos. "Fue en torno a la mesa familiar, concluía, donde aprendí a amar a los franceses y a saber que nosotros estábamos hechos de la misma estofa de la que se hace la verdadera amistad entre los pueblos." Explicaba así el fervor de su devoción "por el gran país de la Libertad, de la Razón y de la Justicia".[32]

Como es natural, Reyes y sus amigos franceses o francófilos de México estuvieron en relación todo el tiempo que duró el conflicto con el otro centro de simpatía a Francia que representaba Victoria Ocampo en Buenos Aires. Desde el comienzo de la guerra, Victoria había tomado partido por la causa francesa, así como todo el grupo de *Sur*. Además, un joven profesor y sociólogo francés que Jules Supervielle había presenta-

[32] Los últimos párrafos de esta alocución fueron reproducidos por René Etiemble en *Hommage à Alfonso Reyes*, publicado por la Federación de las Alianzas Francesas de México y en las páginas de recuerdos que dedicó a "Alfonso Reyes" en *C'est le bouquet!*, *NRF*, p. 426.

Agradecemos profundamente al profesor Etiemble que nos haya comunicado el mensaje íntegro de Reyes (véase *infra*, apéndice 3). Don Alfonso le entregó el manuscrito y no incluyó el texto en ninguno de sus libros.

do a Victoria en París quedó bloqueado por la declaración de guerra en Buenos Aires, ciudad a la que había ido a dar una serie de conferencias. Fue así como Roger Caillois fundó, a la sombra de *Sur*, una revista francesa que aparecía en América Latina, *Lettres Françaises*. Don Alfonso la recibía con regularidad y comenzó a apreciar la inteligencia original y sutil de Roger Caillois, quien muy pronto iba a convertirse en uno de sus grandes amigos franceses. Jules Supervielle desde el Uruguay, país donde pasaba la guerra, aunque enfermo y abatido, también enviaba poemas y artículos a *Lettres Françaises* y de este modo participaba en este círculo de amistades.

## La liberación de París

Al hojear el *Diario* de los últimos años de Reyes, buscamos las páginas que prometían versar sobre sus relaciones con Francia y, antes que ninguna otra, la fecha de la liberación de París. Las hojas que preceden a esta fecha dejan ver en don Alfonso un gran desaliento. Y sobre este fondo de tristeza, rompiendo con la escritura apretada de todo el pequeño cuaderno, el 23 de agosto de 1944 vemos aparecer de repente en grandes mayúsculas a todo lo ancho de la página: ¡PARÍS RECONQUISTADA! Sigue la mención de una comida en un restaurante francés de México con nombre evocador: La Vie Parisienne. Después, en seguida, don Alfonso anota la preparación de un artículo titulado "La liberación de París".

"La liberación de París" estaba destinado a *Cuadernos Americanos* y por tanto al mundo hispánico por lo menos.[33] Era un grito de liberación, el grito de alegría de un escritor que mucho había sufrido por la derrota francesa y por las innumerables pullas y mofas con las que se había abrumado a los franceses en el mundo entero. "La liberación de París" muestra hasta qué punto don Alfonso había compartido el dolor de los franceses. En tres movimientos: "1. Francia para el mundo; 2. Francia para nosotros; 3. Francia eterna", el autor medita una vez más sobre Francia, sobre el destino francés, sobre lo que este país representaba todavía para cada uno de los franceses y para el propio don Alfonso. Es cierto que se había hablado mucho y Reyes había dicho mucho sobre Francia. Su amor por este país se había convertido en un lugar común. Pero la liberación de París, y llevada a cabo por franceses, no era únicamente un primer paso hacia "la recuperación, primero de Francia y luego de Europa". Un puñado de patriotas había fundado "en la obscuridad de las nuevas catacumbas" una nueva patria ideal, más universal y más hu-

[33] Este texto data de 1944 y se publicó en *Cuadernos Americanos*, México, el 9 de octubre del mismo año. Fue incluido en *Los trabajos y los días*, *O.C.*, t. IX, p. 415.

mana, pues ignoraba las diferencias sociales, las opresiones internacionales, las injusticias, el fanatismo. El texto de Reyes adquiere en seguida el tono de un alegato en favor de "la presencia de Francia en torno a la mesa de la paz", problema ardientemente discutido. En la organización del mundo que iba a ser llevada a cabo, del genio francés se esperaba esencialmente "la coherencia", pues Francia poseía un secreto para encontrar un vínculo entre las ambiciones teóricas y las vías prácticas; desempeñaba el papel de un "catalizador indispensable". ¡Existían tantos proyectos y planes para edificar la vida del mañana! Más que otras naciones, Francia tenía el genio del dibujo, y el dibujo francés, "transflorado a modo de calco, puede todavía dar normas de viabilidad y de convivencia".

Era de esperar, a partir de entonces, que la cultura francesa no desapareciera, "una de las realizaciones más altas y fascinadoras de la especie". Todos los pueblos están de acuerdo en dar la bienvenida a "la contribución de Francia al desarrollo del espíritu humano, en los diversos órdenes de la libertad y la cultura", dos ideas que para don Alfonso se confundían. Después del pensamiento griego, el pensamiento francés parece en efecto confundirse con el ideal humano. "Siempre estuvo presente donde la humanidad se engrandece. Siempre sirvió de contraste y de criterio para apreciar la belleza o la fecundidad de una forma artística o de una idea, de una ley o de una conducta. Así se explica que las independencias americanas hayan nacido a inspiración de las ideas de Francia." La Grecia antigua y la Francia moderna son, pues, las dos culturas con las que la civilización occidental ha contraído las mayores deudas, "la civilización occidental, la cual cada día se convierte más en la civilización sin distingo alguno".

Reyes reconoce después que otras naciones modernas han participado en este modelo de ideal humano. Su primer pensamiento está dedicado, naturalmente, a España "que nos ha dado un tipo ético que no podemos olvidar". La Italia del Renacimiento hizo brillar la aurora de un pensamiento nuevo. Algunos otros países han creado tipos humanos pero menos universales, menos adecuados a todos los hombres de la Tierra. Cierto es que, en este final de la guerra, no se podía negar "el esfuerzo, la abnegación y la bravura" con que los rusos desbarataron la ofensiva. La firmeza británica había contribuido a salvar el mundo. Incluso la llegada de Estados Unidos entre los principales beligerantes era un "ventarrón saludable". Pero todo lo que hay de nuevo en estos nuevos acentos es la prolongación "de la canción que, hace casi un par de siglos, Francia ha entonado para el mundo".

En cuanto a México, su ideal es, según don Alfonso, "ecuménico", es decir, que sobre la base de tradiciones indígenas e hispánicas, este país quisiera reunir las enseñanzas de los pueblos más nobles. A su sustancia nacional ya poderosa, desea añadir los "condimentos" de las mejores culturas del mundo. De estos "hibridismos" puede nacer una gran civiliza-

ción. Las visiones de Reyes sobre el futuro de los pueblos adquieren entonces una envergadura singular. ¿Quién habla de eliminar la enseñanza de las lenguas, de limitar los intercambios de comunicación, cuando hay una necesidad imperiosa de que todos los hombres se comprendan y entren en comunicación? Más que nunca "es la hora de abrir todas las ventanas". Además, en la historia de una cultura, los verbos *quitar*, *abrogar* no tienen ningún sentido. En vez de *restar*, debemos *sumar* a lo que ya se ha adquirido. Los valores culturales están hechos de todas las aspiraciones presentes, pero también de las conquistas del pasado. Nadie puede borrar que de Francia hayan llegado a México "las tentaciones, incubadas en el espíritu de la Enciclopedia y en el ejemplo de la Revolución Francesa". Conscientemente o no, los caudillos que se alzaban contra España eran afrancesados. "El grande espíritu de Francia educó el pensamiento de las nacientes repúblicas americanas, guiándolas en sus primeros pasos por el camino democrático; inspiró su nueva cultura, penetró su filosofía y sus campañas de educación liberal; produjo la aparición de nuestras literaturas ya emancipadas, en el inolvidable desperezo del Modernismo." Don Alfonso quería poner fin a la rivalidad entre las influencias francesa y española en América Latina y proponía una nueva interpretación: Francia "ayudó a la formación de nuestro ser nacional, enriqueciendo provechosamente la tradición hispánica, cuando precisamente ésta necesitaba un abono"; hasta la mejor tierra, cuando ha producido mucho, necesita fertilizante para seguir produciendo.

El autor abordaba después la cuestión delicada, eterno argumento de los francófobos mexicanos, de la intervención francesa en México. Pero era inevitable hablar de campaña imperial. Muchos franceses habían condenado esa empresa: Victor Hugo, el ministro Ollivier, Clemenceau entre otros. Francia entera padecía bajo Napoleón el Pequeño. Oficiales y soldados franceses, al obedecer, habían cumplido un "arduo deber". No obstante, la guerra de entonces era considerada como "deporte caballeresco", en comparación con las "carnicerías sin gloria" que el mundo acababa de conocer. Desde entonces, Francia había dado a México múltiples pruebas de su amistad. A cambio, México sólo le había ofrecido un pequeño regalo, pero lleno de significado, y Reyes rememoraba brevemente la historia de la cochinilla. Esta gota de sangre mexicana brillaba para siempre entre los pliegues de la bandera francesa.

Estas páginas, sin duda de las más bellas que un mexicano haya dedicado a Francia, finalizaban con un canto muy breve, "Francia eterna". "Pero he aquí que el nombre de Francia está unido a la historia de las libertades, a los fastos de nuestras emancipaciones, a las conquistas modernas del pensamiento, a las más dulces y más halagüeñas figuras de la humana sensibilidad, por modo tan íntimo y profundo, que es imposible no convertir el símbolo de Francia en símbolo propio. Fue nuestra la tristeza de Francia y nuestro es su regocijo."

Por último, Reyes reproducía el hermoso poema de amor que había escrito muchos años antes en París, pero la madurez lo había llevado a introducir algunas variantes y aún más emoción. París, bienamada perdida de la que lamentaba hasta los defectos, se alejaba en el tiempo, con su juventud y los sueños fugaces de instalarse en esa ciudad para siempre: "Siempre se está cerca de París, aunque se esté lejos. Envuelto en sus turbantes de niebla o tembloroso en el sol cernido por sus frondas, lanza desde la cara de sus monumentos aquellos inconfundibles reflejos de plata y de carbón, y nos acaricia en su aire tónico que tanto se parece al alma. ¡Oh patria común, tierra de todos! Se la ama como a una mujer, con las lágrimas en los ojos, con las sienes sobresaltadas."

Poco a poco, Reyes reanuda relaciones epistolares con sus amigos de París. Algunos de ellos ya no le escribirían nunca más: Jean Prévost, caído el 1° de agosto en el Vercors; Benjamin Crémieux, desaparecido el mismo año en el campo de Büchenwald. Y un hecho todavía más cruel que la muerte, otros habían escogido el camino del error: Charles Maurras; Ramon Fernandez, decepcionante e inestable, quien después de haber renegado de México y de sus hermanos "semibárbaros" de América, había traicionado a Francia y sin duda estaba muerto en 1944;[34] Pierre Drieu La Rochelle, que se suicidó en 1945 y cuya llegada a Río evocaba Reyes con melancolía, cuando lo había recibido en el aeródromo de esta ciudad en compañía del escritor argentino Ulyses Petit de Murat.[35]

Lo mismo que en 1918, Alfonso Reyes estaba enormemente preocupado por la organización de la paz. Al final de la Primera Guerra Mundial, el mundo estaba en un estado de impreparación total al respecto. De esta situación había nacido el "arbitrario Tratado de Versalles", causa al menos parcial de la tragedia ulterior. En cambio, en 1943, se asistía a "una verdadera efervescencia de planes, de proyectos, de sueños" en el mundo de la posguerra. El ejemplo de 1918 podía servir de ayuda relativa porque "la historia no se repite nunca". Y además, "la previsión total del porvenir, aparte de sernos inaccesible, equivaldría a la muerte. Conviene, si la vida ha de continuar, que la voluntad animadora camine algo a ciegas, entre apuestas y desafíos, frente a lo desconocido". A la guerra de las armas, era evidente que iba a suceder "una guerra moral". Me-

[34] En 1958, cuando organizaba el tomo VIII de sus *Obras Completas*, Reyes agregó en una nota algunas líneas sobre este escritor: "... Ramon Fernandez, aquel escritor francés hijo y nieto de mexicanos y creo que de la alta modista Mme Fernandez que llevó a Madrid los modelos de la Maison de France... era hombre sutil pero, en un freudiano desliz, y sin duda para que no lo confundieran con sus hermanos salvajes, tuvo el mal gusto —tufillo de mala conciencia— de escribir por ahí algunas frases despectivas, y enteramente inútiles, sobre la América Hispana". *O.C.*, t. VIII, p. 216.

[35] *Cf.* el artículo de Petit de Murat, "Recuerdo argentino de Alfonso Reyes", incluido en *Páginas sobre Reyes*, II, p. 439.

diante ella, sería necesario trabajar en "la edificación de un mundo más justo".[36]



Dibujo de Alfonso Reyes

[36] *Cf.* "La futura victoria", "Los problemas de la guerra", "La Conferencia de París", textos que datan de 1943 y están incluidos en *Los trabajos y los días*, pp. 310, 313 y 316 del t. IX de las *O.C.*

# XVI. ÉPOCA DE HONORES

## Francia en las grandes obras del regreso

Desde que regresó a México, Reyes tuvo a su cargo varios cursos universitarios, reanudando así la enseñanza superior que había sido su primera vocación. Él esperaba de esta actividad un contacto prolongado con los elementos jóvenes y prometedores de su país, que le implicaría además tener que precisar su propio pensamiento. Se le solicitó en primer lugar que diera una serie de cursos en la universidad de la hermosa ciudad de Morelia y, en 1941, dirigió un seminario de investigaciones literarias en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, lo cual le ganó una serie de críticas y de enredos mezquinos. Pero no le gustaba insistir sobre este tema y quería olvidar hasta el nombre de sus detractores. En muy raras ocasiones —a raíz de la pérdida de un ser excepcional, a la muerte de Paul Valéry por ejemplo— dejó traslucir su severidad y su amargura respecto a esta "Edad del Estiércol" en la que el mundo presenció "la ruina de la Inteligencia, y se vio rodeado de errores sin nombre o de conformidad lastimosa".[1] Don Alfonso poseía el don de la serenidad y de la sonrisa, y tal como lo explica su discípulo y amigo Jaime Torres Bodet, "aquel que sonríe sabe que perdona".[2] No obstante, don Alfonso trasladó sus clases a El Colegio Nacional y a El Colegio de México. Cada semana tuvo que arrostrar el soplo que tenía en el corazón subiendo varios pisos. El Colegio Nacional, fundación reciente, disponía de escasos medios y había sido instalado provisionalmente en unas modestas aulas. Reyes hablaba delante de un simple pizarrón, entre muros blanqueados con cal, y sus amigos extranjeros de paso por México se colaban en un auditorio casi íntimo de cuarenta personas para escuchar sus maravillosas lecciones.[3] El tono que adoptaba era confidencial y parecía que divulgara con malicia "secretos privados que databan de hacía quince o treinta siglos".

[1] *Cf.* "Increpación en la muerte de Valéry", en *Ancorajes, O.C.*, t. XXI, p. 91.

[2] Torres Bodet, "Discours aux funérailles d'Alfonso Reyes". En *Nouvelles du Mexique*, enero-marzo de 1960, p. 19, se reproducen partes de este discurso.

[3] Germán Arciniegas, "Una lección de Alfonso Reyes", *Revista Literaria Tegucigalpa*, Tegucigalpa, Honduras, octubre de 1952; en *Páginas sobre Reyes*, II, p. 207.

El conjunto de estas lecciones retocado, enriquecido, le proporcionó la materia de sus grandes estudios helénicos: *La crítica en la edad ateniense* (1941), *La antigua retórica* (1942), *Junta de sombras* (iniciado en 1939 pero que no finalizó hasta seis años después y no lo hizo imprimir sino en 1949).[4] Estos libros esenciales y los que dedicó igualmente a Grecia unos años después, y en los que trabajaba todavía en el momento de su muerte, no interesan demasiado a primera vista en el presente estudio: un espíritu lúcido precisaba lo que el helenismo puede aportar a un hombre moderno. Sin embargo el autor escruta entre sus páginas los orígenes de la cultura occidental y el pensamiento francés no puede estar ausente. Un prefacio que le solicitaron para la traducción de un libro de Victor Bérard hizo que don Alfonso recordara las lecciones fascinantes de este sabio, que hacía que sus comentarios científicos fueran más accesibles gracias a una malicia rejuvenecedora.[5] "De otra suerte, las letras se quedan embarradas en el papel y sólo sirven para que se aburran con ellas los estudiantes y aprendan, a lo sumo, a recitarlas de loros...No hay que tener miedo a la erudición. Hay que contemplar la Antigüedad con ojos vivos y alma de hombres."[6] *Junta de sombras* es un texto escrito todo él en este ánimo. A la manera de Bérard, que situaba la isla de Calipso en el estrecho de Gibraltar y hacía de esta ninfa —ardor y celos— "la primera española", él describía "La estrategia del 'gaucho' Aquiles". El vocabulario rabelaisiano, las ocurrencias de Voltaire, las figuras de Jules Romains acuden en tropel para amenizar la aridez de los textos.

En *La crítica en la edad ateniense*, las referencias a Victor Bérard son igualmente importantes. Reyes era muy aficionado a estas "influencias exóticas" —fenicias, orientales— que el profesor francés había enumerado en *La Odisea*. Esta crítica ateniense, al juzgar muy pronto la materia homérica, supo establecer los primeros cánones de la prosa, de sus ritmos y de sus números, preocupación tan olvidada en los siglos siguientes que hubo que esperar en España a fray Luis de León —quien contaba sus sílabas y hasta las letras— y en Francia a Gustave Lanson y a la estilística moderna para que le fuera concedida toda la atención que merece.[7] En otro resumen interesante, a propósito de la querella francesa de los modernos contra los antiguos, se constata que el escritor mexicano había dis-

[4] *O.C.*, t. XIII y XVII.

[5] Este "Prólogo a Bérard" fue escrito para la traducción al español del libro de Víctor Bérard *Resurrección de Homero*, que publicó Alfonso Alamán en México en 1945; en *Junta de sombras*, *O.C.*, t. XVII, p. 241.

[6] *Cf.* "La estrategia del 'gaucho' Aquiles", *ibid.*, p. 254.

[7] *Cf. La crítica en la edad ateniense*, *O.C.*, t. XIII, p. 31. El gran prosista y el amante de la bella prosa que era Reyes hojeaba con frecuencia los dos pequeños volúmenes de Gustave Lanson: *Principes de composition et de style*, 1887; *Conseils sur l'art d'écrire*, 1890. Recordemos que había tenido oportunidad de ver a Lanson en varias reuniones en París.

tinguido entre todos los críticos de la obra de Homero al abad d'Aubignac (1604-1676), quien fue uno de los primeros en poner en duda la existencia del poeta griego, anticipándose así varios siglos a la ciencia moderna.[8] Don Alfonso llega a la conclusión de que el arte y el gusto por la crítica literaria nos vienen de Grecia, si bien en la antigüedad esta propensión distaba mucho de alcanzar "la bella concepción" de la moderna literatura comparada.

*La antigua retórica* se propone estudiar la actitud de la Grecia clásica respecto a la historia de la literatura y a las teorías literarias. El autor se aboca a profundizar las distinciones entre los diferentes géneros dramáticos. Cada vez que aborda una definición del género cómico, encuentra personajes o escritores franceses. Bouvard y Pécuchet son unos humoristas execrables; preparan las palabras correctas y así nunca hacen reír: Flaubert había visto con razón que el rasgo de ingenio nace de la ocasión y que el humor no se aprende. Bergson le ayuda a delimitar extraordinariamente lo que separa a la tragedia de la comedia. La risa, según la filosofía francesa, se desencadena cuando transformamos un personaje en autómata. Entonces, en vez de penetrar en su intimidad, nos separamos de él. Lo cómico es, así pues, una suspensión provisional de la simpatía. Llevando hasta el extremo esta idea bergsoniana, Reyes opina entonces que la comedia es en realidad más "abstracta" que la tragedia. El sentimiento trágico equivale a una inmersión que hacemos en el dolor del otro, a una verdadera coincidencia de nuestro yo con el héroe.[9]

Como apéndice a *Mitología griega*, que quedó inconclusa, Ernesto Mejía Sánchez agrega la traducción que había hecho don Alfonso de un largo y denso ensayo de Marguerite Yourcenar publicado en *Lettres Françaises* de Buenos Aires el 1° de enero de 1944.[10] Este hermoso texto tenía notas manuscritas de Reyes. Sus observaciones al margen versan sobre algunos desacuerdos, pero el solo hecho de esta traducción *in extenso* y sus anotaciones son prueba de la estima que tenía por este escrito. ¿Habrán encontrado algunas ideas de Reyes sobre la mitología su punto de partida en este ensayo? ¿O se trata de una de esas afinidades que con tanta frecuencia hemos observado entre su inteligencia mexicana y algunos espíritus franceses? Uno de los pasajes del ensayo de Marguerite Yourcenar comenta la sólida influencia del "pliegue griego" en el alma francesa. Aun los franceses "aficionados al exotismo" habían ido a buscar hasta los antípodas, recuerdos de Grecia enterrados en su memoria. Pablo y Virginia eran Dafnis y Cloe de los trópicos. Atala, virginidad ofrecida a la muerte, es una Ifigenia de las sabanas. Gide, al partir a

[8] Reyes cita sus *Conjeturas académicas, O.C.*, t. XIII, p. 33.

[9] *La antigua retórica, O.C.*, t. XIII, p. 369.

[10] "Mitología", *O.C.*, t. XVII. La traducción del texto de Marguerite Yorcenar está en las páginas 211-216.

África en busca de la libertad sexual, había transformado el oasis de Touggourt en una Grecia pastoral, donde Coridón responde a Amintas. Los mismos surrealistas reencontraban a Grecia con su famoso "complejo de Edipo".

Una serie de conferencias impartidas en 1943 y en 1944 en El Colegio Nacional inspiró a Reyes una de sus obras importantes, con seguridad la más debatida, *El deslinde*. Él la había concebido como prolegómenos al estudio del "fenómeno literario" que siempre le había preocupado. Pero antes de abordar el estudio de la creación literaria, problema fundamental, trataba de delimitar las demás actividades del espíritu que con frecuencia se incorporaban a ella. Así pues, Reyes permanecía fiel a su método, expuesto desde ya hacía tiempo en *El cazador*: para llegar mejor al núcleo de una cuestión, del orden que ésta fuera, hay que separar, delimitar, deshojar todo lo que no pertenece al tema mismo. Para definir el objeto literario, Reyes trata sucesivamente de distinguirlo del escrito histórico, del texto científico y hasta del matemático y de la exposición teológica, todos los cuales pueden usurpar el terreno a la literatura propiamente dicha. La envergadura de *El deslinde* llamó la atención de la crítica mexicana e internacional. No obstante, el aspecto sistemático de algunas páginas, un vocabulario tal vez demasiado erudito, le valieron también múltiples reproches. Reyes recibió un gran número de cartas a las que contestó con las aclaraciones que se le solicitaban. Aceptó que dos veces, en 1944 y en 1955, se organizara un simposio sobre *El deslinde* en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Escribió otros textos que, reunidos en *Al yunque*, formaron un complemento precioso de este libro. Don Alfonso se fue haciendo a la idea de que *El deslinde* no era sino un primer enunciado de sus teorías literarias, un boceto capaz de suscitar reacciones. En los últimos años de su vida deseó intensamente rehacerlo, eliminar la presentación sistemática, simplificar el vocabulario demasiado rebuscado o demasiado técnico con objeto de hacer la obra accesible a un número mayor de lectores. Es cierto que *El deslinde* es más interesante cuando el autor se evade de estos cuadros rígidos, cuando comenta de paso sus lecturas del momento, las novelas de Giraudoux, *Suzanne et le Pacifique*, "nueva versión de *Robinson*". ¡Cuántas apreciaciones agudas contiene sobre las relaciones que la obra literaria teje con la historia, con las ciencias, con la filosofía o con la literatura sacra! Y pese a todo, ¿no parece una empresa imposible la de Reyes? Para hablar sólo de las afinidades que vinculan a la literatura con la historia, ¿cómo pretender una verdad objetiva en las obras autobiográficas, como las *Confesiones* de San Agustín o las de Rousseau? ¿Cuál es la parte del historiador, del hombre, del poeta? ¿No hay en las novelas de Proust un personaje que habla, y muy bien, del arte de la guerra? ¿Puede disociar Jules Romains su interés por la biología de la trama misma de su novela o de su teatro? Las preocupaciones filosóficas y hasta los conocimientos matemáticos de

Paul Valéry sustentan la poesía, las rimas, las imágenes de *El cementerio marino*. Reyes parece ir contra su propio esfuerzo de deslinde, de delimitación, cuando admite que los *Propos* de Alain son a la vez excelentes textos filosóficos y poemas en prosa, cuando reconoce que, por su parte, él saborea la lengua del *Diccionario filosófico* de Voltaire. Es fácil establecer analogías entre los estilos de Descartes, de Racine y de Molière, a pesar de la diferencia de sus vocaciones. El autor tuvo la curiosidad de leer las obras de los físicos y de los matemáticos franceses de los siglos XVII y XVIII para reencontrar el lenguaje de la tragedia clásica. Un médico como Léon Daudet podía escoger legítimamente un tema patológico para una de sus novelas, y *La Dama de las Camelias*, la película de Sacha Guitry, *Pasteur*, unen también el arte y la ciencia médica.

¿Dónde está el propósito teórico de *El deslinde* cuando Reyes, creyendo percibir las cercanías del misterio, destaca la coincidencia de algunas fechas en la historia? Napoleón murió en Santa Elena un 5 de mayo, y más tarde, un 5 de mayo también, los invasores franceses de México fueron derrotados en Puebla. La dinámica comparatista de Reyes realza, como es su costumbre, algunas comparaciones que se podrían desarrollar: Amado Nervo tal vez sea un antecedente de André Maurois.

El defecto más grave de *El deslinde* era sin duda que su método iba a contracorriente del pensamiento mundial y esto es lo que explica su fracaso relativo. En torno a él, las murallas entre las diferentes disciplinas empezaban precisamente a desmoronarse. Bachelard, el filósofo, escribía el mejor libro sobre la poesía de Lautréamont. Para nosotros, el valor de la gran obra que es *El deslinde* reside en la abundancia asombrosa de lecturas y de conocimientos de los que da muestra en el terreno de las letras, la filosofía y las ciencias francesas. Qué prodigiosa erudición, sobre todo si se piensa que Francia no es ni mucho menos la que ofrece la mayor parte de los ejemplos urdidos por este poderoso espíritu.

## "Veinte años después"

Reyes iba a regresar a su amado París sólo una vez y muy rápidamente, cuando fue a Francia en 1947 al frente de la delegación que México envió a la UNESCO. Iba acompañado por brillantes asesores, en primer lugar Samuel Ramos, director de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, cuyo libro *El perfil del hombre y la cultura en México* iba a marcar en 1951 una etapa decisiva en la búsqueda de la conciencia mexicana. El segundo asesor de don Alfonso era el sabio Nabor Carrillo Flores; el tercero, un médico, Manuel Martínez Báez. A Reyes le estaba prohibido viajar en avión debido a su fatiga cardiaca. Después de la travesía en barco, llegó a París en el último momento, justo antes de la apertura de la reunión. Apenas tuvo tiempo de saludar a Paul Valéry, de abrazar a Jean

Cassou y de platicar una tarde con Marcelle Auclair mientras ambos asistían al espectáculo del Lido. "Tengo la impresión de vivir *Veinte años después*, decía.[11] Sus amigos lo reencontraban ya célebre pero sin vanagloria, maduro, algo encanecido pero dotado como siempre de su "extraordinaria vivacidad". Había conservado "su dulzura amable y, en la mirada, la chispa de la curiosidad". Todos lo festejaban; en el hotel de lujo en el que se alojaba, la orquesta tocaba en su honor durante la cena tonadas mexicanas y el *maître d'hotel* sabía cuáles eran sus vinos preferidos. Pero su alegría de volver a estar en Francia estaba teñida de una imperceptible melancolía, del pesar de lo que ya no es, de lo que ya no volverá a ser. Muchos de sus amigos se habían ido de París; otros habían desaparecido para siempre, Jean Prévost, Benjamin Crémieux; Valery Larbaud ya no estaba visible. Francisco García Calderón había regresado a Perú. Ventura todavía seguía allí y planeó una cena para reunir en torno a don Alfonso a algunos rostros. Pero faltaba el tiempo. Los organizadores de la reunión de la UNESCO exigían mucho de los delegados y muchas veces sesionaban en la noche y los domingos. Luis Alberto Sánchez, su amigo desde el congreso de 1936 y que presidía la delegación peruana, es testigo de que don Alfonso no dispuso siquiera del ocio necesario para disfrutar de nuevo de los placeres de París.[12] Tuvo que presentar sus excusas a su amigo Baldensperger, a Jules Romains: "Esto no es una partida, es una huida".[13] Apenas había terminado su informe sobre los trabajos de esta reunión de la UNESCO, cuando tuvo que partir a Nueva York para representar a México en la ONU. Una vez más la salida fue precipitada. Sin hacer caso de las recomendaciones de los médicos viajó a Nueva York en avión. En efecto, se acababa de enterar de que el gobierno de Juan Domingo Perón había castigado a un gran número de intelectuales, entre ellos a Amado Alonso y a la *Revista de Filología Hispánica*. Amado Alonso se disponía a instalarse en Harvard, pero don Alfonso ofreció asilo a la revista, notable instrumento de investigación cuya creación él había favorecido en Argentina hacía ocho años. Fue pues para organizar el traslado de documentos y de la plana mayor de la *Revista de Filología Hispánica* a México —donde reapareció muy pronto con el nuevo título de la *Nueva Revista Filología Hispánica*— por lo que don Alfonso partió precipitadamente de Francia para nunca más volver.

[11] *Cf.* "Un grand écrivain mexicain à Paris", el artículo que publicó Marcelle Auclair en *Nouvelles Litéraires* del 30 de enero de 1947, p. 98.

[12] Luis Alberto Sánchez, "Alfonso Reyes", *Nuevo Zig-Zag*, Santiago de chile, 16 de diciembre de 1950; también en *Páginas sobre Reyes*, II, p. 155.

[13] Carta a Jules Romains del 26 de junio de 1947, copia en la Capilla Alfonsina.

## Un gran enfermo

Alfonso Reyes pagó muy caro su celo al servicio de la erudición. Desde su regreso a México, una trombosis coronaria, que ya lo había amenazado tres años antes, lo fulminó. Después, cuando se sentía ya curado y se preparaba para ir a recibir el doctorado *honoris causa* de la Universidad de Princeton, tuvo una recaída muy grave. La convalecencia duró varios meses, fue obligado a adoptar en adelante otro ritmo de vida, reducir sus actividades, suprimir las obligaciones de simple cortesía: "Heme aquí, pues, dedicado a descansar en mi casa, entre mis libros, y a preparar lentamente algunas publicaciones que empiezan a tener a mis ojos un carácter testamentario muy acentuado".[14] Entre sus ediciones "testamentarias" figuran sus dos admirables libros de recuerdos familiares, *Parentalia* y *Albores*, las cinco *plaquettes* de la *Crónica de Francia* y todas sus colecciones de ensayos, tantas veces citadas a lo largo de este estudio: *Las burlas veras*, *Marginalia*, breves páginas en las que habla de los años felices —*Árbol de pólvora*, a menudo fechado en París, de un estilo a la vez barroco y sorprendentemente moderno— o escritas a partir de algún recuerdo, a la llegada de una carta, de un libro, por la lectura casual de algún artículo de revista, con motivo de una visita.

Reyes salía cada vez menos de su biblioteca y únicamente para impartir sus clases, para alguna reunión excepcional o para ir a Cuernavaca, donde, a una altura media, su corazón reposaba. La Capilla se transformó en un centro de estudios de fama internacional. El escritor, rodeado de calma y en su país, era considerado "el gran humanista de América Latina". En aquellos años interrumpidos por varios infartos cada vez más graves, se multiplicaron los honores que se le rendían. En 1945 se creó el Premio Nacional de Literatura para él. Fue investido doctor *honoris causa* por numerosas universidades: la de Nuevo León, California (Berkeley), Tulane (Nueva Orleáns), Harvard, Michoacán, Princeton, La Habana, París, etc. En 1955 sus bodas de oro literarias fueron celebradas con esplendor. Un imponente volumen reunió los homenajes de sus amigos de todo el mundo, y el Fondo de Cultura Económica le ofreció la publicación de sus *Obras Completas*, a cuya organización Alfonso Reyes dedicó sus últimos años. En 1957 fue elegido director de la Academia Mexicana. Desde hacía tiempo era miembro correspondiente de la Real Academia Española.[15] En varias ocasiones, sus amigos solicitaron para él el Premio Nobel.

[14] Carta en francés a Jules Romains del 26 de junio de 1947, inédita; copia en la Capilla Alfonsina.

[15] Entre tantos títulos recibidos, al autor de *Memorias de cocina y bodega* debió de complacerle especialmente una condecoración que recibió el 10 de febrero de 1958, la Cruz de Caballero de los Vinos de Francia.

En la Capilla cada dos meses tenían lugar las reuniones en las que se fijaban los índices de la revista *Cuadernos Americanos*, fundada con el apoyo de Reyes en 1942 y que se había convertido en un poderoso medio de expresión, en especial para los españoles refugiados en México y ya incorporados a la vida intelectual del país. Esos emigrantes españoles, según la expresión de Marcel Bataillon, habían "estimulado" la vida mexicana. México vivía "años de intensa fermentación intelectual, de una actividad editorial sin precedentes". En un mundo que se había vuelto "de hierro", México era una ensenada para la cultura y es imposible contar la historia de esa fecunda época "sin encontrar a Alfonso Reyes a cada paso".[16] Él recibía libros y periódicos de todo el mundo. Este valiente enfermo se mantenía al corriente de todo y con justa razón podía decir a sus amigos: "la Tierra es mi casa". Para los franceses, universitarios, escritores y actores que pasaban por México, Alfonso Reyes era la gran personalidad mexicana, "el amigo de Francia" al que se iba a saludar. Él adoraba estas visitas, evocaba sus recuerdos, interrogaba a los viajeros sobre su ciudad natal, en general perteneciente a alguna de las provincias francesas; sobre la vida artística y literaria de París, que él conocía quizás mejor que ellos mismos; sobre el hispanismo y la enseñanza del español en Francia, de la que seguía los pasos después de la guerra con suma atención. Algunos franceses sospechaban en él una cierta coquetería. ¿Pretendía "ser incapaz de desplazarse" para así recibir en su buque a visitantes, hombres y mujeres, "principalmente actrices jóvenes, pues inmediatamente después de los libros, la mujer era objeto de su predilección"?[17] En efecto, su vivacidad sonriente era tal que los nuevos amigos podían equivocarse, pero sus allegados sabían que a cada infarto se familiarizaba más con la muerte. En los funerales de Enrique González Martínez, en 1952, develó parte de su secreto: "Poco a poco el muro va perdiendo espesor y ya, por transparencia, se ve la eternidad".[18]

## En torno al IFAL

Alfonso Reyes no escatimó su apoyo a este organismo francés y se fundó una revista en la que aparecía su nombre con frecuencia. En los locales del IFAL pronunció muchas veces charlas y conferencias. Los maestros de la universidad francesa que fueron nombrados directores de este orga-

[16] Marcel Bataillon, "Alfonso Reyes à l'UNESCO", *Revue de Littérature Comparée*, enero de 1947.

[17] A. Pieyre de Mandiargues, "Alfonso Reyes", *Nouvelle Revue Française*, enero de 1960, p. 346.

[18] Véase Ignacio Chávez, "Homenaje a Alfonso Reyes", *Cuadernos Americanos*, México, marzo de 1960, p. 16.

nismo buscaban en don Alfonso simpatía y consejos. Tuvo estrechas relaciones con Jean Camp, quien dirigiera el Instituto en colaboración con Robert Escarpit, al principio encargado de las publicaciones, y con algunos otros universitarios. François Chevalier asumió el puesto de bibliotecario en 1947.

En 1946, Jean Camp pidió a don Alfonso un prefacio para una edición de cien sonetos españoles con la traducción francesa.[19] Entre estas obras maestras, dos eran de Alfonso Reyes.[20] En las tres páginas que escribió para la introducción a este volumen, don Alfonso prosigue su meditación sobre la traducción, "posibilidad de aprender a pensar de otra manera", pero ejercicio peligroso que corre el riesgo de traicionar, de matar un poema.[21] Jean Camp no había eludido las dificultades al escoger el soneto, género admirable entre todos, "tan puro como el cristal, silogismo de la poesía, carrera de obstáculos, triunfo de la emancipación artística, puesto que se impone a sí mismo sus cadenas". Había que ser, no solamente un traductor experimentado, sino también un miniaturista para realizar estas transcripciones.[22]

En la época en que Jean Camp estuvo en México, el IFAL era todavía una institución muy frágil. En agosto de 1947, se hizo saber que por razones económicas podía ser suprimido este organismo. Reyes contaba entonces con los hispanistas franceses, con "los amigos de las Españas de ambos mundos" para ayudarle a mantener la influencia latina en su país. Para él, las culturas francesa y española eran complementarias y no rivales y ambas necesarias para estimular la vida intelectual de México.

Ante la tradicional despreocupación francesa que una vez más iba a eliminar un excelente centro de presencia de Francia en México, Reyes tomó la pluma para recordar a los propios franceses sus obligaciones. Escribió al "maestro Paul Rivet" para pedirle que sostuviera su propia creación a fin de que "Francia no abandonara metódicamente el cultivo de nuestras tradiciones latinas".[23] Después envió a Marcel Bataillon una de sus cartas más hermosas. Volvemos a encontrar en ella la malicia de Reyes, esa picardía que dejaba deslizar hasta en los temas más serios, y tam-

[19] *La Guirlande espagnole*, las cien flores más bellas del soneto español trasplantadas a tierra francesa, por Jean Camp, prólogo de Alfonso Reyes, México, Le Coq Français, 1947.

[20] "Diana" y "Casi soneto", pp. 170 y 172 de *La Guirlande espagnole*.

[21] Este "Prólogo" fue reproducido en *De viva voz*, con el título "La *Guirnalda española* de Jean Camp"; *O.C.* de Reyes, t. VIII, p. 112.

[22] Sobre la amistad de Reyes y Jean Camp, véase Alicia Reyes, "Jean Camp y Alfonso Reyes", *Excelsior*, México, 7 de abril de 1968, artículo escrito a la muerte de Jean Camp, acaecida en enero del mismo año.

[23] "Que ahorren en otra cosa...¿conoce usted el cuento de la familia que, puesta a hacer economías, encontró que sólo podía suprimir un renglón en su presupuesto, el chocolate del loro?" Carta a Paul Rivet, 12 de agosto de 1947; copia en la Capilla.

bién la emoción que sentía cuando veía surgir ante él una imagen de París: privado de la presencia francesa, México iba a ser despojado poco a poco del entorno cultural en el que había nacido. Sería como "ese pescadito al que un sabio francés le había enseñado a caminar en tierra firme. Lo seguía por las calles como si fuera un perrito. Pero un día, cuando el sabio cruzaba el puente Alexandre, el pescadito se cayó al Sena y se ahogó".[24]

La amistad y la autoridad de Marcel Bataillon eran para Reyes muy valiosas. Había seguido sin cesar la carrera y los escritos de este amigo desde los tiempos madrileños. En 1938, había celebrado su gran tesis sobre "Erasmo y España" en un artículo que se publicó sucesivamente en la *Revista de la Universidad de México* y en la *Revista de Historia de América*.[25] En 1942, reprodujo estas líneas en *Última Tule*, tanto más cuanto que contenían una invitación a proseguir estas mismas investigaciones desde una perspectiva mexicana.[26] En 1947, don Alfonso quedó decepcionado de que entre los delegados franceses a la conferencia de la UNESCO celebrada en México no se contara este hispanista al que él quería atraer hacia los estudios americanos. A instancias de don Alfonso, Marcel Bataillon fue invitado el año siguiente a impartir un ciclo de conferencias en El Colegio de México. Esta invitación fue el origen de una nueva vocación de americanistas.[27] En su visita Marcel Bataillon entró en contacto con el continente americano; a este primer viaje siguieron otros y, en particular, en 1958, un segundo ciclo de conferencias en El Colegio. El artículo sobre el soneto "No me mueve mi Dios", que Marcel Bataillon envió en 1950 a la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, produjo a don Alfonso una inmensa alegría.[28]

El IFAL continuó y Reyes se hizo amigo de todas las personalidades francesas que se sucedieron en su dirección. Estableció estrechos vínculos con Robert Escarpit en especial, quien sustituyó a Jean Camp en la di-

[24] "Se me ha ocurrido...que si Francia sigue abandonando metódicamente el cultivo de nuestras tradiciones latinas (y así se lo digo hoy al maestro Paul Rivet) yo me voy a morir muy pronto de otro ataque cardíaco...Amigo Bataillon, unan ustedes el frente, los amigos de las Españas de ambos mundos, y no permitan que nuestro amor secular sea defraudado..." Carta del 12 de agosto de 1947.

[25] "El erasmismo en América", *Última tule*, *O.C.*, t. XI, p. 91.

[26] En un congreso de ciencias históricas que se había celebrado en Argel en 1930, Marcel Bataillon ya había presentado una ponencia sobre "Erasmo en México". En su prefacio a la obra de Silvio Zavala sobre *La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España*, Genaro Estrada también había manifestado su deseo de que se prosiguiera este estudio.

[27] "...A usted, querido Alfonso Reyes, viejo amigo de los tiempos madrileños y responsable número uno de mi nueva afición americanista..." Marcel Bataillon, "Hernán Cortés, autor prohibido", en *Libro jubilar de Alfonso Reyes*, México, 1956, p. 77.

[28] Publicado en *NRFH*, 1950, IV, pp. 254-269. Véase también "Historia documental de mis libros", *Revista de la Universidad de México*, junio de 1957.

rección del Instituto en 1948. Don Alfonso lo apoyó en su labor de representante de Francia pero también en su producción personal de escritor. Cuando Robert Escarpit dio a traducir al español una de sus primeras obras de teatro, fue a don Alfonso a quien pidió el *nihil obstat*. Las conversaciones entre ellos se daban con toda confianza. Don Alfonso hablaba con el corazón en la mano. Cuando encontraba afecto, calidez y simpatía en un carácter francés, como en otro tiempo en Valery Larbaud, se despojaba de su reserva nativa y se ponía al descubierto con mayor libertad, sin duda alguna, que con sus amigos mexicanos. El primer artículo de Robert Escarpit sobre Alfonso Reyes está escrito en forma de diálogo [29] Y como atención delicada, es una conversación que reproducía la página escrita por Reyes en 1968 con motivo de una visita de este amigo francés.[30] Robert Escarpit había quedado sorprendido desde el principio por la picardía en la mirada de Alfonso Reyes, por la extraordinaria nobleza de expresión en su rostro, a ratos sonriente, a ratos de una profunda tristeza o negro de indignación. Este hombre afable también sabía hablar bruscamente, pero con mayor frecuencia tenía "la cortesía de un grande de España". Y siempre se desprendía de su pequeña persona "una autoridad" a la que nadie se resistía. Reyes contaba su vida, "sus travesuras de estudiante parisiense", las horas que pasó en París o en otros lugares para negociar acuerdos comerciales. Todo ello no le había impedido escribir y Robert Escarpit, como en otro tiempo Gabriela Mistral, estaba sorprendido por este don de ubicuidad. En el transcurso de una sola vida, don Alfonso había sido diplomático, autor de una inmensa obra, fundador, organizador. Paul Valéry acababa de morir y naturalmente Reyes hablaba de él, contaba sus encuentros. Robert Escarpit distinguía en uno y otro "un mismo clima moral, una cierta afinidad intelectual". No obstante, aquellos que reprochaban a Alfonso Reyes que fuera demasiado "europeo" conocían mal Europa. Es cierto que "había extraído de Francia su cultura, sus gustos, pero esa vivacidad que le impedía estarse quieto, esa luz que brillaba en sus ojos, provenían de su suelo natal". Los encuentros que tuvieron debieron de versar muchas veces sobre literatura comparada, entusiasmo común, y por esto don Alfonso no se escabulló cuando le pidieron que escribiera unas líneas para presentar una obra que Robert Escarpit iba a prologar, los *Parallèles franco-russes* de René Marchand.[31]

[29] Robert Escarpit, "Sous toutes les latitudes, Alfonso Reyes, poète mexicain et humaniste nous parle", *Une semaine dans le monde*, París, 8 de febrero de 1947.

[30] "De sociología literaria", *Las burlas veras, 2° ciento*, p. 181, con fecha de septiembre, 1958.

[31] Publicado en México en 1949. Reyes reprodujo su "Carta al profesor Marchand" en *Marginalia, 1a. serie*, p. 79.

## La Federación de Alianzas Francesas de México

La Alianza Francesa desarrollaba sus actividades en la ciudad de México y en otras ciudades del país. Don Alfonso colaboró con Henri Hargous para reunir los diferentes centros en una federación, la cual aceptó presidir y cuya organización sumamente original imitaron otros países de América Latina. En un artículo conmovedor, Marc Blancpain, secretario general de la Alianza Francesa, cuenta su primer encuentro con el escritor mexicano, en 1954, y cómo unos años después, en 1959, el gran enfermo infringió las prescripciones médicas y la inquietud de los suyos para asistir personalmente a la Asamblea General.[32] Para tranquilizar a sus amigos, "hablaré bajo, dijo, y muy poco tiempo". Los que lo rodeaban —Marc Blancpain, Jaime Torres Bodet, entre otros— tenían miedo. No le quitaban los ojos de encima; sentían "el peso de plomo" que oprimía su corazón. "Su discurso fue una obra maestra de erudición amable y cálida, de agilidad de espíritu, de profundidad también y de elocuencia proveniente del corazón." Henri Dumazeau, quien desde 1958 era secretario general de la Federación de Alianzas Francesas de México, tuvo a bien comunicarnos que bastaron unos meses antes de la muerte de Reyes para querer a este hombre, cuya sonrisa lo recibía en el umbral de aquel mundo encantado de la Capilla. Le había cautivado la voluntad tenaz que se ocultaba tras su indulgencia y gentileza.[33]

## Amistades fieles. Los franceses en el *Libro jubilar*

Todas estas amistades francesas que databan de pocos meses o que se remontaban a muchos años le fueron sumamente leales. Alfonso Reyes, que había concedido un lugar tan singular a este sentimiento en su vida, se había ganado casi siempre, más allá de la estima literaria, el afecto de los demás y un gran número de dedicatorias en los libros que le enviaban, de visitas y de cartas lo ponen de manifiesto. Sus amigos franceses esperaban volver a México y para todos ellos esto significaba ver de nuevo a don Alfonso. Étiemble dio un rodeo de cuarenta y ocho horas a su regreso de América del Sur para abrazar a su antiguo amigo. Jean Sarrailh regresó a verlo. La segunda vez lo visitó en el Instituto de Cardiología, donde Reyes se recuperaba lentamente de un nuevo infarto bajo la vigilancia de su amigo Ignacio Chávez, ilustre médico y humanista. Junto a su lecho de convaleciente, Jean Sarrailh le comunicó una noticia que

[32] Marc Blancpain, "Hommage à Alfonso Reyes", en el volumen colectivo *Hommage de la Fédération des Alliances Françaises du Mexique*, París, 1962, p. 10.

[33] Véase también el homenaje de Henri Dumazeau, *ibid.*

proporcionó a don Alfonso una gran alegría: la creación en París de un Instituto de Estudios Superiores sobre América Latina. Jean Cassou visitó en 1956 ese México con el que tanto había soñado. Recién llegado al hotel, mientras tomaba su primer desayuno, recibió un telefonema de la Alfonsina para invitarlo. Vinculados desde hacía treinta años, ambos amigos pudieron hacer "el balance de sus existencias". Jean Cassou conocía bien el pudor sentimental de don Alfonso y "esto hacía sus confidencias más valiosas". En 1959, el escritor mexicano reanudó con Robert Escarpit sus conversaciones "a corazón abierto".

Entre los maestros de la literatura y de la crítica de todos los países —América Latina, Estados Unidos, Italia, España— que reunieron sus textos para ofrecer a Reyes su *Libro jubilar*, de cuarenta y cuatro nombres, nueve son franceses. El comparatista Fernand Baldensperger recordaba a don Alfonso todo lo que las relaciones franco- mexicanas le debían a "su encanto personal, su conocimiento de la lengua francesa..., sus iniciativas diplomáticas".[34] Su amistad se había mantenido durante mucho tiempo en el plano epistolar hasta el día en que "una larga entrevista en el Hotel Lutecia estampó el sello" de su simpatía intelectual. En otra época, Baldensperger se había asombrado de que un espíritu al que tanto fascinaba la "claridad francesa" hubiera manifestado su preferencia por Mallarmé, "ese poeta medio hermético". Hasta se lo había escrito a don Alfonso y además en verso.[35] Al conocer más a fondo al maestro mexicano, se había dado cuenta de las coincidencias de esta "apetencia" por Mallarmé con "los estudios tan elaborados de Reyes sobre la literatura hispánica de antaño". Desde entonces, ¿qué más legítimo e incluso más lógico que esta predilección por la obra del poeta de Valvins, nueva tentativa "de emancipación trabajadora", de retorno a las misteriosas normas de la poesía, a la que en Francia Descartes "había degollado"?

Marcel Bataillon —que sabía lo que don Alfonso esperaba de los hispanistas franceses: que reforzaran la explicación a los mexicanos de los vínculos que los unían a España— volvía sobre Hernán Cortés.[36] Proponía la solución de uno —y hasta de dos— enigmas históricos: la publicación de las cartas de Cortés a Carlos V había sido prohibida en España bajo el reinado del emperador y después con Felipe II. También estuvo prohibida la obra de Gómara. El estudio minucioso de los archi-

[34] Fernand Baldensperger, "Alfonso Reyes, interprète du Mexique et de Mallarmé", en *Libro jubilar de Alfonso Reyes*, p. 69.

[35] "Cher Alfonso Reyes, voulez-vous m'alarmer / Par un culte exclusif? Ignorez-vous peut-être/Qu'un Français, cartésien, se trouve mal armé/Pour tel prestige unique? Et même que le maître / Qui reçoit vos tributs, Stéphane Mallarmé, / N'est pas sûr de survivre à beaucoup d'ans à naître?" *Ibid.*, p. 70.

[36] Marcel Bataillon, "Hernán Cortés, autor prohibido", en *Libro jubilar*, p. 77.

vos de la época, de los documentos, conocidos pero que seguían sin ser apreciados, y algunas comparaciones de fechas permitían al historiador francés precisar la duración de estas prohibiciones y sobre todo el *sentido* que habían tenido. No se trataba tanto de encubrir a los españoles la obra literaria de Cortés como la gloria de su persona y de sus hazañas. 1527 es la fecha de la prohibición de las *Cartas de relación* del conquistador, pero también el año en que la Corona instala en México una jurisdicción capaz de neutralizar la influencia de aquél. Parecería que fuera peligroso a partir de entonces "dar una posición de privilegio a aquel que había conquistado el país y a sus descendientes". Además, en la *Cuarta carta de relación* publicada en 1526, Cortés hablaba claramente como legislador, administrador "que sabría gobernar el país tan bien como lo había sabido conquistar". La prohibición que había recaído sobre el gran libro de Gómara en 1552 tenía el mismo origen: la primera parte estaba dedicada al rey de España, pero la segunda —la *Conquista de México*— estaba dirigida al hijo de Cortés. Cuando Marcel Bataillon daba esta explicación de las primicias de la nación mexicana —esta "tensión permanente entre la Corona y los conquistadores, considerados como posibles pretendientes a los virreinatos hereditarios", y que ya se apoyaban en este separatismo criollo que iba a desembocar más tarde en la independencia—, ¿conocía el texto de *Simples remarques sur le Mexique*, en el que, por única vez y en Francia, Reyes comentaba la ambición de Cortés de convertir a México en un reino orientado hacia Asia y al que sin duda alguna lo habría tentado una precoz independencia?[37]

¿Por qué Roger Caillois le ofreció a don Alfonso sus investigaciones "Sur les sources du *Bateau ivre*", comparación sutil de un poema genial con una de sus fuentes, un poema mediocre?[38] ¿Se trata de una alusión a alguna conversación en concreto que habían tenido ambos? En los años cincuenta se había vuelto a despertar el interés por Rimbaud a raíz de la publicación de los libros de Étiemble y de Émilie Noulet-Carner, ambos amigos comunes, gracias a los cuales, al menos en parte, Roger Caillois había conocido a Alfonso Reyes y cuyo pensamiento se asociará siempre a la amistad que labraron en común.[39] Aunque no había escrito mucho sobre Arthur Rimbaud, don Alfonso dejaba entender de vez en cuando en sus libros, y probablemente también en sus conversaciones, que este poeta era para él uno de los más atractivos de la literatura francesa. Hacía mucho que conocía su obra hasta en los mínimos detalles. Recordemos

[37] *Simples remarques sur le Mexique*, París, 1926.

[38] Roger Caillois, "Sur les sources du *Bateau ivre* et sur le problème des sources en poésie", *Libro jubilar*, p. 97.

[39] Etiemble, *Le Mythe de Rimbaud (Structure du mythe)*, París, 1952; Emilie Noulet-Carner, *Le premier visage de Rimbaud*, Bruselas, 1953.

que una de las primeras páginas de Reyes ponía de relieve una frase de una carta de Rimbaud, ese francés a quien fascinaba el misterio.[40] Era también uno de los pocos franceses del siglo XIX a quienes habían tentado la utopía americana y la naturaleza de los trópicos. En 1944, Reyes había llamado la atención de sus lectores, más allá del célebre *Barco ebrio*, sobre un texto menos conocido pero igualmente significativo de Rimbaud, "Lo que se ha dicho al poeta sobre las flores".[41] Este poema alucinado había sido "revelado" en un libro de Marcel Coulon, *Au coeur de Verlaine et de Rimbaud*, publicado en 1925, cuando don Alfonso estaba en París, en el momento en que precisamente investigaba sobre la atracción que ejercía el exotismo en la imaginación francesa, en Chateaubriand o el aduanero Rousseau. Del libro de Coulon hay dos ejemplares en la Capilla Alfonsina. Este "nuevo" poema de Rimbaud sobre la flora americana había sido sin duda parte central de las conversaciones de Reyes en París. Y en él se encontraba una idea sobre la que Reyes meditaba mucho después de *L'avenir de l'intelligence* de Charles Maurras: el peligro que corrían el pensamiento y la poesía en un mundo "cada vez más abocado...a lo útil y al dinero".[42] El destino excepcional de Rimbaud interesaba también a Alfonso Reyes; en primer lugar, porque había sido un poeta extraordinariamente precoz, y después, porque junto con algunos otros —Maurras, Groussac—, Rimbaud era un ejemplo de la importancia que puede tener sobre toda una vida un traumatismo infantil o de la adolescencia. El escritor mexicano comentaba este efecto con conocimiento de causa.[43]

En tres páginas absolutamente extraordinarias, Jean Cassou transmitía al autor de *Ifigenia cruel* el secreto de Racine: la cima de sus acciones dramáticas se sitúa en el momento en que el discurso se interrumpe, en ese límite en que la emoción y la poesía se confunden con el silencio. Es entonces cuando aparecen las mismas palabras en la extrema economía del vocabulario de Racine: "Por última vez os hablo tal vez" (*Andrómaca*); "Al menos recordad que yo me someto a vuestras leyes/, Y que me escucháis por última vez" y "Y yo voy a hablarle por última vez" (*Berenice*; "Y si yo os hablara por última vez" (*Britanicus*, "Hablar por primera y última vez" (*Mitrídates*).

Hasta entonces nadie había subrayado este *leitmotiv* esencial para la comprensión de este teatro.[44] Las voces expiraban al borde de las lágri-

[40] *Cf.* "Varias siluetas", en *Norte y Sur*, *O.C.*, t. IX, p. 105.

[41] Véase *El deslinde*, "Poesía y ciencia", *O.C.*, t. XV, p. 141.

[42] *Cf. Oeuvres Complètes* de Rimbaud, La Pléiade. Véase en la página 906 la nota de Antoine Ádam.

[43] *Cf.* "La vida y la obra", *Tres puntos de exegética literaria*, *O.C.*, t. XIV, páginas 260-261.

[44] "Je vous parlais pour la dernière fois", *Libro jubilar*, p. 141.

mas en el instante de la separación. Jean Cassou, implícitamente, rememoraba así a su amigo mexicano su poema "Amado Nervo", en el que don Alfonso también había descrito a un ser frágil al borde del silencio, de la muerte, de la unión con Dios; era también hacer una alusión a su interés por todo lo que atañía al lenguaje; las experiencias de Mallarmé le habían permitido bordear el precipicio; enfrentado a los mismos problemas, Paul Valéry había desembocado en Monsieur Teste.

Etiemble optó por contar con un tono muy afectuoso sus recuerdos de "la vasta nave" y de la "sobria y pequeña sala...en la que se comía muy bien". Cuando sentía nostalgia del Iztaccíhuatl, como todos nosotros, abría el pequeño volumen de la *Visión de Anáhuac* que le traía el soplo tónico de las tierras frías de México, cuya vegetación es "heráldica" y el paisaje ordenado. Sobre este fondo de colores amortiguados, se destacaban algunas vívidas imágenes: la fiesta, "la carne color coq-de-roche de los mameyes...los grandes y bellos ojos de los inditos".[45] Paul Morand hizo el esfuerzo de escribir algunos versos humorísticos en español; es cierto que por entonces se encontraba en Tánger.[46] Mathilde Pomès vuelve sobre *Visión de Anáhuac*, la obra más mexicana y la que más conmovió a los amigos franceses de Reyes. En unas cuantas frases precisas, su clara inteligencia recuerda las circunstancias en que Reyes escribió este texto: en la limpidez de Castilla, el exiliado había evocado "una transparencia más fina...un aire todavía más ligero". De "esta evocación tan natural", emergían algunas palabras: la "caricia" de cada ondulación, los "dulces chasquidos" de las sílabas náhuatl, la voluptuosidad de los senos de la vendedora, que se pierden "entre las vasijas ocres".[47] Lo desconocido, lo insólito estaban expuestos con un gusto y una mesura que hacían de Alfonso Reyes un "clásico". Jules Romains veía en Alfonso Reyes a "un gran humanista del siglo XVI" por su "inmensa erudición, su apetito infatigable por todo lo que es alimento del espíritu, la sutileza exquisita del estilo y, algo que se ha convertido en lo más valioso de todo porque no abundan los ejemplos de ello, un borboteo continuo de ideas". Los momentos que había pasado con Alfonso y Manuelita se contaban entre los recuerdos más agradables del novelista francés.[48] Jules Supervielle envió únicamente unas líneas dirigidas al amigo encantador así como al poeta "viril y dulce", de una "exquisita originalidad", y a "la agudeza inventiva del ensayista".[49] Por la correspondencia que se conserva

[45] Etiemble, "Pour Alfonso Reyes", *ibid.*, p. 167.

[46] Paul Morand, "Salva de cañón en honor de Alfonso Reyes y canonización del mismo", *ibid.*, p. 297.

[47] Mathilde Pomès, "Un classique vivant: Alfonso Reyes", *ibid.*, p. 347.

[48] Jules Romains, "Message de Jules Romains", *ibid.*, p. 361.

[49] Jules Supervielle, "Hommage", p. 369.

en la Capilla, sabemos que Reyes recibió cada uno de estos testimonios de amistad con la más viva emoción y lágrimas en los ojos.

## Las cartas de Francia

Numerosos intercambios epistolares —con Fernand Braudel, a quien conoció en Brasil en 1935, con Jean Cassou y Francis de Miomandre— muestran, por el tono afectuoso que permitían tantos años de amistad, que el recuerdo de sus amigos franceses era para don Alfonso cada vez más valioso. "Mi querido y admirado Francis." Condenado a ya no ver más Francia, y con qué pesar, se acercaba a ella pensando en ellos. Las dedicatorias de los libros que enviaba a Jules Romains se hacían cada vez más personales: *Junta de sombras* y la hermosa traducción de las primeras rapsodias de *La Ilíada*. Con este mismo ánimo sentimental, Reyes participó en el volumen de homenaje que se ofreció en sus ochenta años a Albert Schweitzer, verdadero "santo" laico, "una de las personalidades más nobles de nuestra época", naturaleza simpática y generosa hecha para devolvernos "la fe en el hombre".[50] A don Alfonso lo había contrariado un poco que Francia dejara a otros esta iniciativa en honor del sabio de Colmar.[51] El 26 de mayo de 1946, recibió de Lambaréné una larga carta que más tarde reprodujo *in extenso* en una de sus obras.[52] La personalidad de Ruiz de Alarcón había seducido al sabio. Don Juan había sido también a su manera "un aventurero del espíritu que había asombrado a sus contemporáneos sin preocuparse de si recibía o no su aprobación". Había intentado "ser hombre en todos los sentidos del término". La carta del doctor Schweitzer provenía del corazón y estaba escrita en un tono coloquial. La había redactado en la soledad habitual del consultorio el domingo en la tarde, cuando el sabio montaba guardia para que médicos y enfermeras pudieran tener algún reposo. El río que se deslizaba entre las palmeras y el calor abrumador estaban evocados con una gran sobriedad, y nada podía conmover más a don Alfonso. Veía, como si el viejo apóstol estuviera ante él, su sonrisa pícara, su gran cabellera, "el puñado de cabos de alambre gris que llevaba a modo de bigotes; en plena soledad nocturna, escuchaba cómo le arrancaba al órgano alguna *tocata* de Bach.

La publicación de las *Obras Completas* fue motivo de que se estrecharan algunos vínculos, en particular con Jules Supervielle, quien se lle-

[50] Reyes envió "Juan Ruiz de Alarcón" en inglés.

[51] "The Albert Schweitzer Jubilar Book", Cambridge, Mass., 1945. La colaboración de Reyes figura en las pp. 323-336.

[52] "Albert Schweitzer" en *Las burlas veras, 1er ciento*, p. 114.

vaba los gruesos volúmenes publicados por el Fondo de Cultura Económica a orillas del Loire, donde su salud lo obligaba a descansar largos ratos. Disfrutaba al releer estos libros "particularmente amistosos". Eran "el reino de la exquisita complicidad de autor y lector, libros de humanidades (con o sin *es*)".[53] Jean Aubry le daba de vez en cuando noticias de Valery Larbaud, paralítico y afásico desde hacía tiempo. Al hojear un día *Le Figaro Littéraire*, Reyes se enteró por casualidad de la muerte de su "gentil intermediario", uno de sus primeros amigos en París en 1913. Reyes no se había resignado a no tener noticias de Larbaud, escribió directamente y sugirió la publicación de su correspondencia; la carta en la que el enfermo hace expresar, mediante la ortografía francesa vacilante de María Angela Nebbia, la gran alegría que había sentido al recibir esta idea es aún más conmovedora.[54] Fue a don Alfonso a quien se dirigió espontáneamente Jules Romains cuando le avisaron, el 17 de agosto de 1951, de la muerte de Louis Jouvet: "Me acabo de enterar de la muerte de Jouvet, unas horas después de haber recibido la noticia inesperada de su grave enfermedad. Estoy conmovido y triste".[55] Pero nada nos hiere más profundamente que las cartas que Reyes recibió de dos amigos al borde del suicidio. Es sabido que don Alfonso había sido con frecuencia para los franceses el refugio de sus confidencias. Reyes había mantenido correspondencia bastante tiempo con un poeta de Madagascar, amante también de don Luis de Góngora.[56] Desde Tananarive, Jean-Joseph Rabearivelo se mantenía en contacto con numerosas personalidades parisienses y con varios hispanistas, Lucien-Paul Thomas y Mathilde Pomès. Les anunció una traducción de las *Soledades* de Góngora en su lengua, el hova. Pero los libros, las cartas, la amistad de don Alfonso adquirieron muy pronto una importancia primordial para este gran enfermo. Cuando decidió desaparecer "deliberadamente", se lo escribió a uno de sus amigos de París, pidiéndole que avisara a don Alfonso de su muerte voluntaria. Don Alfonso escribió sobre él y su patria malgache un artículo devoto, "grano de incienso que quemo sobre su tumba".

Adrienne Monnier guardaba silencio. Después de que su hermana Marie —la bordadora "que pintaba con la aguja"— se había quedado ciega, ella había sido afectada a su vez gravemente con la enfermedad de Ménière, una sordera progresiva acompañada de zumbidos muy dolorosos y de vértigos. Ya no tenía ánimo para leer, pero en 1954 y 1955, un arranque de energía hizo que buscara la compañía o la lectura de sus amigos más queridos. Ella había sido la primera en escribir acerca de ellos.

[53] Carta de Supervielle del 24 de julio de 1953, inédita, en la Capilla Alfonsina.

[54] "Su carta ha sido para mí una sorpresa tan grata que estoy emocionado y dichoso..." Carta de Larbaud del 21 de marzo de 1952, p. 107 de nuestra edición.

[55] Carta inédita de Jules Romains, Capilla Alfonsina.

[56] *Cf.* "Un gongorino en Madagascar", en *Las burlas veras, 2ª ciento*, p. 40.

En el capítulo dedicado a Reyes, había asociado en su admiración *Visión de Anáhuac* y las páginas de Antonin Artaud sobre *El país de los tarahumaras*.[57] Después, el 7 de abril de 1955, se dirigió a su amigo don Alfonso para comunicarle su enfermedad. Los libros, las noticias que recibía de Reyes eran en aquel "verdadero y pequeño infierno...una sonrisa de los dioses". La posdata de esta carta es desgarradora, inolvidable. Encierra ya, al parecer, la terrible decisión: "No me escriba, *se lo suplico*, acerca de mi mala salud. Yo sé que al leer mi carta usted tendrá un pensamiento benévolo para mí y yo sentiré este pensamiento llegar a mí".[58] Maurice Saillet cumplió probablemente una de sus últimas voluntades cuando escribió a Reyes el 22 de julio notificándole su dramática desaparición.[59] Don Alfonso hizo llegar al *Mercure de France*, que organizó un número especial en memoria de la célebre librera, uno de sus bellos poemas sobre Monterrey que Adrienne gustaba escuchar.[60]

## "Presencia" en Francia de Alfonso Reyes

En aquella época, todos sus amigos fieles, Marcel Bataillon, Marcel Brion, Jean Cassou, Robert Escarpit, Etiemble, tomaron muchas veces la pluma para recordar al público francés la gloria de que gozaba en México un gran poeta amigo de Francia. Ninguno tan ferviente en esta difusión en Francia de la fama de Reyes como Francis de Miomandre. Ya en 1948, en su importante *Mallarmé*, había citado a Alfonso Reyes entre "los críticos extranjeros de alto rango" que habían comentado la obra del poeta francés antes de 1912. Pero es sobre todo a partir de 1953 cuando Reyes empieza a agrupar sus obras dispersas y agotadas desde hacia tiempo en nuevas ediciones, cuando Miomadre encuentra el momento oportuno para recomendar a los lectores de las mejores revistas francesas estas "sumas líricas". En *Les Nouvelles Littéraires*, en la revista *Hommes et Mondes*, donde tenía a su cargo la crónica de "Letras ibéricas", fueron frecuentes sus artículos sobre Reyes y además sumamente variados, adaptándose a los múltiples talentos de don Alfonso. Tan pronto celebraba en él al autor de *Ifigenia cruel* como al helenista o al hispanista: "Nadie ha hablado tan bien como él de la tragedia antigua ni de los autos sacramentales, delirios de la poesía teológica..."[61] Don Alfonso era uno de los pocos gran-

[57] Adrienne Monnier, "Réflexions sur le Mexique précolombien", junio de 1954; publicado en *Gazettes des Lettres Nouvelles*, "Dernières Gazettes", pp. 149-151.

[58] Carta del 7 de abril de 1955.

[59] Carta en la Capilla.

[60] "Sol de Monterrey. Pour la couronne d'Adrienne Monnier". 1° de enero de 1956.

[61] Francis de Miomandre, "Sur la tragédie grecque", *Nouvelles Littéraires*, 22 de enero de 1953.

des poetas que se aventuraron en "la literatura de la gastronomía".[62] El ensayista en Reyes "remitía a lo eterno la más fugaz de las actualidades". La sensibilidad de Miomandre se conmovía con la lectura de las páginas "emocionantes y deliciosas de humanidad" de *Parentalia*.[63] Don Alfonso debía de estar muy contento de ser llamado: "...este Proteo de la literatura, tan a sus anchas en la paradoja y en la fantasía liviana como en el drama lírico o en el poema en prosa".[64] Algunos artículos de Miomandre, "El derecho a las erratas" y "Otra vez las erratas", contenían alusiones pícaras a los años que Reyes pasó en París, respecto a los cuales tantas anécdotas se contaban siempre en los círculos hispanistas de la ciudad.[65] Recordemos que uno de los primeros libros de Reyes, cuya edición no había podido supervisar abrumado por sus deberes diplomáticos, había salido repleto de errores. Uno de sus amigos había anunciado: "Reyes ha publicado un libro de erratas acompañado de algunos versos". Alfonso se había contrariado tanto que desde entonces sufrió de una verdadera "fobia a las erratas". El menor error de imprenta en sus libros era para él un suplicio y Toño Salazar lo representaba como un San Sebastián acribillado de flechas tipográficas. El propio Reyes explicaba que cuando corregía las pruebas de un libro, llegaba a levantarse en la noche para ver si una letra no había "aprovechado que él estaba dormido para darse vuelta entre sus dos vecinas". Por otra parte, Miomandre reclamaba "el derecho a las erratas". En primer lugar, eran inevitables. Además, aportaban un esparcimiento inesperado a la atención del lector, un elemento de fantasía. En este artículo divertido, sin que sea mencionado directamente, pasa el recuerdo de Larbaud, el gran amigo común, que tan bien había escrito sobre "RLDASEDLRAD" y cuya vida letárgica acababa de extinguirse. La admirable inspiración que lanzaba a Miomandre a hablar de su amigo mexicano no se agotó hasta que terminó su vida. Este ser encantador partió discretamente en el transcurso del verano de 1959, durante las vacaciones, unos pocos meses antes que don Alfonso.

Ninguno de sus amigos pudo encontrar el manuscrito de la traducción de *El plano oblicuo* que se perdió en Gallimard. Ninguno logró que se editara en Francia ese libro de versos traducidos al francés con el que tanto había soñado don Alfonso. No obstante, algunos de sus poemas, de sus cuentos, de sus ensayos, se publicaron finalmente en los últimos años. Yvette Billod tradujo al francés "Los últimos sabios" (extraído de *Junta de Sombras*) para *La Licorne*.[66] Miomandre tradujo un bello texto

[62] *Id.*, "Littérature et gastronomie", *Nouvelles Littéraires*, 16 de julio de 1953.

[63] *Id.*, "Noces d'or avec la plume", *Hommes et Mondes*, 7 de enero de 1955.

[64] *Id.*, Lettres Ibériques", *Hommes et mondes*, mayo de 1956.

[65] *Id.*, "Le droit aux coquilles" y "Encore les coquilles", *Nouvelles Littéraires* del 18 de abril y del 2 de mayo de 1957.

[66] "Les derniers sept sages", *La Licorne*, París, otoño de 1948, pp. 171-182. Véase

de *Ancorajes* para ilustrar uno de sus artículos en *Hommes et Mondes*.[67] Un traductor excelente, artista original, se interesó en las obras de Reyes: Guy Levis-Mano, quien realizó, siguiendo los pasos de Manuel Altolaguirre, un viejo sueño de Alfonso Reyes: escribir, escoger o traducir un poema y después imprimirlo él mismo; en una palabra, producir un hermoso libro del que sería por entero el autor.[68] Guy Levis-Mano tenía una prensa manual e imprimía él mismo sus poemas favoritos. Entre otras cosas, retomó la traducción que Valery Larbaud había hecho de "Yerbas del tarahumara" y la mejoró. Estas traducciones son las que Octavio Paz utilizó en su *Antología de la poesía mexicana*, en la que Alfonso Reyes era el único autor vivo.[69] Pero las traducciones que Reyes prefería entre todas eran las de F. Berweiller.[70] Él decía que daban a sus versos "una muy alta dignidad verlainiana" y le resultaba "delicioso" repetir sus poemas así traducidos al francés. En varias ocasiones Reyes envió textos para que fueran publicados en ediciones parisienses; contribuyó al homenaje que la UNESCO publicó para el aniversario de Goethe. El prefacio que Reyes había escrito para la *Espagne Vierge* de su amigo Waldo Frank, traducida al francés, acompañó la traducción de este libro hecha por Hélène Boussinesq.[71]

Roger Caillois, convertido en el círculo de Victoria Ocampo en un admirador de la obra de Reyes, se volvió un propagandista activo de esta obra cuando regresó a Francia después de su estancia en América del Sur. Concibió durante mucho tiempo el proyecto de incluir en la colección Feux Croisés una o varias obras maestras de Reyes, *Visión de Anáhuac* o *El deslinde*. Ninguno de estos proyectos llegó a realizarse. Reyes estaba ya en conversaciones con otra editorial francesa para *Visión*. La traducción de *El deslinde* se encargó a madame Carner, a quien le pareció que este trabajo contenía dificultades insuperables. Pasaron los meses y fue Reyes el que opuso alguna resistencia a esta publicación: entonces percibía los defectos de su obra y quería restructurarla completamente antes de

Sylvia Molloy, *La diffusion de la littérature hispano-américaine en France*, p. 179.

[67] "La catástrofe", en *Ancorajes*, p. 28, traducido por Miomandre para *Hommes et Mondes*, diciembre de 1951.

[68] Cuando peor la pasaba en Madrid, Reyes pensó en instalar una prensa manual en su vivienda e imprimir él mismo sus libros. Más tarde, siguió con mucha simpatía las iniciativas del joven poeta español Manuel Altolaguirre, quien se había instalado en París con la misma intención. Reyes le confió la publicación de algunos sonetos inéditos: *Cinco casi sonetos*, París, 1931, 10 pp.

[69] *Anthologie de la poésie mexicaine*, colección de obras representativas, UNESCO. Selección, comentario e introducción de Octavio Paz. Traducción de Guy Levis-Mano. Presentación de Paul Claudel. París, Nagel, 1952. Esta obra incluye seis poemas de Alfonso Reyes.

[70] "Chanson de l'acier du matin" ("Tonada del acero de la mañana"), *Cahiers de France-Amérique Latine*, núm. 1, pp. 20-23, París, julio de 1945.

[71] Waldo Frank, *Espagne Vierge*, traducción de Hélène Boussinesq, editorial Mont Blanc, París, 1949.

que se publicara en francés.[72] Lo mismo que *El plano oblicuo*, *El deslinde* tuvo mala suerte. La señora Carner quería entregar los capítulos I y II ya traducidos a *Diogène*, la revista de Roger Caillois que se publicaba en cinco idiomas. El capítulo V, "completamente a punto", lo solicitó Jean Paulhan para otros proyectos. Pero estas páginas verdaderamente extraordinarias no se publicaron nunca. Roger Caillois propuso también a don Alfonso que se hiciera cargo de la edición de las *Obras* de Góngora en la colección francesa de La Pléiade. Pero don Alfonso, para entonces muy enfermo, tuvo que retroceder ante una empresa de tal magnitud. Jean Paulhan le escribió amistosamente para pedirle que participara en un homenaje colectivo en honor de Saint-John Perse. La opinión del escritor mexicano, al que tantas veces se había comparado con este poeta francés, era imprescindible. Jean Paulhan retardó lo más posible la publicación del homenaje con la esperanza de recibir finalmente la respuesta de Reyes, que no llegó.[73] Fernand Baldensperger y los demás organizadores de la *Revue de Littérature Comparée* habían pensado que Reyes, comparatista fervoroso, se convertiría en un activo colaborador de la revista, pero sus crecientes urgencias profesionales y después su precaria salud lo obligaron a mantenerse al margen de esta deseada colaboración. En 1952 empezó a aparecer la excelente revista *Cuadernos*, fundada en Francia por Germán Arciniegas, colombiano amigo de Reyes con el cual compartía no sólo su fervor por Francia sino también muchas ideas acerca de la historia y de las convicciones sociales. *Cuadernos* se convirtió en el portavoz indicado de Reyes en París. Publicó importantes artículos y recuerdos. En la revista hay un cierto número de estudios dedicados a su obra. Por último, una de las alegrías de aquellos años fue la fundación de *Nouvelles du Mexique*, en abril de 1955. Jaime Torres Bodet prosiguió en París la obra de la amistad franco-mexicana que don Alfonso había iniciado. Se había hecho amigo de los mejores amigos franceses de Reyes como Jules Romains. La hermosa revista *Nouvelles du Mexique*, publicada por la embajada mexicana en París, era la respuesta al interés que Francia tiene por el México antiguo y moderno desde la estancia de Reyes en París. Era legítimo, pues, que su nombre apareciera con frecuencia en sus páginas. A esta criatura querida de la amistad franco-mexicana, Reyes envió páginas extraordinarias de crítica y de poesía. Aceptó escribir el prefacio

[72] "*El deslinde*. Mi entusiasmo ha pasado. ¿Será realmente este libro algo representativo de mi obra? Voluminoso y difícil, temo que no me presente bien al público francés. Realmente, creo que ha pasado ya la ocasión de incorporarme a la colección de Caillois, a quien nunca me pareció sentir muy decidido..." Carta a Madame Émilie Noulet-Carner del 9 de abril de 1954.

[73] El *Hommage à Saint-John Perse* se publicó en los *Cahiers de la Pléiade* en octubre de 1950. Participaron muchos amigos comunes a los dos poetas: Jules Supervielle, Jorge Guillén, Valery Larbaud, Roger Caillois.

del catálogo de la exposición del libro mexicano que la embajada organizó en 1956 en la Sorbona.

## Un saludo a Burdeos

Aprovechando los recientes progresos técnicos, los amigos bordeleses de Alfonso Reyes le pidieron que grabara un mensaje para la apertura de las jornadas franco-mexicanas previstas en su ciudad para febrero de 1958. El Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos, así como otras asociaciones locales, organizaron un conjunto de actos (películas, exposiciones de pintura, del libro mexicano, emisiones radiofónicas) en el lapso de una quincena. Jaime Torres Bodet, embajador de México en Francia, se adhirió a las celebraciones acompañado del doctor Silvio Zavala, entonces consejero cultural de la embajada.[74] La retransmisión de "Un saludo a Bordeaux" de Alfonso Reyes abrió el ciclo de conferencias que se celebró en el gran salón del Palacio de la Bolsa.[75] En su bella lengua, viva y pura, don Alfonso expresaba la alegría y la emoción que sentía de reanudar sus vínculos con Burdeos, una de las ciudades de Francia que mejor había conocido y la ciudad de Montaigne. Aludía de paso a la desafortunada etapa de 1914, pero evocaba con mayor detalle las dos conferencias que había pronunciado en el anfiteatro de la Facultad de Letras, cuando, todavía muy joven, había acompañado al gran Azorín. Fue en junio de 1919 cuando él había asistido "en la bella tierra bordelesa" a los festejos que celebraban el regreso de la paz. Su misión en París le había ofrecido más de una vez la ocasión de volver a Burdeos, y aquellos días de esparcimiento habían dejado "una dulce quemadura en su alma. Los viñedos frondosos y las frescas rosas bordelesas, caras a Ausonia" perduraban en él. "En el momento de hacer el balance de mi vida, me doy cuenta que soy más de ustedes todavía de lo que yo imaginaba."

El discurso recorría después, en una potente síntesis, las etapas de la

[74] Véase el artículo de Robert Escarpit "Un grand humaniste disparu: Alfonso Reyes", *Le Monde*, 7 de enero de 1960.

[75] "Un saludo a Bordeaux", julio de 1957, reproducido en *Las burlas veras, 2° ciento*, p. 124. Al mensaje de Reyes siguieron varias conferencias: "Presentación general de México y de su folklore", por R. Escarpit; "La literatura mexicana", por N. Salomon; "El pensamiento mexicano", por R. Lacroze; "La economía mexicana" por M. Enjalbert. Y. Glotin, presidente de la Cámara de Comercio, habló de las relaciones que mantenía Burdeos con México. Por último, el embajador Jaime Torres Bodet, en su alocución, extrajo "con una gran calidad literaria... las conclusiones de estas jornadas, en las que se ponían de manifiesto los múltiples lazos tendidos entre Burdeos y México". Véase el informe de esas jornadas que hizo Nöel Salomon y que se publicó en el *Bulletin Hispanique* de Burdeos en 1959; la Unión de la Universidad, la Agricultura, el Comercio y la Industria de Burdeos publicó una *plaquette* que contiene el texto de los discursos y de las conferencias pronunciadas.

historia y de la civilización mexicanas. Para el historiador del pensamiento que era Reyes, esta parte de su alocución es tanto más interesante cuanto que demuestra que, a través de los años, las penas, la enfermedad y los honores, don Alfonso había permanecido especialmente apegado a sus teorías esenciales. La era precortesiana tenía "un sentido arqueológico". En los siglos XVI y XVII se había forjado verdaderamente la nación mexicana; las razas se habían mezclado "bajo la hispánica tutela". El siglo XVIII había sido particularmente fecundo, sobre todo en su segunda mitad, pues los primeros soplos del nuevo espíritu europeo empezaban a llegar a América y, por otra parte, el humanismo mexicano, ya sólido y firme, producía sus primeros frutos. A la independencia le siguió una larga anarquía. Don Alfonso apenas hacía alusión a varios años de "luchas internacionales". La "paz porfiriana" había sido para las ideas democráticas un periodo de sorda incubación; las conquistas de la Revolución, después de tumultos y vicisitudes, permitían por fin en la actualidad la unidad y la tranquilidad. Cierto que México es una nación reciente, pero la "densidad" de los dolores por los que había pasado daba como una cuarta dimensión a su experiencia y a su conducta. Por sus tradiciones insondables, el pueblo mexicano era muy antiguo, pero el mestizaje había operado en él un rejuvenecimiento, de tal modo que era viejo y joven a la vez. Partícipe hacía poco "del banquete de la civilización occidental", en el continente americano México cubría el papel del anciano con las sienes canosas. Sobre este fondo indestructible, suelo indígena y base hispánica, las influencias de Francia y de Estados Unidos se habían proyectado como lluvias benéficas, muy importantes para la orientación política del país. "Cada vez que Francia ha enviado a nuestros jardines sus brisas cargadas de polen, hemos visto florecer en México, así como en el resto de la América hispánica, una primavera para la inteligencia y para la poesía."

México enviaba, así pues, sus saludos a Francia y en especial a Burdeos, pues esta ciudad había sido un día el refugio de los liberales españoles y asilo de fray Servando Teresa de Mier, "precursor de la autonomía mexicana...Hubo en Burdeos un alcalde que supo ver en la aparición del Nuevo Mundo una lección de prudencia para el Viejo Continente. Este espíritu generoso llevaba aún más alto sus reflexiones sobre la naturaleza humana a medida que América asomaba su cabeza por encima del vaivén del oleaje".

## Doctor *honoris causa* de la Universidad de París

Reyes, amigo de numerosos universitarios franceses y muy cercano, en especial, a Marcel Bataillon, mantuvo durante todo este periodo relaciones afectuosas e importantes con la universidad francesa. El vuelo que

tomó la enseñanza del español en Francia a partir de 1948 fue para él una gran alegría y no dejaba de seguir con atención sus avances.

En 1955, por iniciativa de Marcel Bataillon, la *Visión de Anáhuac* fue incluida en el programa de la cátedra de español. Se hizo un tiraje en edición especial para los estudiantes franceses y el Instituto Hispánico de París pidió a Mathilde Pomès que diera a conocer a los opositores a cátedra sus recuerdos sobre Alfonso Reyes y el conocimiento privilegiado que ella tenía de su obra. M. Pomès escribió a don Alfonso preguntándole por las circunstancias en que compuso varias de sus obras, lo cual confirmó al escritor en su proyecto de escribir "la historia de sus libros", idea que se estaba gestando en su espíritu quizás desde hacía años, animado por el ejemplo de Rubén Darío y de Rufino Blanco Fombona, pero también de Alphonse Daudet, cuya variada obra Reyes nunca dejó de leer a lo largo de su vida, y quien había dedicado todo un volumen a la génesis de su propia creación.[76] Reyes decía que estos recuerdos podían ayudar a la crítica y sobre todo representaban "los momentos culminantes de una vida"; estaban envueltos "por el sentimiento de euforia con el que se evoca las horas felices y fecundas".[77] Respondiendo al llamado de M. Pomès, don Alfonso emprendió de inmediato y con regocijo "Historia documental de mis libros", texto valioso del que deploramos una vez más que no haya finalizado y que los capítulos existentes no hayan sido reunidos en un solo volumen.

El 14 de noviembre de 1958, Alfonso Reyes fue nombrado doctor *honoris causa* de la Sorbona. El decano de la Facultad de Letras, André Aymard, pronunció el elogio, según la costumbre, en la sesión inaugural y solemne del nuevo curso académico.[78] Jean Sarrailh, rector de la Universidad, antiguo amigo de Reyes, debió de sentir una inmensa alegría de acogerlo y de concederle las medallas del doctorado así como la de la Universidad de París. Desafortunadamente, esta consagración llegaba demasiado tarde y don Alfonso ya no estaba en condiciones de viajar para recibirla personalmente. En su discurso, el decano Aymard recorrió con bastante exactitud la carrera del nuevo doctor, primero la universitaria y después la de fundador de instituciones culturales de todos los órdenes. Evocó su actividad de diplomático, sostén de la paz y amigo de Francia. La prensa de México comentó muy favorablemente esta ceremonia.[79]

[76] *Souvenirs d'un homme de lettres.*

[77] "Detrás de los libros", artículo publicado en *La Prensa* de Buenos Aires el 26 de noviembre de 1939; recogido en *La experiencia literaria* con el título "El revés de un párrafo", *O.C.*, t. XIV, p. 127.

[78] André Aymard, "Hommage à Alfonso Reyes", *Annales de l'Université de Paris*, octubre de 1958; reproducido en el *Hommage de la Fédération des Alliances Françaises du Mexique*, París, 1962, p. 35.

[79] Véase, por ejemplo, "D. Alfonso Reyes, doctor de la Universidad de París", *Universal*, 15 de noviembre de 1958.

## El sobresalto de 1959

Después de una cruel operación, la salud de don Alfonso pareció mejorar. Gracias a un régimen severo, había adelgazado mucho y esto aliviaba su corazón enfermo. A Marcel Bataillon le pareció "resucitado". Don Alfonso había cedido la dirección de El Colegio a Daniel Cosío Villegas, pero él seguía siendo "el alma de la casa". Un día retomó su exactitud de erudito y su exigencia de antaño para escribir una carta difícil a Jules Romains.[80] Éste le había hecho llegar su último libro: *Mémoires de Madame Chauverel*. En la Biblioteca Alfonsina, la llegada de un libro Jules Romains era "una verdadera fiesta" y don Alfonso expresa la alegría que le ha dado conocer la vida de "esta mujer extraordinaria que parecía una contrafigura o el negativo de Manón". Su vida licenciosa y su mala conducta se desarrollaban de acuerdo con el proceso "lógico y racional" que hacía pensar "en las geometrías no euclidianas, que parten de una hipótesis diferente de la generalmente admitida, e incluso paradójica, y llegan a resultados exactos". Las letras francesas ofrecían al autor "algunos antecedentes no desdeñables", pero sus precursores nunca habían logrado construir una obra tan "aséptica y límpida" sobre los misterios del "reino de la carne". De la pluma de Reyes surgía una expresión que ya había empleado muchos años antes para hablar de la precisión intelectual, de la claridad a veces difícil de sostener, "cruel", que el novelista francés utilizaba en algunas descripciones, atrocidades, etc. Estos trazos tenían el efecto "de una estocada en pleno pecho". No obstante, en una hoja aparte, don Alfonso sometía a Jules Romains, "con todo respeto". Tres pequeñas observaciones; pues la novela se desarrollaba en parte. . . en Argentina. Como conocía un poco México, el autor —¿inconsciencia, ligereza, suficiencia?— se había creído autorizado a describir América del Sur. Pero, decía Reyes, en Argentina, la *hacienda* se convierte en *estancia*. El término "gringo" no tiene allí el mismo sentido que en México; ya no era "el hombre de los Estados Unidos... sino todo extranjero y, en particular, *cuando éste era de origen italiano*. En América del Sur la gringa sería Marta, y no su amante norteamericano". Por último, el novelista francés, al hablar de los climas de Argentina y Brasil, había confundido calor y humedad. El calor era agobiante en Río, "la humedad es mil veces peor en Buenos Aires a causa de las emanaciones del Río de la Plata, río de lodo y de falta de brisa marina... En Brasil, en diciembre, se pueden freír huevos simplemente poniéndolos al sol. . . ¿no es el viejo Herodoto el que nos habla de las lagartijas que en el verano no pueden cruzar las calles de Babilonia porque perecerían de calor?" Don Alfonso terminaba con una frase complaciente; ante este defecto

[80] Carta a Jules Romains del 20 de marzo de 1959. Con copia dactilográfica en la Capilla Alfonsina.

tan francés —la tranquila ignorancia de los países extranjeros y en especial de las repúblicas americanas—, que persistían incluso en el siglo de los viajes, procuró poner freno a su indignación.

En sus últimos años, Reyes estaba todavía suscrito a doce revistas francesas, entre las que se contaba el *Bulletin Hispanique* de Burdeos, que le interesaba por la erudición de sus artículos y porque le había llamado la atención el interés que mostraba por México.[81] Don Alfonso se mantenía al corriente de las últimas películas francesas, tenía sus actores preferidos y entre ellos estaba Victor Francen: conocía el repertorio de los teatros de París.[82] Siempre se consideró un poco "el cónsul de las letras francesas en México" y se sentía dichoso de que circularan entre sus amigos mexicanos las obras que recibía de Francia. Su colección de libros sobre París estaba escrupulosamente puesta al día.[83] Trataba todavía de distinguir "los nuevos valores franceses" y presentárselos a sus compatriotas. Descubrió a Thierry Maulnier, a quien reprochaba "entre mil cualidades, un defecto de experiencia clásica y de conocimiento fundamental".[84] Cuando murió, estaba leyendo el libro de Roger Peyrefitte sobre *Les ambassades* y seguía con especial atención la producción de Marguerite Yourcenar. En cuanto a los poetas franceses, el que había llegado a ocupar el mayor lugar en su corazón por entonces parece que era Léon-Paul Fargue.[85] Su época preferida seguía siendo no obstante el siglo XVIII francés. Consultaba a Restif de la Bretonne, Mme. du Deffand. Retomaba sus diatribas contra Rousseau, contra sus invenciones, sus mentiras, su "falsa caridad". Desafiaba la paradoja hablando de la "caridad de Voltaire". Voltaire no había sido el corazón seco, el "diabólico" tantas veces descrito. Ferney era un "un asilo de bondad humana".[86]

De todos los pensadores franceses contemporáneos, al que prefería era a Albert Camus, con quien compartía al parecer sus posiciones filosóficas. Ensayos como "La caída" y "Palinodia del polvo" se pueden comparar en efecto con la *Caída* o *El mito de Sísifo*.[87] A don Alfonso la

[81] El análisis de algunos de esos artículos había sido objeto de las últimas discusiones epistolares que Reyes mantuvo con Menéndez Pidal. Véase también "Historia documental de mis libros", *Revista de la Universidad de México*, enero de 1957.

[82] *Cf.* "Un extraño drama" (*Sur la terre comme au ciel*), en *Marginalia, 2a. serie*, p. 172.

[83] Véase la lista de los más recientes, muy importante, en "El judío errante y las ciudades", *ibid.*, p. 162.

[84] "Thierry Maulnier", en *Las burlas veras, 1er ciento*, p. 45.

[85] "La poesía total", *ibid.*, p. 50.

[86] *Cf.*, "Voltaire desengañado", "Las Capillas", *ibid.*, pp. 155 y 158, y "La caridad de Voltaire", en *Marginalia, 2a. serie*, p. 172.

[87] De acuerdo con un reciente artículo de J.W. Robb, "Estilización de temas metafísicos en Alfonso Reyes", publicado en *Diálogos*, El Colegio de México, marzo-abril, 1978.

vida le parecía entonces "una acumulación de nada". La imagen de las danaides, condenadas a llenar de agua incesantemente un tonel sin fondo, le obsesionaba. Como su amigo Borges, él daba un sentido metafísico a esos espejos colocados unos frente a otros y que se devuelven infinitamente las imágenes; a ese frasco cuya etiqueta lleva impreso el mismo frasco, cuya etiqueta, etc.; a las canciones que se reanudan con su mismo comienzo. El tiempo real de Bergson tal vez no era sino "el sabor de esta nada"; nuestra ilusión de la materia resulta de una ligera coagulación de todo este movimiento. Mallarmé, cuando sentía que se precipitaba desde lo alto de la realidad hasta la página en blanco, era presa de desesperación y temía caer durante toda la eternidad. Pero Reyes encontraba un cierto consuelo en el conocimiento de esos rebotes perpetuos y en la exuberancia de la creación artística que permitía al poeta levantarse siempre más alto después de cada caída y descubrir otros horizontes.

Una de las últimas cartas que don Alfonso envió a Francia fue para pedir a su amigo Robert Escarpit que le indicara una buena edición de los *Diálogos de los muertos* de Fontenelle. Reyes había consultado ya las *Conversaciones sobre la pluralidad de los mundos*, etapa en el desarrollo de la noción de utopía en el espíritu europeo y primordial para su perspectiva de americano.[88] La *Historia de los oráculos* le había interesado como interpretación severa del contenido histórico de los mitos.[89] La concepción que tenía Fontenelle de la poesía, "obra de la lucidez", debió de gustarle por extraordinariamente audaz para su época y preconizadora, en una perspectiva amplia de la poesía francesa, de las posiciones de Mallarmé y de Paul Valéry. A *Diálogos de los muertos* ya había hecho alusión clasificándolos entre los antecedentes de una obra inglesa, las *Conversaciones imaginarias* de Landor, en los años de 1910 cuando escribía *El plano oblicuo*. ¿Qué buscaba ahora con un conocimiento más preciso de esta obra? ¿El análisis que proponía Fontenelle del personaje de Cortés.[90] A quien había conocido a los sobrevivientes de los poemas de Supervielle y siempre había acechado el misterio —y que para entonces ya había perdido a tantos amigos—, las sombras le resultaban familiares.[91]

---

El autor analiza acertadamente estos ensayos, sacados de *Ancorajes*, así como algunos pasajes de una obra hasta entonces inédita, *Andrenio: perfiles del hombre*, y ahora en el t. XX de sus *O.C.*

[88] *No hay tal lugar...*, VIII, *O.C.*, t. XI, p. 353.

[89] *Mitología griega*, *O.C.*, t. XVI, p. 341.

[90] *Cf.* Robert Escarpit, "Un grand humaniste disparu: Alfonso Reyes" , *Le Monde*, París, 7 de enero de 1960.

[91] "Si al tomar la pluma, se le ocurre pensar, como a mí, en algunos amigos y dedicarles *in petto* algunas palabras, algunos párrafos de sus libros, no me olvide como parte del coro de sus sombras familiares." Carta a Jules Romains del 20 de marzo de 1959.

## Conclusión

El domingo 27 de diciembre de 1959, Alfonso Reyes no despertó del sueño apacible en el que había entrado la víspera hacia medianoche. A todos los que lo amaban y admiraban, y en particular a sus amigos franceses, de Francia, de México, les afectó dolorosamente este acontecimiento "tantas veces temido, pero que nos habíamos acostumbrado a ver diferido".[92] En muchas capitales extranjeras, la noticia de su muerte se supo al mismo tiempo que el accidente en el que acababa de morir Albert Camus. En Argentina, el equipo de *Sur*, alrededor de Victoria Ocampo, lloró a la vez a ambos escritores amigos. Marcel Bataillon y Robert Escarpit se dispusieron a cumplir en Francia el deber de anunciar la desaparición de este gran escritor a fin de subrayar el sostén que había significado don Alfonso para la amistad franco-mexicana y las instituciones que en México representaban a Francia.[93] "El hombre al que hemos perdido era excepcional por su bondad así como por su inteligencia y su afán."[94] Este humanista de cultura prodigiosa era un polígrafo, pero sobre todo un poeta.[95] Sus escritos respiraban "la preocupación por servir y el respeto por el trabajo cumplido". Este erudito no había renunciado a ser hombre. Y profesaba el culto de la amistad. *Nouvelles du Mexique* publicó una sobria biografía en la que se destacaban los servicios que el diplomático había rendido a su patria y, sobre todo, los honores que sus escritos y su actividad universitaria le habían valido a Alfonso Reyes, en México y más allá de sus fronteras. Seguía el conmovedor poema "In memoriam", que la muerte de su gran maestro y amigo había inspirado al poeta argentino Jorge Luis Borges, digno acompañante de las elegías que don Alfonso había cantado a otros poetas muertos precozmente: Güiraldes, Lorca.[96] Estas once estrofas de una gran belleza iban acompañadas de una clara traducción al francés firmada por Octavio Paz y Gabrielle Cabrini. Borges rememoraba que "El vago azar o las precisas leyes/ que rigen este sueño, el universo" le habían permitido "compartir un terso/ trecho del curso con Alfonso Reyes". Este amigo de los recuerdos tenía un secreto, un "arte sagaz" que ni siquiera había alcanzado "el

[92] Marcel Bataillon, "Alfonso Reyes", *Bulletin Hispanique*, enero de 1960.

[93] Marcel Bataillon fue invitado a colaborar en el número especial que *La Gaceta*, publicación del Fondo de Cultura Económica, publicó en enero de 1960.

[94] Marcel Bataillon, "Alfonso Reyes (1889-1959)", *Revue de Littérature Comparée*, enero de 1960.

[95] "Finalmente, maestro, ¿y usted qué es? / —Humanista, amigo mío, escriba que humanista... ya que necesita usted una etiqueta. Pero le voy a decir la verdad... En realidad, yo soy poeta..." Robert Escarpit, "Un grand humaniste disparu: Alfonso Reyes", *Le Monde*, 7 de enero de 1960.

[96] Jorge Luis Borges, "In memoriam", *Nouvelles du Mexique*, París, enero de 1960.

impaciente Ulises", que él tantas veces había descrito: "pasar de un país a otros países/ y estar íntegramente en cada uno". Había sabido encontrar el verso que vence al olvido y renovar la prosa de Castilla. Este lector de poetas elaborados se había interesado también por las hablas populares. En Buenos Aires, había capturado "la fugaz literatura", incluso cuando se expresaba en la jerga propia de este gran puerto. Se hacía una alusión a la comprensión exacta que tenía de Paul Groussac: por intuición, "Lo dichoso buscabas o lo triste/ que ocultan frontispicios y renombres". Los amigos de México podían después leer, en el mismo número de la revista, la traducción de una larga cita del hermoso discurso que Jaime Torres Bodet había pronunciado en los funerales de aquel a quien veneraba.[97] Unas fotografías mostraban la emoción en el rostro del presidente de la República mexicana, presente junto al féretro.

Jean Cassou asoció al recuerdo de Reyes el de sus dos mejores amigos, Valery Larbaud y Francis de Miomandre.[98] Alfonso Reyes representaba toda una parte del alma mexicana y hasta del continente americano, aquella que está hecha de "humanismo y de prudencia". Pero don Alfonso no renegaba de ninguna de las características de su México, ni de los "movimientos que nacían de las fuentes populares y de las profundidades de su suelo, ni del genio de la España que había sabido concordar con esa tierra india para producir las maravillas del barroco colonial...Este mexicano orgulloso de su México era un maestro de la lengua castellana. Este americano había sabido recoger el legado del Viejo Mundo tan bien como sus colegas europeos". Un hecho notable era que su cultura consistía también en el intercambio con los hombres, con sus amigos, escogidos "en la diversidad del tiempo y del espacio". Al comentarista francés siempre le había sorprendido el "cuidado meticuloso" que Reyes ponía en la escritura de sus innumerables ensayos, en clasificarlos, en publicarlos y después en ordenarlos para la edición de sus *Obras Completas*. Por todo ello, Alfonso Reyes era cabalmente representativo de ese aspecto del carácter mexicano que Jean Cassou definía: "la sutileza, el preciosismo, un extraordinario sentido de lo infinitamente pequeño, de lo infinitamente refinado y quintaesenciado, que es también un sentido de las exquisiteces del corazón". ¿Qué tiene pues de sorprendente que Reyes haya consagrado a Góngora y a las "cuestiones gongorinas" "la parte más viva de su atención"? Atento, escrupulosamente atento, tal era este espíritu excepcional, honor de las letras mexicanas, de las letras hispánicas, de las letras humanas. "Y te nos vas a morir." Este simple y doloroso reproche, "expresado mediante los más secretos recursos de la lengua castellana", y que Reyes ya había hecho

[97] "Aux funérailles d'Alfonso Reyes", *ibid.*

[98] Jean Cassou, "Alfonso Reyes", *Culture Française*, París, abril de 1960.

en otro tiempo a un poeta mexicano, ahora se lo hacían a don Alfonso sus amigos.

La *Nouvelle Revue Française* encargó a André Pieyre de Mandiargues, quien había visitado la Capilla hacía poco tiempo, que expresara sus condolencias. Lo cual éste hizo no sin sagacidad pero con muchas imprecisiones y en un tono voluntaria y quizás escandalosamente desenvuelto. El autor no creyó que debía asumir "un tono de circunstancias" para hablar de la muerte de un escritor que se había preservado "de todo conformismo". Alfonso Reyes, "con mucho humor e inteligencia...se sitúa en la punta del espíritu moderno".[99]

En París se organizaron varias ceremonias en su memoria. El rector de la Academia de París, Jean Sarrailh, tuvo que renunciar por razones de salud a presidir el homenaje que se rindió a Alfonso Reyes en la Sorbona el 6 de febrero de 1960 y al que se habían adherido el Ateneo Hispanista de París, el Institut des Hautes Études d'Amérique Latine y la revista *Cuadernos*, dirigida por Germán Arciniegas.[100] Marcel Bataillon, administrador del Collège de France, presidió la ceremonia; Octavio Paz, encargado de negocios en la embajada de México, junto a él, representaba a su país en la tribuna de honor. Charles V. Aubrun, director del Institut d'Études Hispaniques de París, hizo el elogio del gran escritor mexicano.[101] El profesor francés contó que, todavía conmovido por la triste noticia, el 4 de enero de 1960, había recibido por correo "un mensaje de ultratumba", tres obras que Reyes le había dedicado antes de morir. "Con su fina escritura, había trazado sobre el papel de la envoltura su última dirección sobre esta tierra: El Colegio de México." Había sido pues con la mayor emoción como Charles Aubrun había incursionado en estos libros que le llegaban "de la otra orilla de la Estigia". La obra de Reyes era la prueba de que existe "un hombre específicamente americano". La civilización del Nuevo Continente no es ni mucho menos únicamente un resumen de las de Europa. Les agrega cualidades propias de movilidad, de adaptación, en una "síntesis nueva...Una vez más, un nuevo punto de partida". Reyes había aspirado manifiestamente a un nuevo humanismo, había soñado con una "ciudad de Utopía" profundamente penetrada de la contribución americana, sin límites geográficos. Entonces, el Nuevo Continente incorporaría a la historia su nueva riqueza "de materia prima, de objetos, de formas, de colores y de sonidos". La dificultad mayor era el caos, el fárrago. Para organizarlo, don Alfonso se dejaba guiar "por la luz de la razón", con el sentimiento de una "libertad"

[99] André Pieyre de Mandiargues, "Alfonso Reyes", *Nouvelle Revue Française*, 1960, 1, p. 346.

[100] Véase la reseña de esta ceremonia en *Nouvelles du Mexique*, enero de 1960, y en *Cuadernos*, París, núms. 40 y 41.

[101] El texto de esta poética alocución se publicó en *Les Langues Néo-latines*, núm. 153, mayo de 1960, pp. 13-15.

que nos parecía completamente nueva, "ni Libertas, ni Freedom". Era, antes bien, el "libre arbitrio" latino combinado con la *self-determination* política y comunitaria. Figura ejemplar, Alfonso Reyes se había propuesto una doble meta: difundir en México los valores europeos antiguos y modernos; revelar a la humanidad uno de sus tesoros sepultados o ignorados: la civilización mexicana de ayer y de hoy. Mariano Picón Salas, delegado de Venezuela en la UNESCO, con gran elegancia de palabra y de pensamiento, desarrolló después el tema del "varón humanísimo"; habló de la moderación, de la imparcialidad de Reyes. Insistió en su cortesía "típicamente mexicana", en su concepción del escritor "casi sacramental": había "administrado el verbo". Reyes, en Francia y en España, había anunciado mediante sus obras "un nuevo clasicismo" para la lengua española. Este "liberal de actitud nítida..., este socialista platónico" había sabido realzar el sentido de la justicia que su pueblo, desgarrado, buscó en la Revolución; había llegado a superar el sentido de la historia y de la filosofía: propio del gran pensador es "superar el aspecto anecdótico y ocasional de la conflagración". De este modo, de boca de uno de los más grandes escritores modernos de América Latina, amigo muy cercano de Reyes, París escuchaba la excelente definición de su obra, "fusión mexicana e hispanoamericana", puesto que abarcaba tanto *Visión de Anáhuac* como los "*Capítulos de literatura española*, en los que se encuentran algunas de las mejores páginas de crítica" de esta generación. M. García Formenti expresó el agradecimiento de México por este homenaje a uno de sus hijos más notables. Evocó la amplitud de la cultura del finado, su bondad, sus profundas cualidades morales, la vasta influencia de Reyes en toda la América de lengua española. Por último, Marcel Bataillon transmitió al público que llenaba el anfiteatro Turgot recuerdos personales de su amistad con don Alfonso.[102]

En los salones de la Casa de América Latina también se rindió un homenaje a Alfonso Reyes, presidido por la duquesa de La Rochefoucauld y el Comité de Amigos de las Letras. La misión parlamentaria mexicana, dirigida por el senador Manuel Moreno Sánchez, se había querido adherir al homenaje.[103] Octavio Paz, encargado de negocios de México, habló en primer lugar del humanista apasionado por la cultura griega, poseído por una curiosidad inagotable, así como del hombre público enteramente dedicado a México. René Étiemble, profesor de la Sorbona, tomó la palabra para evocar al hombre atraído por la civilización occidental y por la cultura francesa en particular, pero atento al legado

[102] *Cf.* Julián Gorkín, "Homenaje a Alfonso Reyes en la Sorbona", *Cuadernos*, mayo-junio de 1960, núm. 42, p. 126.

[103] Véase la reseña de esta ceremonia en *Nouvelles du Mexique* de enero de 1960. El texto de la alocución del profesor Etiemble se reprodujo en el *Hommage de la Fédération des Alliances Françaises du Mexique*, París, 1962.

indígena, siempre que éste fuera auténtico y hubiera sido transmitido con probidad. Para ilustrar este doble aspecto de la personalidad de Reyes, Etiemble leyó un fragmento del mensaje de esperanza y de amistad que Reyes, en 1943, había transmitido por radio a Francia, y después algunos versos del "célebre poema", sobrio y tosco, que había dedicado a los pobres indios tarahumaras. *Visión de Anáhuac* probaba una vez más que el humanismo de este mexicano, si bien reivindicaba "la libertad, la justicia y la razón", no desdeñaba "los humildes tesoros del indio, de su farmacopea, de sus otros valores". El orador evocaba después su última visita a la Alfonsina. Alfonso Reyes, aquella mañana, "había recibido el golpe de gracia" al enterarse de la muerte de su antiguo hermano y enemigo José Vasconcelos, fallecido a causa de la enfermedad cardiaca que precisamente lo amenazaba a él. "Entonces me ofreció una imagen en la que su retrato estaba sobreimpreso en esa nave que él llamaba Biblioteca Alfonsina. Con su caligrafía temblorosa, inscribió estas palabras: 'el duende de la Alfonsina'. Aquella mañana supe que el gran enfermo, todo él envuelto en cobijas, acecharía muy pronto a la Alfonsina como fantasma. Amamos y admiramos en él, concluía el profesor Étiemble, a uno de los últimos sobrevivientes de...el espíritu enciclopédico, especie en vías de extinción, desafortunadamente, y que sin ella, no obstante, la humanidad perderá lo más firme de sí misma". Jean Cassou, conservador del Museo Nacional de Arte Moderno, habló después de su larga y leal amistad con Alfonso Reyes, el escritor en que América Latina se complacía en reconocer a uno de sus hijos que más la honraba: ". . .espíritu excepcional, poeta admirable, fecundo autor de toda una obra en verso, en la que brillan con el fuego más puro algunos de los más bellos poemas que se hayan jamás escrito en lengua castellana". El gran actor Henri Rollan, de la Comédie Française, y Pilar Pellicer declamaron respectivamente en francés y en español largos fragmentos de *Ifigenia cruel*, de "Río de olvido", de "Vaivén de Santa Teresa", para finalizar con "Yerbas del tarahumara", obra obsesiva que extrae su grandeza de su propia sobriedad.

El recuerdo de Alfonso Reyes fue de nuevo evocado el 5 de noviembre de 1960 por el Ateneo Iberoamericano: el escritor mexicano había participado en su Comité de Honor desde su fundación en 1957 en compañía de muchos amigos, tanto franceses: Charles Aubrun, Marcel Bataillon, Jean Cassou, Paul Rivet, Jean Sarrailh, como españoles y americanos: Pablo Casals, Ramón Menéndez Pidal, Germán Arciniegas, Francisco Romero, Eduardo Santos. En esta ceremonia, el primero en hablar fue Silvio Zavala, entonces ministro plenipotenciario de México en la UNESCO y quien, en su calidad de miembro de El Colegio Nacional, habló del fundador de este Colegio, de su obra poética y del intelectual que México acababa de perder. José Ballester Gonzalvo recitó una selección de poemas de Reyes: "Tonada de la sierva enemiga", "Sobremesa", "La amenaza

de la flor" y "El llanto", poema inédito. Antonio Gardó, secretario general del Ateneo, leyó un estudio firmado por Eduardo Carranza sobre "La poesía natural y refinada de Alfonso Reyes". Por último, Marcel Bataillon describió el encuentro que había tenido con don Alfonso en el Madrid de antes de 1920. La mayor parte de los embajadores de las repúblicas de América Latina asistieron a esta ceremonia. Se guardó un minuto de silencio en memoria del difunto.[104]

En los meses que siguieron a la muerte de Reyes, se publicaron varios artículos necrológicos en la prensa francesa, en particular el de Mathilde Pomès en la *Revue des Deux Mondes*, en mayo de 1960. *Cuadernos*, la revista trimestral que Germán Arciniegas publicaba en Francia y de cuya excelencia ya hemos hablado, reprodujo un conjunto importante de comentarios sobre su obra en los números de 1960 y de 1961. Entras las páginas dignas de interés, distinguimos las que le consagró su compatriota Octavio Paz con el título "El jinete del aire".[105] La presencia de este escritor en París le daba la oportunidad de que se publicara en Francia su artículo, considerado con frecuencia, y no cabe duda que con justicia, una de las piezas maestras de toda la bibliografía sobre Reyes.[106] Tal vez fuera mejor publicar en Francia que en México, donde el culto a los muertos es grande, estas líneas inteligentes e intuitivas, a veces apasionadas, duras, ciertamente valerosas, otras veces con una libertad de tono rayana en el reproche, para nosotros en la injusticia, es decir, en la inexactitud. Al concierto de alabanzas que había rodeado a Reyes y a su obra en Francia después de su muerte, estas líneas aportan innegablemente una nota restrictiva. Octavio Paz describía en primer lugar a ese hombre "enfermo, encerrado en su biblioteca, sin prácticamente ninguna esperanza de ser escuchado, asomándose a un texto olvidado". ¿Cómo decir mejor que, a los ojos de muchos, el escritor célebre por doquier había entrado, desde antes de su muerte, en una zona de incomprensión, tal vez de olvido o de silencio?[107] Siguen elogios muy juiciosos, muy merecidos. En nuestra época, en la que impera la frase hecha, incluso en las mejores plumas, Reyes había amado "el lenguaje, sus problemas, sus misterios. Era más que un ejemplo, un milagro". ¿Era entonces un aislado en nuestro mundo? A lo largo de su respuesta, Octavio Paz se hace eco de los reproches

[104] Véase *Cuadernos*, enero de 1961.

[105] *Cuadernos*, marzo de 1960, pp. 4-8.

[106] Concha Meléndez llegó a escribir: " 'El jinete del aire'...: la interpretación de la obra y la persona de Reyes que más caminos de luz abrió para mí al escribir este libro". *Moradas de poesía en Alfonso Reyes*, p. 122.

[107] En uno de sus últimos diálogos con Robert Escarpit, Reyes había dejado traslucir una cierta amargura: ". . . antes de que un escritor muera, no hay nadie que lo comprenda./ —Traicionar a los escritores es hacerlos vivir./ —Usted me tranquiliza amigo mío. Espero que tenga el alma de un traidor". Robert Escarpit, "Un grand humaniste disparu: Alfonso Reyes", *Le Monde*, 7 de enero de 1960.

que algunos compatriotas le hacían a Reyes, refutándolos, a veces con blandura, otras con mayor convicción, otras agregando su propia crítica. ¿Era "falta de humanidad, insensibilidad social" este afán por los autores griegos o latinos? A Reyes le gustaba la forma, amaba la vida, en tanto que "nosotros, los modernos, adoramos la abstracción exangüe...: ni vida ni muerte". Pero ¿no había Reyes presentido, autentificado por anticipado las audacias más abstractas de los poetas modernos en lengua española a través de las jitanjáforas? ¿No podía ser admitido y gustado por los más jóvenes un poema como *Ifigenia cruel*? ¿Es legítimo ver con Octavio Paz en el amor de Reyes por la cultura helénica el reverso de "su indiferencia frente al cristianismo"? Parece que esto significara ignorar que entre sus lecturas cotidianas habían figurado durante mucho tiempo San Agustín y los místicos españoles; Reyes sentía una viva hostilidad por el clericalismo y las órdenes religiosas que se habían enriquecido y muy pronto se habían convertido en México en "los peores feudales", y albergaba sentimientos muy afectuosos por los primeros misioneros que llegaron a América, una gran admiración por el perfil de la historia cristiana, "escuela de vencedores y de grandeza". Así pues, repulsión o estima, nunca indiferencia. Lo mismo que su amigo Larbaud y para nada en oposición con él, Reyes veía en el crecimiento de la Iglesia romana la continuación de la historia de la Roma antigua. Había encontrado en la poesía griega "la forma más perfecta del arte", pero también la expresión de su filosofía más profunda. "Sediento de claridad, de mesura, de proporción y de armonía", sabía que, no obstante, estamos rodeados de sombra, de caos y de silencio. "No negaba la pasión ni el instinto, mitad oscura del hombre, lo que él llamaba el Misterio." Además, en la tragedia griega, la pasión se volvía creadora. La obra maestra griega, al dar a la pasión una forma de expresarse, es una "conciliación" en la que la dualidad íntima de nuestra alma, la discordia, se transforma en "armonía". El análisis de *Ifigenia* que propone a continuación Octavio Paz es fulgurante. La crítica enumera los múltiples significados del dilema en que se debate la heroína. La obra de Reyes, escrita en 1923, se anticipa sin duda a muchas preocupaciones contemporáneas. Al reconocer a Orestes, Ifigenia se reconoce a sí misma: "Para que podamos ser nosotros mismos, parece insinuar Reyes, nos es necesario reconocer la existencia de los otros...El mejor Reyes, el más libre... está ya íntegro en esta obra... Erudición, cierto, pero también malicia, imaginación y dolorosa lucidez... El soneto monólogo de Orestes es un doble homenaje a Góngora y al teatro español del siglo XVI; la sombra de Segismundo cae a veces sobre el rostro de Ifigenia; a veces también ella enuncia enigmas como la Herodías de Mallarmé, o se interroga como la Joven Parca; Eurípides y Goethe, el libre arbitrio católico, los ritmos del modernismo y hasta los temas mexicanos, sin olvidar la disputa familiar, todo se funde con una naturalidad admirable". ¿Por qué después de tan penetrantes

palabras volver a los reproches que algunos mexicanos hacían a don Alfonso: "bizantinismo, moderación culpable"? Octavio Paz defiende en parte la "búsqueda de equilibrio" en Reyes, su "aspiración de alcanzar el medio" justo. Espíritu universal, muy erudito, curioso por todo. Pero "el exceso de saber nos vuelve a veces tímidos". "Reyes no fue paralizado por su erudición porque él utilizaba para defenderse un arma invencible, el humor." Pero "algunas veces lo engañaron". Su tendencia a huir de los extremos, según Octavio Paz, le impuso algunos límites. ¿Acaso es conocer bien a Reyes considerarlo como "reservado", por ejemplo, ante el Occidente, a él, para quien la seducción de Asia formaba parte del patrimonio familiar, que lamentaba que México no hubiera podido tener el destino hacia el Oeste que deseaba Cortés, que fue un ferviente admirador de la poesía hindú y, con Vasconcelos, con Supervielle, estaba tan conmovido por el esoterismo de las religiones asiáticas? Reyes respondió personal y magníficamente al reproche de "frialdad" ante el mundo precolombino. ¿Novalis? ¡Pero si los románticos alemanes se contaban entre sus libros indispensables, aquellos que necesitaría llevar para vivir en una isla desierta! ¿Se puede reprochar haber recorrido "sin pasión amorosa" el mundo de la poesía moderna a quien precisamente alentó y amó a los artistas que dieron nacimiento al arte nuevo: los cubistas, Stravinski, Los Seis, y en poesía Stéphane Mallarmé, Valery Larbaud; a aquel cuya obra guarda tantas relaciones con la de Saint-John Perse? "...Tibio en la vida pública... su carácter no estuvo a la altura de su talento ni de las circunstancias." Pero Reyes detestaba la política, sus impurezas, sus componendas; se negaba a tener un papel político. ¿No tenía derecho a ello? El único puesto en el que entendía que podía ser útil a México era la diplomacia, y no le escatimó ni tiempo ni afán. Concebía su misión como una técnica superior en interés de su país. ¿Es su culpa si muchos llegaban a las mismas funciones mediante el juego de las opciones políticas? "Este hombre tolerante y afable... no se confesó." Pero esto significa desconocer uno de los aspectos fundamentales de su psicología, y de la psicología mexicana, su reserva, su pudor proverbial. O anticiparse a la publicación —legítimamente retardada— de sus inéditos. "Cierto, calló a veces", y la lengua española permite un juego de palabras agridulce con el nombre de Calles. Por lo menos, se negó a prestarse a "adhesiones" escandalosas. "No se afilió a ningún partido; tampoco se convirtió." Cierto. Pero, ¿se puede hacer de esta incertidumbre una "debilidad"? ¿No llegó don Alfonso a una interpretación filosófica de la muerte? ¿Y qué hombre se atrevería a reprochárselo a otro mortal? De esta agua no beberé. Al menos, en los últimos tiempos, él sabía ver en ella una "caricia". Todas las páginas agridulces de Octavio Paz culminan en una excelente definición del carácter de Reyes, mediante la elección exacta de la palabra que mejor lo definía: ni *inteligencia*, ni *sexo*, ni *vientre*, sino *corazón*, para aquellos que no olvidan el parentesco de este término con el de *concordia*.

La Federación de Alianzas Francesas de México quiso ofrecer a su presidente un homenaje más duradero que las palabras de los discursos o que los artículos desparramados al arbitrio de las revistas. La Federación solicitó la colaboración de escritores y universitarios franceses que habían conocido a Alfonso Reyes y reunió sus respuestas en una *plaquette* de lujo. Jules Romains, director de la Academia Francesa, recordaba los lejanos inicios de su amistad y los años que pasaron juntos en México. Reyes era "un humanista de la alta época..., un Erasmo... Gozaba de la perfecta libertad de espíritu, de una erudición inagotable, de armonía interior. Tenía además el don de la creación poética."[108] En su enérgico estilo, Marc Blancpain, secretario general de la Alianza Francesa, contaba su última visita a la Capilla. A partir del momento en que la conversación se volvía severa y corría el riesgo de volverse pedante, don Alfonso empezaba a sonreír y recobraba de inmediato "su gracia y amabilidad". Henri Dumazeau, secretario general de la Federación de las Alianzas Francesas de México, expresó lo orgullosas que estaban Francia y la Alianza de haber tenido su benévolo patrocinio: el mayor humanista americano veía siempre en la cultura francesa "la expresión de un humanismo universal".[109] Jean Sarrailh evocó los trabajos eruditos de Reyes en los viejos tiempos madrileños; pero también la atención que dedicaba al hombre, a los hombres, a sus cualidades y a sus defectos, discípulo de Montaigne. "Le gustaba la compañía de gentes de ingenio y el refinamiento de la cultura y de los modales..., frecuentaba las reuniones sociales, en las que admiramos la desenvoltura y la elegancia de su conversación tanto como sus trajes, de un corte impecable." M. Bataillon, administrador del Collège de France, dio permiso para que se reprodujera el artículo que había entregado en 1960 al *Bulletin Hispanique*. Jean Camp había recibido también dos volúmenes afectuosamente dedicados por Alfonso Reyes unos días después de su muerte; "me dio la sensación... que había querido prolongar para mí el encantamiento de ese comercio espiritual que él había emprendido... con los escritores de todos los continentes".[110] A Alfonso Reyes siempre le había gustado enviar mensajes... Manejaba a la perfección muchas lenguas. Había sido un hombre "de andar y ver", según la expresión de Baroja, y ¡había leído tantos libros! "Situado en el gozne de una revolución lingüística... y de un clasicismo en ciernes, supo marcar con toda elegancia el pasaje de una a otro..., cazador de palabras... filólogo", así como poeta. "Pintar con palabras una explícita *Visión de Anáhuac* y en los lúcidos *Capítulos de literatura española* mostrar cómo nace tal o cual obra maestra no es una

[108] Jules Romains, "Hommage de l'Académie Française", en *Hommage de la Fédération des Aliances Françaises du Mexique*, p. 8.

[109] Henri Dumazeau, *ibid.*, p. 11.

[110] Jean Camp, *ibid.*, pp. 22-24.

empresa fácil. Alfonso Reyes fue una de esas pocas personas que pueden correr este riesgo. Su ejemplo de gran señor de las letras" mostraba cómo se debía actuar "con los ojos abiertos y corazón de hombre. . ., la gracia y la perfección" le habían sido concedidas con creces. El profesor Etiemble había enviado para este homenaje el texto de la alocución que pronunció en la ceremonia organizada por la Casa de América Latina.[111] Jean Cassou había conservado el entusiasmo de sus veinte años para hablar de "este hombre perfecto, sí, nacido perfecto". El volumen se cerraba con el elogio pronunciado en la Sorbona por el decano Aymard sobre "Alfonso Reyes, doctor *honoris causa* de la Sorbona".[112]



Alfonso Reyes. Dibujo de Carlos Fuentes.

[111] Etiemble, *ibid.*, p. 27.
[112] *Ibid.*, p. 35.

# CONCLUSIÓN GENERAL

Las relaciones que mantuvo Reyes con Francia fueron de entrada relaciones selectas, pues se confundían con los momentos más felices de su infancia: las lecturas de los clásicos franceses junto con su padre, conversaciones a la gran mesa familiar con antiguos oficiales franceses del ejército imperial que residían en México, las marchas militares francesas que ensayaban los reservistas, lecciones y fiestas francesas en el Liceo de México en la época en que don Bernardo estaba en la cúspide de su gloria. Hacia 1910, cuando el positivismo mexicano se estaba agotando, lo cual hubiera podido acarrear la ruina de la influencia francesa en México, la propia Francia proporcionó la doctrina que lo iba a remplazar: el bergsonismo, en el polo opuesto de las teorías de Augusto Comte, garantizaba su relevo. En 1913, cuando el siglo XIX prolongaba en París sus decadentes encantos, Reyes logró distinguir, si bien confusamente, los grandes cambios que se anunciaban en el orden del pensamiento, en la crítica, las artes y las letras. Francia una vez más se colocaba al frente, aun cuando para hacerlo así utilizara la mediación de numerosos extranjeros que habían optado por instalarse en ese país. El exiliado mexicano se estremeció más tarde por Francia y en España militó por su causa. El liberalismo tradicional de su familia lo llevaba hasta ese punto. Más tarde aprendió a ser "adulto", a sopesarlo todo en la balanza de su elegante reflexión. Dio otro giro a sus opiniones, midió los pros y los contras de sus ideas. Era la época de la victoria francesa y don Alfonso no pudo librarse de esa euforia. Pero el capricho por Francia adquiría en él un tono nuevo, coincidía con ideas políticas conquistadas personalmente y ya no heredadas. En la posguerra, don Alfonso estableció vínculos con franceses de gran talla: Jules Romains, Valery Larbaud, Saint-John Perse, Jules Supervielle, Paul Valéry. Volvió a ver París. Tuvo la insigne oportunidad de vivir la ciudad en el mejor puesto y en el mejor momento. El mejor París, "círculo encantado" en el que reinaban la amistad, la estima, el culto a la belleza. La rue Cortambert añadió sus cenas y sus tés a las horas escogidas que se deslizaban en "las *boutiques* divinas" de la rue de l'Odéon, en el salón de Jean Cassou, o en torno a la mesa familiar de Supervielle. París era entonces sumamente amplio, más hospitalario de lo que lo fuera nunca; París, donde los extranjeros abundaban, donde los medios políticos, literarios y artísticos se codeaban a veces hasta con-

fundirse unos con otros, donde en un mismo día se podía recorrer los bulevares en compañía de Unamuno, bailar con Kiki, escuchar los ensayos de Stravinski y fumar un cigarrillo con Aristide Briand o Philippe Berthelot mientras se hablaba sobre el futuro del mundo: ebriedad de estar participando en la evolución de las artes o en la marcha de la historia. A esta filosofía de la dicha, que con grandes esfuerzos edificaba valerosamente don Alfonso, cuyo fondo era triste y había conocido dos dramas y frecuentado la ascesis trágica del español, Francia aportaba su sonrisa y su asentimiento. Este país le decía que era bueno y sano que la vida fuera por fin agradable. La vida en Francia se parecía al sueño más hermoso que los hombres hubieran forjado. Piedad para los hombres. Reyes vislumbró los placeres de París, pero su México, perturbado de nuevo, reclamaba todo su tiempo. El callismo, en sus inicios, era la única vía de salvación y había que concederle confianza.

Después, París se alejó de la vida de don Alfonso. Durante un cierto tiempo, Francia ya no fue para él sino la patria de Mallarmé, su poeta preferido, a quien consagró un "culto", sus ocios, sus magias de traductor. Rousseau, Proust, Montaigne se encontraban también entre sus lecturas favoritas. Nuevas amenazas de guerra llegaron a entristecer los atractivos perfumes del Brasil tropical. Al aumentar los peligros, unos cuantos hombres sabios se reunieron para tratar de detener esta otra locura. Los franceses que había entre ellos, grandes amigos de don Alfonso, escritores ilustres, buscaban para la cultura un refugio eventual en los países americanos. Preguntaron qué era América y se negaron a comprenderlo. Gran ocasión perdida. Tanto en las reuniones de Buenos Aires como en el Congreso de La Habana, la verdadera autoridad y una amplitud de miras digna de las circunstancias estuvieron representadas en el delegado de México. El encarnizamiento de la guerra española afectó, y no era para menos, a don Alfonso más aún que a los propios españoles. Él sentía que cargaba una deuda sagrada con sus hermanos de Madrid, una deuda de hospitalidad, y regresó a su país para saludarla. El poeta, ex diplomático, se convirtió en fundador, arrostrando las dificultades materiales y, peor todavía, la incomprensión y la animosidad envidiosa. También los franceses encontraron en México después de la guerra ayuda, consejos y simpatías junto a don Alfonso. El aro del pequeño Louis Batilde vacilaba sobre qué dirección tomar: Reyes invitó a Jules Romains a que buscara en la ensenada mexicana la paz necesaria para finalizar su gran obra. Francia estaba ocupada. Reyes sufrió con nosotros por el pensamiento, incorporado de inmediato a los gestos "de los que no se confesaban vencidos". Se habían roto las relaciones con la Francia metropolitana. Ya no se recibían periódicos franceses y los libros eran pocos. Razón de más para ayudar a los refugiados franceses a que remplazaran con su talento a las compañías de teatro que ya no llegaban de París, a los profesores franceses que habían permanecido en América a fundar revistas o

editoriales que publicaran a los clásicos de Francia; excelente motivo para crear un Instituto Francés, en recuerdo quizás de aquel que tanto había amado en Madrid. ¿Qué pasaría después de la guerra? Esta fundación permanecería como un refuerzo de la amistad franco-mexicana. La liberación de París fue para Reyes un gran momento de exaltación.

Volver a París en 1946 le produjo una alegría algo melancólica y fugaz. Por la edad, la altura, el trabajo, las preocupaciones y las penas, tenía el corazón herido. Temprano todavía, antes incluso de los sesenta años, le fueron prohibidos los viajes y se dio cuenta de que ya no volvería a ver el cielo nacarado francés. Entonces, poco a poco se fue reconstruyendo el mito. París volvió a ser la bienamada distante en la que sólo se pensaba con las sienes palpitantes. Libros, revistas, cartas, visitantes, películas le hablaban de Francia. Ella daba de nuevo a las cosas ese encanto indefinible, ese "bautismo" que era su secreto. Don Alfonso la seguía de lejos como un amigo inquieto. Espiaba y calibraba sus fuerzas nuevas, satisfecho por la vitalidad de su pensamiento y de sus artistas, consciente de la disminución evidente de su importancia política e histórica.

¿Dónde estaba pues la influencia francesa en México después de tantos acontecimientos inciertos o gloriosos? La antigua rivalidad "de Antiguo Régimen" entre Francia y España era ya una querella extinta que había dejado de tener sentido. Reyes y sus amigos —Vasconcelos— habían hecho mucho para restaurar la reputación de España. No lo habían logrado sino en parte, España no los había ayudado. Había flaqueado en su misión, desde entonces fraternal, ante las repúblicas americanas. Había preferido pisarle los talones a Europa, que la despreciaba. Y la fuerza formidable del dinamismo americano, la difusión de la filosofía alemana y de otras ideologías eran para la influencia francesa competidores muy temibles. Para mantener la presencia de la cultura latina en la civilización mexicana, Reyes había encontrado como aliados, justa y doblemente interesados en esta causa, a los hispanistas franceses.

Alfonso Reyes, por el tiempo que pasó en Francia y del que sacó ávidamente provecho y el que pasó en España, tan cerca de Francia, por sus lecturas y contactos personales después, había ido precisando y matizando a lo largo de su vida su opinión sobre Francia. Había tendido a observar las diferentes clases sociales y perdido toda ilusión sobre la aristocracia francesa y sus pretendidas cualidades innatas e irremplazables. Examinados de cerca, los medios políticos no tenían tampoco mucho mayor valor y, pese a brillantes excepciones, abundaban en ellos personajes corruptos y carentes de interés, parásitos venales y organizaciones mezquinas. La línea general de la III República en 1925-1926 respondía no obstante a las aspiraciones políticas de Reyes, pero de las grandes figuras que dominaron todavía en el país hasta la Segunda Guerra, Reyes hubiera deseado mayor franqueza, más idealismo, un estilo más directo. De los dirigentes franceses, en opinión de Reyes, sólo Aristide Briand estaba

más allá de todo elogio. En cuanto a la continuación de la historia francesa, sus opiniones deben de llenar bastantes páginas agudas de su *Diario* que todavía no han sido divulgadas y que tanta falta nos han hecho para nuestro estudio. Si bien murió en 1959, Reyes nos deja la impresión de haberse callado mucho antes e ignoramos mucho de lo que escribió sobre los acontecimientos franceses e internacionales posteriores a su regreso a México.

Los franceses fueron tema favorito de sus meditaciones. Los juzgó con una mirada lúcida. Y no salen ciertamente ilesos de sus reflexiones. Les revela a veces sus defectos. Suciedad, descuido en el vestir, tacañería, mezquindad, ligereza, suficiencia, chovinismo, son defectos que no le agradan. Don Alfonso era muy exigente con los seres que le eran queridos. En cambio, algunas de las imperfecciones de los franceses le resultaban simpáticas: el patriotismo fanfarrón, la valentía un poco atolondrada, la vanagloria, el donjuanismo fácil, la glotonería, la mundanería, la coquetería sin límites. Pero puso al descubierto la verdadera falla, lo que hace muchas veces al francés antipático a los otros pueblos, y sobre todo al americano: la sequedad de corazón, la falta de simpatía, de calidez, de compasión, el egoísmo que se traduce a veces en una hospitalidad restringida, una comprensión reducida, una caridad indolente, un amor tibio; es cierto que esta frialdad "cruel" de los sentimientos de los franceses se compensa, según don Alfonso, con una cualidad cerebral que no tienen las demás naciones. El francés es "el profesor de dibujo" de todos los países del mundo: hasta el hombre del pueblo tiene en Francia una "cerebración" justa, un poder de generalización excepcional. Cuando don Alfonso encuentra esta perla rara, un francés con corazón, hace de él su amigo: Valery Larbaud, Jean Cassou, Mathilde Pomès y otros forman parte de estas preciosas excepciones. La dulzura de los trópicos, la proximidad de América hicieron de Alexis Leger un francés más sensible, más fiel a las cualidades de su raza. Reyes coincide hasta tal punto con él que la comparación de sus obras poéticas no es sino una larga cadena de influencias recíprocas, un vaivén de recuerdos. Don Alfonso es mejor comprendido por estos amigos franceses que por los propios mexicanos. Además lo juzgan muchos que lo han leído mal o no lo han leído. Que perdonen nuestros amigos mexicanos esta franqueza, que no es más severa que la que ejercemos para apreciarnos a nosotros mismos.

Es cierto que la psicología de un pueblo, como la de un individuo, admite sus variaciones. Va evolucionando, sobre todo en nuestro siglo de la velocidad. Reyes celebró la aparición de un nuevo tipo de francés que corregía en él varios de sus defectos tradicionales: Valery Larbaud, Paul Morand y otros que representaron a Francia en América, estaban por fin... bien vestidos; les interesaba la geografía y la existencia de países extranjeros, les gustaba viajar, eran menos mundanos y más dichosos y parsimoniosos con su tiempo. Habían aprendido lenguas extranjeras y escri-

bían perfectamente la suya. Pues el gran tesoro de Francia, tanto y quizá tal vez mayor que París, es para Reyes la lengua francesa, ese maravilloso instrumento al que nunca se le encuentra falta o insuficiencia, que él admiraba absolutamente y en el que se habían escrito "los textos más bellos". Reyes, conocedor refinado del inglés, del castellano, del griego, del latín, al dar una opinión así sobre la lengua francesa le hace un gran honor. Reyes la apreciaba en todos sus géneros, en todos sus estilos, gran francés clásico o jerga de los arrabales, el francés familiar de la calle o el francés muy simple de las canciones infantiles. Los franceses tenían muchas excusas para sólo querer hablar su lengua; su chovinismo en este terreno no era simpático, pero sí explicable.

¿Varió en el transcurso de esos años la imagen de México en Francia gracias a la actividad de Reyes y a su presencia? A su llegada a la capital francesa, y pese a la existencia altanera que llevaban algunas familias ricas, el mexicano estaba notablemente ausente de la colonia hispanoamericana de París. No figuraba ningún gran escritor mexicano y la fama de algunos artistas no había trascendido un círculo restringido. Hasta los "americanistas profesionales" sabían muy poco de México. Ernest Martinenche y Charles Lesca eran casi los únicos en París que tenían un contacto directo, si bien rápido y superficial, con el México del siglo XX. Valery Larbaud, al entregar su amistad a un secretario de la legación de México, interesándose por este país, en sus ciudades de provincia, en las grandes figuras de la historia y de la política mexicanas del momento, era un caso único. La ayuda que prestó a Alfonso Reyes para introducirlo en los medios literarios franceses fue providencial. Hasta entonces, en la sociedad parisiense, México se conocía simplemente como un país que permitía inversiones favorables. Hay que decir que los pequeñoburgueses reservaban sus entusiasmos únicamente para los rendimientos de sus acciones en la bolsa, y que "los países de inversiones" adquirían en cuanto tales en la psicología francesa un lugar que no es difícil imaginar. El nombre de México salía invariablemente en las conversaciones familiares a la hora del postre de todas las comidas dominicales. Fernand Baldensperger comunicó a Reyes un testimonio interesante sobre la idea de México que subsistía en los países del este: México, objeto de resentimiento, ya que había sido por ese país distante por lo que Francia se había sacrificado y sus provincias habían conocido la desgracia y el yugo alemán. La aventura de Maximiliano, calificada de "gran idea del reino", había destruido al ejército francés y conducido directamente a Francia a Sedán.[1] Los soldados que habían partido a luchar a México en general no habían regresado con grandes recuerdos. El Altiplano carecía de aquel exotismo tro-

[1] Fernand Baldensperger, "Alfonso Reyes, interprète du Mexique et de Mallarmé", en *Libro de Alfonso Reyes*, p. 69.

pical que ellos habían imaginado que iban a descubrir y los pocos relatos individuales o los diarios publicados ponen de manifiesto una indiferencia total o, mejor aún, son de una ceguera total respecto a la originalidad del país. La presencia de Alfonso Reyes en París cambió de arriba abajo la imagen de México en la colonia hispanoamericana de la capital y muy pronto en los mejores círculos literarios franceses. A través de don Alfonso, gran poeta y diplomático sagaz, sus amigos franceses trataron de conocer su patria. Por su inteligencia, su distinción, su cultura, la cordialidad que desprendía su persona, Reyes hizo que naciera una idea completamente diferente del "mexicano". Se rodeó de compatriotas interesantes y, al partir, dejó en París un pequeño núcleo de amigos dignos de representar valiosamente a México ante los intelectuales franceses y de satisfacer su curiosidad. A nivel oficial, rehizo los tratados franco-mexicanos, fomentó intercambios comerciales e industriales y alentó la llegada de estudiantes mexicanos a París, previendo la instalación de una Casa de México en la Ciudad Universitaria. En los años que siguieron, permaneció atento al desarrollo de un conocimiento mutuo de su país y de Francia mediante el envío de libros, la creación de varias revistas, y en especial mediante la publicación de su original *Monterrey*; más tarde, estuvo al corriente con el mayor interés de la inauguración en París de la Casa de América Latina, del Instituto de Estudios Superiores de América Latina, del Ateneo. En México, estimuló con toda su influencia la fundación, el funcionamiento y el mantenimiento del IFAL, y el considerable desarrollo de la Alianza Francesa y del Liceo Francés de México. Alfonso Reyes creía en la amistad franco-mexicana. Es obvio que pensaba que era deseable, pero sobre todo que era posible, por la existencia de cualidades parecidas, intereses o situaciones similares. Los franceses y los mexicanos tienen en común un cierto sentido de la moderación, de la reserva, de la mesura. No hay que ser adepto total de Taine para admitir que a veces el paisaje templado de México recuerda al campo francés —bosques de coníferas, pastizales, pastos de altura— a partir del momento en que la meseta alcanza una altura superior a los mil seiscientos metros. Parece aceptable que panoramas relativamente parecidos hayan podido orientar en el mismo sentido la psicología de sus habitantes. Además, Francia y México cumplen la misma función de países intermediarios entre el Norte y el Sur, entre las culturas anglosajonas y las latinas. Ambos son la defensa de las fuerzas latinas contra los elementos diferentes de raza, de lengua y de religión que vienen del Norte. Don Alfonso pensaba también que los franceses y sus compatriotas mexicanos se parecían en el mismo gusto benéfico por lo nuevo, su capacidad de captar la innovación y de interesarse en ella, de admitirla, flexibilidad que poseían en grado menor los demás hispanoamericanos y que era totalmente ajena a los españoles de la época.

Se plantea la cuestión de saber si Francia correspondió bien a don

Alfonso todo su afecto. La respuesta tiene matices distintos según pensemos en la universidad o en un público más vasto. En la universidad francesa y en lo que concierne a la investigación, la atención que se ha prestado a la obra de Reyes podría ser ciertamente mayor, pero es ya relativamente importante. Artículos en revistas, volúmenes en colecciones eruditas, varias tesis del tercer ciclo o de doctorado de Estado en proceso de elaboración o ya terminadas son prueba del respeto y de la fidelidad de los que han conocido a don Alfonso y orientan hacia él a sus alumnos. Los "reyistas" franceses han anudado lazos y amistades con los del mundo entero. Están presentes en las obras colectivas que México publica en memoria de don Alfonso y presentan ponencias sobre él en los congresos internacionales. Pero en los programas franceses de enseñanza, y por tanto en lo que aprenden los estudiantes, Alfonso Reyes sufre la misma desventaja que todos los autores americanos que han escrito en un español muy puro. Nacidos fuera de España, no se les toma en cuenta entre los autores de literatura española. Y en su estilo no se encuentran los suficientes americanismos para que figuren normalmente entre los autores latinoamericanos que se estudian. El francés, incorregible, sigue buscando a todo precio el exotismo en México. Por esta razón, obras como *Ifigenia cruel* o *Visión de Anáhuac* son desconocidas incluso para los estudiantes franceses más avanzados.

La difusión de la obra de Reyes al gran público es otro gran problema. Es verdad que la bibliografía francesa de Reyes es importante y se han publicado muchos de sus poemas traducidos al francés. Pero estos textos figuran en revistas poco leídas y a veces completamente inaccesibles. Sería conveniente reunirlos y traducir además sus grandes libros, *El deslinde*, o sus colecciones de recuerdos de familia, de un encanto totalmente inusitado y muy particular, y cuya sinceridad y precisión podrían atraer ya fuera a un público de artistas, ya fuera a historiadores o sociólogos. Algunos han pensado en ello. Pero saber que traductores con el oficio de madame Carner o Marcelle Auclair han renunciado a hacerlo paraliza los nuevos intentos. Desde sus primeras obras, se percibe que la prosa de Reyes es increíblemente difícil de traducir. No es que abunden las palabras sesudas o los mexicanismos, ni tampoco necesariamente las alusiones eruditas o históricas, que obligan a un traductor concienzudo a múltiples investigaciones; éstas son dificultades menores. En general, incluso la sintaxis de las frases de Reyes es pura y clásica. Pero la dificultad es plenamente de orden semántico. La imaginación de Reyes es fecunda; en todos los géneros, él escribe como poeta. Las metáforas abundan y para expresar comparaciones e imágenes, el escritor fuerza el sentido de las palabras hasta un límite sutil; raras veces las emplea en su sentido corriente, al que sería fácil restituirlas. El traductor se siente constantemente amenazado por la ruptura, en este frágil acuerdo que instaura con gran esfuerzo entre su frase y el pensamiento del escritor. Don Alfonso,

para los franceses, es sobre todo el autor de *El plano oblicuo*, que sigue siendo, como decía Gonzalo Zaldumbide, "el mejor titulado" de sus libros. ¿Y qué decir de libros como *Árbol de pólvora* o *Ancorajes*, cuyos breves ensayos, de un estilo misterioso, barroco y moderno a la vez, agregan a las dificultades de sentido mencionadas el hermetismo deliberado de algunas expresiones? André Pieyre de Mandiargues, cuando aconseja en su artículo de la *NRF* que sean traducidos, lo dice probablemente en tono de burla.

Reyes pertenecía a una generación de transición, a una época de trastornos y él estaba muy consciente de ello: "...Existe un placer algo doloroso y hasta romántico en el estudio de la evolución del pensamiento de aquellos que escuchan ya los gritos del porvenir, pero que por educación simpatizan con los del ayer". Un crítico francés llamó con gran acierto a don Alfonso "un poeta a la vuelta de los caminos". Alfonso Reyes quedó profunda y fundamentalmente marcado por el mundo de su infancia. Ni su corazón ni su inteligencia olvidaron nada. Sin que le haya dedicado nunca grandes páginas, y sin que olvidara sus límites y sus debilidades, don Alfonso se remitió con frecuencia a Augusto Comte, y lo cita a menudo hasta en sus últimos libros. Los principios de orden, la importancia que el positivismo otorgaba a las ciencias, explican muchas de las simpatías ulteriores de Reyes, su actitud moral, algunas de sus lecturas o de sus amistades. A don Alfonso le gustaba decir que en la vida de un hombre, como en la de un pueblo, el pasado no se borra nunca. En los hombres como en las pirámides aztecas, el tiempo superpone incesantemente nuevas capas sin quitar nada. Reyes evolucionó mucho y rápidamente, impulsado por las prodigiosas conmociones de las que nació el mundo actual. Él estaba hecho para la calma de los libros, para la armonía y la serenidad, aunque fuera en los dramas y en las tormentas donde le tocara vivir. Pero sus ideas fundamentales viajaron con él. Su amor por Francia se fue matizando. Francia también cambiaba. La Francia de la *belle époque*, a través de las guerras y de los años locos, se convertía en la Francia de Camus, pero Reyes nunca dejó de amarla. Amaba "entrañablemente" ese país, "la siempre amable y amada Francia".

# APÉNDICES

# APÉNDICE I

*Madrid, 3 de mayo, 1916*
E.V.

M. Henri Bergson

Muy honorable señor:

Hacia el año 1910 usted recibió de México un volumen de "conferencias del Ateneo de la Juventud" cuyo tema era la vida y las obras de algunos poetas y escritores de América. Por entonces, nosotros formábamos una pequeña pléyade que todavía no había hecho sino comenzar a trabajar. Los disturbios que vinieron después interrumpieron nuestra labor. En este volumen de conferencias, usted pudo ver que su nombre se citaba con frecuencia, en las páginas de Antonio Caso sobre *Eugenio M. de Hostos* —el educador nacional de Santo Domingo—, en las de Pedro Henríquez Ureña sobre *José Enrique Rodó* —el diestro escritor uruguayo—, y sobre todo, en las de José Vasconcelos sobre *Gabino Barreda*, el filósofo mexicano, discípulo de Comte, que reformó la instrucción pública al introducir los principios liberales que el presidente Benito Juárez acababa de hacer triunfar en la política. Nosotros ya habíamos iniciado —y Vasconcelos lo insinúa en su conferencia— una campaña contra el "positivismo oficial" de nuestros antiguos maestros y en nombre de las nuevas ideas filosóficas. Siendo el mayor de nosotros todavía demasiado joven, nuestro movimiento tenía más bien el cariz de una desobediencia. Pero es bastante claro que no hemos conquistado todavía el verdadero secreto de la cultura —la continuidad— y que nuestros regímenes intelectuales se suceden por contradicciones, del mismo modo que nuestros regímenes políticos se suceden por revoluciones. No obstante, nuestros maestros ya no sentían inquietud por lo que acaecía en el mundo de las ideas: habían dejado de leer y únicamente se dieron cuenta de nuestra "desobediencia" cuando ya habíamos incorporado a nosotros a toda la juventud universitaria. El nombre de usted era entonces una consigna. Tiempo después, estuvimos a cargo de las cátedras de nuestra Escuela de Altos Estudios. Todo iba bien, pero sobrevino la Revolución.

No obstante, la obra continúa entre las dificultades. Hacia finales del año 1913 (por entonces, yo estaba en París en funciones diplomáticas), mis amigos organizaron un nuevo ciclo de conferencias —esto en plena revolución y, lo que es más fascinante todavía, en una librería: la Librería General de Enrique del Moral. Antonio Caso expuso la "filosofía de la intuición". Adjunto a mi carta un ejemplar de la revista de estudiantes *Nosotros* (el título es muy elocuente), en la que usted encontrará la conferencia de A. Caso y fotografías de la Librería Ge-

neral y del grupo, en el que figura el conferenciante, entonces director de la Escuela de Altos Estudios. La librería ya no existe y no estoy del todo seguro en cuanto a la suerte que ha corrido la Escuela.

Permítame ofrecerle, a título de mexicano y de colaborador de esta pequeña reforma intelectual, este recuerdo de su influencia en estos países tan lejanos y tan desafortunados. Me ha parecido que era un documento humano, si bien modesto, bastante confortante en cuanto a las posibilidades del espíritu ante las fuerzas oscuras del desorden.

Permítame expresarle, honorable señor, mi más profunda admiración y mis más distinguidos respetos.

ALFONSO REYES

Ex secretario de la Escuela de Altos
Estudios de México
Ex profesor fundador de la cátedra
de historia de la lengua y literatura
españolas en la misma Escuela

# APÉNDICE II

*Río de Janeiro, 15 de julio, 1931*

Señor Charles Maurras, París

Admirado maestro:

Hace ya tiempo que estudio su obra con el mayor interés. En el momento en que estamos, los maestros del orden —y usted es uno de ellos— merecen el reconocimiento de la humanidad.

Dada la diferencia de medios, formaciones históricas, etc., me sorprendo con frecuencia traduciendo y transportando sus ideas a fin de ponerlas a prueba aproximativamente en la trama de América Latina. Aquí, grande es el desorden y grande la esperanza. Todos los elementos se mezclan en un estado de efervescencia perpetua. Se dice que el incendio de Corinto produjo un metal nuevo, resultado de todos los metales en fusión. ¡Cuánto necesitamos nosotros un organizador de la esperanza! Aquí los profetas hacen furor. A veces se nos habla de la nueva civilización que se producirá en América y se nos quiere inspirar desdén por Europa, lo cual es infantil. Y aun así tenemos que mantenernos vigilantes ante el formidable impulso que nos llega del Norte.

Este gran honor histórico, el cielo ha querido concedérselo singularmente a mi país: México es la frontera de una raza. Nadie podría negarnos al menos el heroísmo, la gallardía y la conciencia neta del problema. Felizmente, el conflicto del "meteco", del que hablamos con R. Doll, argentino —y que ha merecido el honor de llamar la atención de usted—, no existe en nuestro país, en México. Tenemos, en cambio, el deber terrible y magnífico de incorporar a millones de indios a la civilización occidental. Así es que montamos nuestra guardia latina en la frontera del RÍO BRAVO, río cuyo solo nombre, BRAVO, es ya bastante elocuente.

Para agradecerle su precioso regalo (*Sur la cendre de nos foyers*) me atrevo a ofrecerle el *Discurso para Virgilio* que acabo de escribir a instancias del presidente mexicano Ortiz Rubio, alegato latino con motivo del segundo milenario del poeta.

Permítame expresarle, admirado Maestro, mi conmovido reconocimiento y mi respetuosa admiración.

ALFONSO REYES

# APÉNDICE III

En mi país, en *nuestros* países —pues así sucede en todas las repúblicas de América Latina—, la causa de la Francia libre la consideramos propia. El 14 de julio es para nosotros también una fiesta nacional. Nada de lo que es francés nos es ajeno. Desde el primer momento, depositamos nuestra confianza en los verdaderos franceses y ni por un instante dudamos de la victoria futura. La geometría del mundo, la arquitectura de la paz tienen necesidad del pensamiento francés. Ustedes, los franceses auténticos, ustedes se deben a la Francia eterna y, por eso mismo, se deben a la humanidad entera. Nosotros ya no podríamos prescindir de las adquisiciones que el espíritu francés ha aportado al patrimonio humano y esperamos todavía otros tesoros. Ustedes son el valor y la prudencia. Con el alma en plena tensión, esperan la hora oportuna. Ustedes son el espolón y el freno. "Roland es arrojado y Olivier es prudente." Armonía de entusiasmo y de razón, de amor y de inteligencia, que es la única que puede crear obras duraderas. Reciban el saludo y la expresión de nuestros más fervientes votos de uno de sus hermanos de la América que tanto se ha beneficiado de la cultura y la sensibilidad de ustedes, y a quien han dado, sin siquiera saberlo, las enseñanzas más valiosas y las orientaciones más definitivas en su ciencia de la libertad y del trabajo, de la alegría y del dolor.

Llegó un día en el que se produjo un conflicto armado, no entre nuestros dos países, sino entre las fuerzas expedicionarias de Napoleón III y el pueblo mexicano. No se trató nunca de odios nacionales. Conocí a algunos oficiales franceses de aquella época. Casados con mujeres mexicanas, se quedaron entre nosotros de por vida. No nos quitaron nada. Al contrario, aumentaron nuestro haber. Se habían batido en otro tiempo, en encuentros azarosos, con un joven teniente mexicano que después llegó a general. En la madurez, paladeaban los buenos vinos franceses con este general que era mi padre. Así fue como, alrededor de la mesa familiar, aprendí a quererlos y a saber que estábamos hechos de la misma estofa de la que está hecha la verdadera amistad entre los pueblos. Permítanme ofrecerles este recuerdo de mi infancia, tan caro a mí, en testimonio de mi afecto por el gran país de la Libertad, de la Razón y de la Justicia.

# APÉNDICE IV

## SALUDO A LOS ESCRITORES DE FRANCIA *

Saludo a los escritores de Francia, mis amigos y mis maestros muy admirados y queridos. Mi trato con las letras francesas —a las que debo tantas enseñanzas y orientaciones, y algunos de los más profundos deleites de mi existencia— empieza desde los albores de mi niñez, en cuanto me fue dable descifrar los textos escritos. Un seguro instinto me conducía derechamente al amor de Francia. Mi trato personal con los escritores de aquel país comenzó antes de 1914, siendo yo secretario de la legación mexicana y cuando sólo había publicado mi primer libro; continuó, por correspondencia y cambio de publicaciones, durante los diez años de mi permanencia en España, con ocasionales viajes a París o a Burdeos. (Desde hace unos treinta años soy amigo del director del Collège de France, Marcel Bataillon, y del rector Jean Sarrailh.) Se robusteció singularmente cuando, de 1924 a 1927, tuve la honra de ser ministro de México en Francia; no se ha interrumpido nunca: testigos, Jules Romains, Jules Supervielle, Francis de Miomandre, Jean Cassou, Mathilde Pomès, Marcelle Auclair, Etiemble, a quienes cito en desorden, lamentando no continuar la lista, porque sería inacabable, y lamentando singularmente no poder acudir ya a los testimonios de Paul Valéry y de Valery Larbaud. Y «veinte años después» de mi misión diplomática, como en la novela, tuve todavía ocasión de volver a Francia con la delegación mexicana ante la UNESCO, y de comprobar por mí mismo que —a pesar de los inevitables estragos del tiempo— no había crecido la yerba en las veredas de la amistad.

De mi frecuentación con el espíritu y las letras de Francia queda constancia en toda mi obra. Yo, como toda la Tierra, vivo con los ojos puestos en Francia. El mundo se ha acostumbrado secularmente, y por muy justas razones, a escuchar las voces que vienen de Francia. De aquí la gran responsabilidad de los escritores franceses, sobre todo en horas de perturbación, pues sus palabras —hasta pronunciadas a veces en voz baja— alcanzan a toda la humanidad.

El año de 1936 —y sigue de historia—, ante la VII Convención del Instituto de Cooperación Intelectual reunida en Buenos Aires, Georges Duhamel abrió la plática en nombre de Europa. Yo le contesté en nombre de la América Latina, y recuerdo que acabé diciendo: "Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros". La predicción se ha cumplido. Hoy por hoy, creo que no hay verdadero escritor en Francia a quien no interesen los men-

* Texto encontrado, sin indicación del destinatario, en los archivos de la Capilla Alfonsina.

sajes que le llegan de nuestras Américas, o que no se haya habituado a la presencia de los latinoamericanos en los más altos centros de la cultura. Amigos y maestros: nos habéis dado constantes pruebas de la más benévola atención y la comprensión más generosa. Y apenas hace una semana, la egregia Universidad de París quiso coronar mi carrera académica, otorgándome el título de doctor *honoris causa*, lo que aquí agradezco públicamente.

Amigos y maestros: recibid la confirmación de mi simpatía y mi admiración invariables, y el agradecimiento de este oficial de la pluma, hasta cuyas playas americanas ha llegado siempre, para trocar las palabras del gran poeta parnasiano que ha sido a la vez vuestro y nuestro, el aroma de la flor nacida en los jardines de Francia.

ALFONSO REYES
(Por grabación radiofónica)

*México, 22 de noviembre de 1958*

# BIBLIOGRAFÍA

## OBRAS DE ALFONSO REYES

### I. Verso (poesía y teatro)

*Huellas.* México: Botas, 1922, 195 pp.
*Ifigenia cruel.* Poema dramático. Madrid: Calleja, 1924.
*Pausa.* París: Société Générale d'Imprimeurs et d'Éditeurs, 1926, 80 pp.
*Cinco casi sonetos.* París: Poesia, 1931, 10 pp.
*Romances del Río de Enero.* Maestricht, Hollande: «Halcyon» (A.A.M. Stols), 1933, 47 pp.
*A la memoria de Ricardo Güiraldes.* Río de Janeiro, 1934, 12 pp.
*Golfo de México.* Buenos Aires: Francisco A. Colombo, 1934, 9 pp.
*Yerbas del tarahumara.* Buenos Aires: Francisco A. Colombo, 1934, 9 pp.
*Minuta.* Maestricht: «Halcyon», 1935, 72 pp.
*Infancia.* Buenos Aires: Asteria, 1935, 6 pp.
*Otra voz.* México: Fábula, 1936, 61 pp.
*Cantata en la tumba de Federico García Lorca.* Buenos Aires: Luis Secane, 1937, 4 pp.
*Villa de Unión.* México: Fábula, 1940, 10 pp.
*Algunos poemas.* México: Nueva Voz, 1941, 26 pp.
*Romances (y afines).* México: Stylo, 1945, 131 pp.
*La vega y el soto.* México: Editorial Central, 1946, 231 pp.
*Cortesía.* México: Cultura, 1948, 339 pp.
*Homero en Cuernavaca.* México: Ábside, 1949, 39 pp. 2a. ed. revisada, México: Tezontle, 1952, 49 pp.
*La Ilíada de Homero.* Traducida por Alfonso Reyes. I: *Aquiles agraviado.* México: Fondo de Cultura Económica, 1951, 245 pp.
*Obra poética (1906-1952).* México: Fondo de Cultura Económica, 1952, XIII, 427 pp.
*Nueve romances sordos.* Tlaxcala: Huytlale, 1954, 26 pp.

*Obras póstumas*

"Landrú-Opereta". *Revista de la Universidad de México*, 8 de abril de 1964, pp. 4-8; y en *Cuarta antología de obras en un acto*, México:

Rafael Peregrina (Colección Teatro Mexicano, dirigida por Álvaro Araúz), 1965, pp. 45-57.
"Égloga de los ciegos", *Excelsior*, México, supl. «Diorama de la Cultura», 9 de febrero de 1969, pp. 4-5.

## II. Prosa

*Conferencia a la muerte de Henri Moissan.* México, 1907.
*Los «Poemas rústicos» de Manuel José Othón.* México: Conferencias del Centenario, 1910, pp. 35-60.
*Cuestiones estéticas.* París: P. Ollendorff, 1910-1911, 295 pp.
*El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX.* México: Díaz de León, 1911, 54 pp.
*Teoría de la sanción.* México, 1913, tesis.
*El suicida.* Madrid: Colección Cervantes, 1917, 183 pp. 2ª ed., México: Tezontle, 1954, 139 pp.
*Visión de Anáhuac.* San José de Costa Rica: El Convivio, 1917, 48 pp. 2ª ed., Madrid: Índice, 1923; 67 pp.; 3ª ed., en *Dos o tres mundos*, México: Letras de México, 1944, pp. 179-218; 4ª ed., México: El Colegio de México, 1953, 63 pp.; 5ª ed., en Segundo Serrano Poncela: *Prosa moderna en lengua española*, San Juan de Puerto Rico: Ediciones de La Torre, Universidad de Puerto Rico, 1955, pp. 427-447; 6ª ed., México: Fondo de Cultura Económica, 1956, 31 pp. (Tiro aparte cuyo texto coincide con el de las *Obras completas*, II); 7ª ed., México: Col. Epyolotli (Ediciones Culturales Mexicanas de la Academia Cultural, A.D.), 1962; Prefacio de Francisco Monterde, 167 pp.
*Cartones de Madrid.* México: Cultura, 1917, IV, 101 pp.
«Don Quijote en Francia». Crítica a André Suarès, *Don Quichotte*, París, *NRF*, 1916; trad. al español de R. Baeza, *Revista de Filología Española*, Madrid, 1918.
*Guía del estudiante.* En colaboración con Antonio G. Solalinde, Madrid, 1918.
*El plano oblicuo.* Madrid: Tipografía Europa, 1920, 128 pp.
*Retratos reales e imaginarios.* México: Lectura Selecta, 1920, 212 pp.
*Simpatías y diferencias.* 5 vols. Vol. 4: *Los dos caminos.* Vol. 5: *Reloj de sol.* Madrid: E. Teodoro, 1921-1926, 192, 196, 200, 222, 208 pp. 2ª ed., 2 vols., México: Porrúa, 1945, XII, 344, 350 pp.
*El cazador.* Madrid: Biblioteca Nueva, 1921, 184 pp. 2ª ed., México: Tezontle, 1954, 212 pp.
*Calendario.* Madrid: Cuadernos Literarios, 1924, 183 pp. 2ª ed., *Calendario* y *Tren de ondas*, México: Tezontle, 1945, 211 pp.
*Simples remarques sur le Mexique.* París, 1926, 15 pp.
*Cuestiones gongorinas.* Madrid: Espasa-Calpe, 1927, 268 pp.

*Fuga de Navidad.* Buenos Aires: Viau y Zona (F.A. Colombo), 1929, 35 pp.
*El testimonio de Juan Peña.* Río de Janeiro: Villas Boas, 1930, 48 pp.
*La saeta.* Río de Janeiro, 1931.
*Discurso por Virgilio.* México: *Contemporáneos*, II, 1931, pp. 97-131. 2ª ed., Buenos Aires: *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, 1937, pp. 5-35.
*Tren de ondas*, Río de Janeiro, 1932, 182 pp.
*A vuelta de correo.* Río de Janeiro, 1932, 41 pp.
*Voto por la Universidad del Norte*, Río de Janeiro, 1932, 36 pp.
*En el día americano.* Río de Janeiro, 1932, 21 pp.
*Atenea política.* Río de Janeiro, 1932, 42 pp. 2ª ed., Santiago de Chile: Pax, 1933, 59 pp.
*Horas de Burgos.* Río de Janeiro: Villas Boas, 1932, 91 pp.
*Código de la Paz.* En colaboración con Manuel J. Sierra. 1ª ed., Montevideo, 1933. 2ª ed. (colaboración de Pablo Campos Ortiz), Buenos Aires, 1936.
*La caída.* Río de Janeiro: Villas Boas, 1933, 14 pp.
*Homenaje a Lope de Vega y Carpio.* Río de Janeiro: Casa Vallette, 1935.
*Tránsito de Amado Nervo.* Santiago de Chile: Ercilla, 1937, 92 pp.
*Idea política de Goethe.* México: ICI, 1937, 22 pp.
*Las vísperas de España.* Buenos Aires: Sur, 1937, 279 pp.
*Monterrey*, Correo Literario de Alfonso Reyes. Río de Janeiro, Buenos Aires, 1930-1937. 14 números (núm. 13, dos ediciones, una en Río de Janeiro, la otra en Buenos Aires).
"Homilía por la cultura". México: *El Trimestre Económico*, 1938 (iV-VI), pp. 80-102.
*Aquellos días.* Santiago de Chile: Ercilla, 1938, 178 pp.
*Mallarmé entre nosotros.* Buenos Aires: Destiempo, 1938, 95 pp. 2ª ed., México: Tezontle, 1955, 94 pp.
*Capítulos de literatura española (primera serie).* México: La Casa de España en México, 1939, 317 pp.
*La crítica en la edad ateniense.* México: El Colegio de México, 1941, 194 pp.
*Pasado inmediato* y *otros ensayos.* México: El Colegio de México, 1941, 194 pp.
*Los siete sobre Deva.* México: Tezontle, 1942, 83 pp.
*La antigua retórica.* México: Fondo de Cultura Económica, 1942, 272 pp.
*Última Tule.* México: Imprenta Universitaria, 1942, 255 pp.
*La experiencia literaria.* Buenos Aires: Losada, 1942, 239 pp. 2ª ed., Buenos Aires: Losada (Biblioteca Contemporánea), 1952, 196 pp.
*El deslinde: prolegómenos a la teoría literaria.* México: El Colegio de México, 1944, 376 pp.

*Tentativas y orientaciones.* México: Nuevo Mundo, 1944, 230 pp.
*Dos o tres mundos.* México: Letras de México, 1944, 222 pp.
*Norte y Sur.* México: Leyenda, 1944, 255 pp.
*La casa del grillo.* México: B. Costa-Amic, 1945, 47 pp.
*Tres puntos de exegética literaria.* México: El Colegio de México, 1945. (Jornadas 38), 80 pp.
*Panorama del Brasil. Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, 1945.
*Capítulos de literatura española (segunda serie).* México: El Colegio de México, 1945, 295 pp.
Jaime Torres Bodet y Alfonso Reyes, *Discursos en la Academia Mexicana de la Lengua*, México, 1945.
*Los trabajos y los días.* México: Occidente, 1945, 317 pp.
*Las letras patrias.* México: México y la Cultura, 1946.
*Por mayo era, por mayo...* México: Cultura, 1946.
*Homenaje de El Colegio Nacional al Maestro Antonio Caso*, México, 1946. (Contiene un discurso de Alfonso Reyes.)
*A lápiz.* México: Stylo, 1947, 220 pp.
*Grata compañía.* México: Tezontle, 1948, 224 pp.
*Entre libros.* México: El Colegio de México, 1948, 230 pp.
*De un autor censurado en el «Quijote»: Antonio de Torquemada.* México: Cultura, 1948, 79 pp.
*Letras de la Nueva España.* México: Fondo de Cultura Económica, 1948, 155 pp.
*Sirtes.* México: Tezontle, 1949, 213 pp.
*De viva voz.* México: Stylo, 1949, 243 pp.
*Junta de sombras.* México: El Colegio Nacional, 1949, 394 pp.
*Tertulia de Madrid.* México, Buenos Aires: Espasa-Calpe (Col. Austral), 1949, 1950, 145, 146 pp.
*Verdad y mentira.* Madrid: Aguilar, 1950, 437 pp.
*Cuatro ingenios.* México, Buenos Aires: Espasa-Calpe (Col. Austral), 1950, 143 pp.
*Trazos de historia literaria*, México, Buenos Aires: Espasa-Calpe (Col. Austral), 1951, 147 pp.
*Ancorajes.* México: Tezontle, 1951, 132 pp.
*Medallones.* México, Buenos Aires: Espasa-Calpe (Col. Austral), 1951, 143 pp.
*La X en la frente*, México: Porrúa y Obregón (Serie México y lo mexicano, núm. 1), 1952, 95 pp.
*Marginalia (primera serie, 1946-1951).* México: Tezontle, 1952, 162 pp.
*Árbol de pólvora.* México: Tezontle, 1953, 136 pp.
*Memorias de cocina y bodega.* México: Tezontle, 1953, 177 pp.
*Dos comunicaciones.* México: Memoria de El Colegio Nacional, 1953, pp. 175-179.

*Trayectoria de Goethe*. México. Fondo de Cultura Económica (Breviarios), 1954, 178 pp.
*Parentalia*. México: Los Presentes, 1954, 77 pp. (Edición parcial y limitada.)
*Marginalia* (*segunda serie, 1909-1954*). México: Tezontle, 1954, 212 pp.
*Quince presencias*. México: Obregón, 1955, 191 pp.
*Los tres tesoros*. México: Tezontle, 1955, 90 pp.
«Los nuevos caminos de la lingüística», *Cuadernos Americanos*, julio de 1957.
*Las burlas veras* (*primer ciento*). México: Tezontle, 1957, 189 pp.
*Estudios helénicos*. México: El Colegio Nacional, 1957, 224 pp.
«Silueta del indio Jesús», *Armas y letras*, Monterrey, N.L., II: I (enero de 1959), pp. 5-8.
*Parentalia: primer libro de recuerdos*. México: Tezontle, 1959, 196 pp.
*La filosofía helenística*. México: Fondo de Cultura Económica (Breviarios), 1959, 308 pp.
*Marginalia* (*tercera serie, 1940-1959*). México: El Cerro de la Silla, 1959, 85 pp.
*Las burlas veras* (*segundo ciento*). México: Tezontle, 1959, 196 pp.

*Obras póstumas*

*A campo traviesa*. México: El Cerro de la Silla, 1960, 111 pp.
*Al yunque* (*1944-1958*). México: Tezontle, 1960, 175 pp.
*La afición de Grecia*. México: El Colegio Nacional, 1960, 95 pp.
*Albores: segundo libro de recuerdos*. («Crónica de Monterrey, I».) México: El Cerro de la Silla, 1960, 171 pp.
*El Polifemo sin lágrimas*. Madrid: Aguilar, 1961, 170 pp.
*Oración del 9 de febrero*. México: Ediciones Era, 1963, V: 23, 45 pp.
«El Samurai», *Revista Iberoamericana*. México, XXXI: 59 (enero de 1965), pp. 118-122; y en *Homenaje a Alfonso Reyes*, México: Ed. Cultura, 1965.
«Cuernavaca», *Espejo*. México, núm. 5 (2° y 3er trimestres de 1968), pp. 6, 7-13.
*Anecdotario*. Prefacio de Alicia Reyes. México: Ed. Era, 1968, 119 pp.
*Diario* (*1911-1930*). Prefacio de Alicia Reyes. Nota del doctor Alfonso Reyes Mota. Guanajuato: Universidad de Guanajuato, 1969, 335 pp.
*Vida y ficción*. Edición y prefacio de Ernesto Mejía Sánchez. México: Fondo de Cultura Económica (Letras Mexicanas), 1970, 169 pp.

## III. Prólogos y ediciones críticas

*Memorias de Fray Servando Teresa de Mier*. Madrid: Ed. América, 1917.

*Páginas escogidas* de Quevedo. Madrid: Calleja, 1917.
*Libro de Buen Amor* de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. Madrid: Calleja, 1917.
*Páginas escogidas* de Ruiz de Alarcón. Madrid: Calleja, 1917.
*Tratados* de Gracián. Madrid: Calleja, 1918.
*Teatro* de Ruiz de Alarcón, I. Madrid: La Lectura, 1918. 2ª ed., 1923.
*Poema del Cid.* Madrid: Espasa-Calpe, 1919. Reimpreso después en varias ocasiones.
*Los pechos privilegiados* de Ruiz de Alarcón. Madrid: Calpe, 1919.
*El Teatro* de Lope de Vega. Madrid: Calleja, 1919. (La edición del texto de Lope de Vega no fue hecha por Reyes.)
*Las aventuras de Pánfilo* de Lope de Vega. Madrid: Granada, 1920.
*Lecturas: Ensayos.* Madrid: Instituto Escuela de 2ª Enseñanza, 1920 (Selección de Alfonso Reyes).
*Obras Completas* de Amado Nervo. 29 vols. Madrid: Biblioteca Nueva, 1920-1928.
*Fábula de Polifemo y Galatea* de Góngora. Madrid: Índice, 1923.
Fuente de la Peña, Antonio. *Si el hombre puede artificiosamente volar.* Río de Janeiro, 1933.
*Poema del Cid.* Prosa moderna de Alfonso Reyes. Buenos Aires-México: Espasa-Calpe (Col. Austral), 1938, 275 pp.
Sierra, Justo. *Evolución política del pueblo mexicano.* México: La Casa de España, 1940.
Urbina, Luis G. *Cancionero de la noche serena.* México, 1941 (Prefacio de Alfonso Reyes: "Recordación de Urbina").
Frank W. *Virgin Spain.* 2ª ed., Nueva York, 1942 (Prefacio de Alfonso Reyes).
Antoniorrobles. *¿Se comió el lobo a Caperucita?* México, 1942.
Burckhartd, Jaques. *Reflexiones sobre la historia universal.* México: Fondo de Cultura Económica, 1943.
Castro Leal, Antonio. *Juan Ruiz de Alarcón: su vida y su obra.* México, 1943.
Zárraga, Ángel. *Poemas.* México, 1944.
De Villanueva, M. *Un destino.* México, 1945.
Bérard, V. *Resurrección de Homero.* Trad. de A. Alemán. (Prefacio de Alfonso Reyes.) México, 1945.
Henríquez Ureña, Pedro. *Páginas escogidas.* México: Biblioteca Enciclopédica Popular núm. 109, 1946.
Hoyningen-Huene, *Mexican Heritage.* Libro de fotografías. Nueva York, 1946 (Texto de Alfonso Reyes).
Balseiro, J. A. *La fuerza cautiva.* La Habana, 1946.
Camp, Jean. *La Guirlande Espagnole.* (Sonetos españoles traducidos al francés.) México, 1947. (Prefacio de A. Reyes, reimpreso en *Europe-*

*Amérique Latine*, París, mayo de 1949 y en español en *De viva voz*; *O.C.*, t. VIII, p. 112.)
Vasse, L. *Andanzas mexicanas.* México, 1947.
Lope de Vega. *Las aventuras de Pánfilo.* México: La Flecha, núm. 1, 1957, 19 pp.
Vives, Juan Luis. *El convite.* México: La Flecha, núm. 3, 1960, 26 pp.

## IV. Colección Archivo de Alfonso Reyes

*El servicio diplomático mexicano.* Buenos Aires, 1937, 45 pp.
*Introducción al estudio económico del Brasil.* México, 1938, 43 pp.
*La conferencia colombo-peruana para el arreglo del incidente de Leticia (1933-1934).* México, 1947, 32 pp.
*La inmigración en Francia.* 1927. México, 1947, 35 pp.
*Momentos de España: memorias políticas 1920-1923.* México, 1947, 61 pp.
*Crónica de Francia*: I. México, 1947, 78 pp.
*Burlas literarias (1919-1922).* (Con Enrique Díez-Canedo.) México, 1947, 55 pp.
*La constelación americana.* 1936. México, 1950, 47 pp.
*Crónica de Francia*: II. México, 1952, 43 pp.
*Cartilla moral.* 1944. México, 1952, 41 pp. 2ª ed., México: Instituto Nacional Indigenista, 1959, 63 pp.
*Berkeleyana.* 1941. México, 1953, 41 pp.
*De la antigüedad a la Edad Media.* México, 1954, 114 pp.
*Troya.* México, 1954, 104 pp.
*Tres cartas y dos sonetos.* México, 1954, 29 pp.
*Libros y libreros en la antigüedad.* México, 1955, 47 pp.
*Crónica de Francia*: III. México, 1955, 44 pp.
*Crónica de Francia*: IV. (Enero a junio de 1926.) México, 1956, 74 pp.
García Blanco, Manuel. *El escritor mexicano Alfonso Reyes y Unamuno* (correspondencia entre Unamuno y Reyes). 51 pp.
*Crónica de Francia*: V. (Junio 1926 a febrero 1927.) México, 1957, 90 pp.
*Resumen de la literatura mexicana* (siglos XVI-XIX). México, 1957, 67 pp.
*El triángulo egeo.* México, 1958, 113 pp.
*La jornada aquea.* México, 1958, 29 pp.
*Briznas*: I. México, 1959, 36 pp. (Esta colección de anécdotas continúa en «Briznas», en *Anecdotario*, ed. cit.)
*Geógrafos del mundo antiguo.* México, 1959, 118 pp.

## V. Antologías y selecciones

*Antología.* México: Fondo de Cultura Económica (Col. Popular), 1963, 164 pp. Contiene los textos completos de *Visión de Anáhuac* y de *Ifi-*

*genia cruel*, además de una selección de ensayos y de poemas. Reed. en 1965 y en 1974.

*Frente a la pantalla.* (Con M. L. Guzmán y F. de Onís.) México: UNAM (Dirección General de Difusión Cultural, Cuadernos de Cine núm. 6), 1963, pp. 7-56.

*Antología de Alfonso Reyes.* Selección y prólogo de José Luis Martínez. México: B. Costa-Amic (Secretaría de Educación Pública, Col. Pensamiento de América), 1965, 197 pp.

*Universidad, política y pueblo.* Nota preliminar, selección y notas de José Emilio Pacheco. México: UNAM (Serie Lecturas Universitarias, Dirección General de Difusión Cultural), 1967, 191 pp.

Alfonso Reyes. *Prosa y poesía*, ed. de James Willis Robb. Madrid: Cátedra, 1975, 203 pp.

**VI. Obras completas de Alfonso Reyes**

México: Fondo de Cultura Económica (Letras Mexicanas), a partir de 1955.

Vol. I (1955): *Cuestiones estéticas, Capítulos de literatura mexicana, Varia.* 369 pp.

Vol. II (1956): *Visión de Anáhuac, Las vísperas de España, Calendario.* 374 pp.

Vol. III (1956): *El plano oblicuo, El cazador, El suicida, Aquellos días, Retratos reales e imaginarios.* 519 pp.

Vol. IV (1956): *Simpatías y diferencias, Los dos caminos, Reloj de sol, Páginas adicionales.* 622 pp.

Vol. V (1957): *Historia de un siglo, Las mesas de plomo.* 397 pp.

Vol. VI (1957): *Capítulos de literatura española, De un autor censurado en el «Quijote», Páginas adicionales.* 455 pp.

Vol. VII (1958): *Cuestiones gongorinas, Tres alcances a Góngora, Varia, Entre libros, Páginas adicionales.* 529 pp.

Vol. VIII (1958): *Tránsito de Amado Nervo, De viva voz, A lápiz, Tren de ondas, Varia.* 487 pp.

Vol. IX (1959): *Norte y Sur, Los trabajos y los días, História natural das Laranjeiras.* 527 pp.

Vol. X (1959): *Constancia poética.* 512 pp. (Obra poética.)

Vol. XI (1960): *Última Tule, Tentativas y orientaciones, No hay tal lugar.* 415 pp.

Vol. XII (1960): *Grata compañía, Pasado inmediato, Letras de la Nueva España.* 433 pp.

Vol. XIII (1961): *La crítica en la edad ateniense, La antigua retórica.* 587 pp.

Vol. XIV (1962): *La experiencia literaria, Tres puntos de exegética literaria, Páginas adicionales.* 416 pp.

Vol. XV (1963): *El deslinde, Apuntes para la teoría literaria.* 525 pp.
Vol. XVI (1964): *Religión griega, Mitología griega.* 614 pp.
Vol. XVII (1965): *Los héroes, Junta de sombras.* 571 pp.
Vol. XVIII (1966): *Estudios helénicos, El triángulo egeo, La jornada aquea, Geógrafos del mundo antiguo, Algo más sobre los historiadores alejandrinos.* 451 pp.
Vol. XIX (1968): *Los poemas homéricos, La Ilíada, La afición de Grecia.* (Ilustraciones de Elvira Gascón.) 441 pp.
Vol. XX (1979): *Rescoldo de Grecia, La filosofía helenística, Libros y libreros en la antigüedad, Andrenio: perfiles del hombre, Cartilla moral.* 541 pp.
Vol. XXI (1981): *Los siete sobre Dera, Ancorajes, Sirtes, Al yunque, A campo traviesa.* 501 pp.
Vol. XXII (1989): *Marginalia* (primera, segunda y tercera series), *Las burlas veras* (primera, segunda y tercera series).

## VII. «Historia documental de mis libros»

Obras de Reyes que sólo aparecieron en publicaciones periódicas.

I. *Armas y Letras.* Monterrey, abril, 1955.
II. *Revista de la Universidad de México.* Febrero, marzo, abril, mayo, julio y agosto de 1955; enero, febrero, abril, mayo y diciembre de 1956; enero, febrero, marzo, abril, junio, agosto y septiembre de 1957.
III. *La Gaceta.* México, septiembre, octubre, noviembre y diciembre de 1959; febrero de 1960.

## VIII. Obras inéditas

Probablemente numerosas. Un capítulo de *Andrenio: perfiles del hombre*, figura en la antología de J. W. Robb, *Prosa y poesía de Alfonso Reyes*, Madrid: Cátedra, 1975.

## IX. Principales correspondencias publicadas

Abreu Gómez, Ermilo. *La palabra y el hombre*, Xalapa, Veracruz, julio, 1967.
Acevedo, Jesús. En Louis Panabière, *Contribution à l'étude de l'Ateneo de la juventud.* Tesis de tercer ciclo, Montpellier, 1975.
Alfonso, Amado. «Correspondencia de Alfonso Reyes», presentación de Alicia Reyes. *Nivel*, México, abril, 1969.

Asturias, Miguel Ángel. *Nivel*, México, abril, 1969.
Azorín. En español, en Barbara Aponte, *The Spanish Friendships of Alfonso Reyes*, tesis; en inglés en B. Aponte, *Reyes and Spain*, Univ. of Texas, 1972.
Azuela, Mariano. *Epistolario y archivo*. UNAM. México, 1969, páginas 29-32.
Borges, Jorge Luis. En francés en *L'Herne*, trad. de Laure Bataillon, París, 1964.
Caso, Antonio. En la tesis de L. Panabière, Montpellier, 1975.
Chacón y Calvo José. Introducción y notas de Zenaida Gutiérrez-Vega. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1976, 286 pp.
Díez-Canedo, Enrique. En Barbara Aponte: *The Spanish Friendships of Alfonso Reyes*, tesis mecanografiada.
Foulché-Delbosc, Raymond. *Ábside*, México, 1955-1957.
Fuentes, Carlos. «Cinco cartas inéditas» (a propósito de la novela *La región más transparente*), *Excelsior*, México, 21 de mayo de 1967, páginas 3 y 5.
Gómez de la Serna, Ramón. En inglés, en B. Aponte, *Reyes and Spain*.
González Martínez, Enrique. *Ábside*, México, julio de 1953-octubre de 1954; y en L. Panabière, tesis.
Guzmán, Martín Luis. En L. Panabière, tesis.
Enríquez Ureña, Pedro. En L. Panabière, tesis. Próximamente aparecerá una edición completa de esta correspondencia, publicada por el Fondo de Cultura Económica, en ocasión del vigésimo aniversario de la muerte de Alfonso Reyes.*
Jiménez, Juan Ramón. *Cuadernos de J. R. Jiménez*, Madrid: Taurus, 1960; en inglés en B. Aponte, *Reyes and Spain*.
Larbaud, Valery. Alicia Reyes, «Alfonso Reyes y Valery Larbaud», *Boletín Alfonsino*, Montevideo, núm. 1, invierno de 1966, pp. 16-17; en «Correspondencia de Alfonso Reyes», presentación de Alicia Reyes, *Nivel*, México, 1969; una carta en francés en *Le Monde*, 17 de enero, 1970; *Correspondance Valery Larbaud-Alfonso Reyes 1923-1952*, introducción y notas de Paulette Patout. Advertencia de Marcel Bataillon. París: Didier, 1972, 330 pp.
Menéndez Pidal, Ramón. En inglés, en B. Aponte: *Reyes and Spain*; en español en *Nivel*, México, abril, 1959.
Milhaud, Darius. *Revista de la Universidad de México*, mayo, 1962.
Nervo, Amado. En *Obras Completas* de Nervo, t. II, Madrid: Aguilar, 1956.

* Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. *Correspondencia; 1907-1914*. Ed. de José Luis Martínez, 2 vols., Biblioteca Americana, México, FCE, 1986. [N. del E.]

Ocampo, Victoria. *Clarín*, Buenos Aires, diciembre, 1969.
Ortega y Gasset, José. En español, en la tesis mecanografiada de B. Aponte. En inglés, en B. Aponte: *Reyes and Spain.*
Rivera, Diego. En la tesis de L. Panabière.
Rodó, José Enrique. *Agón*, Montevideo, julio, 1954 y en *Obras Completas* de Rodó, ed. de Rodríguez Monegal, Madrid; Aguilar, 1957.
Saint-John Perse. V. Alicia Reyes, «Saint-John Perse y Alfonso Reyes», *Vida Universitaria*, México, 15 de marzo, 1970.
Torri, Julio. *Espejo*, México, 1er trimestre, 1969; y en la tesis de L. Panabière.
Unamuno, Miguel de. *Cuadernos Hispano-Americanos*, Madrid, nov., 1955; y en H. García Blanco, *América y Unamuno*, Madrid; Gredos, 1964.
Urbina, Luis G. En L. Panabière, tesis, Montpellier, 1975.
Valle-Inclán, Ramón del. En inglés en B. Aponte, *Reyes and Spain.*
Vasconcelos, José. En *Nivel*, México, abril, 1969; y en la tesis de L. Panabière.
Zárraga, Ángel. En L. Panabière, tesis, Montpellier, 1975.

## X. Traducciones

Chejov. *La sala número 6.* En colaboración con N. Tasín. Madrid: Calpe.
Chesterton, G.K. *Ortodoxia.* Madrid: Calleja, 1917.
_____. *Pequeña historia de Inglaterra* (con un prefacio). Madrid: Calleja, 1920.
_____. *El candor del P. Brown.* Madrid: Calleja. 1921.
_____. *El hombre que fue Jueves* (con un prefacio). Madrid: Calleja, 1922.
Álvarez, Alejandro. *El derecho internacional del porvenir.* Trad. del francés en colaboración con Rufino Blanco Fombona. Madrid, 1917.
Sterne, Laurence. *Viaje sentimental por Francia e Italia*, Madrid: Calpe, 1919.
Stevenson, Robert Louis. *Olalla.* Madrid: Calpe, 1922.
Cole, G.D.H. *Doctrinas y formas de la organización política.* 1ª ed., México: Fondo de Cultura Económica, 1937. 2ª ed., 1938.
Romains, Jules. «Nomentano el refugiado». México: *Cuadernos Americanos*, abril, 1943.
Petrie. *Introducción al estudio de Grecia.* México, 1946.
Bowra, G.M. *Historia de la literatura griega.* México: Fondo de Cultura Económica, 1948.
Murray, Gilbert. *Eurípides y su época.* México: Fondo de Cultura Económica, 1949.

## OBRAS DE ALFONSO REYES PUBLICADAS EN FRANCIA

*1910*

*Cuestiones estéticas*, prefacio de Francisco García Calderón. París: Ollendorff.

*1912*

«*Senderos ocultos* de Enrique González Martínez», presentación de Alfonso Reyes, *Revista de América*, París, pp. 197-203.

«Don Victoriano Agüeros», *Revista de América*, París, pp. 276-284; también en *O.C.*, t. I, p. 283.

«Lamentación de Navidad», poesía, *Mundial Magazine*, París, diciembre; reprod. en *Boletín de la Capilla Alfonsina*, núm. 3, pp. 16-20.

*1913*

«Nosotros», *Revista de América*, París, enero, pp. 103-112.

«Les Revues: Revista de América, París n° de janv. 1913», *Nouvelle Revue Française*. Reproducción en francés de un fragmento del artículo de Alfonso Reyes sobre la influencia francesa en México.

*1914*

«Tribuna de los jóvenes. Un joven escritor mexicano: Carlos Barrera», *Revista de América*, París, 10 de mayo (suplemento); reproducido en *Varia*; *O.C.*, t. VII, p. 459.

«Un libro de Amado Nervo: Serenidad», *Revista de América*, París, junio; *O.C.*, t. VIII.

*1916*

«Ruiz de Alarcón y las fiestas de Baltasar Carlos», *Revue Hispanique*, París, núm. 89, t. XXXVI, pp. 170-176.

«*El Periquillo Sarniento* y la crítica mexicana», *Revue Hispanique*, París, núm. 93, octubre, t. XXXVIII, pp. 232-243. También en *Simpatías y diferencias*, 3ª serie; *O.C.*, t. IV, p. 169.

*1917*

«La española de Florencia, o Burlas Veras y Amor Invencionero, de don Pedro Calderón de la Barca, Ed. con introducción y notas de S.L. Millard Rosenberg, Filadelfia, 1911», reseña en la *Revue Hispanique*, París, núm. 99, octubre, pp. 234-237.

«Les Intellectuels mexicains et la Guerre Européenne», trad. y nota final de Ernest Martinenche, *Bulletin de l'Amérique Latine*, París, VII, 1-2 de octubre, pp. 54-56.

*1918*

«Cuestiones gongorinas. Sobre el texto de las lecciones solemnes de Pellicer», *Revue Hispanique*, París, t. XLIII, agosto, pp. 509-519.

«Ramón Gómez de la Serna», *Hispania*, Institut d'Études Hispaniques de l'Université de París, julio, pp. 234-240. Trad. de B. M. Moreno. Reproducido en *Simpatías y diferencias*; *O.C.*, t. IV, pp. 183-191.

*1920*

«Góngora. Fable de Polyphème et de Galatée, traduction et 'Ode à Góngora' para Marius André». *Hispania*, París, octubre.

*1922*

«Lutte de patrons: aux Champs Élysées», *Revue de l'Amérique Latine*, París, diciembre. Trad. de G. Pillement. En español: «Lucha de patronos», en *El Plano oblicuo*; *O.C.*, t. III, pp. 58-66.

«W. Scott en Espagne», primer artículo, *Revue Hispanique.*

*1923*

«L'évolution du Mexique», *Revue de l'Amérique Latine*, París, abril y mayo. En español, traducido por José María González de Mendoza, en *Revista de Revistas*, México.

«*La independencia de México*», *Amérique Latine*, París, 16 de septiembre.

*1924*

«Le repas», *Revue de l'Amérique Latine*, París, abril, pp. 331-336. Trad. de Jean Cassou. En Español: «La cena», en *El plano oblicuo*; *O.C.*, t. III, pp. 11-17.

*1925*

«W. Scott en Espagne», segundo artículo, *Revue Hispanique*, París.

«Necesidad de volver a los comentaristas», *Revue Hispanique*, París.

«Le Chemin d'Amado Nervo» (fragmentos), trad. de Francis de Miomandre, *Revue de l'Amérique Latine*, París, febrero, pp. 144-148. En español: «El camino de Amado Nervo», en *Tránsito de Amado Nervo*; *O.C.*, t. VIII, p. 20.

«Discours» (al banquete Alfonso Reyes), *Revue de l'Amérique Latine*, París, mayo, IX: 41, pp. 398-401.

*1926*

«W. Scott en Espagne», tercer artículo, *Revue Hispanique*, París.

*Pausa*, París: Societé générale d'Imprimeurs et d'Éditeurs.

«Discours» en honor de Paul Groussac, La Sorbona, 26 de noviembre de 1925, Société pour les Relations des Universités de France avec l'Amérique Latine, dirigida por E. Martinenche, *Revue de l'Amérique Latine*, París, enero, pp. 7-9. En español: «Homenaje a Paul Groussac», en *Simpatías y diferencias*; *O.C.*, t. IV, p. 456.

«L'Espagne de Castrogil», *La Revue Latine*, París, febrero, pp. 27-28.

Trad. de Francis de Miomandre. En español: «Viaje a la España de Castrogil», en *Las vísperas de España*; *O.C.*, t. II, p. 188.

«Bref commentaire pour accompagner la lecture *d'Ifigenia cruel*», en francés y traducido al español por el autor para la 2ª ed. de *Ifigenia cruel, Revue de l'Amérique Latine*, París, febrero, pp. 107-109. También en *Le Manuscrit Autographe*, París, octubre de 1933.

«Tropique (Golfo de México)», *Le Navire d'Argent*, París, febrero, pp. 339-341. Trad. de Marcelle Auclair y Jean Prévost. Reproducido en *Revue de l'Amérique Latine*, París, mayo.

*Simples remarques sur le Mexique*, Facultad de Derecho, Lyon, marzo, en ocasión de la Exposition Commerciale: Imp. rue Louis-le-Grand, París, 15 pp.

Prefacio al catálogo de la Exposición Enrique Riveron, *Revue de l'Amérique Latine*, París, mayo. Reproducido en *Sagitario*, La Habana, enero de 1927; *O.C.*, t. VIII, p. 217.

«La première confession», *La Revue Bleue*, París, 17 de julio. Trad. de Jean Cassou. En español: «La primera confesión», en *El plano oblicuo*; *O.C.*, t. III.

«L'indépendance mexicaine», *La Vie Latine*, París, septiembre.

*1927*

«Au jour le jour: Déclaration du ministre du Mexique en France», *Amérique Latine*, 23 de enero.

*Visión d'Anahuac*. París: Gallimard, col. «Une œuvre, un portrait», 62 pp. Trad. de Jeanne Guérandel, Introducción de Valery Larbaud, retrato de José Moreno Villa, grabado de C. Aubert. En español: *Visión de Anáhuac; O.C.;* t. II, p. 13.

«Discours d'adieu à ses amis», 18 de marzo; *Amérique Latine*, París, 27 de marzo.

«Chanson de l'esclave ennemie», *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1° de abril. Trad. de Mathilde Pomès. En español: «Tonada de la sierva enemiga»; *O.C.*, t. X, p. 67.

«Quelques Syllables», *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1° de abril. Trad. de Mathilde Pomès. En español: «Aires de la Bocacalle»; *O.C.*, t. X, p. 98.

«Le Mexicain Ruiz de Alarcón et le Théâtre Français», *Revue de l'Amérique Latine*, París, abril. En español: «Ruiz de Alarcón y el Teatro Francés», en *Capítulos de literatura española*; *O.C.*, t. VI, p. 413.

«Amado Nervo», *Revue Européenne*, París, octubre. Trad. de Jules Supervielle. En español, *O.C.*, t. X, p. 82.

*1928*

«Les petits matins d'avril», *Europe*, París, 15 de abril. Trad. de Jean Prévost. En español: «Blanda, pensativa zona»; *O.C.*, t. X, p. 98.

«L'Entrevue», *Le Mail*, París-Orléans, núm. 7, pp. 349-358. Trad. de Jean Cassou. En español: «La entrevista», en *El plano oblicuo*; *O.C.*, t. III, p. 22.

«Comment Chamisso dialogua avec un buffet hollandais», *La Nouvelle Revue*, París, núm. 4, pp. 80-83. Trad. de Jean Cassou. Reproducido en *Les Conteurs Hispano-Américains*, ed. de G. Pillement, París: Delagrave, 1933; en español: «De cómo Chamisso dialogó con un aparador holandés», en *El plano oblicuo*; *O.C.*, t. III, p. 18.

*1929*

«La menace de la fleur», *Le Monde*, París, 18 de mayo. Trad. de G. Pillement. En español: «La amenaza de la flor»; *O.C.*, t. X, p. 79.

«Les herbes du tarahumara», *Commerce*, París, «Été 1929», XX, pp. 67-77. Trad. de Valery Larbaud (texto en español y en francés; reproducido en la *Correspondance Larbaud-Reyes*, París, 1972, pp. 189-191). En español: "Yerbas del tarahumara"; *O.C.*, t. X, p. 121.

*1930*

«Glose de mon pays», *Le Manuscrit Autographe*, París, marzo-abril, XXVI, pp. 82-83. Trad. de Armand Godoy. También en *La Réforme*, Alejandría, 24 de junio. En español: «Glosa de mi tierra»; *O.C.*, t. X, p. 74. (Otra versión de este mismo artículo apareció el 1° de octubre de 1930 en *Revue de l'Amérique Latine*, París, trad. de Mathilde Pomès.

«Fantaisie du voyage» («Fantasía del viaje»), *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1° de octubre. Trad. de Mathilde Pomès. En español, *O.C.*, t. X, p. 68.

«La menace de la fleur» («La amenaza de la flor»), *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1° de octubre. Trad. de Mathilde Pomès. En español, *O.C.*, t. X, p. 79.

«Ravissement» («Al fin»), *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1° de octubre. Trad. de Mathilde Pomès. En español, *O.C.*, t. X, p. 96.

*1931*

«Lettre à Max Daircaux» (en ocasión de su *Littérature hispano-américaine*, París: Kra, 1930), *Revue de Littérature Comparée*, París, febrero, pp. 163-165. Trad. de Mathilde Pomès. Publicada en español en *Monterrey*, Río, núm. 1, junio, 1930, p. 3, y después bajo el título «Sobre México en América» en *De viva voz*; *O.C.*, t. VIII, p. 60.

«De pareils soirs», en el artículo de Francis de Miomandre: «Les activités d'Alfonso Reyes», *L'Esprit Français*, París, noviembre, p. 95. Trad. de Francis de Miomandre. En español: «Tardes así»; *O.C.*, t. X, página 102.

*Cinco casi sonetos,* Poesía, París: «Madrid que cambias»; *O.C.*, t. X,

p. 101; «Emanación de ti»; *ibid.*, p. 101; «Tardes así...»; *ibid.*, p. 102; «Invierno fiel»; *ibid.*, p. 102; «Sobre mi corazón»; *ibid.*, p. 103.

*1932*

«Paul Morand à Rio», *Lu*, París, 15 de febrero. Trad. parcial de Marcelle Auclair. En español: «Paul Morand en Río», *Monterrey*, núm. 7, octubre de 1931, y en *A lápiz*; *O.C.*, t. VIII, p. 255.

«Mallarmé en espagnol», *Revue de Littérature Comparée*, París, XII, julio, pp. 546-568. Trad. parcial de Mathilde Pomès. En español: «Mallarmé en español», *Revista de Occidente*, Madrid, agosto; continuado en *Mallarmé entre nosotros*, México, 2ª ed. 1955, pp. 37 ss.

«Les verts», trad. de Mathilde Pomès, *Le Journal des Poètes*, Bruselas, 4 de diciembre; en español en *Tren de ondas*; *O.C.*, t. VIII, p. 375.

«A propos des 'Vers de circonstance' de Mallarmé», *Les Nouvelles Littéraires*, París, 10 de diciembre. Trad. de Mathilde Pomès, con una nota explicativa. No publicado en español.

*1933*

«Carta a Paul Valéry y a Henri Focillon», *Correspondance I*: Pour une Société des Esprits, París, Institut International de Coopération Intellectuelle de la Société des Nations, pp. 25-30. Trad. de Mathilde Pomès. Utilizada parcialmente en «En el Día Americano», *Última Tule*; *O.C.*, t. XI, p. 63.

«Comment Chamisso dialogua avec un buffet hollandais», en *Les Conteurs Hispano-Américains*, ed. de Georges Pillement, París: Delagrave, pp. 276 ss. Trad. de Jean Cassou. En español: «De cómo Chamisso dialogó con un aparador holandés», en *El plano oblicuo*; *O.C.*, t. III, p. 18.

«Heures de Burgos», *Visages du monde*, París, 15 de febrero, pp. 42-43. Trad. parcial de G. Pillement. En español: «Horas de Burgos», en *Las vísperas de España*; *O.C.*, t. II, p. 101.

«Alfonso Reyes: *Tren de ondas*», *Amérique Latine*, París, 12 de marzo.

Reproducción del «Bref commentaire pour accompagner la lecture d'*Ifigenia cruel*», *Le Manuscrit Autographe*, París, *cfr. Revue de l'Amérique Latine* del 1° de febrero, 1926.

«Semaine Sainte à Séville: La Saeta», *Les Nouvelles Littéraires*, París, 16 de abril. Trad. de Francis de Miomandre. En español: «La saeta», en *Las vísperas de España*; *O.C.*, t. II, p. 127.

*1937*

Conferencia en francés sobre el tema «Europe, Amérique Latine», en el volumen colectivo *Entretiens V*, Buenos Aires, septiembre de 1936; Institut International de Coopération Intellectuelle de la Société des

Nations, París, pp. 11-19. En español: «Notas sobre la inteligencia americana», en *Última Tule*; *O.C.*, t. XI, p. 82.
«Un article sur le 14 juillet», *La Voix de France*, Buenos Aires, julio, pp. 10-11.

*1945*
«Chanson de l'acier du matin», en *América, Cahiers de France-Amérique Latine, Les Lettres*, París, núm. 1, julio, pp. 20-23. Trad. de F. Berweiller. En español: «Tonada del acero de la mañana»; *O.C.*, t. X, p. 116.

*1946*
«L'esthétique de Jules Romains», en *Hommage à Jules Romains pour son 60ème anniversaire-26 doût 1945*, volumen colectivo, París: Flammarion & Cie., pp. 127-131.
«Ce qu'en dit [de González Martínez] Alfonso Reyes», *Terres Latines*, revista del IFAL, México, núm. 5, verano de 1946, p. 63. Recopilado y traducido por Jean Camp. Utiliza «A los años de González Martínez», texto de 1940; *O.C.*, t. VIII, p. 166. Ver también «Homenaje fúnebre del Colegio Nacional», *Memoria*, El Colegio Nacional, México, 1953, pp. 167-170; *O.C.*, t. I, p. 303.
«Pour t'évoquer, je préfère...», *Terres Latines*, revista del IFAL, México, núm. 5, verano de 1946, pp. 64-65. Trad. de Jean Camp. En español: «A solas»; *O.C.*, t. X, p. 172.

*1947*
Prólogo a Jean Camp, *La Guirlande Espagnole: les cent plus belles fleurs du sonnet espagnol*, México: «Le Coq français». Continuado en *Europe-Amérique Latine*, París, mayo, 1949. En español en *De viva voz*; *O.C.*, t. VIII, p. 112.

*1948*
«*Les derniers sept sages*», *La licorne*, París, III, otoño de 1948, pp. 171-182. Trad. de Yvette Billod. En español, «Los últimos siete sabios», en *Junta de sombras*; *O.C.*, t. XVIII, p. 462.

*1949*
Prefacio a *La Guirlande Espagnole* de Jean Camp, *Europe-Amérique Latine*, París, mayo.
«Notes sur Goethe. Ses idées politiques. Individu et communauté», en *Goethe, Hommage*, París: UNESCO, 1949, pp. 127-138.
"Introduction à *Espagne vierge* de Waldo Frank". Trad. de Hélène Boussinesq, París: ed. de Mont Blanc; aparecido en inglés bajo el título *Virgin Spain* en Santiago de Chile, 1941. El texto inicial de la Intro-

ducción está en español. Esta traducción francesa se debe a León Felipe.

*1951*

"La Catastrophe", en la crónica «Lettres Ibériques», *Hommes et Mondes*, París, diciembre. Trad. de Francis de Miomandre. En español: «La Catástrofe», en *Ancorajes*, México, 1951, p. 28.

«Cantate sur la tombe de Federico García Lorca», tres copias no impresas: una para el autor, otra para el traductor y la otra para Georgina de Uriarte, para representarla en el teatro Marigny de París, en 1951. Trad. de Lysandro Z.D. Galtier. En español: «Cantata en la tumba de Federico García Lorca».

*1952*

En: *Anthologie de la Poésie Mexicaine*, selección y notas de Octavio Paz, París, Nagel: «Fleuve d'oubli (Río de olvido)»; «Herbes du tarahumara (Yerbas del tarahumara)»; «La menace de la fleur (La amenaza de la flor)»; «À peine (Apenas)»; «Soleil de Monterrey (Sol de Monterrey)»; «Va-et-vient de Sainte-Thérèse (Vaivén de Santa Teresa)». Trad. de Guy Levis-Mano.

*1954*

«Encuentros con Pedro Henríquez Ureña», *Cuadernos*, París, núm. 10.

*1955*

«Sor Juana de la Cruz», *Nouvelles du Mexique*, París, núm. 1, abril, pp. 10-11. Trad. de algunos extractos de *Letras de la Nueva España*; *O.C.*, t. XII, p. 280.

«Ruiz de Alarcón y el teatro francés», *Cuadernos*, París, núm. 14, septiembre, pp. 8-13. *O.C.*, t. VI, p. 413.

«Páginas de recuerdos», *Cuadernos*, París, núm. 15, noviembre, pp. 26-28.

*1956*

«Soleil de Monterrey», dans *Le Souvenir d'Adrienne Monnier*, número especial de *Mercure de France*, París, 1° de enero, pp. 38-39. Trad. de Emilie Noulet. En español: «Sol de Monterrey»; *O.C.*, t. X, p. 144.

«Le livre mexicain», en *Exposition du livre mexicain à Paris, Sorbonne*, Embajada de México, París, 1956.

*1957*

«Divagación de otoño en Cuernavaca», *Cuadernos*, París, marzo.

«Les lettres mexicaines au tournant de l'Indépendance», *Nouvelles du Mexique*, París, núm. 11, octubre, pp. 12-13.

*1958*

«Resumen de la literatura mexicana. I. (Siglos XVI-XIX)», *Bulletin de la Société des Langues Néo-Latines*, París, núm. 144, fascículo I, sobretiro, enero, 16 pp.

«Resumen de la literatura mexicana. II. (Siglos XVI-XIX)» *Bulletin de la Société des Langues Néo-Latines*, París, núm. 145, fascículo 2, sobretiro, abril, 16 pp.

*1959*

«Le Mexique dans une noix», *Europe*, París, noviembre. Trad. de Pierre Gamarra. En español: «México en una nuez»; *O.C.*, t. IX, p. 42.

*1960*

«Vision d'Anahuac: Pages choisies», *Nouvelles du Mexique*, París, núm. 20, enero, pp. 5-11. Extractos de la traducción de Jeanne Guérandel y de la introducción de Valery Larbaud. En español: *Visión de Anáhuac*; *O.C.*, t. II, p. 13.

«Soleil de Monterrey», *Nouvelles du Mexique*, París, núm. 20, enero, p. 1. Trad. de Guy Levis-Mano.

«Notes sur l'Intelligence Américaine», *Nouvelles du Mexique*, París, núm. 20, enero, pp. 12-14. En español: «Notas sobre la inteligencia americana», en *Última Tule*; *O.C.*, t. XI, p. 82.

«El rescate de la persona», *Cuadernos*, París, marzo, núm. 41.

*1961*

En *Les poésies mexicaines*, por Jean-Clarence Lambert, París, Seghers: «La menace de la fleur (La amenaza de la flor)»; trad. de Pierre Darmangeat. *Iphigénie cruelle* (1ª parte), trad. de Mathilde Pomès. «Saint Sébastien (San Sebastián)», trad. d'Emilie Noulet. «Herbes du tarahumara (Yerbas del tarahumara)», trad. de Guy Levis-Mano. «Soleil de Monterrey (Sol de Monterrey)», trad. de Emilie Noulet.

*1962*

«Las agonías de la razón», *Cuadernos*, París, núm. 57, febrero, pp. 3-6.

*1964*

«Correspondance Jorge Luis Borges-Alfonso Reyes», *Cahiers de l'Herne*, París, núm. 4, pp. 55-57. Trad. de Laure Bataillon.

*1967*

«Discours Prononcé par Alfonso Reyes à la Radio Alliée de New York, en 1943, à l'occasion du 14 juillet»: Extractos publicados por Etiemble en *C'est le Bouquet*, París: Gallimard, p. 426.

«Homero en Cuernavaca», Albert Fenet-Garde, «Sur la volonté d'uni-

versalité chez Alfonso Reyes (la leçon des variantes de la 2ª éd. de 'Homero en Cuernavaca')», *Caravelle*, Toulouse, núm. 9, pp. 59-74. En español, *O.C.*, t. X, pp. 403 y 408.

*1968*

«Mourir» y «Visitation», «Le thème de la mort chez les poètes mexicains d'aujourd'hui», presentación y notas: Albert Fenet-Garde y Monique Fenet-Garde, en *Le temps et la mort dans la philosophie espagnole contemporaine*, Toulouse, ed. de Privat (Col. Nouvelle Recherche), p. 185. Trad. de Monique y Albert Fenet-Garde. En español: «Morir» y «Visitación»; *O.C.*, t. X, pp. 143 y 457.

*1969*

«Salambona», Albert Fenet-Garde, «Salambona de Alfonso Reyes: poésie afrocubaine ou poésie européenne?», *Caravelle*, Toulouse, núm. 13, diciembre. «Salambona»; *O.C.*, t. X, p. 157.

*1970*

«La littérature mexicaine», *Nouvelles du Mexique*, París, pp. 63-71.

«Une lettre à Valery Larbaud», *Le Monde*, París, supl. del núm. 7780, 17 de enero. Sin crédito al traductor.

«Le Feu»: inédito, fechado el 31 de octubre de 1958, *ibid.* Trad. de Claude Fell.

«Naissance du soleil», *ibid.* Trad. de Claude Fell.

*1972*

*Correspondance Valery-Larbaud-Alfonso Reyes: 1923-1952*. Prólogo de Marcel Bataillon; introd. y notas de Paulette Patout, París: Didier (Col. Études de littérature étrangère et comparée, núm. 67).

## Bibliografía francesa de Alfonso Reyes

Escritos dedicados a Alfonso Reyes y a su obra que se han publicado en Francia o en revistas francesas en otros países.

*1911*

García Calderón, Francisco. «Prólogo» a *Cuestiones estéticas* de Alfonso Reyes, París: Ollendorff, pp. 1-4; *O.C.*, de Reyes, t. I, pp. 11-12. Incluido en *Páginas sobre Reyes*, t. I, pp. 9-10.

*1912*

Pérès, Jean. «Les idées et les livres: *Cuestiones estéticas*», *Bulletin de la Bibliothèque Américaine*, París. Incluido en *Páginas sobre Reyes*, t. I, pp. 11-13.

Mérimée, Ernest. «Sobre *cuestiones estéticas*», *Bulletin Hispanique*, Burdeos, junio, XIV: I, pp. 106-107.

*1913*

«Revue des revues», *Nouvelle Revue Française*, mars, p. 544. Reproducción de un fragmento de un artículo de Reyes, «Nosotros», publicado en la *Revista de América*, París.

«La muerte del general Reyes», *Revista de América*, París, marzo. Artículo no firmado.

*1919*

Cirot, Georges. «Les conférences de M. Alfonso Reyes», *Bulletin Hispanique*, Burdeos, 4ª serie.

_____. «Fête d'adieu des étudiants américains» (Azorín y Reyes, participaron en ella), *Bulletin Hispanique*, Burdeos.

*1920*

Foulché-Delbosc, Raymond. «La estrella de Sevilla» [comedia de Lope de Vega que Reyes había incluido en su edición de las obras de Lope], *Revue Hispanique*, París, pp. 497-677.

*1921*

Cirot, Georges. Lope, *Teatro*, t. I: «La Estrella de Sevilla», «El castigo sin venganza», «La dama boba», Madrid, edición de Saturnino Calleja. Prefacio de Alfonso Reyes, texto de las *Comedias* establecido por Nicolás González Ruiz. «Compte rendu», *Bulletin Hispanique*, Burdeos, pp. 244-245.

Foulché-Delbosc, Raymond. Prefacio a la edición de Reyes de las *Obras poéticas* de Luis de Góngora, 3 vols., Nueva York, The Hispanic Society of America.

Contreras, Francisco. «L'Esprit critique, Alfonso Reyes, *El cazador*», en el suplemento quincenal «Lettres Hispano-américaines», *Mercure de France*, París, 1° de noviembre, núm. 151, pp. 829-831.

*1922*

André, Marius. «Luis de Góngora», artículo sobre la edición de Foulché-Delbosc, bajo el título de "carta abierta" a Alfonso Reyes. *Hispania*, París, enero.

García Calderón, Ventura. «*Simpatías y diferencias, 3ª serie*, par Alfonso Reyes», *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1° de julio, II: 7, pp. 260-261.

*1923*

Galls, Hughes. Comentario sobre un artículo de Reyes acerca de Valle-

Inclán, que se publicó en *La Pluma* de Madrid, *América Latina*, París, 18 de marzo.
Artículo anónimo sobre las conferencias de Reyes en el Collège libre de Sciences Sociales, *Le Temps*, París, 22 de marzo.
García Calderón, Ventura. «Alfonso Reyes: Lutte de patrons (Traduction française)», *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1° de abril.
Anuncio de la publicación de la conferencia de Reyes: «L'Evolution du Mexique», *Amérique Latine*, París, abril.
Cassou, Jean. «Lettres espagnoles», *Mercure de France*, 15 de octubre, núm. 167, p. 237.
Contreras, Francisco. Artículo sobre la 2ª edición de *Visión de Anáhuac*, en «Revue de la Quinzaine», *Mercure de France*, 15 de octubre, núm. 167.

*1924*
Gracián, Baltasar. *L'Homme de cour* [*El cortesano*], máximas traducidas del español por Amelot de La Houssaie, con una Introducción de André Rouveyre, París: Grasset. Hay una alusión a Reyes en la Introducción.
Cassou, Jean. «Le cinquantenaire de Mallarmé à Madrid», *Mercure de France*, París, 1° de febrero.
Miomandre, Francis de. «Cinq minutes de silence», *Nouvelles Littéraires*, 1° de marzo.
Cassou, Jean. «Alfonso Reyes», *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1° de abril, pp. 328-330; seguido de la traducción de «La cena»; *O.C.*, t. III, pp. 11-17. Incluido en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. I, pp. 42-45.
«Au jour le jour: M. Alfonso Reyes», *Amérique Latine*, París, 13 de abril. Artículo no firmado.
Contreras, Francisco. «Huellas», en «Revue de la Quinzaine», «Lettres Hispanoaméricaines», *Mercure de France*, París, 15 de abril, núm. 171.
Anuncio del viaje de Reyes a México y Buenos Aires, *Amérique Latine*, París, 27 de abril. Recuadro no firmado.
Miomandre, Francis de. «Une minute de silence», *Le Journal Littéraire*, París, 5 de julio, p. 15.
Noticia del nombramiento de Reyes como ministro en París, *Le Temps*, París, 20 de diciembre, recuadro.

*1925*
Larbaud, Valery. «Salutation à Alfonso Reyes», *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1° de febrero. Publicado en el Prefacio a *Visión de Anáhuac*, traducción francesa de Jeanne Guérandel, N.R.F., 1927; incluido también en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. I, p. 142; y en la *Correspondencia Valery Larbaud-Alfonso Reyes*, París, 1972, pp.

123-125. En español, en *El Porvenir*, Monterrey, 15 de abril de 1925.
Miomandre, Francis de. «Portrait du jour: Alfonso Reyes», en «La Valise entrouverte», *L'Europe Nouvelle*, París, 3 de enero, pp. 3-4. Retrato de Alfonso Reyes hecho por José Moreno Villa.
«Les colonies sud-américaines en Europe». (Visita oficial de Reyes a Edouard Herriot), *The Paris Times*, París, 19 de enero. Artículo no firmado.
«Les colonies sud-américaines en Europe». (Visita de Alfonso Reyes al presidente de Francia), *The Paris Times*, París, 22 de enero. Artículo no firmado.
«Le nouveau ministre du Mexique à Paris»: en una entrevista concedida al *Paris Times*, Reyes define el programa del nuevo gobierno mexicano. *The Paris Times*, París, 13 de enero. Artículo no firmado, a tres columnas, con fotografía tomada por Manuel Frères.
La llegada de «M. Alfonso Reyes, ministre du Mexique», *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1° de febrero, p. 180. Breve artículo sin firma.
Cassou, Jean. «Alfonso Reyes», *Le Journal Littéraire*, París, 7 de febrero. Recepción de Alfonso Reyes en el Comité France-Amérique, *The Paris Times*, París, 12 de febrero, recuadro no firmado.
«Personnalités sud-américaines: S.E. M. Alfonso Reyes, ministre du Mexique à Paris», *Amérique Latine*, París, 22 de febrero. Artículo no firmado.
Cassou, Jean. «Alfonso Reyes», *La Vie Latine*, París, marzo. Foto de Reyes tomada por Manuel Frères.
«L'arrivée de M. Alfonso Reyes», en «Les Américains à Paris», «Le Monde Diplomatique», *Revue de l'Amérique Latine*, París, marzo. Artículo no firmado.
Anuncio del banquete del Carlton, *The Paris Times*, París, 4 de marzo. No firmado.
«Un dîner en l'honneur de M. Alfonso Reyes», *The Paris Times*, París, 13 de marzo. Artículo no firmado.
Waleffe, Maurice de. «Sur le banquet offert à Reyes», *Paris-Midi*, París, 13 de marzo.
Dermée, Paul. «Alfonso Reyes», *Nouvelles Littéraires*, París, 14 de marzo.
«À propos du banquet Reyes», *The Paris Times*, París, 15 de marzo. Recuadro no firmado.
«Don de livres mexicains à la Bibliothèque Sainte-Geneviève», *The Paris Times*, París, 19 de marzo. Recuadro no firmado.
«En l'honneur de S.E. Alfonso Reyes: compte rendu du banquet», en «Les Américains à Paris», «Le Monde Diplomatique», *Revue de l'Amérique Latine*, París, abril. Artículo no firmado.
Martinenche, Ernest. «Au banquet Alfonso Reyes», *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1° de mayo, pp. 385-389.

Zaldumbide, Gonzalo. «Au banquet Alfonso Reyes», *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1° de mayo, pp. 390-393.
Souza-Dantas, Luis de. «Au banquet Alfonso Reyes», *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1° de mayo, pp. 394-395.
Flers, Robert de. «Au banquet Alfonso Reyes», *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1° de mayo, pp. 395-398.
Richepin, Jean. «Au banquet Alfonso Reyes», *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1° de mayo, p. 402.
Zárraga, Ángel. «Au banquet Alfonso Reyes: Lettre lue par Ernest Martinenche au banquet», *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1° de mayo, p. 403.
Honnorat, Léon. «Discours au banquet Alfonso Reyes». *Ibid.*
Suplemento ilustrado de la *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1° de junio. Fotografías del banquete del Carlton y de Alfonso Reyes; caricaturas, anécdotas.
Aclaración del Ministro de México en París desmintiendo los supuestos problemas ocurridos en México, *The Paris Times*, 27 de junio. Recuadro no firmado.
Viaje de Reyes a Chamonix, *The Paris Times*, París, 21 de julio. Recuadro no firmado.
Cena en honor del general Serrano, *The Paris Times*, París, 3 de septiembre. Recuadro no firmado.
Recepción de Julio García, *The Paris Times*, París, 4 de septiembre. Recuadro no firmado.
Recepción con motivo de la Fiesta Nacional Mexicana, *The Paris Times*, París, 16 de septiembre. Recuadro no firmado.
Otro texto con el mismo motivo, *The Paris Times*, París, 17 de septiembre. Recuadro no firmado.
Cena en honor de Julio García, *The Paris Times*, París, 22 de septiembre. Recuadro no firmado.
Alfonso Reyes es recibido por el presidente Doumergue, *The Paris Times*, París, 30 de septiembre. Recuadro no firmado.
M. Paul Painlevé, presidente del Consejo, recibe a Alfonso Reyes, ministro de México, *The Paris Times*, París, 11 de octubre. Recuadro no firmado.
Alfonso Reyes recibe a Gilberto Valenzuela, *The Paris Times*, París, 27 de octubre. Recuadro no firmado.
Homenaje a Paul Groussac en la Sorbona, *The Paris Times*, París, 24 de noviembre. Recuadro no firmado.
Lectura de *Ifigenia cruel* en la casa de Gonzalo Zaldumbide, *The Paris Times*, París, 14 de diciembre. Recuadro no firmado.
«L'oeuvre littéraire de M. Alfonso Reyes: bien qu'il soit le plus jeune ministre plénipotentiaire accrédité en France, M. Alfonso Reyes a de-

rriere lui une longue carrière littéraire'', *The Paris Times*, París, 20 de diciembre. Artículo no firmado.
Forest, Louis. «Soirée chez M. Zaldumbide», *Paris-Sud-Amérique*, París, 20 de diciembre, núm. 32.
François, Maître. «Une soirée chez Zaldumbide: Equateur, la plus belle fête», 2° artículo, *Paris-Sud-Amérique*, París, 20 de diciembre, núm. 32.

*1926*

Magellan. «Soirée littéraire chez Gonzalo Zaldumbide», *Revue de l'Amérique Latine*, suplemento literario, enero.
_____. Ceremonia en honor de Paul Groussac. Fotografías y comentarios del discurso de Alfonso Reyes. *Revue de l'Amérique Latine*, suplemento literario, enero.
Pacheco, León. «Decapitados: Alfonso Reyes, Ministre du Mexique à Paris», *Paris-Sud-Amérique*, París, 1° de febrero, p. 9. Ilustrado con una caricatura de Maribona.
*La Foire de Lyon*, 2 de marzo: «La participation mexicaine a la Foire Internationale de Lyon».
«La Foire de Lyon. Conférence de M. le Ministre du Mexique», *Le Nouveau Journal de Lyon*, Lyon, 11 de marzo. Publicado también en *Le Progrès de Lyon*, Lyon, 11 de marzo. Artículo no firmado.
Conferencia de Lyon, *The Paris Times*, París, 11 de marzo. Recuadro no firmado.
«Les Étrangers à la Foire: M. Alfonso Reyes», *La Foire de Lyon*, 12 de marzo.
«Participation du Mexique à la Foire de Lyon», *La Foire de Lyon*, 12 de marzo.
«Adieu à Benjamin Barrios», *The Paris Times*, París, 20 de marzo. Recuadro no firmado.
Reyes participa en el Congreso internacional de agronomía colonial en París, *The Paris Times*, París, 22 de marzo. Recuadro no firmado.
«Les stands du Mexique à la Foire de Lyon», *Le Temps*, París, 28 de marzo. Artículo no firmado.
Alfonso Reyes es nombrado vicepresidente de la Asociación París-América Latina. *Revue de l'Amérique Latine*, París, p. 384.
Cena-conferencia de Reyes, *The Paris Times*, París, 3 de abril. Recuadro no firmado. *Id.*, otro texto, *The Paris Times*, París, 10 de abril. Recuadro no firmado.
Reyes, víctima de un ligero accidente circulatorio, *The Paris Times*, París, 12 de abril. Recuadro no firmado.
Publicación de «Simples remarques sur le Mexique», *The Paris Times*, París, 18 de abril. Recuadro no firmado.
*La Revue Latine*, París, mayo. Número sobre los bibliógrafos de América Latina.

Alfonso Reyes inaugura cuatro stands en la Feria de París, *The Paris Times*, París, 21 de mayo. Recuadro no firmado.

Artículo sobre la situación religiosa en México. *La Raza*, París, 27 de mayo.

Pomès, Mathilde. «Culture française et écrivains d'Amérique Latine: Reyes et Supervielle», *La Renaissance politique, littéraire, artistique*, París, junio.

Reyes presenta la medalla conmemorativa acuñada para celebrar el sexto centenario de la fundación de la ciudad de México, *The Paris Times*, París, 5 de junio. Recuadro no firmado.

Misión mexicana de las Cámaras de Comercio y de la Industria, *The Paris Times*, París, 12 de junio. Recuadro no firmado. *Id.*, dos textos más, *The Paris Times*, París, 15 y 20 de junio.

Recepción realizada en honor de la Misión mexicana de las Cámaras de Industria y Comercio, *The Paris Times*, París, 23 de junio. *Id.*, dos textos más (no firmados), *The Paris Times*, París, 26 y 29 de junio.

Desayuno en la Union Interalliée, *The Paris Times*, París, 29 de junio.

«Le Mexique en France» (en la Feria de París), *Revue de l'Amérique Latine*, París, suplemento ilustrado.

Cassou, Jean. «Portraits d'écrivains étrangers: Alfonso Reyes», *Revue politique et littéraire*, París, núm. 64, julio, pp. 423-424. Publicado también en *La Revue Bleue*, París, 17 de julio. Incluido en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. I, pp. 95-98.

Desayuno con Jean Périer, ministro de Francia en México, *The Paris Times*, París, 12 de julio. Recuadro no firmado.

«Les répresentants des pays latins à Paris: M. Alfonso Reyes, ministre plénipotentiaire de Mexique», *L'Action Latine*, París, 30 de julio. Recuadro no firmado.

«Une mission mexicaines», *Revue de l'Amérique Latine*, París, suplemento ilustrado, agosto.

«La guerre religieuse au Mexique. L'opinion de M. Reyes», *The Paris Times*, París, 3 de agosto. Recuadro no firmado.

Saint-Brice. «La crise mexicaine ne tardera pas à s'apaiser, dit M. Alfonso Reyes, ministre à Paris», *Le Journal*, París, 3 de agosto.

Artículo sobre «Simples remarques sur le Mexique», *Paris-Soir*, París, 8 de agosto.

Magellan. «Les enfants mexicains», *Revue de l'Amérique Latine*, París, septiembre.

Daireaux, Max. «La vie intellectuelle en Amérique Latine: la représentation de l'esprit», *France-Amérique*, revista mensual del Comité France-Amérique, París, noviembre, pp. 339-341.

Richard, René. «Alfonso Reyes: *Reloj de sol*», *New York Herald*, edición de París, 1° de noviembre.

Magellan. «Fête nationale mexicaine», suplemento de la *Revue de l'Amérique Latine*, noviembre.
Miomandre, Francis de. «Alfonso Reyes», *Le Manuscrit Autographe*, París, 5 de noviembre.
Guillais, Pierre. «Portrait du jour: Alfonso Reyes», *Paris-Soir*, París, 29 de noviembre.
Cassou, Jean. «*Reloj de sol, Madrid, Pausa, París*, par Alfonso Reyes», *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1° de diciembre, pp. 559-560.

*1927*
Larbaud, Valery. «Introduction» a *Visión de Anáhuac* de Alfonso Reyes, traducción de Jeanne Guérandel, París: Editions de la Nouvelle Revue Française.
Aclaración de Alfonso Reyes sobre los movimientos católicos sediciosos en México, *The Paris Times*, París, 7 de enero. Recuadro no firmado.
Precisiones del ministro de México sobre la situación religiosa en México, *The Paris Times*, París, 11 de enero.
«Protestation mexicaine», información del ministro de México acerca de los problemas en Nicaragua, *Le Temps*, París, 11 de enero.
«Déclaration du Ministre du Mexique en France», *Amérique Latine*, París, 23 de enero.
Bresse, Louis. «Déclaration d'Alfonso Reyes à la presse de Paris. Conférence de presse», *Correspondance Universelle États-Unis et Mexique*, París, 25 de enero.
«Déclaration de la légation du Mexique», *Amérique Latine*, París, 30 de enero.
«Communiqué de la légation du Mexique: le nouveau Traité de Commerce franco-mexicain», *Amérique Latine*, París, 30 de enero.
Recuadro no firmado que anuncia la nominación de Alfonso Reyes como delegado de México ante el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, *Amérique Latine*, París, 27 de febrero.
García Calderón, Francisco. «S.E. M. Alfonso Reyes, Ministre du Mexique», *La Revue Latine*, París, marzo.
Artículo sobre el incidente del señor Téllez en Washington, *The Paris Times*, París, 8 de marzo.
Anuncio de la partida de Reyes, *The Paris Times*, 11 de marzo. Recuadro no firmado.
«Son Excellence M. Alfonso Reyes», *Amérique Latine*, París, 13 de marzo.
Alfonso Reyes es nombrado comendador de la Legión de Honor, *The Paris Times*, París, 14 de marzo. Recuadro no firmado.
Bresse, Louis. «Les amitiés françaises et le Mexique», *Correspondance Universelle*, París, 15 de marzo.
Visita de despedida de Alfonso Reyes al presidente de Francia, *The Paris*

*Times*, París, 15 de marzo. Recuadro no firmado.
Desayuno que ofrece el ministro de la República Argentina, Álvarez de Toledo, *The Paris Times*, París, 15 de marzo. Recuadro no firmado.
Recepción de despedida en la Association Paris-Amérique Latine, *The Paris Times*, París, 19 de marzo. Recuadro no firmado.
Cena de despedida en el Cercle Paris-Amérique Latine, *The Paris Times*, París, 19 de marzo. Recuadro no firmado.
Alfonso Reyes es nombrado comendador de la Legión de Honor, *Amérique Latine*, 20 de marzo.
«M. Reyes a quitté Paris», *The Paris Times*, París, 21 de marzo. Recuadro no firmado.
«Une fête littéraire de l'Amérique Latine et de la France», *Amérique Latine*, París, 27 de marzo. Artículos anónimos sobre la despedida de Alfonso Reyes.
Auclair, Marcelle. «Alfonso Reyes», *Les Annales Politiques et Littéraires,* París, 30 de marzo. En español, en *Sagitario*, México, 15 de mayo. Publicado también en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. I, pp. 115-117.
«L'Amérique Latine et la vie française», relación de la cena de despedida ofrecida a Reyes antes de su partida, *Amérique Latine*, París, abril.
Mistral, Gabriela. «*Reloj de sol, Simpatías y diferencias* de Alfonso Reyes», *Universitario*, París, abril, IV, pp. 7-12. Publicado también en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, XIV, pp. 265-267. Incluido en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. I, pp. 118-124.
«Le départ d'Alfonso Reyes», en «Les Américains en Europe», «Le Monde Diplomatique», *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1° de abril.
«Le banquet pour Alfonso Reyes» en «Les Américains en Europe», «Le Monde Diplomatique», *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1° de abril.
Pomès, Mathilde. «Escritores de la América Latina: Alfonso Reyes», *La Razón*, Buenos Aires, 16 de diciembre. Incluido en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. I, pp. 138-141.

*1928*

Crémieux, Benjamin. «*Visión de Anáhuac* par Alfonso Reyes», *La Nouvelle Revue Française*, París, febrero.
Cassou, Jean. «Poésie» (Alfonso Reyes, *Visión de Anáhuac*, *Pausa*), *Les Nouvelles Littéraires*, París, 24 de marzo.
Thomas, Lucien-Paul. «Alfonso Reyes: *Pausa*». *Revue de l'Université de Bruxelles*, diciembre.
Rossi, G. «Les colecctions de soldats de plomb. (Avec photos de la collection mexicaine.)». *L'Ilustration*, París, 29 de diciembre.

*1929*

Maurras, Charles. *Sur la cendre de nos foyers*, edición del Capitolio. El último capítulo está dedicado exclusivamente al análisis de un artículo de Reyes.

Brion, Marcel. «Alfonso Reyes, les Jitanjáforas», *Les Nouvelles Littéraires*, París, 26 de octubre.

Crémieux, Benjamin. «Le regne des mots» (las *Jitanjáforas*), *Candide*, París, 14 de noviembre.

*1930*

Larbaud, Valery. Prefacio a *Ceux d'en bas* (traducción francesa de *Los de abajo*, de Mariano Azuela, de J. y J. Maurin).

Miomandre, Francis de. «Alfonso Reyes», *Le Manuscrit Autographe*, París, marzo, núm. 26, pp. 156-161.

Charles, Pierre. «Aux sommaires du *Manuscrit Autographe*, Alfonso Reyes», *L'Esprit Français,* París, 30 de mayo. Miomandre, Francis de. «Propos de l'enfant terrible: M. Alfonso Reyes», Les Nouvelles Litteraires, París, 9 de agosto.

«Monterrey», *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1° de septiembre, p. 274. Artículo anónimo.

Contreras, Francisco. «Memento» (*Monterrey*), *Mercure de France*, París, 15 de octubre, pp. 499-500.

*1931*

Pomès, Mathilde. «Monterrey», *Revue de Littérature Comparée*, París, núm. 11.

Brion, Marcel. «L'Actualité littéraire à l'étranger», «El testimonio de Juan Peña», Les Nouvelles Littéraires, París, 21 de febrero. Incluido en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. I, p. 169.

Labarca, Eugenio. «Courrier intellectuel de l'Amérique Latine», (*Monterrey*), *Amérique Latine*, París, 26 de abril; también el 3 de abril de 1932, el 10 de julio de 1932; y en el *Express*, París, 4 y 18 de enero de 1934.

Miomandre, Francis de. «Les activités d'Alfonso Reyes», *L'Esprit Français*, París, noviembre, pp. 94-95. Incluido en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. I, pp. 187-190.

Brion, Marcel. «L'actualité littéraire à l'étranger: 'Sonnets et Saetas'», *Les Nouvelles Littéraires*, París, 28 de noviembre, p. 6.

«L'étranger vu de France», *Figaro Artistique et Illustré*, París, diciembre, p. 56. Artículo no firmado.

«Monterrey», *Le Petit Journal*, París, 29 de diciembre. Artículo no firmado.

*1932*

Couto, Ribeiro. «*El testimonio de Juan Peña*, par Alfonso Reyes», *Cahiers du Sud*, Marsella, enero, pp. 78-80.

Reproducción de parte del artículo de Ribeiro Couto sobre «*El Testimonio de Juan Peña*» de Alfonso Reyes, publicado en *Cahiers du Sud*, Marsella, enero, en "Revues et journaux français», *Revue de l'Amérique Latine*, París, 31 de julio.

Labarca, Eugenio. «*Monterrey*», *Amérique Latine*, París, 3 de abril.

During, Ingemar. «Echos: M. Alfonso Reyes écrivain», *Revue de l'Amérique Latine*, París, 31 de julio.

Levaillant, Maurice. «Mallarmé en espagnol», en «Courrier des Lettres», *Le Figaro*, París, 26 de agosto.

Durtain, Luc. «*Le Petit Parisien* au Brésil», *Le Petit Parisien*, París, 30 de agosto. Fotografía de Reyes.

Labarca, Eugenio. «A vuelta de correo de Alfonso Reyes», *Amérique Latine*, París, 18 de septiembre.

Daireaux, Max. «Perspectives», en «La Vie Intellectuelle», *France-Amérique*, revista del Comité France-Amérique, París, noviembre, pp. 331-332.

Brion, Marcel. «Las Horas de Burgos», en «L'actualité littéraire à l'étranger», *Les Nouvelles Littéraires*, París, 3 de diciembre.

Pomès, Mathilde. «À propos des vers de circonstances, de Mallarmé: traduction et notes explicatives», *Les Nouvelles Littéraires*, París, 10 de diciembre.

*1933*

Daireaux, Max. «De la création d'une Bibliothèque Minima en Amérique Latine», *Revue de l'Amérique Latine*, París, 2 de abril.

Brion, Marcel. «L'actualité littéraire à l'étranger» (Reyes: *Tren de ondas*), *Les Nouvelles Littéraires*, París, 22 de abril. Incluido en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. I, pp. 224-225.

Levaillant, Maurice. «Un livre du M. Alfonso Reyes: *Tren de ondas*», *Amérique Latine*, París, 10 de junio.

Miomandre, Francis de. «Lettres Hispaniques: les derniers livres d'Alfonso Reyes (*Tren de ondas, Romances del Río de Enero*), *L'Esprit Français*, París, julio, pp. 318-319. Incluido en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. I, pp. 231-233.

Pitollet, Camille. «*Monterrey*, núm. 9», *Bulletin de la Société d'Études des Professeurs de Langues Méridionales*, Toulouse, año 28, núm. 78, julio.

Brion, Marcel. «Poèmes d'Alfonso Reyes: *Romances del Río de Enero*», *Les Nouvelles Littéraires*, París, 12 de agosto. Incluido en *Páginas sobre Alfonso Reyes*. t. I, pp. 234-236.

*1934*

Labarca, Eugenio. «*Monterrey, L'Express*», París, 4 y 18 de enero.

_____. Artículo sobre el poema que Reyes dedicó a Ricardo Güiraldes, *L'Express*, 11 de octubre.

1935

Brion, Marcel. «Hommage d'Alfonso Rreyes à Güiraldes», en «L'actualité littéraire à l'étranger», *Les Nouvelles Littéraires*, París, 13 de abril, núm. XIII, 652, p. 6.

Vandercammen, Edmond. «Alfonso Reyes», *Le Journal des Poètes*, Bruselas, 25 de julio. Incluido en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. I, p. 326.

*1936*

Brion, Marcel. «Poèmes d'Alfonso Reyes», *Minuta*, editado por M. Stols, *Les Nouvelles Littéraires*, París, 18 de abril, núm. 705, p. 6.

*1938*

Lecoy, Felix. *Recherches sur le «Libro de Buen Amor»*, París. Juzga la edición de Reyes con una severidad «ligera»; *cf. O. C.* de Reyes, t. XII, p. 219.

*1940*

Cassou, Jean. «Un verdadero humanista», *Argentina Libre*, Buenos Aires, 13 de junio. Incluido en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. I, pp. 394-397.

*1945*

Mallarmé, *Oeuvres*, Pléiade. Comentarios y notas de Mondor y Jean Aubry. Reyes es citado como uno de los principales autores extranjeros que escriben sobre Mallarmé, p. 1372.

Castro Leal, Antonio. «Alfonso Reyes», *Bulletin de l'Institut Français d'Amérique Latine*, México, marzo, pp. 2-3.

Xirau, Joaquín. «El deslinde, Alfonso Reyes», *Revue de l'Institut Français d'Amérique Latine*, México, núm. 1, junio, pp. 207-208. Incluido en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. I, pp. 549-552.

*1946*

Noulet, Emile. «*El deslinde,* par Alfonso Reyes», *Orbe*, México, I:5; incluido en *Rhétoriques Modernes*, Bruselas, 1956, pp. 7-9.

*1947*

Auclair, Marcelle. «Un grand écrivain mexicain à Paris», *Les Nouvelles*

*Littéraires*, París, 30 de enero, núm. 1017, p. 1; incluido en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. III, pp. 15-17.

Bataillon, Marcel. «Alfonso Reyes à l'Unesco», *Revue de Littérature Comparée*, XXI:I, enero.

Escarpit, Robert. «Alfonso Reyes, poète mexicain et humaniste, nous parle», en «Sous toutes les latitudes», *Une Semaine dans le Monde*, París, 8 de febrero.

*1948*

Miomandre, Francis de. Mallarmé, edición de Bader-Dufour. Reyes es citado en la p. 193, como uno de los «más destacados críticos extranjeros» que comentaron la obra de Mallarmé antes de 1912.

*1949*

Frank, Waldo. *Espagne vierge*, edición de Mont Blanc, París; traducción de Hélene Bousinesq, introducción de Reyes.

*1950*

Cassou, Jean. «Alfonso Reyes humanista», *La Mañana*, suplemento literario, Montevideo, 14 de mayo.

*1952*

Paz, Octavio. *Anthologie de la Poésie Mexicaine*, Nagel, París, 1952. Selección, comentarios e introducción de Octavio Paz, traducción de Guy Levis-Mano, presentación de Paul Claudel.

Etiemble, René. *Hygiène des Lettres*, t. I, NRF, p. 134.

*1953*

Miomandre, Francis de. «Sur la tragédie grecque», *Les Nouvelles Littéraires*, París, 22 de enero.

_____. «Lettres Ibériques», *Hommes et Mondes*, París, marzo, pp. 455-456.

_____. «Littérature et gastronomie», *Les Nouvelles Littéraires*, París 16 de julio.

*1954*

Cassou, Jean. «Le message des Lettres Hispano-américaines», *Preuves*, París, enero, p. 71.

Bataillon, Marcel. «Toute la sympathie de sa nature primesantière», *Le Figaro Littéraire*, París, 3 de abril, p. 5.

*1955*

Foulché-Delbosc, Raymond. «Correspondencia con Alfonso Reyes», *Ábside*, México, XIX: 1, pp. 43-57; XIX: 3, pp. 341-346; XIX: 4,

pp. 453-475. En 1956: XX: 1 pp. 75-105; XX: 2, abril, pp. 203-230; XX: 3, julio, pp. 336-363. En 1957: XXI: 1, enero, pp. 92-119; XXI: 2, abril, pp. 223-241; XXI: 3, julio, pp. 322-335; XXI: 4, pp. 469-480.

Escarpit, Robert. «Les contemporaines», en «Littérature», *Le Mexique*, París: Ode, col. Le monde en couleurs.

Monnier, Adrienne. «Réflexions sur le Mexique précolombien», en *Gazette des Lettres Nouvelles*, pp. 148-151.

Miomandre, Francis de. «Une minute de silence», *Les Nouvelles Littéraires*, París, 24 de febrero.

_____. «Lettres Ibériques», *Hommes et Mondes*, «Noces d'or avec la plume», París, julio, p. 606.

González de Mendoza, José María. «L'oeuvre d'Alfonso Reyes durant un demi-siècle», *Nouvelles de Mexique*, Ambassade du Mexique à Paris, octubre, núm. 3, pp. 9-10.

Mañach, Jorge. «Universalidad de Alfonso Reyes», *Cuadernos*, París, núm. 15, noviembre, pp. 17-25. Incluido en el *Libro jubilar de Alfonso Reyes*, pp. 9-10.

Iglesias, Ignacio. «Los 50 años de escritor de Alfonso Reyes», *Cuadernos*, París, núm. 15, noviembre, p. 26.

*1956*

«Alfonso Reyes y sus 50 años de actividad literaria», *Le Monde Latin*, París, 15 de febrero.

González de Mendoza, José María. «Algunos libros de Alfonso Reyes», conferencia dictada en la Maison du Mexique, Cité Universitaire, París, 3 de febrero. Incluida en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. I.

Miomandre, Francis de. «Lettres Ibériques», *Hommes et Mondes*, París, mayo, pp. 301-302.

Baldensperger, Fernand. «Alfonso Reyes, interprète du Mexique et de Mallarmé», *Libro jubilar de Alfonso Reyes*, 31 de diciembre, pp. 69-73.

Bataillon, Marcel. «Hernán Cortés, autor prohibido», *ibid.*, pp. 77-82.

Caillois, Roger. «Sur les sources du 'Bateau Ivre' et sur le problème des sources en poésie», *ibid.*, pp. 77-104.

Cassou, Jean. «Je vous parlais pour la derniere fois?», *ibid.*, pp. 143-151.

Etiemble, René. «Pour Alfonso Reyes», *ibid.*, pp. 167-169.

Morand, Paul. «Salva de cañón en honor de Alfonso Reyes y canonización del mismo», *ibid.*, p. 269.

Pomès, Mathilde. «Un classique vivant: Alfonso Reyes», *ibid.*, pp. 347-351.

Romains, Jules. «Message», *ibid.*, pp. 361-362.

Supervielle, Jules. «Hommage», *ibid.*, p. 369.

Vandercammen, Edmond. «Riquezas de Alfonso Reyes», *ibid.*, pp. 393-395.

*1957*

Miomandre, Francis de. «Encore les coquilles», *Les Nouvelles Littéraires*, París, 2 de mayo; continuación de otro artículo del mismo autor, «Le droit aux coquilles», *Les Nouvelles Littéraires*, 18 de abril.

Pomès, Mathilde. «Sugerencias mexicanas en Valery Larbaud», *Revista de la Universidad de México*, México, julio, pp. 10-11.

Olguín, Juan Carlos de. «Alfonso Reyes: Ensayista», *Cuadernos*, París, julio, núm. 25, p. 105.

Ricard, Robert. Reseña de *Archivo* de Alfonso Reyes (México, 1956), dedicada a «El escritor mejicano Alfonso Reyes y Unamuno» de Manuel García Blanco (*Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, noviembre de 1955, núm. 71), *Bulletin Hispanique,* «Informations», Burdeos, julio.

Moreau, Joseph. «Ingemar Düring: Alfonso Reyes helenista» (Madrid: Ínsula, 1955, 87 pp.): reseña, *Bulletin Hispanique*, Burdeos, LIX:4, p. 469, octubre.

Aubrun, Charles-Victor. «Alfonso Reyes, poète au tournant», *Les Langues Neo-Latines*, París, 4 de octubre, pp. 9-19. En español, «Alfonso Reyes, poeta a la vuelta de los caminos», *Teide*, Las Palmas, Canarias, núm. 7, pp. 3-5.

*1958*

Aymard, André. «Élogue prononcé à la séance solenelle du 14 nov. 1958. . . sur M. Alfonso Reyes, docteur 'honoris causa' de la Sorbonne», *Annales de l'Université de Paris*, París, octubre, 28:4, pp. 504-506; y en *Hommage à Alfonso Reyes*, París, 1962, pp, 35-36.

Flecniakoska, Jean-Louis. «Alfonso Reyes, *Vida y obra*, New York, Hispanic Institute», reseña en *Bulletin Hispanique*, Burdeos, núm. 60, pp. 423-424.

*1959*

Salomon, Noël. «Informations», *Bulletin Hispanique*, Burdeos, p. 361.

Aubrun, Charles-Victor. «Rafael Gutiérrez Girardot, *La imagen de América en Alfonso Reyes*», *Bulletin Hispanique*, Burdeos, abril, LXI:2-3, pp. 233-234.

Camp, Jean. «La littérature mexicaine», *Europe, littérature mexicaine*, París, noviembre, 2, 28.

Martínez, José Luis. «Les grands courants littéraires», *ibid.*, p. 29.

Xirau, Ramón. «Situation de la poésie mexicaine», *ibid*, p. 69. «Chronologie mexicaine», *ibid*, p. 175.

*1960*

Dumazeau, Henri. «Alfonso Reyes —photolégende: Don Alfonso Reyes, Président de la Fédération des Alliances Françaises de Mexique», Alianza Francesa de Mexico, *Revue du Cinquantenaire 1910-1960*, México, pp. 3-5.

Bataillon, Marcel. «Se fue Alfonso Reyes», *La Gaceta*, México, enero, p. 4.

Escarpit, Robert. «Un grand humaniste disparu: Alfonso Reyes», *Le Monde*, París, 7 de enero.

Usigli, Rodolfo. «Avec Alfonso Reyes disparaît le plus grand écrivain de langue espagnole du XX siècle», *L'Orient*, París, 9 de enero.

Vandercammen, Edmond, «La mort d'Alfonso Reyes», *Le Journal des Poètes*, Bruselas, enero, p. 9.

Pieyre de Mandiargues, André. «Alfonso Reyes», *Nouvelle Revue Française*, 12 de febrero, pp. 346-347.

Bataillon, Marcel. «Alfonso Reyes: 1889-1959», *Bulletin Hispanique*, Burdeos, enero, t. LXII, núm. 1.

_____. «Alfonso Reyes: 1889-1959» (otro artículo), *Revue de Littérature Comparée*, París, enero, pp. 159-161.

«Alfonso Reyes: biographie», *Nouvelles du Mexique*, París, enero, núm. 20, p. 2. Artículo no firmado.

Supervielle, Jules. Carta de Supervielle a Reyes, *Nouvelles du Mexique*, París, enero, núm. 20, p. 16.

Borges, Jorge Luis. «In memoriam», *Nouvelles du Mexique*, París, enero, núm. 20. Traducción de Octavio Paz y Gabriela Cabrini.

Salazar, Ricardo. Fotomontaje a partir de una fotografía de Alfonso Reyes, *Nouvelles du Mexique*, París, enero, núm. 20, p. 20.

«Éloge funèbre d'Alfonso Reyes», extractos del discurso de Jaime Torres Bodet, *Nouvelles du Mexique*, París, enero, núm. 20, p. 21.

«À la mémoire d'Alfonso Reyes à la Sorbonne»: Mariano Picón Salas, «Varón humanísimo», y Arturo García Formenti, «Alfonso Reyes: héros de la culture». *Nouvelles du Mexique*, París, enero, núm. 20, pp. 22-25.

«À la Maison de l'Amérique Latine»: reseña del homenaje a Alfonso Reyes en la Maison de l'Amérique Latine, *Nouvelles du Mexique*, París, enero, núm. 20, p. 26. Incluye fotografía.

Arciniegas, Germán. «Alfonso Reyes por la gracia de América», *Cuadernos*, París, marzo, núm. 41, pp. 9-10. Publicado en *Excelsior*, México, 31 de diciembre.

Florit, Eugenio. «Alfonso Reyes en la poesía», *Cuadernos*, París, marzo, núm. 41.

Iglesias, Ignacio. «Débito a Alfonso Reyes», *ibid.*

Gorkín, Julián. «Ante la muerte de Alfonso Reyes y Albert Camus», *ibid.*

Paz, Octavio. «El jinete del aire: 1889-1959», *ibid.*
Picón-Salas, Mariano. «Letras de Alfonso Reyes», *ibid.*
Cassou, Jean. «Le Livre d'or de la culture françcaise: Alfonso Reyes», *Culture Française*, París, abril, IX:2, pp. 3-6.
Gorkín, Julián. «Homenaje a Alfonso Reyes en la Sorbona», «Informaciones», *Cuadernos*, París, mayo, núm. 42.
Pomès, Mathilde. «Alfonso Reyes, *Le Journal des Poètes*, Bruselas, mayo, XXX:5.
_____. «Alfonso Reyes: Moctezume et l'Enéide mexicaine», *La Revue des Deux Mondes*, París, 1o. de mayo, pp. 138-139. Breve biografía de Alfonso Reyes.
Aubrun, Charles-Victor. Texto del discurso pronunciado el sábado 6 de febrero de 1960 en el anfiteatro Turgot en la Sorbona, en el marco del homenaje a la memoria de Alfonso Reyes, organizado por la revista *Cuadernos* y el *Ateneo Hispanista. Revue des Langues Néo-Latines*, París, 2 de mayo, p. 13.
Dumas, Claude. «Le Positivisme dans l'Histoire de l'Education Mexicaine», *Nouvelles du Mexique*, París, julio, núm. 22, pp. 15-18. Incluye una fotografía de Alfonso Reyes en la página 16.

*1961*

Hatzfeld, Helmut e Ives Le Hir. «James Willis Robb: *Patterns of Image and Structure in the Essays of Alfonso Reyes», Essai de bibliographie critique de stylistique française et romane.* París: Presses Universitaires, núm. 1080. p. 175.
Lambert, Jean-Clarence. «Alfonso Reyes», en *Les Poésies Mexicaines*, París: Seghers, pp. 221-222.
Camp, Jean. «Le souvenir d'Alfonso Reyes», *Les Langues Néo-Latines*, París, III, núm. 158, pp. 83-85.
Torre, Guillermo de, «Alfonso Reyes», en «El ensayo y algunos ensayistas americanos», *Cuadernos*, París, octubre, núm. 53, p. 170.

*1962*

«Note bio-bibliographique sur Alfonso Reyes», en *Hommage à Alfonso Reyes*, organizado por la Alliance Française, París, Imprimerie Coueslant, pp. 6-7. Artículo no firmado.
Romains, Jules, «Hommage de l'Académie Française», en *Hommage à Alfonso Reyes, ibid.*, p. 8.
Blancpain, Marc. «Hommage de la Fédération Française des Alliances», *ibid.*, pp. 9-10.
Dumazeau, Henri. «Hommage de la Fédération des Alliances Françaises du Mexique», *ibid.*, pp. 11-12.
Sarrailh, Jean. «Hommage à Alfonso Reyes», *ibid.*, pp. 17-21.
Bataillon, Marcel. «Hommage à Alfonso Reyes», *ibid.*, pp. 17-21.

Camp, Jean. «Hommage à Alfonso Reyes», *ibid.*, pp. 22-24.
Cassou, Jean. «Hommage à Alfonso Reyes», *ibid.*, pp. 25-26.
Etiemble, René. «Hommage à Alfonso Reyes», *ibid.*, pp. 27-30.
Aubrun, Charles-Victor. «Hommage à Alfonso Reyes», *ibid.*, pp. 31-33.
Aymard, André. «Alfonso Reyes docteur 'honoris causa' de la Sorbonne: éloge prononcé à la séance solennelle du 14 nov. 1958», *ibid.*, pp. 35-36.
Molloy, Sylvia. «El descubrimiento de la literatura hispanoamericana en Francia», *Cuadernos*, París, mayo, núm. 62.

*1963*

Sánchez, Luis Alberto. «Imagen de Alfonso Reyes», *Cuadernos*, París, núm. 71, abril, pp. 59-66.
«Brillante inauguration de l'Auditorium Alfonso Reyes», *Le Nouvelliste*, Puerto Príncipe, Haití, 4 de abril.

*1964*

Borges, Jorge Luis. «Correspondance avec Alfonso Reyes», *Cahiers de l'Herne*, París, consagrado a Jorge Luis Borges, pp. 55-57. Traducción de Laure Bataillon. Cuatro cartas, la primera de las cuales se incluye en «Estornudos literarios», Alfonso Reyes, en *A lápiz, O. C.*, t. VIII, p. 313.
Pomès, Mathilde. «Medio siglo de traducción», *Cuadernos*, París, agosto, núm. 87.
Piazza, Luis Guillermo. «Alfonso Reyes»: *Obras Completas* (vol. XVI)», *Cuadernos*, París, noviembre, núm. 90, pp. 85-86.

*1965*

Noulet, Emilie. «Alfonso Reyes: *El deslinde*», *Alphabet Critique* (*1924-1964*). Bruselas; Presses Universitaires de Bruxelles, vol. III, pp. 310-313, 312-323.
Zavala, Silvio. «Le Colegio de México», *Nouvelles du Mexique*, París, núm. 41-42, pp. 18-21.
Bibard, Michel. «L'hellénisme d'Alfonso Reyes», *Boletín de la Sección Mexicana de la Asociación Guillaume Budé*, México, octubre, pp. 11-15. Segunda parte.
Cuesta, Jorge. «Le classicisme mexicain», *Nouvelles du Mexique*, París, octubre, núms. 43-44, pp. 17-25. Incluye una fotografía de Alfonso Reyes.
«Nouvelles du Mexique», *Nouvelles du Mexique*, París, octubre de 1965,-marzo de 1966, núms. 43-44, pp. 26-35. Incluye fotografía de Reyes.

*1966*

Orphee, Elvira. «El estilo de Alfonso Reyes», *Mundo nuevo*, París, octubre, núm. 2.

*1967*

Fenet-Garde, Albert. «En hommage à Alfonso Reyes, humaniste mexicain», *Les Langues Modernes*, París, enero, año 61, núm. 1, pp. 66-74.

Pomès, Mathilde. «Valery Larbaud et les écrivains d'Amérique Latine», *Revue des Deux Mondes*, París, 15 de febrero, pp. 520-523.

Patout, Paulette. «Alfonso Reyes et Flaubert», *Boletín de la Sección Mexicana de la Asociación Guillaume Budé, México*, marzo, núm. 4, pp. 1-8.

Pomès, Mathilde. «Valery Larbaud y las letras americanas», *La Nación*, Buenos Aires, 19 de marzo.

Fenet-Garde, Albert. «Sur la volonté d'universalité chez Alfonso Reyes (la leçon des variantes de la 2e édition de 'Homero en Cuernavaca')», *Caravelle*, Toulouse, núm. 9, pp. 59-74.

Etiemble, René. «Alfonso Reyes» en *C'est le bouquet (1940-1967) (Hygiène des Lettres*, V), París: Gallimard-NRF, pp. 426-432. Incluido también en *Boletín de la Capilla Alfonsina*, México, 30 de junio de 1968, núm. 8, pp. 14-17.

Jammes, Robert. *Études sur l'oeuvre poétique de don Luis de Góngora*. Institut d'Études Ibériques et Ibéro-américaines de Bordeaux.

*1968*

Dumazeau, Henri. «Le Mexicain universel», en *Le Mexique* (col. Mondes et Voyages), París: Larousse, pp. 129-130.

Fenet-Garde, Albert y Monique Fenet-Garde. «Le thème de la mort chez les poètes mexicains d'aujourd'hui», en *Le temps et la mort dans la philosophie espagnole contemporaine*, Toulouse: Privat, PUF (col. Nouvelle Recherche). Presentación y notas de Albert y Monique Fenet-Garde a dos poemas de Alfonso Reyes.

Patout, Paulette. «Teófilo Gautier y Alfonso Reyes, prosista y poeta», ponencia presentada en el III Congreso Internacional de Hispanistas, México, julio. El texto se incluyó en las *Actas* de ese congreso, México, 1970, p. 679.

Bataillon, Marcel. Alocución en la sesión inaugural del III Congreso Internacional de Hispanistas. El texto se publicó en las *Actas* del Congreso, México, 1970, p. XXIII.

*1969*

Rose, Jean. «Lecture de *Visión de Anáhuac*», en *Presencia de Alfonso Reyes* (volumen colectivo), México: Fondo de Cultura Económica, pp. 150-154.

Patout, Paulette. «Le rôle de Renan dans la pensée d'Alfonso Reyes», *ibid.*, pp. 150-154.
Mora Lomeli, Raúl H. *Presénce et activité littéraire d'Alfonso Reyes à Madrid (1914-1924)*, «Thèse pour le doctorat du troisième cycle présentée à la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de l'Université de Paris», París, mecanografiado, 677 pp.
Fenet-Garde, Albert. «'Salambona' de Alfonso Reyes: poésie afrocubaine ou poésie européenne?», *Caravelle*, Toulouse, diciembre, núm. 13.

*1970*

Cortázar, Julio. «Nous, les enfant du Che..., Découvrir Alfonso Reyes», *Le Monde*, París, 17 de enero, suplemento del núm. 7780, p. IV.
Fell, Claude. «Étudier, découvrir Alfonso Reyes», *Le Monde*, París, 17 de enero, suplemento del núm. 7780, p. IV.
Fuentes, Carlos. «Changer les hommes pour changer les choses», *Le Monde, ibid.*, p. IV.
Pacheco, José Emilio. «Il nous apprend a écrire», *ibid.*, p. V.
Rose, Jean. «Découvrir Alfonso Reyes, citoyen du monde», *ibid.*, pp. IV-V.
Torres Bodet, Jaime. «Il était sourire et clarté», *ibid.*, p. IV.
Vargas Llosa, Mario. «Une océanique curiosité», *ibid.*, p. V; en español, *Siempre!*, México, 25 de febrero, suplemento, p. IV.
Xirau, Ramón. «Un esprit classique et un homme de dialogue», *Le Monde*, París, 17 de enero, suplemento del núm. 7780, p. V.
«Points de repère», *ibid.*, p. IV. Artículo no firmado.
Romains, Jules. «Alfonso Reyes», en *Amitiés et rencontres*, París: Flammarion, septiembre, pp. 212-214.

*1971*

Salazar, Toño. «Les monstres de la lyre latino-américaine sont d'inspiration française», *Médicine de France*, París: Olivier Perrin, 2° trimestre de 1971, núm. 221. El artículo está ilustrado con numerosas caricaturas, y dos retratos de Alfonso Reyes ilustran la portada de la revista.

*1972*

Patout, Paulette. *Valery Larbaud-Alfonso Reyes. Correspondance 1923-1952*, París: Didier, col. Études de littérature étrangère et comparée, núm. 67. Prólogo de Marcel Bataillon, introducción y notas de P. Patout.
_____. «Valery Larbaud-Alfonso Reyes: correspondance». *Cahiers des amis de Valery Larbaud*, Vichy, diciembre, núm. 10, pp. 27-35.

*1973*

Brau, Suzanne. «Larbaud, Valery y Reyes, Alfonso. Correspondance 1923-1952», *Ínsula*, Madrid, «Libros extranjeros», núm. 316, p. 20.

Capelier, Madeleine. «*Valery Larbaud-Alfonso Reyes. Correspondance 1923-1952*», reseña, *Caravelle*, núm. 20. Toulouse.

A. G. «Valery Larbaud-Alfonso Reyes», *Le Soir*, Bruselas, 20 de junio.

Patout, Paulette. Fragmentos de la introducción de *Valery Larbaud-Alfonso Reyes. Correspondance 1923-1952*, en *Médecine de France*, París: Perrin, 2°. trimestre de 1973.

Dufour, Jean-Marc. «Valery Larbaud-Alfonso Reyes. Correspondance», «Zones inexplorées», «Les lettres sud-américaines», *Les Nouvelles Littéraires*, París, núm. 2388, 2-8 de julio, año 51, p. 15.

*1974*

Lebois, André. «Valery Larbaud et Alfonso Reyes. Correspondance 1923-1952», *Littératures XXI*, Toulouse, Université de Toulouse-Le-Mirail, nueva serie, t. X, fascículo 2, p. 190.

Issorel, Jacques. «Seize lettres inédites de Xavier Villaurrutia à Alfonso, Reyes», *Caravelle,* Toulouse, núm. 23, pp. 47-62.

Guy, Alain. «Larbaud, Valery y Reyes, Alfonso: Correspondance 1923-1952», *Crisis*, Madrid, núms. 82-83, abril, p. 342.

*1975*

Patout, Paulette. Reseña del libro de Concha Meléndez, *Moradas de poesía en Alfonso Reyes, Caravelle*, Toulouse, núm. 24, pp. 103-105.

Capelier, Madeleine. «Valery Larbaud-Alfonso Reyes. Correspondance 1923-1953». *L'Agrégation*, París.

*1976*

Patout, Paulette. Reseña de la antología *Alfonso Reyes: prosa y poesía*, edición a cargo de James Willis Robb, *Caravelle.*

*1977*

Patout, Paulette. Reseña del *Epistolario Alfonso Reyes-José M. Chacón*, presentación y notas de Zenaida Gutiérrez-Vega, *Caravelle.*

_____. «Hommage à Mathilde Pomès» (La amistad Reyes-M. Pomès), *Revista de la Universidad Complutense*, Madrid, vol. XXVI, núm. 108, abril-junio.

*1978*

Blasi, Alberto. «Étude critique de l'édition de la Correspondance Valery Larbaud-Alfonso Reyes», *Cahiers des amis de Valery Larbaud*, Vichy, núm. 16, abril, pp. 17-49.

Bergamín, José. «Homenaje a Alfonso Reyes, maestro en letras humanas y divinas», *Études mexicains*, Institut d'Études Mexicains de Perpignan, mayo.

Auclair, Marcelle. *Mémoires à deux voix*. París: Seuil.

Patout, Paulette. «Réminiscences valéryennes dans *Ifigenia cruel* d'Alfonso Reyes», en el libro de homenaje a Marcel Bataillon, editado por la *Revue de Littérature Comparée*.

_____. «Un grand écrivain de Costa Rica: León Pacheco» (La amistad A. Reyes-León Pacheco), *Caravelle*, Toulouse.

*1979*

Patout, Paulette. «Alicia Reyes: *Genio y figura de Alfonso Reyes*», *Caravelle*, Toulouse.

_____. «Les poésies de Federico García Lorca et d'Alfonso Reyes. Coincidences. Réminiscences. Influences?», en *Hommage à Nöel Salomon*, París, Société des Hispanistes français.

_____. «L'amitié Jules Romains-Alfonso Reyes», *Bulletin des Amis de Jules Romains*, núm. 17, octubre, pp. 5-25, y núm. 18, diciembre, pp. 13-27, Université de Saint-Etienne.

*Valery Larbaud-Alfonso Reyes, Correspondance 1923-1952*, prólogo de Marcel Bataillon, introducción y notas de Paulette Patout, París: Klincksieck. (Se incluye la traducción al francés de las cartas escritas en español.)

*1981*

Rivas, Pierre. «Paulette Patout: *Alfonso Reyes et la France*», *Cahiers des Amis de Valery Larbaud*, Vichy, núm. 19, febrero.

Patout, Paulette. «L'amitié de Jules Supervielle pour don Alfonso Reyes» (incluye el epistolario de los dos escritores), *Littératures*, Toulouse, Université du Mirail.

_____. *Alfonso Reyes et la France*, 2a. ed. Lille: Service de reproduction des thèses. (Edición para las universidades francesas.)

*1983*

Patout, Paulette. «Los latinoamericanos en París, o las vicisitudes del descastamiento», ponencia en el XXII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, París, junio.

*1984*

Patout, Paulette. «Les Parisiens et l'esprit français, vus par l'écrivain mexicain Alfonso Reyes», ponencia en el I Congrès International de Recherche en Littérature Comparée, París, Sorbonne, París IV, publicada en las *Actas* de ese congreso: *Paris et le phénomène des capitales littéraires*, t. II.

_____. «Alfonso Reyes en Madrid, con sus amigos franceses y aliadófilos, entre 1914 y 1918», XXIII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Madrid, junio. Publicada en las *Actas* de ese congreso.
_____. «El ventanillo de Toledo», *El Alcázar*, Toledo, núm. 16, octubre.

*1985*
Patout, Paulette. «Le Mexique dans deux oeuvres de Saint-John Perse» (La amistad entre A. Reyes y A. Leger), Colloque International du CRECIF, Sorbona, febrero. Publicado en las *Actas* de ese coloquio, París, febrero.
_____. «Marcelle Auclair et l'Amérique» (La amistad Reyes-Auclair-Prévost), Colloque International Femmes des Amériques, Toulouse, abril. Publicado en *Femmes des Amériques*, Toulouse, Université du Mirail.
_____. «Alfonso Reyes y el aduanero, o el sueño mexicano de Guillaume Apollinaire», a la memoria de don Francisco Zendejas, presidente de la Sociedad Alfonsina, México, *Excelsior*.
_____. *Francia en Alfonso Reyes* (Alfonso Reyes y Francia; La imagen de Francia y de los franceses en los escritos de Alfonso Reyes; Alfonso Reyes y sus amigos escritores franceses), Monterrey: Universidad de Nuevo León, con una «Nota previa» de Israel Cavazos Garza.

*1986*
Patout, Paulette. «Sobre un tema de César Vallejo», en *El Anáhuac a través de Alfonso Reyes*, Monterrey, Universidad de Nuevo León.

*1988*
Patout, Paulette. «La cultura latinoamericana en París entre 1910 y 1936», con cuadros cronológicos sinópticos (de libros, revistas y otros acontecimientos), en *Miguel Ángel Asturias, París, 1924-1933*, volumen colectivo, pp. 748-787, París, col. Archivos.
_____. «Teresa de la Parra, París y *Las memorias de Mamá Blanca*» (La amistad Reyes-Zaldumbide en París, entre 1924-1927), en Teresa de la Parra, *Las Memorias de Mamá Blanca*, París: Crítica, col. Archivos.

*1989*
Patout, Paulette. «Alfonso Reyes y Jean Cocteau, dos poetas clásicos», su conferencia en México, en el centenario de Alfonso Reyes, mayo.
_____. «Gabriela Mistral y Teresa de la Parra, en el París de Alfonso Reyes», conferencia dictada en Monterrey, en el centenario de Alfonso Reyes, mayo.
_____. «Paul Valery y la *Ifigenia* de Alfonso Reyes», conferencia dictada en Monterrey, en el centenario de Alfonso Reyes, mayo.

_____.«Amistosa tríada: Enrique Díez-Canedo-Valery Larbaud-Alfonso Reyes», ponencia presentada en el X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Barcelona, agosto. Publicado en las *Actas* de ese congreso.
_____. «Deux Mexicains à Paris, deux amis: Ángel Zárraga et Alfonso Reyes», *Nouvelles du Mexique*, París, núm. 24.
_____. «Sobre 'Jacob', poema de Alfonso Reyes escrito en París (1925)», Colegio de México.

## Estudios Generales sobre Alfonso Reyes

Düring, Ingemar. *Alfonso Reyes helenista*. Madrid: Instituto Iberoamericano Gotemburgo Suecia, col. Ínsula, 1955, 87 pp.
Iduarte, Andrés; Eugenio Florit y Olga Blondet, *Alfonso Reyes: vida y obra. Bibliografía-antología*. Hispanic Institute, Columbia University, Nueva York, 1956, 112 pp.
Olguín, Manuel. *Alfonso Reyes, ensayista. Vida y pensamiento*. México: Ediciones de Andrea, col. Studium, II, 1956, 228 pp.
Robb, James Willis. *El estilo de Alfonso Reyes. Imagen y estructura*. México: Fondo de Cultura Económica, 1965, 268 pp.
Meléndez, Concha. *Moradas de poesía en Alfonso Reyes*. San Juan de Puerto Rico, 1973, 246 pp.
Robb, James Willis. *Repertorio bibliográfico de Alfonso Reyes*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1974, 294 pp.
_____. *Estudios sobre Alfonso Reyes*. Bogotá: El Dorado, marzo de 1976.
Reyes, Alicia. *Genio y figura de Alfonso Reyes*. Buenos Aires: Eudeba, 1976, 333 pp.

## Libros de homenaje

*Páginas sobre Alfonso Reyes (1911-1945)*. Tomo I. Reúne 118 artículos sobre Alfonso Reyes. Universidad de Nuevo León, Monterrey, 1955, 592 pp.
*Libro jubilar de Alfonso Reyes*. Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Difusión Cultural, 1956, 416 pp.
*Páginas sobre Alfonso Reyes (1946-1957)*. Tomo II. Reúne 98 artículos sobre Alfonso Reyes. Universidad de Nuevo León, Monterrey, 1957, 643 pp.
*Homage de la Fédération des Alliances Françaises du Mexique*, París, 1962.
*Presencia de Alfonso Reyes. Homenaje en el X Aniversario de su muerte. 1959-1969*. México: Fondo de Cultura Económica, 1969, 169 pp.

## OTROS TEXTOS CONSULTADOS

Adam, Carlos. «Bio-bibliografía de Victoria Ocampo», *Boletín de la Capilla Alfonsina*, núm. 29, diciembre de 1974.
Adam, Paul. «Aux intellectuels du Mexique», *Revue de l'Amérique Latine*, París, marzo de 1922.
Aguilar, Cándido. «La situación intérieure au Mexique», *France-Amérique*, París, febrero de 1920.
*Album Proust*. París: Gallimard, col. Pléiade, 1965.
Albert, P. y F. Terrou. *Histoire de la presse*, París: PUF.
«Alexandre Sux», *Paris Times*, París, 29 de abril de 1925. Artículo no firmado.
Alonso, Dámaso. *Cuatro poetas españoles*. Madrid, 1962.
*Amérique Latine*. Publicación mensual, París. Números correspondientes a los años 1924-1927.
Anderson Imbert, Enrique. *Historia de la literatura hispanoamericana*, 2 t. México: Fondo de Cultura Económica, 6a. ed., 1967.
André, Marius, «La crise religeuse au Mexique», *Revue de l'Amérique Latine*, París, septiembre de 1926, p. 284.
_____. «Luis de Góngora», *Hispania*, París, enero de 1922.
_____. «Mexique», *Revue de l'Amérique Latine*, París, marzo de 1926.
_____. «Mexique, USA et Nicaragua», *Revue de l'Amérique Latine*, París, febrero de 1927.
Apollinaire, Guillaume, «Anecdotique», *Mercure de France*, núm. 91, mayo de 1911, p. 214.
_____. *La femme assise*, en sus *Obras Completas*, edición a cargo de Michel Decaudin, 1965, t. I.
_____. *Oeuvres poétiques*. París: Gallimard, col. Pléiade, 1971.
Aponte, Barbara. *The Spanish Friendships of Alfonso Reyes*. Texas, University, 1964. Mecanografiado.
_____. *Alfonso Reyes and Spain*. University of Texas Press, 1972.
Azorín. *Obras Completas*. Madrid: Aguilar, 1961.
Azuela, Mariano. *Los de abajo*. Traducción de J. y J. Maurin, prefacio de Valery Larbaud. París: Fourcade, 1930.
Bachelard, Gaston. *L'Air et les songes*. París: Corti, 1943.
Barthe, Louis. «L'amitié franco-argentine», *Amérique Latine*, París, 8 de junio de 1924.
«La Bataille entre la lumière et les Ténèbres», *La Dépeche*, Toulouse, 2 de agosto de 1926. Artículo no firmado.
Barthélemy, Georges. «Vue d'ensemble de la situation du Mexique», *La Vie Latine*, París, septiembre de 1926.
Baucomont, Jean. «Les formulettes enfantines», *Nouvelles Littéraires*, París, 11 de julio de 1931.
Baudot, Georges. *Utopie et histoire au Mexique*. Toulouse: Privat, 1977.

Becerra Casteñeda, Berta. «Marcel Bataillon, Premio Internacional Alfonso Reyes 1974», *Boletín de la Capilla Alfonsina*, México, núm. 29, diciembre de 1974.

Benda, Julien. *La jeunesse des clercs*. París: Gallimard, NRF, 1936.

_____. *La trahison des clercs*. París: Grasset, 1927.

Bertrand, Jean. «L'évolution politique en Amérique Latine, au Mexique et aux Antilles», *Amérique Latine*, París, 30 de enero de 1927.

«Les Bibliophiles de l'Amérique Latine, association créée récemment», *La Revue Latine*, París, mayo de 1926. Artículo no firmado.

Blasi, Alberto Óscar. *Güiraldes y Larbaud. Una amistad creadora*. Buenos Aires: Nova, 1970.

Boissier, Gaston. *Nouvelles promenades archéologiques*. París: Hachette, 1904.

*Boletín alfonsino*, núm. 1. Montevideo: Hugo Rodríguez Urruty, invierno de 1966.

*Boletín de la Capilla Alfonsina*, México. La colección completa comienza en mayo de 1966.

Botrel, Jean-François. *La sociedad de ediciones literarias y artísticas, librería Paul Ollendorff*: Institut d'études ibériques et ibéro-américaines de l'Université de Bordeaux, 1970.

Breal, Auguste. *Philippe Berthelot*. París: Gallimard, 1937.

Brousson, Jean-Jacques. *Itinéraire de Paris à Buenos Aires*. París: Crès, 1927.

*Bulletin de l'Institut d'Études Mexicaines*. Perpignan, núm. 7, mayo de 1975.

Cabanne, Pierre y Pierre Restany. *L'Avant-Garde au XX^e siècle*. París: Balland, 1969.

Caillois, Roger. *Poétique de Saint-John Perse*. París: Gallimard, 1972.

Carpentier, Alejo. «Paul Rivet, l'Amérique et le Musée de l'Homme», *Revue des Deux Mondes,* París, octubre de 1976, p. 52.

Cassou, Jean. *Choix de textes*, Presentación de Pierre Georgel. París: Seghers, col. Poètes d'aujourd'hui, 1967.

_____. *Panorama de la littérature espagnole contemporaine*. París: Kra, 1929.

Castro Leal, Antonio. *Poesía mexicana moderna. Antología*. México: Fondo de Cultura Económica, 1953.

Cepeda Calzada, Pablo. *Las ideas políticas de Ortega y Gasset*. Universidad de Valladolid, 1968.

Chávez, Ezequiel, «Méjico, Francia y el mundo latino», *Revue de l'Amérique Latine*, París, enero de 1927, suplemento literario, p. VII.

_____. «L'opinion publique mexicaine et la guerre», *Bulletin de la Bibliotheque Américaine*, París, marzo de 1918. Artículo no firmado.

«Chez Adrienne Monnier», *Nouvelles Littéraires*, París, 15 de mayo de 1926. Artículo no firmado.

Claudel, Paul. *Œuvre poétique*. Introducción de Stanislas Funet. París: Gallimard, col. Pléiade, 1962.

_____. *Œuvres en prose*. París: Gallimard, col. Pléiade, 1965.

Cocteau, Jean. *Le coq et l'Arlequin*, en *Le rappel à l'ordre*, París: Stock, 1948.

_____. *Opera*, seguida de *Plain-chant*. París: Stock, col. Le Livre de Poche, 1967.

Cogniat, Raymond. «L'exposition Tarsila», *Revue de l'Amérique Latine*, París, agosto de 1926, suplemento ilustrado.

*Colloque Valery Larbaud* (Vichy, 1972). Volumen colectivo, Nizet, 1975.

Cosío Villegas, Daniel. *Historia moderna de México*. 7 vols. México: Hermes, de 1955 en adelante.

Crémieux, Benjamin. *XX siècle*. Primera serie. París: Gallimard, 1924.

Crespelle, Jean-Paul. *La vie quotidienne à Montparnasse à la grande époque. 1905-1930*. París: Hachette, 1976.

Daireaux, Max. «L'état de la littérature en Amérique Latine", *Candide*, París, 17 de diciembre de 1925.

Darío, Rubén. «Graça Aranha», *Mundial Magazine*, París, julio de 1913.

_____. «Un pintor poeta, Ángel Zárraga», *Mundial Magazine*, París, noviembre de 1912, p. 640.

_____. *Pages choisies*. Introducción de Ventura García Calderón. París: Alcan, 1918.

Dehennin, Elsa. *La résurgence de Gongora et la génération poétique de 1927*. París: Didier, 1962.

«Déjeuner offert à Tarsila do Amaral par des artistes et des écrivains français», *Amérique Latine*, 8 de julio de 1923. Artículo no firmado.

«Le départ de M. Alberto Pani», *Revue de l'Amérique Latine*, París, julio de 1931. Artículo no firmado.

Dermée, Paul. «Le Mexique en 1924», *France-Amérique*, París, noviembre de 1923.

«Dessins d'enfants mexicains», *Comoedia*, París, 28 de julio de 1926. Artículo no firmado.

Díaz Plaja, Fernando. *España, los años decisivos: 1917*. Barcelona: Plaza & Janés, 1970.

_____. *Francófilos y germanófilos: los españoles en la guerra europea*. Barcelona: Dopesa, 1973.

*Digesto sobre Alfonso Reyes*. Volumen colectivo, Pen Club de México, 31 de julio de 1924.

«Les droits et les propriétés des étrangers au Mexique», *Le Temps*, París, 24 de octubre de 1926.

Dubois, Lucile. «Hispano-Américains à Paris», *Mercure de France*, París, núm. 107, enero de 1914, p. 872.

Dudon, Paul. «Le chaos mexicain», *Les Études*, París, octubre de 1925.

_____. «La liberté au Mexique», *Les Études*, París, julio de 1926.
_____. «Lois Calles, la guerre civile», *Les Études*, París, núm. 190, enero de 1927.
_____. «La persécution religieuse au Mexique», *Les Études*, París, abril de 1926.
_____. «La résistance à la tyranie», *Les Études*, París, octubre de 1926.
Dufourcq, Norbert. *La Musique*. París: Larousse, 1965.
Dumas, Claude. «L'Europe et les Européens au Mexique vers 1840», *Langues Néo-Latines*, París, núm. 16, julio de 1962.
_____. «Juárez et la France», *Nouvelles du Mexique*, París, enero de 1972.
_____. *Justo Sierra et le Mexique de son temps, 1848-1912*. «Thèse de Doctorat d'État presentée devant l'Université de Paris IV, 1975; Service de reproduction des thèses, Université de Lille III, 1975, 3 tomos.
Dupeyrat, Bertrand. «Les luttes religieuses au Mexique», *Le Petit Journal*, París, 6 de agosto de 1926.
«Échanges culturels franco-mexicains», *Amérique Latine*, París, 3 de julio de 1927. Artículo no firmado.
«Les États-Unis et l'Amérique Centrale», *Le Temps,* París, 14 de enero de 1927. Artículo no firmado.
«Les États-Unis et le Mexique», *Le Temps*, París, 27 de agosto de 1925. Artículo no firmado.
«Les États-Unis et le Nicaragua», *Le Temps*, París, 8 de enero de 1927. Artículo no firmado.
Etiemble, Jeannine. *Jules Supervielle-Etiemble. Correspondance 1936-1959*. Texto establecido, anotado y prologado por Jeannine Etiemble. París: Société d'Enseignement Supérieur, 1969.
Etiemble, René. *C'est le bouquet!*, París: Gallimard, 1967.
_____. *Supervielle*. París: Gallimard, 1968.
Eustis, A. *Marcel Arland, Benjamin Crémieux, Ramon Fernandez, trois critiques de la Nouvelle Revue Française*. París: Debresse, 1961.
«L'Évolution de la politique américaine», *Le Temps*, París, 11 de septiembre de 1925.
Fabureau, Hubert. *Stéphane Mallarmé, son œuvre*. París: *La Nouvelle Revue Critique*, 1933.
«La fantôme du bolchevisme», *Le Temps*, París, 23 de enero de 1927. Artículo no firmado.
Fargue, Léon Paul. *Poésies*. Prefacio de Saint-John Perse. París: Gallimard, 1963.
Faÿ, Bernard. *Les Précieux*. París: Perrin, 1966.
Feillet, Gérard. «La Renaissance Latine», *Revue de l'Amérique Latine*, París, junio de 1926.
Fernandez, Ramon. *De la Personalité*. París: Amis de Sans Pareil, 1928.
_____. *Itinéraire français*. París: Ed. du Pavois, 1943.

_____. *Messages*. Primera serie. París: Gallimard.
«Les Finances publiques du Mexique», *France-Amérique*, París, enero de 1928. Artículo no firmado.
Flaubert, Gustave. *Salammbo*. París: Garnier, 1961.
Fort, Paul. *Mes Mémories: toute la vie d'un poete 1872-1943*. París: Flammarion, 1944.
France, Anatole. *La révolte des anges*. París: Le Livre de Poche, 1972.
*France-Amérique. Revue du Comité France-Amérique*. Números correspondientes a los años 1913 a 1927.
Froidevaux, Henri. «Les possibilités économiques françaises en Amérique Latine», *France-Amérique*, París, enero de 1919.
Gálvez, Manuel. *Recuerdos de la vida literaria*. 3 tomos. Buenos Aires: Hachette.
Gaos, José. «Alfonso Reyes y El Colegio de México», *Boletín de la Capilla Alfonsina*, México, núm. 7, marzo de 1968.
García Blanco, Manuel. «El escritor mejicano Alfonso Reyes y Unamuno», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 71, 1955, pp. 155-179.
_____. «Escritores franceses amigos de Unamuno», *Bulletin Hispanique*, Burdeos, 1959, p. 82.
García Calderón, Ventura. «Influence littéraire de la France à l'étranger», *Nouvelles Littéraires*, París, 27 de diciembre de 1924.
_____.«Gonzalo Zaldumbide», *France-Amérique,* París, enero de 1919.
_____ «Pourquoi nous sommes francophiles», *Bulletin de la Bibliotheque Américaine*, París, octubre de 1915, p. 9.
García Morente, Manuel. «Introduction aux deux conférences de l'Ateneo», col. Les Études bergsoniennes, en *Bergson en Espagne*, vol. IX. París, PUF, 1970.
*Le Gacetier littéraire, historiettes, anecdotes et indiscrétions de l'an 1923*. París: Crès, 1924.
Génin, Auguste. *Les Français du Mexique de XVIe siècle à nos jours*. París: N^lles ed., Argo, 1933.
Gillet, Louis. «L'art mexicain», *Amérique Latine*, París, 29 de septiembre de 1923.
Gómez de la Serna, Ramón. *Moribundia*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1948.
González de Mendoza, José María. «Unamuno y Alfonso Reyes», *El Universal Ilustrado*, México, 14 de enero de 1926.
González Peña, Carlos. *Historia de la literatura mexicana. (Desde los orígenes hasta nuestros días)*. México: Porrúa, 1966.
«M. Gonzalo Zaldumbide, diplomate et écrivain», *Paris Times*, París, 30 de marzo de 1925. Artículo no firmado.
Goyau, Georges. «Interdiction du culte au Mexique», *Le Figaro*, París, 9 de agosto de 1926.

Greene, Graham. *La puissance et la gloire*. París: Le Livre de Poche, 1971.
«La guerre religieuse au Mexique», *Le Gaulois*, París, 27 de diciembre de 1926. Artículo no firmado.
«Guerre religieuse au Mexique», *Le Temps*, París, 14 de agosto de 1926. Artículo no firmado.
Guilaine, Louis. «Álvaro Obregón», *Amérique Latine*, París, 4 de febrero de 1923.
_____. *Amérique Latine et l'impérialisme américain*. París: Colin, 1928.
_____. «L'action allemande et l'action italienne au Mexique», *Amérique,* París, 31 de agosto de 1924.
_____. «La crise centro-américaine», *Le Temps*, París, 8 de febrero de 1927.
_____. «La paix américaine», *Le Temps*, París, 14 de enero de 1927.
_____. «Le président Obregon», *Amérique Latine*, París, 18 de marzo de 1923.
_____. «Le programme du général Calles», *Amérique Latine*, París, 27 de julio de 1924.
_____. «Le programme et l'oeuvre de Vasconcelos», *Amérique Latine*, París, 7 de septiembre de 1924.
_____. «Mexique», *Amérique Latine*, París, 30 de septiembre y 16 de diciembre de 1923, 27 de enero de 1924.
Guilleminault, Gilbert. *Avant 14: Fin de la belle époque*. París: Denöel, 1966.
_____. *Les Années Folles*. París: Denöel, 1967.
Guillot-Muñoz. «L'acte de naissance d'Isidore Ducasse», *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1° de febrero de 1925.
Güiraldes, Ricardo. *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé, 1962.
Guy, Alain. *Ortega y Gasset*. París: Seghers.
Henríquez, Ureña, Pedro. *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, 1952.
_____. *Estudios de versificación española*, Buenos Aires, 1961.
_____. *Las corrientes literarias en la América hispánica*, México: Fondo de Cultura Económica, 1964.
*Hispania*. París. Números correspondientes a los años 1918 a 1922.
*Histoire de la Musique*. Tomo II: *Du XVIIIe siècle à nous jours*. París: Gallimard, col. Pléiade, 1973.
*Histoire des Littératures*. Tomo III: *Littératures françaises connexes et marginales*. París: Gallimard, col. Pléiade, 1967.
*Hommage à Jules Supervielle*, número especial de la *Nouvelle Revue Française*, París, 1960.
*Hommage à Jules Romains pour son soixantième anniversaire*, Flammarion, París, 1945.

«Homagge à Paul Groussac», *Paris-Times*, París, 24 de noviembre de 1925.

Hughe, René. «Affinités électives. Vermeer et Proust», *L'Amour de l'Art*, París, enero de 1936.

«Informations hispano-américains: le Mexique», *Amérique Latine*, París, marzo de 1924. Artículo no firmado.

Israel, Madeleine. *Jules Romains, sa vie, son oeuvre*. París: Kra, 1931.

Jean Aubry, G. *Valery Larbaud, sa vie et son oeuvre*. Monaco: Éditions du Rocher, t. I.

Kemp, Robert. «Les foules mystiques», *Liberté*, París, 4 de agosto de 1926.

Keyserling, Hermann von. *Analyse spectrale d'Europe*, 1930.

_____. *Méditations sud-américaines*, 1932.

Kiki de Montparnasse. *Souvenirs*. Prefacio de Foujita. París: Broca, 1929.

Koldewyn, Phillips. *Alfonso Reyes as a critic of peninsular Spanish Literature*. Tesis. California University, Berkeley, 1965.

_____. «Alfonso Reyes y los estudios gongorinos», en *Presencia de Alfonso Reyes*, volumen colectivo. México, 1969.

Laforgue, Jules. *Moralités légendaires*. París: Mercure de France, 1964.

Lalcona, Javier, F. *El idealismo político de Ortega y Gasset*. Madrid: Cuadermos para el Diálogo, 1974.

Larbaud, Valery. *Oeuvres Complètes*, editadas por G. Jean-Aubry y R. Mallet. 10 vols. París: Gallimard, 1950-1955.

_____. «La renaissance des lettres espagnoles», *Les Écrits nouveaux*, París, marzo de 1921.

_____. «Présentation des *Poèmes Mystiques* de Ricardo Güiraldes», *Chroniques*. París, 20 de junio de 1928.

Larreta, Enrique. *Obras Completas*. Madrid: Plenitud, 1958.

*Lautréamont*. París: Seghers, col. Poètes d'aujourd'hui.

Lebois, André. «Francis de Miomandre et l'Espagne», *Littérature,* Annales publiées par la Faculté des Lettres de Toulouse, IX, 1961, fascículo 1, pp. 149-157.

Lefevre, Fréderic. *Une heure avec. . .* Seis programas, NRF, 1924 (2), 1925, 1927, 1929, 1933.

Le Louet, Jean. «L'expression hispanique chez Supervielle», *Nouvelle Revue Français*, París, enero de 1960.

Lesca, Charles. «Historie d'une revue». *Hommage à Martinenche*. París: D'Artrey.

*Le Temps*. París. Artículos sobre México publicados entre agosto de 1913 y noviembre de 1914, y entre octubre y diciembre de 1927.

*Libra*. Buenos Aires, 1929.

Lorrain, Jean. *Monsieur de Phocas*. París: Club du Libraire, 1966.

Magellan. «Le voyage de M. P. Morand», *Revue de l'Amérique Latine*,

París, suplemento, febrero de 1927.
Maiorana, María Teresa. «Correspondencia Valery Larbaud-Alfonso Reyes», *La Nación*, Buenos Aires, 6 de mayo de 1973.
«La Maison des grands journaux ibéro-américains», *Paris-Times*, París, 4 de mayo de 1925. Artículo no firmado.
«Le maître Julián Carrillo: l'homme et sa musique», *Nouvelles du Mexique*, París, núm. 56-57, enero de 1969. Artículo no firmado.
«Lois d'éxpropiation du Mexique», *Le Temps*, París, 10 de enero de 1927.
Mallarmé, Stéphane. *Œuvres Complètes*. Introducción y notas de H. Mondor y G. Jean-Aubry. París: Gallimard, col. Pléiade, 1956.
Mandell, Lynda. «El teatro de Alfonso Reyes: una dimensión filosófica en términos psicológicos», *Boletín de la Capilla Alfonsina*, núm. 29, México, diciembre de 1974.
Mariani, Roberto. «Un arbitrario apunte sobre Alfonso Reyes», *Proa*, Buenos Aires, núm. 3, noviembre de 1924.
Marie, Jean-Etienne. «Musique électronique, expérimentale et concrète». *Histoire de la Musique, Encyclopédie de la Pléiade*.
Martin du Gard, Maurice. «La Paroisse de l'Odéon» (Adrienne Monnier), *Nouvelles Littéraires*, París, 1° de marzo de 1924.
Martínez, José Luis. «Francia en la vida y en la obra de Alfonso Reyes», *Sinopsis*, México, marzo de 1960, pp. 18-25.
_____. «Los ciclos en la obra de Alfonso Reyes», *Armas y Letras*, México, núm. 3, julio de 1960, p. 37.
Maurras, Charles. «Amérique Latine», *Action Française*, París, 30 de marzo de 1925.
_____. *Le Mystère d'Ulysse*, discurso en verano. París: Gallimard, 1923.
_____. *Sur la cendre de nos foyers*. Ed. del Capitolio, 1931.
_____. «Un message de Ch. Maurras à la latinité», reseña de una entrevista entre Maurras y dos periodistas enviados por *El Universal* de México. *Revue de l'Amérique Latine*, París, abril de 1926.
«Max Daireaux», *Paris-Times*, París, 30 de marzo de 1925. Artículo no firmado.
Mejía Sánchez, Ernesto. «Los amigos de Alfonso Reyes», conferencia dictada el 15 de mayo de 1969 y publicada en *El Anuario de Letras*, México.
_____. «Rubén Darío y Alfonso Reyes», *Boletín de la Capilla Alfonsina*, México, núm. 3, diciembre de 1966.
Meléndez, Concha. «Ficciones de Alfonso Reyes», *Libro jubilar de Alfonso Reyes*, México, 1956, p. 270.
_____. *Moradas de poesía en Alfonso Reyes*, San Juan de Puerto Rico: Cordillera, 1973.
Melo, Juan Vicente. «*Maximiliano* de Milhaud a través de la correspon-

dencia del autor con Alfonso Reyes», *Revista de la Universidad de México*, México, mayo de 1962, p. 29.
«Mexique: un complot contre le Président Calles», *Le Temps*, París, 2 de agosto de 1926. Artículo no firmado.
«Mexique», *Revue de l'Amérique Latine*, París, abril de 1925. Artículo no firmado.
«Le Mexique achète des aéroplanes à l'Allemagne», *Amérique Latine*, París, 30 de enero de 1927. Artículo no firmado.
«Le Mexique pendant les dix dernières années», *L'Écho du Mexique*, México, 1° de mayo de 1924.
Meyer, Jean. *La Christiade*. París: Payot, 1975.
Miomandre, Francis de. *Le Pavillon du Mandarin*. París: Emile-Paul Frères, 1921.
_____. Mallarmé. París: Bader-Dufour, 1948.
Mistral, Gabriela. «L'Institut International de Coopération Intellectuelle. Ce qu'il est, ce qu'il peut faire», *Revue de l'Amérique Latine*, París, julio de 1926.
Mockel, Albert. *Emile Verhaeren*. París: La Renaissance du Livre. 1917.
Molloy, Sylvia. *La diffusion de la littérature hispano-américaine en France*, au XXe siècle. París: PUF, 1972.
Monserrat, André. «José Vasconcelos contre Saint Thomas d'Aquin», *Revue de l'Amérique Latine*, París, marzo de 1926.
Montaigne. *Œuvres Complètes*. París: Gallimard, col. Pléiade, 1965.
Mora, Raúl. «El general y el poeta. Tres cartas de Bernardo Reyes a Rubén Darío», *Boletín de la Capilla Alfonsina*, México, núm. 6, diciembre de 1967.
Morand, Paul. *Fermé la nuit*. París: Le Livre de Poche, 1968.
_____. *Hiber caraïbe*. París: Flammarion, 1929.
_____. *Journal d'un attaché d'ambassade 1916-1917*. París: La Table Ronde, 1949.
_____. Monplaisir en Littérature. París: Gallimard, 1967.
Moreno, Marguerite. *Souvenirs de ma vie*. París, 1948.
Mousset, Albert. *L'Espagne dans la politique mondiale*. París: Bossard, 1923.
*Mundial Magazine*. París. Noviembre de 1911 a octubre de 1913.
Nerval, Gérard de. *Aurélia*. París: Skira, 1944.
Nervo, Amado. *Obras Completas*. Madrid: Aguilar, 1962.
_____. *Poemas: poemas breves (1894-1900)*. París: Librairie de la Veuve Bouret, 1927.
Nible, Jean de la. «Le Mexique et l'Amérique Latine», *Revue de l'Amérique Latine*, París, abril de 1922.
Niemeyer Jr., E. V. *El general Bernardo Reyes*. Prefacio de Alfonso Rangel Guerra. México: Biblioteca de Nuevo León, núm. 3.

Noulet, Emilie. «*Albums d'idées*, voilà le titre». Bruselas: Jacques Antoine (Los *Cahiers* de Paul Valéry, 1934), 1973.

*Nouvelles du Mexique*. Revista editada por la Embajada de México en París. 1952 a 1976.

Ocampo, Victoria. *Testimonios, 2a. serie*. Buenos Aires: Sur, 1941.

_____. «Alfonso Reyes mexicano y europeo», en «Dos amigos: Alfonso Reyes, Albert Camus», *Sur*, Buenos Aires, núm. 264, mayo de 1960, pp. 3-5. Publicado también en *Testimonios, 6a. serie*, Buenos Aires: Sur, 1963, pp. 180-183.

Ortega y Gasset, José. «El silencio por Mallarmé», *Revista de Occidente*, Madrid, núm. 5, noviembre de 1923, pp. 238-256.

_____. *Obras Completas*. Tomos I, II y III. Madrid: Revista de Occidente, 1958.

Pacheco, León. «Alfonso Reyes en el plano oblicuo», *La Nación*, San José de Costa Rica, 26 de junio de 1977.

_____. «El espíritu europeo de Alfonso Reyes», *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, XXXVI: 9, 4 de marzo de 1933, pp. 136-138.

_____. «Mexicanos en París: Alfonso Reyes», *Novedades*, México, núm. 727, suplemento «México en la cultura», 24 de febrero de 1963, p. 8.

Panabière, Louis. *Contribution à l'étude de l'Ateneo de la Juventud*. Thèse de 3e cycle. 2 t. Montpellier, 1975.

*Paris-Times*, París. Números correspondientes a los años 1924 a 1927.

Parkes, H. B. *Histoire du Mexique*. París: Payot, 1961.

Patiño, Hugo. «América Latina en la creación musical contemporánea francesa», *Cuadernos*, París, núm. 100, septiembre de 1965.

_____. «La influencia de la música francesa en la creación musical de América Latina», *Cuadernos*, París, núm. 95, abril de 1965.

Patout, Paulette. «In memoriam: Mathilde Pomès», *Caravelle*, Toulouse, 1977, p. 29.

_____. «Larbaud y Colombia», *Thesaurus*, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, t. XXXIII, 1973.

_____. «L'évolution des idées de Valery Larbaud sur la traduction», *Colloque Valery Larbaud*. París: Nizet, 1975.

Penot, Jacques. *Les relations entre la France et le Mexique de 1808 à 1840*, thèse de doctorat. Service de reproduction des thèses, Université de Lille III, 1976.

*Le Petit Journal*. París. Julio y agosto de 1926.

Picon, Gaëtan. «La Poésie au XIXe siècle«, *Histoire des Littératures, Encyclopédie de la Pléiade*, t. III.

Pierre-Quint, Léon. *Le comique, le mystère chez Proust*. París: Kra, 1928.

_____. *Marcel Proust, sa vie, son oeuvre*. París: Kra, 1925.

Poiret, Paul. *En habillant l'Europe*. París: Grasset, 1974.

Pomès, Mathilde. *À Rome avec Montherlant*. París: André Bonne, 1951.
Poniatowska, Elena. «Un francés descubre a un historiador novelista», *Novedades*, México, 5 de agosto de 1962. (Entrevista a Marcel Bataillon).
«Protestation des évêques mexicains», *Les Temps*, París, 21 de agosto de 1926. Artículo no firmado.
Proust, Marcel. *À la recherche du Temps perdu*. París: Gallimard, NRF, 1925.
_____. *Albertine Disparue*. París: Gallimard, NRF, 1925.
_____. *Contre Saint-Beuve*. París: Gallimard, NRF, 1954.
_____. *Le Temps retrouvé*. París: Gallimard, NRF, 1927.
Racine, Jean. *Œuvres Complètes*, París: Gallimard, col. Pléiade, 1956.
Rambier, Françoise. «Diego Rivera et la France», *Nouvelles du Mexique*, París, núm. 76-77, enero de 1974.
*Revista de América*. París, 1912 a 1914.
*Revue de l'Amérique Latine*, 1922-1932.
*Revue de Littérature Comparée*. París, núm. 1 (número especial, consagrado a América Latina), 1931.
*Revue sud-américaine*. París, 1913.
Reyes, Alicia. «Alfonso Reyes y Valery Larbaud», *Boletín Alfonsino*, Montevideo, núm. 1, invierno de 1966, pp. 16-17.
«Jean Camp y Alfonso Reyes», *Excelsior*, México, suplemento «Diorama de la cultura», 7 de abril de 1968.
_____. «Saint-John Perse y Alfonso Reyes», *Vida Universitaria*, XVIII, 990, 15 de marzo de 1970, pp. 3-10.
_____. «Tikis». «Correspondencia de Alfonso Reyes», *Nivel*, Gaceta de Cultura, México, núm. 76, 25 de abril de 1969.
_____. «Valery Larbaud-Alfonso Reyes, Correspondance», *Boletín de la Capilla Alfonsina*, México, núm. 26, octubre de 1972, p. 2.
Reyes, Rodolfo. *De mi vida. Memorias políticas (1889-1913)*. 2 t. Madrid: Biblioteca Nueva, 1929.
_____. «Problemas mexicanos», *Revista de América*, París, mayo de 1914.
Richard, René, «Le Mexique du Président Calles», *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1° de febrero de 1925.
_____. «Mexique», *Revue de l'Amérique Latine*, París, septiembre de 1926.
Robb, James Willis. «Borges y Reyes: algunas simpatías y diferencias», *Norte*, Amsterdam, enero de 1967, y en *Nivel*, México, marzo de 1968.
_____. «El *Landrú*, opereta póstuma de Alfonso Reyes», *Norte*, Amsterdam, VII, I, enero de 1966.
_____. «Estilización de temas metafísicos en Alfonso Reyes», *Diálogos*, El Colegio de México, marzo de 1978.

_____. «La amistad de Amado y Alfonso», *Cuadernos de Humanidades*, Monterrey, 1970.

_____. «Nueva ojeada a *Ifigenia* y *Landrú*», *Boletín de la Capilla Alfonsina*, México, núm. 30, enero de 1975.

Rodríguez Urruty, Hugo. «Para las relaciones Reyes-Reyles, Diálogo y ausencia», *Presencia de Alfonso Reyes*, p. 132.

Romains, Jules. *Amitiés et rencontres*. París: Flammarion, 1970.

_____. *Les Hommes de Bonne Volonté*. París: Flammarion, 1958.

_____. *Mission ou démission de la France*. México: Quetzal, col. Renaissance, núm. 1. 1942.

_____. *Nomentanus le réfugié*. (Dedicado a Alfonso Reyes). México, 1942.

_____. *Stefan Zweig, grand Européen*. Nueva York: La Maison Française, 1941.

Romains, Jules y G. Chennevière. *Traité de versification*. París, 1923.

Ronze, Raymond. «À l'Association Générale des Étudiants latino-américains de Paris», *Revue de l'Amérique Latine*, París, febrero de 1926.

Roy, Claude. *Jules Supervielle*, París: Seghers, col. Poètes d'aujourd'hui.

Sadoul, Georges. *Histoire du cinéma français*. París: Flammarion, 1949.

Saillet, Maurice. «Valery Larbaud et Monsieur Ménard, artiste lyrique», *Cahier des Amis de Valery Larbaud*, Vichy, núm. 9, mayo de 1972, p. 9.

Saint-John Perse (Alexis Léger). *Œuvres Complètes*. París: Gallimard, col. Pléiade, 1972.

Salazar, Toño. «Cinquante ans de caricatures littéraires Franco-Latino-Américains», *Médecine de France*, París, 1971, segundo trimestre.

Schneider, Marcel. *Morand*. París: Gallimard, NRF, 1971.

Siegfried, André. *USA, Canada, Mexique. Lettres de voyage*, 1935.

Silva Herzog, Jesús. *Breve historia de la Revolución Mexicana*. 2 vols. México: Fondo de Cultura Económica, 1960.

_____. «El polifacético Alfonso Reyes. Sus preocupaciones sociales», *Cuadernos Americanos*, núm. 5, 1975, pp. 77.

Solsona, Braulio. «Desde París: Por obra de cultura deberá lograrse la paz, dice el Dr. Alfonso Reyes», *Noticias Gráficas*, Buenos Aires, 2 de enero de 1947.

Spengler, Oswald. *Le déclin d'Occident*. 2 t. Traducido por M. Tazerout, París: Gallimard, 1948.

Supervielle, Jules. *Choix de textes*. París: Seghers, col. Poètes d'aujourd'hui, 1964.

_____. *En songeant a un art poétique; Naissances*. París: Gallimard, 1951.

_____. *Gravitations*, antecedida de *Débarcadères*. París: Gallimard, 1972.
_____. *Le forçat innocent, Les amis inconnus*. París: Gallimard, 1969.
_____. *L'homme de la Pampa*. París: Gallimard, NRF.
_____. *Le voleur d'enfants*. París: Gallimard, 1926.
Sux, Alejandro. «América en Europa: Alfonso Reyes», *El Universal Ilustrado*, México, 6 de mayo de 1926. Publicado también en *El Mundo*, La Habana, 9 de abril de 1926.
Testis. «Pauvre Mexique», *Action Française*, París, 1o. de agosto de 1926.
Urbina, Luis G. *La vida literaria en México*. México: Porrúa, 1946.
_____. «Madrid se despide de Alfonso Reyes», *El Universal*, México, 11 de mayo de 1924; incluido también en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. I, p. 49.
Valéry, Paul. *Œuvres*. 2 tomos. París: Gallimard, col. Pléiade, 1960.
Valle-Arizpe, Artemio de. «Alfonso Reyes, íntimo», *Digesto sobre Alfonso Reyes*. México: Pen Club de México, mayo de 1924, volante, núm. 14, p. 20.
Vallejo, Alejandro. «Una hora con Alfonso Reyes» (con una caricatura de Julio Castellanos), *Lecturas Dominicales*, suplemento semanal de *El Tiempo*, Bogotá, núm. 203, junio de 1927, vol. IX, pp. 33-35.
Vasconcelos, Iregne de. «Carta de París: O escritor Alfonso Reyes, ministro de México em Franca diz ao *Diario de Lisboa* a verdade sobre o que se passa no seu pais», *Diario de Lisboa*, Lisboa, 4 de septiembre de 1926.
Vasconcelos, José. *Breve historia de México*. México: Editorial Contemporánea, 1956.
_____. *Obras Completas*. México: Laurel, Libreros Mexicanos Unidos, 1957.
Villaurrutia, Xavier. «Los caminos de Alfonso Reyes», *Proa*, Buenos Aires, núm. 10.
«Voyage de Paul Morand au Mexique», *Amérique Latine*, París, 30 de enero de 1927. Artículo no firmado.
Waleffe, Maurice de. «Au Mexique: le Président Calles», *La Vie Latine*, París, septiembre de 1926.
_____. «Au Mexique», *Paris-Midi*, París, 13 de enero de 1926.
Zaldumbide, Gonzalo. «Alfonso Reyes en París», *El Universal Gráfico*, México, 7 de mayo de 1925; incluido en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, t. I, pp. 75-79.
_____. *Égloga trágica*. Quito, 1957.
_____. «La France en guerre», *Bulletin de la Bibliothèque Américaine*, París, noviembre de 1915, p. 116.
_____. «Pedro Henríquez Ureña: la versificación irregular en la poesía castellana», *Revue de l'Amérique Latine*, París, enero de 1922.

_____. «Ventura García Calderón», *France-Amérique*, París, mayo y agosto de 1921.
Zárraga, Ángel. «Poemas», *Ábside*, México, 2 de agosto de 1944, separata, con una introducción de Reyes.
Zea, Leopoldo. *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica*. México, 1949.

# ÍNDICE ONOMÁSTICO


*A. B. C.*, 156
Abadía de Pontigny, 599
Academia Bordelesa, 194
Academia de Bellas Artes, 153
Academia de Ciencias Morales, 153
Academia de Ciencias, 153
Academia de París, 308, 649
Academia Francesa [Académie française], 15, 153, 275, 348, 388
Academia Mexicana, 252, 625
Acapulco, 414
Acevedo, Jesús, 48, 51, 128-130, 152, 252
*Action Française, L'*, 109-110, 149, 283, 389, 434, 455, 473, 523, 526-527
*Action Latine*, 376
Acuerdos Warren-Pani, 419
Adam, Paul, 281
África, 28, 410
Agrupación Amigos del Libro de Arte (ALA), 572
Alain, 227
Alba, duquesa de, 193
Alberti, Rafael, 333
Alberto, rey, 151
Alemán, Mateo, 208
Alemania, 20, 28, 81, 84-85, 114, 127, 148, 155-156, 172, 177-178, 404, 408-409, 413, 420, 423, 428, 451, 469, 471, 474, 478, 493, 512, 574, 582
Alembert, D', 22
Alessio Robles, Miguel, 197
Alessio Robles, Vito, 455
Alfonso el Sabio, 38
Alfonso XIII, 55, 198, 257-258, 260-262, 389
Alianza Francesa de Buenos Aires, 511
Alianza Francesa de México, 630, 655, 662
Alicante, 215, 344
Allen, 393
*Almanachs littéraires*, 256
Alonso, Amado, 624
Alonso, Dámaso, 402, 533-534
Alpes Bajos, 21
Alpes, los, 529, 533
Alquié, Ferdinand, 599
Alsacia, 173
Alsacia-Lorena, 472-473
Alta California, 209
Altamira, Rafael, 159
Altamirano, Ignacio Manuel, 22
Altolaguirre, Manuel, 402, 639
Álvarez de Toledo, 275, 285, 292, 373, 485
Álvarez del Castillo, 283
Alvear, Dorita de, 509
Alvear, Elvira de, 509
Alvear, Marcelo T. de, 406, 508-509, 518
Amaral, Tarsila do, 359, 564
América Central, 33, 423, 544, 546, 611
América del Norte, 209, 546, 585
América del Sur, 294, 305, 342, 345, 357, 521, 544-546, 574, 630, 639, 644
América Española, 22, 208, 227, 308, 361
América hispánica, 271, 280, 388, 642
América Latina, 16, *passim*
América precolombina, 207

América prehispánica, 205, 367
América, 17, *passim*
American Federation of Labour, 443
*Amérique Latine*, 271, 439
Amsterdam, 594
Anáhuac, 31, 205, 285, 300, 482
Antiguo Régimen [Ancien Régime], 313, 420, 480, 505, 659
Andalucía, 195
Andersen, 379
Andorra, 348
Andrade, Oswaldo de, 564-565
André, Marius, 145-146, 222, 225, 533
Aníbal, 533
*Annales, Les*, 383, 394
Annecy, 528-529, 531
Annunzio, Gabriele d', 288-289, 316
Ansermet, Ernest, 510
Antillas, Las, 19, 212, 415, 544, 546, 611
Antoine, André, 105
Apollinaire, Guillaume, 101, 103, 214, 216, 227-228, 327, 335-336, 366, 376, 383, 385, 395, 608
Aponte, Barbara, 122
Arabia, 401
Aragón, 213
Aragon, Louis, 599
Aranha, Graça, 564
Arciniegas, Germán, 602, 640, 649, 651-652
Arciniegas, Ismael Enrique, 275, 291-292
Arcipreste de Hita, 149
Arco de la Estrella, 25
Arènes, Barrio de las, 117, 137
Arévalo Cedeño, general, 457
Argentina, 89, 158, 249, 252, 265, 275, 285, 292, 337, 339, 345, 358, 373-375, 406, 409, 482, 485, 492, 499, 508-517, 519, 522-524, 526, 529, 540, 542, 544, 561-562, 574, 581, 612, 624, 644, 647
Arguedas, Alcides, 89, 275, 292, 491, 582
Aristóteles, 609
Arland, Marcel, 358
Armont, Paul, 356
Armstrong [profesor de la Universidad de Princeton], 188
Arnold, Matthew, 274
Arredondo, Eliseo, 183, 185
Artaud, Antonin, 559, 637
Artemisa, 237, 240, 245
Arvales [hermanos], 351
Asamblea Nacional, 427
Ashford, Daisy, 397
Asia Central, 300
Asia, 38, 114, 255, 414, 587, 632, 654
Asociación Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, 599
Association France-Amérique-Latine, 292
Association Paris-Amérique Latine, 272, 284, 339, 412, 485
Asturias, Miguel Ángel, 329, 345, 392, 491, 509, 541
Asúnsolo, Enrique, 606
Asúnsolo, Ignacio, 606
Asúnsolo, sra., 606
Ateneo de la Juventud, 31, 50, 52, 59-61, 93, 100, 102, 109, 128, 153, 160, 237, 252, 304, 327, 494, 538
Ateneo de Madrid, 141, 144-145, 153, 155
Ateneo Hispanista de París, 649, 662
Ateneo Iberoamericano, 651-652
Ateneo, Hotel del, 54
Atlántico, Océano, 364
Aubanel, 535
Auber, 26
Aubignac, François Hédelin, abad de, 621
Aubrun, Charles V., 649, 651
Aubry, Jean, 93, 165, 200, 222, 636
Auclair, Marcelle, 15, 280, 282, 287, 297, 306, 326, 333, 338, 385, 392-395, 490, 518-519, 558, 624, 663
Australia, 89
Austria, 176, 408, 478, 582, 603
Avignon, 110, 535
Aymard, André, 643, 656
Ayres, Agnès, 337
Azaña, Manuel, 14, 156, 246, 250, 574
Azorín [José Martínez Ruiz], 125-128, 131-132, 140-141, 143, 149, 154,

156, 167, 176, 185-190, 194-195, 201-202, 225, 229, 238, 247, 250-251, 260, 265, 309, 331, 341, 344, 351, 518, 572, 641
Azuela, Mariano, 161, 570

Babilonia, 644
Bacarisse, Mauricio, 247, 250
Bach, Johann Sebastian, 635
Bachelard, Gaston, 366, 369, 623
Baeza, Ricardo, 346
Bagaria, 142, 147
Bailly-Baillère [impresor], 161
Baldensperger, Fernand, 566, 631, 640, 661
Ballester Gonzalvo, José, 651
Balzac, Honoré de, 80, 283, 314
Banca Única de México, 417
Banco de Francia, 475
Banco de Inglaterra, 475
Banco de Londres y México, 417
Banco Nacional de México, 417
Barba Jacob, Porfirio, 329
Barbagelata, Hugo D., 157
Barbey, 314
Barceló, 457
Barcelona, 131, 133-134, 226
Barcelonnette, 21, 27
Baroja, Pío, 142, 164, 186, 344, 655
Barra, Luis de la, 85, 275, 284
Barreda, Gabino, 22, 47, 52, 58, 210
Barrera, Carlos, 113
Barrès, Maurice, 100, 127, 186, 329
Barrio Latino, 106, 261, 457, 486
Bashkirtseff, Marie, 283
Bassiano, princesa de, 348
Bastide, Louis, 658
Bataillon, Marcel, 13, 146-147, 542, 596, 626-628, 631-632, 637, 642-644, 647, 649-652, 655
Batalla de Verdún, 156
Baudelaire, Charles, 60, 111, 135, 139, 231, 328, 398
Baudot, Georges, 15
Baviera, 172, 314
Bayeux, Mathilde de, 563
Bayona, 128, 493
Bazalgette, 362
Beach, Sylvia, 383
Beaumarchais, Pierre Caron de, 136
Bébé [véase Lynch, Morla]
Becq de Fouquières, 279, 316
Bécquer, Gustavo Adolfo, 247
Bédier, Joseph, 151
Bélgica, 148, 151, 257, 336, 451, 582
Bell, Clyve, 230
Belleville, 351
Bello, Andrés, 202
Beloff, Angelina, 102, 131, 332-333
Benda, Julien, 526, 576
Benoist-Méchin, Jacques, 362
Béranger, Pierre-Jean de, 449
Bérard, Victor, 144, 620
Béraud, André, 197
Bergamín, José, 247
Bergson, Henri, 48-49, 70, 108, 123, 153-155, 410, 621, 646
Berlín, 158, 283, 404, 423, 478
Berna, 483, 531, 571
Bernard Shaw, George, 82
Bernard, Claude, 26
Bernárdez, Francisco Luis, 519, 532
Bernheim, Galería, 328
Bertaut-Supervielle, Denise, 15
Berthelot, Philippe, 279, 295, 306, 426, 658
Berthelot, señora, 295
Berthet, Jacques, 606
Berueta, 193
Berveiller, Gina, 606
Berveiller, Michel, 599-600, 603
Berweiller, F., 639
Beuchat, 345
Biarritz, 412
Biblioteca Alfonsina, 644, 651
Biblioteca del Consejo Nacional de Educación Nacional, Buenos Aires, 514
Biblioteca Índice, 246
Biblioteca Nacional de Buenos Aires, 372, 512
Biblioteca Nacional de Madrid, 141, 145, 161, 163
Biblioteca Nacional [Francia], 82, 367
Bibliothèque de la Pléiade, 299
Billaud-Varenne, 20

Billod, Yvette, 638
Bing, Galería, 332
Bismarck, Otto, príncipe de, 44, 176, 177
Blanc, Louis, 24
Blanchard, Marie, 357, 362
Blanco Fombona, Rufino, 157, 165, 643
Blancpain, Marc, 630, 655
Blasco Ibáñez, Vicente, 261
Blasi, Alberto, 14
Bloch, Jean-Richard, 599
Bloque Nacional, 469
Bloy, León, 107, 141
Blum, Léon, 320, 473
Boétie, rue La, 327, 359
Bogotá, 386, 485
Boileau, Nicolas, 18
Boissier, Gaston, 62-63
Bolívar, Simón, 145, 194
Bolivia, 292, 345, 582
Bolsa de París, 417
Boni [véase Castellane, Boniface, conde de]
Bonnard, Abel, 516
Bonnet, Henri, 611
Borges, Jorge Luis, 15, 370, 372, 506, 519-520, 522, 532, 543, 646-647
Bossuet, Jacques-Bénigne, 98, 108, 227, 308
Botticelli, Sandro, 231
Boulanger, general, 177
Boulogne, 604
Boulogne, Bosque de, 282
Boulogne-sur-Mer, 258
Bourdelle, Antoine, 329
Bouret [editorial], 113
Bouret [librería], 75
Bourron, 95
Boussinesq, Hélène, 639
Boutroux, Émile, 49, 58, 108
Bracho, 333
Brasil, 209, 219, 271, 275-276, 292, 339-340, 345-346, 359, 384, 409, 449, 506, 516, 562-566, 570, 574, 578, 580-582, 588, 604, 635, 644, 658
Braudel, Fernand, 635
Bravo, río, 405, 424, 525
Bretaña, 79, 547
Breton, André, 383, 599, 612
Bretonne, Restif de la, 645
Briand, Aristide, 295, 298-299, 306, 407, 413, 422, 426-430, 432-436, 451, 466, 469-472, 484, 494, 658-659
Brillat-Savarin, 289
Brion, Marcel, 293, 399, 541, 637
British Museum, 297
Brueghel, Jan, 274
Brujas, 336
Brull, Mariano, 275, 282, 293, 400, 539, 571-573, 611
Brunetière, Ferdinand, 99
Brunhes, Jean, 575
Brunot, Ferdinand, 308
Bruselas, 14, 151, 262, 341, 450, 566, 571, 594
Buckle, 91
Büchenwald, 617
Budapest, 581
Buenos Aires, 87, 158, 249, 265, 292, 304, 307, 331, 337, 341, 348, 358-359, 374-375, 378, 393, 406, 484-485, 499-500, 506-509, 511-513, 516-518, 522, 526-533, 535, 539, 542, 544, 549, 557, 561, 563, 565, 567, 580-582, 589, 596-597, 601, 604, 613-614, 621, 644, 648, 658
Buffon, [conde de], 336
Bull, Tage, 295
*Bulletin de la Bibliothèque Américaine*, 157, 159, 288
*Bulletin Hispanique*, 144, 164-165, 198, 645, 655
Bullrich de Saint [familia], 509
Bullrich, Eduardo, 384
Burdeos, 26, 116-117, 143, 164, 185-195, 198, 309, 412, 460, 594, 641-642, 645
Burgos, 34, 138, 198, 332
Burrbach, M., 144
Butler, Samuel, 61, 229, 347
Buttes-Chaumont, 380

Caballeros de Colón, 424

Cabrera, Rafael, 259, 262
Cabrini, Gabrielle, 647
Cadalso, José, 18
*Cahiers de la Quinzaine*, 204
*Cahiers Verts, Les*, 259
Caillaux, Joseph, 473
Caillois, Roger, 15, 600, 614, 632, 639-640
Calderón de la Barca, Pedro, 63, 165, 252, 553
California, 594
Callao, El, 344
Calleja, Saturnino, 156
Calles, Plutarco Elías, 253-254, 258-260, 262, 265, 270, 279, 306, 309, 319, 403-409, 417-419, 422-434, 436-439, 443-445, 447-448, 450-459, 462-463, 471, 477, 484-485, 499, 506, 654
Calmette, Gaston, 473
Cambrai, 26
*Camelots du Roi*, 283
Camp, Jean, 627-628, 655
Campos Elíseos, 62, 114, 317
Camus, Albert, 645, 647, 664
Canadá, 612
Cannes, 469
Cantón, 423
Capelier, Madeleine, 15
Capilla Alfonsina, 13-14, 154, 332, 391, 398, 555-556, 569, 593-594, 597, 599, 601, 611, 625-626, 630-631, 633, 635, 649, 651, 655
Capucines, Boulevard des, 196
Caraman, Jean de, 606
Carcassonne, 129, 285
Carco, Francis, 516
Carcopino, Jérôme, 566
Cárdenas, Lázaro, 588, 596
Cardinal-Lemoine, rue du, 356
Carlos III, 208
Carlos IV, 499
Carlos V, 301, 414, 541, 631-632
Carlota, emperatriz, 175, 341
Carlton, Hotel, 290, 328, 486
Carner, Josep, 596, 600, 663
Carpentier, Alejo, 509
Carranza, Venustiano, 83, 86-87, 113-114, 130, 151, 158, 183-185, 406, 414, 477
Carranza, Eduardo, 652
Carrillo Flores, Nabor, 623
Carrillo, Julián, 340
Caruana, monseñor, 430
Carvalho, Ronald de, 564, 570
Casa Calleja, 245
Casa de América Latina, 650, 656, 662
Casa de Contratación, 416
Casa de España, La, 596
Casa de México, 662
Casa del Lago, 556
Casadesus, Robert, 566
Casals, Pablo, 651
Casas, Bartolomé de las, 206
Casasús, 606
Cascales, 224
Casino de Vichy, 157
Caso, Antonio, 48, 81, 90, 154, 159, 251, 254, 406, 546, 606, 612
Cassou, Jean, 15, 66, 165, 221-223, 248, 250-251, 259, 263, 265, 270, 272, 275, 281-282, 287, 310, 325-328, 336, 338, 342-343, 358, 362, 375-380, 389, 393, 486, 488, 491, 516, 534, 536, 542-543, 557-558, 572, 601, 623-624, 631, 633-634, 635, 637, 648, 651, 656-657, 660
Castelar, 165
Castellane, Boniface, conde de, 316-317, 318, 321
Castellane [familia], 318
Castellanos, Julio, 333-334
Castilla, 132, 285, 331, 345, 634, 648
Castillo de Chapultepec, 83
Castillo Ledón, Luis, 48
Castro, Américo, 141, 146-147, 156, 258, 261, 308
Castrogil, 331
Catulo, 263
Cendrars, Blaise, 297, 329-330, 564
Cid, El, 35
Cenobia, 511
Centro de Estudios Históricos, Madrid, 141-142, 146, 161-162, 167, 217

Centro Histórico Menéndez Pidal, 31, 384
Cercle Paris-Amérique Latine, 485
Ceretti, monseñor, 430, 449, 526
Cervantes, 217, 308, 554
Cetina, Gutierre de, 208
Cézanne, Paul, 132
Chabrol, Claude, 556
Chacón y Calvo, José María, 151, 247, 250
Chacón, manuscrito, 161, 163, 166, 246
Chamonix, 493, 529, 531
Champ-de-Mars, 291
Champion, Librería, 358
Chamson, André, 599
Chaplin, Charles, 338, 556
Chapon Fin, Le, 190
Chapultepec, Bosque de, 57, 556
Chardin, Jean-Baptiste, 127
Charles, Géo, 565
Charmettes, 527
Charny, 297
Chartres, 262
Chateaubriand, François-René de, 21, 145, 170-171, 227, 336, 633
Chatillon, Henri de, 606
Chávez, Ezequiel A., 157, 309
Chávez, Ignacio, 630
Checoslovaquia, 178
Chelsea, 347
Chénier, André, 48-50
Chennevière, Georges, 216
Cherburgo, 54
Chesterton, Gilbert K., 155-156, 293, 347, 585
Chevalier, François, 627
Chicago, 431
Chile, 202, 257, 261, 275, 392, 541
China, 207, 213, 255, 300, 305, 346
Christo Filho, Homem, 93
Cid, El, 35
Cinco de Mayo, Avenida del, 75
Circo de Invierno, 259
Cirot, Georges, 195
Cité Varenne, 281
Ciudad Universitaria, París, 309
Clair, René, 219
Clarín [Leopoldo Alas], 344
Claudel, Paul, 99-100, 107, 132-133, 136, 156, 176, 185, 216, 221, 227, 240, 265, 295-296, 305, 310, 330, 340, 346-348, 361, 364, 366, 383, 385-386, 401-402, 462, 494, 506, 525, 536, 541, 549, 562-563, 600, 606
Clemenceau, Georges, 38, 177-180, 282, 473-474, 512, 514, 616
CLI, 279, 393, 399
*Closerie des Lilas*, 97, 103
Club Francés de Buenos Aires, 512
Cocteau, Jean, 61, 227, 297, 326, 328, 330, 333, 338, 359, 368, 385, 395-398, 462, 494
Colección Índice, 300
Colegio de Francia, El, 22, 108, 144, 308, 596, 649, 655
Colegio de México, El, 588, 596, 644, 619, 628, 649
Colegio de San Agustín, 535
Colegio de San Ildefonso, 47
Colegio Nacional, El, 596, 619, 622, 651
Colegio Saint-Augustin, 354
Coleridge, 133
Colette, 330, 356, 541
Colmar, 635
Collège de France, Le [véase Colegio de Francia, El]
Colombia, 275, 291-292, 539, 541, 582, 611
Colombo, impresor, 531
Comédie de los Campos Elíseos, 380
Comédie Française, 651
Comité de Amigos de las Letras, 650
Comité de Liberación Nacional, 611
Comité de los Metalúrgicos, 469-470
Comité France-Amérique, 88, 262, 271, 279, 295, 307-308, 439, 456, 535
Comité para las Relaciones Culturales México-Europa, 611-612
*Commerce*, 250, 303, 348, 519, 521, 560
*Comoedia*, 329
Compas d'Or, 262

Comte, Auguste, 22, 47, 70, 210, 481, 524, 657, 664
*Comuna, La*, 24
Confederación Helvética, 408
Conferencia Internacional sobre Tráfico de Armas, 409
Congo, 358, 385, 585
Congreso de Viena, 170, 173, 193
Constitución de 1917, 418, 438
Constitución de 1857, 175
Contat, duque de, 297
*Contemporáneos*, 539
Contreras, Francisco, 198-200, 222, 516, 570
Coolidge, 424, 431, 434
Copeau, Jacques, 105, 112
Coqueto, Juan [Jean Cocteau], 396
Cordier, Henri, 25, 45
Córdoba, 223, 578
Corneille, Pierre, 17, 36, 208, 242, 273, 348, 584, 598
Cornejo, Mariano, 275, 285, 292
Corot, Jean-Baptiste, 25, 333
Corpus Barga [Andrés García de la Barga], 275, 362, 375, 601
Corral, Ramón, 44
Corrèze, 292
Cortambert, rue, 280-282, 297, 309, 327, 332, 334, 338, 356-357, 376, 384, 393-394, 456, 657
Cortés, Hernán, 133-134, 205-206, 300-301, 414-415, 585, 631-632, 646, 654
Cortés, Martín, 632
Corthis, André, 275, 277
Corti, conde de, 341
Cortot, Alfred, 200
Coruña, La, 74
Cosío Villegas, Daniel, 23, 644
Cossío del Pomar, Felipe, 91-92, 97
Costa Rica, 14
Coster, Adolphe, 202
*Côte Foyot*, 342
Couchod, 310
Coulon, Marcel, 633
Coupet-Sarrailh, Jean, 275
Courbet, Gustave, 25
Cours de l'Intendence, 193
Courteault, 194
Cravioto, Alfonso, 48, 51
Crécy, Odette de [personaje de Proust], 230-231, 235, 318, 320
Crémieux, Benjamin, 226, 282, 310, 321-322, 325, 357, 510-511, 556-557, 567, 570, 581, 601, 617, 624
Crès [editorial], 314
Crès [librería], 256
Crespi, Tito, 433-434
Cristo Rey, 437
Cristo, 218, 397, 605
*Cristóbal Colón*, 251
*Crítica, La*, 346
Croce, Benedetto, 70, 163, 274, 345-346
Croisset, Francis de, 566
*Croix, La*, 425, 455
CROM, 418, 458, 499
Cruz, Sor Juana Inés de la, 216
*Cuadernos del Plata*, 522, 531-532
*Cuadernos Americanos*, 614, 626
*Cuadernos Literarios*, 249-250, 517
*Cuadernos*, 640, 649, 652
Cuba, 136, 213, 272, 275, 297, 541, 611
Cuernavaca, 104, 625
Cuervo, Rufino José, 202, 261
Cueva, Juan de la, 208
Cujas, rue, 454
Curie, Marie, 510

Dadá, 131
Daireaux, Max, 157, 222, 275, 292, 544-547, 571, 573
Dante Alighieri, 345
Danton, rue, 453
Darío, Rubén, 22, 36-37, 48, 50, 55, 88, 90, 94, 106, 114, 167, 222, 263, 279, 289, 329, 353, 395, 406, 516, 573, 600, 643
Daudet, Alphonse, 474, 521, 643
Daudet, Léon, 109, 473, 513, 526, 568, 623
Daudet, Philippe, 474
Dautel, comisario, 548, 554
David, rue, 282
Dawes, Plan, 474

Debussy, Claude, 283, 305, 339, 511
Decena Trágica, 59, 74
Deffand, Madame du, 645
Déjean, conde, 295, 378, 416, 426, 451, 455, 488, 499, 565, 589
Delarue-Mardrus, Lucie, 395, 399
Delaunay, Robert, 131, 327, 336, 376
Delaunay, Sonia, 131, 336, 376
Delaure-Mardrus, Lucie, 499
Delbos, Yvon, 373
Delft, Vermeer de, 229-236
Delteil, Joseph, 385, 572
Denis, Ernest, 144, 178
Denis, Serge, 574
*Dépêche du Midi, La*, 440
Der Goltz, Von, 140
Derain, André, 326
Derême, Tristan, 282, 541
Déroulède, Paul, 177
Descartes, René, 18, 127, 579-580, 623, 631
Desmarets de Saint-Sorlin, Jean, 17
Desnos, Robert, 509
Desthieux, Jean, 570
Deva, 200
Devambez, Galería, 328
Diaghilev, Serge de, 211, 329
Díaz de Gamarra, Benito, 18
Díaz del Castillo, Bernal, 415
Díaz Lombardo, Miguel, 82-83
Díaz Mirón, Salvador, 22, 48
Díaz, Leopoldo, 202
Díaz, Porfirio, 23, 25, 27-28, 39, 42-44, 51-55, 57, 83-84, 88, 172, 210, 213, 215, 217, 221, 225-226, 279, 332, 343, 451
Diego, Gerardo, 244, 250
Díez-Canedo, Enrique, 141-142, 156, 163, 200-201, 229, 247, 249-250, 265, 279, 282, 333, 342, 344, 346, 358, 374, 383, 387, 462, 491, 538, 569, 574, 582, 588, 593, 595
Díez-Canedo, Joaquín, 14
Digny, 530
Dimier, Louis, 580
*Diogène*, 640
Doll, Ramón, 523-524
Domenchina, Juan José, 301
Dominicana, República, 582
Dongen, Van, 92, 326, 329, 333, 486
Dorziat, Gabrielle, 458
Douarnenez, 79
Doumergue, Gaston, 279, 413, 485
Dreyfus, 218
Drieu La Rochelle, Pierre, 510, 617
Drouot, Hotel, 93, 385
Dubost, Antonin, 474
Ducasse, Isidore, 486
Duhamel, Georges, 280, 382, 385, 516, 582-583, 589, 608
Dujardin, Édouard, 248, 535
Dukas, Paul, 339
Dumas, Alejandro, 22, 60, 250
Dumas, George, 429
Dumazeau, Henri, 15, 630, 655
Dunkerque, 140
Durtain, Luc, 556, 569-570, 601
Dyck, Van, 34

Echeverría, Luis, 14
*Écho de Paris, L'*, 425, 434, 436
*Écho Franco-Mexicain, L'*, 378
École des Hautes Études, 596
Ecuador, 275, 285, 288, 290-291, 344, 611
Egipto, 207, 413
Ehrenbourg, Ilya, 103, 599
Eiffel, Torre, 291, 585
Einstein, Albert, 155, 304
Elba, Isla de, 172
Elisée-Reclus, Avenue, 291
Eliseo, El, 298, 476
Elizondo, Rafael, 556
Ellebeuse, Clara de, 57
Émile-Paul, 558
Émile-Paul [editorial], 223, 376
Encina, Juan de la, 595
Eneas, 264
Enrique IV, 453
Entwistle, W. J., 582
Erasmo, 655
Escalier, Pinto, 291
Escarpit, Robert, 13, 597, 627-629, 631, 637, 646-647
Escorial, El, 140
Escuela de Altos Estudios, 58

Escuela de Bellas Artes de México, 334
Escuela de Ciencias Políticas, París, 388
Escuela de París, 325, 331
Escuela Mexicana, 329
Escuela Nacional de Jurisprudencia, 51, 58
Escuela Nacional Preparatoria, 43-44, 47-48, 50, 145, 154, 608
Escuela Normal Superior [París], 308, 599
España, 18, *passim*
*España, El*, 73-74, 489, 499
*España*, 142, 147, 155, 201, 215, 219, 228
Español, Restaurante, 342, 358
*Espectador, El*, 45
Espronceda, José de, 35
Esquilo, 387
Estados Alemanes, 348
Estados Unidos, 20, 28, 43, 84, 86, 89, 159, 189, 202, 209, 258, 260, 264, 296-297, 449, 451-452, 457, 471, 484, 500, 545-546, 562, 584, 587, 604, 611-612, 615, 631, 642, 644
Estelrich, J., 582
Estévez, Luis, 606
Estévez, Pedro, 606
Estoril, 260
Estrada, Genaro, 196, 252-254, 279, 297-298, 326, 404-405, 411, 418, 462, 483, 491
Etcheagaray, Salvador, 332
Étiemble, René, 370, 599-600, 603, 612, 630, 632, 637, 650-651, 656
Étoile, L', 503
*Études, Les*, 425-426, 432-433, 435, 455
Eugenia, emperatriz, 174
Eurípides, 653
Europa del Este, 178
Europa, 19, *passim*
*Europe Nouvelle, L'*, 272, 439
*Europe, L'*, 228
Evans, Rosalie, 407
Évian, 57
*Excelsior*, 293
Excélsior, Editorial, 332
Exposición de Artes Decorativas, 475
Extremadura, 207
Extremo Oriente, 423

Fabre, Jean-Henri, 65, 76, 108, 110, 138-139, 213, 217, 304, 529
Fabre, monseñor, 427
Fabureau, Hubert, 536
Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, 541
Facultad de Derecho y de Letras de Lyon, 413
Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, 619, 622-623
Facultad de Letras de la Sorbona, 308, 643
Facultad de Medicina de París, 566
Faguet, Émile, 60
Falla, Manuel de, 226, 244, 338-340, 344, 567
Faraday, rue, 79
Fargue, Léon-Paul, 221,306, 330, 338, 348, 352, 356, 385, 509, 519, 536, 645
Farigoule, Louis, 217
Fauguet, Émile, 507
Faure, Élie, 101, 103, 250
Federación de Alianzas Francesas de México, 630, 655
Federación Internacional de los Pen Club, 581
Federación Nacional de Librepensadores de Francia, 436
Felipe II, 631
Fénelon, 23, 62
Feria de Lyon, 415, 417
Fernández Almagro, Melchor, 250
Fernández, José Ramón, 313
Fernandez, Ramon, 313, 321-322, 502, 617
Fernando VII, 20, 193
Fernando XIII, 440
Ferry, Jules, 179-180
Figari, Pedro, 281, 292, 334, 358-359, 362
*Figaro Littéraire, Le*, 636
*Figaro, Le*, 312, 435
Figuereido, Fidelino de, 582

Flammarion [editorial], 610
Flaubert, Gustave, 50, 60, 239, 382, 621
Flers, Robert de, 275-277, 458
Florencia, 345
Florida, La, 220
Focillon, Henri, 294, 410, 575, 577, 600, 602, 605
Folies-Bergères, 75
Fondo de Cultura Económica (FCE), 14, 625, 636
Fontainebleau, 95, 307, 538
Fontenay-aux-Roses, 344
Fontenelle, Bernard Le Bovier de, 127, 646
Fontenoy, condes de, 315
Forest, Louis, 292
Fort, Paul, 97-98, 103, 107, 359, 385, 485
Foujita, Tsugouharu, 103, 297, 326-327, 329, 333-334, 570
Foulché-Delbosc, Raymond, 77, 93-95, 98, 122, 125, 128, 130, 136, 138, 143, 150, 160-166, 184, 195, 197, 204, 211, 225, 245-246, 249, 270, 288, 307, 490, 520, 538, 541
Fouquières, M. de, 486
Fourcade, J.O., 558
Fourier, 24
Fournière, Martial de la, 15
Foyot [restaurante], 342, 358
France, Anatole, 23, 99, 129, 259, 512
*France-Amérique*, 271, 439
Francen, Victor, 645
Francia, 13, *passim*
Frank, Waldo, 258, 639
Fratellini [hermanos], 259
Frente Nacional, 471
Freud, Sigmund, 221, 400
Frobenius, Leo, 155
Fuenterrabía, 128
Fuentes, Carlos, 14
Fuyer, Hotel, 109

Galería Weill, 102
Galley, Claudine, 530
Gallimard [editorial] 342, 377, 491, 557, 638
Gallimard, Gaston, 147, 221, 377, 558, 560
Gallimard [librería] 256
Gallut-Frizeau, 15
Galsworthy, 280
Gálvez, Delfina, 516
Gálvez, Manuel, 356, 515-516, 581
Gambais, 548-549
Gambetta, 179-180
Gangotena, Alfredo, 362
Ganivet, André, 344, 388
Gaos, José, 595-596
García Calderón, Francisco, 55, 89-93, 108, 157, 170, 262, 275, 280, 291, 333, 487, 489, 491, 515, 624
García Calderón [hermanos], 90, 108-109, 113, 224, 288-289, 293, 306
García Calderón, José, 90, 157
García Calderón, Ventura, 58, 89, 92, 108, 137, 157, 160, 200-203, 273, 275, 291, 293-294, 329, 332, 342, 389, 489, 491, 515, 565, 624
García Formenti, M., 650
García Lorca, Federico, 244, 333, 579, 647
Garcilaso de la Vega, 224
Gardó, Antonio, 652
Garnier, Editorial, 92, 98, 113
Garrau-Dombasle, Francion, 606
Gasparir, cardenal, 421, 427, 430, 432
Gauclère, Yassu, 599
Gaulle, Charles de, 600
*Gaulois, Le*, 312, 455
Gaustier, 188
Gauthier, Marcel, 541
Gautier, Teófilo, 136, 186, 198, 250, 328, 331, 607, 610
Gavidia, Francisco, 329
General Pardiñas, calle del, 151, 156
Geneviève, Vierge, 65
Génin, Auguste, 297, 435
Gibraltar, Estrecho de, 620
Gide, André, 99-100, 156, 197, 221, 238, 240, 256, 321, 347-348, 358, 380, 383, 385-387, 494, 511, 529, 536, 573, 585, 608, 621
Gijón, conde de, 194
Gilberty, Maturini, fray, 17

Ginebra, 408-410, 480, 530
Giono, Jean, 509, 541
Giraudoux, Jean, 241, 295-296, 378, 385, 516, 519, 622
Gleizes, Albert, 326
Gobi, Desierto del, 300
Gobillard [familia], 388
Gobineau, 100
Godebsky, Cipa, 338-339
Godoy, Armand, 275, 292-293, 306, 332, 340, 492, 558, 573
Goethe, Wolfang, 238, 578, 639, 653
Golfo de México, 297, 299, 336, 441, 557
Gómara, Francisco López de, 345, 631-632
Gómez, Juan Vicente, 457
Gómez Carrillo, Juan Vicente, 88, 93, 165, 203, 329, 492
Gómez de Baquero, Eduardo, 250, 251
Gómez de la Serna, Ramón, 129, 147, 164-165, 222-223, 226, 247, 250, 260, 296, 313, 335, 337, 344, 346, 362, 383-384, 387, 394-396
Gómez Ocerín, Justo, 263, 282
Gómez Restrepo, 160
Goncourt, Edmond Huot de, 61, 231, 535
Goncourt, Jules Huot de, 61, 231, 535
Goncourt [premio], 197, 296, 323
Góngora, Luis de, 94, 140, 145-146, 161, 197, 202, 223-225, 242, 244-246, 274, 276-277, 307, 402, 520, 533-536, 543, 551, 559-560, 578, 636, 640, 648, 653
González de Mendoza, José María, 275, 281-282, 311, 329, 453, 492, 571
González Martínez, Enrique, 136, 249, 260, 282, 453, 483, 517, 546, 626
González, Fernando, 250
González, Manuel, 313, 502
Gosse, Edmund, 382, 536
Gould, Anna, 316, 318
Gounod, Charles, 26
Gouraud, general, 114
Gourmont, Remy de, 60, 141, 200-203, 328, 533, 535, 543
Goya, Francisco de, 136-137, 138-139, 186, 192-193, 312, 331
Goyau, Georges, 435
Goyhenne [familia], 38
Gracián, Baltasar, 140, 259, 274, 543
Graffenried, señorita, 530
Gran Bretaña, 70, 403, 407, 475, 587
Gran Guerra, 173
Gran Guignol, 105, 262
Gran Hotel, 196
Gran Teatro de Burdeos, 187
Grand Palais, 280
Grand Prix d'Auteuil, 450
Grande Maison de Blanc, 333-335
Grecia, 49-50, 52, 61, 136, 168, 205, 524, 596, 615, 620-622
Greco, El, 140, 312
Gredos, 261
Green, Julien, 612
Greene, Graham, 441
Grenelle, rue de, 15, 389-390
Grey, Roch, 335
Gris, Juan, 92
Groupement des Universités et Grandes Écoles de France pour les Relations avec l'Amérique Latine, 84
Groussac, Paul, 357, 372-374, 512-513, 520, 633, 648
Grupo de los Seis, 212
Guadalajara, 420, 454
Guadalupe, isla de, 19, 213
Guadalupe, Virgen de, 53, 207
Guadarrama, 156
Guadarrama, río, 149, 167
Guanajuato, 26
Guatemala, 28, 64, 392
Güera Rodríguez, la, 416
Guérandel, Jeanne, 301, 342, 377, 557, 558
Guerchin, 332
Guermantes [familia; personajes de Proust], 320
Guetaria, 412
Guilaine, Louis, 448
Guillén, Jorge, 163, 244, 362, 402, 571, 573
Guillén, Palma, 294, 488
Guillermo II, 176

Guillot Muñoz, Gervasio, 374
Guimet, Museo, 262
Güiraldes, Adelina del Carril de, 374, 384, 389, 518
Güiraldes, Ricardo, 14, 114, 304, 306, 356, 358, 362, 370, 374, 384, 389, 508, 516-520, 522, 543, 579, 647
Guitry, Sacha, 623
Guizot, François, 174, 179
Gurrola, Juan José, 556
Gutiérrez Blanchard, María (Marie), 131
Gutiérrez Nájera, Manuel, 22, 48, 51
Gutiérrez Solana, 250
Guzmán, Martín Luis, 128-129, 137, 142, 152, 155, 163, 282, 491

Haarlem, Vermeer de, 232
Habana, La, 24, 57, 76, 130, 194, 602, 611, 658
Hachette, Editorial, 24
Hahn, Reynaldo, 312-313
Halffter, Emilia, 606
Halles, Les, 262, 460-461
Hamburgo, 204
Hamelin, rue, 281, 310, 319, 321-323
Hamp, Pierre, 460
Hanotaux, Gabriel, 129, 279
Harcourt, Marguerite d', 339
Harcourt, Raoul d', 339
Hargous, Henri, 630
Harrods [almacenes], 508
Harvard, 624
Haussmann, Boulevard, 82, 88, 259, 262, 321, 353, 439, 444, 456, 484
Haut Rouergue, Avenue, 110
Havre, El, 57
Haya, La, 232, 455
Hazard, Paul, 146-147, 308, 390, 547, 571
Hegel, Georg, 274
Heine, Heinrich, 170
Hélade, La, 68, 526
Helder, rue de, 342, 358
Hendaya, 412
Henri-Martin, Avenue, 281
Henríquez Ureña, Pedro, 18, 48-49, 59-60, 62, 82, 90, 160, 163, 195, 327, 375, 506, 517, 542, 544, 571, 573, 579, 582, 587
Heráclito, 203
*Heraldo, El*, Cuba, 136
Heredia, José María de, 21, 50, 135, 275
Herelle, Georges, 222
Hermine, 192
Hermosillo, 41
Hernández, Mateo, 102, 334
Herodoto, 644
Herrera, Juan de, 140, 224
Herrick, embajador, 449
Herriot, Édouard, 292, 279, 306, 385, 413, 420, 422, 427-429, 438, 449, 470-474
Hidalgo y Costilla, Miguel, 19, 440
Hinojosa, José María, 402
Hipona, 108
*Hispania*, 164, 197, 222, 293, 376, 533, 560
Hita, arcipreste de, 274
Hoffmann, Guillaume-Amédée, 379, 580
Holanda, 579
Hollywood, 337
Homero, 621
*Homme Libre, L'*, 514
*Hommes et Mondes*, 637, 639
Honegger, Arthur, 340, 508
Honnorat, André, 275, 277, 309, 486
Horacio, 18
Huerta, Adolfo de la, 437
Huerta, Victoriano, 59, 82-83, 85-87, 113
Hugo, Jean, 511
Hugo, Valentine, 511
Hugo, Víctor, 22, 38, 80, 136, 139, 174, 186, 328, 380, 572, 616
Huidobro, Vicente, 509, 572
Huitzilopochtli, 597
Humbert, 20
Humboldt, Charles Guillaume, barón de, 300, 373, 415-416
Huyghe, René, 15, 235-236
Huysmans, Joris-Karl, 80, 536

Ibáñez, Blasco Ibáñez, 337, 545
Ibargurén, Carlos, 581-582
Ibsen, Henri, 70

Icaza, Francisco de, 48, 183, 250
Île de France, 504
*Imán*, 509
Imbart de la Tour, Pierre, 153
*Imparcial, El*, 155-156
India, 256, 366, 370
Indias Occidentales, 207
Indias, Las, 20
*Índice*, 249
Indy, Vincent d', 339
Ingenieros, José, 453
Inglaterra, 20, 28, 44, 136, 142, 155, 194, 201-202, 209, 257, 264, 296, 347, 383, 407-408, 423, 438, 469, 471, 582
Ingres, Dominique, 212
Institut d'Études Hispaniques de París, 649
Institut des Hautes Études d'Amérique Latine, 649
Instituto de Cooperación Intelectual, 409-410
Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos, 641
Instituto de Estudios Superiores de América Latina, 631, 662
Instituto Francés de Madrid, 154
Instituto Francés de América Latina (IFAL), 611-612, 626-628, 662
Instituto Hispánico de París, 643
Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, 575, 611
Instituto, El, 153
*Intransigeant, L'*, 263, 428, 434
Inválidos, Los, 317
*Ipiranga, El*, 57
Ipuche, Leandro, 362
Irún, 116
Isabel la Católica, Gran Cruz de, 252, 260
Italia, 55, 58, 183, 195, 198, 263-264, 307-308, 318, 331, 342, 345, 413, 428, 484, 582, 587, 615, 631
Iturbe, Beatriz, 284
Iturbe, Miguel, 606
Iztaccíhuatl, 634

Jacob, Max, 227, 328, 362, 385, 516
Jacques, Amédée, 373, 513
Jalisco, 34, 38, 426
Jaloux, Edmond, 223, 297, 376, 385
James, Francis, 34, 107
James, Henry, 61, 226, 229, 382, 501, 505
Jammes, Francis, 385, 516
Janacopolus, Vera, 566
Janet, Pierre, 308-309
Jankélévitch, 376
Japón, 85, 255
Jardín Botánico, 246-247, 336, 491
Jarnés, Benjamín, 250, 402
Jaurès, Jean, 97, 167, 218, 429
Jean-Aubry, G., 340, 362, 374
Jean-Aubry, Paul, 15
Jenofonte, 302
Jerusalén, 167
Jeune, Simon, 13
Jiménez, Juan Ramón, 143, 200, 213, 246-247, 333, 486, 511
Jockey, El, 326
John Donne's Club, 341
Jordán, Carlos, 556
Jouhandeau, Marcel, 250
Jourdan, Boulevard, 309
*Journal des Poètes*, 571
*Journal Littéraire, Le*, 263, 272
*Journal, Le*, 435-436, 439, 444
Jouvet, Louis, 606, 636
Joyce, James, 329, 383, 520
Juana de Arco, 572
Juárez, Benito, 37, 47, 51, 53, 175, 598
Jung, Carl, 402

Kemp, Robert, 435
Keyserling, Hermann von, 329, 512, 520, 582
Kiki de Montparnasse, 287, 326, 329, 658
Kisling, Moïse, 326, 329
*Knock-out*, 329
Kra, Simon, 273, 376, 543, 544
Krassine, Léonide, 475-476
Krupp, 493
Ku-Klux-Klan, 424
Küntz, Monique, 15

La Bruyère, Jean de, 478
La Fayette, 449
La Fontaine, 18, 242, 322, 361, 370
La Rochefoucauld, condesa de, 650
La Tour, Maurice Quentin de, 521
Lacio, el, 63
Lacordaire, Henri, 607, 610
Lacour, Antoine, 193
Lacretelle, Jacques de, 297, 314, 385
Lafitte, Jean, 20
Laforgue, Jules, 61, 68-69, 348, 366, 374, 379, 514
Lagarde, Ernest, 253, 426-427, 429, 431, 433, 436, 451
Lamartine, Alphonse de, 21, 179
Lambaréné, 635
Lamy, 477
Landay Escandón, G., 88
Landor, Walter Savage, 646
Landowska, Wanda, 200
Landrú, Henry-Désiré, 547-549, 554
Langar, 347
Lannes, Boulevard, 357-358
Lanson, Gustave, 308, 620
Lanuz, Pierre de, 356
Lapie, Paul, 308-309
Larbaud, Valery, 15, 61, 87-88, 100, 121, 132-133, 147, 155-156, 160-161, 163, 165, 212, 215, 221, 225-227, 238, 241, 243, 265, 270, 273-275, 283, 287, 289, 292, 296, 298-300, 302, 306, 310, 321, 330, 338-339, 341-359, 362, 373-376, 379, 383-387, 389, 392-394, 399, 479, 488, 490-491, 494, 499, 502, 504, 510, 516-521, 534-535, 538-539, 541-544, 557-560, 562, 564, 567-568, 570-573, 585, 593, 624, 629, 636, 638-639, 648, 653-654, 657, 660-661
Laredo, 603
Larreta, Enrique, 89, 94, 137, 201
Lascano Tegui, 291-292, 486, 490
Lasserre, Pierre, 100, 109-110, 566
Laurencin, Marie, 131, 329
Laurens, J.-P., 434
Lautréamont, 348, 364, 374, 623
Lavoisier, 416
Lazareff, Pierre, 612
Le Bon, Gustave, 91, 194
Le Corbusier, 566
Lebois, André, 13
Lecomte, Georges, 373
Leconte de Lisle, Charles Marie, 370
Lectura, La [editorial], 141, 166
Leeuwenhoek, van, 233
Lefèvre, Frédéric, 35, 385, 597
Legendre, Maurice, 153
Léger, Alexis [véase Saint-John Perse]
Léger, Fernand, 326
Legión de Honor, 360, 405
Legión de Honor, comendador de la, 485
Legión de Honor, cruz de la, 328
Legorreta, Agustín, 417, *f* 6
Lejano Oriente, 346, 370
Lemaître, Jules, 99, 274
Léniot, Joanny, 346
León Felipe, 595
León de la Barra, Francisco, 82-83
León XIII, 477
Lepic, 514
Leroy, Maxime, 574
Lesca, Charles, 93, 157, 192, 292, 306, 523-524, 661
*Lettres Françaises* (Buenos Aires), 614, 621
Levet, Jean-Marie, 519
Lévi-Strauss, Claude, 599, 612
Levis-Mano, Guy, 639
Lévy-Bruhl, 429
Lhardy, Restaurante, 250
Lhote, André, 103, 519, 565
*Libra*, 519-521, 526, 540, 561
Liceo Condorcet, 315
Liceo de Orleáns, 574
Liceo Francés de México, 23, 42, 277-278, 598-599, 602, 657, 662
Liceo Janson, 281
Liceo Janson-de-Sailly, 360
Liceo Pasteur, 388
*Licorne, La*, 638
Liga del Derecho del Religioso Antiguo Combatiente (DRAR), 455
Lilas, rue des, 380
Lille, rue de, 92, 316

Limantour [familia], 284
Limantour, José Yves, 42-43, 57, 332
Limoges, 25, 26
Linares, 59
Liniers, Jacques de, 373, 513
Lipchitz, Jacques, 131
Littré, 26
Locarno, acuerdos de, 478, 486
Locarno, pacto de, 471
Loire, río, 636
Londres, 211, 279, 297, 341, 347, 407-408, 423, 568, 600, 604
Lope de Vega, 18, 64, 168, 217, 531, 579
López Buchardo, Carlos, 339
López de Mesa, A., 292
López, Rafael, 60
Lorena, La, 173, 469
Lorrain, Jean, 61
Loucheur, 473
Loullard, 297
Louveciennes, 508
Louvre, Hotel del, 515
Louvre, Museo del, 335
Louÿs, Pierre, 376, 534, 536
Lovaina, 140
Lubin, 25
Luchaire, 294, 410
Lucrecio, 402
Ludwig, Emil, 582
Lugné-Poe, Aurélien, 279, 337
Lugones, Leopoldo, 83, 89, 514-515
Luis de León, fray, 620
Luis Felipe, 21
Luis XVIII, 174, 181
Lupescu, 606
Lutecia, Hotel, 631
Luxembourg, 486, 503
Luxemburgo, Jardines de, 261
Luynes, duquesa de, 483
Lynch, Morla, 282, 293
Lyon, 157, 198, 260, 413, 416-417, 473, 493
Lyon-Brotteaux, 198

Mac Orlan, Pierre, 92, 227, 385
Madagascar, 636
Madeleine, Boulevard de La, 272, 485, 333, 339
Madero, Francisco I., 40, 55, 57, 59, 83, 86-87
Madrazo, Federico de, 313
Madrid, 17, *passim*
Maeterlinck, Maurice, 98-99, 110, 151, 217, 329
Maetzu, Ramiro de, 142
Maison de France, La, Madrid, 147, 313
Maison des Amis des Livres, 338, 356, 392, 511, 518
Maison des Livres, 299
Majestic, Hotel, 259, 319
Malesherbes, Boulevard, 454
Mallarmé, Stéphane, 52, 61, 101, 132, 134-136, 224, 245-248, 276, 293, 296, 311, 361, 366, 379, 385, 388, 400-401, 511, 520, 527, 531-540, 546, 578-579, 589, 631, 634, 646, 653-654, 658
Malraux, André, 599
Mancha, Canal de La, 33, 100, 142, 333, 347, 382, 471
Manet, Édouard, 283, 341
Manet [familia], 388
Mangue, Barrio del, 568
Manila, 38
Manrique, Jorge, 69, 216, 371
*Manuscrit Autographe, Le*, 560
Manzanares, río, 137
Marchand, Léopold, 356
Marchand, René, 629
Marchena, abate, 192-194
Marechal, Leopoldo, 520
Margerie, 423
Marguery, Restaurante, 342
Mariani, Roberto, 517-518
Marichalar, Antonio, 247, 250
Marina, doña, 585
Marinetti, Filippo Tommaso, 101, 103, 512, 582
Marini, Giambattista, 202
Maritain, Jacques, 107, 526, 580, 582, 611
Marne, río, 158
Marquina, Eduardo, 250
Marruecos, 84, 201, 479

Marsella, 474, 569
Martí, José, 36, 521
Martin du Gard, Maurice, 382, 385, 399
*Martín Fierro*, 517, 519, 541
Martinenche, Ernest, 84, 92-93, 156-157, 159, 164, 192, 197, 200, 222, 224, 249, 262, 271, 273-277, 288-289, 292-293, 306, 371, 373, 376, 389, 485-488, 516, 523, 571, 661
Martínez Báez, Manuel, 623
Martínez Sierra, Gregorio, 142
Martínez, José Luis, 14
Martinica, 19
*Massilia*, 567
Massine, 211
Massis, Henri, 293, 519, 522
*Matin, Le*, 329, 435
Matisse, Henri, 329, 333
Mauclair, Camille, 534-535
Maulnier, Thierry, 645
Mauriac, François, 385
Maurois, André, 581, 612, 623
Maurras, Charles, 61, 100, 108-110, 127, 149, 198, 473-474, 513, 522-527, 617, 633
Maximiliano, emperador, 22, 35, 37-38, 42, 47, 175, 209, 335, 341, 420, 514, 598, 661
Maxwell, 194-195
Meca, La, 25
Medellín, Jorge, 309
Medellín, Roberto, 309
Medellín, Roberto [padre], 309
Mediterráneo, 63, 144
Mediz Bolio, Antonio, 183-184
Mejía Sánchez, Ernesto, 14, 621
Meléndez Valdés, 193
Meléndez, Concha, 239
Meleze, 530
Méndez, Evar, 532
Menéndez Pidal, Ramón, 31, 141-142, 144, 149, 151, 156, 162, 250, 261, 307, 651
Menonville, Thierry de, 19, 416, 589
*Mercure de France*, 23, 60, 88, 99, 101, 198-200, 222, 225, 227-228, 247, 265-266, 335, 376, 535, 570, 637
*Mercurio*, 392
Meredith, Georges, 229
Mérignac, 74
Mérimée, Ernest, 144
Mérimée, Henri, 226
Mérimée, Madame, 15
Mérimée, Paul, 15
Merlant, Joachim, 98
Messager, André, 113
Messiaen, Olivier, 339
Messine, rue de, 281
Metternich, 170, 172, 174, 251
*México Nuevo*, 52, 83
México, 26, *passim*
México, Ciudad de, 21, 43
Meyer, Jean, 15, 418-419
Meyer, Paul, 151
Meynell, Alice, 348
Michaux, Henri, 362, 568, 581
Michoacán, 37
Milán, 196, 198, 263
Milhaud, Darius, 338, 341, 508, 511, 549
Milhaud, Madeleine, 340
Millares Carlo, Agustín, 596
Milner, Zdilas, 246, 533
Miomandre, Francis de, 157, 165, 197, 222-225, 246, 248, 272, 275, 282, 292, 330, 343, 358, 362, 376, 385, 399, 516, 533-534, 560, 567, 570, 597-598, 601, 635, 637-638, 648
Miravitlles, Jaume, 606
Mirimaniantz, Hélène, 15
Miró, Gabriel, 337, 344
Mistral, Frédéric, 50, 108, 110, 535
Mistral, Gabriela, 261, 294, 392, 461, 485, 488-491, 629
Mitla, 276
Moctezuma, 134, 206, 303
Modigliani, Amedeo, 103, 326-327, 332
Molière, 17-18, 105, 238, 251, 623
Molinari, Ricardo E., 519, 532
Molloy, Sylvia, 362
Mónaco, 348
Monet, A., 144
Monet, H., 140
Mongolia, 300

Monnier, Adrienne, 212-213, 221, 250, 265, 280, 282, 287, 296-299, 304, 306, 338, 340, 342, 348, 357, 374, 377, 380, 383-388, 392-395, 491, 510-511, 518-519, 561, 636-637
Monnier, Marie, 510, 636
Montaigne, Michel de, 60, 98, 100, 107, 127, 187, 189, 318, 351, 459, 478, 493, 495, 579, 586, 597, 641, 655, 658
Montalvo, 288-289
Monteiro, Rego, 565
Monterrey, 31, 38-45, 53-54, 73, 86, 110-111, 145, 192, 258, 283, 342, 353, 398, 500, 562, 598, 637
*Monterrey*, 236, 546, 564, 567-572, 574, 586, 593, 662
Montes de Oca, Luis, 262, 484
Montesquieu, Charles de Secondat, barón de, 310, 478
Montesquiou, Robert de, 314, 535
Montevideo, 158, 344, 358-360, 369, 509, 565-566, 594
Montfleury [Antoine Jacob], 17
Montfort l'Amaury, 511
Montfort, Eugène de, 570
Montherlant, Henry de, 296, 385, 390, 392
Montmartre, 92, 103, 106, 456, 461, 474
Montorgueil, rue de, 262
Montparnasse, 103, 287, 325-326, 359, 456, 486, 565
Montparnasse, Boulevard de, 261, 486
Monzie, Anatole de, 390, 465, 475-476, 485
Moore, George, 536
Mora, monseñor, 427
Mora Lomelí, Raúl, 14, 122, 162
Morales, Angélica, 339
Morand, Paul, 61, 189, 295-299, 306, 310, 340, 356, 358, 362, 385, 392, 395, 398, 400, 494, 519, 556, 567-569, 573, 634, 660
Moratín, Leandro Fernández de, 18, 193
Moréas, Jean, 514
Morel-Fatio, 165
Morelia, 27, 619
Moreno Sánchez, Manuel, 650
Moreno Villa, José, 142, 146-147, 247, 249, 282, 375, 541, 595
Moreno, Marguerite, 337, 384, 510
Morisot [familia], 388
Morla Lynch, Carlos, 275, 293
Morones, Luis, 14, 418-419, 422-423, 425-428, 438, 455
Mota de Reyes, Manuela, 58, 73, 79-80, 128, 163, 198, 251, 258-259, 263, 279, 282, 284, 294-295, 315, 332-333, 340, 357, 385, 387-389, 393, 450, 485, 535, 556, 559, 561, 565, 570, 597, 634
Mottram, R. H., 582
Mozart, Wolfgang Amadeus, 105
Mun, Albert de, 477
*Mundo Ilustrado, El*, 45
Museo Arqueológico de Madrid, 297
Museo Nacional de Arte Moderno, 651
Musset, Alfred, 198
Mussolini, 307, 428, 478, 582

*Nación, La*, 393, 516, 567
Nanterre, 65
Nao de China, 414
Napoleón I, 73, 76, 171-173, 181, 209, 308, 391, 406, 623
Napoleón III, 19-20, 22, 26, 28, 37, 130, 169, 174-177, 209, 433, 514, 616
Navarra, 38
Navarro Tomás, Tomás, 141, 216
*Navire d'Argent, Le*, 377, 393, 385, 394, 519
Nebbia, María Angela, 636
Nebbia, Madame, 356
Nerval, Gérard de, 66-67, 379
Nervo, Amado, 22, 31, 48, 82, 87, 90, 106-108, 130, 151, 157, 183, 197, 372, 395, 462, 517, 546, 579, 623
Nervo, Rodolfo, 197, 283, 506
Neville, Edgar, 250
Nicaragua, 33, 244, 451
Nictheroy, 569
Niemeyer, E. V., 35
Nieto, 408

Niza, 604
Noailles, Anna de, 292, 330, 292
Noailles, condesa de, 507, 510
Noailles, Madame de, 99, 385
Noruega, 257, 455
*Nosotros*, 506, 512
Nôtre, Le, 127
Notre-Dame de la Salette, 327
Noulet-Carner, Émilie, 14, 600, 632
*Nouveau Siècle, Le*, 478
*Nouvelle Revue Française* (*NRF*), 99-100, 112, 133, 214, 219, 221, 227, 229, 296, 300, 313, 321, 347-348, 356, 359, 376, 385, 393, 395, 399, 401, 511, 519-520, 557, 561, 567, 649, 664
*Nouvelles du Mexique*, 640, 647
*Nouvelles Littéraires*, 385, 399, 535, 541, 561, 597-598, 637
Novalis [Friedrich von Hardenberg], 65
*Novedades*, 136
Nueva Alemania, 64
Nueva España, 17-20, 159, 208, 415, 440, 574
Nueva Orleáns, 20
*Nueva Revista de Filología Hispánica*, 624, 628
Nueva York, 54, 136, 165, 258, 330, 347, 384, 417, 436, 500-501, 521, 601, 604, 613, 624
Nuevo Continente, 80, 583, 649
Nuevo León, 39-41, 43, 51-52, 54-55
Nuevo México, 209
Nuevo Mundo, 19, 89, 92, 271, 278, 322, 331, 581, 583, 586, 642
Núñez y Domínguez, José de, 606

Obregón, Álvaro, 184, 253, 257-260, 265, 406, 417-419, 434, 438, 452, 456-458, 462, 464, 483, 506
Observatoire, Avenida del, 261
Ocampo, Victoria, 306, 384, 508-509, 511-512, 532, 581, 613-614, 639, 647
Océano Atlántico, 74, 212, 278, 305
Ochoa, Aurelia, 23, 38-39, 41, 52, 54, 57-59, 73, 252
Ochoa [familia], 38
Odéon, rue de l', 348, 383, 393, 398, 519, 657
Offenbach, Jacques, 22, 549
Ogazón [familia], 34
Ogazón, Juana, 34
Ogazón, Pedro, 34
Ollendorf, Paul, 55, 93
Ollendorf [editorial], 61, 82
Ollendorf [librería], 24
Ollivier, Émile, 38, 616
Oloron, 360
Onís, Federico de, 142, 189
ONU, 624
Ópera de París, La, 54, 98, 106, 114, 196
Opera, Avenue de l', 115, 406
Ópera, Barrio de la, 353
Ópera, La, 516
Orden de la Legión de Honor, 342
Organización Internacional del Trabajo (OIT), 409, 480
Orléans [imprenta], 455
Orozco Muñoz, Francisco, 151
Ors, Eugenio d', 131, 222, 247, 250-251, 260, 509, 572
Orsay, 488
Orsay, estación de, 116, 515
Ortega y Gasset, José, 142, 148, 155-156, 167-168, 176, 178, 183, 200-201, 223, 226, 232, 247-248, 250, 265, 312, 320, 344, 381, 400, 462, 501, 509, 532, 546, 596, 609-610
ORIF, 340
Ortiz Rubio, Pascual, 506, 561
Ostia, 263
*Otage, L'*, 295
Othón, Manuel José, 22, 36, 48-49
Ouchy, 57
Oviedo, Gonzalo Fernández de, 345
Oxford, 572
Oxford, duquesa de, 34

Pabellón de Arte Moderno, 191
Pablo V, 434
Pacheco, León, 14, 275, 281, 453, 491
Painlevé, Paul, 466, 473, 480
País Vasco Francés, 38

País Vasco, 360
Paisandú, rue, 567
Paix, rue de la, 139, 507
PAL, 333
Palace, Hotel, 260
Palacio de Cortés, 104
Palacio de la Bolsa, 641
Palacio del Eliseo, 279
Palacio del Trocadero, 297
Palacio Gallien, 189
Palais-Royal, 410
Palazzo di Spagna, 263
Palermo, 288
Pallice, La, 412
Pampa, La, 357, 369, 374
Panabière, Louis, 15
Pani, Alberto J., 197, 257, 262, 280, 417-418, 425, 428, 459, 473, 483-485, 488
Pani, Arturo, 262, 281, 488
*Panoramas des Littératures contemporaines*, 376
*Par-Sud-Am*, 271, 439
Paraguay, 345, 516
París, 13, *passim*
Paris, Gaston, 151
Paris, Pierre, 144
*Paris-Soir*, 428
*Paris-Times*, 272, 439, 485, 488
Parra del Riego, 362
Partido Comunista [francés], 473, 476
Pascal, Blaise, 493, 510, 574, 580
Paso y Troncoso, Francisco del, 183
Pasquier, 174
Passy, 281-283, 514, 534
Pater, Walter, 274
Patmore, Coventry, 133, 348
Pau, 34
Paulhan, Jean, 359, 567, 640
Pavlov, Yvan, 577
Paz, Octavio, 639, 647, 649-650, 652-654
Péguy, Charles, 107, 204
Peisse, la, 530
Peixoto, Afranio, 582
Peletan, Camille, 514
Pellevé de la Motte-Ango, Robert, marqués de Flers, 315
Pellicer, Carlos, 224
Pellicer, Pilar, 651
Pen Club de Brasil, 564
Pen Club de México, 252, 603
Pen Club, 279
Pen Club de Madrid, 250
Pequeño Teatro Francés, 605-606
Perdriat, Hélène, 329
Perdrix, La, 190
Pereyra, Carlos, 151
Pérez de Ayala, Ramón, 142
Pérez, el "Patriarca", 419
Perez, Joseph, 13
Périer, Jean, 253-256, 295, 411, 426, 429, 451, 499
Périgueux, 198
Perón, Juan Domingo, 624
Perrault, Charles, 547
Perrault, Rosine, 565
Perrier, Edmond, 153
Persia, 370
Perú, 90, 137, 275, 285, 292-293, 345, 436, 450, 543, 611, 624
Petain, Philippe, 601
Petit de Murat, Ulyses, 617
*Petit Journal, Le*, 439
*Petit Parisien, Le*, 570
*Petite Gironde, La*, 190
Petite Taupe, rue de la, 193
Petronio, 194
Petrópolis, 604
Peyrefitte, Roger, 645
Philippe, Charles-Louis, 100
Picabia, Francis, 131, 329
Picasso, Pablo, 76, 92, 102-103, 140, 147, 211-212, 214, 228, 234, 325, 327, 329, 334-336, 395
Picón Salas, Mariano, 588, 650
Piérard, Louis, 582, 587
Pierre-Quint, Léon, 322, 574
Pieyre de Mandiargues, André, 595, 649, 664
Pillement, Georges, 222, 362, 377, 558
Pío X, 55
Pío XI, 421, 427, 436
Piou, Jacques, 477
Pirandello, Luigi, 280, 554, 567
Pirineos, Los, 20, 128, 191, 214, 278

Pitoeff, Ludmilla, 329
Pitollet, Camille, 571
Place de la Concorde, 280
Plaine Monceau, la, 486
Plata, La, 334, 375, 517, 544
Plateau, Marius, 473
Platón, 52, 605
Pléiade, La, 640
*Pluma, La*, 246
Poe, Edgar Allan, 274, 379, 385
Poincaré, Henri, 91, 110, 466, 470-471, 475, 523
Poiret, Paul, 316, 329
Polonia, 178
Pombo, Café, 147, 388
Pombo, La Cripta del, 222, 260
Pomès, Mathilde, 15, 221-222, 241, 245, 282, 287, 307-308, 357, 387-392, 485, 488, 491, 506, 534, 547, 558, 567, 570-573, 634, 636, 643, 652, 660
Ponce de León, Juan, 220
Ponce, Manuel M., 339-340, 375, 491
Pont de l'Alma, 280
Port-Cros, 566
Porte Maillot, 228
Portugal, 157, 453, 582
Poulenc, Francis, 340
Prado, museo del, 130, 137
Prados, Emilio, 428
Pren, Jacques, 606
Preve, coronel, 457
Prévost, Jean, 282, 313, 338, 392-394, 466, 491, 519, 558, 561, 617, 624
Prévost, Marcelle, 491
Prieto, Gregorio, 287, 333, 376
Primo de Rivera, Fernando, 423, 428, 493, 582
*Proa*, 518-519, 541
Proudhon, Pierre-Joseph, 24
Proust [doctor], 323
Proust, Marcel, 61, 227-236, 265, 281, 296, 309-325, 381-382, 494, 502, 505, 511, 520, 527, 566, 573-574, 580, 609, 622, 658
Prudencio, 402
Prusia, 172
Puccini, Mario, 250, 345, 581
Puebla, 407, 623
Puig Casauranc, 298

Quéau, Anne, 79, 116, 128
Quéau [familia], 79-80
Quetzal [editorial], 599, 603
Quevedo, Francisco de, 61-62, 137, 140, 216, 261, 274
Quincey, Thomas de, 398, 548
Quinta del Sordo, 193
Quito, 194

Rabearivelo, Jean-Joseph, 636
Rabelais, François, 387, 493
Rachilde, 385
Racine, Jean, 19, 36, 109, 189, 238-239, 242, 314, 321, 510, 598, 623, 633
*Radical, El*, 24
Radiguet, Raymond, 385
Raeders, Georges, 564
Rajna, Pío, 151
Ramón y Cajal, Santiago, 139
Ramos Martínez, Alfredo, 334
Ramos, Samuel, 611, 623
Ravel, Maurice, 338, 511
Ray, Man, 326
Raynal, Maurice, 519
Raynaud, George, 329
Raynaud, Ernest, 535
Raynouard, rue, 314
*Raza, La*, 453
Reachi, Manuel S., 316, 337-338
Real Academia Española, 260, 625
Redondo, Eliseo, 130
Régnard, Jean-François, 227
Régnier, Henri de, 99, 330, 535
Reims, 140
*Renaissance*, 600
Renan, Ernest, 22, 60-61, 79, 109, 165, 288
Renania, 469
Renard, Jules, 100
Renoir, Auguste, 39
República de Venecia, 434
República Española, 574
República Francesa, 467
República Mexicana, 648

Residencia de los Estudiantes [Madrid], 141, 144, 153
Retz, cardenal, 314
*Revista Azul, La*, 48
*Revista de América*, 100
*Revista de Filología Española*, 162-163, 165, 250
*Revista de Filología Hispánica*, 624
*Revista de Historia de América*, 628
*Revista de la Universidad de México*, 628
*Revista de Occidente*, Madrid, 247, 532, 572, 580
*Revista de Revistas*, 222
*Revista Moderna, La*, 48
*Revue Blanche*, 23
*Revue de l'Amérique Latine* 192, 197-198, 200, 204, 251, 271, 273, 275, 277, 279, 288, 306, 342, 389, 439, 485-488, 557, 570-571
*Revue de Littérature Comparée*, 547, 570-571, 640
*Revue de Montparnasse*, 565
*Revue des Deux-Mondes*, 23, 60, 383, 652
*Revue Européenne, La*, 273, 342, 376
*Revue Hispanique*, 93, 95, 160-165, 198, 202, 288, 307
*Revue Latine, La*, 272
*Revue Sud-américaine*, 89
Reyes Mota, Alfonso, 13, 58, 73, 123, 128, 251, 258-259, 281, 474, 570
Reyes Ochoa [hermanos], 355
Reyes, Alejandro, 13, 39, 54, 355
Reyes, Alicia, 13
Reyes, Amalia, 39
Reyes, Bernardo, 23-25, 31, 33-45, 51-55, 57-59, 62, 67, 70, 73, 75, 83, 88, 90, 107, 109-110, 114-115, 128, 130, 171-172, 175, 209-210, 285, 305, 314, 353, 355, 391, 464, 485, 562, 598, 613, 657
Reyes, Bernardo, 39
Reyes, Celia, 14
Reyes, Domingo, 33-34, 38, 107
Reyes, Doroteo, 33
Reyes [familia], 57, 83, 353
Reyes, León, 39
Reyes, María, 39
Reyes, Onofre, 73
Reyes, Otilia, 39, 54
Reyes, Rodolfo, 39-40, 43-44, 51-53, 55, 59, 86, 125, 128, 185, 355, 502
Reyles, Carlos, 337, 582
Rhin, río, 26, 582
Ricard, Robert, 250
Richelieu, Armand-Jean Du Plessis, duque de, 172
Richepin, Jean, 275, 277, 282, 516
Richet, Charles, 308
Rilke, Rainer Maria, 299, 365, 375
Rimbaud, Arthur, 61, 101, 240, 328, 348, 361, 541, 632-633
Río de Janeiro, 31, 461, 505, 529, 556, 561-568, 570, 573, 575, 578, 617, 644
Río de la Plata, 31, 337, 359-360, 372-374, 384, 495, 501, 510, 520, 644
Riva Agüero, José de la, 91
Riva Palacio, Vicente, 22, 247, 262
Rivas Cherif, Cipriano, 246, 250
Rivas, Pierre, 15
Rivera, Diego, 48, 76, 102-104, 131-132, 228, 244, 298, 327, 329, 332, 334, 565, 606
Rivera, Primo de, 259
Rivet, Paul, 606, 611-612, 627, 651
Rivière, Jacques, 321, 359, 393
Robespierre, Maximilien, 194
Robinson, Café, 26
Rochelle, La, 412, 493
Rocher [editorial], 368
Rodenbach, Georges, 98, 151
Rodó, José Enrique, 22, 52, 61, 70, 165, 222, 276, 288, 374, 406, 517
Rodríguez Lozano, Manuel, 333-334
Rodríguez Urruty, Hugo, 14
Rodríguez, Simón, 145, 194
Roeders, Georges, 14
Roger, Henri, 566
Rollan, Henri, 651
Roma, 55, 263, 307, 335, 345-346, 390, 408, 420-421, 430, 434, 482, 494, 523, 526, 559, 575, 653
Romains, Jules, 15, 57, 212, 214-215, 217-221, 240, 265, 282, 287, 310,

324, 342, 357, 374, 380-385, 443, 491, 494, 510, 519, 548-550, 553-556, 581-582, 587, 597, 601-612, 620, 622, 634-636, 640, 644, 655, 657-658
Romains, Lise, 15, 604, 606
Romainville, 228
Romero, Francisco, 582, 587, 651
Roncesvalles, 65, 332
Ronsard, Pierre, 361
Ronze, Raymond, 292
Roosevelt, Theodor, 87
*Roseau d'Or*, 293, 519, 522
Rosenzweig Díaz, Alfonso, 408, 489
Rostand, Edmond, 60
Rotary Club, 173
Rousseau, Henri, 573, 335-336, 633
Rousseau, Jean Jacques, 19, 264, 283, 321, 527-531, 536-537, 602, 622, 645, 658
Roussel, Albert, 339
Roustan, Mario, 466
Roustan [padre], 429
Rouveyre, André, 263
Roy, Claude, 369
Royale, rue, 375
Royer-Collard, Pierre-Paul, 179
Rubalcaba, 455
Rude, François, 25
Ruhr, El, 469, 471
Ruiz Contreras, Luis, 129
Ruiz de Alarcón, Juan, 17-18, 31, 130-131, 141, 166, 208, 251, 273-274, 504, 574, 584, 635
Rumania, 275
Rusia, 144, 178, 264, 413, 420, 423-424, 476-477, 577

Sacasa, J.B., 451
Sacré-Coeur, 79
Sáenz, Aarón, 253, 257-258, 405, 426, 443, 445, 451
Sagan, Françoise, 556
Sahagún, fray Bernardino de, 206
Saillet, Maurice, 637
Saint-Clair, 530
Saint-Évermond, Charles de, 136
Saint-Georges de Bouhélier, 516
Saint-Germain, Boulevard, 307
Saint-Germain, Faubourg de, 313-314, 318
Saint-Honoré, Barrio de, 358
Saint-John Perse [Alexis Saint-Léger Léger], 19, 132-136, 149, 163, 212-213, 226, 240, 242-243, 256, 265, 274, 298-305, 348, 385, 460, 494, 510, 519, 567, 640, 654, 657, 660
Saint-Léger Léger [véase Saint-John Perse]
Saint-Lunaire, 411
Saint-Malo, 411
Saint-Nazaire, 24, 75, 489
Saint-Pierre, Bernardin de, 19
Saint-René Taillandier, 535
Saint-Sénoch, rue, 91
Saint-Seurin [iglesia de], 192
Saint-Simon, Claude-Henry de Rouvroy, conde de, 136, 481, 574
Saint-Simon, Louis de Rouvroy, duque de, 136
Sainte-Barbe des Champs, Collège, 344
Sainte-Beuve, 60, 136, 186, 232-233, 274
Sainte-Beuve, premio, 599
Sainte-Marie, 430
Sala Gaveau, 339
Salamanca, 153, 208, 261
Salamanca, Mex., 505
Salazar, Adolfo, 595
Salazar, Toño, 14, 275, 281, 287, 291, 328-331, 453, 491, 539, 638
Salinas, Pedro, 225, 344, 402
Salle des Sociétés Savantes, 453
Salmon, André, 227, 333-335, 385
Salomon, Noël, 13
Salón de los Independientes, 332
Salón de Otoño, 102-103, 333
Salpétrière, La, 308
Saltillo, 73, 342
Salvador, El, 329
Samain, Albert, 514
Samaniego, Félix María, 18
San Agustín, 108, 263, 462, 527, 622, 653
San Antonio de Areco, 518

San Francisco Giner, 142
San José de Costa Rica, 130
San Juan de la Cruz, 61, 379
San Marcos, Laguna de, 332
San Marcos, Plaza de, 332
San Marino, 348
San Sebastián, 125, 128, 197, 638
Sánchez Azcona, 83
Sánchez, León, 528
Sanctis, Francesco de, 274, 345-346
Sand, George, 26, 198
Sangnier, Marc, 477
Saniel, Ionel, 606
Sanín Cano, Baldomero, 582
Sans Pareil [editorial], 364
Santa Alianza, 171
Santa Anna, Antonio López de, 33, 175
Santa Elena, isla de, 171-172, 623
Santa Sede, 263, 418, 421, 426-427, 429-430, 433-434, 437, 450, 464, 472
Santa Teresa, 527
Santander, 74-75, 251
Santiago de Chile, 392
Santo Domingo, 417
Santos, Eduardo, 651
Sanz di Samper, monseñor, 436
São Paulo, 14
Sapién, Josefa, 38
Sarrailh, Jean, 145, 630, 643, 649, 651, 655
Sarre, El, 469
Satie, Erik, 212, 305, 338
Saules, rue de, 295, 451
Saumur, 412
Savage Landor, Walter, 61, 68, 347
*Savia Moderna*, 48, 51, 90
Schmoll, Henry, 74
Schrameck, 473
Schultz, Jeanne, 60
Schweitzer, Albert, 635
Sedán, 661
Ségur, condesa de, 510
Seignobos, Charles, 535
Seis, Los, 654
Sena, río, 106, 137, 280, 282, 364, 376, 521, 628
Sérand [familia], 528
Sergine, Vera, 566
Serrano, general, 450-451
Sète, 571
Severini, Gino, 98, 103
Sevilla, 195, 332, 338, 416
Sèvres, 491
Sforza, conde, 602
Shakespeare and Co. [librería], 383
Shakespeare, William, 61, 105
Sheffield, 424, 434
Sierra, Justo, 22, 48, 58, 151, 440
Silva, José Asunción, 283
*Social*, 230
Sociedad de Naciones, 173, 294, 306, 403, 407-410, 428, 483-484, 492, 575-576, 581-582
Sociedad Francesa del Pasquín y del Cartel (STA), 455
Société des Gens de Lettres, 292, 373
Société des Pétroles Mexicains, 447
Soconusco, 64
*Sol, El* [Madrid], 165, 168-169, 183, 186, 192-193, 346, 467
Solalinde, Antonio, 141-142, 146, 156, 258
Soledad, Iglesia de la, 419, 425
Solís, Antonio de, 300
Sonora, 418
Sorbona, La, 84, 92, 308-309, 340, 357, 373, 376, 416, 507, 513, 641, 643, 649-650, 656
Sorel, Albert, 170
Sorel, Cécile, 329
Souday, Paul, 297, 535
Soupault, Philippe, 544
Soutine, Chaïm, 326
Souza Dantas, Luis de, 89, 275-276, 292, 449
Spengler, Oswald, 205, 255
Staël, Madame de, 308
Stendhal [Henri Beyle], 100
Stevenson, Robert Louis, 60, 95, 551
Stols, A. M., 538
Stravinski, Igor, 211, 305, 338, 510, 601, 654, 658
Suarès, André, 100
Sudamérica, 387
Sue, Eugène, 22, 26

Suiza, 57, 211, 403, 408, 413, 483-484, 531, 582
Supervielle, Jules, 15, 93, 226, 250, 281-282, 292, 325, 334, 338, 342-344, 357, 359-362, 364-372, 374-375, 379, 384, 389, 393, 487, 491, 494, 510, 516-518, 556, 558, 566-567, 572, 581, 599-600, 613-614, 634-635, 646, 654, 657
Supervielle, Luis, 360
Supervielle, Pilar, 15, 281, 338, 357, 389
*Sur*, 511, 532, 614, 647
Suresnes, 327
Sux, Alexandre, 275, 406
Swann, Charles [personaje de Proust], 229-236, 314, 316, 320, 324, 581
Swann, Gilberte [personaje de Proust], 318

Tabasco, 426
Tagore, Rabindranath, 305, 511
Tailhade, Laurent, 107
Taine, Hippolyte, 61, 91, 233, 241, 662
Tajo, río, 146
Talleyrand-Périgord, Charles Maurice de, 170, 172-174, 181, 251,316, 505
Tamaulipas, 39
Tampico, 447
Tananarive, 636
Tánger, 634
Tarsila do Amaral, 326
Teatro Colón, 509
Teatro de Bellas Artes, 298
Teatro Francés, El, 106
Teatro Nacional, 26
*Technique*, 349
Tejeda, 423, 425, 427-429, 433, 458
*Temps, Le*, 85-87, 297, 417, 428, 434, 439, 444-448
Tenochtitlán, 132, 206, 301, 336, 415
Teotihuacan, 205, 276
Terán, Juan B., 582
Tercera República, 24, 167, 514, 659
Terencio, 251
Teresa de Mier, fray Servando, 21, 82, 145, 192, 194, 642
Teste, Monsieur [personaje de Paul Valéry], 245, 391
Texas, 152, 175, 209, 446
Thackeray, William Makpeace, 232
Thamin, Raymond, 189, 195, 309
Théatre de l'Oeuvre, 279
Theuriet, André, 521
Thibaud, Jacques, 566
Thibaudet, Albert, 227, 535
Thiers, Adolphe, 165, 170, 173, 179, 180
Thomas, Lucien-Paul, 94, 202, 223, 252, 581, 636
Thompson, Francis, 348
Thônes, castillo de, 529, 531
Thoré-Bürger, 230, 232
Tocqueville, Alexis de, 170, 174
Toledo, 128, 146, 194, 198, 332, 390, 431, 538
Tolsá, Manuel, 499
Tonalá, 65
Tonantzin, 207
Torquemada, fray Tomás de, 218
Torre Eiffel, 25
Torre, Guillermo de, 358
Torres Bodet, Jaime, 14, 492, 509, 560, 571, 606, 619, 630, 640-641, 648
Torri, Julio, 24, 64, 159, 254
Touggourt, 622
Toulouse, 17, 143, 594
Tour, rue La, 282
Toussaint, Manuel, 196
*Trait d'Union, Le*, 24
Treich, Léon, 256, 568
Treviño, general, 54
Tucumán, 513
Turín, 198

Ugarte, Manuel, 516
Ulm, rue d', 380, 599
Unamuno, Miguel de, 132, 142, 148, 150, 153, 195, 223, 259, 261, 280, 309, 343, 375-376, 389, 487, 491, 658
UNESCO, 14, 623-624, 628, 639, 650-651
Ungaretti, Giuseppe, 582
Unión Panamericana, 261
*Universal, El*, 158, 406, 427

Universidad de Burdeos III, 13
Universidad de California (Berkeley), 625
Universidad de Chicago, 599
Universidad de Harvard, 625
Universidad de La Habana, 625
Universidad de La Plata, 579
Universidad de México, 58, 252, 309, 353, 405
Universidad de Michoacán, 625
Universidad de Nuevo León, 625
Universidad de París, 625, 642-643
Universidad de Princeton, 625
Universidad de Tulane (Nueva Orleáns), 625
Universidad Nacional Autónoma de México, 603
Universidad Popular, 58
Urbina, Luis G., 48, 183, 185, 250, 282, 285, 546
Uriburu, José Félix, 581
URSS, 475, 477
Urueta, José, 48, 546
Uruguay, 345, 357-360, 364, 409, 509, 516, 582, 614
Utrecht, Vermeer de, 232

Valbois, 342, 356, 488
Valencia, Guillermo, 539
Valentino, Rodolfo, 316, 337-338
Valenzuela, Jesús, 48
Valera, Juan, 263
Valéry, monseñor, 450
Valéry, Paul, 15, 41, 133, 213, 221, 238, 241-245, 255, 265, 280, 294, 297, 305, 310, 319, 338, 348, 362, 370, 381, 383, 385, 388-392, 395, 400, 410, 487-488, 491, 494, 510-511, 519-520, 533-534, 536, 540, 562, 571-573, 575, 577, 581, 601, 619, 623, 629, 634, 646, 657
Valle de México, 18, 301
Valle-Arizpe, Artemio de, 183, 197
Valle-Inclán, Ramón del, 143, 202, 238-239, 330-331
Vallejo, César, 329
Valois, Georges, 478
*Valoraciones*, 334
Valvins, 248, 538, 631
Vaneau, rue, 109
*Vanity Fair*, 569
Vanzype, 230
Vasconcelos, José, 48, 70, 90, 184-185, 205, 212, 252-255, 270, 287, 291-292, 309, 329, 404, 406, 418, 452-453, 456-457, 459, 462, 491, 504, 544, 546, 651, 654, 659
Vaticano, el, 263, 419-420, 425, 427, 430, 434, 437-438, 449, 464, 472, 526-527
Vavin, barrio de, 326
*Veedam*, 258
Vendée, La, 180
Venecia, 198, 345
Venezuela, 457, 611, 650
Ventanillo de Toledo, 146, 167
Ventanillo, 390
Veracruz, 20-21, 24, 73-74, 86, 135, 251, 298, 333, 410, 414, 567, 606
Vercors, 617
Verdún, 157, 288
Verdún, batalla de, 90
Verdurin [familia; personajes de Proust], 320
Verea y González de Hermosillo, Francisco de Paula, 41
Verhaeren, Émile, 151, 217, 460
Verhaeren, viuda de, 336-337
Verlaine, Paul, 107, 128, 148, 247, 281, 348, 380, 400, 536, 540
Verne, Julio, 152, 510
Versalles, 157, 315, 455, 508
Vichy, 356
Vichy, Biblioteca Municipal de, 15
Vico, Giambattista, 274
Víctor-Massé, rue, 102
*Vie Latine, La*, 271-272, 376, 439
Viena, 341
Vieux-Colombier, Théatre du, 31, 105, 240, 368
Vignières, 530
Vigny, 290
Vildrac, Charles, 227
Villa Unión, 35
Villa, Pancho, 86
Villalobos, Héctor, 339, 564-565

Villaseñor, Eduardo, 326, 606
Villefranche, 398
Villegas, 216
Villey, Pierre, 98
Villiers de l'Isle-Adam, Auguste, 60, 138, 165
Villon, François, 101
Vilmorin [familia], 284
Vincennes, 491
Vinteuil [personaje de Proust], 230
Viñés, Ricardo, 567
Virgilio, 18, 63, 579
Vittel, 186
Vlaminck, Maurice de, 565
Vogüe, condesa de, 279
*Voix de France, La*, 589
Voltaire (François-Marie Arouet), 22, 60, 308, 420, 612, 620, 623, 645

Wagner, Richard, 98, 305
Waleffe, Maurice de, 275, 307, 443
Warens, Madame de, 527-529, 537
Washington, 257, 260, 405, 429, 449, 469, 594, 611
Waterloo, 181, 406
Weber, Restaurante, 375
Weil, Simone, 599
Wells, H. G., 152, 155
Werfel, Franz, 341
Whitman, Walt, 362, 460
Widor, Charles-Marie, 153
Wilde, Oscar, 61
Willis Robb, James, 14
Wilson, Av. del Presidente, 483
Wilson, Woodrow, 178, 257
Wuntemberg, 172

Xipe-Totec, 367
Xirau, Joaquín, 596

Yourcenar, Marguerite, 621, 645
Yrigoyen, Hipólito, 406, 508
Yucatán, 297

Zaldumbide, Gonzalo, 157, 160, 275-276, 285, 288-292, 294, 306, 342, 487, 491, 505, 664
Zambrano, María, 596
Zangronis, 450
Zapata, Emiliano, 104
Zárraga, Ángel, 102-103, 128, 141, 250, 275, 327-328, 376, 491
Zavala, Silvio, 14, 641, 651
Zérega Fombona, Alberto, 204, 275
Zeus, 355
Zinoviev, Grégoire, 423, 477
Zócalo, El, 59
Zola, Émile, 61, 381, 515, 535
Zumárraga, fray Juan de, 207
Zurich, 131

# ÍNDICE

Prólogo 7
Agradecimientos 13
Introducción 17

PRIMERA PARTE

*La infancia y los años de formación*

I. La infancia (1889-1905) 33
La familia de Alfonso Reyes 33
El general Bernardo Reyes 34
La primera infancia en Monterrey 39
Primeras estancias en México 42

II. Los años de formación (1905-1910) 47
La enseñanza positivista en México en 1905 47
*Savia Moderna*, Bergson y la Grecia de André Chénier 48
Al Ateneo de la Juventud 50
Primicias de la Revolución 52
El general Reyes en París 54

III. Tiempos de infortunio 57
La carta de Boutroux 57
El drama 58
La cultura francesa de Reyes antes de su partida a París 59

SEGUNDA PARTE

*Primera estancia en Francia* (1913-1914)

Introducción 73
IV. París en el mes de agosto 79
Un mexicano en París 79

La legación del bulevar Haussmann 82
Acercamiento franco-mexicano 83
La colonia hispanoamericana de París 87

V. Las letras y las artes en el París próximo a la guerra 97
Con Paul Fort, en la Closerie des Lilas 97
Las adquisiciones de Reyes 98
Descubrimiento de la *NRF* 99
Apollinaire y los cubistas 101
Un arte nuevo: el cine 104
En el Vieux-Colombier 105
Con Amado Nervo 106
Maurras, Mistral y Jean-Henri Fabre 108
Nostalgia de Monterrey 111
La guerra 112

## TERCERA PARTE

### *En España* (1914-1924)

Introducción 121
VI. Los años sombríos 125
Las posadas madrileñas 128
Visión cubista del Anáhuac 130
Los alimentos franceses: Claudel, Saint-John Perse y Mallarmé 132
Psicología comparada de los españoles y los franceses 136
Los aliadófilos españoles 140
Los franceses de Madrid 143
Las dudas de 1916 147

VII. Retorno a la esperanza (1916-1919) 153
Carta a Bergson 153
Ofensiva de los aliadófilos 155
El artículo para Martinenche 157
Colaboración con Foulché-Delbosc 161
El acercamiento de 1917 entre Francia y el mundo hispánico 164
El sentido de la fraternidad 166
Reyes, historiador de Francia 169

VIII. La posguerra (1919-1924) 183
En Burdeos con Azorín 185

Ver París de nuevo 195
El artículo del *Mercure* 198
La visita de Jean Aubry 200
El hispanismo de Remy de Gourmont 200
La conferencia sobre "La evolución en México" 204
El París de 1923 214
Encuentro con Jules Romains 214
El joven hispanismo francés: Mathilde Pomès y Jean Cassou 221
Las traducciones de Miomandre 223
Confidencias a Valery Larbaud 225
La "nueva" novela: Apollinaire y Proust 227
*Ifigenia cruel* 237
Homenaje a Mallarmé 245

IX. Una falsa partida 249
Las despedidas madrileñas 250
Vacaciones en México 252
Misión confidencial ante Alfonso XIII 257
Nombramiento en París 261
Conclusión 263

CUARTA PARTE

*Ministro en París*
(1924-1927)

Introducción 269
X. El torbellino de los primeros meses 271
Artículos de bienvenida 271
Banquetes, congresos y *art déco* 274
Rue Cortambert 280
La fiesta del 16 de septiembre de 1925 283
Hastío 284

XI. Amistades y encuentros 287
Los diplomáticos 287
Los académicos 306
Marcel Proust y la aristocracia francesa 309
Los artistas 325
Los escritores; Laubaud 341
La amistad de Jules Supervielle; Paul Groussac 357
Jean Cassou 375
Jules Romains 380

Adrienne Monier y André Gide 383
Mathilde Pomès 387
Marcelle Auclair y Jean Prévost 392
Jean Cocteau, Lucie Delarue-Madrus y muchos más 395

XII. La obra diplomática de Alfonso Reyes en París 403
La situación religiosa en México y las repercusiones internacionales del conflicto 418
La "huelga de culto" ante la opinión francesa 431
La acción de Reyes en la prensa francesa 438
Intentos de mediación 449
El "callismo" de Reyes en París 452
La lección de Montaigne 459
Observación de la vida política francesa: la *Crónica de Francia* 465
Partida de París 482
Conclusión 490

## QUINTA PARTE

*En América del Sur*
(1927-1938)

XIII. A orillas del Río de La Plata 501
El cuento "Los dos augures" 501
Presencia de Francia en Buenos Aires 506
La carta a Maurras 522
Lectura de Jean-Jacques Rousseau y de Stéphane Mallarmé 527
El *Panorama* de Max Daireaux 542
*Landrú-Opereta* 547
Miradas hacia París 557

XIV. Río, Buenos Aires, de nuevo Río 563
Vínculos franco-brasileños 563
Visitas francesas 565
Francia en *Monterrey* 570
Por una sociedad de espíritus 574
Los congresos de 1936 en Buenos Aires 580
Conclusión 588

## SEXTA PARTE

*Regreso a México*

XV. Alfonso Reyes y la Segunda Guerra Mundial 595
Alegrías y dificultades del regreso 595
La encuesta de Frédéric Lefèvre 597
La caída de París 599
Jules Romains en México 601
Creación del IFAL 611
Mensaje de Reyes a la Francia en guerra 612
La liberación de París 614

XVI. Época de honores 619
Francia en las grandes obras del regreso 619
"Veinte años después" 623
Un gran enfermo 625
En torno al IFAL 626
La Federación de Alianzas Francesas de México 630
Amistades fieles. Los franceses en el *Libro jubilar* 630
Las cartas de Francia 635
"Presencia" en Francia de Alfonso Reyes 637
Un saludo a Burdeos 641
Doctor *honoris causa* de la Universidad de París 642
El sobresalto de 1959 644
Conclusión 647

Conclusión general 657

Apéndices 665

Bibliografía 673
Obras de Alfonso Reyes 673
Obras de Alfonso Reyes publicadas en Francia 684
Bibliografía francesa de Alfonso Reyes 692
Estudios generales sobre Alfonso Reyes 715
Libros de homenaje 715
Otros textos consultados 716

Índice onomástico 731

*Alfonso Reyes y Francia*
se terminó de imprimir en febrero de 2009
en los talleres de Editorial Color, S.A. de C.V., Naranjo 96 bis.
Col. Santa María la Ribera, 06400 México, D.F.
Portada: Irma Eugenia Alva Valencia.

Mexico's history is long and complex: early settlements thousands of years ago, refined indigenous civilizations a few centuries back, an overwhelming conquest by Spain and the merging of European and indian cultures over a long colonial period, finally independence and national formation, entry into the currents of world trade and capitalist development in the late 19th century, a major social revolution 85 years ago, and modernization and economic and social change to the present.

This text was originally written for mass media communication. Its authors are distinguished Mexican historians: Ignacio Bernal, Alejandra Moreno Toscano, Luis González, Eduardo Blanquel, Lorenzo Meyer and Daniel Cosío Villegas (also coordinator).

The foreword, by professor Robert A. Potash, of the University of Massachusetts, a specialist in Mexican history, introduces the book to the English-speaking reader. The translation is by Marjory Mattingly Urquidi, an experienced translator of books on Latin American History.




9 "789681"206659"